

DG
A

EL PINTOR
CRISTIANO Y ERUDITO

TOMO PRIMERO

t 172049
C 1223253

Con censura de la Autoridad Eclesiástica

LA VERDADERA CIENCIA ESPAÑOLA

EL PINTOR
CRISTIANO Y ERUDITO

Ó TRATADO DE LOS ERRORES

QUE SUELEN COMETERSE FRECUENTEMENTE EN PINTAR
Y ESCULPIR LAS IMÁGENES SAGRADAS.

DIVIDIDO EN OCHO LIBROS
CON UN APÉNDICE.

OBRA ÚTIL PARA LOS QUE SE DEDICAN AL ESTUDIO DE LA SAGRADA ESCRITURA,
Y DE LA HISTORIA ECLESIÁSTICA.

ESCRITA POR EL

M. R. P. M. FR. JUAN INTERIAN DE AYALA,

de la Sagrada, Real y Militar Orden de Nuestra Señora de las Mercedes, Redencion de cautivos, Doctor Teólogo de la Universidad de Salamanca, Catedrático Jubilado de Teología, Maestro de Sagradas Lenguas en dicha Universidad, y Predicador de S. M.

TOMO PRIMERO

BARCELONA
IMPRENTA DE LA VIUDA É HIJOS DE J. SUBIRANA
CALLE DE LA PUERTA FERRISA, NÚM. 16
1883

Es propiedad de los Editores, que se reservan todos los derechos que por la ley les competen.



R. 137142

AL LECTOR

Recorriendo la historia de las artes del dibujo en España, entre los muchos que las practicaron y cuya gloria irradía todavía, no faltan historiadores de las mismas, preceptistas, biógrafos y poetas, que cantaron sus glorias; especialmente en los tres últimos siglos.

Esos trabajos artístico-literarios, son fruto alguna vez de letrados aficionados ó eruditos, pero las más, ócio y descanso aprovechado al soltar los pinceles ó el formón, ó parto de la fecunda y variada actividad intelectual de un religioso. De algunas de esas producciones quedó sólo la noticia ó manuscrito, otras se dieron á la estampa, y de ellas algunas de tal interés en su tiempo que se tradujeron en el extranjero. Investigaciones y estudios más recientes perfeccionando la crítica menguaron la importancia de algunos de aquellos trabajos, restándoles siempre un interés histórico, honroso para nuestra patria, pues con relacion á su época alternan dignamente y alguna vez superan á sus coetáneos extranjeros.

La obra actualmente reimpresa es de tal índole que no

cabe dudar será bien acogida; su oportunidad no ha pasado todavía; y algun extranjero de nuestra época se ha valido de ella. En Roma es conocida y citada con elogio, en nuestra patria escasean los ejemplares y pocos la consultan, siendo innegable su utilidad para los artistas y cuantos deben ocuparse de imágenes.

Sin lisonja, pues, debe felicitarse á los editores por la oportunidad de la eleccion.

Pasando el exámen de la obra, (con el debido respeto) séannos permitidas algunas observaciones que en nada ajarán el brillo de tan rica tela.

Ante todo, interesa el considerar que un teólogo se ocupa no de altas especulaciones estéticas, sino del modo de exponer los asuntos y en una época de decadencia; llevándolo á cabo de una manera difícil de superar dado el punto de vista que eligió. En cuanto al método, claridad en la exposicion, interpretacion de los sagrados textos, su oportunidad y controversia, no hay que ponderar el acierto; siendo obra de un fraile teólogo. La erudicion profana que tampoco escasea, ilustra, deleita y robustece los argumentos; y si transcribe algun trabajo propio, lo hace con sencilla ingenuidad. Quizás alguien pudiera tacharle de prolijo, pues en varias ocasiones casi apura la materia, y no obstante remite al lector á otros autores por si desea agotarla del todo; pero eso que tal vez fuera importuno en ciertas producciones, evalora una obra de consulta.

Su celo por el decoro de la religion llega á pedir la prohibicion de pintar imágenes *á los malísimos artistas*, sin detenerle la caritativa consideracion de tantos que con ello ga-

nan la subsistencia; y eso cuando su gran caridad le veda muchas veces nombrar los artistas cuyas obras censura. Casi obligado por los despropósitos de algunas producciones que cita, no es de extrañar si alguna vez en sus advertencias llega á lo trivial, ténue defecto que no debilita la robustez del tronco, donde siempre podrá apoyarse con seguridad el artista cristiano.

En lo que se refiere á la propiedad histórica, trajes, arquitectura, tipos, etc., es exigente en demasía, tratándose de asuntos religiosos; pues tal rigorismo histórico quizás en muchos casos amenguaría la impresion mística. Si el P. Ayala hubiera conocido y estudiado el arte de la Edad Media, su piadosa y clara inteligencia alcanzara indudablemente la razon de ciertos anacronismos é impropiedades, cuando excitan la piedad ó aclaran el argumento, poniéndolo al alcance de quienes deban contemplarlo; que por ello la Iglesia manda predicar en idioma ó dialecto de cada país, y el orador discreto lo hace de modo bien distinto ante los salvajes, en una aldea, ó al dirigir su palabra á sabios ó cortesanos: y los misioneros en Oriente esparcen estampas religiosas empleando alguna vez los tipos del país: tal es la necesidad de no chocar con la costumbre ó tradicion. Nuestro autor cede alguna vez obligado sin duda por tales consideraciones.

Con frecuencia en sus disertaciones, como empujado por la ciencia vá más allá de lo que se propuso, y lo confiesa: bendito defecto (si lo es), que ilustra no poco la fe del lector.

Suponemos, que atendido el giro anárquico que por do

quier va siguiendo el arte, no faltará quien tache de supérflua esta reimpresion; pero tal vez quien la desdeñe la encomiaría si llegara de allende el Pirineo, y sobre todo, si andara manchada con el lodo y envuelta entre las nieblas (con frecuencia insanas) del Támesis ó el Rhin. A Dios gracias, es castizamente española, y sin carecer de las cualidades que se admiran justamente en autores del Norte, contiene y esparce doctrina saludable, y evitando al artista muchas investigaciones, ilustra santamente su inteligencia, vigoriza la fe del que cree, y al consultarla puede limar el primer eslabon de la cadena que aprisiona una alma fria ó indiferente.

Quede pues resucitada enhorabuena esa preciosa ayuda para la gráfica reproduccion del viejo y nuevo Testamento; y dichoso el dia que reaparezcan por doquier las órdenes academias de sabios que ilustran, y semillero de varones santos.

B. Ribó y F.

BIOGRAFÍA DEL AUTOR

En el libro en que se escriben los Religiosos Mercedarios que mueren en la provincia de Castilla, se halla la siguiente noticia: «El R. P. M. Fr. Juan Interian de Ayala, fué natural de Cana»rias: hijo de Hábito del colegio de Alcalá: Colegial, Lector y »Rector del Colegio de Salamanca: Doctor Theólogo de dicha Uni»versidad: Catedrático Jubilado de Sagradas Lenguas: Predicador »de S. M.: Theólogo de la Real Junta de la Concepcion: Vicario »Provincial *in Capite* de esta Provincia: Varon verdaderamente »eminente en Sagradas, y humanas Letras: dió á la prensa muchos, »y muy eruditos libros: murió el año de 1730.» El R. P. M. Fray Ambrosio Arda y Muxica en su Biblioteca Mercedaria, escrita en Latin, que se conserva en el Archivo del Convento de la Merced de Madrid, al principio del tomo II. en la letra I. trae varias noticias de nuestro Autor, y entre otras la siguiente: El M. R. P. M. Fr. Juan Interian de Ayala, oriundo de las Islas Canarias, nació en Madrid el año de 1656. Ya desde muchacho descubrió una muy buena índole, un gran talento, un ingenio feliz, y un ánimo dado á la piedad. Hallábase estudiando en Alcalá en el Colegio de Santa Catalina, y á los quince años de edad, resolvió dejar el mundo, y abrazar el estado Religioso, lo que con efecto practicó entrándose en la Orden de nuestra Señora de las Mercedes, en el colegio de PP. Mercedarios de dicha ciudad,

donde profesó el año siguiente de 1672. Siguió despues con mucho ardor sus estudios en Salamanca, en cuya Universidad se graduó de Doctor en Artes, y en Theología; pero no ciñéndose su elevado ingenio á lo que debe saber precisamente un Filósofo, y un Theólogo, dióse al estudio de las Lenguas, Latina, Griega y Hebrea, dedicóse á las bellas Letras, instruyóse en las historias antiguas y modernas, no solo Nacionales, sí tambien extrangeras, labrando su ingenio laborioso con el conocimiento de todas aquellas ciencias, en que debe estar bien instruido un verdadero sabio. Regentó luego por algun tiempo en la misma Universidad de Salamanca la Cátedra de Filosofía, y la de la Lengua Griega, hasta que habiendo vacado la Cátedra de la Hebréa, y hecho á ella su oposicion, la consiguió con comun aplauso de toda la Universidad; y despues de haberla regentado todo el tiempo prescrito por sus Estatutos, y satisfecho plenamente todos sus cargos, se le concedió la jubilacion. Además fué condecorado con el honroso título de Rector del Colegio de Vera-Cruz. Adornado con tales prendas, y juntándose en él todas aquellas partes quedeben resplandecer en un Prelado, fué elegido por su Orden Vicario Provincial de la provincia de Castilla, la que gobernó con mucho acierto, desempeñando perfectamente los cargos de un Prelado celoso, y laudable, sabiendo juntar las letras con la prudencia, y piedad. Despues de haber conseguido tantos y tan distinguidos honores en la Universidad de Salamanca y en su Orden, se vino á Madrid, donde manifestó ser un Theólogo consumado, un gran orador, y poeta, y lumbrera de toda España, de suerte que de todas partes acudian á él como á un oráculo. En vista de tan relevantes circunstancias como concurrian en él, fué nombrado predicador de S. M. y Theólogo de la Real Junta de la Concepcion, cuyas obligaciones desempeñó cumplidamente. Ilustró á toda la Nacion con escritos doctísimos, con los cuales admiró, y llevó tras sí los ánimos de los eruditos, por la elegancia de sus expresiones, por la gravedad de sus sentencias, por la excelencia de su recóndita erudicion y por la

perspicuidad de su ingenio. La Real Academia Española le nombró tambien por uno de sus individuos, y en ella trabajó infinito para perfeccionar la grande y vastísima obra del Diccionario de la Lengua Castellana, habiendo sido él uno de los Académicos que más se distinguieron en este utilísimo trabajo. Finalmente, despues de haber impreso varias obras en Latin y Castellano, que harán perpétuo honor á su Autor, á la ilustre religion de nuestra Señora de las Mercedes, y á toda España, á los setenta y cuatro años de su vida laboriosa, que fué el de 1730 del nacimiento del Señor, murió en Madrid á 23 de Octubre, y se fué, como es de creer, á gozar del premio de sus trabajos. Los libros que nos dejó escritos, además del presente, son estos:

Vida de Santa María de Socós de la Orden de nuestra Señora de las Mercedes. Salamanca en 1695.

Descripcion de las Exequias que en memoria de la augustísima señora Doña María de Austria, celebró la Universidad de Salamanca. Salamanca en cuarto, año de 1696.

Varios sermones distribuidos en dos tomos en cuarto, de los cuales el primero se imprimió en Salamanca en 1703, y el segundo en Madrid en 1720.

Aclamacion festiva de la Universidad de Salamanca por el nacimiento de Luis I. príncipe de España, y el sermon que sobre el mismo asunto predicó el mismo sagrado orador, con otros versos y panegíricos. Salamanca en cuarto, año de 1707.

Noticia de la enfermedad, muerte y Exequias de la Serenísima Señora Doña Maria Luisa Gabriela de Saboya, reina de España. Madrid añó de 1715.

Oracion fúnebre de Luis el Grande. Madrid año de 1715.

Catecismo de Fleury traducido de Francés en Castellano. Dos tomos en octavo, impresos en Madrid en 1718.

Exámen diligente de la verdad. Demonstracion Histórica del estado Religioso de S. Pedro Pascual de Valencia, Obispo de Jaen, glorioso mártir de Christo y doctor ilustrísimo. Madrid en cuarto, año de 1721.

Oracion fúnebre de Luis I, rey de España. Madrid 1725.

Oracion fúnebre del Excelentísimo Señor Marques de Villena. Año de 1725.

Oracion fúnebre del Serenísimo Señor Duque de Parma. Madrid en cuarto, año de 1728.

Humaniores, atque amœniores ad Musas excursus, sive Opuscula Poetica. Matrili in 8.° *anno* 1729.

Dexó algunas obras inéditas, pero estaban ya próximas á imprimirse, y son de no poca utilidad para la gente estudiosa, á las cuales habia determinado poner los títulos siguientes:

Psaltes Egregius, sive de Usu, et abusu Cantus Ecclesiastici.

Agatarchia, sive de Optimo ac Christiano regimine.

Cleandria Hispanica, sive de Viris illustribus Hispaniæ, non quidem omnibus, sed iis tantum, qui vel primi in dignitate aliqua adipiscenda, vel invento aliquo præclaro, atque utili, sese posteritati commendaverunt.

Cuyas obras con otras muchas Oraciones Latinas, Arengas y elogios de varios, así en prosa, como en verso (lo que es muy apreciable), se conservan en el Archivo general del Convento de la Merced de Madrid.

EL PINTOR
CRISTIANO Y ERUDITO

Ó TRATADO DE LOS ERRORES

QUE SUELEN COMETERSE FRECUENTEMENTE EN PINTAR
Y ESCULPIR LAS IMÁGENES SAGRADAS

LIBRO PRIMERO

CAPÍTULO PRIMERO

Qué se entiende por imágenes sagradas, y por errores que se cometen en pintarlas.

1. Debiendo de tratarse en el discurso de toda esta obra de los muchísimos errores que se cometen en pintar y esculpir las imágenes sagradas, es necesario presuponer dos cosas: Qué entendemos por imágenes sagradas y por errores, que frecuentemente se cometen en pintarlas y esculpirlas; pues con esto se nos descubrirá un camino mas dilatado y más fácil, para poder tratar lo demás que se vaya ofreciendo. Así lo pide el buen órden y acertado método de cualquier

tratado ó cuestion, como, segun acostumbra, advirtió sabiamente Ciceron, cuando dijo (1): «Sea el que se fuese el asunto que se emprende, si se quiere seguir el órden que prescribe la razon, es menester empezar por la definicion de la cosa, para dar una idea clara y perfecta de lo que se va á tratar.»

2 Aunque por imágenes sagradas se entienden peculiarmente las que de cualquier modo nos representan á Dios, á los ángeles, á Jesucristo, á su santísima Madre, á los profetas, á los apóstoles, á los mártires, y generalmente á todos los santos y santas: con todo, en el discurso de esta obra, por estas dos voces comprehendemos otras muchas, así por lo tocante á los hechos que se representan, como por lo que respecta á las personas y demás cosas que sirven de adorno, y se añaden á las imágenes sagradas que se pintaron ó esculpieron. Entendemos tambien bajo dicho nombre aquellas imágenes de personas, que de ningun modo son sagradas, como las del mal Ladron cuando baldonaba á Cristo pendiente de la Cruz, ó la descripcion del mismo infierno: cuyas pinturas las entendemos tambien bajo el nombre de sagradas, por conducir mucho para una verdadera y exacta inteligencia de las historias y demás cosas sagradas.

3. Por errores que frecuentemente se cometen en pintar y esculpir las imágenes sagradas (sobre que no hacen alto los que con poca ó ninguna instruccion las están mirando), no entendemos aquí, ni comprehendemos los que cometen con mucha frecuencia aquellos malísimos pintores y escultores, contra quienes están clamando los preceptos de estas dos nobles artes: y aunque trataremos tambien en su lugar de aquellos errores más groseros, que notan con displicencia, áun los que no tienen ninguna instruccion; pero no son éstos los que principalmente intento reprehender (por ser este asunto más propio y peculiar de los pintores hábiles é instruidos), sino solamente notar y corregir aquellos errores en

(1) Cic. lib. I. Offi. ips. oper. init. post Proœ.

que no pocas veces tropiezan los pintores y escultores, aunque por otra parte tengan un perfecto conocimiento de los preceptos y reglas de su arte. Tales son los que provienen de la ignorancia de los sucesos, de la poca ó ninguna instruccion en la Historia, en las costumbres, en los ritos, y los que dimanan de otras causas semejantes y que poco á poco se van extendiendo y propagando por una ciega é indiscreta imitacion. Siendo, pues, esta una de las cosas que piden singular cuidado, se hace preciso tratarla con extension y claridad; porque verdaderamente es muy distinto el error que en una pintura sagrada, ó en cualquiera otra, comete el pintor por ignorar los preceptos del arte: ya provenga éste del defecto en el dibujo ó en el colorido; ya de no haber observado las reglas de la Optica, ó de otra cosa semejante; de aquel que únicamente nace de la ignorancia de los mismos hechos, y que por tanto no se debe atribuir al pintor ó escultor como á tal, sino como á hombre menos versado é inteligente en las mismas cosas que pinta ó esculpe. De aquí es, que la historia de alguna cosa sagrada pintada por un pintor hábil y diestro, tiene varios defectos y errores groseros, que no se hallan en la misma historia pintada (aunque con menos primor) por un pintor mediano y menos facultativo. Repetidos son los ejemplos que dan prueba de esta verdad. Yo mismo he visto varias veces pintada con mucha variedad la Circuncision de nuestro Salvador, no solamente por un pintor, sino por varios y excelentes; pero siempre de modo que se representaba hacerse la ejecucion de dicha ceremonia en un Templo sostenido de gruesas y hermosísimas columnas, por Simeon vestido de sumo sacerdote, acompañado de ministros sagrados, y asistido de jóvenes con túnicas ó sobrepellices, que estando de rodillas alumbran con velas encendidas; y á este tenor otras cosas ridículas, capaces de causar náusea á cualquiera que estando medianamente instruido las esté mirando. He visto tambien pintada esta misma historia por un pintor no más que mediano; pero sin los defectos y faltas referidas: pues en ella se nos representaba dicha sagrada ceremonia ejecutada no en el Templo, como en la antecedente, sino

en el portal de Belen; ni por Simeon ú otro sacerdote (que es uno de los mayores despropósitos y locuras) sino por la Santísima Vírgen: cuyo modo de pintar la Circuncision del Señor, procuraré hacer ver en su propio lugar con el favor de Dios, y persuadirlo con graves razones, ser el más propio y verosimil de representar este misterio.

4. Tambien he visto pintado á Abrahan por un pintor de no poca fama, en el mismo hecho de sacrificar á su hijo, á quien le pintaba muy pequeñito, y á lo que representaba la pintura no pasaba de diez, ó lo más de doce años: siendo así que he visto ejecutado el mismo paso por una mano regular y no tan diestra, figurándonos á Isaac, no como muchacho (á quien por apellidarle la Sagrada Escritura con el nombre de «Puer,» de aquí tomaron ocasion los pintores de caer en el error que vamos notando, y lo demostraremos en su lugar), sino como un robusto jóven, que es como debe pintarse dicha historia: lo que haré ver con más claridad, y evidencia cuando trataré más particularmente esta materia.

5. Pero para hacer más claro y perceptible lo que llevamos dicho, me ha parecido añadir aquí otro ejemplo famoso sobre lo mismo que vamos tratando. Porque ¿quién podrá sufrir que un excelente pintor, y de tanta fama, como á juicio de todos es aquel cuyo nombre (para significar el aprecio que hago de él) va citado abajo (1), haya pintado con tanta disonancia y deformidad, cuanta cabe prodigiosamente, el primer milagro con que se confirmó la verdad del Evangelio en Jerusalen? Este fué el que hizo san Pedro acompañado de san Juan, cuando sanó perfectamente y de raiz á aquel pobre tullido, que habia nacido ya baldado de ambas piernas, por cuyo motivo pedia limosna sentado en la puerta del Templo llamada «Especiosa.» Es muy digno de referirse el caso del mismo modo que nos lo refiere la Historia Sagrada, donde se lee (2): «Pedro y Juan subian á orar en el Templo á la hora de

(1) Rafael Urbino.
(2) Act. 3.

nona. Y á un hombre cojo de nacimiento le llevaban, y le ponian cada dia en la puerta del Templo, llamada Especiosa, para que pidiese limosna á los que entraban en él. Este, como viese que Pedro y Juan iban á entrar en el Templo, pedíales limosna. Mirándole entonces Pedro, junto con Juan le dijo: Míranos. El pobre fijaba la vista en ellos, esperando que le socorrerian. Díjole entonces Pedro: No tengo yo oro, ni plata; pero lo que tengo esto te doy: en nombre de Jesús Nazareno levántate y anda. Y tomándolo de su mano derecha, le levantó, y al punto quedaron consolidadas sus piernas y plantas. Y saltando de gozo estuvo en pié y caminaba: y entró junto con ellos en el Templo caminando y dando saltos de placer, y alabando á Dios.» Hasta aquí, por lo que nos hace al caso, el sagrado Historiador.

6. Pero este mismo hecho, el referido pintor, que por su singular pericia es acreedor á los mayores elogios, no tanto lo pinta y lo pone á la vista, cuanto lo confunde y oscurece; y por decir ingénuamente lo que siento, de mil maneras lo desfigura. Porque dejando aparte la fábrica del edificio que á ninguna cosa es menos parecida que al Templo de Salomon, aún en aquel tiempo en que esto sucedió, y en que permanecia como renovado ó reedificado despues del cautiverio; pues se nos representa un templo del todo semejante á los nuestros, cubierto con grandes bóvedas estribando en gruesas y altas columnas, y (lo que es intolerable) adornado con estátuas é imágenes: dejando, digo, aparte estas y otras cosas de menor importancia, vamos á examinar lo que debiera haber sido lo principal en la representacion de dicha Historia. En la pintura, pues, que este pintor se propuso hacer del mencionado cojo, ó por decirlo mejor, del que no podia valerse de sus piernas por tenerlas débiles y secas, en quien se obró el referido milagro; se alucinó de modo, que nos representó á otro enteramente distinto, y que nada tenia que se pareciese al del intento. Pintó á un hombre musculoso y robusto, con su espinilla y pierna entera y la otra cortada un poco más abajo de la rodilla, donde se afianzaba un pié de madera, del modo que suelen suplir este defecto los pobres que han te-

nido la desgracia de que les cortaran una pierna. Esta es en suma la descripcion de dicha pintura, la cual, supuesta la autorizada narracion del hecho, es tan disforme y absurda, que no cabe más. Porque este cojo de nacimiento, á quien llevaban á la puerta del templo para pedir limosna á los que entraban en él, no era de aquellos á quienes por algun acaso se les hubiese cortado la pierna, sino que no tenia fuerza ni robustez en ninguno de sus piés ni espinillas, siendo verdaderamente cojo de entrambos piés, lo que dan bastante á entender aquellas palabras: «Y al punto quedaron consolidadas sus piernas y plantas: y saltando de gozo, estuvo en pié, y caminaba;» de suerte, que no se podia decir cosa más expresa ni más terminante para que ningun pintor, cualquiera que sea, se atreva á fingir que el tullido de quien hablamos, lo era sólo de un pié, y que tan solamente le habian cortado una pierna: para que de ahí aprendan los que no son tan peritos en el arte á no fiarse de su fantasía, singularmente cuando han de pintar cosas sagradas, y que pertenecen á la fe, ó por cometerse un error manifiesto contra la verdad de la Historia, en que tropiezan los que miran aquella pintura.

7. Ni por esto debe reprehenderme alguno sobradamente aficionado y enamorado de estos excelentes artífices, y en tono de indignacion quiera argüirme de esta manera: ¿Cómo te atreves tú á criticar y á condenar por defectuosas las pinturas de un Miguel Angel, de un Rafael de Urbino, de un Jacobo Tintoreto, de un Pedro Pablo Rubens y de otros semejantes, ó iguales héroes en el Arte de la pintura si es que los hay? Porque á éste, sea quien se fuese, le responderé yo, y le diré con mucha tranquilidad y sosiego, aunque podria con alguna alteracion: No soy yo tal que me atreva á poner defectos por lo tocante á la admirable pericia y pasmoso artificio de semejantes hombres, ni aun tocarles, como dicen, en el más mínimo pelo de su ropa; antes por el contrario, afirmo constantemente, y sin la menor duda, que sus obras son primorosísimas y casi divinamente ejecutadas; pero que son falsas, y que están llenas de errores por lo que mira á la Historia. Quisiera yo á la verdad (lo que de Séneca dijo Quinti-

liano) (1) que los referidos artífices hubiesen pintado sí, segun su ingenio, pero sujetándose al juicio ajeno. Ajeno digo, esto es, que hubiesen consultado con los hombres más sabios y versados en las letras é historias sagradas (pues éstas son únicamente de quienes tratamos), y que de éstos hubiesen aprendido lo que debian pintar y lo que no. Pero como se fiaron demasiado en su ingenio, no pudieron menos de caer en mil absurdos y extravagancias, no sin injuria de las mismas cosas sagradas. Y para decir de una vez lo que siento, y manifestar lo que me movió á escribir esta obra, digo, que los pintores, áun los más famosos y sobresalientes, así como fueron muy felices en ejecutar y poner á la vista lo que les propuso su desconcertada fantasía, tanto fueron muchas veces desgraciados en imaginarse las mismas cosas que debian pintar: á quienes por tanto, y á cualesquiera de ellos en particular, se les puede justamente aplicar lo del autor citado (2): «Dignos ingenios por cierto de haber tenido mejor eleccion, puesto que expresaron tan bien lo que eligieron.» Basten por ahora estos ejemplos: pues no es del caso detenernos en amontonar otros, debiendo abundar de ellos toda esta obra.

CAPÍTULO II

Que á los principiantes rudos é ignorantes, y á algunos otros malísimos artífices, con razon se les debe de prohibir el pintar y esculpir imágenes sagradas.

1. El Arte de pintar y el de esculpir, por lo que respeta á lo que vamos tratando, andan muy unidas y eslabonadas entre sí, siendo el objeto de estas dos artes el imitar y poner á

(1) Quintil. *Inst. Orat.* lib 10. cap. I, prop. fin.

(2) Quint. ibid. Digna profecto natura, quæ meliora vellet, quæ quod voluit, effecit.

la vista los hechos que han acontecido. Pero por no verme en la precision de repetir á cada paso estos dos nombres en el discurso de mi obra, de intento nombraré solamente el de la pintura, advirtiendo, que lo que de ésta se dijere, quiero que se entienda igualmente del de la escultura; y así los errores que notáremos ó reprehendiéremos en los pintores de imágenes sagradas, los mismos intento reprehender en los escultores. Este será el método que guardaré en toda mi obra, á no ser que las particulares circunstancias pidan otra cosa.

2. La pintura, que como acabamos de decir, consiste en la imitacion, se compara con mucha razon á la oratoria y á la poesía. Porque así como la oratoria y poesía nos ponen las cosas delante de nuestros ojos, así la pintura nos las representa y pone tambien delante de la vista: convienen, pues, mucho entre sí, y estaba por decir que convienen en un todo, con sola la diferencia, que lo que la oratoria y la poesía hacen con palabras, lo hace la pintura con sus coloridos. Lo que en tanto es verdad, que, segun refiere Plutarco (1), dijo elegantemente Simónides, «que la pintura era una poesía muda, y la poesía una pintura que habla.» Mucho pudiera decir sobre esto, si el asunto lo pidiera; pero vea el que guste de ello á Hermógenes (2), Philostrato, (3) Dion Crisóstomo (4), y otros. Y quien deseare enterarse más á fondo, lea la erudita obra de Francisco Junio «sobre la pintura de los antiguos lib. I. cap. 4;» pues no acostumbro ni lo tendria por decoroso llenar muchas páginas, valiéndome de trabajos ajenos y amontonando cuanto otros han escrito. Sin embargo, no puedo dejar de poner aquí dos excelentes pasajes de dos brillantes lumbreras de la Iglesia: el primero es, no de Dion, sino de Juan Antioqueno, que mereció mejor que él el nom-

(1) Bellone, an pace claruerint Athenienses.
(2) Lib. I. de Ideis, cap. 10.
(3) In Proœmio de Imagin.
(4) Oratione 12, quæ est de cognitione Dei.

bre de Crisóstomo (1), el cual dice: «Los pintores imitan con su Arte la naturaleza; y mezclando colores con colores, pintan visibles las imágenes de los cuerpos; hacen hombres, animales, árboles, visten el campo con variedad de flores, é imitando con su arte cuanto se ve, ponen á la vista de los espectadores una historia admirable.» El segundo es de san Basilio Magno, cuyas son estas palabras (2): «Los hechos hazañosos acontecidos en las guerras, demuéstranlos muchas veces primorosamente oradores y pintores: aquéllos con palabras, éstos con colores de la pintura; siendo la intencion de ambos animar á muchos á que imiten la fortaleza de los que ellos les ponen á la vista.»

3. Sólo añadiré aquí lo que con muchísima razon dijeron los Padres del Concilio VII general, que fué el Niceno II celebrado el año de 781: «Que las imágenes sagradas, para los rudos que no saben leer los Libros sagrados, eran lo mismo que son los libros para los doctos y eruditos (3).» Por dicha razon habia dicho antes lo mismo con mucha elegancia Tharasio, patriarca de Constantinopla (4): «Todo, (dice), lo que el Sagrado Evangelio nos demuestra por su lectura, esto mismo hacen las imágenes por medio de la pintura; y lo que los libros nos refieren de las pasiones de los Mártires, esto mismo nos representan sus imágenes.» Ni es de extrañar que se explicasen en estos términos aquellos venerables Padres, cuando lo mismo dicta la razon natural, de la que se valieron, aunque abusando de ella, y con maldad, Ciceron (5), y Porphirio (6), para autorizar el culto de sus ídolos; pero de esta misma se valió piadosamente, y como convenia, san Gregorio Magno (7), cuando dijo: «Lo que son los libros para los que

(1) In Psalm. 50.
(2) Homil. in 40. *Martyres.*
(3) Concil. Nicæn. 2. Action. 8.
(4) Thar. Patriarc. C. P. in ep. quæ præcedit Act. 4.
(5) Lib. 2. de *Legibus.*
(6) Apud Euseb. lib. 3. de *Præparat. Evangel.*
(7) Lib. 7. epist. 109. Vide enmdem lib. 9, epist. 9.

saben leer, esto mismo hace la pintura respecto de los rudos, por cuanto en ella ven los ignorantes lo que deben seguir.»

4. Siendo esto así, ¿quién dejará de conocer cuánto importaria para conservar á las pinturas é imágenes sagradas el honor que les es debido, apartar y prohibir el pintar dichas imágenes á ciertos principiantes rudos é ignorantes, y á otros pésimos artífices? Con efecto muchos hay de esta casta entre nosotros, y no dudo que sucederá lo mismo en otras naciones, los cuales por el honor debido á la Religion y á la piedad, seria muy del caso, á juicio de todos, destinarlos á cualquiera otra Arte antes que á la de la pintura. Pinten éstos enhorabuena: yo por mí les doy ámplia facultad: pinten, digo, aunque malísimamente; pero pinten barberías, tabernas, melones, legumbres, cohombros, calabazas y cuanto se les antojare, con tal que no pinten imágenes sagradas, que habiéndose introducido para fomento de la piedad, por el abuso que ellos hacen de su Arte sirven más presto de irrision y de desprecio. Ciertamente en una de nuestras poblaciones que es bastante famosa, y de donde salen hábiles artífices, hay tambien muchos de los que vamos vituperando; de suerte, que la calle de aquella ciudad que es bien conocida, y que llamamos nosotros «la de Santiago,» está llena de tiendas de malísimos pintores. En ellas se hallan con tanta abundancia imágenes de Cristo Señor nuestro, de la Santísima Vírgen, y de toda clase de santos y santas, que de ellas cargan infinitos carros para conducirlas á diferentes provincias de nuestra España. Pero santos y santas, ¡dónde está el respeto que os es debido! ¡Cuándo, no sólo son vulgares dichas imágenes sino absurdas! ¡Cuán frecuentemente, por lo que toca á la pintura, son ellas dignas de desprecio y verdaderamente ridículas! Con efecto, en las mencionadas tiendas de estos esclarecidos artífices, pocas son las imágenes de los santos, de la bienaventurada Vírgen y aún las del mismo Cristo, que inspiren un poco de piedad y devocion; y al contrario se ven muchas, que harian reir á carcajadas al hombre más sério. Es notório por las historias antiguas, que los primeros pintores, cuando esta Arte andaba todavía en mantillas, figura-

ban las cosas tan toscamente, que fué necesario, para darnos á entender su pensamiento, poner debajo nombres á las cosas pintadas, diciendo: «esto es un hombre, esto un perro, esto un gato, aquello un árbol.» Así lo refiere Eliano (1), y sobre el mismo asunto pueden verse Aristóteles (2), Ciceron (3), Philostrato (4), Quintiliano (5), Demetrio Phalereo (6), Athenagoras, (7), Arnobio (8), y otros muchos. Esto mismo sériamente y con mucha razon, se deberia advertir á estos insignes pintores, que practicaran en sus pinturas: pues se ven frecuentemente en sus cuadros imágenes de cosas que nada menos representan á la vista, que lo que ellos se han propuesto. Así vemos á san Martin montado sobre un caballo que más que caballo parece un jumento: y lo que es mayor torpeza, vemos pintado á Jesucristo en figura de cordero; pero tan mal pintado, que los que le miran pueden pensar con razon, si por ventura es un perro.

5. Pero por lo que respeta á las imágenes sagradas que antes mueven á risa que á piedad, es muy gracioso el caso que cuenta Athenéo, y no será fuera de propósito referirlo aquí, aunque lo saquemos de los filósofos paganos. Dice pues (9): «Parmenisco de Metaponte, segun dice Semo, lib. 5 de su Deliada, hombre respetable por su linaje y riquezas, como hubiese bajado á la cueva de Throphronio, al salir de allí, quedó privado de poder reir; y preguntando la causa de esto al Oráculo, respondióle de este modo:

«Pregúntasme, oh huésped, la causa porque no puedes reir;

---

(1) Lib. 10, Var. hist. cap. 10.
(2) Probl. cap. 10.
(3) De *Claris Orator.*
(4) De *Vit. Apollonii.*
(5) *Instit. Orator.* lib. 9, cap. 4.
(6) De *Eloquutione*, § 14.
(7) In Legat.
(8) Lib. 2, adversus Gentes.
(9) Athæneus, lib. 4. Dipnosophist. non longe a princ.

pero yo te digo, que al volver á tu casa te restituirá mi madre esta facultad al punto que la vieres. Esperando, pues, cuando ya habia vuelto á su patria, que recobraria la facultad de reir; y como nada menos le hubiese acontecido, pensó que el oráculo le habia engañado. Pero habiendo venido algun tiempo despues á Delos, y admirado en gran manera cuanto habia que ver en aquella isla, entró en el templo de Latona, y pensando ver allí alguna insigne estátua de la madre de Apolo, como viese al contrario una estátua de madera tosca, y verdaderamente fea, soltó la risa; y acordándose entonces de lo que le habia dicho el oráculo, libre ya de aquella enfermedad, veneró en adelante con más devocion á la diosa.» Hasta aquí Athenéo. Es tambien bastante sabido (lo que de ningun modo puedo omitir) que las efigies de sus dioses, que antiguamente veneraron los gentiles, eran incultas, disformes, toscas, y unos troncos de árboles casi nada pulidos, como lo refieren, y advierten san Clemente Alejandrino (1), y Arnobio (2). A esto aludió elegantemente Lucano en aquellos versos (3):

«.....Simulacraque mœsta deorum
Arte carent; cæsisque extant informia truncis.»

Pero fomentadas despues y cultivadas las artes de la pintura y escultura, pintaron y esculpieron en adelante con el mayor primor sus vanos y falsos dioses, para que no fuera caso que lo que se proponia para culto y veneracion del pueblo, sirviese al contrario de burla y de menosprecio.

6. Mas volviendo á nuestro asunto, de donde nos habíamos desviado un tantico con alguna oportunidad, ¿quién podrá sufrir que unos rudos principiantes y pintores ignorantísimos que acabamos de referir, se ocupen en pintar imágenes

(1) Pædagog. lib. 1 cap. 2.
(2) Lib. 6, adversus Gentes.
(3) Lib. 3. Dharsal. v. 412.

sagradas? Ciertamente no pensaron así los que colocaban en los templos las imágenes de sus falsos dioses, sino que al instante que florecieron estas artes, andaban buscando, y destinaban para hacer dichos simulacros, no á los artífices medianamente buenos, sino á los más afamados y excelentes en su arte. Y por no detenerme en una cosa tan sabida, bastará áun para los de menor instrucion, la lectura de Plinio solamente (1). ¿Pero para qué hablo yo de los simulacros de los dioses? Alejandro Magno, aquel «cuyo valor nadie con justo título podrá esperar, ni tampoco desear su fortuna,» segun dice Apuleyo (2), hizo tanto aprecio y fué tan celoso de su persona, que no tan solamente quiso, sino que expresamente mandó que nadie le retratase sino Apeles, y que nadie fundiera su estátua en bronce sino únicamente Lisipo, como elegantemente lo advirtió Horacio en aquellos versos (3):

«Edicto vetuit, ne quis se præter Apellem
Pingeret, aut alius Lysippo duceret æra
Fortis Alexandri vultum simulantia-.....»

Ni es de pensar que hiciese esto Alejandro sólo por honrar á Apeles y á Lisipo, sino que lo hacia mirando por el honor de ellos, y tambien por el suyo propio; lo que discretamente notó Ciceron cuando dijo (4): «No por el honor que hacia á Apeles y á Lisipo permitió Alejandro Magno que solamente aquél le retratara y éste le esculpiera, sino porque pensaba que su arte haria honor, no sólo á ellos, sino tambien á sí mismo.» Plutarco advirtió despues lo mismo en varios lugares (5): y muchos otros príncipes, que omito referir aquí, mi-

(1) Lib. 31. Histor. Naturalis.
(2) Floridor. Lib. 1.
(3) Epist. lib. 2, ep. 1.
(4) Epist. ad Q. Fil. lib. 5.
(5) In Vita Alexandri, et lib. de Fortuna et Virt. ejusd.

rando por su propio honor y por el de las mismas artes, siguieron el ejemplo de Alejandro. Con todo, no puedo menos de referir uno de éstos, que fué Felipe IV Rey de España, por renombre el Magno, de quien, aunque se esparcieron muchos retratos sacados de otros originales, sin embargo, nunca permitió que otro originalmente (por explicarme así) le retratara sino Diego Velazquez: en tanto grado, que estando éste ausente (pues dos veces salió fuera de España y estuvo en Italia) no consintió en manera alguna que otro pintara su imágen, aunque habia por entonces excelentes pintores en España: porque sabia muy bien Felipe IV que por lo tocante á representar y pintar al vivo, que en castellano llamamos «retratar», se distinguia Velazquez entre todos. De cuya noticia confieso con mucho gusto ser deudor á un insigne y sabio pintor y amigo mio D. Antonio Palomino, quien además de la obra que dió á luz (1) con mucho aplauso de los eruditos, en la cual hace digna y honorífica mencion de Velazquez (2), imprimió tambien otra excelente (3) de las vidas de los pintores españoles.

7. Pues si los reyes de la tierra miraron con justa razon como cosa correspondiente á su dignidad el no dejarse retratar sino por los artífices de mayor crédito, ó á lo menos, no los más despreciables; ¿con cuánta más razon se deberia procurar que hombrecillos ignorantes no pintasen imágenes sagradas, que antes son ocasion de burla que de veneracion? Porque ¿quién podrá mirar con indiferencia y sin resentimienio alguno las pinturas, ó por decir mejor los borrones de que hemos hablado? ¿Quién podrá tolerar muchas otras imágenes de santos y áun del mismo Cristo y de la Santísima Vírgen, que se esculpieron en los siglos ignorantes y verdaderamente bárbaros? Pero ya, gracias á Dios, que habiendo mandado prudente y santamente el sagrado Concilio de

(1) Teórica de la pintura, impreso en Madrid año 1715.
(2) Lib. 2, cap. 9, pag. 154.
(3) Práctica de la pintura.

Trento, que se quitasen todos los abusos que habia acerca del culto y exposicion de las imágenes sagradas (1), se ha remediado en gran parte tanto mal y desórden, por el celo y prudencia de sabios prelados y de vigilantes párrocos, quitándose á lo menos de los templos y lugares sagrados no pocas imágenes de monstruosa deformidad, y sepultando algunas otras debajo de la tierra para su perpétuo olvido.

CAPÍTULO III.

Que con pretexto y bajo el nombre de imágenes Sagradas, no se deben pintar aquellas historias que puedan ser peligrosas á la vista ó inducir al mal á los incautos.

1 Los egipcios, aunque segun Platon (2) eran sumamente aficionados á símbolos y geroglíficos de cosas sagradas; sin embargo, reprimian con leyes la nimia licencia de los pintores, y con mucha razon. «Porque (como dice él mismo) juzgaron los sabios, que en toda ciudad bien morigerada, debian acostumbrarse los ojos de los jóvenes á pinturas honestas y decentes, y sus oidos á canciones modestas.» Lo mismo como cosa de suyo bastante clara, quiso Aristóteles que se observara en su ciudad ó república, cuando dijo (3): «Velen los magistrados para que no haya pintura alguna, ni estátua de cosas semejantes (esto es de cosas deshonestas), que excite á su imitacion.» Así es sin duda. Pero no parece que piensen de este modo algunos, que en pintar y representar los hechos é historias sagradas (porque no me meto en lo tocante á las pinturas de fábulas y cosas profanas, dejando gustoso á otros el tratar esta materia), eligen principalmente aquellas que

(1) De Reform. sess. 25.
(2) Lib. 34, sive Dial. 2, de Legib. non longe à princ.
(3) Lib. 7, Dolitic. cap. 18.

excitan á los incautos, y en especial á los jóvenes que las miran, á la maldad, torpeza y perniciosos deleites. No es fábula lo que digo, ni cosa forjada en mi imaginacion. Dos artífices hubo en el siglo próximo pasado, ambos excelentes cada cual por su término, á quienes dejo ahora de nombrar, porque no quiero alabarlos. Uno de ellos emprendió pintar en Italia, no solamente con el pincel, sino tambien con la pluma y con los adornos de la retórica, algunas imágenes sagradas: con colores tan vivos, aunque con una elocuencia tan mal aplicada, que no parecian las cosas escritas ó referidas en un papel, sino verdaderamente pintadas en una tabla. En tanto es verdad que los antiguos apenas hicieron distincion del arte de pintar al de escribir; y así, para expresar á cualquiera de ellas, se valian de unas mismas palabras. Porque lo que los griegos dicen τὸ γραφειν igualmente significa pintar ó escribir; y los latinos á semejanza de aquéllos, confunden uno y otro. De aquí es que dijo Estacio (1):

«Apelleæ cuperent te scribere ceræ.»

Y Virgilio, el mirar y registrar con los ojos la pintura, lo llamó leer (2):

«.....Quin protinus omnia
Perlegerent oculis.....»

Sobre cuya palabra, «perlegerent,» notó Servio: «El mirar la pintura, llamólo el Poeta con bastante propiedad, leer; porque la voz griega καφα, significa escribir, y pintar.» Esto he dicho de paso. ¿Pero cuáles son las historias sacadas de la Sagrada Escritura, que nos dejó escritas ó pintadas aquel buen retórico ó pintor? No otras ciertamente, sino las que

(1) Sylv. I, de Equo Domitiani, v. 102.
(2) Æneid. 6, v. 33.

podian incitar y avivar más el fuego de la concupiscencia. Tales son las pinturas de las hijas de Loth enteramente desnudas, y sin el menor pudor ni recato, dando vino á su viejo padre con mucha abundancia para embriagarle, y hacerle cometer el abominable incesto: tal es tambien la pintura de aquella mujer de Egipto, provocando al casto José al adulterio: tal la de Bethsabé, que se prostituía al antojo y concupiscencia de David: tal la de Susana, cuando se estaba lavando; y otras de este género: y estas mismas son las que quiso tambien pintar, antes que otras decentes y honestas, un célebre pintor español (que es el otro de los dos de quienes sin decir sus nombres, hice poco hace mencion) con mucha valentía de pincel, aunque malísimamente aplicada: y lo que es de admirar, ó mucho más de sentir, que si alguna vez pintaba otros hechos ó historias, se echaba menos en ellas aquel primor y delicadeza del Arte que resaltaba en las antecedentes.

2. Fácilmente podria yo manifestar aquí cuán malamente, y contra lo que piden el decoro y la honestidad se portaron estos dos en haber escogido semejantes asuntos para ostentacion de su ingenio y habilidad. Pero por lo que toca más de cerca á nuestro intento, escogeré lo más selecto, contentándome por ahora con advertir á todos, que los que de este modo usan, ó (por mejor decir) abusan de las dos esclarecidas y nobilísimas artes de la retórica, y de la pintura, éstos no siguen el camino que verdaderamente prescriben estas artes; sino que introducen y subrogan otras adulterinas y supuestas en lugar de las propias y verdaderas. Porque así como «el que se vale del arte de la retórica para otro fin que el de hacer mejores á sus ciudadanos, éste no usa de la verdadera retórica, sino de un cierto artificio adulatorio,» como sabia, y prudentemente escribió Platon (1): así el que convierte el arte de la pintura para representar cosas deshonestas, y se vale de ella para pintar aquellas cosas que san

(1) In Gorgia.

Gregorio Niceno (1) llama «infames espectáculos,» y Taciano (2) «incentivo de los vicios;» éste no usa del arte de la pintura, sino de otra bastarda, y que induce á la deshonestidad y lujuria. El poeta Propercio (para que se eche de ver, que áun los que pasan plaza de insignes licenciosos, enseñan que nada debe pintarse que pueda escandalizar á los ojos recatados) reprehendió con bastante elegancia esta desenfrenada licencia de los pintores. Hé aquí sus versos (3):

«Quæ manus obscænas depinxit prima tabellas,
Et posuit casta turpia visa domo;
Illa puellarum ingenuos corrupit ocellos,
Nequitiæque suæ noluit esse rudes.
Non istis olim variabant tecta figuris,
Cum paries nullo crimine pictus erat.

Por esto Plinio (4), entrando con su acostumbrada severidad y energía á reprender las costumbres y lujurias de su siglo, hace mencion de los vasos y cálices donde se esculpian figuras de adulterios y de semejantes cosas deshonestas, diciendo: «Como si la embriaguez por sí sola fuese causa de pocas liviandades. De este modo se saca el vino de la misma lujuria, y con este premio convidan á emborracharse.» Por esta misma razon Sidonio Apolinar en la elocuente descripcion que hace de su casa de campo, dice que entre las reglas de modestia, que observó con el mayor rigor, una de ellas fué el que careciese de pinturas deshonestas. Estas son sus palabras (5): «No hay aquí ninguna historia obscena de cuerpos desnudos y hermosos, que cuanto sirven de ador-

(1) In Vita Mosis.
(2) Orat. contra Græcos.
(3) Lib. 2, Elegia 6, prope finem.
(4) Histor. Nat. lib. 14, cap. 22.
(5) Lib. 2, epist. 2.

no al Arte, tanto afrentan al artífice.» Por esto finalmente el elocuentísimo san Pedro Crisólogo (1) reprende doctamente, y con la mayor acrimonia á los pintores que se dedican á pintar cosas semejantes, cuando dijo: «Representan adulterios en los simulacros, sus imágenes están llenas de figuras de fornicaciones, y de incestos sus pinturas.»

3. Y para hacer ver los daños que estas pinturas, aunque sean de Historias Sagradas, ocasionan á los incautos, que las miran; puede servirnos de convincente prueba la misma doctrina de los gentiles. Porque los que tenian sus dioses ladrones y adúlteros, y como á tales les daban adoracion, solian representar en tablas estos hechos como esclarecidos monumentos de su religion: pero qué consecuencias se originasen de esto algunas veces, lo da claramente á entender aquel jóven de la comedia de Terencio, que contemplando con suma curiosidad una tabla en que estaba pintado Júpiter, el cual convirtiéndose en oro, iba entrándose por el techo á manera de lluvia, é introduciéndose en el regazo de Danae; determinó desde luego cometer el estupro sin el menor reparo. Pero óiganse las mismas palabras del Poeta (pues se pueden oir sin que por esto se ofendan los oidos castos), el cual pinta maravillosamente el caso (2):

«Dum aptatur virgo in conclavi sedet
Suspectans tabulam quandam pictam, ubi inerat pictura hœc: Jovem
Quo pacto Danaæ misisse ajunt quomdam in gremium imbrem aureum.
Egomet quoque id spectare cœpi: et quia consimilem luserat
Jam olim ille ludum, impendio magis animus gaudebat mibi;
Deum sese in hominem convertisse, atque in alienas tegulas

(1) Serm. 155.
(2) Terent. in Eunuc. act. 3, scen. 5.

Venisse clamculum per impluvium, fucum factum mulieri.
¿At quem Deum? Qui templa cœli summa sonitu concutit.»

Estos son los efectos de la mirada de dicha pintura, estos los halagos de la maldad, y la fuerza, y poder de un ejemplar pernicioso. Pero véase en qué paró el caso, ó cómo se anima él mismo á cometer la maldad: pues añade luego:

«¿Ego homuncio haec non facerem? Ego illud vero ita feci, ac lubens.
Dum haec mecum reputo, cet.....»

Prudentemente advirtió aquí Donato, que el poeta, no como cómico, sino como filósofo, hizo patentes los estragos que causaban en las ciudades y en las costumbres de los hombres el pintar fábulas fingidas por los poetas, subministrando por este medio varios modos y ejemplos para cometer la maldad y el pecado. Y añade haber sido admirable invencion del Poeta el atribuir dicha pintura á la casa de una ramera prostituida á los amores de todos, contra toda continencia, pudor y honestidad. Lo mismo agriamente habia reprehendido antes Ciceron en la poesía (1), (que, como llevamos dicho, es una pintura que habla) singularmente en la Cómica: porque debiendo de ser ésta la maestra y formadora de la vida humana, y que por tal se gloria, era muy reprehensible, que con ser ello así, se atreviese á poner á nuestra vista imágenes de impureza y de maldad: «¡Oh excelente escuela de las costumbres, (exclama Ciceron,) la poesía, que coloca en el número de sus dioses al amor, autor de tantas extravagancias y delitos! Hablo de la comedia, de quien no se haría ningun caso, si careciese de aprobadores de semejantes delitos y extravagancias.» De este mismo caso, que hemos refe-

(1) Tusculan. quæs. lib. 4.

rido antes, hace mencion tambien en varios lugares que omito el gran Padre san Agustin (1): pues así los parajes en que habla de esto el santo, como el ejemplo mencionado, manifiestan bastante cuán nocivo sea á las buenas costumbres el que se pinten historias de hechos menos honestos, aunque éstos se saquen de ejemplos memorables, y áun de la misma Sagrada Escritura.

4. Por lo que, á fin de precaver este abuso, y para que con pretexto de imágenes sagradas no se pinten estas historias ú otras semejantes, está mandado, así por el decreto de los Padres que se congregaron en el Oriente en el palacio del Emperador, que llamaron Trulo (2), como por el citado del Concilio de Trento; y últimamente por el Papa Urbano VIII, cuyas son las siguientes palabras: «Que en ninguna Iglesia, de cualquier modo que se entienda, ni en sus portadas ó atrios, se expongan á la vista imágenes profanas, ni otras indecentes y deshonestas (3).

CAPÍTULO IV

Que no sólo se han de evitar las pinturas de cosas torpes y deshonestas; si que se ha de excusar tambien, en cuanto se pueda, toda indecencia y desnudez en las imágenes sagradas.

1. Son por lo comun los ojos de los hombres muy resbaladizos é inclinados al mal: lo que si quisiera yo probar y confirmar con pruebas sacadas de diferentes partes, con sentencias de los sabios antiguos ó bien con testimonios de la

(1) Confess. lib. I. cap. 16. De Civit. Dei, lib. c. 2. et Epist. 202. cet.
(2) Can. 100.
(3) Const. Sacros. edita 15. Martii 1642.

Sagrada Escritura; paréceme que no haría otra cosa sino perder el tiempo y abusar del ocio de mis lectores. Bastante, si no me engaño, y si no queremos engañarnos, nos ha enseñado á todos, y á cada cual en particular, nuestra propia experiencia en cuántas caidas ó peligros hemos incurrido por la falta de cautela y circunspeccion en mirar cosas provocativas. Por esto el pintor que quisiese seguir mi dictámen y lo más acertado, no sólo no pintará hechos torpes y deshonestos, aunque éstos sean tomados de la Sagrada Escritura, sino que en pintar y esculpir las imágenes sagradas guardará tambien toda honestidad y decoro, evitando en cuanto sea posible toda desnudez.

2. Ciertamente los cristianos griegos, que no sólo en los tiempos antiguos, si tambien en el dia, tienen un gran respeto y veneracion á las imágenes sagradas (1), no solamente las pintan con mucha descencia y honestidad, sino que, como advirtió Guillermo Durando (2), y otros despues de él, no las pintan regularmente sino de medio cuerpo, para precaver de este modo la ocasion de algun pensamiento impuro ó impertinente. Y por lo que respeta á pintar las imágenes desnudas, lo aborrecen esto en tanto grado, que los moscovitas, que sin embargo de seguir obstinadamente el cisma de los griegos, son muy tenaces en observar los ritos que heredaron de sus mayores, abominan enteramente las imágenes de los santos que están desnudas: singularmente si la desnudez (aunque sea sólo de alguna parte) es de las inferiores del cuerpo. Ni debe esto causarnos admiracion; «porque los moscovitas, segun lo atestigua Antonio Posevino (3), quien ciertamente estuvo bien enterado de sus costumbres) son tan circunspectos y casi nimios en esta parte, que llevan muy mal el ver una cruz pendiente de la cintura, y que llegue casi hasta los lomos: por juzgar que esto es demasiado indecente y ajeno de la veneracion que se debe tener á

(1) V. Jacob. Goar. in notis ad Ritual. Græcor.
(2) In Rationali lib. I, cap. 3.
(3) In sua Moscovia, edit. Antuerp. 1587, pág. 80.

la santísima Cruz. Los mismos tambien (para que se vea con cuánta más razon no pueden sufrir las imágenes desnudas) «se ofenden en gran manera (dice el citado Posevino) de los vestidos cortos de los italianos, franceses, españoles y alemanes, por exponer á la vista aquellas partes, que deberian cubrirse con más cuidado (1).»

3. Siendo esto así, y conforme á lo que exige el debido decoro y honestidad, con todo no soy tan rígido, ni pido á los pintores que observen un método tan exácto y escrupuloso en pintar las imágenes sagradas. Quisiera sí sériamente, que se pusiera límites y freno á cierto escandaloso modo de pintar. Porque, pregunto, ¿qué utilidad se puede sacar de las imágenes, no solamente de santos y santas, sino tambien de las de la Santísima Vírgen, que vemos á cada paso, así en las casas como en los templos, en las cuales se deberían cubrir y corregir muchas cosas, si hiciéramos el debido aprecio de la santidad y pureza? Por esto sabiamente dijo Ambrosio Catharino (2): «Lo que es más sensible y abominable en nuestros tiempos es ver en templos y oratorios magníficos pinturas tan lascivas, que allí es donde se puede contemplar lo más torpe que ocultó nuestra naturaleza: pinturas que sirven para excitar movimientos, no de devocion, sino de lascivia, áun en la carne más mortificada.» Se ven tambien á cada paso, y se contemplan muchachos ya grandecillos pintados enteramente desnudos, que segun la mente y voluntad de los pintores representan ser unos ángeles; mas sin embargo por el mal é inmodesto abuso que hacen de su Arte, no parecen sino unos provocativos y deshonestos Cupidillos. Vemos igualmente con bastante frecuencia imágenes de la sacratísima Vírgen; esto es, de aquella Señora que es ejemplar de toda pureza y castidad; y que «fué tal, como pia y elegantemente escribió san Ambrosio, (3), que su vida es la enseñanza de todos:» vemos, digo, muchas de sus imágenes

(1) Ibid. pág. 79.
(2) De Cultu Imag.
(3) Lib. 2, de Virginib.

no enteramente desnudas (que no ha llegado á tanto la audacia y desenfreno de los pintores católicos), pero sí pintadas caido su cabello rubio, desnudo su cuello y hombros, y aun sus purísimos y virginales pechos, y otras veces con los piés enteramente descubiertos; de suerte, que ninguno podrá persuadirse que sea este un ejemplar y dechado perfectísimo de vírgenes, y de todo pudor virginal; antes bien creerá que es un retrato de alguna diosa de los gentiles, y áun que es la misma Venus de Gnydo. Por esto dijo muy bien y sabiamente un erudito católico (1): «Acordémonos que las imágenes de Cristo son ejemplares de perfecta honestidad y religion, no de una depravada liviandad; y por tanto importa mucho que resalten en ellas todo pudor y modestia. ¿Qué tiene que ver con la Santísima Vírgen, dechado perfectísimo de honestidad, aquel adorno casi propio de una ramera? ¿Y qué, con los santos mártires y confesores de Cristo unos adornos más que profanos?» ¿Pero para qué me canso? Es tan constante, que al mismo Cristo, como de edad de dos ó tres años, le vemos todos los dias pintado y esculpido enteramente desnudo, que sería necedad querer manifestarlo con ejemplos. Qué cosa haya en esta desnudez que mueva á piedad y edificacion, véanlo los inteligentes: yo, por lo que á mí toca, nada encuentro en esto que pueda excitar la piedad y devocion, antes sé muy bien que este modo de pintar y de esculpir sirve no pocas veces de tropiezo á los débiles y flacos.

4. ¿Para qué me he de cansar yo ahora en referir varias imágenes de santos mártires y de vírgenes? ¿Quién no echará de ver cuánto hay en ellas que corregir y que enmendar? Pintó un insigne artífice á dos mártires cuando les llevaban al suplicio, cuya pintura, entre otras muchas y excelentes (pues nada finjo), se guarda en un célebre lugar. En ella se representa á dichos mártires de un talle regular y proporcionado, pero desnudos, como suele decirse, de pies

(1) Franc. Horant. in Locis Cathol. lib. 2, cap. 27.

á cabeza. En cuanto á las reglas del arte y al gusto de los antiguos romanos, parece no habia más que desear: pero no se puede decir otro tanto por lo que respeta á la modestia y circunspeccion cristiana. Sucede no pocas veces que miran estas pinturas las mujeres, las que, si quedan escandalizadas ó no, de ver semejantes objetos, júzguenlo los demás. Lo cierto es, que en una famosa ciudad de Italia, un célebre pintor (no nombraré en mi obra al que no quiera alabarle) pintó al mártir san Sebastian, si enteramente desnudo, ó no, no lo puedo asegurar; pero sí con colores tan vivos, que no parecía sino una carne tersa y pura, con la frente tan despejada, el semblante tan risueño, y de tan bello parecer, que habiéndose averiguado que este retrato servía de tropiezo á muchas mujeres, mandaron los Superiores quitarle de la Iglesia (1). Pero todavía es más, y casi increible, lo que me refirió un sujeto muy veraz y de singular probidad y autoridad. Este me contó haber visto él mismo en una célebre ciudad de nuestra España y en un magnífico templo á una santa vírgen y mártir, tutelar de aquella iglesia, clavada en la cruz en la postura (lo que es más de extrañar) que describe Lipsio (2), y en la que vemos comunmente al apóstol san Andrés; esto es, cruzados los palos á manera de la letra X. ¿Pero con qué vestidura? No os escandaliceis ojos ni oidos: enteramente desnuda: «Como si (exclama, no un italiano ó español, sino un historiador del Norte) (3) la misma fragilidad del hombre y su interior concupiscencia, no fueran bastantes por sí solas para hacerle caer en mil tentaciones, si no se le añadian tambien los halagos externos de la lascivia.» ¡Y que esto se vea, no en los palacios profanos de los príncipes, sino en las mismas casas sagradas, y en los templos! Ojalá esté siempre en su fuerza y vigor el decreto del santo Concilio de Trento, el cual en el lugar citado antes (4), manda que en las imágenes sagradas «se quite toda

(1) V. Borghinum lib. 3, p. 380.
(2) Lib. 1, de Cruce cap. 7.
(3) Olaus Magnus.
(4) Sess. 25, de Reform.

deshonestidad; de manera que no se pinten ni adornen imágenes de provocativa hermosura.»

CAPÍTULO V

Qué desnudez y en qué circunstancias se puede permitir en las imágenes sagradas, sin escándalo de los timoratos.

1. El que no llega á conocer que en todo cuanto hacemos y obramos, debemos observar una cierta regla y medida; éste á la verdad tiene poco ó ningun conocimiento de las cosas. Apenas se puede establecer una regla general que no tenga alguna justa excepcion. Muchas cosas hay, dirá luego alguno, que no sólo permitan en las imágenes sagradas la desnudez; sino que de su naturaleza la exijan. Así ha pintado siempre desnudos la antigüedad á nuestros primeros padres. y así los pintan aún hoy los pintores sabios, y timoratos. Y que esto no lo hayan reprendido los ilustrísimos señores Fr. Angel Manriquez, y Fr. José de la Cerda, teólogos doctos y gravísimos, y que regentaron la cátedra de Prima de Teología en la Universidad de Salamanca, á quienes sériamente se les consultó sobre este punto, lo atestigua un autor de bastante nota (1). Además, que si á los mártires no se les pinta desnudos, no se pueden bastantemente manifestar las penas y tormentos que padecieron por Jesucristo. Y últimamente las imágenes de los santos de ambos sexos, que hicieron penitencia en los desiertos. como piden que se les pinte pálidos y macilentos, así exigen tambien que se nos representen con alguna desnudez y desabrigo.

2. Estas y semejantes razones son las que se pueden objetar en apoyo y defensa de la desnudez de las imágenes sagradas; y para decir ingénuamente lo que siento, no parece

(1) Un escritor anónimo en un tratado escrito en italiano sobre esta materia, impreso en Florencia en 1652, c. 2, pág. 38.

fuera de propósito el reparo: pero primero es menester examinar clara y distintamente el asunto, separando lo cierto de lo incierto, que así fácilmente conoceremos qué desnudez y en qué circunstancias se pueda ésta tolerar, y permitir en las imágenes sagradas. Con efecto, por lo que toca á nuestros primeros padres, confieso desde luego, que es tolerable el que les pinten enteramente desnudos; ya porque esto lo vemos apoyado por una costumbre antiquísima; ya porque de otra manera acaso no se podría representar aquel estado felicísimo de donde cayeron, en el cual, como dice la Sagrada Escritura: «Ambos estaban desnudos, á saber, Adan y su mujer, sin que esto les causase rubor» (1); no porque se portasen con poca decencia y honestidad, que esto sería juntar, como dice grave y elegantemente san Agustin (2), dos extremos muy opuestos entre sí, á saber, la inocencia y la deshonestidad; sino porque en aquel estado de felicidad, en que así el *fomes*, como la concupiscencia estaban perfectamente sujetos y subordinados á la razon; como nada reconocian en sí mismos que no fuese perfecta obra de Dios, y por consiguiente cosa buena: ó en efecto no conocian que estuviesen desnudos, lo que dá bastante á entender el Sagrado Texto (3); ó nada se les podia ocurrir de que con razon debieran avergonzarse. Sea, pues, tolerable el que se pinten desnudos, con tal que los pintores honestos y timoratos tengan particular cuidado de que no se vea la menor indecencia en tales imágenes. Lo que se conseguirá perfectamente, si el pintor con darles cierto gesto ó postura de cuerpo, ó por medio de alguna cosa, como es un tronco, ó ramo de árbol, sabe ocultar en especial aquellas partes que el mismo pudor y decencia pide que no se expongan á la vista. Esto deberá observarse en caso que se pinten nuestros primeros padres en el estado de la inocencia. Porque si se pintan despues de haber caido en el pecado, por ejemplo, cuando les

(1) Gen. 2, v. 25.
(2) Lib. 5, contra Julian. Pelagian. cap. 1.
(3) Genes. 3, vers. 11.

reprehende Dios, ó el ángel les arroja del Paraíso, entonces de ningun modo será lícito pintarlos del todo desnudos, sino, ó con aquello mismo con que ellos inmediatamente se cubrieron (1), ó bien con las túnicas de pieles de que les vistió el mismo Dios (2), cuando mandó echarles del Paraíso.

3. Por lo que toca á representar los tormentos de los mártires, en ninguna manera puedo aprobar ó permitir que se pinten enteramente desnudos, no sólo las sagradas vírgenes ó matronas; pero ni los santos jóvenes, ó hombres hechos: sino que, bien se representen cuando están padeciendo los tormentos, ó bien cuando les llevaban al suplicio, siempre se deberán pintar con algun lienzo ó paño, tapando principalmente aquellas partes que el mismo pudor y la naturaleza procuran encubrir.

No he dicho todo esto porque ignore que los antiguos gentiles, griegos y romanos, para atormentar y castigar á los reos ó condenarles á muerte, solian desnudarles enteramente, sin reparar en la honestidad y decoro; porque sé muy bien ser esto así por los monumentos antiguos que cita á la larga el eruditísimo Antonio Galonio (3), el que despues de haberlo probado con mucha elegancia, concluye diciendo: «De aquí se echa claramente de ver, que los verdugos mataron á los reos, estando éstos enteramente desnudos (4).» Y á la verdad, por lo que mira á los mártires, que es ahora nuestro principal asunto, es constante que padecieron ellos la ignominia de la desnudez, no sólo en los tiempos de los perseguidores gentiles, si tambien bajo el imperio de los Arrianos. Así lo afirman Eusebio (5), san Atanasio (6), y muchos otros escritores Eclesiásticos: entre los cuales san Hila-

(1) Gen. 3, v. 7.
(2) Ibid. v. 21.
(3) De *Cruciatib. Martyr.* cap. 4, pág. 112.
(4) Ibid. pág. 113.
(5) Hist. lib. 8, cap. 9.
(6) De Fuga sua, et in epist. ad Solit.

rio maravillosamente lo describe (1): «Los sacerdotes (dice), están presos en las cárceles: prepárase la plebe obligada á custodiar á los que están atados con cadenas: desnudan á las doncellas para ser atormentadas: Los cuerpos consagrados á Dios expuestos á la vista de todos, son el objeto del espectáculo y de la tortura.» Lo mismo atestigua san Pedro Alejandrino (2) en otra bella descripcion que hace de esto mismo, el cual despues de muchas otras cosas, dice así: «Comenzaron (los ministros) á rasgar las vestiduras de las santas vírgenes de Jesucristo, cuya piadosa vida era la misma que la de los santos, y desnudas como habian nacido las llevaban por la ciudad á manera de triunfo, y para satisfacer su lujuria las burlaban atrevida y desvergonzadamente.» Pero es digno de consideracion y tambien de admiracion lo que sucedió algunas veces, que colgando á las santas mujeres por los piés, quedaron inmobles sus vestiduras sin bajar á sus rostros, manifestando Dios con este milagro cuánto celaba su pudor y honestidad: escríbelo el citado san Hilario con estas palabras (3): «Derramóse en todas partes la sangre de los santos mártires: á su presencia braman los demonios, cúranse las enfermedades, y se admiran obras prodigiosas, como elevarse los cuerpos en alto, y no caerse los vestidos á la cara de las mujeres colgadas por los piés, etc.» Luego, no porque no sepamos estas y otras cosas semejantes, como decíamos más arriba, hemos sentado que los mártires no deben pintarse enteramente desnudos en sus tormentos, sino porque este modo de pintar á los santos, es muy ajeno de la gravedad y modestia cristiana. Ni negaré tampoco que los santos mártires padeciesen mucho por Cristo en esta misma desnudez: mas lo que fué para ellos una cosa muy meritoria y gloriosa, y digna del mayor triunfo, no debemos nosotros, que estamos sujetos á los afectos de impureza y sensualidad, pintarlo y contemplarlo

(1) Epist. ad Constantium.
(2) Apud Theodoret. lib. 4. Hist. cap. 2.
(3) Ibid.

del mismo modo que pasó. Pero de esto volveré á hablar cuando trate de la desnudez que padeció Cristo Señor nuestro en su sagrada Pasion.

4. Y para que nada de lo que pertenece á nuestro asunto quede sin tocarse, advertiré aquí, que los santos padecieron muchas cosas que no es decente ni conveniente pintarlas. Cuáles sean éstas, diréio en pocas palabras. Prímeramente, cuando leemos en sus actas ó hechos que mandaron los tiranos despedazar y atormentar sus cuerpos con bolas ó planchas de plomo, con tenazas, con hachas encendidas y con otras diabólicas invenciones, es cierto que eso no se debe pintar del mismo modo, por ser constante que no puede esto ejecutarse sin aquella absoluta y total desnudez que antes decíamos, y que pretendo apartar y desterrar de las imágenes sagradas. Además, sabemos por el testimonio de un gravísimo escritor (1), que llegó á tanto algunas veces la impiedad y fiereza de los perseguidores del nombre cristiano, «que con ciertas máquinas levantaban en alto á las mujeres totalmente desnudas y descubiertas, y que atándolas por un pié y poniéndolas su cabeza hácia abajo, presentaron á la vista de los circunstantes el espectáculo más feo, el más cruel y más ajeno de toda humanidad.» ¿Quién podrá pintar esto, y representarlo á los ojos singularmente de los más rudos, sin perjuicio y menoscabo de la honestidad? ¿Quién ignora que á algunos santos mártires, particularmente á los muchachos, mandaron los tiranos castigarles y azotarles á la manera que se hace con ellos en la escuela? Esto se significa por aquellas palabras del Martirologio Romano (2): «Catomis, ó Catomo cædi;» esto es, que levantándoles en alto sobre hombros ajenos, de medio cuerpo abajo les azotaban con correas y vergas, como lo advirtieron ya y demostraron hombres muy sabios (3), movidos principalmente por el claro testimonio de

(1) Euseb. lib. 8. Hist. cap. 9.

(2) 18 Jun. en el elogio de san Vito mártir.

(3) Card. Baron. in Notis ad Mart. 18 Jun. Gallon. de Cruciat. Mart. cap. 4, pág. 114. Juan Est. Menoch. en sus Storeas. Sagittar. Opusc. de Cruciat. Mart. cap. 5, n. 11.

Prudencio (1), cuyo pasaje aunque algo largo, por ser tan elegante, no tengo reparo en ponerlo entero. Prudencio pues, hablando de Barula niño cristiano, que delante de Asclepíades profesaba la fe de Cristo, dice así:

«Vix hæc præfatus, pusionem præcipit,
Sublime tollant, et manu pulsent nates;
Mox et remota veste virgis verberent,
Tenerumque ductis ictibus tergum secent,
Plus unde lactis, quam cruoris defluat.
Quæ cautis illud perpeti spectaculum
Quis ferre possit æris, aut ferri rigor?
Impacta quotiens corpus attigerat salex,
Tenui rubebant sanguine uda vimina,
Quem plaga flerat roscidis livoribus.»

Y lo que es más, (porque ni esto debo pasarlo en silencio), no sólo fueron los muchachos los que padecieron este género de tormento, sino que para mayor ignominia y afrenta, atormentaron del mismo modo á muchos viejos gravísimos y venerandos, y á matronas honestísimas, como lo convencen las Historias Eclesiásticas.

5. En prueba de lo primero tenemos el testimonio de Víctor Uticense, de quien Tomás obispo dice (2): «Porque no siempre debemos pasar en silencio las impiedades de los herejes, ni podrá parecer vergonzoso lo que es materia de alabanza para el paciente. El que ordenó tiempo hace á dicho sacerdote, y se llamaba Tomás, puesto en varios aprietos por las asechanzas de los herejes, fué en su venerable vejez azotado ignominiosamente á la vista de todos.» Y en confirmacion de lo segundo, dan claro testimonio de ello las actas de santa Afra mártir (3), en que el juez le habla de este modo:

(1) Lib. Peristeph. in Hymn. s. Romani Mart.
(2) De Persecut. Vandalica, lib. I.
(3) V. el Martyrol. Rom. 5 Agosto.

«Catomis nudam te cædi jubebo;» esto es, te mandaré azotar de aquel modo ignominioso y contumelioso que llevo explicado. Pero óiganse sus actas, que entre otras cosas las más selectas, recogió un varon bastante erudito (1), donde se lee: «Díjole el juez Gayo: Ofrece sacrificio, no sea caso que te mande azotar afrentosamente delante de tus amantes, que torpemente han vivido contigo. Respondió Afra: Yo no tengo confusion alguna, sino de mis pecados.» Como si dijera: Con efecto será esto para mí cosa afrentosa é ignominiosa; pero en ningun modo será bastante para apartarme de la fe y Religion de Jesucristo, pues ninguna cosa es capaz de causarme mayor confusion y vergüenza sino los pecados que he cometido: lo que despues declara más la misma santa. Porque instándola el Tirano á que sacrificara á los ídolos, que á no hacerlo así la atormentaria primero de mil maneras, y despues la mandaría quemar, respondió: «Sea enhorabuena atormentado de mil maneras este mi cuerpo, en que he pecado; pero no mancharé mi alma ofreciendo sacrificios á los demonios.» Otra cosa semejante (que me ha parecido añadirla por no ser cosa muy vulgar) se lee en las actas y martirio de san Elías el mozo, que de un viejo manuscrito publicó en griego y en latin el sabio y erudito padre Fr. Francisco Combefis (2), ornamento grande de su sagrada Orden de Predicadores. Allí se leen las siguientes palabras: «Manda pues (á saber el juez sarraceno, prefecto mahometano de Damasco en la Siria), que hombres robustos le azotasen segmnda vez con nervios de buey, y luego que se supurase y corriese la mucha materia y postema de su carne que se habia podrido con la contusion de los azotes, hasta caerse de ella los gusanos y exhalar á gran distancia un hedor intolerable. Entonces el juez, no pudiendo sufrir la vista de tanta postema, mandó que se postrase en tierra boca abajo, y le apaleasen por ambos costados desde los lomos hasta los piés.» Cuyo género de tormento

(1) Theodor. Ruinart. pág. 455.
(2) Parisiis apud Leonard. 1666.

usan en el dia de hoy los turcos mahometanos con los delincuentes, con sola la diferencia de que, segun personas fidedignas me han informado, no descargan los azotes sobre la carne enteramente desnuda, sino cubierta con alguna tela ligera y delgada; pero con tanta ferocidad, que muchas veces para curar á los que así han sido maltratados, es preciso cortarles casi libras enteras de la carne que les han molido con la violencia de los azotes.

6. Finalmente, sabemos por las Historias Eclesiásticas, que algunos tiranos igualmente bárbaros que obscenos, martirizaron con la mayor injuria y torpeza á los santos Confesores de la Fe de Jesucristo con un género de tormentos no menos crueles que indecentes. Tal es el que refiere el Martirologio Romano (1) haber padecido S. Isquirion, «al cual, como le quisiesen obligar con injurias y baldones á que sacrificara á los ídolos (en la ciudad de Alejandría), y él no hiciese caso, le mataron pasándole un palo muy agudo por enmedio de sus entrañas.» Este género de suplicio es el mismo que hoy usan los turcos con los reos más famosos, y algunas veces con los cristianos, al que vulgarmente llamamos los españoles *empalar:* cuyo suplicio, además del vehementísimo dolor que causa, no se puede ejecutar sin la mayor obscenidad. Porque para este fin, meten los verdugos por la parte inferior del cuerpo un agudísimo palo, que fijándolo despues en la tierra, hacen que con el mismo peso del cuerpo salga por la boca, ó por los hombros del paciente. Modo ya antiguo y verdaderamente cruel de atormentar á los reos, como bella y lindamente lo describe Lipsio (2) confirmándolo con monumentos de autores antiguos, principalmente de Séneca, el cual dice (3): «Veo aquí tormentos, no de una sola especie, sino fabricados de diversa manera. A unos colgaron sus cuerpos cabeza abajo, y á otros les traspasaron un

(1) A 22 de Diciembre.
(2) Lib. I de Cruce, cap. 6.
(3) De Consolatione ad Martiam, cap. 20.

palo por la parte inferior del cuerpo.» Y aunque este hecho despues de concluido pueda pintarse con toda decencia, y yo mismo he visto alguna vez pintado con mucha honestidad á un valeroso atleta de Cristo, que padeció este género de martirio; sin embargo, cuando el asunto es de una cosa indignísima, la misma razon y la honestidad persuaden que no se pinte.

7. Quede, pues, advertido el pintor cristiano de no pintar cosas semejantes: no porque no haya sido de mucha gloria para los mártires (como hemos dicho muchas veces) el padecer tales tormentos; sinó porque no es decente que se nos representen á nuestra vista del mismo modo que se ejecutaron. En una palabra: debe el pintor usar de tal cautela, y circunspeccion en las pinturas de los santos, por cuanto segun dijo un pio y sabio doctor (1), hablando de otra materia, «á nosotros nos tiene cuenta, y no á ellos.»

8. Finalmente, por lo que toca á los anacoretas y ermitaños de ambos sexos, he visto varias veces pintados á los viejos, desnudas las espaldas y el pecho, y en parte tambien los muslos y piernas. No que, segun á mí me parece, se haya ejecutado lo dicho con grande ó notable detrimento de la devocion y honestidad: mas, sobre si esto es conforme ó no á lo que naturalmente sucede, júzguenlo los inteligentes. Porque vemos al mismo tiempo que los pintan con los miembros firmes y robustos, la carne blanca, lampiña, y (como suelen explicarse los pintores) mórbida; siendo así que es constante que los hombres que usaron algun tiempo de vestido, si despues andan desnudos y á toda inclemencia, expuestos al sol y al aire, no sólo se vuelven muy morenos y casi negros, y su pellejo áspero y hórrido, si que tambien de tal manera les crecen los pelos que casi llegan éstos á cubrirles todo el cuerpo. Lo que sabemos ciertamente por varios testimonios haber acontecido á muchos, y en especial á aquel célebre Juan Serrano, el que habiendo padecido

(1) San Bernardo.

naufragio, dió nombre á una pequeña isla del océano meridional. Este, pues, segun refiere un escritor de mucha fe y autoridad (1) habiéndose libertado del naufragio, y llegado casi desnudo á aquella Isla, donde moró algunos años, destituido, como pienso, de todo auxilio humano, y casi enteramente separado de todo comercio con los hombres y con las fieras; pasó allí una vida, no me atrevo á afirmar si feliz, ó más presto miserable. Pero volviendo al caso, como éste y otro compañero, con motivo de un naufragio hubiesen sido arrojados á aquella isla, y destrozándose enteramente los vestidos, de tal manera se desfiguraron, que creciéndoles mucho el pelo por todo su cuerpo, casi tomaron la forma y aspecto de fieras; de suerte que dejando aparte muchas cosas que no es de mi instituto el referirlas, como hubiesen arribado á aquella isla unos navegantes, se los llevaron consigo, determinando el virrey de aquel distrito enviarlos por cosa rara y prodigiosa al emperador y rey Carlos quinto. Lo que de paso he querido referir para que se eche de ver que no es conforme á la misma naturaleza de las cosas el pintar con la carne blanca y el cutis sin pelos ásperos, á los hombres que vivieron mucho tiempo desnudos.

9. Por lo que, dejando á parte esta desnudez, que suelen afectar muchas veces los pintores para hacer ostentacion de su habilidad, será lo mejor pintar á los anacoretas con túnicas, sacos, ó semejantes vestiduras, supuesto que sabemos por la vida de san Pablo, que fué el primer autor y maestro de la vida eremítica, haberse tejido él mismo con sus propias manos una túnica de hojas de palma, que despues de su muerte se la apropió á sí san Antonio. Pero oigamos al venerable viejo san Gerónimo (2), que lo describe maravillosamente, como acostumbra. «Despues, dice, que amaneció el otro dia, para que no dejara de poseer el pio heredero (San Antonio) los bienes del difunto, que le pertenecian ab intesta-

(1) Garcilaso Inca, Hist. del Perú, t. 1.

(2) Tom. 1, en la vida de san Pablo ermit.

to, apropióse la túnica, que á la manera que se tejen las espuertas se habia tejido él mismo de hojas de palma, y en los dias solemnes de Pascua y de Pentecostés usó siempre de la túnica de Pablo.» Y si esta regla debe guardarse en las pinturas de los hombres, mucho más en las de las mujeres: la que si, como debian, hubieran tenido presente los pintores, no veríamos en el dia pintadas algunas Pelagias, Marías Egipcíacas, Magdalenas, y otras mujeres anacoretas, gran parte desnudas, ó á lo menos vestidas con poca decencia, cuyas imágenes, sin embargo de que se nos proponen estando en el desierto y haciendo penitencia en él, excitan muchas veces tales movimientos y afectos en los que las miran, que causan gran daño en el alma, si no se borran despues con lágrimas y suspiros.

10. No será aquí fuera del caso indicar brevemente (que no es mi ánimo decirlo y explicarlo con la extension que pudiera) cómo, y de qué manera se podrán pintar algunos hechos que acontecieron á los santos en el desierto, y aun en su mayor retiro. Sabido es lo del gran Padre san Benito, el cual (como mas largamente lo refiere el santo escritor de su vida) (1) siendo un dia vehementísimamente tentado del demonio á lujuria, arrojóse desnudo en un horrible espinar, donde se revolvió hasta tanto que, despedazado su pellejo y derramando mucha porcion de sangre, consiguió por este medio con los agudísimos dolores que sintió y por esta maceracion de la carne, apagar la concupiscencia del apetito. ¡Noble hazaña, y digna de la piedad cristiana! la que el R. P. Fr. N. Ricci, monge benedictino, hermano del célebre pintor Francisco Ricci (cito á entrambos por el honor que se merecen), representó varias veces con primoroso pincel; pero con tal habilidad, y destreza, que sin embargo de representársenos aquel purísimo jóven enteramente desnudo entre las espinas, nada se deja ver que ofenda á la modestia cristiana.

Semejantes ejemplos se leen de otros santos, y en espe-

(1) San Gregor. Dialog. lib. 2, cap. 2.

cial de san Bernardo y de san Francisco. Del primero refiere un piadoso y grave historiador de su vida, que aun cuando mozo (1): «Como mirando una vez con demasiada curiosidad, hubiese fijado por algun tiempo la vista en cierta mujer, volviendo luego sobre sí, y avergonzándose de ello en su interior, se vengó severísimamente de sí mismo; y metiéndose en un estanque vecino de aguas heladas, que le cubrian hasta el cuello, permaneció allí tanto tiempo, que perdido todo el vigor de la sangre, quedó libre enteramente del calor de la concupiscencia carnal, por virtud de la gracia cooperante.» El segundo, viéndose acometido tambien de una fuerte tentacion de la carne, se metió desnudo dentro de la nieve, y apretando fuertemente á su cuerpo pelotones de ella, venció la tentacion, y apartó de sí aquel ardor nocivo, como lo cuenta el santo escritor de su vida y de su historia (2).

11. Nadie ignora que varones muy santos, para imitar más la pasion de Jesucristo y satisfacer á Dios por sus pecados propios, ó por los ajenos, han acostumbrado muchos siglos hace castigar frecuentemente sus carnes con azotes. De este modo vemos excelentes pinturas de santo Domingo, de quien, como cosa muy laudable, refieren sus historiadores (3), que solia usar consigo este castigo. En ellas pintan al santo Padre arrodillado delante de un Crucifijo, desnudo de medio cuerpo, teniendo en la izquierda la Corona de la Vírgen, que vulgarmente llamamos Rosario, y en la derecha una cadena de hierro, con la que está ensangrentando y despedazando cruelmente sus espaldas. Cuya imágen sin embargo de su desnudez, no infunde al pecador y á quien la mira sino un santo horror.

Estas, y otras cosas semejantes, especialmente si se pin-

(1) Guillerm. Ab. en la vida de san Bernardo, cap. 3.

(2) San Buenaventura.

(3) V. Surio tit. 4, san Antonino, 3 part. tit. 23, caps. 1 y 2, y otros muchos.

tan imágenes de hombres, se representan con toda decencia y honestidad, aunque siempre es preciso usar de mucha circunspeccion. Porque, como antes dijimos, padecieron los santos muchas cosas, que si bien las sufrieron por Cristo, y fueron para ellos de mucha gloria y triunfo; sin embargo no es decente ponerlas á la vista.

CAPÍTULO VI

Que en las pinturas sagradas deben evitarse las invenciones ridículas y extravagantes y cuanto tenga resabios de ligereza ó de maldad.

1. Podría parecer á alguno que con lo que llevo dicho hasta aquí, habia ya llenado el intento que me propuse; pero quedan todavía por advertir algunas cosas, que aunque entre católicos, nunca ó rara vez las veamos pintadas, es menester ponerlas en noticia del pintor pio y erudito, para que si por ventura las viese pintadas, no sea caso que las admire, antes las huya y deteste muy de veras. Digo entre católicos, porque no es mi ánimo detenerme en impugnar las maldades de los infieles y herejes perdidos, que con la mayor desvergüenza é intencion depravada intentaron impugnar y hacer irrisibles con abominables pinturas los dogmas y más sagrados misterios de la religion católica. Sabidas son aquellas palabras de Tertuliano, con que, por una pintura que se dejó ver en Roma, describe la malicia de un pintor gentil y sobremanera impío. Oíganse las palabras de este vehemente y culto escritor (1).

«Pero una nueva impresion (dice) de nuestro Dios se manifestó en esta ciudad estos dias, desde que un gladiator,

(1) Tertul. in Apol. c. 16, V. lo que anota sobre este lugar su erudito Coment. el P. Juan Luis de la Cerda.

que habiendo sido condenado, se escapó de las fieras tan diestro en vencerlas con su astucia, que se alquilaba para pelear con ellas en los juegos: sacó una imágen con esta inscripcion: El Dios de los cristianos ONONYCHITES. Tenia este Dios orejas de jumento, uñas de bestia en los piés, vestido de toga, y en la mano llevaba un libro. Diónos á nosotros el nombre y la figura mucha ocasion de reir, etc.» Vuelve luego este sabio y agudísimo autor contra los mismos gentiles la ficcion de esta execrable pintura, como que era mucho más á propósito para representar á sus dioses. De aquí se echa de ver el ódio que tenian los gentiles á los cristianos, y la impiedad con que miraban á Cristo. Sabemos tambien no sin grande dolor, las detestables pinturas é imágenes, que para hacer mofa de las cosas más sagradas de nuestra religion, han inventado los herejes modernos, pintando cabezas de asno adornadas con ornamentos pontificales, y otras cosas semejantes, que solo el referirlas, aunque de paso, causa horror. De esta clase ó jaez son tambien otras pinturas, que han esparcido los herejes, en que representan al supremo Pastor y Pontífice de la Iglesia con semblante, gestos y otras señales de mujer, á que dió ocasion la abominable fábula que fingieron los herejes y creyeron despues los enemigos de la Iglesia y otros sobradamente simples (por no llamarles necios), de que en cierto tiempo ocupó la Cátedra de san Pedro y el lugar del romano Pontífice, una mujer inglesa, la cual, porque tomó el nombre de Juan, se llamó despues «Juana Papisa.» Para persuadir y hacer creible esta patraña, juntaron un monton y hacina de mentiras y desatinos. Pero ya, gracias á Dios, que no sólo católicos doctísimos (1) refutaron con evidentísimos argumentos y convencieron de falsedad é impostura esta indigna y execrable fábula por monumentos, así latinos, como griegos (2); si que

(1) Card. Baron. Annal. tit. 10, ad ann. Christ. 853, Card. Bellarm. tom. 1, controv. 3, cap. 24, y otros muchos.

(2) Leo Allat. en el librito impreso sobre esto en Colonia, año 1645.

tambien los herejes mas sabios y de mejor juicio (que cuanto á esto usaron de buena fé) la han despreciado y mirado como una invencion ridícula y de ningun fundamento. Pero estas y otras cosas semejantes las omito, dejándolas para que se castiguen con más rigor y severidad. Pues este tratado no se dirige principalmente á hacer invectivas contra las maldades y execrables delitos de estos hombres ciegos y perdidos; puesto que tan solamente lo he emprendido para hacer que los pintores católicos y pios pongan el debido cuidado, y tengan el conocimiento é instruccion correspondiente de las cosas. Y así volviendo ya con gusto al asunto, lo primero que se me ofrece á la memoria es la pintura de que habla Nicéforo (1), en que se veía pintado á Cristo Señor nuestro en traje de Júpiter tonante, fulminando el rayo, y con las demás señales é insignias de aquella impura deidad; la que sin duda no imitará en el dia de hoy ningun hombre pio, y con mucha razon, singularmente despues del ejemplar castigo con que en pena de su lascivia y desvergüenza, castigó Dios justísimamente á aquel atrevido pintor, á quien se le secó la mano al punto que concluyó dicha imágen. Pero habiendo hecho despues penitencia de su delito, mereció que le curara Genadio, patriarca de Constantinopla, como además de Nicéforo, lo refiere Teodoro Lector (2): «Han, pues, de procurar con mucho cuidado y vigilancia» (añade aquí un escritor excelente en estas materias (3), cuyas huellas sigo, llevando siempre delante aquella máxima de Plinio, de que es propio de un ánimo noble confesar con ingenuidad quiénes han sido los autores de que nos hemos valido para nuestro aprovechamiento): «Han de procurar con suma vigilancia (dice el citado escritor) los que mandan en el pueblo, que no se introduzcan ni se propongan á la vista imágenes que con su figura, trage y adornos, lejos de excitar á devocion,

(1) Lib. 15, c. 23, Sigisbert. in Chronic. anno 643.
(2) Lib. 1.
(3) Juan Molano de Imaginib. lib. 2, cap. 37.

provoquen á lujuria, soberbia, curiosidad y á otros vicios.» Pintaron algunos, y hoy pintan tambien, la última cena de Cristo Señor nuestro con sus discípulos: la que si bien se aparejó y celebró en un cenáculo grande y bien aderezado, como dice el sagrado Texto (1) y por consiguiente en casa de algun discípulo de Cristo noble y rico, segun lo conjetura ó nos lo hace conjeturar Juan Maldonado, varon de grande y limado juicio (2); de modo, que no me queda la menor duda de que esta cena la celebró el Señor con más decencia y aparato de lo que acostumbraba, por la reverencia y dignidad del misterio que iba á celebrarse: sin embargo los pintores, cuanto se esmeran en darnos de ella una idea grandiosa, tanto más la adulteran y desfiguran. Porque pintan una sala del templo muy parecida á la de un real y magnífico palacio, adornada con muchas cornucopias y un buen repuesto de vajilla de oro y plata, con muchos vasos y cántaros de vino. Y para decirlo de una vez, pintan una cena, que á lo que se nos representa, es muy semejante á la de un banquete profano: lo que reprehende con razon un escritor católico y piadoso (3).

2. ¿Y qué dirémos de aquellos pintores (si es creible un tal desatino), que representando el convite que dieron á Jesucristo Marta y María, fingieron que mientras el Señor hablaba con María el jóven san Juan estaba conversando con Marta en un ángulo y á escondidas; y lo que es más, que mientras duraba el convite, Marta estaba á las espaldas de san Juan con la mano sobre sus hombros, y otras cosas de este tenor, que son indignas á la verdad de referirse? Ciertamente que esto á algunos no parecería tan malo, y que otros lo tendrian aun por donaire y gracia; pero á mí y á cualquiera que mire las cosas con alguna madurez, no puede menos de parecerles una cosa muy desatinada y casi blasfema. Aho-

(1) Marc. 24, vers. 15.
(2) Ad cap. 26, Matt. n. 18, col. 558.
(3) Quinctinus Heduus ad Can. 20, Synodi Gangrensis.

ra me viene á la memoria una especie que no quiero omitirla, singularmente pudiendo ella conducir alguna vez para lo que voy tratando de las pinturas sagradas. Es antigua y detestable costumbre de nuestros poetas cómicos representar en el teatro á manera de comedia (tal cual ella es) las vidas é historias de los santos, con mucho aplauso de los espectadores insensatos. Los santos, cuyas comedias se representan, son por lo comun varones muy santos de alguna religion. Hasta aquí no es mucha la indecencia, y aun fuera de algun modo tolerable. Porque el que en estas comedias se finjan los hechos de los santos mezclados y casi unidos con otros detestables, como desafíos, homicidios y amores profanos; de propósito no me detengo en esto. Sólo paro la consideracion (lo que es más propio de mi asunto) en que siempre dan al santo por compañero un fraile lego, á quien le condecoran con el nombre verdaderamente jocoso de Fr. Mortero, Fr. Golondro ó de otro semejante, el cual en toda la comedia hace el papel de gracioso y de truhan. ¿Pero qué papel es este? ¡Santo Dios! El de tragador, el de borracho, el de lujurioso, el de hipócrita ó el de todos juntos. Y lo que por falta de órden y colocacion sucede en la poesía, que es una pintura que habla; lo mismo á pesar nuestro vemos acontecer algunas veces en la pintura, que es una poesía muda. Yo mismo he visto varias veces pintado á un varon santísimo, superior á las mayores alabanzas, con el semblante sumamente flaco y casi extático, al paso que á su compañero que le está mirando, le pintan, no sólo con semblante risueño, sino tambien muy gordo y rollizo. Lo que, ya se represente en el teatro, ya se vea pintado en un lienzo, no solamente no cede en alabanza de Dios ni de sus santos, sino que se convierte en deshonor y descrédito de las religiones y de las cosas sagradas.

3. Pero unos y otros, pintores y poetas, en cuyos oidos parece que está siempre resonando aquello tan sabido de Horacio (1):

(1) Hor. in Arte.

«...Pictoribus atque poetis
Quidlibet audendi semper fuit aequa potestas:»

son demasiadamente atrevidos, traspasando no pocas veces los límites de lo justo; y descendiendo á lo que mira más particularmente á mi instituto, sabemos no haber faltado pintor, que para representar con facilidad y energía (segun su parecer) aquello del Evangelio: «La cual, como hubiese oido las palabras del ángel, se turbó por lo que le decia (1),» habiendo pintado como correspondia al arcángel san Gabriel á la manera de un gallardo mancebo, pintó á la Vírgen, que como atemorizada, y que no podia sufrir el aspecto de quien le hablaba, volvia el rostro á la otra parte del aposento. Cosa ciertamente muy indigna de la grande virtud y virginal modestia de la Vírgen. Otro por el contrario, para quitar á la Vírgen toda ocasion de horror y de temor, pintó viejo al ángel y su barba larga y cana, como lo afirma un autor fidedigno (2).

Pero de esto hablaremos más largamente en su propio lugar,

4. No tiene duda, que parecerán desatinos estas cosas á quien reflexione sobre ello; pero acaso no se formará el mismo juicio de otras, que por no estar pintadas con la majestad, decoro y dignidad correspondientes, ofenden ciertamente los ojos de quien las mira. En esta clase podrian colocarse muchas, que tal vez explicarémos más oportunamente en sus propios lugares. Con todo pondré aquí algunos ejemplos, de infinitos que podria traer. Un pintor de grande fama, y á quien con sólo nombrarle se le elogia; á saber, aquel famoso Miguel Angel, tan conocido en todo el mundo, pintó entre otras muchas cosas la conversion de san Pablo, en cuya

(1) Luc. I. v. 29. Quæ cum audisset, turbata est in sermone ejus, etc.

(2) Juan Andrés Gilli Fabian, en un Diál. escrito en italiano: «De los abusos de los pintores.»

pintura se ve á Cristo, no sentado en una nube ó en otra positura correspondiente, sino como que con un vuelo muy ligero bajaba desde el Cielo, ó se arrojaba precipitadamente: con cuya accion, á mi entender, quiso representar el pintor la agilidad de un cuerpo glorioso; sin embargo desagradó dicha pintura al juicioso exámen de algunos. Porque, como dice un grave autor (1), este modo de pintar no se compadece bien con la suprema majestad y dignidad de Cristo. Ni es lícito á los pintores, el que por querer hacer ostentacion de su habilidad, den ocasion de poca reverencia á los piadosos y timoratos, ó de que se entibie su devocion. Nadie ignora cuán vulgar y frecuente es pintar al Niño Jesus, que á la manera de los demás muchachos está jugando con un pajarillo, teniéndole atado de un hilo. Pero esta pintura ha desagradado á los hombres de mejor juicio, y con mucha razon (2). Porque si se dijo de un varon santo, como lo atestigua la Sagrada Escritura, que «cuando todavía era mancebo, no tuvo cosa alguna pueril en sus acciones (3);» ¿con cuánta más razon debemos pensar esto de Cristo, el cual gozando de perfecto uso de razon desde el primer instante de su concepcion, no pensó en otra cosa, ni tuvo otras miras, sino las de cumplir la voluntad de su Eterno Padre; ocupado siempre en el grande y gravísimo negocio de la redencion del linaje humano? Porque ¿cómo es creible que aquel Señor, que desde su concepcion tuvo perfectísimo uso de razon (como acabamos de decir) y de quien unánimemente advierten los Santos Padres (4), que en toda su vida no tuvo ni siquiera un ligero movimiento de risa, juguetease en su puericia y en su infancia á la manera de los muchachos y niños? Dejemos, pues, estas importunas é indecorosas inepcias: que cuanto á la pintura, en que vemos pintado al Señor jugando con san Juan tambien

(1) Idem Joann. Fabricius ibid. fol. 89, pág. I.
(2) Card. Paleot. l. 2.
(3) Tob. I, v. 4.
(4) V. principalmente á S. Chrys. homil. 18, in Epist. ad Hebr.

muchacho, hablaremos de ella en su propio lugar (1). Mucho mejor pintan otros pintores á Jesucristo en su infancia; ó bien contemplando la cruz, ó bien cargando sus hombros en un sentido simbólico los instrumentos de ella y de su pasion. Esto supuesto, nadie extrañará que algunos pintores, empleando mal el tiempo y su ingenio, pinten á los ángeles sin el correspondiente decoro y dignidad. Pintó un artífice, por otra parte bastante célebre, la comida y el alimento de Cristo Señor nuestro despues del ayuno de los cuarenta dias, para la cual consta por la Sagrada Escritura, que «se acercaron los ángeles y le servian (2).» Pero entre otros ángeles pintó á dos, que como muchachos estaban llorando amargamente por habérseles quebrado sin pensar un plato de barro. Y para que nadie imagine que me he forjado este caso véase el testigo abonado que cito abajo (3).

5. Finalmente se ha de procurar, que no sólo se evite lo dicho en las pinturas, sino tambien otras cosas que son de mas peso y entidad. «Hubo en Roma poco antes de Augusto, segun refiere Plinio (4), un pintor llamado Aurelio, célebre, si enamorado siempre de alguna mujer, no hubiese corrompido este noble arte con la insigne maldad de representar siempre con el semblante de las que él amaba.» Sin embargo, ¿quién creyera que siendo este el parecer de un gentil, y lo que es más sensible, de un impío y ateista, segun parece; hayan cometido, y que aun hoy cometan no rara vez el mismo delito los pintores cristianos? Y que esto haya acontecido en otros tiempos, y suceda todavía algunas veces, no me lo permiten dudar los testimonios de hombres prudentes, de los cuales podria citar algunos vivos, si fuese menester. Pero oigamos á los muertos. «Viéronse algunas veces (dice un grave escritor, tomándolo de otro de quien no tengo bastante noti-

(1) En el lib. 3, cap. 6. n. 3.
(2) Matth. 4, v. 11.
(3) Un Jesuita anónimo, en el trat. italiano de la pintura y escultura.
(4) Lib. 35. Hist. cap. 10.

cia (1) en lugares donde no correspondia, imágenes de santos, parecidos en el semblante á hombres que aún vivian, para lisonjear debájo de este velo la persona de aquellos á quienes amaban. ¡Execrable modo de pintar, que á juicio de todos los timoratos debe ser reprehendido y desterrado; pues no es otra cosa sino un incentivo de pensamientos halagüeños y perniciosos! Abuso es este á la verdad intolerable, y como á tal lo reprehendieron los cristianos, y lo echaron en cara á los gentiles en los primeros tiempos de la Iglesia.

6. De estos y otros muchos documentos que podria alegar, se echa de ver claramente cuán pocos sentimientos de religion tienen los que mandando pintar algunas imágenes de santos ó santas, advierten á los pintores que su semblante sea del todo parecido á sí mismos ó á otros: y cuán torpe y sacrílegamente haria el que mandase pintar alguna imágen Sagrada con el semblante propio y parecido al de aquel ó aquella, que fuese el objeto de sus torpes amores. Lo que en estos dias apenas puedo persuadirme que alguno se atreva á ejecutarlo, á no ser un hombre enteramente perdido. Con todo, no puedo menos de advertirlo y reprenderlo; pues aunque se vea esto raras veces, basta el que alguna vez pueda acontecer.

7. Mas así como puede cualquiera usar bien y con prudencia de las cosas que de suyo son indiferentes, siempre que en ello haya moderacion y discernimiento; así tambien no dudo, que lo que en unas circunstancias expresamente lo he reprehendido, en otras se podrá ejecutar con toda decencia si se procura evitar el escándalo y el abuso de una maligna y depravada intencion. Ciertamente, yo mismo siendo todavia mozo, ví á un insigne artífice esculpir en cera la cara de san Pedro, valiéndose para esto del original de un venerando viejo lleno de arrugas, calvo por la parte anterior de la cabeza y que tenia los nervios y músculos levantados, moreno el cutis ó tostado del sol; pero tan bien y perfectamente,

(1) Molano de Imaginib. lib. 2, cap. 37.

que no cabia más en el arte. Otro pintor, teniendo que pintar la imágen de un santo mozo para remitirla á otros paises, procuró retratarle á semejanza de un jóven religioso muy modesto y recatado, del cual á fuerza de repetidas instancias pudo recabar que lo consintiese. ¿Quién habrá que con razon pueda tener esto por reprehensible? Nadie á mi juicio, sino el que quiera parecer más escrupuloso de lo justo, aparentando una fastidiosa é irregular severidad. Estas son generalmente las cosas que deben evitarse en las pinturas de las imágenes sagradas, ateniéndome para explicarme así á los principios más comunes.

CAPÍTULO VII

Que las imágenes sagradas que dan ocasion á los rudos de algun error peligroso, deben quitarse y abolirse enteramente, si no se pueden enmendar con facilidad.

1. Ya dejamos dicho muchas veces ser constante, y con efecto así solemos experimentarlo, que las imágenes respecto de los rudos, son á manera de libros; así como éstos, en que se refieren con todo cuidado y exactitud los hechos y cosas memorables, sirven para la enseñanza de los hombres doctos y eruditos, casi del mismo modo que si fueran imágenes. Así como, pues, justamente se prohiben, no sólo los libros que contienen errores manifiestos, si tambien aquellos que pueden dar ocasion principalmente á los rudos, de algun error pernicioso; lo mismo, digo, debe observarse por lo que respeta á las santas imágenes. Ni en esto propongo yo alguna cosa nueva, sino lo mismo que estableció mucho antes el sagrado Concilio de Trento, de quien son estas palabras (1): «Si se introdujeren algunos abusos contra estas santas y saluda-

(1) Sess. 25, de Reform.

bles determinaciones, desea en gran manera el santo Concilio que queden totalmente abolidos; de suerte que no se pongan á la vista ningunas imágenes que contengan algun falso dogma y que den ocasion á los rudos de algun error peligroso.» Cuáles y qué imágenes deban comprehenderse en esta clase, fácilmente podria advertirlo y manifestarlo; pero por ser casi infinito el número de estas ó de otras que puede haber, y no ser cosa que se ofrezca luego al pensamiento; que en cuanto á las demás iremos haciendo mencion de ellas en sus propios lugares; pondré aquí tan solamente algunos ejemplos de las mas principales.

2. Primeramente, es un grande desatino y un mónstruo intolerable, reprobado mucho tiempo ha de los hombres piadosos y sabios (de que trataremos más largamente en su propio lugar) (1), la pintura que algunos pintores nos ponen á la vista de la Santísima Trinidad, uniendo de tal manera un conjunto de cosas, que en una sola cara se dejan ver tres narices, tres barbas y tres frentes con sólo cinco ojos, cuyo estravagante modo de pintar lo he mirado siempre con enfado, é indignacion. El piadoso y erudito Juan Gerson Cancelario de París (2), no sin dolor y sentimiento, hace mencion de otra imágen de esta jaez: «Hase de poner gran cuidado (dice) en que no se pinte alguna falsa historia. Digo esto en parte por cierta imágen que hay en los Carmelitas, y por otras semejantes que en sus vientres (esto es de las imágenes de la Vírgen María) tienen pintada ó esculpida la Santísima Trinidad; como si toda lo Trinidad hubiese tomado carne de la Santísima Vírgen. A mi parecer no hay en estas imágenes devocion alguna, antes pueden ser causa de error y de poca devocion.» Hasta aquí son palabras de Gerson. Una de dichas imágenes, refiere un sabio escritor y testigo ocular (3), haberla visto en la Cartuja de Diest, á donde se decia que la habian traido de

(1) Abajo lib. 2, n. 8.
(2) Serm. de Nativitate Domini, t. 4. fol. 47.
(3) Molan. lib. 2, cap. 4.

Francia en tiempo de guerras. No hubiera sido gran pérdida, si, como suele suceder en tiempo de guerra, la hubiera consumido el fuego entre otras más devotas y más bien ejecutadas á quienes suele alcanzar esta desgracia: puesto que dá ocasion patente y manifiesta de errar en una cosa de la mayor importancia. Porque el decir que toda la Trinidad se encarnase en el vientre de la Santísima Vírgen, es un error perniciosísimo que defendieron en especial los que no admitian distincion real en las personas divinas, como fueron Noeto, Sabelio, Praxeas, y los que con estos afirmaban que el Padre Eterno habia sido crucificado, llamados por este motivo «Patripasianos.» Sobre lo cual puede verse Tertuliano en todo el libro contra Praxeas, Optato Milevitano, san Cipriano, S. Agustin, Theodoreto (1) y otros, así de los antiguos, como de los modernos.

3. Y lo que vemos algunas veces en la historia de la Anunciacion de la Vírgen, y de la Encarnacion del Señor, (lo que hago memoria haber advertido en algun Breviario); sin duda es yerro, ó á lo menos una pintura que da ocasion á fatales y perniciosos errores. Pues en ella, entre los rayos de luz que bajan desde el Cielo á la tierra, y hasta la misma Vírgen, se ve pintado un cuerpecillo bien organizado, aunque pequeño, el cual baja al sagrado vientre de la Vírgen. ¿Y quién por medianamente que esté instruido, dejará de conocer que esta pintura abriga el herético error de Valentino, ó por lo menos, que dá manifiesta ocasion de semejante pravedad? Pues el error de Valentino, á quien siempre ha condenado la Iglesia por hereje, era tal, que decia haberse formodo el cuerpo de Cristo de la sustancia de la Vírgen, sino que el mismo Cristo le hizo y trajo para sí desde el Cielo, introduciéndose en la Vírgen, como por una canal ó fistula, á la manera del agua que se desprende, y cae con suavidad. Lo

(1) Opt. Milevit. advers. Parmen. Cypr. epist. 73, ad Juvaianum. Aug. Ad quod vult Deum cet. Theod. Hæret. Fabular. c. 7, Philiast. de Hæres. c. 53.

que, segun la depravada costumbre de los herejes, intentaba probar por la Escritura, engañado por aquellas palabras del Apostol (1):«El primer hombre de la tierra, terreno: el segundo hombre del cielo, celestial.» Por esto reprehende y condena con razon esta pintura S. Antonio (2), como que abre camino para la heregía.

4. Descendiendo ahora á otra imágen que á juicio de hombres doctos (3) dista tambien muy poco de contener error peligroso; y yo constantemente afirmo que en nada dista; á saber, á la que pintan algunos artífices, ó por decirlo mejor, pintaron, (pues no puedo menos de confesar llanamente, que jamás he visto semejante pintura, aunque acaso la habrá en alguna parte): digo, que algunos representan el sobreparto de la Santísima Vírgen de un modo enteramente vulgar, y como que la soberana Señora estaba sujeta á las leyes de la humana debilidad y flaqueza. Esta pintura contiene un error manifiesto contra la fe, ó á lo menos dispone y abre el camino para él. La pintura es de este modo: Vese echada en la cama la Santísima Vírgen, enferma y pálida por los dolores del parto: danle alguna bebida las comadres que la asisten, y otras cosas de este tenor, que en ningun modo pueden tolerar los corazones católicos. Porque es cierto y de fe, que la sacratísima Vírgen, así como concibió sin deleite carnal, asimismo parió tambien sin dolor alguno. Maravillosamente explicó esto san Cipriano cuando dijo (4): «La Santísima Vírgen ella misma es madre y comadre, y la que tributa reverente obsequio á su amada prole: ella tiene á su hijo en sus brazos, le abraza, le besa, le da el pecho, todo es asunto de gozo. No hubo en su parto dolor alguno, ni recibió daño la naturale-

(1) I ad Corinth. 15, v. 47. Primus homo de terra, terrenus: secundus homo de cælo celestis.

(2) 3. part. tit. 8, c. 4, § 11.

(3) Molan. lib. I, cap. 27.

(4) Tom. 3, op. Serm .de Nativit. Christ. ó el que sea el autor de este sermon, que ciertamente es autor antiguo y católico.

za: sus facultades no le permiten criadas que la sirvan, ni su pobre mesa y expensas ténues, esclavos que la obsequien. Su estrecha casa, ó por mejor decir pequeña choza, no ocultaba recámara ni tenia retrete alguno. El simple techo y sus paredes era toda la incrustacion que circuía aquella pieza. No habia allí lugar alguno para aquellos lavatorios que suelen prepararse para las paridas, pues que la Madre del Señor no habia padecido ninguna lesion en su naturaleza, por haber parido sin dolor, la que habia concebido sin deleite carnal. Sin embargo, para satisfacer á la ley siguió la costumbre; y como si corriese en ella la misma razon que en las demás, estuvo retirada los dias señalados, y como dando á entender el cansancio del parto, se estuvo quieta. Pero en estos dias de separacion, no se abstuvo de la compañía de san José, que nunca llegó á tocarla, sino de la entrada en el Templo ,y de lo demás prescrito por la ley.» Hasta aquí son las palabras de san Cipriano. Y no con menor elegancia, aunque con más brevedad, reprehende san Gerónimo (1) este modo de pintar el sobreparto de la Santísima Vírgen con estas palabras: «Vaya afuera el pensar una cosa tal de la Madre del Salvador y del varon justo san José. No hubo allí comadre alguna, ni intervino diligencia alguna de mujeres: la misma Señora envolvió al niño en pañales: ella misma fué la madre y la comadre: y le colocó (dice la Escritura) en el pesebre, porque no habia lugar para ella en la posada.» Por estas y otras muchas razones, que podria añadir, se echa de ver con cuánta razon reprueban esta pintura todos los autores católicos (2).

5. ¿Mas quién podrá sufrir la osadía de algunos pintores, que engañados por una vana sombra de piedad, se atrevieron á pintar á nuestro Salvador con la cartilla en la mano aprendiendo de la Santísima Vírgen los primeros rudimentos

(1) Tom. 2. Oper. op. adversus Helvidium, cap. 4.

(2) Catharino lib. de Cultu Imagin. Luiten. de Sanctorum gloria, lib, I. V. Molan. lib. II, cap. 27.

de leer y de escribir? Cristo Señor nuestro nada aprendió ni pudo aprender de los hombres. «Sólo su Eterno Padre (como dice él mismo por san Juan) (1) le enseñó.» Lo que no es del presente instituto explicar cómo y en qué sentido deba entenderse, contentándonos por ahora con la explicacion que nos dá de este texto san Agustin, cuando dice (2): «No enseñó de tal modo el Padre al Hijo, como que le hubiese engendrado ignorante, ni quiere decir otra cosa el haberle enseñado, sino que le engendró ya sabio.» Y poco despues hablando del mismo Verbo, añade: «De aquel tiene la sabiduría, de quien tiene el ser: no que primero le diese el sér, y despues la sabiduría; sino que así como engendrándole le dió el sér, así tambien engendrándole le dió la sabiduría, etc.» Por lo que debe enteramente desterrarse dicha pintura, como que dá manifiesta ocasion á la heregía de Nestorio, que ponia en Cristo dos Personas.

6. A estas y otras pinturas, que podrian notarse aquí, y que yo de intento las omito, piensan algunos poderse agregar aquella en que pintan á la madre de los hijos del Zebedeo, presentando á Cristo sus hijos cuando todavía no eran jóvenes sino muy niños, pidiéndole que les concediese algun lugar distinguido en su reino. Porque dicen, que de este modo de pintar, aunque en sí no tenga nada malo, se podria argüir de esta manera: Hé aquí que Cristo elige para apóstoles á dos muchachos, lo que llevaban muy á mal y se indignaban contra ellos los otros diez: luego no hay obstáculo ni inconveniente alguno, en que á los muchachos se les confieran los primeros beneficios. Pero esto júzguenlo los demás. Baste por ahora advertir como cosa cierta, que los dos apóstoles san Juan y san Jacobo hijos del Zebedeo, no eran muchachos sino ya jóvenes, cuando su madre los presentó á Cristo pidiéndole para sus hijos no beneficios, digámoslo así, espirituales ó eclesiásticos, sino los primeros puestos del reino,

(1) Joann. 8; v. 29.
(2) Tract. 40, in Joann. tom. 9.

que todavía se lo imaginaban temporal, discurriendo que de este modo lo conseguirian, como lo interpretan muy bien algunos Santos Padres, y entre éstos expresamente san Juan Crisóstomo (1).

7. Tambien sin duda alguna se puede contar entre las imágenes de que vamos hablando, aquella en la que, segun atestigua Molano (2), se ve pintado á Cárlos Martel recibiendo de san Gil la absolucion de sus pecados, por la imposicion de manos; ó en la que (segun otra imágen) se pinta un ángel anunciando al mencionado Cárlos la remision de sus pecados, con este verso:

«Ægidii merito Caroli peccata remitto:»

lo que se tomó de una historia apócrifa y fingida, en que se refiere haber revelado un ángel, que por los ruegos de san Gil se habia perdonado (con la condicion de no volver jamás á cometerlo) el grande delito que cometió el rey de Francia Carlos Martel (si es así que este fué verdaderamente rey de Francia ó solamente tutor y administrador del reino), el cual nunca se habia atrevido á confesarlo con persona alguna: en cuya historia se añade tambien otra cosa verdaderamente errónea y contraria á la fe; esto es, que cualquiera que habiendo cometido algun delito, por enorme que fuere, invocase y tomase por patrono á san Gil, si en adelante se abstenía de cometerlo, podia creer con seguridad, que se le habia perdonado dicho pecado. Y siendo esta pintura ó historia contraria á la sagrada Escritura y á la doctrina que nos han dejado Cristo y sus apóstoles, conforme á la cual para perdonarse debidamente cualquier pecado mortal, se requiere confesion y absolucion sacramental, con tal que haya arbitrio y ocasion para hacerse: ni una ni otra se pueden tolerar; antes

(1) Hom. 66, in Matt.
(2) Lib. 2, cap. 23.

deben reprobarse entrambas, como que contienen un falso dogma, ó que dan ocasion á un peligroso error.

8. Otras pinturas hay que contienen tambien crasísimos errores, como es la del Juicio final, en la que vemos pintados á la Santísima Virgen, al santo precursor de Cristo y á otros santos, singularmente á los de mayor y más distinguido mérito, orando é intercediendo por los réprobos, á quienes Cristo condenó y apartó de sí para siempre. Error es este condenado por la doctrina de la Iglesia, y de los Santos Padres, y expresamente por san Agustin (1) el cual sériamente y de propósito arguye contra aquellos, que movidos de una falsa piedad, piensan que los hombres impíos y áun los infieles condenados ya en el juicio final, se han de librar de las penas del infierno por los ruegos é intercesion de los santos. Lo que reprobó tambien san Gerónimo (2) por aquellas palabras que se leen en el decreto de Graciano (3): «Sabemos que en esta vida podemos ayudarnos mútuamente con oraciones; pero cuando fuéremos presentados ante el tribunal de Cristo, ni Job, ni Daniel, ni Noé podrán rogar por ninguno.» Cuyo error entre otros, que produce el cisma y la ignorancia, abrazan en el dia de hoy los griegos modernos, como elegantemente lo afirma un varon muy célebre y erudito, y versadísimo como el que más en estas materias (4), confirmándolo con testimonios de griegos modernos.

9. Otras imágenes se me ofrecian ahora, que pueden ser ocasion de algun error peligroso; pero las omito, porque con el favor de Dios, trataré de ellas en sus propios lugares. Conviene pues que estas y otras semejantes no las pinten ni tengan los hombres píos y timoratos; antes deben procurar abolirlas, si hallasen algunas de esta clase, ya fuesen pintadas ó ya esculpidas: particularmente habiéndolo antes con-

(1) De Civit. Dei, cap. 23.
(2) In Epist. ad Galat. cap. 6.
(3) Dist. 3, q. 2.
(4) Leo Allatius Epist. de Quorundam Græcorum opinationibus, cap. 27.

sultado con hombres doctos y timoratos, y si fuere necesario, tomando parecer del prelado ó superior. Otro juicio debe hacerse de otras imágenes sagradas, que aunque puedan ser causa de error, pero no de error peligroso, como manifestaré en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO VIII.

Que la razon y la prudencia exigen que no se pinten en adelante imágenes sagradas que contengan manifiesto error, aunque éste no sea contrario á la fe ó á las buenas costumbres, ni pernicioso para los hombres; pero que una vez hechas ó pintadas pueden de algun modo tolerarse.

1. Así como los legisladores de las Repúblicas prohiben sabia y prudentemente hacer muchas cosas, si no es con ciertas solemnidades; pero una vez ejecutadas, las tienen por válidas, y ó bien las aprueban ó las toleran: de la misma manera, segun yo pienso, se ha de juzgar de las imágenes sagradas. Ni de otro modo á mi parecer, lo juzgaron los Padres del santo Concilio de Trento en las palabras que he reproducido, y alegado muchas veces de este Concilio: manifestando que si en esto se hubiesen introducido algunos errores, desea él en gran manera que se quiten: y en cuanto á las imágenes, manda que ningunas se pongan á la vista que contengan algun falso dogma, ó que puedan ser ocasion de ruina á los rudos. Con cuyo modo de explicarse el santo Concilio, parece que sólo condena aquellas imágenes que, ó bien enseñan algun falso dogma, ó dan ocasion á los ignorantes de algun error peligroso. Y por lo que respeta á las demás, las deja al celo y prudencia de los superiores y prelados.

2. Dos clases hay de imágenes sagradas, que contienen error ó pueden ser ocasion de él á los ignorantes. En la primera se comprehenden aquellas que enseñan algun falso dog-

ma ó dan motivo y ocasion de caer en él. ó en algun error peligroso. La segunda abraza las que en realidad contienen error, y muchas veces manifiesto, ó pueden dar ocasion de caer en él á los menos doctos; pero dicho error no es pernicioso ni induce á los hombres á algun sentimiento que les pueda ser nocivo. De las imágenes de la primera clase hemos tocado algo en el capítulo antecedente, advirtiendo, que si algunas de dichas imágenes se encontraban aún (bien que me consta no ser esto frecuente) debian enteramente abandonarse, abolirse y desterrarse; singularmente despues de haberse consultado con hombres sabios y con los respectivos superiores. De las imágenes de la segunda clase hemos de tratar en este capítulo, y este es el principal objeto de mi trabajo, y el asunto de esta obra. Hay pues muchas cosas en las imágenes sagradas, que ya por la incauta piedad de los hombres ya (que es lo más comun) por la impericia é ignorancia de los pintores, pueden con gran facilidad, áun los hombres de mediana instruccion convencerlas muchas veces de error muy claro y manifiesto, aunque éste sea tal que no perjudique ni se oponga á nuestra santa fe ni á sus sagrados dogmas. Y así, toda la mira y cuidado de esta mi obra y trabajo se dirige y encamina en especial á desterrar y alejar cuanto sea posible de las imágenes sagradas estos errores (porque en cuanto á los perniciosos, como advertimos antes, apenas queda ninguno) y me parece, que con mucha razon por ofender éstos los ojos de los hombres cuerdos y doctos, y dar ocasion á los ignorantes de imbuirse en dichos errores; y para que, si por casualidad alguna vez se les quiere dar algun aviso sobre esta materia, se empeñen en defenderlos con tal teson como si se tratase de defender á la religion ó á la patria.

3. Ya me preguntará alguno, ¿cuáles son las imágenes de esta clase? A que, si bien podria responder con mucha facilidad, y manifestarlas muy por extenso; pero no quiero hacerlo por no verme precisado de este modo á repetir una misma cosa dos y tres veces, causando náusea á mis lectores. Y así, para hacer más claro y perceptible lo que vamos tra-

tando, no tanto propondré algunos ejemplos, cuanto los insinuaré, reservando para sus propios lugares (que cada uno tendrá el suyo) el tratar de ellos en particular, dejando para entonces el explicar estas y otras cosas: siendo este (véome precisado á repetirlo muchas veces) el principal objeto del asunto que me he propuesto. El pintar, pues, como ya advertí á los principios de este tratado, al inocente Isaac, no jóven sinó muchacho cuando iba á sacrificarle su piadoso padre, no tiene duda que es error, como lo echará de ver cualquiera que lea con atencion, y áun sólo con algun cuidado la Sagrada Escritura. ¿Pero qué? ¿diremos acáso que por esto dicha pintura (que es bastante frecuente) se ha de quitar como perniciosa de la vista de los fieles? Yo por lo menos no pienso así, ni me persuado que los hombres más doctos sean de este dictámen. El pintar la Circuncision de Cristo en el templo, siendo el ejecutor de ella, segun denotan los ornamentos y la vestidura, el sumo sacerdote asistido de los ministros y muchachos que tienen velas encendidas en sus manos; y el que se representen otras cosas á este tenor en la ejecucion de aquel sagrado acto; es un error que debe reprehenderse por muchos títulos, como con la ayuda de Dios, haré ver clarísimamente en su propio lugar. Pero, si por esta razon debieran quitarse y abolirse muchas pinturas é imágenes sagradas, que nos ponen á la vista semejantes hechos del modo que acabo de referir; estoy persuadido á que esto ó no podria ponerse en obra, ó por lo menos no sin causar bastante turbacion y escándalo á los párvulos, ó sin detrimento y grandes gastos. Permítase pues, á las personas ó á los lugares el que puedan retener dichas pinturas, particularmente no incluyendo error alguno perjudicial á la fe; pero advierta el pintor que quiera ser tenido por erudito, que no debe en adelante pintar así dicho Misterio.

4. No hay cosa más comun y frecuente que pintar á los dos ladrones que de uno y otro lado fueron crucificados con Cristo nuestro Salvador, el cual para satisfacer nuestros pecados se dignó de ser tenido y reputado como uno de estos malvados. Y es de advertir, que los pintan, no clavados en

la Cruz, sino atados en ella con cuerdas ó ligaduras, lo que convenceremos ser un error por varios monumentos y por conjeturas de mucho peso: mas, como este no es error pernicioso ni contrario á la fe, puede tolerarse y disimularse en las imágenes que ya están hechas; pero sería muy del caso, que los pintores y escultores sabios enmendaran y corrigieran en adelante este defecto. El que pinten tambien la Cruz de Cristo figurada con dos palos unidos entre sí, de modo que formen cuatro extremidades, y las de los dos Ladrones al modo de la letra T, es error de la misma naturaleza; y así debemos hacer de él el mismo juicio que de los antecedentes. Pero es mucho menos tolerable que ninguno de los referidos, el que cometen muchos pintores esclarecidos, cuando entre las piadosas mujeres que llevaban aromas para ungir el cuerpo de Cristo ponen á la Santísima Vírgen. Porque es cierto que aquellas mujeres que con las aromas que habian comprado para ungir el Cuerpo del Señor, iban á tributarle este obsequio, y á ejercer con él este acto de piedad, no tenian una fe firme y constante de su Resureccion. Ni es de extrañar; pues no la tuvieron (que es más) los mismos apóstoles, ó á lo menos muchos de ellos, como podria manifestarlo aquí con pruebas irrefragables: pero ningun católico y pío podrá creer que la Santísima Vírgen titubease ni siquiera un punto, en la fe de la Resurreccion de su Hijo. Con todo; se puede de algun modo tolerar el error de dicha pintura, singularmente no manifestándose en ella tan claramente dicho error, que no pueda tambien atribuirse aquello al tierno afecto con que la sacratísima Vírgen amaba á su Hijo, y con que queria honrar al santísimo cadáver.

5. Más de extrañar es todavía, á lo menos así lo parece, la pintura que frecuentísimamente vemos de Jesucristo cuando resucita, ó para hablar con términos de la escuela, en el mismo acto de salir del sepulcro; vemos en esta pintura no cerrado, sino abierto el sepulcro, y la losa no inmovible, y sin quitar sino levantada. ¿Qué católico ignorará que contenga esto un error craso y manifiesto? porque Cristo Señor nuestro, así como entró en el lugar donde estaban sus discí-

pulos, «estando cerradas las puertas (1),» así salió tambien del sepulcro no estando este abierto, sino cerrado con una grande piedra: de suerte, que entró Jesucristo donde estaban sus discípulos, estando cerradas las puertas, y salió del sepulcro estando este cerrado; del mismo modo que viniendo al mundo salió del vientre de la Vírgen, quedando éste totalmente cerrado, como es de fe, y consta claramente por la misma série del Evangelio y por los Santos Padres que podría alegar, los cuales unánimemente sienten lo mismo: «Ni antes que Calvino (son palabras de un gravísimo escritor) (2) hubiese caido en la heregía, á nadie le habia venido al pensamiento entender de otro modo el que Cristo hubiese entrado en el lugar donde estaban los discípulos cerradas las puertas; sino del mismo modo que habia salido del vientre de su Madre, quedando éste cerrado, y del sepulcro sin haberse quitado la piedra.» A que alude elegantemente la Iglesia con aquellas palabras:

«Qui natus olim a Virgine,
Nunc e sepulcro nasceris.»

Salió, pues, Cristo del sepulcro como entró á ver á sus discípulos; cerradas aquí las puertas del cuarto, allí cerrado el sepulcro con una gran piedra. Sin embargo, puede de algun modo tolerarse este error tan comun y vulgar; porque habiendo acontecido muchas cosas en la Resurreccion de Cristo, y entre estas, el que bajando un ángel del Cielo moviese la piedra de la puerta del monumento ó sepulcro, como claramente lo dicen los evangelistas (3); los pintores queriendo de un golpe representar muchas cosas á la vista, pintan levantada la piedra: no para dar á entender que Cristo resucitó estando abierto el sepulcro, sino para significar que se quitó la piedra despues de haber Cristo resucitado.

---

(1) Joann. 20 v. 19.
(2) Mald. sobre el lugar citado de san Juan, n. 3.
(3) Matth. 28, v. 2. Mac. 16, v. 3. et 4. Luc. 24, v. 2. Joan. 20, v. 2.

CAPÍTULO IX

Que debe hacerse el mismo juicio de aquellos errores que no tocan á las imágenes sagradas en lo substancial sino en lo accidental; como son anacronismos acerca de los vestidos, de las armas y de otras cosas semejantes, que se pintan sin tener bastante conocimiento é instruccion de lo que se hace.

1. Lo que sabiamente como siempre, dijo Ciceron del Orador, lo mismo con razon puedo decir yo de los pintores y escultores, cuyas artes, segun dijimos arriba, tienen entre sí tan singular union y parentesco con la oratoria. Ciceron definiendo al orador dice (1): «Que nadie debe ser colocado en esta clase, si no está instruido en todas aquellas artes que son propias de un hombre bien educado.» Y refiriendo despues la instruccion y cualidades que debe tener el que justamente quiera ser contado entre los perfectos oradores, añade: «Ha de leer tambien á los poetas, debe tener conocimiento de la historia, y ha de leer y revolver todos los escritores de las buenas artes.» Porque, así como con el pleno conocimiento de estas materias se adorna y forma un perfecto orador, así de un modo muy semejante se viste y enriquece un pintor. Por el contrario, de no tener los oradores ó pintores noticia alguna, ó de no estar bastante bien instruidos en los hechos é historias, ¿en qué errores no incurren á cada paso? Pero dejemos á otros más doctos el cuidado de instruir y formar al orador: que yo sólo he de lidiar con los pintores. Con efecto, muchos de estos ignoran enteramente la série de los hechos, las historias de las naciones, los ritos de las religiones, las costumbres de las gentes y otras cosas semejantes.

(1) Lib. I de Oratore.

De aquí nace, que queriendo pintar algunas historias y sucesos memorables, ó sacar retratos de grandes personajes y cosas de este tenor, parece que no tanto pintan, cuanto desatinan furiosamente pintando cosas muy tontas y ridículas.

2. Sería nunca acabar si quisiera confirmar lo dicho con ejemplos. Pero dejando aparte las imágenes profanas (que no es de este lugar el disputar y tratar de ellas), exige el asunto que me he propuesto, poner á la vista algunos ejemplos de las sagradas. He observado varias veces, no sin risa, ó por mejor decir, no sin indignacion, que en las pinturas de las guerras antiquísimas de que habla la Escritura, se ven pintados los domésticos ó criados de Abrahan armados del mismo modo que si fueran soldados romanos de Julio César ó de Marco Antonio, peleando vestidos con capacete y escudo, calzados á lo militar, y con las rodillas y los brazos desnudos: y lo que es más, vese que el mismo Abrahan (no hablando ahora de los demás adornos) cubierto con la púrpura y clámide imperial, se postra ante Melchisedech; y lo que todavía es más increible, y sin embargo lo vemos, que aquel gran capitan Josué preciosamente guarnecido de pies á cabeza con aquel género de armadura, que los Españoles llamamos Corazas, va montado en su caballo, no sólo ricamente enjaezado con aquel adorno, que nosotros llamamos «silla», sí tambien con aquellas sortijas de hierro para montar, á las que (por haber carecido de ellas) no dieron nombre los griegos, ni los romanos: aunque es verdad, que los latinos modernos las llaman «Stapedas» y nuestros españoles Estribos. Cosas á que no puede darse otro nombre, sino el de invenciones de una imaginacion vana y delirante; pues es bastante sabido que aquellas antiguas naciones, particularmente la hebrea, no usó del mismo género de armas como las que despues de muchos siglos usaron los romanos: y aún éstos, y en especial los antiguos, no usaron muchas cosas que se inventaron despues con singular utilidad de todos, como son (por no detenerme en buscar ejemplos) los adminículos de que acabo de hablar, que se han inventando con tanta utilidad de los que montan y pelean á caballo, y que los latinos modernos, atendiendo al fin

BIBLIOTECA DE CATALUÑA

para que sirven, llamaron «Stapedas». Porque cualquiera, aunque no esté ni medianamente instruido, sabrá muy bien que los antiguos no tuvieron conocimiento de estas cosas, y que no se descubrieron hasta despues de la ruina del imperio romano, como han advertido y notado hombres eruditísimos (1).

3. Todo lo dicho, aunque no he hecho más que tocarlo en general y sin individuar cosa alguna en particular, como podia muy bien, abraza en sí unos errores bastante parecidos á los que cometió un pintor, por otra parte hábil en su arte, pero negligente y poco instruido: el cual para darnos una idea de los escuadrones griegos peleando sobre Troya, pintó á los soldados, como sucede hoy, á unos jugando á los dados sobre el tambor, á otros jugando á los naipes, y á otros finalmente fumando con largas pipas aquella hierba de Indias ó más presta americana, que llamamos «tabaco.» Lo que junto con las cosas que antes he referido, me hace venir á la memoria cierta pintura que he visto yo muchas veces con mis propios ojos, en la cual, representándose á aquel santo, piadosísimo y valeroso Rey Fernando III rey de Castilla y de Leon, como está peleando para apoderarse de Sevilla, se ven tambien soldados armados con escopetas y con mecheros para arrojar granadas, pegando fuego á la pólvora, sin embargo de que la invencion de ésta es casi siglo y medio posterior al asalto y entrega de Sevilla, habiendo ésta acontecido en el año de 1248, como afirman comunmente nuestros historiadores. Véase el padre Juan Mariana (2), y á mi amigo el Doctor don Juan de Ferreras (3), que con mucho cuidado trata de estas cosas: pero la pólvora no se inventó, como sienten los eruditos (4) hasta el año de 1378.

---

(1) Pancirolo de novis repertis, lib. 2, tit. 16. § 2. Rob. Valtur. de Re Militari, lib. 10, cap. 2. Petrus Vict. Variar. lection. 37. cap, 15, Henricus Salmuth. in Comment. sobre dicho lugar de Pancirolo.

(2) Hist. de Esp. lib. 13, cap. 7, prop. fin.

(3) Hist. de Esp. tom. 6, pág. 204.

(4) Polydor. Virg. lib. 2, de inventoribus rer. c. 11, Steph. Forcatulus lib. 4, de imperio et philosoph. Gallor. Guidus Panciroll. de Novis inventis part. 2, tit. 18, et ibi Henric. Salm.

Pero pasemos adelante.

4. Nada hay más comun y frecuente que pintar las vestiduras de los apóstoles y aun las de Cristo, de manera que se represente la túnica de color encarnado, y la capa azul ó de otro color, como amarillo ú oscuro; dejando ahora aparte los vestidos de los doctores de la ley y los de los fariseos, que en esto cada pintor obra segun su antojo y fantasía: de suerte que para dar á entender la autoridad y gravedad de dichos Doctores, un pintor (como yo mismo ví) les pintó con anteojos, de que en el dia de hoy usan los literatos de alguna edad; sin embargo de que parece enteramente constante entre los hombres más doctos (aunque movidos de la autoridad de Plauto pongan en ello alguna duda Pancirolo (1) y su Comentador), que el uso de dichos anteojos es tan moderno que con razon se debe fijar su descubrimiento casi en el año de 1300, en cuyo tiempo ó muy cerca de él, Alejandro de Spina, de la Orden de predicadores, el cual, ó fué el primero que inventó este descubrimiento tan útil y casi necesario para la vida humana, ó si se habia ya inventado algun tiempo antes, lo restauró y perfeccionó. Sobre lo cual puede verse el eruditísimo filósofo italiano Francisco Redi en la carta que escribió sobre esta materia al muy ilustre Pablo Falconeri.

5. Nuestros pintores, pues, como íbamos diciendo, pintan frecuentemente las vestiduras de Cristo y las de los apóstoles (que en sus propios lugares diremos con más exactitud de qué partes generalmente se componian) de color encarnado, azul ú otro semejante: lo que es falso y ridículo, segun yo puedo conjeturar. Porque, bien que no sepamos con certeza de qué color eran los vestidos de los judíos, con todo tengo por mucho más probable, que usaron principalmente de dos; á saber, del blanco y del oscuro ó pardo. Con efecto, que usasen comunmente del color blanco, lo da bastante á entender lo que dice el Eclesiastés (2); «En todo tiempo sean blan-

(1) De novis repertis p. 2, tit. 15.
(2) Eclesiast. 9, 8.

cos tus vestidos, y no falte ungüento sobre tu cabeza.» Donde exhortándonos el Sabio á un uso prudente y moderado de aquellas cosas que el mismo Dios nos ha concedido, no sólo para socorrer la necesidad, si tambien para poder tener en esta vida alguna comodidad y aseo, de cuyos documentos está lleno todo aquel libro (aunque estas mismas cosas sean muy del caso y acomodadas especialmente en la ley de Gracia, para aplicarlas y entenderlas en un sentido espiritual y mucho más elevado): nos advierte en primer lugar, que el hombre á quien instruye, debe procurar usar en todos tiempos de vestidos limpios y aseados, que por tanto eran blancos; como lo da á entender cuando dice: «En todo tiempo sean blancos tus vestidos.» Y lo que despues añade: «Y nunca falte ungüento sobre tu cabeza», indica la costumbre de aquellas regiones, muy recibida entre los israelitas, de ungir la cabeza: lo que hacian los ricos con ungüentos y aromas, y los plebeyos con aceite comun, aunque (como es de pensar) limpio y depurado: cosa que se significa bastante en varios lugares del Evangelio. Pues el mismo Cristo quejándose con Simon Fariseo de la menos benévola y política acogida con que le habia recibido en su casa, le echa en cara el no haberle ungido la cabeza con aceite (2): Entré (le dijo) en tu casa: no ungiste con aceite mi cabeza.» Y áun, el mismo divino Maestro, como acostumbrasen los fariseos dejar de ungir sus cabezas en dias de ayuno para parecer de este modo más macilentos, pálidos y menos aseados, avisándonos que se debe huir de toda hipocresía, advierte por el contrario á sus discípulos que áun en los dias de ayuno tengan gran cuidado de ungir sus cabezas, y de lavarse su cara. Estas son sus palabras: «Tú cuando ayunares, unge tu cabeza y lava tu cara, para que á los ojos de los hombres no parezca que ayunas» (1). De lo que se infiere ser muy probable (por no decir evidente, que los hebreos usaron de vestidos blancos; singularmente habiendo sido este color muy frecuente entre los

(1) Matth. 6, 17.

romanos, los cuales acaso lo tomaron de los orientales, y aún más en los tiempos en que florecia la República: con esta diferencia que los ricos y personas de mas delicadez, usaban de togas (que era el vestido mas propio de los Romanos), no blancas como quiera, sino en tanto grado como la nieve: y los plebeyos, de togas menos blancas y más oscuras: lo que dió á entender Séneca, cuando dijo: (2): «No debe parecerte extraño de que aplaudan lo malo y corrompido, no sólo la gente sórdida y baja, sino tambien la más principal y culta. Pues éstos se distinguen entre sí por las togas, no por el juicio». Y lo que hace más al caso, y por donde se puede probar mejor que los judíos usaron de este color, es por la carta que escribió el apóstol Santiago «á las doce Tribus que están dispersas;» á saber, á aquellos que habian abrazado la fe de Jesucristo, y advirtiéndoles que entre ellos no debia haber acepcion de personas por las vanas exterioridades del vestido y demás adornos, les dice (3): «Si entrase en vuestra junta uno con vestido precioso y anillo de oro; y entrase tambien un pobre con el vestido vil etc.,» esto es, con un vestido de suyo blanco, pero ajado, sucio, y para explicarme así, muy usado. De que se echa de ver que los hebreos y judios usaron vestidos blancos, lo que antes dijimos de los romanos.

6. Aunque es verdad que entre éstos, cuando comenzó á decaer su república ó despues de su total descaecimiento, dejaron de usarse las togas blancas ó cándidas, sustituyendo el pueblo en vez de éstas, otros vestidos como especie de capas ó herreruelos, ó solamente túnicas pardas ó del color de la misma lana. Por lo que Suetonio, refiriendo los hechos de Augusto dice (4): «Tambien determinó restituir el traje y vestido antiguo: y como una vez hubiese visto en una junta del pueblo una muchedumbre de gente vestida con aquel

(1) Matth. 6, 17.
(2) Senec. epist. 115.
(3) I Jacob. 2, 2.
(4) Suet. in Aug. cap. 40.

traje negro, lleno de indignacion, y dando grandes voces: Hé aquí dijo:

Romanos rerum dominos, gentemque togatam.»

Por lo cual «mandó á los ediles, que en adelante no permitiesen á nadie entrar en el foro ó en el circo, sino con toga y dejando los otros vestidos más cortos. «Lo que todavía estuvo más en uso en los tiempos de los emperadores posteriores, singularmente entre los plebeyos, como consta de Sparciano, y de Apiano; esto es, que el vulgo abandonando la toga empezó á usar aquella especie de nuevos vestidos de que hemos hablado ya; los cuales fácilmente podria manifestar haber sido de un color oscuro y pardo, y casi de color gris. Sobre que puede verse Lipsio (1), el cual trata copiosamente esta materia, como acostumbra.

7. De lo dicho se hace bastante claro que los judíos, áun en tiempo de Cristo, particularmente los más nobles y ricos, usaron de vestidos de color blanco, y los más pobres y plebeyos de un color oscuro y que tiraba á negro, ó (lo que pienso ser lo mismo) del color nativo de la lana, que no es propiamente color gris, sino (pues es difícil explicar con palabras las especies ó variedades de colores) el que llamamos nosotros «pardo.» Y como Cristo Señor nuestro, áun en las cosas de menor monta, era ejemplo y dechado de modestia y de gravedad, tengo por muy probable que usó de este color en sus vestidos: siendo el color pardo el propio color de la lana que no ha recibido ningun tinte; lo cierto es que no usó de color blanco. Lo que puede probarse, de que habiendo Pilatos presidente de los romanos enviado á Cristo vestido con su propia vestidura á Herodes Tetrarca de Galilea, que por motivo de la solemnidad de aquellos dias, se hallaba entonces en Jerusalen; el mismo Herodes, habiéndole antes despreciado, lo remitió á Pilatos vistiéndole con vestido blanco

(1) Lipsio. lib. I. Elet. cap. 13.

Todo lo expresa el sagrado Texto (1): «Despreciόle Herodes con su córte, é hizo burla de él vistiéndole con un vestido blanco y le remitió á Pilatos.» Luego Cristo no llevaba antes el vestido blanco: porque de otra suerte, ¿qué hubiera hecho ó intentado hacer aquel rey impío vistiendo á Cristo con un vestido blanco sobre otro tambien blanco? De este lugar, á mi parecer, se confirma el que los nobles entre los judíos usaron de vestidos blancos; y que con aquella afrenta, intentó significar el malvado rey que Cristo Señor nuestro no debia ser tenido por un seductor vulgar ó del pueblo, sino por noble y de la gente más principal: de la misma manera que los soldados romanos, los cuales como á este Rey de los cielos y de la tierra, le hubiesen vestido con púrpura, le saludaban por burla y mofa como á rey de los judíos.

8. Ni debe hacernos alguna fuerza para decir, que Cristo no usó de vestidos de color pardo sino blanco, lo que se dice de él en su Transfiguracion, y lo refiere el evangelista san Mateo (2): «Sus vestidos se volvieron blancos como la nieve; esto es, que sus vestidos que ya antes eran blancos, se volvieron enteramente cándidos: así como los romanos cuando pretendian la magistratura, no contentos de la blancura que ya tenian las togas, las entregaban á los lavanderos para que frotándolas con greda procurasen volverlas más blancas y más resplandecientes, que por esto les llamaban «candidatos» como saben aún aquellos que sólo desde los umbrales han saludado las bellas letras. Y áun más claramente parece que se explica esto mismo en el texto de san Márcos, donde se dice (3): «Sus vestidos se volvieron resplandecientes y extremadamente blancos como la nieve, cuales no puede blanquearles ningun lavandero en la tierra.» Esto, pues, aunque tenga alguna apariencia de verosimilltud, vuelvo á decir que no debe hacer fuerza á nadie. Porque con aquel milagro de

(1) Luc. 23, 11.
(2) Matth. 17. 2.
(3) Marc. 9, 2.

la mucha abundancia de luz que lleva siempre consigo claridad y resplandor, pudo ser que los vestidos de Cristo de suyo oscuros ó pardos, resplandeciesen de modo que á los ojos de los que los miraban les pareciesen del todo blancos, y áun cándidos y brillantes. Esto es lo que me parece da á entender san Lúces, cuando dice (1): «Y cuando estaba orando, pareció otro su rostro y su vestido blanco y resplandeciente.» Como si dijera: En aquella manifestacion gloriosa se vió el semblante bajo otra figura; esto es, como un sol brillante, y su vestido aunque de suyo pardo, apareció blanco y muy resplandeciente. Esto es por lo que toca á las sagradas vestiduras de Cristo: no poniendo duda alguna en que los apóstoles, como que eran hombres humildes y realmente vulgares, y acaso de los más rudos y groseros, usarian tambien en sus vestidos de un color oscuro y casi negro. Quítese pues, y vaya fuera esta brillantez y variedad de colores, tanto en los vestidos de Cristo como en los de los apóstoles; y pínteulos vestidos, no con ropaje de color carmesí ó de otros colores vistosos y brillantes, sino con vestidos pardos y oscuros. Podria muy bien hacer ahora otras advertencias acerca de las partes de que se componian sus vestidos, y acerca de su forma y materia: pero de esto, como ya llevo dicho, trataré más oportunamente en sus propios lugares.

9. Y por no omitir cosa alguna de las que con razon pueden tenerse por errores vulgares ¿qué cosa hay más frecuente que, al representar los convites del Viejo y Nuevo Testato, pintar á los convidados sentados á la mesa en sillas ó bancos; sin embargo de que es más que cierto que los antiguos, particularmente los orientales, de quienes pasó esta costumbre á las demás naciones, no estaban sentados de este modo en sus convites, sino echados ó recostados sobre camas y lechos tendidos? Sería nunca acabar, si quisiera tratar esto «ex professo» como dicen, y segun lo pide la materia; pero no es mi ánimo trasladar aquí á manos llenas, como podria, lo

(1) Luc. 9, 29.

que otros han escrito. Vea si quiere el lector erudito, y consulte lo que sobre esta materia nos han dejado escrito Gerónimo Mercurial (1), Pedro Chacon (2), Julio César Bulengero (3), y otros que sabia y eruditamente tratan este punto, los cuales lo han sacado todo de autores antiguos, de mármoles así griegos como romanos, y de otros monumentos de la antigüedad. Esta costumbre, que como dijimos, de los asianos pasó á los griegos y de éstos á los romanos, la indican clarísimamente muchos pasajes ilustres, así del Viejo como del Nuevo Testamento. Y en primer lugar, sin ir muy lejos, tenemos en el Viejo Testamento la Historia de Estér, donde se describe el aparato de aquel famoso convite, para el cual el rey Asuero (ahora fuese éste Jerjes, llamado Oxyares, como quiere Josefo Scalígero (4), ó más bien Artajerjes llamado Longimano, como con más fundamento congeturan otros (5), ú otro cualquiera, sobre que puede verse á un varon docto que trata esta materia con mucha erudicion (6): para cuyo convite, vuelvo á decir, Asuero (sea éste quien se fuese) convidó á los más principales, y Dynastas, y por lo que hace para nuestro caso nos dice en este lugar la Escritura (7): «Habia tambien dispuestas camas de oro y de plata sobre un losado de pórfido y de mármol blanco.» En cuyo pasaje reparará cualquiera lector por poco que esté advertido, que se dice que para los convidados estaban aparejadas camas y no sillas ni asientos. Pero más claramente se expresa en el mismo libro, en el que se pinta el mismo hecho con las siguientes palabras, que no dan lugar á tergiversacion alguna (8):

(1) De Arte Gymnast. lib. 1, cap. 11.

(2) De Triclinio.

(3) De Conviviis.

(4) De Emendat. temp. lib. 6.

(5) Josepho lib. 11. Antiquitat. cap. 6. Niceph. Suid. et Zonar. ap. Euseb. in Chron. ad ann. mundi 3590.

(6) Antonius a Matre Dei in Præl. Isagogic. 1, dub. 9, § 3.

(7) Esther. 1, 6.

(8) Ibid. c. 7, 8.

«El cual (á saber el rey Asuero) como hubiese vuelto del huerto y entrado al lugar del convite, halló que Aman habia caido sobre el lecho en que estaba Estér.» ¿Acaso no adviertes, lector sabio, como en este lugar se habla de cama y no de silla, y que Estér estaba echada y no sentada? Así es sin duda: de suerte, que pasaría yo plaza de un ridículo comentador, si quisiese añadir algo en confirmacion de una cosa tan evidente. Consulte sin embargo quien gustase los comentadores é intérpretes de esta sagrada Historia.

10. Ni nos favorecen menos los testimonios del Nuevo Testamento, en donde el sagrado historiador usa de propósito, no de la voz *estar sentado*, sino de la de *estar recostado*, cosa que á cada paso la vemos repetida en el Evangelio; de suerte, que sería por de más y vergonzoso para mí, citar lugares en confirmacion de lo dicho. Y sino, respóndanme los que por no tener instruccion alguna de estas materias se quejan de que yo les propongo cosas nuevas y extrañas; de qué manera puedan cómodamente explicarse dos lugares en especial del Sagrado Evangelio. El primero es, en el que hablándose de aquella mujer que regó con lágrimas los piés de Cristo, los limpió con sus cabellos y los ungió con ungüento, se dice, «que estando detrás junto á sus piés, empezó á regarlos con lágrimas» (1). Porque, si Cristo estaba sentado á la mesa y escondia sus piés debajo de ella, como es natural, segun el modo regular de estar sentado cuando se come, ¿cómo pudo aquella mujer que estaba á las espaldas y se acercó por detrás, no digo cómodamente, pero ni áun con incomodidad regarle con lágrimas los piés, limpiárselos con sus cabellos, y ungírselos con ungüento? Esto es lo que yo no entiendo ni han podido entenderlo los hombres más sabios. Lo que sí es fácil de entender, si decimos que Cristo Señor nuestro y los demás convidados, no estaban sentados á la mesa, sino recostados en sus camas: «Porque los que antiguamente (son palabras de un autor muy grave y erudito) (2), estaban recos-

(1) Luc. 7, 38.

(2) Mald. sobre este lugar, pag. 999.

tados en sus camas para comer, de tal suerte estaban echados, que tenian la cabeza hácia la mesa, y los piés hácia la parte exterior, por donde los servidores traían las viandas.»

11. El otro lugar es aquel en donde se dice de san Juan apóstol, á quien amó el Salvador con mucha singularidad (1): «Uno de sus discípulos á quien amaba Jesús estaba recostado á la mesa al lado de Jesús. «Lo mismo se repite en otro paraje (2) con estas palabras: «Habiéndose vuelto san Pedro, vió que seguía el discípulo á quien amaba Jesús, el mismo que en la noche de la Cena estuvo recostado sobre su pecho.» De cuyo pasage se infiere claramente que Cristo Señor nuestro en la última cena no usó de silla, sino que estuvo recostado en una misma cama con su muy amado san Juan, aunque no comente así este lugar el erudítisimo escritor que citamos arriba (3), olvidando tal vez lo que antes habia escrito. Entendido así este lugar, se compone facilísimamente cómo pudo aquel discípulo estar recostado, ó tener inclinada su cabeza y cuello sobre el pecho de Jesús: y se entiende tambien como el mismo Cristo inclinó en cierto modo la suya sobre el cuello de san Juan: lo que san Ambrosio parece suponer y áun afirmarlo con estas elegantes palabras (4): «¿No te parece» (prepunta este Santo Padre) que el Señor se dejó caer sobre el cuello de san Juan, cuando éste, inclinada la cerviz, estaba recostado en el pecho de Jesús? Por eso vió al Verbo en Dios, porque levantó su espíritu á las cosas más elevadas.» De este modo, digo, se hace la cosa clara y evidente, pero no del otro; antes por el contrario, ateniéndonos á éste, no se puede componer sino con mucha dificultad y violencia, aunque éste es el modo que usan vulgarmente los pintores ignorantes de las cosas antiguas, como notó oportunamente un Autor, á quien antes citamos (5). Sin embargo

(1) Joan. 13, 23.
(2) Ibid. 21, v. 20.
(3) Maldon.
(4) Ad c. 15. Luc.
(5) Hieron. Merc. en el lugar cit. arriba.

estos y otros semejantes errores y defectos no son tales, que por ellos deban quitarse dichas pinturas ó imágenes de los lugares donde se hallen, ni que por esto los pintores merezcan ser reprehendidos con mucha acrimonia: bien que será lo mejor y más acertado, que los que tienen más conocimiento é instruccion de las historias y hechos antiguos, procuren evitarlos en cuanto puedan, singularmente si quieren con justo título ser tenidos por pintores doctos y eruditos.

CAPÍTULO X

Que en las imágenes sagradas es lícito pintar algunas cosas que excitan la piedad, aunque no sean tomadas claramente del Evangelio ni de la Sagrada Escritura; y asimismo otras que, no tanto contienen algun pasaje de historia cuanto aluden á una piadosa significacion.

1. Así como el orador ó historiador dicen y ensalzan muchas cosas, fiados solamente en conjeturas y razones de congruencia; del mismo modo no es necesario que el pintor proponga solamente lo cierto y evidente: basta que siga lo que es verosímil. Por lo que no tengo por reprehensibles algunas pinturas de cosas sagradas, las cuales aunque no se prueben con evidentes testimonios de la Sagrada Escritura, ni se tomen de las historias eclesiásticas; sin embargo en nada se oponen, antes se conforman en algun modo con lo que nos enseñan la Escritura y la história eclesiástica. Mucho podria decir sobre este particular, si no fuera porque quiero ser breve, además de que dirémos bastante en sus propios lugares. Y así será mejor y más acertado insinuar aquí algunos ejemplos, que el referirlos uno por uno.

2. Es una de las cosas más inciertas y dudosas entre teólogos y expositores sagrados, cuál fué la fruta del árbol prohibido, que por haberla comido pecó nuestro primer padre, cayendo en el mismo instante que la probó de aquel estado

felicísimo en que Dios le habia criado. Unos quieren que fuese higo, fundados en que nuestros primeros padres al punto que advirtieron su desnudez «zurcieron, dice la Sagrada Escritura (1), unas hojas de higuera é hiciéronse delantales.» Otros afirman que era manzana, y á éstos favorece lo que leemos en los Cantares (2): «Debajo de un manzano te desperté: allí tuvo dolores tu madre, allí tuvo dolores la que te parió. El lector prudente y erudito puede ver sobre esta materia á don Gabriel Alvarez de Toledo, caballero de la órden de Alcántara, varon doctísimo y piadosísimo, con quien tuve yo amistad cuando vivia, el cual trata grave y oportunamente esta cuestion en su docta obra de la historia de la Iglesia y del mundo (3): pues á mí, que me doy priesa para tratar otras cosas, me basta haber insinuado la duda, y dado al mismo tiempo este corto honor á las cenizas sepultadas, y á la fama que aún vive de este caballero. Esto supuesto, nada hay más comun y frecuente, que poner los pintores una manzana colorada en manos de Eva, alargándola ésta á Adan su marido; en que no obran mal ni temerariamente los pintores, antes bien tienen para ello alguna probabilidad, singularmente diciendo el Texto Sagrado de la fruta del árbol vedado, sea esta la que se fuese, que era (4) «buena para comer, y hermosa á los ojos, y de codiciarse para ver.»

3. Mucho habria que decir (y hallo gusto en repetirlo) si se quisiere exornar y confirmar esta materia; pero yo, deseando ceñirme á más estrechos límites, añadiré aquí pocas cosas. Y para pasar desde luego del Adan antiguo y terreno al nuevo y celestial; en sólo un pasaje de la Pasion del Señor, si no se nos pone delante todo lo que hay que decir sobre el asunto, se nos representan á lo menos algunas cosas dignas

(1) Gen. 3, 7. Consuerunt sibi folia ficus, et fecerunt sibi perizomata.

(2) Cant. 8, 5. Sub arbore malo suscitavite: ibi corrupta est mater tua: ibi violata est genitrix tua.

(3) Lib. 2, cap. 3.

(4) Genes. 3, 6.

de notarse, y que son muy propias de este lugar. Primeramente, algunos pintores bastante célebres poniéndonos á la vista el prendimiento de Cristo nuestro Señor, suelen pintarle echado por tierra y áun como que aquellos impíos ministros le están dando de puntillones y amenazándole con palos para que se levante. Con efecto no se puede negar ser esta una cosa pia, y que en este particular no hacen mal los pintores, atendiendo á que lo han tomado de las revelaciones que piamente se creen y de las meditaciones de aquellos santos que con particularidad se dieron á la contemplacion. Esta es la causa porque se hace esto tolerable y acaso laudable, sin embargo de no haberse sacado de la historia del Evangelio, ni del perpétuo consentimiento de la Iglesia, ni de los monumentos de más peso que nos restan de la antigüedad. ¡Con qué palabras tan graves nos pinta la dignidad y majestad del Evangelio aquel atroz é ignominioso tormento del Salvador! Aquella flagelacion, digo, tan cruel á cuya vista el presidente de Judea Poncio Pilatos que la habia mandado ejecutar por sus soldados y alguaciles, pensó poder satisfacer y aplacar á aquel pueblo irritado y tumultuoso: con todo el evangelista que la enunció con palabras más expresivas, solamente nos dice (1): «Entonces, pues, tomó Pilatos á Jesús y le azotó.» En esta descripcion los pintores discrepan no poco entre sí, y algunos de ellos, si yo no me engaño, se dejan llevar demasiado, y atribuyen acaso más de lo justo á estas revelaciones y meditaciones de hombres píos. Porque en primer lugar por lo que mira á los instrumentos de la flagelacion, los pintan horribles y verdaderamente atroces: cadenas entretejidas con agudos aguijones de hierro, varas espinosas y llenas de abrojos que rematan en puntas tambien de hierro, y otras cosas (si es que las hay) más atroces. Pintan despues á Cristo enteramente desgarrado descubriéndosele los huesos descarnados, y casi acabado por los azotes. Aquí yo, por decir ingénuamente mi parecer (que no es peculiar mio, sino el mismo de hombres gravísimos) afirmo dos cosas. La primera, que

(1) Joan, 19, 1.

los instrumentos con que azotaron á Cristo fueron, ó correas de cuero, ó lo que tal vez es mas verosímil, varas. Digo correas, porque con éstas azotaban los romanos á los esclavos y á los hombres más viles de la república (1), lo que me sería facil manifestar con infinitos monumentos de escritores antiguos, principalmente de Plauto (2), de Terencio (3), y tambien de Ciceron, el cual dice (4): «A quienes Antonio por diversion mandaba azotarles con correas públicamente por sus esclavos en la hora del convite.» Este es el suplicio de quien hablando san Bernardo (5), dijo muy bien que en él, «no sólo tomó Cristo la forma de esclavo para estar sujeto, sino tambien la de un mal siervo para ser azotado.» Dije *varas*, porque es tan constante y evidente que los romanos usaron de éstas en las flagelaciones, y que por esto solian ir delante de los magistrados alguaciles armados con ellas, que sería por demás querer demostrarlo con testimonios de la antigüedad, áun á los lectores menos instruidos. Véase lo que advierte sobre esto el grave autor á quien citaremos muchas veces con elogio (6).

4. Además de esto es cierto que dicha flagelacion no fué ligera ó como de paso, sino que realmente fué cruel y sangrienta: lo que particularmente se puede probar por lo que dijimos antes; esto es, que Pilatos pensó poder satisfacer con ella al pueblo, que estaba sumamente airado y feroz contra Cristo, lo que dió bastante á entender el mismo Pilatos, cuando dijo (7): «Corripiam ergo illum, et dimittam.» Le castigaré, pues, y os lo volveré á enviar.» Esto mismo notó opor-

(1) V. Lipsio de Cruce, lib. 2, c. 2.

(2) Plaut. in Pœnulo con estas palabras: Ne dehinc varientur virgis, et loris domi.

(3) Ter. in Adelp. Act. 2, sc. 1, usque ad necem operire loris.

(4) Cic. 13, Philipp.

(5) San Bernad.

(6) Maldon. ad cap. 27. Matth. v. 26.

(7) Luc. 23, 22.

tunamente san Bernardo (1) cuando, hablando dulcemente con Jesús como acostumbra, le dice: «Porque si en tu flagelacion derramaste tu sangre con tanta abundancia, que rociada la columna con sus gotas, se conserva aún, como afirman, con las señales encarnadas; ¿cuánta sangre creeré yo que se pegaría á los mismos azotes que desgarraron vuestro delicadísimo cuerpo? Y aún añade: «Fué nuestro Salvador tan cruelmente azotado, que su sangre se esparcia por el aire.» Píntase pues muy bien á Cristo Señor nuestro cruelmente azotado, con tumores y cardenales y manando sangre de sus llagas; pero para esto bastaban unas vergas ó ásperas correas en manos de verdugos robustos y esforzados; y el representar otras cosas (como hemos dicho muchas veces) es poco conforme á la verdad de la historia. Pero el querer pintar á Cristo herido con azotes en el mismo pecho y vientre por algunas conjeturas y meditaciones, piadosas sí, pero poco verosímiles, no lo tengo por acertado.

5. En la afrentosa coronacion del Señor vénse pintados los soldados que con palos y bastones están clavando la corona de espinas en la cabeza de Cristo. Esto no consta de lugar alguno: con todo no pongo duda en que es ésta una cosa probable y verosímil; singularmente si, como dicen comunmente los expositores, se veía aquella corona rodeada por todas partes de crueles puntas: porque en este caso por no lastimarse sus manos los soldados con las puntas de las espinas, es creible que usasen de instrumentos vulgares, como son, con efecto, palos y bastones. Por tanto tiene bastante probabilidad este modo de pintar la coronacion del Señor, aunque no se pruebe, ni con textos del Evangelio, ni con otros monumentos de la antigüedad.

6. Pero es mucho más aún, y con exceso, lo que discuerdan entre sí los pintores en pintar cuando el Señor llevaba la cruz á cuestas. Unos pintan á Jesucristo llevando sólo y sin ayuda de nadie la grande cruz que le habian preparado; cosa que con efecto tiene grave fundamento; otros pintan á Si-

(1) Tract. de Passione, dic. 4.

mon Cirineo llevándola toda: tampoco éstos hacen mal, pues no faltan testimonios de hombres doctos y santos, y áun del mismo Evangelio para apoyar esta accion: otros finalmente, y es lo más comun, pintan á entrambos, esto es, al Señor y al Cireneo llevando la cruz. Entre éstos hay tambien alguna diferencia; porque algunos representan á Jesucristo llevando la extremidad de ella, y á Simon Cirineo sus brazos y el principal peso de la cruz: otros por el contrario (y ciertamente es lo que vemos más frecuentemente) pintan á Cristo llevando los brazos de la cruz, y al Cirineo su extremidad. Mas de estas y otras cosas pertenecientes á los Misterios de la Pasion del Señor, hablaremos más largamente con el favor de Dios en sus propios lugares. Baste por ahora haber indicado estos ejemplos, que puede que en otra parte trataremos de ellos más por extenso.

7. Solamente nos resta que advertir ahora, y lo haré con la mayor brevedad, dos cosas que contiene el epígrafe de nuestro capítulo. Vemos algunas veces pintado á Jesucristo despojado de sus vestiduras, maltratado con los azotes, coronado de espinas, abiertos sus brazos y que sentado así sobre una piedra está mirando al cielo. ¿Quién ignora que semejante modo de pintar á Cristo carece de fundamento claro, y que esté ciertamente apoyado en el sagrado Evangelio? Sin embargo, ¿quién podrá dudar que es piadosa esta manera de pintar y representar al Señor? Pues con esto solo intentan significarnos los pintores, el sumiso y ardiente ofrecimiento que hizo Jesucristo á su Eterno Padre de su Pasion, de su excelente obediencia, y de su excesiva caridad y amor para con el género humano, á fin de encender más y más nuestros corazones al debido agradecimiento de tantos beneficios. Y que dicha pintura se haya tomado pia y verosímilmente de alguna parte, á propósito lo advierte un grave escritor de estas materias (1), citando á Enrique Herpio (2), autor católico como es de creer; pero á quien no he tenido yo ocasion de ver,

(1) Mol., lib. 2., cap. 31.
(2) Serm. 52.

De esta misma clase es otra pintura en la que vemos á Cristo todo llagado y coronado de espinas, y que hincado de rodillas sobre la misma cruz, está ofreciendo á su Eterno Padre el mundo entero en figura de un globo. En todo lo cual más hemos de buscar y abrazar la representacion de un pensamiento pio, que la verdad de la historia. Ni están enteramente destituidos de fundamento, áun del de la Sagrada Escritura, estos pensamientos pios y tiernos; pues es constante que Cristo Señor nuestro en el discurso de toda su santísima vida, y particularmente en su sacratísima Pasion, ofreció sus ruegos y lágrimas á su Eterno Padre, diciendo el apóstol (1): «El cual en los dias de su vida, ofreciendo con gran clamor y lágrimas sus ruegos y súplicas al que podia librarle de la muerte, fué oido por su reverencia.» Vea el lector lo que dicen sobre este pasaje los más doctos y graves expositores.

8. De mayor tropiezo son otras pinturas, las cuales aunque de suyo pías, serían ridículas y áun erróneas, si no se entendiesen en otro sentido y significacion, y se tomasen materialmente y, como dicen, al pié de la letra: porque en sí no nos ponen á la vista otra cosa, sino un craso é intolerable anacronismo. Ví yo mismo en Huete siendo un mozo, una pintura de Cristo, que segun pude conjeturar era de buen pincel y nada vulgar. En ella se representaba el cuerpo de Cristo muerto, tendido sobre una piedra, y que los profetas y patriarcas antiguos fijando los ojos en él unánimemente exclamaban, como se echaba de ver por un letrero: «Perieramus, nisi periissemus:» esto es: «A no haber perecido, hubiéramos perecido.» Cuyo dicho tomado, aunque mudado en parte, del gracioso y elegante apotegma de Temístocles, que refieren autores antiguos y modernos (2), añadia no poca gra-

(1) Hebr. 5. 7. Qui in diebus carnis suæ preces supplicationesque ad eum, qui possit illum salvum facere á morte, cum clamore valido, et lacrymis offerens, exauditus est pro sua reverentia.

(2) V. Thucid., lib. 2, Bello Pelopon. Plutarc. in ejus vita. Erasm. in Apoph. etc.

cia á la pintura. Por lo que, si alguno movido de esta pintura, pensase que los patriarcas y profetas fueron coetáneos de Cristo (ó que estos vivieron todos en un mismo tiempo) sería verdaderamente necio y digno de ser castigado con el rigor que usaba Orbilio con sus discípulos. Pero esto no era ni lo que representaba en sí la pintura, ni lo que intentaba significar el pintor, sino sólo la reverencia que tuvieron para con el Señor los antiguos patriarcas; y como éstos tenian puestas sus esperanzas en los méritos del Señor que habia de venir: así, muerto ya Cristo, y en especial habiendo por su poder libertado sus almas del abismo, le tributaron un reverente y agradecido obsequio. Pero pasemos á otras cosas que son propias de este lugar.

9. He visto algunas veces pintado al Salvador recien nacido, reclinado en el pesebre de Belen, y al rededor de él arrodillados á san Agustin, á san Bernardo y á san Francisco en ademan de adorarle. ¿Qué cosa á la verdad más tonta y ridícula que este modo de pintar, si el pintor ó quien mandó hacer dicha pintura hubiese sériamente intentado representar el hecho como si realmente hubiese pasado así? ¿Qué? ¿Pensaron acaso, ó pudieron pensar que aquellos santos asistieron en realidad á la adoracion de Jesucristo cuándo aún niño estaba llorando en el pesebre? ¡Ah! Vaya fuera semejante delirio, el mayor que puede ocurrirse. Pero ello no es así ni se pensó tal: solamente intentaron con esta pintura poner de algun modo á la vista el ardentísimo amor que tuvieron á este misterio algunas almas fervorosas y singularmente pías, como sin duda lo fueron san Agustin, san Bernardo y san Francisco. Mas, sin embargo de ser esto así, advierto con todo á los pintores eruditos, que no se dejen llevar fácilmente ni quieran imitar este ó semejante modo de pintar. Porque como sabiamente nos advirtió el apóstol, «somos deudores, no sólo á los sabios, si tambien á los ignorantes;» y éstos, segun notamos arriba (1), como tienen en vez de libros las pinturas, de ésta y otras semejantes quedarán imbuidos en mu-

(1) Arriba, cap. 2, n. 3.

chos errores. Añado aún más, que no faltarán algunos, y que acaso no serán pocos, (¡tan grande es el número de los necios!) que de tal pintura por ejemplo ó de otra semejante, conjeturen que dichos santos estuvieron real y verdaderamente (para hablar así) presentes al nacimiento del Señor, y que adoraron á Jesus recien nacido: ó por lo menos habrá algunos de los que parezcan menos ignorantes, que piensen haber sido coetáneos aquellos santos y haber vivido en un mismo tiempo; aunque no sólo el persuadirse esto sí solo el imaginarlo, sea la mayor estupidez y locura. Ni temo ser tenido por vano y ridículo adivino por haber afirmado que es esta una cosa que fácilmente puede acontecer. A la verdad muchos ejemplos podria alegar en abono y confirmacion de lo dicho; pero por no detenerme demasiado en probar esta verdad, oiga el prudente lector un cuento, gracioso sí, pero verdadero. Yo mismo he oido referir á un varon de grande autoridad y muy digno de toda fe, que hallándose él en aquel magnífico y verdaderamente real templo de san Lorenzo del Escorial cercado de gentes de bastante distincion, uno de éstos le preguntó de esta manera: Señor, suplico á usted me diga, este san Lorenzo Mártir, monge gerónimo ¿en qué tiempo (adviertánse las palabras) le martirizaron los moros? Sonrióse el caballero al oir una pregunta tan ridícula y extravagante, que no era capaz de hacerla la vieja más delirante. Ni san Lorenzo Mártir (le respondió), fué jamás monge gerónimo, ni pudo serlo, ni tampoco pudo ser martirizado por los moros. ¿Pues qué? dijo el otro: ¿No se venera en el monasterio de la órden de san Gerónimo? ¿No le vemos colocado en el altar mayor? Esto dijo, y hubiera continuado acaso en decir otros seiscientos desatinos á este tenor, á no haber mediado algunas cosas que les interrumpieron la conversacion; para que de aquí aprendan los prudentes con cuán ligeros fundamentos, y á veces con ningunos, se engañan los que nada saben: y con cuánta circunspeccion se les han de proponer las imágenes de las cosas, las cuales aunque se hayan pintado enteramente con otro fin, con todo lo pueden desviar y suministrar ocasion, aunque remota, de caer en errores groseros.

10. En la misma clase se han de colocar otras pinturas, en las que estando representado Cristo, la Santísima Vírgen ó algun misterio de nuestra santa Religion, mandan sus dueños á los pintores que les pinten á ellos mismos en la orilla de la tabla arrodillados y llenos de un profundo respeto, para representar con esto á la vista de todos el amor ó reverencia que tienen á Cristo, á la Santísima Vírgen ó á algun particular misterio: de las cuales he visto yo algunas repetidas veces. Con efecto, ¿quien dudará ser esta una cosa pía y devota? Pero, sobre si se puede hacer esto siempre y sin distinguir de circunstancias, véanlo los que lo practican, consultándolo antes con hombres doctos, prudentes y eruditos, aunque yo casi no pongo duda en que si tales pinturas se propusiesen delante de hombres rudos é ignorantes, habria muchos que se persuadirian ser el fin y objeto de ellas el significar haberse aparecido Cristo ó la Vírgen á los sujetos que se veian pintados en la tabla ú otra cosa semejante, que fácilmente podría causar alguna preocupacion en el ánimo de gente ignorante. Esto es lo que en general me ha parecido digno de notar y de advertir acerca de los errores, que por lo comun se cometen en pintar y esculpir las imágenes sagradas. Porque otras muchas cosas que se podian ofrecer aquí, y que otros explican con mucha prolijidad, ó no son del asunto que me propuse, ó lo que quede por decir lo trataré más oportunamente en sus propios lugares; como lo haré ver, con el auxilio de Dios, en los libros siguientes.

LIBRO SEGUNDO

DE LAS PINTURAS DE DIOS Y DE LOS ANGELES, Y QUE ERRORES SE COMETEN EN PINTARLAS.

CAPÍTULO PRIMERO

Que Dios aunque no se puede conocer por los sentidos, con todo puede en algun modo representarse cómodamente por medio de la pintura, para ayudar y socorrer así á nuestra flaqueza.

1. Aquel Platon, á quien por lo grande y excelente de su ingenio y doctrina le dieron el renombre de divino, dijo sabia y prudentemente, que debíamos ser muy cautos y advertidos cuando pensásemos ó hablásemos de Dios. Hé aquí sus mismas palabras en boca del huésped ateniense (1): «Debemos poner gran cuidado, dice, no sea caso, que como si estuviéramos vueltos de espaldas al sol, y nos halláramos en la noche al mediodia, respondamos de tal modo hablando de Dios, como si con nuestros ojos mortales pudiéramos verle y

(1) Plat. dialog. 10 de Legibus.

conocerle bastantemente.» Lo que si debemos siempre observar y tener presente, nunca más, que cuando tratamos de pintar ó figurar de algun modo á Dios (1). «Porque (como dice un autor antiguo é insigne teólogo) ¿quién podria formar la imágen de un Dios invisible, incorpóreo, interminable y que no se puede figurar? Es pues la mayor locura é impiedad representar á Dios.»

2. Y para hablar de un asunto tan grande sin apartarme un tantico de la verdad, digo, que de dos maneras puede suceder el pintar á Dios. La primera, si alguno guiado de su propio juicio y parecer pensase que Dios es corpóreo, y que como á tal se le puede pintar. La segunda, si, sin dar asenso á este juicio verdaderamente erróneo é intolerable, y queriendo sólo atender á nuestra flaca comprehension, acostumbrada siempre á cosas materiales, intentase figurar á Dios, aunque del todo incorpóreo é invisible, bajo de alguna forma ó figura decente y venerable, principalmente bajo de la humana. Confieso con la luz de la fe, que el querer expresar ó figurar á Dios del primer modo, es suma demencia y locura y, como dice san Juan Damasceno, la más execrable impiedad. Y por esta razon, ó por mejor decir, detestable locura, erraron en primer lugar muchos filósofos, como los Epicúreos, los Estóicos, los Cirenaicos y otros infinitos (2), que se atrevieron á afirmar que Dios era corpóreo. Pero dejemos á éstos; pues sin embargo de estar instruidos con mejor doctrina, erraron tambien á fines del siglo tercero algunos herejes, los cuales abusando con imprudencia, mejor diré con suma desvergüenza, de aquel lugar de la Escritura (3): «Hagamos al hombre á nuestra imágen y semejanza; afirmaban que Dios en la realidad tenia sér corporal y figura de hombre, llamados por esto «Antropomorfitas»; contra quienes escribieron, ó antes bien procuraron instruirles y volverles á mejor

(1) San Juan Damasc. lib. 4 de Fid Ortodox. cap. 17.
(2) V. Marsil. Ficin. Comment. in Plat. Convivium, cap. 5.
(3) Genes. I, 26.

camino (pues por la mayor parte eran estos ciertos monges sin letras y totalmente ignorantes,) dos brillantes lumbreras de la Iglesia, san Cirilo Alejandrino (1), y Theofilo patriarca tambien de Alejandría (2): dichos monges, singularmente los que habitaban en un monasterio que llamaban *Scheta*, habiendo leido las cartas del patriarca Theófilo, fué tanto lo que se alteraron y enfurecieron, que no dudaron tratar de hereje á su Arzobispo: y entre éstos, un buen viejo por otra parte, al cual, sin embargo de haberle reducido á mejor modo de pensar, la sabiduría y prudentes avisos del Abad Paphnucio, y de cierto Photino, Diácono de Capadocia: «Así es (son palabras de un insigne maestro de la vida monástica) (3), dijo aquél viejo estando confuso en la oracion, por haberle quitado aquella imágen de la divinidad que tenian los Antropomorfitas, que solia poner delante de sí cuando oraba; y sintiendo que se la arrancaran de su corazon, prorrumpió al instante en amarguísimas lágrimas y repetidos sollozos, y postrándose en tierra exclamó con grandes gritos: ¡Ay infeliz de mí! quitáronme á mi Dios, ya no le tengo, ni tampoco á otro en su lugar, ni sé á quién pueda adorar ó á quién rogar.

3. No digo yo que sea lícito pintar á Dios de este modo tan craso y grosero y aún blasfemo, singularmente cuando esto se ejecuta con error obstinado y pertinaz; sino sólo del segundo modo, que advertimos arriba. Porque la Sagrada Escritura, que es la que mejor nos enseña é instruye en el verdadero sentido é inteligencia de las cosas divinas, atribuye muchas veces á Dios, ya dimensiones del cuerpo, como altitud, latitud y profundidad; ya tambien partes corpóreas y humanas, como brazos, ojos, manos y piés: no porque pretenda con esto hacernos creer y persuadirnos que en Dios hay semejantes dimensiones ó partes cor-

(1) Tract. contra Anthrop.
(2) Véanse sus cartas tit. 3. Bibliot. Vet. Patr. pág. 79.
(3) Juan Casian. Collat. 10, cap. 3.

póreas, que esto repugnaría á la inmensa y suma perfecion é infinidad del Supremo Ser: sólo intenta, como sabiamente en todas sus cosas lo enseñó santo Tomás (1), darnos á entender las cosas divinas y espirituales bajo la semejanza de las corpóreas. «Porque Dios (dice el santo doctor) provee á todas las cosas segun corresponde á su naturaleza: le es natural al hombre el que por las cosas sensibles venga en conocimiento de las inteligibles; porque todo nuestro conocimiento toma principio de los sentidos. De aquí es, que en la Sagrada Escritura se nos dan las cosas espirituales bajo las metáforas de las corporales.» Y añade: «Conviene tambien á la Sagrada Escritura, que comunmente se propone á todos (segun lo que dijo san Pablo, ad Rom. 1. Soy deudor á los sabios y á los ignorantes) el que se nos propongan las cosas espirituales bajo la semejanza de las corpóreas, para que á lo menos de este modo las puedan entender los hombres rudos, que no están aptos para entender las cosas espirituales como ellas son entre sí.» Hasta aquí santo Tomás. De que se infiere, que así como no es cosa desproporcionada ni indecente el que en la Sagrada Escritura se atribuyan muchas veces á Dios miembros corporales, por los cuales no podemos ni debemos entender miembros materiales y corpóreos, sino que estas cosas «se atribuyen á Dios (son palabras del mismo santo) (2) en las Sagradas Escrituras por razon de sus actos, por alguna especie de semejanza; así como el acto de los ojos es el ver, y por esto cuando se dice que Dios tiene ojos, se significa su virtud para ver de un modo inteligible y no sensible; y lo mismo se ha de decir de las otras partes que se atribuyen á Dios.» Así tampoco hay inconveniente, ni se debe tener por tal, el que para ayudar á nuestra flaqueza y debilidad, y condescender con ella, nos sea permitido pintar al mismo Dios bajo de alguna figura de hombre venerable.

4. Ni debe álguien hacer alto sobre que aquella pintura,

(1) I Part., quæt. 1, art. 9.

(2) Ibid., quæest. 2, art. 3, ad 3.

una vez que se llame imágen que representa á Dios, se le podrá tambien de algun modo llamar Dios, segun las elegantes palabras de san Agustin, en las que tal vez podria fundarse el reparo(1): «Son tan semejantes las imágenes á las cosas que representan (dice este santo), que muchas veces toman el nombre de sus mismos prototipos, así, á un hombre pintado, le llamamos hombre; y mirando unos cuadros puestos en la pared, decimos: aquel es Cicerón, éste Salustio.» No debe, digo, hacer esto impresion á nadie; porque dicha imágen, solamente en un sentido muy material y sobradamente impropio, se llamaría Dios. Finalmente, aunque al hombre pintado, con impropiedad y en un sentido analógico se le llame hombre, sin embargo, aún con más impropiedad se daría el nombre de Dios á la tal imágen; porque la pintura del hombre nos manifiesta y pone á la vista el cuerpo del hombre que realmente existe; pero dicha imágen de Dios no nos representa el cuerpo de Dios, que no lo tiene, sino al mismo Dios, del modo que lo puede concebir nuestra débil imaginacion. A esto tal vez miran, y con efecto vienen muy al caso, aquellos dos versos bastante sabidos de todos por haberlos abrazado el séptimo Concilio General (2), que dicen así:

«Nam Deus est quod imago docet; sed non Deus ipsa.
Hanc videas, sed mente colas quod cernis in ipsa.»

De lo dicho, y de lo que diremos despues, me parece queda bastante probado, que Dios, aunque incorpóreo, y á quien en ninguna manera le podemos concebir y figurar como es en sí mismo; con todo, atendiendo á la flaqueza humana, será lícito pintarle en forma y figura de hombre.

---

(1) S. Aug. de Diver, q. ad Simpl., lib. 2, q. 3, t. 4. Oper.
(2) Act. 4.

CAPÍTULO II

Que regularmente la forma humana en que es lícito pintar á Dios, es la de un magestuoso y respetable viejo. Trátase tambien aquí de otro modo de pintar á Dios sin ninguna figura, si sólo con rayos, y dentro de ellos un nombre Tetragramaton, ó de cuatro letras.

1. Aquel Platon llamado el divino, dijo con mucha razon (1) y elegancia, que el hombre (de quien vamos á hablar) entre todas las cosas criadas, en particular de las visibles, era la primera y principal, y como una suma y complemento de todas ellas. Porque, además del alma racional que Dios por sí mismo le infundió y le infunde continuamente, á la que por tanto podemos justamente llamar un soplo de Dios, y como la llamó un gentil (2): «Divinæ particulam auræ, una partecilla del espíritu divino;» consta tambien el hombre de un cuerpo hermosísimo, perfectamente organizado por dentro y por fuera, dispuesto con tanto primor y exactitud, y por decirlo así, fabricado con tal arte y artificio, que en razon de cuerpo y dentro de sus límites, en ningun modo puede imaginarse cosa más perfecta y acabada: en tanto grado, que la estructura sola de los ojos, á quien la contemple y examine con atencion, no podrá menos de parecerle uno de los mayores portentos y milagros. Sobre lo cual, además de los escritores anatómicos, han dicho cosas maravillosas los Santos Padres. Pero por lo que toca á lo que vamos tratando, vea el piadoso y erudito lector á aquel varon digno de perpétuas alabanzas por su grande piedad y erudicion, al maestro, digo

(1) Plat. in Cratylo.

(2) Horat. Serm. lib. 2. satyr. 2, Véase lo que allí anota Lambino.

Fray Luis de Granada (1); de manera, que áun por lo que mira al artificio del cuerpo humano, nos enseña muy bien la sagrada Escritura que habiendo Dios criado con una sola palabra todas las cosas del Universo y tambien los hermosísimos cuerpos celestes; con todo, cuando llegó á la formacion del hombre, no usó el mismo Dios del mismo modo de mandar y de hacer; sino que: «Hagamos (dijo) al hombre á nuestra imágen y semejanza (2).» Lo que, si bien por lo que mira á la razon de imágen y de semejanza, deba entenderse del alma, como sabiamente enseñó santo Tomás (3); sin embargo, no tiene duda que la formacion del cuerpo humano, fué de algun modo (para explicarme así) una de las obras en que se esmeró el Señor con más particularidad y cuidado: lo que dan bastante á entender las palabras que más abajo se siguen (4): «Formó, pues, el Señor Dios al hombre del barro de la tierra, é inspiró en su semblante el aliento de la vida, y quedó el hombre vivo y animado. Sobre cuyo pasaje, reflexionando atentamente Tertuliano, varon de grande nombre y fama, aunque infeliz en sus últimos dias, y tratando este mismo lugar: «Tanto montaba (dice) lo que se formaba de esta materia. Pues tantas veces es honrado el hombre, cuantas sobre él pone las manos el mismo Dios; mientras le toca, mientras le arranca y saca de aquella materia; y en una palabra, mientras le está fabricando (5).» Y añade elocuentísimamente: «Reflexiona con atencion, como todo un Dios anda ocupado en esta obra con sus manos, con sus obras, con su consejo, con su sabiduría, con su providencia, y singularmente con su amor, que era el que tiraba las líneas.» Lo que ya él mismo habia dicho antes (6), y lo habia repetido tambien

(1) En el Símb. de la fe.
(2) Genes. 1, 26.
(3) S. Thom. 1, p. q. 3, art. 1 ad 2.
(4) Genes. 2, 7.
(5) Tertul. de Resurrect. carnis, cap. 6, en el princ.
(6) Ibid, cap. 5.

en otro lugar, con estas palabras (1): «A ésta tambien, (esto es, á la carne) la fabricó la singular bondad de Dios, no mandando con imperio, sino con su propia mano; y lo que es más, habiendo antes precedido la cariñosa palabra: Hagamos al hombre á nuestra imágen y semejanza.» Acerca de los lugares que van citados abajo, de los santos Cirilo, Ambrosio, Agustino, Methodio, Cesário y de otros, los cuales nota y advierte oportunamente, como siempre, el esclarecido intérprete y comentador de las obras de Tertuliano (2), véalos quien quisiere y tenga tiempo para ello: porque yo no acostumbro (como he advertido muchas veces) coger á manos llenas las autoridades de otros para aumentar con ellas las páginas de mi libro, ni valerme de los trabajos ajenos, para dar crédito á mi obra.

2. Advertido ya oportunamente todo esto, digo no sin fundamento que regularmente es lícito y muy decente pintar á Dios bajo la figura de un venerable anciano. Pues con exceder tanto las cosas espirituales y divinas (lo que es muy del caso inculcarlo repetidas veces) en dignidad y excelencia á las cosas corporales y visibles; con todo, como nosotros estamos acostumbrados á estas cosas materiales, no podemos de otro modo imaginar, concebir ó expresar las espirituales, sino á la manera de las corpóreas, ó (como dicen los escolásticos) «connotative ad illa:» No de otra manera, que aquel rústico de quien habla Virgilio, el cual, como no hubiese visto sino Mántua, pensaba que Roma, cabeza del Universo, era, no sólo igual, sino semejante á ella; sin embargo de que Roma, no sólo en grandeza, sino en dignidad y magnificencia, llevaba incomparables ventajas á Mántua. Y como entre los cuerpos animados (que en los demás no hay necesidad de detenernos) ninguno hay más noble que el hombre; bajo esta forma, y principalmente bajo la de un venerable y majestuoso anciano, puede pia y oportunamente pintarse á Dios por las

(1) Lib. 2, adv. Marcion., cap. 4.
(2) Juan Luis de la Cerda, tom. 2, in Tertul.

razones que daremos más abajo: y muy en especial, por la costumbre recibida que hay de pintar á Dios de esta manera, como en su propio lugar lo manifestaremos despues con muchas pruebas.

3. Pero antes he de advertir (por no dejar esto sin tocarlo) que muchos acostumbran, y con bastante frecuencia, pintar á Dios sin ninguna figura de hombre; cuyo modo de pintar más bien pertenece á los geroglíficos que al Arte de la pintura. Pintan, pues, algunos con bastante acierto y elegancia un círculo en la parte superior de la tabla, ó lo que es mejor y más frecuente un triángulo equilátero, formado de rayos de luz, que por todas partes resplandecen, y dentro de él escriben con caractéres hebreos aquel nombre, que por constar de cuatro letras llamaron Tetragramaton: el cual algunos leen «Adonai,» y otros «Jeovah;» pero no es este el propio lugar de explicar cómo se debe leer ó pronunciar dicho nombre. Lo cierto es que los hebreos miraron á este nombre, y lo tuvieron por verdaderamente inefable, y que solamente al Sumo Sacerdote le era permitido pronunciarlo una vez al año, y esto dentro del mismo Santuario: lo que es muy digno de advertirse, y lo notó santo Tomás, el cual dice (1): «Este nombre se impuso para significar la misma sustancia de Dios, que es incomunicable, y si puedo explicarme así, singular.» Por lo que, con esta especie de pintura ó figura, se expresa bastante bien al mismo Dios cuyo nombre representa, y es cosa bien ejecutada el incluir este nombre dentro de un triángulo equilátero, y por consiguiente equiángulo (2), ó que tiene tres ángulos perfectamente iguales; porque así se puede concebir de algun modo la unidad de la esencia, y la trinidad é igualdad de las Personas. Pero descendamos ya á lo que arriba he insinuado y prometido.

---

(1) S. Tom., I. p. q. 13, art. 9, in Corp. et art. 11, ad 1.
(2) Ex Corollario Quintæ libri I, Element. Euclid.

CAPÍTULO III

Que está recibido por costumbre el pintar á Dios en figura de un venerable anciano: se da la razon de esto, y ademas se ponen algunas advertencias acerca de estas imágenes, principalmente de las que se han sacado del antiguo Testamento.

1. Es tan manifiesto que las costumbres que se han introducido en cualquiera República á ciencia y paciencia de los magistrados y de los hombres sabios, tienen cierta fuerza de ley, que seria por demás querer detenerme en probarlo y confirmarlo con muchas razones. Por lo que, esto sólo sería bastante para probar que es lícito y decente pintar á Dios en figura de un respetable viejo; supuesto que esta costumbre está comunmente recibida en la Iglesia, que es la más grave y la más noble de todas las repúblicas. Y así, no hay cosa más comun y frecuente en ella, que el pintar á Dios de este modo. Y para que se vea que lo que digo no carece de grave y sólido fundamento, bastará recordar lo que leemos en una de las profecías de Daniel (1), en donde, pintando el profeta una insigne vision: «Estuve mirando (dice) hasta que fueron traidas sillas y un anciano de grande edad se asentó: su vestido era blanco como la nieve, y el pelo de su cabeza como lana limpia.» Porque en este lugar, como lo notó bien un grave y eruditísimo intérprete (2), bajo el nombre de «antiquus dierum» que dice la Vulgata, puede entenderse ó absolutamente el mismo Dios Uno y Trino, ó propiamente el Padre Eterno, de lo cual tocaremos algo en su propio lugar. Pero la comun inteligencia de los santos Padres es, que bajo de ésta

(1) Can., 7, 9.
(2) Ben., Perer. lib. 8, in Can. sobre este verso.

imágen absolutamente se significa á Dios, el cual se llama «Antiquus dierum, ó anciano, por su inmensurable eternidad, á la cual miraba Job cuando dijo (1): «El número de sus años no se puede contar.» Pintan tambien á Dios en figura de viejo, para demostrar, como sabiamente advirtió san Gerónimo (2), la gravedad, madurez y tranquilidad de ánimo, que son las principales dotes del que ha de juzgar; y esto es lo que se representa en dicha vision del Señor. Prosigue despues el profeta, y para darnos una idea más expresiva de un venerable anciano, dice: «Su vestido era blanco como la nieve, y el pelo de su cabeza como lana limpia:» de suerte, que por el candor de su vestido, segun la interpretacion que nos da Teodoreto (3), se significa la pureza é incomparable hermosura de la Naturaleza divina. Y se le atribuyen tambien cabellos blancos, por ser esto una cosa en algun modo consiguiente y proporcionada á la antigüedad y eternidad de Dios: pues á los viejos por una razon natural se les vuelve cano el pelo de la cabeza y de la barba, lo que contribuye infinito para conciliar autoridad y respeto en el juez; que por esto dijo muy bien el divino Legislador Moisés (4): «Levántate delante de los que tienen canas, y honra la persona de un viejo. Las demás circunstancias que se ponen aquí, las explicaremos más abajo; pues las que he referido, bastan para manifestar con cuánta piedad y decencia se pinta á Dios en figura de un grave y venerable anciano.

2. Y así adoptan prudentemente los pintores este modo de pintar á Dios, cuando le representan ocupado en la fábrica de todo el Universo, formando de un poco de barro al primer hombre, y á Eva de una de sus costillas; y haciendo otras muchas cosas que á cada paso se encuentran en el Testamento viejo, que seria nimia prolijidad querer referirlas

(1) Job., 36, 26.
(2) S. Geron., sobre este lugar.
(3) Theodor.
(4) Levit., 19, 32.

todas en particular. Por lo que, sólo falta añadir aquí, y poner á la vista algun ejemplo en que se note alguna circunstancia digna de reparo y consideracion. Entre los muchos que ciertamente podria alegar, el primero que me viene á la memoria, es lo que se manifestó en sueños al patriarca Jacob: «Vió en sueños (dice el Sagrado Texto) (1) una escalera que estaba sobre la tierra, y que su cabeza tocaba en el cielo: y tambien que los ángeles del Señor subian y bajaban por ella, y que el Señor estaba encima de ella, y le decia: Yo soy el Señor Dios de Abrahan, etc.» Donde sólo debemos diligentemente advertir aquella expresion: «Et Dominum innixum scalæ» pues cuanto á lo demás, está claro el texto; sobre cuyas palabras un grave doctor y erudito intérprete del Apocalipsis (2), lleva una sentencia nueva, segun yo sospecho, y ciertamente singular. Dice este autor, que no se debe pintar á Dios en la parte superior de la escalera, esto es, por la parte que la escalera tocaba al Cielo; sino en la parte inferior, á saber, por donde se levantaba de la tierra; de suerte, que estando el Señor en pié sobre la tierra y extendiendo su mano derecha á uno de los escalones, en la forma que se echa de ver en la imágen propuesta, á que remito al lector en el lugar citado abajo, afírmase y afianzase toda la escalera. En confirmacion de esta sentencia, alega el mencionado escritor muchas razones y conjeturas no despreciables, que allí podrá ver el erudito.

3. Pero para decír ingénuamente lo que siento, me parece que no debemos apartarnos en esta parte de la antigua costumbre de pintar este pasaje; en cuya atencion, no sólo se puede (y esto tal vez es lo más conforme), sino que se debe pintar á Dios en la parte superior de la escalera. Porque omitien-

(1) Genes., 28, 12, 13. Viditque in somnis scalam stantem super terram, et cacumen illius tangens cœlum: Angelos quoque Dei ascendentes, et descendentes per eam, et Dominum innixum scalæ, dicentem sibi: Ego sum Dominus Deus Abraham, etc.

(2) P. Luis Alc., ad cap. 4, Apoc., v. I, notat. I, p. 325.

do por ahora el que donde dice nuestra Vulgata «Innixum scalæ» leyeron los Setenta «Incumbentem scalæ»; y que san Juan Crisóstomo explicó así este lugar (1): «Hé aquí que la escalera estaba afianzada sobre la tierra, y que lo alto de ella llegaba al cielo... pero el Señor estribó sobre dicha escalera y dijo, etc. Y callando tambien el que Arias Montano, diligentísimo investigador de estas materias, tradujo del hebreo, «Super scalam:» Omitiendo, vuelvo á decir, estas y otras muchas cosas ¿qué cosa, pregunto, podrá haber más oportuna y acertada que imaginarnos á Dios á la manera de un hombre robusto y de muchas fuerzas (como lo vemos á cada paso en la fábrica y construccion de edificios y otras obras), que afianzado con sus brazos, y que con el peso é inclinacion de su cuerpo sobre la escalera, la está sosteniendo de manera que puedan subir y bajar los demás con todo seguridad y sin riesgo? Este, pues, si mucho no me engaño, es el sentido óbvio y literal de aquella vision; de suerte que, haciendo de ella una descripcion el grande san Gerónimo, dijo (2): «Vió Jacob una escalera y arriba al Señor afianzado sobre ella para alargar la mano á los cansados y para excitar al trabajo con su presencia á los que subian.» Por lo que, esta comun y antigua sentencia, que yo defiendo, la abraza tambien citando á Alcazar, otro varon de no menor nota (3), alegando á su favor á Josefo y á Cayetano, á quienes añado yo á Pererio (4), y acaso podria añadir otros, si lo pidiese el asunto. Ni son de tanto peso las razones y conjeturas que Alcazar produce á su favor, que nos precisen á apartarnos de la sentencia comun y del modo regular de pintar esta revelacion; antes bien, aprietan más y tienen mucha más fuerza los argumentos que él mismo se objeta y á los cuales, segun mis cortos alcances, no satisface plenamente.

---

(1) Chris. in Gen., § 4, t. I. oper.
(2) Epist. ad Juliann., t. I.
(3) P. Corn Alap. sobre dicho lugar del Genes.
(4) Perer. sobre este lugar, dict. 3, n. 25.

4. Pintan, pues, muy bien una escalera portátil de madera, aunque de extraordinaria altura, como que desde la tierra tocaba al Cielo, en donde oportunamente advierte el citado autor, que los dos palos de los costados en que estaban metidos y clavados los escalones, nos dan á entender alguna cosa mística y alegórica (1); lo que deseo mucho se tenga presente: porque el pintar ó fingir un grande edificio, cuya obra sea de arcos de piedra, que estribando en columnas y bóvedas nos represente por la parte exterior una escalera de piedra, que rematando en forma de pirámide llegaba hasta el cielo, que fué el pensamiento de un hombre ciertamente grande (2), no tiene duda que es una cosa hermosa y de buen parecer á la vista; pero que yo no puedo aprobar, sólo por ser nueva: porque aun en estas cosas, me gusta seguir y no apartarme de la antigüedad comunmente recibida, cuando no hay alguna razon grave y poderosa, que me precise á lo contrario: «Entonces (dice un autor gravísimo) (3) seguiremos la antigüedad, cuando no nos apartemos de aquellas sentencias.... que nuestros padres y mayores abrazaron.

5. Pasemos, pues, á explicar más sucintamente otras cosas que hallamos en el antiguo Testamento, en las cuales parece se significa absolutamente el mismo Dios. Y lo primero que me ocurre, es lo que leemos en Isaías (4): «Ví al Señor sentado sobre un sólio sublime y elevado:» en cuyo lugar, ó ya se signifique á Dios absolutamente, y como es en sí, esto es, Uno y Trino, segun quieren gravísimos intérpretes (5), los cuales, exponiendo aquello de S. Juan (6): «Esto dijo Isaías, cuando vió su gloria y habló de él,» alegan á su

(1) Idem ibid., n. 2.

(2) Ben. Arias Mont. en el librito que intituló: Humanæ salutis monumenta. Ode 8.

(3) Vicent. Lirin. commonit. 1., c. 3., t. 4. Bibliot. Vet. P.

(4) Isai., 6, 1.

(5) Card. Tolet. et Joann. Maldonat.

(6) Joan., 12, 41.

favor algunos testimonios de los Santos Padres; ó ya se signifique sólo Dios Padre, como quiere un grave intérprete del Apocalipsis (1), el cual lo prueba con muchas autoridades y razones; siempre se debe pintar á Dios, sentado en un trono con el semblante de un anciano venerable. Este es el modo que dijimos arriba cómo se puede acertadamente pintar á Dios, tomado absolutamente, como dicen los teólogos, segun el lenguaje de la Sagrada Escritura, que se acomoda y proporciona á nuestra inteligencia. Y que del mismo modo se ha de pintar tambien á Dios Padre, ó á la Persona del Padre Eterno, que es lo mismo, lo trataremos más largamente en su propio lugar. Mas, por lo que toca á las imágenes de los serafines, conforme lo describe Isaías en este lugar, diremos de ellas alguna cosa. cuando trataremos de las Imágenes de los angeles.

6. Otra cosa semejante ocurre en la profecía de Ezequiel, singularmente en lo contenido en estas palabras (2): «Y sobre la figura de trono, se echaba de ver como una semejanza de hombre, que estaba encima.» De la cual debiéramos formar el mismo juicio, á no haber intérpretes y teólogos gravísimos (3), los cuales, pretendiendo que en esta vision se significa el Verbo divino, ó la segunda Persona de la Santísima Trinidad; pues esta fué y no otra la que tomando carne redimió al linaje humano: quieren que en esta vision se pinte á Dios, no en figura de viejo, sino en la de un jóven en la flor de su edad: no porque separen de la eternidad é igualdad de Dios Padre al Verbo divino subsistente en la Divinidad (lejos están hombres tan sabios de caer en un error tan grosero); sino para que se represente más oportunamente á la vista el mismo Verbo encarnado y subsistente en su humanidad, en aquella edad que tenia cuando obró el admirable y siempre adorable triunfo de nuestra Redencion.

---

(1) L. Alc. ad cap. 4, v. 20, not. 3.
(2) Cap. 1, 26.
(3) V. Prado y Villalp. Comment. in Ezech., t. 1, ad c. 1, sect. 5, et 9.

7. Tratando, pues, brevemente esta materia propia de mi instituto (por no traspasar los límites que me he prescrito), digo, que Dios nuestro Señor como es en sí, ó para hablar con más propiedad, como nuestro limitado conocimiento puede imaginarlo, se pinta con bastante acierto en figura de un gravísimo y venerable anciano, como lo convence y manifiesta lo que llevamos dicho hasta aquí, y con más razon, si al rededor se pinta una multitud de ángeles, que reverentemente le están tributando homenaje, y además, un trono por todas partes lucido y resplandeciente, como se significa en aquella vision de los ángeles que tuvo Daniel, y la describe con estas palabras (1): «Millares de millares le servian, y millones de millones le asistian.» Y en el verso antecedente habia dicho (2): «Su trono es una llama de fuego, y sus ruedas fuego encendido:» pues con estos símbolos, segun se puede, y permite lo grande del asunto, se nos significa la majestad de Dios. Y cuando se ha de pintar al Padre Eterno, por ejemplo en la vision del Jordan, píntesele tambien en figura de un respetuoso anciano: no porque el Padre preceda al Hijo ó al Espíritu Santo en eternidad ó en algun tiempo; pues todas tres Personas son entre sí coeternas é iguales; sino porque el Padre es primero, no en tiempo ó en naturaleza, sino por razon de orígen, lo que apenas y con dificultad se puede representar de otra manera á nuestros flacos y débiles sentidos. Cuando se ha de figurar ó representar al Hijo, aquel Señor, digo, que «con ser Dios,» sin embargo «tomó la forma de esclavo haciéndose semejante á los hombres, y apareciendo como uno de ellos,» conforme nos enseña el Apóstol (3); no se le debe pintar, á mi juicio, de otro modo, sino en la forma de esclavo, que tan estrechamente unió consigo; esto es, en figura de hombre. Cuando se ha de pintar el Espíritu Santo, no se nos debe representar en otra figura, que aquella en que se

(1) Dan., 7, 10.
(2) Ibid. v. 9.
(3) Ad Philip. 3.

apareció en el Jordan, y que nos pinta el Sagrado Texto con estas palabras (1): «Y bajó el Espíritu Santo sobre él en figura corporal como de paloma:» y de esta misma manera se le pinta muy bien en el cenáculo de Jerusalen, cuando bajó sobre los Apóstoles con una multitud de lenguas de fuego.

8. De lo dicho se echa de ver cómo deberá pintarse, si ocurriere alguna vez hacerlo, la Santísima Trinidad. Pero antes de pasar más adelante y explicar esto más distintamente, he de proponer algunos errores verdaderamente intolerables que ocurren sobre esta materia, y deben enteramente evitarse y desterrarse. Ya hice antes mencion (2) de una imágen absurdísima y monstruosa que algunos pésimos pintores quieren que sea de la sacratísima Trinidad; en la cual, no habiendo mas que una sola cara, se ven tres narices, tres barbas, tres frentes y cinco ojos. Mejor se diria que esta no era imágen de la Santísima Trinidad, sino un mónstruo horrible, disforme, y digno de las mayores execraciones. Pero oigamos á un varon recomendable por su literatura y dignidad, el cual, docta y eruditamente trata este punto (3): «Es cosa (dice) que no puede tolerarse, que los pintores se atrevan por su capricho ó antojo, á fingir imágenes de la Santísima Trinidad; por ejemplo, cuando pintan á un hombre con tres caras ó con dos cabezas, y en medio de ellas á una paloma. Esto parece cosa monstruosa y que más ofende con su deformidad de lo que puede servir de utilidad con tal semejanza. Por esto los protestantes de Hungría en su obra que escribieron contra la Trinidad, en el lib. 1, cap. 4, juntaron muchas maneras de imágenes de la Trinidad y las propusieron como monstruos irrisibles, dándoles el nombre de Cerberos, de Geryones, de Janos de tres frentes, de monstruos y de ídolos: nuestros pintores son los que dieron ocasion á que prorumpiesen ellos en semejantes blasfemias.» Hasta aquí

(1) Luc. 3, 22 .
(2) Lib. 1, cap. 7, n. 2.
(3) Card. Belarm. tom. 1, Controv. lib. 2, cap. 8, pag. 1515.

el citado Cardenal. Hemos visto tambien otro modo de pintar á la Santísima Trinidad, que es el que voy á referir. Veíanse pintados en una tabla tres hombres con los semblantes muy parecidos, de una misma estatura, y en los colores, vestidos y ineamentos del todo semejantes é iguales. Esta pintura, aunque ni con mucho es tan exótica y absurda como la primera, con todo no parece bien. Pues, aunque de este modo se guarde la igualdad y coeternidad de las tres Personas divinas, falta, sin embargo, el carácter y distintivo (por decirlo así) de cada una de las divinas Personas; además, que en estas cosas que por su dignidad y excelencia son tan respetables, se ha de procurar. evitar y huir todo género de novedad.

9. Así que, de todo lo dicho se convence claramente, que cuando se haya de pintar á la Santísima Trinidad, se debe pintar al Padre en forma y figura de un respetable viejo; al Hijo, en figura de hombre y con las cinco cicatrices de sus preciosísimas llagas en sus manos, piés y costado, las que «habiéndolas padecido por nosotros» (como pía y elegantemente escribió San Ambrosio) (1), «quiso más llevárselas consigo al Cielo para manifestar á su Eterno Padre el precio de nuestra libertad, que borrarlas y abolirlas.» Finalmente, se nos debe representar el Espíritu Santo en medio del Padre y del Hijo, en la figura, como dijimos ántes, de una candidísima paloma. De este modo he visto y alabado muchas imágenes de la Santísima Trinidad, en las que sólo he observado la diferencia de que en algunas, así el Padre como el Hijo, tienen su cetro en las manos; lo que no me parece fuera de propósito, dándose á entender con esto, que tanto el Padre como el Hijo tienen igual poder y majestad, de que es manifiesto símbolo el cetro: en otras, sólo el Padre está con cetro: y el Hijo, que es el mismo Jesucristo Salvador y Redentor nuestro, está como haciendo ostentacion de la Cruz, y abrazado con ella, en la cual verdaderamente como se canta

(1) Ambros. lib. 1, Comment. in Luc., cap. 24.

en el himno, «Regnavit á ligno Deus.» En todos estos modos de figurar á la Santísima Trinidad, se pinta siempre á Jesucristo, y con muchísima razon, á la diestra de Dios Padre, lo que nos enseña claramente el Símbolo, y ya lo habia dicho antes la Sagrada Escritura en tantos lugares, que sería supérfluo el referirlos. Y de qué manera deba esto entenderse, no lo ignoran áun los muchachos que están bien instruidos en los rudimentos de la doctrina cristiana, no pudiéndole quedar, áun al más rudo, el menor lugar y motivo para pensar que el Padre sea en algun modo de inferior dignidad á la del Hijo, por tenerse regularmente por de menor dignidad el que está sentado á la izquierda de otro; pues esto no pasa así en las cosas divinas. Ni se infiere de esto alguna superioridad, sino que solamente se demuestra igualdad entre las divinas Personas. Díjolo muy bien y elegantemente, como siempre, san Pedro Crisólogo (1): «Hay en esto un órden no humano, sino divino; de tal suerte el Hijo está sentado á la diestra, que el Padre no está sentado á la izquierda.

10. Ni deja tampoco ninguna duda á nuestra imaginacion, aunque débil y enferma, otra laudable pintura de la Santísima Trinidad, obra de un excelente artífice (2), cuya imágen he contemplado yo muchas veces, y está en nuestro Convento en una sala, que, por rezarse en ella antes de comer algunas preces por los difuntos, la llaman regularmente «La Sala De profundis.» En ella se ve pintado el Padre Eterno en figura de un gravísimo y venerando anciano, que está sosteniendo con ambas manos el cuerpo muerto de Jesucristo, y sobre las dos Personas está el Espíritu Santo en figura de cándida paloma, despidiendo rayos de luz por todas partes. Y aunque esto abiertamente lo reprueba un escritor de estas materias, bastante sabio y piadoso (3); sin embargo, soy de parecer, que dicha imágen respira piedad y que tiene rasgos de una eru-

(1) P. Chrysolog. Serm. 58.
(2) P. Obregon.
(3) Juan Molano, lib. 4. cap. 16.

dicion acertada y oportuna. Porque, en cuanto á lo primero que dice Molano, de que esta imágen no está en uso, y que realmente es nueva en la Iglesia, se engaña singularmente, si se habla de la que acabo de referir y de la que trataremos luego algo más; pues ésta la vemos muchas veces y, si no me engaño, yo mismo la he visto pintada por un pintor antiguo y excelente, no como la de Antuerpia, segun nos la describe Molano, sino como la que acabo de referir, en la que se ve al Padre Eterno, que con sus manos por debajo de los brazos de su Unigénito Hijo está sosteniendo su cuerpo que se representa muerto, y sus rodillas las sostienen ángeles con sus cabezas: y aun, para demostrar más el Padre Eterno la caridad y amor para con los hombres, parece que les está indicando y manifestando á su Hijo. Además, es muy ligero fundamento el decir que Cristo Señor nuestro á nadie se ha aparecido muerto: porque, pregunto, ¿qué se ha de apreciar más ó de qué debe hacerse más caso: de que Cristo Señor nuestro á alguno se le haya aparecido muerto, ó de que en realidad de verdad haya muerto? Con efecto, no debia haberle movido á este teólogo una razon tan despreciable, particularmente siendo cierto, como él mismo advirtió, que la persona ó (para hablar con términos escolásticos) la personalidad del Verbo, quedó igualmente unida con el mismo cuerpo de Cristo y con el alma separada del cuerpo, del mismo modo que se unió despues y lo está ahora á todo el compuesto. Y la razon porque en estas pinturas (por no dejar esto sin tocarlo) la diadema de rayos que suele pintarse en la cabeza del Padre Eterno, no es á manera de círculo, sino de triángulo equilátero y por consiguiente equiángulo: puede ser el motivo de esto (pues en realidad á mí no me consta) el que este género de triángulo representa de algun modo á toda la Trinidad, de la que el Padre Eterno es el orígen y fuente primordial, de quien procede el Hijo, así como el Espíritu Santo procede de los dos. Y esto baste por lo que toca á las imágenes y pinturas de Dios.

CAPÍTULO IV

De las imágenes de los santos ángeles en comun, y de los errores que suelen cometerse acerca de sus pinturas.

1. Es muy celebrado el parecer de un varon venerable y ortodoxo, de Juan, Obispo de Tesalónica, cuyo libro se leyó en el séptimo concilio general, que fué el Niceno segundo, Act. 5 (1). Dícese allí, por lo que toca á los ángeles y á sus venerables imágenes, lo siguiente, que aunque es bastante sabido, con todo, porque no á todos es óbvio, me ha parecido bien trasladarlo aquí: «Dijo el santo: En cuanto á los ángeles, arcángeles y Potestades, en cuya clase pongo tambien á nuestras almas, este es el parecer de la Iglesia Católica: que son intelectuales, pero que no carecen enteramente de cuerpo como vosotros gentiles decís; sinó que tienen un cuerpo ténue y aéreo ó ígneo, como se dice en el Salmo: Qui facit angelos suos spiritus, et ministros ejus ignem urentem. De este parecer sabemos haber sido muchos Santos Padres, y entre ellos san Basilio por renombre el Grande, san Atanasio, Metodio, y los que le siguen. Solamente Dios es incorpóreo y tal, que no se puede figurar: pero las criaturas intelectuales no son totalmente incorpóreas, y pueden representarse con el pincel. Por esta misma razon, ocupan lugar y tienen circunferencia. Y aunque no son corpóreas como nosotros, esto es, compuestas de los cuatro elementos y de una materia crasa, nadie dirá sin embargo, que los ángeles, los demonios ó las almas son incorpóreos; pues muchas veces se han aparecido en su propio cuerpo, aunque sólo les han visto aquellos á quienes Dios abrió los ojos. Y así pintamos nosotros y adoramos á los ángeles, no como á Dios, sino como á criaturas intelectuales y ministros de Dios; bien que no les pintamos

(1) Ann. Christ. 783.

ni veneramos por verdaderamente incorpóreos. Y la causa de pintarles en figura de hombres es el haberse aparecido en esta forma, cuando han ejercido para con los hombres el ministerio á que Dios les ha enviado.» Hasta aquí el citado Juan Obispo de Tesalónica.

2. Aquí es donde un esclarecido autor (á quien nombro por alabarle) el ilustrisímo Fray Bartolomé de Carranza Miranda, dice, que el Concilio, más parece haber aprobado que desaprobado el parecer de dicho Padre: porque, en vista de lo que habia dicho el obispo de Tesalónica, habló así el patriarca Tharasio: «Demuestra el Padre (el Obispo de Tesalónica) que es conveniente pintar á los ángeles, pues pueden circunscribirse, y se han aparecido en figura de hombres. A cuya exposicion, respondió unánimemente el Concilio: «Etiam Domine» (que es formula de aprobacion). Muchas cosas se incluyen en dichas palabras, que no es del presente instituto detenernos demasiado en ellas. Baste por ahora poner á la vista lo que advirtieron graves teólogos, que no todas las cosas y cada una de ellas en particular, que en los Concilios ecuménicos se proponen, disputan ó alegan aun por los mismos padres del Concilio, son decisiones ó definiciones del Concilio: antes bien se dicen muchas cosas (que ni esto quiero disimularlo) solamente probables y verosímiles, y otras tambien falsas y que no pertenecen al asunto, en las cuales nunca puede fundarse la decision y definicion del Concilio, que principalmente pende de la siempre venerable mocion é inspiracion del Espíritu Santo, aunque ésta no sea con modo milagroso. Insistiendo, pues, en lo que vamos tratando, afirmo sériamente, que el Concilio Niceno segundo en ningun modo aprobó las palabras de Juan, obispo de Tesalónica; habiendo muchas entre ellas, que enteramente se apartan de la verdad y del recto modo de pensar; y que en este particular sólo definió lo propuesto por el patriarca Tharasio; esto es, que era lícito y conveniente pintar á los ángeles. Véase á un teólogo de grande juicio el Padre Gabriel Vazquez, en su erudita obra «De cultu, et Adoratio-

ne (1), á Bubalo (2), á los padres salmanticenses (3), y al doctísimo y Rmo. P. M. Fray Francisco Zumel, el cual ha tratado de los ángeles con mucha afluencia, sutileza y erudicion: pero no puedo abstenerme de citar aquí á un varon muy sabio y amigo mio, el reverendísimo P. M. Fray Manuel Navarro en el tomo de sus «Prolegomenos de Angelis (4).»

3. Y que esto claramente haya sucedido en dicho lugar del Concilio, ó para hablar con más verdad, en las citadas palabras de Juan Tesalonicense que se leyeron y recitaron en el Concilio: nadie podrá dudarlo, que verdaderamente merezca el nombre de teólogo. Porque el decir que los ángeles carecen enteramente de cuerpo (ya sea éste craso y concreto como los nuestros, ya ténue y sútil que los griegos llaman λεπτὸν); no sea inmediato dogma de fe, como lo afirman con gran razon teólogos muy hábiles; pues, dejando aparte á innumerables que les atribuyen cuerpo, el gran padre de la Iglesia san Agustin, no sólo lo dudó, sino que en muchos lugares llevó abiertamente la sentencia contraria (5): con todo, despues de haberse examinado con más cuidado y diligencia la verdad de esta materia (lo que hizo principalmente el angélico doctor santo Tomás (6) y los que despues le han seguido); la proposicion de que los ángeles son incorpóreos, y que carecen de toda materia, es tan cierta y se halla autorizada con testimonios y razones tan inconcusas y convincentes, que la sentencia contraria con razon es tenida por errónea.

4. He dicho esto para poner más en claro la razon sólida y de que nadie puede dudar, por qué sea lícito y conveniente el pintar á los ángeles en figura de varones ó de jóvenes, la cual

(1) Lib. 2, disp. 3, c. 5 á n. 60.
(2) Ad q. 50, I. p. quæsit. 3, diffic. 1.
(3) Tom. 2, tract. 7, disp. I, dub. I.
(4) Proleg. 5 á n. LXI.
(5) Epist. 115 ad Nebri. et lib. de Eccles. Log. cap. II, et 12.
(6) S. Thom. 1, p. q. 50.

no es otra sino el haberse aparecido muchas veces á los hombres bajo esta figura: de manera que no hay cosa más comun y corriente que verlos pintados como á unos niños ó jóvenes muy modestos, pero ágiles y de bello parecer. Y que los ángeles se hayan aparecido frecuentísimamente en figura de hombres, es cosa que nadie la ignora: pues los que se aparecieron á Lot, y que habian de destruir las nefandas ciudades, se manifestaron en esta forma, no sólo á Lot, sino tambien á los moradores de aquella ciudad, como claramente se colige por lo que intentaron aquellos malvados, los cuales como estuviesen abrasados con la concupiscencia de la más execrable lujuria, quisieron abusar injuriosamente de ellos diciendo á Lot (1): «¿Dónde están los varones que de noche han entrado en tu casa? Hazlos salir aquí para que los conozcamos.» No pudo ser, pues, menos, sino que les parecieron hermosos jóvenes. Lo mismo puede confirmarse copiosamente de otros lugares, así de la Sagrada Escritura, como de la Historia Eclesiástica; pero es esto tan claro, que sería por demás querer detenernos en ilustrar esta materia.

5. Esto sentado, los errores que pueden cometerse en pintar á los ángeles, por la mayor parte se reducen á ciertos lugares generales y comunes. Porque el pintarlos como muchachos grandecillos y de unos diez años, casi enteramente desnudos; es un abuso que lo hemos ya reprehendido tratando de la desnudez de los cuerpos en las imágenes sagradas (2): lo mismo digo cuando los pintan jóvenes y casi del todo descubierto el muslo, porque esto que los pintores llaman elegancia de la pintura, no podemos de ninguna manera admitirlo, antes bien con mucha razon lo reprobamos, como que no dice bien con la gravedad y modestia cristiana. Mas, el que los pinten con semblante hermoso, cabello rubio y decentemente crespado, no me atrevo á condenarlo por error: pues con estos y otros semejantes adornos no in-

(1) Genes. 19, 5.
(2) Lib. 1, c. 5, n. 4.

tentan otra cosa los peritos artífices, sino representarnos oportunamente, y ponernos á la vista del modo que humanamente se puede, la perfeccion de los ángeles y la hermosura de su naturaleza que nunca envejece. Ni debe hacer fuerza á nadie, el que un escritor elegante y erudito parece haber reprobado las imágenes de los ángeles pintados de esta suerte. Estas son sus palabras (1): «No quieras figurarte á los ángeles, como los viste tal vez representados por los pintores y poetas, con un semblante rodeado de admirable resplandor, caidos blandamente sobre su cuello sus cabellos rubios como el oro más puro, y como que al parecer se mueven con el aura ó vientecillo del más suave céfiro, sobre un cuello lucio y blanco como la nieve: saliéndoles de los hombros dos alas hermoseadas con un tejido celestial del verdor de las flores, á semejanza del que vemos en los pavos reales: de suerte, que representando con el más blando y proporcionado temperamento, los colores de oro, amarillo, azul y purpúreo, ofrecen á la vista la misma variedad que admiramos con gusto en el Arco Iris; á que se añade el pintarles vestidos con una túnica de lienzo guarnecida con encajes finísimos, y ondeados en la orla que les hace más hermosos y agraciados.» Vuelvo á decir que esto á nadie debe hacer fuerza: porque, á más de que la artificiosa y bellísima descripcion que hace de las pinturas de los ángeles este autor elocuentísimo, más parece que tira á poner á la vista de los lectores una elegante pintura de ellos con los más vivos colores de la elocuencia, que á querer debilitar y hacer valer menos una invencion ó pensamiento por otra parte piadaso y sabio, si tienen en sí alguna fuerza la expresada autoridad y aviso, no se dirige á otra cosa, sino á que nadie sériamente se imagine y persuada, que en realidad son tales los ángeles como se pintan aquí ó en la tabla; y á que ninguno crea que los crió Dios tales como nos los proponen los pintores: bien que no hay inconveniente en que nos los figure-

(1) V. Nicol. Causin. Elog. sacræ et prof. lib. 14, c. 2.

mos vestidos con decoro y decencia. De este modo explica el sentir de este escritor, otro autor muy erudito de la misma compañía (1). Con efecto, un cardenal de la misma religion, no sólo lo concibe en estos términos, sino que afirma que de hecho sucedió así, cuando dijo elegantemente hablando del arcángel san Gabriel (2): «Imitó el semblante de un jóven muy hermoso y resplandeciente; pero con un género de vestido y aspecto más majestuoso que los demás hombres: de suerte, que fácilmente se podia comprehender que bajo de aquel cuerpo estaba escondida alguna cosa más que humana, y que no venia allí un hombre mortal sino un ángel del Cielo. De todo lo cual se manifiesta claramente ser cosa decente y acertada, el pintar á los ángeles como unos jóvenes hermosos y alados, y que esta práctica generalmente recibida no contiene en sí error alguno.

6. Alados, digo, ó con alas, para reprehender aquí no un error manifiesto, pero sí un modo bastante raro que usó el celebérrimo pintor Miguel Angel, á quien con sólo nombrarle se le elogia: cuya invencion refutó ya antes el erudito italiano Andrés Gilio (3), á quien citamos arriba (4). Este, pues, con razon reprehende al mencionado pintor, porque pintando á los ángeles, los pintaba en efecto como mozos; pero sin alas ni plumas: porque decía (así me contó un varon de singular autoridad, que frecuentemente lo referian los pintores más hábiles) que pintándolos con alas, no era extraño que volasen; pero que sí era mucha maravilla el que sin tenerlas, fuesen con vuelo velocísimo á cumplir los mandatos de Dios. Pero, con licencia de este varon tan grande, y de tan sobresaliente pintor, diré, que semejante pensamiento es un despropósito cuando se trata de asuntos que los pintores proponen á la vista, y no á sólo el entendimiento. Porque ¿quién podrá ignorar, que siendo los ángeles unas

(1) P. Luis de la Cerda, de Excell. cœlest. Spirit. c 47, n. 8.
(2) Card. Bellarm. Conc. 2, super Missus est.
(3) Dialog. 2.
(4) Lib 1, c. 6, n. 3.

sustancias sin cuerpo, no tienen alas ni plumas corpóreas? Pero ¿de qué otro modo se podrá representar más oportunamente á la vista su agilidad y ligereza, sino pintándoles con alas y plumas? Nada hay más frecuente que esto, nada de que tanto hayan usado los ingenios más sublimes, como el atribuir alas á las cosas inanimadas é insensibles, cuando quieren significar su ligereza y velocidad. Y empezando por las fábulas donde hay no poca instruccion y mucho ingenio; aquel Mercurio, intérprete de los dioses y ángel ó nuncio de Júpiter (pues los mismos muchachos saben que el nombre de ángel no quiere decir otra cosa, sino nuncio ó mensajero) le describen con alas los poetas.

Homero, Homero digo, aquel que se puede llamar fuente de todos los ingenios, á cada paso atribuye alas á las mismas palabras, porque con admirable velocidad hieren los oidos de aquellos con quienes hablamos.

No puedo yo despedirme ahora de esta materia, y con efecto mal satisfecho la concluyera, si al célebre Miguel Angel italiano no le opusiera otro célebre italiano; lo que no será fuera de propósito, puesto que no difieren mucho las profesiones de ambos, y que de una y otra es propia la delicadadeza y el gusto. A un pintor, pues, de tanta fama como Miguel Angel, opongo un poeta no menos famoso y que debe contarse entre los más esclarecidos. Este es Torcuato Taso, varon á la verdad grande, el cual casi al principio de su grande obra, describe primorosamente la embajada del arcángel san Gabriel al rey Gofredo, haciéndonos una bella pintura del mensajero celestial á quien le atribuye alas y plumas.

7. Mas estas cosas, como tomadas de los sentidos materiales del hombre, parecerán á alguno sobradamente groseras. Enhorabuena: pero ya que la disputa es de cosas muy sagradas, razon será que tratemos de ellas. En las Sagradas Letras, se hace frecuente mencion de los serafines y querubines: mas, pregunto, ¿con qué género de vestido se han dejado éstos ver de los hombres á quienes quiso Dios que se les manifestasen? Ciertamente, no se han visto de otro modo, sino con plumas y alas, y no como quiera, con dos ó cuatro, como

quieren algunos, sino con seis, segun claramente lo dice el mismo Texto de la Escritura, que ahora no quiero explicar más, por cuanto de esto trataré más largamente despues (1). Y no sólo hace mencion la Sagrada Escritura de alas y plumas, si tambien del mismo vuelo, para que sirven las alas. Así dice el Texto Sagrado (2): «Voló hácia mí uno de los serafines y en su mano tenia un carbon encendido». Y en el Apocalipsis de san Juan, cuando se describe, como frecuentísimamente lo hacen los predicadores, aquella mujer coronada de estrellas y vestida del Sol, se dice tambien una cosa que hace mucho á nuestro intento (3): «Y diéronsele á esta mujer dos alas de águila grande, para que volase al desierto.» Dando á entender la Escritura, que no seria correspondiente el vuelo á quien no tuviera alas. Además (pues no quiero pasar esto en silencio) que algunos Padres de la Iglesia y autores de mucha nota, afirman llamarse los ángeles pájaros y aves. Pues sobre aquello del Apocalipsis (4): «Ví á un ángel que estaba en el sol y que daba grandes voces, diciendo á todas las aves que volaban por en medio del cielo; «Andrés obispo de Capadocia, dice que en nombre de «aves del cielo» se entienden los ángeles, y da una razon muy buena, á saber: «Porque vuelan muy alto y en medio del cielo y de la tierra, y porque de allí bajan para instruirnos. Acerca de lo cual Tomás de Cantimprano refiere una agradable historia y no inverosimil (5). Dice, que á cierta mujer venerable por su mucha virtud y paciencia estando enferma en su cama muchos años antes de su muerte, una ave de admirable belleza y hermosura la consolaba con suavísimas é inefables voces. Y habiéndole preguntado (dice este pio autor) ¿qué canto de pájaro era el que remedaba dicha ave? No hay en la tierra otra,

(1) Cap. sig.
(2) Isai., 6, 6.
(3) Apoc., 12.
(4) Apoc., 19, 17.
(5) Lib. 2, cap. 25 n. 8.

respondió la enferma, con quien se pueda cotejar. Ni me deleito solamente con el oído, sino que se alegra tambien mi corazon y me siento inflamada para ir á gozar de la eterna bienaventuranza. ¿Qué puedo pensar yo de esta ave (concluye refiriendo este caso un autor de mucha piedad y lectura) (1), sino que era un ángel? Quede pues sentado, que más que haya intentado lo contrario este insigne pintor, deben pintarse los ángeles con alas y plumas.

8. Por lo que toca á pintar los ángeles llorando é hinchados sus ojos por las muchas lágrimas, digo, que algunas veces no se hará mal, y se obrará con prudencia en pintarlos así, y que otras será cosa inepta y ridícula el pintarlos de este modo, como si se pintara á un ángel llorando por una friolera y bagatela: por ejemplo (segun referimos arriba) cuando pintaron á un ángel llorando por haberse quebrado un plato de la mesa; ó si se le pintara derramando lágrimas por otra grandísima nonada. Pues nadie dejará de conocer ser esta una cosa absurda, y que no puede menos de parecer ridícula á cualquier hombre de juicio. Pero al contrario, será de hombre prudente y juicioso el pintar á los ángeles llorando por alguna cosa que fuera digna de sus lágrimas, si de éstas fuesen ellos capaces, como es la crueldad de la pasion y muerte de Jesucristo. En este lance vemos frecuentemente pintados á los ángeles con un semblante triste, y derramando lágrimas, lo que pintores sabios y piadosos han practicado muchas veces no sin razon. Porque, aunque con este modo pintar no se dé á entender que aquellos espíritus bienaventurados, los cuales acostumbrados á gozos indecibles, beben continuamente en la perenne fuente de delicias, estén sujetos á las pasiones de la naturaleza humana, de suerte que se entristezcan y aflijan por cosas que á nosotros nos harian derramar lágrimas: sin embargo se manifiesta con esto con bastante propiedad, el dolor y crueldad del asunto que conmovería entrañablemente áun á los mismos espíritus ce-

(1) P. Juan Luis de la Cerda de Excel. cœlest. Spirit. cap. 15 pág. 156.

lestiales, y á la presencia de tan tierno y tremendo espectáculo, les haría sin duda saltar lágrimas de sus ojos si los tuvieran. Ciertamente el profeta Isaías hablando como quieren gravísimos autores de los mismos ángeles, dice (1): «Hé aquí que los que están diputados darán voces afuera, los mensajeros de paz llorarán amargamente:» lo que hombres doctísimos (2) entienden del modo que hemos explicado. Pero no es menester detenernos mucho en esto. San Gerónimo por Mensajeros de paz ó Angeli pacis, que dice la Vulgata, entiende los ángeles que presidian en el Templo de Salomon, los cuales del modo que podian se compadecieron por ver que amenazaba ya y que estaba cerca la proxima ruina y desolacion de aquel templo. Por esto, dicen, haberse oido entonces una voz en Jerusalen que decía: «Migremus hinc, vámonos de aquí;» esto es del Templo, que luego habia de ser destruido y desolado. Tambien se dice que los ángeles lloran amargamente, porque nos excitan á la compuncion, al dolor y á la penitencia, no sólo con sus ilustraciones y algunas veces con palabras; sino tambien de algun modo con su mismo ejemplo. Así entiende este lugar un elocuente y erudito Comentador del libro de los Jueces (3), en el capítulo segundo sobre aquellas palabras del verso 4: «Estando hablando el ángel del Señor... levantaron ellos su voz y lloraron.» Lo que despues ilustraremos más, tratando de los ángeles de guarda; añadiendo algunas cosas sobre esta materia.

9. No será fuera de propósito advertir aquí, que muchas veces pintan á los santos ángeles sin ningun rayo de luz ni de resplandor; en lo que si no hay error no deja de haber descuido. No tiene duda que hablando el Apóstol del ángel condenado para siempre á oscuros calabozos, y de las artes de que se vale para engañarnos, dice (4): «El mismo Satanás

(1) Isai. 33, 7.
(2) V. á Arias Montano, y á Forer, aquí.
(3) P. Juan Freyre.
(4) 2 Cor., 11, 14.

se transfigura en ángel de luz:» como dando á entender que el propio carácter y el principal distintivo, por explicarme así, de los espíritus bienaventurados es la luz y el resplandor, segun dicen los Padres é intérpretes sobre este lugar (1). Lo que por otra parte convence evidentemente la historia. Pues, como el ángel que libertó á san Pedro de las cadenas, hubiese entrado en la cárcel, nos dice el Sagrado Historiador (2): «Hé aquí que vino el ángel del Señor, y resplandeció la luz en la cárcel.» Esto me hace recordar lo que se refiere en las actas del mártirio de santa Cecilia, la cual como hubiese dicho á Valeriano su esposo, que un ángel tenia cuidado de ella, y prometídole éste que creería en Cristo si le viese; cumpliéndosele finalmente sus deseos, despues de haber recibido el bautismo, «volviéndose á Cecilia (dicen las actas de esta santa) la encontró que estaba orando y junto con ella á un ángel que resplandecia con luces celestiales.» Lo mismo podría confirmarse con otros ejemplos: pero sería detenerme demasiado si quisiera referirlos todos. Baste lo dicho para probar que á lo menos, por lo que toca á la majestad del semblante, conviene pintar á los ángeles con luces y resplandores; y baste tambien haber advertido esto hablando en general de los ángeles, lo que acaso trataré despues con más extension. Pasemos ahora á tratar de cosas más particulares.

---

(1) Alap. sobre este lugar.
(2) Actor., 12, 7.

CAPÍTULO V

De las pinturas de los serafines y querubines y de los errores que pueden introducirse en estas imágenes.

1. Tienen mucho de estudio gramatical las anotaciones que hizo un varon, por otra parte grande (1), queriendo explicar aquellas palabras «Beata Seraphim,» que leemos en el Misal en la misma prefacion de los divinos Misterios: y así yo me abstengo de entrar en ellas y de propósito he usado en el título de este capítulo de las voces serafines y querubines (en latin «Seraphini, et Cherubini»): no porque ignore que la palabra «Seraphim» en la lengua santa ó hebrea esté en plural del verbo «Saraph,» que tiene en singular el mismo benoni ó participio, el cual hace en plural «Seraphim,» que vale lo mismo que «igniti» ó «abrasados.» No porque, vuelvo á decir, ignore esto, que por mi profesion debo saber bien; sino porque juzgo más conveniente usar de las voces que tiene ya recibidas el uso. Si de estos espíritus (por lo que toca á sus pinturas) quisiera yo tratar con la difusion que podria, me extenderia mucho más allá de lo que acostumbro, y de lo que pide mi propósito. Y así, quien guste detenerse en esto, y quiera ver tratadas más largamente estas materias, puede consultar á otros, que señalaremos aquí, los cuales han llenado gruesos volúmenes, no tratando más que este asunto. Yo solamente tocaré por encima lo que precisamente conviene que no se ignore, ó que más particularmente debe tenerse presente. Hablemos primero de los serafines.

2 Los Serafines, de quienes en sólo un lugar de las Letras Sagradas se hace expresa mencion, esto es, en una pro-

(1) D. Lorenzo Ramirez de Prado in Pentecont. cap., 6, ó el que sea el autor de este libro, pues todavía no está averiguado entre los sabios.

fecia de Isaías, se describen así, como consta del citado lugar que es bien conocido (1): «Estaban los Serafines al rededor del trono: seis alas tenia el uno y seis el otro: con las dos cubrian sus rostros: con otras dos sus piés y con las otras dos volaban.» Sobre cuyo pasaje, suponiendo primeramente lo que á mí por lo menos me parece más cierto, esto es, que aquella diccion «super illud,» de que usa la Escritura, antes se ha de referir al Sólio que al Templo; suelen hacerse algunas preguntas cuya ignorancia podria ocasionar algun error en las pinturas de los serafines. La primera es: ¿Si se les han de pintar seis alas ó solamente cuatro, y además los brazos? Sobre lo cual, los doctísimos Padres Prado y Villalpando (2) fueron de parecer, que sólo se debian pintar con cuatro alas y los brazos, intentando probar, no sólo con testimonios de la Sagrada Escritura, sí tambien con los de autores de mejor latinidad, que estos se significan y entienden bajo el nombre de alas. Pero esto (con el permiso de tan grandes hombres) me parece á mí lo mismo que «Nodum in scirpo quærere,» segun el proverbio de los latinos, esto es, poner dificultad donde no la hay: porque afirmando tan expresamente el texto, «seis alas tenia el uno y seis el otro;» no parece que nada pueda forzarnos á decir que en su lugar se ponen los brazos. Y así yo afirmo con otros doctísimos autores (3), que á todos los Serafines se les han de atribuir seis alas. Mas, cómo y de qué manera se les hayan de colocar, se puede conjeturar por lo que dicen los mismos autores; esto es, que á cada uno de los Serafines por la parte superior de los hombros, les salgan cuatro alas, de las cuales, dos les sirvan para cubrirse, no del todo, sino algun tanto (como observan los mismos sabios autores) el semblante. Y de la parte superior de los muslos, les salgan otras dos alas, una en cada lado, con las cuales cubran las partes inferiores del cuerpo. Lo que

(1) Isai, 6, 2.
(2) Ad cap. 1., Ezech., cap. 6, v. 1.
(3) V. al P. Alc. in Apoc., ad c. 4., v. 6, sect. 5, p. 383, et 389, c. 1.

á mí, ya que estamos tratando de serafines, oportunamente me hace venir á la memoria la excelente vision del seráfico Padre San Francisco, que con la mayor propiedad describe el doctor tambien seráfico san Buenaventura; el cual, tratando de la vision celestial que tuvo este varon santísimo y superior á toda alabanza, cuando Cristo Señor nuestro, como á amigo suyo muy privilegiado y escogido, le imprimió las señales de sus llagas; dice que vió entonces san Francisco «bajar de lo alto de los cielos una como figura de un serafin, que tenia seis alas encendidas y resplandecientes.» Y poco despues, hablando de las mismas, dice: «Estas, estaban puestas con tan admirable órden y disposicion, que levantaba dos sobre la cabeza, extendia otras dos para volar y con las dos restantes cubria todo su cuerpo.» No se podia decir cosa más piadosa, ni que favorezca más clara y distintamente á lo que llevamos dicho.

3. La segunda cosa que sobre esto puede indagarse, es: ¿Si además de las seis alas con que se pintan dichos serafines en la vision de Isaías, deben tambien pintárseles brazos y manos? Es fácil dar respuesta á esta pregunta, si se leen con atencion las palabras que luego se añaden hablando de la misma vision, que dicen así (1): «Y voló á mí uno de los serafines y tenia en su mano un carbon encendido.» Donde se ve, que despues de haberse hecho mencion de las alas, se añaden las manos y consiguientemente los brazos. Y yo añado, que en la vision seráfica de que hablamos poco ha, se le atribuyen alas á aquel serafin, el cual, segun refiere el escritor seráfico: «No sólo se apareció con alas, sino tambien crucificado, teniendo las manos y piés extendidos y clavados en la cruz, y las alas, etc.» Por lo que, escritores gravísimos (2), á quienes adhieren comunmente los demás, aprueban dicho modo de pintar. Y tengo por tan cierto que los serafines se han aparecido en figura de hombres, que me pa-

(1) Isai., 6, 6.

(2) Prado y Villalp. sup. Ezech., sect. 6, t. 1.

rece no puede sobre ello caber duda en ningun prudente lector, digan lo que quieran algunos, que acaso han escrito con más sutileza que utilidad. Quien gustase detenerse más en esto ó leerlo tratado más á la larga, lea los autores citados en este mismo capítulo; pues el detenerme yo más en esta materia, seria apartarme algun tanto del objeto é instituto que me he propuesto.

4. Acerca de las pinturas de los querubines, por lo que á mí toca, diré brevemente lo que sobre ellos tengo que decir, esto es: Que en dos parajes se veian, en el tabernáculo de Moysés y en el templo de Salomon. Y que eran en un todo parecidos unos á otros, ó que la figura y forma de unos y otros era la misma, lo prueba muy bien un autor erudito (1). Sólo hay la diferencia entre ellos, que los del tabernáculo de Moisés eran más pequeños que los del Templo de Salomon: lo que fácilmente podrá saber el que quiera examinar la medida de los unos y la de los otros. Y que todos ellos tuviesen figura humana y ésta de cuerpo entero, lo demuestran claramente aquellas palabras (2): «A semejanza de un hombre que está en pié.» La figura de estos querubines era enteramente la misma que la de aquellos que extendidas las alas cubrian el arca. Esto supuesto, he de advertir aquí un error de un hombre ciertamente grande, á quien no me atreveria impugnar, á no deberse preferir á todo otro respeto el de la verdad. Este es Benedicto Arias Montano, el cual, en su «Aparato de la Biblia,» siguiendo á algunos de los rabinos más sabios, se persuadió que los querubines del templo estaban esculpidos con distincion de sexos, de suerte, que el uno representase la figura de un muchacho y el otro la de una muchacha: opinion que ya muy desde luego desagradó á hombres muy doctos (3), ni á mí tampoco me puede satisfacer; no sólo por

(1) Alc. in Apoc. ad. vers. 7, notat. 8.

(2) 3 Reg. 7, v. 36.

(3) Prado y Villalp. sup. Ezech., t. 1., sect. 5, p. 36. Alc. in Apocal., cap. 4, v. 7. notat. 8, p. 385.

lo que oportunamente alegan estos autores en los lugares citados, sino por la novedad de la materia, que no debiera haberse escrito sin un gravísimo fundamento, sacado evidentemente de la Sagrada Escritura.

5. Por lo que respeta á los querubines del Templo (lo mismo se ha de decir de los del Tabernáculo) tenemos sobre esto una cosa cierta, y que no admite disputa; esto es, que no estaban esculpidos, y que nunca deben esculpirse con túnicas talares apretadas por la cintura con ceñidores, como hacen nuestros pintores, «los cuales no tiene duda que obran en esto más decentemente (son palabras de esclarecidos autores) (1); pero no segun la verdad del hecho: pues nada de esto se encuentra en la Sagrada Escritura; antes en ella leemos lo contrario.» Debemos, pues, guardarnos de caer en el error de creer que los querubines del Templo tuvieron túnicas. Mas, sobre si estaban ó se han de pintar enteramente desnudos, pende de aquella cuestion de si los querubines del Templo ó los del Tabernáculo tuvieron más de dos alas. Pensaron algunos, á quienes hemos citado muchas veces, que tuvieron cuatro: dos con que cubrian el Arca, y otras dos con que cubrian su cuerpo, para que no se echase de ver su desnudez. Pero esta opinion con razon la desaprobaron otros autores de no menor nota (2), que con mucha madurez examinaron este punto: así porque no hay un sólo texto en la Sagrada Escritura que lo diga: sin embargo de que deberia haberse hecho clara y muy expresa mencion de ello, cuando Dios mandó á Moisés fabricar los querubines del Arca: como porque la opinion de que cada uno de los querubines tenia cuatro alas, es una opinion reciente y nueva que inventaron estos doctores; de suerte, que todos los que antes de ellos pintaron, ó con la pluma ó con el pincel los querubines, solamente los representaron con dos. Y finalmente, porque el fin principal por cuyo motivo se han atribuido dos alas más

(1) Prad. en el lugar anterior.

(2) Alc. in Apoc. c., 4, v. 7 et 8, notat. 8.

á los querubines, que es para cubrir decentemente su cuerpo, y para que no se echase de ver ninguna desnudez en lo más recondito y sagrado del Templo, no es de tanta monta, que por esto debamos apartarnos del recto modo de sentir.

6. Digo pues, que los querubines del Tabernáculo de Moisés y los del Templo de Salomon estaban enteramente desnudos, y que del mismo modo se han de representar cuando pida la materia que se pinten. Pero para aclarar más este punto, advierto antes, que ahora estoy hablando de aquellos querubines que estaban colocados en lo más interior y sagrado del Templo, y que cubrian el Arca extendiendo largamente sus alas: porque de los demás que habia en otros lugares y en las mismas paredes del Templo, me inclino mucho á que no podremos acaso formar de ellos el mismo juicio. Me mueve á discurrir así, por cuanto los querubines del Arca, como estaban en aquel lugar más recóndito á quien por su santidad llamaron los hebreos el «Sancta Sanctorum,» donde nadie podia entrar sino el Sumo Sacerdote, y esto una vez al año; casi nadie los podia ver. Por otra parte, como cuando esto sucedia se llenaba aquel lugar de humo á causa de los muchos sahumerios y vapores odoríferos, no habia inconveniente en que dichos querubines estuviesen totalmente desnudos, ni lo hay tampoco en que así se pinten cuando convenga pintarlos: pero aquí es donde más particularmente se ha de echar de ver la industria y destreza del pintor (como hemos dicho en otra parte), de suerte, que aunque desnudos, los pinte de manera que se quite toda indecencia. Digo tambien, que para pintar á dichos querubines con más decencia y honestidad, es conveniente pintarlos ó esculpirlos en figura de jóvenes ó de muchachos, que pasen algun tanto de la edad pueril: porque aunque en la Escritura se llaman algunas veces y se significan con el nombre de varones, es constante que este nombre no siempre se refiere á la edad, sino tambien al sexo.

7. Baste haber advertido lo dicho, hablando de los querubines del Tabernáculo y del Templo; porque en cuanto á los querubines del carro de Ezequiel, envuelve esto una

cuestion prolija y dificultosa, la que han tratado y examinado con la mayor diligencia los autores que hemos citado muchas veces con elogio. A éstos remito al lector, si es que habrá alguno que quiera gastar algun tiempo en leer esta mi obra. Todos debemos obrar con arreglo al asunto que nos hemos propuesto, y no salirnos de él (ó como dicen los latinos «extra choros, et oleas») por ostentar mucha lectura y erudicion, como sucede no raras veces. Sólo añadiré aquí, que no me parece haya inconveniente alguno en pintar ó figurar á los serafines y querubines junto al trono de Dios, ó á los sacratísimos piés del Verbo encarnado, con sólo su rostro y con alas; no tanto, porque este modo de pintar se ha introducido con bastante frecuencia, viéndolo y acaso aprobándolo hombres muy sabios; cuanto, porque en el Templo de Salomon estaban en parte de ésta manera, donde habia pintadas ó colocadas en las paredes imágenes de querubines con solos sus semblantes: aunque no es del presente instituto hacer una larga discusion sobre si eran caras de hombre ó de becerro. Finalmente, porque así se atiende á nuestros sentidos y á la razon; pues representada la cabeza donde está el asiento de la inteligencia, y siendo ésta de muchacho por lo que mira á la santidad é inocencia, y añadiéndole alas, se representa con bastante propiedad lo más principal de los espíritus celestiales, á saber, su inteligencia, su santidad, y su admirable eficacia y velocidad en su modo de obrar.

CAPÍTULO VI

De las pinturas de los arcángeles, y principalmente de las de san Miguel, san Gabriel y san Rafael, y lo que se ha de notar acerca de ellas.

1. Siendo nueve los órdenes ó coros de los ángeles, y habiendo tratado ya del modo cómo deben pintarse los serafines y querubines, lo que he sacado principalmente de la Sa-

grada Escritura, no hay para qué detenernos ahora en explicar de qué manera se deben pintar los ángeles de los demás coros: no constando nada de ésto por las divinas Letras, ni por los Santos Padres, ni por los autores clásicos; ni tampoco el haberse aparecido á los hombres los ángeles que pertenecen á la clase de los Tronos, Dominaciones ó Principados. Sólo resta decir algo de los arcángeles, los cuales es tan claro y notorio haberse aparecido á los hombres, que seria por demás querer detenerme en probarlo. Vamos, pues, á hablar ahora de las imágenes de los tres arcángeles san Miguel, san Gabriel y san Rafael; que por lo que respecta á los otros cuatro, diremos acerca de ellos en el capítulo siguiente lo que nos parece más verosímil y conforme á razon.

2. Empiezo, como es muy justo, por el arcángel san Miguel: pero no es mi ánimo amontonar aquí los muchos timbres de su excelencia y dignidad, puesto que sólo me toca referir ahora cuáles son sus imágenes, y lo qué ocurre en ellas digno de notarse y corregirse. Primeramente, suelen pintar á san Miguel cubierta la cabeza con morrion ó capacete, el pecho con coraza y armado con un escudo en cuyo plano se leen estas palabras: QUIS UT DEUS? Quien como Dios? Pintanle además con espada en mano, y esta muchas veces de fuego, ó como que está vibrando una lanza contra el demonio á quien tiene sujeto y postrado á sus piés. Hasta aquí todo está bien y conforme á razon: pues nos consta bastante por la Escritura haber peleado valerosamente el arcángel san Miguel por la gloria y majestad de Dios; bien que esta pelea no fué corporal (que ésta no la hay ni pudo haberla entre espíritus), sino espiritual é intelectual. Estas son las palabras de la Sagrada Escritura (1): «Hubo una grande pelea en el cielo: Miguel y sus ángeles peleaban contra el dragon; peleaba tambien el dragon y sus ángeles: y no prevalecieron, ni tuvieron éstos más lugar en el cielo. Es comun sentencia de los Santos Padres y expositores, que en este lugar se des-

(1) Apocal., 12, 7, 8.

cribe el combate sucedido, cuando san Miguel caudillo de los ángeles buenos peleó contra Satanás y demás ángeles rebeldes, ó por lo menos, que se hace evidente alusion á él: aunque lo que inmediatamente se manifiesta en aquella revelacion del Apocalipsis sea acaso una cosa enteramente distinta, lo que no es ahora ocasion de examinar. Vea el que gustase al intérprete del Apocalipsis (1), á quien tantas veces hemos citado y elogiado. Y así es muy del caso el pintar armado á san Miguel en esta ocasion, por ser muy propio de un guerrero llevar armas consigo. Está tambien muy puesto en razon el que en el plano del escudo se le pinte aquel lema: QUIS UT DEUS? que no significa otra cosa, sino el nombre del mismo arcángel, pues ni áun los muchachos ignoran que el nombre de Michael, ó para expresarlo más MI-KA-EL, no significa otra cosa sino «Quis ut Deus?» esto es, «Quien como Dios?» Armado con tal escudo este soberano Príncipe, peleó contra Lucifer y demás ángeles traidores y rebeldes á la divina Majestad. Igualmente parece bien el pintar á Satanás ó á Lucifer vencido por san Miguel y á los piés de este arcángel.

3. Sólo me hace algun eco, el que se pinte al demonio en figura de hombre sin que se le añada alguna cosa que lo haga más abominable; y me parecería mucho mejor el que se le pintase en figura de una feroz y monstruosa serpiente. Muéveme á pensar así, el que en el mismo lugar de la Escritura, que hemos referido, se describe al demonio en figura de dragon, con estas palabras: «Miguel y sus ángeles peleaban contra el dragon, peleaba tambien el dragon y sus ángeles.» Ni es esto lo que únicamente me hace fuerza, sino tambien el que refiriendo el Sagrado Texto la victoria que alcanzó san Miguel, añade (2): «Y fué arrojado aquel dragon grande y antigua serpiente, que se llama diablo y Satanás.... y fué arrojado á la tierra.» De lo cual y de otras muchas pruebas que podria alegar y omito de propósito, se echa bastan-

(1) P. Alcazar, en la exposicion sobre este lugar.
(2) Apoc., 12, 9.

te de ver, que más propiamente se pintaria al demonio á los piés de san Miguel en figura de dragon ó de serpiente. He visto tambien no pocas veces pintado al demonio medio cuerpo de hombre, aunque de horrorosa figura, y rematando despues en dragon: por ser constante que aquellos gigantes de quienes fingieron tantas cosas los poetas, y de los cuales cantó Ovidio (1), que quisieron apoderarse del reino celestial, los acostumbraron á pintar de esta suerte. Sobre lo cual me sería muy fácil referir aquí varias cosas, si me fuera decoroso llenar muchas páginas de esta obra, mezclando cosas que se alejan sobrado de mi intento principal.

Y que Lucifer y sus secuaces fueron los que verdadera y no fabulosamente afectaron hacerse dioses y dueños del reino de los cielos, nadie lo ignora, y bastante claro lo dice la Sagrada Escritura en aquellas palabras de Isaías, que aunque en el sentido literal se hayan escrito contra el rey de Babilonia, sin embargo es comun sentencia de los Santos Padres y expositores, que se escribieron para significar cosas más elevadas. Las palabras de Isaías son éstas (2): (Tú que decias en tu corazon: me subiré al cielo, exaltaré mi sólio sobre los astros de Dios: me sentaré en el monte del testamento.)

4. Acaso causará más dificultad ver pintado al mismo arcángel san Miguel con las balanzas en la mano; cuyo orígen ingénua y llanamente confieso que lo ignoro; pues, aunque sobre esto se oyen frecuentemente varias cosas, pero son ridículas y verdaderamente absurdas, dignas de ponerse en la clase de hablillas que cuentan las viejas: diré no obstante lo que me parece más conforme y verosímil. Está muy creido y divulgado en la Iglesia que el arcángel san Miguel, es á quien Dios particularmente ha encargado el recibir y conducir al paraiso las almas de los justos, segun lo que todos los años canta la misma Iglesia en su festividad: «Archangele Michael, constitui te principem super omnes animas sus-

(1) Lib. I Metamorf., fab. 6.
(2) Isai., 14, 13.

cipiendas,» y conforme á aquello del mismo lugar: «Michael Archangelus.... cui tradidit Deus animas sanctorum ut perducat eas in paradisum exultationis.» A que añado, que en el mismo sacrificio de la Misa, cuando se habla de las almas de los fieles difuntos, se ruega expresísimamente, «que el caudillo san Miguel las presente á la luz santa, etc.» He dicho particularmente; porque es cierto que este oficio de llevar las almas de los justos á gozar de la vista de Dios y del descanso eterno, pertenece indistintamente á todos los ángeles, como dan de esto claro testimonio las piadosas preces que usa la Iglesia en la recomendacion del alma, donde dice: «Occurrite angeli Domini suscipientes animam ejus, offerentes eam in conspectu Altissimi.» Y aquello de la misma Iglesia: «Sed jubeas illam á sanctis angelis suscipi, atque ad patriam paradisi perduci.» ¿Mas para qué son menester tantas razones, aunque de tanto peso? constando claramente por la misma Escritura que los ángeles hicieron este oficio con el alma del pobre Lázaro cuando se separó del cuerpo (1). «Sucedió (dice el texto) que murió el pobre mendigo y que los ángeles lo llevaron al seno de Abrahan.» De esto mismo se hace muchas veces mencion en las historias eclesiásticas. San Antonio, segun refiere san Gerónimo, vió como los ángeles llevaban al cielo el alma de san Pablo primer ermitaño: y san Severino obispo de Colonia vió tambien que los ángeles hacian esto mismo con el alma de san Martin, segun lo cuenta el insigne elogiador de este santo (2). Lo mismo aconteció con otros muchos; de suerte que seria yo muy molesto, si quisiera referirlos todos. Acaso por los monumentos de esta sabiduría sagrada y recóndita, de que tenian conocimiento los hebreos, fingieron los griegos y los gentiles que Mercurio conducia las almas de los justos al lugar del descanso, y que arrojaba las demás á los infiernos: de que tenemos un gravísimo testigo en Horacio.

---

(1) Luc., 16, 22.
(2) Sulp. Sever.

Véase lo que nota sobre este lugar Dionisio Lambino, y lo que sobre aquel de Virgilio (1) notó el más insigne comentador de este poeta (2). Baste haber referido, aunque de paso, estas cosas, que no son más que delirios y fábulas pueriles, y quede ya sentado que á todos los ángeles, y particularmente á san Miguel, les incumbe el oficio de acompañar las almas de los justos.

5. Esto supuesto, viniendo ya á lo que decíamos poco antes, es cierto que las balanzas son señal y geroglífico de la equidad y de la justicia. Es esta una cosa muy recibida y la vemos usada con frecuencia en las estatuas profanas, como afirma un escriior de estas materias (3). Lo mismo consta de la Historia Sagrada: pues en las visiones del Apocalipsis leemos haberse aparecido á san Juan (4) «un caballo negro: y que el que iba montado en él tenia un peso en su mano.» Sobre cuyo lugar, aunque el muy esclarecido intérprete P. Luis Alcazar note y amontone muchas cosas que no dudo ser propias de la materia, y conformes á la mente del texto y de la Sagrada Escritura, sin embargo, con licencia de tan grande escritor, digo, que á mí me parece que en este lugar se significa á Cristo en cuanto es recto y justo Juez. Muéveme á esto, el que en otro lugar del mismo Cristo, ó como allí se lee, «del Verbo de Dios» montado en un caballo blanco, se dice (5): «Y el que iba montado en él se llamaba fiel y veraz, y juzga y pelea con justicia.» De la union y cotejo de estos dos textos se da bastante á entender, que en aquellas balanzas se significa la equidad con que juzga Cristo Señor nuestro, que es el mismo Verbo de Dios: bien que hay alguna diferencia entre una y otra vision.

6. Atendido y considerado lo dicho con reflexion y ma-

(1) Æneid. lib. 4, v. 242.
(2) La Cerda.
(3) Vinc. Cartarius de Imag. deor., pág. 310.
(4) Apoc., 6, 6.
(5) Apoc., 19, 11.

durez, se puede colegir con mucha probabilidad que el motivo de pintar á san Miguel con las balanzas en la mano, no es otro que para significar la exacta justicia unida con cierta equidad, con la cual Dios ó el que justísimamente se llama «Verbo de Dios,» á quien, como dice san Pedro en un sermon (1): «Le constituyó Dios Juez de vivos y muertos,» juzga á los hombres y á las almas. Dije no fuera de propósito, «unida con cierta equidad;» porque, además de ser bastante comun aquel axioma, que Dios castiga menos y premia más de lo que merecen nuestras obras: consta tambien por otra parte, que Dios (tal es su dulzura y bondad inefable) sabe juntar en su terrible juicio la benignidad y clemencia con su severidad y majestad: lo que dan á entender muchos lugares de la Escritura, que no traslado aquí, ni los refiero, por ser ajenos del fin que me he propuesto. Esto me hace venir á la memoria lo que observaron los persas en sus juicios, segun refieren Herodoto y otros. Cuando alguno era acusado de algun delito, si éste era de aquellos que por su gravedad y malicia excediese los buenos servicios que habia hecho el reo, se le condenaba; si no, se le absolvía, teniendo esto los persas por equitativo y razonable, y juzgando justa y prudentemente de las cosas humanas. No digo esto para que se piense (lejos esté un error tan grosero de las almas pías), que un sólo pecado mortal en que alguno por los juicios de Dios, que siempre son justos, aunque muchas veces ocultos, muriese, no sea bastante para su justísima condenacion, por más que en el discurso de su vida hubiese hecho muchísimas obras buenas; particularmente, siendo en tal caso un grave y enorme delito la misma impenitencia final: sino, porque la bondad y benignidad de Dios no permite muchas veces que ésto suceda; antes como es pío y misericordioso, concede el don de la penitencia, y el de la perseverancia final al que se ejercita más en las virtudes y buenas obras, aunque alguna ó varias veces haya delinquido singularmente, si ha sido por fragilidad.

(1) Act., 10, 42.

He dicho todo esto con ocasion de ver, que al arcángel san Miguel, á quien nos encomienda la Iglesia «para que no perezcamos en aquel terrible juicio,» le pintan asistiendo á él, y teniendo en su mano las balanzas.

7. De aquí se viene á los ojos el absurdo é intolerable error de pintar muchas veces dichas balanzas de san Miguel poniendo una alma en la una y otra en la otra. Esta es una cosa muy ridícula y verdaderamente absurda; pues segun esto, se obraria por casualidad ó lo que es peor, injustamente: porque podria suceder, ó por lo menos imaginarse, que de este modo se salvaría una alma pecadora, y (para explicarme así) medianamente mala, si se pesara con otra peor: y al contrario, que se condenaría un alma buena, aunque inferior en méritos, si se pesara con otra de singular santidad. Sobre lo cual, no puedo dejar de poner aquí las palabras de un célebre predicador español, cuyo nombre y fama durará perpétuamente. Este es el doctísimo P. M. Fray Hortensio Félix Palavicino, de la Orden de la Santísima Trinidad, Redencion de Cautivos, insigne predicador de nuestros augustos manarcas Felipe III y IV, hombre bien conocido en toda España y aún en toda la República literaria, el cual, describiendo lo mismo que vamos tratando, lo pinta con tan bellas palabras, y con cierta gracia que le es natural, que sería hacerle injuria, si no las trasladase aquí del mismo modo que él las escribió. Dice pues (1): «Es como el pintar de las almas de san Miguel, como suelen. Y en verdad que, como se expurgan libros, sería bien expurgar pinturas. Yo soy aficionado al Arte: pero si pesaran la Adúltera con los que la pesaban, sin tantas diligencias de Jesucristo, saliera justificada. ¿No veis como en nombrando pecados Cristo se salieron? Yo sé que si se pesara la mujercilla frágil á quien hacen la causa, con el escribano ó el alguacil que se la hacen, que habia de ir por la puerta afuera. San Miguel no pesa unos con otros, sino buenas y malas obras, culpas y satisfacciones.» ¡Ojalá pesando fuese pesa-

(1) P. Hort., en los Sermones de la Cuaresma, Serm. fer. 4, p. 112.

da mi saña y mi quebranto, y en balanzas se levantasen á una! «Pero pesar unas almas con otras, era ocasionar grandes travesuras: porque toda la dicha de un alma estaría en el pesar de la otra, y no era menester vivir bien, sino acertar á caer con compañera á propósito. Yo soy flaco y ruin, y temo el peso de la justicia; pero todavía veo almas en Madrid, que me diera la vida el pesarme con ellas... Fuera andar á batalla las almas: porque no hubiera mercader que no quisiera caer con un Mohatrero: así cada uno con quien juzgara más á propósito.» Hasta aquí elegantísimamente el Padre Hortensio. De donde se echa de ver el error de la pintura, que tan claramente manifiesta este elocuentísimo orador.

8. Acerca de las pinturas del arcángel san Gabriel, si hay algo digno de notarse lo dejamos ya dicho cuando tratamos en general de los errores acerca de las imágenes sagradas (1), lo que acaso trataré todavía mas de propósito en los libros que se siguen. Solamente quiero advertir aquí que el arcángel san Gabriel en las visiones del profeta Daniel se describe «con vestidos de lino y ceñidos sus lomos de oro muy fino: su cuerpo como crisólito, su semblante como un relámpago, sus ojos como antorchas de fuego, sus brazos y lo restante del cuerpo hasta los piés como metal encendido» (2). Que en dicha descripcion se demuestre y señale al arcángel san Gabriel, que más arriba se refiere haberse aparecido y hablado al mismo profeta (3), consta claramente, así del mismo contexto de la Escritura, como por los doctos comentarios de los intérpretes (4): pero semejante pintura no es conforme al modo comun de pintar la imágen de este santo arcángel sino solamente con respecto á aquella vision, que se refiere en el lugar citado. A que añado lo que notaron muchas veces los antiguos: á saber, que en el viejo Testamento cuando

(1) Lib. 1, c. 6, n. 3.
(2) Dan 10, 5, et 6.
(3) Ibid. c. 8, v. 16, et c. 9, v. 21.
(4) V. Perer, sobre este lugar, y otros á cada paso.

se manifestaban los ángeles, se aparecian terribles, despidiendo de sí fuego á manera de rayos, lo que no sucede en las apariciones que leemos en el nuevo Testamento despues de haber Dios encarnado ó estando ya próximo á tomar carne: pues se han dejado ver de los hombres, más plácidos y menos terribles.

9. Finalmente por lo que toca al arcángel san Rafael no es menester advertir ni amontonar muchas cosas. Todos saben muy bien que este espíritu celestial se apareció y se ofreció al joven Tobías y á su viejo padre en figura de un mancebo fajado por la cintura, y como dispuesto para caminar y para guiar y acompañar en el camino al mozo Tobías: todo lo cual cumplió exactamente, como que Dios particularmente le habia enviado para ejercer este oficio. Lea el que gustase el libro de Tobías, al cual, aunque los herejes cavilosos y pertinaces no quieran ponerle en la clase de los libros canónicos; sin embargo le tributan admirables y singulares alabanzas segun refiere el pio y erudito Padre Jeremías Drexelio (1): allí encontrará mucho ó todo lo que se puede decir del arcángel san Rafael, y allí verá al mismo tiempo los muchos motivos que tenemos de dar á Dios muy humildes gracias por la singular y amorosa providencia con que trata á los que le sirven y aman. Dos cosas solamente tendrán que corregir los pintores sabios y eruditos en la imágen de san Rafael. La primera es que muchas veces cuando pintan á san Rafael acompañando á Tobías, pintan á éste como muchacho y no como jóven ya de alguna edad. Fácil es de demostrar que esto no fué así, ni lo podrá ignorar el que lea la Escritura con alguna atencion, y sepa que el mismo Tobías hizo aquel largo viaje, acompañado siempre del Angel; y que al haber llegado al lugar destinado se casó: todo lo cual convence, que no era muchacho sino mozo de edad más crecida. La segunda es, que cuando se pinta solo al arcángel san Rafael, le pintan como victorioso con el pez pendiente en su mano.

(1) Tom 4, in Tob. illustr., cap. 14.

Pero, buen Dios! ¿y que pez es este? Muchas veces he observado ser tal, que lo más llenaría el plato de quien fuese parco en comer, ó por lo menos de quien no comiese muy espléndidamente; esto es, un mujol ó un barbo, ú otro pez de semejante tamaño que no pesaría dos libras. Cualquiera que leyese la historia de la Sagrada Escritura conocerá claramente ser esta una cosa absurda y ridícula: porque allí se lee (1): «Y salió (Tobías) para lavarse los pies: y hé aquí, que salió un pez disforme que queria tragárselo». Esto solo, sin amontonar más razones, demuestra claramente que el pez era muy grande; de suerte que lo que leemos de él no pueda comodamente adaptarse á un pececillo que no es capaz de representar á aquella horrible fiera. Yo quisiera que, para que todo se representase más al vivo, pintaran nuestros pintores, no en la mano, sino á los piés de san Rafael, un pez grande y algun tanto horrendo, como dice la Escritura. No es de mi intento el averiguar qué género de pez era aquel. Si alguno deseare saberlo, podrá ver al R. P. Fray Antonio de la Madre de Dios, Carmelito descalzo, autor de los Preludios Isagógicos, prælud. 1, digres. 4, sect. 1.

CAPÍTULO VII

De los otros cuatro arcángeles, de sus nombres, é Imágenes, y cómo puedan pintarse sin nota de error.

1. No es dudable que además de los espíritus bienaventurados de los cuales ya hemos tratado, y de cuyos nombres poco antes hicimos mencion, hay otros cuatro principales que asisten continuamente ante el Señor, como dice la Escritura, donde leemos que uno de ellos, á saber san Rafael, dice (2): Yo soy el ángel Rafael, uno de los siete que estamos

(1) Tob. 6, 2.
(2) Tob. 12, 15.

siempre ante el acatamiento del Señor. Y el arcangel san Gabriel parece que confirma lo mismo con estas palabras (1): «Yo soy el ángel Gabriel, que estoy siempre ante el acatamiento del Señor y que he sido enviado para hablarte.» Lo que todavía parece se confirma más por lo que se dice en el Apocalipsis (2): «La gracia sea con vosotros y la paz del que es... y de los siete espíritus, que están delante de su trono.» A que podrian añadirse algunos otros lugares. Y así, constando expresamente por la Escritura, que los ángeles principales que están delante del Señor, son siete en número (pues no se ha de entender este lugar de la multitud, ó para explicarme mejor, de todos los ángeles en general, aunque algunos hayan sido de este dictámen) (3), de los cuales sólo se nombran expresamente tres, á saber san Miguel, san Gabriel y san Rafael: es consiguiente se queden otros sin nombrar, de los cuales con arreglo al fin que me he propuesto quiero examinar tres cosas. 1.ª cuáles sean sus nombres si es que los tienen: 2.ª si suelen ó pueden pintarse: 3.ª de qué modo y con qué divisas ó señales se podrá hacer esto sin caer en ningun error.

2. En cuanto á lo primero, digo que los nombres recibidos de estos siete ángeles son los siguientes, Miguel, Gabriel, Rafael, Barachiel, Jehudiel, Uriel, Sealtiel. Digo *recibidos*, porque por lo que respeta á los tres primeros, constan expresamente sus nombres de las mismas Escrituras: y por lo que mira á los cuatro últimos, hacen mencion de ellos autores de mucha nota. El nombre de Barachiel, que se interpreta Bendicion de Dios, se colige del capítulo 18 del Génesis, como lo afirma un diligente escritor de estas materias (4). El de Jehudiel, que significa Confesion, ó ala-

(1) Luc, 1, 19.

(2) Apoc, 1. 4.

(3) Nicol. de Lyra, Hugo Card. y Carth. sobre este lugar de Tobías.

(4) P. Juan Luis de la Cerda de Excel. cœlest. spirit., cap. 15. Véanse los que él cita allí mismo, y además al P. Juan Estéban Menoch, en sus Storeas escritas en italiano, p. 3, centur. 6, c. 20.

banza de Dios, se colige del 23 del Exodo. El de Uriel, Fuego ó luz de Dios, consta por los libros tercero y cuarto de Esdras, donde expresamente se nombra, los cuales, bien que no tienen autoridad canónica, sin embargo tienen no poca recomendacion y autoridad. Este mismo nombre de Uriel, además de Orígenes, «in Philocal. cap. 22,» lo admiten san Ambrosio «lib. 3, de Fide ad Gratianum can. 2.» San Isidoro de Sevilla, «lib. 7, cap. 5,» la Liturgia ó Misa de los Mozárabes, que se lee, «tom. 4, Bibliotecæ Veter. Patr.» Juan Gerson, «part. 3, tract. 8, sup. Magnificat;» y otros muchos que alega el autor citado. Finalmente, el nombre de Sealtiel, Oracion de Dios ó hecha á Dios, se colige, como lo afirma el mismo escritor, del capítulo 16 del Génesis.

3. Ni se opone á esto lo que por otra parte parece una dificultad de mucho peso: á saber, que en el Concilio Romano celebrado el año de 745, que presidió el papa Zacarías, fueron reprobados los nombres de los ángeles que fingia Adalberto hereje, el cual acaso era tambien mago: las palabras del Concilio son éstas: «Nosotros, por lo que nos ha enseñado vuestro santo apostolado y la divina tradicion, no reconocemos otros nombres de ángeles, sino los tres de Miguel, Gabriel y Rafael:» á que asintieron todos los Padres del Concilio. Digo que esto no obsta: porque admitiendo, como es razon, con el debido respeto este monumento tan grave y de tanto peso; digo no obstante, ser verdad que la Iglesia por las Escrituras canónicas y por la tradicion, no reconoce más nombres ciertos de ángeles, sino los tres de Miguel, Gabriel y Rafael: pero que los otros no los reprueba expresamente, pues, como acabamos de ver, han hecho mencion de ellos doctores gravísimos y Santos Padres. Y así el papa Zacarías, presidente del Concilio, solamente condena aquellos nombres mágicos y fingidos que el hereje y mago Adalberto producia en un sentido malo y pernicioso, como consta del mismo Concilio. Y para que se vea que nada fingimos, éstos eran los nombres que les daba el mencionado hereje: «El ángel Ragüel, el ángel Jubuel, el ángel Adimis, el ángel Jubuas, el ángel Sabaoth, el ángel Simibel.» Los cuales, fuera del nombre de

Miguel que allí se nombra y del de Uriel de quien hablamos antes, más bien parecen ser nombres de demonios que de ángeles, como refieren en dicho lugar los Padres del mismo Concilio, el cual, ó no condena expresamente los nombres de los cuatro de quienes hicimos mencion, ó solamente deja de admitirlos por ódio de Adalberto, que los confundia (á lo menos algunos de ellos) con los nombres de los ángeles que él habia fingido. Este me parece un medio bastante cómodo, claro y expedito para satisfacer á la autoridad de dicho Concilio. Ni esta es sentencia propia mia, sino la misma que defienden otros autores clásicos y eruditos. Véase el P. Cornelio Alápide en el cap. 1 del Apocalipsis, y á los Padres Nicolás Serario (1) y Martin del Rio (2), además del Padre Juan Luis de la Cerda, á quien tantas veces hemos citado (3). Pero dejemos ya esta cuestion de nombre (que no contiene otra cosa esta disputa), puesto que consta claramente del hecho; esto es, que hay siete ángeles principales, de los cuales se dice que están delante del Señor, fuere lo que fuere, de sí pertenecen á la jerarquía superior ó á la primera, sobre que dicen muchas cosas los autores que hemos alegado.

4. Que se pueda, pues, no solamente pintar á dichos ángeles, sino que de hecho ha habido costumbre en la Iglesia de pintarlos (que es lo segundo que dijimos ántes se podia examinar) lo persuaden muchas razones sacadas de varias historias y narraciones verídicas. Con efecto, que en la ciudad de Palermo en Sicilia, hubo, y que todavía subsiste, un templo dedicado en honor de los dichos ángeles, lo afirma expresísimamente el padre Juan Estéban Menochio en el lugar arriba citado, y el padre Cornelio Alápide, á quien citaremos despues: añade Menochio, que presidiendo antiguamente en dicha Iglesia un piadoso sacerdote llamado Antonio Duca, á impulsos de su piedad y devocion, se fué á Roma el año

(1) Ad cap. 12., Tob q. 11.
(2) Lib. 1, Disquisit. Magicar., c. 4 q. 4.
(3) Lug. cit. cap., 5 y 15.

de 1527, á fin de fomentar y promover el culto de aquellos espíritus bienaventurados: cuyo negocio, como lo llevase con mucho teson y ahinco y lo encomendase muy de verasá Dios con fervorosas oraciones y ayunos, dicen, que inspirado con luces celestiales, eligió para esto un vasto edificio donde estaban antiguamente las Termas de Diocleciano, que habia fabricado este Príncipe con excesivos gastos, y no sin derramamiento de mucho sudor y sangre de muchos millares de santos mártires. Hácese de esto expresa mencion en el epitafio de la sepultura del mismo piadoso sacerdote Antonio Duca, en el templo de nuestra Señora de los Angeles que está en el convento de Padres Cartujos: y han fomentado mucho este culto los mismos Romanos Pontífices. Porque, además de Julio III, los Papas Pio IV y Gregorio XIII, han cuidado diligentemente de dicho culto, segun refieren otros más largamente: á mí me basta haberlos insinuado. Añade el padre Cornelio Alápide (1), autor digno de ser nombrado siempre con elogio, una cosa que hace mucho á nuestro intento, esto es, que reinando Cárlos V, y estando de virey en Sicilia el Excelentísimo Señor don Hector de Pignatelli, cuidó de restaurar y adornar dicha iglesia dedicada á los santos ángeles y que instituyó una hermandad en honor de aquellos siete espíritus celestiales. Lo que, junto con otras cosas que podria añadir, demuestra bastantemente que no sólo se puede, sino que realmente hubo costumbre en la Iglesia de pintar á los siete santos ángeles que están ante el acatamiento del Señor. No quiero ahora, ni me es posible omitir aquí, que ha más de cincuenta años que en un templo de Alcalá de Henares, estudiando yo la Dialéctica en aquella ciudad, ví pintados por un excelente pintor á dichos siete ángeles con sus nombres y señales: cuya pintura examiné con mucha atencion en cuanto permitia lo tierno de aquella edad; y no pongo la menor duda en que subsiste todavía en Alcalá dicha pintura: pero todo esto me parece tan claro, qué no hay para que cansarse más en su investigacion.

---

(1) Sobre el cap. 1. Apoc., v. 4.

5. Mas, cuáles deban juzgarse las señales más propias de dichos ángeles para que puedan pintarse y representarse sin peligro de caer en algun error ó ligereza (que es lo último que propusimos arriba), de nadie las podremos tomár mejor ni con más extension, que del citado Alápide. Este autor, en el lugar que citamos poco ha, dice que en el referido templo de Palermo se veían pintados aquellos siete espíritus de esta manera, y con los siguientes símbolos ó insignias: A saber, san Miguel, pisando al soberbio Lucifer: san Gabriel,» teniendo en la mano derecha una antorcha encendida, aunque encerrada en una linterna, y llevando en la izquierda un espejo de mármol encarnado: san Rafael, teniendo un vaso en una mano y guiando con la otra al jóven Tobías, y además el pez, con cuya hiel se compuso la medicina para restituir la vista á su padre que estaba ciego: Barachiel, que como dijimos antes se interpreta Bendicion de Dios, llevando un vaso lleno de rosas: Jehudiel, cuyo nombre, segun dejamos dicho, suena lo mismo que Confesion de Dios, ostentando en una mano una corona de oro y en la otra un azote: Uriel, que significa, segun hemos ya explicado, Fuego ó luz de Dios, empuñando una espada desenvainada y á sus piés ardientes llamas. Finalmente Sealtiel, bajo cuyo nombre advertimos tambien antes que se significa la Oracion de Dios ó hecha á Dios, se veía pintado como quien está orando, teniendo los ojos modestamente bajos y juntas las manos ante el pecho. De todo lo cual se echa de ver claramente de qué manera, y con qué insignias, deberán representarse estos santos ángeles, si alguna vez hubieren de pintarse.

CAPÍTULO VIII

De las pinturas é imágenes del ángel custodio y de lo que ocurre más digno de notarse sobre este punto.

1. Si tuviera que referir aquí, aunque de paso, lo que varios escritores pios y eruditos han dicho de la custodia de los ángeles y de los ángeles custodios; me tomaria un traba-

jo excesivo y pasaría más allá de los límites que me he prescrito, lo que, como he dicho y siempre repetiré, deseo evitar cuanto se pueda. Descendiendo, pues, á lo que es propio de mi asunto, supongo como cosa cierta y que salva la fe, no puede ponerse en duda, que todos, á lo menos desde el momento en que nacemos, hasta el fin de nuestra vida tenemos destinado un ángel custodio que nos sirva de guia y sea compañero perpétuo é inseparable de nuestra peregrinacion y de nuestra vida. Bastante nos dió á entender esto el mismo Jesucristo, cuando hablando de los párvulos, dijo (1): «Sus ángeles siempre ven la cara de mi Padre.» En este lugar se fundan todos los Santos Padres é intérpretes, los cuales sientan esto con tal conformidad, que seria supérfluo poner aquí un índice de ellos. Ciertamente, en los mismos principios de la Iglesia, tenian los fieles esta verdad por tan constante, que siempre causa admiracion lo que se refiere en los hechos apostólicos: allí vemos que habiendo el ángel libertado de la cárcel á san Pedro, como éste llamase despues á la puerta de la casa de María madre de san Juan, y una muchacha llamada Rhode dijese á los que estaban dentro que habia oido la voz de Pedro, y ellos no la creyesen; insistiendo mucho la muchacha en que la voz que ella habia oido era la de Pedro; no pudieron pensar otra cosa sino que el que estaba llamando afuera no era Pedro sino su ángel costudio. «Ellos decian (refiere el Sagrado Texto) su ángel es» (2). Lo que podria confirmarse con otros varíos pasajes: pero es preciso pasar á lo que insta más.

Es, pues, tan claro y evidente que así este ángel como otros ángeles custodios, se han aparecido visiblemente varias veces, singularmente á aquellos que estaban á su cuidado, que sería por demás traer en confirmacion de ello muchas pruebas y razones. Y por lo que toca á la Sagrada Escritura, aquel ángel que de noche se apareció al doctor de las gentes

(1) Matth., 18, 10.
(2) Act., 12, 15.

san Pablo, que iba navegando hácia Italia, era sin duda alguna su ángel de guarda, como lo insinúan bastantemente aquellas palabras del mismo apóstol (1): «Apareciósemeesta noche el ángel de Dios, de quien yo soy y á quien sirvo, diciéndome: «Pablo, no temas.» Porque si bien estas palabras, «de quien yo soy y á quier sirvo», se refieren más cómodamente á Dios; sin embargo, si se penetra bien el sentido de todo el texto, se manifiesta bastante que el ángel que se le apareció no era otro sino aquel á cuya guarda y tutela estaba el Apóstol particularmente encargado. Y por lo que mira á las historias eclesiásticas, así antiguas como modernas, nada hay en ellas más frecuente que el haberse aparecido los santos ángeles de guarda á aquellos que estaban bajo su tutela. Paso en silencio muchas historias pias y sagradas, tanto de los antiguos como de los modernos. Con efecto, de mi gran padre y Patriarca san Pedro Nolasco, se refiere expresamente lo mismo con estas palabras: «Tuvo el honor de que se le apareciese á menudo el ángel custodio y la misma Santísima Vírgen.»

3. Viniendo ahora á lo que es más de mi intento, digo, que ya por lo que nos representan estas apariciones, ó ya por considerar la cosa como ella es en sí, pintan comunmente los pintores al ángel custodio representándonos á un hermoso jóven con sus alas, que toma de la una mano á un muchacho y con la otra le está enseñando el Cielo. Una y otra cosa me parece muy bien: porque primeramente está muy claro, y es cosa que puede manifestarse copiosamente por la Escritura é historias eclesiásticas, que los ángeles se han aparecido muchas veces en figura de jóvenes ó de mozos, aunque frecuentemente se llaman varones (2): y por otra parte tiene bastante conformidad el pintar en figura pueril ó de muchacho á aquel que está bajo la tutela del ángel; así por haber dicho Cristo, hablando de los ángeles custodios, que los pár-

(1) Ibid., cap. 27, 23.
(2) Act., 1, 10.

vulos y pequeñuelos estaban bajo su custodia y tutela cuando dijo (1): «Cuidado no desprecieis á ninguno de estos párvulos» (y diciendo esto, tenia Cristo y les estaba enseñando á un párvulo que estaba cerca de sí); «porque yo os digo que sus ángeles en el Cielo, etc»., como tambien porque la naturaleza humana, aunque racional, comparada con la angélica es inferior, por cuyo motivo está muy bien representada en la persona de un párvulo.

4. Sin embargo de ser esto así, le parecerá sin duda necesario al que quiera examinar más á fondo la materia, ser de mi cargo el poner aquí algunas otras advertencias. La primera, el ser cosa cierta que no siempre el ángel de guarda se ha aparecido como jóven, y que se ha manifestado bastantes veces en figura de muchacho, como lo convencen infinitos ejemplos que juntó, y en parte dió á luz, un escritor (2), á quien muchas veces hemos citado. Entre dichos ejemplos, el que me parece hace más al caso para nuestro asunto, es el que refiere el autor de la vida de santa Francisca Romana, con estas palabras: «Tenia ella (santa Francisca) desde su niñez un arcangel que era su compañero perpétuo y el protector de su castidad, el cual por lo comun iba vestido con túnica blanca, y otras veces la traia de color cerúleo.» Y añade, hablando de este arcángel, que «su estatura no excedia á la de un muchacho.» Pero ya que hemos llegado aquí, casi tendria por un grave delito el pasar en silencio lo que cuenta de sí misma aquella prudentísima vírgen y madre seráfica santa Teresa de Jesus (á quien sólo nombrarla, es colmarla de muchos y singulares elogios), la que escribió tan bien y con tanto acierto, que nos dice la Iglesia nuestra Madre que nos alimentemos con sus escritos, y que aprendamos de ellos el modo de rogar á Dios. Refiriendo, pues, esta santa por precepto de obediencia (que de otro modo nunca lo hubiera hecho), los singulares beneficios que en ella habia obrado Dios,

(1) Matt. 18, 10.

(2) P. Juan Luis de la Cerda, en dicha obra, cap. 44.

dice las siguientes palabras que ella misma escribió con aquella propiedad de lenguaje en que sobresalió tanto (1): «Quiso el Señor que viese aquí (esto es, en el lugar donde moraba la santa) algunas veces esta vision. Vía un ángel cabe mí hácia el lado izquierdo, en forma corporal, lo que no suelo ver sino por maravilla: aunque muchas veces se me representan ángeles, es sin verlos, sino como la vision pasada que dije primero. En esta vision quiso el Señor la viese ansí. No era grande, sino pequeño, hermoso mucho, el rostro tan encendido que parecia de los ángeles muy subidos, que parece todos se abrasan. Deben ser los que llaman serafines, que los nombres no me los dicen; más bien veo que en el Cielo hay tanta diferencia de unos ángeles á otros, y de otros á otros, que no lo sabria decir. Víale en las manos un dardo de oro largo, y al fin del hierro me parecia tener un poco de fuego. Este me parecia meter por el corazon algunas veces y me llegaba á las entrañas: al sacar me parecia las llevaba consigo, y me dejaba toda abrasada en amor grande de Dios.» Hasta aquí la seráfica madre santa Teresa, la que añade otras cosas, dignísimas todas, no solamente de ponerse aquí, sino de escribirse tambien en láminas de bronce, y áun de oro. De lo dicho fácilmente se colige, por notar esto, aunque de paso, que no hacen bien los pintores (y lo hacen frecuentísimamente) cuando en la imágen de esta santa, pintan al dicho ángel en figura, no de muchacho, sino de jóven ya de alguna edad crecida, advirtiendo tan claramente ella misma en este lugar, que se le habia aparecido, no como jóven, sino como muchacho, y no grande, sino pequeño, con aquellas palabras: «No era grande, sino pequeño.»

5. Mas, sobre si este ángel que se apareció á santa Teresa, y que le traspasó el corazon con una herida tan suave y apacible, era uno de los serafines ó su ángel custodio, no me atreveré yo afirmarlo, no teniendo para ello bastante razon: pero sí supongo que á algunas almas muy escogidas, y singu-

(1) En su vida, cap. 29.

larmente queridas de Dios, les destina el Señor por custodio á alguno de los ángeles más elevados, y por tanto á alguno tambien de los mismos serafines, lo que me era muy fácil probar y hacerlo patente, si (como he dicho muchas veces) fuera permitido desviarme de mi propósito. Esto supuesto, ya que no podamos afirmar absolutamente y sin quedar en ello ninguna duda, que el ángel de que hablamos era uno de los serafines; podremos por lo menos sospechar que era el ángel de guarda que Dios habia dado á esta sagrada y religiosa vírgen. Con efecto, no sería de extrañar que á una alma que estaba abrasándose en ardores seráficos, se le diese por custodio y tutelar, no menos que á un serafin. Esto he dicho cuanto á la forma y figura en que puede cómodamente pintarse al ángel custodio.

6. Pintan tambien al que está bajo la custodia del ángel, en figura de muchacho, como más arriba hemos advertido y aprobado por las razones que allí hemos insinuado. Pero algunas veces le pintan tambien (lo que tampoco me parece mal) en traje y figura de un varon, á quien el mismo ángel está enseñando el camino real por donde se sube al Cielo, esto es, el de la cruz; pues por ella, con toda seguridad y sin ningun peligro de error ó de caida, se abre un camino llano para ir á la gloria; de suerte que al contemplar esta imágen que he visto yo algunas veces, y no he podido dejar de celebrarla, parece que el ángel custodio como guia del hombre le está inculcando aquello del poeta (1): «Sic itur ad astra: Por ahí se va al Cielo.» Baste esto, segun mi instituto, por lo que toca á las pinturas del ángel custodio: pasemos ya á otra cosa.

(1) Æneid. 9.

CAPÍTULO IX

De las pinturas é imágenes de las almas, principalmente de las de los justos; y qué es lo que se ofrece que advertir acerca de ellas.

1. La misma experiencia nos está enseñando que no hay error alguno por más que disuene á la razon, que deje de tener algun patrono, lo que podria probarse y convencerse con infinitos ejemplos: mas por lo que hace á nuestro caso, es un error sobradamente contrario á la razon el que el alma racional, siendo por otra parte eterna é inmortal, conste de algun cuerpo, bien que éste fuese sútil ó menos craso. Sin embargo abrazaron este error con ambas manos algunos patronos no despreciables y de no poca fama. Porque dejando aparte por ahora los errores que sobre este particular defendian los gentiles, que nos suministraban un campo espacioso y dilatado para hablar sobre esta materia y áun para salirnos del asunto; defendieron principalmente el referido error Tertuliano (1), Arnobio (2), y otros á quienes, á lo que yo pienso, precedió Orígenes (3). Ni es de maravillar: pues despues de muchos siglos Fausto, que de monje Lirinense pasó á obispo de Regio, defendió el mismo error con tanta tenacidad, que compuso un libro entero para defender este punto (4). Claudiano Mamerto (5) refutó á Fausto haciendo ver claramente la verdad: á éste suscribieron todos los

(1) Tert. in Apol., cap. 48, V. al P. la Cerd., n. 1058.

(2) Arnob., lib. 2.

(3) Orig. in Comm. Epist. ad Rom , c. 1, lib. 1, et lib. 7, cont. Cels.

(4) Faust. Rbegiens., libello de Creatur., t. 4. Bibliot. Vet. Patr., part. 1, col. 595.

(5) Eccl. Viennens. Presb. ibi col. 599.

amantes de la verdadera y sólida filosofía y teología; de suerte que el que defendiese ahora el mencionado absurdo, ó defendería una heregía manifiesta, ó por lo menos un error verdaderamente intolerable.

2. Mas no por esto se ha de pensar que sea patrocinar dicho error, el decir que pueden de algun modo pintarse las almas; pues todo lo que hemos referido en este libro segundo tratando de los ángeles, que son espíritus incorpóreos é inmateriales, y áun lo que llevamos dicho del mismo Dios, convence bastantemente de lo contrario. Sólo falta advertir ahora lo que deberá observarse cuando venga este lance. En primer lugar es cierto que las almas de los difuntos, ya sean de las que fueron á gozar de Dios, ya de las que están ardiendo en el purgatorio y purgando sus manchas, ó ya las de los infelices condenados que están padeciendo en el infierno tormentos eternos, se aparecen alguna vez (permitiéndolo así su divina Majestad) en la forma y figura que tuvieron cuando vivian: con sola esta diferencia, que las de los bienaventurados se aparecen rodeadas de resplandecientes luces: las que están en el purgatorio regularmente tristes y cercadas de fuego; y las de los condenados con horrible semblante, extrañamente feas, y respirando un fuego espantoso, ahora se ejecute esto por ministerio de los ángeles, así buenos como malos; ahora suceda alguna vez (lo que advierten los teólogos ser una cosa que acontece rarísimamente) de un modo que á nosotros nos es incógnito, siendo realmente las mismas almas las que vemos y se nos ponen delante de la vista. Ciertamente en aquel caso que refiere la Sagrada Escritura, cuando el rey Saul vió el alma de Samuel ya difunto, afirman graves teólogos con muchísimo fundamento, que lo que se apareció á aquel impío y malvado rey no fué ángel ni demonio, ni otra cosa alguna, sino la misma alma de Samuel. Sobre que puede verse el erudito P. M. Fray Ildefonso de Mendoza, de la órden de san Agustin, Doctor de Salamanca, el cual trata esta cuestion con mucho nervio, y afirma haber sido la misma alma de Samuel, siendo su principal fundamento aquel lugar en que expresamente se

dice: «Dijo Samuel á Saul: ¿por qué me has inquietado para que viniese (1)? Y así, si alguna vez hubieren de pintarse semejantes apariciones, se pueden pintar con toda seguridad las imágenes de los difuntos, en el traje, vestido y figura que tuvieron cuando vivos: por ejemplo san Pedro de Alcántara (cuya imágen he visto alguna vez con particular gusto), cuando se apareció á su hija espiritual santa Teresa, puede y debe pintarse con los propios lineamentos de este varon santísimo, bien que rodeado de admirable claridad y resplandor.

3. Sucede no pocas veces pintar las almas, particularmente de los justos, cuando salen de sus cuerpos y van luego á gozar de la vista de Dios: lo que me parece muy razonable, constando haberse visto esto de algunas almas, que florecian en singularísima santidad. Sobre que podria referir innumerables casos: pero escogeré lo más selecto. Es constante en primer lugar que al volverse san Antonio el Grande á la ermita de san Pablo llevando consigo la capa que le habia regalado san Atanasio para cubrir con más decencia el cuerpo de san Pablo cuando muriese, vió el alma de este primer ermitaño. Refiere esta vision con la elocuencia que acostumbra san Gerónimo: estas son sus palabras: «Y habiendo amanecido al otro dia, como hubiese hecho ya el camino de tres horas, vió (san Antonio) que entre una muchedumbre de ángeles, y en medio de los coros de profetas y apóstoles, subia Pablo por el aire resplandeciente con candor de nieve (2).» Además, san Gregorio el Grande, que escribió la vida del santísimo patriarca san Benito, refiere, que en el mismo instante en que se separó del cuerpo el alma de este santo, se manifestó á dos monges discípulos suyos aunque estaban en diversos lugares (3). «El mismo dia (habla de la muerte de

---

(1) I Reg. 28, 15. Dixit autem Samuel ad Saul: quare inquietasti me, ut suscitarer?

(2) S. Geron., en la vida de S. Pablo, t. 1.

(3) Dial., lib. 2, cap. 37.

san Benito este esclarecido hijo suyo y Supremo Pontífice de la Iglesia) tuvieron una misma é igual revelación dos monges, el uno que moraba en su celda, y el otro que estaba algo más lejos. Vieron un camino donde estaban capas tendidas, y que resplandecia con innumerables luces, el cual derechamente por el Oriente se dirigia desde su celda hasta el Cielo. Preguntóles un varon venerando por su traje, y que estaba allí resplandeciente, ¿qué camino era aquel que estaban mirando? y confesando ellos ingénuamente que lo ignoraban, les dijo: Este es el camino por donde subió al Cielo Benito, amado de Dios.

4. En esta y otras visiones, suelen pintar á las almas en figura de niñas y rodeadas de algun pequeño resplandor, lo que si bien no me parece mal, pero quisiera que además se les añadiera algun adorno con que se denotase la que la Sagrada Escritura llama «Estola de gloria,» segun lo interpreta la Iglesia. Por lo que la misma Iglesia describiendo el mismo hecho que acabamos de referir, dice: «La cual (esto es el alma del patriarca san Benito) vieron dos monges que iba al Cielo adornada con una vestidura riquísima, y que cerca de ella resplandecian muchas luces.» Bien es verdad, que esto no se dice tan claramente en las palabras de san Gregorio que enteras he reproducido; pero podria probarse con otros ejemplos que de intento dejo en silencio para pasar á tratar otras cosas. Aunque no me parece será fuera de propósito añadir aquí el haberse manifestado alguna vez el alma de algun santo, no solamente rodeada de luz sino tambien de fuego, y como metida dentro de él, y que así subia al Cielo. Es cosa sabida, y consta del mismo san Gregorio, la revelacion que tuvo san Benito (1). Pero oigamos sus mismas palabras: «Dicho venerable Padre (san Benito) mientras fijaba la vista en este resplandor de clara luz, vió que los ángeles llevaban al Cielo en un globo de fuego el alma de Germano, obispo de Cápua.» Hasta aquí el pio y sabio Pontífice.

(1) Ibid., c. 35.

5. Ni debo omitir el que algunas veces han visto los circunstantes subirse al Cielo las almas de los santos, no en figura pueril ó de niñas, sino en la de una pura y cándida paloma. Muchos ejemplos podria citar aquí de historias verídicas, pero traeré lo más selecto. De esta manera se vió dejar su cuerpecillo virginal y subirse al Cielo la alma purísima de la esclarecida vírgen y mártir santa Eulalia. Referiré el caso, no con mis palabras, que en vez de ennoblecerle, acaso debilitarian el asunto, sino con las de un antiquísimo poeta español, hombre piadosísimo y elegante, cuyos son los siguientes versos (1):

Emicat inde columba repens,
Martyris os nive candidior
Visa relinquere, et astra sequi.
Spiritus hic erat Eulaliæ
Lacteolus, celer, innocuus.
Colla fluunt abeunte anima,
Et rogus igneus emoritur:
Pax datur artubus exanimis,
Flatus in æthere plaudit ovans,
Templaque celsa petit volucer.
Vidit et ipse satelles avem
Feminæ ab ore meare palam,
Et obstupefactus, et adtonitus
Prosilit, et sua gesta fugit:
Lictor et ipse fugit pavidus.

Esto es lo que leemos de esta santa mártir, y lo mismo se dice de otra santa vírgen muy célebre, aunque no padeció martirio cruento. Esta es santa Teresa de Jesus, á quien nombro siempre con sumo honor y reverencia. Estando esta santa enferma en Alba, más por el grande incendio de amor que ardia en su corazon, que por fuerza de la enferme-

(1) Prud. Peristepha. hymn. 3, n. 160.

dad, entregó su purísima alma al Señor en figura de paloma: «sub columbæ specie purissimam animam deo reddidit,» que son las palabras del Oficio que usa la Iglesia, las cuales nos excusan de trasladar aquí lo que dicen los historiadores de su vida: por esto en la festividad de esta santa, pia y elegantemente canta la Iglesia:

Hæc est dies, qua candidæ
Instar columbæ, cœlitum
Ad sacra templa spiritus
Se transtulit Theresiæ.

Cualquiera que haya leido lo que de la esclarecida vírgen santa Escolástica, hermana del gran patriarca san Benito, escribió su insigne hijo y panegirista san Gregorio (1); esto es, la aparicion que tuvo san Benito, en que vió el alma de su hermana, que habiéndose ya separado de su cuerpo, se subia al Cielo en figura de paloma; sin duda se persuadirá, que es ésta una cosa muy propia de aquellas sagradas vírgenes, que por su singular candor y pureza virginal, florecieron mucho en santidad. Las palabras con que san Gregorio refiere el caso, son éstas: «Al otro dia, como la misma venerable mujer (santa Escolástica) se recogiese á su propia celda, volvióse san Benito al Monasterio, cuando al cabo de tres dias estando en la celda y levantando los ojos á lo alto, vió que el alma de su hermana, habiendo salido ya de su cuerpo, en figura de paloma penetraba por lo más interior del Cielo. Lo que va explicando despues más largamente este dignísimo Pontífice. Y así, si alguna vez hubieren de pintarse semejantes cosas, no hay que detenerse en ello; antes seria error en cierto modo querer representar los hechos de otra manera que la que nos consta por las historias.

6. Pueden tambien, y suelen pintarse las almas, segun el diverso paradero que les ha cabido: con efecto, pintan á las

(1) Dial., lib. 2, cap. 34.

bienaventuradas adornadas con vestidos riquísimos y rodeadas de cierta luz, que ningunos colores alcanzan bastantemente á imitar: todo me parece muy bien. Porque, cuanto á lo primero, vemos que la misma Escritura en boca del alma Bienaventurada, dice (1): «Vistióme (el Señor) con vestidos de salud y me cercó de manto de justicia.» Por lo que una esposa muy escogida, contemplando los grandes é inestimables premios de la gloria, como que estaba ya para gustar las delicias celestiales, decia: «Vistióme el Señor con un vestido bordado de oro, y adornóme con joyas inapreciables (2). Y en cuanto á lo segundo, está más claro que la misma luz, diciéndonos el Real Profeta (3): «Porque en tí está la fuente de la vida, y en tu luz veremos la luz.» A las almas del purgatorio las pintan atadas las manos con manillas de hierro y cercadas de llamas, pero con semblante modesto y que demuestra estar lleno de esperanza: en lo que nada hay que pueda ofender la vista de los hombres píos y eruditos. Mas, sobre si las almas que están purgando, se deben pintar ó no atormentadas y afligidas por los espíritus malignos, lo que yo he observado tal cual vez si no me engaño, es cosa que mereceria mayor discusion, no faltando autores que afirman ser así en realidad, aunque otros lo niegan: pero entre tanto sería de parecer que nó se pintaran de esta manera, no tanto porque, como acabamos de decir, no faltan quienes digan que los demonios no atormentan á las almas justas y amigas de Dios, cuanto principalmente porque de este modo (especialísimamente entre gente ruda) se confundirían las almas del purgatorio con las de los réprobos y condenados. Finalmente, las almas de los que murieron en pecado mortal, y que están condenadas á horribles

(1) Isai., 61, 10. Induit me (Dominus) vestimentis salutis, et indumento justitiæ circumdedit me.

(2) Induit me Dominus cyclade auro texta, et immensis monilibus ornavit me.

(3) Psalm. 35, 10. Quoniam apud te est fons vitæ, et in lumine tuo videbimus lumen.

cárceles y á padecer tormentos eternos, las vemos pintadas como es razon, con un semblante espantoso, y como que abriendo sus bocas están rabiando y despedazándose á sí mismas con los dientes, segun aquello de la Escritura: «Allí será el llorar y el batir de dientes.» Añaden á esto (lo que confieso ingénuamente, que á mí por lo menos, es lo que me hace más impresion) el pintar tambien á una feroz serpiente, que dando vueltas por el cuerpo del alma condenada, la está cruelísimamente apretando el pecho y la garganta: lo que igualmente me parece bien. Pues, aunque tal vez no es verdad lo que algunos defienden conforme á la Escritura y á algunos Santos Padres, que en aquel lugar de tinieblas, hay y habrá tambien despues de la resurreccion de los cuerpos, verdaderas serpientes, dragones, áspides y otras fieras de este género, que estén royendo y despedazando de mil maneras los cuerpos de los condenados: sin embargo, sea de esto lo que se fuere, demuestra la misma razon ser bastante verosímil, y expresamente lo confirman muchos teólogos píos y muy doctos cuyo parecer es, que los miserables condenados verán á los demonios en figuras horribles y ocupados siempre en atormentarles, pudiendo de aquí probablemente conjeturarse que entre las espantosas figuras en que se representarán, tomarán tambien las de feroces serpientes y de horribilísimos dragones que morderán y despedazarán los cuerpos de aquellos infelices, que mientras vivieron los habian alimentado con deleites vergonzosos y criminales. Quiera el Señor por los méritos de su sacratísima Pasion, librarme á mí, que lo estoy escribiendo, y á cualquiera que se dignare leer esta obra, de la experiencia de tan infeliz desdicha.

7. Finalmente (por conclusion y remate de este punto) suelen pintar con algun emblema, así el alma que ha muerto en gracia, como la infeliz que ha muerto en pecado mortal. Pintan al alma justa á quien Dios ha escogido por su divina predestinacion, con ricos vestidos, alegre el semblante y levantados los ojos en alto mirando al cielo y despreciando lo de la tierra. Nadie pondrá duda, que todo lo dicho es cosa muy razonable; pero algunas veces he visto que en la frente

del alma bienaventurada, pintan tambien la señal de la letra T ó Thau, que es una de las letras del alfabeto griego. Cuya señal alude ciertamente á aquel célebre lugar del profeta Ezequiel (1), donde se dice: «Pon la señal del Thau en las frentes de los que están gimiendo y se duelen de todas las abominaciones que se hacen en medio de Jerusalen. Sobre cuyo lugar los intérpretes á quienes hemos citado muchas veces (2), traen varias cosas con su acostumbrada erudicion, que hacen bastante al caso para lo que vamos tratando, sacadas de Tertuliano, de Orígenes, de san Gerónimo y de otros Santos Padres. No quiero yo ahora pasar en silencio, lo que sabian muy bien los referidos intérpretes, que la letra Thau en dicho lugar significa y denota la Cruz, no, segun pienso, como escriben los griegos la letra T, sino atravesadas las dos líneas á manera y forma de cruz; pues de este modo es como se describe en los caracteres samaritanos, que fueron los primeros que usaron los hebreos, como saben los que están instruidos en estas materias, y se puede ver en el Pentateuco samaritano, que desde el Oriente trajo consigo á Europa con muchísima utilidad de la república literaria, el noble y erudito romano Pedro de la Valle, que viajó por aquellos países, y en el dia le vemos ya impreso en la Biblia políglota de Walton. Ciertamente en el siclo samaritano, no sé si de oro ó de plata, que publicó el erudito padre Bernardo Lamy, Presbítero del Oratorio, que por una parte está rodeado de letras en que yo no estoy bastantemente instruido, pero que sin duda son samaritanas; se ve esculpida la señal de la cruz con tal claridad y perspicuidad; que no es menester intérprete Y así, aunque no me atrevo á condenar por error el que en la frente del alma escogida se pinte una T; sin embargo me persuado que seria más á propósito el pintar la señal de la

(1) Cap., 9, 4. Et signa Thau super frontes virorum gementium, et dolentium super cunctis abominationibus, quæ fiunt in medio ejus.

(2) Prado y Villalp., sobre este lugar, t. I.

cruz, lo que dejo al juicio de hombres más sabios é instruidos. Cuanto al alma que está en pecado mortal, y que verdaderamente está muerta para con Dios y para consigo misma, la pintan muy bien, dejando á parte otras pinturas, en figura de una etiopisa muerta y á su lado un ángel que está llorando; cosa que por ningun título puede notarse de error. Porque siendo por una parte la fealdad y oscuridad de aquella alma tal y tan grande como la describen no sólo los teólogos y Santos Padres, sino aquellos principalmente á quienes despues de haberlos ilustrado Dios con luces celestiales, les hizo el mismo Señor la gracia de conocerlo más clara y distintamente (entre los cuales no merece el último lugar la seráfica Madre Santa Teresa, á quien nunca puedo nombrar sin protestar el mucho respeto que la tengo); digo, que á dicha alma la pintan muy bien en figura de una etiopisa muerta. Por otra parte, como los ángeles, singularmente los que están destinados para nuestra guarda, conforme dijimos arriba, lloren en cierto modo la desgracia de las almas, por quedar privadas de la eterna bienaventuranza, no se puede dar representacion más propia que la referida pintura.

CAPÍTULO X

De las pinturas é imágenes de los demonios, y que es lo que hay en ellas reprehensible por contener algun error ó extraña novedad.

1. No faltaron quienes, sabiendo que los demonios están condenados á eternas llamas, les han atribuido cuerpos aéreos ú otros semejantes por serles así más connaturales los tormentos que padeciesen. No es del presente instituto hacer una larga discusion sobre este pensamiento, llamándome principalmente la atencion otras cosas, que son más propias de mi asunto. Nada hay más frecuente que el pintar á los demonios en figura de dragones, de serpientes, de fieros la-

gartos, de grandes sapos y de otros mónstruos horribles: lo que no puede tacharse de absurdo alguno, siendo muy probable por historias que merecen fe (como hemos insinuado más arriba), que bajo de estas y otras espantosas figuras en que se representan á los ojos de los condenados, se han aparecido muchas veces á hombres y mujeres santísimos para causarles miedo y apartarles del ejercicio de la oracion y de otras buenas obras. Ni es de extrañar, que siendo aquel un lugar de penas y de castigos (lo que deben siempre tener presente no sólo los pecadores sino tambien los justos) sea muy fértil en estas cosas horribles y espantosas.

Comprueba en gran manera lo dicho, el que el mismo demonio, que para ser adorado se representó antiguamente á las naciones más cultas y sabias en figura de dioses ó de diosas; á aquellas más bárbaras y feroces como son las de la América y muchas de Asia se manifestó bajo de enormes y horrendas figuras, que áun miradas de lejos causan terror y espanto, como lo notan frecuentemente los que han observado las supersticiones abominables de aquellas regiones.

2. Pintan tambien muchas veces á los demonios en figura de terribles fieras que están respirando fuego por los ojos, por la boca y por las narices, sobre lo que tampoco nada hay que reprehender, singularmente si se hace reflexion sobre aquella exactísima descripcion que hacen las sagradas Letras (1) del demonio á quien apellidan ya con el nombre de Behemoth, y ya con el de Leviathan. Porque, si bien en esta descripcion, conforme han notado gravísimos intérpretes, en el sentido literal se entiende una bestia disforme como es el rinoceronte, ó como decimos los españoles *la abada;* sin embargo observan los mismos que tambien en un sentido propiísimo se hace una bella y exacta pintura del demonio: pues el que por la boca y por las narices estén respirando humo y fuego, fácilmente da á entender su espantosa ferocidad y una crueldad superior á lo que podrian concebir

(1) Job, 40, 10, et 20. Isai., 27, 1.

nuestras fuerzas para causar terror. Por esto la Sagrada Escritura, describiendo á Leviathan, esto es, aquella fiera de que hemos hablado poco ha, y bajo cuya figura está bastante claro que se significa al demonio, nos la pintan con tan varios y elegantes colores en las siguientes palabras (1): «Su estornudo enciende fuego y sus ojos son como las pestañas de la aurora. De su boca irán llamas de fuego como teas de fuego encendidas. De sus narices procede humo, como de olla encendida ó que hierve. Su aliento encenderá brasas y de su boca llama saldrá.» Esta es sin duda una bellísima hypotiposis, de la que se colige ser muy propio y conforme, no sólo á la elocuencia sagrada, si tambien muy conducente para la mayor explicacion de las mismas cosas, el pintar al demonio respirando y vomitando fuego por la boca, por las narices y por los ojos.

3. Pintan tambien muchas veces al demonio, y con razon, como etíope de estatura gigantesca por ser él, como lo atestigua la Escritura (2), «el rey sobre todos los hijos de soberbia.» Ni solamente le han visto en esta figura los hombres píos y santos, sino tambien los mismos idólatras y gentiles. Sabido es lo que en la vida de Marco Bruto refiere elegantemente Plutarco (3) «Estando (Bruto) muy pensativo (son palabras de Plutarco) y metido dentro de sí, percibió que entraba alguno donde él estaba: miró hácia la puerta y vió una imágen horrenda y monstruosa de un cuerpo feroz y terrible, y como que estaba indicando silencio; sin embargo, se determinó Bruto á preguntarle: «Dime ¿qué hombre ó qué Dios eres? ¿Qué tienes que hacer aquí? ¿ó qué pretendes con tu venida?» A que respondió dicha imágen entre dientes: «Soy (dijo) tu mal genio: en los campos filípicos me verás otra vez. Sí, allí te veré,» respondió Bruto, y dicho esto desapareció la imágen. ¿No se echa de ver claramente en este pasaje

(1) Job, 41, v. 9, 10, 11. et 12.
(2) Job, 41, 25.
(3) Plut., in Bruto.

(lo que otros advierten más expresamente, como me acuerdo haber leido) que se aparece algunas veces el demonio á los gentiles y á los que le adoran, en figura de un etíope alto y monstruoso? Pero, no sólo me persuado que se ha aparecido como etíope de estatura disforme, si que se ha manifestado tambien como etíope muy pequeñito, dando fe santa Teresa de Jesus que estaba bien experimentada en estas materias (1). «Quiso el Señor (dice esta santa refiriendo fidelísimamente por obediencia lo que le pasaba) entendiese cómo era el demonio; porque ví cabe mí un negrillo muy abominable regañando como desesperado de que adonde pretendia ganar, perdía. Yo como le ví reíme y no le hube miedo, etc.» Donde se echa bastantemente de ver que se le habia aparecido el demonio en figura de etíope, pero pequeño y que como á debil no le temía. Me perdonará aquí el erudito y pío lector, si confrontando una cosa con otra, refiero ahora aunque de paso lo que agudamente y muy al caso notó san Gregorio Magno. Porque donde lee nuestra Vulgata (2): «Tigris periit, eo quod non haberet praedam: el tigre perece por falta de presa;» leyeron los Setenta: «Myrmeleon periit, eo quod non habuerit praedam.» Pero oigamos á este insigne prelado, el cual en un sentido literal y moral expone admirablemente este pasaje, cuando dice (3): «En la version de los Setenta no se llama tigre sino Myrmicoleon: yo leo Myrmecoleon. Este es un animalito muy pequeño, contrario á las hormigas, que escondiéndose en el polvo, las mata cuando traen granos y despues se las come. En latin se llama dicho animal Myrmicoleo, (Hormiga-Leon en castellano), ó mejor y más expresamente hormiga y leon á un mismo tiempo. Llámase muy bien hormiga y leon, porque, así como respecto de las aves ó de cualesquiera otros pequeños animales es una hormiga y como á tal se lo tragan; así respecto de las mis-

(1) En su vida, c. 31.
(2) Job, 4, 11.
(3) San Greg., Moral. lib. 5, in c. 4, Job, cap. 16.

mas hormigas es un leon, y como á tal las mata y se las come.» Hasta aquí san Gregorio en este capítulo; pero en el siguiente, entendiendo é interpretando todo esto del demonio, dice (1): «Llámase muy bien Myrmicoleon, esto es, leon y hormiga... porque el enemigo antiguo así como es fuerte para los que consienten; así contra los que le hacen resistencia es flaco y débil.» Y concluye poco despues: «Y así para unos es leon para otros hormiga: porque los hombres carnales apenas pueden sufrir su crueldad; pero los espirituales, con el pié de la virtud pisan su flaqueza.» Lo que demuestra claramente que el demonio se les representa á unos como etíope gigante y á otros como etíope sí, pero como hombrecillo ó muchachuelo despreciable.

4. Hasta ahora no hemos hablado sino de las figuras regulares de los demonios, en que nada se ofrece que notar, ni por erróneas, ni por contener alguna extraña novedad, cuya nota apenas pudo evitar Miguel Angel, uno de los más famosos pintores; el cual, como refiere Juan Andrés Gilio (á quien citamos en otro lugar) en su elegante diálogo, que puede servir como de preludio á mis disertaciones (2), pintando á los demonios en figura humana aunque horrible, no les atribuye, ni colas ni cuernos; lo que, más que no pueda condenarse y convencerse de error, y mucho menos de contener algun error perjudicial; sin embargo es novedad extraña, y por tanto la debe evitar todo pintor cuerdo: por ser costumbre el pintar á los demonios en figura de jóvenes, pero con piernas disformes, cerdosas, y que rematan en varias especies de monstruos: añádenles cuernos en la cabeza, y al fin de su espalda una cola, lo que hace ver más claramente su fealdad y crueldad: distinguiéndolos de esta manera, no sólo de los ángeles buenos, sino tambien de los hombres, aunque estos sean malos. Ciertamente, por lo que toca á pintarles con cuernos, me acuerdo haber leido en la vida

(1) Ibid., cap. 17.
(2) Fol. 107, p. 2.

que de sí misma escribió santa Teresa, que Dios le habia manifestado el alma de un miserable sacerdote, que con estar en pecado mortal, se atrevía á celebrar el tremendo y purísimo sacrificio de la misa. Pero mejor será oir las mismas palabras con que refiere el caso la madre seráfica. Así dice (1): «Llegando una vez á comulgar, ví dos demonios con los ojos del alma más claro que con los del cuerpo, con muy abominable figura. Paréceme que los cuernos rodeaban la garganta del pobre sacerdote; y ví á mí Señor con la majestad que tengo dicha, puesto en aquellas manos en la forma que me iba á dar, que sabía claro ser ofendedora suya, y entendí estar aquella alma en pecado mortal.» Y por lo que toca á la cola, no pongo duda que acaso la habrán visto á menudo los que han tenido semejantes apariciones de demonios, lo que les hace más abominables, por ser cosa sin duda fea el poner cola á alguna imágen ó figura humana, como advirtieron áun los mismos gentiles en los mónstruos que ellos fingian; y así hizo burla Juvenal de la cola hablando de Chiron Centauro, maestro de Aquiles, el cual dicen haber enseñado á este héroe la música y la medicina (2). Añado aquí, que aún cuando se pinta al demonio (el cual, como dice el Apóstol se transforma en ángel de luz) en figura de ángel bueno, ó de algun santo, ó lo que es peor en figura del mismo Jesucristo, lo que asegura haber acontecido el autor de la vida de san Martin (3), hacen muy bien los pintores cuerdos en ponerle alguna señal ó distintivo, con que fácilmente se manifieste que aquella imágen no es de Cristo, ni de algun ángel ó santo, sino del demonio: y para denotar esto le ponen en la cabeza uno pequeños cuernos ú orejas de liebre, ó largas y retorcidas uñas en las manos, ó bien le pintan con pié de caballo, ó le añaden otra cosa semejante: no porque el demonio cuando se manifiesta á alguno en la forma y figura corpórea

(1) S. Teres. en su vida, cap. 38.
(2) Juven. Satyr. 7, v. 210.
(3) Sulp. Sever.

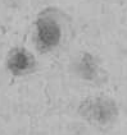
que él ha tomado y fingido para engañarle y seducirle, no tenga poder para apartar de sí estas señales: sino porque los efectos que causa en el alma del que le ve, son tales, que si en realidad no quiere ser engañado, con facilidad conocerá la ilusion, singularmente si es humilde de corazon y ama fervorosamente á Dios, sobre lo cual advierten muchas cosas los doctores ascéticos.

5. Y por no dejar sin tocar lo que mira más particularmente á nuestro asunto, me parece del caso advertir aquí, el que algunos pintores sobradamente incautos, aunque sin malicia, pintan al demonio en figura y apariencia de santidad. Yo mismo he visto una imágen del demonio vestido de religioso, y en hábito, ya de una ya de otra de las más sagradas religiones; y esto en un cuadro en que se le representa tentando á Cristo Señor nuestro. Dije, que lo hacian esto sin malicia pero con poca cautela: porque con esto se da ocasion á la maldad, y en cierto modo se fomenta con semejantes pinturas el error y desvergüenza de los luteranos y de otros herejes, que en Alemania y en otras partes suelen pintar frecuentemente á clérigos, á religiosos y á obispos muy venerandos, y (lo que es el colmo de la maldad) á la misma cabeza de la iglesia el Romano Pontífice, en figura de monstruosas máscaras, fingiendo cuernos en las cabezas de sus imágenes, orejas de asno y otras cosas de este tenor. Es muy probable, y en cuanto á mí lo tengo por muy cierto, que el demonio cuando tentó á Jesucristo se le apareció en figura de hombre. Véase sobre este punto á un escritor é insigne intérprete de los Evangelios, que siempre resuelve con el mayor pulso (1). Ni parece inverosímil el que alguna vez se haya aparecido el demonio bajo de algun traje austero y grave: pero esto puede manifestarse bastante con pintarle vestido, ya con alguna túnica larga y basta, ó ya con alguna piel, sin que por esto sea necesario pintar otras cosas, que por lo menos dan ocasion de ultrajar los estados más sagrados y las Ordenes regulares de la Iglesia.

---

(1) Juan Maldon., in cap. 4, Matt. n. 3.

6. Finalmente, me parece no será fuera de propósito advertir en este lugar, que muchas veces cuando pintan á los demonios como que están tentando y peleando con varones santísimos, por ejemplo con el gran Antonio ó con otro santo, les representan algunos pintores ejerciendo acciones, ó enteramente impúdicas y obscenas, ó por lo menos con tales gestos y ademanes que tienen mucha relacion con ellas. Esto, á más de que por sí mismo demuestra bastantemente ser una cosa torpe, debe evitarse por la flaqueza de los que lo ven. Porque de otro modo sucedería alguna vez que lo que se propone para instruccion, serviría de ruina; y que lo que debiera ser motivo de obrar bien, sería al contrario incentivo de la concupiscencia y de las demás pasiones.



LIBRO TERCERO

DE LAS PINTURAS É IMÁGENES DE JESUCRISTO, Y DE LAS DE LOS MISTERIOS DE SU SANTÍSIMA VIDA Y PASION.

BREVE PRÓLOGO.

Nada hay que me dé más gusto y lleve tras sí la atencion cuando escribo, que el buen órden y método en tratar las materias. Por esto, como los hechos que se refieren en la Historia del Testamento viejo han precedido muchos siglos á los que se nos proponen en los Evangelios y en las narraciones del Testamento nuevo; habia resuelto tratar primero de aquéllos y luego de éstos. Pero reflexionando más sobre ello, y viendo que las imágenes é historias del Testamento viejo eran muy raras, y al contrario muy frecuentes las de Cristo Señor nuestro, las de la Santísima Vírgen y de otros muchos santos; determiné tratar primero de éstas, reservando de intento para tiempo y lugar más cómodo, el tratar de las del Testamento viejo.

CAPÍTULO PRIMERO

De las pinturas é imágenes de la Natividad de Cristo Señor nuestro, donde brevemente se reprehende algun error que sobre esto puede haberse introducido.

1. Entramos ya en un campo más dilatado y espacioso, esto es, á tratar unas materias que son más propias de mi objeto é instituto; pues otras muchas, singularmente las que hemos tratado en el primer Libro, por la mayor parte sólo penden de un cierto modo de imaginar ó de concebir: mas las que vamos á tratar ahora contienen una historia cierta y determinada. Seguiremos la Vida de Cristo nuestro Redentor, y examinaremos diligentemente los hechos y misterios de su santísima Vida, conforme las materias que iremos tratando, con arreglo siempre á nuestro propósito: para que, si hasta aquí, ó por ignorancia ó por error se hubiesen introducido en estas pinturas algunos abusos (y se han introducido no pocos), se pinten en adelante segun lo piden la verdad y la fe de la Historia.

2. Y en primer lugar, examinemos las pinturas del Nacimiento de nuestro Redentor, acerca de las cuales, aunque el vulgo de los pintores no caiga en errores muy groseros y manifiestos; sin embargo no deja de cometer algunos, que me parece será del caso notarlos aquí. Primeramente, el lugar en que Jesucristo se dignó nacer por la salud del linaje humano, vulgarmente se describe en la forma de un pequeño atrio de una casita medio arruinada, cuyo techo mal envigado ó no bien defendido con pajas, sostienen dos postes de piedra ó de madera medio carcomida. Se ha introducido esto tanto, en especial entre nosotros, que comunmente en nuestro idioma se llama este lugar, «el Portal ó el atrio de Belen.» Y aunque no tiene duda ser esta una cosa pia y que conduce no poco para excitar en nuestras almas afectos de piedad; con todo, si

examinamos el hecho con más atencion, veremos que no es del todo verdad ni enteramente conforme á la Historia Sagrada, sin que por esto se disminuya nada de la piedad y devocion, lo que voy á probar y hacer ver con la mayor brevedad. Ciertamente nadie ignora, que Jesucristo, conforme estaba determinado por los decretos de Dios, y para cumplirse lo que de él habian vaticinado los profetas, nació en la ciudad de Belen, que en aquel tiempo no era muy célebre, aunque sólo por este dichoso Nacimiento lo fué más que las demás ciudades: lo que, á pesar suyo, se vieron precisados á confesar los más doctos y escribas del pueblo, como consta de lo que se lee en el Evangelio, donde Herodes Iduméo, á quien los historiadores apellidan con el renombre de Grande, habiendo conocido la venida de los Magos (de quienes hablaremos despues) (1): «Juntando, dice la Escritura, á todos los príncipes de los sacerdotes y escribas del pueblo, les preguntaba dónde habia de nacer Cristo.» A cuya consulta le respondieron: «En Belen de Judá: porque así está escrito por el Profeta: Y tú, Belen, tierra de Judá, no eres la última entre las principales ciudades de Judá: porque de tí saldrá el caudillo que ha de gobernar mi pueblo de Israel.»

3. No ignoran áun los menos sabios é indoctos, que lo que dió ocasion á ésto, á saber, á que Cristo no naceria en otra parte sino en Belen, fué el edicto de Octaviano Augusto, en que mandó que los que estuvieran sujetos al imperio romano (al cual por ser tan vasto, le llama el mismo Evangelio el Orbe entero (2): «Expidió un edicto César Augusto, para que se empadronase toda la tierra»); todos, de cualesquiera regiones que fuesen, observando cada cual el órden de sus familias y parentelas, fueran á empadronarse en el lugar que fuese el principal de su familia ó parentela. Y así (como oportunamente notaron muchos varones ilustres por su piedad y erudicion), Dios con su sabiduría eterna, con que «llega fuer-

(1) Matt., 2, 4.
(2) Luc., 2, 1.

temente de cabo á cabo, y dispone todas las cosas con suavividad (1);» hizo que el príncipe y monarca, que no se conocia otro mayor en todo el mundo, sirviese él mismo sin saberlo, al cumplimiento y ejecucion de sus decretos. Todo lo dicho consta bastante del mismo Evangelio, aunque leidas todas las historias humanas, no dejen de ponerse sobre ello algunas dudas y dificultades, que no me parece del caso ni de mi instituto el querer desenredarlas aquí y ponerlas en claro, como ni tampoco el notar con mucha diligencia lo perteneciente á la cronología. Nació, pues, Cristo Señor nuestro en un establo de la ciudad de Belen, el que no estaba fabricado de intento, ni como arruinado por la injuria y antigüedad de los tiempos, sino que era una cierta cueva ó roca enclavada, que servia de cuadra á los pasajeros y viajantes: pero para hacer esto más patente, es menester advertir lo siguiente.

4. En las regiones del Oriente, hubo antiguamente y hoy se conservan todavía, mesones públicos para los que van de camino, que los antiguos hebreos los llamaban con su propio nombre, como diremos más abajo; y los modernos regularmente los llaman Carvanserais ó Carvanseras, donde gratuitamente se les daba á los peregrinos y viajantes no de comer, sino techo donde albergarse y defenderse de la inclemencia de los tiempos. Que así se observase antiguamente, consta de la misma Escritura; pues vemos que en la Historia del patriarca José, se dice que cuando sus hermanos se volvian á sus tierras, además del trigo de que les habia llenado sus costales, mandó, que se les dieran víveres y provisiones que les bastaran para todo el viaje. Estas son sus palabras (2): «Mandó á los ministros que llenasen sus costales de trigo, y que volviesen á poner el dinero de cada uno de ellos en sus sacos, además de los víveres que se les habia dado para el camino.» Lo que se confirma todavía más, por cuanto uno de ellos en un lugar que citamos poco ha, abrió el costal para

(1) Sap., 8, v. 1.
(2) Genes., 42, 25.

dar un pienso al jumento: pues dice la Escritura (1): «Y habiendo uno de ellos abierto el saco para dar un pienso al jumento en el meson, como hubiese visto el dinero, etc.» Vemos aquí un meson, donde no se daba de comer á los jumentos, sino que tanto á los hombres como á las bestias solamente se les daba techo ó lugar en que pudieran defenderse de las injurias del tiempo y de los rigores de la estacion. A lo que ciertamente aludió el profeta Jeremías, cuando dijo (2): «¿Quien me dará en la soledad un meson de viajantes y dejaré á mi pueblo?» Donde en hebreo se lee «Melon orchim,» que á la letra quiere decir lugar para pasar la noche, de la diccion ó letra *Mem* heemantica, puesto debajo el Scheva móvil y del verbo *lon*, que significa pasar la noche. Y que hoy en los pueblos Orientales sean muy frecuentes estos lugares, que llaman *Carvanseras*, nadie lo ignora por poco que esté instruido en las puntuales relaciones que nos hacen los viajantes de aquellos países.

5. En uno, pues, de estos lugares que habia en la ciudad de Belen y que era el único de aquel territorio, segun puede colegirse muy bien, nació Cristo Señor nuestro; y para hablar con más propiedad, no nació en este lugar; pues consta expresamente del Evangelio, que María y José, por el numeroso concurso de viajantes que allí concurrian, no encontraron lugar en el meson, sino dentro ó cerca de él; esto es, en una cueva ó roca excavada que era bastante capaz (como veremos luego), la que servia para recoger las bestias y animales; y aunque no lo expresara el Evangslio, era razon creer que tendria cuadra ó pesebre. En este lugar, no en cunas de oro, ni de marfil, puso al Criador del mundo su Madre Santísima. Y esta caverna ó cueva donde nació el Salvador, afirman conservarse aún hoy, los que por motivo de religion y de piedad, ó tambien de instruirse, han registrado aquellas regiones: y dicen que tiene cuarenta piés de largo, doce de ancho y quin-

(1) Ibid., v. 27.
(2) Jerem., 9, 2.

ce de alto: cuya entrada estaba, segun ellos mismos refieren, á la parte septentrional de la ciudad. De lo cual se demuestra claramente el lugar donde nació Jesucristo; y que este no fué, como le pintan regularmente los pintores, un atrio fabricado de intento y casi consumido por causa de los tiempos.

6. Pasemos ahora á otra cosa: es error intolerable el que cometen muchos pintores, pintando á Cristo en su infancia enteramente desnudo: porque, sobre no decir bien esto con la piedad de una Madre tan cuidadosa, en una region y estacion de tiempo que aunque no era excesivamente fría, lo era bastante; y pasando ahora en silencio el más recóndito significado del misterio, segun el cual, como dice un sabio y antiguo padre de la Iglesia (1): «Es envuelto (Jesus) en pañales para redimir con su cuerpo la unidad de la naturaleza humana, que estaba rota»: este modo de pintar, es expresamente contrario al Evangelio, el cual, hablando de María Santísima, dice (2): «Parió á su Hijo primogénito, le envolvió en pañales y le reclinó en el pesebre, por no haber lugar para ellos en la posada.» Lo que se confirma más por lo que el ángel dijo á los pastores: «Esta es la señal que yo os doy: encontrareis al niño envuelto en pañales y puesto en el pesebre.» Esto, que todo cristiano debe siempre contemplar con tiernos afectos de piedad, como tan razonable, pía y elegantemente lo describió un poeta cristiano en aquellos versos que ha adoptado toda la Iglesia:

«Vagit infans inter arcta
Conditus præsepia:
Membra pannis involuta
Virgo Mater alligat:
Et Dei manus, pedesque
Stricta cingit fascia.»

---

(1) Theoph. Patriarch. Antiochen., in Evang., lib. 1, t. 1, Biblioteca Veter. Patr., c. 350.

(2) Luc., 2, 7.

y por tanto, apenas puede quedar excusa alguna á los pintores y escultores que nos representan casi enteramente desnudo á Jesucristo, recostado en el pesebre. ¿Y quién ignora que aquellos pañales no eran preciosos; y que aunque no estaban sucios, eran sin embargo pobres y groseros? Llenos tenemos los libros de testimonios de Santos Padres que lo afirman; yo me contentaré con citar solamente algunos. San Cipriano dice (1): «Los pequeños pañales le servian de púrpura, y en lugar de lino finísimo, de que se adornan los reyes, viles andrajos y remiendos.» Beda: «Hase de advertir (dice) con mucha diligencia que la señal que se da de haber nacido el Salvador es, que encontrarán al Infante recien nacido, no vestido con púrpura de Tiro, sino envuelto en unos pobres pañales; no recostado en camas adornadas con oro, sino reclinado en un pesebre.» Y san Bernardo dijo pía y elegantemente: «Habiendo de nacer el Hijo de Dios, en cuyo poder estaba elegir el tiempo que quisiese; eligió el tiempo más incómodo, singularmente para su pequeñito hijo, é hijo de una pobre madre que apenas tenia pañales en que envolverle, ni pesebre donde reclinarle. Y con ser tan grande la necesidad, reparo que no se hace mencion alguna de pieles. El primer Adan viste túnicas de pieles, el segundo es envuelto en pañales. No es este el juicio que hace el mundo: ó éste se engaña ó el mundo yerra.» Lo que he querido referir, para que los pintores cuando quieran pintar dicho Misterio, tengan presente esta humildad y pobreza de Jesucristo.

7. Mas, por lo que toca á los dos animales mudos que se pintan cerca del mismo pesebre, á saber, el buey y el asno, ó segun vulgarmente los representan los pintores, el buey y la mula, no faltan autores que no lleven esto á bien, por no haberse tomado de la Historia evangélica. Pero yo fácilmente me persuado que son dignos de risa los que con sofismas ó sutilezas de ningun peso, se mueven á negar ó á poner en duda cosas que comunmente admiten todos los hombres doc-

(1) San Ciprian. Serm. de Nativ. Christ.

tos y pios. Porque primeramente favorece á este sentimiento el texto de Isaías que dice (1): «Conoció el buey á su dueño, y el asno el pesebre de su Señor.» Palabras que aunque cómodamente se puedan referir á otro sentido más óbvio y comun; con todo basta que sin ningun absurdo se apliquen á nuestro intento, segun el juicio de hombres píos y sabios; esto es, de aquellos que acomodan este vaticinio de Isaías al Niño Jesus, recien nacido y recostado en el pesebre, donde el buey y el asno, aunque animales mudos, le reconocian y adoraban. Véase á san Agustin (2), y á san Ambrosio, de quien son estas palabras (3): «¿Oyes los lloros del Niño, y no oyes los mugidos del buey que reconoce al Señor? porque conoció el buey á su poseedor y la burra el pesebre de su Señor.» Véase tambien á Orígenes (4) y á otros á quienes alega y cita Leon Castrio (5), produciendo los mismos monumentos que he traido: aunque Calvino, con la desvergüenza que le es tan familiar los moteje y haga burla de todos ellos: digno ciertamente en este particular, como en otras muchas cosas, de que nosotros hagamos burla de él, ó como dice mejor Cornelio Alápide, de que con cristiana caridad le tengamos lástima y compasion. Con efecto, Prudencio, el cual por más que digan algunos, es elegante y pio, y que por ser poeta español, no ha de ser último en nuestra estimacion, parece quiso aludir á esto mismo, cuando cantó (6):

«O sancta præsepis tui,
Aeterne Rex, cunabula,
Populisque per sæclum sacra,
Mutis et ipsis credita!

(1) Isai., 1, 3.
(2) Aug., Serm. sive orat., contra Judæos, cap. 13.
(3) San Ambr., in Luc., c. 2, col. 1640.
(4) Orig., Hom. 13.
(5) Leo Castr., in Isai., cap. 1, p. 13.
(6) Prud., in Cath., hymn. XI, de Nativit. Christ.

Adorat hæc brutum pecus:
Indocta turba scilicet,
Adorat excors natio,
Vis cujus in pastu sita est.»

8. Pero favorecen todavía más clara y expresamente á esta sentencia las palabras de otro profeta, donde, segun la version de los Setenta, se lee así (1): «Señor, oí tu voz y temí: Señor, consideré tus obras, y quedé atónito. En medio de dos animales serás conocido: cuando se vayan acercando los años, serás conocido. Cuando venga el tiempo te darás á conocer.» Y aquellas palabras que son las que nos hacen más al caso: «En medio de dos animales serás conocido,» así se leen en el griego ἐν μεσῳ δύο ζώων γνωσθήσῃ, á las cuales, aunque algunos les dan otro sentido, es preciso entenderlas más propiamente en el sentido que vamos explicando. Y en primer lugar, es más sutileza que verdad lo que notó Eusebio (2) y aprobó despues Theophilacto, á saber, que no debia leerse ἐν μέσῳ δύο ζώων, poniendo el acento agudo en la primera sílaba, lo que significa: «En medio de dos animales;» sino ζωῶν, puesto el acento circunflexo en la última, que quiere decir: «En medio de dos vidas; porque Cristo, cuando vino al mundo (dice Eusebio) fué conocido como que tenia dos vidas; una eterna y divina, otra mortal y humana.» Dejando, pues, esto á parte, y admitiendo como es razon el uso de estas palabras, «En medio de dos animales,» para hacer ver cuán bien cuadren al asunto que tratamos: Digo lo primero: que en ninguna manera puedo ni debo negar, que los Setenta, en explicar más y más muchos de los Misterios de Cristo, fueron ilustrados con la inspiracion del Espíritu Santo. Por esto vemos que los apóstoles usaron muchas veces de esta version, cuando trataban de los más recónditos Misterios de Jesucristo: pues lo mismo, que en el hebreo se dice algunas

(1) Habac., 3.
(2) Euseb. de Dem. Evang., lib. 6, cap. 15.

veces no tan claramente y con alguna oscuridad, lo explicaron los Setenta más clara y expresamente; de suerte, que no tanto parece que están vaticinando una cosa futura, como que refieren un hecho que ya pasó. Esta es la causa por que algunas veces, para mayor explicacion, mudan algunas cosas sin alterar el sentido; y otras, añaden algo como de suyo sobre la misma materia. Muchos ejemplos podria traer en confirmacion de lo dicho; pero servirá para todos el que se toma del Salmo XCV v. 10: «Dicite in gentibus, quia Dominus regnavit.» Donde previendo los Setenta que este reino se habia de fundar por medio de la Cruz, añadieron «A ligno.» Y no dudo que así lo escribirian ellos, aunque no se halle esta adicion en las versiones de los Setenta, que hoy tenemos, ni tampoco en las de los ejemplares griegos, por lo menos de los que yo hasta ahora he podido ver: aunque es manifiesto, que en algun tiempo se leyó de este modo, pues así lo vemos escrito en el antiguo Psalterio Romano, y así lo leyeron Arnobio, san Agustin, Casiodoro, Haimon, san Cipriano, san Leon Magno, san Gregorio, san Isidoro y otros muchos á quienes cita, alega y sigue un escritor de mucha fama, particularmente en esta materia (1). ¿Pero para qué me canso en referir tantos Santos Padres? cuando vemos que esto mismo lo ha recibido expresamente la Iglesia en el himno de la Cruz con estas palabras:

«Impleta sunt quæ concinit
David fideli carmine,
Dicendo nationibus,
Regnavit a ligno Deus.»

Y la misma Iglesia en el Versículo de la Conmemoracion de la Santa Cruz, que se hace en todo el tiempo Pascual, dice: «Dicite in nationibus, quia Dominus regnavit á ligno. «Mas, sobre si esta diccion estaba ó no en el texto hebreo, es co-

(1) P. Juan Lorin, sobre este lugar, tom. 2.

sa que pide mayor discusion y por tanto no pertenece á este lugar: por lo que á mí toca, en el asunto que vamos tratando soy del parecer del docto Francisco de Ribera (1), para que se eche de ver, como aquellos sagrados intérpretes no temeraria, sino prudentemente, y llevados de luces celestiales, añadieron aquella partícula «á ligno.»

9. Esto supuesto, aquellas palabras: «En medio de dos animales,» las expone san Agustin en algunos lugares y más claramente «in Oratione contra Judæos, et Paganos, cap. 3,» de Cristo recostado en el pesebre, á cuyo lado están dos animales, á saber, el buey y el asno: estas son las palabras de este gran Padre: «En medio (dice) de dos animales serán conocidas tus obras, mi Dios; el Verbo se encarnó. En medio de dos animales serás conocido..... porque colocaste en el establo al Verbo por quien todas las cosas han sido hechas. Conoció el buey á su poseedor y el asno el pesebre de su Señor.» Mas no son menester palabras: porque, aunque este grande y sabio doctor, así en esta como en otras partes, interprete aquellas palabras, «de dos animales,» ya de los dos Testamentos antiguo y nuevo; ya de los dos pueblos hebreo y gentil; ya tambien de los dos ladrones, que á uno y á otro lado tenia Cristo en el Monte Calvario, lo que parece aprobó san Gerónimo: sin embargo, es más oportuno y natural entenderlas simplemente de los dos animales que habia en el pesebre del Salvador. Por esto en el rezo eclesiástico (lo que me hace mucha fuerza y debe hacerla á cualquier hombre prudente) la misma Iglesia, enseñada por los apóstoles, ya desde muchos siglos á esta parte, adoptó este sentido é interpretacion. Así vemos que en el rezo de la Circuncision, dice: «Señor, oí tu voz y temí; consideré tus obras y quedé atónito: en medio de dos animales estaba recostado (el Salvador) en el pesebre, y resplandecia en el Cielo.» Y en el de la Natividad: «¡O misterio grande y Sacramento admirable, que los animales viesen al Señor na-

(1) Francisco de Ribera, sobre este lugar de Habacuc.

cido y recostado en el pesebre!» Quede, pues, sentado estar libre de toda sospecha de error, el poner á la vista el buey y el asno en la pintura del Nacimiento de Jesucristo, y no se dé más oidos á los delirios de gente poco pía, y á las sutilezas dé hombres cavilosos.

10. Lo que sí es absurdo grande y error intolerable, como dijimos más arriba (1), el que en la representacion del Nacimiento de Cristo, se pinte una comadre sirviendo á la Beatísima Vírgen en aquel oficio: pues esta soberana Señora en su inmaculado parto, no se valió ni hubo menester comadre alguna.

11. Finalmente, el que en las pinturas del nacimiento de Cristo pinten viejo á san José, afianzado sobre un baston, y que como á lo lejos se está mirando al Niño Jesus recien nacido; es cosa verdaderamente ridícula, por no decir otra cosa peor. Y así, es error en primer lugar pintarle enteramente viejo, como lo notaremos en su propio lugar (2): y las demás circunstancias que se le añaden, todas son realmente ineptas. Mejor sería y más conforme á la piedad, el que tanto á san José como á María su esposa, los pintaran arrodillados adorando al Niño y criador del mundo recien nacido: particularmente, porque si se pesan bien las palabras, es lo más conforme al Evangelio, el cual, hablando de los pastores que adoraban á Jesus, dice (3): «Hallaron á María y á José, y al Niño puesto en el pesebre.» Donde parece que expresamente se ponen María y José, como que estaban haciendo lo mismo, y tributando los mismos obsequios al Hombre-Dios recien nacido. En cuanto á lo que por via de adorno añaden los pintores como regalos rústicos y pastoriles, que los pastores ofrecieron á Cristo, nada hay en esto que contenga error ni ridiculez, y por tanto nada veo que deba reprehenderse sobre este particular, con tal que en esto (lo que debe

(1) Lib. 1, cap. 7, n. 4.
(2) Lib. V, cap. X, n. 4.
(3) Luc., 2, 16.

observarse en todos asuntos) se guarde el debido modo y decoro. Podria tratarse aquí de la revelacion que de este misterio hizo el ángel á los pastores, la que he visto pintada varias veces por excelentes pintores; pero, como sobre este punto apenas se ofrece cosa alguna que sea menester advertir, no me parece que debo entrar en esta discusion, no habiéndome propuesto escribir comentarios; sí sólo hacer algunas advertencias oportunas á los pintores menos instruidos.

CAPÍTULO II

De la pintura de la Circuncision del Señor, y de los errores crasos y groseros, que cometen algunos artífices, por otra parte bastantemente instruidos en la representacion de este misterio.

1. Muchas son las deformidades que por su poca ó ninguna consideracion, enseñan á otros los más adelantados en algun arte, y de ellos las aprenden los muchachos: lo que me parece tiene mucho lugar en lo que vamos á tratar ahora sobre la pintura de la Circuncision del Señor. Nuestros pintores habiendo oido alguna vez, que la circuncision de la ley antigua equivalía en cierto modo al bautismo de la ley de Gracia, y acostumbrados á ver que las cosas sagradas se celebran en la Iglesia con muchas ceremonias, singularmente el sacramento del bautismo; pintan ó estropean de mil maneras la narracion histórica de la Circuncision de Cristo Señor nuestro. Tres son los casos en que principalmente se cometen dichos errores crasos en la representacion de dicho misterio: á saber, acerca del *lugar*, del *ministro* y del *instrumento*. Y así, tratándose en este capítulo cosas de mucha importancia, es preciso tratar de cada una de ellas en particular.

2. Por lo que toca al lugar (de que me acuerdo haber ya

dicho algo al principio de mi obra) (1), algunos pintores de mucho nombre y fama, pintaron la Circuncision de Cristo, como que se ejecutaba en el Templo, y en presencia de la misma Vírgen: lo que, si se mira con reflexion, contiene un error que no es menos que contrario al Evangelio, y por tanto contra la misma fe. Sabemos ciertamente por el Evangelio, aunque el sagrado historiador lo dice con muy pocas palabras, que Cristo Señor nuestro fué circuncidado el dia octavo de su nacimiento ó despues de él. Así dice el Evangelista (2): «Cumplidos los ocho dias para la circuncision del Niño, le pusieron por nombre Jesus;» dando bastantemente á entender, que el mismo dia fué circuncidado: así, porque en la circuncision segun la ley y la costumbre se imponia nombre á los niños ó varones, como consta del mismo Evangelio, el cual, hablando de la natividad del Bautista dice (3): «Y vinieron al cabo de ocho dias á circuncidar al niño, y le llamaban con el nombre de su padre Zacarías:» como porque habia ley expresa que lo mandaba, la que el mismo Criador quiso observar rigurosamente cuando se hizo hombre: la Ley decia (4): «El dia octavo será circuncidado el Niño.» Pero ni el Niño Jesus, ni su santísima Madre entraron en el Templo (que sólo habia uno en Jerusalen para toda la nacion) antes de los cuarenta dias de su sagrado é inmaculado parto; ya porque esto estaba prohibido por la ley, como consta claramente de las sagradas Letras, que hablando de una mujer recien parida, dicen (5): «Treinta y seis dias permanecerá en su purgacion. No tocará cosa alguna que sea santa: no entrará en el santuario hasta que se cumplan los dias de su purgacion.» Y luego: «Y cumplidos los dias de su purgacion, etc.» Ya tambien, por lo que dijo un Evangelis-

(1) Lib. 1, cap. 1, n. 3.
(2) Luc., 2, 21.
(3) Luc., 1, 59.
(4) Levit., 12, 3.
(5) Ibid., vers. 4.

ta (1): «Y despues de haberse cumplido los dias de su purgacion, segun la ley de Moisés, llevaron al Niño á Jerusalen para presentarlo ante el Señor, como está escrito en la ley del Señor.» De lo dicho se infiere por consecuencia é ilacion legítima, ser cosa errónea y contra la fe del mismo Evangelio, el representar á los ojos del vulgo la Circuncision de Cristo, como ejecutada y celebrada en el Templo. Esta conclusion es evidente por lo que se dice en la Escritura y en el Evangelio: de suerte, que es preciso ser un necio, y un tronco, ó todavía más insensible que el mismo tronco, para dejar de ver su certeza y verdad más clara que la luz del mediodia. Callo de propósito muchas otras cosas que añaden los pintores al representarnos este misterio. Callo, el que pintan un Templo sostenido con gruesas y altas columnas y (lo que es más particular) adornadas las paredes con estátuas humanas de cuerpo entero, de que acaso volveré á hablar en otro lugar (2). Callo el que pintan á un sacerdote, y lo que es más, al sumo Sacerdote (segun lo que pretenden representarnos los pintores) ejecutando esta accion de que hablaremos luego. Callo el que pintan muchachos arrodillados cada uno con su vela, vestidos con sotanas encarnadas, y sobre ellas túnicas blancas, que nosotros llamaríamos *roquetes;* y otras mil cosas de este jaez, que sería supérfluo referirlas: pues de lo dicho se echa bastantemente de ver que es error crasísimo el pintar la Circuncision del Señor como que se hubiese hecho ó ejecutado en el Templo.

3. Esto supuesto, habiendo ya reprobado las cosas falsas y verdaderamente absurdas, que se cometen en las pinturas de este misterio, resta sólo poner á la vista lo que hay sobre este punto de más cierto, ó por lo menos más verosímil. Yo tengo por mucho más probable, que la Circuncision del Señor se celebró en la misma cueva ó caverna de Belen. Me fundo en esto: porque la Santísima Vírgen, que á los ojos de

(1) Luc., 2, 22, et 23.
(2) Lib. VI., cap. 11.

todos se mostraba la más fiel observadora de la ley, que el mismo Dios habia dado en otro tiempo, todos los siete dias que desde su parto virginal precedieron al dia de la Circuncision, aunque estaba limpia y pura, y (por decirlo así) más pura y limpia que el mismo candor y pureza, se portó sin embargo como si fuera inmunda. Mandaba la Ley, que las mujeres inmundas, en todo este tiempo estuvieran separadas, y como apartadas de la compañía de los demás, porque con cualquier contacto suyo quedaba todo manchado é inmundo, ya fuese una cosa sensible ó insensible. Por esto se hace muy verosímil, que siendo la Madre de Dios una vírgen tan humilde y tan santa, no quisiese salir en todo aquel tiempo en que se miraba como inmunda, de aquel mismo lugar (aunque incómodo y despreciable) donde habia parido al Salvador. Añado ahora que segun el parecer de no pocos Padres de la Iglesia, la adoracion de los Magos (de que hablaremos más abajo) se hizo en el mismo lugar del Nacimiento (1); esto es, en la misma cueva ó apartamiento del meson de Belen: luego con más razon (á lo menos segun el parecer de estos Padres) se ejecutó en aquel lugar la Circuncision del Señor, que precedió á la adoracion de los Magos. Esto, digo, lo tengo por mucho más probable, aunque no por del todo cierto y fuera de duda: porque no es improbable el que, cesando en el espacio de aquellos ocho dias la frecuencia del pueblo que se habia juntado con ocasion de empadronarse para la descripcion que se estaba haciendo, se hubiera ido María Santísima con el Niño Jesus y san José, á alguna casa del mismo pueblo, ó que de aquel lugar destinado para las bestias, se hubiera pasado á otro menos humilde y no tan incómodo; lo que trataremos con más extension, cuando con la ayuda de Dios hablaremos de la adoracion de los Magos. Baste lo dicho por lo que toca al lugar de la Circuncision del Señor, quedando así desterrado el error grosero de los que piensan haberse ejecutado ésta en el Templo.

---

(1) V. á S. Just. Mart. in Colloq. cum Triph. Chrysos. homil. in Matth. 7, Auth. Op. imperf., hom. 2, August. Serm. 1, et 2, de Epiph.

4. Por lo que mira al Ministro de este Misterio, que fué el primer sacrificio cruento que padeció la humanidad de Jesucristo, primeramente es error el que se pinte ejecutando esta accion el Sacerdote Sumo, adornado con las vestiduras, que como á tal le correspondian. Digo que esto es un error, y un imaginado sueño de los pintores: pues no hacía tal cosa el Sumo Sacerdote, como saben áun los que no llegan á tener una mediana instruccion: ni lo hacia tampoco ningun sacerdote; pues no se deduce una tal práctica, ni puede deducirse de la Sagrada Escritura, ni de algun uso ó costumbre del pueblo: y lo que es más, observando sobre este punto un profundo silencio los doctores y maestros más sabios de los judíos; los cuales con ser (cuanto cabe) tenacísimos en todas partes de sus ceremonias y costumbres, vemos hoy que en las regiones y parajes donde se les permite practicar libremente su religion, ó por decirlo mejor, sus execrables y mortíferas supersticiones, tienen ministros señalados para este oficio, á quienes de ningun modo les tienen por sacerdotes, y les llaman Moheles ó Mohelos, los cuales son muy diestros en hacer dicha operacion, la que aprenden de otros ya versados en este arte. Todo esto podria ilustrarse en gran parte con lo que dice el Evangelio de la circuncision del Bautista, en el lugar que citamos arriba (1). Pero es tan cierto, que seria supérfluo gastar mucho tiempo en explicarlo: además, que despues tendremos que volver á decir algo sobre esta materia. Supuesto pues, que el ministro de la Circuncision de Jesus, no fué el Sumo Sacerdote, el cual era el único que habia en toda la nacion de los judíos, lo que es ciertísimo y casi de fe, si bien se examina: y supuesto tambien no haber sido tampoco otro sacerdote, como es muy fácil de manifestar; se pregunta ¿quién fué el ministro de la Circuncision del Señor?

5. Dejando ahora por menos recibida y ciertamente menos plausible la sentencia de los que atribuyen la ejecucion de este Misterio al esposo de la Santísima Vírgen, san José;

---

(1) Núm. 2.

me ha parecido á mí algunas veces más verdadera la opinion de los que defienden, haber sido sola la Santísima Vírgen la única ejecutora del tierno sacrificio de la Circuncision de su Hijo. He seguido varias veces esta sentencia, y la he enseñado (1) al pueblo como más conforme á la piedad y devocion, predicando desde el púlpito (2), fundándome en testimonios de san Gerónimo, de san Bernardo y de otros Padres.

6. Podria además de esto probarse dicha sentencia, por constar de la Sagrada Escritura, que las mismas madres han circuncidado alguna vez á sus propios hijos. Tal es lo que de Séphora se refiere con las siguientes palabras (3): «Tomó Séphora al instante una piedra agudísima y circuncidó el prepucio de su hijo.» Y por no amontonar ejemplos, semejante es lo que leemos en los Hechos de los Macabeos, donde se dice (4): «Fueron acusadas dos mujeres de haber circuncidado á sus hijos: y habiéndolas llevado públicamente por la ciudad colgados los niños de sus pechos, las despeñaron del muro. No siendo, pues, cosa nueva el que las madres practicaran con sus hijos este precepto de la circuncision, parece bastante probable, que ningun otro ministro, sino la misma purísima y Santísima Madre ejerció este oficio con su Hijo, que al mismo tiempo era Hijo de Dios: particularmente pudiendo por esta accion elogiarse no poco á la Vírgen por su obediencia, veneracion y piedad para con Dios. Además, que entre los Santos Padres, como insinuamos antes, siguen este modo de pensar, san Gerónimo (5), ó el que sea el verdadero autor (que ciertamente es antiguo y erudito) del tratado de la verdadera circuncision, escrito á Therasia: san Bernardo, en el tratado «de Lamentatione Virginis (6),» y otros tal vez que hasta aho-

(1) In Asceter. Sanctimonia Ordinis S. Bernardi Salmanticæ. 1703.

(2) Como consta de mis Sermones, impresos en Madrid en 1720, Serm., p. 215.

(3) Exod., 4, 25.

(4) Machab., 6, 10.

(5) Tom., 9, epist. 20, pág. 93.

(6) En el principio.

ra no hemos visto. De los intérpretes de la Sagrada Escritura es del mismo parecer el Padre Silveyra Carmelita, hombre sin duda muy sabio, el cual dice ser esta sentencia la comun entre los doctores modernos (1). La misma opinion por ser comun, y no sólo plausible, sino tambien más verdadera, sigue un autor á quien hemos citado muchas veces, Francisco Pacheco de Sevilla, testigo perspicaz y abonado para confirmar estas materias, por ser él á un mismo tiempo escritor y pintor erudito, el cual á dos manos, como dicen, abraza esta sentencia, alegando á su favor nosó lo intérpretes y teólogos, sino tambien algunos sabios de la Compañía, entre los cuales podria valer por todos el Padre Juan de Pineda. Véase á Pacheco en el lugar que cito abajo (2). Mas, como en este particular intento seguir el camino más llano y sólido, dejando en su probabilidad esta sentencia, aunque pía y plausible; afirmo ahora como mucho más probable, que la Circuncision del Señor, la ejecutó algun ministro público de los que estaban destinados para este oficio; y digo además, que asistieron algunos ancianos del pueblo ó por lo ménos algunos varones graves: pues esta fué una costumbre, que siempre estuvo recibida, y que en el dia de hoy tambien se estila. Dos eran las circunstancias que se requerian en la circuncision: la primera, que se hiciera sin riesgo del tierno infante y por alguno que fuera diestro en dichas operaciones: y la segunda, que se hiciera delante de testigos de mucha veracidad, y que por ningun título fueran sospechosos, cuales eran los viejos de la ciudad, ó á lo menos hombres que pasasen de los treinta años. Y es de creer que no sería difícil á san José, el llamar y convidar á muchos de éstos estando en una ciudad ó lugar de donde el descendia. Podria probarse é ilustrarse todo esto con lo que han dicho los que han tratado de propósito de los ritos y costumbres de los judíos; pero esto lo dejo á otros que lo examinen con mas diligencia; pues para todos nos puede bas-

(1) Sylv., tom. 1, in Evang., q. 3, n. 3.
(2) Franc. Pach. en su arte de la pintura, pág. 508.

tar el texto del Evangelio que habla de la circuncision del Bautista, donde se lee (1): «Y oyeron sus vecinos y parientes (de santa Isabel) que habia hecho Dios grande misericordia con ella, etc.» Y luego añade: «Y al cabo de ocho dias vinieron á circuncidar al niño y le llamaban con el nombre de su padre Zacarías. «Donde saltan luego á los ojos aquellas palabras, *y vinieron*, esto es, no solamente el ministro ó el que habia de ejecutar la circuncision; si tambien otros que no serian pocos en número, á saber, los vecinos y parientes de quienes habla evidentemente el texto. De suerte que este lugar sólo, puede quitar todas las dudas, y persuadirnos que la Circuncision del Señor la ejecutó algun ministro que vino de fuera, en presencia de algunos que vinieron al mismo fin, y en presencia tambien de la misma purísima Vírgen y de san José su padre putativo: como podria manifestarse con la paridad tomada de la circuncision del Precursor. Y así por lo que toca el lugar y al ministro, podrá el pintor erudito observar este modo de pintar, el cual está ciertamente muy lejos de error y de la menor sospecha de él.

7. Finalmente por lo que toca al instrumento con que se hizo la circuncision, creyeron algunos, no sólo de los del vulgo, sino otros que por su doctrina y erudicion se distinguen de él, que el instrumento de la Circuncision del Salvador fué un cuchillo de piedra, ó una navaja hecha de la misma materia ó de pedernal. Fúndanse los que son de este parecer, en que el instrumento con que Séphora circuncidó á su hijo fué una piedra agudísima, como consta expresamente de nuestra Vulgata en las palabras que ya referimos antes (2): «Tomó Séphora una piedra agudísima y circuncidó el prepucio de su hijo.» Esto mismo se convence tambien del precepto que se le intimó á Josué cuando le mandó Dios (3): «Hazte cuchillos de piedra y circuncida segunda vez á los

(1) Luc., 1, 59.
(2) Exod., 4, 25.
(3) Josué, 5, 2.

hijos de Israel (1).» Pero no faltan varones píos y católicos que, con tener la debida reverencia á la Vulgata, no pueden persuadirse de que la circuncision que hicieron Séphora y Josué, fuese con cuchillos realmente de piedra, sino con navajas ó cuchillos de hierro muy agudos y trabajados con mucho primor; lo que convencen, por cuanto en el mismo tiempo de Moisés estaba bastante conocido el uso del hierro y del acero, el de las espadas, de las navajas, de los cuchillos y de otras cosas de este género: constando ya casi desde el principio del mundo que Tubalcain tuvo el arte de trabajar con el martillo y fué hábil en todo género de obras de hierro y de metal (2). Y en el mismo desierto se intimaron leyes al pueblo que dan bastante á entender el uso del hierro y el de las espadas, como es aquella de los Números (3): «Si alguno hiriese con hierro, etc.» y la que habla del hierro de la hacha con estas palabras (4): «Si al cortar leña, hubiére escapado la hacha de la mano y habiendo caido el hierro del mango hubiere herido al prójimo, etc.» Y no mucho despues se hace mencion de la navaja de afeitar, la que apenas puede concebirse que fuese de piedra. Por esto Sanson hablando de sí mismo (5): «Nunca tocó (dice) navaja á mi cabeza.» Mas por lo que toca á las palabras de la Escritura, podria replicarse el que aquella palabra «Tsur,» que significa muchas veces piedra ó pedernal, significa tambien otras muchas lo que está afilado y que corta, y por consiguiente la espada, el cuchillo ó la navaja que está muy bien afilada con la piedra de amolar: Y por no ir muy lejos, puede esto ilustrarse por lo que leemos en un Salmo (6), donde, cuando dice nuestra Vulgata: «Avertisti adjutorium gladii

(1) V. sobre estos lugares á Cai. Geron. Oleast.
(2) Gen., 4, 22.
(3) Num., 35, 16.
(4) Deut., 19, 5.
(5) Judic., 16, 17.
(6) Salm. 89, 44.

ejus,» se lee en el hebreo: «Tashib tsur charebbo,» cuyas palabras intérpretes de mucho nombre las vierten así: «Retudisti aciem gladii ejus;» esto es, lo que decimos en castellano: «Embotaste el filo de su espada.» Añade elegantemente Cayetano haberse tomado la metáfora, de la espada cuyo filo se ha hecho inútil por haberse apartado de aquella linea, que debiera seguir, lo que decimos en castellano: «Tener vuelto el filo.» Donde, si en lugar de las dicciones «tashib tsur» se tradujera: «Embotaste la piedra ó pedernal» y no «Embotaste ó volviste el filo,» como se lee tambien en la version de Xantes Pagnino, tendria ciertamente un sentido menos idóneo, el cual está claro y patente del modo que lo hemos explicado. Por lo que en el lugar citado de Josué, donde se dice, «cuchillos de piedra» ó en hebreo «charebbot tsurim,» vierte la paráfrasis caldea, «izmelin chariphin, cuchillos agudos:» lo mismo hacen otros que omito. Y así por estos y otros testimonios que paso en silencio, parece se podia colegir muy bien que la circuncision del hijo de Moisés, y la de los israelitas, no se hizo con cuchillos que real y verdaderamente fuesen de piedra, sino de hierro y aguzados primorosamente.

8. Pero la reverencia y veneracion que tengo á la Vulgata, hace que yo espontáneamente y sin dudar admita y conceda, que las circuncisiones de que hablamos se hicieron con cuchillos de piedra; particularmente no ignorando que en la Arabia Petrea se hallan y fabrican piedras agudísimas que cortan muy bien, y que los paganos se valieron de cuchillos de piedra ó de pedernal, no sólo para la circuncision, si tambien para otros usos, lo que consta de Catúlo hablando de Atty, sacerdote impuro de Cibeles (1). Sobre lo cual para exornarlo cumplidísimamente, trae muchas cosas con la erudicion que acostumbra el señor Ramirez de Prado (2), al cual no quiero ni pareceria bien que copiase yo aquí lo mu-

(1) Catúl. Epig., 64.

(2) In Pentecontarch., c. 4, a p. 60.

cho que ha escrito sobre este punto. Sin embargo de todo lo dicho, nada nos precisa á admitir que la Circuncision de Cristo se ejecutase con cuchillo de piedra; antes esto es lo que niego y afirmo como cosa mucho más verosímil, que ésta se ejecutó con cuchillo de hierro ó de acero: pues juzgo que el tiempo, que insensiblemente adelanta y perfecciona las artes, habia hecho mucho antes, que los judíos no usasen de cuchillos de piedra ó de pedernal, sino de hierro muy bien trabajados y muy á propósito para cortar. Ciertamente los usaban ya en tiempo de los romanos; pero quiero citar mejores y más graves testigos. San Justino en su excelente diálogo dice así, hablando con Triphon (1): «Por esto somos nosotros bienaventurados que estamos circuncidados con cuchillos de piedra en la segunda circuncision (2): porque aquella vuestra primera, por haberse hecho con hierro y practicarse hoy del mismo modo, por esto permanece en vosotros la misma dureza de corazon; pero la nuestra, que es la segunda despues de la vuestra, se hace por medio de piedras agudas, esto es por la palabra de los apóstoles de aquella piedra angular que se cortó sin trabajo de manos.» Y baste alegar por todos (por ser tanta la gravedad y sabiduría de este varon verdaderamente angélico) la autoridad de santo Tomás, el cual afirma (3): «Hase de decir que para la circuncision no era de necesidad que el cuchillo fuese de piedra: por esto no hallamos que dicho instrumento estuviese determinado por precepto divino; ni los judíos usaban por lo comun de tal instrumento para la circuncision, como ni hoy lo usan tampoco. Léense sin embargo algunas circuncisiones famosas, hechas con cuchillo de piedra: tal es la que se lee en el capítulo 4, del Exodo, que tomó Séphora una piedra agudísima, y circun-

(1) S. Just., in Colloq. post med.

(2) Alude á aquello de Josué, c. 5, v. 2: Y circuncida segunda vez á los hijos de Israel, lo que aquí mismo se expone como debe entenderse.

(3) S. Thom., 3, p. q. 70, art. 3, ad 2.

cidó el prepucio de su hijo. Y la que se lee en el capítulo 5 de Josué, donde se dice: Hazte cuchillos de piedra y circuncida segunda vez á los hijos de Israel. En esto se figuraba que la circuncision espiritual se habia de hacer por Jesucristo, de quien se dice 1 Corinth. 10: «La piedra era Christo.» Hasta aquí son palabras de santo Tomás. Y así, por no ser bastante fundada, no se ha de admitir la opinion de los que dicen, que en la Circuncision del Salvador se usó de cuchillo de piedra y no de hierro. Ni el pintor erudito, cuando quiera representar este misterio, deberá pintar el cuchillo como si fuera de piedra, sino de hierro.

APÉNDICE DEL CAPÍTULO ANTECEDENTE

sobre la pintura del Nombre de Jesus, resplandeciente en medio de los rayos del Sol.

1. Si se examinan bien y con exactitud las palabras del Evangelista, veremos que ellas no contienen tan expresa y categóricamente (como dicen los escolásticos) la Circuncision de Cristo, sino sólo la imposicion de su santísimo Nombre. Estas son las palabras del Evangelio que se leen en dicha festividad: «Cumplidos los ocho dias para la Circuncision del Niño, le pusieron por nombre Jesus, como le habia llamado el ángel antes de ser concebido.» Esto supuesto, ya que la Iglesia ha tenido costumbre, no solamente de pintar á Jesucristo, sino tambien á este Nombre sagrado é inefable, me ha parecido muy del caso notar algo aquí, aunque de paso, sobre esta pintura y la expresion del Nombre de Jesus. Hubo algunos en el siglo xv, que condenaron por errónea y verdaderamente idolátrica la pintura de dicho Nombre resplandeciente en medio de los rayos del Sol. Mas, para hacer esto más patente, hemos de tomar el agua de más arriba. Aquel seráfico Padre, varon ilustrado con celestiales luces,

san Bernardino de Sena, predicando en toda Italia con mucho fruto de las almas, solía entre otras cosas reprehender con la mayor acrimonia el que hombres blasfemos tomaran en sus bocas sucias el santísimo Nombre de Jesus, jurando por él cosas vanas ó falsas, ó á lo menos ligeras é inútiles; lo que reprehendía con todo el ardor de su espíritu. Para exterminar un abuso tan grande, é infundir al pueblo una idea de la reverencia debida á este santísimo Nombre, que no debe pronunciarse sino con la mayor veneracion, solía este varon tan santo y docto, enseñar al pueblo cuando predicaba, una tablilla muy bien adornada, donde estaba escrito el Nombre de Jesus con las letras acostumbradas y recibidas, esparciendo rayos como el sol por todas partes. No faltaron hombres envidiosos muy opuestos al santo, que llevaron á mal una accion tan pia, y echando el hecho á la peor parte, no sólo comenzaron á infamarle, sino que procuraron persuadir al pueblo, que era él un hombre digno de irrision, y áun execrable. Hizo esto tanto ruido, que san Bernardino fué delatado y acusado al Sumo Pontífice Martino V como reo de una novedad tan perniciosa, y lo que es más, como violador de la fe y fautor de la idolatría. El Sumo Pontífice, temiendo que so color de piedad no se introdujera la novedad de algun dogma pernicioso á la Religion, como hubiese llamado antes á este varon santo, le mandó que en adelante se abstuviera de manifestar dicha tablilla y la tal pintura. Refiere largamente el hecho san Antonino, cuyas son estas palabras (1): «Manifestando (san Bernardino) al pueblo cuando predicaba, por un efecto de devocion, una pequeña tabla donde estaba escrito el Nombre de Jesus con letras de oro, rodeado como si fueran rayos del sol, pero dorados, para que el pueblo lo venerase, y para imprimir por este medio aquel Nombre melífluo, no menos que su significado, en los corazones de sus oyentes: el Papa Martino V, temiendo que de esta novedad no se originase alguna supersticion ó escándalo en la Iglesia, ha-

(1) S. Antonin., p. 3, hist. tit. 44, c. 5, § 2.

biendo precedido una madura junta de sabios, llamó al santo, y le mandó que en adelante no manifestase al pueblo la tal tablilla, y que dejase aquella ceremonia; lo que cumplió humildemente (san Bernardino) como hijo que era de obediencia.» Hasta aquí san Antonino. Pero despues, habiendo el santo con humildes súplicas alcanzado del Papa que le fuese permitido ventilar este punto con sus contrarios en presencia de su misma Santidad; como hubiese conseguido victoria contra sus enemigos que envidiosamente le motejaban (bien que no la alcanzó sin la ayuda y socorro de san Juan de Capistrano, religioso de la misma Orden Seráfica); aprobó el Papa, y recomendó en gran manera dicha pintura y la tablilla en que con letras de oro se expresaba el nombre de Jesus, como lo refieren más largamente los escritores de la misma Religion, entre los cuales puede verse á Fray Damian Cornejo que vale por muchos, varon verdaderamente ilustrísimo, no sólo por su dignidad, si tambien por su sabiduría y elegancia en su obra de los *Anales* de los Padres Franciscos (1).

2. Baste lo dicho, por lo que toca á nuestro asunto: de que se echa de ver claramente, que no sólo sin nota de error, antes con mucha alabanza y recomendacion de una piedad sólida y verdadera, se suele y debe pintar la tablilla de que hemos hablado, sin que hagan fuerza las razones ó calumnias que inventaron en otro tiempo los que á esto se oponian. Pues con esta tablilla (que ya es frecuente) no dan á entender los hombres pios y cuerdos que en solas las letras del nombre de Jesus haya algun poder, virtud ó divinidad, sino en lo que se significa por este Nombre, siendo por otra parte una cosa no rara ni poco frecuente en las Escrituras, el tomar algunas veces los nombres por los mismos significados; pues no hay cosa más usada y comun en el antiguo Testamento, particularmente cuando se habla de Dios. Así vemos, que el mismo Moisés, promulgador de la Ley que Dios habia in-

(1) Tom., 4, l. 4, 6, 10, et 12.

timado y establecido, fué esclarecido intérprete de lo que ahora vamos tratando, cuando dijo (1): «Si no guardares é hicieres todo lo contenido en esta Ley que está escrito en este volúmen, y si no temieres su nombre glorioso y terrible, esto es, al Señor tu Dios, aumentará el Señor, etc.» Y no sólo la Sagrada Escritura toma algunas veces los nombres por él mismo nombrado, cuando habla de Dios, sino tambien hablando de otras cosas, por ejemplo, de los hombres. Tal es lo que leemos en los Hechos Apostólicos, donde, cuando dice nuestra Vulgata (2): «Habia una muchedumbre de hombres, como unos ciento y veinte, en los ejemplares griegos, se lee no de *hombres*, sino de *nombres*, á saber ἦν τε ὄχλος ὀνομάτων: *Habia una muchedumbre de nombres.*» Y en el Apocalipsis, tanto en los ejemplares latinos como en los griegos, se lee (3): «Et occissa sunt in terræ motu nomina hominum septem millia,» que es lo mismo que siete mil hombres.

CAPÍTULO III

De la pintura de la adoracion de los Reyes Magos y lo qué en ella se puede aprobar ó reprehender.

1. Aunque san Mateo es el único entre todos los evangelistas que nos dice haber adorado los Magos á Cristo Señor nuestro: sin embargo, el mencionado evangelista, á quien se lo reveló el Espíritu Santo, y él lo manifestó despues á la Iglesia, habla tan clara y distintamente de dicha adoracion, que no cabe más. Por lo que se celebra este misterio con mucha veneracion, y se ha celebrado ya desde los principios de

(1) Deut., 28, 58.
(2) Act., 1.
(3) Apoc., 11, 13.

la Iglesia con el nombre de Epifanía ó de manifestacion del Señor. Mas, sobre si esta adoracion sucedió realmente el mismo dia en que la celebra la Iglesia ó en otro; aunque la parte afirmativa está fundada en argumentos gravísimos y casi inconcusos: con todo no puede decirse que es de fe. Solamente advierto, por lo que hace á mi intento, que el que alargase mucho el tiempo de dicha adoracion (esto es, el que dijese que se hizo despues de la presentacion de Cristo en el Templo) se verá precisado á decir que se hizo ó fuera de la Judea, en la ciudad de Nazareth, lugar de Galilea (lo que tengo por falso), ó que absolutamente nunca se pudo hacer, lo que no se puede decir, y seria un error grande contra la fe. Porque el que haya dicho san Epifanio (1), autor por otra parte grave y doctísimo, que los Magos adoraron á Cristo despues de dos años de su Nacimiento; en lo que siguió tal vez á Eusebio de Cesaréa (2): por más que intente probarlo de las mismas palabras del Evangelio, donde hablando de Herodes, se dice que (3): «Viéndose burlado de los Magos, montó en cólera, y envió á matar á todos los muchachos que habia en Belen y en todas sus cercanías, que fuesen de dos años abajo, segun el tiempo que habia entendido de los Magos.» Por más que, como digo, lo afirme expresamente, con todo está esto tan lleno de dificultades tan graves y casi insuperables, que con mucha razon, así los Santos Padres, como los intérpretes que han escrito despues de san Epifanio, se han apartado de este modo de pensar: lo que podria yo convencer y manifestar con argumentes irrefragables, si no fuera esto alejarme demasiado de mi asunto. Y así, siguiendo la mente de la Iglesia, supongo y afirmo que dicha adoracion la hicieron los Magos en la misma ciudad de Belen el mismo dia en que la Iglesia celebra tan solemnemente esta festividad. Porque, como sabiamente, segun acostumbra, notó san Juan Crisós-

(1) San Epiph., hæres., 30 et 31.
(2) Lo que se puede probar de su Cronicon.
(3) Matth., 2, 16.

tomo (1), quiso Jesucristo quedarse casi todos los cuarenta dias en la ciudad de Belen, para manifestar á los judíos la oportunidad que tenian (si hubiesen querido inquirir la verdad) de conocer el lugar de su Nacimiento: pues ellos, ó por una suma ignorancia ó por una refinada maldad que les es familiar, parecía que negaban esto ó que lo ponian en duda, pensando ó esparciendo voces de que habia nacido en Galilea: esto es lo que daban á entender claramente, cuando se atrevieron á decir (2): «¿Acaso ha de venir Cristo de Galilea? ¿Por ventura no dice la Escritura que vino Cristo de la raza de David y del castillo de Belen, de donde era David?» En atencion, pues, á la dignidad y celebridad de un hecho tan grande, quiso Cristo quedarse en Belen todo aquel tiempo, y recibir allí el debido obsequio que le tributaron los Magos y los gentiles.

2. Mas, sobre si los Magos adoraron á Cristo en el mismo lugar donde habia nacido, esto es, en la misma cueva de Belen, no están conformes en este punto los Santos Padres é intérpretes. Muchos Padres, singularmente los más antiguos, dicen claramente que el lugar de la adoracion fué el mismo del Nacimiento. De este parecer es san Justino Mártir (3), cuyas palabras, por ser de un autor tan docto y antiguo, no será fuera de propósito el ponerlas aquí á la letra. Dice, pues: «Allí (esto es, en la cueva de Belen, de que está hablando) puso María en el pesebre á Cristo recien nacido; allí le encontraron los Magos, que venian de la Arabia.» La misma sentencia sigue san Gerónimo (4), el cual examinó diligentemente y veneró aquellos santos lugares; por lo que, hablando de la cueva de Belen, dice: «En este pequeño agujero nació el Criador de los cielos; aquí fué envuelto en pañales; aquí le vieron los pastores; aquí le dió á conocer la estrella;

(1) S. Chrys., t. 7, in Matth.
(2) Joan., 7, 41 et 42.
(3) San Just. Mart., in Dialog., cum Triphon.
(4) San Geron., epist. ad Marcellam.

aquí le adoraron los Magos.» La misma sigue san Agustin (1), el autor «Operis imperfecti (2).» Euthimio y otros muchos: de suerte que uno de los más esclarecidos intérpretes de los Evangelios (3), no duda afirmar ser esta la sentencia casi comun de los Santos Padres. Mas, como la autoridad del Evangelio (particularmente cuando ésta se puede defender con razones buenas, y sólidas, y se agrega al mismo tiempo el peso é interpretacion de los autores) se debe estimar en más que otra cosa alguna: por esto pienso yo que en este particular se ha de discurrir de otra manera.

3. Juzgo, pues, que los Magos encontraron á Cristo, no ya en el pesebre ó en la cueva de Belen, sino en otro lugar más decente y acomodado: esto es, en alguna de las casas del lugar, ó si á alguno le pareciere mejor, en el mismo meson desocupado ya de la muchedumbre y turba de pasajeros. Porque, el que la majestad de Jesucristo quisiese nacer en una cueva que servia de cuadra ó de establo, y el que estuviese recostado en el pesebre, era cosa que encerraba misterio, y fué para darnos ejemplo: mas, el que despues fuese puesto en un lugar algo más decente, era cosa que tocaba á la piedad y amor de sus santísimos Padres. Muévome á pensar de este modo, lo primero, por las palabras del Evangelio que dice (4): «Y entrando en la casa, hallaron al Niño con María su Madre:» donde se ve que aquel lugar ya no se llama caverna ó cueva, sino clara y distintamente casa. Lo segundo por la autoridad de san Juan Crisóstomo (5), el cual lo insinua y expone con bastante claridad, y todavía más expresamente Teofilacto (6), el cual sigue abiertamente como siempre á san Juan Crisóstomo. Y por último me mueve á afirmar esto

(1) San August., Serm., 1 et 2, de Epiphanía.
(2) Aut. Oper. imperf., hom. 2, in Matth.
(3) Juan Maldonado.
(4) Matth., 2, 11.
(5) San Chrys., hom. 8, in Matth.
(6) Theoph., ad cap. 2. Matth.

con menos temor; la autoridad (que para mí es de mucho peso) del intérprete de los Evangelios que citamos poco ha (1). Este autor, despues de haber referido en compendio todo lo que acabamos de decir, añade: «Ya se habia dado cumplimiento al misterio. Es de creer que ya habia cesado la necesidad; y la piedad de María y de José nos persuade que buscaron con la mayor diligencia un lugar más acomodado.» Y respondiendo al argumento que podria hacerse sobre la autoridad de los Santos Padres, dice: «Los autores que hemos alegado antes, acaso más en tono de sermon que haciendo el oficio de intérpretes, dijeron que los Magos adoraron á Jesus en el pesebre, por cuanto esto parecia que aumentaba el misterio, y la admiracion y fe de los Magos. Y así, viniendo ahora á nuestro asunto, sacamos por conclusion, que hacen bien los pintores que pintan la adoracion de los Magos en el pesebre y que están libres de toda nota de reprehension; y que los que la pintan en alguna casa ó en otro lugar más decente, hacen igualmente bien y acaso mejor, por lo que acabamos de decir. Mas el que unos y otros en la adoracion de los Magos pinten enteramente desnudo á Jesus recien nacido, y que en esta forma se lo da á adorar su santísima Madre; es error ó un juego de una fantasía extravagante que ya hemos reprehendido antes (2), tratando de la Natividad del Señor, por hacerse increible que la piadosísima Madre que tenia un amor tan grande á su Hijo, en tiempo de invierno y en una region que no carece de frio, tuviera en sus brazos enteramente desnudo al Niño recien nacido, y que así lo diera á ver y adorar á los Magos y á otros: por no decir ahora nada de la modestia de la Vírgen recien parida, de su pudor y circunspeccion, que (por decirlo en una palabra) todo era digno de la Madre de Dios. Suelen tambien pintar á la Santísima Vírgen en este misterio, teniendo al Niño en sus brazos, lo que me parece muy bien; pero no, el que alguna vez

(1) Juan Muldon., sobre este lugar, col. 56.
(2) Arriba, cap. I, n. 6.

la pintan en pié: antes quisiera que la pintaran sentada, por ser esto más conforme á la dignidad de Madre de un tan gran Rey, á quien los Magos que fueron reyes (como veremos luego), desde regiones tan remotas venian á tributarle adoraciones.

4. Hácense muchas preguntas acerca de los Magos que adoraron á Cristo, que no son ciertamente de nuestro asunto é instituto, por no ser cosas que se representen ni puedan representarse en las pinturas. Por esto, sólo tocaré lo que se puede y suele ponerse á la vista. Primeramente se echa de ver bastante que los Magos fueron muchos; mas no que fuesen doce, como sintió el autor «Operis imperfecti,» movido de una escritura apócrifa, que se intitulaba «Seth,» la que dice existia en su tiempo: pero sin duda que fueron más de dos, pues el Evangelista (ó á lo menos la version griega del texto del Evangelio que leemos en la Vulgata) no usa del dual, lo que podia con mucha facilidad, sino del plural. Por lo que la sentencia comun y recibida, no sólo del vulgo, sí tambien de los Santos Padres (1), es que fueron tres; y así no deben pintarse más ni menos que tres. Mas, por lo que mira á otras cualidades del cuerpo, por ejemplo, que uno de ellos fuese muy viejo, otro mozo, y el otro enteramente negro, como un etíope; todas estas son cosas de que se tiene poca ó ninguna noticia, y por esto el mismo cardenal Baronio, no las juzgó dignas de ponerlas en sus doctos y eruditos anales. Y así damos de buena gana á los pintores sobre este punto la licencia que ellos mismos tan liberalmente se apropian: aunque, para decir lo que siento, esto último de pintar á uno de los Magos enteramente negro, se me hace muy difícil, y me parece demasiado atrevimiento, ya fuese que ellos viniesen de Persia, como quieren muchos Santos Padres (2) é intérpretes; ó ya de la Arabia, lo que tengo por

(1) S. Aug., Serm. 29, et 33, de Temp. S. Leon en varios Sermones de Epiph. Rup. in Comment., sobre este lugar.

(2) Chrys., homil. 7, in Matt. Auct. Oper. imp. tom. 2. Cyr. Alexandr., lib. 4, in Isai. Juvenc. Poet. y otros muchos.

más verosímil, por el peso de muchas razones y autoridades: pues de este parecer fueron san Justino Mártir (1), Tertuliano (2), san Cipriano (3), san Epiphanio (4) y otros: y esto mismo demuestran tambien los dones que ofrecieron, y algunas otras circunstancias.

5. Parece negocio de mayor monta el determinar si los Magos fueron Reyes ó no, y por consiguiente si deben pintarse con insignas reales ó de otro modo. Un intérprete hereje (5), y por tanto, no sólo malo, pero más hinchado de lo que debiera, hace burla y se mofa de la Iglesia por creer con fe católica (conforme el dice) que los Magos fueron Reyes. Pero se engaña: y miente en primer lugar, por afirmar que la Iglesia enseña esto, y que lo tiene como cosa cierta y de fe; pues no es así. Porque, aunque la Iglesia probablemente se persuada y se incline á que los Magos fueron reyes, y en este sentido tome en el rezo de la Epifanía aquellas palabras del Salmo 71: «Los reyes de Tharsis y las Islas ofrecerán dádivas; los reyes de la Arabia y de Sabá traerán dones:» sin embargo, en ninguna parte dice, ni lo ha enseñado nunca, que esto se haya de creer como de fe: antes deja al arbitrio de cada cual el juzgar libremente sobre este particular; de cuya libertad, habiéndose valido un poeta católico, y verdaderamente pío (por callar ahora lo que han dicho autores más severos) cantó en otro tiempo, hablando de los Magos (6): «Nec Reges, ut opinor, erant. Ni eran reyes, segun pienso.» Además, que si quiere este hereje calumniar y burlarse de la Iglesia, búrlese tambien de la muchedumbre de Santos Padres antiguos que dicen lo mismo. Pero pasemos

---

(1) Just. Mart., in Dialog. cum Triphon.

(2) Tertul., lib. contra Judæos, cap. 9, et lib. 3, contra Marcion., cap. 13.

(3) Cypr. Serm. de Stella, et Magis.

(4) Epiphan., in Epit.

(5) Theodor. Beza, in Annot. sobre este lugar.

(6) Baptista Mantuanus in Fastis.

adelante, y aunque nos hayamos apartado algun tanto de nuestro principal asunto; sin embargo detengámonos en esto todavía más, y examinémoslo más despacio; pues así, no solo taparemos la boca á este desvergonzado hereje, sino que lograremos tal vez que sientan mejor hombres por otra parte píos y católicos, de los cuales algunos llaman á este modo de pensar opinion del vulgo. Es, pues, sentencia muy comun y plausible de muchos Santos Padres, de los que yo he podido ver, cuyo parecer gustosamente abrazo, de que los Magos, que guiados de la estrella adoraron á Cristo, fueron reyes; no muy opulentos como los de Persia, los de la India y de otras naciones, sino que eran unos régulos ó dynastas, y que tenian mando sobre pequeñas regiones. Pues la Arabia, de donde dijimos arriba que vinieron los Magos, está llena ahora, y lo estuvo siempre, de semejantes régulos y dynastas, á quienes hoy llaman señores ó emires, principalmente la que llamaron «Feliz:» y no sólo esta, sino tambien la que llaman «Petrea,» y la que, por tener sus campos cubiertos de arena, y hallarse tan desnuda é inculta, la dieron el nombre de «Desierta.» Y esto, no solamente lo he de probar con testimonios de la Sagrada Escritura, sí que tambien quiero hacerlo patente por las historias profanas. Estrabon, corifeo de los geógrafos, lo atestigua en varios lugares; y hablando de los Scenitas, gente que compone parte de la Arabio, ó que á lo menos están juntos á ella, dice (1): «Los régulos que están á una y otra parte del rio, como tenga, una region poco fértil, y habiten la menos pobre, tienen dominio sobre ella, y exigen cada uno de ellos su tributo, y éste exorbitante.» Y hablando despues más claramente de los mismos árabes que habitan aquel país, dice (2): «Cada una de las ciudades obedece á su Príncipe: ellas son felices, y tienen templos y palacios muy bien fabricados; pero las casas son de maderas trabadas unas con otras, semejantes á las de Egip-

(1) Estrab., Geograph., lib. 16, p. 748.
(2) Eod. lib., p. 768.

to.» Lo mismo afirman otros, como lo probaremos luego. Pongamos entre tanto á la vista los testimonios de los Santos Padres, que varias veces atribuyen á los Magos dignidad real. San Cipriano, dice (1): «Como si no fuera bastante para darse á conocer Cristo á la pérfida nacion de los judíos, el que los ángeles hablasen á los pastores, que la estrella se apareciese á los Reyes, y que concordes los oráculos de los Profetas, todos á una diesen testimonio de Cristo, de su Natividad, de su persona y del lugar.» Donde se ve, que los Magos, á quienes se apareció la estrella, expresamente se llaman Reyes. S. Hilario hablando de los Magos, que adoraron á Cristo, dice (2): «Traíasele al Señor por el mundo mismo aquello que una impía religion tenia en mayor estima, midiendo los Magos las obras de la virtud de Dios por aquella falsa idea que tenian formada de las cosas; y así ellos mismos eran los que venian á traer el oro, el incienso, y la mirra, dones buscados para este fin de las regiones de los etíopes y de los sabéos: lo que puntualmente advirtió otro profeta, cuando dijo: En su presencia se postrarán los etíopes, y sus enemigos lamerán la tierra. Los reyes de Tharsis le ofrecerán dádivas, los de Arabia y Sabá le traerán dones, y del oro de Arabia se le hará un presente.» Y san Juan Crisóstomo (3), reprehendiendo la tibieza, desidia, y dureza de los judíos, dice: «Debieran ellos haber echado de ver al instante la grande dignidad que se les habia añadido con la Natividad de un tan gran Rey, que en su nacimiento glorioso habia atraido á sí al rey de los persas.» Y en el mismo lugar añade poco despues: «Era muy consiguiente, que por más que nada hubiesen sabido de los más ocultos y altos misterios, conocieran sin embargo su felicidad por la presente novedad de las cosas, pudiendo decir con razon: Pues si los persas temen ya á nuestro Rey recien nacido, ¿con cuánta más razon podrán temerle cuando grande, y deberán

(1) Cypr., Orat. de Baptismo Christi, et manifest. Trin., al principio.
(2) Hilar., lib. 4 de Trinitate.
(3) Chrys., homil. 6, in c. 2, Matt.

sujetarse á su imperio?» Donde se ha de advertir, que este elocuente Padre, no pretende que alguno de los Magos fuese rey de Persia, y solamente da á entender que fueron régulos, y de los principales dynastas, que habia en el reino de los persas. Esto mismo fué lo que cantó Juvenco, sacerdote español, el cual fué el primero, así de los griegos, como de los latinos, que escribió en verso los Evangelios, y con razon se puede contar entre los Padres de la Iglesia (1). En cuyo pasaje se ve clarísimamente, que los Magos eran los principales entre los orientales, y que fueron elegidos de aquella gente más distinguida. Podría citar aquí otros muchos testimonios; pero baste el consentimiento unánime de los que he producido.

6. A nadie debe causar dificultad que el Evangelista no los llame reyes ni régulos, sino solamente magos. De que parece se siguen dos cosas: la primera, que no vinieron de la Arabia, contra lo que acabamos de establecer, pues el nombre de magos no es nombre árabe, sino de Persia: y la segunda, que no fueron reyes: porque de otro modo no callaria el Evangelista esta circunstancia. Digo, que esto no debe mover á nadie. Porque en primer lugar, que se hayan confiado los mayores imperios á los magos y sabios, como eran estos de quienes hablamos (pues bajo el nombre de magos no se entiende que fueran mágicos ó encantadores) lo dice Estrabon con estas palabras (2): «Acostumbraron nuestros mayores tributar honores y confiar los imperios á los sacerdotes egipcios, caldeos y magos, que se aventajaban en sabiduría á los demás.» Y que hubiese magos, no menos en la Arabia, que en la Persia, lo sabrá cualquiera que á más del citado Estrabon leyere á Plinio (3), el cual, expresamente afirma que no de otro modo se hicieron sabios Pytágoras y Demócrito, sino «por la conversacion y trato con los magos de Persia y de

(1) Juvenco, lib. 1, de Evangel. hist.
(2) L. 1. Geog.
(3) Plin., lib. 25. Nat. hist., cap. 2.

Arabia.» Lo mismo afirma, Porphyrio citado por san Cirilo (1). ¿Pero qué más? Es tan cierto que la Arabia, principalmente la que llamaron feliz, abundaba de muchos magos, que esto fué lo que dió el nombre á un golfo del mar junto á la parte más oriental de la Arabia Feliz, como claramente lo indica Ptolomeo (2) y lo dió tambien á cierta isla del mar Eritreo ó Bermejo, conforme lo atestigua el mismo excelente geógrafo (3). Con efecto, el santo Job, de quien refiere la Escritura (4), que «fué este varon grande sobre todos los orientales,» era árabe, segun afirma clara y categóricamente san Juan Crisóstomo (5), ó idumeo, nacido y criado en aquellos lugares poco distantes de la Arabia, como nadie puede ignorar por poco que haya saludado las sagradas Letras. Era Job sin duda rey ó régulo, segun sienten unánimemente los Santos Padres é intérpretes y áun se echa de ver de las mismas palabras del mismo Libro (6). Y sus tres amigos, que la Escritura llama Elíphaz Temanites, Baldad Suhites y Sophar Naamathites, eran hombres sabios, que estaban muy instruidos y versados en el conocimiento de las cosas naturales, en la ciencia de la Dialéctica, de la Filosofía natural y moral, y en la Astronomía, como se deja ver bastante del contexto de todo aquel libro; de suerte, que seria cosa pueril querer alegar aquí algunos lugares para confirmarlo. Sobre que sin embargo puede verse el sabio y eruditísimo intérprete de dicho Libro, el Padre Juan Pineda (7). Y es tan cierto que éstos fueron reyes ó á lo menos régulos y dynastas, que consta de la Sagrada Escritura, que los llama reyes en el Libro de To-

(1) Cyril. Alexand., lib. 10 cont. Jul. Imp.
(2) Ptolom., lib. 6 Geograph., c. 7.
(3) Lib. 4, c. 8.
(4) Job., 1, 3.
(5) Chrys., in Proœm. catenæ in Job, pag. 14.
(6) Job, 9, 9.
(7) V. en sus Prolegom. y cap. 1. Job a n. 15.

bías, donde se lee (1): «Porque así como los reyes insultaban al Santo Job, así, etc. Y así no debe causarnos ninguna admiracion que los Magos que adoraron á Cristo feésen reyes ó á lo menos régulos, pues aunque esto no lo diga expresamente la Escritura, nos ha dado ella misma muchos motivos por donde conjeturarlo. Tales son las conjeturas siguientes: Que habiendo emprendido un camino tan largo, supuesto que viniesen de la Arabia Feliz, que abunda mucho de incienso, y produce muchísimo oro, fueron á Belen á adorar á Cristo, lo que no parece ser propio de hombres particulares ni de filósofos: Que ellos poseyeron y abrieron sus tesoros: Que, si los Magos hubieran sido hombres particulares y no más, nunca se hubieran atrevido (como lo advirtió san Juan Crisóstomo) á confesar abiertamente delante de un tirano, que ya habia nacido el legítimo rey de los judíos; conjetura, que todavía la confirma más el mismo santo: porque así que llegaron á Jerusalen, y dieron noticia á Herodes del motivo de su venida, no los apartó él ignominiosamente de sí, ni los mandó crucificar, lo que ciertamente hubiera ejecutado, si hubiese pensado tratar con unos hombres meramente particulares. Quede, pues, sentado, que aquellos Magos á quienes su grande fe les ha hecho tan célebres, si bien no fueron reyes poderosísimos; sin embargo, fueron en cierto modo, reyes, y por tanto, que se han de pintar sin duda con algunas insignias reales. El lector erudito disimulará el que fuera de lo que acostumbro, haya hecho yo una disertacion algo prolija.

---

(1) Tob., 2, 15.

CAPÍTULO IV

De las pinturas de la Presentacion de Cristo en el Templo, y de la Purificacion de nuestra Señora; y lo que acerca de ellas se ofrece digno de notarse.

1. Es antiguo y comun axioma del Derecho (1), que los príncipes no están sujetos á las leyes: lo que siendo verdad, y estando recibido para con los príncipes terrenos, tenia sin duda mucho más lugar en Jesus y María, Señores del Cielo y de la Tierra. Pero así como Jesucristo, aunque no estaba obligado á la ley de la Circuncision, por ser él el que antiguamente la habia impuesto y promulgado; quiso no obstante ser circuncidado; así quiso tambien, que María su Madre, aunque no estaba sujeta á la ley de la Purificacion, por ser Vírgen del todo pura é intacta, sin embargo se purificase en el Templo, conforme á la costumbre. Este misterio, aunque en parte es comun á Jesus y á María, con todo me ha parecido ponerlo en la clase de los misterios de Cristo, por parecerme que así lo hace y observa la Iglesia, de suerte que los griegos lo llaman «encuentro del Señor.» Acerca de pintar y representar este misterio, no es decible cuánto se engañan nuestros pintores, con quienes he de lidiar otra vez, bien que amigablemente: pues sólo pretendo, que instruidos por hombres más sabios, queden más advertidos en adelante si alguno de ellos se dignare leer esta mi obra. Lo que para hacerlo más perceptible, me ha parecido poner primero á la vista el modo con que pintores y artífices de mucha fama suelen delinear y pintar este misterio. Pintan en primer lugar, como que esto se ejecuta en el Templo: y en ésta parte, no tiene duda que obran bien y con prudencia; pero no, en

(1) L. Princeps, 31. ff de Legib., y en la L. Digna vox 4, eod. Cod.

pintar un Templo enteramente semejante á los nuestros, sostenido con gruesas columnas, cubierto por todas partes, y terminando en cúpula ó media naranja. Nada digo de colocar en las paredes ó entre columna y columna imágenes ó estátuas de cuerpo entero, y cosas semejantes, por llamarme la atencion otras particularidades. Pintan, pues, el Arca del Testamento, cubierta toda de querubines y palancas para llevarla; y además, no lejos de ella, el santo Simeon vestido con las vestiduras y ornamentos del Sumo Sacerdote de la Ley Mosáica, teniendo en sus brazos y estrechando consigo al Niño Jesus. Finalmente, delante de la mesa, que nos la representan adornada con un rico tapete, pintan arrodillados á la Santísima Vírgen y á san José; y sobre la misma mesa en un pequeño canastillo, aquel par de tórtolas, ó de palomas, que consta haber ellos ofrecido por la Purificacion de María. Esto es lo más principal y lo que justamente se debe advertir. Porque, el que se añadan muchachos arrodillados, vestidos con túnicas de grana, y sobre ellas, para mayor adorno, sobrepellices ó roquetes, de suerte que parecen enteramente semejantes á los que sirven en nuestros templos, es ligereza que apenas merece notarse sériamente: saltando á los ojos, áun de los menos sabios é instruidos, que dichos muchachos, como otras cosas tales, son inauditas y ajenas del culto que en la Ley antigua se tributaba á Dios en el Templo. Confieso que todo esto ha tenido su orígen de la piedad é imaginacion de gente devota, pero no bastantemente instruida, por lo que fácilmente conocerá el que quiera tomarse el trabajo de examinarlo con algun cuidado, ser éstas por lo comun cosas falsas y disparatadas.

2. Comenzando, pues, desde el principio, advierto desde luego á los pintores (lo que no advertiría, si antes no me lo hubiera hecho reparar la extremada ignorancia de algunos) que en toda la nacion de los judíos, y en todos aquellos pueblos que durante la Ley antigua adoraban al verdadero Dios, solamente habia un Templo, donde se le tributaba el debido culto; esto es, aquel célebre Templo, que pri-

mero edificó Salomon (1), el cual de algun modo fué despues restaurado por Zorobabel (2), y que bajo el imperio de Judas Macabeo (3) se vió libre de las abominaciones de los gentiles; y finalmente lo edificó de nuevo, aunque en el mismo lugar, con singular y Real magnificencia, aquel rey Herodes, en cuyo reinado, bien que ilegítimo, nació Jesucristo (4): Herodes, digo, que aunque extranjero, concluyó á grandes expensas, en el espacio de no pocos años, aquella grande obra que sólo cedía al Templo de Salomon. En ninguna otra parte tenia Templo la nacion de los israelitas, ni les permitia la ley que lo tuviesen. Pues en ésta se mandaba, y se les intimó á los israelitas, aún cuando habitaban en el desierto (5): «No hareis así vosotros con el Señor vuestro Dios, sino que vendreis al lugar que eligiere el Señor vuestro Dios de todas vuestras tribus, para poner allí su nombre y habitar en él: y en aquel lugar ofrecereis vuestros holocaustos y víctimas, etc.» Y un poco más abajo (6): «En el lugar que eligiere el Señor vuestro Dios para poner allí su nombre, allí traereis todo lo que os mando, los holocaustos y hostias, etc.,» lo que todavía se dice despues más expresamente (7): «Cuidado no ofrezcas tus holocaustos en cualquiera lugar que se te presentare: sino en el que eligiere el Señor en una de tus tribus, allí ofrecerás hostias, y allí harás todo lo que te mando.» Todos los israelitas estaban obligados por la Ley á comparecer en el Templo en las tres mayores solemnidades que se celebraban todos los años: á saber, en la Pascua de Pentecostés, y en la fiesta de los Tabernáculos. Consta esto mismo de varios lugares de la Escritura, donde se dice (8): «Tres veces al año parece-

(1) 3 Reg., 6.
(2) 1 Esd., 6, 15.
(3) Machab., 6, a v. 34.
(4) Jos. Antiq. Judaic., lib. 15, c. 14.
(5) Deut., 12, 4, 5, 6.
(6) Ib., v. 11.
(7) Ib., v. 13, et 14.
(8) Exod., 23, 17.

rá todo varon tuyo delante del Señor tu Dios.» Y además (1): «En tres temporadas del año parecerá todo varon tuyo delante del Señor Omnipotente Dios de Israel.» Y en otro lugar: «Tres veces al año parecerá todo varon tuyo ante el Señor tu Dios, en el lugar que hubiere elegido: en la solemnidad de los Azymos, en la solemnidad de las Hebdómadas, y en la de los Tabernáculos.» Lo que se repite tambien en otra parte (2). Pues nada digo aquí, que no conste expresamente de la misma leccion de la Sagrada Escritura, con tal que no se lea inadvertidamente y sin poner atencion: y esto, que por sí mismo es tan claro y manifiesto, todavía se confirma más de otros textos. De esta manera: habiéndose apartado primero Jeroboam de Salomon, ó más bien de su hijo Roboam; temiendo astutamente, que si el pueblo, segun mandaba la Ley, iba tres veces cada año á Jerusalen, vendria poco á poco en obedecer á Roboam, y se entregaria á su mando: tuvo el pensamiento sacrílego de hacer (y de hecho lo hizo) becerros de oro, de que tanto se habla en la Sagrada Escritura, la cual, por lo que toca á nuestro asunto, dice así (3): «Y dijo Jeroboam en su corazon: Ahora volverá el reino á casa de David, si subiere este pueblo á sacrificar en la casa del Señor en Jerusalen: y tomará el partido de Roboam su Señor Rey de Judá: y me matarán á mí, y se volverán á él. Lo que, como lo hubiese premeditado, hizo dos becerros de oro y les dijo: No subais más á Jerusalen, etc.» Por cuya razon elogia mucho la Escritura la piedad y religion del viejo Tobías, cuando dice de él (4): Finalmente, como fuesen todos á los becerros de oro que habia fabricado Jeroboam rey de Israel, éste era el que solamente huia las juntas de todos, y se iba á Jerusalen al Templo del Señor, y allí adoraba al Señor Dios de Israel.»

---

(1) Ibid., 34, 23.
(2) 2 Paralip., 8, 13.
(3) 3 Reg., 12, v. 26, 27, 28.
(4) Tob., 1, 5, 6.

3. No ignoro que en tiempo de otros reyes que sucedieron á Salomon, habia algunos lugares en las cumbres de los montes que, segun la mente de muchos Santos Padres é intérpretes (1) estaban consagrados al Dios verdadero, y aunque no todos, pero sí lo estaban muchos á los cuales por razon de la situacion los llamaban «Excelsa: lugares elevados ó altos.» Pero esto no era lo que Dios queria, bien que sin embargo no parecia que lo llevase muy á mal. Por esto, de algunos reyes á quienes alaba la Sagrada Escritura, se dice de ellos como cosa reprensible el que no hubiesen quitado esos «Altos.» Así vemos que despues de haber dicho la Escritura de «Asa» Rey de Judá que (2): «Obró Asa rectamente ante el Señor como David su padre:» añade luego: «pero no quitó los Altos.» Así tambien de su hijo «Josaphat,» á quien se le dan las mismas alabanzas, se dice (3): «Sin embargo no quitó los altos, pues aún ofrecia el pueblo sacrificios é inciensos en los altos.» Finalmente, lo mismo leemos de «Joas,» que á los principios de su reinado fué digno de alabanza (4): de suerte que de Ezechías, que fué un rey singularmente bueno, por colmo de sus elogios, dice la Escritura: «El fué el que destruyó los Altos.» Lo que más abajo se repite tambien de «Josías,» que fué el rey más religioso de cuantos reinaron despues de David (5). He querido advertir todo esto más largamente, para que conste que ni á los judíos, ni aun (lo que comprehende más) á todos los israelitas les fué permitido tener más de un solo templo, como ya advertí tambien tratando de la Circuncision del Señor; por temer (y lo temo todavía) que algunos artífices menos instruidos, acostumbrados á ver áun en las más pequeñas de nuestras ciudades tem-

(1) V. al doctísimo Abul. ad c. 15, lib. 3, Reg. a q. 12, Salian. ad ann. mund. 3080 a n. 5, q. 5, et ad ann. 3338, a n. 8. Torn. Serar., etc.
(2) 3 Reg., 15, 11.
(3) Ibid., 22, 44.
(4) 4 Reg., 12, 3.
(5) Ibid., cap. 35, 5 et 8.

plos consagrados á Dios, y algunos de ellos magníficos, pensasen acaso que esto pudo suceder tambien en la ciudad de Belen, y que por esto se ejecutase la Circuncision de Cristo en el templo, aunque confiesen que cuando fué circuncidado el Señor no salió fuera de los límites y muros de la misma ciudad. Y si bien en los tiempos posteriores los habitantes de Samaria dedicaron de algun modo un templo á Dios en el monte Garizim (1), esto nada prueba, por haber sido aquel templo sacrílego y cismático donde se habia erigido altar contra altar, lo que no era lícito: de suerte que solamente en Jerusalen estaba el templo donde queria Dios ser adorado, á que aludió la Samaritana cuando hablando con Cristo le dijo (2): «Nuestros padres adoraron á Dios en este monte; y vosotros decís que en Jerusalen está el lugar donde conviene adorar al Señor.»

4. Esto presupuesto, que no me parece fuera del caso ni enteramente inútil, digo, que segun la fe del Evangelio y la verdad del hecho, se pinta muy bien como ejecutada en el Templo la Purificacion de María y la Presentacion del Salvador: pero no es bien hecho pintarla en un templo distinto enteramente del de Jerusalen, y parecido del todo á los que hoy tenemos. Porque aquel antiguo Templo en que se sacrificaban y degollaban tantos millares de víctimas y de animales era tan desemejante á los nuestros (donde, como dice san Leon Papa (3), la sola oblacion incruenta del cuerpo y sangre de Jesucristo es de más valor que tantos sacrificios cruentos de víctimas), que no se puede dar cosa más diversa. No me permite la cortedad del tiempo describir á la larga, como lo merecia la dignidad de la materia, cuál era la estructura de un templo tan grande y magnífico: pues lo que de Roma dijo un insigne geógrafo (4) que si se habia de descri-

(1) V. su histor. por Joseph., l. 11, Antiquit. cap. 7 et 8.
(2) Joan., 4, 20.
(3) Serm. 8. de Pas. Domin.
(4) Pomp. Mela, lib. 2, cap. 4.

bir conforme á lo grande y elevado del asunto sería esta otra obra igualmente perfecta ó superior; lo mismo con razon puedo yo decir del templo de Jerusalen: aunque tal vez tocaré algo sobre este punto en otra parte (1). Pero entre tanto, por lo que nos hace al caso, es menester advertir á los pintores que aquel templo constaba principalmente de tres partes: la primera, del santuario con un hermoso vestíbulo, donde solamente podian entrar los sacerdotes, como más largamente lo explicaremos despues: la segunda de grandes átrios, así para los israelitas como para los extranjeros y gentiles (en el mayor y más principal de dichos atrios era donde se celebraban los sacrificios y holocaustos): la tercera, de pórticos de una y otra parte con muchas recámaras ya bajas y ya altas, salas y habitaciones segun el diverso uso de los ministros y ministerios. De estas tres partes solamente los lugares que llamaban «Sancta ó Sancta Sanctorum,» estaban cubiertos con techo; los átrios estaban enteramente descubiertos y expuestos al sol y á la lluvia, y remataban en lo que nosotros llamaríamos *galerías*. Pero nadie negará que es muy difícil poner y representar esto á la vista con solas palabras sin el auxilio de láminas ó pinturas, que lo hacen más perceptible. Por esto advierto á los que quieran tener una noticia más exacta de lo dicho como les corresponde, que examinen con mucha atencion la descripcion del templo que propone Benedicto Arias Montano, y la que hicieron despues los sabios Padres Prado y Villalpando (2): pues de este modo lo percibirán mejor que si yo quisiese explicarlo ahora con mucho rodeo de palabras.

5. De aquí se colige cuán absurdamente hacen los pintores en pintar á la Santísima Vírgen dentro lo más santo y recóndito del templo donde no entraban no sólo las mujeres pero ni aún los hombres que no fuesen sacerdotes, y siempre con esta notable diferencia: que en el lugar que se lla-

(1) Abajo c. 7, n. 3, et c. 10, n. 6. lib. 6, c. 11.
(2) Prado y Villalpand., tom. 2, in Ezech.

maba «Sancta», entraban los sacerdotes que ejercian su ministerio turnando por semanas, como diremos más largamente en otra parte (1): pero en aquel lugar que por la profundísima reverencia que le tenian se llamaba el «Sancta Sanctorum,» donde estuvo colocada el Arca (mientras permaneció en el Templo) y donde se adoraba la Majestad del Señor sentado sobre los querubines; á nadie le era permitido entrar sino solamente al Sumo Sacerdote, y esto no todos los dias, ni aun todos los meses, sino sola una vez al año. Consta expresamente todo lo dicho de las mismas palabras de la Ley, que dice (2): «Orará Aaron sobre sus extremidades una vez al año derramando la sangre de la víctima que se ha ofrecido por el pecado, y esta expiacion continuará siempre entre vosotros de generacion en generacion. Este será el culto más santo que tributareis al Señor;» y en otro lugar dice Dios á Moisés (3): «Dí á tu hermano Aaron que no en todos tiempos se atreva á entrar en el Santuario á la parte de adentro del velo que está delante del propiciatorio y cubre el arca, para que no muera. Lo que declarándolo más, dice la Escritura (4): «Y observareis esto perpétuamente de orar una vez al año por los hijos de Israel y por todos sus pecados.» Y el apóstol san Pablo, como instruidísimo que estaba en el conocimiento de estas cosas, lo ilustró sabiamente cuando dijo (5): «Al primer tabernáculo entraban siempre los sacerdotes cuando consumaban los sacrificios; pero al segundo solamente una vez al año el Sumo Pontífice ofreciendo sangre por su propia ignorancia y por la del pueblo.» Y queriendo manifestar el mismo Apóstol que esto en un sentido más elevado conviene propia y aptísimamente á Jesucristo, añade (6):

(1) Lib. VI, cap. 11.
(2) Exod., 30, 10.
(3) Levit., 16., 2.
(4) Ibid., v. 34.
(5) Hebr., 9, 6, 7.
(6) Ibid., vers. 11.

«Cristo haciendo de Pontífice de los bienes futuros, por un tabernáculo mucho más excelente y más perfecto no fabricado por manos de hombres, esto es, que no era de esta creacion; ni mediante la sangre de machos de cabrío ni de becerros, sino por su propia sangre, entró una vez en el Santuario, habiéndonos redimido para siempre.» Pero todavía disuena más, lo que acaso repararán pocos, el que los pintores representen allí el Arca del Testamento, siendo cierto que despues de la cautividad de Babilonia no estuvo más en el templo; y constando que cuando se iba acercando dicha cautividad la escondió el profeta Jeremías, como nos lo enseña la Sagrada Escritura, que dice (1): «Y viniendo Jeremías encontró una cueva, y allí metió el tabernáculo, el Arca y el altar del incienso, y cerró la puerta.» En esto mismo convienen no sólo Josepho Hebreo (el cual afirma expresamente (2) que en su tiempo nada se encontraba en el lugar que se llamaba «Sancta Sanctorum») y los demás doctores hebreos; sino tambien generalmente los Santos Padres é intérpretes católicos: ni hombre alguno ha sabido jamás donde se colocó despues ni dónde está ahora, lo que coligen de las palabras que inmediatamente se siguen (3): «Y se le acercaron al mismo tiempo algunos que le seguian para advertir el lugar, y no lo pudieron hallar. Así que lo conoció Jeremías, reprehendiéndoles les dijo: que aquel lugar estaría desconocido hasta que Dios congregase todo el pueblo y le fuese propicio.» Esta perfecta congregacion, dicen los intérpretes que se ha de hacer en el fin del mundo, y de aquí infieren que entonces el Arca de la Alianza se manifestará á todos en el cielo; lo que prueban de aquello del Apocalipsis (4): «Se abrió el templo de Dios en el cielo; y se vió el Arca de su testamento en su templo.» Y más expresamente lo

(1) 2 Machab., 2, 5.
(2) Joseph., de Bello Judaic, lib. 6, cap. 6.
(3) Machab., ibid., v. 6, et 7.
(4) Apoc. 21, 19.

dicen otros, entre los cuales (por omitir ahora á muchos que podria citar) puede verse el laborioso y pío escritor el Padre Francisco de Mendoza (1). Pero sea lo que fuere de esto último, todos tienen por cosa cierta y fuera de duda que el Arca de la Alianza en tiempo de Cristo no estaba ya en el templo de Jerusalen, y así sería un grande disparate pintarla en el templo.

6. Mas, por lo que toca á pintar al santo Simeon teniendo á Jesus en sus manos y vestido con las vestiduras y adornos de Sumo Sacerdote; es un error y ridiculez, por no decir alguna cosa peor. Era ciertamente propio del sacerdote el recibir la oblacion que segun la Ley debia hacer la mujer recien parida, y orar al mismo tiempo por ella, para que quedara limpia, conforme á aquello del Levítico (2): «Cumplidos los dias de su purgacion por hijo ó por hija, traerá un cordero de un año en holocausto..... á la puerta del tabernáculo del testimonio y lo entregará al sacerdote, el cual lo ofrecerá al Señor y rogará por ella, y así quedará purificada.» Pero este no era oficio del Pontífice ó Sumo Sacerdote, el cual no estaba ni podia ser el único que estuviese dedicado y ocupado en unas cosas que tan frecuente y continuamente acontecian, ni se encontrará una cosa tal en toda la Escritura. Y si por especial providencia de Dios el Sumo Sacerdote hubiese recibido en sus manos al Niño Jesus; no pasaría en silencio el Evangelista una circunstancia tan singular y de tanto peso. El justo, pues, y santo Simeon, no era Sumo Sacerdote; y añado, que ni aún era Sacerdote, entre tantos millares como habia destinados para el empleo y oficio sacerdotal. No ignoro que ha habido Padres que pensaron haberlo sido (3); pero yo me mantengo en mi opinion. Ni por esto piensen algunos (que acaso no están tan enterados sobre este punto, como de-

(1) Mend., t. 2, in l, 1. Reg., ç. 3, n. 1, annot. 15, sect. 2.

(2) Levit., 12, 6, 7.

(3) Cyril. Jerosol., homil. de Occursu Dom. Epiphan., in l. de Vita Prophetar.

bieran) que quiera yo proponerles cosas extraordinarias, movido de novedades de los modernos. Oigan, les pido, al intérprete á quien tanto he citado y citaré en adelante, el cual discurre siempre con mucho pulso y juicio (1): «Algunos creen (dice este gravísimo escritor) que Simeon fué sacerdote, como san Cirilo Jerosolimitano y san Epifanio. Lo contrario dicen Teofilacto y Euthimio, y á mi parecer con mejores fundamentos. Porque si hubiese sido sacerdote no lo hubiera callado el Evangelista, que queria hacer una descripcion exacta de este hombre.» Esto dice Maldonado. Pero yo, además de la razon tomada del silencio del Evangelista, que aquí es de mucho peso, quiero añadir otras que (á mi entender) no son de menor gravedad. Porque hablando el Evangelista de Simeon, despues de haber dicho de él que era hombre justo y timorato, añade (2): «Y vino por Espíritu al Templo.» Esto es, movido y llevado del Espíritu Santo (conforme lo interpretan Teofilacto y Euthimio, que citamos poco ha), ó bien advirtiéndole é ilustrándole el Espíritu Santo y haciéndole saber que hallaría en el Templo á aquel cuya venida esperaba, como lo explicó elegantemente Juvenco, poeta español, (3). Ahora pues (para conceder alguna cosa al genio de la Escuela) arguyo así: Si Simeon hubiese sido sacerdote no hubiera dicho el Evangelista que en aquella circunstancia y ocasion habia ido al Templo movido é ilustrado del Espíritu Santo. Porque los sacerdotes, conforme pedia su oficio, iban al Templo, y perseveraban y habitaban en él por su turno una semana entera, no por algun instinto ó inspiracion del Espíritu Santo, sino por razon de su empleo y oficio: luego, afirmando tan expresamente el Evangelista que Simeon habia ido «por espíritu» al Templo, da á entender y áun lo supone clarísimamente, que no fué sacerdote, sino uno del pueblo, aunque pio y justo. Lo que se convence tambien, por cuanto yendo

(1) Juan Maldon., ad c. 2. Luc., v. 25.
(2) Luc., 2, 25.
(3) Juvenc., lib. 1, histor. Evang.

él al Templo, movido é inspirado del Espíritu Santo, recibió en sus brazos al divino Niño: no que estuviese ya Jesus en el lugar que correspondia, sino (para hablar con las mismas palabras del Evangelista) «cum inducerent eum parentes ejus.» De lo cual arguyo así: Si Simeon hubiera sido sacerdote, no podia ejercer su oficio antes de lavarse y mudarse el vestido, segun estaba prescrito por la Ley(1): El Evangelista no pone que mediase algun tiempo entre la venida del santo viejo y el de recibir en sus brazos al Niño Jesus: Luego no era sacerdote ó no ejercia algun oficio en el Templo, á lo menos en aquellos dias.

7. Pero apretemos más el caso. Doy que fuese sacerdote. Sin embargo, por lo que toca á nuestro asunto, digo, que no se le debe pintar adornado con vestiduras sacerdotales, y mucho menos con las de Sumo Sacerdote. Pues consta por lo que acabamos de decir, que así que llegó al Templo ó muy poco despues, recibió á Jesus en sus brazos: luego no estaba vestido con ornamentos sacerdotales, de que no usaban los sacerdotes sino sólo cuando ejercian sus ministerios, como consta claramente de la Escritura, donde haciéndose brevemente mencion de las vestiduras sacerdotales, así de las del Sumo Sacerdote como tambien de las de los demás, se añade luego (2): «Y usarán de ellas Aaron y sus hijos cuando entraren en el tabernáculo del testimonio, ó cuando se acercaren al altar, para ejercer su ministerio en el Santuario, porque no mueran como reos de pecado.» Lo mismo dice más expresamente un testigo ocular, hombre experimentado y en quien no puede caber sospecha en esta materia; el cual, hablando de aquellos sacerdotes que por algun impedimento (el que no obstante, no argüía impureza ó inmundicia) no ejercian su oficio, y sin embargo eran admitidos dentro del Templo, y dentro de aquel lugar, que era propio de los sacerdotes; afirma constantemente que no se vestian con vestiduras sa-

(1) Exod., 40, 12, 13.
(2) Exod., 28, 43.

cerdotales, sino con las vulgares y comunes. Estas son sus palabras (1): «Los que descendian del linaje sacerdotal, y por causa de ceguera no podian ejercer su ministerio, estaban dentro del lugar destinado para los sacerdotes con los que estaban sanos, y se les daba la porcion que les correspondia por su linaje: pero solamente (atiéndase á estas palabras) usaban de vestidos comunes: pues sólo se vestia con los sacerdotales, el que estaba ejerciendo su ministerio.» Ahora, pues, fuese sacerdote ó no el yiejo Simeon, es error no sólo el pintarle estrechando en sus brazos al Niño Jesus, vestido con adornos pontificales (que seria el mayor disparate), pero ni áun con insignias sacerdotales propias de los sacerdotes comunes. De lo cual, como hemos dicho, hablaremos más largamente en otra parte. Y así, atendiendo principalmente á lo que intenta describir el Evangelista, seria lo mejor y más acertado pintar este misterio representando en la misma entrada del átrio á un grave y venerable viejo, teniendo en sus brazos al Niño Jesus, no estando lejos su santísima Madre y su casto esposo san José: y que el mismo viejo, como arrebatado de una grande alegría, fijos los ojos en el cielo, está pronunciando aquellas palabras llenas de gozo y de placer que refiere el Evangelio. Porque, aunque no conste claramente quién fuese aquel Simeon, sobre que discurren con mucha variedad lor intérpretes, por muchas razones que no es de mi intento aprobarlas ahora, ni reprobarlas, consta bastantemente del Evangelio que era viejo y de avanzada edad: como lo dan á entender aquellas palabras (2): «Esperando el consuelo de Israel» y las que se siguen: «Habíale respondido el Espíritu Santo, que no moriria antes de ver al Cristo del Señor.» Pero seria sin duda acabada y perfectísima la representacion de este misterio, si se añadiera como estando no muy lejos de allí, aquella vieja digna de mucha veneracion, llamada Ana, de la que el mismo Evangelista hace tan glo-

(1) Joseph. de Bello Jud., lib. 6, cap. 6.
(2) Luc., 2, 25, 26.

riosa mencion: pues ésta, llena de dias y de méritos, como hubiese ido al Templo en aquella misma hora, por revelacion sin duda del Espíritu Santo, que le manifestaria la majestad y divinidad que estaba escondida debajo de aquel cuerpecito humano, manifestaba su gozo y daba dignas é inmortales gracias á Dios. Todo lo cual puede fácilmente colegirse de la descripcion que hace el mismo Evangelista (1). Dije de propósito, «atendiendo principalmente á lo que intenta describir el Evangelista:» porque no hay inconveniente en representar tambien otras cosas concernientes á la verdad de la historia, por ejemplo á un sacerdote vestido con su túnica ó cubierta su cabeza con la tiara (de que trataremos en otro lugar más oportuno) el cual esté esperando la oblacion de la Vírgen y tambien á un muchacho que lleva, ó un par de tórtolas (pues no consta con certeza lo qué ofreció María Santísima), ó bien un par de pichones: y otras cosas, que parezcan del caso al pinter sabio y erudito.

CAPÍTULO V

De las pinturas de la huida de Cristo á Egipto, y de algunas cosas dignas de enmendarse y corregirse en esta materia.

1. Segun mi juicio y opinion, es de fe que la huida de Cristo Señor nuestro á Egipto, que refiere san Mateo, sucedió despues de su presentacion en el Templo. De esta proposicion pende el conciliar á los dos evangelistas. Porque, el que temerariamente anticipase la huida antes de la presentacion, como Cristo se quedó en Egipto hasta la muerte de Herodes (2), se veria precisado á afirmar, ó que nunca fué presentado en el Templo y que no cuidaron sus padres de presentarlo al Se-

(1) Ibid., v. 36, 37, 38.
(2) Matth., 2, 15.

ñor, lo que no se puede decir: ó que su Presentacion no fué á los cuarenta dias de su Nacimiento (1): lo que tiene el mismo inconveniente. Huyeron, pues, á Egipto María y José con el divino Niño, despues de haberle presentado en el Templo de Jerusalen, habiendo un ángel avisado antes en sueños á san José que huyera á Egipto (2). Ni es preciso decir, que este aviso se lo dió el ángel en la ciudad de Nazaret, que pertenecia al dominio de Galilea, como pretenden hombres muy sabios (3): basta que sucediera en cualquiera lugar del dominio de Judea, como sienten autores gravísimos (4), á quienes sigue últimamente un pío y erudito escritor (5); ó en la misma ciudad de Belen, á donde dicen algunos que volvieron sus Padres despues de la Presentacion. Porque, el decir san Lúcas que María y José, despues de la Presentacion de Jesus volvieron á Nazaret, con aquellas palabras (6): «Habiendo cumplido todas las cosas segun prescribía la Ley del Señor, se volvieron á Galilea, á su ciudad de Nazaret:» aunque esto dé mucho que discurrir á hombres muy sabios, no hace mucha dificultad; pues esta objecion la han visto y soltado otros escritores. San Lúcas dejó de referir la venida de los Magos y la huida á Egipto; y han acostumbrado, no una sola vez, los evangelistas, cuando les ha parecido bien omitir algo de las cosas sucedidas, que entre sí eran realmente separadas; juntarlas y unirlas como si no hubiera mediado tanto tiempo. Dió solucion á todo esto el gran Padre san Agustin, que sobre este particular se debe leer con mucho cuidado y diligencia; el cual, para conciliar esta aparente contradiccion, dice (7:

(1) Luc., 2, 22.

(2) Matth., 2, 13.

(3) Mald., ad 2, Matt. v. 14.

(4) S. Aug. de Concord. Evang., lib. 2, c. 5, t. 4, p. 173. Beda, Jansen. Cai. ad cap. 2. Luc.

(5) Paul. Pez. in Concord. Evangel, tit. 1.

(6) Luc., 2, 39.

(7) Aug. de Concord. Evang., lib. 2, c. 5, t. 4, p. 143.

«Hase de avertir aquí una cosa, que podrá despues aplicarse á otras semejantes, para que no nos hagan impresion, ni hagamos alto sobre ellas; esto es, que cada uno de los evangelistas de tal manera teje la série de su narracion, que parece un hecho continuado, y no haber omitido cosa alguna. Porque callando lo que no quiere decir, une de tal modo lo que quiere decir, con lo que iba diciendo, que no parece sino un hecho continuado. Pero cuando el uno dice lo que el otro calló, el mismo órden bien considerado indica el lugar en donde pudo omitir las cosas el que las pasó por alto, para que aquello que intentaba decir de tal modo lo uniera á los antecedentes, como si se siguiesen sin haber mediado otros hechos.» Por lo que, la vuelta á Galilea y á la ciudad de Nazaret, se debe entender de manera que esta sucediese, no solamente despues del Nacimiento de Jesucristo, de la Adoracion de los Magos y de su Presentacion en el Templo, sino tambien despues de la vuelta de Egipto, la que enteramente pasó en silencio el evangelista san Lúcas, como tambien la huida.

2. Advertidas estas cosas para la mayor inteligencia de la historia, si ahora hiciera yo el oficio de comentador, deberia advertir otras muchas acerca de la huida de Cristo á Egipto. Pero otro es mi objeto (como he dicho varias veces, y no me cansaré de repetirlo), á saber, el instruir á los pintores y artífices, é imponerles mejor en las descripciones de la historia. No obstante advertiré al lector, que yo no hago ninguna mencion de la mortandad de los Inocentes, que mandó ejecutar Herodes en Belen y en sus confines, cuando vió que le habian engañado los Magos: «Los cuales avisados en sueños de que no volviesen adonde estaba Herodes, se volvieron por otro camino á su region;» á quienes sin embargo les estaba aguardando este rey, no menos impío que astuto, para que le dieran noticia del Niño, segun lo que les habia mandado, cuando les dijo (1): «Id é informaos diligentemente del Niño: y así que le hayais encontrado, dadme noticia de ello

(1) Matth., 2., 8.

para ir yo tambien á adorarle.» Sobre lo cual acaso tendríamos que inquirir otras cosas; pero como éstas no pertenecen al pintor de imágenes sagradas, dejo á otros el cuidado de examinarlas. Por tanto, acerca de este hecho y cruelísima mortandad, no hay cosa de importancia que se deba notar y advertir aquí. El gran Padre de la Iglesia san Agustin hizo una descripcion de ella tan al vivo y con palabras tan expresivas, que no parece sino que se representa delante de los ojos (1); y este mismo hecho lo han figurado otros muchos con admirable variedad y hermosura, entre los cuales exceden Pedro Pablo Rubens y Jacobo, vulgarmente llamado Tintoreto. Volvamos ahora á la narracion, que dejamos pendiente; de la huida de Cristo Señor nuestro á Egipto, en la cual poco hay que necesite correccion y enmienda. Pintan al Niño Jesus en los brazos de su santísima Madre (trono dignísimo de tan grande majestad y santidad), y á la Santísima Vírgen sentada sobre un jumento, que lleva del cabestro su santísimo esposo. Nada de todo esto consta ciertamente del Evangelio. Es verdad: yo lo confieso. ¿Pero qué? ¿Llevaremos por esto á mal y nos indignaremos al ver pintada una cosa, que aunque no conste con certeza, no tiene argumento alguno contra sí, y además está fundada en verosímiles y probables conjeturas? No por cierto. Porque no se hace creible que una Vírgen tan tierna, como lo era la Madre de Dios, pudiese andar á pié tanto camino como hay entre la Palestina y Egipto. Con razon, pues, la pintan sentada ya que no sobre un caballo, á lo menos sobre un jumento; particularmente cuando la Sagrada Escritura nos da á entender, que era esta una costumbre muy antigua, pues hablando de Moisés, dice (2): «Tomó Moisés á su mujer y á sus hijos (que eran muy pequeños), y los puso sobre un jumento, y se volvió á Egipto.» La fecundidad de la tierra y la amenidad de los campos,

(1) S. Aug. Serm., 1, de Innoceutib.
(2) Exod., 4, 20.

que figuran muchas veces los pintores cuando pintan este camino, no es cosa de mucha importancia, aunque consta por otra parte, que los campos que median entre la Palestina y Egipto, no son de los más amenos ni de los que llevan mas fruto.

3. Los pintores á la verdad cuando no ocurre alguna cosa cierta, adornan sus pinturas con varios juegos nacidos en su fantasía, y que algunas veces son bastante indecentes y ridículos. Tal es el que reprehendió un sabio cardenal (1), el cual hace descripcion de una pintura en que se representa á la sagrada Vírgen, que tomando un vaso en la mano, va sacando agua de un rio para dar á beber á su hijo; y á san José, que esta cogiendo frutas de un árbol para presentarlas tambien al divino Niño. Son éstas cosas pueriles, burlescas y casi diría ridículas, en que caen los pintores que se dejan arrebatar demasiado de su fantasía é imaginacion. Ni pretendo con esto que en nada se derrogue la autoridad de varones graves, que confirman con su testimonio haber acontecido dos cosas en Egipto con la venida del Salvador. La primera, que entrando Cristo en Egipto, cayeron los ídolos: y la segunda que cuando iba acercándose el Señor á la ciudad de Hermópolis, un árbol muy grande y elevado, como tributándole reverente obsequio, se bajó é inclinó. Hacen mencion de uno y otro hecho autores dignos de toda fe. El primero lo refiere Paladio, el cual ya que no fué testigo del hecho, fué á lo menos testigo ocular del lugar donde sucedió y de la fama que todavía duraba. Dice, pues, este escritor (2): Ví tambien á otro varon santo en la Tebaida, en los confines de Hermópolis, donde vino el Salvador con María Santísima y san José, cumpliendo el vaticinio de Isaías.» Y poco despues: «Ví tambien allí (dice) un templo donde, habiendo entrado el Salvador en la ciudad, cayeron en tierra todos los simulacros.» Lo mismo cuen-

(1) Card. Gab. Paleot., lib. 2, c. 42. fol., 206., pág. 2.
(2) Pallad., in Histor. Lausiaca, c. 25.

tan Sozomeno, Casiano y Nicéforo (1): y no sin grande motivo por haber dado antes luz á todos el vaticinio de Isaías, el cual como suele, habla con bastante claridad de los hechos de Cristo: dice, pues este profeta (2): «Hé aquí que el Señor subirá sobre una nube ligera y entrará en Egipto; y se conmoverán los simulacros de Egipto en su presencia; y se consumirá el corazon de Egipto en su interior:» de modo que no es de admirar, si tan graves Padres y escritores han convenido en interpretar así esta como histórica y literal narracion. Pues así lo han intepretado san Atanasio (3), san Gerónimo (4), y aún más clara y expresamente Eusebio (5), el cual, citando el pasaje de Isaías, dice estas palabras dignas de notarse: «Pero, si sobre todo merece fe la misma verdad que hace patentes las cosas áun á los más rudos y que carecen de sentido... ¿qué nos resta ya sino confesar, que no sucedió todo esto, sino por la entrada del Señor en Egipto? Y poco despues: «Sin embargo, habiendo sido llevado tambien el Salvador á Egipto en su mismo cuerpo, cuando avisado José por revelacion, se levantó y tomó al Niño, y llegó á Egipto con su oculta virtud y poder; es razon que se conmoviesen en gran manera las potestades malignas, que antes moraban allí, etc. Con la misma elegancia habla tambien san Ambrosio (6). Y así se tiene este hecho por tan constante, y son tantos los que lo refieren, que un gravísimo escritor (7), á quien muchas veces he citado, es de parecer que se puede poner en la clase de las tradiciones: por lo que no hay inconveniente en que lo pinten así los pintores eruditos.

---

(1) Soz. lib. 5. hist. cap. 21, Cas. lib. 6, c. 42. Nic. lib. 10, c. 13.
(2) Isai.. 19, 1.
(3) Athanas. de Incarnat. Verbi, col. 60.
(4) S. Geron. sobre este lugar de Isaías y en la expos. del Salmo 96.
(5) Demonstr. Evang., lib. 9, c. 2.
(6) S. Ambros. in exhort. ad Virg. t. 1, col. 119; et in Instit. Virg. c. 13.
(7) Mald., ad cap. 2; Matth. v. 14, col. 58.

4. La segunda, que es de aquel árbol elevado, el cual como tributando reverente obsequio se inclinó al entrar Cristo en Egipto, la refiere expresamente Sozomeno (1), cuyas palabras por ser tan claras, me ha parecido trasladarlas aquí. Dice pues: «Sabemos por tradicion, que habiendo huido José por causa de Herodes llevando consigo á Cristo y á María Santísima, llegó á Hermópolis; y que al acercarse á la puerta de la ciudad, aquel árbol, aunque muy grande, conmovido por la venida de Jesucristo, se inclinó hasta el suelo adorando de este modo al Señor.» Y así, con razon podrá el pintor erudito proponer este hecho en sus pinturas. Mas en cuanto á otras narraciones, en que se refieren muchas historietas de Niño Jesus estando en Egipto, no tengo más que decir sino poner á la letra las palabras de un juicioso escritor (2), que dicen así: «Juzgo del caso advertir al lector, que sobre en qué ciudad de Egipto moró el Señor, y sobre lo qué hizo allí; no sólo no sea curioso en inquirir, pero que sea tambien cauto en creer, si por ventura encuentra algo sobre esto en algunas historias. Porque veo, que autores oscuros y de ningun nombre, refieren muchas cosas acerca de los milagros que obró Jesucristo en Egipto, que no sé si han dimanado del Alcorán de Mahoma, donde leo lo mismo entre otras fábulas: y es muy indecente que los cristianos quieran aprender los milagros que hizo Jesucristo, de un autor tan impuro y embustero como Mahoma.» Finalmente, poco despues de las palabras que he referido, que son algo más largas de lo regular, añade: «Créase á Sozomeno, que refiere la tradicion antigua... pero no se crea á Mahoma, ni á no sé que libro de la Infancia del Salvador, que tantas veces lo ha reprobado san Gerónimo y otros Padres.» No me parece se podia decir cosa más juiciosa ni con más pulso.

(1) Soz., en el lugar citado antes.
(2) Mald., ibid.

CAPÍTULO VI

De las pinturas de la Infancia del Salvador, y qué es lo que en ellas debe evitar ó admitir el pintor erudito.

1. Muchas cosas de las que vamos á tratar en este capítulo, las he tocado ya en algunos lugares, bien que muy de paso y de corrida: y así me perdonará el pío lector, si ahora las refiero más á la larga, particularmente siendo muy difícil en este género de materias dejar de repetir algunas cosas, y como dice el adagio latino, «non eandem crambem recoquere.» No hay cosa más frecuente en las imágenes sagradas, que el ver al Niño Jesus pintado de muchas y varias maneras; pero no siempre conforme lo exige la piedad, instruccion y devocion de los fieles. Ya he advertido algunas veces, y no dejaré de advertirlo otras muchas, cuán poco decente y decoroso sea el pintar á Jesus enteramente desnudo, lo que sin embargo hacen los pintores, pintándole así, no sólo en la edad de la infancia y de pocos meses, si tambien en la edad pueril y de algunos años. No dice esto bien con la modestia de nuestro Salvador, ni con el candor y pureza de aquella Madre castísima y virginal. No le representaron así los pintores y artífices antiguos, que atendian á la piedad y á la modestia, aunque en el Arte de dibujar hayan sido muy inferiores á los modernos que ha habido en estos últimos tiempos: pero éstos, por persuadirse que el representar los cuerpos enteramente desnudos, es cosa de más primor y artificio, han seguido este modo de pintar, olvidándose tal vez de que en todas las imágenes sagradas, principalmente en las de Cristo y de su Purísima Madre, se debe hacer mucho más aprecio de que en ellas se eche de ver la piedad y reverencia que la ingeniosa habilidad en el Arte. Mas, supuesto

que de esto hemos tratado ya en general (1), pasemos á otra cosa.

2. Vemos pintado con mucha frecuencia á Cristo como Niño, y áun como muchacho ya grandecillo, divirtiéndose en juegos pueriles: por ejemplo, cuando le pintan que está jugando con un pajarillo teniéndole atado con un hilo, y llevándole en sus manos; ó cuando le pintan montado á caballo sobre un cordero, ó de otros modos semejantes. Todo esto, y otras cosas á este tenor son meras necedades y bagatelas, como ya lo advirtió un grave autor y de eminente dignidad (2). No se ocupaba en esto Cristo Señor nuestro, áun en la edad pueril: cosas mucho mayores y más graves revolvía en su mente santísima, con cuya memoria, á no haber sujetado sus afectos con su soberano imperio, podia haberse contristado y entristecido. Tenia además perfectísimo uso de razon, no sólo desde que nació sino desde el primer instante en que fué animado y concebido; en tanto grado, que en aquel mismo instante, tributó á su Eterno Padre la más reverente obediencia y sumision. Lo que advirtió muy bien el apóstol san Pablo, cuando ilustrado con celestiales luces, dijo de Cristo Señor nuestro, no hablando solamente de cuando conversaba en el mundo, sino tambien de su primera entrada en él (3): «Por esto entrando (el Hijo de Dios) en el mundo, dice: Sacrificio y oblacion no quisiste, etc.» De que concluye divina y elegantemente que por esta sumision y obediencia de Jesucristo cuando entró en el mundo, fueron santificados los hombres (4). Por lo que, no es razon que le imaginemos ocupándose en juegos pueriles y de niños, sino en pensamientos y meditaciones muy sérias. Con efecto, si en la Ley antigua elogia y alaba la Escritura á un santo varon y muy bien instruido en todas cosas, esto es, á Tobías,

(1) Lib. 1, cap. 10.
(2) Card. Paleot., lib. 2, c. 32, fol. 206, pag. 2.
(3) Hebr., 10, 5.
(4) Hebr., 10, v. 10.

porque (1)«Siendo el más mozo entre todos los de la tribu de Nephtalí, sin embargo no hizo cosa alguna pueril en sus acciones:» y si en la Ley de Gracia que instituyó el mismo Cristo, y fué su Legislador, sabemos muy bien que no sólo algunos, sino muchos, á quienes, como dice el Salmista, «previno el Señor con bendiciones de dulzura;» no solamente desde la puericia, sino casi desde la misma niñez emprendieron el camino de la perfeccion (cuyos ejemplos son tan óbvios y frecuentes en las vidas y hechos de los santos, y áun en lo que de ellos leemos en sus festividades, que tengo por supérfluo el poner aquí un largo índice de ellos): ¿qué deberemos juzgar de Cristo, que es la fuente de toda santidad? Por cierto nada podremos pensar que sea comun, y diga bien con semejantes juegos y ridiculeces.

3. A lo mismo puede reducirse tambien el pintar frecuentísimamente al Niño Jesus jugueteando con su Primo, segun la carne, el santo Precursor Bautista. A lo mismo, digo: sino que esto, además de ser una ligereza ridícula, envuelve tambien un error bastante manifiesto, que con ocasion de dichas pinturas, aprenden los fieles desde muchachos: ¡y ojalá que sólo fueran éstos los hombres rudos y que no tienen letras; y que no debieran tambien contarse en éste número los que son tenidos por doctos y entendidos! Y así, no será fuera de propósito para instruir á unos y á otros, declarar brevemente este error. Es cierto, que ni del Evangelio ni de ninguna historia que merezca entera fe, se puede probar ó colegir que Cristo y su Precursor san Juan Bautista concurriesen cuando niños en algun lugar, ó que se viesen mútuamente. No niego absolutamente, que esto pudiese suceder por razon del tiempo ó edad (pues el Bautista no excedia á Cristo en edad sino sólo seis meses): á saber, si Jesús hubiera ido á aquella ciudad de Judá, que muchos creen ser Hebrón, ó si hubiera ido el Bautista á Nazaret de Galilea, que dista unas tres jornadas de Hebrón. Sino que por no haber

(1) Tob., 1, 4.

sucedido así realmente y de hecho, nos engañaríamos mucho, á no ser que clara, y casi diría evidentemente, constase del Evangelio. Porque recien nacido el Precursor, estando todavía Cristo en el vientre purísimo de la Vírgen, se volvió la soberana Señora á su casa de Nazaret. Consta esto de lo que dice el Evangelio (1): «Se quedó María con ella, (esto es, con su Prima santa Isabel) como unos tres meses, y se volvió á su casa.» La misma Vírgen, con ocasion del edicto que habia expedido el Emperador, se fué á Belen, donde parió al Salvador: le presentó en el Templo de Jerusalen, pasados cuarenta dias solamente, y luego despues de pocos dias, tuvo necesidad de partir á Egipto, no despacio, sino con alguna aceleracion, como consta de san Mateo, el cual, hablando de san José, dice (2): Y levantándose, tomó de noche al Niño y á su Madre, y se retiró á Egipto,» donde permaneció todo el tiempo que vivió Herodes: pues que dice el mismo evangelista, «que se estaba allí hasta la muerte de Herodes.» No estuvieron; pues, juntos alguna vez Cristo y su Precursor cuando niños, por lo menos antes de irse á Egipto el Salvador, ni tampoco antes de la vuelta á la tierra de Israel. Sólo resta hacer ver ahora, cómo tampoco lo estuvieron despues de la vuelta de Egipto, lo que pediría acaso una disertacion ó disputa algo más larga, para reducir á un cálculo exacto de cronología los años que estuvo Cristo en Egipto. Pero yo, que no quiero meter ni enredar á mis lectores en las espinosas cuestiones de cronología, espero que lo he de probar con más facilidad. Es sentencia de gravísimos autores (3), que Cristo se detuvo en Egipto á lo menos cuatro años: opinion, que no quiero yo, ni puedo rebatir sin pruebas manifiestas. Tenia, pues, el Precursor, cuando Cristo con la Vírgen volvió de Egipto á Nazaret, cerca de cinco años, los que cumplió luego. Veamos ahora y examinemos atentamente lo que del Bautis-

(1) Luc., 1, 56.
(2) Matth., 2, 14.
(3) V. Mald., ad cap. 2, Matth., v. 14, col. 57, et 58.

ta en esta edad observó el Evangelista, el cual dice (1): «Crecía el niño, y era confortado del espíritu, y moraba en los desiertos, hasta el tiempo en que se habia de manifestar á Israel.» Vemos, pues, que el glorioso Precursor de Cristo, para hacerse más puro y digno del ministerio tan grande que iba á ejercer, por inspiracion del Espíritu Santo se retiró al desierto; no, siendo ya de algunos años, sino casi desde la misma niñez, para pasar allí una vida austera, separado enteramente del bullicio de las ciudades y de la sociedad de los hombres, disponiéndolo así Dios por su alta providencia: «Porque convenia (dice Eutimio) (2) que el Bautista desde la más tierna edad, se ejercitara en la virtud, para reprehender despues libremente, y ser testigo fiel de Cristo, cuya venida anunciaba.» Lo mismo dicen Theophilacto, Tito Bostrense y otros muchos; y esta misma sentencia abrazó Pablo, diácono de la Iglesia romana, que fué el autor del elegante himno que se canta en la fiesta del Precursor (3).

4. Pero para estrechar más este punto, vamos á averiguar en qué año de su inocentísima edad se retiró el Precusor al desierto. Los que más alargan este tiempo (pues otros muchos se persuaden que fué antes) (4), dicen, que cuando apenas habia cumplido los cinco años de su edad (5). Es, pues, consiguiente, que por este tiempo, en el cual y no antes, volvió Cristo á Nazaret, se acercase el Precursor á la misma ciudad, no para juguetear ni para hablar ó ver al Salvador: que era lo que se debia probar para manifestar claramente que Jesus siendo niño de dos, tres, ó lo más cuatro años (pues de esta edad le pintan), nunca jugueteó con el niño Precursor; y aun, que nunca estuvieron juntos en aquella edad

(1) Luc., 80.

(2) Euth., ad cap. 1. Luc.

(3) V. Ger., Jo. Vossio de Music., c. 10, p. 20.

(4) Orig., hom, 9, y 11. Niceph. l. 1, c. 4. Cedrenus in Compend., histor.

(5) Franc., de Marronis, Serm., de Bapt.

pueril. Pero todo esto (lo que advierto, para que los críticos más severos no se persuadan, que por ignorarlo he querido pasarlo en silencio ó disimularlo): todo esto, vuelvo á decir, lo he dicho, arreglandome á la época vulgar y comun. Pues no ignoro, que si por otra via tal vez más exacta, se hace el cálculo y cómputo del tiempo en que nació Jesucristo, segun el cual la verdadera época, y cómputo del año del Nacimiento del Salvador, fué dos años antes de lo que dice nuestra Vulgata, lo que afirman hombres muy sabios y versadísimos en estas materias, cuyo caudillo puede considerarse con razon el esclarecido escritor de «Doctrina temporum,» el Padre Dionisio Petavio (1); ó segun otros, que precedió cuatro años antes, cuya sentencia parece llevó primero un pío y docto escritor de la misma religion (2). No tiene duda, que segun estos modos de calcular y computar, pudo suceder de diversa manera de la que hemos explicado. Pero estas y semejantes investigaciones de cronología, que rara vez ó casi nunca las toco por no hacer á mi propósito, espontáneamente dejo á otros el cuidado de averiguarlas. Además: que no porque de algun modo pudiese suceder así; debemos fácilmente persuadirnos á que así sucedió: y por tanto, no lo deberá pintar de este modo el pintor cuerdo y erudito, siquiera por evitar esta ligereza, cuya mancha sólo puede quitarla una grave autoridad y de mucho peso. En lo que, como en otras muchas cosas, si hubieran repado los pintores, ó hubieran procurado instruirse, no pintarian con la frecuencia que lo hacen, contra la verdad de los hechos y de las historias. Pero ellos (lo diré con su licencia) poco cuidado ponen en esto, mientras que acostumbrados á cosas semejantes, sueltan las riendas á su capricho y fantasía. Ni por esto quiera objetarme alguno un poco airado y enfadado conmigo: ¿Cómo te atreves á decir una cosa tal? Nosotros seguimos las huellas de nuestros antepasados:

---

(1) P. Dionis. Petav., t. 2, l. 12, cap. 7.

(2) Joann. Dekerius en la obra intitulada «Velificatio, seu Theoremata de Annis ortus, ac mortis Cristi,» edit. Grecii, 1605.

así pintaron artífices habilísimos, respetados por tales en todas las naciones. Así pintó un Miguel Angel, así un Ticiano, un Rafael Urbino, un Rubens; y así han pintado casi todos, cuyas obras son frecuentemente aplaudidas. No quieran, digo, objetarme esto los pintores, porque les daré una respuesta no menos verdadera que fácil. ¿Qué se sigue de ahí? Es verdad, no lo niego, así lo han pintado: pero yo no pretendo referir lo que ellos hicieron, sino lo que debieran haber hecho, si hubieran procurado atender á la verdad de los hechos. Yo hago mucho aprecio, y respeto con rendida sumision á los famosos y peritos artífices: pero no les alabo por haber pintado esto ó lo otro, cuando hubiera sido mejor pintarlo de otro modo. Asimismo, ¿quién habrá que no alabe á sus sucesores por haberse propuesto á tan grandes y sabios modelos por lo que toca á la pericia del Arte? Mas, el que en sus pinturas tropiecen en las mismos errores en que cayeron estos hombres grandes, no es cosa que se pueda alabar ni disimular: aunque es preciso confesar, que estos últimos son dignos de más disculpa; pues naturalmente, ó más bien por falta de conocimiento, nos dejamos llevar de una ciega imitacion: por lo que dijo muy bien Séneca (1): «Una de las principales causas de nuestros males es, que vivimos segun lo que vemos, y no arreglamos nuestra vida á lo que nos dicta la razon: y así ciegamente seguimos la costumbre.» Volvamos ahora al punto de que nos habíamos desviado algun tanto.

5. Es intolerable abuso, como lo notamos arriba (2), y á mi parecer quedó bastantemente refutado, el pintar al Niño Jesus teniendo un libro en las manos, y que la Vírgen Santísima le está enseñando á deletrear. No faltarán hombres demasiadamente simples, ó por decirlo mejor, ridículos en extremo, á quienes parecerá esto cosa muy pía: como si el Verbo encarnado, aun en cuanto hombre (por explicarme con términos escolásticos) hubiera aprendido ó podido apren-

(1) Sen. Epist. 7, et 94, y en otras partes.
(2) Lib. 1, cap. 7, n. 5.

der algo de los hombres ni de los ángeles; teniendo áun en cuanto hombre, no sólo ciencia beatífica, sino tambien infusa y más perfecta que la que tenian todas las demás criaturas. Con efecto, si de la purísima y prudentísima Vírgen hubiera podido aprender los primeros rudimentos de las letras, no habria tampoco inconveniente en decir, que de la misma Señora aprendió tambien otras cosas más graves y elevadas, que (por no decir nada de las teológicas y divinas) pertenecen al conocimiento de la filosofía, así natural como moral; y áun á la inteligencia de la ciencia de las matemáticas: pues en todo esto sobrepujó Cristo á los hombres, como lo enseñan, no solamente los teólogos sino el mismo Cristo en aquellas palabras que son bastante claras (1): «Y he aquí el que es más que Salomon.» Por lo cual este modo de pintar se ha de poner, no sólo en la clase de necedades, sino tambien en la de aquellos errores que pueden ser muy peligrosos. Mas, el que se pinte al mismo Cristo en su infancia, ó á lo menos en edad muy pueril, manejando la sierra ó el barreno, ayudando en su oficio á su padre putativo san José, no me atrevo á condenarlo de error, pero sí de una simpleza pueril y poco creible. No le tuvieron en tan poco sus santos Padres que le mandaran ó permitieran hacer esto en aquella tierna edad. Ni nos hemos de persuadir que Cristo se ocupase en cosas que no eran propias de dicha edad; y que las fuerzas de su cuerpo no le permitian las manejase entonces sériamente sino por juego. Pero que se deba pintar de este modo, no en su puericia, sino en la edad robusta y varonil, lo explicaremos despues (2).

6. Resta ahora hablar de otras imágenes de la infancia y puericia de Jesucristo, que no tanto pertenecen á la historia, cuanto son objeto de piadosas meditaciones. Tales son: el que le pintan durmiendo sobre la cruz, poniéndole por almohada el cráneo, ó calavera de un hombre: que abiertas las

(1) Matth., 12, 42.
(2) Cap. siguient., n. 4.

manos está recibiendo la cruz que le traen y ofrecen los ángeles: que está llevando en sus manos y hombros los instrumentos de la Pasion; y otras de esta clase. Cuyas imágenes ningun hombre prudente las llevará á mal; pues todas ellas, aunque no tengan fundamento en algun hecho determinado; lo tienen, y no ligero, en que Cristo Señor nuestro desde el primer instante de su concepcion, aceptó espontáneamente la muerte, y acerbísima Pasion que le impuso su Eterno Padre, viviendo siempre aparejado para ella, y pensando en ella muchas veces: sabiendo muy bien que con su muerte vencería á la misma muerte y demonio. Con razon, pues, se podrán admitir todas estas imágenes, con tal que no se falte á las reglas que hemos prescrito antes, como sería una demasiada desnudez de su tierno cuerpo, ú otra ligereza que fuera un grave absurdo en cosas de tanta monta. He dicho esto último, por cuanto si no estoy trascordado, he visto y observado alguna vez pintado de rodillas al niño Jesus ante la cruz y adorándola. Pero que esto no deba pintarse así, se echa de ver; porque la cruz por sí misma respecto de Cristo, no era materia de adoracion, la que abrazó sin embargo con un amor ardentísimo y con rendidísima obediencia á su Padre: y esta misma cruz recibió despues de los miembros de Cristo, el decoro, hermosura y el título de adoracion que justísimamente le tributamos. Por lo que es mucho mejor pintarle como que está orando á su Eterno Padre, abrazando la cruz ó arrodillado sobre ella, como le pintan muchas veces. Esto es lo que me ha parecido decir de las imágenes de Cristo Señor nuestro en su niñez, y en la edad pueril. Pasemos ahora á otras cosas más claras.

CAPÍTULO VII

De las pinturas de Cristo Señor nuestro cuando fué hallado en el templo sentado en medio de los Doctores.

1. Nada hay más comun entre los hombres, ni á que éstos estén más inclinados, que á medir las cosas por sus pensamientos y afectos, aunque sean ellas muy diversas en sí, de lo que les representa su imaginacion. Que esto sea así, se conocerá claramente por lo que vamos á decir de las pinturas de Cristo Señor nuestro hallado en el Templo en medio de los Doctores. Refiere el sagrado Evangelio, que siendo Jesus de edad de doce años, habiendo ido con sus Padres á Jerusalen, se quedó allí sin que ellos lo advirtieran: «Y sucedió (que es lo que hace para nuestro caso) (1) que al cabo de tres dias le encontraron en el Templo sentado en medio de los Doctores, oyéndolos y preguntándoles.» Algunos pintores cristianos, á la verdad devotos y que sienten justa y debidamente de la majestad y dignidad de Cristo, aunque por lo tocante á los hechos que nos ponen á la vista, son más ignorantes de lo que debieran los profesores de este Arte; describen dicha narracion del Evangelio de este modo: pintan y representan al Niño Jesus sentado en un trono más elevado que los demás; y á los Doctores de la Ley en bancos muy inferiores: á la manera que suelen ó pueden pintar al Presidente de alguna Academia ó al Catedrático en el mismo acto que está enseñando á sus discípulos. No tiene duda que este modo de pintar está muy recibido y que es antiguo. Recibido, digo: pues, por no ir muy lejos, así se describe en la misma Sagrada Biblia, de que usamos; y en muchas otras partes se representa del mismo modo. Es tambien antiguo:

(1) Luc., 2, 42, et 46.

pues Antonio Bossio, varon muy docto, en su insigne obra de «Roma subterránea», que despues ha ilustrado mucho Juan de San Severino, presbítero romano del Oratorio, nos advierte que en el cementerio de Calixto en la via Apia y Ardeatina, se halla en su primera estancia representada en mármol, segun parece, dicha narracion, del mismo modo que acabo de referirla (1), aunque por otra parte da á entender bastantemente la ignorancia y rudeza de aquellos tiempos en que se labró. Esto es puntualmente lo que yo decia poco ha, á saber, que los pintores cristianos llenos de reverencia y de tiernos afectos para con Cristo, median los hechos por su imaginacion y fantasía.

2. Pero que este modo de concebir y pintar sea enteramente disparatado y falso, lo hubieran conocido con la mayor facilidad todos los pintores antiguos y modernos, con tal que hubieran hecho sólida reflexion sobre las mismas palabras del Evangelio, el cual expresamente y con una claridad y perspicuidad que no cabe más, dice que hallaron al Niño Jesus, no instruyendo y enseñando á los Doctores de la Ley; y por tanto, no sentado en una cátedra más elevada, lo que es propio de doctor y de maestro; sino «oyéndolos y preguntándoles», que es el oficio propio de discípulo; y por tanto colocado en el lugar más humilde: y aún sentado en los bancos ó gradas que estaban á los piés de los Doctores, como veremos luego. Vió este desatino y lo advirtió un escritor de acérrimo juicio (2), á quien nunca puedo nombrar sin alabarle: «No se significa (dice), segun mi parecer, que estuviese sentado en el lugar de los doctores, como algunos lo entienden. Porque no da á entender el Evangelista que estuviese sentado como doctor, sino como discípulo, cuando dice de él que estaba oyendo y preguntando, que son las partes de un discípulo.» Y poco despues: «Dícese que estaba sentado en medio de los Doctores: porque es creible que los Doctores es-

(1) Roma subterran., l. 3, c. 23, pag. 202, editionis Italic.
(2) Mald., ad c. 2. Luc., v. 46, col. 956.

tuviesen sentados en círculo junto á las paredes en un lugar más eminente y los oyentes en medio, sentados en bancos más humildes, conforme vemos que hoy se practica en muchas partes.» Ni este varon insigne inventó de su propio juicio (aunque lo tenia grande) tal interpretacion: antes siguió, como acostumbra, y tuvo por guias y maestros á los Santos Padres, los cuales dan á entender esto mismo en muchos lugares. Yo solamente referiré los más selectos. Orígenes dice (1): «Como era pequeñito, le encuentran en medio; no enseñando á los Doctores, sino preguntándoles, lo que era conforme á su edad.» Y añade en el mismo lugar: «Nos enseñó con su ejemplo que los discípulos, antes deben oir que enseñar á sus maestros, y que no deben engreirse vanamente.» Pero aún lo dice más clara y elegantemente san Gregorio con estas palabras (2): «Hase de considerar muy atentamente que cuando se dice de Jesus que siendo de doce años estaba sentado en medio de los Doctores, se le encuentra, no que está enseñando, sino preguntando: con cuyo ejemplo se nos manifiesta que el que no tiene fuerza para ello, no se atreva á enseñar; pues aquel Niño, que por su divinidad dió á entender á los mismos doctores el verbo de la sabiduría, quiso ser enseñado, preguntando. Lo mismo dicen Beda (3), y los demás. Solamente he de advertir aquí, que cuando dice san Gregorio, que «Jesus quiso ser enseñado», se ha de entender en un sentido proporcionado: no porque verdadera y propiamente sucediese así, sino segun el concepto de los hombres y lo que exteriormente aparecia, condescendiendo Cristo en esto y conformándose con los de su edad y con lo que entonces se suele practicar. Porque por otra parte se infiere del Evangelista, que de tal manera hacia Cristo el oficio de discípulo, que con sus respuestas enseñaba á los mismos que le preguntaban, conforme lo indica claramente el Evangelio

(1) Orig., h. 19.
(2) San Greg., in Pastorali, 3, p. admonit. 26.
(3) Beda, en la hom. sobre este lugar.

con las palabras que pone despues (1): «Todos los que le oian, quedaban pasmados de su doctrina y respuestas.»

3. Y así, viniendo ya á lo que es más propio de nuestro propósito, no debe pintarse á Cristo en este hecho sentado en asiento más elevado y á los Doctores de la Ley en bancos inferiores y más humildes, sino al contrario, pintando á Cristo en uno de estos asientos ó en las gradas, y á los Doctores en las cátedras ó puestos más elevados, pegados á la pared. Lo cual para ilustrarlo y hacerlo más patente, como deseo, hemos de empezar desde sus principios, ó tomar, como dicen, el agua desde la fuente. En el Templo de Jerusalen, de que dijimos algo arriba, y tal vez lo trataremos más por extenso cuando lo pida la ocasion, habia salas y habitaciones en los mismos pórticos y áun junto á las puertas de él, para varios usos y ministerios. Allí (por no hablar nada por ahora del Tribunal supremo, que llaman los Hebreos «Sanhedrin hagadolah» donde asistian setenta y dos Jueces, y se trataban las causas de mayor importancia, pertenecientes á la religion ó al gobierno político: en cuyo lugar en ningun modo les era permitido entrar á las mujeres, por estar en la parte interior del Templo y segun yo pienso, en la más alta ó elevada): por no hablar, digo, nada de esto por ahora, habia además otros dos lugares ó salas: la una cerca de la puerta occidental del Templo, que se llamaba «Susan:» la otra, junto á la puerta del átrio de los israelitas, que la llamaban «Nicanor.» Todo esto, y otras cosas que diré luego, podrian ilustrarse y convencerse por las doctrinas y tradiciones Rabbínicas, que se leen en autores de mucha nota; pero el que quiera instruirse de todo con más individualidad, lea el eruditísimo Arias Montano, que lo trata docta y copiosísimamente (2). Y que aquellas salas estuviesen colocadas junto á las mismas puertas de los pórticos, es muy consiguiente á las costumbres que tenian los israelitas: pues dichas salas, eran como unas escue-

(1) Luc., 2, 47.
(2) B. Arias Montano.

las donde se enseñaba á los que querian instruirse en la inteligencia y ceremonias de la Ley. Pero habia á más de esto Tribunales para decidir las causas, así civiles como criminales, aunque siempre se podia apelar al Consejo supremo. Y que los tribunales de los hebreos, aun los que tenian en sus ciudades y lugares, estuvieran antíguamente en las mismas puertas de las ciudades, apenas podrá haber quien lo ignore: á este modo, pues, estaban tambien estas salas de justicia y de enseñanza, dentro del mismo Templo. Muchas cosas podria traer en confirmacion de lo dicho; pero baste por ahora uno ú otro ejemplo. Tal es aquello del Salmo (1): «No se confundirá cuando hablare con sus enemigos en la puerta.» Tal es tambien aquello de los Proverbios (2): «Su marido es conocido en las puertas, cuando se asienta con los ancianos de la tierra; y otros muchos, que basta haber tocado por encima por lo perteneciente al lugar donde estaban estas salas, en una de las cuales fué hallado Jesus de edad de doce años, oyendo y preguntando á los Doctores y Maestros. En cada uno de estos tribunales habia no menos de veinte y tres Doctores hebreos, los cuales estaban sentados en forma de semicírculo en sillas más elevadas, que estaban juntas y pegadas á las paredes: los jóvenes que deseaban instruirse, se ponian en los bancos inferiores ó sobre las gradas que habia debajo de las sillas; de suerte que los Doctores y Maestros los tenian sentados á sus piés; y los demás del vulgo, que por curiosidad ó por algun fin honesto iban á oir, se sentaban en el suelo, que estaba cubierto con alfombras, cruzando sus piernas, como todavía lo acostumbran hoy las naciones del Oriente. Todo esto, como hemos dicho, podíamos tomarlo de otra parte; pero baste por ahora citar al que regularmente es tenido por el autor de los Comentarios sobre las Epístolas de san Pablo, que comunmente se atribuyen á san Ambrosio, ya sea este, Hilario, Diácono bastante célebre

(1) Psalm. 126, 5.
(2) Prov. 31, 23.

de la Iglesia romana; ó ya sea otro, como no sin fundamento conjeturan algunos (1): pero sea lo que se fuere, no tiene duda que es autor antiguo y sabio. Este, pues, sobre la primera carta á los de Corinto, dice (2): «Es tradicion de la Sinagoga, que (el Apóstol) quiere que nosotros sigamos tambien, pues lo dice escribiendo á los cristianos que se habian convertido de entre los gentiles, y no de entre los judíos; el que se disputen las cosas estando sentados: con esta diferencia, que los mayores en dignidad estén sentados en sus cátedras, los otros en bancos, y la demás turba sentados en el suelo sobre mattas:» esto es, sobre tapetes, alfombras, cubiertas ó esteras trabajadas con algun primor de hojas de árbol ó de juncos (3); á saber (segun podemos conjeturar) sobre aquellas esteras finas de que usan entre nosotros en tiempo de verano las mujeres más nobles y ricas.

4. Para todo esto da grande luz lo que el mismo Apóstol y Doctor de las gentes dijo de sí mismo en un sermon que predicó al pueblo en Jerusalen (4): «Yo soy (dice) judío de nacion, que nací en Tarso de Cilicia, fui educado en esta ciudad á los piés de Gamaliel, é instruido segun la verdad de la Ley que profesaron nuestros padres.» Donde se manifiesta con la mayor claridad, la costumbre que habia entre los hebreos, de enseñar á los muchachos y jóvenes, estando estos sentados en bancos ó asientos inferiores. Hace mencion de dicha costumbre con la elegancia que suele, Philon Judío, y lo confirma con bastante claridad el Evangelio, cuando hablando de María Magdalena, discípula de Cristo, dice (5): «Esta (habla de Marta) tenia una hermana llamada María, la que estando sentada á los piés del Señor, oía su palabra;»

(1) Dion. Petav. in Biblioth.

(2) Tom. 5. Oper. S. Ambros. Comment. supr. Epist. 1, ad Corinth. c. 14, col. 1924.

(3) V. Du-Fresne in Glossario med. et inf., Lat., 2, col, 489.

(4) Act., 22, 3.

(5) Luc., 10, 39.

de suerte que no nos puede quedar razon alguna de dudar acerca de este punto. Por lo cual, para representar sin ningun error este hecho, que con tanta exactitud nos refiere el Evangelio, conviene pintar una hermosa sala, bastante capaz, delante de la cual se pinten en forma de semicírculo asientos con distincion el uno del otro, ó bien un lugar seguido para sentarse, donde puedan caber veinte y tres Jueces; y en las gradas, que están á sus piés, se deben representar sentados á los muchachos y jóvenes: y entre estos, á Cristo Señor nuestro con un semblante resplandeciente, para distinguirlo de los demás, y como que actualmente está respondiendo á los Doctores. Se han de pintar tambien en el mismo suelo sobre los tapetes ó esteras finas, á muchos que están sentados, cruzadas las piernas: y finalmente, en la misma entrada del Templo entre otros muchos que están allí, á la sagrada Vírgen y á san José llenos de indecible gozo, por haber hallado en el Templo á su amantísimo Jesus, á quien por espacio de tres dias habian buscado.

5. Mas, ya que vamos á salir del templo, me parece advertir algo sobre lo que contiene lo restante del capítulo. Nos dice san Lúcas (1): «Y bajó con ellos (á saber con la Vírgen Santísima y san José), y vino á Nazaret, y estaba sujeto á ellos. Los Santos Padres é intérpretes, han escrito mucho acerca de esta admirable sujecion y obediencia de Cristo á sus Santos Padres, lo cual todo en muy útil y muy del caso para la interpretacion de este lugar, y para instruirnos en las costumbres: lo que sin embargo no es del asunto que ahora estoy tratando; pero eso sí (lo que ya tocamos arriba) el que á Cristo en esta edad y en la siguiente de la juventud y adolescencia, cómoda y sabiamente se le puede pintar (pues no sólo es lícito, sino muy conveniente) ayudando en el oficio, al que se dignó tener por padre putativo: y por tanto se le puede pintar ó ejerciendo con san José, ó bien sólo, el oficio de carpintero, acepillando ó puliendo la madera, cortando con la

(1) Luc., 2, 51.

sierra y haciendo otras cosas propias de carpinteros; pues este y no otro fué el oficio que probablemente tuvo san José, como diremos en su lugar. Consta esto bastantemente, no sólo de las palabras del Evangelio, en que se lee que *estaba sujeto á ellos*, lo que ciertamente denota haber ejercido este oficio, el cual sobre ser trabajoso y propio de un hombre pobre, y que parece que decia mucho con aquel de quien proféticamente estaba escrito (1): «Yo soy pobre y criado en trabajos desde mi juventud;» era muy apto y á propósito para adquirir lo necesario para el preciso sustento y demás necesidades de esta vida: sino tambien de que los habitantes de la ciudad de Nazaret, oyéndole disputar en las sinagogas sobre asuntos elevados, no sólo decian y notaban ser hijo de un artífice ó menestral, en griego τεκτών; sino que á él mismo le daban tambien este nombre, como consta de aquellas palabras (2): «Nonne hic est fabri filius? Nonne mater ejus dicitur Maria? etc. ¿No es este el hijo de un artesano? ¿No es este aquel cuya madre se llama María? etc.» Todo lo cual es una prueba mas clara que la luz del medio dia. Cristo, pues, siendo Señor y Criador de todo el mundo, se ejercitó en el oficio de carpintero, y mucho más, como lo debemos creer, en tratar el negocio de nuestra salvacion y en orar á su Eterno Padre con fervorosas súplicas, estando desconocido á los ojos de los hombres y del mundo hasta llegar el tiempo señalado para el cumplimiento de su mandato y ministerio. Y así esto mismo le será tambien lícito pintarlo al pío y erudito artífice; no quedando apenas otra cosa que pueda pintarse con sólido fundamento, sino lo que referiremos más oportunamente en su propio lugar.

---

(1) Psalm. 87, 16.
(2) Matth., 13, 55. Marc., 6, 3.

CAPÍTULO VIII

De las pinturas é imágenes de Cristo en la edad varonil, ó estando ya muy próximo á ella.

1. Exige la buena economía, que los que han de emprender un largo camino, dispongan con tiempo lo necesario para el viaje. Por esto, disponiéndome yo á tratar ahora de los misterios de la vida y pasion de Jesucristo, me ha parecido del caso advertir primero, cuanto lo permite la probabilidad del asunto, cuál haya sido la hermosura del semblante y aspecto del Señor en su edad varonil, y cuáles hayan sido tambien sus vestiduras. Cuanto á lo primero, no pretendo referir aquí ostentando una vana erudicion, lo mucho que sobre este punto han escrito por una y otra parte los Santos Padres é intérpretes. Pero advierto al que quisiere ver tratada esta materia con más extension y diligencia, que no quiera enterarse de ella leyendo á algunos modernos, los cuales segun oigo y me acuerdo haber leido en alguna parte, afirman con mucho esfuerzo y resolucion, tratando este punto, que el semblante de Cristo Señor nuestro, no solamente no fué hermoso sino que fué feo, con un vano empeño y (á lo que yo creo) loco y desatinado. Le advierto, digo, que no lea á estos autores, sino al Padre Juan Lorino (1), varon de mucha lectura y de vastísima erudicion: de quien no sé lo qué admire más; ó el que habiendo leido tanto, pudiese escribir tantos libros; ó el que habiendo escrito tantos libros, le quedase tiempo para tanta lectura. Tan verdadero me parece á mí lo que nos dejó escrito un grande filósofo, cuando dijo (2): «No es que tengamos poco tiempo, sino que perdemos mucho. Nuestra vida es

(1) Tom., 1, in Psalm. ad ps. 44.
(2) Senec. de Brevit. vitæ, cap. 1.

bastante larga, y se nos ha concedido largamente para hacer cosas grandes, si toda la empleásemos bien.» Pero volvamos á nuestro camino: aunque antes de entrar en él, conviene notar que san Ireneo, bien que entre los Padres de la Iglesia es un escritor grave, erudito y piadoso, se engañó sin embargo acerca de la edad en que Cristo Señor nuestro ejerció el ministerio á que habia sido enviado (1). Pensó este gran santo, acalorado tal vez con el ardor de la disputa, que Jesucristo de quien dice el Evangelio (2), que habia empezado su ministerio cerca de los treinta años de edad, lo habia continuado hasta casi los cincuenta, y lo intenta persuadir de lo que objetaban los judíos á Cristo cuando le decian: «¿No tienes todavía cincuenta años y viste á Abrahan?» Añade tambien, que esta sentencia habia venido como por tradicion, de los mismos discípulos de san Juan Evangelista, á quienes habia conocido el mismo san Ireneo, y que podian haber visto á otros apóstoles. Lo que si fuera verdad, se debería pintar á Cristo, no jóven, sino de avanzada edad: ó á lo menos como que tiraba bastante á viejo: sin embargo, nadie sigue esto en el dia de hoy, ni lo ha seguido otro alguno despues de san Ireneo. En otro lugar tendremos ocasion de tratar este punto mas á la larga. Véase entretanto al comentador y editor de sus obras (3).

2. Esto sentado ó dejado á parte: dos son las principales sentencias de los santos padres é intérpretes acerca de la hermosura ó fealdad del aspecto de Cristo Señor nuestro. La una constantemente afirma que Cristo en la edad varonil, no sólo no tuvo algo de hermoso ó de buen parecer en su semblante y aspecto, ni en todo lo que mira á la perfeccion corporal; sino por el contrario, que fué feo y sin ninguna hermosura. Los autores principales y más antiguos que llevan esta sentencia son Tertuliano y san Clemente Alejandrino:

(1) Irenæus adv. hæres. l. 2, c. 39 y 40.
(2) Luc., 3, 23.
(3) Fevardencio sobre dicho lugar de S. Iren.

el primero hablando de Cristo, dice (1): «No tuvo hermosura alguna por lo que toca á su semblante y aspecto, conforme lo habia vaticinado Isaías.» Y el segundo, lo dice aún más claramente con estas palabras (2): «El Espíritu Santo afirma por Isaías, que el Señor fué de aspecto feo. Le vimos (dice Isaías) y no tenia decoro, ni hermosura; antes su figura era vil y despreciable á los ojos de los hombres. ¿Quién hay que sea más hermoso que el Señor? Pero no manifestó la hermosura de la carne, que es la que vemos, sino la verdadera hermosura del alma y la del cuerpo: la del alma, llenándola de bienes; y la del cuerpo, dándole una gloria inmortal.» A éstos han seguido despues hombres verdaderamente grandes, san Atanasio (3), san Cirilo (4), san Ambrosío (5), Justo de Urgel (6) y otros muchos. La otra sentencia por el contrario dice, que el aspecto y estructura del cuerpo de Cristo y todo lo que entendemos bajo este nombre, no solamente no fué feo sino hermoso, de buen parecer y agraciado. ¡En tanto grado son diversos y opuestos entre sí sobre un mismo punto los juicios de hombres doctísimos y justamente muy santos! Lo que á mí me da motivo de extrañar menos, que pintores y artífices de mucho nombre y fama, hayan tomado diverso rumbo acerca de pintar á Cristo Señor nuestro en la edad varonil. No quiero ahora nombrarlos, porque no es mi ánimo alabar el hecho. Yo mismo he visto imágenes de Jesucristo pintadas y esculpidas por artífices excelentes, en que el divino Señor representaba á la manera de un atleta robusto, de aspecto torvo, membrudo y casi del mismo modo que pintan á aquel Milon el de Crotona: he visto tambien otras en que le representaban nimiamente compuesto, agraciado y hermoso como si

(1) Tert. de Idolat., c. 18.
(2) Clem. Alex., lib. 3, Pædagog., c. 1.
(3) S. Athan., lib. de Natura hum. suscepta a Verbo.
(4) Cyril. in Glaph. et de Adorat. in spiritu lib. 9.
(5) S. Ambr. lib. 3, epist., 12. In Cantic.
(6) Epist. 140, t. 3, pág. 394.

fuera (si es lícito explicarse así) un Adonis ó un Amintas. Unos y otros van errados.

Esta segunda sentencia, á más de que podria colegirse bastante del temperamento igual y perfectísimo del cuerpo de Cristo, como afirman comunmente los teólogos, por cuyo motivo nunca contrajo ninguna enfermedad, ni la habria contraido, aunque hubiera llegado á una vejez decrépita, conforme lo atestiguan fuera de los teólogos, los médicos peritos en su arte (1); además de esto, digo, defiende expresamente esta sentencia entre los autores antiguos que yo he visto, san Gerónimo, varon por otra parte severo (2), el cual escribiendo á la Vírgen. Principia, expone el Salmo cuarenta y cuatro, y le dice: «No que la divinidad de Cristo comparada con los hombres, no sea más hermosa, pues no tiene cotejo una cosa con otra: sino que quitado todo lo que padeció Cristo en la Cruz, es más hermoso el que es vírgen de Vírgen, y que no nació por deleite de varon, sino de Dios.» Y continuando en esta sentencia, añade en el mismo lugar: «Porque á no haber tenido (Cristo) en su semblante y en sus ojos algun género de resplandor, jamás le hubieran seguido al instante los Apóstoles, ni hubieran caido postrados en tierra, los que habian ido á prenderle.» Hasta aquí san Gerónimo, el cual, guardando consecuencia, en el comentario que escribió sobre san Mateo, responde así al impío Porfirio y á Juliano Apóstata, á quien modestamente, como era debido, le llama Augusto (3): «Reprehenden en este lugar Porfirio y Juliano Augusto, ó la impericia del historiador que falta á la verdad, ó la necedad de los que siguieron al instante al Salvador, como si neciamente y sin razon hubiesen seguido á un cualquiera que los llamaba.» Y luego despues: «Ciertamente el mismo resplandor y majestad de la divinidad que estaba

(1) V. Vicent. Moles de Nat. Corpor. Christi philos., dub. 9, desde la pag. 228.

(2) Tom. 3, oper. Epis. 140, pag. 394.

(3) San Geron., ad cap. 9. Matth.

oculta, resplandecia de tal modo en su semblante, que era capaz de atraer á sí á primera vista á cuantos le miraban.» Lo mismo enseña en otros lugares este santo (1), á quien habian precedido en el mismo modo de pensar, Orígenes (2) y san Juan Crisóstomo; cuyas palabras elocuentísimas casi seria delito el omitirlas en ocasion tan oportuna: dice, pues (3): «Apartaba (Cristo) las turbas, porque tenia no pocos apasionados y admiradores, y que siempre deseaban verle. Con efecto, ¿quién se apartaría sino con mucho sentimiento, y de mala gana, de aquel á quien veian obrar tales y tantos milagros? ¿Oh quién no ardería en vehementes deseos de ver solo el semblante ó la boca de donde dimanaban sentencias de preceptos divinos? Porque así como era admirable en obrar milagros, así dicen que fué de aspecto muy agraciado: y dando á entender esto mismo habia anunciado mucho antes el Profeta, que seria el Señor, de hermoso semblante, más que los hijos de los hombres. Porque, lo que dice Isaías: No tenia belleza ni hermosura, esto lo dijo, ó porque miró á la gloria inefable de su divinidad, ó porque atendió á la espantosa deformidad de su Pasion, en la que pusieron á su cuerpo de un color cárdeno y amoratado; ó finalmente, porque quiso significar que usaría el Señor de un vestido y modo de vivir sin ninguna ostentacion.» Esto dice el Crisóstomo, añadiendo otras cosas elegantes y que hacen mucho para mi intento.

3. La misma sentencia siguieron otros muchos: porque además de san Agustin, el cual (aunque lo citan á favor de la sentencia contraria) parece indicar y enseñar la nuestra en varios lugares (4): dice Teodoreto (5): «Admiran (á Cristo,

(1) Idem ad c. 53. Isaí.

(2) Orig., tom. 2, lib. 1, et 6, cont. Cels.

(3) Chrysost., ad cap. 8. Matth., hom. 28, ex edit. G. L. 1603.

(4) San August., enar., in Psal. 103, conc. 1, et in 172, conc. unica, et Serm. 9, de Natali Domini.

(5) Theod., in Cantic., tom. 1, pag. 319.

y la hermosura de su cuerpo que la llaman estola: Porque en cuanto hombre, es de hermoso semblante, mas que los hijos de los hombres: porque en cuanto Dios, es tan hermoso, que por ser incomprensible su hermosura, con ninguna semejanza se puede bastantemente explicar.» Casiodoro (1), exponiendo aquellas palabras del Salmo cuarenta y cuatro: «Su semblante es hermoso, más que los hijos de los hombres,» afirma que dichas palabras no las entendió san Agustin sino de la hermosura del cuerpo. Así lo han explicado tambien y difusamente otros escritores más modernos. San Bernardo, dice (2): «Las gentes de las ciudades y de los pueblos seguian al Señor, cuando predicaba: y así, sanando sus almas, sanaba tambien sus cuerpos, é iban tras él llevados de sus palabras y hermosura juntamente; pues su voz era suave y su semblante hermoso, conforme está escrito. Su semblante es hermoso, más que los hijos de los hombres, la gracia se difundió en sus labios.» Por esto santo Tomás, á quien tengo siempre por norte, y sin cuya guia, singularmente en cosas pertenecientes á teología, no me es permitido ni quiero afirmar cosa alguna; exponiendo á Severiano, el cual en el Sermon de Pascua, que empieza: «Nemo putet,» dice que Cristo en su Resurreccion transmutó la efigie de su semblante; añade (3): «Lo que se ha de entender en cuanto á los lineamentos de los miembros, pues que no habia cosa alguna desordenada ni fea en el cuerpo de Cristo concebido por obra del Espíritu Santo, que debiera enmendarse en la resurreccion: tomó sin embargo, cuando resucitó, la gloria de la claridad, etc.» Esto dice santo Tomás. De que fácilmente infiero que áun el Nacianceno, que en alguna parte parece de contrario parecer (4), lleva tambien esta sentencia (que tengo por verdadera y, segun juzgo, por más conforme á la autoridad y á la razon),

(1) Cas., in Comment., ps. 44.
(2) San Bernard. Serm. 1, de Omnib. Sanct.
(3) Santo Thom., 3, p. q. 54, art. 1, ad 3.
(4) Greg. Nazianz., Or. 1, de Filio, et Orat. in Maxim.

cuando dice de Cristo Señor nuestro (1), que en su resurreccion le restituyó la hermosa estola del cuerpo, que fué crucificado. Basten estos testimonios entresacados de varias partes, por lo que toca á los Santos Padres; porque en cuanto á los de los modernos, no hay para que detenerme en referirlos, pues afirman esto unánimemente, no uno ú otro, sino muchísimos que refiere y sigue el citado Padre Juan Lorino.

4. Quede, pues, sentado, é impreso en la mente de los pintores y escultores cristianos (á quienes he querido advertir en esta obra, tal cual ella es) que Cristo Señor nuestro, por lo que toca al semblante, aspecto, estatura, y finalmente por lo que mira al decoro y perfeccion de todo su cuerpo, fué de figura agradable, bien parecida y verdaderamente hermosa: aunque no con aquel género de hermosura que indica flaqueza, halagos, delicadeza, y por fin, lascivia y maldad; ni que fuera hermoso del modo que pinta á Theágenes el escritor de aquella elegante fábula (2), sino con una hermosura verdaderamente varonil y llena de un respetable y augusto decoro. En una palabra: Cristo fué bien parecido y hermoso, no con una gracia y hermosura mujeril y afeminada, sino con aquel género de hermosura que llama Ciceron dignidad varonil: que es lo que (antes de pasar á otra cosa) sienta con mucha solidez y elegancia el Doctor angélico, cuando dice (3): «La hermosura consiste en la proporcion de los miembros y de los colores, y así una es la hermosura que tienen unos, y otra la que tienen otros: dicha hermosura es la que tuvo Cristo, segun lo que correspondia á su estado y á la dignidad de su condicion.» Y añade luego elegantísimamente: «No debemos, pues, figurarnos que Cristo tuviese el pelo encendido ó de color de fuego, ni que él fuese de dicho color, por cuanto esto no le hubiera estado bien; pero sí tuvo, y en sumo grado, aquella hermosura del cuerpo correspon-

(1) Idem Orat. 2, in Sanct. Pasch.
(2) Heliodor., in Æthiop.
(3) S. Thom., in expos. Psalm. 44, v. 3.

diente al estado, dignidad y gracia en el semblante: de suerte que resplandecia en su rostro una cosa como divina, por lo que todos le reverenciaban, como dice san Agustin, etc.» Pero á mí me parece, que la hermosura del cuerpo de Cristo, que decia bien con la majestad de un tal Rey y Emperador tan grande, de quien no es la última alabanza, segun lo de Eurípides (1): y lo contrario, poco ó nada serviria para el fin de nuestra enseñanza y redencion: Paréceme, digo, que esta gravedad y hermosura majestuosa se puede en cierto modo comparar á la que describe Séneca *in Hyppolito* (2): Sobre cuyo lugar el erudito Padre Martin Antonio del Rio, comentador de las tragedias de Séneca (3). notó bastantemente al caso: «Fíngese adornado de hermosura tal, que carezca de toda mancha é inmundicia, pero sin adorno supérfluo, cuya medianía y traje verdaderamente varonil, alaba Epícteto, segun nos dice su discípulo Arriano.» Y ya que hemos llegado á este lugar, no me parece fuera de propósito ni cosa ridícula, pues es sacada de monumentos é historias antiguas, el poner aquí la pintura que hace Nicéforo de las facciones de Cristo Señor nuestro, la que no quiero referir con sus mismas palabras por ser muy largas, y que cualquiera podrá ver en el lugar que cito abajo (4); sino con las de otro sabio escritor que abrevia dicha narracion (5), el cual dice que Cristo Señor nuestro fué: «1. De un semblante vivo, apacible, hermoso, no redondo ni puntiagudo, bien que algo carilargo, su color parecido al del trigo, colorado, pero algo moreno. 2. Su estatura de tres codos y medio, (esto es), bastante alto. Pues la mayor estatura no suele pasar de cuatro codos. 3. Sus ojos rubios, algo negros, resplandecientes, agraciados y perspicaces. 4. las cejas no muy arqueadas y la barba no muy larga.

(1) Eurip., ap. Porph. in Isagog., c. de Specie.
(2) Senec., Hyp. Act. 2, in chor.
(3) Sobre este lugar, n. 795.
(4) Niceph., lib. 1, hist. c. 40.
(5) Gilb. Geneb., in Ps. 44, n. 4. pag. 250.

5. El pelo, que tiraba á rubio, bastante largo, y que caía con cierta suavidad hácia la espalda. 6. La nariz aguileña. 7. El cuello con declivio proporcionado, de suerte, que segun la estatura del cuerpo, no era ni estrecho, ni demasiadamente ancho. 8. Finalmente, en todo era parecido á su Madre.» Dije de propósito, que esta narracion se habia tomado de historias y monumentos antiguos, porque en realidad es así: pues á lo menos trae su orígen de los escritores y pintores que florecieron por el siglo octavo de la Iglesia, lo que confiesa un autor muy sabio y juntamente muy crítico (1). Pero esto todavía es poco; pues yo añado que á dicha narracion se le debe dar mucho más remota antigüedad. Eusebio de Cesárea, de quien con razon se puede decir en cuanto á la Historia Eclesiástica, lo que de Salustio se dijo en cuanto á la romana, que es el primero, refiere expresamente haber visto él mismo en la ciudad de Pancades, una estátua de Jesucristo de bronce, que en señal de agradecimiento le habia erigido aquella mujer que padecía flujo de sangre, la cual con sólo tocar la orla de las vestiduras del Señor, habia quedado sana. Sus palabras son dignas de ponerse aquí, pues despues de haber dicho muchas cosas de dicha estátua é imágen, añade (2): «Esta estátua, dicen que representa la efigie de Jesucristo, y habiéndose conservado esta misma hasta nuestros tiempos, yo mismo la ví con mis propios ojos cuando fuí á aquella ciudad.» Hasta aquí Eusebio, el cual dice inmediatamente: «Ví al mismo tiempo las imágenes de los apóstoles san Pedro y san Pablo, y tambien las de Cristo, que se habian conservado en varias pinturas.» ¿Por qué, pues, no podremos decir que de estas imágenes, las cuales (como es muy probable) se hicieron viviendo aún Cristo en carne mortal, y de otras, que sin duda se conservaban en varios lugares, se derivaron otras semejantes á éstas? ¿O por lo menos, que con el socorro de narraciones sucesivas y recibidas, sir-

(1) Tillemont., tom. 1.
(2) Euseb., lib 7. Hist. Eccl., c. 14.

vieron á los fieles de una tradicion no ridícula, sino verdaderamente sólida? Lo que nos da motivo, para que no dejemos de dar fe á Nicéforo, aunque no sea escritor muy antiguo. Por lo cual el artífice, que quisiere ropresentar á Cristo segun la pintura que nos hacen del Señor, Nicèforo y otros (1), será en mi juicio el que hará la pintura más cabal y perfecta de Jesucristo.

5. Ni lo contrario (por no dejar esto sin tocar) se puede, no digo convencer, pero ni aún persuadir de lo que nos dicen los Santos Padres; pues Tertuliano y san Clemente Alejandrino que son los más antiguos que se citan en apoyo de la fealdad del Cuerpo de Cristo, solamente se mueven á decirlo por aquel comun y vulgar testimonio de Isaías (2): «No tiene belleza ni hermosura; vímosle, y nada tenia que nos llevase tras él, y le desconocimos.» Y en el verso siguiente: «Su rostro estaba como escondido y abatido, por cuyo motivo no hicimos caso de él.» Solamente digo, alegan á su favor este testimonio del profeta Isaías, como fácilmente lo verá el que lea sus palabras. ¿Pero quién dejará de conocer que este testimonio puede y debe entenderse de Cristo Señor nuestro en su acerbísima Pasion llena de dolores y de oprobios? Este fué el sentimiento de los Padres que citamos arriba, produciendo sus mismas palabras, principalmente el de san Juan Crisóstomo en el lugar citado: y no debe entenderse del semblante y aspecto de Cristo antes de padecer tantos y tan grandes tormentos: aunque no negaré que á Jesucristo, el cual todo el tiempo de su santísima vida se ejercitó en ayunos, oraciones, vigilias y peregrinaciones, le aconteciese lo que cuenta un filósofo haberle sucedido á él mismo (3), esto es, que la continuacion de los trabajos literarios le habia quitado toda la hermosura del cuerpo, extenuado sus fuerzas, sorbido el humor y robado el color. Por este motivo, conforme

(1) V. Greg., Turon., de Gloria Martyr., lib. 1, c. 21 et 22.
(2) Isai., 53, 2.
(3) Apul., Apolog. 1.

dijimos arriba, tuvieron al Señor por de más edad, los que le decian (1): «¿No tienes todavía cincuenta años y viste á Abraham? Esto mismo consta haber acontecido tambien al rey David, al cual por estar quebrantado de los trabajos y desastres de la guerra, le llama la Escritura muy viejo (2), sin embargo de que no pasó de setenta años. Esto es lo que de paso y por encima, me ha parecido decir sobre una materia de tanta nobleza y dignidad.

CAPÍTULO IX

De las vestiduras y adornos de Cristo Señor nuestro.

1. No sin razon ni sin fundamento colocó Aristóteles entre los diez géneros supremos de las cosas, á uno, el cual llamó «habere ó habitus,» que es la exterior disposicion de un cuerpo, por más que esto parezca á algunos cosa oscura y despreciable. Pues no sé por qué ó cómo sucede, que el adorno y el vestido con que nos cubrimos, añade á la sustancia, ó al individuo una cosa muy considerable; importando no poco para conocer á algun sujeto, singularmente si es un héroe ó un príncipe, el que le pinten con armas, con toga ó con capa. Y así, por lo que toca á las vestiduras de Cristo, cuyo conocimiento (para que sea la representacion hermosa y verdadera) es de la inspeccion del pintor cristiano; tengo mucho que advertir aquí, aunque no es mi ánimo detenerme demasiado en ello. Mas, para que á mis lectores que sériamente lean esta obra, se les haga más claro, y lo tengan por más sólido, quiero advertir una cosa en especial, que desearía se tuviera siempre presente, á saber, que Cristo Señor nuestro en lo perteneciente á la conversacion exter-

(1) Joan., 8. 57.
(2) 3. Reg., 2, 2.

na instituyó y abrazó constantemente un género de vida el más apto, y por decirlo así, más proporcionado con el fin á que habia sido enviado. Este, que era el más excelente de todos, no era otro sino el de la redencion del mundo, y la instruccion y enseñanza de los hombres. Por lo que llevó una vida severa á la verdad y de mucha gravedad; pero no sobremanera inculta y austera, ni separada enteramente del comercio de los hombres, como lo habia practicado el Bautista: antes bien llevó una vida moderada, templada y proporcionada al trato de los hombres. Viólo esto, y lo enseñó con el grande juicio de que estaba dotado, el Doctor angélico, el cual sólo basta para demostrar con la mayor evidencia lo que vamos tratando. Dice pues (1): «Era correspondiente (como ya hemos dicho) al fin de la Encarnacion, el que Cristo no hiciera vida de anacoreta, sino que tratase con los hombres. El que está tratando con otros, es muy conveniente que se conforme con ellos en la conversacion, segun aquello del Apóstol 1, ad Corinth. 9: Me hice todo para todos, etc.» Véanse sin embargo sus expositores, y particularmente el Padre Francisco Suarez (2), llamado con razon doctor eximio, que en esta parte ocupa lugar muy distinguido.

2. Esto presupuesto y advertido, aunque Tertuliano haya afirmado expresamente (3) que Cristo Señor nuestro fué inculto y desaseado en el vestido, lo que indican tambien otros Padres de la Iglesia (4), y singularmente Euthimio (5), el cual, segun me parece, lo exagera demasiado: juzgo en primer lugar que las vestiduras de Cristo no fueron en ninguna manera preciosas, ni exquisitas, y que se conformaban más con el modo de vestir de la gente vulgar, como lo notó muy

(1) S. Thom., 3 part. q. 40, art. 2, in corp.
(2) Suarez, t. 2, in 3 part. D. Thom., ad hunc loc., sect. 3.
(3) Teriul., de Idololatr. c. 18.
(4) Chrys., hom. 28, in Matth.
(5) Euthym., in c. 19, Joan., et 27, Matth.

bien é hizo evidencia de ello el Doctor angélico, cuyas son estas palabras (1): «No es creible, que Jesucristo usase vestidos preciosos, cuando él mismo nos pinta recomendable á san Juan, por no andar vestido con ellos. Ciertamente, si el Señor hubiese usado vestidos ricos, los fariseos, que en lo exterior hacian ostentacion de santidad; así como decian de él, que era un comedor y bebedor de vino, y aficionado á los publicanos; hubieran tambien dicho de él que vestía delicadamente.» Juzgo además, que sus vestiduras no fueron demasiadamente viles ó despreciables, y mucho menos sucias ni rotas: sino decentes y comunes. Con efecto, el Precursor Bautista usó siempre de vestidos groseros y ásperos, conforme nos lo enseñan los evangelistas (2): «San Juan (dice san Mateo) traia su vestido de pelos de camello, y un ceñidor de cuero por sus lomos. Y san Márcos (3): Juan andaba vestido de pelos de camello, con un ceñidor de cuero por sus lomos:» Pero Cristo Señor nuestro no vistió así, sino del modo que acabamos de exponer; esto es, usó de aquellas vestiduras que acostumbraban llevar, no los grandes y ricos, sino como vestian comunmente los judíos. Muchas razones me mueven á pensar de este modo. Primeramente, porque si Cristo acerca del modo de vestir hubiera admitido alguna singularidad, y apartádose en esta parte de la costumbre de aquellos tiempos; no es, ni parece verosímil, que los cuatro evangelistas lo hubiesen callado, cuando dos de ellos, san Mateo y san Márcos, hicieron expresa mencion de la aspereza del vestido del Bautista, y áun (lo que es más) la alabó el mismo Jesucristo. Además: porque la aspereza y demasiada austeridad de los vestidos, parece que no decia bien con una comida comun, vulgar y usual, y con beber vino, bien que con mucha moderacion. Y aunque es de creer que Cristo Señor nuestro cuando comia solo ó con los suyos, se con-

(1) D. Thom., opusc. 19, c. 8.
(2) Matt., 3, 4.
(3) Marc., 1, 6.

tentaba con comidas viles y vulgares, sin embargo que sobre este punto podria haber tambien alguna duda, por leerse en un lugar (1), que «sus discípulos se habian ido á la ciudad (de Samaria) para comprar víveres:» Sin embargo, digo, de ser esto así, es certísimo, que Cristo se recostó no pocas veces en mesas de hombres ricos y acomodados (2), donde con efecto comia lo que se le ponia delante, aunque con mucha templanza y sobriedad; y entonces bebia tambien vino, pero siempre con la misma moderacion. Pues esto es, lo que el mismo Cristo objetaba con la más grave y vehemente energía á sus émulos, y envidiosos los fariseos, cotejando su modo de vivir con la vida de su Precursor, con aquellas palabras que enteras quiero ponerlas aquí por ser muy oportunas para el caso (3): «¿Qué otra generacion (dice Cristo) podré encontrar que se parezca á esta? Ella es semejante á los niños sentados en la plaza, que dando voces á sus compañeros les dicen: Os cantamos y no habeis bailado: Os dijimos endechas y no os lamentais. Pues vino Juan, que no comia ni bebia, y dicen: Demonio tiene: vino el hijo del hombre que come y bebe, y dicen: Es un hombre comilon y bebedor de vino, amigo de los publicanos y pecadores.» De donde infiero, que si Cristo hubiera usado de vestido penitente muy áspero y en todo vil y despreciable, hubiera dado no poca ocasion á los envidiosos y calumniadores de exagerar y acriminar esto mismo, y de motejarle por la disonancia que habria entre su comer y vestir: pues (como decíamos poco ha) con un vestido demasiado rígido, vil y áspero, no parece que decia bien el que se hubiera recostado en mesas donde se servian comidas espléndidas, por más que algunos espontáneamente se lo hubieran ofrecido. Y así como Cristo hacía todo esto por fines santísimos, y para utilidad y provecho de los hombres con quienes tra-

(1) Joan., 4, 8.
(2) Luc., 7, 36, et 19, 5, 6, 7.
(3) Matth., 11, 16.

taba; así se puede decir, que no usó de vestidos delicados, preciosos y exquisitos, sino solamente comunes y decentes, aunque tiraban más á austeros y á los que usaban la gente vulgar.

3. Finalmente me mueve tambien á pensar de este modo, porque á no ser así, los sóldados que crucificaron á Cristo, á quienes pertenecian enteramente las vestiduras del Señor, segun la antigua costumbre que reformó despues el emperador Adriano, como consta del Derecho (1), no hubieran tenido tanto cuidado de dividirlas y repartirlas entre sí, procurando que á nadie de ellos se le hiciera injuria: ni hubieran porfiado sobre á cuál de ellos habia de tocar la mejor parte. Consta esto expresamente del contexto de los Evangelios (2): por lo que observó muy bien Jansenio (3) y lo insinuaron tambien Euthimio y san Ambrosio (4) que los soldados echaron suertes sobre todas las vestiduras de Cristo, aunque más particularmente sobre la túnica; queriendo que más por suerte tocara á uno de ellos, que echarla á perder si la cortaban. Y aunque es verdad que todo esto sucedió en cumplimiento de las profecías, como en los lugares citados advierten los mismos evangelistas; con todo parece se infiere de aquí que las vestiduras de Cristo no eran tan viles y despreciables, que no merecieran el cuidado y diligencia de los soldados; y por tanto, que eran tales cuales las hemos representado. Esta es y no otra la sentencia comun, si no nos dejamos llevar de alguna pasion. Y baste haber notado esto sobre la cualidad de los vestidos de Cristo. En cuanto á la materia, nada tengo que advertir sino que fueron de lana: en cuya prueba no me parece debo gastar mucho tiempo, por haber sido esta y no otra la materia de que se hacian y tejian los vestidos, no sólo entre los judíos, sino casi en todas las

(1) L. Div. Adrian. 9. ff. de Bon. damnat.
(2) Matth., 27, 35. Marc. 15, 24. Joann., 19, 23.
(3) Iansen., in Concord., c. 143.
(4) S. Ambros. t. 5, oper. Comment. in Luc., lib. 10, c. 23.

naciones del mundo, cuando todavía no se habia dado entrada al lujo, por el cual se introdujo el uso de la seda y otros trajes peregrinos. Acerca del color, hemos dicho ya bastante arriba (1) y así no quiero repetirlo aquí: esto es, que fueron sus vestiduras, ó blancas, lo que no apruebo, ó del color de la misma lana, y que tiraban á oscuras y pardas, á que más me inclino: lo que confirmo ahora con un excelente lugar de san Clemente Alejandrino, el cual dice (2): «Y si es menester buscar tambien algun otro color (á saber, además del blanco de que antes habia hablado) digo que basta el color natural del mismo vestido.» Y añade elegantemente: «Los abominables deleites inventaron despues los tintes de Cerdeña de agraz ó de olivo, el verde, el de color de rosa, el de escarlata y otros innumerables; de suerte que el fin del vestido no es ya cubrir el cuerpo sino el deleitar la vista.» Hasta aquí san Clemente Alejandrino. Para que entiendan los pintores sabios cuánto se alejan de la verdad los que pintan regularmente de color de grana la túnica exterior de Cristo Señor nuestro, y de color de violeta ó cerúleo su capa superior.

4. Mas, sobre de qué partes constaban las vestiduras de Cristo, dejando ahora aparte algunas investigaciones sobradamente escrupulosas; este es mi parecer. Primeramente que usó de túnica interior que nosotros llamamos camisa: porque sobre si usó de algun género de calzones, es cosa menos averiguada, y que así como se puede afirmar con mucha facilidad, así tambien será muy árduo y difícil de probarlo. De la túnica hace expresa mencion el Evangelio diciendo de ella (3): «La túnica era sin costura, tejida toda desde arriba.» Esta, pues, como dicen expresamente las palabras referidas, no estaba cosida, aunque tenia tambien sus mangas como acostumbraban los hebreos, á manera de las que usamos hoy; sino que estaba tejida por todas partes: lo cual, aunque al-

(1) Lib. I. cap. 9, desde el n. 5.
(2) Clem. Alex., lib. 2. Pædagog., cap. 10., ex vers. Gentian. Herveti.
(3) Joann. 19, 23.

gunos quieran atribuirlo á milagro, pero no fué así. Pues este género de túnicas las hacian frecuentemente los judíos con telar, y aún vemos hoy que se hacen en Europa. En efecto, como en los Paises Bajos hay oficiales industriosos, diligentísimos investigadores de todo género de artes y manufacturas, inventaron pocos años ha los holandeses el modo no poco ingenioso de tejer de arriba abajo los vestidos: sobre que escribió un libro entero Juan Braunio (1). Lo que sí tengo yo por milagroso y por muy digno de la majestad de Cristo es, lo que muchos afirman; á saber que la Vírgen Santísima le hizo á Cristo aquella túnica cuando todavía era niño, y que al paso que iba creciendo hasta la edad varonil, crecia tambien la misma túnica; y probablemente juzgo, que sucederia lo mismo en las demás vestiduras de Cristo: pues no parece que le hubiera sido decoroso el que segun las diversas edades usara de nuevas y diversas túnicas, habiendo menester para esto á los sastres. Con efecto, el que sus vestiduras ni antes ni despues de su predicacion y ministerio se gastaron con el uso ó el tiempo, me lo persuade, y á mi parecer con bastante fundamento, el que el mismo Señor concedió este mismo beneficio á los israelitas cuando caminaron por el desierto, conforme lo manifiesta aquel lugar en que se dice (2): «No se han envejecido vuestros vestidos, ni los zapatos de vuestros pies se han gastado de viejos.» Y que esto mismo sucediese con las vestiduras de Cristo, ¿qué hombre pío podrá haber que no lo tenga por verosímil? Pero volvamos á la camisa: Muchos piensan que ésta fué basta y de lana, lo que yo no niego, aunque considerada la cosa como ella es en sí, nada se puede decir con certeza: y áun se podria pensar si fué acaso de puro lino y trabajada á manera de red: pero no fué (como juzgaron algunos) de lino y de lana por estar esto expresamente prohibido á los israelitas

(1) De Veste Sacerdotali. Amstel. 1680.
(2) Deut., 29, 5.

por la Ley que mandaba (1): «No te pondrás vestido alguno que esté tejido de lino y de lana.

5. Por lo que respeta, pues, á la camisa de Cristo Señor nuestro, el cual, en cuanto pudo y era decente, se acomodó al uso de los de su país y nacion, usó de una larga túnica que llegaba hasta los piés: hecha de un paño vulgar: la que tengo por cierto se la ataría con algun ceñidor igualmente basto, poco curioso y ordinario, por cuanto dijo á sus discípulos, cuando les envió á predicar el Evangelio, despues de haberles instruido en los preceptos necesarios (2): «No tengais oro, plata ni dinero en vuestras bolsas.» Llevaban los apóstoles, segun se puede conjeturar, en los mismos ceñidores con que ataban sus vestidos, faltriqueras ó bolsillos, donde ponian el dinero (lo que suelen tambien practicar hoy con mucha frecuencia nuestros rústicos y arrieros), aunque no en mucha cantidad, sino solamente el que habian menester para aquellos usos más óbvios y necesarios. Sin embargo, esto último no me lo puedo persuadir de Cristo Señor nuestro, el cual, segun convenia á su majestad y santidad, habia echado de sí enteramente este cuidado y solicitud; de suerte que para el caso que se hubiese de guardar algun dinero ó distribuirse á los pobres, habia comisionado á uno de los mismos apóstoles, á saber, á Judas Iscariote, para que tuviera cuidado de él y lo guardara, como consta expresamente de la narracion del mismo Evangelio (3). Finalmente, iba vestido Cristo con una capa del mismo paño, no muy angosta, pues colgando de los hombros, podian doblarse y volverse sus extremidades hácia los mismos hombros: por ser esta la costumbre que tenian en sus capas los judíos, como se puede ver y notar en la excelente lámina que pone un erudito escritor (4), donde se representa el vestido del modo que hemos explicado. Ni

(1) Deut., 22, 11.
(2) Matth., 10, 9.
(3) Joan., 12, 6.
(4) Padre Bernard. Lamy, in Isagoge.

por haber dicho que Cristo Señor nuestro usaba de túnica superior y de camisa, hemos de pensar que se contradice él mismo, ó que obraba contra el consejo ó precepto que él habia dado á sus apóstoles, cuando les prohibió que tuviesen dos túnicas (1). Pues, como notó muy bien Euthimio sobre el mismo lugar de san Mateo, Cristo Señor nuestro no les prohibió el que tuvieran dos túnicas para diverso uso y distinto fin; sino solamente el que tuvieran dos que sirvieran para un mismo fin y uso. En una palabra: les prohibió el que llevaran consigo vestido para mudarse, cosa que no la tuvo el mismo Cristo, como despues de otros muchos lo enseñó expresamente Tomás Waldense (2). Y aún parece lo dijo más claramente san Lúcas en aquellas palabras (3): «No tengais dos túnicas,» esto es: no tengais dos de un mismo género, duplicadas ó de prevencion para mudaros. Hase de advertir aquí con mucho cuidado que Cristo llevó al derredor de la extremidad de su vestidura (á lo menos de la del palio ó de la capa) una orla muy bien cosida; de que muchas veces se hace expresa mencion en el Evangelio: pues aquella mujer que habia mucho tiempo que padecia flujo de sangre, llena de fe se metió por entre la turba «y tocó la fimbria de su vestidura (4),» lo que con las mismas palabras refirió tambien otro Evangelista (5). Leemos además que los hombres yendo á porfía á encontrar á Jesucristo, «pedian poder tocarle solamente el borde de su manto. Y todos los que tocaron fueron salvos (6).» Lo mismo dice san Márcos (7). Pero nunca llevó Cristo (segun yo pienso) lo que llamaban «Phylacteria», como acostumbraban los Doctores de la Ley. Lo que necesita de

(1) Matth., 10, 10.
(2) Thom. Wald., l. 3, de Doctrin. antiq. fidei, cap. 27.
(3) Luc., 9, 3.
(4) Matth., 9. 20.
(5) Luc., 8, 45.
(6) Matth., 14, 36.
(7) Marc., 6, 56.

mayor explicacion, para que se haga más perceptible á los que no tienen mucha noticia de esto, y para que quede á lo menos enterado de ello el pintor, á quien procuramos instruir. Sépase, pues, que en la Ley antigua estaba mandado á los israelitas que llevaran en la extremidad del vestido, á lo menos en la capa, ciertas orlas que no son fáciles de explicar: éstas se hacian de cintas de color cerúleo, el cual se llama muchas veces en la Escritura color de jacinto. Los palabras en que lo mandaba la Ley, eran las siguientes (1): «Les dirás (á los hijos de Israel), que se hagan franjas en los cabos de sus vestidos, poniendo en ellos cintas de color de jacinto:» esto es, cerúleas. Lo mismo se repite en otro lugar (2), donde se habla tambien de las fimbrias, ora se cosieran éstas en las orlas del vestido á la manera que entre nosotros se usan aquellos adornos que llamamos «franjas ó guarniciones» (lo que tengo por bastante probable); ora colgaran del mismo vestido, como vemos que están colgando, lo que llamamos «flecos ó deshilados:» sobre que puede verse Gerónimo Oleastro, que trata este punto con mucha erudicion (3). Los Doctores y fariseos en tiempo de Cristo llevaban tambien dichas fimbrias, pero más anchas y extendidas que las de los demás, para significar con esto que eran más observantes de la Ley. De aquí se entiende fácilmente aquel texto de san Mateo que dice de ellos (4): «Hacen todas sus obras para ser vistos de los hombres:» y como dando la razon de esto, «Porque ensanchan (dice) sus phylacterias y extienden los flecos de sus mantos.» Ellos eran, los que en todo y por todo fingian santidad, y sobre usar vestidos más aseados y más largos que los demás, los cuales el mismo Cristo llamó estolas, cuando dijo (5): «Guardaos de los escribas, que quieren an-

(1) Num., 15, 38.
(2) Deut., 2, 12.
(3) En el lugar que va citado antes.
(4) Matth., 23, 5.
(5) Luc., 20, 46.

dar con ropas largas;» hacian y añadian fimbrias más grandes en sus vestidos, y extendian más sus phylacterias. De las fimbrias ya hemos hablado bastante: veamos ahora qué cosa eran las phylacterias, pues es necesario saberlo, y muy conveniente á nuestro asunto. En la Ley que dió Dios á los israelitas, se les mandaba que tuvieran siempre presentes los preceptos del Señor, que por esto decia la Ley (1): «Los atarás como señal en tu mano, y los pondrás y se moverán entre tus ojos.» Por esto los mismos judíos que vivian en tiempo de Cristo, como estaban instruidos por los fariseos y Doctores de la Ley, los cuales tomaban esto muy á la letra y materialmente, pensaron el medio de escribir algunos lugares de los más principales de la Ley en ciertas membranas, las que doblándolas con algunos hilos ó bramantes trabajados de una materia más curiosa, se las ataban al brazo izquierdo y en la frente, de manera que las membranas y los preceptos que en ellas estaban escritos, se movian delante de sus ojos. Y como dichas membronos servian para conservar la Ley del Señor, por esto se llamaron «Conservatoria» y en griego «Phylacteria» (que es lo mismo); las que los fariseos, para dar á entender al pueblo que eran hombres más religiosos, las hacian mayores y más anchas, como queriendo guardar esto con una observancia más exacta, y (segun yo pienso) no sólo escrupulosa, pero aún supersticiosamente. De que por tanto no usó Jesucristo: pero el que usase de fimbrias, lo demuestra claramente el mismo Evangelio. Pasemos ahora á otra cosa.

6. Confieso ingénuamente (y no me avergüenzo de confesarlo, pues ignoro otras muchas cosas y acaso más dignas de saberse): confieso, digo, ingenua y sencillamente, que no sé si Cristo Señor nuestro usó ó no, de alguna cosa para cubrir su sagrada cabeza. Porque, cuanto he podido observar en lo que diligentemente he leido, advierto, que sobre este punto, no sólo no dicen cosa alguna los evangelistas, pero ni

(1) Deut., 6, 8.

los Santos Padres, ni otros gravísimos escritores. Pero yo no puedo menos de tocar algo sobre una materia, que dice no poco con mi asunto. Tomaré, pues, el único medio que resta: esto es, poner á la vista los fundamentos de una y otra parte; esperando que hombres sabios me enseñen la opinion que he de llevar. Los que quieran decir que Cristo Señor nuestro usó de turbante, gorra ú otra cosa para cubrir su cabeza, pueden deducírlo principalmente de que el Señor (como hemos dicho) se adaptó y acomodó regularmente en estas cosas comunes á las costumbres recibidas de los de su país y nacion, con quienes vivia y conversaba. Y áun, autores gravísimos, y muy diligentes en averiguar estas materias (1), enseñan que los judíos, aún en tiempo de Jesucristo, usaban de gorras á la manera de los de su region, para cubrir la cabeza, singularmente, ó á lo menos cuando salian en público, ó entraban en el Templo ó en sus sinagogas: y los que para demostrarlo mejor han procurado representarlo todo en láminas, dicen, que dicha cubierta de la cabeza era una cierta gorra plana y redonda, sobre la cual ponian una larga faja de lino muy fino, que bajaba de una á otra parte hasta la mitad del cuerpo. Con efecto, por lo que toca á la antigüedad de esto, no conjeturan mal, por ser constante que las naciones orientales no sólo acostumbraron cubrir sus cabezas, sino tambien adornarlas; cosa que aún la observan en el dia de hoy. Dejo ahora aparte los que habitan en el extremo del Oriente que llamamos chinos, los cuales retienen dicha costumbre con tanta tenacidad que no cabe más: pues allí los plebeyos llevan gorras redondas algun tanto elevadas, pero los nobles y magistrados, las llevan cuadradas y mucho más altas. Unos y otros, las llevan siempre puestas en la cabeza, y nunca se las quitan, sino en sus casas ó cuando están conversando con personas de su mayor satisfaccion y familiaridad: de otra suerte, en ninguna manera, particularmente sa-

(1) Fleury., Costumbres de los israel., part. 2, c. 10. P. Bernard. Lamy in Manuduc., ad Scriptur., pag. 278.

liendo en público, ni áun cuando mútuamente se saludan, pues entre ellos, no se tiene por urbanidad, sino al contrario, por falta de atencion y por descortesía, el enseñar y descubrir la cabeza. Sobre que han dicho muchas cosas los que han escrito de aquellas regiones (1). Dejo, digo, aparte á los chinos: pues consta que los persas, los medos y los armenios, usaron antiguamente de una cobertura en la cabeza, que llamaron *Tiara*, la que usaron al principio las mujeres; pero despues fué adorno propio de los hombres, y singularmente de los reyes: lo que infiero de Suetonio, el cual dice (2): «Finalmente suplicándoselo (el rey de Armenia) quitóle la tiara y le impuso la diadema.» Pero al fin, entre los medos y persas fué éste un adorno comun de los hombres, lo que tambien se colige del sagrado Texto que dice (3): «Y atándoles luego, les echaron al horno con sus paños y sus turbantes, y sus calzados y sus vestidos.» Qué cosa fuese la tiara, lo describió elegantemente san Gerónimo, sobre este mismo lugar de Daniel, cuando dijo: «Tiara es palabra griega, que el uso ha hecho ya latina, de la cual dice Virgilio: Sceptrumque sacerque tiaras. Es un género de gorra de que usan los persas y caldeos. Y todavía lo explica más el mismo santo cuando, escribiendo á Fabiola, hace una bella pintura de la tiara con estas palabras (4): «El cuarto género de vestidura es una gorra redonda segun la vemos pintada en la Odysea de Homero, como si fuera una esfera ó un globo, que partido por en medio, pusieran la una mitad en la cabeza: Este adorno, los griegos y nosotros lo llamamos tiara, algunos lo llaman sombrero, y los hebreos Miznepheth: no termina en punta ni cubre toda la cabeza hasta el pelo, sino sólo la tercera parte desde la frente; y lo atan de tal modo en el colo-

(1) V. Nic., Trigaut., lib. 1, c. 7. Alvar., Semmed., 2, p., cap. 8. Dominic. Navarrete.

(2) In Neron., c. 13.

(3) Dan., 3, 21.

(4) S. Geron., t. 2, Epist. 128, ad Fabiol., pag. 366.

drillo con una cinta, que no se cae fácilmente de la cabeza.» Y que con cierta diferencia usaron lo mismo otras naciones del Asia y del Oriente, sería muy fácil probarlo y hacerlo ver. Pero volvamos á los israelitas y judíos, los cuales, por solas las palabras de la Escritura, donde se mira como cosa de horror y como señal de algun castigo, el andar con la cabeza desnuda y descubierta; podemos persuadirnos que no la traerian así, sino cubierta y tapada. Por esto se mandaba al leproso, que cuando á juicio del sacerdote constase que estaba manchado con lepra, anduviese desnuda la cabeza. Estas son las palabras de la Ley (1): «Traerá descosidas sus vestiduras, descubierta la cabeza, tapada la boca con el vestido, etc.» Además: consta expresamente de las sagradas Letras, que el descubrir la cabeza era señal de tristeza y de llanto, por cuyo motivo se prohibia con la mayor severidad á todos los sacerdotes, y singularmente al Sacerdote Sumo el descubrirla y rasgar sus vestiduras, aún cuando los de su casa y parentela se hallaban en ocasiones de llanto y de tristeza. Pues conforme nos refiere la Historia Sagrada, cuando Nadab y Abiú perecieron en el incendio por haber ofrecido fuego profano en el Santuario, se permitió al pueblo, y en especial á sus parientes, el que pudiesen llorarlos; lo que en ninguna manera se permitió á los sacerdotes, antes por el contrario, se les prohibió con mucha severidad, como consta de aquellas palabras (2): «Y habló Moisés á Aaron y á Eleazar y á Itamar sus hijos: No querais descubrir vuestras cabezas ni rasgar vuestros vestidos, no sea acaso que esto os cause la muerte... Vuestros hermanos y todo Israel lloren el incendio que levantó el Señor.» Lo que se prohibe tambien generalmente en otro lugar (3): «El Pontífice, esto es, el Sumo Sacerdote entre sus hermanos...no descubrirá la cabeza ni rasgará sus vestiduras. En ninguna manera entrará en casa de algun

(1) Levit., 13, 45.
(2) Levit., 10, 6.
(3) Ibid., 21, 10 et 11.

muerto; no se contaminará ni aún por la muerte de su padre ni de su madre, etc.» De lo cual, si bien se considera, se echa bastantemente de ver, que los israelitas nunca acostumbraron llevar descubierta la cabeza, sino en tiempo de llanto. De propósito paso en silencio muchas cosas que podria traer de las historias sagradas y profanas en confirmacion de lo que llevo dicho. Y que este modo de cubrir decentemente la cabeza, durase hasta los tiempos de Cristo, y que áun hoy se observe entre los judíos, lo afirman los autores que antes he citado. Por tanto, como Cristo Señor nuestro se conformó en cuanto convino (como hemos dicho muchas veces) con las costumbres recibidas de su patria, no es verosímil que fuera, ó contra la costumbre de los demás, anduviera descubierta ó desnuda la cabeza. Estas son (omitiendo otras muchas) las razones, que pueden persuadir con bastante fundamento la parte afirmativa.

7. Al contrario, á favor de la parte negativa, se puede alegar en primer lugar (lo que hace mucha fuerza) el que entre todas las imágenes de Cristo, áun las que han hecho los artífices más peritos en el arte, apenas hallamos alguna que esté pintada cubierta la cabeza. Apenas, digo, y áun casi ninguna. Porque, el que en alguna parte se vea la imágen del Crucifijo de Luca, vestido con túnica talar y cubierta la cabeza con tiara (1), de cuya manera se ven tal vez algunas imágenes entre los griegos, nada hace para el caso que vamos tratando. Pues esto, solamente da á entender de algun modo nuestro respeto, pero no la verdad del hecho: porque sino, debiéramos decir que Cristo fué crucificado con sus vestiduras, lo que es contra la fe (2). De aquí se saca un argumento de bastante peso para probar que Cristo nuestro Señor nunca usó de cobertura en su cabeza: porque sino, no es creible, que en todas sus imágenes hubieran por tantos siglos omitido malamente los pintores este adorno. Además:

---

(1) En el convento de Madrid de PP. Dominicos, que llaman de Atocha.
(2) Matt., 27, 35. Marc. 15, 24. Luc., 23, 34. Joan., 19, 23.

es de creer que Cristo Señor nuestro, el cual en todas sus cosas se portaba con un juicio prudentísimo, no quiso en esta parte conformarse con los demás, particularmente con los ricos y magistrados, á lo menos, por el motivo de que la cobertura de la cabeza, segun la usaban los judíos, significaba dignidad y autoridad; y el Señor estaba muy lejos de semejante ostentacion. A esto se añade ser una cosa innegable, que el andar descubierta la cabeza, llevándola siempre expuesta á los ardores del sol y á las inclemencias de la lluvia, es un género de admirable constancia y de ejemplo que tal vez quiso practicar el Señor, no sólo para que sus discípulos que habian de peregrinar despues por todo el mundo, se fueran acostumbrando poco á poco á estas cosas bastante penosas, como para reprehender así de algun modo y tácitamente á los hombres más delicados. Con efecto, así como ha habido muchas naciones (y ahora casi todas) que usaron de cobertura en la cabeza, así ha habido otras muchas que la llevaron enteramente descubierta. Y no deja de hacer alguna fuerza el haber andado así los antiguos romanos y de más severas costumbres: pues en las imágenes que vemos de ellos con toga, nunca se nos representan cubierta la cabeza. Sobre que puede verse á Felipe Rubens, hermano del pintor de este apellido (1). Pero dejemos á los romanos, ni por ahora queramos acordarnos tampoco de los americanos, que regularmente no usaban de ninguna cosa para cubrir sus cabezas. Ciertamente nuestros antiguos españoles, no sólo despreciaron esta cobertura en tiempo de paz, sí tambien en el de guerra, de suerte, que peleaban teniendo la cabeza enteramente desnuda, como de los vascones, pueblos de España, lo cantó elegantemente Silio Itálico (2). Lo mismo escribió Tácito de los alemanes (3): «Pocos traían escudo y sólo uno ú otro, morrion ó capacete.» Dion Casio, hablando de un escuadron de alemanes, dice de

(1) In Electis, lib. 1, c. 17, p. 20.
(2) Sil. 1, de Bello Punico, l. 5, et 11.
(3) Tacit., de Moribus Germanor.

ellos (1): «Peleaban desnudas las cabezas.» Y Herodiano, tratando el mismo asunto, lo confirma diciendo: «Embestian los ballesteros á las cabezas desnudas de los alemanes.» Esto era lo más frecuente, aunque otros de la misma nacion no lo usaban. El que quiera ver tratado este punto más largamente, lea al erudito Felipe Cluverio (2): que á mí me basta lo dicho, pareciéndome que es ya tiempo de dejarlo. Pero no puedo omitir lo que del César Adriano refiere Elio Esparciano: «Era (Adriano) tan amante de viajar (dice este autor), que queria enterarse por la vista de cuanto habia leido en los lugares del universo.» Y añade luego: «Sufrió con tal paciencia los frios é inclemencias del tiempo, que nunca se cubrió la cabeza.» Ni quiero tampoco pasar en silencio lo que de Gregorio Lopez, español (hombre que vivió santamente en las Indias occidentales) refiere algunas veces Francisco Losa, Presbítero, escritor de su vida (3): pues dicho Lopez nunca cubrió con cosa alguna su cabeza, la que siempre llevaba descubierta; ya lo hiciese por la grande reverencia que tenia á Dios, en cuya presencia andaba continuamente, ó ya por juzgar, como él confesó de sí mismo, que esta cobertura no era muy necesaria al hombre. He querido referir estos dos casos con el fin de que, ya que no se pueda poner en claro lo que tratamos, se ilustre á lo menos de algun modo: y por tanto parece probable que Cristo Señor nuestro anduvo siempre descubierta la cabeza, ó hien estuviese en casa ó saliese en público. Y si fué así (lo que yo no me atrevo á afirmar) es de extrañar que no hayan hecho mencion alguna de esto, los que se han ocupado en averiguar cosas de menos monta y más sútiles. No puedo yo ahora dejar de advertir aquí al pintor una cosa: á saber, que áun supuesta y admitida la probabilidad de la primera sentencia (pues á mi juicio nunca se podrá averiguar con certeza), sin embargo, el pintor

(1) Dion Cas. lib. 38. Herodian. l. 6.
(2) Philip. Cluv., de Germania antiq., l. 1, c. 44.
(3) Cap. 30, 37 y en otras partes.

cuerdo y erudito, nunca debiera ponerla en práctica, por ser cosa desusada y exótica el representarnos con gorra ó cubierta de otro modo la imágen de Jesucristo, que de muchos siglos acá la hemos visto siempre con la cabeza descubierta.

8. Finalmente: sobre si Cristo llevó zapatos ó no, y por tanto si se ha de pintar con algun calzado ó desnudos enteramente sus piés, es esta una cuestion que ya antiguamente se ha tratado, y que muchos la controvierten en el dia, tal vez con más empeño que fruto. Yo que no estoy apasionado por ningun partido, diré ingénuamente lo que en mi concepto tengo por mucho más probable y verosímil, afirmando en primer lugar que Cristo Señor nuestro por lo comun y regularmente (como decimos) no anduvo enteramente descalzo. En confirmacion de esto y para establecerlo con más firmeza deberia bastarnos, lo que dijo claramente de Cristo su glorioso Precursor (1) «Vendrá otro más fuerte que yo y á quien yo no soy digno de desatarle la correa de sus calzados.» Donde supone san Juan como cosa clarísima y evidente que Jesucristo usó de algun calzado. Digo, que este solo texto debiera bastarnos si con sútiles interpretaciones no se le diera otro sentido. Pues ningun cuerdo negará que el referido texto se pueda entender de algun modo en un ssntido proverbial: esto es, que san Juan no se tenia por digno de servir á Cristo áun en el ministerio más bajo y abatido: lo que decimos en castellano: «No merezco descalzarle.» Pero tambien todo hombre prudente y advertido no dejará de conocer que es mucho más verosímil que el Bautista, el cual hablaba sencillamente y sin adornos ni figuras de retórica; pronunció de tal suerte aquellas palabras, que sin ningun rodeo y literalmente (como solemos decir) convinieran y se adaptaran á la persona de Jesucristo. Con efecto, así parece lo entendió el gran Padre de la Iglesia san Agustin cuando dijo (2): «Porque cuanto al calzado de que solemos usar

(1) Luc. 3, 16.
(2) S. Aug., Serm. 42, de Sanctis.

cuando andamos, á mí me consuela el mismo Señor; pues, si el hubiese andado descalzo no dijera de él san Juan: No soy digno de desatarle la correa de sus calzados.» Argumento sin duda de mucha fuerza y por tal lo han tenido hombres doctísimos; ni podrá menos de parecer siempre tal á los que consideren la materia sin ninguna preocupacion. Pero quedan todavía otros argumentos de no menor peso, como se hará manifiesto examinando más el asunto. Sentado ya que Cristo no anduvo descalzo, como lo convence el mencionado argumento, ningun hombre prudente podrá negar que usase el Señor de suelas ó sandalias. He juntado estos dos nombres, pues todos ellos significan una misma cosa, como lo persuadió con muchas razones á toda la república literaria un varon sabio que sobre este punto, á saber, «De Caliga,» escribió un librito pequeño á la verdad, pero lleno de antigüedad, tanto sagrada como profana (1). Es pues la suela ó sandalia, segun en dicha obrilla la representó en una lámina el referido autor lo que, hizo tambien el Padre Bernardo Lamy á quien citamos más arriba, una cubierta no del muslo ni de la parte superior del pié, sino de la planta de él, que vulgarmente en Palestina la llevaban los hombres defendida con una suela: á la manera (para hacer esto más perceptible) que usan de este género de calzado los Padres Franciscos que llamamos observantes. Dichas suelas las ataban con correas de uno y otro lado al pie ó en la parte inferior de la espinilla. Este es en efecto aquel género de calzado que llamaron con el nombre de «Caliga,» así los saldados en el ejército como en otras partes la gente singularmente del vulgo, como afirma y elegantemente lo aclara el mencionado autor en toda su disertacion «De Caliga.» Volviendo ahora á nuestro asunto, digo que Cristo Señor nuestro usó sin duda de este género de calzado, como lo convencen las citadas palabras de san Juan. Ataban pues al pié la sandalia ó suela con alguna correa ordinaria ó de ningun valor,

(1) Jul. Nigr. de Caliga.

segun lo dan á entender aquellas palabras de Abrahan cuando hablando con un rey de Pentápolis, le dice (1): «Desde un hilo de la trama hasta la correa del calzado, no tomaré cosa alguna de lo que es tuyo.» Esto es: no tomaré áun la cosa más vil y despreciable. Pero todavía prueba nuestro intento más claramente, el precepto que dió Jesucristo á los apóstoles: pues donde, segun el Evangelio de san Lúcas (2), se les manda no llevar consigo saco, alforja, ni zapatos, se dice clarísimamente en el de san Márcos (3): «Sino calzados de sandalias:» que es la verdadera y genuina concordancia de ambos lugares, como á cada paso lo han advertido los intérpretes. Es pues de creer que Cristo Señor nuestro mandó observar á los demás lo que él hacia con su ejemplo, conforme á aquello de los Hechos Apostólicos (4): «Comenzó Jesus á obrar y á enseñar.» Y así prescribiendo el Señor, y mandando á sus discípulos que fueran á predicar el Evangelio calzados con sandalias, consiguientemente se ha de decir que Cristo usó de ellas segun la comun costumbre. Lo que todavía se ilustra más por lo que aconteció á san Pedro cuando, estando durmiendo en la cárcel, le dispertó un ángel y le dijo (5): «Cíñete y ponte tus calzados;» en griego τὰ σανδάλια σου Cuyo modo de traducir, esto es, que á las «sandalias» corresponda lo que nuestra Vulgata llama «caligas» lo prueba con muchas razones el citado Nigronio. Ahora prosigo así mi argumento: los apóstoles y particularmente el príncipe de ellos san Pedro, siguieron aquel género de vida que habian aprendido de Cristo, no tanto de palabra sino mucho más con su ejemplo: es así que se nos describe san Pedro llevando «caligas» ó sandalias, que es lo mismo; síguese pues, que las usó su Maestro. Viólo esto san Clemente Alejandrino,

(1) Gen., 14, 13.
(2) Luc., 10, 4.
(3) Marc., 6, 9.
(4) Act., 1.
(5) Act., 12, 8.

escritor antiguo y severo, el cual adhiriendo á este mismo dictámen y hablando de las suelas ó sandalias dice, (1): «Bástanos por testigo de este género de calzado humilde y sencillo, san Juan, cuando decia que no era él digno de desatar la correa del calzado del Señor; el cual no llevaba zapatos supérfluos ó curiosos, siendo él el que manifestaba á los hebreos el modelo de la verdadera filosofía.» Hasta aquí san Clemente Alejandrino.

9. Ni para movernos á pensar de otra manera nos deben hacer ninguna fuerza algunas razones que se traen, no sin alguna confianza, de los mismos que las alegan, para probar que Cristo anduvo enteramente descalzo. La primera es: que Cristo Señor nuestro, enviando á los Discípulos á predicar el Evangelio, les mandó que no llevaran zapatos, como consta expresamente por los evangelistas (2). La segunda: qne cuando Cristo fué crucificado, le desnudaron antes sus vestiduras, pero no sus zapatos, y que por esto los soldados de quienes leemos haber dividido entre sí sus véstiduras, no se lee de ellos que repartieran entre sí sus zapatos. Estas dos razones las produce elegantemente y con la vehemencia que acostumbra san Gerónimo, cuando dice (3): «A Moisés y Josué, se les manda entrar en la Tierra Santa los piés descalzos, y los discípulos del Señor fueron enviados á predicar el nuevo Evangelio, sin el embarazo del calzado, ni ataduras de pieles: y los soldados habiendo echado suertes sobre los vestidos de Jesus, no tuvieron calzados que partir; pues no podia tener el Señor, lo que habia prohibido á sus siervos.» A que se puede añadir otra, como tercera razon: á saber, que la Magdalena lavó los piés á Jesucristo estando á la mesa, no con otra agua que la de sus lágrimas: lo que no parece pudiese ser á no estár Cristo descalzo, y á no ser que anduviese así regularmente. Pero todas estas razones, y acaso otras que se

(1) Clem. Alex., Pædag., lib. 2, c. 11.
(2) Luc., 9, Matt., 10.
(3) S. Geron., Epist. 72, ad Eustoch., de Cust. virginit.

pueden alegar, no las miro por de tanta monta, que me obliguen á apartarme de la opinion que he propuesto y que tengo por mucho más probable. Porque, cuanto á lo primero, ya he manifestado arriba que Cristo Señor nuestro prohibió á los apóstoles el que usaran de zapatos; esto es, conforme los traian los hombres más ricos, y que llevaban una vida regalada: los zapatos, digo, que cubrian todo el pié, pero no el que llevasen suelas ó sandalias: antes consta lo contrario de las palabras de san Márcos que citamos arriba: «Sino calzados de sandalias.» Y así, no hay para que detenernos más en esto. Paso á la segunda razon, á que es muy fácil dar solucion: por ser muy verosímil, que, ó bien los evangelistas, bajo el nombre de vestiduras, comprehendieron tambien los zapatos; ó que los soldados que crucificaron á Cristo despreciaron las suelas por cosa vil y de ningun precio. Ni es más difícil dar respuesta á la tercera pregunta: pues digo, que en el convite que el Fariseo dió á Jesucristo, se recostó el Señor enteramente descalzo, siguiendo la costumbre de todos los antiguos, y la de los mismos judíos, que acostumbraban echarse en las camas y ponerse á la mesa descalzos, lo que hacian por no manchar con el calzado las cubiertas ó tapetes de las camas: cosa que nadie la ignora por medianamente que esté instruido en las bellas letras. Por esto dijo Marcial (1):

«Deposuit soleas: affertur protinus ingens
Inter lactucas oxyarumque liber.»

Sobre cuyo lugar han amontonado muchas cosas el Padre Radero, y el señor Ramirez de Prado, á quien puede verse en su Pentecontarcho (2). Pero de esto acaso hablaremos más en otra parte. Quede, pues, sentado, que Cristo Señor nuestro usó regularmente de suelas ó de sandalias, y que así de-

(1) Marcial., l. 3, Epigr. 50.
(2) Cap. 12, pag. 130.

beria pintarse: con esto se puede conciliar á muchos teólogos y autores gravísimos; advirtiendo con la debida reverencia ser uno de ellos san Buenaventura, el cual parece afirma absolutamente, que Cristo anduvo siempre á pié descalzo (1).

10. Lo que hemos dicho hasta aquí, podria parecer bastante para satisfacer al título de este capítulo. Mas, supuesto que lo que voy á decir servirá no poco para su mayor ilustracion, añado brevemente, que cuando muchas veces se pintan los apóstoles acompañando á Cristo, se les debe pintar casi de la misma manera, por lo que toca al traje y al vestido. Será, pues, un error dimanado de impericia, aunque ligero, el representar los pintores á los apóstoles vestidos con túnicas encarnadas, cerúleas ó de otros colores, y mucho más el distinguir entre ellos la túnica de la capa con colores muy subidos y fuertes á la vista: cuando esto no se puede tolerar en los vestidos del mismo Jesucristo, por lo que arriba llevamos dicho. Pínteseles, pues, con túnicas y capas de un mismo color: ora sea éste blanco (si á álguien le gustase más), aunque no muy blanco y resplandeciente: ora sea de color pardo (lo que á mí me parece mejor), pero no muy largas las capas ó túnicas, ni tampoco muy anchas; y ceñido el vestido con ceñidores vulgares: y finalmente calzados como antes dijimos, con suelas ó sandalias. Este será, si mucho no me engaño, el modo más verosímil de pintarlos y representarlos. Aunque fácilmente creeré que los apóstoles, si no usaron regularmente de vestidos más groseros, los usaron á lo menos, menos curiosos que Cristo Señor nuestro: no que el Señor usase vestidos de alguna manera delicados, preciosos y exquisitos (que estoy muy lejos de decir una cosa semejante) antes los usó bastos y verdaderamente vulgares, como dijimos arriba; sino que su majestad y dignidad, distante en todo de un sordido desaseo llevaba siempre consigo, segun pienso, un no sé qué, que aun en esto le hacia distinguir de al-

(1) S. Buenav., Opusc. de Sandaliis Apost., t. 7.

gun modo de aquellos desaliñados pescadores, y de los hombres de la más ínfima plebe, como fueron los apóstoles, segun la condicion que tuvieron en el siglo. He dicho antes, «por lo que toca al traje y al vestido:» porque en cuanto á los lineamentos y figuras de los semblantes es una cosa del todo incierta, sobre que puede cualquiera discurrir conforme mejor le pareciese: bien que á san Pedro suelen pintarle constantemente con un mismo semblante, ó ya provenga esto de alguna tradicion, ó bien traiga su orígen (á que más me inclino) de las imágenes antiguas, de quienes, como hemos advertido, hace mencion Eusebio (1). No faltan quienes han dicho que Santiago, pariente de Cristo, á quien por esto llamó el Apóstol «hermano del Señor,» á saber, el que despues fué obispo de Jerusalen, se parecia en el semblante á Cristo Señor nuestro: pero sobre esto tocaremos algo en su propio lugar (2). Mas por lo que respeta á su edad, no se han de pintar viejos los apóstoles, sino como varones de edad robusta y vigorosa; en cuya edad los eligió Jesucristo, y así convenia elegir á los que despues (y algunos de ellos por muchos años) habian de sobrevivir en carne mortal á Cristo Señor nuestro. Con efecto, san Juan era mozo cuando fué elegido, como se puede probar por los monumentos de la historia Eclesiástica; y san Pedro que era el mayor de todos ellos, no era (como se le suele pintar) verdaderamente viejo: pues haciendo el cálculo de su edad (conforme lo he intentado en otra parte, bien que no con toda exactitud) (3), probablemente no tenia más de cuarenta años cuando fué llamado al Apostolado.

---

(1) Arriba, cap. 8, n. 4.
(2) Lib. 6, cap. 4.
(3) En nuestros Sermones, tom. 2, Serm. 1.

ÍNDICE

LIBRO PRIMERO.

Pág.

Al lector. 5
Biografía del autor. 9
Capítulo primero.—Qué se entiende por imágenes sagradas, y por errores que se cometen en pintarlas. 13
Cap. II—Que á los principiantes rudos é ignorantes, y á algnos otros malísimos artífices, con razon se les debe de prohibir el pintar y esculpir imágenes sagradas. 19
Cap. III.—Que con pretexto y bajo el nombre de imágenes sagradas no se deben pintar aquellas historias que puedan ser peligrosas á la vista ó inducir al mal á los incautos. 27
Cap. IV.—Que no sólo se han de evitar las pinturas de cosas torpes y deshonestas; si que se ha de excusar tambien, en cuanto se pueda, toda indecencia y desnudez en las imágenes sagradas. . . . 33
Cap. V.—Qué desnudez y en qué circunstancias se puede permitir en las imágenes sagradas, sin escándalo de los timoratos. 38
Cap. VI.—Que en las pinturas sagradas deben evitarse las invenciones ridículas y extravagantes y cuanto tenga resabios de ligereza ó de maldad. 50
Cap. VII.—Que las imágenes sagradas que dan ocasion á los rudos de algun error peligroso, deben quitarse y abolirse enteramente, si no se pueden enmendar con facilidad. 59

Pág.

Cap. VIII.—Que la razon y la prudencia exigen que no se pinten en adelante imágenes sagradas que contengan manifiesto error, aunque éste no sea contrario á la fe ó á las buenas costumbres, ni pernicioso para los hombres; pero que una vez hechas ó pintadas pueden de algun modo tolerarse. . . 67

Cap. IX.—Que debe hacerse el mismo juicio de aquellos errores que no tocan á las imágenes sagradas en lo substancial sino en lo accidental; como son anacronismos acerca de los vestidos, de las armas y de otras cosas semejantes, que se pintan sin tener bastante conocimiento é instruccion de lo que se hace. 72

Cap. X.—Que en las imágenes sagradas es lícito pintar algunas cosas que exciten la piedad, aunque no sean tomadas claramente del Evangelio ni de la Sagrada Escritura; y asimismo otras que, no tanto contienen algun pasaje de historia, cuanto aluden á una piadosa significacion. 84

LIBRO SEGUNDO.

DE LAS PINTURAS DE DIOS Y DE LOS ÁNGELES, Y QUÉ ERRORES SE COMETEN EN PINTARLAS.

Capítulo primero.—Que Dios, aunque no se puede conocer por los sentidos, con todo puede en algun modo representarse cómodamente por medio de la pintura, para ayudar y socorrer así á nuestra flaqueza. 95

Cap. II.—Que regularmente la forma humana en que es lícito pintar á Dios, es el de un majestuoso y y respetable viejo. Trátase tambien aquí de otro modo de pintar á Dios sin ninguna figura, sí sólo con rayos, y dentro de ellos un nombre Tetragramaton, ó de cuatro letras. 100

Cap. III.—Que está recibido por costumbre el pintar á

Pág.

Dios en figura de un venerable anciano: se da la la razon de esto, y además se ponen algunas advertencias acerca de estas imágenes, principalmente de las que se han sacado del antiguo Testamento. 104

Cap. IV.—De las imágenes de los santos ángeles en comun, y de los errores que suelen cometerse acerca de sus pinturas. 115

Cap. V.—De las pinturas de los serafines y querubines y de los errores que pueden introducirse en estas imágenes. 126

Cap. VI.—De las pinturas de los arcángeles, y principalmente de las de san Miguel, san Gabriel y san Rafael, y lo que se ha de notar acerca de ellas. . 132

Cap. VII.—De los otros cuatro arcángeles, de sus nombres é imágenes, y cómo pueden pintarse sin nota de error. 142

Cap. VIII.—De las pinturas é imágenes del ángel custodio y de lo que ocurre más digno de notarse sobre este punto. 147

Cap. IX.—De las pinturas é imágenes de las almas, principalmente de las de los justos; y qué es lo que se ofrece que advertir acerca de ellas. . . 153

Cap. X.—De las pinturas é imágenes de los demonios, y qué es lo que hay en ellas reprehensible por contener algun error ó extraña novedad. . . 162

LIBRO TERCERO.

DE LAS PINTURAS É IMÁGENES DE JESUCRISTO, Y DE LAS DE LOS MISTERIOS DE SU SANTÍSIMA VIDA Y PASION.

Breve prólogo. 171

Capítulo primero.—De las pinturas é imágenes de la Natividad de Cristo Señor nuestro, donde breve-

Pág.

mente se reprehende algun error que sobre esto puede haberse introducido. 172
Cap. II.—De la pintura de la Circuncision del Señor, y de los errores crasos y groseros que cometen algunos artífices, por otra parte bastantemente instruidos, en la representacion de este misterio. . 183
Apéndice del capítulo antecedente sobre la pintura del Nombre de Jesus, resplandeciente en medio de los rayos del Sol. 194
Cap. III.—De la pintura de la adoracion de los reyes Magos y lo qué en ella se puede aprobar ó reprehender. 197
Cap. IV.—De las pinturas de la Presentacion de Cristo en el Templo, y de la Purificacion de nuestra Señora; y lo que acerca de ellas se ofrece digno de notarse. 209
Cap. V.—De las pinturas de la huida de Cristo á Egipto, y de algunas cosas dignas de enmendarse y corregirse en esta materia. 222
Cap. VI.—De las pinturas de la Infancia del Salvador, y qué es lo que en ellas debe evitar ó admitir el pintor erudito. 229
Cap. VII.—De las pinturas de Cristo Señor Nuestro cuando fué hallado en el Templo sentado en medio de los Doctores. 238
Cap. VIII.—De las pinturas é imágines de Cristo en la edad varonil, ó estando ya muy próximo á ella. . 246
Cap. IX.—De las vestiduras y adornos de Cristo Señor nuestro. 256

FE DE ERRATAS

TOMO PRIMERO

PÁG.	LÍN.	SE LEE.	DEBE LEERSE.
61	28	decía haberse	decia no haberse
74	14	presta	presto
90	22	un mozo	aún mozo
204	26	tenga	tengan

EL PINTOR
CRISTIANO Y ERUDITO

TOMO SEGUNDO

Con censura de la Autoridad Eclesiástica

LA VERDADERA CIENCIA ESPAÑOLA

EL PINTOR CRISTIANO Y ERUDITO

Ó TRATADO DE LOS ERRORES

QUE SUELEN COMETERSE FRECUENTEMENTE EN PINTAR Y ESCULPIR LAS IMÁGENES SAGRADAS.

DIVIDIDO EN OCHO LIBROS

CON UN APÉNDICE.

OBRA ÚTIL PARA LOS QUE SE DEDICAN AL ESTUDIO DE LA SAGRADA ESCRITURA, Y DE LA HISTORIA ECLESIÁSTICA.

ESCRITA POR EL

M. R. P. M. FR. JUAN INTERIAN DE AYALA,

de la Sagrada, Real y Militar Orden de Nuestra Señora de las Mercedes, Redencion de cautivos, Doctor Teólogo de la Universidad de Salamanca, Catedrático Jubilado de Teologia, Maestro de Sagradas Lenguas en dicha Universidad, y Predicador de S. M.

TOMO SEGUNDO

BARCELONA

IMPRENTA DE LA VIUDA É HIJOS DE J. SUBIRANA

CALLE DE LA PUERTA FERRISA, NÚM. 16

1883

Es propiedad de los Editores, que se reservan todos los derechos que por la ley les competen.

LIBRO TERCERO

DE LAS PINTURAS É IMÁGENES DE JESUCRISTO, Y DE LAS DE LOS MISTERIOS DE SU SANTÍSIMA VIDA Y PASION.

CAPÍTULO X

Del bautismo de Cristo Señor nuestro, de sus tentaciones en el desierto y de las pinturas sobre uno y otro pasaje.

1. Ya, gracias á Dios, concluí del modo que pude la pintura de Cristo Señor nuestro, y he dicho lo suficiente por lo que respeta á su forma y á su traje. Pide ahora el buen órden que vaya siguiendo los hechos de su santísima vida, por lo perteneciente á mi intento, lo que procuraré hacer tambien con el debido método. Lo primero, pues, que se ofrece decir es sobre el bautismo del Señor, cuya historia como las demás que se irán tratando, no es de mi asunto referirlas á la larga. Dos cosas hay en las pinturas del bautismo de Cristo que es menester observar y advertir; y la una de ellas confieso ingénuamente que me desagrada en extremo. Esta es, que cuando los pintores representan á Cristo que está recibiendo el bautismo de manos de su Precursor, no le pintan, como

era debido, metido algun tanto profundamente dentro del agua; sino sólo el talon ó lo que más, hasta la mitad de la espinilla. Esta es una cosa inepta y casi diria ridícula, aunque vemos que así le han pintado artífices peritos en su arte y de mucho nombre. Porque en primer lugar, no era tal el rio Jordan, donde recibió é instituyó Cristo Señor nuestro el bautismo como es (para explicarme así) el rio Manzanares de Madrid, donde algunas veces apenas corre agua; sino que era tal y lo es todavía (aunque no muy grande y caudaloso), que podian meterse los hombres con bastante profundidad, sin apartarse mucho de la orilla. Además: porque segun explican comunmente los intérpretes, exponiendo aquellas palabras de san Mateo (1): «Y él les bautizaba en el Jordan;» no de otra manera les bautizaba el Bautista, sino metiéndoles, y tal vez no una, sino dos ó tres veces en el Jordan, sacándoles despues y poniéndoles su mano sobre sus cabezas ó echándoles agua sobre ellas. Es, pues, una cosa ridícula el pintar á Cristo Señor nuestro en su bautismo, llegándole el agua no más que hasta el talon, ó lo que más hasta la mitad de las espinillas; y no pintarle (como era razon y como lo he visto pintado mejor) metido en el agua hasta el pecho: singularmente, porque habiendo instituido Cristo el sacramento del bautismo cuando fué bautizado, metiéndose en el rio Jordan (2), de aquí sin duda tuvo su orígen el que antiguamente, tanto en la Iglesia Oriental, como en la Occidental, se confiriese el bautismo por inmersion, como dicen; ya fuese esta trina ó única segun la variedad y costumbre de los lugares é Iglesias particulares, como además de los autores más antiguos lo enseña elegantísimamente san Gregorio Papa, verdaderamente magno, cuyas palabras, aunque algo largas, llevará á bien el pío y docto lector que las ponga aquí: «Acerca de la trina inmersion, (dice este Santo Padre (3), nada se puede

(1) Matth., 3, 6.

(2) Magister in 4 sent., dist. 3, Cayet. in 3, p. q. 66, art. 2. Soto dist. 3, quæst unica, art. 2, etc.

(3) S. Greg., tom. 2, epist. 41. Regist. ad Leandr.

responder mejor que lo que vosotros habeis juzgado: pues no se contradice á la fe, que es una, el que haya diversas costumbres en la Iglesia. Nosotros en la trina inmersion significamos los tres dias de la sepultura de Cristo, de suerte que sacando al niño tres veces de las aguas, se exprese la resurreccion al cabo de tres dias. Y si alguno piensa acaso que esto se hace en honor de la Santísima Trinidad, tampoco á esto se opone la única inmersion: porque habiendo una sola sustancia en tres personas; en ninguna manera puede ser reprehensible meter al niño en las aguas tres veces ó una vez sola: pues en las tres inmersiones se significa la trinidad de las personas, y en una sola se puede significar la singularidad de la naturaleza divina.» Pero vamos al asunto: pues el que Cristo Señor nuestro en su bautismo se metiese dentro de las aguas del Jordan, lo afirma clara y elegantemente san Gregorio Nacianceno, el cual hablando del bautismo de Cristo, dice (1): «Subió Jesus de las aguas, sacando consigo y elevando al mundo, que en cierto modo estaba sumergido.

2. Ni es contrario á lo dicho el pintar al Precursor (como se hace frecuentemente) echando agua con una concha sobre la cabeza de Jesucristo. Porque san Juan, como antes advertimos, á los que bautizaba les ponia suavemente la mano sobre sus cabezas y les ayudaba á que se metieran totalmente dentro del agua, ó bien les echaba agua sobre sus cabezas con la mano ó con una concha: lo que, ya se ejecutase de este ó de otro modo, es evidente que pertenece al bautismo. De esta manera, pues, que significa mayor reverencia, pintan á san Juan bautizando á Cristo; de que se puede dar tambien otra razon bastante oportuna: á saber, porque así, la pintura, que mudamente habla, nos enseña no ser necesaria la inmersion para recibir el bautismo, siendo éste igualmente válido, ora se confiera por efusion ó por aspersion: lo que enseñó con mucha solidez, como siempre, el Doctor angélico con estas palabras (2):» Hase de decir que el agua en el sacramento del

(1) Naz. Orat. in sancta lumina.

(2) S. Thom., 3, p. q. 66, art. 7, in carp.

bautismo, sirve para la ablucion corporal, por la cual se significa la ablucion interior de los pecados. Esta ablucion puede hacerse no solamente por immersion, sino tambien por aspersion ó efusion. Por lo que, aunque es más seguro bautizar por inmersion (pues esto es lo que regularmente se acostumbra) (1); sin embargo puede tambien bautizarse por aspersion ó por efusion, etc.» Pero el que quiera instruirse de esto mas á la larga, lea á los teólogos tratando del sacramento del bautismo. Yo confieso haberme alargado algo más de lo que era razon; pues por lo que toca á mi intento, bastaba haber advertido que es una boberia el pintar á Cristo Señor nuestro en su bautismo sin llegarle apenas el agua á sus piés ó no mucho más de los talones. Mas, el pintar algunos ángeles que con sus manos están teniendo las vestiduras de Cristo, cuando desnudo recibió el bautismo; aunque esto no representa ninguna exacta narracion que nos refieran los evangelistas; es sin embargo una cosa muy pía y dignísima de imitarse, para significar con esto la profunda reverencia que tuvieron siempre los ángeles al Verbo divino encarnado: singularmente, porque, como veremos luego, los mismos ángeles en el desierto sirvieron la mesa á Jesucristo.

3. Acaso es digno de más consideracion lo que dijimos en segundo lugar, esto es, que muchas veces y áun siempre que hemos visto imágenes de esta clase, vemos pintado á Cristo Señor nuestro, como que su Eterno Padre da testimonio de su Hijo, y además, que baja el Espíritu Santo en figura de paloma sobre su cabeza, cuando entrando el Señor en las aguas del Jordan, recibió el bautismo. Pero que esto no fuese así, lo persuade el mismo Evangelio, si se lee con juicio y reflexion: pues dice que el Padre Eterno dió testimonio de que aquel era Jesucristo; no en el mismo acto del bautismo, sino despues de bautizado y cuando habia ya salido del rio Jordan. Estas son las palabras de san Mateo (1): «Jesus, des-

(1) Con efecto se observaba aún en tiempo de Santo Tomás.
(2) Matth., 3, 16.

pues de bautizado, subió luego del agua. Y hé aquí que se abrieron los cielos, y vió al Espíritu de Dios, que bajaba en figura de paloma, etc.» Y si alguno desea algun texto más claro, pongo aquí lo que dice san Márcos, que parece interpreta y comenta á san Mateo (1): «Bautizó Juan á Jesus en el Jordan. Y subiendo al instante del agua, vió abiertos los cielos y tambien al Espíritu Santo que bajó en figura de paloma, y estaba sobre él. Y se oyó una voz del Cielo: Tú eres mi amado Hijo, en tí me he complacido.» Aquí se echa de ver delineada con la mayor exactitud la historia y série de este hecho: de manera que de dicha narracion se percibe con evidencia que el Espíritu Santo se apareció en figura de paloma sobre la sagrada cabeza de Cristo, no antes, sino despues de haber salido el Señor del Jordan; y que entonces fué cuando resonó la voz del Padre reconociéndole y preconizándole por su Hijo: sin embargo, nuestros pintores unen ambas cosas; á saber, á Cristo recibiendo el bautismo, al Espíritu Santo en figura de paloma puesto sobre su cabeza, y el que abriéndose entonces los cielos, se oyó claramente la voz del Padre, á quien pintan tambien en este misterio: cuya voz (aunque era un efecto «ad extra,» como dicen los teólogos) no es ahora de mi propósito el manifestar cómo y de qué manera pueda y deba decirse voz de sólo el Padre. Con todo, no tengo por dignos de reprehension los pintores que antes han pintado así este hecho, ni tampoco los que despues les han seguido. Así por ser esta una cosa que es ya muy recibida y á que están ya acostumbrados los ojos; como porque el que dieran testimonio de Cristo el Padre y el Espíritu Santo, sucedió luego de haber salido Cristo de las aguas del Jordan, y recibido el bautismo de manos de san Juan: y como dice el comun adagio, lo que poco dista, parece que nada dista. Finalmente, porque si se pintara de otro modo, no entenderían los hombres con tanta facilidad que aquello sucediese luego despues de haber recibido Cristo el bautismo, y es

(1) Marc., 1, 9, 10, et 11.

muy del caso que lo entiendan: singularmente, porque como recibiendo Cristo el bautismo de san Juan se portó á la vista de los hombres (á lo menos en lo exterior y en la sombra) como pecador, y exhortando á todos con su admirable ejemplo á la penitencia; convenia que su Eterno Padre diera testimonio de que Cristo (como era en realidad) vencia el pecado y triunfaba de él.

4. ¿Y qué diríamos si todo el hecho se representara y pusiera á la vista de otro modo mucho más cómodo y oportuno? ¿Pero cuál será este? Digo que el pintar las corrientes del Jordan y mucha gente al rededor de ellas, al Bautista cubierto con su pellica, á Jesucristo vestido con su túnica, humedecidos sus cabellos, orando á Dios, y de rodillas, y sobre su cabeza al Espíritu Santo en figura de paloma, y al Padre Eterno, como que abriéndose los cielos se deja ver resplandeciente. ¿Qué? ¿acaso no se representaría así más oportunamente todo el hecho? Diráse tal vez ser esta una cosa inaudita y sin duda nueva: enhorabuena. Pero veamos, si este modo de pintar tiene fundamento, y muy grave, en la misma narracion del Evangelio (1). «Sucedió, dice san Lúcas, que bautizándose todo el pueblo y despues de bautizado Jesus y orando él, se abrió el Cielo, y bajó sobre él el Espíritu Santo en figura corporal como de paloma: y oyóse del Cielo una voz: Tú eres mi amado Hijo, en tí me he complacido.» He puesto entero todo el lugar, para que se eche de ver más claro que la luz del mediodia, el órden y série de todo el suceso, y que la testificacion de Cristo Señor nuestro ó su clarificacion (pues quiero más usar de esta palabra) sucedió, no en el acto de su bautismo, sino despues de ser bautizado ó lo que es lo mismo, «Jesu baptizato;» y no sólo esto, sino «orante:» de suerte que no se puede dar cosa más clara. Pero falta, dirá alguno, que dicho modo de explicar y declarar este hecho lo haya adoptado algun grave intérprete. Lo adoptó con efecto un intérprete gravísimo, y que en cuanto á

(1) Luc., 3, 21, 22.

mí vale por muchos: de tanto peso es para conmigo la gravedad y autoridad de este varon (1): «Refiere san Lúcas (dice Maldonado) que estando orando Cristo se abrieron los cielos y que bajó la paloma: y es de creer que en saliendo el Señor de las aguas á tierra, se arrodillase, para recibir con reverencia el testimonio de su Padre, Pues los hijos bien educados cuando hablan con sus padres están descubierta la cabeza.» Hasta aquí Maldonado. Todo esto lo propongo como cosa muy probable: pues si hubiere algunos á quienes les agrade más el modo antiguo de pintar este hecho, y por tanto quisieran defender á los pintores antiguos, no es mi ánimo traerlos como por fuerza á mi dictámen. Baste esto por lo que toca al bautismo de Cristo.

5. Despues de bautizado el Señor, se fué luego al desierto: y no será fuera de propósito, si éste se quiere pintar espantoso por sus rocas ásperas y escarpadas; pero además se debería añadir entre árboles silvestres y encumbrados, tambien fieras que van divagando por él, pues de ellas abunda bastante la Palestina, singularmente en los lugares desiertos. Esto dice muy bien con lo que refiere san Márcos (2): «Estuvo (dice) en el desierto por cuarenta dias y cuarenta noches..... y habitaba con las bestias.» Mas, el que acercándose á él el tentador, se pinte á éste en figura visible y humana, es cosa que la aprueban en gran manera los hombres doctos, y tambien el que se le represente en figura de un hombre que profesa santidad: pero ni ellos, ni hombre alguno cuerdo han aprobado ni aprobarán jamás, el que se pinte en traje del todo semejante al que llevan los religiosos, ya sean de los que llaman mendicantes, ó monacales. Pues esto, á mi parecer huele más á una sátira é impiedad herética que á otra cosa. Sobre lo que, como ya he dicho mucho antes (3), no quiero añadir aquí cosa alguna, juzgando que basta pin-

(1) Mald., Comment. in Matth., c. 3, v. 16, col. 82.
(2) Marc., 1, 13.
(3) Lib. 2, cap. 10, n. 5.

tarlo macilento, erizados los cabellos y cubierto con algun basto pellejo. Pero, el que se le añadan pequeños cuernos en la cabeza ó uñas de grifos en los piés, no es cosa fuera de próposito. Porque si bien Cristo Señor nuestro no podia ignorar quién era el que se le acercaba para tentarle: sin embargo, pintándole así, se quita la equivocacion en que podrian tropezar los que miran: cuya advertencia la dan frecuentemente los peritos en la teología ascética; esto es, que el demonio, no sólo cuando se le aparece á alguno, sino que tambien le habla, apenas puede dejar de dar algunas señales de sí mismo, con que no solamente en lo exterior, pero mucho más en lo interior, se puedan conocer y precaver bastante sus engaños e ilusiones. Esto es por lo que toca á la forma visible del demonio, la primera vez que tentó á Jesucristo. Porque, en cuanto á las dos últimas tentaciones (por decir tambien algo sobre esto) no es improbable, antes tiene mucha verosímilitud el decir que el demonio, cual otro Protéo, tomó otras formas del todo desemejantes; á saber, en la segunda la de un ángel luminoso, pues pretendia incitar al Señor á un pecado más grave y más enorme; esto es, á vanagloria, á ambicion y á tentar al mismo Dios: y era sin duda una cosa más conforme que un ángel tomase á Cristo y le pusiese en el pináculo del Templo. Finalmente, en la tercera tentacion en que le prometía poder, riquezas y todos los reinos del mundo; es de creer que tomaria la figura de un majestuoso emperador, vestido de púrpura, como probabilísimamente lo afirma un escritor muy docto y erudito (1). Todo lo cual, como que son cosas que se afirman con mucha probabilidad, toca al pintor que se precia de erudito, el estar instruido en ellas. Pintan además de esto muy á menudo los pintores al demonio cuando tentó la primera vez á Jesucristo, llevando tres ó cuatro piedras en la mano y enseñándoselas al Señor, por leerse en el Evangelio en boca del demonio (2): «Dí que estas piedras se conviertan en pan.» No

(1) Alphons. Salmeron, tom. 4, tr. 11.
(2) Matth., 4, 1.

que yo quiera condenar esto de error: pero advierto que tampoco lo seria el pintar al demonio señalando y mostrando piedras que estuvieran al rededor ó á los piés de Cristo: y esto, insistiendo en la significacion latina del pronombre «isti,» con que en latin se significa propiamente, no lo que llevamos con nosotros mismos y que está con nosotros ó muy cerca de nosotros, de suerte que lo toquemos ó podamos tocar; sino que denotamos con más propiedad lo que tenemos á la frente ó delante de nosotros. Más claro. El pronombre «iste, ista, istud,» no corresponde al pronombre castellano «este, esta, esto,» sino al pronombre español, «ese, esa, eso,» como lo podria convencer y demostrar con muchos ejemplos de los mejores autores y de más pura latinidad. Pero no quiero detenerme en estos pelillos de la gramática; singularmente confesando que en la Escritura y en los autores eclesiásticos se confunden frecuentísimamente los pronombres «hic é iste.»

6. Por lo que respeta á la segunda tentacion, hombres doctísimos han tenido por muy difícil el explicar y discernir cuál fué el lugar del Templo adonde llevó á Cristo el demonio, aconsejándole que se echara abajo (1): «Púsole sobre el pináculo del Templo y le dijo: Si eres hijo de Dios, échate abajo:» y por consiguiente son de parecer, que no es fácil de determinar cómo deberá pintar este hecho el pintor sabio. Pero yo, dejando aparte las opiniones de los demás, digo, que aquel lugar no fué otro, sino el que llamamos en castellano «balaustre,» más alto y elevado, que rodeaba todo el techo y estaba en esta forma, para que si alguno estuviese en el techo ó se pasease por él, no pudiese resbalar ni caerse. Pues el techo del Templo, ni tampoco los demás de las casas de Palestina y de las otras regiones orientales, no terminaba en punta, como los nuestros de Europa, sino que estaba enteramente llano, de modo que habia allí un lugar muy cómodo para pasear ó conversar. Los griegos llamaron πτερύγιὸν, el co-

(1) Matth., 4, 5, 6

rredor, balaustre ó pináculo del Templo, por salirse aquello en algun modo del edificio y hacer á manera de ala, lo que llamamos nosotros «volado», ó por decirlo en castellano, particularmente hablando con españoles, «le puso sobre el corredor, la barandilla ó el balaustre,» de aquella parte del Templo, que era la más elevada: de suerte que de esta, y no de otra manera, deberá pintar este hecho el pintor erudito.

7. En cuanto á la última tentacion con que el demonio quiso tentar á Jesucristo, y que el Evangelio la refiere con estas palabras (1): «Tomó el demonio otra vez al Señor y lo llevó á un monte muy empinado y le manifestó todos los reinos del mundo y la gloria de ellos, etc.» siendo más que cierto, que áun de la cumbre del monte más elevado, no se pueden ver ni señalar todos los reinos del mundo, se fatigan no poco los intérpretes sobre la inteligencia y explicacion de este lugar. Pero yo, por lo que es de mi asunto y por si acaso conviniere alguna vez pintar este hecho, juzgo que basta decir, que el demonio con su arte verdaderamente mágica, representó y manifestó á Cristo en la parte del aire que estaba á su vista (como de algun modo suele hacerse en una excelente perspectiva) un grande aparato de todas aquellas cosas por las que suspira el mundo y que anhelan en gran manera los hombres mundanos. Tales son á la verdad los palacios excelsos y magníficos, alhajas de oro y plata, piedras preciosas, grandes montones de dinero, vestidos de púrpura y de seda, tronos de oro, ostentacion de un triunfo, carros triunfales y otras cosas de esta clase, á que atendiendo el demonio, añadió: «Todo esto te daré si postrándote me adoras;» sabiendo muy bien cuántos y cuántos se afanan y suspiran por estas cosas y por otras no tan preciosas, y que sólo con enseñárselas y prometerles que las gozarán, logra que vil é indignamente le rindan adoraciones. Acerca de ambas tentaciones, se pregunta tambien como cosa difícil, ¿si el demo-

(1) Matth., 4, 8.

nio con sus propias fuerzas llevó á Cristo por el aire, del desierto al Templo y del Templo al monte? ó si no fué así, sino que andando á pié se adelantara y le condujera allá como por la mano? Ni una ni otra cosa, en cuanto me acuerdo, la he visto pintada. Conviene, sin embargo, que sepan los pintores cómo esto sucedió. Muchos autores gravísimos, como san Gerónimo, san Gregorio, Estrabon y el autor «Operis imperfecti,» dicen haber acontecido del primer modo, esto es, que el demonio arrebató á Cristo y lo llevó volando por el aire. Otros, como Orígenes, Euthimio y los que siguen á éstos, piensan haber sucedido del segundo, cuyo dictámen seguiria yo gustoso, si no me hicieran fuerza la autoridad y razon en que se fundan los Padres muy graves que llevan lo contrario. Digo, pues, que el demonio arrebató á Cristo y lo llevó como volando por el aire: moviéndome a sentir así la razon y autoridad de tan grandes Padres. En primer lugar, su autoridad: porque sin duda son Padres gravísimos san Gerónimo (1), san Juan Crisóstomo, san Gregorio y santo Tomás (2), cuya autoridad no se ha de poner en el último lugar; dejando ahora aparte á Beda, al Abulense (3) y á otros muchos que son del mismo parecer. Además de esto, la razon; pues en el mismo texto del Evangelio, se dice, que «tomó el demonio al Señor: Assumpsit eum;» y en griego παρέλαβεν. Lo que, si bien algunas veces significa lo mismo que «duxit,» y en griego ἤγαγεν, y de este modo se explicó tambien san Lúcas: sin embargo es más expresiva y todo lo abraza la palabra «assumpsit;» esto es, lo llevó consigo, ó lo arrebató. A que se añade: que si el Señor, siguiendo al demonio que iba delante, hubiera ido á pié del desierto al Templo y luego del Templo al monte; acaso se hubieran gastado en esto algunos dias, lo que, á mi parecer, no es muy conforme al texto ni á la mente del Evan-

(1) S. Geron., sobre este lugar de S. Mateo. Chrisost., hom. 5, in Matth. Gregor., hom. 16, in Evang.

(2) S. Thom., 3, p. quæst. 41., art. 4, ad 7.

(3) Beda, ad cap. 4, Luc. Abul. ad. c. 4. Matth q. 34, et 35.

gelio. Finalmente, lo que convence más, es lo que leemos en el mismo Evangelio: «Y le colocó sobre el pináculo del Templo.» Porque, si Cristo no hubiera hecho más que seguir al demonio yendo éste delante, antes debiera decirse, que el mismo Cristo se puso en aquel lugar, donde con dificultad se podia entrar, y no que allí le colocase el demonio, como dice el Evangelio. Ni hacen mucha fuerza las razones que se alegan ó pueden alegarse en contra. La primera, «que no parece verosímil que Cristo diera al demonio tanto poder para consigo, que se dejase llevar de él,» que son las formales palabras de un gravísimo intérprete (1); y la segunda, que tampoco parece creible que Cristo se dejara llevar del demonio por el aire, de suerte que todos le vieran, conforme habia de suceder si de esta manera lo hubiera trasportado el demonio. Digo, que esto no hace ninguna fuerza. Porque en cuanto á lo primero, es innegable que respondió gallardemente san Gregorio, cuando dijo (2): «Ciertamente el demonio es la cabeza de todos los malos, todos los cuales son miembros de esta cabeza, ¿por ventura no fué miembro del demonio Pilatos? ¿Por ventura no fueron tambien miembros suyos los judíos que perseguian á Cristo y los soldados que le crucificaron? ¿Pues qué mucho que permitiese el Señor ser llevado al monte por el demonio, habiendo permitido que los que eran sus miembros le crucificasen?» Y en cuanto á lo segundo, respondió igualmente bien el Doctor angélico con estas palabras (3): «A lo séptimo, se ha de decir que conforme dice san Juan Crisóstomo, de tal manera el demonio llevaba á Cristo al pináculo del Templo, que todos le veian; y el mismo Cristo, sabiéndolo el demonio, se portaba de modo que no era visto de nadie. Y así, por lo que es de mi intento, si conviniere pintar este hecho, como no se puede representar que el demonio arrebatase á Cristo invisiblemente, se le deberá pintar llevado en

(1) Mald., ad cap, 4. Matth., n. 5, col. 92.
(2) S. Greg., hom. 16, in Evang.
(3) S. Thom. part. 3, q. 41, art. 4, ad 7.

manos, ó sobre los hombros del demonio, como de algunos lo refiere santo Tomás (1). Con efecto, cuanto á expresar el hecho, parece que no se ha pensado sin fundamento. Esto es lo que acerca del título que puse en el capítulo me ha parecido más digno de notar y advertir.

CAPÍTULO XI

Otras observaciones más dignas de que las tenga presentes el pintor, acerca de otros hechos de Jesucristo que se refieren en los Evangelios.

1. Sería una cosa muy larga, y no solamente larga, pero tambien molestísima, por tener que inculcar muchas veces unas mismas cosas; el que para instruir al pintor cristiano, quisiese yo referir cada uno de por sí los hechos de Jesucristo. Por lo que, á imitacion de los geógrafos que no representan á la vista todos los lugares de las regiones que describen, sino aquellos más principales, cuyo conocimiento les importa más; sólo iré notando lo más principal, segun lo pidiere la historia y la verdad de los hechos. Y para aclarar más con ejemplos lo mismo que vamos tratando, propondré algunos de paso, y otros con mayor extension, segun lo fuere pidiendo la materia.

2. En las bodas que se celebraron en Caná de Galilea, donde fueron convidados Cristo y su santísima Madre, vemos pintados en gran número los discípulos del Señor, lo que no es muy conforme á la verdad del hecho. Pues, aunque no se puede probar que fueron pocos, sin embargo es cierto, por lo que nos consta del Evangelio, que entonces no eran admitidos para discípulos de Jesucristo más de tres, de los que despues fueron promovidos al apostolado; á saber, Pedro,

(1) En la exposicion al cap. 4, de S. Matheo.

Andrés y Felipe, y á éstos se añadió Natanael, á quien el mismo Felipe llevó antes al Señor. Consta esto tan claramente del Evangelio de san Juan (1), que se puede hacer ver, y demostrar con mucha facilidad. Y así será lo más acertado pintar en corto número los que junto con Cristo y su santísima Madre fueron convidados á aquellas bodas, como consta expresamente de aquellas palabras (2): «Fué llamado Jesus y sus discípulos á las bodas.» Ni obsta el que se diga despues en el mismo capítulo (3), que por haber obrado el Señor aquel milagro, sus discípulos creyeron en él: pues para verificarse esto, basta que hubiera algunos de sus discípulos, y de los que despues fueron elegidos para apóstoles, aunque entonces no fuesen más; porque los que habian asistido á las bodas, divulgaron y dieron noticia á los demás, del milagro que allí habia obrado Jesucristo. Del mismo modo se dice tambien que el Señor con aquel milagro manifestó su gloria, sin embargo de que eran muy pocos (como observaron muy bien Teofilato y Eutimio) los que como testigos más calificados podian dar testimonio de dicho milagro, esto es, los que servian á la mesa. El sagrado Evangelio dice así (4): «Probó el Maestresala el agua convertida en vino, y no sabia de dónde habia venido; pero sí lo sabian los ministros que habian sacado el agua. Responden los mismos (son palabras de un autor gravísimo (5), que de ellos, á saber, de los ministros, lo oyeron los demás; y que así se divulgó el milagro, y hoy lo divulga san Juan: hace respecto de nosotros la Escritura el mismo oficio que para ellos hacia la historia, conforme dice san Ambrosio.» Ciertamente en los demás hechos y viajes que despues hizo Jesucristo, como habia ya crecido su nombre y se habia divulgado su fama y auto-

(1) Joan., 1, 35.
(2) Cap. 2, v. 2.
(3) Ibid., v. 11.
(4) Ibid., v. 9.
(5) Mald., ad cap. 2. Joan., v. 39, col. 1319.

ridad, no hay inconveniente en pintar muchos discípulos en su compañía: pues sabemos que éstos, no sólo fueron muchos, sino tambien en gran número; de suerte, que en un lugar se llama turba á los discípulos del Señor, como se echa de ver por lo que dice san Lúcas (1): «Y la turba de sus discípulos.» Pero en el hecho de que estamos hablando, como fué el primero de los milagros y señales que dieron testimonio de su mision y ministerio; y habiendo éste sucedido casi entre solos los parientes: es más conforme á razon (como decia antes) pintar en este caso pocos discípulos.

3. Qué cosa fuesen las *hydrias* que habia allí, y que llenaron de agua los ministros, la que luego por mandado é imperio del Señor, se convirtió en vino de excelente calidad; me consta no haberlo ignorado los pintores, áun los menos instruidos. Pero para aclarar más todo esto, digo, que dichas hydrias ó tinajas, en cuanto se puede conjeturar, eran unas cubas pequeñas fabricadas de piedra de alabastro, sin asas, sin ninguna moldura y lisas: conforme es, segun dicen, la única que hoy se conserva y se enseña en el Real Monasterio de san Lorenzo del Escorial. Pero no es tan sabido lo que se significa por aquella palabra *Architriclinus*. Oí una vez de un sujeto, por otra parte docto, que éste era el nombre propio de un hombre; lo que sin duda es más digno de risa que de refutacion. Pensaron otros, no sin algun fundamento, que Architriclino era el que estaba recostado á la mesa en el lugar más distinguido; esto es, el más digno entre los concurrentes y convidados. Digo, el que estaba recostado: porque (como ya notamos antes y despues lo explicaremos más) los antiguos, y tambien los judíos, no se ponian á la mesa sentados en sillas ó bancos, sino recostado el cuerpo en camas que se sostenian sobre sus piés, á la manera de los que están echados. Pero, aunque esto no se haya dicho ó pensado sin alguna verosimilitud, sin embargo no asegura enteramente la verdad, la que sin duda alcanzará el que con Severo Antio-

(1) Luc., 6, 17.

cheno, «in Græcorum catena (1),» y con san Juan Crisóstomo (2), y Theophilacto, dijere, que el Architiclino no era otro, sino el que presidia en el convite: no como que fuera él el dueño de la casa, sino como mayordomo que iba ordenando y disponiendo todo lo necesario para el convite. A éste era á quien le tocaba principalmente el cuidar del vino, distribuyendo á cada uno su porcion, y procurando que á nadie le faltase cosa alguna: no se recostaba á la mesa, sino que estaba en pié en el convite, y como de centinela, mandando á los servidores lo que era menester. El mismo probaba el vino antes de presentarlo á los convidados, advirtiendo el que convenia darse á cada uno. En una palabra: él era el que mandaba en el convite, y á él únicamente atendió el autor del Libro del Eclesiástico, cuando dijo (3): «Te pusieron para regir (el banquete) no te ensoberbezcas (sobre los otros) mas sé como uno de ellos. Ten cuidado de ellos, y así ponte á la mesa.» Finalmente, el que tenia este encargo no solía recostarse sino despues que, acabado el convite, habia cumplido con su oficio: lo que explicó el mismo texto citado con las siguientes palabras: «Y despues de haber cumplido con todas tus obligaciones, recuéstate á la mesa: para alegrarte por razon de ellos, y para ser honrado por su agradecimiento, y alcanzar corona y la dignidad de ser rogado de todos. En cuyas últimas palabras se contienen otras cosas, que como las precedentes, las explica con más extension de lo que suele, el docto intérprete de los Evangelios (4), á quien tantas veces he citado con elogio, del cual he trasladado aquí muchas palabras, tambien contra mi costumbre, por juzgar que interesaba el pintor erudito en saber con alguna distincion y exactitud, qué es lo que se significa por esta palabra *Architriclinus*.

4. Poco despues de haber referido el Evangelista este he-

(1) Orat. 119.
(2) Sobre este lugar.
(3) Eccl., 32, 1, 2, 3.
(4) Mald., ad cap. 2. Joann., v. 30, col. 1316.

cho, refiere inmediatamente otro; á saber, que Cristo Señor nuestro haciendo como un azote de cuerdas, echó del templo á los que vendian ganado y palomas. Las palabras del Evangelio son estas (1): «Y encontró en el templo á hombres que vendian bueyes, ovejas y palomas, y á los numularios que estaban sentados. Y habiendo hecho como un azote de cuerdas los echó á todos del templo, y tambien á las ovejas y bueyes, y derramó el dinero de los numularios, y echó por tierra sus mesas.» Quiénes eran los «numularios» (pues es preciso advertirlo) nos lo diria muy bien san Gerónimo (2), el cual no sólo lo explica sino que lo ilustra muy por extenso. Más, como toca otras cosas que no son del asunto que vamos tratando, dirélo yo más brevemente. Eran ellos los que permutaban la moneda de otras naciones con la que corria en Judea y en Jerusalen. Pues, como por causa de la solemnidad de la Pascua, muchos, así de los judíos como de los de otros paises, particularmente del Egipto, de Babilonia y de otras regiones que estaban á la otra parte del rio Eufrates, se juntaban en el templo de Jerusalen; como á ninguno de ellos se le permitia adorar á Dios sin ofrecer algun don; y por otra parte, el dinero que llevaban consigo para comprar víctimas les era inútil, tomaban dinero prestado y á ganancias para comprarlas cada uno segun sus facultades; de suerte que ni aún los pobres dejaban de ofrecer sus víctimas aunque de menos valor, como eran tórtolas y palomas. Esta costumbre de permutar dinero es frecuentísima en las mayores ciudades de Europa, como en Nápoles, en Venecia y en otras partes, lo que no se hace sin alguna ganancia ó lucro, aunque moderado, de los que prestan ó permutan. Estos eran los que el Evangelista llama «numularios.»

5 Mas, cuando se representa este hecho, no se debe pintar de modo que estas ventas y compras se hicieran en alguna parte interior del templo. No eran los judíos tan negligen-

(1) Joann. 2, 14.
(2) Ad cap. 21, Matth.

tes en lo tocante al culto que se debe á Dios, que permitieran una cosa tal, aun en el atrio de los israelitas: sino que se hacian estos contratos dentro del templo sí, pero en el atrio que se llamaba de los gentiles, que era el lugar solo donde éstos podian entrar aunque adorasen á Dios: de suerte que so pena de la vida no podian pasar más adelante. Ya advertimos arriba que el templo de Jerusalen constaba de atrios descubiertos: uno que llamaban de los gentiles y otro que era propio de los israelitas: porque de otro modo no podian completarse los sacrificios y mactacion de tantas víctimas. Dichos atrios estaban cercados de magníficos pórticos bastante elevados; pero los techos eran planos segun la costumbre de la region y remataban en galerías. Debajo de estos pórticos que cercaban el atrio de los gentiles, se trataban los negocios que describe brevemente el Evangelista, y que Jesucristo lleno de la gloria de su Padre y de celo por su casa, en ninguna manera permitió que se hicieran: por lo que revestido de un admirable imperio y majestad, armado con un solo azote les echó á todos del templo, diciendo (1): «Quitad esto de aquí y no hagais la casa de mi Padre casa de mercado. ¡Hecho verdaderamente grande! podemos exclamar aquí, y uno de los más admirables entre tantos y tan señalados que obró el Señor: en tanto grado que san Gerónimo, hombre de muy severo juicio, no duda anteponerlo á los mayores y más distinguidos hechos que obró Jesucristo. No puedo menos de poner aquí sus mismas palabras que ilustran mucho lo que he dicho arriba (2): «A mí (dice san Gerónimo) entre todos los milagros que obró el Señor el que me parece más admirable es, el que un hombre solo y entonces despreciable, y en tanto grado vil que despues le crucificaron, pudiese á golpes de un solo azote echar del templo tan gran muchedumbre de gentes, derribar sus mesas, destrozar sus cátedras, y hacer muchas otras cosas que no hu-

(1) Joann., 2, 16.
(2) S. Geron., en el lugar citado.

biera hecho el más numeroso ejército, por más que los escribas y fariseos se embravecian contra él, y veian que iban por tierra sus ganancias.» Las últimas palabras con que concluye el santo este pasaje, en que da la razon de todo este hecho, son muy dignas de que las note el lector erudito, pues ilustran en gran manera lo que hemos dicho arriba (1), tratando de la majestad y dignidad del semblante de Cristo. «Porque (dice) salian como resplandores y centellas de sus ojos, y la majestad de la divinidad resplandecia en su semblante.» Hasta aquí san Gerónimo.

6. Pero el que á Cristo Señor nuestro hablando con la Samaritana le pinten sentado sobre aquella parte del pozo (ora fuese esta redonda ó cuadrada), que cierra la boca del mismo pozo y sirve de resguardo para no caer en él los hombres ó las bestias, la que llamamos en castellano *el brocal del pozo:* le pinten, digo, de este modo por haber leido en el Evangelio (2): «Sedebat sic supra fontem,» cuyas palabras han dado no poco que discurrir á autores graves como lo atestigua un esclarecido intérprete (3): digo ser ésta una cosa indecorosa y (segun á mí me parece) casi ridícula como menos conveniente á la dignidad y gravedad de Jesucristo. Mejor, á mi entender, le pintan otros sentado en alguna piedra cerca del pozo, las que para varios usos de los que sacan agua suele haber por lo comun al rededor, particularmente de los grandes pozos: en especial siendo la fuerza de la diccion «supra fontem,» como si dijera «juxta fontem: junto á la fuente,» casi del mismo modo, que se dice en el Salmo: «Sobre los rios de Babilonia, allí estuvimos sentados y lloramos (4); esto es, en sus riberas ó junto al rio. Mas lo que algunos añaden en la representacion de este hecho pintándonos á Jesucristo como que está descansando algun tanto su

(1) Arriba, cap. 8.
(2) Joann., 4.
(3) Mald., sobre este lugar, v. 11, col. 1371.
(4) Psalm. 136.

cabeza, afianzado su codo en el mismo brocal del pozo, es cosa muy decente y conforme á las mismas palabras del Evangelio, que dice: «Cansado del camino.» Lo demás que en este mismo capítulo refiere el Evangelista, aunque necesita de explicacion, no es de mi asunto. Y así, advertiré solamente á los que quieran pintar este hecho, que no muy lejos del pozo cerca del cual habló Cristo á la Samaritana, pinten la ciudad de Sichen, que no distaba mucho de él: y que será tambien muy del caso pintar en otra distancia no muy separada, el famosísimo monte «Garizim,» al que sin duda significó y demostró con el dedo la misma Samaritana, cuando dijo á Cristo: «Nuestros padres adoraron á Dios en este monte:» pues dicho monte distaba tambien poco de la ciudad de Samaria.

7. Lo que puede causar alguna dificultad al pintor erúdito, es lo que refieren los evangelistas (1) acerca de la curacion de aquel paralítico, de quien leemos segun la historia y narracion que nos hace san Lúcas de este hecho, «Que no hallando por donde le pudiesen meter, por la muchedumbre de gente que habia, subieron encima de la casa y por el tejado lo bajaron con su cama y le pusieron en medio delante de Jesus:» porque esto parece oponerse á lo que antes hemos dicho (2), de que las casas de los judíos tuvieron tejados sí, pero no que remataran en punta, como los nuestros, sino que eran llanos; de suerte que algunas veces servian para pasearse y otras para cenar allí á cielo descubierto. Lo que no parece se conforma con lo que acabamos de referir de la historia de san Lúcas: y por consiguiente que no se sabe de qué manera se ha de pintar semejante hecho. Pero todo lo dicho no hace mucha fuerza ni parece muy difícil de explicarlo: pues digo que los tejados de aquellas regiones fueron en efecto llanos, como dije arriba; á saber, que los terrados eran firmes y trabados con mucho artificio; pero que los cubrian

(1) Matt., 9, 2. Marc., 2, 4. Luc., 5, 19.
(2) Cap. 10, n. 6.

con tierra, cal ó bien otra materia, por si acaso venian fuertes lluvias: cuya cobertura llamó tejas el intérprete, acomodándose á la palabra más usada y comun. Y como no fuese posible que por la escalera por donde se sube regularmente al tejado fuera llevado el que estaba echado en la cama, y *á quien le llevaban cuatro*, como dice san Márcos; ó que por la misma le bajaran al suelo inferior de la casa: pudo tanto la lealtad y amor de aquellos para con el pobre paralítico, que para poder hacer esto cómodamente, mandaron abrir parte del techo, cuanto era menester para de esa manera atar despues con cuatro cuerdas la cama donde estaba tendido el paralítico, y bajarle de este modo poco á poco hasta el suelo inferior y ponerle delante de Jesucristo. Lo que entendido bien, nada nos precisa á decir, contra lo que hemos dicho antes, que los tejados de aquellas regiones terminasen en punta, y que fuesen enteramente semejantes á los nuestros de Europa.

8. Sería error el que en la resurreccion de la hija del Archisinagogo, bajo cuyo nombre no se significa otra cosa sino el que tenia el principal lugar en la Sinagoga, el cual, como notó san Márcos (1), se llamaba Jairo; sería error, digo, si en la representacion de este hecho, esto es, cuando Cristo obró aquel admirable prodigio, que sólo al imperio de su voz resucitó la muchacha que estaba difunta, se pintaran más personas que las que refiere san Lúcas haber sido admitidas para ver un hecho tan maravilloso (2). «Y habiendo entrado (el Señor) en la casa (dice san Lúcas) no permitió que entraran consigo sino Pedro, Diego y Juan y los padres de la muchacha». Todo esto es bien sabido: pero hay pintores que no se persuaden poderse pintar á Cristo con la dignidad correspondiente, si no se le pinta acompañado de muchos discípulos. En este mismo hecho, los *tibicines* ó tañedores de flauta de que hace mencion san Mateo (3), eran aquellos que alquilaban los

(1) Matt., 5, 22.
(2) Luc., 8, 52.
(3) Mat., 9, 23.

padres ó parientes del difunto para ir á los funerales, particularmente de los poderosos y ricos. Pues nadie ignora que los gentiles tuvieron la costumbre, no sólo de acompañar sus entierros con mujeres que iban llorando y lamentándose, las que alquilaban á este fin y llamaban «præficæ» (que nosotros entendemos plañideras) é iban cantando canciones tristes, á que dieron el nombre de *nœnias;* sino que los acompañaban tambien con cantores que tocaban la flauta. Por esto Ovidio hace mencion de las flautas y canciones que habia en los entierros, como cosa muy usada en la antigüedad, cuando dijo (1):

«Cantabat mœstis tibia funeribus.»

Esta costumbre, como otras muchas, habia pasado de los gentiles á los hebreos: lo que á mí por razon de mi asunto me ha parecido notar aquí. Mas, el pintar en el mismo caso á Cristo Señor nuestro tomando con su sacratísima mano la de la difunta; sobre que esto seria siempre una accion que no podría menos de parecer bien, es muy conforme á la verdad de la historia, pues refiere san Márcos esta notable circunstancia (2): «Y teniendo la mano de la muchacha, le dijo, etc.»

9. Parecerá acaso cosa de más importancia, aun por lo tocante á la pintura, que al Centurion (el cual por el mérito de una viva fe alcanzó de Cristo la salud para su siervo paralítico), se le pinte postrado á los piés del Señor, pidiéndole y suplicándole que sanara á su siervo. Porque, si bien san Mateo dice absolutamente que el hecho aconteció de suerte que el mismo Centurion lo pidió á Jesucristo, y que concediéndoselo el Señor y diciéndole (3): «Yo iré y le sanaré,» respondió entonces aquellas palabras verdaderamente admirables: «Señor yo no soy digno de que entres en mi casa, etc.» Sin embar-

(1) Ovid., lib. 4. Fastor.
(2) Marc., 5, 41.
(3) Matt., 8, 7, et 8.

go san Lúcas refiere el caso de muy diversa manera (1): Como hubiese oido el Centurion (dice este evangelista) lo que se decia de Jesus, le envió un recado por los judíos ancianos, rogándole que fuera á su casa y sanara á su siervo.» Y un poco mas abajo: «Y no estando ya (Jesus) muy lejos de la casa, le envió el Centurion á sus amigos, que le dijeran: «Señor, no querais cansaros: porque no soy digno de que entreis en mi casa.» Y todavía lo dice más expresamente en las palabras que luego añade: «Por lo mismo no me he tenido yo por digno de ir á tí, pero dilo sólo de palabra y sanará mi siervo. De que parece se infiere claramente que el Centurion, no por soberbia, sino llevado de una suma reverencia y sumision que tenia á Cristo, nunca habló con el Señor para alcanzar de su majestad la salud de su siervo; sino que se lo suplicó, no él mismo sino por tercera persona, esto es, por los judíos ancianos cuando primero los puso por intercesores; y por medio de sus particulares amigos, cuando rogó al Señor que no tomara el trabajo de ir en persona á su casa, teniéndose por indigno de tal favor, y de que usara Cristo con él de tanta condescendencia. Ni á esto se opone la narracion que de este hecho nos hace san Mateo, cuando dice, que el mismo Centurion hizo la súplica á Cristo por la salud de su siervo, y que él por sí mismo le propuso su propia indignidad, para que el Señor no entrase en su casa. Porque, como despues de san Agustin (2) y de otros muchos, advirtió muy bien un famoso intérprete (3): «No solamente se dice, que va uno á casa de otro si va por sí mismo, sino tambien, si va por medio de otros: como decimos que comparece ante el Juez, no sólo el que comparece en persona; si tambien el que comparece por su apoderado. Y á la manera que se dice ir á la casa de otro, el que va á ella mediante alguno; así se dice, que responde, el que responde mediante otro. He dicho todo esto sólo con el

(1) Luc., 7, 3.
(2) De Consens. Evang., lib. 2, c. 10, et lib. 33, contr. Faust c. 7, 8.
(3) Mald., sobre este lugar de S. Mateo, col. 182.

fin de hacer patente cuál sea la probabilidad ó mayor verosimilitud de este hecho; no con ánimo de condenar de error, si alguna vez se viere pintado al Centurion pidiendo él por sí mismo la salud de su siervo: antes digo que esto no sólo se puede pintar, sino que puede afirmarse con sólidas razones: ya porque, como dejamos notado, refiere absolutamente san Mateo haber sucedido así; ya tambien porque autores gravísimos (1) defienden haber sucedido uno y otro; esto es, que el Centurion envió primero á Cristo á los ancianos de los judíos y luego á sus amigos, y al fin que agravándose más la enfermedad, fué él mismo en persona, como lo declaró san Mateo.

10. No mucho despues obró Cristo aquel celebérrimo milagro de resucitar al hijo de aquella viuda, que puesto ya en el féretro le llevaban á enterrar. Acerca de la pintura de este hecho (pues sólo quiero tocar lo que es propio de mi asunto) es preciso advertir, que obran muy mal, y aun erróneamente los pintores en pintarlo como sucedido en medio de alguna ciudad: principalmente, porque este modo de pintar, se opone claramente á las palabras del Evangelista, que dice (2): «Sucedió, que despues iba (Jesus) á la ciudad que se llama Naim: é iban con él sus discípulos y una gran turba. Y al acercarse á las puertas de la ciudad, hé aquí que llevaban á enterrar un difunto, que era hijo único de su madre, y ésta era viuda: y gran muchedumbre de la ciudad la acompañaba.» Donde se echa de ver con la mayor claridad que este caso sucedió, no en la ciudad, sino fuera de ella, y que fuera de ella llevaban á enterrar al difunto, á quien Cristo resucitó al acercarse á las puestas de la ciudad. Digo, que hacen mal los pintores en representar este hecho como que iban á enterrar al difunto dentro de la ciudad: porque ¿quién hay que ignore la costumbre antiquísima, y confirmada por

(1) Chris., sobre este lugar, hom. 27, y sobre el mismo, Euthimio y Theophil.

(2) Luc., 7, a v. 11.

les mismas leyes, de que no se enterraran los cadáveres en la ciudad? Es cosa esta tan sabida, que me persuado no la ignora áun la gente más vulgar é ignorante. Por esto en las antiguas Leyes de las Doce Tablas, se hallaba ésta: «Hominem mortuum in urbem ne sepelito, neve urito: Ningun cadáver sea enterrado ni quemado dentro de la ciudad.» Sobre cuya exposicion dijo cosas tan grandes y admirables Antonio Clario Sylvio, abogado de París (1), que si yo quisiera ahora exponer esto á la larga, no haría más que ridiculizarme, y valerme con poca vergüenza (en que muchos no ponen reparo) de los trabajos y sudores ajenos. Sólo quiero añadir (para los que ignoran estas cosas, aunque tan comunes) que por lo mismo se colocaban frecuentemente los sepulcros fuera de la ciudad, y cerca de los caminos públicos. De donde tuvo orígen el que los epitafios hablaran con los pasajeros: ó ya en boca de los mismos difuntos, por la figura que los retóricos llaman «Prosopopeya;» ó ya en boca de algun otro. Y esto es en cuanto á los gentiles, que por lo que toca á los judíos, todos saben, áun los principiantes en las sagradas Letras, que así los que eran nobles como los plebeyos, acostumbraron colocar sus sepulcros fuera de la ciudad en los huertos ó en los campos. De aquí es, que el mismo Jacob enterró á su amada Raquel junto á Belen, y que Samuel hablando á Saul, le dijo (2): «Cuando hoy te apartares de mí, encontrarás dos varones junto al sepulcro de Raquel en el término de Benjamin. Y del rey Josías, se dice (3): É hizo sacar el ídolo del bosque fuera de la casa del Señor, y de Jerusalen al arroyo de Cedron, y allí lo quemó y lo redujo á cenizas, y lo arrojó sobre los sepulcros del pueblo.» ¿Pero para qué me canso en traer tantas pruebas? El mismo sepulcro de Cristo Señor nuestro que el Profeta habia vaticinado que seria glorioso, fué colocado, no en la ciudad, sino en

(1) Libro singulari commentar. ad Leges veteres, cap. 23, a p. 501.
(2) 1 Reg., 10, 2.
(3) 4 Reg., 23, 6.

un huerto junto al lugar donde fué crucificado, como exactamente lo refiere el Evangelio, cuando dice (1): «Habia en el lugar donde crucificaron á Cristo un huerto, y en él un sepulcro donde todavía no habian puesto á nadie. Allí pues, etc.» Hasta aquí el sagrado Evangelista: de suerte que no es menester ir á otra parte á mendigar testimonios en confirmacion de lo dicho.

11. Es muy célebre, y más admirable de lo que pueda encarecerse con palabras, aquel milagro que obró Jesucristo, cuando con sólo cinco panes y dos peces, dió de comer con abundancia á cinco mil hombres, sin contar las mujeres y los párvulos. Pero este hecho, no debe pintarse de modo que solamente se represente una confusa muchedumbre de gente y sin ningun órden, como frecuentemente lo vemos pintado. Pues no fué así; sino que se sentaron los concurrentes, como notó muy bien san Márcos, con el debido órden, el que gusta Dios se observe en todo (2): «Y (Jesus) les mandó (á sus discípulos) que hicieran sentar á todos por divisiones sobre el heno verde. Y se sentaron por divisiones de ciento en ciento, y de cincuenta en cincuenta.» De aquí se echa de ver como quiso el Señor, que se observara en el convite el órden y série que con admirable propiedad y elegancia describió el mismo Evangelista, que dijo «secundum contubernia:» lo que he querido advertir aquí, para que de este lugar se conozca mejor la exactísima propiedad con que se explica la Vulgata. Pues la palabra latina «contubernium,» como lo atestiguan Festo y Vegecio (3), es palabra militar ó castrense, que significa diez soldados que vivian debajo de un mismo pabellon ó tienda de campaña, á los cuales presidía un decano ó decurion, que era la cabeza del «contubernio.» De ahí es, el haberse transferido esta voz para significar el comercio y la sociedad; y en este sentido dijo Cice-

(1) Joann, 19, 41.
(2) Marc., 6, 39, et 40.
(3) Veg., de Re militar., lib. 1.

ron (1): «Donde está aquel contubernio de la milicia mujeril en aquella delicadísima playa.» Lo que propiamente llamamos ahora los españoles, y lo llaman tambien así los mismos soldados que hoy usan de este modo de vivir, *el rancho*. Y lo que añade san Márcos, «de ciento en ciento, y de cincuenta en cincuenta,» es término tambien propio de la milicia: lo que, si bien en gran parte se hizo por la comodidad de los apóstoles, que servian á los convidados; sin embargo, nadie negará, que en esto se da tambien á entender la benignidad y providencia que Cristo usa con los suyos, el cual como excelente Emperador, proveía de víveres con tanta abundancia á los que le seguían y militaban debajo de sus estandartes.

12. Además de esto, es bien sabido aquel admirable prodigio que obró el Señor, cuando se paseó largo trecho sobre las olas del mar como si anduviera sobre un suelo firme y sólido. Pues por lo menos consta haber andado sobre el mar veinte y cinco estadíos, ó lo que diríamos nosotros, el espacio de legua y media, que es lo mismo. Estas son las palabras de san Juan (2): «Como hubiesen navegado (los apóstoles) unos veinte y cinco ó treinta estadios, vieron á Jesús que se estaba paseando sobre el mar, etc.» Dos errores se pueden cometer en pintar este hecho, ó por lo menos, si no estoy trascordado, los han cometido alguna vez pintores bastante inteligentes. El primero es el pintar á Jesus andando sobre las aguas, pero poco distante de la orilla; lo que no es muy conforme á las palabras que acabo de alegar. El segundo, el representar este prodigio como acontecido al anochecer ó poco despues de puesto el sol, lo que es contrario al Evangelio, pues nos dice san Juan: «que ya todo estaba oscuro y Jesus todavía no habia venido á ellos.» Y san Mateo dice expresamente, que Jesucristo vino á sus discípulos en la cuarta vigilia de la noche; esto es, tres horas enteras y aún mas de

(1) Cic. Action. 7, in Verr.
(2) Joan., 6, 19.

media noche. Estas son las palabras del Evangelista (1): «En la cuarta vigilia de la noche vino á ellos caminando sobre el mar. Y viéndole (sus discípulos) que se paseaba por el mar se turbaron, diciendo: alguna fantasma es.» Y así para representar este hecho segun la verdad de la historia, conviene pintarlo de tal modo (lo que saben hacer muy bien los pintores más peritos en el arte) que se represente como acontecido en la noche y estando oscurecido el Cielo con muchas nubes, conforme á la narracion que de este hecho nos hacen los evangelistas, pues san Mateo dice «que la navecilla era combatida de las olas en medio del mar: porque el viento les era contrario». Y san Juan, «que se levantaban muchas olas por la gran furia del viento.»

13. Mas acerca de la narracion en que se refiere haber libertado Jesucristo á un endemoniado, que por imperio del Señor vomitó una legion entera de demonios, permitiéndoles él mismo á instancias suyas el que se pudiesen entrar en unos puercos (2); se ha de observar con mucho cuidado, no sólo el que se pinten éstos entrándose por el mar aceleradamente y como llevados de una furia horrible y portentosa; sino tambien atónitos los porqueros y huyendo hácia la ciudad; lo que notó san Márcos con estas palabras (3): «Y los que los guardaban huyeron y dieron aviso en la ciudad y en los campos.» Esto es por lo que hace á nuestro intento. Porque, lo que dió que entender á algunos intérpretes (omitiendo á otros que no parece han tratado esta materia con la debida diligencia) á saber, cómo un ganado tan numeroso de puercos podía pertenecer á los judíos, los cuales, no solamente no comian de esta carne, sino que, segun atestigua Porfirio, la aborrecian en tanto grado, que ni aún se atrevian á nombrar dichosa animales (4); ciertamente no es cosa que toque al arte de la pin-

(1) Matth., 14, 25, et 26.
(2) Marc., 5, a v. 1, ad 20. Matth., 8, a v. 28. Luc., 8, a v. 26.
(3) Marc., 5, 14.
(4) Porph., de Abstin. animal.

tura: pero sin embargo, por dar gusto á los que desean tener de ello alguna noticia más exacta, no quiero dejar de dar solucion á esta dificultad. Digo, pues, que aquel ganado de puercos (y no sintieron bien algunos que han dicho lo contrario) no fué cosa que perteneciese á los bienes y posesiones de los judíos, sino de los gentiles: por haber obrado Cristo Señor nuestro este milagro, cuando estaba en la region de los gerasenos ó gadarenos (que es lo mismo) como se dice en el texto griego de san Lúcas, de que no es tiempo ahora de disputar. Esta region que en sí contenia la ciudad de *Gadara*, que era una y la capital de otras nueve que juntas componian la region que se llamó *Decápolis*, la habitaban los gentiles siro-macedones, los que no es de extrañar que tuvieran y alimentaran ganados de puercos. A que no se opone el que Cristo Señor nuestro, que habia dicho de sí mismo que él habia venido para recoger las ovejas que habian perecido de la casa de Israel, predicase á aquella gente: porque los habitantes de dichas ciudades, no eran puramente gentiles, sino que vivian mezclados con los judíos, con quienes los mencionados gentiles y siro-macedones, ejercian y manifestaban frecuentemente mucha humanidad y cortesía, conforme refiere Josefo (1). Lo que hace bastante probable el que mereciesen de algun modo que se compadeciera de ellos el Señor, libertando de tantos demonios á aquel pobre endemoniado que habia llenado de terror y espanto todos los alrededores de aquella region; pues segun refiere san Márcos (2): «tenia su habitacion en los sepulcros, y ya ninguno, ni aún con cadenas le podia atar: por cuanto atado muchas veces con ellas y con grillos, habia roto las cadenas y hecho pedazos los grillos, de suerte que nadie podia sujetarle, etc.» Pero esto, como hemos advertido, ya pasa más allá de lo pertene-

(1) Joseph., lib. 2, de Bell. Jud., cap. 33 y 35, segun el ejemp. griego.

(2) Marc., 5, 3.

ciente á la pintura. Y así estas como otras muchas cosas, las dejo espontáneamente para que las traten los doctos intérpretes de los Evangelios. En esto viene á resumirse, lo que en estas narraciones del Evangelio, con las breves y cortas observaciones que he hecho, puede conducir para la instruccion del pintor erudito. Pues otras cosas, aunque dignísimas por otra parte, de largas descripciones y comentarios, ó de ninguna manera pertenecen al asunto que me he propuesto, ó piden una explicacion más dilatada. Mucho habria que notar por lo que toca á las parábolas, por cuyo medio Jesucristo, que es eterna verdad, enseñó varias veces su celestial doctrina á los pueblos que le seguian; y por este mismo medio la enseñó tambien otras muchas á los fariseos, que eran enemigos suyos declarados. Y así, dejo ya esta materia, advirtiendo solamente á los pintores cuerdos que si alguna vez se les ofreciere pintar lo que se refiere en estas parábolas, particularmente en las más célebres, como son la del pasajero que cayó en manos de ladrones (1), la del hijo pródigo (2), la del rico avariento (3), y otras muchas, no lo hagan sin consultar antes la narracion dal Evangelio, si entienden el latin; y si no, que vayan á verlo en los libros de la Vida de Cristo, de los muchos que hay en lengua vulgar. Vamos pues á otra cosa.

---

(1) Luc., 10, a v. 25.
(2) Ibid., 15, a v. 12.
(3) Ibid., 16, a vers; 19.

CAPÍTULO XII

De las pinturas de la mujer pecadora ungiendo los piés de Jesucristo, y regándolos con sus lágrimas: quién fuese esta mujer.

1. Hallándose todavía Jesucristo dentro los confines de la Galilea inferior (lo que se colige por la série de la narracion, y por otras razones de bastante peso); ora fuese esto en la ciudad llamada Naim, donde habia resucitado á aquel jóven difunto, ó bien en cualquiera otra de la misma region; sucedió lo que largamente nos refiere el evangelista san Lúcas (1): esto es, que convidado Jesucristo por uno de los principales de los fariseos, para que fuera á comer con él, entró en casa del Fariseo, y se recostó para comer. Entrando allí de repente una mujer, que el evangelista llama pecadora, tributó al Señor las señales de reverencia, de amor y de obsequio, que el mismo evangelista cuenta tan á la larga, y que nadie hay, no digo de los pintores, pero ni del pueblo cristiano que las ignore. En pintar este hecho, convienen casi todos nuestros pintores, pero (lo diré con su licencia) todos ellos obran erradamente; y (por no decir algo más picante) sin atender á la verdad de este suceso, conforme nos lo refiere el mismo evangelista. Pintan á Jesucristo sentado en una silla ó banco, y por consiguiente, puestos los piés debajo de la mesa: luego, nos representan á una mujer echada á sus piés, y postrada en tierra, ungiendo con aromas ó ungüento los piés de Jesus, regándolos con sus lágrimas, y enjugándolos con sus cabellos. ¿Quién hacrá que no haya visto semejante pintura? Nadie por cierto. Pero ¿quién habrá tampoco por mediana instruccion que tenga, que no conozca ser

(1) Luc., 7, a v. 36.

esta pintura muy ajena de la misma narracion del Evangelio? Porque primeramente no dice el Evangelista, que al entrar Cristo en la casa del Fariseo se sentara á la mesa; sino señaladamente, segun era la costumbre de aquellos tiempos, que se recostó, «discubuit:» lo que luego repite con aquellas palabras: «Ut cognovit quod accubuisset in domo Pharisæi: Así que entendió (la mujer) que (Jesus) se habia recostado en casa del Fariseo.» Además: no se dice de esta mujer que se arrodillase ó se postrase; sino que estuvo en pié, «steterit:» ni que se arrimase delante de Cristo, ó que se pusiese delante de él (lo que era consiguiente, si el caso hubiera sucedido como lo pintan); sino que se estuvo detrás, «retro:» lo que se contiene clarísimamente en aquellas palabras: Estsndo detrás á sus piés:» y aun parece que se contiene más expresamente en el texto griego, que dice así: ἡ στᾶσα ὀπισω παρὰ τοὺς ὠόδας αὐτῶ δώϊ;ω κλαίυσα. Lo que traducido á la letra suena: «Et stans ad pedes ejus retro flens.» ¿No se echa ya de ver claramente cuántos errores cometen pintores por otra parte doctos, ó á lo menos bastante instruidos, en pintar solamente este hecho? Con efecto, cualquiera los conocerá, con tal que no quiera cegarse. Y esto no acontece por otro motivo, sino por el que he dicho varias veces, y acaso lo repetiré otras muchas: á saber, por la ignorancia de la antiguedad de sus ritos y costumbres, de que no tienen noticia áun aquellos pintores, que generalmente entre todos pasan plaza de cuerdos y diligentes.

2. Aquí es donde hemos de traer á la memoria, lo mucho que, no fuera de propósito, notamos arriba (1) tratando del rito, y costumbre que habia antiguamente para cenar y comer. Porque, aunque en la más remota antiguedad, como fueron los tiempos heróicos, para comer ó cenar no se ponian los hombres recostados á la mesa, sino sentados en sillas ó bancos, como hoy se acostumbra, particularmente en Europa; aunque digo, no se practicara entonces así, segun

(1) Arriba, l. 1, cap. 9, n. 9.

consta de Homero, el cual describiendo un convite que tuvieron los Procos, dice (1):

«At Proci ingressi sunt, qui mox inde superbi
Ordine sederunt scamnis, et ordine thronis.»

Sin embargo, creciendo despues con el tiempo el uso de los baños y lavatorios, como lo observó muy bien un sabio autor (2), empezaron á cenar, no sentados en bancos ó sillas, sino recostados en sus camas: sobre lo cual ya he notado y advertido antes muchas cosas, de suerte que me haría ridículo y molesto si las volviera á repetir. Lo cierto es, que los hebreos siguieron tambien esta costumbre, á que atendieron los evangelistas, usando señaladamente de las palabras: «estar echado ó recostado, «cuando hacen mencion de haber comido Jesucristo, así en este lugar de que hablamos, donde dice el Evangelista: «Y habiendo entrado en casa del Fariseo se recostó á la mesa:» como en otros muchos que sería molesto el ponerlos aquí (3). Esto supuesto, los que se acercaban á los convidados para servirles ó prestarles cualquier otro género de obsequio, antes se ponian detrás que delante, lo que les era más fácil y podian ejecutarlo con más prontitud. Con efecto, leemos que los siervos asistian á los piés de los convidados. Séneca dice (4): «Así que amaneció el dia, el siervo que habia estado á sus piés mientras cenaba, le contó lo que él habia dicho en medio de la cena estando borracho.» Y en otro lugar: Entonces, despues de haber adquirido esta familia, comenzó á inquietar á sus convidados. Tenia á sus piés á aquellos á quienes como les fuera pidiendo versos para irlos recitando, sucedia que muchas veces se paraba en

(1) Homer., 1, Odys.

(2) Hieron. Merc., de Art., Gymnast. lib., 1, cap. 11.

(3) Matth., 9, 10, 26, 7. Marc., 14, 3. Luc., 11, 37, et 22, 14, et 24, 30.

(4) Sen., lib. 3, de Benefic. c. 27, epist. 37.

medio del verso, etc.» De este modo se entiende facilísimamente cómo pudo aquella mujer, que roció con ungüento los piés del Señor, acercarse á él por detrás: lo que de otra manera ni puede entenderse con facilidad, ni de ningun modo se puede entender. Finalmente, lo que señalada y expresasamente notó el Evangelista, él mismo lo ilustra admirablemente todo, diciéndonos que la mujer se acercó á Jesucristo, que le ungió, lavó y enjugó sus piés no estando arrodillada ni postrada en tierra, sino en pié: «Estando en pié (dice el texto) detrás á los piés del Señor. Bajo cuyas palabras no entiendo yo, que dicha mujer ejercitara para con Cristo los obsequios que refiere el Evangelio, estando enteramente derecha, y sin inclinarse, como lo notó muy al caso el intérprete que tantas veces he citado y citaré en adelante (1): sino que manteniéndose sobre sus piés, aunque inclinándose algun tanto cuanto era menester para honrar respetuosamente, y besar con puros y castos ósculos las plantas de Jesus recostado en la cama, le ungió los piés, se los lavó y enjugó con sus cabellos. Por lo que será muy conforme al Evangelio el pintar este hecho verdaderamente lleno de piedad, de amor y de reverencia para con Cristo, del modo que lo hemos descifrado; pero á no hacerse así, será una necedad y ridiculez, y lo que es peor, contra la fe y narracion del Evangelio.

3. Hasta aquí he hablado de esta mujer, sin hacer ninguna distincion, y casi sin nombrarla, por convenir esto más á mi intento. Mas, sobre saber ó averiguar qué mujer fué esta, y si fué la misma que otra ó que otras cuyos hechos leemos en los Evangelios; es esta una cuestion, en que ya antiguamente se dividieron entre sí famosos intérpretes, y que en estos últimos siglos la han tratado varios con mucho empeño y esfuerzo por ambas partes. Yo á la verdad, como que parece que estoy tratando una cosa enteramente diversa, podria omitir semejante cuestion. Mas, como el saber cuál fué dicha mujer, conduce no poco para la inteligencia de la pin-

(1) Juan Mald., ad cap. 7, Luc. col. 1000.

tura, diré ingénuamente lo que siento. En primer lugor, no llevo á mal, que los hombres doctos, de los cuales puede cada uno, como dice san Pablo, abundar en su sentido, no siendo éste contrario á los decretos y definiciones de la Iglesia, tengan entre sí estas disputas, y juzguen en ellas segun su talento y capacidad: particularmente en la cuestion que tratamos ahora, en que han sido tambien diversos los pareceres de los Padres antiguos. Con todo, no me gusta el que algunos adhieren con tanto teson á sus opiniones, que haciendo irrision de las contrarias (que son acaso más probables) desprecian á los que las defienden, como á hombres que no pasan más allá de lo que sabe el vulgo.

4. Para decidir pues no con otros monumentos sino con los de los mismos Evangelios, cuál fué esta mujer pecadora que morando todavía Cristo en Galilea le ungió los pies con unguento y se los lavó con sus lágrimas, conviene referir brevemente otros hechos de Jesucristo. Andando el Señor por la misma region de la Galilea meridional, una honesta y piadosa mujer llamada Marta, que tenia una hermana llamada María, hospedó á Jesucristo. «Sucedió (dice san Lúcas) (1) que yendo, entró el mismo (Cristo) en cierto lugar, y una muger llamada Marta le hospedó en su casa: ésta tenia una hermana llamada María, ¡etc.» Digo pues, que esta hermana de Marta que se llamaba María, es la misma, y por decirlo segun la antigua costumbre, la mismísima que el Evangelio llama mujer pecadora, y la que entrando en casa del Fariseo donde estaba convidado Jesus, ungió con unguento los piés del Señor y los regó con sus lágrimas. Y para más clara inteligencia de todo esto, digo primeramente: que estas dos mujeres á saber, Marta y María, ambas queridas y familiares de Jesucristo, no eran habitantes del país y region de la Judea sino de la Galilea meridional, que no distaba mucho de los confines de Samaria: ni moraron en Judea sino pocos meses antes de la pasion del Señor, como despues

(1) Luc., 10, 38.

lo explicaremos más. Lo segundo: que aquel pueblo ó lugar, ó segun tradujo el intérprete de la Vulgata «castellum,» no estaba en la region de Judea sino en la tetrarquía de Galilea junto al torrente Cison, como lo afirman los más peritos geógrafos y los más versados en estas materias (1): y áun el mismo castillo ó lugar, segun atestiguan los mismos y tambien otros autores, y entre éstos san Gerónimo (2), se llamó «Magdalum,» de donde segun la terminacion griega se llamó María Magdalene ó Magdalena. Lo tercero: que el hecho de ungir los piés á Jesucristo la mujer pecadora no aconteció en Judea sino en Galilea en uno de los lugares de aquella region; ó ya fuese este la misma ciudad llamada Naim ó bien otro cualesquiera. Todo esto se echa de ver claramente por la misma serie de la narracion que nos hace el Evangelio. Ni esto lo niegan los autores sabios que hacen distincion entre estas dos mugeres; antes en esto principalmente se fundan para discernir la una de la otra Finalmente se debe tener siempre presente que san Lúcas luego que acaba de referir la uncion de los piés de Cristo Señor nuestro con que le obsequió aquella mujer, que el sagrado Historiador llamó pecadora; añade el mismo: Pero óiganse sus mismas palabras aunque algo largas, pues favorecen en gran manera á la sentencia que absolutamente tengo por más verdadera: dicen así (3): «Sucedió despues que el mismo (Jesus) iba caminando por ciudades y lugares predicando y evangelizando el reino de Dios, y los doce con él, y algunas mugeres que habian sido curadas por él de espíritus malignos y de enfermedades: María llamada Magdalena de quien habian salido siete demonios, Juana mujer de Cusa, procurador de Herodes, Susana y otras muchas que le servian de sus haciendas.» Ved aquí como refiriendo el sagrado Historiador los nombres de las mugeres que iban en seguimiento de Cristo

(1) Burca Hortelius Adrícom. Adr. Relandus y otros.
(2) S. Geron., t. 3, Epist. 150, ad Hebidiam, q. 4.
(3) Luc. 8, a v., 1.

y que de sus propios bienes (pues no eran mujeres de la ínfima plebe sino que eran nobles y bastante ricas) le suministraban lo necesario, pone la primera entre estas á María, que se llamó Magdalena: esto es, del mismo lugar ó castillo de Magdalón, de donde le vino este sobrenombre: en cuyo castillo (como hemos explicado ya y todavía lo explicaremos más) entró Cristo Señor nuestro, cuando se encaminaba derechamente á Judea. Esta, pues, no era otra sino la hermana de Marta; y que ella misma fuese la pecadora que habia ungido los piés á Jesucristo en casa de Simon el fariseo, consta bastante de lo dicho.

5. Pero para aclararlo todavía más y hacerlo más perceptible, veamos lo que refiere san Juan (1): «Habia (dice) un enfermo llamado Lázaro que era de Bethania, del castillo de María y de Marta sus hermanas.» Luego examinaremos el sentido que tienen y exigen estas palabras; examinemos ahora las que inmediatamente se siguen: «Era María» (prosigue san Juan) «la que ungió al Señor con unguento y le limpió los pies con sus cabellos, cuyo hermano Lázaro estaba enfermo.» Aquí vemos la exacta descripcion de María hermana de Marta y de Lázaro; esto es, que fué aquella y no otra que ungió con unguento los pies del Señor y los limpió con sus cabellos. En cuyo lugar el evangelista san Juan que nunca habia referido este hecho, atendió evidentemente á la descripcion que de él habia hecho san Lucas, como clara y elegantemente lo afirma san Agustin en la concordancia de los Evangelios: donde, despues de otras muchas cosas dignísimas de leerse y de haber alegado las palabras citadas, dice (2) «Diciendo esto san Juan, pone por testigo á san Lúcas que habia referido haber sucedido esto en casa de un cierto fariseo llamado Simon. Ya pues habia ejecutado antes María esta accion. Y yo, si es lícito conjeturar sobre esto algo más, añado, que no por otra cosa sino por la fuerza de la expre-

(1) Joann., 11. 1.
(2) S. Agust., de Concord. Evang., l. 2, c. 79.

sion, usó el gran Padre san Agustin de la diccion «fecerat, habia ejecutado,» significando un hecho sucedido ya habia algun tiempo, á saber más de un año antes, como veremos despues. Lo que se puede colegir tambien de algun modo de las palabras que usó el Evangelista en el texto original que á la letra puedan traducirse de este modo: «Era María la que habia ungido al Señor con unguento;» particularmente habiéndolas traducido así un intérprete gravísimo y bien conocido (1): porque *to aleipsasa* es participio del primer Aoristo del verbo *aleifo* que con bastante propiedad se puede verter por esta circumlocucion, «que habia ungido» como expresamente lo hace la version arábiga: por ser esta la fuerza del Aoristo que, aunque significa un tiempo indeterminado y no indique con bastante claridad si el hecho sucedió mucho ó poco tiempo antes; sin embargo, denota más frecuentemente el tiempo que ya pasó, aunque mediante interposicion de alguna detencion notable. Pero esto júzguenlo los demás; que á mí me basta haber insinuado esta breve reflexion. Lo que ahora hemos de advertir con más cuidado, como lo vió el intérprete que tanto he citado (2) es, que aunque se ponen muchos argumentos para probar que fueron estas distintas mujeres; ó lo que es lo mismo, para probar que la que expresa san Lúcas es distinta de la que habla aquí san Juan; sin embargo, todos ellos juntos no tienen la fuerza de este solo para convencer que no fueron distintas sino la misma. Quede, pues, sentado que María hermana de Marta es la misma de la que habla san Lúcas y de quien dice que ungió con ungüento los piés del Señor y se los lavó con sus lágrimas. Probado ya (lo que despues todavía explicaremos más) que María hermana de Marta es la misma, que el Evangelio llama María Magdalena; legítimamente se infiere que dichas mujeres no fueron tres, ni dos tampoco, sino una sola: y que es enteramente la misma la que en casa de

(1) Mald., ad c. 11, Joann. col. 1647, n. 6.
(2) Mald., ad cap 26. Matth., col. 547.

Simon Fariseo ungió los pies al Señor y la que se llama María Magdalena que siguió á Cristo desde Galilea, y le socorrió con sus facultades.

6. Todo lo dicho se hará sin duda más claro y evidente, si soltamos antes las dificultades que suelen y pueden objetarse contra la opinion que llevamos. La primera, que á algunos ha parecido insuperable, es esta: que á aquella mujer penitente de quien hace mencion san Lúcas, expresa y absolutamente la llama pecadora el Evangelista; ni sólo esto, sino que significa haberse esparcido el rumor de su mala fama, ó como decimos comunmente, que pecaba con escándalo de todos. Pues todo esto dan á entender aquellas palabras (1): «Y hé aquí que una mujer pecadora que habia en la ciudad.» Lo que tácitamente reprehendió tambien dentro de sí el Fariseo, cuando dijo hablando de Cristo (2): «Este, si fuese profeta, conoceria quién y cuál es la mujer, que le toca: que es pecadora:» y lo que es más, el mismo Jesucristo lo expresó, y si puede decirse así, lo exageró con aquellas palabras (3): «Sus muchos pecados son perdonados, porque amó mucho.» Pero al contrario, de la hermana de Marta, en cuya casa entró el Señor, se hace mencion como de una mujer santa, inocente, piadosa, de buenas y loables costumbres: porque, ó ya se la considere en su misma casa donde entró el Señor, la veremos sentada á los piés de Cristo, recibiendo de él, no solamente con los oidos, sino mucho más con el corazon, las palabras de vida eterna, en cuya atencion la alabó el mismo Jesucristo por haber elegido la mejor parte; ó bien se la considere en casa de su hermano Lázaro, hallaremos que era amada del Señor, cuyo amor indica y nos hace ciertamente justos y santos, como lo expresó san Juan, cuando dijo (4): «Jesus amaba á Marta y á su hermana María y á Lázaro:» y

(1) Luc., 7, 37.
(2) Ibid., vers. 39.
(3) Ibid., v. 47.
(4) Joan., 11, 5.

que la misma se echó á los piés de Jesucristo (1), ungiéndoselos con ungüento preciosísimo (2). En vista de estas señales y costumbres, podrá cualquiera conocer fácilmente la hermana de Marta. Por lo que, tan lejos está el que se pueda pensar ser esta una y la misma mujer que la pecadora, que no han faltado quienes la han tenido por vírgen: entre los cuales (lo que tratando de esta materia, me objetó á mí alguna vez un hombre muy sabio) uno de ellos es san Metodio, autor antiguo, piadoso y erudito.

7. Confieso ser esta dificultad de mucho peso: pero no en tal grado, que por ella deba ó pueda apartarse alguno del sentido, á lo menos tácito, que por tantos siglos ha dado á este texto la Iglesia latina: la que celebrando á María pecadora y á la hermana de Marta con la misma solemnidad, parece haberla mirado y tenido siempre por una misma. Con efecto, algunos autores de primera nota piensan evadir fácilmente la dificultad, diciendo que á María, hermana de Marta, la llamó el Evangelista «pecadora;» por haber sido antes de su conversion y arrepentimiento, una mujer dada á las pompas del siglo, á los aliños del cuerpo, á la superfluidad de los adornos y vestidos, al juego, á los banquetes y á otras vanidades de esta clase. Ni es de extrañar, dicen, que por esto la llame pecadora la Escritura, pues por lo mismo habia Dios amenazado antiguamente, segun Isaías (3), terribles y crueles suplicios á las mujeres más nobles de Jerusalen. Pero yo, que aprecio más el honor y gloria de Jesucristo que la fama de dicha mujer, aunque despues santa y piadosísima, juzgo de muy diverso modo y afirmo dos cosas: la primera, que aquella pecadora no fué una mujer prostituta como suelen serlo las mujeres públicas, por parecerme esto repugnante con la nobleza de su linaje y con sus riquezas, singularmente no constriñéndonos á tanta infamia las palabras del Evangelio:

(1) Ibid., v. 32.
(2) Ibid., 12, 3.
(3) Isai., 3, a v. 16, ad 26.

pero sí, que vivió con poca castidad y sobriedad, y que tuvo (además de las cosas referidas, que por lo comun acompañan á la incontinencia) algun trato menos honesto, lo que fué bastante para que de ella dijera el Señor: «Sus muchos pecados son perdonados;» y para que por este rumor que habia cundido mucho, la llamara el Evangelista «pecadora.» Con todo, no debe inferirse de aquí, que ésta fué distinta de la hermana de Marta; sin que á esto se oponga lo que antes hemos explicado de su santidad y piedad para con Cristo. Pues esto sólo convence, no que fué distinta de la pecadora, por lo que toca á la identidad de la persona, sino que despues de su conversion fué tan fervorosa y amante, que era muy diversa de la que antes habia sido. Y esta solucion nadie dejará de admitirla, con tal que sea hombre cuerdo y pío, y no quiera insistir con tenacidad sobre la diversidad de costumbres, y de virtudes; como si hubiera sido vana la peticion del Real Profeta y penitente David, cuando pedia á Dios la mudanza de su corazon y le decia (1): «Criad, Señor, en mí un corazon limpio y renovad en mis entrañas un espíritu recto.» Y si un escritor de tanto nombre como es Metodio, fué de parecer que María, hermana de Marta, vivió toda su vida tan pura y santamente que siempre conservó su virginidad, ¿qué podremos responder á un testimonio de esta clase? Digo, que los hombres santos, y singularmente píos, como son muy fáciles en pensar y juzgar lo mejor, no sólo de los que son recomendables por su piedad, si tambien de todos los demás; viendo las demostraciones tan grandes de amor y de reverencia que María hermana de Marta, habia dado para con Cristo; juzgó esto mismo de María, teniéndola por distinta, no solamente en las costumbres y virtudes, sino tambien en la persona, de la pecadora.

8. Hacen despues este argumento contra nuestra sentencia verdaderamente antigua: aquella mujer pecadora que ungió al Señor, era Galilea de nacion, como se puede conje-

(1) Psalm. 50.

turar y áun convencer con muchos argumentos, y lo mismo puede afirmarse de aquella María llamada Magdalena, que siguió al Señor desde Galilea á Jerusalen. Y suponiendo por ahora que ésta fué la misma que la pecadora; ciertamente fué galilea de nacion y no judía, esto es, de la region de Judea, que ya poseian los romanos y la habian reducido en forma de provincia. Es así que María, hermana de Marta, como tambien la misma Marta, no eran galileas, sino judías, como comunmente se dice y afirma: Luego no fué la misma, la que era María, hermana de Marta, y María Magdalena ó la pecadora. Niego la menor, por hablar y condescender en parte con el genio de la Escuela: la que no la ha de probar fácilmente ningun erudito (bien que es ésta una cosa que se supone sí, pero no se prueba) de los que leen con menos cuidado y diligencia los hechos evangélicos. Ya dijimos arriba que Marta y su hermana María eran habitantes del pueblo, lugar ó castillo de Magdalón (y que acaso tenian en él algun dominio), y que de allí le vino el sobrenombre á María, para distinguirla de otras muchas que tenian este mismo nombre: además, que este fué el lugar, castillo ó pueblo donde entró el Señor cuando refiere el evangelista, que Marta, (que era la mayor en edad) le hospedó en su casa. Los geógrafos é intérpretes, firme y constantemente aseguran, que este lugar ó castillo está, no en Judea sino en Galilea y con mucha razon, pues hace mencion de él la Sagrada Escritura bajo el nombre de Mageddo (1); y en el nuevo Testamento se hace tambien memoria del mismo lugar, donde sin embargo, en vez de «Mageddo» nuestras Vulgatas, segun san Gerónimo, leen «Magedam» (2). Y que este mismo lugar que san Gerónimo en el pasaje que citamos arriba (3) llamó «Magdalón,» estuviese colocado en la Galilea meridional, frente de Samaria, junto al torrente Cison, se tiene ya, y debe tenerse por cosa fuera

(1) Jos., 17, 11, 4. Reg. 23, 29, 30.
(2) Matth., 15, 39.
(3) Arriba, n. 4.

de duda. Tan lejos está el ser verdad que Marta y su hermana María fuesen habitantes de la region de Judea ó descendientes de allí, y no galileas como antes hemos dicho

9. Pero instará alguno con lo que dice san Juan (1): «Habia un enfermo llamado Lázaro que era de Bethania del castillo de María y de Marta sus hermanas.» Bethania, que expresamente se dice el castillo de Marta y de María, no estaba en la region de Galilea, sino de Judea, puesto que no distaba más de quince estadíos de la misma Jerusalen, como es de fe y consta por estas palabras de san Juan (2): «Estaba Bethania junto á Jerusalen como unos quince estadíos:» quince estadíos hacen una legua nuestra, aunque corta; ó para hablar con más exactitud, de las cuatro partes de la legua, hacen las tres. Queda, pues, segun parece, destruido todo lo dicho hasta aquí: y así, Marta y María su hermana, no se han de tener por galileas, sino por judías; y de consiguiente hemos de decir que María, hermana de Marta, no fué la misma que la pecadora ó (si son distintas) con la que fué llamada Magdalena. Este es el argumento que á mi juicio ha engañado á los intérpretes, áun de los de primer órden, aunque algunos de ellos sientan con nosotros y defiendan nuestra antigua sentencia, ni hagan distincion alguna entre María, hermana de Marta y la Magdalena ó mujer pecadora: pues llevados de las palabras citadas, pensaron que el castillo ó lugar propio de Marta y de su hermana María no fué otro sino Bethania; y que allí fué, donde, segun refiere san Lúcas, entró Jesucristo y donde le convidaron las dos hermanas. Lo que intentan persuadir por lo que dice el mismo Evangelista, haber esto acontecido, cuando Cristo iba con los suyos; conforme á aquellas palabras (3): «Sucedió que yendo (camino de Jerusalen, los discípulos y el Señor) entró él en un castillo: y una mujer llamada Marta, etc.,» lo que interpretan

(1) Joann., 11, 1.
(2) Ibid., v. 18.
(3) Luc., 10, 38.

mientras que morando todavía Cristo en la Judea, se iba acercando ya á Jerusalen. Pero para desenredar todo esto, es preciso examinarlo un poco más.

10. Confieso desde luego ser mucha verdad que Marta con sus hermanos María y Lázaro, habitaron en Bethania cerca de Jerusalen, y que allí sucedió la resurreccion de Lázaro y la última uncion que tributó á Cristo su hermana María, con lo demás que refieren los Evangelistas. Pero digo que esto, sólo aconteció pocos meses antes de la Pasion del Señor; á saber, cuando así Marta como María y el mismo Lázaro estaban en Judea, y acaso tambien aquel fariseo llamado Simon, que convidó á Jesucristo cuando todavía moraba el Señor y predicaba en Galilea y en cuya mesa le ungió la mujer pecadora. Pues constando que algunas mujeres ricas y nobles siguieron al Señor, cuando Cristo dejando á Galilea con ánimo de no volver más allá, partió para Judea y se subió á Jerusalen, entre las cuales se nombra en primer lugar á María Magdalena; entre éstas, con razon contamos tambien á Marta su hermana, en cuya casa (situada en el lugar llamado Magdalón, el cual estaba sin duda, no en Judea sino en la Galilea meridional, junto al torrente Cison) entró el Señor yendo de camino, como nos lo refiere san Lúcas en el lugar citado. Esto y no otra cosa, quiso significar el Evangelista, cuando dijo: «Sucedió que yendo (camino de Jerusalen) entró él (Cristo) en un castillo, etc.,» esto es, cuando salian de los confines de Galilea para entrar en Judea; y no que entrados en Judea, se fueran acercando ya á Jerusalen. Ni obsta tampoco el que Bethania parece que se llama el castillo «de María y de Marta su hermana:» porque se llamó así, no porque por algun título particular perteneciera á ellas; ni porque en aquel lugar hubiesen habitado mucho tiempo, sino solamente porque á la sazon moraban allí. Y así aquellas palabras, antes quieren denotar (segun pienso) que Lázaro (que estaba enfermo en Bethania), traía su orígen del lugar de Marta y de María sus hermanas: particularmente habiendo probado ya que éstas habitaron mucho más tiempo en Gali-

lea que en Judea. Lo que se hará más claro con lo poco que nos resta que decir.

11. Pero antes de apartarnos de Bethania, quiero probar y confirmar más, por los mismos hechos que se obraron en este lugar, que María hermana de Lázaro y de Marta, no es distinta de María llamada Magdalena, ni de la misma mujer pecadora. Esto último ya lo hice patente por aquellas palabras del Evangelio: «Era María la que ungió al Señor con ungüento y le limpió los piés con sus cabellos.» Cuyas palabras hemos hecho ver bastante que se refieren á la uncion que hizo á Cristo la pecadora; no solamente por lo que sobre este pasaje dice san Agustin, sino tambien por el modo de hablar y la significacion y energía de las palabras que usa el Evangelista. Porque el decir que san Juan habló aquí por la figura prolepsis ó por anticipacion, refiriéndose á la uncion que hizo á Cristo María, hermana de Lázaro y de Marta, despues de la resurreccion de su hermano, y como más exactamente lo notó el Evangelista (1), «seis dias antes de la Pascua;» aunque no faltan graves autores que lo exponen así, sin embargo, por ser esta la interpretacion que dan á este texto casi todos los herejes, con razon desagrada á un intérprete católico y eruditísimo (2). María, pues, hermana de Lázaro y de Marta, ungió á Jesucristo, no una vez sola, sino dos veces: la primera en Galilea y la segunda en Judea, en el lugar de Bethania, donde habia ido siguiendo á Jesus con su hermano y hermana: la primera uncion, la practicó llevada de un corazon arrepentido; la segunda, llevada de incendios de caridad, de reverencia y de un singular amor para con Cristo. Por lo que en esta última ocasion (lo que tal vez sucedió tambien en la primera) se dice expresamente que no sólo ungió los piés á Jesucristo, como dice san Juan, sino que le ungió tambien la cabeza, como lo refieren san Mateo y san Márcos (3),

(1) Joann., 12, 1.
(2) Mald., in Joan., c. 11, col. 1647, n. 6.
(3) Matth., 26, 6. Marc., 14, 3 v. 3.

lo que denota una alma abrasada en incendios de amor y de caridad. Pero (si es ser molesto) examinemos esto todavía más, para que se haga más patente la verdad. Como María, hermana de Marta, en casa del mismo Lázaro, esto es, en Bethania, hubiese ungido con ungüento los piés y cabeza de Jesus; llevando esto á mal aquel pésimo ladron que todavía estaba escondido bajo el nombre de apóstol y de discípulo; volviéndose Cristo á los suyos, les advirtió de esta manera (1): «¿Para qué molestais á esa mujer? ella ha hecho una obra buena para conmigo.» Y poco despues: «Porque ungiendo esta mi cuerpo para sepultarme lo ha hecho.» Lo mismo refirió san Márcos casi con las mismas palabras (2): «Hizo esta lo que pudo: previno ungir mi cuerpo para el sepulcro.» Pregunto ahora y deseo saber: ¿cuál será la verdadera y genuína inteligencia de estas palabras? (pues tienen mucho de profético y de prediccion de lo venidero) ¿qué es lo que ellas significan? ¿y con qué otras equivalentes podrian explicarse claramente? Me parece que con éstas: ¿Qué es lo que veis en esa mujer? ¿por qué os indignais contra ella? ¿por qué reprehendeis su caridad y el obsequio que ahora me está tributando? No se hacen aquí gastos supérfluos: trátase de una cosa comun y enteramente necesaria. Esta misma mujer que la veis ahora ejecutando esta accion, deseará de aquí á pocos dias ungir y embalsamar mi cuerpo con ungüentos y aromas segun el uso de la patria: pero no se le permitirá á su amor que pueda practicarlo. Hizo, pues, ella lo que pudo ó cuanto estuvo de su parte: y finalmente (usemos ya de las mismas palabras del Evangelista) «hizo ésta lo que pudo: previno ungir mi cuerpo para el sepulcro.» ¿Acaso no es ésta la oportuna interpretacion y el sentido propio de dichas palabras? Lo es sin duda: y así las han entendido los Padres de la Iglesia y los intérpretes sagrados. Esto es lo que expresamente dijo Cristo de María, hermana de Lázaro y de Marta.

(1) Matth., 26, 10.
(2) Marc., 14, 8.

Así nos lo enseñó el evangelista san Juan, que señaladamente la nombró (1), el cual añade á lo que llevamos dicho: «Dejadla que lo guarde (el ungüento) para el dia de mi entierro.»

12. Veamos ahora; ¿qué mujer fué, ó cuál fué de las Marías, la que llevada de un singular afecto de ungir el cuerpo del Señor, deseó encarecidamente prestar este último oficio de piedad á Jesucristo ya difunto; pero que prevenida por su gloriosa Resurreccion, no pudo ejecutarlo? Ciertamente no fué otra sino la que llamaban Magdalena: pues ésta fué la principal que dirigió y sirvió de guia á las demás. Pero óiganse las palabras de los mismos evangelistas, que no nos arrepentiremos de haberlas trasladado aquí, pues leídas éstas y confrontadas unas con otras, estoy persuadido de que nadie habrá que ponga duda en ello. San Mateo, despues de haber hecho la descripcion de la sepultura del Señor, dice en el capítulo siguiente (2): «En la noche del sábado al amanecer el primer dia de la semana, fué María Magdalena y la otra María á ver el sepulcro:» pero aún más expresamente san Márcos, el cual, despues de haber referido el sepulcro del Señor, añade (3): «Pero María Magdalena y María madre de José, estaban mirando donde se le ponia,» y luego dice (4): Y como hubiese pasado el sábado, María Magdalena y María madre de Jacobo y Salomé, compraron aromas para ir á ungir á Jesus, etc.» Y san Lúcas describiendo todo este hecho, dice (5): «Yendo tambien las mujeres, que con él habian venido de Galilea, vieron el sepulcro y como habian puesto á su cuerpo. Y volviéndose, prepararon aromas y ungüentos: y el sábado reposaron conforme al precepto.» Y prosiguiendo en hacer más exacta narracion de todo, añade (6): «El primer

(1) Joan, 12, 7.
(2) Matth., 28, a v. 1.
(3) Marc., 15, 47.
(4) Ibid., 16, 1.
(5) Luc., 25, 55.
(6) Ibid., 24, 1.

día de la semana, muy de mañana fueron al monumento llevando las aromas que habian preparado, etc.» Y para que no se pusiera en duda quiénes eran ó cuál era la principal y piadosa conductora de todas ellas, dice un poco más abajo (1): «Y eran María Magdalena y Juana (á saber la mujer de Cusa procurador de Herodes, de quien antes habia hablado), y María madre de Jacobo y las demás que estaban con ellas, las que decian esto á los apóstoles, etc.» Finalmente, san Juan, á esta sola como la más ilustre de todas, y á quien ya antes habia alabado tanto el mismo evangelista, así porque ella con su hermana, habia enviado al Señor rogándole por la salud de su hermano Lázaro; como porque despues de resucitado este, habia ungido á Jesucristo: á esta sola, digo, llamándola con su propio nombre. dice así (2): «El primer dia de la semana, María Magdalena vino al monumento de mañana, cuando todavía era oscuro:» con lo demás que se sigue, que suplico al pío y erudito lector lo vuelva á leer, aunque lo haya leido muchas veces: pues confio, que haciéndolo, asentirá á mi dictámen, mientras no esté con ánimo demasiadamente preocupado. Pero pongamos algun ejemplo. Dice pues, san Juan (3): «Fuéronse otra vez los discípulos á su casa. Pero María (hé aquí la que ahora la llama sin sobrenombre, por ser muy conocida de todos los apóstoles) estaba llorando al sepulcro, fuera etc.» Y poco despues: «Dícele Jesus: María. Volviéndose ella le dice, etc.» Y concluye con estas palabras: «Vino María Magdalena anunciando á los discípulos que habia visto al Señor.» O yo estoy ciego, ó en todas estas narraciones del Evangelio no se significa ni demuestra otra con el nombre de María Magdalena, que con tanto anhelo deseaba ungir el cuerpo del Señor ya difunto, sino María hermana de Lázaro, que habia ungido en Bethania á Cristo cuando aún vivía (4); la cual estando ya el Señor condenado

(1) Luc., v. 10, c. 8, v. 3.
(2) Joan., 20, 1.
(3) Ibid., a v. 10.
(4) Joann., 12, 3.

á muerte, no se estuvo ociosa en su casa, sino que corrió, ó mejor diré, voló para tributarle aquel obsequio y reverencia á que le inclinaba su amor y su caridad: y por tanto, ella fué y no otra la que con nombre de María Magdalena estuvo al pié de la Cruz (1), y la que procuró investigar diligentemente el lugar de su sepulcro.

Finalmente, por no alargarme demasiado, ésta es la misma María Magdalena que habiendo ungido á Jesucristo cuando aun vivia, y anhelando ansiosamente tributarle este mismo oficio despues de muerto, habia oido del mismo Señor: «Hizo ésta lo que pudo: previno ungir mi cuerpo para el sepulcro.»

13. Esto era bastante para hacer ver que no era otra María Magnalena, que María hermana de Marta, y que tampoco era distinta de aquella famosa mujer que el Evangelista llamó pecadora, como he procurado manifestarlo. Pero quiero añadir aún algo más. Como María hermana de Marta hubiese ungido á Cristo, sobre aquellas palabras, que tantas veces hemos repetido, añadió Jesus (2): «De verdad os digo, que donde quiera que se predique este Evangelio en todo el universo, se dirá tambien lo que ésta ha hecho para memoria suya.» Lo que refirió tambien san Márcos casi con las mismas palabras (3). Arguyo así: En la Iglesia Católica Romana, que abraza á todo el mundo, ó por lo menos, en la mayor parte del Universo, de que se hace mencion en el Evangelio, se refiere, se cuenta, y alaba este hecho, no de pocos años, ó de algunos siglos á esta parte, sino muchos siglos hace, segun la prediccion de Cristo. ¿Mas cómo, ó de qué manera se nos propone esta accion? Ciertamente no de otra, sino entendiendo y celebrando como una misma mujer, la que cuando pecadora ungió con ungüento los piés del Señor, y se los lavó con sus lágrimas: esto es,

(1) Ibid., 19, 25.
(2) Matth., 26, 13.
(3) Marc., 14, 9.

la hermana de Marta, por cuyos ruegos movido el Señor, resucitó á Lázaro, que cuatro dias habia que estaba enterrado: y la que ungió tambien á Jesucristo estando ya muy cercano á padecer: y finalmente, la que llamada por sobrenombre Magdalena, vió la primera de todos, á excepcion de la Santísima Vírgen, á Jesucristo resucitado y triunfante de la muerte. Y que todo esto sucedió, así era muy fácil probarlo, por el Oficio que rezamos todos los años el dia veinte y dos de Julio. Argumento, que (en mi juicio) lo debe tener en mucho cualquier hombre sabio, y que juzgue de las cosas con piedad, prudencia y cordura.

14. Pero quitemos áun los más leves reparos que podrian quedar de María llamada Magdalena: refieren los evangelistas, que estuvo poseida de siete demonios: pues san Lúcas, refiriendo las mujeres que siguieron al Señor desde Galilea, dice así (1): «Algunas mujeres, que habian sido curadas por él de espíritus malignos y de enfermedades: María, que se llama Magdalena, de quien habian salido siete demonios, y Juana, etc.» Y san Márcos contando la aparicion de Cristo en que se manifestó á María, por sobrenombre Magdalena (2): «Primero (dice) se apareció á María Magdalena, de quien habia echado siete demonios.» Es así, que esto, aunque de algun modo pueda entenderse y adaptarse á aquella mujer pecadora; ó ya, porque en nombre de los siete demonios haya querido significar el Evangelista los siete vicios capitales, como lo dice expresamente un varon, Magno por sobrenombre y por su gran santidad (3), el que siente totalmente con nosotros, como se echa de ver por las siguientes palabras: «Esta (dice san Gregorio) que san Lúcas llama mujer pecadora y san Juan la llama María, me persuado ser aquella María de quien asegura san Márcos que fueron echados siete demonios. ¿Y qué otra cosa se denota por los siete demonios, sino todos los vi-

(1) Luc., 8, 2.
(2) Marc., 16, 9.
(3) S. Greg., hom. 33, in Evang.

cios? Pues así como en siete dias se comprehende todo el tiempo, así se figura muy bien toda universalidad bajo el número de siete. Tuvo, pues, María siete demonios en sí, pues estuvo llena de todos los vicios.» O ya tambien (lo que es mucho más probable) (1), porque efectivamente echó Jesucristo siete demonios de María Magdalena. Aunque esto, digo, pueda cómodamente entenderse de aquella mujer pecadora, con dificultad parece se puede ó debe entender de María hermana de Marta, por las pruebas que dimos arriba de su probidad y virtud. Pero como antes hemos probado con bastante evidencia, que la hermana de Marta fué la misma que la pecadora, no hay para qué detenernos mucho en afirmar, que esta misma María Magdalena, de quien salieron siete demonios, es la misma María hermana de Marta, singularmente admitiendo ser esta Magdalena la misma mujer pecadora. Repase, le ruego, el pío y erudito lector, y lea con atencion todo lo que hemos dicho en esta breve disertacion; y ciertamente no encontrará las dificultades insuperables (que algunos se persuaden) en aprobar esta sentencia comun, y que de muchos siglos acá ha recibido la Iglesia, por lo menos, la latina. Pero pasemos á otra cosa, sin perder de vista nuestro asunto, en que siempre insisto, y de donde nos habíamos alejado algun tanto.

CAPÍTULO XIII

De algunas cosas que son dignas de advertirse acerca de las pinturas é imágenes de otros hechos de Jesucristo.

1. Ya dijimos arriba mucho sobre los hechos de Cristo Señor nuestro, y de qué manera puedan cómoda y decentemente pintarse: pero quedan todavía algunos, y es preciso

(1) V. Mald., al cap. 8. Luc., col. 1011.

decir algo de ellos; bien que sólo es mi ánimo hablar de los que son propios de mi intento: pues los demás, aunque son muchos, dejo á otros el cuidado de examinarlos y explanarlos, por cuanto no tanto necesitan de pintor que los describa, como de intérprete que los comente.

2. Sobre lo cual, lo primero de que se ofrece tratar, es de la Transfiguracion del Señor, acerca de cuya representacion es menester advertir algunas cosas á los pintores menos instruidos. Porque, el que dicha Transfiguracion ó manifestacion de la gloria, que (por ser ésta la voluntad de Dios) estaba escondida en el cuerpo de Cristo aún viador, se obrase en un monte elevado, y que se pinte así; no tiene duda, que está bien, y que es conforme al Evangelio, que dice esto mismo, segun lo de san Mateo (1): «Los saca aparte á un monte alto:» y lo mismo repite san Márcos. Pero que este monte, lo pinten sobradamente plano, sin embargo de que era elevado, parece contra las reglas de la óptica, y contra lo que nos está enseñando la experiencia. Porque los cuerpos que se elevan mucho, aunque en su cumbre tengan alguna llanura, á los que los miran desde un lugar bajo, les parecen puntiagudos y que rematan en punta. Ahora me acuerdo haber leido, que aquella grande pirámide que todavía resta en Egipto, y que está distante algunas leguas de la antigua Memphis (que hoy llaman Cairo); aunque en su cumbre tiene la planicie, no menos que diez y seis piés en cuadro, y por tanto es capaz de que quepan allí muchos hombres, sin estar muy cerca los unos de los otros; con todo á los que la miran desde el suelo, les parece tan puntiaguda, que apenas podria sentarse allí un hombre solo. Dicho monte, pues, donde Cristo Señor nuestro manifestó la gloria de su resplandor, el cual, por una cierta tradicion que ya ha recibido la Iglesia, no fué otro, sino el monte Tabor, de quien se hace tantas veces mencion en las Sagradas Escrituras, y que se levanta alto y encumbrado casi en medio de Galilea; es

(1) Matth., 17, 1. Marc., 9, 1.

elevado en tanto grado, que los que lo han medido con más exactitud, y entre éstos, un elegante y antiguo historiador (1), aseguran, que tirando como una perpendicular, se eleva más de quince estadíos sobre la tierra, que es sin duda una elevacion disforme: de suerte que aunque en la cima tenga una llanura de cerca de una legua de las nuestras; sin embargo no debe pintarse tan llano como lo pintan algunos. Pero esto á la verdad, no son cosas de mucha importancia, y se pueden describir y representar, sin gran detrimento de la Historia.

3. Por lo que toca á la imágen del mismo Jesucristo, nos dice san Mateo que resplandeció su semblante como el sol, y que se volvieron blancos sus vestidos (2): «Resplandeció (dice) su semblante como el sol y sus vestidos se volvieron blancos como la nieve.» El semblante, pues, del Señor se debe pintar resplandeciente por todas partes y despidiendo más rayos de luz de lo que suelen pintarle. En cuanto á sus vestidos, ya hemos dicho arriba lo que sentiamos sobre ellos; y aunque dijimos que el vestido comun de que usó Jesucristo, no fué blanco, sino pardo; sin embargo en este misterio de la Transfiguracion, por la mucha copia de luces y resplandores que salian de su rostro, resplandecieron sus vestidos como si fueran blancos. Ni es esta una interpretacion voluntaria; pues así ciertamente se colige de las palabras de san Márcos (3), que dicen así: «Y sus vestidos se hicieron resplandecientes y en extremo blancos como la nieve, cuales el lavandero no los puede blanquear en la tierra.» Hé aquí evidentemente el resplandor de los vestidos, que procedia de la luz y de la blancura que tenian como de nieve. Y san Mateo (4), segun Teophilacto y casi todos los ejemplares griegos, dice: «Pero sus vestidos se hicieron blancos como la luz.» Donde lee

(1) Polyb., lib. 5, Histor.
(2) Matth., 17, 2.
(3) Marc., 9, 3.
(4) Matth., 17, 2.

nuestro Intérprete *ósjión*, como la nieve. Con efecto, uno y otro se dice muy bien: porque el aire encerrado dentro de la nieve, hasta que enteramente sale (como sucede cuando la nieve está más helada); nos representa una blancura tal, cual solemos concebirla cuando miramos la luz. Pero el que quiera saber esto mas por extenso, vea á Ramirez de Prado (1): aunque estas son tambien cosas no de tanta importancia, y en que regularmente no suelen reparar los ojos de los que las miran.

4. De mayor momento es, el que cuando pintan á Moisés, el cual, segun refieren los evangelistas, se apareció tambien á Cristo en su gloriosa Transfiguracion, lo hacen de un modo absurdo pintándole como con unos cuernos que le salen de la frente; movidos de aquellas palabras de la Vulgata donde se dice (2) «Et ignorabat, quod cornuta esset facies sua ex consortio sermonis Domini.» Pero imaginarse una cosa tal, y pintarla de este modo, es la cosa más ridícula que pueda darse: porque ¿quién hay que ignore, que la palabra cornuta signifique y denote lo mismo que lúcida, resplandeciente y brillante? Pues los rayos de la luz, segun la locucion y elegancia hebrea, se llaman puntos ó rayos, conforme á aquello (3): «Splendor ejus ut lux erit: cornua in manibus ejus. Su resplandor será como luz: y los rayos le saldrán de sus manos.» Omito de intento otras muchas cosas que podrian ilustrar esta materia, y que las saben todos por poco que hayan saludado las sagradas Letras. Véase la exposicion que sobre el lugar citado hace un intérprete bastante docto, y que supo perfectamente la fuerza de las palabras hebreas (4) el cual reprehende y nota tambien el error de los pintores vulgares. Pero óigase en especial al Doctor angélico el cual exponien-

(1) In Pentec., c. 2.
(2) Exod., 34, 29.
(3) Habac., 3, 4.
(4) Hieron. Oleas., 1. 321.

do aquel lugar del apóstol (1): «De suerte que los hijos de Israel no podian fijar los ojos en el semblante de Moisés por la gloria de su rostro que habia de perecer,» dice así: «El apóstol arguye por lo que se dice en el cap. 34 del Exodo, donde cuando lee nuestra Vulgata, que Moisés tenia «faciem cornutam», de suerte que los hijos de Israel no podian, etc. Otra letra dice «faciem splendidam, su semblante resplandeciente,» lo que se dice mejor. Porque no nos hemos de persuadir que Moisés tuvo cuernos, como suena á la letra, conforme algunos le pintan: sino que se dice que tenia «faciem cornutam», por los rayos de luz que despedia, que parecian ser como unos cuernos. Hasta aquí sabiamente, como acostumbra, santo Tomás. Mas, el que algunos pinten dormidos á los tres discípulos que fueron escogidos para dar testimonio de tanta gloria, aunque tal vez á alguno le parecerá error ó descuido, por no hacer mencion de esto ni san Mateo ni san Marcos: con todo, está tan léjos de ser error, que no contiene sino la misma narracion del Evangelio. «Pedro (dice san Lúcas) (2), y los que habia con él, estaban cargados de sueño, y despertando, vieron la majestad del Señor. A que no se opone el que esto no lo hayan expresado los otros evangelistas: pues uno y otro sucedió; esto es que primero durmiesen y que despertando despues, fuesen testigos de la magestad y gloria de Jesucristo.

5. Acerca de otro hecho muy admirable y portentoso, cual es el de la resurreccion de Lázaro, hermano de Marta y de María, habria mucho que decir si fuera otro el asunto que tratáramos. Pero insistiendo yo siempre en lo que es mi intento, sólo se me ofrece lo siguiente. He visto pintada y representada esta historia, como que Cristo hubiese obrado este milagro estando presentes solamente tres ó cuatro de los apóstoles y las dos hermanas de Lázaro. Es este un error ó descuido, que en ninguna manera se puede tolerar. Porque

(1) S. Thom., sup. 2 ad Corinth. cap. 3.
(2) Luc., 9, 32.

Cristo Señor nuestro, obró este tan gran milagro en presencia (como convenia) no sólo de sus apóstoles y de las dos hermanas del difunto, sino en presencia tambien de los principales de los judíos y de otros muchos; de suerte que hablando el Señor á su Eterno Padre, llamó *pueblo* á la turba que le cercaba, diciendo (1): «Yo sabia que tú siempre me oyes, sino que lo dije por el pueblo que me cerca para que crean que tú eres el que me has enviado.» Con efecto, como este hecho siempre admirable, sucedió, no en la misma casa ó en el mismo lugar, sino fuera de él, conforme á la costumbre que tenian los judíos de enterrar á los difuntos, como largamente lo hemos notado antes (2), y por tanto era un lugar donde podia caber mucha gente, aconsejaré siempre al pintor erudito, que en cuanto lo permita la tabla, pinte no á dos ó tres personas, sino á muchas y áun como que atónitas y con los ojos fijos, están contemplando este hecho maravilloso: cosa en que sin duda tendrá mucha oportunidad el pintor de hacer lucir su arte y habilidad. Mas el pintar como hacen algunos quitada la piedra que cubria el sepulcro, de suerte que dejándola en el suelo (que nos lo representan enlosado de piedras cuadradas) figuran que por aquel agujero salió Lázaro resucitado, es un error que (como sucede regularmente) dimanó de la ignorancia sobre las costumbres antiguas, y que tuvo su orígen en las ideas y fantasía de una imaginacion preocupada. Pues acostumbrados los pintores á ver los sepulcros subterráneos que hay entre nosotros, ó aquellos lugares donde ponen á los difuntos (que en castellano llamamos *bóvedas*), y que frecuentemente se fabrican debajo de los templos ó de otros lugares, á donde se baja por medio de escaleras; vinieron á pintar así este hecho sin reflexionar bastante sobre ello, no leyendo ó entendiendo poco aquellas palabras del Evangelio (3): «Habia una cueva y

(1) Joann., 11, 42.
(2) Arriba, cap. 11, n. 10.
(3) Joann., 11, 38.

una piedra sobre ella.» Por lo que será muy del caso decir lo que hemos advertido antes con mucho cuidado; esto es, que los judíos tuvieron sus sepulcros en el campo ó en los huertos, los cuales por lo comun, particularmente los que se destinaban para hombres ricos y nobles, los colocaban en peñas excavadas. Los hebreos, pues, edificaban sus sepulcros á manera de cueva, pero que no llegaba hasta lo profundo de la tierra, sino que estaba á un lado de ella. En la misma cueva donde cabian dos, tres ó cuatro personas, y donde se entraba por una puerta tan baja que nadie podia entrar sin encorvarse, hacian un lucillo en forma de poyo de aquella longitud que cómodamente pudiera estar tendido el cadáver, el cual una vez colocado allí se cerraba la puerta con una grande piedra. Esta fué la que mandó quitar el Señor cuando dijo: «Quitad esa piedra» y de la que hablan los evangelistas tratando de la gloriosa resurreccion de Jesucristo: y ésta es tambien la forma (para notarlo ya desde ahora) que tuvo el sepulcro de Cristo Señor nuestro, como consta, así por los que han hecho más cumplida y puntual descripcion de él (que son muchos) como por la exacta fábrica de dicho sepulcro, que se ve trabajada perfectísimamente en el convento de Padres Franciscos, dedicado á san Antonio de Pádua, en la ciudad de Salamanca, en una capilla bastante grande, donde, como por el celo y diligencia de un varon de la misma órden, que habia estado algunos años en el convento que tienen en Jerusalen, se hayan observado con la mayor puntualidad las dimensiones del sepulcro del Señor; dicha fábrica nos representa al vivo la estructura del sepulcro de Cristo, la que he visto yo muchas veces y la ven y frecuentan muchos con gran fruto de piedad y devocion.

6. Mas por lo que toca á la representacion de este hecho, en que se nos pinta á Lázaro saliendo del monumento tendidos los brazos y dispuestas las piernas como que iba á andar, segun parece lo pedia la razon natural, cometen los pintores por negligencia y sin advertirlo un error no pequeño. Porque Lázaro resucitado ya por imperio de Cristo, salió con efecto vivo del monumento; pero no del modo que parecia

natural, esto es, andando por sus piés ó ayudándose de sus manos; sino de otro modo pasmoso siempre y admirable, del cual hace mencion el Evangelio cuando dice: «Y luego salió el que habia muerto, atado con vendas de piés y manos.» Y para que se perciba mejor en cuanto sea posible, lo contenido en la exacta narracion de este hecho sobremanera admirable, es menester advertir y tener presente, que la costumbre que observaban los judíos en enterrar los cadáveres, y la que tuvieron tambien los egipcios, como lo notó Herodoto en el «Eutrepe;» era, que despues de haber lavado el cadáver y ungídole con aromas, lo apretaban estrechamente con una sábana de los piés hasta los hombros, y le cubrian toda la cabeza con un lienzo ó sudario: luego, con cintas, fajas ó vendas bastante largas, ceñian todo el cuerpo; y finalmente, lavado ya éste, ungido, envuelto en sábana y apretado con las vendas ó fajas, le ponian en el lucillo. Esta costumbre significó en gran parte el sagrado historiador san Juan, hablando del santísimo cadáver de Jesucristo, con estas palabras (1): «Tomaron, pues, el cuerpo de Jesus, y lo envolvieron en lienzos con aromas, conforme á la costumbre de enterrar que tienen los judíos.» Y que todo el cuerpo, desde los piés hasta los hombros, lo ataran con aquellas cintas ó fajas que hemos dicho, consta de muchos testimonios. Yo solamente citaré algunos. San Agustin dice (2): «Por el sudario que les ponian en la cabeza y las vendas con que ataban todo el cuerpo, por ser todo de lino, aunque no hubo más de una sábana, pudo decirse con mucha verdad, *lo ataron con lienzos*, linteis; porque generalmente se llama *lintea* todo tejido de lino.» Nonno, poeta cristiano, exponiendo este mismo lugar de que tratamos, dice (3): «Desde los piés hasta la cabeza, tenia atado todo el cuerpo con vendas de atar y con fajas sepulcrales.» Y como las vendas no sean otra cosa

(1) Joann., 19, 40.
(2) Lib., 3, de Cons. Evang., c. 23.
(3) Nonn., in Joan., cap. 11.

sino un género de cintas, que en castellano llamaríamos *fajas;* de un difunto que estuviese atado con ellas diríamos propísimamente: «estaba fajado de piés á cabeza.» Lázaro, pues, salió del monumento, atado todo con dichas vendas ó fajas. De suerte que lo que hizo el mismo Cristo, que obró ambos milagros, y que habia mandado desatar á Lázaro (que ya habia salido vivo del monumento) y que le dejaran libre para poder andar; esto mismo lo refiere el Evangelista exacta y puntualmente con estas palabras: «Les dijo Jesus: desatadle y dejadle ir.» Lo que, aunque no necesita de pruebas, sin embargo me ha parecido bien poner aquí la interpretacion sacada de muchos y gravísimos Padres, que da á este lugar el autor á quien he citado repetidas veces (1): «Hace de entender (dice) que Lázaro, no solo salió del sepulcro, sino tambien de la cueva donde estaba el sepulcro: Y así, no sólo resucitó, sino que caminó para salir, sin embargo de que estaba atado de piés y manos.» Y confirmando más esto mismo añade: «Algunos de los mismos autores (esto es de los Santos Padres) dan tambien otra razon, á saber, para que el un milagro se confirmara con el otro: pues ambas cosas eran milagrosas; el que un muerto resucitara, y que resucitado ya, caminara atado de piés y manos y tapado el semblante, etc.» Para que sólo de este lugar entienda el pintor erudito, que lo que refiero no son cosas meramonte arbitrarias ó soñadas á mi antojo: las que sin embargo parecerán á algunos ó enteramente vanas, ó por lo menos cosas menos dignas de reparo. Quien quisiere averiguar y saber más sobre esta materia, y lo más selecto que hay en ella, lea al erudito Juan Jacobo Chifflet «in Crisi Historica de linteis sepulcralibus Cristi Servatoris, cap. 7, pag. 36.» Añado tambien, que yerran los pintores que, pintando á Lázaro en el acto mismo de salir del monumento, le pintan echada la sábana sobre su cabeza, pero con el semblante enteramente descubierto; por repugnar esto á la misma narracion del

(1) Mald., ad c. 11. Joan., col. 1670.

Evangelio, el cual despues de haber dicho: «Atado con vendas de piés y manos,» añade: «Et facies illius sudario erat ligata: y su rostro estaba envuelto en un sudario.» Pésese la fuerza de la palabra «ligata, atada;» esto es, que no tenia cubierta como quiera la cabeza: no fuese caso que alguno me objetase que pudo el sudario ó lienzo con que tenia cubierto el semblante, caerse naturalmente de la cabeza, cuando se puso derecho sobre sus piés que los tenia atados; lo que si hubiese sucedido, no nos hubiera referido el Evangelista con tanta exactitud, que el semblante del que habia estado difunto no estaba solamente cubierto, si que tambien estaba atado con el sudario: pues todo esto en la descripcion de un hecho tan protentoso no se ha puesto en balde, ni son cosas poco dignas de reparo.

7. Poco despues de la resurreccion de Lázaro y poco antes de la Pasion y muerte del Señor, sucedió que la hermana del mismo Lázaro, María Magdalena (pues como largamente hemos dicho antes, esta fué hermana de Lázaro y la misma que morando aún en Galilea lavó con sus lágrimas los piés de Cristo, los ungió con ungüento y se los limpió con sus cabellos); ungió, no sólo los piés del Señor, lo que refiere san Juan, si tambien su cabeza, como lo dicen expresamente san Mateo y san Márcos (1); y por tanto, los Santos Padres é intérpretes más graves, llaman á este hecho, la segunda uncion que tributó á Jesus la Magdalena. Sobre lo cual hay muy poco que notar y que advertir. Porque, el que varones graves sean de parecer que aquel vaso que contenia el ungüento precioso y escogido (lo que expresó elegantemente san Márcos, diciendo, que era «de la espiga de nardo precioso»); no fué ni pudo ser de materia de alabastro, por más que parezca que lo dicen los evangelistas que llaman al mismo vaso «alabastro de ungüento:» por cuanto á haber sido de alabastro sólido, no parece que podia la mujer quebrarlo tan fácilmente, lo que sin embargo afirman expresamente los mis-

(1) Matth., 28, 8. Marc., 14, 3.

mos evangelistas y principalmente san Márcos, que dice: «Y roto el alabastro lo derramó (el ungüento) sobre su cabeza:» Esto no es muy del caso para la pintura, aunque puede tener alguna relacion con ella. Es muy creible que dicho vaso fué de otra materia, pero que en algun modo fuera parecido ó que tuviera tambien el color y blancura del alabastro; ó que se llamó así por otro motivo semejante. Sobre lo cual será muy del caso leer las palabras de un intérprete eruditísimo (1): «Me persuado (dice este escritor) que es más verosímil que dicho vaso no era de alabastro, sino de otra materia frágil y quebradiza; pero que se llamaba así, ó ya porque los vasos que contenian ungüentos, se solían hacer de alabastro, de manera que aunque alguna vez se hicieran de otra materia, se llamaban de alabastro; ó ya porque eran de forma que no tenian asas, como vemos aún hoy que los tienen los boticarios y los que hacen unguentos olorosos: esto último significa el nombre de alabastro, como notó Suidas.

8. Mas del caso será advertir aquí que á Cristo Señor nuestro, no se le debe pintar sentado en la cama, sino (como antes lo hemos hecho patente con muchas razones) recostado en ella, conforme á la costumbre de aquellos tiempos. Así, porque expresamente lo dicen los evangelistas; pues afirma san Mateo (2): «Y derramó (el unguento) sobre la cabeza de Cristo que estaba recostado á la mesa;» y san Márcos: «Estando (Jesus) en Bethania en casa de Simon el leproso, como estuviese recostado á la mesa, vino una mujer; y finalmente san Juan refiriendo lo mismo: «Lázaro (dice) era uno de los que estaban recostados juntamente con él:» Como, porque de otro modo en ninguna manera podia ser que arrodillada la mujer ni aún postrada ungiese la cabeza de Cristo, estando sentado el Señor. Por el contrario, todo se entiende cómodamente, si la mujer ungió á Jesucristo estando recostado en la

(1) Mald., al c. 26. Matth., col., 549.
(2) Matth., 26, 7. Marc., 14, 3. Joann., 12, 2.

cama, esto es, primero los piés, como lo refiere san Juan; y despues su cabeza, quebrado ya el vaso y derramando sobre ella el unguento que restaba: de suerte que de este hecho recibe nueva luz todo lo que hemos dicho arriba. Pero pasemos á otra cosa.

9. Mucho tienen que decir los sagrados intérpretes acerca de la entrada triunfante de Jesucristo, á saber, cuando entró el Señor en la ciudad de Jerusalen, no sentado en algun carro de marfil, ni precedido de un grande escuadron de cautivos, sino montado humilde y manso sobre un pollino, aclamándole el pueblo y una muchedumbre casi infinita de gente que le acompañaba. Pero, por lo que hace á mi propósito, únicamente me ha parecido del caso advertir una sola cosa: esto es, que á Jesucristo se le debe pintar, no montado sobre una burra, sino sobre un borrico ó pollino: lo que está claro por las palabras de los evangelistas, principalmente de san Márcos y de san Lúcas, y aún del mismo san Juan (1), los cuales haciendo mencion de este suceso, nada nos dijeron de la burra. Son muy dignas de notarse las palabras de san Márcos, que dicen así: «Hallareis un pollino atado, sobre el cual nadie todavía ha montado: desatadle y traedle aquí.» Y un poco más abajo: «Y llevaron el pollino á Jesús, pusieron en él sus vestidos, y (Jesús) montó sobre él.» Todo lo cual se opone expresamente á los que dicen que el Señor se sirvió de ambos animales; afirmando que primero se sentó sobre la burra y despues sobre el asnillo ó pollino; ó bien lo contrario, lo que han dicho tambien algunos de los escritores antiguos. Porque esto, aunque se quiera recurrir á alegorías, ni fué menester, ni lo refieren los evangelistas, ni aún el mismo san Mateo que hace mencion de la burra y del pollino. Sin embargo, juzgo no sin fundamento, que se ha de pintar la burra junto con el pollino, yendo tras él. Porque el que ambos animales los condujeron los apóstoles, está claro por las palabras de san Mateo: «Y lleva-

(1) Marc., 11, 2. Luc., 19, 30. Joann., 12, 14.

ron el asna y el pollino y pusieron sobre ellos sus vestidos.» Y aunque inmediatamente se dice: «Y le hicieron montar;» esto no nos fuerza á decir que en el diverso espacio de un camino brevísimo, ya montase sobre la burra y ya sobre el pollino: pues dichas palabras cómodamente se entienden por la figura sylepsis, de que usa en algunos lugares la Escritura, como cuando dice que los apóstoles murmuraron por el unguento que se habia derramado; no obstante de ser constante que solamente murmuró Judas Iscariote: ó cuando leemos que los ladrones que fueron crucificados con Cristo, le baldonaron; sin embargo de que nos dice expresamente otro evangelista que sólo fué uno de los dos. Y así por lo que mira á este particular, no era menester que se pintara la burra; y bastaba pintar solamente el pollino, sobre el cual y no sobre la burra, montó Jesucristo. Mas, como san Mateo afirma claramente que los apóstoles llevaron la burra y el pollino; ni solamento esto, sino que sobre ellos pusieron sus vestidos, como consta de las palabras que ya hemos referido: «Y llevaron el asna y el pollino y pusieron sobre ellos sus vestidos;» esto me mueve á afirmar que entrambos pueden cómodamente pintarse; esto es, el burro, que llevó á Jesucristo. y la burra, que le iba siguiendo, sobre la cual pueden pintarse parte de los vestidos y capas que usaban sus discípulos. Pues no parece que pueda haber cosa más conforme á la naturaleza del hecho; de suerte que sobre el burro tendieran parte de sus vestidos, para que Cristo se sentara con más comodidad, y parte de ellos los colocaran sobre la burra, para estar los apóstoles más ligeros y expeditos: particularmente no siendo menester aquí el recurrir á otra sylepsis. Lo demás que pertenece á la representacion de este hecho, no necesita de particular advertencia, ni en estas pinturas he echado de ver jamas error digno de notarse.

10. Finalmente, por lo que toca á la última Cena que celebró Jesucristo con sus discípulos, ya arriba dijimos algo del aparato y magnificencia del Cenáculo, y por tanto no quiero repetir lo mismo otra vez. Mas, cuanto al modo de ponerse á la mesa (lo que ya muchas veces hemos advertido)

no tiene duda que fué no el de sentarse en bancos, como regularmente pintan este hecho, no sólo los pintores ignorantes si tambien los más excelentes en el arte, y que por otra parte están bastantemente instruidos; sino el que tantas veces hemos dicho de recostarse sobre camas tendidas. Y aunque me persuado que esto ya lo hemos manifestado bastante de otros lugares; pero como hace mucho por lo que vamos tratando, me parece no será fuera del caso detenernos en ello un poco más. Cuando Cristo cenó la última vez con sus amados discípulos, no se sentó á la mesa en algun banco ó silla, sino que se estuvo recostado en la cama: pues todos los cuatro evangelistas lo han dicho y expresado con formales palabras. San Mateo dice (1): «Y llegada ya la tarde, estaba recostado con los doce.» San Márcos: Y llegada ya la tarde vino con los doce y estando ellos recostados, y comiendo, etc.» San Lúcas: «Y habiendo ya llegado la hora se recostó y con él los doce apóstoles:» y finalmente esto mismo dice san Juan, el cual despues de haber referido largamente el lavatorio de los piés, añade: «Despues de haber lavado los pies á sus discípulos tomó sus vestiduras y como se hubiese recostado otra vez, etc. (2).» Hé aquí, como no uno ú otro de los evangelistas, sino todos cuatro usaron no de la palabra «estar sentado» sino de la de «estar recostado.» Sería sin duda muy necio quien dejara de advertir esto, y el que no infiriese de aquí, que en esta Cena, la más sagrada de todas, asistió tambien Cristo á la mesa con los apóstoles, no sentado sino recostado en la cama, segun era costumbre. Pero, para aclararlo todavía más, suplico al que juzgase que propongo cosas nuevas y paradojas, advierta lo que en el lugar citado refirió san Juan. «Estaba pues (dice) recostado en el seno de Jesus, uno de sus discípulos á quien amaba el Señor.» Y poco despues: «Como él se hubiese recostado sobre el pecho de Jesus, etc.» No solamente los intérpretes sagrados

(1) Matt., 26, 20.
(2) Marc., 14, 17, 18. Luc., 22, 14. Joan., 13.

sino tambien los que han puesto algun cuidado en aprender las letras humanas, han advertido mucho tiempo ha este pasaje y han notado sobre él algunas cosas á nuestro favor: pues de este lugar se infiere á la verdad lo que afirmamos. Porque si no ¿cómo era posible que san Juan (pues éste es el discípulo de quien se habla) estando sentado á la mesa, se recostara en el seno de Jesucristo? ¿Por ventura pensará alguno que á esto se satisfase diciendo que san Juan reclinó algun tanto la cabeza sobre el pecho del Señor? Pero esto no era cosa muy decorosa ni tan fácil. Y al contrario era cosa facilísima y muy decorosa, si se entiende que en la misma cama en que se recostó Jesucristo, estuvo tambien recostado san Juan: y por tanto (como es muy fácil á los que están recostados en una misma cama) que puso y reclinó su cabeza sobre el pecho de Jesus. Por lo que habló ignorantemente y sin hacer bastante reflexion sobre ello, (por no decir otra cosa peor) un autor italiano bastante conocido (1) cuando dijo que los hebreos tuvieron una costumbre contraria á la que hemos referido, y lo que es más de extrañar, dice, que la tuvo el mismo Cristo: «Nosotros (dice este Autor) siguiendo á nuestro Salvador, comemos sentados segun la costumbre de los hebreos.» Yerra en dos cosas: porque aunque es verdad que en los tiempos antiguos y remotos, cuales fueron los heróicos que describió Homero, estuvo en uso la costumbre de comer sentados á la mesa; lo que tambien podria probarse de algunos lugares de la Escritura: sin embargo en los siglos posteriores siguieron los hebreos ó judíos la costumbre comun de las naciones del Oriente, como lo prueban los mismos intérpretes de los Evangelios. Tropieza tambien en otra cosa, aunque no tanto la afirma, cuanto la supone (bien que de ningun modo la prueba, ni puede probar) esto es, que Cristo estuvo sentado á la mesa: no obstante que hemos hecho ver bastantemente lo contrario por las mismas narraciones del Evangelio. Pero gracias á Dios

(1) Pancirol., de Veterib. deperdit., lib. 1, tit. 51, p. 329.

que los pintores más peritos en las costumbres y ritos de la antigüedad, han pintado este hecho conforme lo hemos explicado. Y por no omitir lo que hace mucho al caso, he visto ya una estampa pintada de este modo en el breviario de la edicion más moderna de Antuerpia.

CAPÍTULO XIV

De lo que hay más digno de notarse y advertirse acerca de las pinturas é imágenes de la Pasion de Jesucristo.

1. Entramos ya en un campo más espacioso donde será preciso notar y advertir muchas más cosas que en otras materias, pues vamos á hablar de la historia de la Pasion y muerte de nuestro Redentor, cuyas imágenes y pinturas son muy frecuentes, y por tanto sujetas á algunos errores en que fácilmente pueden tropezar los pintores poco sabios é instruidos. Del cenáculo de Jerusalen donde Cristo habia celebrado la Pascua legal (pues esto no puede justamente ponerse en duda, por más que defiendan lo contrario algunos autores católicos, pero modernos y más amigos de novedades de lo que era razon), y donde habia instituido el inefable Sacramento de su cuerpo y sangre, se fué derechamente al lugar del combate; esto es, al huerto, granja ó villa de Gethsemaní. Era ya de noche, y sacando el cómputo arreglado á nuestras horas, serían más de las nueve cuando Cristo se encaminaba á aquel lugar y le iban acompañando sus discípulos, aunque no sin miedo. Los pintores para describir con más primor esta noche, pintan en medio del cielo á la luna, despidiendo mucho resplandor, aunque cercada por todas partes de algunas nubes. Hacen bien en esta parte; pues ya entonces habia salido la luna, pero no hacen bien en pintarla (como muchas veces lo he observado) rematando en puntas ó cuernos, conforme la vemos cuando estando algo más distante del sol empieza á crecer. No dudo que esto pa-

recerá cosa de poquísima importancia á los pintores y áun á otros: pero sepan todos que en aquella noche estaba la luna muy cerca de su plenilunio, ó ya se contara éste, de la misma conjuncion y desde que empezaba la luna nueva, ó bien desde que se descubria ó aparecia, lo que no sucede sino despues de un dia de su conjuncion y sólo se puede ver de lugares muy elevados, de que no es ahora lugar propio de disputar y de tratarlo por extenso. Basta saber que la grande fiesta de la Pascua no la celebraban los judíos sino en el dia catorce de la luna del mes, segun lo mandaba la Ley por estas palabras (1): «Y lo guardareis (esto es, el Cordero Pascual) hasta el dia catorce de este mes: y toda la muchedumbre de los hijos de Israel lo inmolará á la tarde.»

2. Como Cristo Señor nuestro hubiese entrado ya en el Huerto y lugar donde habia de orar, sucedió todo lo que refieren los evangelistas, acerca de lo cual nada de particular se ofrece digno de nota, contentándome con advertir que algunos, sin reflexionarlo bastante, ponen sobradamente juntos á Cristo, á los tres apóstoles escogidos, á saber: Pedro, Diego y Juan, sin observar una justa proporcion y distancia, sin embargo de afirmar señaladamente el Evangelista, que Cristo se apartó de ellos para orar, á una no muy pequeña distancia; pues nos dice san Lúcas (2): «Y Jesus se apartó de ellos como un tiro de piedra.» En cuanto al modo ó positura en que oró Jesucristo, cuantas imágenes he visto de esto, todos le pintan arrodillado, lo que no me parece mal, diciéndonos expresamente el evangelista que acabamos de citar (3): «Y dobladas las rodillas, oraba.» Mas, como otros evangelistas afirman, que Cristo Señor nuestro, por más reverencia con su Padre, no solamente se arrodilló, sino que hizo además alguna cosa de más humillacion; desearía haberlo visto pintado tambien de este modo. Pues nos dice claramente san

(1) Exod., 12, 6.
(2) Luc., 22, 41.
(3) Idem, ibid.

Mateo, que se postró en tierra (1): «Y habiéndose adelantado un poco, se postró sobre su rostro, orando, etc.,» y san Márcos (2): «Y habiéndose adelantado un poco, se postró en tierra y oraba.» De lo aual, segun me parece, se viene á los ojos, que Cristo Señor nuestro hizo una y otra cosa; esto es, que primero postró en tierra su rostro, como es de creer lo haria al empezar la oracion, y que despues prosiguiendo en orar, se arrodilló. Mas, el que al ángel que (segun nos refiere san Lúcas) se le apareció desde el cielo confortándole, se le pinte teniendo en su mano un cáliz como los que usamos en el sacrosanto sacrificio de la Misa, ó muy parecido á ellos, no tenia ningun motivo de reprehenderlo un cavilloso gramático y mal teólogo, y por decirlo de una vez, un aborrecedor de los Sacramentos de Cristo. Pues no hay católico alguno medianamente instruido, que no sepa que las palabras de san Mateo, no menos cómodamente pueden traducirse por estas: «Pase de mí este vaso,» que por estotras: «Pase de mí este cáliz,» como lo expresó muy bien nuestro Intérprete. Pero además que san Gerónimo, el cual examinó con mucha puntualidad la version de los Evangelios y los restituyó segun los ejemplares griegos, con tener mucha más noticia de la lengua griega que el teologastro de Ginebra, no tuvo ningun reparo en verter cáliz en lugar de la voz *poterion;* así en este lugar como en los de san Márcos y de san Lúcas, lo vertieron tambien del mismo modo los autores profanos; y lo que es más, los mismos que formaron diccionarios, y áun aquellos que en otras cosas no se avergonzarían de pasar por discípulos de Calvino. Finalmente, el que algunos en la representacion de este hecho, pinten á Santiago hijo de Alpheo, ó el menor (que fué llamado hermano del Señor) del todo parecido á Jesucristo en el semblante, en la estatura y en los demás lineamentos del cuerpo, son ridiculeces, que reprehende el escritor que

(1) Matth., 26, 39.
(2) Marc., 14, 35.

citamos poco ha, y que yo refutaré tambien en su propio lugar.

3. Mas, sobre si á Cristo Señor nuestro, preso y atado ya por los soldados y ministros de los judíos, esto es, por los siervos de la gente más principal entre ellos (pues todo esto sucedió, como consta de aquellas palabras (1): «La cohorte, pues, el tribuno y los ministros de los judíos prendieron á Jesus y le maniataron»), se le debe pintar atadas las manos ante el pecho ó á las espaldas; parece una cosa muy dudosa, no constando nada de esto de los Evangelios. Con efecto, de ambos modos lo he visto pintado por excelentes artífices. Pero siendo todo esto una cosa incierta, me parece lo mejor se le pinte atadas las manos á las espaldas. Así porque los romanos, los cuales concurrieron á este hecho en bastante número, como lo demostraremos despues, usaban comunmente de este modo de atar, como porque el atarle de este modo era cosa más ignominiosa, tratando al inocentísimo Jesus como á ladron é insigne malhechor, de que se quejó el mismo Señor á los que habian ido á prenderle y atarle (2). Y finalmente, porque aquel pésimo traidor, así parece que lo habia persuadido á los principales de los judíos cuando les dijo (1): «Aquel á quien yo diere un beso, él mismo es, prendedle y llevadle con seguridad:» por temer, que como muchas veces se habia escapado de las manos de los judíos, que querian prenderle, lo hiciese tambien ahora, si no se aseguraban llevándole bien atado: pues de lo contrario, él perderia á su Maestro y el dinero que habian concertado, como lo notaron muy bien los intérpretes sobre este lugar. Por lo cual es muy creible y digno de que se pinte al Señor, no sólo atándole los soldados sus manos á las espaldas, sino tambien, que echándosele encima con sus manos impuras, le prendieron y llevaron atado por los brazos y por la parte superior de la

(1) Joann., 18, 12.
(2) Matth., 26, 55.
(3) Marc., 14, 44.

túnica. Mas, el que le pinten arrojado de una puentecilla á aquel arroyo que está junto á Jerusalen y media entre dicha ciudad y la granja ó huerto de Gethsemaní, que en las Escrituras se llama «Arroyo de Cedrón;» es objeto de pías meditaciones y (si así se quiere) de revelaciones, las que como no las tengo por muy dignas de reprehension una vez pintadas, tampoco persuadiré con facilidad que se pinten.

4. En cuanto á otro hecho en que se refiere, que como Pedro estuviese armado y saliese á la defensa de su amantísimo Maestro, acometió con la espada desenvainada contra aquella turba de gentes que tambien iban con armas, y errando el golpe, hirió á Malco, y le cortó la oreja derecha; no hemos de pensar que se la cortase enteramente, sino que se la dejó algun tanto colgada de la cabeza. Muévome á creer esto, porque si hubiera sucedido de otro modo, cuando el Señor, benéfico con sus mismos perseguidores, curó luego al atrevido siervo del Pontífice, no habria usado el Evangelista de estas palabras (1): «Y habiéndole tocado la oreja, le sanó;» sino de otras, con que se daria á entender, que levantó de tierra la oreja, que la aplicó á su propio lugar y que de este modo se la restituyó y le sanó. Por lo que, cuando se ofreciere, así deberá pintarse semejante hecho.

5. Sobre esto mismo, nos refirió san Márcos una cosa, que como de poca importancia, la omitieron todos los demás evangelistas. Pero pongamos sus mismas palabras (2): «Seguíale un cierto mozo que estaba desnudo y cubierto solamente con una sábana; le prendieron y él dejando la sábana se huyó desnudo de entre sus manos.» Dos cosas son las que se suelen examinar sobre este hecho: pero la primera no tiene relacion con la pintura, á saber, quien era aquel mozo, cuestion que tratan diligentemente los más antiguos Padres é intérpretes de la iglesia. Acerca de la cual, dejando á parte varias opiniones, que segun yo pienso son poco probables,

(1) Luc., 22, 51.
(2) Marc., 14, 51, 52.

juzgo que aquel mozo seria algun amante de Cristo que acaso moraba en la casa, que fácilmente se puede creer habria en el mismo huerto ó granja de Gethsemaní, el cual oyendo el ruido, sospechando que no era sino Cristo que solia ir con frecuencia á orar en aquel lugar y que èl mismo era á quien llevaban atado, como estuviese ya en la cama, se salió de repente: y por no perder tiempo vistiéndose, tomando una sábana de la misma cama para cubrirse de algun modo, salió al público, ó ya para socorrer á Cristo si pudiese, ó en caso de no poder, para ver á lo menos en qué paraba aquel hecho. Con esto se satisface á la segunda disputa que insinuamos arriba. Porque aquello con que el mozo se cubrió y que el Evangelio llama «sindon,» no significa otra cosa, á mi parecer, sino lo que vulgarmente entendemos; esto es, un velo de lienzo, que hablando en castellano llamamos sábana, con que se cubrió el jóven en aquel caso repentino saliendo de la cama. No ignoro que opinan de diverso modo hombres doctísimos (1), á quienes yo respeto mucho: pero á mí me parece mejor esta explicacion más sencilla, pues, aunque admiro á hombres tan célebres, sin embargo, no adhiero con tanta tenacidad á sus opiniones, que jure con sus palabras. Y así, este hecho que he visto pintado algunas veces, puede cómodamente representarse como hemos explicado.

6. Despues de preso y atado Jesucristo, le llevaron los soldados y aquella turba á casa de Caifás, príncipe de los sacerdotes. De Caifás, digo, porque aunque primero le condujeron á casa de Anás, suegro de Caifás, por la mucha reputacion y autoridad que éste tenia en el pueblo, con todo, ni los evangelistas refieren que sucediese cosa digna de notarse en casa de Anás, ni por tanto se ofrece aquí algo digno de advertirse: no porque ignore yo que hay muchos y graves autores, que son de parecer que muchas de las cosas sucedidas despues en casa de Caifás, acontecieron en casa de Anás su suegro, por ejemplo, la primera negacion de san Pedro, el pri-

(1) Mald., ad cap. 14. Marci., c. 814.

mer exámen que se le hizo á Cristo sobre sus discípulos y doctrina, y el bofeton que le dió un siervo insolentísimo. Pero esta sentencia nunca me pareció bien, áun antes de leerla impugnada, y refutada con grande acierto por el autor muchas veces citado (1), y que citaremos en adelante, á quien deberá leer el que quiera cerciorarse más sobre este hecho. Presentaron, pues, á Jesucristo los impíos guardias atadas las manos á las espaldas (como dijimos) ante Caifás, príncipe de los sacerdotes, y ante un Senado numerosísimo y gravísimo, segun lo indicaba su grande aparato. Acerca de la pintura de este hecho, hemos de notar de paso algunas cosas, que deberá tenerlas presentes el pintor erudito. Porque en primer lugar, es menester pintar el palacio de Caifás magnífico, segun la grande autoridad que tenia en el pueblo: en la sala interior, que ha de ser bastante capaz y espaciosa, se deben pintar sentados en sus bancos los ancianos, y el mismo Pontífice Caifás en su trono, y que con ambas manos rasga sus vestiduras (*), pues así sucedió, y así lo refiere san Mateo (2): lo que tambien acostumbraron hacer otras naciones (como lo han notado los doctos) en casos de llanto y de indignacion: pues llevó muy á mal el inicuo Pontífice, ó mejor diré, lo llevó muy bien, el poder tomar ocasion de aquí, para poder condenar á muerte á Jesucristo. Delante de la sala, se ha de pintar un átrio, esto es, lo que nosotros llamamos *patio*, donde encendida lumbre, se está calentando Pedro con los ministros. Y acerca de la tercera negacion de éste, será más del caso pintar, no que le esté hablando algun hombre ó algunos á un mismo tiempo, sino solamente una mujer, criada del Pontífice. Porque, aunque ambas cosas sucedieron, á saber, que los que estaban con Pedro le preguntaron y le ha-

(1) Mald., ad c. 26. Matth., n. 57, col. 611.

(*) A pesar de estar terminantemente prohibido en el Levítico 1. de XXI, cap. 10. al Sumo Sacerdote rasgarse los vestidos en ocasion alguna. (Nota de los Editores).

(2) Matth., 26, 65.

blaron; sin embargo, es mucho más célebre lo de la mujer. y más digno de que se observe y represente: así por constar que por una y otra criada del Pontífice, fué combatida la constancia de Pedro (1); como porque de este modo, se echa de ver más su flaqueza. Advierto aquí, que á Jesucristo y á Pedro se les debe colocar en tal disposicion, de donde, sin estar muy cerca, pudiesen verse mútuamente: pues consta haberse movido Pedro al arrepentimiento de su fragilidad y cobardía, por haberle mirado el Señor, como expresamente lo significan las palabras del Evangelista (2): «Y volviéndose el Señor (dice) miró á Pedro, y éste se acordó de la palabra que el Señor le habia dicho, etc.»

7. Refiere san Juan, que respondiendo Cristo á las preguntas que le iba haciendo el Pontífice, un vil y atrevido criado ó ministro suyo, hirió el venerable semblante del Señor con una bofetada (3): «Habiendo respondido esto (dice el Evangelista): uno de los ministros que estaban allí, dió una bofetada á Jesus diciéndole: ¿Así respondes al Pontífice?» Acerca de describir esta accion verdaderamente indignísima, ya sea con palabras ó ya con el pincel, se dicen varias cosas, que no todas deberá aprobarlas el lector ó el pintor. Hay quienes afirman que fué tan atroz la bofetada, que estando Cristo en pié con la debida modestia, le hizo caer y le derribó en tierra. Será esto tal vez una cosa pía, pero segun yo pienso, es enteramente falsa, aunque no sea más sino porque el Evangelista no hace mencion de una circunstancia tan notable. Con efecto, los que en cosas de tanta monta discurren así ó fingen semejantes modos, no me parece que atienden bastante á la majestad del mismo Jesucristo: como si fuera poco ó no fuera de suyo una cosa bastante ignominiosa el que un hombre vil é impuro diera un bofeton á Dios; de manera que fuese menester añadir haber sido éste tan fuerte y cruel, que le derri-

(1) Matth., 26, 70, 71.
(2) Luc., 22, 61.
(3) Joann., 18, 22.

bó en tierra. Por lo que, no debe pintarse así este hecho, ni á mi parecer es cosa que se pueda creer. Otros refieren, que uno de los ministros le dió el bofeton teniendo la mano armada y cubierta de hierro, á saber, con aquel género de armadura que se usaba antiguamente, y que nosotros llamamos *corazas*, y á aquella parte que arma la mano le damos el nombre de *manopla*. Esto tambien es acaso una cosa pía: pero que contiene en sí gran sospecha de falsedad y de ligereza. Lo uno, porque no leemos que el que dió la bofetada fuese algun soldado de las tropas romanas, sino ministro ó criado del mismo Pontífice, á quien ciertamente, estando entre los romanos, no le era lícito este género de armadura, ni aunque lo hubiese querido se lo hubieran permitido: lo otro, porque este género de armadura, que, segun dijimos, llamamos *corazas*, con que se viste de hierro todo el cuerpo, áun las manos y los piés; ó yo me engaño mucho, ó no lo usaron ni conocieron los soldados romanos. Y finalmente, porque aquel género de guante (para explicarme así), por la parte interior ó palma de la mano, que es la que solamente hiere el semblante del que recibe el bofeton, no está cubierta de hierro ni tiene hierro, sino un lienzo muy espeso de lino; de suerte que no hay ninguna necesidad de imaginarse, ó de que se pinte este género de armadura: aunque, á los que no lo examinan con mucha reflexion, les parecerá acaso cosa tolerable.

8. En aquella misma noche en que aquel apóstol y discípulo escogido negó tan abiertamente á su amado Maestro, padeció el Señor infinitas é ignominiosas afrentas, no sólo de aquellos impíos y desvergonzados pícaros, como realmente lo eran los criados del Pontífice, y tal vez los de los principales de los judíos, y además los del vulgo de los soldados romanos, que habian preso á Cristo Señor nuestro; sino tambien de los mismos judíos de mayor autoridad, que frecuentaban la casa del Pontífice, y se habian hallado presentes en aquel lance. Porque en primer lugar es verosímil, que de estos últimos sufrió el Señor aquella insigne afrenta de ignominia y contumelia, que refiere san Mateo con estas pala-

bras (1): «Entonces le escupieron en su rostro, y le hirieron á bofetadas: y otros con las palmas de sus manos herian su rostro.» Sobre cuyo texto, muchos de los intérpretes antiguos han entendido, que Cristo Señor nuestro padeció de la gente más principal entre los judíos el que le dieran de palos con los báculos y bastones en que se afirmaban; y lo que todavía causa más admiracion, que quitándose sus chapines ó chinelas de los piés, fué herido y lastimado, no sólo en su cabeza, si tambien en su misma cara, y venerable semblante. A esto se agrega, que la vil turba de siervos (me horrorizo al referirlo) empezó á escupirle en su rostro, y á abofetearle con sus manos y puños, y para colmo de su mayor ignominia, tapándole los ojos al que era luz clara y resplandeciente, le herian con las palmas de sus manos gritándole por burla y escarnio: «Profetízanos, oh Cristo, quién es el que te ha herido.» Todo esto consta expresamente de la misma narracion del Evangelio, por no decir nada de las injurias que le hicieron de palabra, las que dió bastante á entender san Lúcas (2), cuando dijo: «Y blasfemando, le decian otras muchas cosas.» Aquí es, donde los pintores, aunque sabios, tienen abierto un campo dilatado y espacioso, para poner á la vista de muchas y varias maneras esta lastimosa accion, y aún por ventura nadie de ellos acertará en representar bien esta lúgubre escena.

Pero antes de concluir este punto, he de advertir dos cosas. La primera, que pertenece al mismo arte de la pintura, es, que cuando se haya de pintar á Jesucristo sufriendo semejantes oprobios y contumelias, debe hacerse á la luz de una vela ó pequeña hacha, por haber sucedido esto despues de anochecido, y cuando ya estaba bastante adelantada la noche, y habia cantado el gallo. Mas cuando se le haya de pintar delante del Pontífice y ancianos, y entregado á ellos, no se debe pintar así, sino siendo ya de dia. Pues cons-

(1) Matth., 26, 67.
(2) Luc., 22, 65.

ta haber sucedido así, por el Evangelio de san Lúcas, el cual notó más exactamente el tiempo (1): «Y así que amaneció (dice) se juntaron los ancianos del pueblo y los príncipes de los sacerdotes, y los escribas, y lo llevaron á su concilio etc.,» aunque los demás evangelistas no refieren el hecho con esta determinada circunstancia de tiempo. La segunda es, que cuando se pinte al Señor tratado por los soldados y ministros tan cruel y contumeliosamente como hemos dicho, no se le ha de pintar quitadas las vestiduras, áun por lo que toca á los hombros y espaldas, como, si no me engaño, lo he visto pintado en alguna parte. Pues como de esta desnudez nada nos han dicho los evangelistas ni tampoco han hecho mencion de ella los Santos Padres é intérpretes más graves, estaría cerca de error el pintarlo de este modo por antojo de los pintores.

CAPÍTULO XV

De las pinturas y representaciones de lo que hicieron contra el Señor, antes de pronunciar contra él la sentencia de muerte.

1. De la casa ó palacio de Caifás, fué llevado Cristo en derechura al Pretorio de Poncio Pilatos, acompañándole ó siguiéndole una gran muchedumbre de pueblo y la gente más principal de los malvados sacerdotes y pontífices. Era el Pretorio un edificio grande y verdaderamente magnífico como correspondia á la majestad del Senado y Pueblo romano, en cuyo nombre, ó mejor diré, por la autoridad de Tiberio César, gobernaba Pilatos la Judea, siendo él, segun refiere Josefo (2) el sexto en el órden, despues que los romanos ha-

(1) Luc., 22, 66.
(2) Antiq. l. 17, cap. 19, et l. 18, c. 1, 4.

bian reducido en forma de provincia la Judea. Este edificio ó palacio, por lo que toca á lo que vamos tratando, se puede representar de este modo: abiertas las puertas, manifiéstese una gran sala muy bien adornada con varias molduras de arquitectura, y el suelo de la sala muy bien enladrillado con varias piedras; motivo por el cual llama el Evangelista á aquella sala «Litostrotos,» esto es, enlosado de piedras. Frente de esta sala figúrese un atrio adornado con hermosas y gruesas columnas, añadiendo todo lo que parecerá decente al pintor que esté instruido, no sólo en lo que mira á la historia, sino tambien á la arquitectura (que es una no pequeña parte de la pintura): pues esto basta para representar á la vista de un modo decente las cosas que allí pasaron. Acerca de las vestiduras del Presidente, que es muy creible que las llevaría á la manera de los romonos, algo se me ofrecia que decir aquí: pero no quiero detenerme demasiado en cosas que son poco ciertas, y que por lo menos directamente, dicen poca ó ninguna relacion con las imágenes sagradas en cuanto tales. Mas, sobre lo que pasó primero entre el pueblo y el mismo presidente, como es cosa que mira más á las palabras que á la pintura, nada hay que advertir, sino tal vez el que las cabezas erguídas, las bocas abiertas y las manos levantadas en alto, deben manifestar de algun modo la ferocidad y gritos de aquel pueblo sedicioso y casi amotinado.

2. Sucedió en esta ocasion que Pilatos remitió á Cristo á Herodes Tetrarca de Galilea, «pues él mismo (dice san Lúcas) (1) estaba en Jerusalen por aquellos dias,» sin duda que por la solemnidad de la Pascua, lo que tambien suele representarse en las pinturas. Hase, pues, de pintar á Herodes con aparato verdaderamente real, vestido de púrpura, rodeado de tropa y de guardias reales, y á Cristo Señor Nuestro estando en pié con mucha circunspeccion y modestia ante el Tetrarca, á quien no se dignó responder ni siquiera una sola palabra: de suerte que por esto el mismo rey y su ejér-

(1) Luc. 23, 7.

cito (como lo llama san Lúcas) (1) «lo despreció, y habiéndole puesto un vestido blanco,» lo volvió á enviar á Pilatos Presidente de la Provincia. Con efecto, por la mucha fuerza que me hacía este lugar, afirmé arriba (2) que Cristo Señor nuestro no usó por lo comun de vestidos blancos, á no ser que en lugar de vestido blanco se quiera poner ó entender cándido y resplandeciente: sobre que me acuerdo haber tocado algo antes (3). Vuelto, pues, Cristo á Pilatos, como aquel pueblo insolente, instigado por los pésimos ancianos y gente más principal, pidiese á grandes voces que se le condenara á muerte de cruz; mandó el Presidente, no tanto por ódio, cuanto por apaciguar aquella muchedumbre de gente alborotada (como lo notó muy bien san Agustin) (4), que azotaran á Jesucristo. Mas, por ser esta una de las cosas más principales de la Pasion del Señor, y de que hay tantas imágenes y pinturas, la hemos de considerar con mucha reflexion, y así es menester poner á la vista lo que hay más digno de notarse sobre esta materia.

3. A fin, pues, de padecer el inocente Jesus un tormento tan grande y terrible, ó para tributar á su Eterno Padre la más sumisa y rendida obediencia, quitáronle los vestidos, parte aquellos malvados ministros y verdugos, y parte como es creible se los quitaría él mismo. Mas ¿sobre si esta desnudez, como la que padeció en los demás tormentos de su Pasion, y particularmente cuando le crucificaron, fué total, de suerte que quedase tan desnudo como le habia parido su santísima Madre; ó si solamente fué la que era bastante para padecer dichos tormentos? sienten de diversa manera interpretes y teólogos gravísimos: porque, si he de decir la verdad, me embaraza poco el parecer de algunos escritores del vulgo. Autores hay que afirman y no sin fundamento, que

(1) Luc., vers. 11.
(2) Cap., 9, n. 3.
(3) Ibid., 13, n. 3.
(4) S. August., in Psalm., 63, ad v. 2.

la desnudez que padeció Cristo en los pasos de su sacratísima Pasion, no fué total, sino la que era bastante para padecer tan injuriosos y crueles suplicios, quedando cubiertas aquellas partes que el mismo pudor y la naturaleza exigen que se cubran. Lo contrario, dicen éstos, no era decente que el Señor lo permitiese en sí mismo. Otros dicen (y segun yo pienso con razones mucho más fundadas) que la desnudez fué total, y que el muy vergonzoso y modestísimo Jesus, no solamente en su flagelacion (de que no se duda tanto), sí tambien en los otros tormentos de su Pasion, y por tanto en su crucifixion, quedó tan desnudo como le habia parido su santísima Madre. Dije, que esto era lo más probable: así por afirmalo los Padres antiguos de la Iglesia (1) san Ambrosio, san Atanasio, san Agustin, san Cipriano, Ruperto y Eucherio, omitiendo á algunos más modernos, como son san Buenaventura y Ludolfo, y á otros teólogos de mucha fama tambien modernos, Jansenio Gandavense, Juan Lorino, y al que vale por muchos, el Padre Francisco Suarez, apellidado con razon Doctor Eximio (2); como, porque es muy conforme á razon que Cristo Señor nuestro con su desnudez quiso cubrir la nuestra, y sufrir en su alma santísima este tan vil oprobio de ser expuesto desnudo á la vista de aquellos ojos impudicísimos, y ofrecer esto más á su Eterno Padre, para curar de este modo nuestra impudente liviandad.

Pero, por lo que toca á mi intento; aunque sea conveniente y oportuno que esto no lo ignoren singularmente los hombres píos y doctos, sin embargo no conviene ser sobradamente curiosos sobre esta materia, y querer averiguar más de lo que es justo. Porque es cierto y fuera de toda duda, que no de otra manera se debe pintar á Jesucristo en su sagrada Pasion, sino tapadas y cubiertas aquellas partes que

(1) S. Ambr., l. 10, in Luc. Athan. Orat. de Pas. et cruce Dom. Aug., l. 16, de Civ. c. 2, et l. 12, contr. Faust, c. 263. Cypr. Epist. 63. Rup. et Euch., in c. 9, Genes.

(2) Suarez, t. 2, in 3, p. q. 46, art. 8, disp. 36, sect. 4.

el pudor y la honestidad mandan que se cubran. Por lo que, pintarle de otro modo, no sólo sería una cosa indecente, sino sacrílega. Hase, pues de pintar y de esculpir como hemos dicho; atendiendo así, no sólo á su majestad, dignidad y reverencia, sino tambien á la enfermedad y flaqueza de nuestros ojos.

4. Desnudado ya Cristo de sus vestiduras para padecer el tormento de los azotes, tormento lleno de dolor y de ignominia, pues no se daba sino á los esclavos, como consta del mismo Derecho Civil (1), atáronle á una columna, segun lo enseña la antigua y recibida tradicion de la Iglesia. Acerca de esta columna, reparo que los pintores, frecuentemente nos la representan pequeña, acomodándose á las ideas de su fantasía, pintando en la parte superior de ella una argolla, de donde están pendientes las cuerdas con que fué atado el Señor. Yo discurro de muy diverso modo, y juzgo que dicha columna fué una de las que habia en el atrio del Presidente y sobre las cuales se afianzaba la parte superior del pórtico. Muéveme á pensar así san Gerónimo (2), el cual tratando de los lugares de Jerusalen: «Se manifestaba allí (dice) una columna que mantenia el pórtico de la Iglesia y estaba teñida con sangre del Señor, á la cual, dicen, que fué atado y azotado.» Porque el que se vea en Roma una columna mucho más pequeña de lo que es menester para poder sobre ella afianzarse el pórtico, esto sólo prueba que tal vez es parte de aquella en que ataron á Jesucristo. Y aquí (á no haberlo dicho antes un autor de mucha nota) (3), diría yo que es más digno de risa que de impugnacion, el afirmar que Cristo fué azotado por las mismas manos de Pilatos, por decir san Juan: «Tomó Pilatos á Jesus y le azotó:» como si la pena que manda ejecutar el juez ó el rey no se dijera que la ejecuta el mismo juez, sólo por haberla mandado. Ni fué azotado Cristo

(1) L. In servorum, ff. de Pœnis.
(2) Epist., 27.
(3) Beda, l. 4, in Marc., c. 44.

Señor nuestro, como lo dice el vulgo, y lo que es más de extrañar, algunos que no quisieran ser contados en esta clase, por manos de los judíos; sino por los verdugos ó soldados romanos: lo que expresó claramente el Evangelio hablando de la coronacion de espinas y de su crucifixion, como veremos despues: antes al contrario, los judíos ó á lo menos los más principales entre ellos, quisieron ser tenidos por tan religiosos é hipócritas que ni se atrevieron á entrar en el pretorio del presidente. Notólo esto san Juan con estas palabras (1): «Y ellos no entraron en el pretorio por no contaminarse, á fin de poder comer el cordero de la Pascua. Mas en caso de estar presentes algunos de la gente vulgar entre los judíos, es de creer que incitarían á los soldados ó los sobornarían con dinero, para que le azotaran con más fuerza y crueldad: pero el decir que ellos mismos le azotaron, le coronaron de espinas ó que le crucificaron, es un absurdo. Hanse pues de pintar medio desnudos, cubiertos los piés con aquel género de botines militares que usaban los romanos, alargando con fuerza sus brazos y azotando de un modo verdaderamente atroz á Jesucristo.

5. Acerca de la Pasion del mismo Señor en este terrible paso y tormento, es cierto en primer lugar, y así se ha de suponer, que dicha flagelacion fué grave y cruel, y que en ella padeció Jesus grandes y vehementísimos dolores, y que se le hincharon sus carnes con terribles cardenales, y que hubo mucho derramamiento de sangre. Porque Pilatos mandó azotar á Cristo con ánimo de que este tormento fuese bastante pena por todas las acusaciones que le habian hecho, y para apaciguar á sus enemigos los judíos y para que en vista de esto no exigieran otra pena mayor. Es, pues, verosímil haber mandado Pilatos que le azotaran cruelísimamente, que le desgarraran y rompieran sus carnes y que todo esto se ejecutase como él lo habia mandado. A que aludió lo que mucho antes habia dicho el profeta evangélico Isaías (2) con

(1) Joann., 18, 28.
(2) Isai., 53.

estas palabras: «Fué herido por nuestras iniquidades, fué molido por nuestros pecados: el castigo que nos debia traer la paz, cayó sobre él y nosotros habemos sido curados por sus llagas.» De aquí se echa de ver que es enteramente ridícula y poco pia la opinion de algunos que afirmaron temerariamente haber recibido Jesucristo solamente cuarenta azotes, como se mandaba por la Ley, ó treinta y nueve, segun acostumbraban los judíos, los cuales, por no parecer que traspasaban lo establecido por la Ley, no sólo no añadian algun golpe más á los cuarenta, sino que aún los disminuian; como sucedió en el Apóstol, segun refiere él mismo cuando dice (1): «Cinco veces recibí de los judíos cuarenta azotes, menos uno.» Digo que esta es una opinion ridícula: así porque á ella se opone lo que acabamos de decir, como porque esta pena no la mandaron ejecutar los judíos con arreglo á su Ley, sino los gentiles, que no estaban obligados á ella por ninguna ley civil: los cuales consta bastante que mataron muchas veces á azotes los reos que estaban condenados á semejante pena, pues nada hay más frecuente en las Actas de los santos Mártires. Hase, pues, de pintar á Jesucristo, azotado cruel y acerbísimamente, derramando mucha sangre, hinchada y muy acardenalada su carne. En cuanto á los instrumentos de la flagelacion y del número de golpes que le dieron, se dicen muchas cosas pias á la verdad, pero que no son bastante ciertas. Pues por lo que toca á lo primero, hay algunos que describen el hecho de un modo extravagante, ó por mejor decir, con mucha exageracion, diciendo, que primeramente fué herido Cristo con gruesas cuerdas: luego con escorpiones de hierro; despues con ciertas cadenas armadas con abrojos tambien de hierro; y finalmente con varas espinosas: no porque ellos sean de parecer que Cristo fué azotado cuatro veces (pues que lo fuese dos, lo dicen otros, aunque no con algun fundamento sólido), sino porque en una misma flagelacion, estos y otros instrumentos (si los hay

(1) 2 ad Cor., 11, 24.

más atroces) se fueron sucediendo mútuamente. Mas esto, aunque se ha discurrido piamente, es poco cierto y muy distante de las costumbres que tenian los romanos en aquellos tiempos. Y así, el pintor erudito, si quiere oirme, absténgase de semejantes modos de pintar sobradamente estudiados y exquisitos, pero poco sólidos. Y para que nadie pueda pensar que esto lo digo yo temerariamente ó por mi antojo, quiero poner aquí las mismas palabras de un eruditísimo cardenal (1) que en el original italiano, pues nada finjo, dicen así: «Dal modo ancor può causarsi il non verisimile, di che varii esempli si scorgono in molti atti dell' istessa passoine, come nel coronarlo con le spine smisurate, nell' batterlo alla colonna con flagelli inusitati, nell' inchiodarlo in croce con maniere stravaganti, etc.» Que puestas en castellano quieren decir: «Del modo tambien puede nacer la inverosimilitud, sobre lo cual pueden observarse varios ejemplos en muchos pasos de la misma Pasion: por ejemplo, coronándole con espinas sobremanera grandes, azotándole atado en la columna con azotes no usados y crucificándole con modos extravagantes.» Y así es más verosímil y, segun me parece, más conforme á verdad, lo que dijo Euthimio y otros despues de él, que los instrumentos de la flagelacion de Cristo fueron cuerdas ásperas y retorcidas ó duras correas hechas de cuero de bueyes; como las de que hace mencion la Escritura y con que el rey Antioco mató á aquellos santos y esforzados jóvenes: «Sucedió (dice la Escritura) (2) que habiendo preso á siete hermanos juntamente con su madre, dándoles con azotes y vergas de toro, les compelía el rey á que comieran carnes de puerco.» Este tormento, pues, fué el que se dió á Cristo, tratándole como á un hombre de la más ínfima plebe y casi digno de compararlo con los esclavos: y que á éstos y á los hombres viles fuese costumbre azotarlos con correas, es cosa muy sabida (3). Pero el que quiera ente-

(1) Card. Gab. Paleot., lib. 2, cap. 26, fol. 180.
(2) 2 Machab., 7, 1.
(3) Lib., 3 Carm., Od. 5.

rarse de esto más, vea el Pentecontarcho de Ramírez (1), que está lleno de mucha erudicion, á quien habia precedido el más delicado y exacto de los eruditos Lipsio (2), al cual podrán consultar los doctos: pues basta lo dicho para instruir al pintor que no quiera sentir con el vulgo.

6. Por lo que toca á lo segundo que dijimos antes, esto es, al número de golpes que dieron á Jesucristo, muchos escritores píos, singularmente de los modernos, afirman que los golpes que dieron al Señor en su flagelacion pasaron de cinco mil. Pero esto otros varones doctos y gravísimos y no menos piadosos que los primeros lo tienen por increible. Porque además que los romanos (por no decir nada de los judíos) no acostumbraron entonces azotar á los reos con tan grande número de golpes, no fué el ánimo de Pilatos acabar con Cristo á azotes, antes por el contrario mandó azotarle para librarle (aunque de un modo cruel) del furor y rabia de los judíos que pedian su muerte y crucifixion. No es pues verosímil que mandase ni permitiese Pilatos que le azotaran tan cruelmente y con tan evidente peligro de la muerte (3). Y aunque algunos afirman que este número de golpes fué revelado á cierta mujer piadosa: «sin embargo (son palabras de un escritor gravísimo y de un doctor llamado con razon Eximio) (4) ni estas revelaciones de mujeres nos obligan á que creamos que son verdaderas; ni allí se dice que excedieron este número los golpes de los azotes, sino las heridas de la Pasion.» De lo dicho se echa bastantemente de ver cuál sea el modo más verdadero y más conforme á razon de pintar este hecho. Y para que no parezca que quiero omitir algo, añado que algunos varones sabios é insignes en piedad, acostumbran proponerse la meditacion de que á Cristo Se-

(1) Cap., 27, per tot.

(2) Lips., de Cruce, l. 2, cap. 2, et 3.

(3) Ludolph. Cart., de Vit. Christ., part. 2, c. 58, Eckius, Serm. de Pas. Dom. y otros.

(4) Suarez, t. 2, in 3, p. q. 46, art. 2, disp. 35. sect. 2.

ñor nuestro despues de tan cruel flagelacion en las espaldas, le obligaron los malvados verdugos á volverlas á la columna y á recibir en el pecho y en el vientre nuevos y crueles golpes. Pero yo, aunque he leido haberse esto ejecutado con algunos mártires para que su tormento fuera más acerbo é ignominioso, y resplandeciera más su martirio; con todo no me atrevo á aprobar que se ejecutase así con el Señor, ni que se pueda representar de este modo, por oponerse el silencio de los evangelistas y el no estar en uso semejante vileza en aquellos tiempos, la que no se puede afirmar y mucho menos pintar sin algun firme y sólido testimonio de la Escritura ó de los santos Padres.

7. Despues de su flagelacion padeció Jesucristo la ignominiosa y dolorosísima coronacion de espinas, que largamente refieren los evangelistas. Sobre cuyo hecho para pintarlo con juicio y prudencia hemos de advertir algunas cosas. La primera, que á esta accion llena de crueldad é ignominia concurrió toda la guardia del Presidente romano como consta expresamente de san Mateo (1) que dice: «Entonces los soldados del Presidente haciendo entrar á Jesus en el pretorio juntaron allí al rededor de él toda la cohorte. Lo mismo dice sán Marcos, para que de esto sólo se eche de ver que hubo muchos soldados de los gentiles romanos que estuvieron mezclados en la Pasion de nuestro Salvador; pues la cohorte entera constaba á lo menos de cuatrocientos veinte hombres, como lo demuestra un escritor muy versado en estas materias (2), el cual lo tomó de buenos autores. Por lo que en este hecho de la coronacion como tambien en él prendimiento de Cristo en el Huerto, será del caso (además que de suyo es cosa elegante) representar no á uno ú otro soldado sino á muchos, segun lo permita el campo del lienzo: pues, que no solamente en el caso de que hablamos, si tambien en el Huerto se juntó toda la cohorte, lo da á enten-

(1) Matth. 27, 27.
(2) Lips., de Milit. Rom., lib. 2, Dialog. 4.

der san Juan con estas palabras (1): «Como Judas hubiese tomado la cohorte y los ministros que le daban los pontífices y Fariseos, etc.» De aquí consta tambien lo que dijimos arriba, á saber, que los judíos aunque fueron los autores y los que incitaron los ánimos para hacer padecer á Cristo, pero que no fueron ellos (como dice malamente el vulgo y acaso sienten tambien lo mismo algunos que no les parece ser del vulgo) los que ejecutaron la sentencia con sus propias manos. Este oficio de poner por obra la sentencia contra los reos que los jueces condenaban á muerte, no tocaba á otros, sino á los soldados: sobre que leemos un excelente pasaje en Tertuliano (2) donde disuade á un cristiano á que no siga la carrera de la milicia, con estas palabras: «Aquel que no puede vengar sus injurias será ministro de las prisiones, de las cárceles, de los tormentos y de los suplicios.» Pero todo esto lo confirman bastante los Evangelios, de suerte que por lo que hace á nuestro intento parecen supérfluos los testimonios de los sabios que podria alegar. Reparo á más de esto que aunque algunos son de parecer que los malvados é impíos soldados, luego despues de su flagelacion estando todavía desnudo el Señor, hicieron burla y mofa de él: sin embargo, es más cierto y mucho más probable que para mofarle le desnudaron nuevamente de las vestiduras con que se habia vestido despues de los azotes; diciéndonos expresamente san Mateo (3): «Y desnudándole le vistieron un manto de grana;» lo que me parece será muy del caso no lo ignore el pintor erudito. Advierto tambien que esta injuriosísima coronacion de espinas, no se ejecutó en el atrio donde fué azotado Jesucristo, sino en el mismo Pretorio del presidente, ó á lo menos en algun zaguan de él, segun lo afirma y expone con bastante claridad san Márcos cuando dice (4): «Los

(1) Joann., 18, 3.
(2) Tert., de Cor. Milit., c. 11.
(3) Matt., 27, 28.
(4) Marc., 15, 16.

soldados le llevaron al atrio del pretorio.» Qué es lo que se haya de entender por el pretorio y de qué manera se deba pintar este lugar, ya lo dijimos arriba (1); y así no es menester volverlo á repetir.

8. Adviértase aquí que aquella vestidura que san Márcos (2) absolutamente llama púrpura con estas palabras: «Y le visten de púrpura; la llamó san Mateo, chlamydem coccineam, manto de grana: y con mucha razon. Porque, aunque hablando en un sentido más propio, hay alguna diferencia entre púrpura y vestido de grana; sin embargo los antiguos usaron promiscuamente de estos dos nombres, como lo podria convencer con varias pruebas que de propósito omito. Fué, pues, aquella «chlamys,» ó vestidura de púrpura, un manto de los que se habia servido el Presidente de la Provincia, Pilatos; no que fuese nuevo ó brillante, antes estaba gastado por el mismo uso que se habia hecho de él, y tal vez estaba roto por alguna parte de suerte que no tanto le sirviese de adorno como de burla. Consta esto, porque los rectores ó presidentes de las provincias usaban de un manto de púrpura, para que en ellos se echara de ver y reluciera algo de la majestad del Emperador, como bastantemente lo expresó san Paulino escribiendo á Licente, en estos versos:

«Quanto sudoris pretio, damnoque decoris
Constet tibi chlamys, hic honor officii.»

Este género de adorno lo define muy bien Clemente Alejandrino, cuando dice (3): Chlamys, «que algunos llaman capa ó manteleta, otros manto real ó insignia militar, y algunos *Berum*, porque cubre el cuerpo.» Este adorno, pues, que no era otra cosa, sino una capa rica y vistosa, sólo se ponia por

(1) Arrr., n: 1.
(2) Marc., ib. 17.
(3) Clem. Alex. in Pædag., l. 2, c. 4.

una parte, como suelen tambien ponerse hoy las capas, ni se cosía sino que se ataba con una hebilla, y colgando del cuello caía tendida libremente por las espaldas. Lo que elegantemente expresó Stacio cuando dijo (1):

«.....Tergo demissa chlamys.»

Cubría dicho adorno el cuerpo por las espaldas, no sólo hasta la cintura, como malamente lo han interpretado algunos, sino hasta las rodillas ó un poco más abajo. Varios son los autores que afirman todo esto, y sobre todos lo explicó con mucha elegancia Coripo Africano (2). Quien quiera enterarse y saber más sobre esta vestidura militar é imperial, y sobre dicho manto real, y otros vestidos de esta clase, vea al eruditísimo Julio César Bulengero (3), que ha escrito difusamente «de Imperatore, et Imperio Romano.» Lo cierto es, que los reyes usaron tambien de este manto de grana, y que lo dieron los emperadores romanos á los que querian aclamarles por reyes, como lo prueba con muchas razones el mencionado autor. Y así, los impíos soldados que por burla y escarnio quisieron saludar á Cristo por Rey de los judíos, le vistieron con dicho manto de grana, el cual, por lo que llevamos dicho, consta de qué manera deberá pintarlo el pintor erudito.

9. Despues de haber hecho esto: «Tejiendo (dice el Evangelista) una corona de espinas, se la pusieron sobre su cabeza, y una caña en su mano derecha.» Hablan con variedad los intérpretes sobre qué género de espinas eran estas con que los soldados tejieron la corona para colocarla en la venerable cabeza de Jesus; pero lo cierto es que fueron grandes y penetrantes. Unos afirman, que fueron de juncos marinos, que tienen las puntas largas y agudas y más duras

(1) Stac. l. 1, Sylv.
(2) Corip., lib. 2.
(3) Buleng., de Imp., et Imp., l. 2, c. 4, et l. 4, c. 39.

que las terrestres, á cuyo parecer adhieren principalmente los que juzgan que las espinas de dicha corona, no sólo traspasaron el cútis y la sacratísima carne de Cristo, sino tambien su mismo cráneo: lo que sin embargo no se le hace creible á un doctor ciertamente pío, y que sin duda es docto y erudito (1). Otros dicen, que dichas espinas fueron de las que nacen en el árbol llamado *rhamno*, que son más fuertes en los lugares de Syria, donde crecen estos árboles con mucha abundancia. Esto me parece á mí más verosímil, juzgando con el Autor que acabo de citar, que aquellas espinas traspasaron no sólo el cutis (que no es muy delgado en la cabeza), si tambien la carne de Jesucristo, y que en cierta manera la desgarraron, como dice Tertuliano (2), autor verdaderamente severo, y que no suele hablar con ligereza. No obstante no traspasaron aquel hueso que llamamos calavera ó cráneo; porque á más de que, si aquellas puntas hubieran traspasado dicho hueso, no podian dejar de causar heridas mortales, lo que ciertamente Pilatos, el cual intentaba librar á Cristo de la muerte, no sólo no lo habria mandado (pues parece mucho más verosímil que no lo mandó); pero ni lo habria permitido: á que sin embargo se inclinan los Padres de la Iglesia (3) san Agustin, san Crisóstomo y el Pontífice san Leon. A más de esto, digo, ¿qué espinas podrian ser las que tuviesen tanta penetrabilidad y dureza, á no ser, no digo marinas, sino de hierro? Resta aquí un gran campo á los pintores para representar el semblante de Cristo, su cabeza y cabellos manchados y humedecidos por la mucha sangre que salia de las heridas que le habian habierto las espinas.

10. Acerca de la forma que tenta dicha corona, dicen algunos (4), que se la pusieron á Cristo á manera de morrion

---

(1) Suarez en el lugar citado antes, sect. 3.

(2) Tert., de Coron. milit.

(3) Aug., tract. 16, in Joann. Chrysos., hom. 83, in Joan. Leo Pap. Serm. 10, de Pas. Dom.

(4) Cornel. Jansen., in Concord. Evangel., c. 14. V. Pacheco p. 536.

ó capacete, de suerte que fué no sólo circular sino esférica; y que no solamente rodeó su cabeza por las sienes, si que la cubrió tambien toda hasta lo sumo. Acaso será esto una cosa pía que no disputo ni quiero controvertirla en ninguna manera: pero sí diré (con el permiso de los que discurren así) que esto se dice con fundamentos poco sólidos. Porque, a demás que las coronas con que honraban los romanos á los vencedores y á los que habian hecho un gran servicio á la República, no estaban hechas á manera de morrion, sino de círculo que rodeaba la cabeza; ora fuesen ellas de hierba, de laurel ó de olivo, lo que trata Lipsio (1) con mucha extension: además de esto, digo, ¿quién ignorará que la corona, que por burla pusieron á Cristo, era muy parecida en la forma, no sólo á las que hemos referido, pero principalmente á las que usaban los reyes, y que frecuentemente llamaban diademas? En tanto parece esto cierto que, en el himno que por lo comun se canta en la solemnidad de la Corona del Señor, sea quien se fuere el autor de él, se dice:

«Cum spinarum aculeum
Christus pro nobis pertulit,
Per diadema spineum
Vitæ coronam contulit.»

Y que la diadema fuese una venda ó cinta blanca que circuía y apretaba las sienes del Rey y toda su cabeza, es cosa, que ni aún los muchachos la ignoran. A que aludiendo Luciano, usa de las siguientes palabras para significar que el rey Alejandro estaba coronado con la diadema: «ceñida la cabeza con una cinta blanca.» Ni ignoran tampoco los muchachos aquello tan trillado de Valerio Máximo (2): «Dijo Favonio á Pompeyo que tenia atada la pierna con una faja blanca. No importa en qué parte del cuerpo esté la

(1) Lips., de Milit. Roman.
(2) Valer Max., lib. 6, c. 2.

diadema: «chanceándose de Pompeyo que afectaba el reino, cuando aún estaba floreciente la República. Sobre lo cual podrian todavía notarse otras cosas á más de las muchas que juntó el citado Julio Bulengero (1). Quítese, pues (á lo menos á mí así me parece) semejante imaginacion; y píntese la corona del Señor tejida de penetrantes espinas, del modo que han acostumbrado pintarla habilísimos pintores, no á manera de capacete, sino de una real diadema rodeando la cabeza por las sienes.

11. El que por mofa dieran los soldados á Cristo un cetro vano y ridículo, esto es, una caña, lo expresan bastantemente los evangelistas, diciéndonos san Mateo (2): «Pusieron (esto es, la corona tejida de espinas) sobre su cabeza, y una caña en su mano derecha;» y san Márcos (3): «Y heríanle su cabeza con una caña.» Pero no nos dicen que apretaran fuertemente sus manos ante el pecho: bien que ésta parece ser una costumbre comunmente recibida por la Iglesia, no discrepando en este particular ni las pinturas ni los autores. Por lo que, así debe pintarse á Cristo en este escarnio que hicieron de su Majestad en su Pasion, y en este acto de triunfo, por lo que toca á la piedad y al espíritu. Pero las cosas acerbas y contumeliosas que de aquellos viles truhanes sufrió el Señor en este paso, ya de palabras desvergonzadas, ya de acciones sobremanera injuriosas, apenas pueden expresarse con palabras, y mucho menos con el pincel. Lea el pío y erudito pintor lo que sobre esto han escrito los evangelistas, y tendrá abierto un campo exquisito y espacioso para representar semejante hecho. Lo cierto es, que despues de haber hecho burla de Cristo Señor nuestro, y heridole tan gravemente, y estar el Señor lleno de llagas y cardenales y cubierto de sangre por todas partes, lo presentó así Pilatos al pueblo; ó ya tal vez desde las mismas puertas del Pretorio

(1) Buleng., de Imp. Rom., lib. 2, cap. 3.
(2) Matth., 27, 29.
(3) Marc., 15, 19.

ó desde una ventana de donde se podia ver de lejos, diciendo á aquel pueblo obstinado: *Ecce homo*. Caso es este muy digno de toda consideracion: mas por lo que mira á la pintura, es un error en que cayó, segun nos refiere el citado Francisco Pacheco (1), un pintor por otra parte hábil y excelente, el pintar á Cristo en este lance sin la corona de espinas; diciéndonos expresamente lo contrario el Evangelista (2) con estas palabras: «Salió, pues, Jesus llevando la corona de espinas y la vestidura de grana.» Pero no puede tan claramente condenarse de error el que se le pinte sin llevar la caña en su mano; por lo que se puede escusar de algun modo á Pablo de Céspedes, por haberle pintado así: con todo no debe tolerarse, porque Pilatos sacó á Cristo para manifestar al pueblo cómo sus ministros habian hecho mofa de él, y tratádole verdaderamente como rey de burlas; lo que expresó despues el mismo evangelista, cuando dijo: «Y dice (Pilatos) á los judíos: Ved aquí á vuestro Rey.» Por lo cual, como la caña que por burla y escarnio habian puesto en las manos del Señor representara la insignia del cetro, no es verdad, ni aún verosímil, que Pilatos manifestase á Cristo sin la caña en sus manos.

12. Mal satisfechos sin embargo los enemigos, y dando grandes voces para que Pilatos mandara crucificar á Jesucristo, condescendió finalmente el inícuo juez, y pronunció contra él la sentencia de muerte. Sobre que nada se ofrece que advertir de particular, sino que en este hecho debe pintarse á Pilatos presidente de Judea, sentado en su tribunal, como expresamente lo advirtió el Evangelista. Era el tribunal una silla, á donde se subia por algunas gradas; á fin de que, el que profería sentencia sobre algun hecho fuera más visto de todos, y se echara más de ver su dignidad. Mas sobre si estando sentado Pilatos en el mismo tribunal, se lavó las manos, lo que refirió san Mateo (3), no lo dice claramente el

(1) Pachec., pag. 538.
(2) Joann., 19, 5.
(3) Matth., 27, 24.

Evangelista, pero se puede colegir con bastante verosimilitud, que sentado en dicha silla y estando ya para pronunciar dicha sentencia de muerte, quiso ostentar él esta ceremonia, que no la habia aprendido de los romanos, sino de los mismos judíos con quienes vivia.

CAPÍTULO XVI

De las pinturas de Cristo Señor nuestro llevando la Cruz á cuestas, y conducido al suplicio.

1. Pronunciada ya contra el Señor la sentencia de muerte, le despojaron los soldados de aquel manto imperial, que por burla le habian puesto, y volvieron á vestirle con sus propias vestiduras. Todo esto lo expresó san Mateo con estas palabras (1): «Y despues que hubieron hecho burla de él, le desnudaron el manto real y le vistieron con sus vestiduras, y lo llevaron para crucificarle.» Y casi con las mismas palabras lo dice san Márcos. Cuáles fuesen las vestiduras de Cristo, bastante lo hemos notado arriba (2). Por lo que no puedo aprobar dos cosas que representan en este paso los pintores. La una es, que frecuentemente le pintan vestido solamente con la túnica, y ésta de color morado, sin embargo de que Cristo no usó de dicho color (principalmente si éste fué supuesto y no natural); aunque, si se quiere pretender que el color oscuro que tenia la lana tiraba á este color, no me opondré á ello con tenacidad. Salió, pues, Jesus del pretorio vestido con tres vestiduras, segun dijimos antes, á saber, con la túnica incosútil, que tal vez era blanca; con la túnica superior, que era del mismo color que el de la

(1) Matth., 27, 31.
(2) Arriba, cap. 9.

capa, y con la misma capa: lo que (como es creible) procurarian los judíos, que eran enemigos malévolos de Jesucristo, para que generalmente todo el pueblo le conociese por el mismo vestido, con el cual pocos dias hacia (esto es, cinco ó seis dias antes) habia entrado en la ciudad de Jerusalen con muchas aclamaciones del pueblo y casi á manera de triunfo. Mas sobre si llevó ó no la corona de espinas cuando iba al lugar del suplicio, no lo dicen los evangelistas: y ha habido un pintor de primera clase (1), que pintó á Cristo en este acto sin dicha corona. Pero la pia y universal sentencia de los autores y la misma costumbre de los pintores, es el pintar á Cristo coronado de espinas llevando la Cruz á cuestas. Lo que tambien se hace verosímil por otra razon; porque el principal delito, que con suma maldad acumularon los judíos á Jesucristo, era el que queria hacerse Rey: en cuya atencion, para hacer burla de esto los soldados, le pusieron sobre su cabeza la corona tejida de espinas: y por tanto es mucho más verosímil que causándole nuevas llagas, se la volvieron á poner entonces para manifestarle al público espectáculo del pueblo. Por lo que, todo persuade al pintor erudito á que siga esta costumbre sin que haya cosa alguna que le precise á apartarse de ella.

2. El evangelista san Juan (2) dice tan clara y expresamente que Cristo llevó sobre sus mismos hombros la cruz en que habia de ser crucificado, que en ningun modo se puede dudar de lo contrario: estas son sus palabras: «Y llevando su cruz, salió á aquel lugar llamado el Calvario.» Un sabio pintor (3), á quien hemos citado muchas veces, es de parecer que se portaron así con el Señor por el singular odio que le tenian; pues no era ni hubo nunca tal costumbre de que esto se practicara con los mismos malhechores. Y para que no parezca que yo quiero fingir algo, hé aquí sus mis-

(1) V. Pacheco, pág. 538.
(2) Joann., 19, 17.
(3) Pacheco, pág. 530.

mas palabras, que he copiado con la mayor fidelidad: «Pues saliendo el Señor.... llevando su cruz; cosa que no se hacía jamás con los malhechores, ni se hizo con los ladrones que le acompañaban, etc.» Pero engáñase: porque no hubo en la antigüedad cosa más usada, que llevar el instrumento en que habian de ser crucificados, los que estaban condenados á muerte de cruz. Artemidoro en su tratado de los sueños, dice (1): «Llevar sobre sí alguno de los dioses infernales, es indicio para el malhechor que lo sueña, de que ha ser crucificado: porque la cruz es semejante á la muerte, y la lleva antes sobre sí el que ha de ser enclavado en ella.» Lo mismo confirma Plutarco, diciendo (2): «Cada malhechor lleva consigo su misma cruz, etc.» Y que esta no solamente fuese costúmbre de los antiguos, sino que aún hoy la observen las naciones del Oriente, puedo producir en su abono á un testigo ocular. Pues el ilustre y bastante conocido viajero de las regiones orientales, refiere haber visto él mismo en la ciudad de Memphis (que los turcos en el dia llaman Cairo) á un reo condenado á aquel género de muerte, muy frecuente entre ellos, que es el que clavando al reo un palo alto y agudo por las partes inferiores, le levantan despues y traspasándole todas las entrañas con el peso de su mismo cuerpo, sale la punta del palo, ya por el hombro, ya por el cuello, y algunas veces por la misma cabeza, muriendo el reo una muerte infeliz. Vió, digo, que al mismo reo, desde el tribunal ó casa del juez hasta el lugar del suplicio, le obligaban con fuerza y á golpes á que llevara y cargara sobre sus hombros el mismo palo que le habian de clavar. Y si alguna vez impaciente lo rehusaba, le forzaban á puñadas y á palos á que lo volviera á tomar. Lo mismo me contó tambien otro testigo ocular de muchísima autoridad, haber visto él mismo durante el sitio de Buda, capital de la Hungría, donde un reo que era de religion, ó mejor diré de impiedad, Calvinista fué condena-

(1) Artemid., l. 2, cap. 41.
(2) Plut. de Tarda numinis vind.

do á este mismo género de muerte y á llevar sobre sus mismos hombros, el palo en que le habian de clavar, por la horrible traicion en que se le habia sorprendido. Para que de aquí se eche de ver, como no sólo se observó antiguamente si tambien en estos últimos tiempos que el reo condenado á padecer muerte de cruz, la llevase él mismo: contra lo que afirmó con sobrada confianza el citado pintor, mostrándose en esta parte menos instruido en los hechos de la antigüedad. Porque, lo que él dice de los ladrones que fueron crucificados juntamente con Cristo, que no llevaron sus cruces, en que habian de ser enclavados, esto no lo prueba con ningun testimonio ni razon alguna, sino que lo supone, llevado de un argumento negativo y tomado del silencio de los evangelistas, los cuales ocupados enteramente en referir y contar los hechos de Jesucristo, no habia para qué se detuvieran en referir otras cosas ajenas y de menor monta: aunque ni del todo se olvidaron de esto, pues afirma san Lúcas (1), que fueron llevados al suplicio aquellos dos ladrones; bien que ni este ni otro evangelista ha dicho que llevaran ellos mismos sus cruces, diciéndonos solamente: «Eran llevados con él otros dos malhechores para ser ajusticiados.» Y así, mientras no pruebe este pintor ú otro más instruido, que los mencionados ladrones no llevaron sobre sus hombros las cruces en que habian de ser crucificados, hemos de estar á lo contrario; y por lo que hace á nuestro propósito, hanse de pintar llevando cada cual de ellos su cruz á cuestas: y (por notar tambien esto de paso) no se han de pintar desnudos, como parece lo han querido algunos, sino vestidos; pues así por lo comun llevaban los reos al suplicio, ni les quitaban sus vestidos sino poco antes de crucificarles, lo que sabiamente como acostumbra, advirtió Lipsio (2), particularmente habiendo cabido la misma suerte á aquellos malhechores que á Jesucristo, á excepcion de muy pocas cosas que voy á no-

(1) Luc., 23, 32.
(2) Lips. de Cruce, c. 7.

tarlas luego. De este modo se cumplió plenísimamente aquel vaticinio predicho muchos siglos antes: «Y fué reputado entre los malhechores (1).

3. Llevó, pues, Cristo Señor nuestro por medio de la ciudad de Jerusalen sin ayuda de nadie la cruz, en la que estuvo pendiente por la salud del género humano. Porque lo que se dice de Simon Cirineo (de quien hablaremos luego) es más probable haber sucedido, cuando ya habia salido ó al salir el Señor las puertas de la ciudad: y el que fatigado Jesus con la carga de la cruz, estando ya por otra parte débil, y teniendo quebrantadas las fuerzas por los muchos y gravísimos tormentos que por espacio de algunas horas había padecido antes, cediese dos ó tres veces al grave peso de ella, y cayese debajo de la misma cruz, es cosa que piamente se cree y de hecho es bastante verosímil. Por lo que, es cosa tambien pia el pintar y representar á la vista este tan grave y acerbo espectáculo con muchos sentimientos de piedad, aunque de esto ni de otras muchas cosas, no nos hayan hecho expresa mencion los evangelistas. Además, el que veamos frecuentemente pintado á alguno de los soldados amenazándole con un palo para que se levante, no es absurdo ni inverosímil, particularmente siendo cierto que los que estaban condenados á muerte de cruz eran llevados muchas veces al suplicio haciéndoles muchas injurias y vejaciones, lo que hacian por lo comun aguijoneándoles. «No tiene duda (dice el erudito autor que acabamos de citar) (2) que le impelieron, le hicieron caer y le levantaron ó por crueldad, ó por burla.» Y lo que él mismo añade es muy digno de que lo pongamos aquí: «Nuestros pintores, dice, ya de antiguo pintan hoy en la orla inferior del vestido de Cristo un género de tablilla, que sembrada de clavos muy agudos, le lastimaba los piés y talones cuando iba andando: ¿acaso quieren ellos aludir á las punzadas que daban al Señor? pero esto lo hacian con otros aguijo-

(1) Isai., 53, 12.
(2) Lips., l. 2. de Cruce, c. 6.

nes largos que traian á este fin y eran de varas muy agudas, ó tambien con puntas de hierro en sus extremidades, tomándolo del modo de aguijonear á los bueyes. Pero si esta no es la mente de los pintores, allá se las hayan: que yo no soy autor ni intérprete de esta invencioncilla. Hasta aquí Lipsio: y yo añado gustoso adhiriendo á él, que realmente este modo de pintar de que él habla, es una invencioncilla falsa y temerariamente imaginada por los pintores: sin embargo confieso no haberla visto nunca.

4. Acerca del mismo Jesucristo cargado ya lastimosa, ó mejor diré, victoriosamente con su cruz, y encaminándose al lugar del suplicio, se refieren algunas cosas de las cuales se hace expresa mencion en el Evangelio, y otras que las ha adoptado una pia y recibida tradicion, lo que dió á entender san Lúcas (1) cuando dijo: «Le seguia una muchedumbre grande de pueblo y mujeres, que se compadecian y lamentaban de él. Pero volviéndose Jesus á ellas, les dijo: Hijas de Jerusalen, no me lloreis á mí, etc.» En pintar este hecho, no tiene ni puede tener embarazo alguno el pintor por referirlo tan clara y expresamente el Evangelista. Y así basta el que se representen las mujeres llorando ó enjugando con pañuelos sus lágrimas. Más dificultad tiene el pintar lo que piamente se cree y afirma como recibido por una constante tradicion; esto es, que la Vírgen Santísima, traspasada de un piadosísimo dolor á la vista de un espectáculo tan triste, salió al encuentro á Jesus, no metida con las demás mujeres de quienes se hace mencion, sino separada de ellas: en que no me parece haya cosa alguna que reprehender, con tal que se ejecute el hecho con el debido decoro y circunspeccion. Pues como despues se nos represente á la misma Señora estando en pié junto á la misma cruz de Cristo Señor nuestro é Hijo suyo, es muy creible, que le fuese siguiendo cuando iba al suplicio, y que le saliese al encuentro, cuando llevaba la cruz á cuestas. Ni se hace menos creible, que

(1) Luc., 23, 27, 28.

del tierno corazon de la Vírgen saldrian y saltarian piadosas lágrimas sin poder del todo reprimirlas. Por lo que, no hay inconveniente en pintar semejante lance, con tal que se guarde, como ya he advertido, la debida circunspeccion y decoro. Porque el representar á la más piadosa de las Madres, como tambien á la más constante de las mujeres, tendidos los brazos, abierta la boca como que está dando grandes voces, arrancándose los cabellos, y de otros modos indecentes; esto no es adornar el hecho como era razon, sino desfigurarlo. Todo lo abrazó muy bien un pio y elegante poeta en un himno antiquísimo, que se canta en el rezo de los Dolores de la Vírgen (1). Mucho menos se la ha de pintar, como que algun soldado la cogiera furiosamente y la echara y derribara en el suelo: pues estas y otras cosas semejantes, lejos de inspirar piedad y devocion (como neciamente les parece á algunos que quieren ser pios, pero no con discrecion) es ligereza; siendo una irreverencia (por no decir algo más acre) el decir semejantes cosas al pueblo, ó el representarlas en las pinturas. Pero el que entre las mujeres de que hace mencion el Evangelista le saliera á Cristo al encuentro una cierta mujer llamada *Verónica*, ó como á otros les parece más verosímil, *Bernice*, que enjugó su rostro con un lienzo en el cual quedó impresa al vivo su efigie, por el sudor como de sangre que salia de su semblante: aunque esto ningun evangelista lo refiere, y (lo que es más) ninguno de los Padres antiguos; ya sin embargo es una cosa recibida: y áun afirman, que la misma imágen se conserva y manifiesta en Roma; ó segun dicen comunmente, se deja ver en nuestra España en Jaen. Por lo que puede sin ninguna nota pintarse dicha Verónica, la que yo conservo pintada en un cuadro no muy moderno, pues segun me han asegurado los peritos, es de Othon Bergamasco, uno de los que salieron de la famosa escuela de Rafael.

---

(1) En el Rezo de la Orden de nuestra Señora de las Mercedes, de que usan los PP. Mercenarios franceses.

5. Llevó, pues, Cristo Señor nuestro, aunque quebrantado por los trabajos y crueles azotes, y fuera de esto, por la vigilia que habia padecido, llevó, digo, su cruz hasta la puerta de la ciudad por donde se iba al Calvario: y en saliendo el Señor por aquella puerta (segun se colige con bastante fundamento del texto del Evangelio que luego alegaremos) quitáronle la cruz de sus hombros, y la cargaron sobre las espaldas de otro: no que hicieran esto movidos de caridad ó amor que tuvieran á Jesucristo; sino, ó ya porque le veian tan débil y tan sin fuerzas, que enteramente no podria llevar más la cruz, y temian que si se le apretaba más, espiraría en sus manos: ó ya, porque querian apresurar más su muerte (segun lo explican diversamente los Santos Padres é intérpretes) instigando los principales de los judíos á los impíos y desapiadados soldados romanos, para que se diera fin á tan funesta tragedia. Hé aquí las palabras del Evangelio (1): «En saliendo, encontraron á un hombre Cirineo llamado Simon: á éste cargaron para que llevara su cruz.» Nuestros pintores por lo comun no pintan de otra manera este hecho, sino representándonos á Cristo llevando su cruz á cuestas, y á Simon Cirineo la extremidad de ellas: lo que atendido el peso de la cruz, no sé si era ayudarle ó impelerle más, y ponerle en mayor riesgo de caer. Pero dejémonos de conjeturas, pues el evangelista san Lúcas nos quita todas las dudas que podia haber, cuando dice (2); «Y llevándolo tomaron á un Simon Cirineo que venia del campo, y pusiéronle encima la cruz, para que la llevara detrás de Jesus. Y así (como juzgan comunmente los Santos Padres é intérpretes que pueden verse en el escritor que muchas veces he citado) (3), habiendo quitado la cruz de los hombros de Cristo, obligaron despues á aquel Simon Cirineo á que la llevara él solo. Los Santos Padres dicen que esto no careció de misterio; entre los

(1) Matt., 27, 32.
(2) Luc., 23, 26.
(3) Mald., in Matth., 27, col. 640.

cuales dice elegantemente san Ambrosio (1): «Buen órden es éste para nuestro aprovechamiento, que primero erigiera Cristo el trofeo de su Cruz, y despues lo entregara á los Mártires para que lo erigieran tambien, etc.» Pero el averiguar y explicar largamente quién fué aquel Simon, si judío ó extranjero, y qué signifique propia y expresamente aquella palabra de que usa el Evangelio *angariaverunt*, que es lo mismo que obligar por precio; es un accesorio, que poco ó nada conduce para mi asunto.

CAPÍTULO XVII

De las pinturas de la crucifixion del Señor, y de las imágenes sagradas del mismo Cristo crucificado.

1. Hemos llegado ya á un campo, por explicarme así, donde áun entre los doctos y eruditos, hay fuertes disputas. Yo que no llevo otras miras sino las de instruir á los pintores cuerdos, escogeré lo más selecto y verosímil. Lo primero que se ofrece, segun refieren san Mateo y san Márcos (2), es que á Jesucristo le dieron á beber vino mirrado, ó como se explicó san Mateo, *mezclado con hiel;* ora fuese esto por constar de ambas cosas la bebida, esto es, de hiel y de mirra, ó porque, lo que es muy amargo, solemos decir que tiene hiel ó que está mezclado con hiel, como lo explicó san Agustin (3). Ahora me acuerdo haber visto pintado en este caso despojado al Señor de sus vestiduras, y sentado sobre una piedra, cosa que no conviene con la verdad del hecho: pues á Cristo le dieron á beber el vino antes de la crucifixion; y era esta una bebida muy distinta de la que refiere san Juan (4) é in-

(1) S. Ambr., l. 10, in Luc.
(2) Matth., 27, 34. Marc. 15, 23.
(3) S. Aug., de Cons. Evang. cap. 11.
(4) Joann., 19, 29. Luc., 23, 36.

sinúa san Lúcas: y aún se la dieron á beber, ó bien los soldados, por costumbre que se observase con los reos condenados á muerte, particularmente de cruz, como lo prueba con muchas razones un autor erudito (1): ó las mujeres que habian seguido á Cristo, movidas del afecto y compasion que le tenian; para que así sintiera poco ó ciertamente mucho menos los horribles tormentos de la cruz. Pues es constante entre los médicos (2), que el vino mezclado con mirra y bebido con alguna demasía, embota los sentidos, de suerte que el que lo bebe siente poco, ó mucho menos, los mayores y más crueles tormentos, segun refieren, y no lo reprueban hombres eruditísimos. Pero las vestiduras no se las quitaban á los reos, ni se las quitaron tampoco á Jesucristo antes de la misma crucifixion, como nadie ignora por poco que esté medianamente instruido. Pero tratemos ya más de cerca la materia.

2. Despojado enteramente el Señor de sus vestiduras, no sin grande ignominia y nuevos dolores, pues es muy verosímil que los impíos soldados se las quitarian con un ímpetu inhumano y casi bárbaro, renovándole en gran manera las llagas que antes le habian hecho, de las cuales como hubiese salido no poca sangre, se habia pegado á sus virginales carnes y á su ropa: despojado, digo, el Señor de sus vestiduras por aquellos verdugos rabiosos, mandáronle tenderse desnudo en el suelo sobre la cruz. Nada rehusó y obedeció con la mayor puntualidad aquel Señor que como inocente cordero fué llevado al matadero, extendiendo al instante sus brazos sobre la Cruz que estaba aparejada. Sigo gustoso este modo de pintar y varias veces he observado que así lo han pintado pintores habilísimos. Porque, aunque no ignoro que estuvo en uso el crucificar á los reos de dos modos: el uno clavándolos primero en la cruz, tendida ésta en tierra y levantándolos despues en alto; y el otro el de cogerles, y clavar-

(1) Ramirez in Pent., cap. 9, pag. 93.
(2) V. Galen., de Simpl. med., l. 15, cap. 19.

les en ella arrimando escaleras, puesta ya en alto y levantada la cruz: y aunque no ignoro tampoco que se inclina á esto último un varon superior á toda alabanza que ha escrito diligentísimamente sobre esta materia (1) yo sin embargo me inclino más á lo primero, así porque esto lo persuade, generalmente hablando, la misma razon (pues como advirtió muy bien el citado autor, era mucho más fácil clavar al reo en la cruz, estando ésta en tierra y el reo boca arriba, que no estando levantada, subir al hombre para crucificarle en ella, balanceando ya á una, ya á otra parte y rehusándolo por lo comun y resistiéndolo el reo); como porque las pinturas que más frecuentemente vemos de este hecho, y la narracion y meditacion que han hecho hombres muy doctos y eruditos dan á entender que realmente pasó de esta manera: lo que es de no poco peso, particularmente teniendo este hecho por sí mismo mucha probabilidad. A que se añade el que en las actas de los santos mártires se describe expresamente de la misma manera. De san Pionio enclavado en la cruz por confesar la fe de Cristo, se leen las siguientes palabras en unas actas antiguas de este mártir: «Despojóse espontáneamente de sus vestidos, y levantando los ojos hácia el cielo y dando gracias á Dios, tendióse él mismo sobre el madero y se entregó al soldado para que le crucificase.» No podia decirse cosa alguna que fuese más clara ni más evidente, á no ser lo que inmediatamente se sigue: «habiéndole pues clavado en el madero, le levantaron en alto.» Acaso se leerán cosas semejantes en otras actas de mártires crucificados, aunque todavía no he logrado verlas. Y finalmente, porque del modo que hemos dicho se hace (segun á mí me parece) más recomendable la paciencia de Cristo Señor nuestro, su mansedumbre y la sumision que tenia á su Eterno Padre, pues parece que se demuestra más el corazon manso y obediente de Jesus en ponerse espontáneamente sobre la cruz, extendiendo él mismo sus brazos para que se

(1) Lips., de Cruce, l. 2, c. 7, pag. 45.

los traspasaran con clavos, que en permitir que los verdugos le llevaran y arrastraran con cuerdas al patíbulo.

3. Pero ó yo me engaño mucho, ó el mismo Cristo dió bastante á entender lo que estamos diciendo. Pues hablando el Señor de su crucifixion (1): «Cuando levantareis en alto (dice) al hijo del hombre, entonces conocereis que soy yo.» Lo mismo repite en otra parte con estas palabras: «Y yo cuando fuere exaltado de la tierra, á todos traeré á mí mismo.» Porque, si bien en ambos lugares puede entenderse sin ningun inconveniente que Cristo fué exaltado en la cruz, aunque se le hubiese clavado en ella estando la cruz en alto; sin embargo se entiende mucho más fácilmente que fué exaltado en ella, si habiendo sido tendido y enclavado antes sobre la tierra, fué despues levantado en alto con la misma cruz y expuesto á la vista de todo el mundo. Con efecto, cuanto puedo yo juzgar sobre este punto me parece mucho más verosímil, que esto quiso significar el Señor cuando dijo: «Y yo si fuere exaltado de la tierra.» Y para que no parezca de algun modo que lo que acabo de decir lo he dicho arbitrariamente, quiero confirmarlo con las palabras del mismo Cristo, el cual hablando con Nicodemus dice (2): «Así como Moisés exaltó la serpiente en el desierto, así conviene que sea exaltado el Hijo del hombre.» Donde ciertamente se compara el Señor con la serpiente de metal que exaltó Moisés en el desierto, como se refiere en los Números (3). Si queremos pues examinar y penetrar bien las palabras del citado lugar, se hará evidente que aquella serpiente de metal que fabricó Moisés, primero fué clavada en un palo ó percha y despues levantada en alto para que todo el pueblo la pudiera ver: y así en aquellas palabras: «Y puso á la serpiente por señal,» se alude evidentemente á la señal ó estandarte, que habiéndolo puesto antes en el palo ó percha cerca de la tierra, lo

(1) Joann., 8, 28, y c. 12, 32.
(2) Ibid., 3, 14.
(3) Num. 21.

levantan despues para que todos lo vean. Sobre lo cual dice varias cosas un grave intérprete y muy perito en la fuerza y energía de las palabras hebreas (1). Parece pues mucho más probable el decir y pintar la crucifixion de Cristo del modo que hemos explicado: de manera que primero fuese clavado el Señor en la cruz sobre la tierra, y despues levantado en alto, ó como dice el mismo Cristo, exaltado, fijada en tierra y apretada fuertemente con cuñas la extremidad de la cruz, para que no pudiera moverse con facilidad.

4. Muchas cosas tengo que advertir á los pintores acerca de la pintura é imágen de Jesucristo crucificado, que es tan frecuente entre cristianos bajo cuyo nombre solo entiendo á los ortodoxos: porque contra aquellos que quieren ser tenidos por cristianos, y no sólo no admiten las venerables imágenes de Cristo, sino que las ensucian y con rabia infernal se enfurecen contra ellas, ¿para què nos hemos de detener en nombrarlos y perder el tiempo en refutar semejantes errores? cuando mucho tiempo ha que esto lo han hecho hombres insignes por su piedad y sabiduría. Jesucristo pues, fué crucificado, despojado de sus vestidos y desnudo, lo que es tan cierto como que es de fe: ni de otra manera nos lo refieren los evangelistas como se echa de ver de sus mismas palabras. San Mateo dice (2): «Despues de haberle crucificado repartieron sus vestiduras echando suertes.» San Márcos: «Y crucificándole repartieron sus vestiduras echando suertes.» Lo mismo dicen san Lúcas y san Juan, como veremos más abajo. Por lo que es poco conforme á la verdad (por no decir nada más) el pintar á Cristo crucificado vestido con una larga túnica, cubierta su cabeza con tiara y con zapatos en los piés: á no ser que esto (lo que tengo por más verosímil) se haya de referir á algun sentido simbólico como es la dignidad del imperio que le cupo en la cruz, segun lo que él mismo habia dicho: «Cuando fuere exaltado en la tierra á todos

(1) Hier. Oleaster, sobre este lugar, in Exp. lit., pag. 500.
(2) Matth., 27, 35. Marc., 15, 24.

traeré á mí mismo.» Y esto mismo se ha de decir tambien de otros mártires que fueron crucificados: estando recibido por ley y por la misma costumbre el clavar á los reos en la cruz, desnudos y en ningun modo vestidos. Y si un autor pío, elocuente y erudito (1), pintó vestidos á los mártires y con los ornamentos que les eran propios ,no lo hizo por pensar que así se habia ejecutado, sino movido de otras razones pias y prudentes que él mismo significó en el prólogo á su obra, donde dice: «En primer lugar, aunque hubo costumbre entre los antiguos de despojar de todos sus vestidos á los que habian de ser crucificados, sin embargo, á mí me ha parecido que debia expresarse el vestido con respecto á las vestiduras propias de cada cual, de su dignidad, de su empleo y de su nacion, y por ser tambien cosa más honesta y majestuosa.

5. Ciertamente debiera esto observarse, particularmente en las mujeres, por el pudor y honestidad, en atencion á las muchas razones que hemos alegado arriba. (lib. 1, cap. 5), tratando de la desnudez de los cuerpos. Mas, sobre si la desnudez del cuerpo de Cristo en la cruz fué total ó no, no hay para qué detenernos en esto con sobrada curiosidad. Bastante hemos dicho sobre esta materia tratando de su flagelacion (2), á donde remito al lector, pues á mí se me hace molesto repetir una cosa muchas veces. Sólo quiero añadir ser cosa vana y ridícula el pintar á Cristo en la cruz con pañetes, aunque un buen autor enseña que Cristo fué crucificado y sepultado con ellos, y refiere haberlo juzgado así otro autor aún más grave y erudito (3). Lo que yo extiendo gustosamente á otro género de vestidura que es más propia de mujeres que de hombres, y que llamamos en castellano enagüillas. Pues todo esto son invencioncillas, que no tanto parece que

(1) P. Barth. Ricci a Castrofidardo, in Procem.

(2) Cap. 15, n. 2.

(3) El Abulense, p. 5, c. 42, apud Joann. Jac., Chiflet, in Crisi Hist. de linteis sepulcr., pag. 197.

proceden de piedad como de ignorancia. Y así, será propio del pintor cuerdo y erudito, poner ó pintar unos pañitos en las partes vergonzosas del sagrado cuerpo, como suelen practicarlo los que no son enteramente rudos é ignorantes en el arte. Y si alguna vez, ó por ostentacion del arte, ó por otro cualquiera motivo (ciertamente poco decente y prudente) algun pintor ó escultor católico ha pintado ó esculpido la imágen de Cristo pendiente de la cruz totalmente desnuda, áun por lo que mira á aquellas partes que el pudor y la honestidad misma exigen que se cubran, nunca deberá imitarlo el pintor ó escultor: antes será mucha prudencia y piedad el echar un velo á semejantes desnudeces, lo que no podrá omitirse sin un género de sacrilegio. Por lo que, no repararé en poner aquí (por contener muy excelente instruccion) lo que nos dejó escrito un autor que he citado muchas veces (1), recomendable por su erudicion y ciencia en el arte de la pintura. Estas son sus palabras: «En el altar del trascoro de san Lorenzo el Real, está un crucifijo de mármol del natural, (de mano de Benbenuto Cellini famoso escultor) que el gran duque de Florencia envió á la magestad de Felipe segundo. El cual vino sin paño y todo perfectamente acabado. Y entrando su Majestad á verlo, y en su seguimiento las dos infantas de Saboya y Flandes con su acompañamiento, antes que llegaran, el Rey (como tan prudente y prevenido), sacó un pañizuelo grande y cubrió las partes que se debian cubrir del santo Cristo, porque sus hijas no se ofendiesen de su indecencia. Y en memoria de tan piadoso hecho, se quedó allí el lenzuelo de su Majestad: aunque adornaron despues el crucifijo con paño mayor. Refiriéronme el caso (concluye el erudito autor) los religiosos, estando mirando yo y los que iban conmigo; año 1611.»

6. Los evangelistas callan enteramente, si estando Cristo pendiente de la cruz, le pusieron aquella corona de espinas, que enfurecidos los soldados le habian puesto antes por

(1) Pacheco, Histor. de la Pint., pag. 622.

burla y escarnio. Sin embargo, una pia creencia y una tradicion, que de algun modo se puede decir que la Iglesia ha recibido, lo afirma y asegura. Ni es de extrañar: porque además de Tertuliano (1), que toca é insinúa esto con bastante claridad cuando dice de Cristo Señor nuestro, que «estando pegado en el travesaño de la cruz y rodeada su cabeza con la corona de espinas, etc.,» además de esto, digo, lo dice clara y expresamente el Papa san Gregorio Magno (2), el cual en las oraciones (si es que son suyas) de la Pasion del Señor, dice así: «Oh Señor Jesucristo, te adoro á tí pendiente de la cruz y llevando la corona de espinas en tu cabeza.» Ni faltan para esto conjeturas y de bastante peso. Porque, como Pilatos hubiese entregado Cristo á los judíos, á fin de crucificarle, por el falso crimen que le habian acumulado de haber afectado el reino de Judea ó de todos los judíos; y no habiendo tampoco nada más que esto en el título que le pusieron en la cruz, y por otra parte no omitiesen nada los judíos de cuanto podia contribuir á deshonrar la persona de Jesucristo, y á hacerle pasar ante el pueblo por el hombre más vil é irrisible; es mucho más probable (por no afirmarlo con más certeza) que fué puesto el Señor y levantado en la cruz con la ignominiosa señal de la corona de espinas. Lo que si bien podria probarlo é ilustrarlo con muchos otros argumentos; con todo me abstengo de referirlos, así por parecerme que esta es una cosa ya comunmente recibida, como porque la confirman varios autores muy graves y pios, que se ocuparon laudablemente en describir con más exactitud la Pasion y Crucifixion de Cristo Señor nuestro.

7. De más importancia es aquella controversia que vemos tratada con mucho esfuerzo, acerca del número de clavos con que fué crucificado el Señor. Pero antes de entrar en esta disputa, en la cual, ayudándome Dios y guiado no por mi propio juicio, sino por el de hombres doctísimos, mani-

(1) Tert., L. contra judæos.
(2) Orat. 2.

festaré con firmísimas razones y argumentos, lo que se ha de afirmar y seguir; será muy del caso saber que no han faltado algunos, los cuales han negado abiertamente ó á lo menos dudado, de si Cristo Señor nuestro fué crucificado con clavos de hierro ó si sólo fué atado con cuerdas en la cruz. Algunos, digo: ¿pero quiénes y cuáles son éstos? ¡Buen Dios! A saber, aquellos que no siendo de la grey de Jesucristo, que le adora crucificado en los altares, sino de la inmunda piara de los herejes, han inventado cosas ridículas y absurdas, pues no hay para ellos cosa alguna tan santa é inviolable, que al punto no la ensucien ó despedacen hedionda é impunemente (1): «¿Quién sabe (dice un predicador hereje) si acaso los judíos ataron á Cristo en la cruz?» Mas, dejando aparte la justísima invectiva que con no menor solidez que elegancia hace contra este impío el autor que acabo de citar; no sólo la autoridad de la tradicion y el unánime consentimiento de los Santos Padres, convence de clarísima falsedad y ridiculez el error y delirio de este hombre mal intencionado; pero, lo que es más, la fe inviolada é incorrupta del texto evangélico disipa y desvanece dicho pensamiento más ligero que el viento y que la niebla. Así lo leemos en el evangelista san Juan, testigo ocular de los hechos y oprobios del Señor, refiriéndonos lo que dijo aquel discípulo incrédulo, que no quiso creer una cosa tan admirable si no la veía con sus propios ojos y la tocaba con sus manos. Estas son sus palabras (2): «Si no viere en sus manos los agujeros de los clavos, y metiere mi dedo en el lugar de los clavos y mi mano en su costado, no creeré.» Lo que es tan claro y evidente que el querer añadir algo sobre lo dicho, sería, si no supérfluo, á lo menos trabajo poco necesario: sólo advertiré de paso la fidelidad con que tratan las palabras del Evangelio, los que á son de trompetas y de otros instrumentos, están voceando no ser

(1) Juan Westfalo en el Serm. de Pas. Domin., 1, apud Prateolum. V. Cornel. Curt. Augustino de Clavis Dominicis. Ant. 1670, p. 9.

(2) Joan. 20, 25.

lícito apartarse en la más mínima cosa de ellas, ni de la Sagrada Escritura. Pero vamos al asunto.

8. La opinion que á lo menos en este tiempo, no se puede negar ser la más recibida, y que además de la costumbre la abrazan clara y expresamente hombres y escritores muy sabios, es que Cristo Señor nuestro fué clavado en la Cruz con sólo tres clavos, del modo que lo vemos frecuentemente en sus imágenes sagradas, así pintadas como esculpidas: de suerte que cada una de las manos fué clavada con distinto clavo, pero ambos piés fueron traspasados con uno solo, aunque más largo y más recio. Todos los autores que son de este parecer, pueden verse en Daniel Mallon, á quien siguen los demás, y particularmente el vulgo de los pintores, los cuales por el mismo hecho lo confirman; de manera que el pintarlo de otro modo lo miran como una cosa no muy sólida y de poco primor, y por tanto la reprueban abiertamente y la desprecian. Mas, por lo que toca á los pintores, cuyo oficio si no va acompañado de mucho discernimiento y juicio, degenera fácilmente en la ligereza y audacia de los que forman de barro las figuras que se les antojan; veremos despues por testimonios fidedignos, quiénes fueron los primeros pintores que se atrevieron á pintar á Jesucristo clavado solamente con tres clavos. Y por lo que respeta á los escritores que se citan, por algunos que alegan los modernos, pios sí, pero no igualmente versados en el conocimiento de la antigüedad, repondremos otros, los cuales (lo diré con su licencia) deben reputarse por testigos más hábiles é idóneos para el caso.

9. Para decir, pues, claramente lo que siento sobre esta materia, digo, que me agrada mucho más la opinion de los que dicen que Cristo Señor nuestro estuvo pendiente en la cruz y crucificado no con tres, sino con cuatro clavos: de suerte que cada una de las manos, y lo mismo cada uno de los piés fué traspasado con su clavo particular. Esta sentencia fundada en claros y expresos testimonios de los Santos Padres, aún de los antiguos, y que la comprueban el dictámen de escritores antiguos y la costumbre recibida de pin-

tores y artífices, no sólo de los griegos y latinos antiguos, sí tambien de los modernos, como separadamente lo examinaremos despues; quiero probarla en primer lugar por la autoridad de la Sagrada Escritura, formando este breve silogismo. Consta por la Sagrada Escritura, así por lo que escribieron los profetas, como por lo que despues nos han dicho los evangelistas, que á Cristo Señor nuestro en su sagrada Pasion no le quebraron ó rompieron ningun hueso: Es así, que si hubiese sido crucificado con solos tres clavos, apenas es creible que no hubiese sucedido lo contrario: Luego es falso que Cristo Señor nuestro fuese clavado no más que con tres clavos. Y no quedando otro modo verosímil de la crucifixion del Señor, se ha de decir absolutamente, que Cristo fué crucificado con cuatro clavos, y no solamente con tres, como dice el vulgo de los pintores. A favor de la primera proposicion de mi raciocinio, que llaman mayor, está bastante claro el evangelista san Juan, testigo ocular de lo que pasó en la Pasion del Señor, el cual dice así (1): «Los judíos, pues (pondré todas sus palabras para que se eche de ver más claramente la fe y consecuencia de la historia) por cuanto era el dia de Parasceves (que era la víspera de la Pascua) para que no quedaran en sábado los cuerpos en la cruz (pues era el grande dia del sábado) rogaron á Pilatos que les diera permiso de quebrarles las piernas, y quitarlos de allí. Vinieron, pues, los soldados y quebraron las piernas del primero, y del otro que fué crucificado con él. Pero llegando á Jesus, como lo vieron ya muerto no le quebraron las piernas, pero uno de los soldados le abrió el costado con una lanza.» Y poco despues: «Sucedió todo esto (añade el mismo Evangelista) en cumplimiento de la Escritura, que dice: No le quebrareis ningun hueso. Y otra Escritura dice: Verán á aquel, al cual traspasaron.» Hasta aquí san Juan, el cual tomó los testimonios que alega del Testamento viejo: el primero del libro del Exodo (2), y

(1) Joann., 19, 31.
(2) Exod., 12, 47. Num., 9, 16. Zach., 12, 10.

el segundo de la profecía de Zacarías. Es, pues, verdaderísima aquella primera proposicion que sentamos arriba, á saber, que á Cristo en su sacratísima Pasion no le rompieron ni quebraron ningun hueso. Y que si Cristo hubiese sido crucificado con sólo tres clavos, debiera haber sucedido lo contrario, se echa de ver bastante por el juicio y razones de los anatómicos y peritos en este arte. Pues en tal caso se nos figuran y describen taladrados ambos santísimos piés con un solo clavo, y que (como era regular) fuera tan largo y grueso que su longitud fuese casi de la medida de pié y medio, para que no sólo pudieran taladrarse ambos piés, si tambien fijarse profundamente en la madera, y áun traspasarla remachando (como probablemente se puede colegir) y doblando su punta por la parte contraria. Debería además ser mucho el grueso que correspondería á la longitud del clavo: y que un clavo de semejante tamaño (que por tanto deberian los verdugos haberlo clavado con mucha furia y violencia) no rompiera ni desmenuzara alguno de sus huesos, es cosa que apenas puede concebirse. Por lo que no pudiéndose admitir esto por ser contra lo que anunciaron los profetas, y contra la verdad del mismo Evangelio; síguese de aquí, que ambos piés de Cristo no fueron taladrados con un mismo clavo. Esta razon mereció el aprecio de un pintor de mucha erudicion y muy perito en su arte: pues dice así (1): «No hay duda sino que tiene suma dificultad (no dando lugar á milagro) clavar un pié sobre otro junto con el madero de la cruz, sin que al romper el clavo con la violencia de los golpes se quiebren los huesos de los piés (siendo de fe lo contrario) y es cosa que á doctísimos hombres de nuestro tiempo les hace no pequeña repugnancia.» Y para que no parezca que este hombre cuerdo y erudito, lo ha dicho sin fundamento, podemos confirmarlo bastante con el juicio de algunos otros.

10. Primeramente, el Reverendísimo P. Fr. Angel Roca

(1) Pacheco, Hist. de la Pint. pág. 605.

de la Orden de san Agustin, que despues fué obispo de Tagaste, en el pequeño Comentario que escribió sobre la partícula de la santa cruz de Cristo que se guarda en el Sagrario Apostólico, dice: «Algunos para encarecer más los dolores de Jesucristo, y manifestar tambien más la crueldad de los judíos, dicen, que parece probable que la crucifixion del Señor se ejecutó con sólo tres clavos: pero estos no advierten que semejante modo no solamente es inepto, sino tambien muy propio para que le hubieran quebrado los huesos: sin embargo que por el Profeta, y por su intérprete san Juan, es manifiesto que á Jesucristo no se le quebró ningun hueso.» La misma sentencia defiende el doctísimo Padre Maestro Fray Vicente Durango de la sagrada Orden de Predicadores, Prior del convento de san Pablo de Sevilla (1), con estas palabras: «Lo otro que me inclina á abrazar esta sentencia, es, el que si hubiesen sido traspasados sus piés, uno sobre otro, el clavo que hubiera traspasado ambos piés debería haber sido muy largo y grueso; y por consiguiente hubiera desgarrado uno y otro pié, rompiendo los huesos, etc.,» lo que prueba elegantemente y lo convence en el mismo lugar. Del mismo dictámen es tambien (omitiendo á otros muchos) un religioso de la Orden del seráfico Padre san Francisco, que por aquellos tiempos vivía en Sevilla, cuyo nombre no he podido averiguar, y dice así: «Que los piés del Señor fuesen traspasados con un solo clavo, del modo que ahora lo vemos representado, moralmente hablando, es imposible, á no ser que recurramos á milagro de que no hay en este caso ninguna necesidad. Porque es imposible (añade en el mismo lugar el autor citado) taladrar ambos piés con un solo clavo, sin romper los huesos del un pié ó de ambos: y no sería verdad lo que nos dijo el Profeta: No le quebrareis ningun hueso.» Esto mismo confirman otros por extenso fundados en dicha razon. Y este modo de pintar vulgarmente los piés de Cristo traspasados con un solo clavo, se convence bastante de falsedad por la misma Sagrada Escritura.

---

(1) V. Pacheco, pág. 631.

11. Añado ahora otra razon sacada del mismo Evangelio, á saber, que Cristo Señor nuestro fué crucificado por cuatro soldados: estas son sus formales palabras (1): «Los soldados, pues, como le hubiesen crucificado, tomaron sus vestiduras (é hicieron cuatro partes, una para cada soldado) y la túnica.» Es, pues, muy conforme á razon y á la verdad, que como fueron cuatro los soldados que crucificaron á Cristo, segun los cuatro miembros que habian de ser crucificados, así fueron tambien no menos de cuatro los clavos con que le clavaron: á saber, uno en cada mano y otro en cada pié. Me era muy fácil probar esto con algunas razones y conjeturas. Pero baste alegar la autoridad de un varon muy grave y de acendrado juicio, el cardenal Toledo, hombre esclarecido por su gran sabiduría, el cual, de haber sido cuatro los soldados que crucificaron á Cristo, infiere sin poner en ello ninguna duda, haber sido absolutamente cuatro los clavos que traspasaron los miembros de Cristo, pues dice así (2): «Me ha parecido no ser una cosa improbable el decir, que la razon por que fueron cuatro (los soldados que crucificaron á Cristo) fué, porque el Señor fué crucificado con cuatro clavos: pues á un tiempo le enclavaban sus manos y piés. Y aunque muchos dicen que los clavos solamente fueron tres, sin embargo yo tengo por más probable que fueron cuatro. Esto parece que da bastante á entender Rufino lib. 1, Hist. cap. 8, y Teodoreto lib. 1, de su Hist. cap. 8, cada uno de los soldados estaba ocupado á un mismo tiempo, etc. «De suerte que á nuestra sentencia, que es la que tenemos por verdadera, se añade este nuevo peso, de decir el Evangelio que fueron cuatro los soldados que crucificaron á Jesucristo.

12. Por lo que, siguen esta misma sentencia, que ya cualquier docto la tendrá por cierta y verdadera, no pocos de los santos Padres. San Cipriano pintándonos á Jesucristo crucificado (3): «Traspasando, dice, los clavos sus sagrados piés.»

---

(1) Joann. 19, 23.
(2) Card. Tolet., in Joann. c. 19, fol. 406.
(3) S. Cypr., Serm. de Pas. Dom.

Sobre cuyas palabras Jacobo Pamelio, esclarecido intérprete de dicho santo, dice: «Fué san Cipriano de opinion, que los piés del Señor fueron traspasados, no con uno, sino con dos clavos.» Y añadiendo algo de suyo el erudito intérprete, prosigue: «Con efecto se confirma esto mismo por algunas pinturas muy antiguas.» El Grande Agustino dice (1): «Los inmaculados piés de Cristo traspasados con crueles clavos,» donde se ve, que el santo habla clarísimamente en plural de los clavos de Cristo que le traspasaron sus piés: y lo mismo confirman otras palabras del mismo santo (2) en que dice; «¡Cómo, oh alma mia, no te traspasa á tí en especial un cuchillo de agudísimo dolor, cuando no tendrias ánimo para ver que se taladraban con clavos los piés y manos de tu Criador!» San Gregorio Turonense exponiendo más claramente que la luz lo que vamos tratando (3): «La razon (dice) por que fueron cuatro los clavos con que fué crucificado el Señor es, porque le clavaron dos en las plantas de sus piés, y dos en sus manos.» Lo mismo afirma un doctor de primera clase, el Romano Pontífice Inocencio III (4), no menos insigne por su piedad que por su sabiduría: «Cuatro (dice) fueron los clavos con que fueron clavadas las manos y los piés.» Omito á otros muchos, que por no hablar tan claramente, y con alguna oscuridad no quiero citarles por testigos. Pero no quiero ni puedo pasar en silencio á dos escritores recomendables por su gran literatura y santidad, que aprueban expresísimamente este modo de pensar, y por tanto el pintarlo de dicha manera. Estos son el Abad Ruperto y el Cardenal Belarmino: el primero exponiendo pia y elegantemente como acostumbra, aquellas palabras de la profecía de Amós: «Ví al Señor que estaba sobre el altar,» explica todo esto diciendo: «Verdaderamente se nos manifiesta con esto una grande

(1) S. Aug., lib. 6 Medit.
(2) Ibid., c. 41.
(3) Greg. Tur., de Gloria Mart., lib. 1, cap. 6.
(4) Innoc. III. Serm. de uno Mart.

vision. Pregunto yo ahora: ¿dónde ó cuándo sucedió una cosa tal, en señal de la cual debiera verse el Señor estando sobre el altar? Y buscando lo dicho en todo el Evangelio, ó en todos los arcanos de la gracia evangélica, nada me ocurre tan grande ni que sea tan evidente, segun la propiedad de esta vision, como la figura y positura de Jesucristo crucificado. Porque puesto el Señor en cruz, y hecho sacrificio por nosotros, estuvo sobre el altar de la cruz en una positura difícil y trabajosa: lo que debemos advertir diligentemente, y nunca debe borrarse de nuestro entendimiento aquel espectáculo. Estaba el Señor pendiente y de piés, enclavadas sus manos en los brazos de la Cruz; y clavados sus piés en aquella peana de madera, tambien con clavos, y á la manera de quien está en pié. Estando de este modo era él mismo la hostia, y la cruz el altar.» He querido poner todas sus palabras, porque nada podia decirse que fuera más verdadero ó más elegante. El segundo, aunque superior en dignidad, y que en materia de erudicion, no hay con quien no pueda compararse, dice (1): «En cuanto á la estructura de la cruz, es comun sentencia de los antiguos, que constó de tres maderos; el uno largo, en el cual estaba tendido el cuerpo del Crucificado: el otro transversal, en el cual se le clavaban las manos: y el tercero fijado en la parte inferior, adonde caían los piés del Crucificado, pero traspasados con clavos para que no pudieran moverse. Así lo enseñan los Padres antiquísimos san Justino y san Ireneo, los cuales indican con bastante claridad, que ambos piés estuvieron sobre una especie de peana ó banquillo, y no uno sobre otro. De que se sigue, que los clavos de Cristo fueron cuatro y no solamente tres, como piensan muchos, que por este motivo pintan crucificado al Señor teniendo el un pié sobre el otro. Pero Gregorio Turonense abiertamente siente lo contrario, cuya sentencia confirman las pinturas antiguas. Yo mismo he visto en la Biblioteca Real de París manuscritos de los Evangelios muy

(1) Belarm., en el Proemio lib. de Septem Christ. Verb.

antiguos, en los cuales se veía frecuentemente la imágen de Cristo crucificado, y siempre con cuatro clavos.» Hasta aquí el cardenal Belarmino.

13. Y así, por cuanto parece que esto mira directamente á nuestro asunto, y para dar la más cabal explicacion de la sagrada imágen del Crucifijo, indagaremos aquí brevemente lo que notaron estos dos gravísimos intérpretes: á saber, que Cristo Señor nuestro fué crucificado de manera que se representaba como que estuviese en pié: lo que sucedió, clavando ambos piés de Cristo sobre un pedazo de madera que le servia de escabel y estaba firmemente unida á la misma cruz, como que estaba clavada con ella. Este modo de crucificar á los hombres así, se usó frecuentemente, como lo han observado autores muy doctos á quienes sigue finalmente, despues de haber examinado mejor este punto, el príncipe de los eruditos Justo Lipsio(1), el cual tiene á la verdad por mucho más probable el que así se practicó en la crucifixion del Señor. Con efecto, segun notó Belarmino, fué de este mismo dictámen el autor antiguo san Ireneo (2), el cual dice: «La figura de la cruz tiene cinco puntas ó extremidades, dos por lo largo, dos por lo ancho y una en medio, donde descansa el Crucificado.» A quien habia precedido san Justino mártir, cuando dijo (3): «Hay en la cruz un madero ó palo recto, cuya parte ó extremo superior se levanta en punta: cuando á este madero se le aplica ó junta otro se manifiestan dos puntas más de una y otra parte, unidas como extremos con la primera. Y el madero que está clavado en medio tambien sobresale formando un género de punta, en la cual descansan y estriban los crucificados.» Pero más claro todavía afirmó despues lo mismo san Gregorio Turonense: «En el tronco levantado (dice este Santo) (4) es manifiesto que abrieron un agujero y en

(1) Just. Lips., en las Not. al lib. 2 de Cruce, cap. 9.
(2) S. Ireneo.
(3) S. Justino, in dialogo.
(4) Greg. Turon., de gloria Mart., cap. 6.

él pusieron una tablilla sobre la cual clavaron las sagradas plantas de Cristo, como si estuviera de piés. Nada podia decirse con más claridad. Y á esta misma sentencia suscribe el papa Inocencio (1), que citamos arriba, diciendo: «Hubo cuatro maderos en la cruz del Señor: el uno derecho, el otro transversal, el pedazo de madera que estaba debajo de los piés, y el del título que estaba arriba. Palabras que confirman clarísimamente nuestra sentencia y lo que hemos dicho de la peana ó tablilla que tenia Cristo debajo de sus piés.

14. Siendo esto así, no tiene que amedrentarnos para hacernos desistir de esta sentencia el ver un grande número de imágenes de Jesucristo crucificado con solos tres clavos, lo que se ha introducido de algunes siglos á esta parte, y cuyo modo de pintar han seguido en todos paises, insignes pintores y escultores. Porque primeramente las venerables imágenes de los siglos mas remotos nos representan lo contrario, no sólo las que hay entre los griegos, los cuales (como son muy tenaces en conservar sus antiguos ritos y costumbres) no ponen en esto la menor duda; si tambien las que vemos entre los latinos, á saber, en Italia, en Alemania, en Flandes, en Francia y en nuestra España: lo que hombres muy doctos que citaré despues han ilustrado con muchos ejemplos. Fuera de que aún hoy, en muchos parajes donde florece la más exacta inquisicion sobre estas cosas, no pintan de otra manera á Jesucristo crucificado, sino del modo que hemos dicho. Con efecto, así lo vemos en muchas imágenes ya pintadas ya esculpidas sútilmente en metal ó en plata, ó trabajadas de marfil ó de otra materia que vemos á menudo y se han hecho de pocos años acá, particularmente en Flandes y en Francia, y acaso en otras regiones donde constantemente se nos representan los piés de Cristo, separado el uno del otro, y afianzado cada uno de ellos en aquel palo ó tablilla y traspasado separadamente con distinto clavo: no habiendo entre ellas otra diferencia sino el que en algunas se representan

(1) Innoc. III. Serm. de uno Mart.

los brazos de Cristo levantados en alto, acaso más de lo que corresponde; y en otros sólo medianamente levantados. Sobre lo cual podrá el pintor erudito juzgar y pintar como mejor le pareciere.

15. Ni importa el que contra lo que hemos dicho hasta aquí, nos quiera objetar alguno. Primeramente, que habiendo tan grande número de imágenes de Jesucristo crucificado, pintadas ó esculpidas con solos tres clavos; parece que lo contrario es querer introducir alguna novedad, por cuyo motivo, cuando no hubiese otro, todo hombre cuerdo debiera no admitir y reprobar semejante modo de pintar. Además, porque si es verdad que Cristo fué crucificado no solamente con tres, sino con cuatro clavos, lo que he probado con tanto peso de razones y autoridades; ciertamente, no se echa de ver el orígen de donde dimanó la costumbre contraria que vemos ya introducida casi en todas partes: sin embargo de que es muy verosímil, que habria alguna causa verdadera ó cuando menos probable, para variar en este punto. Digo, que todo esto no importa. Porque, ó bien parezcan ó sean en realidad estas razones del peso que se quiera, todas ellas se disuelven con mucha facilidad. En cuanto á lo primero, respondo, que el pintar ó representar á Jesucristo del modo que realmente sucedió, esto es, no con tres clavos, sino con cuatro, no es en ninguna manera introducir novedades, sino seguir y anteponer la verdadera y sólida antigüedad y reprobar lo que de nuevo han introducido los que, ó ya llevados de una falsa imaginacion, ó ya de ignorancia, ó lo que es peor, de malicia, representaron á Jesucristo crucificado no más que con tres clavos, como constará más por lo que iremos diciendo despues. Cuanto á lo segundo, afirmo constantemente que el orígen de representar al Señor crucificado con solos tres clavos, ha dimanado no de un solo capítulo. Porque en primer lugar, algunos poco dedicados á inquirir la verdad de los hechos, antes á soltar las riendas á su propia imaginacion y fantasía, pintaron de este modo la crucifixion del Señor, por parecerles (como dicen ellos mismos) más elegante la situacion y positura del cuerpo crucificado: y que el pintarle con

cuatro clavos (que es el verdadero modo de pintarse) pareceria una cosa muy inepta y desairada, donde no podrian ostentarse tanto los primores del arte, como lo vió muy bien el autor (1) que muchas veces hemos citado, alegando al erudito Grethsero. Otros, llevados de algun género de piedad, pero indiscreta, abrazaron semejante modo de pintar, por parecerles más bárbaro y cruel, y por tanto más apto para representar los tormentos de Cristo, y para expresar la fiera crueldad de los judíos, que persuadieron á los soldados lo hiciesen así, como lo vimos antes en el citado Angelo Roca. Otros, sin reflexionar ninguna de estas cosas, se dejaron y se dejan llevar del uso y de la costumbre, como frecuentemente sucede: muy semejantes á aquellos de quienes dice Séneca, que van á algun determinado lugar por donde ven que van los demás, y no por donde se ha de ir; lo que tambien se ha de reducir á ignorancia. Pero lo que es más de extrañar, de suerte que quien lo lea sin saberlo de antemano, se llenará de pasmo y admiracion, es, que no sólo muchos de los autores, sino los primeros en efecto, que representaron á Cristo crucificado con solos tres clavos, fueron los herejes albigenses, los cuales no lo hicieron por ignorancia y mucho menos á impulsos de piedad, sino por malicia y llevados de un indecible odio contra la iglesia católica. Pero (se me dirá) ¿qué testigo produces (pues es preciso que haya alguno y que éste sea famoso) para probar tan grande atentado? Digo, que produzco un testigo el más clásico y calificado que pueda producirse en semejante materia. Este es Lúcas, llamado Tudense ó de Tuy, del Obispado de este nombre, que hay en la provincia de Galicia, varon de mucha piedad y de exquisita erudicion, el cual, vivió en el mismo tiempo que dichos herejes, de quien no es creible que se engañase en una cosa de tanta importancia, ni que quisiese engañar á los demás. Este, pues, omitiendo ahora muchas cosas que no son del presente asunto, dice así: «Pretenden tambien, clavando con un solo clavo

(1) Pacheco, pág. 619.

ambos piés del crucifijo un pié sobre otro, hacer burla y mofa de la Cruz de Cristo, é introduciendo novedades, borrar ó poner en duda la fe de la santísima Cruz y las tradiciones de los Santos Padres.» E interpolando algunas palabras, repite lo mismo, diciendo: «Hicieron entonces los mencionados herejes una cruz, solamente con tres extremos, donde habia la imágen de un crucificado con tres clavos, que tenia el un pié sobre el otro y viniendo los pueblos, adoraban dicha imágen con mucha devocion, en vez de la cruz de Cristo.» Y hablando en otro lugar de los mismos herejes albigenses á quienes llamaban nuevos maniqueos: «Otros (dice) sin tener para ello ninguna autoridad, afirman que Cristo fué crucificado con solos tres clavos, y que la lanza no traspasó su costado derecho, sino el izquierdo.» Hé aquí quiénes y cuales son los autores del modo de pintar á Jesucristo crucificado con solos tres clavos: y hé aquí, en fin, lo que me ha parecido decir suscintamente sobre esta materia controvertida por ambas partes. El que quiera instruirse más plenamente sobre esto, vea á Francisco Pacheco y á Cornelio Curcio de la Orden de san Agustin, provincial de Flandes, que han tratado difusamente este punto: pues yo no puedo detenerme más en esta materia, y me es preciso pasar á otra, advirtiendo antes únicamente al lector, que aunque las imágenes de Jesucristo crucificado con solos tres clavos, contienen error en la historia y descripcion del hecho, como lo he convencido bastantemente; con todo, no deben contarse en la clase de las que dan ocasion á error peligroso, por traer su orígen estas pinturas de los herejes. Pues, aunque esto sucedió en aquellos tiempos, cuando se extendian y propagaban dichas herejías, nadie sigue ahora este modo de pintar con el mal fin que llevaban los referidos herejes, y acaso son pocos los que saben haber dimanado primero de los albigenses esta costumbre, moviéndose únicamente á pintar á Cristo clavado con solos tres clavos, ó por piedad, ó por querer imitar á los demás. Y así, sería de desear que en adelante pintores y escultores formasen las imágenes del Señor puesto en la cruz del modo que hemos explicado. Pero el condenar de error, y particular-

mente de error peligroso las que se han formado hasta aquí con solos tres clavos, ni yo, ni ningun hombre cuerdo podrá atreverse á ello.

16. Establecida ya la crucifixion de Cristo con cuatro clavos, y además aquella tablilla ó escabel debajo de sus piés, conforme me ha parecido más verosímil, sólo me resta advertir á los pintores y escultores de imágenes sagradas, ser una cosa disparatada y que se aparta mucho de la verdad, el pintar á Jesucristo, no sólo en el semblante, sino tambien en lo restante de su cuerpo (segun suelen hacerlo regularmente) como que no le hubiesen maltratado ó atormentado, con un rostro de buenos colores y lleno de carne, y con lo que los pintores llaman *morbidez*, que es cierta blandura y suavidad. Apártese semejante inconsideracion de un ánimo poco reflexivo. Cristo Señor nuestro no estuvo así pendiente de la cruz, como le pintan por lo comun, sino que estuvo pendiente de ella para darnos ejemplo de su amor y paciencia, despedazadas y abiertas sus carnes, y lastimado con heridas, llagas y cardenales: lo que no es menester confirmarlo y manifestarlo ahora á la larga, particularmente si se hace una séria consideracion sobre los muchos y horribles tormentos que padeció el Señor antes de su crucifixion. De propósito paso ahora en silencio algunas cosas que podian ilustrar y hacer esto más patente; pues debe bastarnos el texto y lugar del Profeta evangélico, el cual, por demostrarlo admirablemente, y hacernos en cierto modo una bella pintura de todo el suceso, no haré reparo en poner entero todo el pasaje. Hablando, pues, Isaías de Cristo Señor nuestro con aquella perspicuidad y evidencia, que solamente la ceguera y dureza de corazon de los judíos han podido dejar de conocerla, dice expresamente (1): «No habia en él parecer ni hermosura: vímosle, y no parecia él, tanto que lo deseamos (ó echamos menos) despreciado y desechado entre los hombres, varon de dolores, experimentado en flaqueza: su rostro estaba como

(1) Isai. 53, 2, 3.

escondido y abatido, por lo que no lo estimamos.» A cuyas palabras, aunque de suyo clarísimas y muy oportunas para demostrar é ilustrar lo que tratamos (1), añade: «Verdaderamente llevó él mismo nuestras enfermedades y sufrió nuestros dolores, y le reputamos por leproso y como que Dios el habia herido y abatido.» ¿Dónde están, pues, los que pintan á Jesucristo pendiente de la cruz, de tal forma y con un cuerpo como que no hubiese padecido ninguna grave ó molesta injuria, azotes, golpes, heridas, cardenales, ni otras cosas semejantes? Con efecto, los que meditaron esto más profundamente é hicieron reflexiones más sérias sobre este punto, pintaron de muy diversa manera á Jesucristo crucificado. Nada digo de las imágenes de los primeros siglos que vulgarmente dicen ser de Nicodemus, ni de las demás antiguas así pintadas como esculpidas: una sola cosa no quiero omitir. Fuera de las murallas del lugar de Alba junto al rio Tormes, hay un monasterio que segun dicen, y es constante, fué antiguamente de Padres canónigos Premonstratenses, pero que mucho tiempo hace, es de Padres Gerónimos; entre otras muchas y excelentes imágenes que allí se veneran, hay una de Jesucristo crucificado, de una estatura casi regular y labrada con mucho primor, la cual, no sólo nos representa al Señor abiertas sus llagas, su sangre como que va corriendo, la crueldad de los azotes, descarnadas las rodillas y otras cosas á este tenor; sino tambien las heridas y cardenales de los golpes en todo su cuerpo: de suerte, que á los que la miran, no sólo les mueve á afectos piadosos, si que tambien les llena de un santo horror, pasmo y estupor. Este es el modelo que desearia yo siguiese todo pintor y escultor cristiano, cuando se propone representar al vivo la imágen de Cristo crucificado.

(1) Isai., v. 4.

CAPÍTULO XVIII

Sobre otros errores que se echan de ver con bastante frecuencia acerca de la crucifixion de Cristo Señor nuestro.

1. Nada hay más comun entre los pintores y escultores cristianos y católicos que representar la imágen de Jesucristo crucificado, ó ya pintándole solo, ó acompañándole y añadiéndole otras cosas. Por lo que no ha de parecer importuno ó molesto, el detenerme algun tanto en alegar algunos testimonios que no serán fuera de propósito para este asunto. Primeramente, no faltan quienes pintan la cruz de Cristo, no de dos maderos que mútuamente se partan ó se crucen, sino de dos maderos sí, pero en tal conformidad que el uno esté sobre el otro, sin que la punta ó cabeza de éste sobresalga, á la manera que los griegos y latinos pintan la letra T, cuyas pinturas vemos algunas veces: y yo mismo entre las pocas cosas de esta especie que poseo, tengo una pintura algo antigua, de la que hice antes mencion (1), la cual está enteramente pintada de este modo, y en ella se representa á Cristo llevando su cruz. Dicen, pues, los que siguen este modo de pintar, ó por mejor decir, los que en cierta manera dieron documentos á los pintores para que la pintaran así, que la cruz donde Cristo padeció su muerte y en la que venció á la misma muerte, estaba fabricada en forma de la letra T; y por tanto que no constaba de dos maderos que se partieran ó cruzaran entre sí, sino de dos del modo que hemos explicado. Y si algo sobresalía arriba, que esto no era parte de la cruz, sino que hacia relacion al título que expresamente dicen los Evangelios haberse colocado sobre la cabeza de Jesucristo. En abono y para mayor confirmacion de esta opi-

(1) Cap., 16, n. 4.

nion, se valen ó parece pueden valerse de lo que se dice claramente en la profecía de Ezequiel (1): «Pon la señal de la letra *thau* sobre las frentes de los varones que gimen y se duelen de ver todas las abominaciones, etc.» Y que esta señal no fué otra que la de la cruz, lo dicen unánimemente todos los Santos Padres é intérpretes á quienes habia precedido el Doctor Máximo san Gerónimo que en la explicacion de este lugar, dice (2): «En las antiguas letras hebreas, de que hoy usan los samaritanos, la última letra que es la *thau*, tiene forma de cruz.

2. Pero es mucho más probable, y (segun á mí me parece) es lo verdadero, que la cruz del Señor fué formada de dos maderos que se cortaban ó dividian entre sí, de suerte que las extremidades de ella fuesen no solamente tres sino cuatro: lo que no sucedió sin misterio. Porque las cuatro extremidades ó puntos de la Cruz del Señor, parece significan, que Jesucristo limpió y redimió con su Cruz el orbe entero por todas cuatro partes en que termina; y como habla san Agustin (3), que á todas las sujetó y subyugó. Este es el sentir de ese gran Padre, explicando aquel lugar del Apóstol (4), en que habla de la anchura, longitud, elevacion y profundidad de la santa Cruz, y en el mismo sentido lo explicó tambien el Doctor angélico. Quien quiera saber más sobre esto, vea al erudito Lipsio (5), el cual, como acostumbra, no tanto recogió sino que eligió los testimonios más oportunos para ilustrar esta materia; pues yo no gusto (como he dicho otras veces) robar escritos ajenos y con sus trabajos, llenar y amontonar citas en las márgenes de mi obra.

3. Mas sea así, dirá alguno: haya sido enhorabuena la

(1) Ezech., 9, 4.
(2) San Ger., sobre este lugar.
(3) S. August., in Psalm. 103.
(4) Eph., 3.
(5) Lips., lib. 1 de Cruce.

cruz de Cristo en que libertó al linaje humano, figurada del modo que hemos dicho: pero no es dudable que la de los ladrones que fueron crucificados juntamente con él tuvieron otra figura, pues vemos que cualesquiera de los pintores cristianos las pintan muy amenudo en forma de la letra T. No tiene duda que es así, digo yo: pero no es como debiera ser, ni conforme á la fe de la historia ni á la razon. Muévome á decir esto por la famosa y célebre historia recibida muchos tiempos hace en la Iglesia de la invencion de la Santa Cruz, pues aunque de esto nos haya dicho Eusebio (sobre que hacen alto, más de lo que debieran, los innovadores y herejes, pareciéndoles que ellos solos son hombres, cuando comparados con otros más doctos, parecen menos que niños): sin embargo han hecho mencion de este caso prodigioso autores muy graves, como Sozomeno, Sócrates, Teodoreto, Rufino, y lo que es más, san Ambrosio. En esta historia se refiere; pero usemos de las mismas palabras que ha aprobado y recibido ya la Iglesia en dicha solemnidad, que dicen así: «Por lo que, habiéndose hecho una profunda excavacion en el lugar donde estaba la santa cruz, se encontraron allí tres cruces, y separado de ellas el título de la cruz del Señor; el cual, como no pudiera distinguirse á cuál de ellas habia sido clavado, quitó la duda un milagro. Porque como Macario Obispo de Jerusalen hubiese hecho oracion á Dios, aplicó cada una de ellas á una mujer gravemente enferma; y no habiendo experimentado ningun alivio en las dos primeras, como tocase despues la tercera, quedó de repente sana.» Esto supuesto, y sentado, con facilidad y nervio podrá cualquiera argüir á favor de nuestra opinion. Porque si la cruz de Cristo era de la forma y figura conforme la hemos representado; y la de los ladrones y malhechores tenia otra diversa, á saber, como la letra *Tau*, cosa que á mi parecer, no podian ignorarla los cristianos antiguos, como la sabrian por una especie de tradicion; habia una señal bastante conocida, y áun evidente para conocer y distinguir con la mayor facilidad la cruz del Señor de las otras dos. Esto no fué así, pues habiendo duda sobre cuál de ellas era la de Cristo, fué menester un mi-

lagro para distinguir la venerable cruz del Señor de las de los ladrones. Luego infiérese claramente de aquí, que los tres patíbulos eran muy parecidos y enteramente semejantes. Y así, habiendo afirmado con graves conjeturas, que la cruz de Cristo estaba compuesta de dos maderos que se cortaban mútuamente entre sí, es consiguiente que las cruces de los ladrones tuviesen la misma forma y figura, ó que, así la cruz de Cristo como las de los ladrones tuviesen todas la figura de la letra T, lo que hemos reprobado ya, ni lo aprueba tampoco el sentimiento comun de los pintores.

4. De lo dicho, segun me parece, se infiere tambien con bastante claridad que los ladrones fueron traspasados con clavos en sus patíbulos, y no solamente atados y apretados en ellos sus brazos y piernas con cuerdas, como nos lo representan algunas imágenes trabajadas por artífices peritísimos en el arte de la pintura y escultura, los cuales ciertamente no son del vulgo. Pues, si Jesucristo fué traspasado con clavos en la cruz, y en efecto con cuatro clavos, como largamente hemos probado; esto sólo, áun cuando faltaran otras pruebas, era una señal evidente para conocer y distinguir la cruz del Salvador de las demás: pues sólo en ésta hubieran permanecido los agujeros de los clavos y las señales de barrenos; no en las otras en las cuales no habian de ser traspasados con clavos los miembros de los condenados, sino sólo apretados con correas y cuerdas. ¿Pero para que son menester tantas pruebas? Es cierto, y de fe, que Jesucristo, de quien absoluta y unánimemente refieren los evangelistas que le crucificaron, fué puesto y clavado en la cruz, no con cuerdas, sino con clavos, como lo hemos probado antes y lo hicimos ver con evidencia: Es así, que del mismo modo se habla de aquellos malhechores que el Señor tuvo por compañeros de su suplicio, y que del mismo modo se lee y afirma de ellos que fueron crucificados; pues dice san Mateo (1): «Entonces fueron crucificados con él dos ladrones;» y san Már-

(1) Matth., 27, 38. Marc., 15, 27.

cos: «Y juntamente crucifican con él á dos ladrones,» y lo mismo leemos en los demás evangelistas. Luego en cuanto á ser crucificados con clavos los ladrones, el mismo juicio hemos de hacer de ellos que de Jesucristo: pues, á más de lo dicho lo enseñan claramente los Santos Padres. San Agustin, hablando del buen ladron, dice (1): «El cual tenia en sí mismo traspasados sus miembros con clavos, pero no tenia enfermo su entendimiento, ni traspasados sus sentidos.» San Juan Crisóstomo (2), hablando del mismo, dice: «¿Quién podrá dejar de admirar que atado con clavos, estuviese velando con sana mente?» Finalmente san Gregorio Magno, tratando el mismo asunto (3): «En la cruz (dice) los clavos ataron sus manos y piés (del buen ladron) y no quedó en él cosa que no ocuparan sus penas sino el corazon y la lengua.» Estas y otras cosas que podría traer aquí son tan claras, que el insigne Abulense notó muy bien que la costumbre de pintar atados y no crucificados á los ladrones, procedió de la indiscreta devocion de algunos, como lo observó un doctor digno de que se le nombre siempre con elogio (4).

5. Ni debe hacernos fuerza (pues temo que algunos querrán poner semejantes reparillos) el que Cristo Señor nuestro, como que tenia atravesadas sus manos y piés con cuatro clavos y que estaba destituido de fuerzas por la mucha sangre que habia derramado, muriese más presto que aquellos malhechores; los cuales, para que acabasen de morir y se quitaran sus cuerpos de los patíbulos, fué menester que los verdugos les quebraran las piernas: lo que largamente refiere el Evangelista; y para que á alguno menos versado en la leccion de la Sagrada Escritura no le parezca que esto lo afirmo yo sin fundamento, pongo aquí las mismas palabras de san Juan (5): «Los judíos, pues, por cuanto era el dia de

(1) S. Aug. Serm. 130, de Temp.
(2) Chrys., hom. 1, de Cruce, et Latron.
(3) Moral., lib. 18, c. 23.
(4) Suarez tom. 2, in 3, p. q. 46, art. 11.
(5) Joann., 19, 31, etc.

Parasceves (que era la víspera de la Pascua) para que no quedaran en sábado los cuerpos en la cruz... rogaron á Pilatos que les diera permiso de quebrarles las piernas, y quitarlos de allí. Vinieron, pues, los soldados, y quebraron las piernas del primero, y del otro que fué crucificado con él. Pero llegando á Jesus, como lo vieron muerto, no le quebraron las piernas, etc.» De que parece se infiere, que los ladrones no padecieron en la cruz tan crueles suplicios ni dolores tan extremadamente acerbos, como es regular los padezcan aquellos que tienen la desgracia de que se les taladren sus manos y piés, y son clavados en la cruz. Señal de esto es, el que habiendo ya muerto Jesucristo, quedaban ellos aún vivos: y así, para que murieran, les pareció necesario el romperles las piernas. Esta ilacion, aunque parece que hace alguna dificultad, pero es muy débil y flaca: y de consiguiente falso que los ladrones que fueron crucificados juntamente con Cristo no fuesen traspasados con clavos, sino sólo, como vulgarmente los pintan, atados con cuerdas en la cruz sus brazos y piernas. Porque Cristo Señor nuestro padeció sin duda tormentos más graves y más crueles que ellos; por lo que no es de extrañar que muriera más presto: así, porque en toda la noche anterior, y en todo el dia antes de su crucifixion, habia padecido otros muchos gravísimos y dolorosísimos tormentos de los inícuos jueces, de los viles ministros y de los inhumanos verdugos; como porque su cuerpo era de temperamento y complexion más delicada, como lo notan comunmente los escritores y Santos Padres, á quienes sigue un autor nada vulgar, que escribió un libro entero sobre esta materia (1). Y finalmente porque nadie debe extrañar que aquel Señor que habia venido para redimir al mundo, y que padeció libremente por nosotros muerte de cruz, y por tanto verdaderamente habia dicho de sí mismo (2): «Nadie me quita la vida, sino que muero por mi propia voluntad,» muriese algun tiempo antes,

(1) Vicente Moles.
(2) Joann., 10, 18.

pues que en sufrir la muerte padeció lo que quiso. Por lo cual, quede ya establecido firmemente, que así Cristo Señor nuestro, como los que padecieron con él el mismo género de muerte, fueron traspasados con clavos en las cruces, y que éstas fueron semejantes entre sí, de suerte que no podian distinguirse con facilidad la una de la otra: lo que cuadra mucho con el cumplimiento de aquella Profecía, en la que se habia dicho mucho antes (1): «Y fué reputado como los malhechores.»

6. Lo que es muy ridículo es lo que yo he observado alguna vez contemplando una pintura que parecia de buen pincel. En ella se veía pintado á Jesucristo con un lienzo que tapaba aquellas partes que el pudor y la decencia prohiben descubrir: por el contrario los ladrones estaban totalmente desnudos, aunque con no poco artificio, pues no se representaban á la vista dichas partes. Pero esto, como digo, á mí por lo menos me parece una cosa necia y ridícula. Porque en cuanto á la verdad del hecho, no menos Cristo que sus compañeros en el suplicio, fueron expuestos totalmente desnudos: y por lo que toca al escándalo que podria ocasionar esto á los ojos, ninguno de ellos debe pintarse de aquel modo indecoroso é indecente: aunque no se puede negar que este modo deshonesto de pintar, en Cristo Señor nuestro por su excelencia y majestad se ha de mirar como una cosa mucho más indigna. Pero antes de pasar adelante, me parece muy del caso advertir aquí, de qué manera ó en qué positura se ha de pintar el cuerpo de Cristo crucificado. Pues supuesta la sentencia mucho más probable, ó la que absolutamente es la verdadera, de que Jesucristo fué crucificado con cuatro clavos, y que el Señor tenia en la cruz debajo de sus piés aquella tablilla de que hablamos antes; he advertido algunas veces, que de dos maneras nos lo ponen á la vista los pintores. El uno, representándonos enteramente tendidos los brazos cuanto se puede (pues de esto se duda en

(1) Isai., 53, 12. Marc., 15, 28.

especial) sobre los ángulos rectos de la cruz; y el otro largando y extendiendo extrañamente sobre la cabeza los brazos y las manos, cuyo modo de pintar han seguido dos insignes flamencos Wandik y Rubens. Pero yo que en estas cosas como en otras muchas jamás he gustado de extremos, y en especial cuando son sobradamente afectados, aconsejaría al pintor erudito que tuviera presente aquel sabio aviso (1): «Medio tutissimus ibis.» Esto es lo que pide en la presente materia la razon natural, á saber, que ni los brazos estén enteramente rectos y derechos sino algo inclinados; ni que estén tampoco tan levantados en alto que parezca se le habian de abrir y romper las manos con el peso y gravedad de su cuerpo.

7. Más cuando se pinta la imágen del Señor (por no omitir esto) añadiendo para adorno de la pintura á la ciudad de Jerusalen, se ha de pintar á Jesucristo, no de cara á la ciudad sino de espaldas á ella, como en efecto fué así, segun nos lo enseñan, atendida la topografía de aquel lugar, los que con más exactitud han visto y recorrido aquellos lugares. Lo que no careció de misterio: pues con bastante claridad predijeron los profetas que sucedería esto en señal de la reprobacion de aquel pueblo rebelde; como es, por ejemplo, lo de Jeremías (2): «He dejado mi casa, he desamparado mi heredad;» y aquello del mismo profeta: «Les manifestaré las espaldas y no mi rostro en el dia de su perdicion.» Y así cuando en una tabla ó pintura se representa á Cristo y á la ciudad de Jerusalen, se ha de pintar al Señor vuelto de espaldas á la ciudad y al Oriente, y mirando hácia el Occidente: y por consiguiente teniendo el Norte á la derecha y á la izquierda el Mediodía. Ni esto, que acaso parecerán menudencias, son cosas que yo haya fingido: pues las han enseñado autores antiguos y dignos de toda fe (3), Sedulio el

(1) Ovid., lib. 2 Metam.
(2) Jerem., 12, 7: Ibid., 18, 17.
(3) Sedul., lib. 4, Beda, 3, c. 93. Dam., de Fid. Ortodox., 4, c. 13.

venerable Beda y san Juan Damasceno. Y por tanto lo deben imitar en cuanto puedan, los artífices peritos y amantes de la verdad.

8. Y como, segun la diversidad de los tiempos y los varios y piadosos afectos de los que meditan, se nos representa á Cristo Señor nuestro, ya vivo, ya pendiente de la cruz y puesto en aquella indecible agonía, ó ya difunto y habiendo ya entregado su espíritu en manos de su Eterno Padre; se echa de ver bastante lo que deberá observar el pintor cuerdo en cada una de estas representaciones. Por esto, como el Señor no recibió sino despues de muerto la herida del costado que un soldado le traspasó con una lanza, conforme consta manifiestamente del Evangelio, no se le pinta dicha herida ni debe pintarse cuando se nos representa á Cristo todavía vivo y sufriendo los terribles dolores de la cruz. Pero cuando se pinta ya muerto, é inclinada sobre el pecho su cabeza, conviene que se pinte y represente entonces dicha llaga. Porque, si bien entre el tiempo que espiró el Señor y aquel en que fué traspasado con la lanza su sacratísimo costado, medió no corto espacio, como podría probarse evidentemente por las narraciones del Evangelio, sin embargo es cosa desacostumbrada y casi nunca vista el pintar á Cristo sin dicha herida cuando se le representa ya muerto en la cruz: y además es esta una cosa que inspira en gran manera piedad y excita á devocion. Mas sobre cuál de los costados fué traspasado con la lanza, y por consiguiente cuál de los dos debe pintarse con dicha herida, si el derecho ó el izquierdo, no es esta una cosa del toda cierta y que esté fuera de duda. Algunos defienden con el mayor empeño que el costado izquierdo fué donde hirieron á Jesucristo: lo que á su parecer se prueba con bastante eficacia de que, cuando un hombre se pone frente por frente de otro, la mano derecha del uno corresponde á la mano izquierda del otro; y al contrario la izquierda á la derecha. Por lo que, sobre el mismo asunto, cuando uno se halla con otro en algun desafio, el hombro derecho, el costado derecho y la mano derecha naturalmente es llevada contra el hombro y costado izquierdo del otro; y por consiguien-

te hiere al otro en el costado izquierdo. Perece pues, regular que el soldado que hirió con su derecha el sagrado cuerpo de Cristo le traspasase el costado izquierdo y no el derecho. Esto lo confirman con lo que obró Dios con el Seráfico Padre san Francisco cuando por medio de un serafin le imprimió sus llagas, como lo refiere san Buenaventura, pues entonces apareció hermoseado con la llaga el costado derecho de san Francisco y no el izquierdo: estas son sus palabras (1): «Luego se aparecieron en sus manos y piés las señales de los clavos, manifestándose las cabezas de ellos en la parte inferior de las manos y en la superior de los pies y sus puntas por la contraria.» Advierta aquí de paso el pio y erudito lector, otro lugar bastante claro y elegante para afirmar que Jesucristo antes fué crucificado con cuatro clavos que con tres. Porque á no haber sido así, no hubiera el santísimo y seráfico Padre manifestado en ambos piés, sino solo en uno, la cabeza del clavo que los traspasaba, á fin de manifestar más al vivo la imágen de Cristo crucificado. Pero vamos al asunto. «Tambien su costado derecho» (prosigue el Doctor seráfico como traspasado por una lanza estaba cerrado con una cicatriz encarnada, y derramando algunas veces sangre, teñia con ella la túnica y los pañetes.» Esto supuesto arguyen así: Aquel Serafin que imprimió las sagradas llagas á san Francisco tenia la figura y efigie de Cristo, como es evidente: Luego habiéndose aparecido cara á cara á san Francisco, y habiéndole herido derechamente el costado derecho y no el izquierdo, es señal que dicho Serafin llevaba la herida en el costado izquierdo. De que se sigue que lo mismo sucedió con Jesucristo; y consiguientemente, que así debe pintarse, esto es, ostentando aquella sagrada herida en el costado izquierdo y no en el derecho.

9. Pero yo que, soy de parecer de no apartarnos fácilmente de las cosas y costumbres que están ya recibidas, pienso de muy distinta manera, y afirmo que el Señor recibió aquella

(1) S. Bonav. in legenda S. Franc., c. 13.

herida tan admirable, no en el costado izquierdo sino en el derecho; y por tanto que debe pintarse traspasado éste y no aquél: aunque tal vez es verdad lo que piamente meditan algunos que la punta de la lanza penetró algun tanto el costado opuesto. Muéveme á sentir así, el uso invariable de las imágenes y de los pintores, los cuales, sino me engaño, siempre ó casi siempre (pues no me atrevo á hablar tan confiadamente) lo representan de esta manera. Ni convencen lo contrario las objeciones que antes hemos puesto. Confieso por lo que toca á lo primero que cuando uno pelea con otro en un desafio, su mano derecha se dirige contra el costado izquierdo del otro; pero digo que esto sucede así, por estar ellos entonces cara á cara y frente por frente: porque de otra suerte, si uno embiste á otro por el costado derecho, nada impide que le hiera en el mismo costado; y áun es forzoso que suceda así, como se hará evidente á cualquiera que haga reflexion sobre el caso. De que se infiere que si el soldado que vibró la lanza (ora anduviese montado á caballo, como frecuentemente le pintan, ora estuviese en pié, pues sobre esto nada define el Evangelista) acometió el costado derecho de Cristo, era preciso que traspasara aquel costado, y no el izquierdo. La segunda razon, si bien se examina nos es más favorable que contraria. Porque queriendo el amantísimo Jesus transformar en alguna manera á su amado siervo, en la figura é imágen del Crucifijo, de tal suerte dispuso y ordenó el hecho, que aquel Serafin que le habia de imprimir las llagas, llevaba en su costado izquierdo la llaga ó aquel rayo con que habia de imprimir la herida del costado en la carne del glorioso san Francisco: para que llegando de este modo á tocar su costado derecho, en la parte en que debia estar, imprimiese allí como una cicatriz que habia abierto la lanza: a la manera que un sello ó una lámina de metal, que se ha de imprimir sobre cera ó en una carta, lo que en ésta ó en la cera se debe representar á la derecha, lo vemos antes en el sello ó en la lámina á la izquierda.

10. Pero volvamos á los ladrones que fueron crucificados con el Señor. Con efecto, constando dos cosas por la fe; la

primera, que éstos fueron crucificados de suerte que el uno estaba á la derecha y el otro á la izquierda de Cristo Señor nuestro, como consta clarísimamente de los evangelistas; la segunda, que el uno de ellos, con los auxilios de la gracia divina é inefable, se hizo de repente predicadar de Cristo, santo y confesor de su divinidad, permaneciendo su compañero en la obstinacion; es debido que á aquél se le pinte al lado derecho y vuelto el semblante hácia Cristo; y á éste, á saber al malo el cual como imágen que era del pueblo judáico «persevera ladron hasta el fin (1),» se le coloque al lado izquierdo y vuelto su semblante feroz á la otra parte. Pero á ninguno de ellos, cuando les pintan todavía vivos, como frecuentemente lo hacen, se les ha de pintar quebradas con un palo las piernas no habiendo acontecido esto hasta el fin de la muerte de los dos: para que con este nuevo tormento ciertamente cruel, vencidos por el dolor é inhumanidad, acabaran luego sus vidas. Y lo que he dicho poco ha sobre poner al buen ladron á la derecha de Cristo y al malo á la izquierda, aunque no han faltado quienes han pretendido haber sucedido enteramente lo contrario (que no hay opinion alguna por absurda que sea, que carezca de patronos) me parece del caso hacer ver que dicho modo de sentir no está fundado en meras conjeturas, sino tambien en testimonios de los Padres antiguos. Pues callando ahora lo que dicen otros, así lo enseñaron expresamente san Agustin y san Leon Magno (2). El primero dice: «La misma cruz, si se considera bien, fué el tribunal: porque puesto en medio del Juez, el ladron que creyó quedó absuelto; el que insultó, salió condenado. No habrá pues medio. Fué el uno semejante á los que estarán á la izquierda, y el otro á los que estarán á la derecha. Y san Leon Magno confirma lo mismo con estas palabras (3): Jesucristo Hijo de Dios, fué clavado en la cruz que él mismo ha-

(1) S. Chrys., hom. 2 de Cruce, et latrone.
(2) S. Aug., in c. 7. Joann., tract. 31, tom. 9.
(3) Leo Magn., Serm. 4 de Pas. Dom.

bia llevado, y junto con él fueron crucificados dos ladrones, uno á su derecha y otro á su izquierda: para que en la misma forma del patíbulo, se manifestase aquella separacion de todos los hombres, que hará él mismo en el dia del juicio expresando la fe del ladron que creyó la figura de los que se salvarán; y la impiedad del que blasfemaba, los que se condenarán.» Hasta aquí san Leon: para que sólo de este lugar se eche de ver que el despreciar estas cosas, aunque parezcan menudencias, si no es una cosa impía, es á lo menos cosa propia de ignorantes.

11. Más extrañeza causaría el ver la imágen de la Vírgen Santísima que estaba en pié junto á la cruz de Jesucristo su Hijo, como nos lo dice el Evangelio de san Juan, si de antemano hombres gravísimos y doctísimos, con mucho peso de razon y autoridades de los Santos Padres no hubieran destruido la opinion de algunos que pintaban á la sacratísima Vírgen (como yo he observado más de una vez en pinturas antiguas) no estando en pié junto á la cruz como convenia, sino postrada en el suelo padeciendo deliquios y desmayos, y casi sin sentidos, midiendo el hecho por su antojo y segun su propia debilidad y flaqueza, no por el valor y constancia de tan gran Vírgen. Confieso que ya rara vez vemos esto en las imágenes y pinturas de Cristo crucificado: pero lo que acaso es peor, se oyen algunas veces predicadores, los cuales teniendo celo, pero un celo que como dice el Apóstol no es arreglado á la ciencia, predican ignorantemente al pueblo estas ú otras cosas semejantes: sin embargo de que todo lo dicho, por no decir otra cosa peor, son boberías y hablillas de viejas, que antiguamente habian cundido tanto, que un hombre de mucho juicio y gran teólogo (1) se vió precisado á escribir un librito para refutarlo, y con mucha razon. Porque ya mucho antes habian reprehendido este modo de pensar ó de errar los Santos Padres. San Ambrosio dice (2): «Pero

(1) Cayet., Opusc. de Spas. B. V., tom. 2.

(2) Ambros., Epist. 82, de Instit. Virg. c. 7, et Orat. in funere Valent.

María, portándose con no menor fortaleza que la que correspondia á la Madre de Jesucristo, por más que huyeron los apóstoles, ella estaba en pié ante la cruz, mirando con piadosos ojos las llagas de su Hijo.» Lo mismo afirma en otros lugares. Y san Anselmo, dovoto contemplador de la piedad y ternura de la Vírgen, habla así de dicha Señora: «Entre tantas angustias como padecía su Hijo, ella sola estaba en pié y constantemente firme en la fe. Estaba, digo, en pié con mucho decoro, y conforme á su pureza virginal. No se arañaba en medio de tantas amarguras, no maldecía, no murmuraba ni pedía á Dios venganza de los enemigos; sino que estaba en pié guardando su decoro y modestia, y mostrando que era Vírgen pacientísima, llena de lágrimas y sumergida en dolores.» Finalmente, omitiendo á los demás, san Antonino, varon esclarecido por su piedad y sabiduría, dice (1): «Estaba (la Vírgen) en pié, vergonzosa, modesta, llena de lágrimas y sumergida en dolores, pero con tal conformidad en la voluntad de Dios, que (como dice san Anselmo) si hubiese convenido para cumplimiento de la divina voluntad, ella misma hubiera puesto en cruz y ofrecido á su Hijo: pues no fué menos obediente que Abrahan.»

12. A estos Santos Padres que he citado, podria añadir muchos varones católicos que han trabajado grandemente en favor de la Iglesia, sino fuera esta una cosa muy notoria entre los hombres sabios y pios. Sin embargo, no puedo menos de poner aquí las palabras de un erudito escritor (2), que dice así: «¿Quién podrá sufrir la, casi diria, impiedad de los pintores ó de algunos hombres mal intencionados que nos representan haberse arrancado la Vírgen los cabellos, afeado el semblante, golpeado el pecho, haber caido en tierra y padecido deliquio; de suerte, que faltándole sólo el espirar, nos la pintan sostenida en brazos ajenos como otra cualquiera madre del vulgo?» Por lo que, si se objetan en

(1) 4. q. Theol., t. 15, c. 41, § 1.
(2) Matth., Calen. in Catec. 17, apud Molan., l. 4, c. 8.

contrario algunos testimonios de Santos Padres ó doctores pios, ó bien se han de interpretar en un sentido pio, ó por lo menos no se ha de cuidar mucho de ellos, sino omitirlos con prudencia: por no ser dichos Padres, si es que hay algunos, de mucha antigüedad, pues los más antiguos no sólo han hablado así sino que han indicado muchas veces lo contrario. A más de que, algunos de aquellos libros y tratados que se citan, son inciertos, y de poca fe, ó por lo menos dudosa. Sabiamente como acostumbra, vió todo esto y lo advirtió el Doctor eximio (1). Pero baste lo dicho, particularmente habiendo tocado arriba algo de esto (2). Hase, pues, de pintar á la Vírgen Santísima, triste sí, pero con mucha modestia y estando constantemente en pié junto á la cruz, como con expresas palabras lo dice el Evangelio: mas sobre si derramó ó no algunas lágrimas, es cosa que se puede dudar, en especial por negarlo abiertamente un autor gravísimo, como es san Ambrosio (3), con aquellas palabras tan sabidas: «Stantem lego, flentem non lego.» A mí me parece que no hay inconveniente en afirmar, ni tampoco en pintar á la Santísima Vírgen saltándole piadosas lágrimas de sus ojos: así por afirmarlo los Padres y autores cuyos testimonios hemos producido antes, como por parecer que la Iglesia misma es de este sentir, aplicando á la Vírgen Santísima (4) en el rezo de sus Dolores, aquellas palabras: «Mi rostro se entumeció de tanto llorar, y mis párpados se entenebrecieron;» y por esta razon, tal cual soy yo, no he tenido reparo en enseñar esto mismo al pueblo en un sermon que anda impreso (5). Y por lo que respeta á san Ambrosio, se puede responder que este tan gran santo no aprobó el que se dijera de la Vírgen, ejemplar y modelo de valor, de constancia y de mo-

(1) Suar., t. 2, in 3. p. q. 51, disp. 41, sect. 2.
(2) Cap. 16, n. 4.
(3) De Obitu Valent.
(4) Job., 16, 16.
(5) Tom., 2, de mis Serm., Serm. 22.

destia, que rompió en desmedidos lloros y aullidos mujeriles; pero que no le negó el que derramase quietas y piadosas lágrimas. Algunos han tratado sobre el lugar dónde debia colocarse á la Vírgen en la tabla ó pintura de Cristo crucificado; ni faltaron quienes han dicho, que se le debia poner á la izquierda del Señor: yo juzgo lo contrario, siguiendo la costumbre comun y recibida de pintarla á la derecha, en medio de Cristo y del Ladron convertido: á que se agrega una razon y pia conjetura, á saber, que era justo que entre Jesus y el pecador convertido y ya hecho justo, estuviera de por medio la Inmaculada Vírgen y mediadora entre los hombres. Pero descendamos á otras cosas.

13. Pintan muy bien á uno de los soldados, que poniendo en una caña una esponja, daba de beber con ella á Jesucristo ó la aplicaba á su boca, por referirse esto claramente en el Evangelio, que dice (1): «Sabiendo Jesus que ya todo se habia cumplido, para que se cumpliese la Escritura, dijo: Tengo sed. Habia un vaso lleno de vinagre, y los soldados llegáronle á su boca una esponja llena de vinagre, revolviéndola con hisopo.» Digo que los pintores hacen muy bien en pintar así este hecho, aunque sobre él se ofrece mucho que examinar, lo que por no tocar propiamente á la pintura, lo omito gustoso, remitiendo al lector á un autor que he citado muchas veces (2). Una cosa hay que no la pintan bien; á saber, que para representar á los sacerdotes llenando de oprobios á Jesucristo les pintan con ornamentos sacerdotales, y con algunos que no eran propios de todos los sacerdotes, sí solo del Sacerdote Sumo, como era el que llamaban *Rationale*. Porque aunque es ciertísimo que los sacerdotes de los judíos y aún los principales entre ellos asistieron á aquel indignísimo suplicio y crucifixion del Salvador, haciendo burla de él y mofándole con atrevidas injurias, como bastantemente se

(1) Joann., 19, 28.
(2) Suar., t. 2, in 3, p.

echa de ver por lo que dicen los Evangelios (1); sin embargo, es falso que asistiesen ó que pudiesen asistir, sino yendo contra sus ritos y ceremonias, adornados con los vestidos é insignias sacerdotales, de que sólo usaban en el Templo, como dijimos arriba (2). Pero los pintores no se paran mucho en estas cosas: y de aquí es, que se manifiestan ridículos cuando quieren ostentar alguna erudicion. Pintan tambien á los soldados jugando á los dados, y partiéndose mútuamente entre sí los vestidos del Señor, y los pintan á la manera que suelen practicarlo hoy los militares, esto es, jugando sobre el tambor. No tiene duda, que en cuanto á la sustancia del hecho, los pintan bien de este modo, pues todo consta de la narracion del Evangelio: y este oprobio que hicieron á Jesucristo, como que no fué de los menores que padeció el Señor, lo predijo el Real Profeta con estas palabras (3): «Partieron entre sí mis vestidos, y sobre mi ropa echaron suertes.» Pero por lo que toca al modo de pintarlo y representarlo, no hacen muy bien en este particular; por ser bastante cierto, que ni los dados con que jugaban los antiguos eran parecidos, sino distintos de los nuestros, como se colige por lo que leemos en los Anticuarios; ni tampoco es verdad ni áun verosímil, que echasen los dados sobre el tambor que no tuvo ningun uso en la milicia antigua. Pero es preciso condonar alguna cosa, en especial cuando no corre ningun riesgo la piedad ni la fe, singularmente cuando los pintores no tienen apenas otro medio para dar á entender que los soldados que crucificaron á Cristo, echaron suertes sobre los vestidos del Señor. Digo sobre los vestidos, porque (por no callar lo que de algun modo dice tambien relacion con la pintura) los intérpretes modernos han advertido muy bien y juiciosamente, que no sólo la túnica inconsútil (que si se hubiera cortado se hacia enteramente inútil) se adjudicó por suerte y por un

(1) Matth., 27, 41. Marc., 15, 31. Luc., 23, 35.
(2) Cap. 4, n. 7.
(3) Ps. 21, 19.

tiro de dados á uno de los verdugos; si tambien las demás vestiduras (que por lo menos fueron dos) haciendo los mismos soldados cuatro partes de ellas, y dividiéndolas por las costuras ó de otro modo: y que divididas ya y partidas, echaron suertes sobre ellas, para que nadie pudiera quejarse de que á él se le daba la parte menor ó la peor. Y este es (si mucho no me engaño) el mismísimo sentido en que lo entendieron los evangelistas, y principalmente san Márcos, cuando dijo (1). «Y cuando le hubieron crucificado repartieron sus vestidos, echando suertes sobre ellos para lo que habia de llevar cada uno.» A que no se opone, antes es muy conforme, lo que escribió san Juan, diciendo (2): «Los soldados, pues, habiendo crucificado á Jesus tomaron sus vestidos (é hicieron cuatro partes una para cada soldado) y la túnica.» Esto es, despues de divididos y partidos los vestidos exteriores, de los cuales cupo por suerte una parte á cada uno de los soldados, se vino á la túnica interior, de la cual, más claramente que los demás, escribió san Juan (3): «La túnica era sin costura, tejida toda desde arriba. Y dijeron entre ellos: No la dividamos, sino sorteemos sobre ella de quién será.» Véase además de otros al Doctor eximio (4).

14. Dos cosas restan ahora que advertir y examinar sobre esta materia. La primera acerca del título que pusieron sobre la cabeza de Jesucristo, el cual es cosa recibida hoy é inconcusa (pues todavía ha quedado y se manifestará en Roma) que no fué otro sino el que refiere san Juan, á saber: IESUS NAZARENUS REX IUDÆORUM: sobre el cual dicen algunas cosas los intérpretes modernos. Y constando por la fe que este título fué escrito en tres lenguas, en hebreo, en griego y en latin (acerca de lo cual y sobre el misterio que esto encerraba, han dicho muchas y excelentes cosas áun los

(1) Marc., 15, 24.
(2) Joann., 19, 23.
(3) Ibid., v. 24,
(4) Suarez, de Vita Christ., q. 46, art. 12, disp. 37, sect. 1.

Padres antiguos): sin embargo, nuestros pintores frecuentísimamente lo abrevian, escribiendo sólo las primeras letras de cada diccion, de esta manera, I. N. R. I. Lo que no debe parecer ningun absurdo, por haber sido cosa muy usada entre los romanos, particularmente en sus lápidas ó tablas, escribir en abreviatura ó en compendio, como decian, sentencias enteras, poniendo solamente las letras iniciales, que cada una de ellas correspondia á una diccion entera. Es cosa esta tan sabida, que no necesita de comentario, pues nadie ignora lo que quieren decir estas letras: H. S. E. S. T. T. L. «Hic situs est. Sit tibi terra levis,» y otras muchas: ni aquellas que áun las viejas las leen S. P. Q. R. Pudo, pues, suceder, que la escritura latina del título, estuviera compendiada en estas letras I. N. R. I. las que fácilmente cualquiera hubiera leido y dicho: IESUS NAZARENUS REX IUDÆORUM. Pudo, digo, bien que no concederé con facilidad que sucediese así; aunque no hemos de negar á los pintores la facultad de abreviarlo de modo que cualquiera pueda leerlo fácilmente y sin ningun trabajo. Otros, que quieren parecer más eruditos, pretenden expresar todas las letras de cada una de aquellas lenguas, pero á excepcion de las latinas ¡cuán absurdamente hacen en las demás! Allí se ven letras hebreas, ó que los pintores pretenden ser tales, que lejos de parecerse á alguna escritura hebrea, más presto se parecen á las de los indios, turcos ó coptos, y lo que es más, se ven algunas veces letras griegas, que más parecen armenias, rusas ó polacas. No ignoro que las letras de los hebreos antiguos, no son las mismas de que se valen los menos antiguos, y de que éstos han usado de muchos siglos á esta parte, á saber, despues de la vuelta de la cautividad de Babilonia. Pues desde entonces, empezaron á usar de los caracteres caldeos en lugar de los antiguos samaritanos, de quienes usaban únicamente y sin distincion cuantos pasaban por israelitas. Sobre lo cual, podrán otros trabajar una disertacion más larga. Sin embargo, los caracteres que ponen algunos en el título de la santa Cruz, ni son samaritanos, ni caldeos, ni huelen á otra cosa sino á mera barbarie. Y lo mismo, bien que con

más moderacion, debe entenderse tambien de las letras griegas que pintan algunos, aunque haya habido bastante variedad en el modo con que escribian los griegos antiguos, esto es, en su «Palæographia,» sobre la cual, un varon muy erudito (1) ha escrito un libro entero. Sin embargo, es preciso notar acerca de esto algunas cosas, porque en primer lugar puede dudarse, si las letras que se pusieron en el título de la cruz en la lengua que el Evangelio llama hebrea, fueron letras propiamente hebreas, á saber, las que entonces usaban los hebreos para escribir los Libros sagrados, ó si más presto fueron siro-caldeas, de las cuales usaban como de propias, en el trato y vulgar comercio entre los hombres, y hoy las usan tambien en la Sagrada Escritura los sirios, como ciertamente lo son los maronitas del monte Líbano? Crece esta pequeña duda, porque Cristo Señor nuestro en su predicacion, no usó de otra lengua sino de la que llaman y vulgarmente se tiene por siro-caldea, la que con ser muy semejante á la hebrea, de suerte que más presto parece puede llamarse distinto dialecto que idioma diverso; sin embargo, tiene sus propios caracteres y no poco desemejantes á los de la lengua hebrea, lo que fácilmente podria ilustrar con muchas y varias observaciones: pero no quiero detenerme demasiado en cosas que sólo deben tocarse aquí de paso, ni menos quiero dar lugar á que se crea que hago alarde de esta corta erudicion. Digo, pues, que parece mucho más probable, que las letras que se pusieron en el título de la cruz del Señor, fueron propiamente hebreas, del todo semejantes á las que vemos en las Biblias hebreas; y que en ningun modo fueron siriacas ó siro-caldeas.

15. Lo otro, que me ha parecido del caso advertir aquí, es, que al pié de la cruz suelen pintar muy á menudo el cráneo de un hombre y dos huesos. Sobre lo cual se ha de tener, por cierto, que en este particular no se comete ningun error y que esto no procede de ignorancia, pues dicho modo

(1) R. P. D. Bernardo de Monfaucon de Palæographia Græca, etc.

de pintar puede traer su orígen de tres distintos capítulos. El primero, de que, como sintieron muchos Santos Padres antiguos, en el mismo lugar donde Cristo fué crucificado, estaba sepultado muchos tiempos habia nuestro primer padre Adan. Así expresamente lo enseña Tertuliano en aquellos versos (si es que son suyos) los cuales dicen así (1):

«Hic hominem primum suscepimus esse sepultum:
Hic patitur Christus; pio sanguine terra madescit:
Pulvis Adæ ut possit veteris, cum sanguine Christi
Commixtus, stillantis aquæ virtute lavari.»

Lo mismo dicen Orígenes, san Atanasio, san Ambrosio, san Basilio, san Juan Crisóstomo, san Agustin y otros (2): de los cuales aunque alguna vez se apartó san Gerónimo, sin embargo fué tambien tal vez de este parecer. Observa san Basilio, uno de los Padres que hemos citado antes, que esta fama no se ha conservado en la Iglesia por escrito, sino por tradicion, y por esto sabia y prudentemente advirtió el Doctor eximio, tom. 2 in 3 p. q. 46, art. 10, ser esta una cosa que no debia despreciarse. Pero séase de esto lo que se fuere (pues otros autores sienten lo contrario) pudo haber otra razon para pintarse el cráneo ó calavera de un hombre al pié de la cruz Jesucristo. Esta razon que es muy conforme á la letra, es, que aquella montaña ó pequeño monte en que Cristo fué crucificado, era conocido por el nombre de Calvario: pues como aquel lugar era el puesto destinado para la muerte de los

(1) Tert., l. 2. Carm. contr. Marcion, c. 4.

(2) Origen., tract. 35, in Matth. Athan. Serm. de Pas. et Cruc. Ambros., l. 5. ep. 49, Basil., in c. 5. Isai. Chris., hom. 14. in Joann. Aug., Serm. 71 de Temp. S. Ger., ad cap. 27. Matth. Ep. ad Ephes., c. 5, y Ep. 17 ad Marcel.

reos de pena capital (1), ó para cortar en él las cabezas á los reos, como dice san Gerónimo; ó bien estaba lleno por todas partes de cráneos ó calaveras de hombres, ó finalmente (y esta es la última razon que apuntamos antes para poderse pintar dicho cráneo) porque así se significaba oportunísimamente, que Cristo Señor nuestro con su santísima muerte padecida por nosotros, destruyó y venció la muerte que incurrimos por el pecado, mereciéndonos la gloria é inmortalidad. Y así esta costumbre de pintar el cráneo al pié de la cruz, por ningun capítulo puede reprehenderse, ni debe dejarse de practicar: y áun me acuerdo haber observado no una sola vez pintado al pié de la cruz, no sólo el cráneo, si tambien la figura entera de un hombre compuesto de huesos ó (como decimos) un esqueleto entero. Lo que aunque no es tan frecuente, no por esto se ha de decir que hacen mal ó neciamente los que lo practican; pues expresa más al vivo el pensamiento de la gloria de la cruz de Cristo y la victoria que alcanzó por ella de la muerte, que es lo que leemos á cada paso en la Escritura y en los Santos Padres.

CAPÍTULO XIX

De las imágenes del descendimiento del cuerpo de Cristo de la cruz, y de otras cosas que tienen relacion con su sepultura.

1. Es constante por la inviolable fe de los Evangelios, que muerto Cristo Señor nuestro, un noble varon Arimatheo ó ciudadano de la ciudad de Arimathea, llamado José (pues hacen muy mal y se muestran ridículos en extremo los que siendo solamente uno José ciudadano de Arimathea, hacen dos á quienes ignorantemente dan los nombres, al uno de José y al otro de Arimatheo) pidió á Pilatos presidente de

(1) S. Geron., ad c. 26. Matth.

la provincia el cuerpo de Cristo, para que ungiéndolo antes con ungüentos y aromas, segun la costumbre de la region, le diera despues una decente sepultura. Queriéndolo así Dios, paraque consumada ya la acerba é ignominiosa Pasion del Señor se cumpliera aquel vaticinio: «Y será su sepulcro glorioso.» Y que en esta accion tuvo José por compañero á Nicodemus uno de los principales de los Fariseos, lo dijo el evangelista san Juan con estas palabras (1): «Vino tambien Nicodemus, que primero habia venido á Jesus de noche llevando una mixtura de mirra y de aloes, como unas cien libras.» Píntanse pues, muy bien y conforme la historia del Evangelio, dos hombres recomendables por su dignidad y autoridad, los cuales arrimando escaleras y quitando los clavos de la cruz, bajan el santísimo cuerpo del Señor, no solos, sino con la ayuda de otros (principalmente de san Juan y de las piadosas mujeres): y píntase igualmente bien, el que á este fin se valian de lienzos y fajas grandes, para que no cayese el cuerpo con alguna irreverencia. Ni en todo esto hallo cosa que sea digna de nota ó de reprehension.

2. Es tambien muy conforme á la piedad lo que vemos con mucha frecuencia, á saber, que el cuerpo de Cristo bajado ya de la cruz, está puesto y reclinado en el seno de la Vírgen Santísima sentada al pié de la cruz. Pero es justo que se pinte entonces el sagrado cuerpo como lo hacen frecuentemente, taladradas las manos y piés con los clavos y abierto el costado con la lanza: lo que no he podido dejar de advertir aquí, por cuanto pocos dias ha, mirando con mucha reflexion este paso de una imágen de metal labrada por un artífice (2), que segun la comun voz y fama es de los más peritos entre todos ellos; me causó grande admiracion el ver representado á Cristo puesto en los brazos de la Vírgen, sin ninguna herida: sin embargo de que debia representarse taladradas sus manos y pies. A este mismo afecto de piedad pertene-

(1) Joann., 19, 39.
(2) Miguel Angelo.

ce tambien el representar á la Vírgen mirando con lágrimas los clavos y la corona de espinas teñida con la sangre. Sobre cuyas imágenes leemos meditaciones muy pias y fervorosas de Santos Padres y de hombres piísimos y doctísimos, aunque ninguna de estas cosas se refiere expresamente en los Evangelios: antes si quieren examinarse con todo rigor y segun la fe de la historia eclesiástica, no carecen de duda. Pues consta que cuando en los tiempos de Elena y de Constantino se encontró la cruz de Cristo, se encontraron junto con ella los mismos clavos: los cuales ciertamente si los que bajaron de la cruz el cuerpo de Cristo los hubieran quitado de ella y entregádolos á la Vírgen, es muy verosímil que esta Señora los habria guardado ó algunos discípulos fieles que asistieron al descendimiento. Pero pudo suceder, que como obligaron á José á que quitando el cuerpo de la cruz, dejase á ésta inmoble, le obligaran tambien á que dejara los clavos fijados en ella, como que eran las principales señales é instrumentos del suplicio. Y así, aunque los quitase para bajar el cuerpo de Cristo (y añado yo, aunque los enseñase y diese á besar á la más constante y paciente de las madres) pudo sin embargo suceder, que por el motivo expresado, los volviera á poner en la cruz, que son casi las mismas palabras de un varon, cuya autoridad y modo de pensar me ha gustado siempre (1).

3. Bajado ya de la cruz el sacratísimo cuerpo de Jesucristo, consta clarísimamente por el Evangelio que fué ungido y embalsamado non muchos ungüentos y aromas. Pues omitiendo ahora á los demás evangelistas, dice expresamente san Juan (2): «Tomaron, pues (José y Nicodemus) el cuerpo de Jesus y lo envolvieron en lienzos con aromas, conforme á la costumbre de enterrar que tienen los judíos.» Y que esta uncion del cuerpo del Señor, fué meramante externa y honoraria, y tributada por la reverencia que le era debida,

(1) Suar., t. 2, in 3 p. q. 51, art. 3, disp. 41, sect. 2.
(2) Joann., 19, 40.

sabiamente lo advirtió el Doctor eximio (1), para que no pensara alguno, como advierte él mismo, que el cuerpo de Cristo fué embalsamado del modo que vulgarmente se acostumbra entre nosotros; esto es, abriendo el cuerpo y sacando las partes internas, cosa de que (como allí mismo dice el autor citado) los piadosos oidos se horrorizaban. Pero dicha uncion ningun pintor (en cuanto yo sepa) la ha pintado hasta ahora. Sólo, pues, resta decir algo de cómo fué envuelto en lienzos ó en una sábana el sacratísimo cuerpo de Jesus. Es cierto que el cuerpo del Señor fué sepultado, no desnudo ó medio desnudo, esto es, sin acomodar ni adaptar los lienzos al cuerpo como muchos lo pintan, sino que envuelto y apretado con fajas, cintas ó vendas que ataran muy bien ó sujetaran los lienzos. Además, le pusieron y acomodaron sobre su santísimo rostro el sudario que cubría toda su cara desde la frente hasta la barba: pues esta era, y no otra la costumbre que tenian los judíos de enterrar los cadáveres; y que esto se observó exactamente, consta por las palabras de san Juan que citamos arriba: «Segun la costumbre de enterrar que tienen los judíos.» Todo lo comprendió muy bien el mismo Evangelista, el cual, despues de haber referido que Pedro entró en el sepulcro de Cristo cuando ya habia resucitado (2): «Vió (dice) puestos allí los lienzos, y el sudario que habia tenido sobre su cabeza, no puesto con los lienzos, sino envuelto separadamente en un lugar.» Hé aquí los lienzos, y no uno solo, sino á lo menos dos: he aquí el sudario puesto sobre su sagrado rostro y sobre su cabeza. Pero se dirá que aquí no se ven claramente las cintas, fajas ó vendas; pero las verá cualquiera que se acuerde de la resurreccion de Lázaro (3), donde se dice: «Y salió luego el que habia estado difunto, atado con vendas de piés y manos, y su rostro estaba envuelto en un sudario:» singularmente

(1) Suar., ibid. q. 51, disp. 51, sect. 2.
(2) Joann., 20, 6.
(3) Joann., 11, 44.

si se hace una prudente reflexion sobre lo que ya hemos insinuado, esto es, que Jesucristo fué sepultado del modo que acostumbraban los judíos enterrar á los difuntos. Pero repitamos las mismas palabras que no son muy largas: «Tomaron, pues (dice san Juan), el cuerpo de Jesus y lo ataron con lienzos, y le pusieron aromas segun la costumbre de enterrar que tienen los judíos.» El que quiera instruirse de esto con más exactitud, repase lo que dijimos antes sobre la resurreccion de Lázaro (1), ó más bien, lea la erudita obra que escribió sobre esta materia un doctísimo flamenco (2), que ciertamente es muy digna de leerse.

4. Por lo que respeta al sepulcro, ya hemos dicho mucho sobre este punto en el lugar que acabamos de citar, y así bastará tocarlo aquí brevemente. Consta en primer lugar, que el sepulcro donde fué puesto el cuerpo de Cristo estuvo colocado en un huerto que no distaba mucho del monte Calvario. Lo que quiero se advierta en especial: porque si bien san Juan (3) parece afirmar, que aquel huerto estaba en el mismo lugar donde Cristo fué crucificado, sin embargo, como lo notó bien el Doctor eximio (4), no se ha de entender que el sitio donde Cristo fué crucificado fuese el mismo huerto ó granja, sino que junto á aquel lugar de la crucifixion estuvo el huerto, ó que en las faldas del mismo monte habia granjas, y que en la parte superior de él se acostumbraba castigar á los reos de pena capital: de donde pudo dimanar el orígen de llamar Calvario á todo el monte. Y que los judíos acostumbrasen excavar y colocar sus sepulcros en sus mismas granjas ó huertos, es cosa tan sabida que no necesita de muchas pruebas. Véase lo que dijimos sobre esto tratando del sepulcro de Lázaro. Y así, hacen bien, y oportunamente los que pintan el sepulcro de Cristo no muy dis-

(1) Cap., 13, n. 5.
(2) J. Jacobo Chifflet de Linteis, sepulcral. Christ. Dom.
(3) Joann., 19, 41.
(4) Suar., t. 2, in 3, p. q. 46, art. 10.

tante de su cruz: y obrarían ridículamente los que lo representaran junto á la misma cruz ó al lugar de su crucifixion. Cuanto á la forma ó modo cómo estaba el sepulcro, lo hemos explicado ya en el dicho lugar. ¡Y en esto cuánto yerran nuestros pintores! Abrían, pues, en alguna roca ó tierra firme, una cueva donde se entraba por una puerta angosta: entrados allí, se representaba luego una estancia fabricada á manera de arco ó bóveda: al lado de la misma estancia habia un lucillo, ó por explicarme así, un poyo (cuya altura tenia lo que más tres palmos) capaz de contener un cuerpo, donde despues de ungido y embalsamado le tendian y colocaban. Por la parte de fuera, cerraban la puerta del sepulcro con una grande losa, de la cual, por lo que toca á la sepultura de Cristo, se hace clara mencion en el Evangelio. De la cual, digo: porque el decir que en el sepulcro del Señor no hubo una piedra sola, sino dos, como se lo persuadió, y llevado de su imaginacion (dígolo sin malevolencia) se lo figuró un varon por otra parte á todas luces grande, y á quien no he nombrado ni nombraré jamás sin alabarle, no es cosa que yo me la pueda persuadir. No porque piense (que sería una imprudente arrogancia) tener yo más ingenio y prudencia que él, sino porque, como he dicho en otra parte, he visto y observado, no una, sino muchas veces con grande gusto y reverencia la forma y estructura del sepulcro de Cristo, que observó con la mayor exactitud y escrupulosidad un religioso, que no solamente visitó aquellos Santos Lugares, sí tambien los miró y registró con sumo cuidado y diligencia: de suerte que es constante fama que habiendo llegado ya á Europa, se volvió otra vez á Jerusalen para dilinear más exactamente alguna de las dimensiones de aquel lugar, que ó se le habia olvidado, ó por alguna casualidad se le habia perdido. Mas pongamos á la vista las formales palabras de aquel varon sumamente docto (1): «Me admiro (dice) que ninguno de los intérpretes (en cuanto yo sepa) haya observado que en el monumento hubo dos piedras, y que ambas las re-

(1) Mald., ad c. 28, Matth., col. 685.

volvió el ángel.» Pero yo (con la reverencia que es debida á un hombre tan grande) digo que no me admira: por haber afirmado poco ha, y aún afirmo, que no hubo más de una piedra con que se cerraba, y tapaba la puerta ó boca del sepulcro: y digo tambien, que dentro de aquella estancia donde estuvo colocado el cuerpo del Señor, no hubo tampoco otro monumento ó sepulcro que se cerrara con otra piedra, sino un lugar excavado ó poyo (pues no me ocurre otro modo de explicarlo) tres palmos alto lo que más, sin estar cubierto con ninguna piedra, en cuyo lugar estaba tendido el cuerpo de Cristo difunto. Lo que no sólo se comprueba por la figura de que he hablado muchas veces, si que se echa tambien de ver y con bastante claridad de las palabras de san Mateo, donde hablando el ángel á las mujeres, quitada ya la piedra que cerraba el monumento, les dice (1): «Venid, ved el lugar donde pusieron al Señor.» Lo que yo haciendo reflexion sobre la dicha forma de aquel edificio ó estancia fabricada en aquella peña excavada, lo percibo con tanta claridad, que me parece está pasando delante de mi vista: sin ser menester imaginar (pues por el respeto que tengo á Maldonado, no me atrevo á decir, fingir) que hubiese otra piedra dentro del mismo monumento. Sé muy bien lo que á estas y otras graves razones responde el mencionado autor. Pero ello es tan claro, que lo contrario, á mi entender no es más, sino (como dice el proverbio) poner dificultad donde no la hay. Ni han dicho lo contrario los que son testigos de vista del sepulcro de Cristo; pero de los que se alegan fielmente, nadie, segun me parece, trató el asunto con más acierto que el Doctor eximio (2), diciendo que la sepultura del Señor constaba no de una sola, sino de dos cuevas (de que es tambien evidente señal la forma expresada del sepulcro): la una exterior, que era como la entrada ó atrio de la que con más propiedad tenia el nombre de sepulcro. Dividia la una cueva de la otra

(1) Matth., 28, 6.
(2) Suar., t. 2, in 3, p. q. 55, art. 4, disp. 49, sect. 3.

aquella grande piedra con que se cerraba la boca ó puerta de la que propiamente se llamaba sepulcro, sin que los que han examinado aquel lugar con más exactitud hayan hecho mencion de alguna otra piedra. Y añade el mismo autor bastante al caso (de que fácilmente se entenderá lo que notaremos en el capítulo siguiente) (1) una cosa que deben tenerla muy presente los que quieran entender perfectamente esta materia. Dice, pues: «De esta descripcion del lugar se deja entender, que aquella parte exterior de la cueva, bajo diversos respectos se puede decir que estaba dentro y fuera del sepulcro. Porque, si por el sepulcro entendemos aquella cueva pequeña é interior donde pusieron el cuerpo del Señor, la otra parte se llamará exterior, y el que estuviere en ella se dirá que está fuera del sepulcro; pero si por el sepulcro ó monumento entendemos toda aquella cueva, de este modo el que estuviere dentro de su primera parte, se dirá que está dentro del sepulcro.» Hasta aquí este sabio doctor, á quien se le da con razon el nombre de Eximio. Por lo que, los que delinearen así el sepulcro de Cristo harán bien, y conforme á la fe de la historia; pero si no lo hicieren de este modo (como lo practican frecuentemente) no harán con efecto sino una cosa ridícula.

CAPÍTULO XX

De las imágenes de la resurreccion de Jesucristo y de su Ascension á los cielos.

1. Aunque la gloriosa resurreccion del Señor es la base de nuestra fe y el fundamento más firme de toda nuestra esperanza; sin embargo no es propio de este lugar (como lo ha-

(1) Abajo, c. 20, n. 5.

cen algunos que tratan esta materia) detenerse mucho en las alabanzas y elogios de dicha resurreccion: pues esto no es más que desviarse del camino que se ha emprendido, ó como dice el proverbio latino, «saltare extra choros et oleas.» Consta bastante por la fe y por la razon que el cuerpo de Cristo despues de unido otra vez á su santísima alma, y despues de su resurreccion de entre los muertos, salió hermosísimo y más resplandeciente y admirable de lo que se puede comprender. Debe, pues pintarse de este modo y despidiendo muchos rayos de luz por todas partes; pero no debe pintarse enteramente desnudo, por no permitirlo la frágil y débil condicion de nuestra mortalidad y flaqueza. Por lo que es muy conforme á razon y á la modestia, el pintarlo cubierto singularmente por la cintura, con un lienzo encarnado y sobremanera reluciente. Pero no por esto se han de dejar de poner patentísimas las señales de los clavos y lanza en sus manos, piés y costado: habiendo dicho tan claramente el mismo Cristo al incrédulo santo Tomás (1): «Mete aquí tu dedo y mira mis manos; y alarga tu mano y métela en mi costado: y no seas incrédulo, sino fiel.» Antes estas mismas heridas aumentaban en gran manera la majestad y hermosura del cuerpo glorioso, por cuyo motivo hablando la Iglesia de los Apóstoles, canta con mucha razon:

«In carne Christi vulnera
Micare tamquam sidera
Mirantur.»

Y que así se manifestó á sus discípulos, se me hace bastante verosímil por el mismo lugar que acabamos de citar. Pues si se les hubiera aparecido cubierto con algun vestido, no parece que podia decir tan fácilmente á santo Tomás: «Alarga tu mano y métela en mi costado:» como que les ha-

(1) Joann., 20, 27.

blaba de las heridas de su cuerpo y costado que estaban patentes y no cubiertas ni tapadas con alguna vestidura. Baste haber advertido esto por lo tocante al cuerpo de Cristo glorioso y resucitado.

2. Más acerca de pintar la resurreccion ó (por explicarme así) el acto mismo de resucitar, han caido vulgarmente los pintores en errores muy groseros que importa no poco á la piedad y erudicion el refutarlos. En primer lugar, es cosa sabida por el Evangelio que enterrado ya el cuerpo del Señor á instancias de los principales de los judíos, por órden del presidente romano, se pusieron guardias, esto es, soldados armados para guardarlo, y que éstos no fueron pocos en número, puesto que vemos que Herodes Agripa entregó despues á san Pedro (1) atado con cadenas á diez y seis soldados para custodiarlo. Nuestros pintores representan á Cristo levantado en el aire y á los guardias y soldados corriendo á tomar las armas; de suerte que uno echa mano de la espada, otro está vibrando una lanza, otro cogiendo la clava y otros que con escudos y capacetes están cubriendo y defendiendo sus cabezas, á que añaden otros un perro irritado que está ladrando á Jesucristo: no siendo todo esto otra cosa, como veremos luego, sino meras boberías é ignorancia de los hechos. Pero antes de hacerlo patente, es menester notar y reprehender un error todavía mayor. Pintan algunos la sepultura del Señor cuadrada y muy semejante á las nuestras, de donde, quitada la piedra que la cubria, sale Cristo Señor nuestro teniendo el un pié fuera del sepulcro y el otro junto con el muslo como que va saliendo: esto hace y á tanto llega la inconsideracion é ignorancia de los hechos.

3. Y así, para que el pintor esté más distante de incurrir en semejantes errores, es menester tenga presente lo que indica bastantemente el Evangelio y enseñan claramente los Padres de la Iglesia y doctores más sabios, esto es, que Cristo Señor nuestro resucitado ya y adornado con aquel

(1) Act., 12, 4.

dote admirable que llaman los teólogos de sutileza, en ninguna manera hubo menester que para salir fuera se quitara, ó se apartara de la boca del sepulcro aquella grande piedra, con que segun dijimos arriba estaba cerrada la puerta de la cueva: antes sucedió todo lo contrario. Porque Cristo salió del sepulcro sin quitarse la piedra, de la manera que el mismo dia entró cerradas las puertas donde estaban sus discípulos, lo que unánimes enseñan y advierten en este lugar los Santos Padres: de suerte que si quisiera referir aquí sus palabras y señalar los lugares donde lo dicen, me tomaria un trabajo supérfluo y propio del que quisiera abusar de su ocio y del ageno. Y así, para hacer esto más perceptible debemos tener presente que Jesucristo en el acto mismo de resucitar (por explicarme así) no fué visto de ninguno de los mortales por impedírselo aquella grande piedra que bien ajustada y sellada, cerraba y tapaba la boca ó puerta de la cueva; ni fué visto tampoco cuando salió del sepulcro sin moverse la piedra. No le vieron entonces las piadosas mujeres que no tuvieron la dicha de verle resucitado é inmortal, sino algun tiempo despues; ni tampoco le vió ninguno de sus discípulos, á quienes no se manifestó hasta más tarde, bien que en el mismo dia fueron enriquecidos y regocijados con la alegre vision de su maestro: ni mucho menos le vieron entonces los infieles guardias que ciertamente no eran dignos de tanta dicha. Por lo que cualquiera cosa que se pinte contra lo que acabamos de decir y lo que hemos referido arriba, se ha de tener por necedad y ridiculez. Aunque no negaré que para que un hecho tan grande y admirable pueda de algun modo representarse á la vista, podrá pintarse á Jesucristo resplandeciente con rayos y rodeado de mucha luz fuera del sepulcro y áun encima de él, el cual debe pintarse cerrado todavía y sin estar quitada la piedra que no se quitó hasta que el ángel conmoviendo despues la tierra, la apartó de la puerta del monumento á fin de que las piadosas mujeres discípulas de Cristo, que solícitas habian venido al sepulcro para ungir al Señor y rendirle sus obsequios, tuvieran libre la entrada y fueran despues testigos delante de los apóstoles y

demás discípulos, de la resurreccion del Señor. Todo esto podría probarse y manifestarse con mucha facilidad por las mismas narraciones del Evangelio, singularmente por lo que dice san Mateo; pero no quiero detenerme en una cosa tan clara y que nadie podrá poner en duda, sino el que guste tal vez de pelear y esgrimir á cierra ojos.

4. No faltan quienes pintan dormidos á los guardias: y esta parece ser expresa sentencia de un pintor erudito, á quien varias veces he elogiado (1). Pero esto, bien que pudo suceder, en ninguna manera se hace verosímil: no sólo porque el dormirse y quedarse vencidos del sueño todos los guardias (que ciertamente eran soldados) era cosa muy ajena á la severa disciplina romana, que no permitia quedaran sin ninguna centinela las vigilias de la noche, y en la última podian velar los que habian dormido en la primera ó en la segunda; si tambien porque esto tocaba á la Providencia de Dios, y lo contrario era más conforme á los altos designios de su divina Majestad. ¿Pero, qué digo, era? Lo fué ciertamente: y que á lo menos algunos de los guardias estuvieron velando, cuando conmovida la tierra por el terremoto se apareció el ángel y removió la piedra, lo afirma expresamente la Escritura, que dice así (2): «Y hé aquí que hubo un gran terremoto: porque el Angel del Señor bajó del Cielo, y acercándose removió la piedra y estaba sentado sobre ella.» Y poco despues: «Y por el gran temor de él, se asombraron los guardias, y quedaron como muertos.» Cuyas palabras, aunque son tan claras que no necesitan de comentario, léase sin embargo al gran Padre san Agustin (3) en un pasaje que todos saben, donde el santo discurre así: «Conmovida la tierra resucitó el Señor: y se obraron tales milagros junto al sepulcro, que los mismos soldados que habian venido para custodiarlo, se harian testigos, si quisiesen decir la verdad. Y lo

(1) Pacheco, pag. 541.
(2) Matth., 28, 2, 4.
(3) In Psalm. 63, ad v. 7.

que es más y debe notarse con particularidad, los mismos soldados ó á lo menos algunos de ellos, dijeron la verdad de lo que habia acontecido á los magnates del pueblo: así lo dice san Mateo (1) con estas palabras: «Y yéndose ellas (á saber las mujeres) hé aquí que algunos de la guardia se fueron á la ciudad y dieron noticia á los príncipes de los sacerdotes de todo lo que habia pasado. Y así (por no omitir esto) es alucinarse el persuadir á los pintores que pinten dormidos á todos los que guardaban el sepulcro, y aunque no con la misma intencion, es de hecho consentir con la maquinacion que tramaron los judíos, los cuales ofreciendo una gran cantidad de dinero, persuadieron á los soldados (2): «Decid: Sus discípulos vinieron de noche y lo hurtaron, durmiendo nosotros.» De lo dicho y de otras cosas que omito, se ha de inferir, que los soldados que guardaban el sepulcro ó á lo menos algunos de ellos, no deben pintarse dormidos, sino despiertos.

5. Mayor dificultad podria causar al pintor sabio y erudito, acerca de si ¿deben pintarse dos ángeles ó uno sólo sobre la piedra que se quitó del sepulcro? ¿Si dichos ángeles deben estar sentados ó no? ¿y si las mujeres á quienes habló el Angel, deben pintrase dentro ó fuera del monumento? pues para ambas cosas parece que da fundamento el Evangelio. San Mateo y san Márcos solamente hacen mencion de un ángel, diciéndonos el primero (3): «El Angel del Señor bajó del Cielo, y acercándo se revolvió la piedra, y estaba sentado sobre ella.» Y despues: Respondiendo el Angel, dijo á las mujeres.» Y san Márcos nos dice (4): «Y entradas en el sepulcro, vieron á un jóven sentado á la derecha, cubierto de una ropa larga blanca, y espantáronse. Y éste les dijo, etc.» Donde únicamente se

(1) Matth., 28, 11.
(2) Ibid., v. 13.
(3) Matth., 28, 2.
(4) Marc., 16, 5.

hace mencion de un sólo angel sentado sobre la piedra y que está hablando á las piadosas mujeres, lo que no parece concuerda con lo de san Lúcas, el cual hablando sobre el mismo asunto (1): «Hé aquí (dice) que dos varones con vestido resplandeciente estuvieron de piés junto á ellas. Y como temiesen y apartasen la vista de su semblante y lo fijasen en tierra, les dijeron, etc.» Finalmente, porque no parezca que quiero omitir algo, san Juan, despues de haber referido cómo Pedro entró al monumento, y de qué manera se habian apartado ambos del sepulcro del Señor para irse con los suyos (2), añade: «María estaba en pié llorando afuera junto al monumento: mientras lloraba, pues, se inclinó, miró hácia el monumento, y vió dos ángeles sentados con vestido blanco, uno á la cabecera y otro á los piés del lugar donde habian puesto el cuerpo de Jesus.» Todo lo cual parece muy distinto de lo que refirieron los demás evangelistas, áun por lo que toca á la descripcion y modo de pintar. Mas todo esto, aunque envuelve varias cuestiones, cuya discusion toca particularmente á los intérpretes sagrados, sin embargo no debe embarazar en ninguna manera al pintor erudito, que no errará, ora pinte dos, ora uno sólo. Pero las piadosas mujeres á quienes hablaron los ángeles, se han de pintar en efecto dentro del monumento, del modo que advertimos antes que podia decirse estar dentro del monumento el que está en su entrada (3). Porque, si bien no es dudable que se aparecieron dos ángeles, atendida la narracion del evangelio de san Lúcas (segun la cual se hará muy bien, si se pintan dos): con todo, como esta narracion no es contraria á la que dice que se apareció un ángel y que éste habló á las mujeres (pues quien dice dos, no quita uno); puede muy bien, y sin nota de error pintarse uno sólo: particularmente siendo muy verosímil, que aunque se vieron

(1) Luc., 24, 4, 5.
(2) Joann., 20, 11.
(3) Cap. 19, n. 4, p. 463.

dos, sólo uno les habló: á la manera que cuando dos embajadores se presentan ante algun príncipe, se dice comunmente que hablaron de éste ó del otro modo, sin embargo de ser cierto que solamente habló uno de ellos en presencia del otro, y aprobando lo que dijo su compañero. Sobre que podrian citarse varios ejemplos, si lo requiriese la materia. Cuanto á pintar dos ángeles (pues esto es lo más conforme á la série de la historia), ó sentados, ó bien derechos, y estando de piés, no importa mucho. Pues como observó bien Maldonado, se dice tambien *stare*, no sólo el que está de piés, si tambien el que de algun modo asiste y está presente: y así parece lo más propio pintarles sentados. Finalmente, lo que referimos de san Juan, si se consideran con alguna atencion las narraciones del Evangelio, cualquiera verá que es una cosa del todo diversa, la que, si se quiere describir ó pintar, es preciso hacerlo del modo que sencillamente se refiere; de suerte que dentro de aquella cueva interior que propiamente se llama sepulcro, se pinte sobre aquel lugar (que hablando en castellano llamaríamos *nicho* ó *poyo*) un ángel á la cabecera y otro á los piés en el mismo lugar. De aquí todavía se ilustra algo más la forma y figura del sepulcro que referimos y aprobamos antes: acerca de la cual conviene tener presente lo que dijimos arriba (1).

6. Entre las mujeres que vinieron al monumento del Señor para tributarle su reverente obsequio, en ninguna manera debe ponerse á la Santísima Vírgen, lo que sin embargo reparo haberlo practicado algunos pintores indoctos, por lo que notó un autor, á quien he citado muchas veces (2). Así porque ninguno de los evangelistas lo refiere de este modo, como porque está claro que los Santos Padres han dicho abiertamente lo contrario. Advierto finalmente, que siempre que se haya de pintar á Jesucristo resucitado, se ha de hacer en la forma que dijimos antes, la que ciertamente es muy con-

(1) Cap. 13, n. 5, p. 357, et 19, n. 4,
(2) Mol., lib. 4, c. 13.

forme para representar su gloria y su triunfo. Por lo que, no hacen mal los pintores que le pintan teniendo en la mano un pequeño estandarte semejante al de los Emperadores, á excepcion de dos apariciones: la una, cuando se apareció á sus discípulos que iban de camino, y la otra, cuando se manifestó la primera vez á la Magdalena. Porque en la primera debe pintarse en traje de peregrino, aunque para presentarlo así, sea tolerable el que se le pinte ceñido y con un vestido corto hasta las rodillas, y además con un báculo largo y un sombrero cubierto de conchas, como suelen ir nuestros peregrinos cuando vuelven de Santiago; pero en la segunda; debe pintarse absolutamente en figura de hortelano ó de jardinero, con la pala ó azadon en sus manos. Todo lo cual debe dejarse al juicio del pintor sabio y prudente.

7. Acerca de la ascension de Cristo Señor nuestro á los cielos, tal cual cosa se me ofrece que advertir al pintor. En primer lugar, es sentencia que con mucha razon siguen comunmente los escritores, que Jesucristo en el mismo lugar de donde subió á los cielos, dejó estampadas allí sus sagradas y adorables huellas. De este dictámen fué san Paulino obispo de Nola (1), y mucho despues de él fué del mismo parecer el venerable Beda, movido de lo que dice Adamanno presbítero, testigo de vista de aquel lugar: lo mismo afirman otros que han escrito de los Santos Lugares. Por lo que, será prudencia de los pintores, y conforme á la verdad, el pintarlo de este modo. Además, constando por la Historia Sagrada que al empezar Cristo á subirse á los cielos, bendijo á sus discípulos, y afirmando autores muy graves que esto lo hizo el Señor segun el rito con que los pontífices y sacerdotes bendicen al pueblo; si acaso quisiere alguno pintar esta accion, hase de pintar Cristo con la mano levantada, á la manera que suele hacerlo el obispo cuando da la bendicion al pueblo. Mas cuando se pinta subiéndose ya al cielo, nadie ignora que se le debe pintar levantadas las manos, como ya regu-

(1) S. Paulin., Epist. 11. Beda, l. 5, hist. c. 18.

larmente suelen practicarlo. Y así, no hay para que gastar tiempo ni detenernos en esto. Y que en este hecho deban pintarse ángeles acompañando y obsequiando al Señor, se colige de la misma narracion de dicho misterio, lo que meditan pia y doctamente muchos de los Padres sobre aquello del Psalmo (1): «Attollite portas principes vestras:» como que era voz de los espíritus celestiales, que iban acompañando á Jesucristo, cuando subia á los cielos. Pero no puedo aprobar el que se pinte á Cristo levantado en el aire por manos ú hombros de ángeles, antes defendería gustoso, que en esto se contiene error ó que se puede mezclar algun peligro. Porque Cristo Señor nuestro, aunque llevando consigo y elevando la humanidad que habia tomado, se subió á los cielos (de donde habia bajado, y de donde no se habia apartado viniendo al mundo) no con el socorro, ayuda ó ministerio de alguna criatura, sino por su propia virtud. Y si en algun paraje parece que da á entender san Agustin (2), que Cristo en su ascension y elevacion, se valió del ministerio de ángeles: sin embargo, no intentó decir otra cosa. sino lo que enseña la fe, cuando nos dice: «Atiende en una misma persona el poder divino en el que eleva, y la naturaleza humana en el que es elevado.» Sobre lo cual, (pues no faltaron autores, áun católicos, que dieron ocasion de errar á los pintores) (3), me parece muy del caso transcribir aquí las palabras de un pontífice grande por su nombre y por sus hechos (4), que dicen así: «Hase de advertir tambien, que leemos de Elías, que subió al cielo en un carro, á saber, para que se hiciera patente, que un puro hombre necesitaba de socorros ajenos. Estos socorros se manifestaron por medio de ángeles, pues ni áun podia por sí mismo subir al cielo aéreo, el que estaba impedido por el peso de su naturaleza. Pero no leemos de nuestro Reden-

(1) Psalm. 23, 7. V. Lorino sobre este lugar.
(2) S. Aug., Serm. 3 de Asc. Dom., y 176 de Tempore.
(3) V. Molan., l. 4, c. 14.
(4) S. Greg., hom. 29, in Evang.

tor, que se subiese al cielo en carro, ó con ayuda de ángeles; pues el que todo lo hizo, era llevado sobre todo por su propio poder.»

8. Ya que hemos llegado al fin de la vida de Jesucristo, y dicho de los misterios de su resurreccion y ascension á los cielos; sólo resta decir algo brevemente y muy de paso, sobre la venida del Espíritu Santo y del Juicio final. Con efecto, en aquella celestial venida, que sucedió el dia de Pentecostés, los pintores representan al Espíritu Santo en forma y figura de paloma, lo que es tan frecuente y recibido que apenas se halla otro modo de pintarlo. Pero esto, si con rigor se examina la historia del referido hecho, podria parecer error, y con razon; pues no se lee que el Espíritu Santo en aquel suceso admirable se manifestase ó apareciese á los apóstoles en forma de paloma, si sólo en figura de lenguas de fuego: «Y se aparecieron (dice la Escritura) lenguas esparcidas, como de fuego, y se sentó sobre cada uno de ellos en particular, y fueron llenos todos del Espíritu Santo.» Mas, como este modo de pintar está enteramente recibido de todos en la Iglesia, no se ha de abandonar ni tachar de error, particularmente constando que ya antes se habia aparecido el Espíritu Santo en el Jordan en figura de paloma sobre la cabeza de Jesucristo; y habiendo fuera de esto otras muchas razones que seria cosa larga el referirlas, que persuaden deberse pintar en esta figura, siempre que convenga pintar á aquel divino Espíritu. Bastará advertir aquí brevemente, que un severo hereje presumió apropiarse á sí mismo las palomas de oro y plata, que representasen al Espíritu Santo y estaban pendientes sobre los bautisterios y altares: sobre lo cual los clérigos y monges de Antioquía escribieron al V Concilio, que fué el Constantinopolitano, y vemos repetido el mismo hecho en el VII Sínodo; siendo cierto, que en una de estas palomas guardó el gran Basilio la sagrada Eucaristía, como lo afirma Amphiloquio en su vida. Hace tambien mencion de esta pintura san Paulino de Nola (1) en sus versos. Mas el

(1) S. Paulin., Epist. 12.

pintar en la misma tabla, no sólo á los apóstoles sino á otros muchos discípulos que estaban congregados en la misma casa, cuyo número poco antes casi en la misma narracion se extiende hasta ciento y veinte, es cosa prudente y discreta, y en ninguna manera errónea, como pésimamente pretende el hereje, á quien en este particular refuta muy bien el autor muchas veces citado (1). Finalmente, el pintar á la sacratísima Vírgen, no sólo en medio de los discípulos, sino en un puesto algo más alto, es cosa pia, católica y no ridícula, como con la desvergüenza, que les es familiar, parlan los herejes: de los cuales uno, á quien ni áun quiero nombrarle, dice: «Hacen ridículamente los que en pintar esta historia, suelen poner á María Madre del Señor en medio de los apóstoles, para hacerla la principal del colegio apostólico, cosa que nunca le vino al pensamiento á aquella santísima Vírgen.» Pero deberian haber tenido presente, que los apóstoles y verdaderos discípulos de Jesucristo, tuvieron siempre un grande honor y respeto á la bienaventurada Vírgen á quien reverenciaban como á Madre comun, acordándose de la última voluntad de su Maestro, que estando ya para morir dijo á uno de ellos: «Hé aquí á tu Madre:» sin que por esto pueda inferirse, sino absurdísimamente, que la Santísima y humildísima Vírgen se arrogó algun imperio y potestad sobre aquella Iglesia y Colegio, como lo enseña muy bien san Epifanio (2) escribiendo contra los Coliridianos que ofrecian á María los sagrados misterios del altar. Antes la misma Señora, como dicen escritores doctos y pios, tenia mucho respeto á los apóstoles y sacerdotes del Señor, como que sabia bien que eran ministros de Jesucristo, y que tenian potestad de ejercer los divinos misterios.

9. Sería muy difuso el que quisiera notar lo mucho que se ofrecia decir acerca del Juicio final del mundo, cuya pintura áun sin ser exacta, no es de cualquier pintor el representarla sino del más sobresaliente en su arte. Con efecto, como la

(1) Molan., l. 4, c. 15.
(2) Hæres., 79.

pintura de este Juicio que hizo Miguel Angel á juicio de los inteligentes sobrepuje á cuantas á habido, hay y habrá, no sólo por lo que toca á la pericia del arte, si tambien por lo que mira á la erudicion de las cosas pintadas; deberánla tener siempre presente los que quieran emprender tan grande obra. Otra pintura hay tambien memorable sobre el mismo asunto, hecha por Juan Cousin, pintor francés, que la hizo para el cristianísimo rey de Francia Luis XIII, la que sin embargo fué causa de que algunos se ofendiesen de ella, de suerte que fué delatado al obispo como á reo de haber violado la fe y despreciado la Religion, por haber pintado á algunos de los que habian de quedar condenados á eternos tormentos con las insignias, ó de una gran dignidad en la Iglesia ó con el distintivo de algun hábito religioso. Pero quedó libre de esta, que no tanto era acusacion como calumnia, diciendo, que deseaba él con las mayores veras que ningun hombre colocado en dignidad ó que hiciera profesion de santidad, se condenara; pero que dudaba mucho que ello fuese así, temiendo que habría no pocos (lo que es prueba de la mayor miseria) que cuanto más resplandecieron y fueron visibles en la tierra por sus dignidades y por un género de estado y profesion más santa, tanto habia de ser mayor su ruina en el infierno. Baste ya sobre esto.

10. Mas ya que no todos los pintores, aunque por otra parte merezcan alguna alabanza, pueden ver las pinturas de tan grandes y excelentes maestros, cuales son en efecto los que hemos citado; quiero advertir de paso algunas cosas acerca de la tabla y pintura del Juicio Final. La primera es, que aunque algunos de los antiguos han acostumbrado pintar á la Vírgen Santísima arrodillada ante el trono de su Hijo y al Bautista en la misma situacion como suplicando é intercediendo por los pecadores, sin embargo ningun pintor cuerdo y erudito debe imitarlo. Porque si bien este modo de pintar pueda entenderse de algun modo en otro sentido pio, conforme advirtió bien el autor muchas veces citado (1), con

(1) Molan., l. 4, c. 24.

todo es mucho más conforme á razon que esto se quite enteramente; para que los indoctos no tomen de ahí ocasion de algun error peligroso, pensando que en aquel acto formidable podrán aprovechar algo á los pecadores é impenitentes, los ruegos y súplicas de la Sacratísima Vírgen; cuando ya no habrá entonces lugar á la misericordia, sino á la justicia. Ni quiera objetar alguno en contrario el pasaje de un pio y antiguo poeta, el cual hablando del martir san Roman (1) concluye así:

Vellem sinister inter hædorum greges,
Ut sum futurus, eminus dignoscerer,
Atque hoc precante, diceret Rex optimus,
Romanus orat: transfer hunc hædum mihi:
Sit dexter agnus: induatur vellere.

Porque esto, aunque cosa pia y elegante, no es sino una pia hipérbole y exageracion: la que por tanto, querer representarla en la tabla como que de hecho ha de suceder así; en ningun modo debe hacerlo el pintor erudito. Tambien es error el pintar en el Juicio final, resucitados á unos como á niños de tres años, á otros como que están en la edad juvenil, y á otros con muchas canas ya viejos y decrépitos. Pues todos en aquel gran teatro, así justos como réprobos, y los que murieron en pecado original, comparecerán en la edad perfecta; á saber en aquella en que los cuerpos, no teniendo impedidas las fuerzas del alma, habrian tenido la debida perfeccion y robustez: lo cual, por suceder regularmente en la edad de treinta y tres años, por esto dijo el Apóstol (2) que «todos compareceríamos como varones perfectos á la medida de la edad cumplida de Cristo:» y que esto sucederá tambien con aquellos de quienes acabamos de hablar, es sentencia comun y recibida de los doctores escolásticos con

(1) Prud. Peristeph., hymn. 10.
(2) Ad Ephes., 4, 13.

santo Tomas (1): ni es de extrañar; pues la misma sentencia llevan san Agustin, Hugo de san Víctor y otros muchos. Ni de aquí se sigue (cuyo aviso singularmente toca á los pintores) que todos así justos como condenados, quedando inmortales, tendrán los mismos lineamentos en las caras, los mismos semblantes, la misma estatura ú otras cosas semejantes, que como pertenecen á la variedad de la naturaleza segun ésta se halla en diversos individuos, pero sin ninguna monstruosidad ó deformidad; sin duda que deberá esto observarse despues de la resurreccion universal. Ni debe hacernos alguna impresion el que san Agustin en el lugar que acabamos de citar, parece que afirma ser esta una cosa muy incierta; porque «Todos resucitarán (dice) con un cuerpo tan grande como lo tuvieron ó habrian tenido en la edad juvenil; aunque no habrá inconveniente en que tengan forma de niños ó de viejos, donde no quedará ninguna flaqueza en el alma, ni aún en el cuerpo. Por lo que, si alguno pretendiese que cada cual resucitará en aquella forma corpórea que tuvo cuando murió, no debemos porfiar tenazmente con él.» Hasta aquí san Agustin. Lo que sin embargo no debe mover al pintor erudito para que deje de hacerlo del modo que hemos dicho. Porque este Santo Padre enemigo de contiendas, sólo pretende decir en el citado lugar, no ser esto tan cierto que sea artículo de fe: pero ello es tan cierto, que lo contrario parece improbable, como advirtió bien el Doctor eximio (2); y por los mismos fundamentos (contra lo que han dicho algunos que opinaron de diverso modo) realmente se convence que ni aún los cuerpos de los condenados despues de la resurreccion tendrán aquellos defectos que tuvieron en esta vida mortal. Por lo cual ninguno de ellos resucitará manco, mutilado, ciego, corcobado, cojo, zambo, ni con otro defecto semejante. Y la razon de esto, que es

(1) S. Thom., in 4, dist. 44, q. 3, quæstiunc. 1. S. Aug., l. 22, de Civ. Dei, c. 16 y 20. Hugo, tract. de Resurrect., c. 15.

(2) Suar. t; 2, in 3 p. q. 56, art. 1, disp. 50, sect. 5.

muy buena por ser de santo Tomás (1) es, porque la resurreccion es obra de Dios y de sólo Dios obrando milagrosamente: y que las obras de Dios sean perfectas, se echa de ver por el testimonio de la Sagrada Escritura.

11. Todavía se alejaría más de la verdad el pintor que entre todos los resucitados pintara solamente hombres y ninguna mujer, movido acaso de la opinion de algunos que pensaron sucederia así en realidad, engañados por el testimonio que citamos de san Pablo (2), donde se dice, que todos saldrán al encuentro á Cristo «como varones perfectos, etc.» Pero este es un vano delirio, por más que á ellos les parezca que les favorecen algunos de los Santos Padres, como san Basilio, san Atanasio y san Gerónimo (3), cuyo parecer no entienden bien los que se persuaden estar afianzados con la autoridad de tan grandes Padres de la Iglesia: pues los más graves de ellos siguen nuestra sentencia, que es la verdadera, áun aquellos que se alegan por la contraria, Tertuliano, san Agustin, san Juan Crisóstomo y Beda (4), á quienes con su acostumbrado juicio siguió santo Tomás: y lo que es más, san Gerónimo y san Atanasio, que se citan á favor de la primera sentencia, dicen expresamente lo contrario (5); y así será del caso poner sus mismas palabras: «Porque si esto te parece increible (dice san Atanasio) oye al Señor que dice á los saduceos, que en la resurreccion de los muertos, ni se casarán ni tomarán mujeres: no que (prosigue el mismo santo explicándose á sí mismo) dejen de resucitar hombres y mu-

(1) S. Thom., en el lugar ant.

(2) Ad Ephes., 4, 13.

(3) Basil., in Ps. 114. Athan., Serm. 3 contra Arrian. S. Geron., c. 4, ad Ephes.

(4) Tert., lib. de Resurr. carnis, c. 60 y siguient. Aug., de Civit, l. 12. Crys., hom. 71 in Matth. Beda in c. Luc. 20. S. Thom. in 4, dist. 44, q. 1, art. 3, quæstiunc. 3 y l. 4, contr. Gent., c. 88.

(5) S. Geron., Epist. 61, y Ep. 27. Athan., in quæstionib. ad Antiochen., q. 23.

jeres; porque en la resurreccion, los varones resucitarán varones, y las mujeres mujeres, como la misma Madre de Dios; pero serán, dice, como ángeles.» No podia decirse cosa más clara ni más expresa. Y por lo que toca á san Basilio, lo vindicó bien y elegantemente un autor moderno y erudito que citaremos luego. A estos y otros Santos Padres siguen comunmente los doctores escolásticos, que pueden verse á cada paso.

12. Comunmente digo, porque, lo que un autor por otra parte gravísimo, afirma con estas palabras (1): «Esto es cierto, como consta de la doctrina de todos los escolásticos, ni ningun católico pone duda en ello,» parece haberlo dicho menos advertidamente ó á lo menos con alguna exageracion. Ciertamente el erudito y doctísimo Padre Cornelio Alápide, hombre de cuya fidelidad y veracidad no se puede dudar (2): «Parece (dice) ser este el parecer de san Gerónimo y de otros que dicen que en la resurreccion no habrá diversidad de sexos. Y entre los escolásticos Escoto enseña expresamente in 2, dist. 20, que todas las mujeres á exepcion de la bienaventurada Vírgen, resucitarán en sexo varonil. Esto es lo que refiere Alápide. A lo que, valiéndose de la ocasion, responde tan clara y elegantemente el eruditísimo y gravísimo P. M. Fr. Miguel Perez monje Basilio, decano y catedrático jubilado de prima de Teología (3), uno de los teólogos salmanticenses que aún vive, á quien nombro por honrarle y reverenciarle, que no deja nada por tocar de lo perteneciente á ilustrar esta materia. Véale el erudito lector en el lugar que cito abajo, que no le pesará del tiempo y trabajo que gastare en ello. En suma, para comprehenderlo todo de una vez, si algunos Santos Padres parece que siguieron alguna vez la sentencia contraria, ó por decirlo mejor, este absurdo, se han de interpretar en buen sentido. De lo que fácilmente se entiende

(1) Suar., t. 2, in 3 part., q. 54, art. 1, disp. 43, sect. 3.
(2) Alap., in cap. 4 ad Ephes.
(3) Tract. Theolog. Bibl., dub. 7, pág. 578 y sig.

que así en el cielo como en el infierno, despues de la resurreccion no habrá diversidad de sexos cuanto al uso, pero sí cuanto á la substancia y existencia de ellos. He tratado esto acaso más largamente de lo que convenia y tenia intencion, dejándome llevar de la dignidad de la materia, que no tanto mira á los pintores cuanto á los teólogos.

13. Pero en lo que han pecado más sobre esta pintura los más excelentes artífices, sin exceptuar al incomparable Miguel Angel; es en la insolente y provocativa representacion de la desnudez de los cuerpos de ambos sexos, la que fué en tal grado en la pintura del referido pintor, que por mandado áun de los Sumos Pontífices fué precisado á enmendarla y corregirla, y á ponerla con más modestia por lo perteneciente á la desnudez de los cuerpos. Mucho he dicho arriba sobre este punto, y por tanto no quiero repetirlo aquí. Con efecto, respecto á lo que vamos tratando, no sólo es una cosa inútil y supérflua, sino que es cosa horrenda que en una pintura en que se nos representa y pone á la vista aquel estrecho juicio de los mortales, en que tendremos que dar cuenta á Jesucristo hasta de una palabrilla ociosa; en aquella misma pintura, digo, se nos suministre un ancho y espacioso campo para caer en pensamientos impuros. Omito de propósito otras cosas de menos importancia, particularmente no siendo tan frecuentes en las tablas y pinturas de los mencionados artífices. Porque el que Miguel Angel haya pintado sin alas á los ángeles, y á los demonios sin cola ni uñas, ya lo hemos referido y desaprobado arriba (1).

14. Resta ahora por complemento y remate de esta materia y de todo este libro, decir algo brevemente acerca de algunas imágenes de Cristo Señor nuestro, que son bastante frecuentes y que no tanto parece que refieren algun hecho, cuanto que son significativas de algun misterio. La primera de éstas, que es antiquísima, pues de ella hace mencion Ter-

(1) L. 2, c. 4, n. 6, p. 120.

tuliano (1) (lo cual sólo podria bastar para convencer á los herejes enemigos de las imágenes) es la imágen de Cristo en figura de pastor que está llamando y acariciando á los pecadores como á ovejas descarriadas, cuya imágen se veia grabada en los cálices sagrados; así como vemos ahora muchas veces pintado á Cristo en la misma figura de pastor, llevando en sus hombros una oveja: en lo cual no hay ningun error, por estár sacado esto evidentemente de las palabras y parábolas del Evangelio (2). Otra hay y bastante comun, en que pintan á Cristo teniendo en la izquierda al mundo en figura de globo y sobre él la señal de la cruz, y que le está dando la bendicion con su derecha; cuya pintura se ha introducido por su misma autoridad por competer singularmente á Cristo Señor nuestro lo que dijo Isaías (3): «¿Quién midió las aguas con su puño, y aderezó los cielos con su palmo? ¿Quién ha tenido pendiente de tres dedos toda la mole de la tierra? «Y lo del apóstol (4): «Por él le plugo reconciliar para sí todas las cosas, pacificando por la sangre de su cruz todo lo que hay en el cielo y enla tierra;» y otras cosas semejantes.

15. Otras hay más particulares: pues no es muy raro el pintar á Cristo como metido dentro de un lagar, y la cruz, como la viga que lo aprieta y exprime; de suerte que de las cinco llagas corra mucha sangre, que los ángeles están recibiendo en sus cálices. Lo que, si bien no contiene ningun error, pues parece que se toma expresamente de las palabras de Isaías, que dice en persona de Cristo (5): «Yo sólo pisé el lagar:» pero á decir la verdad, quisiera que no se pintara con tanta frecuencia, por no entenderlo ni percibirlo fácilmente, sino los que están algun tanto adelantados en la doctrina de la Iglesia y de la Sagrada Escritura. Otras vemos finalmente

(1) Tert., de Pudicit.
(2) Joann., 10. Luc., 15.
(3) Isai., 40, 12.
(4) Coloss., 1, 20.
(5) Isai., 63, 3.

(omitiendo las demás) en la cual se pinta á Jesucristo, que desgarradas sus carnes con azotes, coronado de espinas, y si mal no me acuerdo, traspasadas con clavos sus manos y piés, está arrodillado sobre la cruz orando á su Eterno Padre. Esta pintura la reprueba y tacha de errónea un autor de no poco nombre en esta materia (1), cuyas palabras no dudo ponerlas enteras aquí, para que no parezca que digo algo mio propio. «Es tambien (dice este autor) una pintura errónea y sobradamente grosera, la que representa al Salvador orando de rodillas delante de su Padre, sobre el patíbulo de la cruz. Contra la cual san Gregorio Nacianceno dice, lib. 4 de Teología: El Consolador Jesus no se postra y arrodilla ante los piés de su Padre á la manera de los esclavos, cuando suplican. Apártese del ánimo esta comparacion verdaderamente servil é indigna. Pues ni es propio del Padre el exigir una cosa tal, ni del Hijo el admitirla. A la verdad ora Cristo á su Padre, pero ni humillándose ni haciéndole súplicas: sino que entró en el Cielo como Pontífice en el Sancta Sanctorum por su propia sangre, para comparecer por nosotros á los ojos de Dios. Allí, manifestando las llagas de su cuerpo, pide, intercede, ruega, ó exige por nosotros.» Pero, si yo me viera precisado á decir modestamente mi parecer y opinion, no me atreviera á condenar de errónea dicha pintura. Porque el que Cristo orase por los pecadores, no arrodillado, (sino lo que es más) clavado en la misma cruz, consta de aquellas palabras del Evangelio: «Padre, perdónalos.» Y el que se le pinte arrodillado sobre la cruz, además de que pudo suceder por algun poco tiempo antes de ser crucificado, particularmente siguiendo la sentencia que preferimos arriba (2), de que Cristo fué puesto en la cruz estando en el suelo: Además, digo, que esto no denota que sucediese así; sólo es (segun á mí me parece) una pia meditacion, en que se demuestra que Cristo Señor nuestro ofrece á su Eterno Padre sus tormentos y muerte ignominiosa, y acerbísima: en todo lo cual no hay, á mi juicio, ningun absurdo.

(1) Mol., l. 2, c. 28.
(2) Cap. 17, n. 2, p. 408.

LIBRO CUARTO

DE LAS IMÁGENES DE LA SAGRADA É INMACULADA VÍRGEN, Y LO QUE PRICIPALMENTE SE HA DE OBSERVAR Y PRECAVER EN ELLAS.

CAPÍTULO PRIMERO

De las pinturas é imágenes de la sacratísima Virgen en general; y que es lo qué en ellas se ha de aprobar ó reprehender.

1. Ya que hasta aquí en todo el libro antecedente he tratado lo que me ha parecido más oportuno acerca de las imágenes de Cristo Señor y Salvador nuestro, prepárome ahora para tratar con algun órden, segun es mi ánimo, de las de la inmaculada Vírgen María. Pero antes debo advertir al lector, que no espere de mí en este lugar la solucion de las cuestiones más enredadas de la Teología, ni de los nudos más difíciles pertenecientes á la verdad de la historia; pues querer tratar esto por extenso, no es obra propia de mi asunto: siendo únicamente mi ánimo investigar y tratar (pero ciñéndome dentro los confines y límites de la materia) cuáles de-

ban ser las partes del pintor pio y erudito, dejando á otros la discusion de lo demás. Con efecto, como despues de las imágenes de Cristo, ningunas se ven con más frecuencia, y ningunas hay tampoco que sean más dignas que las de la Santísima Vírgen, me parece necesario dar algunos avisos á los pintores, para que nada cometan que sea contrario á la verdadera piedad y sólida erudicion, y en especial (que es es lo que más se ha de precaver), que nada practiquen que sea opuesto al decoro y á la honestidad. Ciertamente, aunque he dicho ya varias cosas sobre este punto, no pondré reparo en añadir algunas más; pues miro por tan grave esta materia, que no será inútil ni importuno repetir é inculcar lo mismo muchas veces á los lectores.

2. Primeramente: ¿quién habrá, que no haya visto imágenes de la bienaventurada Vírgen hechas por excelentes artífices, pintadas ó trabajadas con cierta hermosura afectada y poco decente? ¿Quién habrá que no haya visto á las mismas, no á la verdad desnudas, sino vestidas en gran parte con poca decencia, y no segun correspondia á una majestad y honestidad tan elevada? ¿Sin tapar su cabeza con algun velo, suelto el cabello y tendido por su blanco cuello, descubierta su cerviz, y lo que es más, sus pechos castísimos, exponiéndolos á la vista de todos: sus piés por fin, ó enteramente desnudos ó descalzos con ligeras sandalias? Por no decir nada por ahora del color y brillantez de sus vestidos, sobre que diremos algo más abajo. Todo hombre cuerdo conoce muy bien cuánto se alejan estas y otras cosas semejantes de la recta razon, por más que la audacia de algunos pintores (que ellos ostentan como valentía y pericia en el arte) se haya propasado hasta querer pintar cosas monstruosas, antes que otras decentes y honestas. No soy yo tal, que niegue ó que quiera dudar que la beatísima é inmaculada Vírgen, fuese de una hermosura en su semblante y en todo su cuerpo, y que tuviese tal gracia en su boca y castísimo rostro, que llenara de admiracion y llevara tras sí los ojos de cuantos la miraban. No soy tal, digo: pero sí niego, que para representar á la Vírgen, sea preciso valerse de vanos afeites

poco conformes á las leyes del decoro y de la modestia. ¿A qué fin, en lugar de la inmaculada Vírgen purísima en el alma y en el cuerpo, y por decirlo de una vez, en lugar de la santísima Madre de Dios, representarnos y ponernos á la vista á las Junos de Samos, á las Helenas de Esparta ó á las Venus de Gnydo? Sé muy bien, que un Doctor de la Iglesia, escritor de mucho nombre y de singular piedad, dijo una cosa que puede en cierta manera favorecer á este mal modo de concebir y de opinar: pues hablando con la sagrada Vírgen, le dice (1): «Excedes en la hermosura de la carne á todas las mujeres, y en la excelencia de santidad, sobrepujas á los ángeles y arcángeles.» Pero estos y semejantes elogios se han de concebir y tomar con prudencia y madurez. Pues, si hablamos de la hermosura de la bienaventurada Vírgen, unida (por explicarme así) con todas las demás circunstancias ó tomada *en concreto* (si le es permitido á un teólogo hablar en frase de la escuela) esto es, junta con aquella modestia singular y casi divina, con aquel resplandor de virtud y santidad que despedian sus virginales ojos: de este modo, no tiene duda, que la Santísima Vírgen sobrepujó en la hermosura de la carne á todas las mujeres. Pero, si la hermosura se toma simplemente y *en abstracto*, yo no veo que sea necesario decir (lo que sin embargo dejo al juicio de otros más doctos) que la santísima Madre del Salvador excediese en la hermosura de la carne á cuantas mujeres ha habido y hay ahora: particularmente, por consentir esta hermosura del cuerpo, en especial entre los europeos, en la blancura del color, mezclada con cierto resplandor encarnado en las mejillas. Y que la sacratísima Vírgen en ninguna manera tuvo este color cándido y de leche, fuera de que nos lo enseñan algunas descripciones de autores antiguos, que escribieron sobre esta materia, paréceme á mí verlo claramente en aquel divino Libro de los Cantares, donde se da á entender algunas veces esto mismo, cuando se habla en persona de la inma-

(1) S. Buenaventura.

culada Vírgen: tal es aquello (1): «Morena soy, pero hermosa ó hijas de Jerusalen.» Y estotro (2): «No mireis que soy morena.» Lo que esclarecidos expositores y de mucho nombre, que han interpretado el Libro de los Cantares, entienden literalmente de la Santísima Vírgen. Y con gran razon; porque ¿quién se persuadirá que la inmaculada Vírgen resplandeciese más en el candor y blancura como de rosa, que las mujeres europeas, italianas, franceses y flamencas, por no decir nada de las españolas? Y así, entienda cada cual como mejor le parezca, aquel pio elogio, el cual sin embargo consta ser, no sólo verdadero, sino verdaderísimo, si sabia y prudentemente se entiende con el temperamento que hemos insinuado.

3. Pero bien: sea enhorabuena la bienaventurada Vírgen el principal modelo de gracia y de hermosura carnal y corpórea, pregunto: ¿No es tambien, y con mucha más razon, el principal ejemplar y modelo de pureza y santidad? Eslo sin duda. Pues ¿á qué pintárnosla los artífices, por más sobresalientes que sean en su profesion (los que ciertamente se muestran menos circunspectos en esta parte) del modo que antes hemos referido? Qué ¿acaso para ostentar, no sé si diga su pericia ó su ligereza? Porque ¿á qué viene el pintar á la Vírgen, maestra y dechado de todas las vírgenes, descubierta la cabeza? ¿A qué, el cabello rubio, esparcido y tendido por el blanco cuello? ¿A qué, sin tapar decentemente aquellos pechos, que mamó el Criador del Mundo? ¿A qué finalmente (omitiendo otras muchas cosas) el pintar sus piés, ó totalmente desnudos, ó cubiertos con poca decencia? sin embargo de que san Clemente Alejandrino, con conceder solamente á los hombres el llevar algunas suelas para defender sus plantas de los tropiezos y ardores de la arena (3), reprueba toda desnudez en los piés de las mujeres. Omito aquí

(1) Cant., 1, 4.
(2) Ibid., v. 5.
(3) Clem. Alex., in Pædagog., lib. 2, c. 11.

el que las imágenes antiguas de la Santísima Vírgen, particularmente las que se veneran en las naciones del Oriente, rara vez, ó nunca, la representan sino de medio cuerpo, para quitar á los más débiles toda ocasion de algun pensamiento vano ó impuro. Yo afirmo entre tanto, que todo pintor pio y sensato, debe pintar á la bienaventurada Vírgen con la mayor honestidad y gravedad que sea posible: aunque entre nosotros esté recibido el pintarla de cuerpo entero, sentada ó en pié, conforme toda su estatura.

4. Y para que no parezca, que en estas y otras cosas, que omito de propósito, he dicho algo contra mi costumbre, libremente y sin bastante fundamento, quiero poner aquí un pasaje entero de un autor, no de los muy antiguos ni de los de mayor fama, lo que confieso; pero sin embargo de un autor tal, que mucho tiempo hace ha merecido por sus escritos el que hagan algun caso de él los eruditos. Este es Nicéforo Calixto, el cual hablando de la sacratísima Vírgen, dice (1): «Sus costumbres, aspecto y estatura fueron tales, como dice san Epifanio: Se portaba en todo con honestidad y gravedad, hablaba muy poco, y solamente lo necesario: oía á los demás con agrado y afabilidad, dando á cada cual el honor y reverencia que le era debido: fué de mediana estatura, aunque algunos dicen que excedió algun tanto la regular.» Y pôco despues: «Su color tiraba al del trigo.» Observen ésto los que dicen que la Vírgen fué muy blanca; pues el color parecido al de trigo, es evidente cuál es: y las mujeres que lo tienen, no sin elogio de su hermosura, se llaman en nuestro idiotismo patrio *trigueñas*. Pero oigamos otra vez á Nicéforo: «Tuvo (añade) el cabello rubio, los ojos vivos, de color bajo, y parecido al de la aceituna. Era algun tanto morena, tenia arqueadas las cejas, la nariz larga, hermosos los labios y acompañados de una gran suavidad de palabras, el semblante no redondo ni agudo, sino algun tanto carilargo, y largas las manos y los dedos. Era finalmente enemiga de todo fausto, sencilla, y que

(1) Niceph., lib. 2. Hist. cap. 23.

en ninguna manera fingia su rostro, no llevando nada consigo que oliera á delicadez, y venerando siempre la virtud excelente de la humildad. En cuanto á los vestidos que usó, se contentó con el color natural, que tenia la ropa, lo que todavía manifiesta hoy el santo velo de su cabeza; y para decirlo en una palabra, en todas sus cosas, se le echaba de ver un agrado celestial.» Hasta aquí Nicéforo, el cual no introdujo en todo esto cosas nuevas, sí sólo refirió las antiguas, y lo que en efecto habian dicho los mayores, pues lo mismo habia escrito antes san Anselmo (1), lo mismo san Juan Damasceno, Beda, y tambien (omitiendo á los demás) san Epifanio, de quien es el testimonio, de que se vale el mismo Nicéforo.

5. Baste esto para instruir al pintor, por lo tocante á la forma exterior de la inmaculada Vírgen; pero la hermosura verdaderamente celestial y divina, que resplandecia en su rostro por el conjunto de su virtud y santidad, no pienso, que haya alguno que sea capaz, no sólo de representarla con el pincel, pero ni de poderla concebir con el entendimiento. Pues por lo que toca á esta hermosura y á sus santísimas costumbres, llenos tenemos los libros de los Santos Padres, de suerte que seria difícil el juntar lo que solamente san Ambrosio ha escrito en varias partes sobre este excelente asunto. Mas por lo que respeta al color de sus vestidos, que es otra de las cosas que toca particularmente á los pintores, nada hay más frecuente entre ellos, áun los que suelen pintar con más decencia y modestia, que atribuir á la Vírgen un manto de color cerúleo muy resplandeciente, y como ellos mismos lo llaman, color de ultramar; y además, una túnica de color totalmente purpúreo, y sobremanera encarnado Lo que, como se haya introducido ya por autoridad de la costumbre, y sólo por esto no sea reprehensible, con todo seria lo mejor pintarla vestida con ropa de colores más sencillos y más propios de su virginal modestia, como son el color

(1) S. Anselm. Damasc., orat., 11 de Nativ. Virginis.

pardo y blanco, ó ambos juntos. Ya hemos visto por lo que dice Nicéforo (y con las mismas palabras lo dice san Anselmo) que la Vírgen se contentó con usar de vestidos de lana del mismo color nativo: este, casi no es otro, sino el color pardo y blanco, que no sobresale, y suele llamarse gris. Por lo que, si los pintores usaran de estos dos colores solamente, se conformarian mucho más, segun mi juicio, con la modestia y sencillez virginal de la Madre de Dios. Todo lo dicho podria confirmarse con muchas razones; pero si alguno quiere instruirse de esto más á fondo, lea al laborioso escritor de la vida y excelencia de la Vírgen, en los lugares que cito abajo (1): aunque algunas citas de autores que se refieren en este libro, se alegan con poca fidelidad, acaso por incuria ó falta del impresor.

6. Pintan tambien muchas veces á la Madre de Dios (y con gran razon, por ser esta una de las principales insignias de su majestad y dignidad) teniendo en sus brazos al Niño Jesus, ó adorándole reverentemente, dormido y recostado sobre una almohada ó colchoncillo, en cuya atencion canta piamente la Iglesia: «Adoró al mismo que engendró.» Hasta aquí todo me parece bien: pero no, el que (2) «Los pintores (son palabras no mias, sino de un grave teólogo muy versado en esta materia) suelen frecuentemente pintar ó esculpir desnudo al Niño Jesus; por cuyo motivo les reprehenden muchos varones de gran piedad y prudencia. Porque ¿qué puede haber de edificacion en semejante desnudez? ¡Y ojalá no se originara de aquí ninguna ruina ni escándalo á los párvulos y flacos! Guárdense, pues, lo pintores (prosigue el mismo autor) de experimentar con daño propio lo que dice el Señor (3): Al que escandalizare á uno de estos párvulos que creen en mí, mejor le fuera que le fuera colgada del cuello

(1) R. P. Fr. Joseph de Jesus María, Carmel. Desc., lib. 1, cap. 41, y sig., y lib. 1, cap. 15, n. 4 y 5.

(2) Molan., lib. 2, c. 42.

(3) Matth., 18.

una piedra de molino y que fuera anegado en el profundo del mar. ¡Ay de aquel hombre por quien se origina el escándalo! Ciertamente si quieren atender á las pinturas antiguas, advertirán con facilidad que en ellas el Niño Jesus está pintado con decencia y honestidad, y que ellos se apartan mucho de la sencillez de los mayores.» Hasta aquí el citado autor. A lo que, por lo que vamos tratando, nada me queda que añadir: porque el que pinten ó representen á la Vírgen con otros adornos, á saber, con corona en la cabeza, como la pintan muchas veces, y algunas con el cetro en la mano, es cosa pia y no errónea; pues con esto solamente se significa la majestad é imperio de la sacratísima Vírgen, á quien frecuentemente saluda la Iglesia como á Señora y Reina, no sólo del mundo, si tambien de los ángeles y de todos los santos. Si ocurren otras cosas más particulares (como ciertamente se ofrecerán) las iremos notando más oportunamente en sus propios lugares.

CAPÍTULO II

De las imágenes y pinturas de la Concepcion de la Bienaventurada Vírgen y de las de su Natividad.

1. Está ya tan recibida en la Iglesia la pia y verdadera sentencia de que la sacratísima Vírgen en el primer instante de su animacion prevenida por la divina gracia, fué santificada en el vientre de su madre; y la abrazan y sostienen con tan firme adhesion todos los hombres pios y eruditos, que con mucha razon prohibió la Silla Apostólica y mandó en su edicto, que nadie afirmase y mucho menos defendiese la sentencia contraria. Y como el misterio de la Purísima Concepcion de la Vírgen, se funda en esta santificacion que hemos dicho, de la cual se ven frecuentemente imágenes y pinturas, me parece muy del caso notar en breves palabras, lo que más regularmente puede ocurrir acerca de esta imá-

gen: yo en especial, que con formales palabras he jurado afirmar, predicar y defender este misterio; y soy uno, aunque el inferior de todos entre los teólogos de la Real junta que están diputados para promover este mismo misterio: y que finalmente, no quiero, ni puedo olvidarme de que esta misma pia sentencia la defendió acerrimamente el santísimo doctor y mártir san Pedro Pascual, singular honor de mi sagrada Orden (como lo he defendido por escrito contra algunos eruditos) cuando con mucho fruto de sus discípulos estaba enseñando Teología. Este santo doctor, que nació en el año del Señor MCCXXVI, y consiguió la palma del martirio en el de MCCC, dice así en una obra bastanta célebre, de la que todavía restan ejemplares y á quien (acomodándose á la costumbre de aquellos tiempos) dió el nombre de Biblia pequeña (1) de cuya obra y trabajo lleno de piedad é instruccion he dicho mucho en la Apología que trabajé, á favor del estado religioso de este santo doctor y mártir. Sus palabras pues traducidas con la mayor fidelidad del idioma lemosino, dicen así: «Conviene pues, entender y creer (y esto por una gracia particular), que esta mencionada Vírgen es aquella de quien dicen los proverbios de Salomon, que fué elegida ante toda creacion para ser Madre de Dios. Luego la dicha Vírgen estuvo siempre en gracia de Dios... y quiso que fuese preservada del pecado original (que era mortal) y de cualquiera otra injuria que la pudiese afear. Esto lo hizo Dios por una gracia particular, como que era de quien habia de tomar su carne... Pues si la Vírgen María hubiese contraido la mancha del pecado original, deberia decirse que algun tiempo fué enemiga de Dios: lo que, ni se debe decir ni creer; sino al contrario, que antes y despues de su concepcion fué querida de Dios y estuvo siempre en su gracia. Esto hizo Dios y pudo hacerlo por una gracia particular, así como hizo que los tres muchachos, etc.»

2. Tienen bastante noticia, segun pienso, áun los me-

(1) S. Pedro Pascual en la Biblia pequeña, tit., 23, n. 71, pág. 361.

nos instruidos, que la pintura ó imágen del misterio de la Inmaculada Concepcion de María se ha tomado de lo que san Juan en su Apocalipsis llama una grande señal, la que describiéndola dice (1): «Apareció en el cielo una grande señal: una mujer vestida del sol, y la luna á sus piés, y en su cabeza una corona de doce estrellas;» lo que dicen muchos (que no es de mi asunto el referirlos aquí) deberse entender, no sólo de la Iglesia Militante, sino tambien particularmente de la Santísima Virgen en el misterio de su purísima Concepcion. Y así, el que pintare mejor y con más viveza la señal que describe el Evangelista, éste será tambien, el que pintará mejor y más propiamente, la Inmaculada Concepcion de la soberana Señora. Mas, sobre de que manera y con qué colores deba pintarse, lo dice bien y elegantemente, como que trataba cosas propias de su oficio, el pintor muchas veces citado, que con razon mereció el nombre de erudito (2) á donde remito al lector por lo tocante á esta descripcion, contentándome con advertir algunas cosas. Porque en primer lugar, se ha de pintar á la Vírgen en este misterio, de edad, segun á mí me parece, muy tierna, como es la de diez ó doce años, y no como frecuentemente nos la representan los pintores: por ser aquella edad, en la que ordinariamente se nos representa la hermosura más ajena de mancha y con mayor pureza. Fuera de esto, su vestido no ha de sujetarse á las leyes que referimos arriba (3), pues esta imágen no debe ni puede pintarse segun la fe de la historia, porque la sacratísima Virgen en aquel primer instante en que fué animada y santificada plenísimamente no fué vestida con alguna vestidura ó adorno corporal, sino adornada de gracia y dones celestiales. Píntesela, pues, con una túnica blanca y resplandeciente, bordada, si así se quiere, con flores de oro y con un manto ceruleo, ancho y brillante cuanto

(1) Apoc., 12, 1.
(2) Pacheco, pág. 481; en las Adic.
(3) Cap. 1, n. 4.

sea posible, Pues de esta manera (además de representarse mejor á la vista la admirable dignidad del hecho) se apareció la purísima Señora, como lo notó el referido pintor, á la nobilísima vírgen portuguesa Beatriz de Sylva, fundadora de la orden de la purísima Concepcion, que confirmó el Papa Julio II, el año de MDXI. Y además del vestido del sol y de las estrellas, se le debe pintar tambien la luna á sus pies: pero no del modo que han acostumbrado practicarlo algunos pintores, esto es, mirando arriba las puntas ó extremidades de la luna, sino al contrario, mirando abajo. Este es aviso de un erudito intérprete del Apocalipsis, cuyas palabras pongo aquí (1): «En la conjuncion del sol, de la luna y de las estrellas. veo que yerran frecuentamente los pintores vulgares. Pues éstos suelen pintar la luna á los piés de la soberana Señora vueltas sus puntas hácia arriba: pero los que son peritos en la ciencia de las matemáticas, saben con evidencia que si el sol y la luna están ambos juntos, y desde un lugar inferior se mira la luna, por un lado, las dos puntas de ella parecen vueltas hácia abajo, de suerte, que la mujer (de que allí se habla) estuviese, no sobre el cóncavo de la luna, sino sobre la parte conveja de ella. Y así debia suceder para que la luna alumbrase á la mujer que estaba arriba.» Hasta aquí el citado intérprete. Finalmente, si sobre la cabeza de la Vírgen ó bien en el cielo abierto, se quiere pintar al Padre Eterno, como lo han representado varias veces los pintores, añadirá esto gracia y hermosura á la pintura.

3. Algunos pintores sabios añaden á esta imágen otras cosas que no son de mi intento el referirlas, por haberme propuesto solamente en esta tal cual obra advertir á los pintores las cosas que necesitan de correccion y enmienda, y se introducen acerca de pintar ó esculpir las imágenes sagradas. Por tal juzgo lo que yo mismo he observado en algunas imágenes (bien que antiguas) de la Purísima Concepcion: esto es, que en ellas se veía á la Santísima Vírgen es-

(1) Alcazar en el Apoc., al c. 12, v. 1, p. 616.

trechando con sus brazos al Niño Jesus. No porque esto se haya de condenar por error, que no lo puede ser para los que saben que la gracia original se confirió á María en vista de que habia de ser digna Madre de un tal Hijo; pero con todo sería lo mejor pintarla en este misterio de su Inmaculada Concepcion, juntas las manos ante el pecho: así, por ser esto lo más recibido, como tambien, porque de esta manera se da mejor á entender aquel instante, en que fué concebida, adornada de gracia tan superabundante para concebir despues con la debida santidad y pureza al mismo Verbo del Eterno Padre, que tomó carne en sus entrañas. Más ocasion de tropiezo puede ser, lo que yo mismo he visto tambien alguna vez: á saber, pintada á la Vírgen en este misterio, juntas las manos ante el pecho sí, pero llevando en su vientre virginal al Niño Jesus, ceñido ya con la corona, y sustentando con su mano el mundo en figura de un globo, Y aunque á algunos, que estaban presentes, les pareció que dicha imágen respiraba piedad; pero yo, salvo el juicio de los demás, juzgo que absolutamente no se puede admitir: no sólo, por precaverse y alejarse más de este modo algunos incautos y necios pensamientos; como por contener dicha pintura una novedad insólita, la que siempre debe huirse: enseñándonos el apóstol (1) que no solo se han de huir las novedades profanas en las cosas, sino tambien en las palabras.

4. Por lo que respeta á la Natividad de la Vírgen, insistiendo en lo que es de mi propósito, apenas se me ofrece nada que decir. Pues, el que aquella muchas veces santa y bendita mujer santa Ana, madre de la Madre de Dios que nos dió á luz un tan grande fruto, como es la Vírgen Santísima, bendita entre todas las mujeres, á quien por tanto todo hombre pio puede aplicar con muchísima razon aquello del poeta lírico: «O matre pulchra filia pulchrior:» Que santa Ana, digo, se pinte como recien parida, recostada en la cama, sirviéndole diligentemente las criadas: Que el venera-

(1) Ad Tim., 1, c. 6, v. 20.

ble y santo padre de la misma Vírgen san Joaquin, se pinte, ó teniéndola en sus manos doblando ambas rodillas, levantados los ojos al cielo, como ofreciéndola á Dios y dándole gracias por esta dulcísima prenda, ó bien, sentado y pasmado de ver la hermosura de la hija recien nacida, presentándosela alguna mujer ya mayor, ó tal vez de otro modo (aunque los que hemos indicado, parecen los más aptos y conformes al decoro); no se contiene en todo lo dicho ningun error ni absurdo. Pero lo seria, y muy grave, si (lo que hicieron muchos, como lo afirma el pintor muchas veces citado (1), por ostentar segun ellos piensan, su pericia en el arte, ó por mostrar su vanidad, segun yo pienso) seria, digo, un grande error el representar desnuda á la Santísima Vírgen recien nacida. Porque, si el pintar desnudo al Niño Jesus, áun en su infancia, lo reprehendimos antes con harto motivo, ¿con cuanta más razon abominaremos esto mismo en la representacion de la bienaventurada Vírgen, á quien, además de las comunes reglas del decoro y de la honestidad, se le debe por el sexo una reverencia más circunspecta y más cauta? En cuanto á lo que se añade á dicha pintura por vía de adorno, para siginficar que el parto de santa Ana estuvo sujeto á las leyes generales; si estas cosas son modestas, y segun las reglas del decoro, son muy conformes al sentido de la misma Iglesia, que ya alguna vez nos ha enseñado que el parto de santa Ana, aunque mujer santísima, no se exceptuó de las leyes comunes.

5. Pero, así como arriba dijimos algo del gloriosísimo nombre de Jesus, esto es, que suele pintarse con ciertas letras dentro de un círculo que representan los rayos del sol, es justo decir tambien algo aquí del glorioso nombre de María, que suelen pintarle y describirle á la manera del nombre de Jesus. Con efecto, este bendito nombre, lleno de dulzura y suavidad, sobre el cual han escrito muchas cosas y muy pias los Padres de los siglos posteriores (los cuales pueden

(1) Pacheco, p. 487.

verse por extenso en el celebérrimo predicador portugués del siglo pasado) (1), empezó á celebrarse en algunas iglesias y ordenes regulares, cuya solemidad extendió despues á toda la Iglesia universal el pontífice de pia y feliz memoria Inocencio XI, señalándole para su culto la dominica infraoctava de la Natividad de la Vírgen, particularmente por la causa que en la misma festividad se refiere con estas palabras: «Cuyo nombre venerable (esto es, el de María) que ya habia tiempo que se celebraba con culto particular en algunas partes del orbe cristiano, Inocencio XI, romano Pontífice, por haberse conseguido en Viena de Austria, bajo el patrocínio de la Vírgen María, la insigne victoria contra el feroz tirano de los turcos que insultaba al pueblo cristiano; para monumento perpétuo de tan gran beneficio..... mandó que se celebrase todos los años en la Iglesia universal.»

6. Y para que se haga evidente cuánta ha sido la devocion y reverencia que se ha tenido en nuestra España de muchos tiempos atrás á este bendito nombre de María, quiero poner aquí una cosa, que ni áun la saben muy bien los mismos españoles. Hubo en Valladolid un varon recomendable por su celo y piedad, pintor de profesion y excelente en su arte, como lo indican bastante las pinturas que nos restan, con el nombre de Diego Valentin Diaz. Este, no sólo del dinero que ganaba con su arte, si tambien de la opulenta herencia de su hermano que habia muerto en América, mandó edificar un colegio para alimentar y educar huérfanas de honesta condicion, consiguiendo dedicar la iglesia (que es bastante capaz y que hermoseó él mismo en gran manera con muchos adornos y pinturas) al dulcísimo nombre de María. Todavía existe el edificio, no sin algunas señales (segun dicen) de cuán acepto habia sido á Dios; lo que no es menester referir aquí. En esta misma Iglesia está enterrado el fundador de una obra tan pia, debajo de un epitafio digno de que se traslade aquí, particularmente siendo fama comun de que él

(1) P. Ant. de Vieyra, Serm. del Nombre de María.

mismo lo compuso cuando vivo, como han hecho tambien otros hombres insignes en piedad y doctrina. El epitafio dice así: «Esta Iglesia hizo, y la dedicó al Nombre de María Santísima, Diego Valentin Diaz, pintor, Familiar del Santo Oficio. Para cuya conservacion y remedio de las huérfanas de su colegio, dejó toda su hacienda. Y aunque de todo se le dió el patronazgo, fué su voluntad se dé al que sea más bienhechor. Y á él y á doña María de la Calzada su mujer, se les deje esta sepultura. Fué á dar cuenta á Dios año de 1660. Ayúdesele á pagar el alcance rogando á Dios por él.»

CAPÍTULO III.

De las pinturas é imágenes de la presentacion de la Vírgen, y de su Desposorio.

1. Aunque parece que en toda la Escritura se observa un alto silencio por lo perteneciente á las cosas de la Santísima Vírgen, á su educacion, hechos y obras santísimas; sin embargo, han dicho tanto posteriormente los Padres y doctores de la Iglesia sobre este punto, que es justo creer lo sabrian, ó por haber leido los códigos de los escritores antiguos, que perecieron despues por la injuria de los tiempos, ó que pasando como de mano en mano, lo aprenderian por la tradicion; particularmente desde el tiempo de san Epifanio obispo de Chipre, que floreció en el siglo IV de la Iglesia, y murió á principios del V. Lo que en tanto es verdad, que considerados y examinados con rigor estos y otros testimonios tocantes á esta materia, con razon la Iglesia romana, maestra siempre de la verdad, restauró de nuevo y restableció la festividad de la Presentacion de la Vírgen en el Templo, la que, como cosa menos cierta y averiguada, ó á lo menos algo nueva, habia quitado ella misma del catálogo de las fiestas y solemnidades que solia celebrar. Sobre lo cual, (para que no quede defraudado del justo elogio) dicen que fué el agente

y promotor de dicha fiesta, Francisco Turriano, varon de mucho nombre. Este, como lo prueba por extenso otro escritor de la misma religion igualmente pio y docto, fué el primero que emprendió una obra tan digna de alabanza. Pero óiganse las mismas palabras, aunque algo largas, de este sabio escritor, por contenerse en ellas una noticia no vulgar, y que la ignoran muchos que cada dia están manejando libros. Dice pues (1): «Finalmente, como hubiese llegado (Turriano) á la última vejez, escribiendo en Roma, murió santatamente el mismo dia de la Presentacion de la bienaventurada Vírgen, y no sin algunas muestras de benevolencia de la misma Señora para con Francisco Turriano. Pues, como el romano Pontífice Pio V hubiese quitado del breviario, como menos antigua, la fiesta de la Presentacion, sacó nuestro Turriano de su tesoro recóndito de antigüedades, autores antiquísimos griegos y latinos, probando con sus testimonios, que Padres antiguos y santísimos habian conocido y celebrado mucho tiempo habia, la fiesta de la Presentacion. Y así logró con su exquisita erudicion, industria y diligencia y por la gran devocion que tenia á la Vírgen, que se restaurase de nuevo y se restituyese á la Iglesia católica esta solemnidad, que se habia extinguido: cuya piedad fué del agrado de la Santísima Vírgen, y (como es de creer) consiguió por su intercesion pasar á mejor vida el mismo dia de la Presentacion (que habia defendido con tanto esfuerzo) el año del Señor de MDLXXXIV.» Todo lo compendió, como acostumbra, el esclarecido autor de la Biblioteca Española (2), el cual, hablando de Turriano, dice: «Murió en Roma en 1584, el mismo dia de la Presentacion de la Vírgen, cuya antigüedad, como hubiese defendido, consiguió que se restituyese á los fastos de la Iglesia, de donde se habia quitado.

2. En la descripcion de este hecho pintan regularmente los pintores á la Vírgen de muy tierna edad, y con razon,

(1) Pedr. de Rivadeneyra, de Scriptor. Soc., p. 73.
(2) D. Nic. Ant., Bibl. Hisp., 1, 2, p. 372.

pues segun la comun y recibida opinion, no tenia entonces más de tres años: de manera que se apartó mucho de la verdad un pintor, el cual (segun refiere otro, á quien hemos citado muchas veces) (1) describiendo este mismo hecho la representó como de edad de diez y seis años. Píntanla tambien adornada con un rico vestido, lo que no me parece mal, por ser creible que sus santos y piadosos padres, como á niña muy tierna, la adornarian con mucha decencia, y que así la ofrecerian al Señor, para que en el Templo en lugar proporcionado separado de los hombres y destinado á este fin, se dedicara con las demás vírgenes al ayuno, á la oracion y á leer tambien el hebreo, pasando así una vida inocentísima, conforme convenia á la que ya estaba destinada de Dios para la excelsa dignidad de Madre suya. Compendiólo todo elegantemente san Damasceno con aquellas palabras que en esta solemnidad canta la Iglesia (2): «Es llevada (dice) al Templo y plantada despues en la casa de Dios y alimentada por el espíritu; á la manera de olivo fructuoso, queda hecho domicilio de todas las virtudes: como que habia abstraido su mente de toda la concupiscencia de esta vida y de la carne, y que habia conservado vírgen su alma junto con el cuerpo, como convenia á la que debia recibir en su seno al mismo Dios.» Aquí fué, aquí fué sin duda, donde creciendo poco á poco en edad, creció tambien su santidad junto con la inmaculada Señora; de suerte que un antiguo y elegante panegirista de sus virtudes, dice tales cosas, que no puedo dejar de trasladarlas aquí, el cual despues de haber dicho algunas cosas en general tejiendo el panegírico de María, añade (3): «Qué diré yo de su parca comida y de su grande inclinacion á hacer bien? Esta fué más que natural y sin alteracion en todos tiempos, y aquélla tan escasa, que apenas

(1) Pacheco, Arte de la pint., p. 491.
(2) Dam., l. 4 de Fid. Orth., cap. 15.
(3) S. Ambr., l. 2 de Virginib.

daba á la naturaleza lo que exigia y era como un continuado ayuno cada dia. Y si alguna vez le instaba la gana de comer, su comida regular era precisamente para vivir: no para servirle de regalo alguno. Nunca apeteció el sueño, sino cuando le fué necesario; y sin embargo, cuando descansaba el cuerpo, velaba el ánimo, que suele muchas veces en sueños recorrer lo que ha leido antes, ó atar y trabar las cosas que interrumpió el mismo sueño ó ejecutar lo que estaba ya preparado ó anunciar lo que se debe hacer. Hasta aquí san Ambrosio.

3. Pero volvamos al camino, de donde (aunque con mucho gusto) nos habian apartado algun tanto las alabanzas de la Vírgen. Representan despues los pintores á la muy tierna niña subiendo por sí sola y sin ayuda de nadie las gradas ó escalones; con tal alegría de ánimo, que á los que asistian y particularmente á sus padres les llenaba de gozo y admiracion. Hacen en esto igualmente bien: pues de quince gradas, como afirma Josefo (1), constaba la escalera por donde se subia; pero no al altar como con demasiada inadvertencia y llevado (segun á mí me parece) de su propia imaginacion, escribió el pintor muchas veces citado (2). Pues, ni á la purísima Vírgen la llevaron sus padres al altar del Templo, que era muy distinto de los nuestros; ni tampoco era costumbre entre los hebreos, que los que se destinaban al templo, y mucho menos las mujeres, se ofrecieran en el altar sino en aquel lugar y habitacion donde la Vírgen Santísima habia de vivir con las demás vírgenes. Porque el que hubiese en el templo un tal lugar dividido oportunamente con sus casillas y habitaciones para que las vírgenes y otras mujeres dedicadas al culto divino, pudieran habitar cómodamente, lo dice el mismo Josefo, á quien mas expresamente que otros sigue san Ambrosio (3): y que en aquellos tiempos antiguos, aún durante el templo de Salomon, hubo semejantes habitacioncillas, se

(1) Antiquit. Jud., l. 6, c. 6.
(2) Pacheco, Arte de la pint. en las Adiciones.
(3) Joseph., en el lug. ant. S. Ambr., l. 2 de Vírg.

colige bastante de la misma Escritura, donde leemos que Josabá hija del rey Jorám, hermana de Ochozías, robó á Joás hijo de Ochozías de en medio de los hijos del rey (1): y añade: «Y estuvo con ella escondido seis años en la casa del Señor.» Y que esto mismo se observase en el Templo, que se edificó despues, lo da á entender lo que se refiere en los libros de los Macabeos, donde hablando el historiador de cierta calamidad que amenazaba al pueblo,dice (2): «Las vírgenes tambien que estaban encerradas, salian al encuentro á Onías.» Lo que con bastante comodidad parece poderse entender de las vírgenes encerradas en el templo y dedicadas al servicio divino. Y aún antes del mismo templo de Salomon, se hace mas clara y expresa mencion de esto cuando se habla de las mujeres que dormian en la entrada del Tabernáculo (3). Pero el que quiera instruirse más sobre este particular, vea al padre Pedro Canisio, escritor pio y erudito (4), el cual ha juntado muchas cosas sobre cuanto pertenece á la Sagrada Vírgen. Pasemos ya á lo que falta que notar sobre esta materia.

4. Nuestros pintores, en las imágenes de la Presentacion de la Vírgen, pintan en la cumbre de la escalera á un sacerdote, que con los brazos abiertos está recibiendo á la dichosa Infanta, y nos representan, no á un sacerdote como quiera, de los muchos que servian en el Templo, sino al Sacerdote Sumo, como se echa de ver por sus insignias, á saber, por llevar puesta la tiara, y además, el superhumeral y racional, y por otras semejantes. Suelen los pintores tropezar en esto con frecuencia; lo que proviene de la ignorancia de los cargos y dignidad que tenia el Sumo Pontífice en el pueblo de los hebreos, la que fué en tanto grado, que rara vez le veia el pueblo, el cual le tributaba un grande respeto, ya desde que entraba en el atrio del Templo: cuya explicacion no es de mi

(1) Reg., 4, 11, v. 2 et 3.
(2) Mach., 2, 3, v. 19.
(3) Exod., 38, v. 8. Reg., 1, 2, v. 22.
(4) Pet Canis., l. 1. de Deip., c. 12.

asunto. Baste por ahora haber referido lo dicho, para que se haga más clara y manifiesta la ignorancia de muchos pintores. Con efecto, no pocos autores afirman y enseñan (bien que esta es una cosa muy oscura) que el sacerdote que recibió á la Vírgen cuando ésta se ofreció en el Templo, no fué otro sino Zacarías. Pero, que éste no fué Sacerdote Sumo, se colige del mismo Evangelio, como lo diremos más largamente en su lugar. De aquí se convence mucho más no deber pintarse Zacarías con aquellas vestiduras y adornos propios solamente del Pontífice Sumo, sino con otros menos primorosos, de que se servian los sacerdotes inferiores. Y si alguno, particularmente de los pintores, pensase que estas y otras cosas me las finjo yo arbitrariamente, gracias á Dios que esto mismo lo notó un pintor, á quien podrá ver cualquiera en el lugar que va citado abajo (1). Y aunque hemos dicho arriba, cómo y cuáles eran las vestiduras de los sacerdotes inferiores, me ha parecido bien poner aquí la descripcion que de ellas hace el referido autor. Estas son sus palabras: «Viniendo al traje que usaban los sacerdotes comunes, cuatro eran las cosas particulares que traían; y dejando la una, que eran los calzones que llamaban femoralia, (porque los cubria l' Alba). La primera de las tres era esta, que se llamaba túnica Linea, sobre que venia la pretina ó ceñidor, que se llamaba Balteu ó Zona; la tercera era la Mitra llamada Cidaris: como lo dijo Dios á Moisés (2). Esta túnica era muy estrecha y larga, blanca y llana, de lienzo doblado, y las mangas justas de lo mismo. La cinta, ó pretina era de cuatro dedos de ancho, de lino, entretejida de varias flores, y sembrada de piedras preciosas, y despues de dar dos vueltas á la cintura, llegaba al suelo. La Mitra ó Tiara era á modo de un morrion, ó medio globo (acaso hubiera dicho mejor, á la manera de lo que es muy usado en las naciones del Oriente, que nosotros llamamos *turbante*) de lino muy delgado, que

(1) Pacheco, en las Adic., pag. 493.
(2) Exod., 28.

cubria la parte superior; cercábala una venda de otra tela de lienzo que daba algunas vueltas á la cabeza, y cubria las costuras de la primera.» Hasta aquí el mencionado pintor, en que no se diferencia de los que han examinado más exactamente esta materia: de todo lo cual se echa de ver de qué manera debe pintarse el sacerdote inferior, cuando se representa en lo interior del Templo. Baste lo dicho por lo perteneciente á las pinturas de la Presentacion de la Vírgen.

5. Mas por lo que mira al Desposorio de dicha Señora, sería tal vez más reducida esta pintura, si sólo se buscara lo que es cierto y fuera de duda. Pues lo cierto y de fe es, que la Vírgen Santísima se desposó con José, de la casa y familia de David. En estos términos se explican los Evangelios (1). «Como estuviese desposada su Madre (de Jesus) María con José. A la Vírgen desposada con un varon que se llamaba José, de la casa de David, y el nombre de la Vírgen era María» (2). Y despues: «Subió tambien José desde Galilea de la ciudad de Nazaret á Judea á la ciudad de David, que se llama Belen, por ser de la casa y familia de David, para empadronarse con María, que era la mujer con quien estaba desposado.» Y aunque han callado los evangelistas las ceremonias y ritos con que se celebró un tal desposorio, lo enseñaron despues bastante clara, y copiosamente no pocos de los Santos Padres y doctores, á quienes siguiendo, como acostumbra, el Doctor eximio, hace esta compendiosa descripcion (3): «Añaden los Padres haber sido costumbre de aquel pueblo, el que estas vírgenes que permanecian en el Templo, luego que habian cumplido la edad correspondiente, las remitiesen los sacerdotes á casa de sus padres para colocarlas en el estado del matrimonio, y que los padres de la bienaventurada Vírgen habian muerto al cabo de once años que la Vírgen habia vivido en el Templo. En cuya aten-

(1) Matt., 1, 18. Luc., 1, 27.
(2) Ibid., 2, 4.
(3) Suar., t. 2, in 3, p. q. 29, art. 1, sect. 1, disp. 7.

cion, tomaron parecer los sacerdotes sobre lo que harian de aquel cuerpo sagrado, porque ni era conveniente, ni estaba en uso que una mujer ya crecida se quedase en el Templo; y por otra parte, temian dar á algun varon, derecho y potestad sobre dicho cuerpo. Pero que movidos por un instinto é inspiracion divina, determinaron entregarla en desposorio á un varon que fuese á propósito para guardar su virginidad, y por tal se tuvo á José, que era de la misma familia y tribu. Así parece discurre san Gregorio Niceno, Homil. de Christ. Nativit., san Damasceno lib. 4, de Fide, cap. 15. Niceph. ex Evod., lib. 1, cap. 7, y lib. 2, cap. 3. Andr. Cretens. Orat. de Dormit. Virg. y Simeon Metaphrast. Orat. de Ortu Virg. Nombran tambien á Orígenes, tract. 26. in Matth., y á Theophylacto, Matth. 23, y á otros.» Hasta aquí el citado doctor, donde, conforme á la gravedad y doctrina de un varon tan grande, nada se halla, sino lo que es más conocido y más probable.

6. Pero otros añaden á esta narracion muchas otras cosas, de que se valen los pintores para adornar de mil maneras este misterio: las que segun parece, se han tomado como de la fuente (á lo menos en gran parte) de cierto tratado, que antes estaba entre las obras de san Gerónimo, ó de una Epístola, en que respondía el santo á otra que decian haberle escrito Heliodoro y Cromacio; ya fuese que algunos doctores griegos, bien que no de los más graves ni antiguos, sino mucho más modernos hubiesen tomado esto del autor supositicio de esta Epístola, ó ya (lo que tengo por más verdadero), que de éstos lo tomase el desconocido é ignorante autor de dicha epístola. Por lo que, muchos tiempos ha, la han quitado de las obras del santo hombres doctísimos, de suerte que ya no se halla en la edicion de las obras de san Gerónimo que salió á luz expurgada por Mariano Victorio obispo de Reati, y mucho menos en la que dieron al público los doctos y eruditos PP. Benedictinos de la congregacion de san Mauro el año de MDCXCIII. Siendo, digo, todo esto así, creo me concederá el lector pio y erudito el referir sinceramente cual es el juicio que ya mucho antes habian formado del tal tra-

tado ó epístola, hombres excelentes en doctrina y piedad. El escritor, pues, de estas materias, á quien nunca pierdo de vista, llegando á este punto, dice (1): «Lo tomaron los pintores del tratado de la Natividad de la Vírgen, que anda entre las obras de san Gerónimo, del cual tomaron tambien otras cosas. Pero, como sepan los doctos que este tratado es fabuloso é indigno de san Gerónimo segun lo notaron algunos escritores eruditísimos y la misma obra lo dice, etc.» Esto afirma el mencionado autor, y para que no parezca que lo dice voluntariamente y sin fundamento, léanse los autores que cito abajo, los cuales en ninguna manera pueden tenerse por sospechosos (2). Pero no por esto pienso que debamos apartarnos del sentido comun y vulgar: y juzgo con el pintor tantas veces citado (3), que este hecho puede representarse muy bien pintando delante de un sacerdote á la Santísima Vírgen en la edad de su niñez, y adornada con mucha modestia (no profanamente, como lo hizo, segun afirma él mismo, otro pintor, por otra parte de una profesion muy sagrada), y al santo y castísimo san José ya de edad varonil, y teniendo además un ramo muy florido, dándose mútuamente sus castísimas manos. Pues de este modo se explica bien y oportunamente el misterio: ó ya se refiera al hecho que pretenden los pintores, ó ya á la santidad de vida, pureza y virginidad tambien del santísimo Esposo: por ser verosímil (como lo notó el citado Molano, escritor de quien me he valido principalmente en esta materia), que á fin de que del desposorio virginal naciese vírgen el Hijo de la inmaculada Vírgen, fué tambien siempre vírgen san José: de lo que tal vez volveremos á hablar despues. Pero no se ha de omitir aquí que, habiéndose celebrado este Desposorio, es enteramente cierto y verdadero, y por tal lo debe tener todo teólogo cuerdo y prudente,

(1) Mol., Hist. de las Sagr. Imag., lib. 2, c. 29.

(2) Card., Bar., Præfat. ad Martyr. Rom., c. 5 et 7. V, Belarm., de Scriptor. Eccles., pág. 158.

(3) Pacheco, pág. 496.

que entre la Santísima Vírgen y su castísimo Esposo san José, hubo verdadero matrimonio; pues para afirmar esto, además de la autoridad de los Padres antiguos y el más comun consentimiento de los Escolásticos, debe bastar el que esto mismo lo enseña el Doctor angélico, con aquel juicio y gravedad, que se echa de ver en todas sus obras (1). Mas, sobre si esto es tan cierto que pertenezca á aquella certeza que es propia de la fe divina, lo afirma sin titubear el pintor muchas veces citado (2): pero yo le diria de buena gana al oido, no lo que antiguamente Apeles á cierto zapatero: «Sutor non ultra crepidam,» por hacer yo mucho aprecio del arte de la pintura, paro sí aquello de Bias, uno de los siete sabios «Ne quid nimis.» Porque, á mi juicio, es traspasar los límites, el que un pintor, aunque erudito, pronuncie sobre si esto ó lo otro pertenece ó no á la fe. O si no, vea á lo menos quien gustase, lo que además de otros, escribió Miguel de Medina (3) varon gravísimo de la Religion Seráfica, y teólogo del sagrado Concilio de Trento.

CAPÍTULO IV

De las pinturas de la Anunciacion de nuestra Señora, y de lo que hay en ellas digno de reprehenderse.

1. Es muy digna de ser admirada y alabada la suave y eficaz providencia de Dios y su amor y benignidad para con la bienaventurada Vírgen. Pues pudiendo hacer que su Hijo, á quien habia engendrado desde la eternidad, tomase carne en las entrañas de María sin prestar ella ningun con-

(1) 3. p. q. 26.

(2) Pacheco, pág. 496.

(3) Miguel de Medina, de Sacror. homin. continent. V. tambien á Sixt. Senens., in Bibl., l. 6, annot. 3.

sentimiento, y áun sin tener de ello ninguna noticia, como afirman comunmente los teólogos (1); quiso sin embargo, que por medio del árcangel se cerciorara la divina Señora de un tan estupendo é inaudito prodigio, y que prestara ella misma su humilde y reverente consentimiento, para que la inmaculada Madre del Verbo divino, concibiera primero en su mente que en su cuerpo, al mismo Verbo subsistente en la naturaleza humana, como elegantemente habla san Leon Magno (2): sobre que yo mismo he dicho en otra parte algunas cosas que podrá verlas quien gustase. Lo que he querido tocar aquí brevemente, para que adviertan los pintores la propiedad y decoro, y al mismo tiempo la respetuosa majestad con que deben portarse en la pintura de este misterio: sin embargo de que algunas veces (bien que ya no con mucha frecuencia) se hayan apartado algun tanto de estas reglas.

2, Ya advertimos arriba (3) ser no solamente erróneo, si tambien peligroso en la fe, el modo de representar este misterio, que justamente reprehendió san Antonino, cuando dijo (4): «Son tambien reprehensibles los pintores, cuando pintan cosas que son contra la fe: por ejemplo, cuando en la Anunciacion nos representan, que formado ya un niño pequeño, esto es, Jesus, se mete en las entrañas de la Vírgen, como si su cuerpo no hubiese sido tomado de la substancia de esta Señora.» Pero, como hayamos refutado ya esto mismo en otra parte, no hay para que detenernos aquí en referir muchas cosas que podian decirse sobre este particular. Baste advertir que estas pinturas é imágenes, deben omitirse enteramente, y áun (segun yo pienso) deben borrarse ó quitarse, si todavía ha quedado alguna de ellas. Porque, si bien podrian interpretarse en otros sentidos pios, como observó

(1) S. Thom., 3, p. q. 30, art. 1, y allí Bart. de Medin. Suarez, etc.
(2) S. Leo Magn., serm. de Nativ. Dom., 1.
(3) L. 1, c. 7, n. 3.
(4) S. Antonin., in Summa Hist., 3, p. tit. 8.

un teólogo que escribió sobre estas materias (1); sin embargo, no veo por qué deba hacerse tanto caso de dichas pinturas (que por lo menos son rudas y ridículas), que por ellas se haya de recurrir á un sentido muy remoto y escondido. Esto supuesto, examinemos otras cosas, en las cuales algunos pintores (áun de los que no son del vulgo) no tanto se manifiestan erróneos ó que dan motivo á error, como ridículos. Y para tratar esto con más método, hablaré: 1.°, acerca del lugar: 2.°, acerca del arcángel, que tuvo el honor de ejercer tan grande y excelente embajada: 3.°, acerca de la misma Vírgen, á quien se hizo este anuncio celestial: 4.°, finalmente, acerca de algunas otras cosas que se añaden por lo comun, y con mucha oportunidad en la descripcion de dicho misterio.

3. Por lo que respeta al lugar, quiero se tenga presente, que esta mi obra, tal cual ella es, la escribo para pintores pios y cuerdos, y por decirlo de una vez, católicos. Lo que advierto aquí, porque, como los herejes de nuestros tiempos son de un ánimo feroz y mal intencionados contra la santísima Madre de Dios, no han faltado entre ellos algunos á quienes refiere sin expresar sus propios nombres el Doctor eximio (pues no son dignos de nombrarse los enemigos del nombre de María), los cuales han dicho que habiendo enviado Dios el ángel á María, buscó á la purísima Señora, que andaba vagueando por las plazas; pero que habiéndola finalmente encontrado le habia hablado: como tampoco han faltado otros, que han creido semejantes ó iguales disparates: sobre lo cual óigase á un varon de acendrado juicio, que dice así (2): «Acerca de esto (á saber, sobre lo que acabamos de decir) los herejes que hoy ponen duda en ello, y quieren persuadirse que la Santísima Vírgen estaba en casa de algun pariente suyo haciendo labor con las demás criadas, parécenme, que tienen un genio propio de judíos. Por lo que,

(1) Molan, lib., 3, c. 13.
(2) Mald., in Luc. 1, 29, pág. 865.

no les debemos creer más que á aquel autor apócrifo del Protoevangelio que corre con el nombre de san Jacobo, donde leemos que la bienaventurada Vírgen casualmente habia salido por agua cuando se le apareció el ángel.» Pero volvamos á los pintores que no son sospechosos de tan grande impiedad. Algunos de ellos representaron un lugar sobradamente distante de la profesion, sencillez y santidad de la Santísima Vírgen: pues abusando sin moderacion de su ingenio mal aplicado, figuraron, no una habitacion modesta y verdaderamente pobre, segun convenia á la Vírgen, sino una sala de un palacio real sostenida con grandes columnas, enladrillado el suelo magníficamente; y figurando además dentro de ella, una cama desproporcionada, adornada de ricos tapices, de almohadas y colgaduras, á que añaden otras cosas semejantes, que con razon las reprehende el gran cardenal Gabriel Paleoto (1), el cual habia determinado continuar y concluir esta misma obra que yo tengo entre manos, y lo hubiera conseguido, á no haberse opuesto la muerte á sus doctas empresas y trabajos. Por lo que mira el árcangel san Gabriel, hay algunos, ó á lo menos los ha habido, que le pintaron de edad ó figura pueril: pero esto no es más que desatinar. Pues el razonamiento de uno de esta edad y aspecto, no tendria representacion ni sería á propósito: particularmente acostumbrando Dios ordenar y disponer todas las cosas de un modo conveniente y proporcionado. Al contario, no ha faltado (como ya lo notamos arriba) quien, para precaver toda ocasion de pensamiento impuro de la plática de la Vírgen con un jóven, pintó al arcángel san Gabriel en figura de viejo, la barba y el cabello largo y cano, de suerte que en vez de estar adornado, estaba disforme. Pero casi parece increible, sin embargo que debemos dar fe á un pintor juicioso, grave y erudito (2), que refiere haber visto él mismo en la representacion de este misterio, pintado al arcángel san Gabriel con vestiduras sacerdo-

(1) Paleoto, l. 2, p. 184.
(2) Pacheco, lib. 3, pág. 457.

tales y vestido con capa pluvial; en cuya orilla se veian las imágenes de los apóstoles, y áun la del mismo Cristo saliendo del sepulcro: á que habia añadido este gracioso pintor otras cosas semejantes como rosarios y anteojos colgados de la pared, lo que sólo de referirlo me avengüenzo. He visto yo tambien, no lo mismo que refiere Pacheco, pero sí, adornado en parte el arcángel con vestiduras sacerdotales; esto es, con alba y una estola puesta ante el pecho á manera de cruz, y el cíngulo que apretaba sus estremidades. Todo lo cual, y otras cosas semejantes, aunque no sean errores contrarios á la fe y buenas costumbres, son por lo menos necedades ridículas y propias de viejas. Hase, pues, de pintar al arcángel san Gabriel en este misterio en figura de un jóven modesto y bien parecido, adornado con alas y cubierto decentemente con vestiduras resplandecientes, y de varios colores, que lleguen hasta sus piés. Pero sería lo mejor, si se le pintara arrodillado ante aquella señora, á quien el mismo Dios y Señor de todo lo criado, habia elegido para Madre suya. Por lo que, sería reprehensible el pintarle volando por el aire abiertas las alas, por no expresar dicho movimiento aquel decoro que pide tan grande misterio.

4. Mas, por lo perteneciente á la purísima é inmaculada Vírgen, no se la debe pintar en pié (lo que sin embargo hicieron pintores de gran nota) ni en ademan de huir del ángel, ó como que por vergüenza cubria su rostro con un velo: cosa que sólo el pensarla es suma locura. Tampoco se la debe pintar sentada como que el Paraninfo celestial la hubiese encontrado haciendo labor, cuya pintura he visto yo algunas veces: sino (lo que es mucho más probable y decente) arrodillada, teniendo juntas las manos ante el pecho ó cruzados los brazos. Pues, como notó un varon muy sabio y versado en estas materias (1): «En la historia evangélica de la Encarnacion del Señor, no expresan los evangelistas qué es lo que estaba haciendo la bienaventurada Vírgen, cuando entró el

(1) Mol., lib. 2, cap. 19, pág. 80.

arcángel san Gabriel para saludarla: si estaba en pié, sentada ó de rodillas, ocupándose en pias meditaciones. Y por cuanto al pintar esta historia, necesariamente se ha de añadir una de estas cosas; está ya recibido por un cierto comun consentimiento entre los pintores y aprobacion de los demás lo que tiene más probabilidad. Pues es muy probable, que estando de rodillas la beatísima Vírgen, se ocuparia entonces en la meditacion de nuestra redencion. Porque, si el arcángel san Gabriel no anunció á Daniel, varon de deseos, la natividad de Cristo, ni el Precursor del Mesías anunció esto mismo al sacerdote Zacarías sino cuando ambos estaban en profunda meditacion, ¿acaso podremos persuadirnos que el arcángel san Gabriel vino á esta Vírgen, no estando ella ocupada en las cosas de Dios? Pero, el que pinten á dicha Señora, vestida no sólo con túnica blanca y resplandeciente, y tejida con flores de oro, como frecuentemente se hace; sino tambien adornada con vestidos encarnados y cerúleos, y no del color nativo de la misma ropa; aunque esto lo aprueban otros, y lo que es más, algunos de los que intentan ó pretenden instruir á los pintores, manden que lo hagan así; á mí no me agrada: como ni tampoco el que la pinten descubierta la cabeza, tendido el cabello por su cuello, sino antes cubierta con mucha modestia su cabeza con un velo verdaderamente virginal. Véase lo que dijimos arriba, tratando de las imágenes de la Vírgen en general.

5. Suelen tambien pintar en la parte superior de esta imágen al Padre Eterno abierto el cielo y algunos ángeles en figura de párvulos que le asisten, y además al Espíritu Santo en figura de paloma, despidiendo por todas partes rayos de luz, que llegan hasta la purísima Virgen. Todo esto puede decirse, que lo hacen con bastante propiedad y decencia por ser bastante conforme á las palabras del Evangelio que dice: «El espíritu Santo vendrá sobre tí y la virtud del Altísimo te hará sombra.» Pero, el que algunos añadan al Hijo en figura humana sentado á la diestra de Dios Padre, es cosa que en ninguna manera puedo aprobarla: pues en la representacion de este hecho se pretende poner á la vista lo

mismo que realmente sucedió; esto es, que el Hijo engendrado desde la eternidad, toma la naturaleza humana de la Vírgen, y por tanto, no debe figurarse ya vestido de carne humana. Volviendo ahora á lo que dejamos dicho, el cuarto de la Virgen no debe pintarse á semejanza de una sala real, sino de una habitacion particular: no adornado con alhajas supérfluas, sino con otras verdaderamente pobres y sencillas; con lo que dice bien una ú otra silla, una cama regular y modesta, alguna arca y otras cosas semejantes, bien que no muchas: entre las cuales puede ponerse tambien un pequeño escritorio en cuya ínfima grada pueda arrodillarse y sobre el cual esté abierto un libro. Añádese tambien á esta pintura una cándida azucena ó un ramo de estas hermosísimas flores. No que con esto se pretenda significar que en aquel tiempo del año floreciesen las azucenas, ó que la Bienaventurada Vírgen que estaba muy lejos de toda afectacion, tuviese alguna azucena bordada ó de cera, sino que solamente se pone (y muy á menudo) para significar la pureza y perpétua virginidad de la santísima Señora; la cual, así por su virginidad, como por su purísima vida, consiguió el que con razon se la comparase á la azucena entre las espinas. A esto alude aquel ritmo, con que, dicen, se deleitaba el piadosísimo prelado y mártir de la Iglesia santo Tomás Cantuariense:

«Gaude quia Deo plena
Peperisti sine pœna
Cum pudoris lilio.»

Suele haber alguna diferencia en pintar dicha azucena: Algunos la pintan en un vaso ó en una copa; otros (que es lo más frecuente) en la mano del arcangel san Gabriel, en lugar de vara ó de cetro. Todo lo cual parece se ha discurrido con bastante probabilidad. Mas, sobre si debe ó puede pintarse bien y juiciosamente una vela ardiendo para quitar del cuarto de la Vírgen la oscuridad y las tinieblas, es cosa que puede dudarse muy bien, por el motivo de que si bien no es

cosa cierta y definida que el arcángel hiciese su embajada á María por la mañana ó á mediodía, por la tarde ó de noche; sin embargo son comunmente de parecer los hombres más doctos que la hizo de noche, y cuando ésta estaba ya muy adelantada: por cuanto este tiempo en especial, es el más apto para la contemplacion de las cosas celestiales y para recibir las ilustraciones divinas. Y aunque no sin fundamento, pudiera decirse que el mismo arcángel con la luz que despedia de sí mismo, alumbró y llenó de claridad la habitacion; siendo una cosa sabida, que este mismo género de milagro aconteció en la cárcel de Jerusalen, donde por órden de Herodes Agripa, estaba Pedro encerrado y atado con cadenas, como consta claramente de la relacion de san Lúcas, que dice (1): «En la misma noche estaba Pedro durmiendo entre dos soldados... y hé aquí que se manifestó el Angel del Señor y resplandeció la luz en la cárcel.» Aunque, como digo, pudiera pensarse no fuera de propósito, haber acontecido lo mismo en nuestro caso; sin embargo, no es muy fácil de creer por otra parte que la Vírgen en el profundo silencio de la noche, estuviera en oracion, careciendo de toda luz de vela ó candela. Pero yo, por ser esta una cosa totalmente incierta, nada afirmo: pues, ni está en uso (á lo menos, es muy poco comun) el pintar semejante vela ó velon; ni, por lo que acabamos de decir, será reprehensible el pintor que quiera pintar dicha luz en esta ocasion.

CAPÍTULO V

De las pinturas de la visita que hizo la bienaventurada Vírgen á su parienta santa Isabel.

1. Justamente san Ambrosio, con la elegancia que acostumbra, llegando á este hecho alabó y engrandeció con las

(1) Act., 12, 6.

siguientes palabras la presteza de María de que hace mencion el Evangelio (1): «Porque ¿á dónde (dice) estando llena de Dios, habia de dirigir sus pasos acelerados, sino á lo alto? La gracia del Espíritu Santo no usa de demoras ni tardanzas.» No hubo, pues, dilacion ninguna entre la Anunciacion que el angel hizo á la beatísima Vírgen y la visita que hizo esta señora á su parienta santa Isabel de quien le habia hablado el ángel en su salutacion: todo lo cual se infiere del Evangelio que, despues de expresar el consentimiento de la Vírgen para concebir al Verbo Eterno, añade inmediatamente (2): Y se apartó de ella el ángel. Y saliendo entonces María, se partió á la montaña con priesa á una ciudad de Judá.» Por lo que se ve pintado frecuentísimamente este hecho, en alabanza y memoria de un tal misterio y de la Santísima Vírgen.

2. Pero en estas pinturas, lo que verdaderamente se puede llamar error y convencerse por tal aunque nunca lo he visto pintado, pero doy fe á un pintor (3) muy versado en esta materia, que sinceramente lo refiere); es, que algunos han pintado este hecho, no como que habia pasado dentro de una casa, sino en el campo. Tanto puede la ociosidad y poco cuidado en investigar semejantes cosas. Pues diciendo claramente el Evangelio: «Entró en la casa de Zacarías, y saludó á Isabel;» está claro que esta visita no se hizo en el campo, sino dentro de la misma casa. Pero antes de pasar adelante, es menester advertir primero algunas cosas: juzgo, pues, que la salutacion de la Vírgen, se hizo en el mismo atrio de la casa, que á la verdad estaría limpio y aseado; pero no fabricado ni adornado con tanta magnificencia (sin embargo de que algunos se atrevieron á pintarlo así) cuanta apenas podria caber en ningun Vitruvio. Pintan tambien algunos en el mismo atrio una frondosa vid sostenida con perchas; pero averigüen

(1) S. Ambr. lib. 2, in Luc., c. 1.
(2) Luc., 1, 38.
(3) Pacheco, en las Adiciones, p. 500.

éstos, si en aquella region cuando apenas empezaba la Primavera (por ser muy creible que se hizo esta visita y salutacion antes de acabarse el mes de Marzo) están entonces las viñas tan frondosas y adelantadas. Mas, el pintar atada delante de la entrada exterior de la casa, á una burra, no es cosa indecente ni inverosímil, por cuanto es bastante probable que la sagrada Vírgen no iría á pié, ni andaria totalmente sola tanto camino como hay entre Nazareth y Hebrón (si esta es aquella ciudad que llama el Evangelio «Ciudad de Judá,» como quieren hombres muy doctos) (1); pues distaban entre sí mas de treinta y dos leguas nuestras; sino sentada sobre una burra, la que guiaba del cabestro el castísimo Esposo de la misma Señora, como lo dijimos con bastante fundamento tratando de su huida á Egipto.

3. Santa Isabel, á quien su humildísima y purísima parienta la Vírgen, tributó este obsequio, se ha de pintar, no (segun hicieron algunos) enteramente fea y disforme como si pintaran alguna de las Parcas; pero sí de mucha edad y ya vieja: sin embargo de que la purísima Vírgen apenas pasaba de quince años. El modo comun que se ha introducido sin contradiccion alguna (cuanto yo sepa) de pintar este hecho es, el representar á la Vírgen y á santa Isabel, dándose mútuos y honestos abrazos; no ofreciéndose á la imaginacion de más propio para describir la salutacion de la Señora, que desde tan lejos iba á saludar y visitar á su parienta. Es verdad que este modo de pintar desagradó en gran manera á un hombre bastante docto, y á quien no puedo nombrar sin tributarle muchísimos elogios. Este es el Padre Antonio de Vieyra, predicador del Serenísimo Rey de Portugal y (callando ahora otras alabanzas de su sabiduría) el mayor predicador á mi parecer de su siglo y del nuestro, el cual describiendo esto mismo que vamos tratando, dice lo siguiente en idioma portugués, que fácilmente se traduce al castellano (2): «Concluido el Misterio

(1) Baron., in Apparatu, § 77, y otros.
(2) P. Ant. de Vieyra, en el ser. de la Conc. de la Virg. p. 47, n. 31.

de la encarnacion del Verbo y despedido el ángel embajador, partió luego la Vírgen ya Madre de Dios, á visitar á santa Isabel, quien la recibió, no en los brazos como hace creer al vulgo la fantasía de los pintores; mas postrada á sus sacratísimos piés, como se debe tener por cierto.» Pero yo desearía á la verdad que este varon eruditísimo nos hubiera indicado alguna prueba ó ejemplo que le haya movido á tener esta descripcion por audacia, ó como la llama él mismo, fantasía de los pintores. Y pues no lo hace, debe alabarse la reverencia que tiene á la sagrada Vírgen; pero á mi juicio, hase de dejar la facultad á los pintores de pintar este hecho del modo acostumbrado y recibido.

4. Pero los que principalmente, me parece, se han alejado de la verdad, son aquellos pintores que representan esta salutacion en presencia de los santos José y Zacarías. Pues la salutacion que hizo la Vírgen á su parienta santa Isabel, sucedió inmediatamente despues de haber concebido la Vírgen en sus virginales entrañas al Verbo divino, ó á lo menos pocos dias despues de este misterio, segun la sentencia comun de los Santos Padres, é intérpretes, y áun la del mismo Evangelio, si se pesa bien el sentido de sus palabras, que dicen así, como advertimos arriba: «Y se apartó de ella el Ángel. Y saliendo entónces María, se partió á la montaña con priesa á una ciudad de Judá, etc.» Despues de la mansion de la Vírgen en casa de su parienta, que fué de cerca tres meses, como consta del mismo Evangelio, que dice (1): «Se quedó María con ella (santa Isabel) como unos tres meses, y se volvió á su casa;» aconteció sin duda lo que refiere san Mateo, el cual: «Estando (dice) desposada María Madre de Jesus con José, antes de unirse, se halló que habia concebido en su vientre por el Espíritu Santo;» á saber, apareció entonces abultado el vientre de la Vírgen, como era regular, por ser ya el niño de tres meses ó mas: lo que advirtiéndolo su castísimo esposo san José, «como fuese justo (pues

(1) Luc., 1.

así dice el sagrado Evangelio) y no quisiese infamarla, quiso dejarla secretamente;» ó ya naciese esta resolucion de una impensada turbacion del ánimo, ó de pura reverencia, lo que no debemos tratar aquí. Pero, por lo que mira al hecho, parece se infiere claramente, que ó san José no asistió al coloquio entre su sagrada esposa y su parienta santa Isabel, la cual habia llamado clarísimamente á María, Madre de su Señor, ó si se dice que asistió, no parece que ha lugar, á que abultándosele despues á la Vírgen su sagrado vientre, tuviese aquella novedad ó incurriese en la que san Crisóstomo llama grande perturbacion (1). Por esto afirman algunos, que san José no fué con su Esposa, cuando esta partió de la ciudad de Nazaret hácia la montaña, para visitar á su parienta. Pero no habiendo, con justa razon, admitido esto arriba, baste decir para soltar esta dificultad, que aquel coloquio tan divino y admirable pasó estando solas María é Isabel; y por tanto, que no asistieron á él, ni José esposo de María, ni Zacarías, marido de Isabel, por estar entonces ocupados en otras cosas en lo interior de la casa. Todo esto parecerá tolerable á los espectadores no indoctos y prudentes; mas de ninguna manera les podrá parecer tal, lo que yo he observado varias veces en la pintura de este hecho, por contener un error clarísimo dimanado de inadvertencia, pues pintan á san José esposo de la Vírgen y á Zacarías marido de Isabel, conversando familiarmente entre sí. Á que dieron ocasion (aunque contiene un error evidente) algunos más ignorantes é imperitos que el vulgo de los mismos pintores, á quienes no quiero nombrar ni citar, por no hacer salir los colores al rostro á los que no tanto gastan como pierden el tiempo en leer cosas semejantes. Dicen, pues, que habiendo entrado la purísima Vírgen en casa de Zacarías, su esposo san José y el sacerdote Zacarías, marido de Isabel, hablaron mútuamente entre sí como suele suceder en semejantes ocasiones: y áun refieren las mismas palabras que suponen haberse

(1) S. Chrys., hom. 8, in Mat.

dicho entonces, de la misma manera que si hubieran presenciado el lance; y entre ellas, ponen haber preguntado Zacarías: «¿Quién eres tú?» Á que responde José: «Yo soy José tu servidor:» Y otras cosas de este jaez que representa dicha pintura. Pero los que leyeron tales cosas y aprueban la tal pintura, y los mismos pintores, me parecen mas ignorantes de lo que pueda buenamente explicarse: pues debieran sériamente saber ó tener presente que entonces estaba enteramente mudo Zacarías, padre del Bautista, y por tanto que en ninguna manera podia hablar. ¿Mas de dónde colegiremos una cosa tal? No es menester leer mucho para indicarlo; pues el ángel san Gabriel entre otras cosas, predijo á Zacarías lo siguiente, mientras estaba ejerciendo su ministerio en el templo (1): «Hé aquí (le dijo) que estarás mudo y no podrás hablar, hasta el dia en que suceda esto, por no haber dado crédito á mis palabras, que se cumplirán en su tiempo.» Lo que aún lo confirma más el sagrado Evangelio, que hablando de Zacarías, dice (2): «Y habiendo salido, no les podia hablar.» Y luego: «Y él les hacia señas y permaneció mudo.» ¿Pero qué necesitamos de mas pruebas? Despues de la misma Natividad del Bautista, como los que estaban presentes preguntasen, qué nombre se habia de poner al niño recien nacido, se dice (3): «Preguntaban por señas á su padre cómo queria llamarle, y pidiendo una tablilla, escribió: Juan es su nombre.» Vean, pues, los que leen semejantes cosas en los libros, ó que viéndolas representadas de algun modo, las contemplan acaso y las admiran, que fé se merecen semejantes libros ó imágenes; y aprendan finalmente los pintores eruditos á representar lo que ilustra la narracion del Evangelio, no lo que la deslumbra ú oscurece. Y así, es mucho más conforme á razon, el no representar presentes á san

(1) Luc., 1, 19.
(2) Ibid., 22.
(3) Ibid., 62, 63.

José y á Zacarías, de cuyo parecer es tambien el pintor muchas veces citado (1).

5. Finalmente, si quiere tomar mi consejo el pintor juicioso, evitará muchas cosas en la descripcion de este hecho, que no sé si diga, que por adorno ó por juego, han añadido pintores por otra parte excelentes: de los cuales, el que entre ellos tiene la primacía (2) representó aquí criadas y criados, y á uno, que tomaba las alforjas de san José, á otro que quitaba la albarda á la burra, y á san José llevando un talego ó zurron debajo del brazo, y otras semejantes menudencias, que si sériamente se examinan, no tanto sirven de adorno, como de deformidad á la pintura.

CAPÍTULO VI

Apéndices sobre las pinturas de la Natividad del Señor, de su Circuncision, y otras que hemos referido arriba, y sobre las demás que se hacen regularmente de la Santísima Vírgen.

1. No tiene duda, que es cosa molesta para los lectores, y trabajo supérfluo para los que escriben, el repetir é inculcar lo que ya se ha dicho mil veces, y como dice el proverbio latino «eandem crambem recoquere.» Y ya que tratando antes de las pinturas del Nacimiento del Señor, de su Circuncision y de otras, hemos dicho mucho de lo que pertenece á las imágenes de la beatísima Vírgen, es supérfluo querer repetirlo aquí. Bastará advertir al lector, que lo vaya á ver en sus propios lugares; pero algunas cosas, que por más menudas ó de menos importancia se me escaparon entonces, me parece del caso añadirlas ahora brevemente á modo de apéndices.

---

(1) Pacheco, pág. 500.
(2) Andr. del Sarto.

2. Habiendo, pues, advertido antes, ser no sólo contrario á lo que prescribe la razon, sino tambien á la misma fe del Evangelio, el pintar al Niño Jesus enteramente desnudo, y puesto sobre las pajas del pesebre; advierto ahora, que no han faltado algunos pintores, que para obviar este absurdo, pintaron á la Vírgen Santísima quitándose, ó quitado ya el velo que cubria su sagrada cabeza, para envolver en él al Niño recien nacido: queriendo con esto darnos á entender (si no me engaño) que la Santísima Vírgen, por su mucha pobreza y falta de bienes, no tuvo otros paños con que cubrir decentemente á su amantísimo Hijo, sino el velo de su castísima cabeza; lo que, á su juicio, excita á piedad y fomenta la devocion. Pero lejos sea de nosotros este disparatado modo de opinar: porque la sacratísima Vírgen, que sabia muy bien estar cercano su parto, y que luego habia de dar á luz á aquel, que no solamente no disminuiría, sino que consagraría más y más su virginidad; no estaba tan desprovista que debamos creer no llevase consigo aquellos pañales, pobres sí, pero limpios y proporcionados para envolver en ellos al Niño recien nacido. Muy lejos, pues, debe estar un pintor erudito de semejante ficcion. Otros al contrario, pródigos al parecer, tendieron una sábana entera y colocaron allí al Niño Jesus, representando en su vana imaginacion desnudo su tiernecito cuerpo, y sin ningun resguardo del frio. Pero todo esto es un absurdo más claro que la misma luz.

3. Por lo que respeta á la Circuncision, omitiendo ahora la opinion bastante pia y plausible de que la sacratísima Vírgen circuncidó por su misma mano á Jesucristo su Hijo (sobre lo cual hemos dicho mucho arriba) ha habido algunos, que pintaron á la soberana Señora, teniendo con ambas manos á su Hijo, para que el ministro ó ejecutor de aquella accion (que á su parecer fué el Sacerdote Sumo) le circuncidara segun costumbre. Otros finalmente (y esto podrá parecer lo más probable) pintan á la Vírgen entregando á su dulcísimo Hijo en manos de su castísimo Esposo, para que lo llevara al ministro de la Circuncision, quien quiera que este

fuese: ora se ejecutase aquella en la misma cueva de Belen, como quieren muchos, ó dentro de alguna casa del mismo lugar, lo que tambien puede decirse con alguna probabilidad. Pero todo lo dicho puede referirse á lo que dijimos arriba tratando de la Circuncision del Señor, lo que podrá repasar el pintor estudioso ó el lector diligente. Hemos tambien hablado mucho antes sobre otros puntos, y acaso diria algo más, á no temer que habrá muchos á quienes no gustarán estas y semejantos cosas, por estar acostumbrados á pensamientos muy diversos, y que no quieren examinarlos con más madura reflexion. Sin embargo no puedo menos de notar aquí de paso una ú otra cosa.

4. No he visto yo nunca cierta pintura (pues no afirmaré temerariamente ó con mentira, haber visto lo que no he visto); pero sí la han visto hombres doctos, en la que se representa á la beatísima Vírgen enseñando á deletrear en una cartilla al Niño Jesus aún pequeñito. Pues hombres hay, no malos á la verdad, pero imprudentes, que acostumbrados á discurrir en las cosas segun la regla de sus pensamientos sobradamente débiles, pintan los hechos del mismo modo que los conciben. Y como á ellos les pareciese cosa pia y laudable el que la prudentísima Vírgen y Madre enseñara á Jesus cuando Niño, á lo menos los primeros elementos de las letras, no les pareció inverosímil, el pintar á la Vírgen enseñando á leer á su Hijo. A tanto como esto pueden llegar los deslices de una piedad indiscreta, cuando no va acompañada (como debe) de ciencia y de doctrina: y áun todavía se puede esto ver más claro en otro desacierto mayor, si es que puede haberlo; pues un hombre digno de toda fe me contó haber visto él mismo con sus propios ojos, que no ya la Vírgen sino san José, enseñaba á leer en un libro al Niño Jesus: lo cual, no es como quiera una invencion, sino una invencion errónea; y tal pintura, á juicio de todo hombre prudente, debería quitarse, por contener un error manifiesto, y verdaderamente intolerable. Porque Cristo S. N. ni en cuanto Dios ni en cuanto Hombre, fué enseñado ni pudo serlo por criatura alguna, de cualquier dignidad ó santidad que fuese, y por

tanto, ni aún su santísima Madre pudo enseñarle. Pues desde el primer instante de su Encarnacion, además de la ciencia divina que tenia como á Verbo del Padre, y de la beatífica de que tambien gozaba, fué dotado en el grado más elevado que pudo, y debió serlo, de la ciencia que los teólogos llaman infusa: de suerte, que sobrepujaba con mucho á todos los hombres (por no decir nada de los ángeles), no sólo en el conocimiento de las cosas divinas, sino tambien por lo que toca al conocimiento de cualesquiera otras artes y ciencias, lo que ningun teólogo de juicio podrá dudarlo. Ni me diga alguno en apoyo de este error imprudente, que el Evangelio (1) dice de Jesus, «que iba creciendo en sabiduría, en edad y en gracia para con Dios, y para con los hombres.» Porque, como deba entenderse el que Cristo iba creciendo en sabiduría, lo enseñan muy bien los teologos con santo Tomás, diciendo, que aquel lugar se entiende de la sabiduría experimental (como ellos llaman) ó de aquella que se adquiere con el uso y experiencia de las cosas: no de la que se aprende por la enseñanza de algun maestro. Pero dejemos esto, pues bastante lo hemos tratado arriba (2), donde tambien dijimos de paso cómo deba entenderse lo que dijo Cristo hablando de sí mismo, que él fué enseñado por su Padre.

5. Y para encerrar en un compendioso silencio otras muchas cosas en que nos podríamos detener, cuando á la Vírgen Santísima y á san Juan les pintan en pié junto á la cruz, el comun modo de pintarlos es colocar de una y otra parte á á la Madre, y al discípulo amado en los intervalos que mediaban entre Cristo y los dos ladrones. Sin embargo, otros pintores (y no de poco nombre) pintaron á la Madre y al discípulo cerca sí, y juntos á la cruz del Señor; pero vueltos sus semblantes hácia á Jesus mirándolo y contemplándolo frente por frente. Lo que, si bien (como insinuamos poco ha) se aparta mucho del comun y recibido modo de pintar, con to-

(1) Luc., 2, 52.
(2) Lib. 1, c. 7, n. 5.

do, no me atrevo á condenarlo de error ó de ignorancia: antes (si puedo decir libremente lo que siento) parece que esto es algo más conforme á la verdad del hecho, por ser verosímil, que al padecer Cristo aquellos acerbos dolores, no podia ver tan fácilmente á su Madre y al discípulo, si hubiesen estado á uno y otro lado, como estando delante. Y pareciendo, que el Evangelio dice claramente que Cristo Señor nuestro, como con una ojeada vió á los dos: pues en él se lee (1): «Habiendo, pues, visto Jesus á su Madre, y junto á ella al discípulo amado, dice á su Madre etc.,» es consiguiente no ser á lo menos inverosímil, el que en su muerte no asistiesen á uno y otro lado sino delante y en frente. Y así, en este particular en que nada me atrevo á determinar ni definir, se debe estar al juicio de los hombres más cuerdos y prudentes.

6. Lo que ahora voy á decir, no lo tocaria, á no constarme bien que hay hombres muy doctos y pios que lo reprueban, como tambien otras muchas cosas que adopta la piedad indiscreta de hombres rudos. Pero ¿qué cosa es ésta? Dirélo en pocas palabras. Pintan con mucha frecuencia á la beatísima Vírgen, despues de haberle ya quitado y enterrado á su hijo, vestida de la misma manera que en tiempo de nuestros antepasados se adornaban las viudas más nobles. Allí se ve todo el cuerpo de la Vírgen cubierto con vestidos negros, y sobre ellos velos de lienzo muy fino; de suerte que no sólo desde el cuello hasta el pecho se echan de ver dichos velos, si tambien en los brazos que están cubiertos con mangas apretadas, juntas las manos ante el pecho y cruzados unos dedos con otros: tapan finalmente la cabeza con un velo de seda más espeso que llega hasta los piés, á que se agrega el rosario colgado del cuello. Ciertamente, no son cosas estas de que (ni aún por sueño) sea lícito chancearse á los que sériamente, como es razon, y con la debida reverencia tratan estas materias: pero vean á lo menos los más

(1) Joann., 19, 26.

eruditos (pues no me paro en las tonterías del vulgo) cuán ajeno es todo esto, no sólo de la fe y verdad de la historia, sí tambien cuán poco se conforma con la piedad sólida y la dignidad que se merecen los mismos hechos. Pero de este modo (dicen) se representa más á la vista la tristeza de la Vírgen Madre y la afliccion de su alma, por haber perdido y estar ya sepultado su hijo: la que no se compara mal con la tristeza de una viuda que siente y llora de veras la pérdida de su marido y esposo. Yo no siento así: y para que no parezca que todo se nos va en palabras, apelo á la misma pintura de un artífice de no poco nombre. He visto y observado muchas veces la imágen de la Vírgen en este lance, pintada con un semblante grave y lleno de majestad; pero que al mismo tiempo demuestra tristeza, hinchados los ojos por las muchas lágrimas, y respirando por su sagrada boca el grande desconsuelo de su alma. En la cabeza tiene un velo, aunque de color azul, extendidas las manos á una y otra parte, y cerca de ellas instrumentos de la pasion: los clavos, la corona de espinas y junto á ella ángeles en figura de niños, llorando tan amargamente que les van cayendo las lágrimas por sus mejillas. ¿Por ventura no es esta una imágen que respira más decoro y dignidad, que la que vemos con frecuencia entre el vulgo piadoso? Lo es sin duda. Pero yo no quiero detenerme más en una cosa que como parecerá á algunos, les suministra abundante materia para aumento de la piedad que ellos profesan á la sacratísima Vírgen.

7. Ningun hombre pio podrá poner duda en que la Santísima Señora, reinando ya Jesucristo en el Cielo, resplandeció en toda la Iglesia como á vivo modelo de religion, y perfectísimo ejemplar de todas las virtudes, á quien todos reverenciaban y admiraban. Por lo que dedicada totalmente á la contemplacion de las cosas celestiales, recibió tambien (y tal vez todos los dias) bajo las especies sacramentales, la fuente de toda gracia y santidad, esto es, el cuerpo de su hijo santísimo, á quien antes habia recibido en su seno purísimo y virginal. Tengo yo esto por tan cierto como lo que más. Pero deseara, que los pintores (bien que en esto temo

parecer sobradamente prolijo y molesto á algunos) tuvieran presente, que no se usaba entonces el dar la comunion del mismo modo que con mucha alabanza han introducido despues la Iglesia, y sus Pastores en la accion y administracion de este sacramento, el más santo y excelente de todos. Ví yo mismo estando en Salamanca una pintura de grande nota y de buen pincel, en que se representaba este hecho tan pio; pero de la misma manera que si hubiera pasado de pocos años á esta parte, y no en el primer siglo de la Iglesia y en los tiempos apostólicos. Allí se ve un altar con velas encendidas, resplandeciente con una cruz de oro en que están engastadas piedras preciosas, cubierto con lienzos y manteles muy blancos, y adornado magníficamente por el frente. En una palabra: adornado todo él del mismo modo que se ve esta pintura en el templo de unas nobles y piadosísimas religiosas donde se conserva. Vese tambien el evangelista san Juan que está celebrando y da á la Vírgen la sagrada comunion, vestido con todos los ornamentos sacerdotales en nada distintos de los que usamos en el dia. Son cosas estas piadosas sí, yo lo confieso: pero ninguno por medianamente instruido que sea, dejará de confesar tambien que demuestran una grande ignorancia. Porque ¿quién habrá que ignore que las vestiduras sacerdotales, el magnífico adorno de los altares, y otras cosas semejantes no fueron propias de aquellas tiempos, sino establecidas y ordenadas mucho despues con gran prudencia y sabiduría por la Iglesia? No quiero detenerme más en aclarar estas cosas, por no parecer que quiero ostentar alguna erudicioncilla bien que no muy recóndita, y que he querido buscar un campo más abierto, para dar á entender el conocimiento que yo tenia en estas materias. Solamente advertiré al pintor, que si alguna vez tuviere ocasion ó necesidad de pintar lo dicho, consulte con hombres más doctos, para que así se conforme más con la verdad ó verosimilitud del hecho.

CAPÍTULO VII

De las pinturas de la muerte, Asuncion y coronacion de la Sacratísima Vírgen.

1. Ninguno á mi parecer, por mediana instruccion que tenga, ignora cuánto podria decirse sobre lo que comprende la inscripcion del capítulo. Pero quien quiera que este sea, acuérdese que no he tomado yo á mi cargo tratar principalmente de las cosas eclesiásticas, ni tampoco hacer de muy severo crítico: antes he procurado cuanto me ha sido posible, huir el cuerpo, por ser esto, como dice el Lírico, «periculosæ plenum opus aleæ;» una obra llena de mucha dificultad. Con efecto, como todo hombre católico y sólidamente pio, deba tener por cosa cierta y explorada no sólo que la Santísima Vírgen ó ya sea en cuerpo ó ya sin él, fué subida sobre los ángeles, conforme habla san Agustin (1) lo que ningun católico duda ser cosa perteneciente á la fe; sino tambien que subió á los cielos su santísima alma juntamente con su cuerpo inmaculado (cuya sentencia parece ser el sentido de la Iglesia católica, aunque no está expresamente definido (como advirtió bien el cardenal Baronio) (2): Debiendo digo, tener por cierto todo hombre sabio, no hay para que detenerme mucho en aclarar más estas cosas, puesto que sólo hago el papel de quien únicamente pretende instruir y advertir á los pintores.

2. Esto supuesto, me queda poco que decir y advertir al pintor acerca de las pinturas, é imágenes de este misterio. Porque, el que pintando la muerte de la Santísima Vírgen,

(1) S. Aug., Serm. 35, de Sanctis.

(2) In not. ad Martyr. dia 15 Agosto. V. Sixto Senens. in Biblioth., lib. 2, p. 86, etc.

nos la representen echada en una cama y rodeada de angeles por todas partes; sin embargo de ser esta una cosa muy frecuente, de suerte que no sólo la vemos pintada sino representada aún más al vivo en las imágenes más grandes de escultura: con todo yo nunca la aprobaré ni aconsejaré á los pintores eruditos que pinten así á la Vírgen en cuadros ó lienzos, por más que los colores estén dispuestos con la mayor oportunidad. No que con esto pretenda yo refutar la pia tradicion (que llamá «antigua» san Damasceno) (1) de que en el tiempo de la gloriosa muerte de la Vírgen (son sus mismas palabras) todos los santos apóstoles que andaban dispersos por el mundo y que estaban ocupados en la salvacion de los hombres levantándose en un instante por el aire, se juntaron en Jerusalen, etc. Ni me mueve tampoco, el que en esta pintura añadan los imperitos varias cosas que ningun hombre de juicio las aprobará jamás, como es, el que mojando san Pedro el hisopo en agua bendita (la que alguno afectando demasiadamente el gentilismo, llamaría Lustral) esté rociando la cama de la inmaculada Señora; y á otros dos Apóstoles que abierto el libro están rezando las preces del mismo modo que á los que ahora mueren, se les rezan aquellas oraciones que llamamos Recomendacion del alma, y otras cosas semejantes.

3. Digo, que no me muevo á esto, porque intente, cuanto está de mi parte, desterrar la pintura de la sacratísima Vírgen cuando estaba ya para morir una muerte preciosísima, por cuyo motivo la pintan echada en la cama. ¿Pues cuál será la causa? Dirélo en pocas palabras. Este modo de pintar supone la opinion del vulgo, ó por mejor decir, sigue ciegamente la imaginacion que sin hacer ningun exámen de las cosas, se figura que la Santísima Vírgen ó por enfermedad ó por vejez (que tambien es enfermedad) acabó esta vida mortal. Esto es lo que yo tengo por falso, Ni soy el primero que lo digo: lo mismo han dicho antes que yo, teólogos de mu-

(1) Damasc., Orat. 2, de Dormit. Deip.

cho nombre, y por todos puede verse el Doctor eximio (1) que sigue á san Damasceno y á otros. Antes es muy probable que murió la soberana Reina, no en fuerza de alguna enfermedad sino de ardentísimos afectos, de una intensísima contemplacion y de amor, el cual es tambien un deliquio, conforme á aquello: «Quia amore langueo.» Esto supuesto, sería lo mejor pintarla arrodillada en tierra, fijos los ojos en el cielo y extendidas las manos, antes que echada en la cama como si estuviera enferma. Ni este quiero que pase por pensamiento mio. Un pio y erudito teólogo hablando sobre este punto, dice así (2): «La beatísima Vírgen estuvo tan lejos de sentir algun dolor en su muerte como lo habia estado de toda corrupcion.» Fácilmente me persuado que no estuvo echada en la cama á la manera de los que están enfermos y que acaban su vida oprimidos por la enfermedad (dígolo con licencia de los pintores y escultores); antes por el contrario debemos creer que entregó su espíritu al Señor, no en fuerza de alguna enfermedad ó debilidad, sino orando de rodillas con mucha reverencia y levantadas las manos al cielo: del mismo modo que refiere san Gerónimo haber muerto san Pablo primer ermitaño.

4. Como la Vírgen hubiese entregado ya en manos de su Hijo su purísima é inocentísima alma, es cierto y unánimamente recibido, y lo refieren algunos autores que pueden verse en el pintor erudito á quien tantas veces hemos citado (3) que su cuerpo fué llevado y puesto en el sepulcro por manos de los apóstoles, que lo envolvieron (segun era costumbre) en lienzos puros y limpios, y que junto á él perseveraron por tres dias, percibiendo una armonía celestial en sus oidos en que tenian ocupados inefablemente todos sus ánimos. Y que por la virtud de Dios, resucitase la soberana

(1) Suar., t. 2, in 3, p. q. 37, art. 4, disp. 2, sect. 1, dub. 1.

(2) Jodocus Clithoveus de Assumpt. Mariæ, c. 6, lo que aprueba Moano, l. 3, c. 32.

(3) Pacheco, pág. 547.

Reina despues de tres dias y que así resucitada fuese llevada sobre los cielos y coros de los ángeles; es una verdad que nadie podrá contradecir, si pia y sóbriamente quiere sentir con teda la Iglesia. Pero (descendiendo á lo que es más de mi intento) podria representarse este triunfo de la Vírgen, del modo que ya algunos lo han practicado; á saber, pintando á la sacratísima Vírgen y Madre de Dios, adornada con ricos vestidos y con un semblante hermosísimo (que de ningun modo se le debe pintar con el semblante viejo; pues fuera de que permaneció siempre Vírgen intacta, ya estaba adornada y revestida con las dotes de la gloria) afianzada en el hombro de su amado Hijo, conforme lo que leemos en los Cantares (1): «¿Quién es ésta que sube del desierto abundando en delicias y recostada sobre su amado?» y encaminándose á lo más alto de los cielos rodeada por todas partes de muchedumbre de ángeles. Pero, por ser comun y frecuente el pintarla subiendo á los cielos por mano de ángeles (bien que no necesitaba de este auxilio el cuerpo glorioso y dotado ya de admirable agilidad), es justo que tambien se pinte así, y más conforme á la piedad popular. Subida ya á los cielos suelen representárnosla (y con razon) hermosísima; pero muy modesta, juntas las manos ante el pecho y recibiendo una corona de oro en su cabeza de manos del Padre Eterno y de su Hijo, sobre los cuales se deja ver en la acostumbrada forma de paloma despidiendo rayos de luz por todas partes, aquel Espíritu divino de quien habia dicho el ángel á la misma Vírgen: «El Espíritu Santo vendrá sobre tí y la virtud del Altísimo te hará sombra.» Elevada ya de este modo y subida á los cielos, la pintan alguna vez junto al Trono de Dios: esto es, á aquella Señora de quien dice san Gregorio el Grande, ó cualquiera que sea el autor de los comentarios sobre los libros de los Reyes; que «para llegar á concebir al Verbo divino, erigió la cumbre de sus méritos sobre todos los coros de los ángeles hasta el sólio de la Divinidad;» y con cuyo auxilio doy fin á este librito de sus pinturas é imágenes.

---

(1) Cant. 8, 5.

LIBRO QUINTO

DE LAS PINTURAS É IMÁGENES DE LOS SANTOS CUYAS FESTIVIDADES SE CELEBRAN EN LOS TRES PRIMEROS MESES DEL AÑO.

CAPÍTULO PRIMERO

Algunos avisos comunes y generales sobre las imágenes de los santos.

1. Llegamos ya á un campo algo más abierto y espacioso, donde en gran parte tendremos que probar los hechos, no por las sagradas Letras ó escrituras canónicas, sino por las historias eclesiásticas, bien que dignas de fe y unánimemente recibidas. Lo que deseo se tenga presente: pues no me pararé en lo que se dice en otras historias oscuras que nos han dejado escritores de poco nombre, y que no me atrevo á decir, si las han fingido, ó si las han escrito sériamente; aunque no negaré haber sido llevados dichos autores de un cierto celo (como lo confieso) de piedad cristiana: pero de un celo, que como dice san Pablo, no es conforme á la sabiduría. Ni

en esto pienso hacer otra cosa, sino lo que hizo ya en sus gravísimos escritos un teólogo de grande nombre y digno siempre de mucha recomendacion (1), cuya autoridad y peso de razones, si hubieran atendido, no solamente los pintores, si tambien muchos escritores, ciertamente hubieran sido más cautos en no dar varias veces ocasion á los lectores de tomar lo apócrifo por cierto, (y por decirlo más sencillamente) lo verdadero por lo falso. Ni por esto pretendo tomar á mi cargo un empeño tan grande como sería el de refutar todas estas narracioncillas. Si alguna vez lo pidiere la necesidad, lo haré brevemente: pero sino, lo omitiré. Vamos ahora á nuestro asunto. Como ya antes hemos dicho mucho por lo perteneciente á nuestro propósito, no es mi ánimo repetir lo mismo aquí, é inculcarlo otra vez; sí sólo notar lo que parezca más digno de advertencia. Por este motivo nada diré ahora de particular sobre la honestidad que siempre se ha de observar en pintar las imágenes de los santos, por juzgar que basta lo que acerca de esto he dicho arriba, donde me he detenido largamente en ello, y será del caso que lo repase el lector pio y erudito. En dichas imágenes de santos y santas, como en cualesquiera otras, deben atenderse principalmente tres cosas. La primera, que cuanto lo permita la industria y habilidad, sea conforme la imágen, en el semblante, en los lineamentos de la cara, en la estatura, y otros accidentes con el original. La segunda, que en los vestidos y demás adornos del cuerpo, se procure imitar la verdad ó verosimilitud que sea más conforme á razon. Y la tercera, que la pintura se conforme tambien con el original, en la edad y demás gestos del cuerpo. Con efecto, por lo que mira á la primera de estas cosas, sería de desear, que como nos restan aún imágenes muy parecidas de algunos santos, que vivieron los últimos tiempos, las tuviéramos tambien de los santos antiguos, cuya forma (por explicarme así) se nos ha desaparecido: por tener siempre un no sé qué de mayor peso y autoridad para

(1) Melch. Can., de loc. Theol., en todo el lib. 11.

conmover los ánimos, las imágenes de aquellos á quienes amamos y reverenciamos, cuando se miran como sacadas al vivo y muy conformes con el original. Sin que, para confirmar é ilustrar esta materia, sea menester vaciar aquí un poco de erudicion vulgar y trivial: porque ¿quién ignora que por este motivo acostumbraron los antiguos conservar con sumo cuidado y diligencia, y ostentar en los atrios de sus casas los retratos de sus mayores; y que por más que fuesen ellos muy desemejantes de la virtud de sus antepasados, procuraron cuanto podian, ostentar en los retratos, que en nada degeneraban de sus abuelos y bisabuelos? Y lo que es más, que por el abuso de esta costumbre, que por otra parte podia parecer tolerable y pia, trajese su orígen en aquellos tiempos un mal tan grande, como es la idolatría, nos lo enseña el autor del Libro de la Sabiduría, con estas palabras (1): «Doliéndose el padre acerbamente, hizo una imágen del hijo, que se le habia quitado antes de tiempo, y á aquel que entonces habia muerto como hombre empezó despues á honrarle como á Dios, y á constituir entre sus siervos ceremonias y sacrificios, etc.» En tanto es verdad, y tan convencido por la experiencia que los retratos de aquellos á quienes amamos ó aborrecemos, conmueven en gran manera los ánimos, particularmente cuando se sacan al vivo. Por esta misma causa (lo diré, ya que hemos llegado aquí), no solamente practicaron esto los antiguos con sus padres, hijos ó demás hombres, si tambien con las bestias irracionales, procurando pintarlas tan al vivo cuanto era posible.

Seria, digo, de desear, que al pueblo cristiano le quedaran verdaderas imágenes y efigies de los santos y santas antiguos. Pero esto ya no puede ser: y de aquí viene (por lo que respeta á lo que vamos tratando), que los pintores, cuando representan las imágenes de los santos, ó nada piensan acerca de la verdad del hecho, ó (lo que es muy frecuente) las desfiguran de mil maneras, áun en lo que podian poner más

(1) Sap., 14, v. 15.

diligente cuidado, como tal vez lo manifestaremos en sus propios lugares: sin embargo, no por esto debe desmayar el pintor erudito, antes debe buscar, en cuanto pueda, los medios más oportunos para suplir esta falta. Porque en primer lugar, se ven efigies sacadas bastante al vivo, dé los santos que vivieron en los últimos tiempos, cuyos retratos pueden servir de pauta y modelo al pintor diligente y estudioso. Pues, aunque descendiendo dichos retratos de unos á otros hayan perdido un poco de su nativa propiedad, como suele suceder; con todo pueden servir de algun modo para no apartarse de la verdad y para no tomar (como dicen) lo negro por lo blanco. Mas ocasion hay de tropiezo en las pinturas de los santos antiguos de que apenas nos han quedado ningunas imágenes: pero el pintor diligente deberá evitar ó vencer este escollo. Porque primeramente puede recurrir (recurso, á la verdad, que ni puede dejar de aprobarse, ni es enteramente expuesto á error) á los más diligentes escritores de sus vidas, muchos de los cuales, bien que no todos, tomaron sobre sí el cuidado de describir á la posteridad, cuál fué el santo (cuyos esclarecidos hechos referian) por lo perteneciente á la estatura del cuerpo, á la simetría del semblante y á los lineamentos de la cara. Lo que podria confirmarse con ejemplos, á no haber tantos á cada paso. Fuera de que, por la misma série de su vida, se trasluce algo, con qué semblante y lineamentos pueda describirse bastante bien cualesquiera santos. Porque los que se dieron á un género de vida más austera y á continuos ayunos, seria cosa ridícula el pintarlos robustos, llenas y coloradas sus mejillas; ni seria tampoco cosa proporcionada y conforme á la razon, que los santos que exigiéndolo así su particular devocion y la mayor gloria de Dios, eligieron otro género de vida menos áspero y menos austero, se les pintara enteramente macilentos, horribles y sin ningun aseo, como si hubieran vivido siempre en los desiertos de Nitria, ó de la Tebaida. Tambien el genio é índole de los santos suministra en esta parte un grande campo para conjeturas. Pues nadie pondrá duda en que los que fueron muy apacibles, mansos y afables, deban pintarse regularmente con la

frente despejada, con alegría en el semblante y en los ojos, sin salir de los límites de la compostura y de la modestia. Mas, los que tuvieron un genio y natural más severo, (sin oponerse esto á la gracia, que no suele destruir, sino perfeccionar la naturaleza), se han de representar á la vista de otro modo, lo que fácilmente se entenderá tambien de las otras dotes del alma. Finalmente, en los santos que han escrito, tenemos, segun me parece, un campo más dilatado para conjeturar su semblante, sus gestos y su modo. Porque, además que sus mismos escritos, hacen en alguna manera las veces de sus efigies é imágenes. Además de esto, digo: ¿Quién habrá que haya leido los escritos de los Santos Padres y doctores, que por ellos no haya de algun modo conjeturado prudentemente su semblante? Y por tanto (si el mismo que los ha leido fuera pintor) ¿cómo dejaria de pintar al grande Augustino, con frente grave y despejada, aguda la nariz y los ojos sobremanera vivos? ¿A san Gerónimo, en forma y figura de un viejo adusto, lleno de arrugas, algun tanto mal acondicionado y regañon, la barba inculta y sin aseo, secas sus manos á causa del rigor y de la vejez, cual se describe él mismo en alguna parte de sus obras? ¿A san Ambrosio, finalmente y á san Gregorio, ¿quién leeria sus escritos, que no les pintara, á aquel con un semblante lleno de decoro y majestad, aunque con algun aseo: y á éste, que por lo comun andaba ocupado en meditaciones tristes, con el semblante pálido y macilento? Confieso ser todo esto algo incierto, pero en cosas de este género, el que desea saber con moderacion, debe contentarse con lo verosímil. Baste esto por lo que toca á la primera de las cosas que notamos arriba, porque, si bien podian decirse otras muchas, éstas puede conocerlas por sí mismo el pintor erudito.

2. En cuanto á la segunda, es mayor (espontáneamente lo confieso) la variedad de las cosas á que ha de atender el perito artífice, por lo que respeta al vestido y adornos del cuerpo, de suerte que á no hacerlo, es indecible cuánto ofenderá la vista de los que miren sus pinturas. Pues, como los santos florecieron en muy distintas regiones y en siglos muy

diversos, seria ridículo (por no decir otra cosa peor) el atribuir á los santos sin ninguna distincion, los mismos adornos y vestidos. No puedo menos de alabar aquí á mí amigo don Antonio Palomino de Velasco, á quien, habiéndole mandado pintar para la iglesia de Córdoba á aquellos dos jóvenes dignísimos de toda alabanza, ambos patronos de la misma iglesia é invictísimos mártires de Jesucristo, á saber, á san Acisclo y á san Pelagio, procuró con mucho cuidado y diligencia representar al primero con coraza y en traje de un soldado romano; y al segundo, en traje de árabe ó morisco. Cosa en que se hubiera descuidado otro pintor menos diligente, vistiendo á los dos, ó con aquel género de manto que usan los árabes, y que ellos mismos llaman alquizel, ó, á que más me inclino, pintando á ambos con coraza y calzado á la romana, para que así todo fuera ridículo. Mas, como los santos se dividen en varias clases, me parece muy del caso (por lo que toca al presente asunto) advertir algunas cosas sobre cada una de ellas.

3. Cuanto á los patriarcas y profetas, un autor de gravísimo é integérrimo juicio (1), con su acostumbrada modestia y gravedad, reprehende á los pintores, por pintarlos no de otro modo, sino como se ven alguna vez en Europa los turcos y armenios sin embargo de que aquellos antiguos patriarcas y profetas (segun piensa el mismo erudito escritor) vestian más sencillamente, lo que prueba y convence, aunque de paso, por algunos lugares de la Escritura. Pero ¿qué hubiera dicho á haber tropezado con las imágenes de un artífice por otra parte excelente (2), en las cuales se ve pintado el rey y profeta David, como si fuera algun emperador de Alemania, y asimismo sus cortesanos, con capitas cortas, calzones y medias largas, y otras mil boberías de este género, que no tanto les adornan, cuanto les sirven de deformidad y les desfiguran? Pero esta es la decantada potestad, que justa ó injus-

(1) Fleur. Cost. de los antig. israel.
(2) Albert. Durer.

tamente está concedida á los pintores (como á los poetas), de la que, quien no abusa, le parece que sabe muy poco.

4. Acerca de los vestidos y trajes de los apóstoles ó de su modo de vestir pobre y sencillo, bastará lo que hemos dicho arriba, que fué lo que nos pareció más verosímil: aunque confieso ingénuamente, que acaso habrá tambien sobre esto otras muchas cosas que ignoro, que si tuviera conocimiento de ellas, darían no poca luz para ilustrar y proponer mejor lo que hay sobre esta materia. Mas por lo que respeta á los santos mártires, cuando se nos proponen padeciendo los tormentos que les dieron, los pintan desnudos como realmente lo estaban. Sobre lo cual ya dejamos notado lo que me pareció más conveniente. Esto debe entenderse por lo que toca á los cuerpos de las santos mártires en el acto de padecer los tormentos; porque, por lo perteneciente á los demás adornos y á los guardias que les custodiaban, conforme se echa de ver en semejentes pinturas, por no omitir lo que es más digno de observacion; digo, que las invenciones de algunos artífices poco eruditos, exceden algunas veces y pasan los límites de lo creible. Ví yo mismo en una pintura por otra parte bastante hermosa y de buen pincel, en que se representaba la pasion y victoria de san Lorenzo mártir, á un capitan que mandaba á los demás soldados, el cual habia desmontádose ya de su caballo, que lo traía enjaezado con adornos que se usan en el dia de hoy, y son más propios nuestros, que del tiempo de los romanos. Pero no paró en esto. Oye, lector mio, otro disparate de mayor estofa; «facinus majoris abollæ.» El mismo caballo, al que tenia por el freno un criado, estaba aparejado, no como acostumbraban los romanos, sino con una silla del mismo modo que hoy la usan los militares. Pero ¿qué más? En la parte anterior de la silla, en aquellas fundas ó cañoneras, estaban colocadas las que nosotros llamamos pistolas, de suerte que quien contemplase aquella pintura, antes se movería á risa por el adorno del caballo, que se conmovería por la pasion y constancia de san Lorenzo. Pero esto de paso: vamos á otra cosa. Cuando se representan los mismos tormentos, sería del caso tener bien

conocida la forma que tuvieron los instrumentos del martirio: cuáles fueron los azotes, las uñas, los peines, las láminas encendidas que aplicaban muchas veces á los costados desnudos de los mártires, que sólo estaban armados de paciencia. Fuera de esto, convendria saber, qué forma ó figura tenian la catasta, el potro, la garrucha con que estiraban frecuentemente sus cuerpos, de tal modo que muchas veces se quebrantaban todas sus coyunturas. Lo que, por haberlo examinado diligentemente un erudito caballero italiano (1), y propuéstolo á la vista de todos en un librito, remito allá al lector, pues no es mi ánimo detenerme escrupulosamente hasta en las más pequeñas menudencias.

5. Mas, cuando pintan á los mismos mártires con una pequeña corona y una palma en la mano, deberia atenderse al estado y condicion que tuvieron cada uno de ellos: á que, si hubieran atendido los pintores y puesto en ello la debida diligencia, se evitarían muchos inconvenientes; y no se nos presentaría á la vista un médico, como realmente fué san Pantaleon, vestido en traje militar; ni á los santos Hemeterio y Celedonio, que fueron soldados, los veríamos vestidos con túnicas y capas; casi del mismo modo que pintarían á un filósofo griego. Dirán, que estas son menudencias. Yo no pienso así; pues no son cosas tan menudas que se escapen á los ojos de los medianamente doctos. Pero sea así, enhorabuena: sean, cuanto quieran, para muchos menudencias; sin embargo no deben parecer tales al pintor erudito, el cual no de otro modo, que el buen orador debe tener bien entendidas todas aquellas cosas de que ha de hablar; debe asimismo tener bien examinadas las cosas que ha de proponer á la vista.

6. Nada hay más frecuente que pintar á los santos prelados de la Iglesia, ora fuesen mártires ó no, en traje y con los adornos pontificales que ha recibido la Iglesia de mucho tiempo á esta parte; esto es, con alba, capa pluvial, báculo,

(1) Gerón. Magio, de Equuleo.

mitra de dos puntas y otras cosas semejantes. Y esto, ya les describan haciendo oracion, ya escribiendo en casa ó confesando la fe de Jesucristo ante los jueces tiranos. Es extraño por cierto, que esto no parezca ridículo áun á los mismos que se deleitan en semejantes pinturas. Primeramente, estos adornos pontificales fueron diversos entre los prelados de Occidente y los de Oriente: lo que nadie puede ignorar, con tal que haya visto las pinturas de los santos obispos griegos y demás orientales, como lo convence por lo menos la de san Nicolás obispo de Mira y otras muchas. Sobre lo cual puede verse el Cardenal Bona, varon de mucha piedad y erudicion en sus libros «De Rebus Liturgicis» (1). Además: demos que fuese enteramente semejante y uniforme el adorno de que usaban los santos obispos y prelados: ¿acaso usaban de dicho adorno cuando trataban sus cosas particulares, y cuando estaban en su casa ó en el campo? No me parece podrá afirmar nadie una cosa tal, si está en su sano juicio. Pero esto, poco ó nada detiene ni embaraza á los pintores que no procuran indagar ni investigar las cosas como era razon; de suerte que han pintado algunas veces á san Pedro adornado con la misma forma de vestiduras pontificales de que usan hoy los Sumos pontífices en los actos más solemnes. Mas, por no parecer que quiero apretar esto demasiado, parecerá á muchos que lo dicho debe referirse á las pinturas simbólicas; de suerte que por ellas no se signifique otra cosa, sino que en el beatísimo apóstol san Pedro residió el mismo poder y autoridad dada por Cristo, que hoy reside en el Papa Benedicto XIII, que felizmente reina, lo que es y debe tenerlo por muy cierto todo católico.

7. Acerca de los demás santos confesores no pontífices (por hablar en frase de la Iglesia) nada hay al presente que notar con particularidad: si algo se ofreciere lo iremos notando en sus propios lugares. Pero por lo que respeta á las santas vírgenes, incluyendo tambien á las mártires, me ha-

(1) Lib. 1, cap. 24, y en otras partes.

ría reo de un grave delito, si no dijera aquí abiertamente, cuánto me desagrada el modo de vestir, con que casi siempre las representan los pintores poco cautos: á saber, rizado y encrespado el cabello, hermoso el semblante, pero no con modestia, sino muchas veces sobrado resplandeciente y poco conforme á su santidad y candor virginal: vestidas con batas largas de tela de oro; de modo que las más veces están tan léjos de parecer ejemplares y dechados de candor y pureza cristiana como verdaderamente lo fueron; que antes por el contrario, se representan á los ojos castos y serios, como vanísimas seguidoras (por no decir otra cosa más dura) de un culto profano. Esto es á lo que deberian estar más atentos los que pintan y representan los modelos más santos de pureza é integridad cristiana.

8. Finalmente, por lo que mira á lo último que advertimos arriba, hase de tener siempre presente la edad de aquel cuya imágen se quiere representar, lo que observan diligentemente artífices de otras imágenes; de suerte, que despues de haber puesto el nombre cuya es la imágen, es muy comun entre ellos añadir, de su edad por ejemplo 56. En lo cual, aunque debieran haberlo tenido presente, tropezaron sin embargo (y no raras veces) pintores por otra parte sobresalientes. Y sino ¿qué otra cosa es, el pintar al Bautista lleno de canas, con ser constante, que tenia sólo seis meses más que el Señor, á quien precedió en el triunfo del martirio? Qué ¿el pintar á san Juan Evangelista estando junto á la cruz en figura de un jóven sin barbas, cuando tenia ya entonces cerca de treinta años? Qué ¿el pintar á él mismo escribiendo el Evangelio y su admirable Apocalipsis, de edad (segun parece) que apenas pasaba de treinta añor? Sin embargo de ser ciertísimo haber escrito el Apocalipsis cuando ya era viejo: pues este beatísimo apóstol llegó á la vejez, y áun como dice san Gerónimo (1) á una extrema decrepitud: de suerte que sus discípulos apenas podian llevarle, áun en brazos, á la iglesia. Al

(1) Epist. ad Gal., lib. 3, c. 6.

mismo género de error pertenece tambien, el pintar viejos, ó á lo menos de una edad muy avanzada, á aquellos santos y santas, de los cuales consta ciertamente que apenas pasaron de la mocedad, ó de una edad robusta y varonil; lo que sin embargo, notamos con bastante frecuencia en las imágenes sagradas, por no haber puesto los pintores y artífices la debida diligencia en hacerlas. Una sola cosa me resta que advertir, y es, que á todos los santos se les debe pintar con lucos y resplandores en el semblante y con aquellas insignias correspondientes al martirio ó empleo que ejercieron; para que así, se dén más á conocer á los que miran sus imágenes: pero en esto, no he advertido hasta aquí que hayan faltado tan frecuentemente los pintores.

CAPÍTULO II

De las pinturas de san Pablo Ermitaño, y de san Antonio Abad.

1. Para tratar con cierto órden lo que ocurre más digno de advertencia acerca de las imágenes de los santos, he preferido el método que ya de mucho tiempo habia observado un escritor de estas materias bastante diligente; á saber, ir siguiendo sus festividades, segun las celebra la Iglesia latina; antes que seguir el órden de las letanías, cuyo método habia determinado adoptar el cardenal Gabriel Paleoto, y sin duda lo hubiera conseguido á no haberle cogido la muerte, cuando estaba ocupado en tan pias y sabias empresas. Mas como ya tratamos arriba, lo que se nos ofreció acerca de Cristo Señor nuestro, de su Santísima Madre y de los ángeles, omitiré aquí lo que pertenece á estas solemnidades, contentándome con remitir al lector á sus propios lugares, si es que hubiere alguno que se dignare leer éste mi tal cual trabajo. Por lo que, en el mes de Enero, (que así por lo que toca á lo civil como á lo eclesiástico, es el primer mes de todos) el primer

santo á quien se celebra, es el grande autor y maestro de ermitaños san Pablo, cuya fiesta trasladó la Iglesia romana al dia quince de dicho mes, por estar ocupado el dia diez (que es su dia propio) con la infraoctava de la Epifanía.

2. Cuando sériamente y á mis solas estoy pensando en este santo, acostumbro yo (séame lícito decir esto de él) llamarle el más feliz entre los mortales. Pues que habiendo salido apenas de su juventud, movido primero de la persecucion de Decio; de Decio, digo, aquella bestia feroz, que en varias provincias del imperio despedazó á tantos millares de cristianos; pero movido más de la caridad y abrasado en deseos de servir más libremente á Dios, determinó irse á vivir, y con efecto lo ejecutó, en las vastas y desiertas soledades del Egipto, donde, con el sustento y vestido que le suministraban las palmas y con el agua de una fuente, vivió casi cien años, no solamente apartado cuanto es decible de los negocios del mundo y del siglo (que esto seria poco); sino, lo que es más de admirar, tan apartado y distraido de la compañía y sociedad de los hombres, que ni los veía ni tenia noticia de ellos; de suerte que, á no haber hecho Dios (que procura se sepan las cosas grandes que pueden servir de ejemplo y consuelo para los mortales) que Antonio ya de noventa años, fuera á visitarle, nadie habria el dia de hoy que supiera ni hubiera oido, que un varon tal y tan grande habia vivido en el mundo. Pero yo dejo gustoso á mayores ingenios el referir los hechos admirables de tan gran santo.

3. Por lo que mira á la efigie de este varon (que es el objeto de que tratamos) hase de advertir lo siguiente. He visto alguna vez y considerado atentamente su imágen en figura de un anciano viejo y decrépito; pero sin embargo, desnudo enteramente por lo menos de medio cuerpo, y la barba sin canas y no muy larga, como debiera ser la de un hombre que vivia en un desierto vastísimo, donde no habia barbero ni navaja. Sus miembros parecian tambien de un hombre anciano, sino que acaso ostentaban más robustez de lo que era regular, ni se veian cerdosos y macilentos, sino algo blancos y con aquella blandura y suavidad, que los pintores llaman

morbidez: lo que me acuerdo haberlo ya reprehendido arriba. Esta es la causa porque justamente no me agrada semejante modo de pintar á san Pablo Ermitaño.

4. Otros, al contrario, le pintaron vestido como era razon: ¿pero con qué vestido? á saber, con un vestido tejido de boj, que no puede darse cosa más ridícula, por no ser el boj árbol ó mata de que se pueda tejer ningun vestido: como bien y prudentemente (pues no todo lo que han dicho aquellos á quienes justamente reprehendemos son absurdos, bien que hayan dicho muchos) lo notó Erasmo. Pero, si los pintores hubiesen leido, aunque de corrida, la vida de san Pablo, que describió san Gerónimo, la cual anda en manos de todos aún en lengua vulgar, sin duda hubieran sabido que el vestido que el santo ermitaño se habia tejido con sus propias manos, no lo habia trabajado de ramos de boj, sino de hojas de palma y con puntas adentro, de suerte, que cubria á un tiempo y punzaba el cuerpo de dicho santo. Todo esto es cosa muy sabida, y que sólo la puede ignorar el vulgo más bajo. Por lo que, si en este particular parece que me detengo algo más, el motivo es, porque vestido san Pablo con un aparato tan ligero y casi ninguno, se me representa con esta túnica de palma (más excelente que las pintadas túnicas de los cónsules romanos); así como el más pobre de los mortales que hay y ha habido: así tambien el más feliz entre ellos. Quien deseare saber más, lea la vida de este santo, que pia y elegantemente escribió el Doctor Máximo san Gerónimo.

5. Descendamos ahora á su compañero, aquel grande y famoso Antonio, que el Egipto, fecundo en mónstruos, produjo en otro tiempo: de quien, si fuera otro mi intento, se podria decir tanto, que habria para llenar muchas páginas y libros enteros: pero (quiero repetirlo otra vez) me ceñiré dentro los límites que me he propuesto. La imágen del grande Antonio es frecuentísima como la que más, en toda la Iglesia; pues áun á la parte de afuera de las casas, particularmente de los nobles, hubo costumbre antiguamente de pintarla. El que quiera representarla bien, si quiere oirme, la describirá como un anciano ya muy grande, pues que llegó á la última vejez,

y murió á los 105 años de su edad, y á los 356 de Cristo, habiendo nacido el año de 251, como notó el cardenal Baronio (1): su barba, no muy espesa, pero larga, por haber sido esta una cosa muy frecuente entre aquellos antiguos y santos monjes, de los cuales, á lo menos de muchos de ellos, fué el patriarca san Antonio: cana la cabeza, y llegándole el pelo por lo menos hasta el colodrillo, aunque otros le pintan calvo por sima de la cabeza: señales que indican su venerable dignidad. Su vestido (por lo que observó prolijamente en las vidas de los santos el Padre Juan Bolando (2), escritor de mucha fama) no debe ser otro (pues no usó otro tampoco) que el de una túnica compuesta de pieles de cabra ó de oveja, y sujetada con una correa tambien de pellejo; además de esto, se le debe pintar su capucha y capa exterior, que, segun se colige, era de un paño vasto y de color pardo, cual es el color natural de la lana. Píntanle tambien en el hombro izquierdo la señal de la cruz con la figura del Tau, lo que es muy comun en todas sus imágenes: ó porque en el lugar de Ezequiel que referimos arriba, se describen los elegidos con esta señal, ó porque con ella se da á entender que el grande Antonio fué de Egipto; donde es constante haber retenido la cruz, la forma de la letra T, como observó un excelente escritor de estas materias (3). Tambien se le ha de pintar con un báculo en la mano: ó ya por decir esto muy bien á un viejo, como asímismo lo insinuó san Gerónimo, ó ya porque solian usarlo los monjes, como observó Casiano (4). Mas sobre si debe pintarse con los piés enteramente desnudos, no me atrevo á asegurarlo. Sin embargo, yo creería, que á causa de los ardores de la arena de Egipto, usó á lo menos de sandalias. Suelen tambien, y deben ponerle un libro en las manos: no para significar que el santísimo viejo hizo el

(1) Bar., in Not. ad Mart., dia 17 de Enero.
(2) Boll., t. 1, el dia 19 de Enero, pág. 119.
(3) Molad., l. 3, c. 5.
(4) Cas., l. 1. Instit., c. 9.

oficio de doctor, ó que se ocupó en escribir libros, aunque es constante haber disputado con los herejes y filósofos, y escrito tambien ó dictado Epístolas, de las cuales se leen algunas el dia de hoy: sino para denotar, que este esclarecido varon, aunque ignorante de la lengua griega (cosa que parece milagrosa) sabia tan de memoria las Sagradas Escrituras y la interpretacion de las cosas más recónditas, que causaba pasmo y admiracion á los hombres más sabios, como lo da á entender aquel grande escritor de su vida, san Atanasio.

6. Será tambien del caso advertir al pintor erudito sobre las demás cosas que suelen añadirse á la imágen de san Antonio. Porque, primeramente suelen ponerle en la mano izquierda una campanilla ó esquiloncillo, lo que, á mi parecer, no tiene otro orígen, sino que los monjes Antonianos solian llevar dicha campanilla, cuando por las plazas y calles de las ciudades andaban solícitos recogiendo limosna para el sustento de los pobres del hospital. Más extraño parece y fuera de lo regular, el pintar frecuentemente un cerdo junto á la imágen de san Antonio. Aimaro, escritor á quien nunca he leido, pero que le cita Bolando (1), dice: «A los piés del beatísimo varon está pintado ó esculpido un cerdo, por haber Dios obrado tambien milagros en dicho animal por intercesion de su siervo.» Pero Juan Molano, escritor diligente de estas materias (2), á quien palabra por palabra copia el citado Bolando, dice: «Se le pinta un cerdo para que entienda el pueblo que sus bestias, por la intercesion del santo son preservadas de enfermedades, de suerte que por haberle invocado y en protestacion de este beneficio, en muchos lugares mantiene el comun un cerdo que llaman de san Antonio. Tambien puede ser que nuestros antepasados, cuando la primera vez pintaron junto á él un cerdo antes que otro animal, no atendieron á esto, sino á los insultos que padeció de los demonios, por significarse éstos oportunamente por los cer-

(1) Boland., en el lug. cit. ant., p. 138. § 3, n. 13.
(2) Molan., en el lugar cit. arriba.

dos. Por esto, cuando en Roma se dedicaba con rito católico una iglesia que habia sido de arrianos, salió de ella un cerdo, invisible á la verdad, pero que causó la admiracion de todos aquellos por entre quienes habia pasado. Esto, dice san Gregorio, lo manifestó la piedad del Señor, para que á todos se hiciese patente que de aquel lugar salia el espíritu inmundo que hasta entonces habia habitado en él. Y así como nuestros mayores, visitando las memorias de los santos, ofrecian de buena gana por sí una pequeña imágen del santo, así tambien colgaban del pescuezo de sus animales una pequeña campanilla en memoria de san Antonio, protestando de este modo, que por los méritos del santo confesor, pedian y confiaban que sus bestias estarian libres de la peste. Y los versos de Ambrosio Novidio dan á entender ser tambien esta costumbre de los romanos. Pues tratando del cerdo que se pinta junto á san Antonio, añade:

.....Collo mea concutit æra,
Noscere quo possit ne noceatur, ait,
Æsque meum gestat, baculo cuod cernis in isto,
Quodque rogans æger, collaque multa gerunt.

Hasta aquí Molano, que trata todo este punto, docta y difusamente: y no teniendo yo nada que añadir á lo dicho, juzgué más del caso copiar sus mismas palabras, que vender el pensamiento como mio.

7. Con ser esto así y sin ser una costumbre recibida, no sólo de los pintores, si tambien generalmente de todos, no han faltado ni faltan en el dia quienes discurren de otro modo. Dicen que el animal que se pinta comunmente junto á los piés de san Antonio, ya desde muy remota antigüedad, no es un cerdo, sino un raton egipcio muy parecido á un cerdo pequeño. Cuya especie de animales, un varon y testigo de la mayor excepcion, no menos esclarecido por su doctrina que por su nobleza, me aseguró haberlos examinado con mucho cuidado y diligencia, y tenido él mismo en sus propias manos. Dicen tambien que pintan dicho animalillo junto á san

Antonio, no por otro fin ó motivo, sino para denotar que aquella imágen no es de otro Antonio, sino del de Egipto, á saber, de aquel santo á quien se le dió el renombre de Magno, y que fué conocido, no sólo en todo el Egipto, sino casi en todo el universo. Pero yo, que no me aparto fácilmente de las costumbres que verosímilmente se han usado y recibido, aunque no quise ni debia pasar enteramente en silencio lo que acabo de referir, por no omitir un vestigio de la más recóndita erudicion, adhiero sin embargo á lo que dije arriba, afirmando que en las imágenes de san Antonio se debe añadir un cerdo, además de otras causas, por creerse piadosamente que aquel santo expelia los males de los irracionales, de suerte que cualquiera de los fieles invocando á este santo puede decirle con razon: «Rerum tutela mearum.»

8. Añaden tambien fuego en la imágen de este grande Padre: lo que hacen por dos razones, ó por creerse muy piadosamente que los que le son afectos y devotos tienen un patrocinio contra el fuego infernal, á que parece se inclina santo Tomás (1), autor que siempre pesa y examina las cosas con mucha prudencia y madurez, ó porque es defensor y muy poderoso contra un mal tan grande, como es el incendio de las casas, ó finalmente, por ser este santo el único que se venera como patrono contra aquel mal hediondo que los médicos llamaron sacro, y que hoy lo llaman vulgarmente fuego de san Antonio, el cual en empezando á cundir, de tal modo come y quema los miembros, que á no cortarlos (si es posible), muere el hombre como quemado por el fuego, sin tener la medicina remedio alguno para atajarlo. Con esta enfermedad se lee tambien haber castigado algunas veces el santo á los profanadores sacrílegos de sus imágenes, como el citado Bolando, autor digno de alabanza, lo convence con muchos ejemplos, que si yo quisiera ponerlos aquí, sería una cosa ajena de mi propósito.

9. Nadie ignora que á este santo le tentaron los demo-

(1) D. Thom., in 4., dist. 49.

nios con varias y extrañas tentaciones, que muchos pintores suelen representar: pero alguno de ellos, incautamente (por no decir otra cosa peor), los cuales, no conténtandose con describir varias y monstruosas formas de demonios, añadieron tambien muchas cosas obscenas, que no sólo los ojos no se atreverian á mirar, pero ni á escucharlas los oidos. Digo que esto lo hicieron imprudentemente; pues todo pintor sensato y erudito debe guardarse muy bien, cuando pone á la vista las victorias espirituales de los santos, de no dar ocasion á los débiles y frágiles, si no de caer vencidos, á lo menos de experimentar ellos mismos las tentaciones y de incurrir en ellas. Por lo que, el pintor que muchas veces he citado (1) refiere una cosa verdadera (pues que él seriamente la afirma), pero casi increible. Dice haber visto él una pintura sacada de otra original de un esclarecido artífice y de mucho nombre (2), en la que se representa al santo como un anciano de avanzada edad, pero enteramente desnudo, mirando al Cielo, y como que está hablando con Cristo que se le aparece, aunque no adornado con vestido decente y proporcionado: fuera de esto, habia pintadas cuatro imágenes de demonios. Pero ¡buen Dios! ¿Qué imágenes eran éstas? No otras que las de demonios pintados en figura de mujeres desnudas, y junto al mismo santo estaba pintada la cabeza de un jabalí, el rosario, la campanilla, el báculo y lo que aún es mas ridículo, habia un bonete á sus piés, semejante á los que hoy usan los clérigos. A tanto puede llegar la ignorancia de las cosas ó el querer seguir libremente su antojo y fantasía.

---

(1) Pacheco., pág. 571.

(2) Jacobo Tintoreto., an. 1582.

CAPÍTULO III

De las imágenes de san Sebastian, santa Inés, san Vicente y san Anastasio.

1. No es mi ánimo extender mi discurso á todas las imágenes de cualesquiera santos: porque ¿qué Hércules podria cargar sobre sí tan grande peso? Sólo es mi intencion tratar de las imágenes de los santos, cuyas solemnidades están en los fastos de la Iglesia, ó para hablar más propiamente, en el Martirologio: y aún no de todas éstas, sino solamente de aquellas que se ven con más frecuencia entre nosotros: y si al pintor le urgiese el pintar otras no tan frecuentes, podrá valerse de su juicio, con tal que no se aparte de las reglas que podrá tomar de lo que hemos dicho antes. El primer santo de quien se ofrece tratar ahora, es el esclarecido mártir san Sebastian, cuyas imágenes se ven á cada paso de mucho tiempo á esta parte. Suelen pintar á este santo atado á un palo y traspasado con flechas (pues el pintarlo sin herida ninguna, le pareció error á un italiano de acendrado juicio (1), que da á entender haberlo visto) mozo, y algunas veces sobradamente gracioso y bien parecido. Sobre esto último ya hemos tocado algo arriba (2). Mas, por lo que mira á la edad, es error el pintarlo jóven: porque cuando padeció el tormento de las flechas, no era mozo sino hombre hecho y de cuarenta años, como quieren graves autores; pues era capitan de la primera cohorte, que segun yo pienso, era la Pretoriana y de Palacio: cuyo empleo no solian confiarlo á jóvenes los príncipes amantes de la disciplina militar, cual era Diocleciano. Léase sobre esto la censura y juicio del carde-

(1) Andrés Gilli., diálogo Ital. della pittura, 2. f. 83. p. 2.
(2) Lib., 1.

nal Baronio (1): «Hay (dice) un excelente monumento de este santo mártir, que es su venerable imágen fabricada de mosaico, la que todavía se conserva entera en el título de santa Eudoxia *ad Vincula Sancti Petri*, y tiene el semblante de viejo y está con barba; lo que reprehende á los pintores que hacen mal en pintarle jóven atado á un palo.» Hasta aquí el doctísimo cardenal: bien que no me agrada el decir que deba pintarse san Sebastian, no de edad varonil, sino ya viejo: pues en esta edad segun leyes y costumbre de los romanos, no serviria ya en la milicia, sino que ya hubiera obtenido la jubilacion. Es, pues, mas verosímil que padeció martirio, no cuando viejo, sino de edad robusta y varonil: en lo que sigo tambien á graves autores. Acerca de las flechas, ya en otro tiempo tuve el reparo de que las pintan como que no causaban al santo grandes heridas, sino que apenas le llegaban á sus carnes: lo que parecerá igualmente poco verosímil á los que consideren su imágen.

2. Suelen tambien pintar á san Sebastian en las faldas de la bienaventurada mujer Irene, la cual pensando que el santo habia muerto en aquel tormento, como hubiese ido á aquel lugar para llevarse ocultamente su cuerpo, y encontrándole aún vivo, se lo llevó como pudo á su casa, y procuró con el mayor cuidado y diligencia curarlo y que recobrase la salud. Pero esta pintura es necia ó ridícula y poco conforme á un hombre que piense con juicio, por más que artífices excelentes se han ocupado en ella. Mejor seria, á lo menos en gran parte, y más á proposito la imágen que refiere haber hecho el mismo pintor tantas veces citado, esto es, el pintar echado en la cama á san Sebastian, y junto á él un haz de flechas que indican haberse arrancado del cuerpo del mártir, ensangrentadas y con señales claras de cuánto habian lastimado su cuerpo: por evitarse de este modo el inconveniente que hay en pintar el cuerpo del santo mártir, manejado por manos de una mujer, aunque pía y santísima. Omi-

(1) Baron., in notis ad Martyrolog., dia 20 de Enero.

to aqui por no tocar propiamente á la pintura, otras cosas que se refieren de este mártir y esclarecido atleta de Jesucristo: pasando ya de este varon tan esforzado á una mujer no menos fuerte.

3. Nadie ignora que el nombre de *Agnes* ó mejor *Hagne* (que en castellano llamamos *Inés*) significa en latin, *casta*: á que se dirige aquel elogio que segun su costumbre expresó san Ambrosio con estas palabras (1): «Pero ¿qué podremos decir que sea digno de esta santa, de quien ni áun el nombre carece de alabanza? Pues la que tenia el nombre de casta, en su mismo nombre presentaba el elogio y la alabanza.» Lo que aún más clara y expresamente significó san Agustin (2), diciendo: «Esta vírgen era tal cual se llamaba; Agnes en latin significa Cordera y en griego, casta.» Y asi en cuanto á sus imágenes (porque si miramos á sus hechos, son inmensos los elogios que le dan los Santos Padres) esto es lo que tengo que advertir á los pintores: Suelen pintarla muchacha de pocos años; lo que está muy bien: pues á los trece años de su edad fué cuando perdiendo la muerte, encontró la vida, como se canta en su rezo, y elegantemente lo expresó san Ambrosio, dando á entender que ésta era la fama comun: «De esta santa (dice el citado Padre) leemos haber padecido martirio á los trece años. ¿Cuanto más detestable fué la crueldad que no perdonó á edad tan tierna? ó por mejor decir es grande la fuerza de la fe, que supo encontrar su testimonio aun en aquella edad. ¿Hubo en aquel cuerpecillo, lugar para las heridas? Pero la que no le tuvo para recibir el acero le tuvo para vencerle.» Y poco despues: «Se pasmaron todos al ver que ya daba testimonio de la divinidad, la que por razon de la edad no podia ser aún árbitra de sí misma.» ¡Palabras elegantísimas! Pero cuya fuerza y elegancia acaso no todos la penetran. Mártir, es lo mismo que testigo, para lo cual se necesita cierta edad, y que sobre-

(1) S. Ambr., de Virg., lib. 1.
(2) S. Aug., Serm. 131 de diversis.

puje por lo comun á la tierna edad que tenia esta Santa: el poder arbitrar y disponer de sus cosas, no se permite á los de poca edad, ni aún á los de alguna edad más adelantada. De lo que, considerado con reflexion, resulta la elegancia y hermosura de las palabras de san Ambrosio, y cómo se pasmaron todos al ver que era ya testigo de la divinidad, la que por su tierna edad, no podia disponer aún de sus cosas. He dicho esto por lo que toca á la edad de dicha vírgen, que conduce no poco para pintar su imágen.

4. Píntanla además vestida con una túnica tejida con flores de oro, lo que tambien debe aprobarse (1), pues con esto se hace evidente alusion á lo que se refiere en sus actas y rezamos en su oficio, haber dicho la misma santa al jóven que la amaba; pues hablándole de su esposo Jesucristo: «Vistióme el Señor (le dijo) con un vestido bordado de oro y adornóme con joyas inapreciables.» Palabras, que aunque se refieran á un sentido más elevado y á las riquezas espirituales, con todo dan lugar á que los pintores representen no sin fundamento á esta castísima Vírgen adornada de este modo. Pero (cuanto yo puedo juzgar) se pintaría mejor y más conforme á la fe de la historia, si la representaran vestida con una túnica admirablemente ajustada á su cuerpecito y enteramente blanca como la nieve; por leerse de dicha santa, que cuando desnuda y cubierta solamente con sus largos cabellos, fué puesta en el lugar de prostitucion, hizo oracion á Dios y mereció ser admirablemente socorrida en tan grande peligro. Léanse sus actas: «Como se hubiese postrado (dicen) para hacer oracion á Dios, se le apareció delante de sus ojos un vestido blanquísimo, Y tomándolo vistióse con él, y dijo: Gracias te doy, Señor mio Jesucristo, porque contándome en el número de tus siervos, mandaste, que se me diera este vestido.» El cual estaba tan á medida de su cuerpecito y tan resplandeciente por su extremado candor, que nadie pondria duda en que sólo los ángeles se lo

(1) En Bolland., dia 21 Enero, pág. 351.

habian preparado. Todo lo que confirma en gran manera la advertencia que acabamos de dar. Fuera de lo dicho, pintan encendida tambien una grande hoguera y á la santa de piés sobre el fuego, en que hacen igualmente bien: por leerse esto mismo en sus actas y cantarse en su festividad. Mas, el que se la pinte abrazándose con un cordero; esto, ó alude á su nombre, como dijimos arriba, ó más comunmente á que fué una vírgen purísima; á saber, del número de aquellas que siguen al cordero donde quiera que vá: ó acaso (á que más me inclino) hace alucion á ambas cosas.

5. Pero, si se hubiere de pintar su pasion, con que firme y constante dió fin á su martirio, parecerá acaso que se la debe pintar traspasada con una espada su garganta, pues esto leemos en sus actas, de donde he tomado las palabras siguientes: «Aspasio Vicario de Roma, no pudiendo sufrir la sedicion del pueblo, mandó meterle una espada por su garganta. Y rociada la santa con el encarnado licor de su sangre, la consagró Jesucristo para su esposa y mártir. Pero, si yo fuese pintor, ó cualquiera que aconsejase al pintor erudito, no la pintaria así, ni aconsejara que representaran de tal modo el martirio de esta sagrada Vírgen. Muévenme á esto las palabras de san Ambrosio, en una obra, que sin duda es suya (1) y que nadie hay que no haya leido, donde el santo dice así: «¡De cuántos terrores no se valió el verdugo para hacerse temer! ¡De cuántos halagos para persuadirla! ¡Qué medios no usó para casarse con ella! Pero la Santa: Ya es (dijo) injuria para el Esposo, estar aguardando á la que le debe complacer; el que primero me ha elegido para sí, éste me recibirá. ¿Qué te detienes verdugo? Perezca este mi cuerpo, que puede ser amado con ojos carnales, con los cuales no quiero que se ame.» Y añade luego: «Estuvo de piés, hizo oracion, inclinó la cerviz. Verias temblar al verdugo, como si él hubiese sido el que estaba condenado á muerte: verías estar pálido el semblante del que temia el peligro ageno,

(1) S. Ambr., en el lug. cit. ant.

cuando la tierna doncella no temia el suyo.» Esto dice san Ambrosio: el cual hace ver claramente que santa Inés no perdió la vida traspasándole la garganta, sino degollándola y cortándole la cabeza, como consta de aquellas palabras: «Estuvo de piés, hizo oracion, inclinó la cerviz.» Y lo que dice, que estuvo de piés y no postrada como era costumbre á los que se les había de cortar la cabeza, lo dice con el fin de exagerar más la pequeñez de su cuerpo, dando á entender que bastó el estár de piés y no de rodillas para que un hombre robusto le cortára su cabeza virginal. Pero volvamos de esta tierna vírgen á los varones.

6. Hubo un varon muy insigne en méritos y virtudes, san Vicente mártir, español y aragonés, á quien no sólo los españoles sino todo el universo le celebra con muchas alabanzas: cuyo elogio comprehendió en pocas palabras, aunque muy significativas, el martirologio romano, que dice así (1) «En Valencia, en la corona de Aragon, san Vicente Levita y mártir, el cual por sentencia del impío presidente Daciano, sufrió por la gloria de Cristo estrechas cárceles, hambre, tormento del ecúleo, descoyuntamiento de miembros, planchas ardiendo, parrillas de hierro encendidas y otras máquinas de tormentos, con los cuales mereció el premio de la gloria. Su ilustre triunfo canta elegantemente Prudencio en un himno: y los santos Augustino y Leon Papa, le celebran con maravillosas alabanzas.» Hasta aquí el Martirologio: para que de esto se eche de ver el duplicado triunfo de España en dos esforzadísimos diáconos, á saber, en san Lorenzo (pues yo no pongo ninguna duda en que san Lorenzo fué español, aunque no faltan quienes quieren quitar tanta gloria á España) y en nuestro san Vicente, que acaso no se encontrará otro igual.

7. Pintan, pues, al fortísimo Levita en traje de diácono; sobre que no quiero dilatarme más, por no parecer sobradamente molesto y prolijo. Tiene en su mano al modo que

(1) Mar. Rom. en el dia 22 de Enero.

san Lorenzo, aquellas parrillas de hierro, en que fué tostado por órden del cruelísimo Presidente: y junto á él, se ve pintado un cuervo. Cosa, que por haber observado ponerla muchos en duda ó que ignoraban la razon de ella, no parecerá mal exponerla ahora brevemente. El caso pasó así (1): Despues de la muerte triunfante de este valerosísimo mártir, dicen, que para causar terror á los cristianos, expusieron el cuerpo del invicto atleta totalmente desnudo á las aves y lobos, para que lo devoraran: pero que un cuervo (cosa admirable y que casi sobrepuja á la fe humana) les impidió llegar. «Como un cuervo (son palabras de sus Actas) ave perezosa y muy pausada, que no estaba muy distante, demostrando en cierto modo con su tétrica figura, que estaba llorando, ahuyentase lejos del cuerpo con cierto ímpetu las demás aves que se iban acercando, áun á aquellas que eran más de temer por su mayor ligereza de vuelo, ahuyentó tambien corriendo velozmente á un feroz lobo, el cual volviendo la cabeza hácia el sagrado cuerpo, estaba parado, atónito, y segun nos persuadimos, estaba mirando á los ángeles que le custodiaban.

8. Por lo que toca á su martirio, hay en Salamanca en el altar mayor de la Iglesia del mártir san Vicente, á quien está dedicada aquella casa de Padres Benitos, que es famosísima y digna de las mayores alabanzas, pues que ha producido tantos y tan esclarecidos hombres á la república literaria y al mundo todo: hay, digo, en Salamanca una insigne pintura y muy grande, que dicen ser de Vicente Carducho en que se representa echado san Vicente sobre las parrillas encendidas, con tal propiedad y elegancia, que no cabe más, y que pediria mucho tiempo el describirla y elogiarla. No puedo dejar de referir aquí una cosa, acerca de los triunfos de este santo, que no será del todo fuera del caso: á saber, que no sólo fué probada la paciencia y constancia de este mártir en la terrible cama de las parrillas, sino tambien en otra muy

(1) Bolland., en el dia 22 de Enero pág. 397.

blanda, pretendiendo el impío presidente reducir con halagos y regalos, al que no habia podido vencer con la crueldad de los tormentos. Pues dicen así las mencionadas actas: «¿Y qué haremos ya con él? (hablan del Diácono Vicente) quedamos vencidos: póngasele pues en una cama, y halaguésele con mantas más suaves: que no quiero hacerle más glorioso muriendo en medio de los tormentos. Un poco de descanso que se le de, repare sus miembros ya débiles por la fuerza de los tormentos; y cerradas las aberturas de sus llagas, sujétese á padecer nuevos y exquisitos suplicios.» Hasta aquí las actas: lo que á mí me hace venir á la memoria un hecho vilísimo, que con la mayor elegancia refiere san Gerónimo haber ejecutado el impío tirano en la cruel persecucion de Decio; pues no contentándose el fiero perseguidor con ensangrentarse contra los cuerpos de los cristianos, quiso haberlas tambien contra sus almas, y á los que no podia derribar á fuerza de penas y tormentos, solicitó vencerles con deleites, á fin de que debilitados ya sus ánimos con los regalos, pudiese hacerles ceder con más facilidad, sujetándoles otra vez á los tormentos, si todavía persistian constantes en la fe y confesion de Jesucristo. Usando de este medio, y valiéndose de los modos más extraños é indignos, intentó hacer titubear la constancia de uno, cuyo nombre hasta ahora nos es desconocido, aunque ya muchos por este esclarecido hecho dignísimo de los mayores elogios, le han apellidado comunmente Nicetas, esto es, Vencedor. A éste, pues, librándole de los tormentos más crueles que la misma muerte, y encerrándole en un jardin ameno y delicioso, mandóle poner el tirano sobre colchones de pluma, y reclinar su cabeza sobre una blanda almohada, atando su cuerpo con suaves vendas: donde entrando luego una mujercilla desvergonzada, tentó audaz á lascivia al constantísimo jóven de Jesucristo, hasta tanto que el invicto atleta mordiendo con los dientes su lengua, la arrojó llena de sangre y de horror al deshonestísimo rostro de aquella impura bestia que intentaba seducirle. Cuenta este hecho (como he insinuado) san Gerónimo, y yo mismo lo describí en otro tiempo en versos

endecasílabos no del todo despreciables, si el amor propio no me engaña, los que no quiero poner aquí por no parecer que quiero salirme de mi intento.

9. Venérase tambien junto con san Vicente, la memoria de san Anastasio, cuya imágen, ó por mejor decir, su cabeza cortada la traen consigo frecuentemente los fieles y con razon: pues de ella dice el gravísimo testimonio del Concilio VII, general ó Niceno segundo (que es lo mismo) que ayuda mucho á la salud de los hombres, y que es un gran defensivo para rechazar y resistir los insultos de los demonios. Pintan esta imágen con cogulla; y es mucha razon y no error el pintarla así, por haber profesado san Anastasio la vida monástica: elogio que nadie, de los autores que he visto, lo describió mejor ni con más elegancia que el venerable Beda (1), cuyas palabras no hago reparo en transcribirlas aquí: «Anastasio (dice) monje persa padece noble mártirio por Jesucristo, el cual habiendo nacido en Persia, aprendió de su padre cuando muchacho el arte de la magia; pero así que los cautivos cristianos le enseñaron el nombre de Jesucristo, al instante se convirtió á él con todo su corazon; y dejando la Persia, se fué en busca de Cristo á Calcedonia, á Hierápolis y despues á Jerusalen: donde habiendo recibido la gracia del bautismo, se entró al monasterio del Abad Anastasio, que está á cuatro millas de la ciudad; y como hubiese vivido en él siete años observando sus reglas, mientras iba á Cesárea de Palestina para predicar en ella, le prendieron los persas, y el juez Marzabana le tuvo encadenado en la cárcel y le hizo sufrir azotes. Finalmente lo enviaron á Persia á su rey Chosroes, el cual en distintos tiempos mandó azotarle tres veces; y teniéndole colgado de una mano por espacio de tres horas, cortándole por último la cabeza, completó su martirio con otros setenta. Luego, como un endemoniado hubiese vestido su túnica quedó sano: y sobreviniendo entre tanto el príncipe Heráclio con su ejército, habiendo vencido á los

(1) Beda, in Martyrolog.

Persas, se llevó á los cristianos que estaban cautivos. Las reliquias del beato mártir Anastasio, que primero fueron llevadas á su monasterio, y despues á Roma, se veneran en el monasterio de san Pablo Apóstol, que llaman ad Aquas Salvias.»

CAPÍTULO IV.

De las imágenes de san Ildefonso Arzobispo de Toledo, y de san Raymundo de Peñafort, General de la Orden de Predicadores.

1. Celebra la Iglesia en un mismo dia, esto es, á 23 de Enero, á estos grandes santos insignes en santidad y dignidad; cuyos hechos y escritos, si alguno quisiere enteramente indagarlos, es preciso que lea á otros escritores: yo, ciñendóme dentro los límites de mi asunto, diré solamente algo de lo que pertenece á sus imágenes y pinturas. San Ildefonso, pues, ó Adelfonso, que así y áun de otros modos le llaman los antiguos, el más esclarecido de los obispos que gobernaron la Iglesia de Toledo en los últimos tiempos de los godos, floreció en santidad y sabiduría por el siglo VII de la Iglesia. Por lo que respeta á sus imágenes, se han de considerar principalmente dos cosas. La primera, que á este santo le suelen pintar (y con bastante frecuencia) con hábito de monje benedictino, por pensar muchos no sólo del vulgo, si tambien hombres doctos, y no pocos en número, que siguió el instituto y regla del gran Padre san Benito. Otros defienden tenazmente lo contrario, pasando que el instituto y regla de san Benito, todavía por este tiempo no se habia extendido á España. No faltan razones y fundamentos por ambas partes. Yo, que no tengo particular interés en ello, estoy como puesto de por medio entre los dos partidos.

Empero, si me es lícito, sin perjuicio de nadie, decir sencillamente mi parecer, digo ser cierto, que san Ildefonso profesó

la vida monástica en el célebre Monasterio Agaliense, sobre cuya situacion y lugar donde estuvo antiguamente, aún hoy lo disputan los eruditos, y todavía está por decidir. Esto, á más de que consta por los monumentos de Cyxila y de otros, se hace evidente por el testimonio irrefragable del mismo san Ildefonso, que dice así (1), hablando de san Heladio antecesor suyo: «Porque á nuestro Monasterio (hablo del Agaliense) cuya entrada en él me hizo monje, etc.» Luego el santo prelado profesó el monacato, antes de ser obispo. Así es, dirá alguno, pero no el Instituto de san Benito. Qué ¿acaso es esto contrario á la razon de los tiempos? En ninguna manera: como fácilmente pueden conocerlo áun los menos doctos. Luego, aunque confesemos que el pintar á san Ildefonso con hábito de san Benito no es un apoyo bastante firme para la historia, tambien deben todos confesar, que sin nota de error ni de poca instruccion, se le puede pintar con hábito é insignias de monje benedictino.

2. Mayor defecto es, segun á mí me parece, y por decirlo más claro, es error crasísimo el que he observado en una imágen bastante célebre de san Ildefonso, que muchas veces he admirado y contemplado; la que hizo en Flandes un pintor de bastante fama. En dicha imágen se ve pintado el glorioso prelado (en el mismo acto de que hablaremos luego, á saber, cuando recibió de la Vírgen la dádiva ó vestidura celestial fabricada por manos de ángeles, para que se sirviera de ella cuando dijese Misa) vestido con alba, manípulo y estola, pero desnudos totalmente los piés, lo que no puedo aprobar. Porque aún dado que así hubiese andado el santo alguna vez (lo que tengo por muy dudoso y áun por falso, singularmente siendo ya prelado de Toledo) debiera sin embargo pintarse calzado cuando iba ó estaba para celebrar, como se le representa en dicha imágen: particularmente en aquel tiempo, en que ya estaban recibidas las sagradas y siempre venerables ceremonias de la Misa. Pero los pintores,

(1) Lib. 1, de Viris illustrib., cap. 7.

usando de su potestad justa ó injusta, á todo se atreven por más que ofenda los ojos de los que miran.

3. Bien que la más frecuente imágen de este santo, es representarle recibiendo de las manos de la sacratísima Vírgen aquella vestidura sacerdotal, en vista de cuyo beneficio, pudo ya desde luego ser contado entre los moradores celestiales y domésticos del Señor. El hecho lo vemos celebrado por boca y alabanza de todos: pero séame lícito referirlo con las palabras de un antiguo y pisimo escritor, y cuanto lo permitian aquellos tiempos, elegantísimo (1). Cyxila, pues, que fué sucesor de san Ildefonso en la muy ilustre Silla de Toledo, describiendo difusamente el hecho, despues de haber dicho muchas cosas, añade: «Pero él (san Ildefonso) que sabía muy bien lo que pasaba, postrándose ante el altar de la Santísima Vírgen, encontró sentada á la misma Señora en la cátedra donde solia sentarse el obispo y saludar al pueblo... y levantando los ojos miró al rededor de él, y vió todos los arcos de la iglesia llenos de escuadrones de vírgenes que cantaban salmos de David, con una armonía muy dulce y suave. Entonces mirándole la Vírgen... le habló de esta manera: Acércate hácia mí, rectísimo siervo de Dios, toma de mi mano esta dádiva que te he traido de los tesoros de mi Hijo: pues así te conviene, de suerte que bendiciéndola, has de usar de ella solamente en mis festividades.» Qué y cuál haya sido esta vestidura, nadie en cuanto yo sepa, lo ha dejado escrito. Pero es comun y general persuasion, que fué una *casulla*, lo que no debemos fácilmente contradecir: bien que, segun yo pienso, no tenia la forma que regularmente tienen las de ahora para mayor comodidad de los sacerdotes, sino que cubria los hombros y parte de los brazos, y tal vez todo el cuerpo hasta los piés. No es esta aseveracion mia, sino de muchos autores gravísimos. «La casulla, dice el pio, erudito y eminentísimo Bona (2), segun atestigua san Isidoro, li-

(1) En Boland., al dia 23 de Enero.

(2) Bona, Rer. Liturg., Lib. 1, c. 24, n. 9.

bro 19 Originum, cap. 24, es diminutivo de casa, por cuanto cubre á todo el hombre como una casita pequeña.» Y poco despues: «Antiguamente las casullas eran del todo redondas que circuían al hombre todo, desde el cuello hasta los piés, y tenian una sola abertura en medio, por donde metian la cabeza: por esto era preciso doblarlas y ponerlas sobre el brazo para que el sacerdote pudiese ejercer su ministerio, y usar libremente de sus manos... Pero los latinos, para evitar el inconveniente de lo largo y ancho de las casullas, que cerraban todo el cuerpo junto con los brazos, empezaron poco á poco á acortarlas y á abrirlas por los lados, hasta que llegaron á tener la forma que tienen las que usamos hoy.» Lo que, por cierta obra de mosáico que todavía existe en Roma, prueba el mismo autor haber sucedido por los años del Señor CMLX. Pero consta que este año es muy posterior á la vida de san Ildefonso, el cual segun la más comun numeracion (bien que no falta quien diga lo contrario) murió el año de Cristo DCLXVII. De que fácilmente se colige, lo que ya advertiría el prudente lector, que la casulla que la sagrada Vírgen vistió ó regaló á san Ildefonso (pues esto último indican más las palabras de Cyxila) no fué tan parecida á las nuestras como vulgarmente la pintan. Pero baste sobre esta materia.

4. San Raymundo de Peñafort, tercer maestro general de la sagrada y esclarecida Orden de Predicadores, es un varon ó héroe de quien hacemos justamente mucho aprecio todos los de mi Religion: pues que en la fundacion ó ereccion de nuestro Instituto, esto es, de la Orden de nuestra Señora de las Mercedes, redencion de cautivos, fué san Raymundo el principal que contribuyó y ayudó para que se pusiera por obra, por lo que le pintan con el escudo de nuestra Orden, que tiene una cruz blanca y unas barras (pues así se habla vulgarmente y lo entienden todos): lo que lejos de llevarlo á mal, lo tenemos á mucha honra y aplauso, en prueba y señal de nuestro agradecimiento.

5. No pretendo, ni puedo referir tampoco aquí sus esclarecidos hechos: bastará notar algo por lo que mira á la pintu-

ra. Píntanle frecuentemente navegando, no en algun barco, sino tendida su capa sobre las olas, porque «volviéndose (conforme leemos en su rezo) desde Mallorca á Barcelona, tendiendo su capa sobre las aguas, hizo en el espacio de seis horas, ciento sesenta millas.» La causa ú ocasion de este milagroso suceso, no la ignoran los que están versados en la hisria, y así no es menester exponerla aquí. Píntanle tambien muchas veces con las llaves en las manos: lo que no alude, como dicen algunos, á que estando las puertas enteramente cerradas, entró alguna vez en su convento, sino á que las llaves que habia recibido de la Iglesia, las manejó con tal destreza, sabiduría y probidad, que por esto justamente se dice de él, que fué «Ministro insigne del Sacramento de la Penitencia.» De suerte que él fué el primero que compuso una Suma de casos de conciencia: ¡óh cuán desemejante y cuánto mejor que otros escritos de esta clase, que no tanto en el dia nos ilustran, cuanto nos llenan de oscuridad!

6. Mas, si se debe pintar san Raymundo de Peñafort despues de religioso dominico, vistiendo por sus propias manos á san Pedro Nolasco el hábito de nuestra Señora de las Mercedes, es esta una cuestion que ya hace mucho tiempo se ha ventilado con grande ardor y clamores, casi diria poco corteses, y alguna vez con jocosos dicterios que nada tienen de edificacion. Pero es constante que en una estampa que se imprimió habia algunos errores crasos y contra la fe de la historia. Tal es (por no dilatarme demasiado) el que entre los que se pintan asistiendo á aquel acto solemne, se pintan tambien caballeros de la Orden Militar de Montesa, la cual sin embargo no fué instituida, sino noventa y nueve años despues (ó á lo menos, pasados muchos años, por no parecer que quiero apurar sobradamente la materia) á instancias del rey de Aragon D. Jaime II, el año de MCCCXVII. Y si damos fe á historiadores fidedignos, sucedió al contrario, esto es, que cuando se instituyó la Orden Militar de la Merced, no asistieron los caballeros de Montesa, que aún no los habia; pero sí al instituirse la Orden de nuestra Señora de Montesa asistieron algunos caballeros que todavía quedaban de la

Orden de la Merced, como lo he escrito y manifestado en otro lugar, siguiendo á autores dignos de toda fe. Pero baste sobre este punto.

CAPÍTULO V

Propónese y examínase con maduro juicio la pintura en que se representa la conversion del grande apóstol y doctor de las gentes san Pablo. Y tambien se toca algo de la pintura de san Juan Crisóstomo.

1. Otra vez nos hallamos metidos en pleitos y amigables discordias con pintores y artífices muy célebres y acreditados, los cuales pintan y pintaron ya antiguamente la conversion á Jesucristo de aquel grande apóstol y doctor de las gentes san Pablo, á quien venero y veneraré siempre con el más profundo respeto. Pero, ó yo me engaño mucho, ó ellos desfiguran de mil maneras la historia de las sagradas Letras: lo que, á no probarlo, convengo en ser tenido por reo de un gravísimo delito. Primeramente, por lo que mira al mismo Jesucristo ya tocamos arriba algo, á saber, que no era cosa decorosa el representar la majestad del Señor conforme la pintó un artífice de mucha fama, proponiéndonosle no sentado ni en pié, sino volando de lo más alto de los cielos, á la manera que un volatin se desprende precipitadamente de lo alto, pasando por la cuerda estrecha que está colgada de la máquina, cosa que observaron ya y reprobaron hombres doctos (1). Lo cierto es, que Cristo Señor nuestro con su real presencia y como la llaman los escolásticos «circumscriptiva,» se apareció á san Pablo cuando estaba ya cerca de Damasco: lo que no sólo defienden hombres muy sabios, sino

(1) Andr. Gill., Diàl. Ital. della Pittura, f. 89, p. 1 V. Lorino.

que segun á mí me parece, está muy cerca de la misma certeza de la fe. Pues refiriendo el apóstol que el Señor despues de su gloriosa resurreccion se apareció á muchos, lo que no puede decirse ni entenderse sino de su presencia física y real, añade luego (1): «Y finalmente al postrero de todos como á abortivo, se me ha aparecido á mí.» Esto supuesto, no parece decente ni decoroso el pintar a Cristo de otro modo ni en otra situacion; sino segun sea más conforme á su grande majestad, esto es, ó sentado, ó á lo que más me inclino, estando en pie y con semblante severo y amenazador. Será, pues, mucho más del caso, segun yo me persuado, el pintar á Jesucristo rodeado de mucha luz y con resplandores brillantes cuanto sea posible; pero en pié y como que están saliendo de su boca aquellas palabras: «Saulo, Saulo, ¿porqué me persigues?

2. Mas, por lo que toca al mismo Pablo ó Saulo (que así se llamaba entonces) es menester para mayor claridad advertir aquí oportunamente tres ó cuatro cosas 1.° De qué edad se debe pintar á Pablo en este triunfo de Cristo y del mismo Pablo, consiguiendo el Señor una perfecta victoria sobre él, haciéndosele su amigo y el más fiel siervo de cuantos ha habido: 2.° Con qué vestido ó en qué traje se le debe representar. 3.° Si yendo de camino á pié ó montado á caballo; 4.° Finalmente, si en una mula ó sobre un jumento: pues de todo esto examinado con reflexion, resultará el recibir nuevas luces esta pintura, que ciertamente es muy frecuente.

3. En cuanto á su edad, un pintor no del vulgo ni de la ínfima plebe (2), sino el que tiene casi el primer lugar entre ellos, le representó enteramente viejo: pero sin duda, que este tal, aunque excelente pintor, estaria discurriendo otra cosa cuando le vino un tal pensamiento. Pues debia tener presente que habiendo esto sucedido cuando apenas se habian cumplido uno ó dos años de la gloriosa Ascension de

(1) Cor.. 15, 8.

(2) Mich. Ang., segun afirma Gilio, cit. ant. fol. 92, pág. 1.

Cristo á los cielos, sobre que varían algun tanto los eruditos; al mismo Pablo ó Saulo, en la pedrea de san Estéban que había sucedido poco antes, le llama la Escritura mozo, con estas palabras (1) «Y los testigos dejaron sus vestidos á los piés de un mozo que se llamaba Saulo.» De cuya accion, dándonos un grande ejemplo de humildad, hace mencion el mismo apóstol como el mayor acusador y fiscal de sí mismo. Otros al contrario, movidos de las palabras referidas, le pintaron mozo de diez y ocho ó lo que más de veinte y dos años. De esta opinion es el citado muchas veces Andrés Gilio, insigne en sus reglas á los pintores, el cual sin embargo se engaña como veremos luego. Tal es la debilidad del entendimiento humano, que tropieza muchas veces áun en lo que quiere advertir á los demás. Pero quien sériamente quisiere dar en el blanco, ni lo pintará viejo, ni sobradamente mozo, sino de edad de treinta y cuatro á treinta y cinco años, por ser esta la edad que tenia el grande apóstol cuando sucedió su admirable conversion, como afirman y cuanto cabe lo prueban solidamente hombres doctísimos que no es menester referir aquí, ni citarlos con escrupulosa prolijidad. Ni debe mover á nadie para pensar lo contrario, el lugar que hemos insinuado, donde el apostol, poco antes ó á lo menos, no mucho antes de su conversion, es llamado mozo ó joven. Pues es cosa bastante usada entre los antiguos el llamar jóvenes á los que no llegan á la edad de cuarenta años: lo que no es de este lugar tratarlo difusamente. Léanse sobre este particular los gravísimos Padres de la Iglesia san Ireneo y san Agustin (2).

4. Pero es mayor de lo que puede decirse la somnolencia de los pintores y la ignorancia que tienen de los hechos (y esto es de lo que se trata en segundo lugar), cuando representan á Pablo del mismo modo que pintarian á Syla ó á Mario, á saber, adornado como un soldado romano, con su

(1) Act., 7, 57.

(2) Iren., lib. 2, cap. 39, Aug., lib. 6, Confess.

manto militar, sus corazas y grevas, y tapada su cabeza con morrion, para que de piés á cabeza, como dicen, se eche de ver más patentemente el error. Yo mismo le he visto y contemplado muchas veces pintado de ambos modos: esto es, armado como un soldado romano y al mismo tiempo viejo y enteramente cano, y lo que es más de extrañar, con la barba algo larga: lo que tambien es error que conoció y procuró evitar segun afirma Gilio (1), aquel famoso pintor Miguel Angel, el cual, sin embargo de haber pintado viejo á san Pablo, con todo no le pintó vestido en traje de soldado romano, y con mucha razon, porque ¿qué tuvo jamás de comun un judío como era Pablo, con el traje y adornos de un capitan romano? Hase, pues, de pintar á san Pablo con aquellos vestidos que comunmente usaban los judíos, particularmente los que querian ser tenidos por más religiosos, de los cuales tocamos algo arriba: á no ser que discrepen en ceñirlos más alto, para que no fuese caso que llegando hasta los piés, sirviesen de embarazo al que iba de camino, ora anduviera montado á caballo, ó bien á pié, de que vamos á hablar.

5. Muchos intérpretes, y de grande nota, que no es mi ánimo referirlos aquí á la larga, son de parecer que san Pablo, cuando perseguia á los cristianos, llevando consigo cartas para Damasco, iba á pié. Véalos quien quisiere en Cornelio Alápide (2): y lo que es más, un poeta citado por Lorino, pero anónimo, á quien por tanto no he podido ver, hace burla de los pintores, por no pintarle á pié en esta coyuntura. Sin embargo, como parezca difícil y no digno de crédito, que el apóstol y sus compañeros (pues es de fe que traia compañeros consigo y que le estaban como rodeando) emprendiesen un camino de cinco ó seis dias, yendo á pié, muchos comunmente no lo admiten, y con bastante razon. Resta, pues, (di-

(1) Andr. Gill., f. 92, p. 1.

(2) Corn. Alap., in Acta, c. 9, v. 4. Lorin., sobre el mismo lugar.

rá alguno) que anduviese del modo que regularmente le pintan. Aquí está la dificultad.

6. Confieso espontáneamente, que no sólo el vulgo de los pintores, sino tambien los más sobresalientes han solido pintar á san Pablo, caido del caballo en el acto de su conversion. De que fácilmente se infiere, que iba montado en él cuando hizo su viaje de Jerusalen á Damasco. ¿Pero con qué caballo? ¡Admiraos, cielos! á saber, cuál apenas lo podria describir un poeta con exquisitos rodeos de palabras: en suma, tal, que podria servir, no para Saulo enemigo del nombre cristiano, que era judío, y de la secta más religiosa de los fariseos, sino para aquel Paulo Emilio, si hubiese tenido que entrar en Roma, no en un carro triunfal, sino montado á caballo cuando volvia victorioso por haber vencido á Perseo, rey de Macedonia. Y en esto muchas veces, más que en la misma imágen de san Pablo, emplea principalmente el artífice su habilidad é industria. Viólo esto, y reprehendiólo un escritor de mucho pulso y de gran dignidad, el cardenal Gabriel Paleoto. Pero yo no me paro en eso, sino que afirmo constantemente no haber hecho el apóstol su viaje montado en un caballo; de suerte, que es error el pintarle caido ó arrojado de un caballo brioso, por más que el pintarle así tenga mucha cabida entre las imaginaciones populares. Muévenme á pensar de este modo, no vanas conjeturas, sino, como pienso, fundamentos sólidos y de mucho peso, que voy ya á manifestar á favor de esta causa, que es de mi intento.

7. Pensaron algunos que á los judíos y á todos los israelitas les estuvo prohibido el uso de los caballos, por haber leido que solian ir montados no sobre caballos, sino sobre jumentos. Cosa es muy sabida la que hallamos escrita de la república de los hebreos, cuando estaba todavía floreciente, á saber, que los hombres de más esclarecida condicion y calidad, no se servian de caballos, sino de jumentos. Así vemos que de Jaír, juez de los israelitas, se dice (1): «Jaír, que juz-

(1) Judic. 10, 4.

gó á Israel.... éste tuvo treinta hijos que cabalgaban sobre treinta asnos.» Lo mismo leemos de Abdon, de quien dice la Escritura (1): «Despues juzgó á Israel Abdon.... el cual tuvo cuarenta hijos, y de éstos treinta nietos, que cabalgaban sobre setenta asnos.» De éstos y otros muchos lugares, afirman los autores que hemos insinuado, que por habérseles negado á los israelitas el uso de los caballos, áun á los más distinguidos en dignidad y nobleza, solían ir sobre jumentos y no montados en caballos. Mas yo, que no me acuerdo haber leido nunca que hubiese alguna ley que prohibiese expresamente á los israelitas el uso de los caballos, no me atrevo á afirmar otro tanto. Lo que consta sí, es habérseles prohibido áun á los reyes, el que pudiesen mantener un gran número de caballos, por leerse en el Deuteronomio (2): «Luego que fuere constituido (Rey) no multiplicará para sí un gran número de caballos, ni hará volver el pueblo á Egipto, fiado en el gran número de sus caballos.» De que se infiere que aquel pueblo, ni áun en tiempo de Saúl, ni en el de David, como es constante, se valió de caballos áun en las mismas guerras: de suerte, que en la guerra civil de Absalon contra su padre, y en el mismo conflicto de la batalla, se lee de él mismo, lo que parece extraño, que iba montado, no en un caballo, sino en un macho: sin embargo de que Absalon, lo que tambien practicó despues Adonías (3): «Hízose hacer carros y puso gente de á caballo y cincuenta varones, que corriesen delante de él.» Pero ¿para qué son menester tantas pruebas? El mismo rey David cuando ya viejo, confirmado en su grande imperio, y opulento por los despojos y riquezas de muchos reyes y naciones cercanas, que habia sujetado, cuando constituyó rey á su hijo Salomon, aún en sus mismos dias, mandó á los principales de su palacio: Pero léanse sus mismas palabras (4): «Tomad (dice el viejo rey) con vosotros los sier-

(1) Judic., 12, 13.
(2) Deut., 17, 16.
(3) 3 Reg., 1, 5.
(4) 3 Reg., 1, 33.

vos de vuestro señor, y poned á mi hijo Salomon sobre mi mula.» Vé aquí, lector mio, como el santo rey se servía de mula y no de caballo, aún cuando era tal el aparato y magnificencia, que parecia un género de triunfo.

8. No tiene duda, que en los tiempos de Salomon hijo de David, se introdujeron los caballos y su uso, en tan crecido número, que tuvo en sus caballerizas (cosa que apenas nadie lo creyera, si la fe no lo enseñara) (1). «Cuarenta mil caballos para carrozas, y doce mil de montar.» Todo esto es cierto: pero que en ello pecó Salomon, por apartarse de aquella ley que estaba promulgada para los reyes venideros, lo enseñan esclarecidos intérpretes (2). Confieso tambien que los reyes que se siguieron despues, aún cuando reinaban sólo en Judá, tuvieron gran muchedumbre de ginetes y de caballos, lo que seria fácil de manifestar, si fuese menester. Pero esto mismo era lo que los profetas inspirados de Dios les reprehendieron, y por lo mismo, despues de haber dicho Isaías (3): «Su tierra está llena de caballos y sus carros no tienen número:» añade luego: «Tambien está llena su tierra de ídolos, y han adorado la obra de sus manos.» Donde, junta y comprehende el profeta un mal tan grande como es la idolatría, con la grande é inmensa multitud de caballos. Por estos y otros delitos, y especialmente por el execrable de la idolatría, los castigó Dios con la transmigracion y cautividad de Babilonia, de donde no volvieron hasta despues de cerca de setenta años, por órden de Darío, rey de Persia. Pero despues de vueltos, estuvieron tan lejos de volver á caer en la idolatría (á excepcion de aquellos, que persuadidos ó forzados por los reyes de Siria, se desviaron del instituto y religion de sus mayores); que no se lee jamás haber vuelto aquella gente á cometer un delito tan abominable. Ni solamente esto, sino que aborrecieron despues en tanto grado el crímen de la ido-

(1) Reg., 4, 26.
(2) Alap., ad c. 17, Deut., v. 16.
(3) Isai., 2, 8.

latría, áun gobernando los romanos, que procuraron evitarlo, si es lícito decirlo así, no sólo religiosa, pero casi supersticiosamente. Pues nadie ignora lo que sobre este punto ha escrito un excelente historiador de ellos mismos, y esto mismo consta clarísimamente haber ellos observado despues de la desolacion de Jerusalen: de suerte que solamente de aquí se hace evidente que estos infelices, no ya por la idolatría, aunqus es este un delito tan abominable á los ojos de Dios, sino por otro mucho mayor y más execrable, experimentan á su divína Majestad tan airada é implacable. Delito, que no conocerán hasta que Dios corra el velo de sus corazones. Pero volvamos al asunto de donde nos habíamos desviado algun tanto.

9, Los Judíos, pues, así como despues de la cautividad de Babilonia fueron tenacísimos de su religion y de sus ritos; así se abstuvieron tambien del uso de los caballos. Lo que es tan cierto, que en las guerras que tuvieron con los reyes de Siria, donde se portaron con el mayor valor y esfuerzo de ánimo, siendo su caudillo el insigne Macabeo y sus hermanos que le sucedieron en el imperio; nunca se lee (si yo no estoy sobradamente alucinado), ó por lo menos rara vez; ni se colige tampoco que usasen de caballos: sino que siempre ó casi siempre pelearon á pié. Y si esto practicaron áun en las guerras, en que peleaban para defender la religion y costumbres de sus antepasados; ¿qué practicarian ellos en tiempo de paz cuando ya no eran soldados, sino gente del pueblo? ¿Qué harian entonces los más celosos de la religion y que con más ardiente celo la observaban? ¿Qué finalmente los fariseos, que afectaban pasar plaza de más religiosos y observantes de la Ley que todos los demás? Pero ya á esta pregunta (porque no parezca que me lo invento yo), respondió mucho tiempo ha un noble y doctísimo intérprete, diciendo (1): «Y tambien porque los judíos más religiosos, como eran los fariseos, cual era Pablo, apenas usaban de caballos, como dijimos» (2). Y

(1) Alap., in Act., c. 9, ad v. 4.
(2) Ad cap. 17. Deut., v. 16.

añadiria yo con mucho gusto lo que consta suficientemente por lo que llevamos dicho, *y áun sin apenas*. ¿Dónde están, pues los que pintan á Pablo ó á Saulo, judío y de la secta de los fariseos, armado y con manto militar y corazas? ¿Y por lo que hace á nuestro asunto, montado en un caballo de los mejores que podrian mantener las riberas de Andalucía, ó las orillas de Tesalia? Crea quien quisiere, que el caso sucedió así: «Credat, como dice Horacio, Judæus appella, non ego» que yo ni quiero, ni debo creerlo.

10. ¿Luego á pié (dirá alguno) anduvo el apóstol el camino desde Jerusalen á Damasco? lo que sin embargo no admitimos arriba, antes añadimos que muchos justamente lo reprueban. Niego á lo escolástico la consecuencia que en ningun modo se sigue de lo que hemos establecido antes con mucho fundamento. ¿Pues qué? ¿Por ventura no pudo ir y no fué con efecto, como lo tengo por mucho más verosímil, montado en una mula ó (lo que aún apruebo más) sobre un jumento? Pudo á la verdad, y no pongo duda en que sucedió así, particularmente en aquellas regiones de la Síria y en sus vecindades, donde los jumentos son regularmente mucho más grandes y fuertes que los de nuestra Europa, como es constante por las relaciones de los que han viajado por aquellas regiones. Y áun en el mismo Egipto, que no dista mucho de la Palestina, me acuerdo haber observado en los escritores que tratan este punto, ser muy frecuente el uso de los jumentos, los cuales van, no como quiera, sino casi corriendo desde Alejandria hasta Memphis (si es verdad que ésta sea la Memphis que hoy llamamos Cairo): de suerte que son de grande utilidad á las gentes de varias naciones que llegan á aquellos paises. Esto es lo que se me ofreció decir, cuanto á la pintura de la conversion de san Pablo. Porque el que estando ya levantado el apóstol (como lo he visto algunas veces) le pinten ciego, hacen en esto muy bien y es muy conforme á la Historia Sagrada: mas el que á sus compañeros (pues es muy cierto que tuvo algunos) los pinten con corazas al estilo romano, del mismo modo que unos soldados que rodean á su capitan, pertenece al mismo error é ignorancia que segun me persuado, hemos bastantemente refutado.

11. Paréceme ahora del caso decir algo aquí de la pintura de aquel gran prelado san Juan Crisóstomo: así porque fué gran venerador y admirador de san Pablo, como porque se celebra su fiesta al tercero dia de la conversion del Apóstol. Ni tocaria aquí nada de esto, á no acordarme de haber visto en otro tiempo con mucho gozo, una pintura de este santo, que está ó estaba á lo menos, en la ciudad de Segovia en el convento de Padres Carmelitas Descalzos. Veíase pintado descubierta la cabeza, el pelo algo tendido, la barba espesa y bastante larga. Y con razon: pues no acostumbraron los Prelados, singularmente los griegos, cortarse enteramente el pelo ni hacerse la barba. Represéntase vestido con túnica talar de color que tira á morado, y sobre ella un género de balandran velloso y con mangas que llegaba á sus piés, cara alargada, los ojos muy vivos, sentado en una silla y escribiendo aquellas Homilías admirables que santo Tomás al ver la ciudad de Leon de Francia, juzgó que una sola de ellas era digna de mucho más aprecio, que aquella magnífica y opulenta ciudad. Al lado de la mesa en que está escribiendo este excelente Doctor, se vé en pié al apóstol san Pablo: en que obró el pintor con mucha discrecion, especialmente por hacer el rezo eclesiástico que está sacado de los escritores de su vida, el siguiente elogio de los escritos de dicho santo: «Todos admiran la multitud, piedad y brillantez de sus sermones y demás escritos suyos, su modo de interpretar y explanar las Sagradas Escrituras, ateniéndose siempre al sentido de ellas, y le tienen por digno de que haya llegado á creerse que el apóstol san Pablo, á quien él tuvo una suma veneracion, le dictaba muchas cosas cuando estaba escribiendo y predicando.» La pieza, finalmente donde se le coloca, es una biblioteca que está adornada de muchos libros, donde tambien se ven pintadas las insignias episcopales: y (por no omitir esta menudencia) á los piés del santo se ve pintado un gato muy al vivo. Tambien esto se hace con bastante propiedad, por parecer muy verosímil que los hombres doctos y laboriosos, aunque santos, alimentaron y tuvieron cerca de sí, éstos ú otros animales mansos, por via de un honesto entretenimiento: pues que tambien se lee de san Juan Evan-

gelista, que tuvo alguna vez en sus manos una paloma á la que solia acariciar, remitiendo algun tanto de su severidad. Estas y otras cosas semejantes, si algunos pintores las consideraran con igual madurez y juicio, no incurririan en varias necedades y ridiculeces con que muchos les dan en cara.

CAPÍTULO VI

De las imágenes de san Julian obispo de Cuenca, y de las de mi esclarecido Padre san Pedro Nolasco.

1. Cierren este primer escuadron y el primer mes del año, dos santos, ambos admirables por muchos títulos, y á quienes el autor de esta obra (tal cual ella es) está obligado por varios capítulos, como se verá por lo que diremos aquí. El primero es san Julian obispo, hombre sin duda de espíritu apostólico, y por lo que toca á la razon del tiempo, no el primero, sino el segundo prelado de la Iglesia y diócesis de Cuenca; aunque en méritos y santidad, excede con notables ventajas á cuantos prelados ha habido en aquella Iglesia, sin embargo de haber habido algunos insignes en aquellas virtudes que deben resplandecer principalmente en un prelado cristiano. Con efecto, por lo perteneciente á nuestro asunto, ya hace mucho tiempo me dieron motivo de dudar, las palabras que se refieren en su rezo, que dicen así: «Ennoblecieron su nacimiento esclarecidas señales que fueron como presagios divinos de su santidad y de la dignidad episcopal que habia de tener. Pues nació tan bello y hermoso, que todos mirando su rostro, lo admiraban como bañado en resplandores celestiales.» Y añade: «Multo magis vero, cum puer grandior palam super fontem baptismalem tamdiu visus est mitra, et baculo Episcopalibus insignibus ornatus, dum adstantes admonuit, ut infanti Juliani nomen imponerent (*).»

(*) No se han traducido estas últimas palabras, por estar fundada en ellas la duda de cómo deban entenderse.

Cuyas palabras, á lo menos á primera vista, parece dan á entender que san Julian fué bañado en las saludables aguas del Bautismo, siendo ya muchacho algo grande, lo que no es conforme á la costumbre de aquellos tiempos en que nació este varon santísimo; pues en el año de Cristo MCXXVIII, que fué el de su nacimiento, la costumbre que se habia observado algun tiempo en la Iglesia de bautizar á los muchachos cuando grandecillos, ya de mucho antes estaba enteramente abolida: ni esto lo admite tampoco la fe de los escritores, pues los historiadores de la vida y hechos de este santo, parece convienen en que fué bautizado solemnemente el mismo dia en que nació, lo que tambien causa alguna admiracion.

2. Pero este nudo tal cual es, lo desata fácilmente un diligentísimo escritor de su vida, y amigo mio cuando vivia, el Padre Bartolomé Alcázar (1), el cual refiere aquellas palabras «Puer grandior,» no al mismo san Julian recien nacido, en cuyo sentido las han entendido muchos, y algunos anduvieron solícitos dudando sobre la embigüedad de dicha expresion; sino á un ángel que se apareció en lo alto sobre la fuente bautismal, adornado con las insignias episcopales de la mitra y del báculo. En cuanto á representar este hecho, otro amigo mio, digno de ser nombrado siempre con elogio, don Antonio Palomino y Velasco, en la pintura que hizo de él, representó al ángel volando por el aire y tendído el vestido, sin embargo de que parece más verosímil (dígolo con licencia) pintarle en pié sobre un globo de luz ó alguna nube, y revestido con los demás adornos sacerdotales. Mas, lo que de este prelado tan semejante á los apóstoles, se canta en su rezo que «empleó las rentas de su Iglesia en socorrer á los pobres, en restaurar y adornar los templos, contentándose con una comida muy parca, la que ganaba con el trabajo de sus manos;» es digno de que lo admiren en gran manera los amadores de la virtud, piedad y celo apostólico. Lo admi-

(1) P. Barth. Alcaz. Vida de S. Julian, l. 1, c. 5.

ren, digo, y casi diria, lo imiten, á no echar de ver, ser éste un punto de perfeccion tan elevada que á todos debe causar admiracion y pasmo; pero que atendida principalmente la prudencia humana apenas lo pueden imitar los que para mayor gloria de Dios se ocupan en cosas mayores, en las que sin embargo nuestro san Julian fué mucho más vigilante y excedió á otros muchos, por no decir á todos los que se ocuparon en el oficio del ministerio apostólico. Cuál fuese éste trabajo de manos, con que el santo obispo y su único ministro san Lesmes, pasaban una vida muy parca, lo saben bastante, segun me persuado, los españoles; pero no tienen tal vez noticia de ello los extranjeros, á favor de los cuales (por si acaso esta obrilla llegase á sus manos) me parece bien referirlo aquí. Este santo, pues, superior á todo alabanza trabajaba con sus puras manos canastillos ó cestos de juncos ó de mimbres, y acaso de una y otra cosa; y con el corto precio que de ellos sacaba; adquiria lo precisamente necesario para comer y vestirse él y su santo administrador; de suerte que cual otro Pablo podia decir con verdad: «No he codiciado la plata, el oro ó el vestido de nadie: vosotros mismos sabeis, que para lo que yo habia menester,» y el compañero que vivía conmigo, «acudieron estas manos. Dan testimonio de esto, además de la comun y recibida tradicion ya desde muchos siglos en toda aquella provincia de Cuenca, las imágenes antiguas, de las cuales se ve una trabajada con bastante primor y artificio en el convento de mi Orden, de Huete, que representa al santo prelado juntas sus manos ante el pecho, mirando al cielo, y junto á él cestos de miembres unos acabados ya, y otros empezados. Pero quien quiera saber más sobre esta materia, lea al citado escritor de su vida ó panegirista, é historiador elegantísimo de los hechos que nos han quedado de este santo: cosa que ningun hombre cuerdo atribuirá á defecto, por ser muy difícil formar un volúmen entero y de justo tamaño de pocos hechos aunque por otra parte grandes (1).

(1) P. Alc., lib. 2, cap. 5, p. 169 y sig.

3. Finalmente, afirmando algunas veces el mencionado escritor de la vida de san Julian, fundado en buenos autores, que mi santísimo Padre san Pedro Nolasco, el cual es constante que anduvo muchas ciudades de España recogiendo limosna para expenderla en libertar á los fieles cautivos; llegó tambien hasta Cuenca, y que visitó no de paso, ni de corrida á san Julian, que á la sazon era obispo de aquella Iglesia, quien le recibió con mucha afabilidad y le afirmó y confirmió más en el proyecto que ya había emprendido del sagrado Instituto de la redencion de cautivos. Por ser esto, digo, bastante cierto, y referirlo expresamente este esclarecido escritor, puede darse la ocasion de pintar la conversacion de estos dos santos: en cuya pintura, para no dar ocasion á los imperitos á algun error, se han de advertir pricipalmente dos ó tres cosas. La primera: que al santo prelado de Cuenca, debe pintársele como hombre respetable por su vejez; al contrario, á san Pedro, de edad robusta y juvenil, bien que quebrantado su cuerpo por los muchos y frecuentes trabajos. La segunda: que no se pinte á san Pedro con el hábito religioso, que no lo tomó antes del año de MCCXVIII, cuando ya hacía diez años que había muerto san Julian. La tercera que aunque pueda pintarse cómodamente á ambos santos, á saber, á san Julian en una silla más elevada y á Nolasco en otra más baja ó bien á ambos sentados en un banco, conforme, no solamente á la sencillez de aquellos tiempos, sino mucho más á la modestia y humildad de los santos; sin embargo será lo mejor pintar sentado á san Julian, y á san Pedro Nolasco arrodillado á sus piés y confesándose con el santo prelado, por afirmar expresamente esto último el citado autor, cuyo parecer abrazo subscribiendo gustoso á su opinion.

4. Pero incurriria yo sin duda la nota de ingrato, si no hiciera mencion aquí de mí santísimo Padre, cuya fiesta se celebra el dia último de Enero. Lo que, si quisiera hacerlo conforme á lo grande del asunto, me extendería demasiadamente contra mi costumbre. Por lo que, dejando á los historiadores de su vida, el referir los esclarecidos hechos de tan

gran Patriarca, dejo tambien á los pintores (como ya muchos de ellos lo han practicado) el delinear y representar á la vista sus imágenes, ó ya, cuando vivia en el siglo, donde vivió inocentísimamente y tocando ya á la cumbre de la perfeccion, ó cuando despues de haber fundado su Orden, dió tan sublimes y excelentes ejemplos de caridad y de otras virtudes: contentándome con advertir solamente algunas cosas, que son propias de mi asunto. 1.° Que cuando se pinta al Santo Padre con el hábito de la Orden, que hoy vestimos sus Hijos, se le pone un escudo real, del mismo modo que hoy lo llevamos tambien. Todo esto es tolerable y áun laudable, para que nada se encuentre en que tropiece la vista con fastidio: aunque, si esto se examinara con más severidad, acaso no debiera practicarse de este modo. Pues consta aún por las imágenes antiguas que los primeros religiosos de la Orden acostumbraron llevar este escudo bordado en el pecho y en la capa, ó manto grande: lo que fácilmente podría manifestarse haber durado por espacio de algunos años. 2.° Que poniendo algunos en las manos del santo fundador un ramo de olivo, le ponen otros una cruz patriarcal; pero, á mi parecer, sería lo mejor ponerle uno y otro: la cruz, como á fundador y patriarca de la órden y el ramo de olivo, por ser evidente símbolo de la misericordia y por consiguiente de la merced; pues con este nombre se apellidaba entre nosotros la misericordia y clemencia real, como podría probar y hacer ver, si pudiese y quisiese detenerme en ello. 3.° Finalmente: que algunos pintaron al santo fundador no muy viejo; otros al contrario, le pintaron viejo y decrépito. Ambas pinturas propasan sus límites. Yo juzgo, que mi amantísimo Patriarca murió con efecto lleno de dias; pero que estuvo muy lejos de llegar á la edad de octogenario, en la que por lo comun suelen pintarle; porque nació el santo (segun tengo por más probable) el año de la era vulgar de Cristo MCLXXXII y murió á media noche la víspera de la Natividad del Señor del año MCCLVI como se lee en su rezo.

CAPÍTULO VII

De las pinturas de los santos mártires san Ignacio san Blas y santa Agueda.

1. Nadie ignora las glorias del invicto atleta de Jesucristo y esclarecido mártir de la Iglesia san Ignacio Obispo de Antioquía. Pues todos los que han saludado la historia eclesiástica, saben que este santo fue condenado á las bestias en el anfiteatro de Roma y que allí fué mordido y despedazado por los leones. Este género de suplicio, aunque era el más vil de cuantos habia, y que segun lo da á entender el mismo Derecho romano (1) sólo se castigaba con él á la gente más baja y de más vil condicion, no solamente se dió con frecuencia á los cristianos, sino que el mismo pueblo furioso levantó muchas veces el grito, para que de este modo se castigara á los santos: como lo enseñaron expresamente los escritores antiguos Tertuliano y san Cipriano, el cual hablando de sí mismo: «Tantas veces (dice) me han pedido para presentarme al leon en el Circo.» Y poco despues: «El pueblo con sus gritos, nuevamente ha rogado sacarme en el Circo á los leones.» La voz del pueblo era esta por lo comun: «Echese un cristiano á los leones; échense cristianos á las bestias.» Las que sin embargo, olvidadas, queriéndolo así Dios, de su natural fiereza se postraban muchas veces á los piés de los mártires y se los lamían. Con todo, no deseaba que sucediese así con él el invencible ánimo del fervorosísimo mártir Ignacio; pues suyas son estas palabras, sacadas de la Epístola que escribió él mismo á los romanos y que-

(1) L. 3, ff. ad Leg. Corn., de Sicari. Tert., in Apolog. et in exhort. ad Castitat. Cyprian., Ep. 55, ad Corn. Pap.

nos refiere un elegantísimo escritor (1): «Ojalá me goce yo con las bestias á que estoy destinado, y ruego se dén priesa á ser mi tormento y á matarme y que se ceben en comerme: no sea caso que como á otros mártires, no se atrevan llegar á mi cuerpo. Si ellas no quisieren venir, yo las haré fuerza, yo me daré priesa para ser devorado.» Y que en realidad sucedió así y que los leones casi totalmente le devoraron ó irritando y provocando á las fieras el mismo santo, ó (lo que es más de creer) mandándolo ó permitiéndolo así el mismo Dios, que preparaba una tal y tan grande corona para tan invicto mártir; lo atestiguan clarísimamente sus Actas, que por un efecto de la singular providencia y beneficio de Dios, todavía permanecen enteras; y tales nos las ha dado un diligente escritor de estas materias, el Padre Teodorico Ruinart, monje benedictino de la congregacion de san Mauro, en el libro que inscribió: «Actas selectas de los mártires.» Así dicen, pues, á la letra: «De tal suerte los impíos lo presentaron á las crueles bestias, que al instante se le cumplió al mártir san Ignacio su deseo conforme al cual está escrito:» El deseo del justo es aceptable, para no dar trabajo á los hermanos de recoger las reliquias de su cuerpo, segun se había manifestado en su carta deseoso de que este tormento fuese su gozo. Solos, pues, quedaron de sus santos huesos los más recios y duros que los llevaron á Antioquía y puestos en una caja, como un tesoro inestimable, los dejaron en aquella Iglesia en honor de este mártir.» Pero el citado Ruinart, en las notas sobre estas Actas, advierte, lit. C. «Así dicen casi todos los escritores; pero los latinos, especialmente los más modernos, cuentan el hecho con alguna diversidad, engañados por un intérprete antiguo, el cual afirmó que dos leones habian ahogado á Ignacio. dejando sin embargo intactas sus carnes.» El lugar de la Epístola á los romanos á que aluden las actas y cuyo ejemplar pone el mencionado escritor despues de ellas, dice así: «Acariciad antes

(1) S. Hieron., de Scriptor Eccles.

á las bestias, para que sean mi sepulcro y no dejen nada de las partes de mi cuerpo, para que no sea gravoso á nadie despues de muerto. Entonces seré verdadero discípulo de Jesucristo, cuando el mundo ni áun podrá ver mi cuerpo. Rogad á Cristo por mí, para que esta misma organizacion le sea á Dios un sacrificio: No os mando á vosotros como mandaban Pedro ó Pablo; Ellos eran apóstoles, yo soy un condenado: ellos libres, yo hasta ahora un esclavo. Pero en padeciendo, quedaré liberto de Jesucristo, para resucitar libre. Y ahora estando atado aprendo á no desear nada. Todo lo cual (para que se eche de ver cuán conforme es á la verdad del hecho) lo predicó al pueblo de Antioquía el más elocuente de los predicadores, san Juan Crisóstomo, con estas palabras verdaderamente de oro (1): «Roma recibió su sangre, que iba destilando; vosotros habeis recibido sus reliquias. Aquéllos se alegraron con su martirio; vosotros os habeis gozado con su ministerio episcopal. Aquéllos le vieron peleando, venciendo y coronado; vosotros le poseeis perpétuamente, Dios os lo quitó para poco tiempo, pero os le restituyó con mayor gloria.» Luego, de piés á cabeza, como dicen, devoraron las bestias á vista del pueblo el santísimo cuerpo de este mártir, lo que debimos probar respecto á lo que vamos tratando y para manifestar más la verdad de los hechos.

2. Con ser esto así, y lo más probable (por no decir otra cosa más fuerte) conforme á la fe de la historia, no faltaron quienes añadieron otras cosas, que se convencen ser falsas ó del todo inciertas, y algunas de ellas pertenecen al intento de los pintores. Callo el que en algunas Actas del santo mártir, se dice, que habiendo sido preguntado ya mucho antes en Antioquía por Trajano, fué preguntado otra vez, y examinado por el mismo Emperador; sin embargo de ser cierto, que al volver Trajano á Roma despues de la expedicion de Oriente, no lo ejecutó ni pudo ejecutarlo antes de la muerte de san Ignacio, por haber acontecido el glorioso martirio de

(1) S. Chrys., t. 6, hom. 43.

este santo á los nueve años del imperio de dicho príncipe, y á los CVII de Cristo, cuando Trajano permanecía aún en Oriente. Callo, digo, todo esto, y paso á otra cosa. Con efecto, el autor del libro intitulado «Leyenda Aurea» (1), aunque fué un hombre de boca de hierro y corazon de plomo (nombres con que le apellida un varon muy erudito y teólogo de primera clase) (2) dice: «Léese, que el bienaventurado Ignacio entre tanta multitud de tormentos nunca cesaba de invocar el nombre de Jesucristo. Y preguntándole los verdugos, ¿por qué repetía tantas veces este nombre? dijo: Este nombre lo tengo escrito en mi corazon, y así no puedo dejar de pronunciarlo.» Lo mismo dicen tambien otros autores, pero que no merecen más fe. De éstos parece, que lo han tomado otros, á quienes no debo nombrar ahora. Vesaquí, lector mio, al beatísimo mártir Ignacio atormentado y maltratado con crueles y varios suplicios, lo que no se lee, ni en san Juan Crisóstomo ni en otro autor de los antiguos. Y que esto no sucedió en Antioquía, donde le prendió y le preguntó Trajano, lo confiesan áun los mismos escritores, que por otra parte son de mucho nombre. Y que no sucedió tampoco en Roma, donde le envió Trajano condenándole á las bestias, para que sirviera de espectáculo al pueblo en aquellos juegos que los gentiles llamaron *Saturnalia;* lo convencen dos cosas en especial. La primera, que, como he insinuado, ninguno de los antiguos que escribieron los hechos de este ilustre mártir, hizo mencion de ello. La segunda, que las Actas de este mártir que todos los eruditos tienen por más genuinas y verdaderas, dicen expresamente que san Ignacio llegó al puerto de Roma, á mediados y más del mes de Diciembre, cuando se acercaba ya el tiempo de concluirse aquellos juegos. Por cuya causa le avisaron los que le custodiaban, que era menester apresurar y adelantar el paso para poder llegar á Roma, antes de acabarse dichos juegos y espectáculos. Estas son las palabras de sus

(1) Jacob. de Vorag., leyenda 36.
(2) Melch. Can., de Loc. Theol., lib. 11.

Actas (1): «Los soldados instaban á Cristoforo (pues con este nombre y tambien con el de Teoforo, esto es, seguidor de Cristo ó de Dios, llamaban frecuentemente á san Ignacio, y él mismo se llamó así, delante de Trajano, confesando la fe de Jesucristo) que se diera priesa para acercarse á los públicos espectáculos de la gran Roma: á saber, para que siendo entregado á las bestias feroces á vista del pueblo romano, consiguiese la corona del combate.» No padeció, pues, en Roma, aquel género de tormentos que algunos afirman, sino que estando totalmente entero, así que llegó á Roma, guardaron y entregaron al santísimo viejo á los leones; los cuales (como él mismo habia deseado) de tal modo le despedazaron y devoraron, que para reliquias del mundo cristiano, solamente restaron los huesos más fuertes, como el cráneo, y los de los muslos y canillas, los cuales, segun escriben Eusebio y san Gerónimo, se guardaron y enterraron despues en Antioquía, fuera de la puerta de Daphnis. Y así, la pintura que representa á san Ignacio padeciendo otros tormentos fuera del de los leones, es enteramente incierta, y no se conforma con la fe de la historia. Vió esto mismo un varon de mucha dignidad y erudicion, bien que sólo lo toca por alto y de corrida.

3 Pero no paró aquí el mencionado autor de la Leyenda Aurea: «Despues de su muerte (añade) como los que estaban presentes quisiesen hacer la prueba de lo que el santo habia dicho, arrancaron el corazon de su cuerpo, y partiéndolo por medio, encontraron que todo él tenia escrito con letras de oro este nombre *Jesucristo*. Motivo, por el cual creyeron muchos.» Hasta aquí el citado autor, lo que ciertamente no se halla en ninguno de los autores antiguos, ni aún en aquellos más modernos, á quienes callando sus nombres, aunque con respeto y reverencia, citamos arriba. Por lo que, muchos historiadores eclesiásticos, sospechan ser estos hechos espúreos, supositicios, é introducidos por escritores oscuros. A lo me-

(1) Acta select. Martyrum, pág. 705, n. 4.

nos es cierto por lo que dice san Crisóstomo (1), que los leones de tal modo descuartizaron, despedazaron, consumieron y devoraron el cuerpo de san Ignacio (segun el santo lo había deseado) que en ninguna manera pudo haber lugar á que se sacase el corazon del cuerpo del gloriosísimo mártir, muerto ya y despedazado. Mas oigamos, no á alguno de aquéllos, á quienes suelen temer (aunque sin razon) los que están imbuidos en semejantes narraciones, sino á un pio, grave y sério teólogo muy versado y ejercitado en las materias de mi asunto, el cual dice (2): «Yo pienso que esta sentencia no es sólida, y lo infiero de esta manera. Los antiguos que han citado con la mayor diligencia aquellas palabras de Ignacio: Soy trigo de Jesucristo, seré molido por dientes de bestias,» si hubiesen tenido noticia de esto, no hubieran callado todos unánimemente un hecho tan memorable, como es el que dicen los mencionados, de tener escrito en su corazon el nombre de Jesucristo. Pero como esto les fué incógnito, es lo más verosímil decir, que dicha noticia es supuesta por algun escritor oscuro. A mí me parece que dió motivo al error el renombre del santo; pues los títulos de sus epístolas, dicen: Ignacio, el mismo que Teoforo: y Simeon Metaphrastes refiere haberle dicho Trajano: ¿Eres tú por ventura el que te llamas Deifero? ¿y qué quiere decir Deifero? A que respondió el mártir: Aquel que lleva á Cristo dentro de su alma. Díjole entonces el Emperador: ¿Segun esto, pues, tú llevas á Cristo en tí mismo? Es así, respondió el santo, porque escrito está: Yo habitaré y me pasearé en ellos. Pero yo estoy en la inteligencia, que á Ignacio le llamaron Teoforo, no por ser este su nombre propio, sino apelativo. Por cuyo motivo él mismo llama á san Timoteo Cristóforo ó Timoteo Cristífero. Asímismo Cirilo Jerosolimitano dice: Seremos Cristóforos, esto es. llevaremos á Cristo, cuando recibiéremos en nuestros miembros su cuerpo y su sangre. De este modo, como dice el bie-

(1) S. Chrys., t. 1.
(2) Mol., Hist. de las Imág. Sag. l. 3, c. 7.

naventurado san Pedro, participamos de la naturaleza divina. Hasta aquí el mencionado escritor, lo que he querido trasladar á la letra con todo cuidado, para que sólo por este lugar aprendan algunos no ser cosa nueva en las historias de los santos, el que escritores ignorantes propongan ciertas paradojas, y se atrevan á inventar cosas nuevas.

4. De aquí se echa de ver que si hay pinturas é imágenes de este santo, como en efecto se hallan algunas, en que se representen semejantes hechos, son falsas y fingidas, si se examinan como debe hacerse conforme á la verdad de la historia. Sin embargo, deben tolerarse algunas de ellas que pueden referirse muy bien á la clase de pinturas ó imágenes místicas, figurativas ó simbólicas. Tal es la que el citado autor afirma haber visto él mismo en Meclinia, en la cual se representa al santo, teniendo en la mano su corazon, donde se ve gravado con letras de oro el nombre de Jesus. Y yo me acuerdo haber visto otra en Toledo en la iglesia de religiosas carmelitas, en la cual mientras los leones están despedazando al mártir, se representa á causa de una herida, abierto y patente su corazon, donde se ve esculpido aquel santísimo nombre, tambien con letras de oro. Pues, por medio de estas imágenes, todo hombre cuerdo puede entender fácilmente y sin ningun absurdo, cuán penetrado estaba el corazon de Ignacio del amor de Jesucristo, lo que consta clarísimamente por sus mismas palabras, en que dice: «Vengan sobre mí el fuego, la cruz, las bestias, el rompimiento de huesos, la separacion de miembros, hágase pedazos todo mi cuerpo y vengan sobre mí todos los tormentos del demonio, con tal que yo goce de Cristo.» Por la misma idea, suele tambien pintarse á san Agustin llevando su corazon en la mano, por haber dicho él mismo hablando con Cristo (1): «Tú habias herido con flechas mi corazon por medio de tu caridad, y yo llevaba traspasadas tus palabras en mis entrañas.» Baste esto por lo que mira á las pinturas de san Ignacio.

---

(1) Conf., lib. 9, cap. 2.

5. Mas por lo que toca á la pintura de otro obispo y mártir, san Blas, cuya fiesta se celebra el dia cinco de Marzo, con mucha concurrencia del pueblo en los templos que le están dedicados (que son no pocos en España); acaso tendria mucho que advertir: pero no es mi ánimo querer decirlo todo con sobrada escrupulosidad, porque callo, el que, como notó un escritor á quien he citado muchas veces (1), se le representa por lo comun sin ninguna herida, por el motivo de que nunca ó rarísima vez le pintan sufriendo los tormentos que padeció. Callo tambien, el que, cuando le pintan (lo que es más frecuente) obrando aquel milagro de que se hace mencion en su rezo, donde se lee: «Curó á muchos enfermos que le traían movidos de la fama de su santidad. Uno de éstos fué un muchacho que estando desahuciado de los médicos por tener atravesada una espina en la garganta, se estaba muriendo.» Cuando le pintan, digo, obrando este milagro, representan al santo obispo y mártir adornado con todas las vestiduras pontificales, y lo que es más de extrañar, no con otras, sino con las que frecuentemente usan hoy los obispos en nuestras regiones, esto es, con la mitra, el báculo, los guantes y las demás. Callo, vuelvo á decir, todo esto de que me acuerdo haber tocado algo arriba (2), pues nos vemos precisados á tolerarlo, por más que ofenda algun tanto á los eruditos y á los hombres de más juiciosa crítica. Pero lo que acaso no debe pasarse de ningun modo en silencio, es lo que yo he visto alguna vez, que cuando se describe este caso, se representa al santo en una sala sostenida con columnas y muy bien aderezada: sin embargo de ser cierto, que cuando este santo, ó Dios por sus méritos é intercesion, obró dicho milagro, estaba ya el santo obispo preso en la cárcel, la que estando destinada para malvados y malhechores, es de creer que carecería de semejantes adornos: y si no, léase con atencion su mismo rezo que ya hemos citado, donde se dice: «Ha-

(1) Andr. Gilli, en el Dialog. Ital., della pittura.
(2) Cap. 1, n. 6.

biéndole cogido los soldados del presidente Agricolao, que iban cazando, y llevádole á su presencia por su mandado, le metieron en la cárcel, donde curó á muchos enfermos,» con lo demás que llevamos dicho. ¿Por ventura la cárcel donde estaba preso el santo prelado y mártir de Jesucristo, es lugar á propósito para representarle adornado con vestiduras pontificales, ó para que allí se echaran de ver los adornos y muebles de un palacio? Pero los pintores, no haciendo reflexien sobre éstas y otras cosas más graves, usan muchas veces ó abusan de la facultad que les han dado de poder atreverse á todo.

6. Tal es tambien lo que en la pintura de la vírgen santa Agueda he visto yo mismo alguna vez, no sin conmocion del ánimo. Pues leyéndose en sus Actas, que por órden de Quinciano, presidente de Sicilia, le cortaron uno de sus pechos, lo que por ser «ella tan buena» (que esto suena el nombre de Agueda, no lo que disparatadamente fingen algunos, de Diosa sin tierra) como constante y fuerte, se lo echó en cara, diciéndole: «Impío, cruel y feroz tirano, ¿cómo no te confundes de cortar á una mujer lo que tu mismo has mamado en tu madre?» Leyéndose, digo, el mencionado hecho en sus Actas, los pintores, no contentándose con describir el caso sencillamente, como suena, han querido exagerarlo algun tanto. He visto yo mismo la imágen de la Vírgen y mártir santa Agueda, atada en aquella cruel máquina que llamaron eculeo los antiguos (sobre que dice muchas cosas un buen autor (1), donde el verdugo, no le corta sencillamente el pecho con una espada ó cuchillo, lo que parece más verosímil, sino que se lo agarra y arranca con gruesas tenazas, al modo que si habia de arrancar un grande clavo. Estas, sin embargo, parecerán cosas muy ligeras, bien que son muy dignas de notarse aquí, aunque de paso.

---

(1) Hier. Mag., de Equuleo.

CAPÍTULO VIII

De las imágenes de san Romualdo, de santa Apolonia, santa Eulalia, san Simeon obispo y mártir, y de la pintura de san Matías apóstol.

1. Hemos dicho arriba, no fuera de propósito, que en las pinturas de los santos debe el pintor erudito atender á su edad, pues por lo comun debe representarlos en la que murieron. Sobre lo cual, acaso tendremos mucha ocasion de hablar, aunque no dudo que los pintores más doctos habrán reparado en ello, pero no los poco eruditos y del vulgo, bien que en la pintura de que vamos á hablar, de san Romualdo, padre de los insignes anacoretas y cenobitas camaldulenses (pues unen admirablemente ambas cosas); áun los más eruditos tuvieron ocasion de alejarse algun tanto de la verdad, por creerse vulgarmente lo que de él se refiere en su rezo, á saber, que vivió ciento y veinte años: motivo por el cual le pintan enteramente decrépito y ya casi cadavérico. Pero, como esto no tiene otro apoyo sino el del cardenal san Pedro Damiano, el cual ciertamente pudo engañarse en no calcular exactamente la razon y cronología de los tiempos; y en efecto, varones doctísimos (1) de nuestra edad, afirman haber sucedido realmente así; no parece conveniente el pintar á este santo de edad que represente ciento y veinte años, aunque sí debe pintársele viejo y muy anciano.

2. Lo contrario sucede en las pinturas de santa Apolonia vírgen y mártir, de las cuales he visto muchas. Pues en ellas se representa á la santa, como de edad de diez y seis años ó poco más, sin embargo de constar que cuando pade-

(1) V. al P. J. Mabillon in Act. Benedictinis, t. 1, ab A. Chr. M. ad MC., pág. 279, n. 5.

ció martirio y dió nobilísimo testimonio de la fe de Jesucristo era ya grande y de avanzada edad; lo que consta no solamente por lo que se dice en su rezo, si tambien por haber dicho esto mismo los autores antiguos Dionisio Alejandrino, Eusebio, Nicéforo (1) y otros: pero acaso parecerá esto tolerable y digno de excusa, por no perder fácilmente las doncellas por la edad (como lo acredita la experiencia) su gracia y hermosura. Lo que por ventura puede hacer alguna impresion, es, que á la misma vírgen le arrancaron sus perseguidores uno á uno sus dientes, lo que no parece dice bien con una edad ya avanzada y cercana á la vejez. Pero esto fácilmente se deshace. Porque, además de constar por la Sagrada Escritura, que habiendo cumplido Moisés ciento veinte años murió tan fresco y robusto como si tuviera poco más de treinta; pues leemos en el Deuteronomio (2): «Moisés tenia ciento y veinte años, cuando murió: sus ojos nunca se obscurecieron, ni su dentadura perdió su vigor.» Además de esto, digo, vemos no rara vez á muchos y muchas, que han tenido y tienen la misma firmeza y robustez en los dientes cuando viejos, que en su mocedad; cuyos ejemplos si quisiera yo ponerlos aquí, haria lo que es propio de un hombre más desocupado y del que quisiera abusar del ócio de los demás. Como si tomando ocasion de las palabras de la Escritura que acabo de alegar, quisiera disputar ahora quién las escribió, por referirse en ellas la muerte de Moisés y si por ventura (como falsamente pensaron algunos) no fué Moisés el que escribió todo el Pentateuco. Esto es propio de los que se deleitan con semejantes divagaciones ó rodeos, y forman de esta manera libros de mucho tomo y muy abultados, tratando cosas de poca importancia. Vea quien gustase (por lo menos en la edicion latina) á un hombre muy erudito, que trata excelentemente esta materia (3).

---

(1) Dion., in Ep. ad Fabium Ep. Antiochen. Eus., l. 6, c. 34. Niceph., l. 5, c. 50.

(2) Deut., 34, 7.

(3) Dupin., t. 1.

3. Acaso no pareceria tan temeraria la sospecha, si alguno pretendiese que las dos Eulalias, ambas españolas, ambas vírgenes y ambas mártires, la una de Mérida, cuya fiesta se celebra el dia 10 de Diciembre, y la otra de Barcelona á quien se le tributan solemnes cultos el dia 12 de Febrero; no fueron dos, sino una misma. Tanto como eso convienen sus actas entre sí y tan semejantes son, como lo verá el que se tome el trabajo de confrontar unas con otras. Y áun sin hacer una confrontacion muy exacta de dichas Actas, es constante: Que ambas fueron vírgenes de muy tierna edad: Que ambas vivieron en una casa de campo de su padre, á cortas millas de la ciudad: Que ambas padecieron martirio siendo presidente Daciano: Que ambas sufrieron tormentos muy semejantes, si no fueron los mismos: Que salió de ambas, á vista de todo el pueblo, su purísima alma en figura de paloma, y otras cosas de esta clase, que no es mi ánimo referirlas con tanta individualidad. Pero, aunque de todo esto podría moverse algo para pensar que fué una sola y la misma, ya fuese la de Mérida ó la de Barcelona, la que padeció tan insigne martirio; sin embargo es mejor decir que fueron dos, lo que yo afirmo: así por ser esta la mente de las Iglesias de España, cuyo argumento es de mucho peso; como porque la Iglesia romana (lo que añade más fuerza) parece ser del mismo parecer distinguiendo diligentemente la una de la otra. Y finalmente (lo que parece quita del todo la contraversia si la hay) porque la de Mérida (cuyos esclarecidos hechos describió con mucha elegancia el poeta Prudencio en todo un Himno) consumó su martirio y agonía en el eculeo, y la de Barcelona en la cruz. Cuyo género de martirio, si acaso se pintare particularmente en una mujer y vírgen, es menester usar de mucha cautela y circunspeccion, y áun de pudor y honestidad, para que no suceda lo que de paso notamos arriba sobre este particular (1), y que se horroriza mi ánimo de repetirlo aquí: por no exponer otra vez á la flaqueza de los débiles lo que debe taparse con un velo.

(1) L. 1.

4. Mucho tendria que decir tratando de los santos á quienes venera la Iglesia en todo el mes de Febrero, si por ostentar un poco de erudicion me moviera á describir sus vidas, lo que han hecho otros cumplidamente y lo están haciendo sin cesar: sólo quiero notar lo que se ofrezca que decir particularmente sobre sus imágenes, y aún no de las de todos los santos que se celebran en este mes, sí solamente de aquellos de quienes se reza en el Oficio Eclesiástico, y cuyos hechos se contienen en el Breviario. Porque el salirse de los términos y límites de su asunto, olvidándose de su objeto, aunque es cosa que muchos hacen para que salgan de sus manos libros más abultados, pero no mejores ni más selectos; es una bobería (por no decir otra cosa más grave) acaso la mayor, que suelen cometer los hombres de letras.

5. El dia 18 de Febrero se celebra la memoria del ilustre anciano y esclarecido obispo y mártir san Simeon, que, como dicen autores muy sabios, fué pariente del mismo Jesucristo. Este santo obispo, que fué prelado de la Iglesia de Jerusalen despues del bienaventurado apóstol Santiago, habiendo sido maltratado con muchos y varios géneros de suplicios en la persecucion de Trajano, imitó finalmente al Señor, siendo clavado en la cruz, donde agonizando mucho tiempo, murió mártir el año décimo del imperio de Trajano. La pasion é ilustres hechos de este santo, que ya varios habian observado antes, nos los refirió Eusebio, príncipe de la historia eclesiástica, á quien, como es razon, han seguido despues otros unánimemente. Será cosa muy rara el ver alguna imágen de este santo mártir: pero como ello puede suceder, y yo mismo la he visto en el libro de las imágenes de los mártires crucificados, es menester advertir aquí, que es error en la historia el pintarle de edad varonil, y áun el describirlo y representarlo algun tanto viejo y no más, siendo más que cierto que el beatísimo viejo, despues de otros muchos tormentos y heridas, fué puesto en cruz cuando ya anciano y en edad casi decrépita: lo que, á más de otros que presenciaron y vieron con sus propios ojos aquel espectáculo, no pudo menos de admirarlo en gran manera el juez Ati-

co, varon consular. «Fué maltratado con varios tormentos (son palabras del Martirologio romano) (1), y al cabo con glorioso martirio dió su vida, con extraña admiracion de los circunstantes y del mismo juez, de ver como un viejo de ciento veinte años con tanta fortaleza y constancia sufria morir en una cruz. Y cediendo todo esto en grande alabanza del santo mártir, ó por mejor decir en grande gloria de Dios y de su gracia, el cual puede y suele dar tan gran vigor á las fuerzas de los viejos, cansadas ya y gastadas, no deben omitirse en esta descripcion las señales de una vejez tan respetable.

6. Digamos por último de las imágenes del esclarecido apóstol san Matías, cuyas pinturas vemos á menudo. A este santo le pintan entre los demás apóstoles, y armado con su hacha, para dar á entender, que consumó su martirio á un golpe de este instrumento. Con efecto son cosas pias estas y otras semejantes, pero que deberian reflexionarse con más diligente exámen, para poderse afirmar con toda seguridad. Lo cierto es, que en Juan Bolando (2), escritor de no poca fama, se hallan unas Actas de la vida y martirio de san Matías, sacadas segun dicen, de un libro, que por el siglo XII trasladó del hebreo al latino cierto monje de la Abadía de san Matías en la ciudad de Tréveris. Pero dicho libro, segun el parecer de este erudito escrito, contiene una historia y doctrina enteramente falsa, ó á lo menos sospechosa. Por lo que, el lector docto y erudito no puede ni debe dar fe á semejante libro. Y así, ni la narracion de haber sido apedreado san Matías ni el que le cortaran la cabeza conforme acostumbraban los romanos, ni lo demás que contiene dicho libro, no merece más fe que lo que escribió Abdias de Babilonia, cuya historia desechó con razon el Pontífice Gelasio en el Concilio Romano (3). De este mismo parecer es un escritor no despreciа-

(1) Dia 18 de Febr.
(2) Boll., ad diem 24 Febr., p. 432 et 442.
(3) Cap. Sancta Romana, dist. 15.

ble (1), además de otros muchos que defienden lo mismo. Mas el que á san Matías se le pinte con algun instrumento de su pasion, sea este ú otro, debemos juzgar ser esta una de aquellas cosas que pertenecen al arbitrio del pintor.

7. Pero el pintar con un libro al mencionado apóstol, esto le es comun con los demás de su jerarquía y dignidad, y no se ha de referir á que el santo escribiera alguna cosa que la Iglesia católica haya recibido despues. Es bien sabido que corrió antiguamente un Evangelio con el nombre de san Matías: escrito, que nunca ha recibido la Iglesia, antes expresamente lo ha desechado (2). Y por no detenernos mucho en esto, el Papa Inocencio I condena generalmente, todos los escritos atribuidos á san Matías: por lo que, no hay para que perder tiempo en rechazar otros escritos de esta clase que los herejes ó impostores atribuyeron á este apóstol. Sin embargo, dice bien el que á este santo como á los demás apóstoles se le pinte teniendo ó revolviendo un libro, por la dignidad del apostolado y de la doctrina pura y católica, que de comun acuerdo enseñaron á toda la Iglesia. Pero sería error, aunque no tal, que perteneciese mucho á la Religion, el representar á dicho apóstol de cuerpo muy pequeño, por no haber faltado quienes juzgaron que nuestro san Matías no es otro que aquel Zacheo á quien convirtió Jesucristo, y de quien expresamente se dice que «era pequeño de estatura (3).» Y que algunos fueron antiguamente de este dictámen, lo dice Clemente Alejandrino (4), autor antiguo y de mucho nombre: no obstante, puede esto convencerse fácilmente de falsedad, bien que no es error que se oponga á la fe ni á las buenas costumbres. Pues por el consentimiento de los antiguos (5) es constante que san Matías fué uno de los seten-

(1) Florentin, págs. 176 et 177. Gombeff., in Austario, 3 p. página 503.

(2) Con., P. Labbé, t. 2, p. 1256.

(3) Luc., 19, 3.

(4) Clem. Alex., lib. 4, Stromat.

(5) Euseb., lib. 1. Hist. Eccl., c. 12.

ta y dos discípulos que siguieron al Señor desde el principio de su predicacion, pero Zacheo que antes era publicano y áun príncipe de los publicanos, es evidente por la misma série de los Evangelios, que se convirtió casi al mismo tiempo de la Pasion de Cristo, ó al tercer año de su predicacion.

8. Finalmente, con ser una cosa clarísima que san Matías fué elegido por suerte para el ministerio apostólico, no es muy fácil de pintar cómo sucediese este hecho. Yo mismo he visto pintada sobre este particular una historia y á lo que parecía, por un pincel bastante hábil: la pintura estaba en esta forma. Junto con los apóstoles se veían pintados otros, los que nadie podrá dudar que fuesen muchos en número, por advertirlo el sagrado Sexto, diciendo, que «habia una turba de hombres (ó de nombres, como se lee en los ejemplares griegos (*), lo que quiero de paso advertir aquí) como unos ciento y veinte que estaban juntos.» Habia en medio una mesa donde estaba de rodillas la Santísima Vírgen resplandeciente con muchos resplandores, teniendo en sus manos y leyendo un papel. Pero todo esto es una cosa arbitraria y fingida y no muy conforme al mismo Texto, que dice haberse puesto las suertes en manos de los dos que estaban señalados con estas palabras (1): «Y pusiéronles suertes, (esto es en manos de José ó Barsabas, que es lo mismo, y en las de Matías) y cayó la suerte sobre Matías.» De que se colige claramente que se repartieron las suertes de otro modo del que pensó el pintor, y que cayó la suerte sobre san Matías. Mas acerca de esto, por ser una cosa tan oscura, dejo á otros que juzguen sobre ello. Resta sin embargo decir con ocasion de esta imágen, lo que pertenece mucho á mi asunto, pues que en el principio de esta obrilla advertimos comprenderse tambien en nuestro sentido, bajo el nombre de imágenes sagradas, las que son de hombres muy malvados y lo que es más, las de los mismos condenados y demonios.

(*) Actor., 1, 15.
(1) Ibid., v. 26.

9. Nadie ignora que el glorioso apóstol san Matías fué subrogado al apostolado en vez del traidor Judas, como largamente se refiere en los hechos apostólicos en el lugar citado arriba: donde el príncipe de los apóstoles san Pedro, ejerciendo ya en esta parte el derecho que tenia como primado de toda la Iglesia, propuso á la turba de los fieles (1), el que en vez del malvado traidor se eligiese y sustituyese otro en su lugar, lo que, conforme nos refiere allí mismo la Sagrada Historia, se puso al instante en ejecucion. Mas, de las palabras que en aquella junta dijo san Pedro á los discípulos, tomaron algunos ocasion de pintar y describir de tal modo el éxito verdaderamente infeliz y deplorable de Judas, que á no constarme haber sido esto del gusto de graves autores é intérpretes, pensaría ser una pura fábula y mentira inventada por aquellos que aplican toda la fuerza de su ingenio para disminuir la fe de la version vulgata de la Biblia, y para destruir cuanto está de su parte la autoridad de la misma Iglesia catolica, apostólica, romana. Pero, se me dirá, ¿á qué viene todo esto? Dirélo en breve.

10. En la Sagrada Biblia que salió en Amsterdam el año de MDCC, con sus imágenes y estampas esculpidas con mucho primor, observé pintada no sin admiracion la miserable ruina é infausta muerte del traidor Judas, pero no del modo que estamos acostumbrados á pensar los que sencillamente como es debido damos fe á los Evangelios. Veíase pintado el pérfido traidor, no apretada su garganta con un lazo y colgado; sino despeñándose desde de una roca muy elevada, sin embargo de enseñarnos lo contrario el Evangelio de san Mateo (2). con estas palabras: «Y habiendo arrojado el dinero en el templo, partióse, fué y ahorcóse.» Y así, procurando yo averiguar con cuidado, cuál podría ser la causa de ello, ví que habian dado ocasion á esto las palabras que dijo san Pedro en aquel sermon que hizo á los fieles, los cuales eran

(1) Ibid., v. 21.
(2) Matt., 27, 5.

entonces en corto número, y decian así: «Este, pues (Judas) adquirió el campo del precio de la iniquidad, y habiéndose ahorcado se reventó por medio, y se derramaron todos sus intestinos.» Mas en todos los ejemplares griegos que yo sepa esta misma sentencia se expresa en téminos que á la letra suenan: «Y habiéndose precipitado reventó por medio.» De aquí tomaron ocasion estos hombres delicados y demasiadamente perspicaces, posponiendo la fe del Evangelio, que dice expresamente, «se strangulavit: se ahorcó,» conforme lo vierte, no un hombre de la ínfima plebe é imperito en las lenguas, sino el doctísimo Arias Montano, para introducir un modo totalmente inaudito de pintar esta historia.

11. Pero esto, dirá alguno, se hace con razon. Pues hay muchos graves y buenos autores, que piensan haber sucedido el caso de esta suerte, é interpretan así dicho lugar, cuyas sentencias pueden verse explicadas á la larga en Maldonado (1), á quien nombro siempre con respeto. Yo siento con el mismo autor que sucedieron ambas cosas sin ninguna contradiccion: de suerte que Judas se colgó de un árbol elevado, y que de allí mismo se precipitó. Y si no, dígaseme ¿qué inconveniente hay en que un hombre, desde un árbol alto ó una viga, pasándose un lazo por la garganta se precipitara desde allí, para que con el mismo peso del cuerpo se ahogara más presto? ¿Y que además de esto, hinchándosele mucho el vientre (como frecuentemente suele suceder á los ahorcados) se sintiese ruido, hasta arrojar los intestinos del pecho? Con efecto, que así sucedió con el traidor Judas, lo convencen ambos lugares si se examinan con madura y exacta reflexion: á que yo aplico gustoso y en buen sentido, segun á mí me parece, aquellos dos versos del poeta latino, en que refiriendo el infeliz éxito de la mujer del rey de los latinos, dice, que atándose un lazo á la garganta, se precipitó medio

(1) Ad c. 27, Matt., v. 5.

desnuda desde una alta viga (1). Pero sobre esto hemos dicho ya demasiado. De que sin embargo se echa de ver que no hay cosa alguna que pueda convencernos para pintar la muerte del infame traidor de otro modo que el que se ha acostumbrado.

CAPÍTULO IX

De las pinturas é imágenes de los eselarecidos doctores de la Iglesia santo Tomás de Aquino, san Gregorio y san Leandro Arzobispo de Sevilla; y tambien de las de san Patricio: tratando primeramente de otros santos que se celebran en los primeros dias de Marzo.

1. Es bastante sabido que muchas iglesias, particularmente de España, han solido celebrar la fiesta del santo Angel de la Guarda ó de todos los ángeles custodios el dia primero de Marzo. Mas habiendo ya dicho arriba lo que me pareció conveniente advertir acerca de las imágenes del Angel de la Guarda, remito allá al lector (2), pues no quiero ni es mi costumbre repetir lo que está ya dicho. Solamente advierto aquí de paso, que no es ningun absurdo el pintar á los ángeles custodios acompañando á aquellos santos que áun en vida merecieron gozar muchas veces de su compañía visible, como sucedió á mi padre san Pedro Nolasco, á san Felipe Neri y á otros, especialmente á aquella insigne viuda y despues monja ó madre de monjas, santa Francisca Romana, de quien se canta aquel elogio, que entre otras gracias con que la favoreció el Señor, una fué, el que gozase de la familiar compañía de su ángel. El mismo dia primero de este mes se celebra en España la fiesta de san Rosendo, varon grande

(1) Æneid., 12, 602.
(2) Lib., 2, c. 4.

y que fué abad y obispo. Rara vez acontecerá, segun pienso, el pintar la imágen de este santo; pero por si viniese el caso, será conveniente advertir que no haria bien el pintor que le representase de estatura muy alta ni aun regular; por colegirse de su misma historia que fué dicho santo de una estatura de cuerpo muy mediana, ó que ni aún llegó á tal: pues en el Monasterio de Celanova del Orden de san Benito, que él mismo fundó, y que yo he tenido mucho gusto en verlo, hay en el huerto una capilla muy pequeña, ó como solemos decir, un oratorio, donde, segun tradicion, meditaba el santo las cosas celestiales, y celebrada allí mismo el santo sacrificio de la misa. Pero es tan angosto dicho oratorio, y (por lo que hace al caso) es tan bajo de techo, que apenas podria servirse de aquel lugar, no sólo quien fuese alto de cuerpo, pero ni el que fuese de una estatura regular. A no ser que digamos que los santos y hombres dotados de una verdadera grandeza acostumbraron reducirse á lugares muy estrechos, cuando otros, que (por no decir nada más) no son tan grandes, apenas caben en palacios espaciosos, sublimes y elevados. Pero baste de esto y pasemos adelante.

2. Sin duda incurriria en la nota de error quien pintase con togas y demasiadamente jóvenes á los santos mártires Hemeterio y Celedonio, que fueron insigne gloria de España, cuyos esclarecidos y gloriosos hechos describió en un elegante himno el poeta Prudencio, tambien español, pues consta que cuando padecieron martirio eran soldados que servian en el ejército de los romanos: como erraría asimismo el que representara á san Casimiro, como varon de más de mediana edad, siendo bastante sabido por autores fidedignos que no pasaba de veinte y cinco años, cuando murió; de suerte que es uno de aquellos de quienes justamente se dice, que criado en medio de los regalos y delicias del palacio, «fué arrebatado para que la malicia no mudara su entendimiento, ó para que la ficcion no engañara su alma.» Pero tratemos ya de cosas más recibidas por la costumbre.

3. Es bastante comun la pintura é imágen de la esclarecida lumbrera de la Iglesia y doctor verdaderamente angé-

lico santo Tomás de Aquino, cuya doctrina, ingenio, costumbres, virtudes y méritos, son acaso superiores á toda alabanza. No reprehendo yo en la imágen de este santo el que muchos le pintan aún mozo y adornado ya con las insignias de doctor, pues consta bastantemente, que «de edad de veinte años recibió el magisterio y que ya entonces interpretó públicamente con sumo elogio los filósofos y teólogos.» Pero erraría sin duda quien le pintara viejo, por no haber llegado apenas á la edad de cincuenta años. Erraría tambien el que le pintara pálido ó macilento, por ser constante, así por monumentos antiquísimos de su historia como por sus pinturas, que con respecto á lo que permitia aquella edad, están bastante bien expresadas, que fué de un semblante lleno y abultado, aunque muy dedicado por otra parte á leer, á escribir y á la contemplacion de las cosas celestiales, y (lo que aquí es más principal) muy dado á la abstinencia y al ayuno: y áun se dice de él, que preguntado ¿cómo era posible que observando siempre tan grande y severa parsimonia en la comida, tuviera sin embargo el semblante tan fresco y como que habia comido muy bien? respondió sabiamente como convenia, que menos comia una berza, la que no obstante estaba mucho más robusta y lozana que él. Sábese tambien por las mismas imágenes antiguas como me acuerdo haberlo oido á un hombre muy erudito, que tuvo la cabellera ó el pelo rubio.

4. Pintan igualmente con alas al santísimo maestro, no porque las tuviera en realidad (¿pues qué hombre cuerdo podria creer un semejante monstruo?) sino que por estar dotado de un ingenio angelical y de purísimas costumbres, parece, que como á ángel, le dicen muy bien las alas, singularmente desde que tuvo aquel combate, cuando habiéndole introducido en su cuarto una mujer impura, para hacerle perder la castidad; no solamente (ayudado de la gracia de Dios) no consintió el santo jóven; sino que la arrojó y rechazó de sí, careciendo despues de todo movimiento impuro. Y tambien le pintan así, por no detenerme mucho en esto, por haber conseguido con razon el renombre de Doctor angélico,

en atencion á la misma excelencia de su ingenio, claridad y perspicuidad más que humana en explicar las materias más sútiles y elevadas. Por lo que me atrevo á decir, que nadie antes de él, no sólo no ha tratado mejor, pero ni tan bien, ni tan copiosamente de aquellos espíritus celestiales. Pero otros tratarán más doctamente y con más extencion esta materia.

5. Pintan á menudo en la imágen del santo doctor una cadena de oro, que se está colgando del cuello y pendiente en medio de ella un sol tambien de oro. Lo que no significa otra cosa sino aquella obra que compuso el Doctor angélico con sumo cuidado y trabajo, y que llamaron sus discípulos «Catena aurea,» por estar compuesta de diversas sentencias coherentes entre sí, de Santos Padres y doctores antiguos, sobre que interpone tambien alguna vez su parecer, aunque con muchísima modestia. Pero sería nunca acabar y me apartaría demasiado de mi propósito, si quisiera, no digo referir enteramente, pero ni áun tocar por encima las contiendas y disputas que ha habido entre hombres por otra parte doctos y pios, originadas muchas veces, no tanto por amor á la verdad, como por espíritu de partido, pretendiendo unos ser esta obra legítimo parto del entendimiento angélico de santo Tomás, y defendiendo otros por el contrario con el mayor teson y empeño, y si puedo explicarme así, pertinazmente, no ser del santo dicho obra. Pero esto júzguenlo los demás, que yo no quiero meterme en esta disputa. Aunque no omitiré el decir, que así como el tiempo y el diligente cuidado descubren muchas cosas que estaban escondidas, no han faltado monumentos en estos últimos tiempos, por los que se puede juzgar con más seguridad y formarse un mejor y más exacto catálogo de las obras de santo Tomás.

6. Pintan por último al angélico Doctor, echada á sus pies aquella corona de oro que en castellano llamamos coronel, que es insignia de los dinastas á quienes llamamos frecuentemente duques, marqueses y condes: por haber nacido de padres muy ilustres, á saber, de Landulfo y de Teodora, condes de Aquino; y por tanto á santo Tomás, aunque no era primogénito, le tocaba en gran parte y se refun-

dia en él aquel esplendor de gloria del siglo que pospuso el santo á la humildad y seguimiento de Jesucristo. Podria tambien pintarse con las señales de haber rehusado insignes dignidades eclesiásticas, por constar con bastante claridad, que este esclarecido y humildísimo doctor rehusó los empleos honoríficos, contentándose con su propia sabiduría, esto es, con aquella verdadera sabiduría que sacó con tanta abundancia de la meditacion de las cosas celestiales. Pero oigamos lo que de él se dice en su rezo: «Llamado á Roma por Urbano IV, no pudo reducírsele á que aceptára los honores. Rehusó tambien el arzobispado de Nápoles, que le conferia el Papa Clemente IV.» Mas, todas estas insignias, que reparo haberse omitido en muchas imágenes de santo Tomás, por decir ingénuamente la verdad, no está bastante claro, de qué manera puedan pintarse bien. Porque el pintar, como regularmenle se hace, echada á sus piés y como arrojada la mitra episcopal, parece que es dar ocasion á los más débiles de pensar que los santos no trataron con el debido respeto la gran dignidad de obispo: lo que lejos de ser humildad, sería soberbia y locura. Pero sin embargo, sin obstar nada todo lo dicho, parece que aquella gloria más sólida, con que algunos santos rehusaron los honores terrenos, áun los eclesiásticos, se puede representar con bastante propiedad, por la mitra ó báculo, ó por ambas cosas echadas á sus pies, para significar oportunamente (pues no ocurre fácilmente otro medio) que aquel santo, como por ejemplo san Bernardo, el Doctor angélico de quien vamos tratando, san Bernardino de Sena y otros muchos, no despreciaron aquella dignidad, sino que rehusaron aquella gloria terrena que acompaña áun á los que no la quieren.

7. Finalmente, no debe causarnos novedad el que pinten al mismo santo y angélico Doctor, pisando y conculcando no solamente á los heresiarcas antiguos, á Arrio, á Manes, á Pelagio y á otros; sino tambien á los modernos, de los cuales muchos han vivido despues de gozar ya de Dios santo Tomás, como son principalmente Zuinglio, Lutero, Calvino y otros de este jaez. Porque en cuanto á los antiguos, ¿quién

dejará de ver que por la doctrina del Doctor angélico sacada de la Sagrada Escritura, y de la inconcusa tradicion de la Iglesia, quedaron enteramente pisados y destruidos? Y en cuanto á los que se levantaron en los últimos tiempos ¿quién podrá dudar prudentemente que ellos y todos sus errores han quedado totalmente desterrados y vencidos con sola la doctrina de santo Tomás? ¿Y qué diremos de los sacramentarios, de los luterános, de los enemigos del libre albedrío, y lo que causa horror de decir, de los enemigos de la dignidad, santidad y virginidad de María? Los cuales ¿pueden acaso chistar, ni decir algo á su favor, que con la doctrina del angélico maestro, no quede desvanecido al instante como el humo? De suerte que de este santo, puede de algun modo decirse con razon lo que dice la Iglesia de la Santísima Vírgen, esto es, que destruyó todas las heregías en todo el Universo.

8. Pero no puedo menos de acordarme, aunque de paso, de aquella viuda santísima, que puede servir de modelo y ejemplar, no sólo á las casadas y viudas, si tambien á las mismas vírgenes consagradas á Dios: pues que habiendo muerto su marido, se entró con grande fervor en la casa de Oblatas (así las llaman) que ella misma habia fundado, aún en vida de su marido, resplandeciendo allí y aventajándose á las demás hermanas con virtudes y ejemplos de una vida la más santa. Las imágenes de dicha santa, cuanto yo sepa, son raras entre nosotros, sin embargo de que en Roma y tal vez en otras partes son muy frecuentes. Mas por ser muchos los que profesan grande devocion, no será fuera del caso decir aquí el vestido con que se la debe pintar para que no yerre el pintor sobre este particular, en caso que quiera representar á esta santa mujer. Dichas monjas, que llaman oblatas, segun he sabido por hombres dignos de toda fe, aunque no votan, ni profesan clausura, viven sin embargo en un monasterio bajo la regla de san Benito. Por lo que su hábito ó vestido, es el siguiente: la tela de él es de lana y su color enteramente negro; cubren su cuerpo con una túnica de varios pliegues, la que ciñen con una correa negra, tapan su cabeza con un velo bastante grande, pero blanco, y llevan

mangas muy largas. Cuando salen de casa (pues salen algunas veces, aunque siempre acompañadas y guardando el debido decoro) se ponen una capa de la misma ropa, que baja desde los hombros hasta sus piés. Si se pintare de este modo la imágen de santa Francisca nada habrá en ella, á lo menos cuanto al vestido, que contenga ningun error craso. Y por lo que llevamos dicho arriba, será muy conforme el pintarla acompañada del ángel custodio en figura de un hermoso jóven.

9. En los fastos eclesiásticos, despues del Angélico maestro, síguese aquel pontífice san Gregorio llamado el magno, no sólo por lo esclarecido de sus hechos, sí tambien por los monumentos de sabiduría que nos ha dejado, superiores ciertamente á toda alabanza. Cuanto á sus imágenes no advertiré ya el que frecuentemente le pintan adornado con aquellas vestiduras pontificales, que todavía en su tiempo no las usaban los obispos, ni los romanos pontífices: pues sobre este punto, hemos hablado bastante en varias partes; bien que no se puede negar, que unas mismas cosas en diversos lugares parecen más extraordinarias que en otros. Con efecto, no parece que hay el mismo inconveniente en pintar á los pontífices de los primeros siglos con las insignias pontificales que hoy usan, que el pintar así á los apóstoles, los cuales por no haberse dedicado en ordenar y establecer estas cosas, tampoco pudieron por consiguiente acomodarse á ellas. Pintan con mucha frecuencia al santo pontífice en el acto de celebrar, lo que además de otras razones, que no es mi ánimo ponerlas aquí por extenso, lo hacen porque este santo como diligente legislador, redujo á una forma mejor y más breve, las preces, lecciones y oraciones del santo Sacrificio de la Misa, que la piedad de algunos poco eruditos habia aumentado en gran número, al paso que otras bastante necesarias se echaban de menos. Véase sobre esta materia á otro pontífice de mucho nombre, Inocencio III (1), y á Juan Diácono en la vida de san Gregorio, que

(1) Innoc. III, hablando de S. Greg.

escribió con la mayor diligencia, siendo muchas veces testigo de vista.

10. De aquí se ha tomado tambien el modo de pintar comunmente al santo pontífice teniendo al Espíritu Santo en forma de cándida paloma á su oido derecho, como que le iba inspirando, dictando y sugiriendo las palabras cuando escribía aquellos pios y eruditísimos volúmenes. Es esta una materia que por su dignidad y gravedad, será mejor referirla con las palabras del mismo historiador, el cual explica claramente y confirma la narracion, citando en prueba de ella por testigo ocular, no á sí mismo, sino á otro diácono llamado Pedro (1): pues hablando de algunos émulos de san Gregorio, que con imprudente osadía quisieron quemar los escritos de tan grande doctor y pontífice, dice lo siguiente: «Los cuales, como hubiesen quemado ya algunos (libros) y quisiesen hacer lo mismo con los demás, se cree que Pedro Diácono, que era muy familiar suyo, á quien habia introducido hablando en los cuatro libros de sus Diálogos, se opuso en gran manera diciendo: Que para borrar su memoria nada aprovechaba al quemar sus libros, cuyos ejemplares á peticion de muchos, habian penetrado la redondez de la tierra: añadiendo ser un sacrilegio horroroso el quemar tantos libros y de un tan gran Padre, sobre cuya cabeza habia visto él mismo muy amenudo al Espíritu Santo en figura de paloma.» De que oportunamente infiere Juan Diácono ser costumbre de pintar así á san Gregorio. Hé aquí sus mismas palabras: «De aquí es que por costumbre se pinta al Espíritu Santo en figura de paloma, sobre la cabeza de san Gregorio que está escribiendo.»

11. Pero antes de salirme de este lugar, me ha parecido conveniente advertir (para que la pia costumbre de pintar así á san Gregorio, lo que es de mi intento, no sea á los débiles ocasion de algun error), que no por esto deben tenerse por de autoridad canónica los escritos de este santo, como

(1) Juan. Diac., in vita S. Gregor., lib. 4, cap. 69.

ni tampoco los comentarios de otros doctores, por parecer que los han escrito como inspirados del Espíritu Santo. Porque la Iglesia católica regida infaliblemente por este divino Espíritu, no los propone como á tales á los fieles, aunque de otra parte tienen por sí mismos una grande autoridad: solamente pues, se tienen por escrituras canónicas las que la santa Iglesia romana propone á los fieles para leer en la Sagrada Biblia, como á la que tiene autoridad infalible. Y á la verdad en este sentido deben entenderse aquellas palabras del apóstol san Pedro (1): «Porque nunca la profecía fué obra de la voluntad humana; sino que los santos hombres de Dios han hablado inspirados siempre por el Espíritu Santo.» Y así el que aquel venerable Pedro Diácono haya visto claramente al Espíritu Santo en figura de paloma sobre la cabeza de san Gregorio cuando éste estaba escribiendo, y el que por lo comun le pinten así, como tambien á otros santos y doctores, solamente denota lo que ningun cuerdo podrá negar, que sus escritos, en cuanto lo permite la autoridad humana, son muy conformes á las revelaciones divinas que hemos recibido por mano de los escritores canónicos.

12. Finalmente, el que muchos pinten á este esclarecido Doctor con el semblante parecido al de un eunuco, y de aquí se muevan algunos á pensar que dicho santo padeció este defecto de integridad corporal, siempre me ha parecido una cosa ilusoria y ridícula. Porque, bien que ello haya podido suceder así, sin que por esto se derogara ni un punto de su insigne doctrina y santidad: al modo que aquel ilustre prelado de Constantinopla san Ignacio, á quien Phocio el más malvado de los hombres arrojó de su silla patriarcal, no padeció ningun menoscabo en su estimacion ni en su doctrina, por haber sido eunuco; sin embargo, como ningun historiador de algun nombre (que yo sepa) refiera esto de nuestro san Gregorio, se ha de tener por cosa fingida, y por un sueño de una mente delirante.

---

(1) 2 Petr., 1, 21.

13. Despues de san Gregorio Magno, siguese tratar de aquel íntimo amigo suyo san Leandro, insigne Arzobispo de Sevilla, á quien nadie podrá dejar de conocer, por poco haya leido la historia eclesiástica ó civil de España. Cuán grande varon fuese san Leandro, Metropolitano y Arzobispo de Sevilla, con facilidad podrá cualquiera conocerlo, por deberse principalmente á sus trabajos, sabiduría y solicitud, el que fuese desterrada de España la herejía de Arrio: y además, porque, como brevemente insinuamos, el Papa san Gregorio hombre en realidad y en el nombre Magno, tuvo estrecha amistad y familiaridad con él, como lo dice el mencionado pontífice en varios lugares (1): siendo señal evidente de la santísima amistad que tenian entre sí, el haberle dedicado los libros que compuso del Oficio Pastoral, y aquella grande y admirable obra del mismo santo, en que expone el libro de Job, que llaman *Los Morales* de san Gregorio. Ni es de extrañar, pues emprendió tan grande obra, á persuasion é impulsos de nuestro san Leandro, como se puede ver en las mismas palabras del mismo pontífice, en su prefacion á *Los Morales* dividida en cinco capítulos, donde dice: «Mucho tiempo hace, beatísimo hermano, que habiéndote conocido en la ciudad de Constantinopla, cuando á mí me obligaban á estar allí las correspondencias de la Silla apostólica, y a tí te había traido á aquella ciudad la embajada que se te habia confiado para tratar las causas de la fe de los visogodos; te expuse entonces todo lo que á mí me desagradaba de mí mismo.» Y despues de otras cosas, añade el santo pontífice: «Fué entonces del gusto de los hermanos, siendo tú uno, como tienes presente, de los que me estrechaban á ello, obligarme con importunos ruegos á que expusiera el libro del santo Job, y á que, segun la verdad me diese fuerzas, les descubriera los misterios tan profundos que en él se contienen.» Por esto, como él hubiese concluido esta grande obra cuan-

(1) Lib., 1, Epist. 41, l. 4, Ep. c. 90, sive Epist. 46, et l. 7, Ep. 125 et l. 3, Dialogor. c. 31.

do ya pontífice, procuró remitirla á san Leandro (á quien nombra siempre obispo de las Españas) con cartas que daban bien á entender cuán grande era el afecto y el amor que le profesaba: cuas palabras ya que se leen en su rezo, no será fuera del caso ponerlas aquí (1): «Tú mismo (dice) leerás en las tablas de tu corazon, con cuánto ardor anhelé verte, pues que tú me amas mucho. Pero ya que por estár tan distantes no puedo lograrlo, lo único que me ha dictado mi caridad para contigo, ha sido el remitir á vuestra Santidad el libro de la regla Pastoral, que escribí á los principios de mi obispado, y los libros sobre la exposicion del santo Job, que sabes muy bien, que compuse mucho tiempo ha.» Ni empezaron á trabar entre sí tal amistad estando ausentes, y muy distantes el uno del otro, como sucede las más veces; sino que comenzó á fomentarse entre ellos tan estrecha union, cuando ambos estaban en Constantinopla ejerciendo san Gregorio el empleo de Apocrisario ó Legado Apostólico para con el Emperador Mauricio en los dias del pontífice Pelagio; y tratando san Leandro en la misma córte los asuntos del rey Hermenegildo y despues mártir, y los de nuestra España, particularmente los pertenecientes á la fe. Lo que bastará haber advertido, aunque de paso, para aquellos (si es que habrá algunos) que se dignaren leer esta mi obra.

14. Dejando pues aparte los hechos más elevados de la historia de san Leandro; por lo que respeta á sus imágenes y pinturas, sólo tengo que advertir dos cosas. La primera, que á este varon grande, no solamente se le debe pintar viejo sino muy viejo, por haber pasado de ochenta años, pues nació á lo que yo pienso, el año de Cristo 522, y murió el de 603, de que infiero que tendria algunos años más que san Gregorio. La segunda, que debe pintársele con aquel adorno de los prelados mayores que llaman palio, por constar habérselo enviado san Gregorio junto con aquellas cartas en que se ha de admirar como se difunde el grande pontífice

(1) Lib. 4, Epist. Ex registro, c. 90.

en dar á nuestro arzobispo san Leandro las más expresivas señales del amor y afecto que le profesaba (1). Mucho tendria que decir sobre este adorno, si fuese mi ánimo tratar cosas forasteras y ajenas de mi asunto, á fin de que mi obra saliese más voluminosa pero no más útil. Dice mucho sobre este particular el pio y erudito cardenal Juan de Bona, de quien (pues es propio de un natural ingenuo, producir y confesar los autores por cuyo medio hemos adelantado) escogeré lo más selecto: porque el copiar páginas enteras de otros autores, como he dicho repetidas veces, no es propio de mi genio ni de mi costumbre. Es el palio en la Iglesia latina, un ornamento que solamente compete á los patriarcas y arzobispos, y empezando por su descripcion, que servirá de definicion, así lo describe el citado cardenal (2): «El palio es una faja de lino blanca, ancha como unos tres dedos y tejida á manera de círculo que se pone sobre los hombros: de este círculo pende una faja semejante ante el pecho, otra opuesta en las espaldas, y ambas caen sobre los hombros y están adornadas con cruces de grana ó encarnadas. Atan el palio con tres agujitas ó puntas de oro. Se hace de la lana de los corderos blancos y sin mancha, que el dia de santa Inés en la Iglesia de esta misma santa, que está en la via nomentana suelen ofrecerse y bendecirse todos los años en la misa solemne, y entregarse á los subdiáconos apostólicos, y alimentarlos en algun monasterio de religiosas, hasta que viene el tiempo de esquilarlos. De la lana de dichos corderos se tejen les palios, los cuales habiéndolos llevado á la Basílica del Vaticano, los ponen sobre los cuerpos de los santos apostóles san Pedro y san Pablo la víspera de su fiesta, y allí los dejan toda la noche, entregándolos el dia siguiente á los que están destinados para eso.» Con cruces encarnadas, dice el eminentísimo Bona, el cual no podía menos de saber esto muy bien. Aquí es, donde admiro yo la ignorancia ó poca advertencia de los pintores. Pues, en cuanto puedo acordarme

(1) V. l. 7, Epist., 125.
(2) Rer. Liturg., lib. 1, c. 24, n. 16, pág. 357.

redondamente afirmo haber observado yo mismo que las cruces del palio pontifical, conforme lo pintan regularmente no son encarnadas, sino negras: lo que será del caso examinarlo con más cuidado, para que el hecho no disuene de la verdad. El romano pontífice enviaba antiguamente el palio no á muchos, sino en España, á sólo el Metropolitano de Sevilla, en Dalmacia al Salonitano, en Italia al de Ravena, en Cerdeña al Calaritano, en Sicilia al Siracusano, como consta por las cartas de san Gregorio Magno: despues se concedió su uso generalmente á todos los arzobispos, y áun á algunos obispos, como lo dice el citado cardenal. Dije de propósito «en la Iglesia latina,» por tener tambien los griegos su palio (pero muy distinto del de los latinos), que llaman «Omophorion y Epomadion, el cual consta de una larga faja del mismo ancho ó poco mayor que el palio de los latinos, y con él dan vueltas primero en el cuello, y luego baja de él por medio del pecho más abajo de las rodillas, y está interpolado tambien con cruces.» Sobre que, quien quiera saber más, lea al mencionado Bona, varon digno de ser nombrado con honor por su fama de virtud y erudicion.

15. Cinco dias despues se celebra la memoria de un varon ilustre. Este es san Patricio apóstol y primer obispo de Hibernia, de cuya santidad y austeridad extremada se refieren cosas tan grandes y tan admirables, que ya que casi no podemos imitarlas, deben por lo menos avergonzarnos de nuestra desidia y flojedad. Sobre lo cual, si fuera de mi asunto, podria decir fácilmente algunas cosas, pues otras que despues de mucho tiempo se han introducido ó fingido, aquel purgatorio, digo, aquella cueva maravillosa, aquellos tormentos de los condenados en castigo de sus maldades, y otras de este tenor, aunque son cosas que han cundido mucho, siempre las dejaria gustoso para los que quisieran abusar de su ocio y del de los demás.

16. Mas como un varon muy docto y el príncipe en la materia que estamos tratando de las imágenes sagradas (1),

(1) Mol., l. 3, c. 10.

refiere que pintan muchas veces con serpientes á san Patricio; demos la razon de esto, que no es otra que la que da el mencionado escritor. Por lo que será lo mejor referirlo todo con sus mismas palabras: «Al cual (dice Molano hablando de san Patricio) le pintan con serpientes á sus piés, por cuanto fué el primero que predicó el Evangelio de Jesucristo en Hibernia, en cuya isla no suele verse ningun reptil, ni tampoco vivir allí ninguna culebra. De suerte, que habiendo llevado allá muchas veces algunas serpientes de Inglaterra, al acercarse á tierra la embarcacion, así que se sienten tocadas del aire de aquella isla, perecen al instante: y aún es más admirable, que casi todo lo que hay en dicha isla tiene virtud contra veneno. De aquí es que los católicos de Hibernia no atribuyen ó otra cosa sino á los méritos de su apóstol, el que con estar Dios irritado por las costumbres envenenadas de muchos, no permita el que vivan en su isla los animales que tienen veneno: no obstante que muchas veces los llevan allá desde Inglaterra los que están inficionados con el mortal veneno de la herejía, para quitar esta pia opinion de la mente de los católicos de aquella isla.

CAPÍTULO X

De las imágenes y pinturas del santísimo Patriarca san José, dignísimo Esposo de la Virgen nuestra Señora.

1. Si fuese mi ánimo tratar con extension todo lo que se ofreceria decir acerca de las imágenes y pinturas del santísimo Patriarca san José, que en realidad son muy frecuentes y óbvias, se me presentaba un campo muy dilatado y espacioso para notar y advertir muchas cosas: pero mi intento es advertir solamente las más notables, omitiendo de propósito las demás, ó ya por no ser de mi asunto, ó ya porque algunas de ellas sólo parecen propias de los que tratan sobre materias de crítica.

2. En primer lugar débese tener presente, por ser la base de cuanto vamos á decir, que resplandeciendo el santísimo Patriarca con tantos brillos de santidad y dignidad, que no pueben fácilmente concebirse y mucho menos explicarse, todo lo cual, bien que enfáticamente, pero con la mayor sublimidad, describió la Sagrada Escritura en estas dos palabras: «José, como fuese justo;» han obrado necia y más que absurdamente algunos que pintaron á este varon santísimo é ilustre por la excelsa dignidad que ejerció, como si fuera un hombrecillo rudo y casi de ninguna estimacion y que (como suelen decir) no sabia aún cuál era su mano derecha. Confieso gustoso que debe pintársele en traje comun y más acomodado al estilo de la gente vulgar, que al de los magnates; pues que siendo ésta la voluntad de Dios, no pasó los límites de una fortuna vulgar: pero no por esto se puede aprobar el que le pinten disforme, con semblante feo y la cabellera tan poco cuidada, que tira casi al desaliño: particularmente por ser la modestia, que se ocupa en cuidar y moderar el aseo en el cuerpo y en el vestido, una virtud, y no la postrera entre ellas.

3. Tampoco puedo aprobar la imprudencia de otros, que por el contrario pintan al santísimo Patriarca y castísimo Esposo de María, más hermoso y aseado de lo justo, los cuales le representan con un semblante muy risueño, compuesta la barba, tendido su pelo medio rizado por sus hombros, y finalmente adornado de modo que más parece que el vestido le sirve de adorno, que para cubrirse. Todo hombre sensato debe estar muy lejos de semejantes niñerías, y pintar al purísimo Esposo de la Vírgen, no al modo de un mozo muy bien peinado y amante de afeites, sino á la manera de un varon grave sin ninguna afectacion y como á hombre recomendable á todas luces por su modestia y gravedad.

4. Dije de propósito, como á varon y no como á mozo, ni tampoco (lo que hicieron algunos y sobre que hemos tocado algo arriba, tratando de las pinturas del Nacimiento de Cristo) como á viejo lleno de años y decrépito. Este ha sido el principal escollo en que han tropezado, no sólo los pinto-

res, si tambien hombres doctísimos, pensando que cuando san José se desposó con la Santísima Vírgen, no solamente era hombre ya de alguna edad, sino que era viejo. Así sintieron muchos de los antiguos (1), y lo que es más de extrañar, algunos de los modernos (2), entre los cuales, por la elegancia de sus versos, es muy digno de ser contado Jacobo Sannazaro, el cual en su insigne obrilla de «Partu Virginis,» llama siempre viejo á san José (3): con efecto, precedió á todos, así modernos como antiguos, san Epifanio (4), varon de mucho nombre, el cual lo afirma expresamente y áun da la razon porque san José se desposó con la Vírgen cuando ya enteramente viejo: á saber, porque primero estuvo casado con otra de quien tuvo hijos é hijas siendo una de ellas María Cleofé, que se llama en el Evangelio hermana de la Vírgen Madre.

5. Pero esta opinion ó más presto error, á quien sin embargo adhirieron no pocos de los Padres antiguos y de los más principales; no la admiten comunmente los doctos, por contener en sí una cosa muy disonante á la dispensacion divina, que se observó en el misterio de la Encarnacion. Porque quiso el Señor ser concebido no solamente de una Vírgen, sino de una Vírgen que estuviese desposada (5). «Primeramente (son palabras del doctor Máximo san Gerónimo) para que por la generacion de José, se demostrase el origen de María. En segundo lugar para que no la apedreasen los judíos como adúltera. Lo tercero, para que huyendo á Egipto, tuviese consuelo. El mártir san Ignacio añade otra cuarta razon porque Cristo fué concebido de una que estaba desposada: diciendo, que esto fué para que su parto estuviese escondido al demonio, pensando que el Señor no habia

(1) Niceph., l. 1. Hist. c. 7, etc.
(2) Julio Scaliger, Novidio y otros.
(3) Sannazaro, de Partu Virg., lib. 1.
(4) S. Epiph., Hæresi, 78.
(5) S. Geron. in. c. 1, Matth., l. 1.

nacido de doncella sino de una mujer casada.» Hasta aquí san Gerónimo. Es así (para observar algun tanto la forma silogística) que ninguna de dichas razones á excepcion de la primera, era conveniente para que el castísimo Esposo se desposára con la Vírgen siendo ya viejo y mucho menos de edad decrépita, como lo conocerá cualquiera por poco que se pare en examinarlo: luego es error y absurdo el decir y hacen muy mal en pintar haberse desposado con María el esposo de la castísima Vírgen san José, cuando ya muy viejo.

6. Y para que todo lo dicho se fije más en la mente de todo hombre sensato, suplico que haga conmigo las reflexiones siguientes: ¿qué consuelo, pregunto, podia tener la tierna Vírgen habiendo de hacer un largo viaje, si se hubiera desposado con un hombre muy viejo y casi decrépito; particularmente teniendo despues que volver de allí, esto es, de Egipto á su propio lugar? Porque, en cuanto á que por este desposorio, no se encubriría bien ni oportunamente al demonio el nacimiento de Cristo de una Vírgen (que es la cuarta razon que da san Ignacio y refiere san Gerónimo) pásolo en silencio: Así por no querer examinar con sobrada sutileza esta razon, de cuya firmeza y solidez dudan algo hombres por otra parte doctísimos; como tambien, porque de cualquier modo que haya sucedido, convence lo mismo la otra razon.

7. A esto se agrega lo que ya han observado hombres sabios, á saber, que san José fué dado á la Vírgen y al santísimo y divino Niño, no solamente para que cuidara de entrambos, sino tambien para que les alimentara con su trabajo, por cuyo motivo fué conveniente que fuera carpintero de profesion, como veremos luego; cosa que no podia esperarse de un viejo ya sin fuerzas, el cual no sólo no pudiese mantener de algun modo la familia que se le habia encomendado, sino que absolutamente hubiese menester para subsistir, el socorro y limosnas de los demás. Por estas y otras razones que omito de propósito, han de advertir sériamente los pintores de no pintar en adelante viejo al santo Patriarca, como suelen hacerlo cuando le representan ó abrazando al Niño Jesús ó llevándole de la mano.

8. Más, si alguno por curiosidad me estrechára á responder, ¿de que edad se le debe pintar? Con efecto, nada cierto podría responderle ni producirle á este fin testimonios inconcusos. Sin embargo, cuanto puede indagarse por razones y conjeturas fundadas, pienso que se debe pintar á dicho varon santísimo de edad perfecta y varonil, esto es, segun me parece, de edad de cerca de cuarenta años ó que los haya ya cumplido, por ser esta la edad en que regularmente llegan á la mayor perfeccion, no solo las fuerzas del cuerpo, sino tambien, lo que es más, las virtudes del alma. Lo que ciertamente por todos lados era muy conforme al empleo para que la divina Providencia destinaba á este hombre esclarecido. Sentado ya ser error, como bastantemente hemos hecho ver, el pintar á san José enteramente viejo y muy avanzado en edad: el pintarle y representarle totalmente mozo, lleva no sé qué sobrescrito de menos majestad y gravedad, cuando se pretende significar la excelente dignidad de tan grande desposorio.

9. Y así, no es este el motivo por el cual advierto, que el castísimo Esposo de la Vírgen debe pintarse de edad robusta y varonil, sino porque (como insinuamos antes) la edad más robusta y perfecta parece mucho más apta y conforme para representar la excelsa dignidad de san José, que aquí queremos significar: cuando al contrario representarle de edad juvenil, parece una cosa menos grave y en la que á primera vista pueden tropezar los ojos de los más flacos. Dije ser esta la edad en que parece se debe pintar al santo Patriarca, ó ya cuando lleva en sus brazos al Niño Jesus, ó bien cuando le lleva de la mano, mostrando su derecho y amor paternal: por el contrario, en representarle despues viejo, no sólo no hay en eso inconveniente alguno, sino que parece enteramente conforme á razon y muy consiguiente á lo acontecido. Esto deberá observarse con más cuidado cuando se pinta á san José en el punto de morir, rodeado de Jesucristo y de su madre, purísima Esposa del mismo santo: lo que yo he visto observado muy bien repetidas veces en la pintura de un excelente artífice. Pues, que José Esposo de María,

murió antes de la predicacion y bautismo del Señor, es sentencia bastantemente aprobada por el cálculo que sacan los Sántos Padres é intérpretes, la que puede confirmarse en gran manera, por cuanto parece haber muerto con efecto san José antes de aquellas bodas de Caná de Galilea, que se celebraron á los principios de la predicacion de Cristo, segun se infiere con bastante claridad del Evangelio (1): pues á dichas bodas fué convidada María madre de Jesus, cuando ya, segun parece, habia muerto su esposo; porque si no, pedian la razon y la urbanidad el que tambien hubiese sido llamado á ellas san José. Lo cierto es, que el santo habia ya muerto en el tiempo de la Pasion de Cristo: pues el mismo Señor no recomendó su dulcísima Madre á san José ó á su marido, sino á san Juan.

10. Y que este Varon santísimo (lo que no ha sucedido á ninguno de los mortales) muriese estando á su cabecera Jesus y María, no solamente es el parecer de hombres pios y católicos, sino que es sentencia que la misma Iglesia parece aprobarla expresamente cuando de este esclarecido Patriarca, pía y elegantemente canta:

«O nimis felix, nimis o beatus,
Cujus extremam vigiles ad horam
Crhistus et Virgo simul astiterunt
Ore sereno.»

Por lo que, teniendo entonces san José, conforme á lo que probablemente hemos establecido, unos setenta años ó algo más, es muy puesto en razon, que en esta ocasion se le pinte viejo, pues además de la edad tenia quebrantadas las fuerzas por los muchos trabajos que habia padecido. Pero volvamos otra vez á lo de antes.

11. Nadie ignora lo que refiere el Evangelio de haberse aparecido en sueños un ángel del Señor á san José, quitán-

(1) Joann, 2.

dole el ánsia en que estaba el santísimo Patriarca, por ver abultado el vientre virginal de María; el ánsia, digo, que san Juan Crisóstomo, autor no ligero, ni de fe sospechosa, llamó grandísima perturbacion cuando dijo (1): «Viendo san José en cinta á la Vírgen, se perturbó en gran manera.» Quitóle pues el ángel aquella ánsia y solicitud, diciéndole (2): «No temas, José, hijo de David, tomar á María por tu Esposa: porque lo que en ella se ha engendrado, es obra del Espíritu Santo.» Esta es tambien una de las cosas que suelen representarse, la que he visto yo bastante bien píntada algunas veces; y Francisco Pacheco autor á quien he citado mucho en esta obra, la pintó tambien elegantemente como refiere él mismo y está dicha pintura en Sevilla en el colegio de san Hermenegildo, de la cual haciendo él la descripcion, concluasí (3): «Lo restante del lienzo es un país y un alegre cielo:» dando á entender que esta vision y revelacion la tuvo san José, no de noche sino de dia. Pero esto, por no ser muy conforme á la narracion del Evangelio, lo reprehende con su acostumbrada modestia un pintor del Rey y amigo mio don Antonio Palomino y Velasco, á quien he citado tambien repetidas veces (4): lo que me ha parecido advertir aquí brevemente en honor de este pintor erudito.

12. Acaso debian notarse ahora otras muchas cosas acerca de las imágenes de este ilustre Patriarca, las que omito gustoso por haberlas notado en gran parte en lo que llevo dicho arriba (5). Porque el pintarle teniendo en sus manos una vara llena de flores, es cosa que suelen y pueden hacerla muy bien, por denotarse con esto, no sólo la purísima continencia de este varon santísimo; sino tambien su perpétua

(1) S. Juan Cris., hom. 8, in Mat.
(2) Mat., 2.
(3) Franc. Pach., Hist. de la pint. pág., 503.
(4) D. Ant. Palom. Tehorica de la pint., c. 3, p. 308.
(5) V. lib. 3, cap. 1. n. 11, p. 190, c. 5, n. 2, 3, p. 238, c. 6, n. 5 p. 250, c. 7. n. 5, p. 259 y l. 4, c. 3, n. 6, p. 25.

virginidad, la que sin ninguna duda atribuyó al castísimo Esposo de María el insigne defensor de esta virtud, san Gerónimo (1). Aunque si esto se refiere á aquello de que hicieron mencion algunos historiadores, que comunmente se tienen por bastante plausibles, de los cuales tocamos algo arriba (2); no porfiaré sobre esto, ni procuraré arrastrarles como dicen, por los cabellos, á mi opinion.

13. Mas, el que le pinten en una oficina de carpintero ejerciendo este oficio, es tan conforme á razon como lo que más. Porque si bien no han faltado quienes pensaron que san José fué herrero; pero esto es poco probable, por no decir que es claramente falso y contrario al mismo Evangelio, donde el mismo san José es llamado en Griego τεκτων: lo que cómoda y propiamente no suele decirse sino de aquel artífice, cuyo oficio es pulir, acepillar y juntar las maderas, cual es el de los carpinteros. Véase tambien representado con mucha frecuencia al Niño Jesus ayudando á san José en dicho oficio: lo cual, aunque no es del gusto de algunos, por pensar que el santísimo Varon que sabia muy bien cuán grande y divina era la dignidad del que vulgarmente era tenido por hijo suyo, de ningun modo permitiría que el Hijo de Dios, aunque hecho hombre, se ocupara en ministerios tan viles y mecánicos; sin embargo es cosa de suyo muy verosímil, y segun á mí me parece fuera de toda duda y enteramente cierta, el que Jesus no sólo algunas sino repetidas veces, y no solamente cuando muchacho, sí tambien cuando mozo más grande, ayudó en el oficio de carpintero á su padre putativo y que áun en cierta manera le sirvió muchas veces: á saber, aquel mismo que aunque era fuente de toda santidad y redentor del pecado, no sólo permitió despues, sino que quiso y ordenó que su primo san Juan le bautizara y sumergiera en las aguas del Jordan. Pues notando tan señaladamente el Evangelio, que despues de haber encontrado sus padres á Cristo en el tem-

(1) S. Hier., cont. Elvid., c. 9.
(2) Lib. 4, c. 3, n. 6.

plo, bajó el Señor á la ciudad de Nazaret y aún (lo que parece más expresivo) que vivía allí sometido á su autoridad; diciéndonos el Evangelio (1): «Bajó (Jesus) con ellos y vino á Nazaret y estaba sujeto á ellos:» de ninguna manera se ha de pensar que esta sumision y subordinacion á sus padres, consistió meramente en honrarlos de algun modo, sino que el mismo Señor y maestro de las virtudes, obedeció sus mandatos y preceptos: aunque tambien es innegable que el santísimo José (por no decir aquí nada de la Vírgen Santísima) templaría siempre y ejercería con humilde moderacion y conocimiento de sí mismo aquella autoridad, y por explicarme así, patria potestad, que el mismo Dios ha querido que ejerciera él sobre sí mismo. Baste esto por lo que mira á las pinturas é imágenes del santísimo Patriarca san José y por lo perteneciente á las demás que se incluyen en todo este primer trimestre del año. Pues si restase algo que decir, cualquiera por mediana atencion que ponga lo encontrará suficientemente advertido en lo que hemos notado antes.

(1) Luc., 2, 51.

ÍNDICE

LIBRO TERCERO.

DE LAS PINTURAS É IMÁGENES DE JESUCRISTO, Y DE LAS DE LOS MISTERIOS DE SU SANTÍSIMA VIDA Y PASION.

	Págs.
Capítulo X.—Del bautismo de Cristo Señor Nuestro, de sus tentaciones en el desierto y de las pinturas sobre uno y otro pasaje	5
Cap. XI.—Otras observaciones más dignas de que las tenga presentes el pintor, acerca de otros hechos de Jesucristo que se refieren en los Evangelios.	17
Cap. XII.—De las pinturas de la mujer pecadora ungiendo los piés de Jesucristo, y regándolos con sus lágrimas: quién fuese esta mujer. . . .	35
Cap. XIII.—De algunas cosas que son dignas de advertirse acerca de las pinturas é imágenes de otros hechos de Jesucristo.	55
Cap. XIV.—De lo que hay más digno de notarse y advertirse acerca de las pinturas é imágenes de la Pasion de Jesucristo	70
Cap. XV.—De las pinturas y representaciones de lo que hicieron contra el Señor, antes de pronunciar contra él la sentencia de muerte.	80

Pág.

Cap. XVI.—De las pinturas de Cristo Señor nuestro llevando la cruz á cuestas, y conducido al suplicio. 97
Cap. XVII.—De las pinturas de la crucifixion del Señor, y de las imágenes sagradas del mismo Cristo crucificado. 105
Cap. XVIII.—Sobre otros errores que se echan de ver con bastante frecuencia acerca de la crucifixion de Cristo Señor nuestro 128
Cap. XIX.—De las imágenes del descendimiento del cuerpo de Cristo de la cruz, y de otras cosas que tienen relacion con su sepultura. 149
Cap. XX.—De las imágenes de la resurreccion de Jesucristo y de su Ascension á los cielos . . . 156

LIBRO CUARTO.

DE LAS IMÁGENES DE LA SAGRADA É INMACULADA VÍRGEN, Y LO QUE PRINCIPALMENTE SE HA DE OBSERVAR Y PRECAVER EN ELLAS.

Capítulo primero.—De las pinturas é imágenes de la sacratísima Vírgen en general; y qué es lo que en ellas se ha de aprobar ó reprehender. . . 177
Cap. II.—De la imágenes y pinturas de la Concepcion de la bienaventurada Vírgen y de las de su Natividad. 184
Cap. III.—De las pinturas é imágenes de la Presentacion de la Vírgen y de su Desposorio. . . . 191
Cap. IV.—De las pinturas de la Anunciacion de nuestra Señora, y de lo que hay en ellas digno de reprehenderse. 200

Pág.

Cap. V.—De las pinturas de la visita que hizo la bienaventurada Vírgen á su parienta santa Isabel. . 207
Cap. VI.—Apéndices sobre las pinturas de la Natividad del Señor, de su Circuncision, y otras que hemos referido arriba, y sobre las demás que se hacen regularmente de la Santísima Vírgen. . . 213
Cap. VII.—De las pinturas de la muerte, Asuncion y coronacion de la sacratísima Vírgen. . . . 220

LIBRO QUINTO.

DE LAS PINTURAS É IMÁGENES DE LOS SANTOS CUYAS FESTIVIDADES SE CELEBRAN EN LOS TRES PRIMEROS MESES DEL AÑO.

Capítulo primero.—Algunos avisos comunes y generales sobre las imágenes de los santos. . . . 225
Cap. II.—De las pinturas de san Pablo Ermitaño, y de san Antonio Abad. 235
Cap. III.—De las imágenes de san Sebastian, santa Ines, san Vicente y san Anastasio 243
Cap. IV.—De las imágenes de san Ildefonso arzobispo de Toledo, y de san Raymundo de Peñafort, General de la Orden de Predicadores. . . . 252
Cap. V.—Propónese y examínase con maduro juicio la pintura en que se representa la conversion del grande apóstol y doctor de las gentes san Pablo. Y tambien se toca algo de la pintura de san Juan Crisóstomo. 257
Cap. VI.—De las imágenes de san Julian obispo de Cuenca, y de las de mi esclarecido Padre san Pedro Nolasco. 267
Cap. VII.—De las pinturas de los santos mártires san Ignacio, san Blas y santa Agueda. 272

Pág.

Cap. VIII.—De las imágenes de san Romualdo, de santa Apolonia, santa Eulalia, san Simeon obispo y mártir, y de la pintura de san Matías apóstol. . 281

Cap. IX.—De las pinturas é imágenes de los esclarecidos Doctores de la Iglesia santo Tomás de Aquino, san Gregorio y san Leandro arzobispo de Sevilla; y tambien de las de san Patricio: tratando primeramente de otros santos que se celebran en los primeros dias de Marzo. 290

Cap. X.—De las imágenes y pinturas del santísimo Patriarca san José, dignísimo Esposo de la Vírgen nuestra Señora. 303

FE DE ERRATAS

TOMO SEGUNDO

PÁG.	LÍN.	SE LEE.	DEBE LEERSE.
28	29	puestas	puertas
35	27	hacrá	habrá
81	15	romonos	romanos
145	25	manifestará	manifiesta
179	26	consentir	consistir
252	25	pasando	pensando

EL PINTOR
CRISTIANO Y ERUDITO

TOMO TERCERO

Con censura de la Autoridad Eclesiástica

LA VERDADERA CIENCIA ESPAÑOLA

EL PINTOR
CRISTIANO Y ERUDITO

Ó TRATADO DE LOS ERRORES

QUE SUELEN COMETERSE FRECUENTEMENTE EN PINTAR Y ESCULPIR LAS IMÁGENES SAGRADAS.

DIVIDIDO EN OCHO LIBROS

CON UN APÉNDICE.

OBRA ÚTIL PARA LOS QUE SE DEDICAN AL ESTUDIO DE LA SAGRADA ESCRITURA, Y DE LA HISTORIA ECLESIÁSTICA.

ESCRITA POR EL

M. R. P. M. FR. JUAN INTERIAN DE AYALA,

de la Sagrada, Real y Militar Orden de Nuestra Señora de las Mercedes, Redencion de cautivos, Doctor Teólogo de la Universidad de Salamanca, Catedrático Jubilado de Teologia, Maestro de Sagradas Lenguas en dicha Universidad, y Predicador de S. M.

TOMO TERCERO

BARCELONA

IMPRENTA DE LA VIUDA É HIJOS DE J. SUBIRANA

CALLE DE LA PUERTA FERRISA, NÚM. 16

1883

Es propiedad de los Editores, que se reservan todos los derechos que por la ley les competen.

LIBRO SEXTO

DE LAS PINTURAS É IMÁGENES DE LOS SANTOS CUYAS FESTIVIDADES SE CELEBRAN EN EL SEGUNDO TRIMESTRE DEL AÑO.

CAPÍTULO PRIMERO

De las imágenes de san Francisco de Paula, de las de san Isidoro arzobispo de Sevilla, de santa Casilda vírgen española, y de las del romano Pontífice san Leon Magno.

1. Aquel esclarecido santo, superior á todo encarecimiento, nuevo Taumaturgo del Universo y que por haber querido y mandado que á él y á sus hijos les llamaran Mínimos, puede con razon llamarse Máximo y Mínimo; este mismo es el que por sus hechos (si se refiriesen con la dignidad que merecen) excede y sobrepuja por lo claro y resplandeciente de ellos, no sólo los colores de la pintura, sino tambien las más brillantes luces de la retórica. Mas por lo que es de mi asunto, hay poco que advertir acerca de sus imágenes, lo que notaré brevemente y de paso. Y en primer lugar, que su hábito, guardando la forma de que hoy usan tambien sus hijos, no debe ser de color negro, sino del que llamamos pardo ú oscuro, por haber usado de dicho color el santo varon,

como lo atestiguan, así sus pinturas, como los escritores de su vida. Y así, he oido muchas veces á testigos dignísimos de toda fe, que este color es el que usan en Francia y en Italia los que profesan este Instituto. Y áun por ser dicho color señal de más austeridad y de más estrecha observancia, consta haberlo usado algunos en nuestra España, y yo mismo he conocido y visto muchas veces á un religioso anciano de esta Orden, hombre de admirable madurez y probidad, y recomendable tambien por su literatura y erudicion, que por espacio de más de veinte años no habia salido de las puertas de su convento de Madrid, el cual, aunque muy aseado, usaba el hábito del color que he dicho. Debe tambien pintarse el santísimo varon y patriarca san Francisco (si se representa de cuerpo entero) con los piés totalmente desnudos, por decirnos claramente sus historias haber andado así, áun cuando viejo. Finalmente, es muy justo que se le pinte, no como quiera viejo, sino muy viejo y casi decrépito: pues murió cumplidos ya noventa y un años, lo que sobre causar alguna más reverencia para con el original, es más conforme á sus hechos, como hemos insinuado.

2. Pero pasemos ya á otro varon ilustre, no sólo por su santidad, que es lo principal, sino tambien por su mucha sabiduría. Porque ¿quién ignora cuán grande hombre haya sido san Isidoro arzobispo de Sevilla, brillante lumbrera de España y de toda la Iglesia? y aunque no hay muchas pinturas é imágenes de tan gran santo, bien que no pongo duda en que habrá algunas en la ciudad y diócesis de Sevilla, sin embargo no quise pasarle enteramente en silencio, siquiera por el honor que de ello resulta á España. Con efecto, no puedo detenerme aquí mucho por lo que mira á sus hechos y á las esclarecidas obras que dió á luz este santo. Vea el que quisiere saber esto con más individualidad á un ilustre canónigo de la misma Iglesia de Sevilla, y autor de la Biblioteca Española, el sabio don Nicolás Antonio (1), cuya primera parte

(1) Bib. Vet. Disp., t. 1, l. 5, c. 3, p. 243.

de su obra, que intituló Biblioteca Antigua, y que todavía quedaba sin imprimir cuando él murió, la dió despues á luz con mucha gloria del nombre español, y con igual utilidad de la república literaria y española, el eminentísimo y reverendísimo cardenal de Aguirre grande ornamento de España y particularmente de la Universidad de Salamanca, donde yo todavía mozo, admiré su erudicion y afluencia casi inimitable en explicarse: y donde tambien (pues hallo gusto en acordarme de semejantes menudencias) en unas conclusiones de teología que defendí publicamente, me honró poniéndome un docto y sútil argumento. Vea, pues, el diligente lector (volviendo ya á mi asunto, de donde una ligera digresion nos había alejado algun tanto), vea, digo, los hechos de san Isidoro, y el índice de sus insignes volúmenes en el citado escritor de la Biblioteca Antigua Española: pues á mí me basta, por lo que mira á mi intento, notar una sola cosa, que podrá servir igualmente para otros muchos lugares, la que, si yo no me engaño, no se aparta mucho del objeto que me he propuesto.

3. Es muy frecuente entre los pintores cuando pintan la efigie de algun santo doctor, representar un estante con varios volúmenes, añadiendo los títulos ó epígrafes de aquellos libros que consta haber escrito aquel santo cuya imágen nos ponen á la vista: en que se cometen no rara vez errores y anacronismos, como sería fácil confirmarlo con ejemplos, si esto fuera cosa que mereciese tanto trabajo. Tan fácil es deslizarse cualquier artífice emprendiendo cosas que son sobre su arte ó fuera de ella, y como dice el proverbio, cuando queremos meter la hoz en miés ajena. De este modo podrá suceder fácilmente, que un pintor no indocto, y lo que es peor un semidocto, y como suele decirse, un bachiller, proponga entre los libros de san Isidoro aquel volumen que algunos menos instruidos en las cosas eclesiásticas lo han tenido por obra y parto legítimo del santo, á saber, la Coleccion de las Decretales de los Pontífices antiguos (1), cuya obra lleva

(1) V. D. Nic. Ant., t. 1. Bibl. Vet. Disp., l. 5, c. 4, n. 201 y siguientes.

ciertamente el nombre de Isidoro, aunque sin duda es espúrea y muy indigna de la erudicion y sabiduría de tan gran santo, como lo confiesan ya, no sólo todos los sabios y eruditos, sino que entre ellos, ó los primeros de todos, como es debido, son los cardenales de la santa Iglesia romana; eminentísimos en dignidad y mérito, de los cuales podría nombrar más de siete siendo el principal de todos el escritor de los Anales eclesiásticos (1). Y aunque el citado cardenal de Aguirre (2) está por la contraria, pretendiendo con el mayor esfuerzo, aunque en vano, que dichas epístolas son de los pontífices á quienes se atribuyen, bien que (conforme él mismo confiesa) añadidas é interpoladas en muchos lugares; y tambien, que aquella Coleccion es obra no de Isidoro Mercator, ó pecador, hombre conocido ya en todas partes, sino del grande Isidoro arzobispo de Sevilla: Aunque, digo, sea esto así, sin embargo, ello se tiene ya por fuera de duda, y el mismo cardenal confiesa despues verse agobiado de dificultades insuperables, no faltándole más que desdecirse expresamente. Por lo que, si por ignorancia de algun pintor se viera pintado un tal absurdo en la imágen de este prelado y doctor á todas luces grande, como fácilmente puede suceder, juzgo que debería borrarse de sus libros semejante título.

4. Muchas iglesias de España celebran el dia nueve de Abril á la esclarecida vírgen santa Casilla, ó segun la pronunciacion española de este nombre, á santa Casilda: cuyos hechos, como antes estuviesen escritos con mucha brevedad, los refirió despues con más extension, sacándolos de varios monumentos é historiadores españoles (3), mi amigo el doctor don Juan de Ferreras. Conforme, pues, á lo que nos dice este historiador, era Casilda hija de Almenon rey mahometano, que por el siglo x de la Iglesia mandaba en Toledo, vírgen dotada de una índole y genio benigno y pio; por lo que,

(1) Bar., in Notis ad Martyrol., die 4. April.
(2) Card. de Aguirre. Conc. Disp., t. 1. Diss. 4, p. 69 y sig.
(3) Part. 5, Hist. ad A. C. 1075, pág. 127.

movida en gran manera de compasion, alimentaba y favorecia por todos los medios posibles cuanto estaba de su parte, á los cristianos que su fiero y cruel padre tenia encarcelados. Cuya obra de misericordia, aunque natural, testificó Dios cuán agradable le era con un insigne milagro, que por no deslucirlo con mi estilo quiero referirlo con las mismas palabras de un esclarecido historiador, que dice así (1): «Su padre (Almenon) avisado de lo que pasaba y mal enojado por el caso, acechó á su hija. Encontróla una vez, que llevaba la comida para aquellos pobres; alterado, preguntóla lo qué llevaba. Respondió ella, que rosas, y abierta la falda las mostró á su padre.» Desde entonces socorrió ella mucho más que antes á los cautivos con su benignidad y compasion, á la vista de tan gran milagro, pues prosigue así el mismo insigne historiador: «Este milagro tan claro fué ocasion que la doncella se quisiese tornar cristiana, que de esta suerte suele Dios pagar las obras de piedad que con los pobres se hacen; y fruto de la misericordia suele ser el conocimiento de la verdad. Padecía esta doncella flujo de sangre. Avisáronla (fuese por revelacion ó de otra manera) que si queria sanar de aquella dolencia tan grande, se bañase en el Lago de san Vicente, que está en tierra de Briviesca. Su padre, que era amigo de los cristianos, por el deseo que tenía de ver sana á su hija, la envió al rey don Fernando, para que la hiciese curar.» Correspondió el suceso al deseo, siendo fruto de este viaje el haber recibido la castísima vírgen, no sólo la salud del cuerpo, si tambien la del alma; pues así concluye el mencionado historiador: «Cobró ella en breve la salud con bañarse en aquel lago: despues recibió el bautismo, segun que lo tenia pensado, y en reconocimiento de tales mercedes, olvidada de su patria, en una ermita que hizo edificar junto al lago pasó muchos años santamente. En vida y en muerte fué esclarecida con milagros que Dios obró por su intercesion: la Iglesia la pone en el número de los santos que reinan con Cristo en el Cielo, etc.»

---

(1) P. J. Mariana, Hist. de Esp., l. 9, cap. 3, al año 1050.

5. Mas, sobre en qué año sucedió ésto, no está averiguado bastantemente entre los historiadores. Mariana parece haberlo anticipado mucho, refiriéndolo al año de Cristo ML, el cual dice consiguientemente, que á Casilda la envió su padre con cartas para Fernando rey de España, lo que tambien afirman algunos otros. Pero Ferreras á quien no debo citar sin alabarle, piensa haber acontecido este hecho admirable el año de Cristo MLXXV, y de consiguiente afirma, que las cartas que entregó Almenon á su hija, las dirigió á Alfonso rey de Leon, que igualmente fué despues rey de Castilla: á que tambien se inclinan otros. Pero como quiera que haya sucedido (que no es de mi intento averiguarlo con exactitud) se debe pintar á esta santa de mediana edad, y en traje de una vírgen modestísima, aunque en hábito seglar, por no enseñarnos lo contrario los monumentos de España que hemos alegado.

6. Quiero añadir aquí, para recrear algun tanto el ánimo de mis lectores, una cosa, que no parece será totalmente fuera del caso: esto es, que de dicha santa tomó la denominacion un cierto lago que hay entre la ciudad de Búrgos y el lugar de Pancorvo, á quien vulgarmente llaman el Lago de santa Casilda. En este lago se ven frecuentemente grandes céspedes, de los cuales algunos, cuya figura es casi redonda, tienen más de veinte piés de diámetro. Con efecto, graciosamente podrían llamarse unas pequeñas islas que van nadando: pues son de tal firmeza y consistencia que sostienen cómodamente y sin ningun peligro, no solamente á los hombres y á los ganados menudos, sino tambien á los asnos, yeguas y bueyes, sin embargo de ser él lago bastante profundo, y de tal mobilidad, que con ligero impulso fácilmente los pasa el agua (aunque estén cargados) de una á otra ribera de dicho lago. El abad don Segundo Lanciloto (1), hombre á la verdad de mucha lectura, de no muy mal juicio y de un ingenio salado y chistoso, duda mucho de estas islas

(1) En el lib. italiano intitulado: Farfalioni de gli antichi hist.farf. 32.

nadantes, y al fin se inclina á que la narracion es fabulosa. Pero lo que riendo se impugna, tambien riendo fácilmente se defiende. Había él leido á Séneca y á Plinio el mozo, testigos á la verdad gravísimos, y lo que es más de admirar testigos oculares, á quienes sin embargo no quiere dar asenso; pero no habia visto ni leido á otros muchos que mereciendo entera fe, nos aseguran firmemente haber visto y experimentado lo mismo (por no decir nada de lo restante del universo) en diversos parajes de Europa. Si alguno quisiere enterarse á fondo de esta materia, lea á Cláudio Dausquio canónigo de Tornay en todo su erudito y doctísimo librito que intituló: «Terra et Aqua, seu Terræ fluctuantes.» principalmente en el libro 1.°, desde el cap. 11, hasta el 15, donde encontrará á cada paso muchas cosas dignas de saberse, y cuya lectura es gustosísima (1). Lo que he dicho de paso con ocasion del lago que llaman los naturales de santa Casilda.

7. Despues del grande obispo y doctor san Isidoro, síguese decir algo de otro grande doctor y sumo pontífice de la Iglesia, san Leon, el primero de los romanos pontífices á quien justamente se le dió el renombre de Magno. En cuyas imágenes, que con mucho gusto he visto esculpidas en bronce, explicando la série de sus hechos, no notaré yo el que se representa al santo pontífice vestido con aquellos ornamentos que solamente despues de muchos siglos empezaron á usar los romanos pontífices. Es muy comun esta inadvertencia ó negligencia de los pintores, como lo he advertido repetidas veces en otros lugares. Una sola cosa me ha parecido del caso notar aquí. Pintan al insigne pontífice en aquel célebre lance que refieren sus historiadores; pero mejor será referir el caso con sus mismas palabras. Con efecto, sea quien se fuere el que escribió el breve compendio de su vida, que precede regularmente á sus obras, dice así hablando de Atila rey de los hunos: «Como Roma se viese saqueada con insaciable furor, y disponiéndose (Atila) para hacer pasar sus

(1) Edit. Tornaci. 1653.

tropas por donde el Mincio desagua en el rio Pó, movido á compasion san Leon por los males que amenazaban á Italia, le salió al encuentro, y con su divina elocuencia persuadió á Atila á que se volviese.» Lo mismo, y con formales palabras, se refiere y expresa en el rezo de san León, lo que á mí me hace sospechar, si esto se ha tomado acaso de aquel brevísimo compendio, del que sin embargo hace mencion el cardenal Baronio (1). Pero séase lo que se fuere, así concluye hablando del rey de los hunos: «El cual preguntado por los suyos ¿cómo era que contra su costumbre pusiese tan humildemente por obra lo que le mandaba el romano pontífice? Respondió haber tenido á otro que estaba presente en traje sacerdotal, el cual (mientras hablaba el santo pontífice) con espada desenvainada le amenazaba la muerte, si no obedecia á san Leon.» Hé aquí la historia no sólo digna de referirse con palabras elocuentísimas, sí de representarse tambien con el pincel más delicado. Y aunque san Leon en ninguna parte de sus obras hace mencion de semejante hecho (lo que no ha faltado quien lo notara), se debe tener por del todo cierto, como á cosa que la observaron los escritores coetáneos.

8. Pero, por lo que hace á mi asunto, ofrécese advertir aquí que otros autores refieren haber visto Atila no á uno solo, sino á dos, los cuales le hicieron desistir de su intento. Así lo dice un escritor bastante célebre de las vidas de los Pontífices (2): «Obedeció Atila los preceptos del buen Pontífice, por cuanto, mientras estaba hablando san Leon, le pareció ver sobre su cabeza dos varones con sus espadas desenvainadas amenazándole la muerte si no obedecía.» Quienes fuesen éstos lo interpreta el mismo, diciendo: «Se juzgó, que eran los apóstoles san Pedro y san Pablo.» De lo cual, aunque no podría reprehenderse de error el pintor que representase á uno solo en traje sacerdotal y con su espada

(1) Baron., in Not. ad Martyr. ,die 11 April.
(2) Platin., in Lection. 1.

desenvainada, del cual se hiciera juicio que era el primer Pontífice romano san Pedro; sin embargo tampoco podría condenarse por erroneo el que se pintaran dos, intentando significar á san Pedro y san Pablo: á saber, á los que defienden y defenderán á Roma con su tutela y patrocinio, y á quienes la misma Iglesia romana, maestra de la verdad, llama «Padres de Roma y árbitros de las gentes.» No porque quiera yo (lejos está mi ánimo de una ficcion y delirio tan grosero) establecer aquí, ni áun imitar ligeramente la locura de los herejes, de las dos cabezas del obispado de Roma: antes solo intento decir que el honor debido á san Pablo, en nada deroga al inconcuso Primado de san Pedro; pues esto es y nada más, lo que con su acostumbrada elocuencia nos ha dejado escrito el mismo santo Pontífice (de quien tratamos) con estas palabras (1): «De cuyos méritos y virtudes (de san Pedro y san Pablo) que exceden á cuanto de ellos se puede decir, no debemos sentir ninguna cosa diversa, ni distinta: la eleccion los hizo parecidos, el trabajo semejantes y el fin iguales.

CAPÍTULO II

De las pinturas é imágenes del mártir san Hermenegildo rey de España, de san Jorge tambien mártir y de las del buen ladron.

1. Muchos, áun de los españoles, sólo llaman Príncipe de España al esclarecido mártir de Cristo y rey de España san Hermenegildo: por cuanto habiéndole hecho morir en ódio de la fe católica su impio padre Leovigildo, hombre por otra parte grande, si alguno ha habido; piensan (acostumbrados á lo que sucede por lo comun y más frecuentamente) que

1) S. Leo, Ser. 1, in Natali Apost. Petri et Pauli.

Hermenegildo solamente fué sucesor de su Padre en el dilatado reino de España. Por esta razon, he observado yo mismo, que le pintan sin cetro y con aquella pequeña corona que segun dicen los peritos en estas materias no es propia del rey sino del príncipe. Pero engáñanse: pues el ilustre mártir (digan otros lo que quieran) fué rey, aunque no de toda, pero sí de una grande y noble parte de España; á saber de la Bética: ó para hablar con más propiedad, fué compañero de su padre en el Imperio, á la manera que solian hacerlo los emperadores del imperio romano. Porque, como su padre Leovigildo, acérrimo defensor de la secta arriana, quisiese establecer con más firmeza su reino é imperio, tomó por compañero á su hijo Hermenegildo, cuando éste profesaba aún la misma perversa secta, asignándole una gran parte de España donde fijara su trono y su córte (1). Y aunque no faltan quienes digan que esta parte de España fué la Lusitania y que la capital del reino fué Mérida; con todo es más probable y más conforme á nuestros historiadores, haber sido la Bética, y que la córte de su reino, no fuè otra sino Sevilla. Lo que sucedió segun la suputacion más verídica, el año 617 de la era española, ó lo que es lo mismo, el año de Cristo 578.

2. Con buena suerte escogió el real jóven Hermenegildo á Sevilla para asiento de su córte, donde á la sazon era prelado de aquella ciudad el grande san Leandro, varon á un tiempo muy docto y santo, con cuya conversacion, trato y exhortaciones, mediando los auxilios y gracia de Dios, consiguió Leandro el que abjurara Hermenegildo la secta de Arrio, y abrazara la fe católica, confiriéndole el mismo santo prelado el sacramento de la Confirmacion, en el cual conforme escribe san Gregorio Turonense (2), trocó el nombre de Hermenegildo con el de Juan, bien que frecuentemente no le llamaron despues Juan sino Hermenegildo, como antes. De

(1) San Greg. Tur., Hist. Francor.
(2) Hist. Francor., lib. 5.

todo esto se echa de ver, deberse pintar á san Hermenegildo con cetro, corona real y demás insignias reales de la púrpura y (por explicarme así) manto real. Porque, si bien le llamó despues su padre, y habiéndole con varios engaños hecho comparecer en su presencia, le despojó de dichas insignias (como lo refieren tambien los historiadores de aquellos tiempos y el mismo san Gregorio de Tours) (1); todo esto nada importa, por no haberlo hecho su impío padre segun derecho, sino injustamente, ni el mismo Hermenegildo hizo mucho caso de ello, antes juntando un ejército y peleando, no tanto á favor suyo, como á favor de la religion, se tuvo despues por rey, y por rey legítimo, y reinó con singular amor y fué muy estimado de sus vasallos. Por lo que es de extrañar (por tocar esto de paso) cómo y con qué fundamento un poeta lírico, acaso el principal entre los nuestros, pudo decir hablando del mártir Hermenegildo (2):

«Hoy es el sacro y venturoso dia
En que la gran metrópoli de España,
que no te juró rey, te adora santo.»

Llama metrópoli de España á Sevilla y con razon; principalmente en aquellos tiempos en que Hermenegildo consiguió la corona del martirio. Mas, que aquella ciudad no jurase por rey á Hermenegildo, por quien es constante que sostuvieron sus moradores un largo sitio en que se vieron reducidos á los últimos apuros, no sé cómo puede afirmarlo este elegante y erudito poeta. Pero vamos á otra cosa.

3. Obtuvo finalmente el rey Hermenegildo la palma del martirio á causa del furor de su padre impío, el cual habiéndole hecho poner en prisiones en Sevilla (bien que acerca del lugar se dividen los autores en varios pareceres, ni es de mi asunto examinarlo ahora con suma exactitud) le hizo mo-

(1) Gregor. Tur., Hist. Francor., c. 39.
(2) Don Luis Góngora, fol. 49, pág. 2.

rir en el mismo alcázar donde le custodiaban, por el motivo que refieren á la larga los historiadores y particularmente san Gregorio Magno, el cual añade otras cosas, que debemos persuadirnos las sabría por noticias ciertas, y no por rumores vagos. Por lo que hace á mi propósito, afirmando expresamente el mismo santo Pontífice, que la muerte ó triunfo del glorioso mártir, sucedió dándole un golpe de segur en la cabeza uno de aquellos impíos que le guardaban; de éste y no de otro modo deberá pintarse al invicto mártir de Cristo é insigne defensor de la consubstancialidad del hijo con el padre. Porque, aunque otros únicamente dicen que le mataron, y no falte quien diga que le cortaron la cabeza; con todo, como un testigo de tanta magnitud refiere con palabras tan expresas el genero de suplicio que le dieron, no le queda libertad al pintor para pensar de otro modo, ni puede apartarse fácilmente de una autoridad de tanto peso.

4. El objeto que me he propuesto me obliga á notar aquí algunas cosas (y acaso muchas) sobre la imágen ecuestre de san Jorge, la que no sólo se ve muy á menudo en los templos de los griegos, sí que tambien es bastante frecuente en muchas partes de nuestra España, conforme advirtió oportunamente el autor de estas materias, digno siempre de alabanza, y á quien hemos citado repetidas veces (1). Pero antes de descender á lo que mira particularmente á mi intento, será muy del caso saber, que acerca de los hechos de este santo y esclarecido mártir, cuya fiesta se celebra el dia 23 de Abril, no solamente los hombres poco instruidos, sino los mismos herejes (lo que siempre es de temer) deliraron de mil maneras. No es este pensamiento mio, sino de hombres muy sabios, y lo que es más, este es el dictámen del VI Concilio General (2), el cual nos advierte haber escrito los herejes algunas historias de mártires con el fin (como dice el mismo Concilio) de llenarles de oprobio, y con las miras de que los que oye-

(1) Molano, Hist. de las imág. sagr.
(2) Canone 63.

ran leer sus Actas, fuesen inclinándose á la incredulidad. Por esto prohibió dicho Concilio que se publicaran semejantes historias, y mandó que se quemaran. Siguió el mismo rumbo el Concilio romano que se celebró por los tiempos del Papa Gelasio (1), el cual quiso se tuvieran por vanas y apócrifas dichas historias, y señaladamente la que corria con el nombre de san Jorge. Y así es por de más alegar aquí otros autores de mucho nombre que dicen lo mismo, entre los cuales uno de ellos es san Agustin (2). Por lo que, sabia, y prudentemente se mandaron quitar las lecciones que antiguamente habia en los libros de los divinos Oficios, las cuales contenian los hechos de este santo y glorioso mártir. Estas y otras muchas cosas, en que sin perder de vista mi asunto podria dilatarme más, quise tocarlas aquí, aunque de paso, solamente porque de ahí aprendan algunos, que son llevados de piedad, pero poco prudente, á no conmoverse cuando oigan que en las historias de los santos y en las de los mártires se han introducido algunas cosas falsas, fabulosas, y áun monstruosas, por ignorancia ó malicia de los hombres. Quien acerca de todo esto y por lo que mira á san Jorge, quisiere cerciorarse más, lea á lo menos por encima al doctísimo cardenal Baronio (3), que puede servir por testigo el más calificado. Pero examinemos ya la mencionada pintura ecuestre de este santo.

5. En primer lugar, sobre esta pintura hay una cosa verdaderamente monstruosa y muy ridícula, la que no referiria á no haberla escrito antes un varon muy erudito y fidedigno. Este es Augerio Gislenio Busbek (4), testigo de vista, embajador de su majestad imperial para con el emperador de los turcos, el cual dice así en las elocuentísimas epístolas que escribió: «Ni quiero tampoco pasar en silencio, que los tur-

(1) In Decret., dist. 15. cap. Sancta Romana.
(2) S. Augustin., Epist. ad adimant.
(3) Card. Baron., in Not. ad Martyrol. 23 Abril.
(4) Auger. Gislen. Busbek., epist. 1, p. 35. edit. Elzevirian.

cos se rien en gran manera de ver en los templos de los griegos á san Jorge (á quien, como he dicho, llaman su Chederlé) pintado de tal modo en sus cuadros, que un muchacho sentado en las ancas del caballo detrás de su amo, le va dando vino. Pues de esta manera pintan frecuentemente los griegos á san Jorge.» Esto dice el citado y esclarecido autor. Pero dejando esto á parte, aunque no del todo fuera de lo que hemos insinuado, venimos ya á parar en la imágen ecuestre de san Jorge, que es la más recibida de este santo, y como regularmente le pintan.

6. La imágen es esta: pintan montado sobre un caballo brioso á un caballero armado, que con la punta de la lanza mata á un dragon, junto al cual está pintada una doncella alargando humildemente sus manos, é implorando su patrocinio. Con las mismas palabras, si no me engaño, describe dicha imágen el cardenal Baronio en el lugar que citamos antes, cuya censura referiremos despues con más oportunidad. Pero no será fuera del caso advertir aquí, que con razon se le pinta á san Jorge montado á caballo, pues Autores nada sospechosos, dicen de él haber sido soldado, como se evidenciará más por lo que diremos abajo. Por este motivo pintan muy á menudo á este esclarecido mártir montado á caballo: y áun nos refieren las historias que el mismo caballo pintado dió un relincho, no sin milagro y admiracion. Sobre lo cual es muy digna de admirarse la razon que trae el noble escritor Nicéforo Gregoras: la que, para dar gusto á los que se deleitan en gran manera con semejantes noticias, y no tienen lugar ó proporcion de registrar estos libros, me pareció trasladarla aquí toda entera. Doy, pues, aquí sus palabras: «Entonces (1) (dice Nicéforo, testigo que estaba presente y oyó lo que pasaba sobre este hecho) allá á media noche estando yo presente y oyendo la doxología, viene uno de parte del emperador para darle una noticia, y preguntarle su parecer. Porque poco ha (dice) cuando iban á acostarse los archeros del empe-

(1) Niceph. Gregor., Hist. Bizant., lib. 8.

rador y los soldados y demás de la guardia, se oyó cerca del palacio un relincho tan grande, que todos se conmovieron. Pues á deshora de la noche, cuando los caballos del emperador y los de los senadores no estaban ya en palacio ni á la puerta de él, una cosa improvisa turbó de repente los ánimos de los oyentes, y unos á otros se preguntaron, qué cosa era aquello. Todavía no se habia apaciguado este alboroto, oyóse otro relincho mayor que el primero, y lo oyó tambien el mismo emperador, el cual envió á un paje suyo preguntando de dónde habia venido aquel ruido, pero no se le respondió otra cosa, sino que aquel relincho lo habia dado el caballo en que iba montado el mártir de Cristo san Jorge, que antiguamente habia pintado el famoso pintor Pablo, cuya imágen estaba frente la capilla de nuestra Señora de la Victoria. Entonces, chanceándose el logotheta como solia con el emperador, le respondió: Dóite la enhorabuena, oh emperador, por las victorias que has de conseguir. el monstruoso relincho de este caballo no significa otra cosa, segun pienso, sino tu expedicion contra los agarenos, que están destruyendo nuestra Asia. Como el emperador hubiese oido tal respuesta, enviándole otro mozo le dijo: A la verdad, que con la respuesta que acabas de dar, ó ya para divertirme como sueles ó por otro motivo, me parece estás ignorante del hecho. Yo te diré lo que juzgo que hay en esto de verdad: Este caballo, como sabemos por tradicion de nuestros antepasados, relinchó tambien otra vez, cuando Balduino, príncipe de los latinos, á quien echó nuestro padre, habia de perder la ciudad. Y como él quedase amedrentado con esta señal que miraba como de mal agüero, finalmente no mucho despues lo experimentó él mismo cuando vió que los romanos destruian la ciudad. Entonces el Logotheta, no teniendo ya que responder, mandó al paje irse: que él al dia siquiente respondería al emperador.» Hasta aquí el citado historiador: para que de ahí se eche de ver no ser cosa nueva el pintar á san Jorge montado á caballo.

7. Pero entre los griegos (por notar tambien esto de paso) es muy frecuente pintar á caballo á los santos que si-

guieron la milicia. Acuérdome haber leido en Leon Alacio (1), hombre doctísimo, que por este motivo pintan ellos montados á caballo á los santos Sysinio y Sinidoro, persiguiendo á cierto mónstruo que ellos llaman gilon. Hé aquí algunas cosas de las muchas que él dice: «Dándoles esfuerzo el Señor Omnipotente (dice un escritor griego poco conocido) enfrenaron los caballos (á saber, san Sisinio y san Synidoro) y empezaron á perseguir al execrable gilon, buscándole por los caminos y preguntando por él á cuántos encontraban.» A que añade otras cosas, que más parecen propias de quien en sueños está delirando, que parecidas á una historia. Lo mismo escriben otros, aunque en menos palabras, como pueden verse en el citado Alacio, que refiriendo sus palabras, dice así (2): «Los santos hermanos Sisinio y Synidoro de Mitilene (hoy Metelin) servian en la milicia en Numeria ó en Arabia.» Y poco despues: «Habiendo salido ellos de la torre y montado en sus caballos, que tenian las riendas como si fueran alas, registraron las profundidades y cavernas del monte Líbano. Pero pasemos á cosas más serias.»

8. El motivo de que á san Jorge como á soldado ó capitan de caballería se le pinte oportunamente en traje militar y á caballo, es además de lo que se ha dicho ya, porque antiguamente los reyes, cuando estaban para dar la batalla, solian invocar al mártir san Jorge; y que muchas veces le experimentaron propicio, lo indica expresamente lo que escribe Cedreno del emperador Nicéforo (3), y Pablo diácono del rey Cuniferto, el cual, por la insigne victoria que consiguió de los enemigos, erigió una basílica y un monasterio en honor de dicho mártir. Mas: la misma Iglesia romana, para combatir contra los enemigos de la fe, ha solido invocar principalmente á los santos mártires san Mauricio, san Sebastian y san

(1) Leo Allat., Op. de quorumd. Græcor. opinat., pág. 129.

(2) En el lug. cit. ant., pág. 135.

(3) Cedren., in Compend. Hist. Pablo Diac., de Gestis Longobardor. lib. 6, cap. 5.

Jorge, como lo atestigua el Orden Romano (1). No puedo omitir aquí lo que leemos en nuestras historias, en las que se refiere y consta por testimonios convincentes: que en la insigne y memorable batalla que se dió no muy lejos del lugar que llaman Alcoraz, reinando en Aragon Pedro el primero, como los nuestros se viesen acosados por una multitud casi inmensa de bárbaros, y no teniendo ya ni manos ni fuerzas para herir y rebatir los escuadrones de los sarracenos, advirtió prudentemente el rey y esforzado caudillo, defenderse los bárbaros, en un templo antiquísimo dedicado á san Jorge, y que de allí salian para hacer nuevas incursiones. Levantó entonces las manos al cielo, y dirigiendo sus ruegos al santo mártir, le pidió no permitiese que aquellos brutales enemigos se defendieran é hicieran fuertes en un lugar de que abusarian despues, si cediese á su favor la victoria. Al instante vió el mismo rey á un noble y generoso caballero, montado á caballo, vestido con una grave y resplandeciente armadura, con una cruz encarnada en su pecho, y á las ancas de su caballo (pues esto añaden tambien) á otro compañero, el cual desmontando, rompió junto con el caballero por medio de las tropas enemigas, con tal constancia, valor y felicidad, y causando tan gran destrozo de enemigos, cual correspondia á los que venian á pelear desde el cielo. Creyóse sin duda ninguna, no haber sido otro aquel caballero que san Jorge mártir, de que hubo entonces y restaron despues claras é insignes pruebas. Cuenta todo el suceso con la agudeza y elegancia que le es familiar, un escritor no vulgar, y en otro tiempo maestro mio (pues así quiero llamar á un hombre á cuya memoria y beneficios me confieso y confesaré perpétuamente obligado por muchos títulos) el reverendo Padre Pedro Abarca, el cual dice elegantemente, hablando de esta aparicion (2): «Se escribe, que al punto se vió como aparecido un bizarro caballero cubierto de armas

(1) Ordo Rom., de Div. Offic.

(2) P. Pedro Abarca, Anal de Arag., tom. 1, al año 1096.

blancas con cruz bermeja en medio del pecho, armado ó representado de acero, y como si esto no bastara para la victoria y para su fiesta, añaden algunos y han hecho creer á muchos, que el santo traia á las ancas de su velocísimo caballo, otro caballero tambien cruzado. De este modo partió (dicen) desde la frente de nuestros escuadrones contra los de los moros fortificados en el Templo; y antes de herirlos, se apeó el compañero, y ambos como dos generales de la caballería y de la infantería del rey, embistieron divididos á los sarracenos, y atropellándolos con furor sereno, enseñaron ó infundieron otro semejante á los aragoneses y navarros. Lo cierto es, etc.»

9. Ni quiero tampoco pasar en silencio que el mismo san Jorge parece haberse mostrado tambien propicio y benéfico para con el emperador César Augusto Cárlos V, cuando éste peleaba á favor de la fe y de la Iglesia católica; pues el mismo dia dedicado al santo mártir, esto es, el dia 23 de Abril del año 1547, en la famosa batalla que se dió á las orillas del Elba, consiguió una ilustre victoria contra Juan Federico duque de Sajonia y Elector del sacro romano Imperio, príncipe adicto á los dogmas del malvado Lutero, y que junto con Felipe Landgrave de Hesse, pretendia que todos los suyos y otras provincias de Alemania siguieran las perversas máximas de aquel heresiarca, en cuya batalla fué preso dicho Juan Federico, como lo leemos á cada paso en las historias. De todo lo cual se echa de ver cuán apta y oportunamente se pinta á san Jorge montado á caballo. Pero volvamos á examinar la imágen de este santo, conforme vulgarmente la representan.

10. Pintan, como dijimos antes, á un caballero armado, que con la punta de su lanza hiere y mata á un dragon, y junto á él nos representan á una doncella arrodillada que alargando las manos está implorando su auxilio. Esta imágen, si por ella se pretende hacer relacion á alguna historia, es ridícula y fabulosa, pues no se lee tal cosa en ninguna parte, á no ser entre cuentos pueriles de algunos griegos: por más que el autor de la leyenda, á quien me abstendré de

nombrar con su propio nombre, lo refiera á una historia verdadera. Pero este autor (como suele hacerlo con bastante frecuencia) tratando asuntos sérios admite fruslerías. Y para que el lector pio y erudito no piense ser esta una cosa que me la haya fingido, pongo las mismas palabras del Cardenal Baronio (1), que dicen así. «Juzgo ser dicha imágen mas simbólica que representativa de alguna historia: pues no se lee una cosa tal en ninguna de las Actas de san Jorge que he referido. Aunque Jacobo de Voragine sin monumento alguno de los mayores, pretende referirla á una historia: pero no es así, sino que en aquella vírgen (segun era la costumbre de nuestros antepasados) se simboliza alguna provincia ó ciudad, que contra las fuerzas del demonio (pues éste es el verdadero dragon y la antigua serpiente) está implorando el auxilio de tan gran mártir.» Hasta aquí este varon doctísimo y sólidamente pio; el cual advierte á propósito, haber habido antiguamente costumbre en la Iglesia de pintar estas imágenes simbólicas, las que, si se refieren á alguna historia ó hechos sucedidos, parecerán mónstruos ó mentiras; pero si se hace reflexion á las alegorías que encierran, se echará de ver que son conformes á verdad. Esto mismo lo confirma bien la pintura de que hace mencion Eusebio, ó el que sea el autor de la vida del gran Constantino, diciendo (2): «Además hizo representarse á sí mismo en un cuadro que habia colgado de un lugar elevado frente los umbrales del palacio, é hizo que expresase la pintura la saludable insignia de la Pasion sobre su cabeza: y á aquella bestia enemiga y feroz, que habia impugnado la Iglesia de Dios valiéndose de la tiranía de los impíos, mandó describirla en figura de un dragon en lo profundo del mar.» Hasta aquí Eusebio: lo que he querido trasladar con particular cuidado, por ser muy del caso para los que desean saber cuál es el verdadero y genuino sentido de las imágenes de esta clase. Baste lo dicho por lo que toca á la pintura é imágen ecuestre de san Jorge mártir.

(1) Baron., in Notis ad Mart., 23 April.
(2) Euseb., de Vita Constantin., lib. 3, c. 3.

11. Había determinado por cierto, no hacer mencion aquí sino de las imágenes de los santos que tienen señalado expreso lugar en los Fastos de la Iglesia, ó lo que es lo mismo en el Martirologio romano; y aún solamente de aquellos que se contienen en el Breviario: pero no hay regla que no tenga alguna excepcion; bien que hasta aquí hemos admitido muy pocas y menos admitiremos en adelante. Rara vez suelen pintar sólo á aquel feliz y buen ladron, que siendo crucificado con Jesucristo, consiguió el reino celestial, y que, si puedo explicarme de este modo, por un efecto de la liberalísima gracia de Dios, fué robado y arrebatado para el cielo: rara vez, digo; pues algunas lo hacen, como yo mismo he observado: por lo que, no me ha parecido fuera de propósito decir aquí algo de él, aunque de paso, particularmente rezando mi religion del santo ladron, con rito doble, el dia 24 de Abril, en cuyo dia hace elogio de él el Martirologio romano.

12. Cuando suceda, pues, que se quiera pintar á este santo, sería cosa ridícula el pintarlo en una cruz enteramente de diversa forma de aquella en que padeció Cristo Señor nuestro, ó el querer representarle, no traspasado con clavos sino atado con cuerdas en la cruz, por haber reprobado todo esto en su propio lugar; lo que sin embargo practican ignorantemente los que se manifiestan poco instruidos en estas materias, cuando pintan sola y separada la imágen del buen ladron. Mas, como por otra parte deba pintarse con luces en la cabeza que sean señal de la gracia santificante de que al punto, por un efecto de la inmensa é inapeable providencia y singularísimo favor de Dios, estuvo llena su alma; ¿que ha de hacer en tales circunstancias el pintor cuerdo y erudito? Pues esta imágen no parecerá la del buen ladron, que confiesa ya á Jesucristo, sino la del mismo Señor crucificado. ¿Que hará pues? ¿Pondrá acaso debajo de dicha imágen el nombre de Dimas, por creerse vulgarmente que se llamó así? Pero esto á mi parecer (y este es tambien el dictámen de hombres muy sabios) es la cosa más disparatada de todas. Pues en el Martirologio Romano se hace mencion y elogio del buen ladron sin darle ningun nombre; en cuya atencion el cardenal Ba-

ronio, dice (1): «A este, muchos le llaman Dimas: pero por sacarse semejante noticia de monumentos apócrifos, por esto parece haberse omitido aquí de propósito su nombre propio.» Por lo que no tengo por absurdo que si bien se pinte el un pié á lo menos clavado en la cruz, se le represente sin embargo algo más levantado, como lo he observado en otras pinturas de santos crucificados. Añado tambien que no pareceria mal el pintarle saliendo de su boca estas palabras: «Domine, memento mei,» lo que quitaria toda duda: además que siempre debe pintársele sin corona de espinas, que es otro distintivo de la imágen de Cristo crucificado. A que parece atendió diligentemente el insigne pintor Antonio del Castillo, natural de Córdoba, cuando pintó esta imágen, como lo nota muy al caso mi amigo don Antonio Palomino (2), pintor de S. M. y muy instruido, á quien he citado muchas veces.

CAPÍTULO III

De las pinturas é imágenes de san Márcos Evangelista de san Pedro Armengol mártir y de santa Catalina de Sena.

1. Los que se han dedicado y se dedican con algun cuidado al estudio de la historia eclesiástica, saben muy bien ser muy pocas á la verdad los cosas que con certeza y testimonios inconcusos pueden afirmarse sobre los hechos de los apóstoles y evangelistas. Pues muchas de las que vulgarmente se refieren son tomadas de rumores vagos y de escritores apócrifos, por ejemplo de aquel Abdias de Babilonia y de otros del mismo jaez, como nadie lo duda áun de los medianamente eruditos. De aquí es, que la Iglesia se abstiene muchas veces en sus rezos de la relacion de sus hechos. Y

(1) Bar., in Not. ad Martir., ad 25 Martii, lit. g.
(2) Don Ant. Palom., Práctica de la pint., t. 3, pág. 364.

por lo que ahora nos hace al caso, en la fiesta de san Márcos Evangelista y Patriarca de Alejandría usa solamente de lo que nos dejó escrito san Gerónimo en aquel celebérrimo índice de los escritores eclesiásticos. Pero esto mira á la historia, cuya explicacion y série no es de mi inspeccion. Veamos pues, si hay algo que toque más particularmente á la pintura.

2. No ignora áun la gente del vulgo, que en aquellos cuatro animales que refiere Ezequiel, á saber, el hombre, el leon, el buey y el águila, se significan místicamente y con bastante claridad los cuatro Evangelistas. Llenos de esto están los testimonios de los Padres y escritores antiguos, y así sería por de más el querer amontonarlos aquí: y entre ellos es sentencia unánimamente recibida, que en el hombre se significa á san Mateo, en el leon á san Márcos, en el buey á san Lúcas y finalmente en el águila á san Juan. Lo que en tanto es verdad, que en el mismo Orden romano (1), que explica esto á la larga, se lee: «Hijos mios muy amados, os expondremos ahora qué figura tiene cada uno de ellos (esto es de los evangelistas), y porque san Mateo tiene la figura de hombre. Leido despues por el Diácono el principio del Evangelio segun san Márcos añade el Presbítero: San Márcos Evangelista que tiene la figura de leon, empieza desde la soledad diciendo; La voz del que está clamando en el desierto, aparejad los caminos del Señor.» Por esta razon los pintores, de unánime consentimiento pintan al leon junto á san Márcos: tan constantemente, que sobre nada se ha procedido con mayor concordia.

3. Con ser esto así, el vulgo, padre por lo comun de todos los errores y perversas opiniones, da ocasion especialmente en nuestra España á que, ó los pintores pinten á san Márcos con el buey, ó que la gente más ruda, y los que están imbuidos de las pésimas opiniones del vulgo, pretendan ser san Márcos, cuando se ve pintado san Lúcas con el buey.

---

(1) Ordo Rom., in denuntiat. scrutin, ad electos.

Dejo á parte estas y otras muchas cosas; y haciendo una digresion que no me parece será fuera del caso, referiré una cosa que saben bien nuestros españoles, pero que tal vez la ignoran los extranjeros: tan cierta, que nadie con razon podrá ponerla en duda; de suerte que quien negase que ella fuese así por el motivo de no haberla visto, se manifestaría tan necio y pertinaz, como el que negara que hubiese Roma, porque él nunca la habia visto, ó como el que por no haber estado nunca en la esclarecida ciudad de Venecia que tiene tanta veneracion á san Márcos Evangelista (ciudad con efecto dignísima de verse, en tanto grado que de ella se dijo, que la tenía en menos quien nunca la hubiese visto) pensara y persistiera en negar que hubiese tal Venecia en el universo. Yo mismo (pues no quiero mentir) no he visto el hecho de que voy á tratar, acaso por flojedad ó pereza poco laudable de no emprender un viaje de tres leguas. Vamos al caso.

4. En muchos lugares y áun en algunas ciudades de España, entre las cuales no es la última la que llamaron los romanos «Arx Julia,» y que nosotros por haberse corrompido esta palabra llamamos Trujillo; hay establecida una hermandad ó cofradía, que celebra la memoria y solemnidad de san Márcos, con amansar milagrosamente (como ellos pretenden) á un ferocísimo toro, al cual la víspera del santo le obligan con exorcismos y oraciones á asistir en la Iglesia á Vísperas, y en el dia de la misma festividad todo el tiempo de la misa mayor, que por lo comun se celebra siempre con sermon. Esta escena (que así quiero llamarla) pasa de este modo. Los hermanos de dicha cofradía acompañados de otros poco antes de las Vísperas salen en procesion, y precediendo los acólitos con el que lleva la cruz, y al último el sacerdote vestido con las vestiduras sagradas de alba ó sobrepelliz, estola y capa pluvial, y ya que han llegado á la manada de los toros (que el que corre con ello, hace que no esté muy distante del lugar) el hermano mayor, ó prefecto de la hermandad, descubriendo la cabeza llama al toro, diciéndole: «Márcos, te mando en nombre de Dios y de san Márcos, que gustoso y obediente asistas en el templo á su festividad.» A esta voz se

acerca el toro que ya está señalado del año antecedente, quedando ya tan manso y domesticado como una oveja. Rocíale luego el sacerdote con agua bendita, y recitando sobre él no sé que preces ú oraciones muy buenas y pias, conforme lo indican las palabras, se encaminan derechamente á la Iglesia, siguiendo el toro, á quien con una vara va tocando el alcalde ligeramente en el pescuezo. Sigue inmediatamente una multitud inmensa de ambos sexos, que van apretando al toro, de conformidad que no tanto se diríaque anda un toro ó un buey, sino que va andando el más manso cordero; de suerte que promíscuamente unos y otras adornan con coronas y flores al toro, en cuyas astas atan y lian cintas de seda: además, como los muchachos son naturalmente inquietos, van pellizcando al toro con los dedos, y tocándole con las palmas de sus manos; todo lo cual tolera y sufre la fiera hecha ya mansa, como si de mucho antes estuviera acostumbrada á cosas semejantes. Al llegar á la Iglesia, póstrase en tierra junto al altar ó á sus gradas, y allí permanece inmóvil todo el tiempo que se celebran los divinos oficios, los que concluidos, haciendo señal con la campana para que todos los del lugar se retiren á sus casas, mandan salir al toro, el cual volviendo á su innata ferocidad, lo ejecuta al instante y se va derechamente á la vacada. Y lo que hacen en la víspera del santo, lo ejecutan del mismo modo al otro dia en la misma fiesta de san Márcos.

5. Mas, sobre si esto carece ó no de todo fraude del demonio y de maleficio ó supersticion, no es tan cierto entre los doctos y eruditos que no dejen de dudarlo, y con razon. Con efecto los autores más graves y sérios que ha podido ver hasta ahora, la tienen por cosa muy sospechosa, y otros abiertamente la condenan (1). Entre los cuales debe contarse el

(1) V. el R. P. M. Rafael de la Torre de vitiis opp. Relig. t. 2, q. 96, art. 4, disp. 1, f. 437. Leandro. t. 6, Oper. Moral., tr. 9, disp. 1, q. 34, el cual cita á otros. Y últimamente el Curs. de los PP. Salmant., tom. 5, tr. 21, c. 11, punct. 12.

primero de todos el doctísimo maestro Fr. Juan de santo Tomás, catedrático de Prima en otro tiempo de la universidad de Alcalá, y confesor del rey católico don Felipe IV, hombre tan juicioso y de tan excelente sabiduría, que apenas tiene igual en cosas teológicas, el cual trató de propósito con mucho cuidado y diligencia esta materia con tal agudeza y amenidad, que no puede menos de admirarse, que á un hombre ocupado en cosas mayores, le pudiera quedar tiempo para tratar este asunto: véale quien quisiere (1); pues yo que estoy tratando una materia muy diversa no puedo ni quiero detenerme en indagar esto por extenso, ni en examinarlo conforme á las reglas de teología. Lo cierto es, que este hecho que se reitera todos los años, viéndolo y no impidiéndolo aquellos á cuyo cargo parece que está el pronunciar sentencia sobre ello, proviene ó bien de la errónea opinion del vulgo, en persuadirse que el Evangelista á quien se pinta el toro, no es otro que san Márcos, ó que de este hecho son llevados á aquel vano modo de pensar.

6 No ignoro lo que suelen ó pueden responder algunos que no se han de contar entre el vulgo, los cuales quieren vindicar dicha costumbre de toda nota de supersticion y maleficio: pero no me paro en esto, pues que he resuelto decir mi parecer sobre esta materia. Solamente añado aquí de paso que la esclarecida república de Venecia, profesa, y con razon, mucha veneracion á san Marcos, por estar persuadida á que ella tiene el mismo Evangelio que de su propia mano escribió el santo evangelista, y las sagradas reliquias de tan glorioso mártir. Pero, por lo que á mí toca, apenas habrá quien ignore que dicha ilustre república suele pintar en sus estandartes y en otros lugares á san Márcos ó á sí misma, como defendida por el patrocinio y nombre de este Evangelista, en figura y símbolo de un leon alado. Lo que á mí me hace venir á la memoria la prudente y aguda respues-

(1) M. Fr. Juan de S. Thomas, t. único, in 2, 2, D. Thomæ q. 7, expositiva.

ta de un esclarecido Senador de Venecia, el cual como estuviese de embajador en Roma y le preguntase una vez el embajador de Alemania ¿en qué parte del mundo nacían los leones con alas? Respondió el prudente y astuto viejo: Que de esto no debia estar solícito un embajador de Alemania, pues que el lugar sobre que le preguntaba distaba muy poco de aquel donde nacen frecuentemente aguilas con dos cabezas, aludiendo á las águilas del Imperio romano ó al Águila con dos cuellos, que es la noble insignia, ó las armas del Imperio. Baste ya por lo que mira á san Marcos y al símbolo del leon con que le pintan.

7. Todavía ni la Iglesia universal, ni toda España (aunque ambas esperamos que lo abrazarán algun dia) sí solamente mi religion, por indulto y concesion de la Silla Apostólica, celebra el dia 27 de Abril la fiesta de san Pedro Armengol, esclarecido mártir de Cristo, el cual por haber padecido los más terribles tormentos en testimonio de la fe de Jesucristo, con razon es tenido por mártir, aunque permitiéndolo así Dios y la sacratísima Vírgen no acabó la vida en el patíbulo. Acerca de sus imágenes, que son ya bastante frecuentes, me parece advertir algunas cosas. Pues este es el santo, que con haber perdido miserablemente la juventud en el siglo, ayudado con los poderosos auxilios de Dios, se entró despues en mi Orden de nuestra Señora de las Mercedes, redencion de cautivos, donde resplandeció tanto en virtudes, que compensó de mil maneras el modo de vivir que habia tenido antes, y llegó en breve á la cumbre de la perfeccion. Este es aquel, que habiendo sido enviado algunas veces á Africa para redimir á los cautivos, despues de haber libertado á muchos del yugo de la cruel servidumbre, al fin, como se hubiese entregado voluntariamente á sí mismo por los muchachos que corrian riesgo de perder la fe, consiguió la corona del martirio. Pero mejor será oir las palabras tomadas de su rezo, que dicen así: «Doliéndose de no haber podido por falta de dinero libertar á algunos muchachos que titubeaban en la fe, él mismo se quedó en prenda por su redencion: entre tanto le ataron con grillos y como el dia se-

ñalado no hubiese llegado la paga tasada por la redencion y le tuvieran por despreciador de la supersticion mahometana, le ahorcaron en un madero.» Hé aquí, al mártir del Señor, que cuanto estuvo de su parte, dió intrépido la vida por el nombre y divinidad de Jesucristo; y hubiera muerto allí, si su dulcísima y piadosísima Señora y Patrona la Vírgen Santísima, lo hubiera permitido, la cual le conservó libre sosteniéndole blandamente. Pero oigamos otra vez lo que se lee en su mismo rezo, que son palabras mucho mejores que las mias. «En este intermedio vuelve de España á Africa (dice su rezo) su compañero Guillelmo con el precio de la redencion y sintiendo en gran manera la pérdida del santo varon, acercóse al lugar donde permanecia colgado: encontróle todavía vivo y que le decia: Carísimo hermano, no llores, pues vivo sostenido por las manos de la Vírgen Santísima, que alegremente me ha socorrido estos dias. Lleno entonces de indecible gozo, le descolgó con admiracion de todos, pero sin dar crédito los bárbaros, y habiendo libertado á los demás se volvieron gozosos á su patria.

8. Vese pintado y por buenos artífices el triunfo de este ilustre mártir; pero alguna vez con descuido, que tal es la flaqueza del ingenio humano. Píntanle colgado del cuello con una cuerda y cerca de él á la Santísima Vírgen que le toca ligeramente con la mano; y lo que no puedo menos de admirar mucho, pintan tirante y apretada la cuerda con el peso de su mismo cuerpo; sin embargo de que para describirse el caso oportunamente, debiera pintarse floja, como era verosímil que sucediera, cuando estaba sostenido el cuerpo con fuerza superior: conforme he notado haberlo observado muy bien los pintores en otras imágenes, en que se ve representado este mismo hecho. Pintan tambien al ilustre mártir bajado ya del patíbulo, atada una cuerda al cuello en señal del martirio que padeció; pero sin observar bien la circunstancia que verdadera y elegantemente expresan las palabras del mismo rezo del santo, que dicen: «Desde entonces el bienaventurado Pedro retuvo toda su vida torcido el cuello por el suplicio que le dieron y el semblante flaco y

descaecido. Lo que, por más que parezca menudencia, me ha parecido advertirla á honor y gloria de un varon y martir tan esclarecido.

9. Nadie ignora la santidad de la muy esclarecida vírgen y Esposa de Jesucristo santa Catalina de Sena, pero no es de mi intento explicar largamente aquí sus virtudes. Una sola cosa no quiero omitir, por ser ciertamente de mi inspeccion; á saber, que pintan muy á menudo á esta purísima vírgen con las expresas señales de las llagas de Cristo Señor nuestro: lo que sin embargo llevan á mal, y con razon, algunos que han escrito sobre esta materia, cuyas disputas y controversias no toca á mí el componerlas. Pero los que obran de buena fe, pueden tener por bastante cierto que sucedieron ambas cosas; esto es, que el Señor imprimió á su amantísima Esposa Catalina sus sagradas llagas, y que estas de tal modo estuvieron escondidas á las ojos de los que la veían, que nunca se manifestaron á fuera, por más que la misma santa sentia acerbísimos dolores por la impresion de dichas llagas con que Dios la habia favorecido. Nada digo que no lo haya tomado de los escritores de su vida, de Raimundo de Cápua, de san Antonino arzobispo de Florencia (1) y de otros. Y áun, esto mismo se refiere expresamenie en su rezo, cuyas palabras, por ser tan grave la materia, quiero ponerlas enteras aquí: «Morando la santa en Pisa (dice su rezo) un domingo, despues de haber recibido la comunion, quedándose arrobada, vió al Señor crucificado, que venia con grande luz y que de las cicatrices de sus llagas bajaban cinco rayos á cinco partes de su cuerpo.» Advierta esto de paso el pio y erudito lector y se afirmará más y más en la sentencia que defendí arriba de haber sido Cristo crucificado con cuatro clavos. Pero sigamos el hilo de las palabras: «Advirtiendo ella el misterio, como suplicase al Señor que no se apareciesen las cicatrices, al punto mudaron los rayos el color de sangre en otro resplandeciente, y en forma de una luz pura llegaron á

(1) S. Antonin., 3 p. Hist., t. 33, c. 14.

sus manos, á sus piés y á su corazon.» Hé aquí el lugar donde se hace expresa mencion de las llagas; de suerte que quedando salva una autoridad de tanto peso, no puede prudentemente negarse. Hé aquí tambien de donde por singular favor de Dios, tuvieron origen sus dolores y tormentos. «Esta gracia (prosigue su rezo) que le hizo el amantísimo Señor se la aumentó con otra nueva de sentir el dolor de las llagas, imprimiéndole la fuerza de ellas, sin aparecerse las sangrientas señales.» Con efecto es así, dirá alguno: Luego no deberá pintarse á santa Catalina con las llagas visibles como si en vida hubiera sido hermoseada y adornada con ellas. No digo esto, pero á esta objecion tácita, si se puede llamar así, ocurre oportunamente la misma narracion del rezo, que concluye con estas palabras: «Lo que, como la sierva de Dios hubiese referido á su confesor san Raimundo haber acontecido de este modo, la pia devocion de los fieles para que esto se representase tambien á la vista, pintó en las imágenes de santa Catalina rayos de luz, que llegasen á las dichas cinco partes de su cuerpo. De todo lo dicho si se examina con madurez, está bastante claro lo que debe colegir el pintor prudente y erudito.

CAPÍTULO IV

De las pinturas é imágenes de los santos apóstoles san Felipe y Santiago: de la historia de la Invencion de la santa Cruz, y finalmente de santa Mónica madre del grande Augustino.

1. No ignora áun el vulgo que conforme á las reglas de astronomía, lleva el mes de Marzo el signo de Géminis. Pero por lo que hace á mi intento acerca de las pinturas é imágenes de los santos apóstoles san Felipe y Santiago, es poco lo que se ofrece advertir aquí de particular, que es lo que siem-

pre he procurado. Porque, el que san Felipe haya sido uno de los primeros que eligió Jesucristo, y el que habiendo pedido al Señor que antes de seguirle le permitiera ir á enterrar á su padre, le respondiese su Majestad (1): «Deja que los muertos entierren sus muertos; mas tú vé y anuncia el reino de Dios:» aunque esto lo digan los antiguos y sapientísimos doctores de la Iglesia (2), y además que fué san Felipe uno de los apóstoles á quienes trató el Señor con más familiaridad, como se echa de ver por los expresos lugares del Evangelio (3); estas y otras cosas semejantes, aunque muy ciertas y verdaderas, conducen poco para lo que vamos tratando, que es á que dirijo siempre toda mi atencion. Notaré, pues, lo que hace á mi asunto, que se reduce principalmente á tres cosas.

2. En primer lugar, no me agrada que los pintores nos representen á este apóstol de edad tan decrépita, que dan á entender haber cumplido 87 años, por más que esto parece colegirse expresamente de aquellas historias que merecen poca aprobacion al cardenal Baronio (4). Pero sí me gusta el que le pinten con las insignias del martirio, esto es, con la cruz en que le clavaron despues de haberle apedreado; lo que afirma Eusebio (5), como puede verse en el citado cardenal, porque, si bien no han faltado autores antiguos que nada nos han dicho del martirio de san Felipe, como ciertamente nada nos ha dejado escrito de él Polícrates (6) obispo de Efeso; y aunque no han faltado tampoco (que es más) quienes pensasen que san Felipe habia acabado su vida en paz y tranquili-

(1) Luc., 9, 60.

(2) Clement. Alex,, l. 3. Strom. Tertul., de Baptismo, c. 12. S. Aug. Serm. 62, c. 1.

(3) Joann. 6, v. 5 y sig. cap. 12, v. 20, c. 14, v. 9.

(4) Card. Bar., in Notis ad Martyr, die 1 Maii.

(5) Eusebio in Chronico, ad an. 13. Claudii Bolland., ad diem 1 Maii. pág. 10.

(6) Policrat., apud Euseb., l. 5, hist. cap. 24.

dad sin padecer martirio (1): hemos de estar sin embargo, y tenerpor más cierto lo contrario, por tener á nuestro favor, además de algunos testimonios de los antiguos, la práctica y tradicion de la Iglesia. Finalmente, el que le pinten con un libro es muy bien hecho, pues á todos los apóstoles les conviene esta noble divisa, por haber sido los que anunciaron á las gentes la doctrina del Evangelio, que por esto les llama san Hilario sembradores de la doctrina celestial. Pero harian muy mal los que por ver á san Hilario con el libro, infiriesen de ahí habernos dejado escrito algo dicho apóstol, como dijeron algunos herejes, á quienes condena el Papa Gelasio (2), así como el Evangelio apócrifo de san Felipe, y aún afirma san Epifanio que este falso Evangelio es un libro impurísimo y muy propio de sus autores, que fueron los Gnósticos, ó como dice el proverbio latino «dignum patella operculum.»

3. Acompaña á san Felipe, Santiago, aquel primer obispo de Jerusalen, pariente del mismo Jesucristo, y que por tanto es llamado muchas veces en la Escritura «Hermano del Señor.» De este apóstol, si quisiera referir con exactitud las cosas admirables que de él se pueden decir, debería extenderme demasiado, lo que seria muy ajeno del asunto que me he propuesto. Pues es mucha verdad, aunque algunos quieran decir lo contrario, lo que escribieron de él no solamente Hegesipo autor eclesiástico (3), á quien siguieron Clemente Alejandrino, Eusebio de Cesárea, san Crisóstomo y otros muchos, sino tambien (que es mucho más de extrañar), lo que

---

(1) Clem. Alex , l. 4. Strom, c. 5. Rab. Maur., apud Bolland. 1 Maii pág. 7.

(2) Cap. S. Romana, in Con. Rom. S. Epiph. de Hæresib , l. 26, cap. 13.

(3) Heg. apud Eus., l. 2. Hist. c. 26 et ap. S. Hier., lib. de Viris illustr. in Jacobo. Clem. Alex in Hipot. Chrys., hom. 84, in Joann. Epiph. in Panario Hæresi 78. Joseph. Ant. Jud. l. 20, c. 8. Orig., lib. 1, contra Celsum.

dijo el judío Josefo, el cual añade, haber acontecido la destruccion de Jerusalen por vengar la muerte de Santiago, á quien los judíos á una voz llamaban el Justo.

4. Mas, por lo que hace á nuestro caso, es muy poco lo que debemos advertir. Y en primer lugar, aunque hemos observado arriba (1) haber sido una cosa comun á los demás apóstoles el vestir ropas de lana, sin embargo á Santiago, por su especial modo de vida, se le debe pintar con vestidos enteramente blancos, no de lana, sino de lino. Dícelo expresamente san Gerónimo (2), siguiendo la narracion de Hegesipo: y fuera de esto, que usó de una lámina de oro en la frente, no solamente lo afirma el mencionado san Gerónimo, si tambien Eusebio y san Epifanio (3), movidos de los mismos documentos. Además, es cierto deberse pintar este santo con un libro, no sólo por la razon que dimos hablando de san Felipe, sino porque «escribió (son palabras de san Gerónimo) una Epístola, que es de las siete católicas que afirman haberla otro dado á luz bajo su nombre, aunque poco á poco y con el tiempo haya obtenido autoridad.» Ni sólo, dicen, haber escrito esta Epístola, sino tambien, como lo atestigua el mismo doctor Máximo, el Evangelio que llaman segun los hebreos, que poco ha he traducido en griego y en latin, de quien se vale muchas veces Orígenes, el cual refiere despues de la resurreccion del Salvador: Como el Señor hubiese dado la sábana al siervo del sacerdote, se fué y apareció á Santiago; pues habia jurado éste no comer pan desde que habia bebido el cáliz del Señor, hasta que le viese resucitado de entre los muertos. Y poco despues: Traed, dice el Señor, la mesa y pan, y lo bendijo é hizo pedazos, y dió á Santiago el Justo, y le dijo: Hermano mio, come tu pan, porque ha resucitado el Hijo del hombre de entre los muertos.»

5. Por lo que mira al instrumento de su martirio, que es

---

(1) L. 1, cap. 9, desde el n. 1.
(2) S. Geron., en el lugar de arriba.
(3) Eus., l. 2, Hist. c. 22. Epiph., en el lug. cit. ant.

la gloriosa insignia de los apóstoles y demás mártires, debe pintarse con aquella vara ó palo grosero de que se servian antiguamente los lavanderos para exprimir el agua de los vestidos mojados, por haber acabado de este modo la vida, conforme dicen los esclarecidos autores que citamos antes: óigase por todos á Eusebio (1), ó á Hegesipo, de quien él lo tomó, el cual, despues de muchas otras cosas, dice expresamente: «Por fin, subiendo á un lugar elevado, desde allí le despeñaron en un precipicio, y dijeron entre sí: que convenia matar á pedradas á Santiago el Justo. Y por cuanto despeñado ya, no murió luego, sino que levantando arriba el semblante y puesto de rodillas, dijo: Suplícote, Señor Dios Padre, perdónalos, que no saben lo que hacen, empezaron á tirarle piedras. Y continuando en apedrearle, uno de los sacerdotes ó hijos de Rechab, hijo de Rechabim.... levantando el grito dijo con voz esforzada: ¿Qué haceis? El Justo ruega á Dios por vosotros. Sin embargo, uno de ellos, que era lavandero, tomando el palo con que solia sacudir la ropa, dió con él en la cabeza del Justo. De este modo perdió la vida maltratado con el dichoso y feliz tormento del martirio.» Hasta aquí Hegesipo.

6. Podria disputarse aquí, si debe pintarse este apóstol muy parecido á Cristo en el semblante, por haber habido no pocos que han dicho clarísimamente, que este varon santísimo tuvo el aspecto y figura del Señor, fundados en un testimonio, que segun á ellos les parecia, era del esclarecido mártir san Ignacio, los cuales, con efecto, no se engañaran si una epístola que se dice escrita á san Juan anciano, y es la segunda en número de las que tenemos solamente en latin y preceden las greco latinas, las cuales están todas en el tomo I greco latino de la biblioteca de los Padres antiguos, fuese legítimo parto de san Ignacio. Pero esto es lo que nadie admite de los doctores que tratan sobre las epístolas de tan ilustre mártir, pues Eusebio y san Gerónimo solamente

(1) Eus., Hist. Eccles., l. 2, c. 22.

hicieron mencion de siete, las que no niega ningun católico y áun admiten tambien comunmente otras cinco, que juntas con las siete dichas, hacen doce. Pero no admiten y con razon, las cuatro de que ahora acabamos de hablar, por constar haber dudado muchos de su legitimidad, y casi enteramente rechazádolas dos varones de mucho nombre, insignes por su púrpura y erudicion, los cardenales Baronio y Belarmino (1). Sin embargo, tenian otros autores por tan cierto (pues de esta manera confirmaban su opinion) que Cristo S. N. y su pariente Santiago llamado el Justo, eran muy parecidos entre sí, que por esto dicen haber dado el traidor Judas una señal á los que habian de prender al Señor, para que no se equivocaran prendiendo al uno por el otro: pero es muy diversa la razon genuina de aquel lugar, como con su acostumbrado juicio, lo prueba Maldonado, á saber, porque los soldados que se destinaban para ejecutar aquella accion, eran romanos, que ni oían á Cristo, ni le conocian áun de vista. Pero esto es de poca monta: ni el pintar á Santiago algun tanto parecido al Señor, es cosa en que se interese ni se perjudique mucho la verdad ni la piedad.

7. El tercer dia de este mes, celebra con festivos júbilos la Iglesia particularmente occidental, la Invencion de la insigne Cruz de Jesucristo, cuya historia si la hubiese escrito aquel Eusebio de Cesarea, que es sin duda el jefe y príncipe de la Historia Eclesiástica, juzgo no se hubieran atrevido algunos enemigos de la Iglesia (que cuanto está de su parte, procuran argüir de falsas ó dudosas las narraciones que con unánime consentimiento ha recibido la santa Iglesia romana) á infamar del mismo modo la esclarecida historia de la invencion de la saludable cruz de Cristo. Pero Eusebio (espontáneamente lo hemos de confesar) no tocó nada sobre este particular, ni en su Historia Eclesiástica, ni en su librito de la Vida de Constantino, dado que ésta sea verdadera obra

(1) Baron., Annal. Eccles., t. 2, ad ann. Christ., 109, c. 34. Bellarm., de Script. Eccl., sect. 1, p. 56.

suya, lo que en este siglo ilustrado dudan ó niegan claramente áun autores católicos.

8. Mas nadie de sano entendimiento y juicio, puede poner en duda la verdad y antigüedad de dicha historia, pues la refieren expresamente y á la larga autores gravísimos, y entre ellos, aquellos mismos que escribieron casi al mismo tiempo en que Eusebio podia haber hecho mencion de ella: tales son san Ambrosio (1), Sulpicio Severo, san Paulino, Rufino, Sócrates, Sozomeno y Teodoreto. Y por cuanto san Paulino, varon siempre recomendable por su erudicion y piedad, trata este punto con alguna más elegancia y extension, no puedo menos de poner aquí sus mismas palabras aunque algo largas. Este santo, pues, despues de haber dicho muchas cosas de santa Elena, madre de Constantino Augusto, añade: «Aquella venerable reina, así que vino á Jerusalen, aplicando su curiosidad á indagar con piedad y cuidado las divinas insignias en aquellos lugares y sus alrededores: y deseosa de informarse por la vista de aquellas cosas que habia sabido por relacion y escrito, emprendió buscar con el mayor empeño la Cruz de Jesucristo. Mas ¿qué medio podia haber para encontrarla, cuando no habia hombre alguno que diese indicio de ella, en un lugar en que la antigüedad del tiempo y la diuturnidad de una supersticion impía habia borrado la memoria y el cuidado de conservar aquellas noticias de religion y de respeto? Pero esta mujer fiel mereció por su piedad, que la ilustrara Dios, que es sabedor y testigo de cuantos secretos hay en la tierra y en nuestros corazones; por cuya ilustracion, como hubiesen sido en vano todas las diligencias que habia puesto antes para indagar una cosa que Dios habia escondido á los hombres, procuró cerciorarse solamente del lugar donde padeció el Señor. A este fin llamó y congregó en Jerusalen, no sólo de entre los cristianos, á unos varones llenos de

(1) S. Ambr., Or. de Obitu Theodos. Severus, in Hist., lib. 2, S. Paulin., Ep. 11, ad Severum. Rufin., lib. 2, c. 8. Socr., lib. 1, c. 13. Sozomen. lib. 1, c. 1. Theodoret., lib. 1, c. 18.

doctrina y santidad, sino tambien á los más peritos de los judíos, como testigos de su propia impiedad (de que se glorían estos infelices). Entonces ella sola, confirmada en la noticia del lugar que le habian dicho, mandó al instante, impelida sin duda por el instinto de la revelacion que habia tenido, que se hiciese una excavacion en aquel lugar, y aplicados á ella los brazos de los ciudadanos y de la tropa, se cumplió en breve lo mandado; y abiertos los senos de la tierra con la profunda excavacion, se manifestaron (segun la confianza de la reina y contra la de los demás) los arcanos de la cruz escondida. Pero como se hubiesen hallado al mismo tiempo tres cruces, segun habian sido fijadas y erigidas en el Calvario para el Señor y los ladrones; el gozo de este hallazgo empezó á turbarse con la duda congojosa y el justo temor de los pios y fieles de elegir tal vez en lugar de la Cruz del Señor, el patíbulo del ladron, ó de violar el leño saludable, desechándolo por el palo en que el ladron fué clavado. Miró el Señor á tan pias, fieles y fervorosas ánsias, y á la que habia tenido la principal parte en tan piadosa solicitud, le infundió particular luz para tomar la resolucion de mandar buscar y traer á alguno qe poco antes hubiese muerto. Cúmplese al punto lo mandado, traen el cadáver, déjanle en tierra, aplícanle las cruces una despues de otra: despreció la muerte las de los reos. Por fin la resurreccion del difunto manifestó la Cruz del Señor, y huyendo la muerte al tacto del leño saludable, quedó deshecho el funeral, levantóse el cuerpo, y temblando los vivos, estuvo en pié el muerto; y suelto ya de las ataduras sepulcrales, como antiguamente Lázaro, anduvo el resucitado en medio de los que estaban mirando (1). Y así, la Cruz del Señor, oculta por tantos siglos, escondida por los judíos en el tiempo de la pasion, y no manifestada á los gentiles, cuando para la edificacion de su templo hicieron sin duda la debida excavacion ¿no deberemos decir que quedó escondida milagrosamente, para hallarla cuando se buscaba con tanta reli-

(1) Joann., 11, v. 24.

gion? De este modo, conforme convenia á la Cruz de Cristo, se halló y probó ser tal por la experiencia de la resurreccion; y luego en el lugar de la pasion se edificó y consagró una basílica de correspondiente ámbito, que hermoseada con techos dorados y rica por sus altares de oro, conserva la cruz colocada en lo escondido de su sagrario, etc.» Hasta aquí este varon santo, pio y elocuente.

9. De lo dicho se echa de ver lo que deberá observarse en la pintura de esta historia, si acaso conviniere pintarla alguna vez. Por lo que toca á sus adornos será justo pintar á santa Elena con vestido imperial, adornada con insignias de reina, rodeada de guardias y con mucho acompañamiento. En cuanto á san Macario, obispo de Jerusalen, se le debe pintar con vestiduras pontificales y clérigos que le van acompañando. Cuanto á los demás, deben pintarse tres cruces enteramente semejantes, lo que se convence claramente sólo por este lugar, conforme dejamos notado arriba (1): las dos echadas en el suelo y levantada en alto la otra, y junto á ella el cadáver de un hombre qua resucita; todo lo cual no le será nada difícil de practicar al pintor erudito. Pues con este estupendo milagro, como dicen las palabras que he trasladado, se manifestó cuál de las tres cruces encontradas debajo de la tierra, era la verdadera en que Cristo padeció su muerte, libertando á todo el género humano de la muerte eterna. Porque, el que la Iglesia usando siempre de mucha cautela y circunspeccion diga solamente, haber recobrado luego la salud una mujer que estaba enferma de peligro, con estas palabras (2): «El cual (habla del título de la cruz) como no constase á cuál de las tres habia sido clavado, quitó la duda un milagro. Porque Macario obispo de Jerusalen, habiendo hecho oracion á Dios aplicó cada una de las cruces á cierta mujer gravemente enferma, á que, como no hubiese experimentado ningun alivio en las dos primeras, así que

(1) Lib. 3, c. 16.

(2) En el Rezo de la Invenc. de la Santa Cruz, lec. 5.

se le aplicó la tercera, la sanó de repente:» es esto mucha verdad, y en nada contrario á lo que hemos dicho. Pues ambas cosas pudieron suceder, como oportunamente lo notó el cardenal Baronio; y que de hecho aconteció así, lo dice expresamente, además de san Paulino, de Sulpicio y de otros testigos más antiguos que sólo hablan del difunto, un historiador eclesiástico, aunque no tan antiguo (1), con estas palabras: «Dicen tambien, que despues (esto es, despues de haber sanado la mujer) habiendo puesto la cruz sobre un difunto lo resucitó de repente.» Ni, segun á mí me parece, se aparta de esto la Iglesia, pues que en el mismo rezo, celebra ella misma el haber resucitado los muertos por el contacto de la cruz que se halló, cuando dice: «Mientras por inspiracion celestial se descubre la sagrada prenda, se afirma más la fe de Jesucristo... Al contacto de la cruz resucitan los muertos, y se manifiestan las maravillas de Dios.» Por lo que juzgo muy del caso, y lo mejor, pintar un cadáver que resucita. Será tambien muy propio el pintar á hombres y mujeres al rededor, llenos de pasmo y admiracion, y aún daría más gracia á la pintura, el representar como amedrentados los muchachos que están acogiéndose á sus madres, por ver que se movia y resucitaba un difunto, cosa casi inaudita para todos.

10. Con razon la Iglesia nuestra Madre, á la insigne viuda santa Mónica (á quien nombro siempre con mucha veneracion y respeto) la llama dos veces Madre de san Agustin, por haberle parido para el mundo y para el Cielo: para el mundo, cuando siendo casada dió á luz al que habia de ser grande lumbrera y sustentáculo de la Iglesia; y para el Cielo, porque siendo mozo su hijo y de un ingenio vivo y fuerte, aunque estaba escrito en el catálogo de los catecúmenos, no fiándose como era debido de la humildad y sencillez cristiana, abrazó la absurdísima secta de los maniqueos, á causa del frequente trato que tuvo con aquellos, que á él le parecia

(1) Niceph. Cal., lib. 8, c. 29.

que sabian mucho, como eran entonces dichos herejes. Esto (pues quiero decirlo de paso) nadie lo ignora; pero no parece que lo sepan aquellos (y entre estos hay algunos muy graves y sabios), los cuales sin observar la debida cautela dicen, que por esta caida, fué algun tiempo hereje san Agustin: no obstante que era fácil de reparar, que el error de los maniqueos, aunque hacía herejes á los que estaban bautizados, pero no podia constituir tales á los que no lo estaban; pues saben áun los muchachos que aquel es hereje solamente que siendo bautizado y profesando la fe de Jesucristo, comete con pertinencia algun error contra ella, conforme lo hemos advertido de paso en otros lugares. Vamos ahora al asunto. La piadosísima madre, sintiendo infinitamente la infeliz suerte de su amado hijo, estaba llorando con incesantes lágrimas su caida, hasta que siguiéndole con tierno afecto á Milan, donde se habia ido Agustino, vió allí con increible alegría y júbilo su conversion, y que recibia el bautismo de san Ambrosio. Con que verdaderamente se pudo decir, que santa Mónica parió para el cielo al que antes habia parido para el mundo. Lo que celebrándolo piamente la Iglesia en su rezo, dice: «La piadosísima madre de Agustino, al que antes habia parido para el mundo, lo engendró despues para Cristo en las entrañas de su caridad con mucho derramamiento de lágrimas.» El lector deberá disimularme el haber notado esto brevemente en honor de tan gran Padre y de su piadosísima madre, volviendo ya á lo que es de mi intento.

11. Si aconteciere, pues, el pintar á santa Mónica (lo que á mi parecer, sucederá no pocas veces), podrá representarse, ó ya en la edad en que estaba llorando la caida é infeliz suerte de san Agustin, que seria entonces de unos cuarenta y seis años; ó bien, cuando habiendo muerto ya mucho tiempo antes su marido, y dejando ya convertido á su hijo, se partia de Milan volviéndose á Africa su patria, siendo entonces de edad de cincuenta y seis años, como expresamente y sin ninguna duda lo afirma el hijo de tan buena madre (1). Mas

(1) S. Aug. Conf., lib. 9, c. 11.

de cualquier modo que se pinte, debe pintarse vestida siempre con mucha honestidad y cubierta su cabeza con un velo; pues tal se debe representar á una mujer ocupada siempre en santas obras y en continuas lágrimas, así antes como despues de la conversion de su hijo, cuando se volvía á Africa meditando solamente en las cosas celestiales.

CAPÍTULO V

De las pinturas é imágenes del martirio de san Juan evangelista, de san Estanislao mártir y de los santos Domitila, Nereo y Achileo.

1. Como el ingenio humano es amante por lo comun de cosas maravillosas y de novedades, no han faltado muchos autores de primera clase y áun Santos Padres que fueron de parecer que el electo y amado discípulo san Juan evangelista no habia muerto, ó que despues de muerto, habia resucitado luego, ó finalmente, que le reservó Dios para que muriese al fin del mundo y resucitase entonces: cuyos nombres y opiniones sería largo de referir, ni es cosa de mi propósito. Vea quien quisiere ó tenga tiempo para ello, á algunos autores de los que cito abajo (1), mientras yo voy á mi asunto.

2. San Juan y su hermano Santiago hijos del Zebedeo, como pidiesen las primeras sillas en el reino de Cristo, que ellos por entonces lo imaginaban temporal, y preguntándoles expresamente el Señor: (2): ¿Podeis beber el cáliz que yo he de beber? y respondiendo ellos animosamente, «Podemos;

(1) S. Aug., in Joann. hom. 124. Hilar., de Trin. lib. 6. Ephr. Antioch. ap. Photium, cap. 229. Andræas Cæsariens., cap. 29, fuera de otros que no son tan graves.

(2) Matt., 20, 22.

añadiese Jesucristo: A la verdad bebereis mi cáliz, etc.» Nace de aquí la cuestion que han tocado casi todos los Santos Padres ¿como se haya cumplido el vaticinio del Señor, ó cuál haya sido el martirio que padecieron los dos hermanos? Pues este era y no otro, el cáliz que Cristo les habia significado. De Santiago claramente refieren los hechos apostólicos, que Herodes Agripa mandó matarle á cuchillo, con estas palabras (1): «El rey Herodes envió tropa para maltratar á algunos de la Iglesia y mató á Jacobo el hermano de Juan á cuchillo:» pero de san Juan Evangelista, nada nos refieren las Sagradas Letras: antes al contrario, por tradicion de la Iglesia y monumentos de mucho peso, consta haber muerto en Efeso una muerte plácida y tranquila, cuando pasaba ya de noventa años (2). San Gerónimo propuso la duda más claramente que los demás, á que responde probando el martirio de san Juan por monumentos éhistarias eclesiásticas. No quiero omitir sus mismas palabras que dicen así (3): «Pregúntase ¿de qué manera bebieron el cáliz del martirio los hijos del Zebedeo, á saber, Santiago y san Juan? refiriéndonos solamente la Escritura haber cortado Herodes la cabeza á Santiago y habiendo Juan acabado la vida por muerte natural. Pero si leemos las historias eclesiásticas en que se dice que el mismo san Juan por el martirio fué metido dentro de una tina ó caldera de aceite que estaba hirviendo; que de aquí salió el atleta de Cristo para recibir la corona, y que luego fué desterrado á la Isla de Patmos; veremos que no le faltó ánimo para el martirio y que bebió Juan el cáliz de la confesion que bebieron los tres muchachos en el horno de Babilonia, aunque el tirano no hiciera derramar su sangre.»

3. Las historias eclesiásticas y monumentos que cita aquí san Gerónimo, juzgo ser los que se sacan del grande y

(1) Actor., 12, 1.

(2) S. Ireneo, lib. 2, cap. 39. et lib. 3, c. 3. Eus. lib. 3. Hist. c, 23. Aug. serm. 253, c. 4. S. Ger. de Viris illust., c. 9. Epiphan., lib. 51, c. 1

(3) S. Ger. Comm. in Matt., c. 20.

antiguo autor Tertuliano (1), el cual, conforme observó bien su comentador cristiano Lupo, fué el primero que escribió el martirio de san Juan Evangelista, pues estas son sus palabras: «Luego que el apóstol Juan, despues de haberle metido dentro del aceite hirviendo, no padeció ni sintió nada, fué desterrado á una isla.» A que suscriben san Ambrosio y san Gerónimo (2), no sólo en el lugar citado si tambien en el libro contra Joviniano, donde despues de otras cosas dice: «Refiere Tertuliano, que habiéndole metido en Roma dentro de una caldera de aceite que estaba hirviendo, salió de allí más puro y robusto de lo que habia entrado.» Por la misma razon Eusebio de Cesaréa (3) no duda tampoco llamarle mártir.

4. Esto es por lo que toca al hecho. Pero por lo que mira á la pintura, me desagradan en gran manera dos cosas en las imágenes que más frecuentemente vemos de este santo. La primera, que como el genio de los pintores es tenaz en conservar aquellas máximas y costumbres en que han estado imbuidos, pintan muy jóven al evangelista y mártir san Juan en el ilustre testimonio que dió de su fe y constancia, y nos le representan casi de la misma edad que tenia cuando Cristo le llamó para ser su más íntimo discípulo y tener estrecha amistad con él; pues era entonces mozo, como nadie ignora. Pero cuando padeció martirio, pasaba lo que menos, de noventa años. ¡Oh qué bien dice esto con pintarle tan jóven en su pasion! Pero ni esto, ni todo lo que hemos notado en el discurso de toda esta obra, podrá recabar de los pintores, que le representen de diversa manera en sus pinturas: sin embargo he querido advertirlo, para que lo reparen los que sean más instruidos.

5. Lo segundo que me disgusta mucho en esta pintura, es, que segun se representa, pintan al santo Apóstol no metido en una grande caldera, sino como que estuviera arrodi-

(1) Tert., de Præscript., cap. 36. Christian. Lup., sobre este lugar de Tertul.

(2) S. Amb., in Ps. 37. S. Ger., contr. Jovinian., lib. 1, c. 14.

(3) Euseb., lib. 3, hist., c. 32.

llado, y que el aceite hirviendo apenas le llegara á las rodillas; sin embargo de constar por los monumentos antiguos, que le metieron dentro de ella. No digo esto por pensar que san Juan no pudiera ser atormentado bastante, y áun quedarse muerto en tan terrible baño; sino que dicha pintura no denota bastantemente el hecho, ni se representa á la vista el milagro de haber quedado libre el glorioso atleta, saliendo de la caldera de aceite hirviendo, como dice san Gerónimo en el lugar citado, más puro y robusto de lo que habia entrado. Téngalo esto presente el pintor cuerdo y erudito, y considere si seria mejor pintar al santo viejo metido hasta el cuello, ó áun hasta los hombros, en la gran caldera de bronce, y puesto fuego debajo, para representar más al vivo todo el hecho. Pero esto, segun pienso, es dar música á un sordo.

6. El dia 7 del mismo mes, se celebra la memoria de san Estanislao obispo de Cracovia; cuyo dia está destinado á su festividad, por estar ocupada la Iglesia el dia siguiente, que es el propio de dicho santo, en celebrar la fiesta del arcángel san Miguel. De este Prelado, hombre integérrimo y lleno de méritos, y lo que es más principal ilustre mártir de Cristo, casi nada tendria que decir por lo que toca á mi intento, á no haber observado en algunas imágenes que he visto de este santo, no representarse su pasion muy conforme á las leyes de la historia. Píntanle vestido con adornos pontificales y traspasándole el verdugo sus costados: lo que, á mi parecer, contiene tres cosas, que deberán enmendar y corregir los pintores. Porque en primer lugar, este esclarecido prelado acérrimo celador de la ley y gloria de Dios, fué muerto dentro del templo cuando estaba celebrando; por cuya razon, antes se le debe pintar con casulla, que con capa pontifical. Además: no debe pintarse traspasados los costados, sino herido en la cabeza con un terrible y mortal golpe. Finalmente, no se le debe pintar herido por algun verdugo, sino (¡causa horror el decirlo!) por el pésimo, é impurísimo Boleslao rey de Polonia, que hizo las veces de verdugo: ó mejor será pintar al mismo rey, adornado con alguna insignia de dignidad, ó majestad real, hiriendo por su propia mano al santo

obispo. Todo lo dice su rezo con estas palabras: «Al fin el impío rey cortó la cabeza por su propia mano al sacerdote del Señor, que estaba ofreciendo en el altar la hostia inmaculada.» Mas, poniéndolo todo excelentemente á la vista un historiador de los hechos de Polonia (1), y con un estilo más elegante de lo que se podia esperar de un Sármata, me ha parecido bien poner aquí toda su narracion. «El mismo Estanislao (dice este historiador) iba caminando á escondidas con pocos sacerdotes hácia la iglesia de san Miguel, que está en una peña escarpada sobre el Vístula, á la frente del alcázar, para celebrar allí el santo sacrificio. Apenas tuvo noticia de esto Boleslao y le cercioraron de ello los suyos, tomando un dia las armas y estando fuera de sí, se encaminó allá con mucho acompañamiento, y gran número de alabarderos. Envia antes á algunos, que saquen por fuerza á Estanislao del altar donde estaba diciendo misa, para matarle, como habia determinado: los cuales, como hubiesen entrado en la iglesia, heridos por un repentino é insólito resplandor, cayeron en tierra boca arriba, y tuvieron que salir á gatas de la Iglesia. Envia el rey á otros segunda y tercera vez, pero lo mismo sucede á estos, que á los primeros. Y no pudiendo ya sufrir tanta tardanza, arrebatado de furor y reprehendiendo la cobardía y miedo de los alabarderos, éntrase el mismo con ímpetu por el templo desenvainada la espada, y dándole un golpe mortal, hirió al santo obispo en lo sumo de la cabeza, de suerte que cayendo en tierra, quedó la pared próxima salpicada de su cerebro.» Hasta aquí el mencionado autor. Parecia ahora que debíamos decir algo del arcángel san Miguel, cuya aparicion se celebra el dia 8 de este mes: pero no ofreciéndose cosa particular que advertir, bastará que el lector dé un repaso á lo que dijimos arriba tratando de las pinturas é imágenes de los ángeles.

7. El dia 10 de este mes celebra la Iglesia romana la fiesta de santa Flavia Domitila, descendiente de noble linaje y

(1) Martin. Cromer., de rebus Polonor., lib. 4, pág. 61.

sangre consular, junto con sus siervos y criados tambien mártires, Nereo y Achileo, aunque es verdad que el Martirologio Romano hace memoria de Domitila el dia 7 de este mes. No es mi ánimo referir ahora largamente, cuán noble fuese esta esclarecida vírgen, además de las muchas virtudes que la adornaban, lo que explica difusamente el cardenal Baronio y el insigne ilustrador de las cosas de España don Nicolás Antonio, en su Biblioteca Antigua Española (1). Pero, ni en su martirio, que se consumó encendiendo el mismo cuarto en donde moraba con otras dos vírgenes Eufrosina y Teodora, ni en sus imágenes y pinturas, hay cosa especial que notar. Y así omitiría gustoso el hablar de dicha santa, á no querer advertir una cosa que la he diferido hasta aquí. Escriben de esta santa y esclarecida vírgen, que el Pontífice san Clemente le confirió el sagrado velo de las vírgenes: asunto, sobre que podrian decirse cosas muy selectas: pero no quiero amontonar mucho. Lo cierto es, que hubo costumbre en los principios de la Iglesia, de que los obispos cubrieran solemnemente con el sagrado velo á las vírgenes consagradas á Dios: lo que no solamente consta por autores antiguos y Santos Padres, si tambien por los mismos Cánones de la Iglesia y sagrados Concilios (2).

8. Ni paró sólo en esto el pudor y la modestia cristiana. Pues recomendando tan sériamente el Apóstol que anden cubiertas las mujeres, de aquí dimanó la costumbre en la iglesia, de que todas ellas, así las vírgenes que estaban ya en edad de casarse como las casadas y viudas, se cubriesen con un velo comun: y el autor gravísimo y antiguo san Clemente Alejandrino (3), es de parecer, que el Apóstol mandó á las mujeres cristianas, no sólo que cubrieran con velo su ca-

(1) D. Nicol. Ant., Bibl. Vet. Hisp. t. 1, l. 1, c. 10, n. 249.

(2) V. Tertul. toto lib. de velandis Virginib. Ambr. lib. ad Virg. lapsam. S. Ger. ep. 8, ad Demet. Gelas. in Con. Rom., cap. 14, q. 20. Innocent, Pap., dist. 27, cap. Quæ Christo, y otros muchos cánones.

(3) Clem. Alex., lib. 2, Pædagog. c. 10, et lib. 3, c. 11.

beza, si tambien todo el semblante. Por esto acostumbraron algunas, particularmente las vírgenes consagradas á Dios, tapar no ya con velo, sino con una mantilla ó paño grosero, así su cabeza como su cara. «Suelen algunas madres (dice san Gerónimo) (1), cuando han prometido que su hija ha de ser vírgen vestirla luego una túnica oscura, y cubrirla con una mantilla parda.» Educadas de este modo las mujeres cristianas, tenian por gravísimo dispendio de su pudor, el que las quitaran el velo de su cabeza: lo que advirtiendo astutamente los perseguidores y enemigos del nombre cristiano, les mandaron muchas veces por ignominia y en lugar de suplicio, desnudar sus cabezas. Así se lee en las verdaderas y genuinas Actas de santa Areta mártir (2): «Como él (esto es, el perseguidor) lo hubiese oido, miró airado á los que estaban presentes, y habiéndoles dicho: ¿Qué desvergonzadamente se porta con nosotros esta execrable mujer? mandó quitarle el velo de su sabeza y de la de sus hijas, y de este modo y tendido el cabello, llevarlas ignominiosamente por los reales.» Hasta aquí las Actas de esta santa.

9. Ni sólo practicaron esto las mujeres cristianas (pues quiero añadir esto, para que se entienda más lo grave del asunto) sino que lo hicieron tambien las judías y gentiles, que eran tenidas por bárbaras. De las judías, dice Tertuliano (3): «Entre los judíos es tan frecuente el andar sus mujeres con velo en la cabeza, que por ahí se conocen.» Y en cuanto á las romanas, puede bastar lo que refiere Valerio Máximo, el cual dice (4): «Terrible fué tambien la severidad marital de Cayo Sulpicio Galo; pues repudió á su mujer por haber sabido que habia andado fuera de casa, descubierta la cabeza.» Lo mismo viene á decir Tácito hablando de Popea Sabina (5):

(1) S. Ger., Epist. 11, ad Gaudent. et epist 8, ad Demetriadem.
(2) Apud. Baron. in Notis ad Martyrolog., die 7 Maii.
(3) Tert., de Corona militis.
(4) Valer. Max., lib. 6, cap. 13, de Severitat., n. 13.
(5) Corn. Tac., hist.. lib. 14.

«Rara vez (dice) salia en público, y entonces cubierto en parte el semblante por no ser apetecida, ó porque así lo pedía la decencia.» Con efecto, hablando Plutarco de los romanos, atestigua, que sus mujeres solian andar cubierta la cabeza (1): «Suelen (dice) salir en público, cubierta la cabeza las mujeres, y los hombres descubierta.» Por lo que mira á los griegos, confirma lo mismo Apuleyo, diciendo (2): «Las mujeres suelen andar resplandecientes con su manto blanco.» Finalmente el mismo Plutarco, dice (3): «Las doncellas de Lacedemonia acostumbran salir en público, descubierto el semblante, y cubierto las casadas: aquéllas, para así encontrar maridos, y éstas, para significar que ya no deben agradar más que á su marido.» Y en cuanto á las naciones bárbaras, nadie ignora, que observaron tambien la misma costumbre: pues hablando Tertuliano de las mujeres gentiles de la Arabia, dice (4): «Serán nuestros jueces las mujeres árabes gentiles, que no solamente cubren la cabeza sino tambien todo el semblante, de tal modo, que dejando sólo libre un ojo, prefieren no gozar mas que la mitad de la luz, que prostituir todo su semblante.» A que podria añadir otros muchos ejemplos que omito gustoso.

10. Pero ¿para qué son menester más pruebas? cuando las mujeres mahometanas tanto en Asia como en Africa y en Europa, observan no sólo religiosa pero casi supersticiosamente el cubrir su cabeza y su rostro, como nos lo refieren por extenso testigos oculares. Y que dicha costumbre se observa no sólo de algun tiempo á esta parte sino de tiempos muy antiguos, lo notó un varon de recóndita lectura y erudicion (5), en el libro que dió á luz para ilustrar la Ley Real

(1) Plut., in Problemat.
(2) Apulei, de Asino., lib. 11.
(3) Plutarc. in Apotheg. laconicis.
(4) Tert. de Veland. Virginib.
(5) Antonio Leon Pinel, en el libro intitulado Velos antiguos, y modernos.

acerca de cubrir su rostro las mujeres, libro que podrá ver el que quiera instruirse á fondo y saber lo más recóndito sobre esta materia, que á mí me basta haber tocado esto de paso: pues ciñéndome á lo que es de mi asunto, he querido notarlo á fin de que los pintores modestos y eruditos, dejen la perversa costumbre de pintar á las santas vírgenes y mártires de Cristo, como si fueran verdaderamente otras Helenas ó diosas Venus, esto es, con la cabellera rubia, despejado y encarnado el semblante, descubierta totalmente la cabeza, por no referir otras cosas acaso menos honestas, que en ninguna manera dicen bien con la pureza y candor virginal que debe observarse entre cristianos.

CAPÍTULO V

De las pinturas é imágenes de los santos españoles santo Domingo de la Calzada, san Pedro Regalado y san Isidro Labrador.

1. Aunque no son muchas ni muy recónditas las cosas que se ofrecen que decir y notar acerca de santo Domingo de la Calzada, san Pedro Regalado y san Isidro Labrador; sin embargo por ser ellas algunas, no debieron de pasarse en silencio en un libro escrito por un español. Con efecto, santo Domingo de la Calzada, varon de granpe santidad y opinion, que hizo tan grandes y magníficas obras, de quien tomó el nombre de ciudad que vulgarmente llamamos Santo Domingo de la Calzada, que antiguamente tuvo obispo y aún hoy tiene catedral; en tanto que el obispo de Calahorra tiene el título de Obispo de Calahorra y de la Calzada: A este tal y tan grande varon, digo, no faltan autores, bien que no de los más instruidos sino de los más comunes y menos exactos, los cuales imbuidos de opiniones y preocupaciones vulgares, lo tienen por monje benedictino. Por lo que, si alguno de ellos le pintara ó mandara pintar en traje de monge

de san Benito (pues podria el pintor no estar instruido en estas materias) obraría contra la fe de la historia y cometeria un error, que aunque en ninguna manera pernicioso, sin embargo se opondria á la verdad del hecho. Es verdad que este santo, que floreció por el siglo XI y murió á principios del XII pidió con mucho ardor cuando mozo ser admitido en la religion de san Benito, lo que nunca pudo conseguir. Oigamos lo que de él se dice en su rezo de los santos de España, en donde se explica todo claramente con estas palabras: «Pensando el santo, que esto (á saber el unirse con Dios y obedecer con más firmeza sus preceptos) lo conseguiría más fácilmente viviendo bajo la disciplina monástica, suplicó humildemente ser admitido por monje al abad de Valvanera de la órden de san Benito y despues al monasterio de san Millan, tambien de la misma órden. Pero no habiendo sido admitido en ninguno de dichos monasterios, disponiéndole Dios para cosas mayores, llevó una vida eremítica por espacio de cinco años, que pasó en continua oracion y en varias mortificaciones del cuerpo, en el desierto de Bureba; donde edificó una pobre choza y una capilla á la Vírgen Santísima.» Debe pues pintarse santo Domingo de la Calzada, no con hábito de san Benito, sino en trage más sencillo de ermitaño, esto es, con túnica y capa: sin que por esto se pueda inferir legítimamente que fué monge benedictino, antes lo contrario.

2. Ni hubiera tenido yo el cuidado de advertir esto, á no haberme movido á ello la autoridad de un varon ilustre y excelentísimo muy versado en el conocimiento de la historia y antigüedad eclesiástica (1). Este erudito autor, negando que san Fructuoso hijo y patrono de Segovia, fuese monge benedictino (como defendian algunos, fundados en las monstruosas historias de Julian, del Falso Luitprando y de Auberto de Sevilla) se vale del argumento tomado de las pinturas é imágenes antiguas, en las cuales se nos representa

(1) El Marqués de Mondejar, in dissertat. Eccles., diss., 1, c. 4, n. 2.

san Fructuoso, no con hábito de monje sino en traje de ermitaño: lo que en vano procurará evitar, si quiere recurrir á no sé qué instituto de ermitaños benedictinos. Pero este efugio, tal cual es, lo previeron ya y preocuparon hombres muy doctos y que han tratado muy bien sobre las actas y hechos de los santos (1). Confieso yo y me confesaré perpétuamente muy afecto al instituto y órden de san Benito; pero la verdadera gloria y que está apoyada con sólidos fundamentos, no necesita á la verdad de un honor falso y prestado.

3. Como la naturaleza humana es muy inclinada á los deleites de la gula y á los regalos, no faltan algunos no sólo del vulgo sino (lo que es más de sentir) de los que hacen más papel que el vulgo, de los cuales he oido yo mismo algunos que estaban disputando sériamente segun á ellos les parecia sobre este particular; los cuales son de parecer que san Pedro Regalado, hombre el más observante del muy áspero y severo Instituto del gran Padre san Francisco y el primer rigidísimo reformador de esta Orden que hubo en España, fué llamado así, por comer con alguna mayor delicadez y por haber sido criado con más delicias y regalos.

Pero lejos estén los ánimos, no sólo de los pintores, sí tambien de toda la gente juiciosa, de semejantes delirios y errores crasísimos; no fuese caso que le hiciesen al pintor trastornar su juicio (que en verdad deberá siempre desearse en él); aunque hayan engañado alguna vez á hombrecillos de la ínfima plebe á quienes dió ocasion de errar el renombre mal entendido de este varon insigne en santidad y penitencia cristiana, á quien honró principalmente la Iglesia, dándole el elogio de hombre «mortificado en la carne.» Porque el llamarle «Regalado,» que en efecto es el apellido de una noble y distinguida familia que hay ó hubo en Valladolit, y que segun la locucion española, suena lo mismo que un hombre entregado á los deleites y regalos; hizo que lo que

(1) Henichen, in Actis SS. Martii, tom. 3, p. 263.

era un mero renombre (de donde quiera que lo hubiesen heredado sus antepasados) por ignorancia de los hechos se transfiriese á las costumbres.

4. Acaso hubiera sido más célebre la memoria de san Isidro Labrador, hijo (como se cree) y esclarecido patrono de Madrid, si hubiese florecido en tiempo en que los hombres se hubieran dedicado más á escribir y notar lo que acontecia en su siglo. Escribió sin embargo sus ilustres hechos, y su vida llena de testimonios de su gran santidad é inocencia, un cierto Juan Diácono (de quien lo han tomado los demás) cuyo escrito original se conserva hoy en la iglesia parroquial de san Andrés: y su cura párroco y amigo mio, hombre dignísimo á la verdad de todo honor y alabanza, el doctor don Juan de Ferreras (1), afirma tenerlo en su poder. Fué san Isidro, conforme lo dice su renombre, labrador, y lo que aún parecerá menos á los ojos del mundo, no tal que cultivara él sus propios campos, sino que ganaba su vida trabajando en las posesiones de su amo. Este, que en aquel tiempo, esto es, en el siglo XI, y en el siguiente, pasaba por uno de los más nobles madrileños, dicen, se llamaba Jván de Vargas, ó lo que yo tengo por más verdadero, Juan: pues como por ignorancia del siglo, escribiesen en castellano Ján en lugar de Juan, ni se leyera mejor que se escribia; el que en castellano se llamaba Juan, le nombraban frecuentemente Ján, pronunciando la v consonante en lugar de la b. Lo cual, aunque de paso, y sin tratar directamente esta materia, me ha parecido bien advertir.

5. Por manos de este varon tan grande y de tanta santidad, se cultivaban entonces los campos de Madrid: por lo que no es de extrañar que llevaran frutos tan abundantes como dicen, acaso más en atencion al pio trabajo de quien los cultivaba, que á la abundancia y feracidad de ellos, aunque de suyo muy fértiles. Esto me hace venir á la memoria

(1) D. Juan de Ferreras, Historia de España al año de Cristo 1130, pág. 270.

lo que graciosa y elegantemente dijo Plinio tratando de la fertilidad de los campos de Roma, cuya fecundidad atribuye á la dignidad de los labradores (1): «Por manos (dice) de los mismos emperadores se cultivaban los campos, gozándose (como es de creer) la tierra con tener la reja coronada de laureles y un labrador triunfante.» Basten éstas, aunque cortas alabanzas, en honor y reverencia de tan ilustre Patrono, á cuyos méritos atribuyo mi larga vida (¡ojalá que la que se me ha concedido la hubiera empleado mejor!) pues conforme me refirieron los que podian informarme sobre este particular, como yo (cuando aún no habia cumplido cuatro años) hubiese caido en una peligrosa enfermedad, ofreciéndome mi madre á este piadosísimo y poderosísimo patrono, no sin admiracion convalecí casi de repente; en testimonio de lo cual y en cumplimiento del voto, se colgó una tablilla con mi retrato en la ermita del santo, la que acaso ha subsistido hasta estos tiempos en que, por la diligencia y cuidado de un señor excelentísimo se ha ensanchado y renovado á su costa lo antigua capilla, dándole otra estructura más decente y hermosa.

6. Por lo que mira á sus pinturas é imágenes, la más frecuente de todas es, en la que se ve pintado al santo labrador arando con un par de bueyes y mirando al cielo; pues aunque trabajaba con afan la tierra, pensaba más en las estrellas y en el cielo, que es la verdadera patria y tierra de los vivientes: de suerte que no fuera del caso podria alguno decir aquí: «Cœlum findetur aratro: Será hendido el cielo con el arado.» Pero cuando yo contemplo esta imágen, se me hace muy sensible el ver que le falten á su lado dos, no ya labradores, sino ángeles moradores de la patria celestial, supliendo sus veces en el cultivo de los campos. Lo que el pintor propondria delante de la vista con mucha más fidelidad y felicidad que pueda yo referir, si hiciera reflexion á solas las palabras de que usa la Iglesia en su rezo: donde,

(1) Plin., Hist. Nat., lib. 18, c. 3.

despues de contar el desvelo cuotidiano de este hombre santísimo, el cual muy de mañana no empezaba á trabajar sin visitar primero las iglesias dedicadas en honor de la vírgen y de los santos, añade: «Por lo que, como el amo del campo llevara muy á mal su tardanza y lo aguardase un dia desde un lugar más elevado para reprehenderle con más libertad, vió á dos ángeles que iban arando con dos pares de bueyes, y en medio de ellos á Isidro.» No podia decirse cosa más clara ni más expresa.

7. Los demás hechos y milagros de este santo, los describió elegantemente don Francisco Ricci, pintor del rey, en la magnífica y verdaderamente real capilla, que dedicó á san Isidro, Felipe IV, rey de España, y está unida á la misma Iglesia parroquial de san Andrés apóstol, en cuyo cementerio estuvo enterrado por espacio de cuarenta años, conservándose tan entero é incorrupto como si ya estuviera revestido de la inmortalidad. Entre estas pinturas hay una en que se ve pintada la célebre batalla, que unidos entre sí todos los reyes de España, tuvo don Alfonso rey de Castilla en la llanura que llaman las Navas de Tolosa, contra el formidable ejército de los moros: y junto á los combatientes está pintado san Isidro vestido en el traje vulgar y acostumbrado de labrador; al cual le pintan en esta ocasion por haber creido muchos y divulgado, que aquel rústico desconocido, que dudando mucho los nuestros penetrar por lo más escarpado del monte, les enseñó el camino (de quien hace mencion un escritor antiguo que asistió en la misma batalla, don Rodrigo Jimenez (1) arzobispo de Toledo), no fué otro que nuestro san Isidro labrador, el cual, benévolo y agradecido para con su patria, quiso socorrer al rey que peleaba á favor de ella y de la religion. Sobre lo cual, aunque muchos autores y los más graves, nada nos hayan dejado escrito, esto no quita que otros muchos llevados de su piedad y devocion, lo crean y afirmen.

CAPÍTULO VII

De las pinturas de san Pedro Celestino, de san Bernardino de Sena, de santa María del Socós, vírgen: y de las de santa María Magdalena de Pazzis y de san Urbano papa y mártir.

1. De un labrador pasamos á un ermitaño: tal fué san Pedro de Moron, llamado Celestino por el nombre con que se llamó siendo pontífice. Este santo, amante de la vida solitaria, y luego fundador de la congregacion de monjes bajo la regla de san Benito, á quienes se les dió despues el nombre de Celestinos, floreció mucho en virtud y santidad, y con un raro y nuevo ejemplo, sin saberlo él, y aun rehusándolo, fué elevado á la suprema dignidad de Sumo Pontífice el año de MCCXCIV, siendo de edad de setenta y nueve años. Pero, el que estaba acostumbrado á otros negocios y ocupaciones, oprimido y agobiado con la nueva carga más pesada para él que para ningun otro; y movido no menos por su admirable candor y sencillez de ánimo, que por las malas artes de algunos, renunció el pontificado, cosa que antes de él nadie habia hecho ni lo hará tal vez otro en adelante. Volviendo, pues, á su vida particular, y lo que es más de admirar, puesto en una cruel prision, al cabo de dos años despues de su elevacion al Solio Pontificio le llamó Dios, no sin la gloria de los milagros, para ocupar en el cielo un lugar más sublime y elevado, el año de MCCXCVI, y en el de MCCCXIII, le canonizó Clemente V, en el mismo Concilio de Viena.

2. He visto repetidas veces la imágen y pintura de este varon santísimo, en que se le representa como que actualmente está renunciando el pontificado y entregando á los

(1) Rodrigo Xim., de reb. Hisp., l. 8, c. 7.

clérigos y cardenales aquella insignia de honor, esto es, aquel género de sombrero redondo y con ínfulas, cercado de tres coronas, que vulgarmente llamamos *tiara*, y que los italianos en su idioma vulgar, llaman «trireguo:» lo que debe tenerse por cosa enteramente libre de error. Pues, aunque esta insignia no es muy antigua en la Iglesia y áun dicen algunos (y ciertamente me acuerdo haberlo leido y observado en alguno de ellos, á quien hasta ahora no he podido encontrar) que Bonifacio VIII sucesor de Celestino, fué el primero que la introdujo: sin embargo, como ya por espacio de más de cuatro siglos, en que cada dia fué floreciendo más y más el arte de la pintura, se haya recibido la insignia de la tiara por propia y peculiarísima del romano pontífice; por esto los pintores que no se han parado tanto en indagar semejantes materias, atribuyeron este género de adorno con que siempre se ha denotado la suprema dignidad del pontificado, á los pontífices romanos antiguos: en tanto grado, que la Universidad de Salamanca, madre de ciencias y de virtudes, á quien nombro por el honor y reverencia que le tengo y cuyo alumno y doctor soy, aunque sin merecerlo, y por tal me tendré siempre, parece aprobarlo con su dictámen, pues que no tiene por insignias ó por armas otra cosa, sino las llaves de la Iglesia y la misma tiara pontificia.

3. Y para que á alguno no le parezca extraño el decir que el uso de la tiara es moderno en la Iglesia, me parece á propósito tocar algo aquí de la insignia episcopal más antigua y más recibida, que llamamos mitra. Hablando de este adorno un escritor pio y diligente, digno de ser respetado por su elevada dignidad, dice (1). «Algunos piensan ser esta una nueva invencion que empezó cerca del año mil de Jesucristo, cuya opinion prueban en primer lugar por las pinturas y otros monumentos antiguos, en los cuales, así los Sumos Pontífices como los demás obispos, se ven vestidos con todos los adornos pontificales, pero descubierta siempre su cabeza.

(1) Card., Bona Rerum Liturg., l. 1, c. 24, n. 14.

Prueban lo mismo en segundo lugar por los rituales escritos más hace de setecientos años, y por los escritores antiguos de las cosas de la Iglesia, los cuales, refiriendo con bastante individualidad todos los ornamentos episcopales, no hablan palabra alguna de la mitra. Otros por el contrario, piensan que el uso de la mitra dimanó de los mismos apóstoles, lo que intentan persuadir con varias razones y monumentos: añadiendo, que la otra sentencia se funda solamente en sutilezas de poco peso, y que carece de todo fundamento sólido. Pero yo juzgo (añade poco despues el mismo autor) que ambas opiniones se pueden conciliar con mucha facilidad, diciendo, que la mitra, conforme se usa en el dia, es un adorno moderno que apenas se habia introducido aún antes del año mil de Jesucristo.» ¡Todo esto que acabo de referir, me persuado no será muy fuera de propósito para que de aquí se eche de ver, que la mitra de que usan hoy los señores obispos celebrando de pontifical y muchas veces tambien el romano pontífice, no es un adorno muy antiguo, aunque los pintores pinten con ellas á los obispos de los primeros siglos; y que la tiara de que solamente usa el Supremo Pontífice, es todavía mucho más moderna, por más que frecuentemente la atribuyan tambien á los romanos pontífices antiguos. Si alguno quiere instruirse á fondo sobre el uso de la mitra, así sagrada como profana, lea al Padre Lelio Bisciola, varon muy erudito, en su obra intitulada «Horæ subsecivæ,» lib. 17, c. 13, pues no es mi ánimo explicar ahora todo lo que hay sobre esta materia.

4. Si el método que he adoptado me permitiera explicar brevemente y en compendio los hechos de san Bernardino de Sena, brillante lumbrera de la religion seráfica, tendria que tocar muchas cosas que las dejo para los escritores de dicha religion, los cuales (como tambien otros extraños) han escrito mucho de este varon santísimo y doctísimo. Por lo que mira á sus imágenes, es cierto que san Bernardino fué no sólo de semblante agradable y ahidalgado, sí que tambien tuvo una cara agraciada y hermosísima, lo que dió ocasion para que, sin embargo de ser de tanto embarazo la hermosura del cuerpo

para la castidad, consiguiese ilustres victorias de los insultos del demonio y de los engaños de la lascivia. Y aunque murió ya algo viejo y cumplidos sesenta y tres años, esto es, el año de Cristo MCDXLIV, teniendo quebrantada su salud por su grande penitencia y trabajos que habia pasado en la predicacion del Evangelio; sin embargo, es de creer que conservaria el decoro y majestad del semblante, cuanto decia bien con un hombre viejo y gravísimo, permitiéndolo así Dios para manifestar su pureza y candor de ánimo. Acerca de aquella tablilla con que le pintan siempre y deben pintarle, en que se ve resplandeciente el santísimo nombre de *Jesus*, cercado de rayos de luz por todas partes, con sus acostumbradas letras, tocaria aquí algo, á no haberlo hecho ya cuando traté de este santísimo nombre (1). Suelen tambien y deben pintarse á sus piés las insignias episcopales, á saber, las mitras de que acabamos de hablar: pues que habiéndosele ofrecido espontáneamente tres insignes obispados y áun instádosele con ánsia que los admitiese, los renunció constantemente el humildísimo santo. Dichos obispados fueron los de Sena, Ferrara y Urbino, que de ningun modo quiso aceptar, y así justamente se pintan echadas las mitras á sus piés. Finalmente, es justo, el que sin embargo de que no se le pinte con la borla é insignias regulares de los doctores, con todo se le representa como Doctor, por haber escrito pios y doctos libros, y sermones llenos de erudicion no vulgar. La religion seráfica cuidó de dar á luz todas sus obras, que se hallan impresas en cinco tomos en Leon de Francia, el año de MDCL.

5. Es muy célebre en santidad la gloriosa vírgen y primera monja de nuestra religion, santa María llamada de Cervelló, conforme á su apellido pátrio, y de Socós ó de subsidio, por haber socorrido muchas veces á los navegantes, cuya festividad, como hasta aquí se hubiese celebrado el dia 25 de Setiembre, por un moderno decreto de nuestro santísimo Padre Benedicto XIII de feliz memoria, se ha anticipado al dia

(1) Lib. 3, en el Apéndice del cap. 2, p. 205.

21 de Abril, con rito doble de segunda clase, y octava por toda nuestra órden, asignándose además á dicha santa un insigne y magnífico elogio en el martirologio romano. En otro tiempo escribí un breve compendio de su vida, que imprimí en Salamanca en 1695, á donde remito gustoso á los devotos de esta santa. Por lo que respeta á su imágen, solamente he de advertir que en su mano derecha debe pintarse un navío guarnecido con velas y con el demás aparato que le corresponde: lo que se hace con mucha razon, por haber socorrido muchas veces á los navegantes que corrian grave peligro, de que (como antes decíamos) tomó su renombre. En la izquierda se le debe poner una cándida azucena, en señal de su castidad y pureza virginal, sin que se me ofrezca otra cosa que notar. Porque, que el navío (de que acabamos de hablar y que se ve pintado en la imágen de esta santa) esté armado con cañones, aunque esto contiene algun error, pues en los tiempos de esta santa todavía no se habia descubierto la funesta invencion de la pólvora, es un anacronismo en que apenas reparan los hombres más advertidos.

6. Llévense en este capítulo todas las palmas y laureles, España é Italia: y despues de haber hablado de una vírgen española y barcelonesa, hablemos de otra de Toscana cual es santa María Magdalena de Pazzis: cuyas grandes virtudes y cúmulo de celestiales gracias con que fué enriquecida, más quiero pasarlas en silencio, aunque son muchas y á la verdad dignísimas de admiracion, que tocarlas solo ligeramente y de corrida. Por lo que mira á sus imágenes, la vemos frecuentemente pintada de edad que apenas pasa de diez y seis años, sin embargo de que conforme á la regla que oportunamente prescribimos arriba, deben pintarse los santos y santas en la edad que murieron: y consta haber muerto esta santa de edad de cuarenta y un años cumplidos; pues que habiendo nacido el dia 2 de Abril de 1566, murió en Florencia á 25 de Mayo de 1607. Por lo que sería mejor y más á propósito pintarla de dicha edad. No ignoro dos cosas que pueden oponerme los que practican lo contrario. La primera, que las doncellas libres de los cargos del matrimonio, con-

servan por más tiempo floreciente y robusta su juventud; lo que tambien se observa muchas veces en las que no están dotadas de tan excelente santidad. La segunda, que esta santa tuvo frecuentes éxtasis é ilustraciones celestiales: y se ha observado varias veces, que las personas que tienen la dicha de lograr tan celestiales delicias, particularmente en el acto de gozarlas, se rejuvenecen de un modo admirable. Todo lo cual podria probarse fácilmente con muchos ejemplos tomados de la vida y hechos de esta esclarecida vírgen.

7. Pero el que hiciera estas dos objeciones, debería tambien tener presente otras dos cosas. La una, que esta santa como las demás no se entregó á la ociosidad y regalos, sino que refrenó su carne y la lozanía de su cuerpecito con ejercicios y trabajos de una vida la más austera y abstinente, de suerte que lo redujo casi á un esqueleto. La otra, que aquel resplandor y jovialidad de su semblante, al parecer más joven, así que volvía del éxtasis lo perdia, como sucedia tambien á las demás santas: de suerte que por lo mismo se echaba bien de ver que esto último era propio de la naturaleza débil y flaca, y aquello privilegio de la gracia. Y así (como decíamos antes) es mucho más conforme á razon que se la pinte de edad más adelantada, cual es la que dijimos. No tiene duda que Cristo Señor nuestro por el singular amor que tiene á los que le aman, imprimió á esta vírgen interiormente y en su alma, las sagradas señales de sus llagas, no sin algun dolor y señal sensible en el acto de ejecutarlo (1), segun nos refieren los historiadores de su vida. Pero no por esto deberá pintarse con dichas señales patentes y visibles, lo que sólo se concedió al seráfico Padre san Francisco: sino casi de la misma manera que se lee en la vida de santa Catalina de Sena. Véase lo que notamos antes tratando de sus pinturas (2). Finalmente representan los pintores á santa María Magdalena de Pazzis (y esta es la pintura más

(1) V. Juan Baut. Lezan. Francisc. Garc. en el Flos Sanctor. y á otros.
(2) Cap. 3, n. 9.

frecuente de dicha santa) descubierto un tantico el pecho y patente su corazon, donde con letras de oro están grabadas aquellas palabras dignísimas de fijarse en los corazones de todos: «Verbum caro factum est.» Aunque yo estoy persuadido por muchas razones, no ser tal pintura histórica, sino simbólica, para denotar (lo que con ningunas palabras puede bastantemente expresarse) el singular amor de esta vírgen para con el inefable misterio de la Encarnacion. Por lo que otra pintura de la misma santa en que se la representa llevando en su mano su propio corazon encendido, é impresas en él con letras de oro las palabras dichas, tiene un no sé qué, que me agrada mucho más, y me parece mucho más á propósito.

8. El mismo dia en que se venera la memoria de santa Maria Magdalena de Pazzis, se celebra tambien la del Pontífice y mártir san Urbano, á quien pasaria enteramente en silencio, sin decir apenas nada acerca de sus hechos, á no haberse extendido mucho sobre esta imágen el principal escritor de estas materias (1). Supone este autor que pintan á Urbano con una vid, de que va indagando la razon con más trabajo y anhelo de lo que era debido; y añade, que este Pontífice pintado con la vid, no es realmente el Papa y mártir san Urbano, sino otro Urbano obispo Lingonense: pero yo, que nunca jamás he visto la imágen de este pontífice pintado con la vid, no es menester que me detenga en una cosa enteramente dudosa, contentándome con decir que saben bien nuestros labradores por la misma experiencia que las viñas estarán defendidas de los hielos y escarchas el año que pasen el dia de san Urbano (esto es, el 25 de Mayo) sin haber recibido semejante daño.

(1) Mol. Hist. de las Imág Sag. l. 3, c. 19.

CAPÍTULO VIII

De las pinturas de san Felipe Neri, de san Fernando Rey de España y de santa Petronila vírgen.

1. Despues de haber tratado de una vírgen Italiana y de Florencia síguese tratar de otro santo tambien italiano y florentino. Este es san Felipe Neri, celebérrimo fundador de la Congregacion del Oratorio, é ilustre en la Iglesia de Dios por sus insignes méritos: cuyos esclarecidos hechos si intentara describirlos, aunque en compendio, apenas bastarían libros enteros. Yo, como he dicho repetidas veces, no apartándome en nada ó lo menos que es posible del intento que me he propuesto, sólo notaré brevemente lo que respeta á sus imágenes. En primer lugar, segun he podido observar, hacen bien en pintar á este santo de edad muy avanzada, por haber dejado el mundo este viejo dignísimo del cielo, de edad de más de ochenta años, el año 1595, dia 26 de Mayo en que se celebraba aquel año la fiesta del Corpus, ó del Santísimo Sacramento, cuyo culto y veneracion con tanto ardor, y anhelo habia promovido. Tambien le pintan frecuentemente con vestiduras sacerdotales bien que igualmente suelen pintarle de otro modo. Ninguna de ambas cosas puede tacharse de error, y la primera parece confirmarse de que casi al mismo tiempo que subía á los cielos, dicen haberse aparecido á una piadosísima mujer, adornado con vestiduras sacerdotales.

2. Píntanle tambien (conforme lo he observado muchas veces) acompañado de un niño con alas, esto es, (segun se cree), de su Angel custodio, á quien por el singular amor y respeto que le tenía le dió limosma alguna vez en figura de pobre, y habiendo caido de noche en un hoyo, le sacó de allí admirablemente. Pero esto, aunque no contiene en sí ningun error, quisiera sin embargo que le pintaran acompañado

no de un niño, sino de un jóven; lo que ciertamente es más conforme á lo que hemos dicho poco ha. Además, que si bien en un niño se denota más la inocencia y pureza angelical, tambien en un jóven angélico se representa mayor esfuerzo y actividad. No quiero pasar en silencio el que le pintan (á lo menos así debieran pintarle y más á menudo) rasgado algun tanto el vestido junto al costado izquierdo, y como que el mismo santo con ambas manos está buscando el alivio del aire á su enfermo y palpitante corazon; pues de este modo se expresaria elegantemente aquel milagro con que enriqueció Dios á su fidelísimo siervo, lo que se describe muy bien en su rezo con estas palabras: «Herido de amor de Dios, estaba continuamente enfermo, y su corazon encendido con tanto ardor, que no pudiendo contenerse dentro de sus límites, ensanchó Dios admirablemente su seno, rotas y levantadas dos de sus costillas.»

3. Refiérese de Pyrrho rey de Epiro, de quien se hace frecuente mencion en la Historia Romana, que llevaba un anillo en que estaban representadas las nueve Musas y Apolo, no tanto por destreza y habilidad del artífice, cuanto por un juego y milagro de la misma naturaleza: «Porque dicen haber tenido Pyrrho (1) (refiere el más célebre autor de la Historia Natural) una piedra en que se veian las nueve Musas y Apolo con su cítara, no por medio de algun artificio, sino por un rasgo de la misma naturaleza: estando repartidas las manchas con tal proporcion, que cada una de las Musas tenia su insignia particular.» Mas, sobre si era posible pintar en la misma piedra ó en otra de iguales dimensiones todos los reyes buenos que ha habido de dilatados reinos y que mereciesen ser colocados en el número de los santos, es cosa que algunos, no sin chiste y donaire, han puesto en cuestion: ¡en tanto grado los malos ejemplos y la adulacion (vicio capital de la córte) pervierte y ofusca á los hombres de muy buen natural y de sano juicio, y que tenian inclinacio-

(1) Plin., Hist. Nat., lib. 37, c. 1.

nes casi celestiales! Pero séase de esto lo que se fuere, hubo ciertamente un rey, no como quiera bueno, sino buenísimo, Fernando III de este nombre, rey de Castilla y de Leon, á quien con razon se le llamó y se le dió el renombre de santo. Este rey, hijo de Alfonso IX rey de Leon y de Berenguela hija primogénita de Alfonso tambien IX, rey de Castilla, resplandeció en España y en todo el Orbe cristiano al modo que resplandece un astro de primera magnitud: pues que brillando igualmente en las obligaciones propias de un rey y de un príncipe que en las virtudes de un hombre cristiano y piadosísimo, dejó en duda en cuáles de ellas resplandeció más. Y ya que hemos hecho mencion de los padres de un héroe tan grande, paréceme no ser fuera del caso si contra mi costumbre advierto aquí algunas cosas que se me deberán condonar, ó por la dignidad de la materia, ó por la gratitud á que estoy obligado.

4. Alfonso IX rey de Leon, padre de san Fernando, fuera de otros insignes hechos suyos, fué el que instituyó y erigió la Universidad de Salamanca, de que ha resultado tanto bien, no solamente á España; si tambieu á todo el Orbe cristiano: en que gustoso me detendría más, si lo pidiera el asunto. Con efecto, como la Universidad de Salamanca no sólo es madre de ciencias sino tambien de virtudes, ha tenido siempre la debida veneracion á su fundador, y deseando eternizar su memoria, puso debajo de su imágen pintada en una pared, un epígrama, que tal cual es, por haberlo compuesto yo, me disimulará el pintor erudito el que lo ponga aquí: el epígrama dice así:

«Viderat heu quondam profugas Hispania Musas,
Et prope jam nullum tristibus esse locum.
Dira sed Augustus miracula non tulit Heros,
Atque modum celeri jussit inesse fugæ.
Nec mora: suscepit reduces, ac sedibus istis
Reddidit incolumes magnus Apollo Deas.»

¡Ilustre accion! Porque sucediendo san Fernando á su padre

en el reino de Leon, donde está Salamanca, favoreció y fomentó en gran manera la Universidad que su padre habia fundado, cuidando poco, ó por mejor decir, no haciendo caso de la que pocos años antes habia fundado en Palencia su abuelo Alfonso rey de Castilla. Por cuyo motivo, y por la proteccion de su hijo Alfonso llamado el Sabio, llegó poco á poco á tanta grandeza. Pero baste sobre este punto.

5. Berenguela reina de Castilla, muy buena madre de nuestro san Fernando, fué señora dotada de todo género de virtudes, como saben bien áun los que sólo tienen una ligera tintura de nuestras cosas. Esta señora, como insinuamos antes, fué la hija primogénita de Alfonso rey de Castilla, y no al contrario, como han pensado mal algunos escritores, particularmente extranjeros y poco afectos á España, no dudando llamar á san Fernando usurpador del reino de Castilla, que segun derecho (como ellos dicen) pertenecia á san Luis IX. ilustre rey de Francia, por ser hijo de doña Blanca, que era hermana mayor (segun ellos pretenden) de doña Berenguela: en que no quiero detenerme más. Pero, gracias á Dios que ya de dia en dia se está esperando la Vida de san Fernando, que va á imprimirse, escrita por un hombre doctísimo y amigo mio el R. P. José Casani: en cuya obra, conforme nos prometemos, se verá tratado todo esto con tanta claridad y destreza, que el que en adelante quiera sentir de otro modo, parecerá ciertamente que al modo de la lechuza se ciega con la luz del mediodia.

6. Tampoco puedo pasar enteramente en silencio, el qne este santo rey fué insigne bienhechor y patrono como el que más, de mi Orden de nuestra señora de las Mercedes, Redencion de Cautivos. Pues habiendo libertado á las esclarecidas ciudades de la Andalucía del yugo y señorío de los moros, fundó y erigió en todas ellas con real piedad y magnificencia, particularmente en las más principales, conventos y casas de mi Instituto. Las ciudades subyugadas (omitiendo las menores, aunque muy fuertes y muy bien pertrechadas) fueron Baza que tomó el dia 30 de Noviembre de 1227, Ubeda, de la cual se apoderó el dia 29 de Setiembre de 1234, Córdoba que

es una de las más principales ciudades de la Bética, y fecunda en grandes ingenios, en la cual entró despues de haberla combatido, el dia 29 de Junio de 1236. Jaen, ciudad tambien de mucho nombre la que tomó con fuerza y maña, á mediados de Abril de 1246, y finalmente Sevilla, que se consideraba como la Metrópoli de España, la que habiéndola combatido con el mayor valor, al fin entró vencedor en ella á 23 de Noviembre de 1248. En todas estas ciudades erigió casas y conventos de mi Orden: ni sólo esto, sino que les dió rentas y les concedió varios privilegios. Quien quiera informarse cuáles sean éstos, lea á otros, pues yo no he tomado á mi cargo el oficio de historiador, sino otro muy diverso: para lo cual sirve algun tanto lo que he notado de paso, cosa que se me debe perdonar como he insinuado antes, por el afecto á la gloria de España, por la gratitud de catedrático, aunque sin merecerlo, de la Universidad de Salamanca, y por el título de hijo de la Orden de Redencion de Cautivos.

7. Cumpliendo, pues, ya con lo que es de mi oficio, este santo en ningun modo debe pintarse viejo como le pintaria el que estuviera imbuido de las opiniones de algunos que pensaron haber muerto san Fernando de edad, lo que menos de más de sesenta años, omitiendo á otros, que segun afirma un autor grave y erudito (1), se alejaron tanto de la verdad que dijeron habia muerto este santo rey de ochenta años: todo esto hace la ignorancia de nuestras cosas. Habiendo, pues nacido san Fernando el año 1200 antes del mes de Agosto, como lo prueba muy bien el doctor y amigo mio don Juan de Farreras, á quien he citado muchas veces (2), y habiendo muerto el dia 30 de Mayo de 1252, es constante que trocó el reino temporal por el eterno, cuando aún no habia cumplido 52 años, y por lo mismo se echa de ver en qué edad deberá pintarle el pintor cuerdo y erudito. Este, si quiere oir mi consejo vea la imágen que en las actas y hechos de este gran-

(1) P. Franc. García, en el Flos Sanct. del P. Ribad., dia 30 de Mayo.
(2) Histor. de Esp., al año de 1200 de Chr.

de rey y santo, fijó el eruditísimo Padre Daniel Papebroquio en el libro que escribió sobre esta materia (1): la imágen digo, que colocó antes de la misma primera página despues de algunas que no están numeradas; que con efecto es su verdadera efigie, pues otra que hay en la misma frente de la obra que representa al santo de cuerpo entero, no me agrada, especialmente porque las piernas y muslos están pintados al modo de los romanos y á lo militar, lo mismo que si se representara á la vista la imágen de César ó la de Pompeyo.

8. Seria manifiesto error el dejar de pintar al santo rey con vestiduras reales y magníficas ó sin la púrpura y demás insignias reales, por haber oído alguno, ó leido que el santo rey fué muy modesto y humilde, y que llevó una vida muy austera y penitente. Pues estas particulares alabanzas nada dicen que se oponga á la dignidad y majestad real; la que ciertamente por medio de los adornos exteriores hiere los ojos de los que la miran. Porque ni san Fernando fué santo de otro modo sino como era correspondiente á un rey, ni fué rey sino del modo que correspondia á un santo.

9. Cierra el florido mes de Mayo la vírgen santa Petronila, la cual aunque muchos y gravísimos escritores niegan haber sido hija del apóstol san Pedro, lo que otros entienden no sólo de la educacion espirtual, sí tambien segun la carne; sobre lo cual observo un profundo silencio en muchos de los autores antiguos; sin embargo parece lo confirma bastantemente el Martirologio Romano cuando dice (2): «En Roma santa Petronila vírgen, hija del apóstol san Pedro, etc.» Sobre cuyas palabras el cardenal que puso notas al Martirologio, trae aquellos versos de un autor que para mí es desconocido:

«Tum pridie Petronilla de germine sancto
Fulgida virgo micas Christi trabeata decore.»

(1) Ant. 1674.
(2) Baron., ad Mart. Rom., d. 31 Maii.

Ciertamente; si esto es verdad, como lo afirman algunos, aunque no se pinte á santa Petronila con las insignias de mártir, puesto que la Iglesia la adorna solamente con la aureola de la virginidad y no con la del martirio: sin embargo no faltarian para convencerlo motivos y razones bastante probables tomadas no de otra parte sino del mismo Martirologio, que dice así: «La cual (Petronila) despreciando el casamiento de Flaco, principal caballero, le pidió plazo de tres dias para determinarse, y en ellos se ocupó en continua oracion y ayunos, y el tercer dia acabando de recibir el santísimo Sacramento, dió el alma al Señor.» Pero séase de esto lo que se fuere, y aunque, como decia, no la pinten con las insignias del martirio; con todo no es dudable que fué hija de ilustres mártires. Porque de san Pedro (si con efecto éste fué su padre) de ningun modo puede dudarse, y en cuanto á su madre (á quien llaman algunos santa Perpétua) consta por un monumento bastante convincente de un teólogo antiquísimo, haber padecido martirio: pues Clemente Alejandrino (1) nos asegura que esto se decia como una tradicion recibida: «Dicen á la verdad (son palabras de dicho escritor) que como el bienaventurado san Pedro hubiese visto que llevaban al suplicio á su mujer, se alegró con efecto por esta vocacion y porque volvia á su mansion. Y que exhortándola, consolándola y llamándola por su propio nombre, le dijo: Acuérdate del Señor.» Hasta aquí Clemente Alejandrino. Por lo que, si se prueba que santa Petronila fué hija del apóstol san Pedro, manifiestamente se convence que fué hija de muy esclarecidos mártires.

(1) Clem. Alex., Strom., lib. 7.

CAPÍTULO IX

De las imágenes de san Norberto fundador, de san Bernabé Apóstol y de san Juan de Sahagun, doctor y catedrático de la Universidad de Salamanca.

1. Cuán ilustre y de cuán grande mérito haya sido en la Iglesia san Norberto, fundador de la orden de canónigos Premonstratenses, se echa bastantemente de ver por las cartas llenas de afecto y de amor que le escribió san Bernardo. Dicho santo, que era de linaje noble y abundante en riquezas, resplandeció mucho en el palacio de Enrique emperador de Alemania y de Flandes; pero sin duda resplandeció mucho más, cuando renunciando los honores y la renta eclesiástica que tenia, se dedicó cual otro Elías, con el mayor celo y ardor á la predicacion de la divina palabra, y vestido con ásperas pieles y trepando á pié descalzo por las nieves más espesas y congeladas, relució en toda la Iglesia, mostrándose no menos esclarecido por sus obras que por sus palabras. El fué el fundador de los canónigos á quienes apellidaron los pueblos ya desde sus principios Premonstratenses: cuya órden como se hubiese propagado admirablemente, se aumentó en gran manera en muchos lugares de la Europa, particularmente en una y otra Alemania, y floreció tambien en nuestra España, donde aún hubiera florecido más, si las dañadas intenciones de algunos no hubiesen impelido á ciertos poderosos para que algunos conventos y monasterios de dicha Orden, digna siempre de alabanza, se adjudicaran á otra religion á la verdad esclarecida, pero que no tenia necesidad de ellos: lo que más conviene callarlo que referirlo aquí largamente. San Norberto, pues, habiendo combatido antes valerosamente á favor de la Iglesia, y ayudado mucho á Inocencio II contra el malvado cisma de Pedro Leon, fué elegido, aunque rehusándolo él y contra su voluntad, Obispo de Mag-

deburg, esto es, el décimo quinto obispo de aquella silla; y finalmente lleno de méritos y virtudes, y procurando que se eligiera por Prepósito de la orden que habia fundado á su compañero Hugo, subió al cielo el dia 6 de Junio de 1134.

2. Acerca de las pinturas é imágenes de este santo sólo se me ofrece advertir, que suelen y deben pintarle teniendo en su mano aquel precioso vaso en que está la sagrada Eucaristía, y que vulgarmente llamamos «Viril ó custodia.» La causa de esto es, el que habiendo un perverso hereje llamado Tanquelino, vomitado en Antuerpia muchas impiedades contra el santísimo Sacramento de la Eucaristía en los tiempos de este santo, y esparcido varias heregías contra tan augusto misterio; como los fieles hubiesen llamado allá á Norberto, reprimió con todo valor y esfuerzo dicha heregía que apenas volvió despues á brotar, hasta los tiempos en que saliendo del abismo nuevas furias infernales, tuvieron la osadía de despreciar y combatir impía y nefariamente este mismo adorable misterio.

3. Aunque por lo comun, cuando se pintan los apóstoles no se pinta regularmente á san Bernabé, no obstante de haber tenido la misma dignidad, como consta de aquellas palabras (1): «Díjoles el Espíritu Santo: Separadme á Saulo y á Bernabé para el ministerio á que los he llamado;» y éste sea tambien el comun consentimiento de la Iglesia, convendrá sin embargo no pocas veces pintarlo separado de los demás. Por lo que será del caso advertir, que conforme dicen algunos escritores de la vida de este apóstol, los cuales acaso lo tomaron de cierto Alejandro monje de Chipre (de cuya fe y autoridad, no es ahora lugar de tratar); fué san Bernabé de estatura hermosa y venerable, como lo nota tambien claramente san Juan Crisóstomo, autor más calificado (2); y fuera de esto, paréceme á mí confirmarse lo mismo por un argumento de bastante peso, tomado de que los gentiles de Iconio

(1) Actor., 13, 2.
(2) Chrysost., homil. 30, in Acta.

(ciudad de Licaonia) donde moraban entonces san Pablo y san Bernabé, como hubiesen visto un patente milagro que habia obrado san Pablo, quisieron venerarles á ambos por dioses, y áun ofrecerles sacrificios: «Llamaban Júpiter á Bernabé (dice el sagrado historiador) (1) y á Pablo Mercurio.» Viene esto muy al caso: porque á san Bernabé que tenia un aspecto más venerable, le tenian por Júpiter; esto es, por el Dios Supremo: y á san Pablo (2), cuya «presencia corporal (como él mismo dice) era flaca ó de pequeña estatura,» le tuvieron por Mercurio, por la facilidad y elocuencia con que se explicaba. Convendrá, pues, que el pintor erudito tenga presente en la pintura de san Bernabé, su semblante respetable y venerando.

4. Por lo que, dos cosas me restan que advertirle. La primera, cuanto al género del martirio que padeció: lo que digo señaladamente, porque nadie con razon podrá dudar que muriese mártir, aunque entre los antiguos que tratan de san Bernabé, es muy rara la noticia que nos dan de su martirio. Pero ya la Iglesia lo ha afirmado constantemente, tanto por lo que ella ha practicado, como por lo que nos ha enseñado; y además, conforme observó un autor grave y erudito (3), ya los siros desde una antigüedad muy respetable, han acostumbrado hacer mencion en sus ordenaciones, así de los demás apóstoles como de san Bernabé, no sólo como apóstol, sí tambien como á mártir. Pero ¿para qué son menester tantas pruebas? El Martirologio Romano y el rezo eclesiástico dicen lo mismo: y lo que es más, en el cánon de la misa, que no hay cosa más sagrada, se lee el nombre de san Bernabé con los títulos de apóstol y de mártir; sin que sea necesario poner aquí sus palabras que no deben tratarse sino con suma veneracion y respeto. La sentencia comun que ha prevalecido, es, que al santo apóstol le

(1) Actor., 14, 11.
(2) 2. Cor., 10, 10.
(3) Joann. Mor., de Sacris Ordinat. p. 104 et 115.

apedrearon los judíos que moraban en Chipre: y así no se hará mal en pintar algunas piedras á sus piés ó como que las recibia en el pecho: al modo que he observado pintado á san Estéban, que padeció este género de muerte.

5. La segunda cosa que tengo de advertir al pintor, es, que debe pintar á san Bernabé con un libro en sus manos: lo que digo, no porque le tenga por autor cierto de aquella carta que anda con su nombre, y que áun los antiguos la miran con grande veneracion, sino porque el libro, como dijimos antes, es carácter del ministerio apostólico ó por otra causa más particular de que hablaremos luego. Con efecto, autores eclesiásticos muy antiguos hacen honorífica mencion de dicha carta: la citan Clemente Alejandrino (1), Orígenes, Eusebio, y lo que no es de menos autoridad, hace tambien mencion de ella san Gerónimo, y la atribuye constantemente á san Bernabé, aunque hasta ahora, ni la Iglesia ni los Concilios la hayan recibido en el número de las escrituras canónicas. ¿Y qué? ¿si dijéramos que san Bernabé debe pintarse con un libro por haberse encontrado en su pecho al abrir su sepulcro no pocos años despues de su muerte, el Evangelio de san Mateo escrito por la misma mano de san Bernabé? lo que además del citado monje Alejandro, lo refiere Teodoro Lector (2), y otros despues de él. Lo mismo refiere tambien su rezo con estas palabras: «En la isla de Chipre, reinando el Emperador Zenon, fué hallado su cuerpo, en cuyo pecho estaba el Evangelio de san Mateo escrito por mano de san Bernabé.» He querido tocar esto con ocasion de aquella venerable carta tal cual sea. Porque cuanto á los demás escritos que los herejes ó algunos menos inteligentes han atribuido á san Bernabé, no es menester decir nada; pues que el mismo cardenal Baronio (3) con su acostumbrada erudicion, los convence de falsos, supositicios é indignos de tan grande Apóstol.

(1) Clem. Alex. Strom., lib. 2, y en otro lug. Orig. Periarch. c. 2, et l. 2, cont. Cels. Euseb. lib. 6, cap. 14. S. Geron., de Script. Eccles. capítulo 6, et in Ezech., cap. 43.

(2) Theod. Lector ,lib. 2, pág. 552, Cedren. t. 1, p. 353.

(3) Ab A. C. 51, t. 1, Annal.

6. El mismo dia dedicado á san Bernabé murió el insigne y bienaventurado san Juan de Sahagun, á quien pasaría totalmente en silencio, si el honor de la Universidad de Salamanca, á quien procuro obsequiar cuanto está de mi parte, no me impeliera á no olvidar la memoria de este santo, y á que, contra ó fuera de mi costumbre, en honor de tan esclarecido héroe, tocara aquí, aunque por encima, los puntos más principales de su vida. San Juan, pues, de Sahagun (llamado así del lugar en que nació, conforme á la costumbre de aquellos tiempos que solia apellidar á los hombres, particularmente á los religiosos, por el renombre de su patria) nació de padres nobles, Juan Castillo y de Sancha Martinez el año de Cristo 1430; el cual, cuando apenas habia cumplido los primeros años de su niñez, luego se traslució en él, nosólo una muy buena índole, si tambien un ingenio excelente: y habiéndole recibido por uno de sus familiares el esclarecido don Alfonso Cartagena, arzobispo de Búrgos, y dádole una canongía en aquella Iglesia, resplandeció en gran manera por los ejemplos que dió de sabiduría y virtud. Pero este santo, llamado para cosas mayores, renunciando la canongía y demás renta eclesiástica, se fué á Salamanca, donde le llamaba Dios para que con sus sermones y ejemplos pusiera fin y remedio á las crueles sediciones, que á la sazon habia en aquella ciudad.

7. Allí, segun se convence por monumentos irrefragables, fué colegial del célebre colegio de san Bartolomé, al cual sólo con nombrarle se le llena de las mayores alabanzas. Y habiéndose hecho religioso de la Orden de ermitaños (como yo les llamo siempre) del gran Padre san Agustin y entrado en el famoso convento de esta religion que hay en la misma ciudad de Salamanca, hizo allí su solemne profesion, difundiendo por todas partes mayores rayos de su santidad y doctrina; de suerte que era celebrado y admirado de todos: á que se añadía el hacerle dado Dios la gracia de hacer milagros. Ni sirvió de poco su sabiduría; pues que hallándose en la famosa Universidad de dicha ciudad que florecia ya más de dos siglos habia, regentó una Cátedra de Escritura

con cuyas luces, sermones, y sus grandes ejemplos de santidad que dió al público, apaciguó y extinguió con la gracia de Dios aquellas turbulencias y sediciones de que antes he hablado, que ya habian llegado al extremo de que unos á otros se daban mútuamente la muerte. En esto empleó su vida, hasta que una mujer deshonesta á cuyo galan habia convertido el santo, le emponzoñó (permitiéndolo así Dios para mayor bien de su siervo) y murió de sus resultas en la misma ciudad el año de 1479, el mismo dia de san Bernabé como notamos antes. Esta es la suma de sus ilustres hechos y de su vida, dignísima por cierto del cielo: dejando á los escritores de dicha Orden, como ya con efecto lo han hecho, el hacer una más larga y circunstanciada narracion de su vida.

8. Por lo que respeta á sus imágenes, no puedo menos de aprobar la piedad ó afecto de los que pintan con el manto y beca propia de los colegiales de san Bartolomé á este santo, que entonces no era muy mozo; pero ni tampoco muy viejo, segun consta por la cronología que sigue exactamente el escritor de su vida (1); en que no puedo ni quiero detenerme más: particularmente floreciendo ya él entonces en dicho insigne colegio en gran santidad, la que quiso Dios testificar alguna vez con ilustres milagros, como fué el que estando un dia ocupadísimo, y habiéndosele pasado por olvido natural el rezar el Oficio divino, acordándose de ello con la mayor angustia y pesadumbre cuando estaba ya muy adelantada la noche y no encontrando entonces luz en ninguna parte, mereció que Dios le ayudara y consolara. ¡Caso admirable! Pues cuando estaba lleno de angustia y de temor se le apareció de repente un ángel con una hacha encendida, y afianzándose en un ciprés que todavía se vé en nuestros dias, se estuvo allí alumbrándole con luz más clara que la del sol, hasta tanto que el siervo de Dios hubo concluido todo su oficio; como lo refiere el mencionado escritor (2) citando á otros.

(1) R. P. Fr. Simon de Castelblanco, c. 14.
(2) Idem, c. 15.

9. Pero como este santo vivió 16 años religioso de la Orden del gran Padre san Agustin, en cuyo estado murió, es más frecuente (y con razon) el pintarle vestido con el hábito de que usan los ermitaños Augustinos: pero no deben pintarle (como lo hacen regularmente, á lo menos así lo he observado) muy jóven, ni tampoco de muchs edad; por haber muerto, conforme advertimos antes, cuando no habia cumplido aún cuarenta y nueve años. Píntanle tambien llevando con mucha reverencia en sus manos aquella custodia de oro ó dorada en que se expone el santísimo Sacramento para la adoracion del pueblo: no que el santo hubiese tenido necesidad en Salamanca ó en otra parte de disputar con los herejes sobre la verdad de tan grande misterio; no permita Dios en España, de donde nunca salió nuestro santo, tan fatal desgracia; es muy diversa la razon de dicha pintura, la que hemos de tomar de otra parte. Muchos autores fidedignos refieren constantemente que nuestro san Juan era tan devoto del santísimo Sacramento de la Eucaristía, que para celebrar se preparaba cada dia con singular pureza de alma; y además que para acercarse (por usar de las palabras del grande Augustino, Padre suyo y nuestro) á aquella mesa celestial y verdaderamente del Poderoso, se excitaba con tales ardores, considerando cómo debia prepararse, que lo que menos gastaba dos horas enteras en la celebracion del tremando sacrificio. Por lo que Cristo S. N. que verdaderamente ama á los que le aman, se manifestaba á su siervo de varias y admirables maneras. Pero óiganse las palabras de oro (pues que son de un santo) de un religioso de la misma Orden: este es santo Tomás de Villanueva (de quien hablaremos en su lugar) el cual lo compendió todo en estas palacras (1): «Hubo además un cierto Fr. Juan de Sahagun de nuestra Orden y Religion de san Agustin, á quien venera el pueblo de Salamanca con singular piedad y afecto (aunque todavía no está canonizado) por los innumerables milagros

(1) S. Th. de Villanueva, ser. Corpor. Christ., conc. 2.

que obra continuamente. Este varon como celebrase todos los dias el santo sacrificio de la misa y en él se detuviese mucho tiempo y por tanto lo llevasen á mal los que se la oían, le mandó su prelado en virtud de obediencia, que la concluyese más presto; lo que ya antes, aunque con más suavidad le habia advertido otras muchas veces. Entonces el mencionado religioso, porque no podia menos de obedecer, le manifestó todo su interior, diciéndole: «Perdóname, te ruego, Padre mio, que no puedo hacer otra cosa, pues que yo pecador veo cada dia con estos mis ojos á Jesucristo S. N. resplandeciente en la hostia.» Atemorizado el prelado con tal respuesta, postróse en el suelo pidiéndole perdon de la molestia que le habia causado y le dió facultad amplísima para detenerse cuanto quisiese. Esto lo supe yo, no por el mismo prelado, sino por otro varon gravísimo de nuestra Religion, que se lo habia oido á él mismo.» Hasta aquí el esclarecido prelado santo Tomás de Villanueva: con quien concuerdan otros á quienes cita el mencionado escritor de la vida de este santo. Y esta es la razon porque á san Juan á quien vulgarmente llamamos de Sahagun, lustre y gloria de la Universidad de Salamanca, se le pinta llevando en su mano el adorable Sacramento de la Eucaristía.

10. Y ya que hemos hecho mencion más de una vez de dicha Universidad tan celebrada en todo el orbe cristiano, será puesto en razon tocar aquí algo, aunque de paso, de los honores que ha tributado esta Universidad á su dignísimo catedrático despues de gozar ya de la gloria celestial. Como cundiera pues mucho la fama de su santidad, que cada dia se hacía más ilustre por la frecuencia de milagros, el Papa Clemente VIII de feliz memoria, le beatificó el dia 15 de Junio de 1601, cuya noticia no bien llegó á oidos de dicha Universidad, cuando á instancias de hombres sabios y gravísimos del convento de san Agustin de Salamanca y principalmente del Ilustrísimo D. Fr. Agustin Antolinez, que entonces regentaba la cátedra de Durando y despues fué Arzobispo de Santiago, se juntó claustro de Doctores el dia 24 de Mayo de 1602 y en él (habiéndose tratado el negocio con ma-

dura reflexion) se determinó que en adelante el dia 12 de Junio, en que se venera la memoria de san Juan, fuese feriado en la Universidad, lo que imitó despues la misma ciudad de Salamanca por lo que mira á los negocios civiles, y políticos, añadiendo otras demonstraciones de suma veneracion, que no es de este lugar referirlas á la larga: á que se agrega, que el año 1691 habiendo llegado á Salamanca con mucha alegría de todos la noticia de que el Pontífice Alejandro VIII de feliz memoria, antes Cardenal protector de mi Orden, habia canonizado á san Juan de Sahagun; es increible con qué demonstraciones de alegria recibieron tan plausible noticia el Ayuntamiento de la ciudad, la Universidad, el colegio de san Bartolomé y por fin el convento de PP. Augustinos. Esto es lo que me ha parecido decir sobre las pinturas é imágenes de san Juan de Sahagun: poco á la verdad por lo grande del asunto; pero demasiado por razon del estilo y método que suelo observar.

CAPÍTULO X

De las pinturas é imágenes de san Onofre Ermitaño, de san Antonio de Pádua, de san Basilio el Grande, y de san Paulino Obispo de Nola.

1. El dia 12 de este mes, en que se venera en Salamanca la memoria de san Juan de Sahagun, se hace mencion tambien del famosísimo anacoreta san Onofre: del cual, además de lo que se lee en los Menologios de los griegos y en otros monumentos de esta clase, lo que ocurre de más peso, es la alabanza que le da el Martirologio Romano, que á la letra dice así: «En Egipto, san Onofre Anacoreta, el cual vivió religiosamente en el vasto yermo por espacio de sesenta años, y subió al Cielo ilustre por sus grandes méritos y virtudes, cuyos hechos insignes escribió el abad Pafnucio.» Pero las notas que puso sobre este lugar el doctísimo Baronio, no nos

enseñan otra cosa más, sino la observacion que hace de las vastísimas soledades del Egipto, de las cuales la principal es la que Ptolomeo y otros autores de mejor nota llaman *Oasis*, que se divide en mayor y menor. Este Pafnucio, de quien se dice haber escrito la vida de san Onofre y que aún no está averiguado quien haya sido, no es autor que tenga yo en mi poder: pero está bien, que lo que escribió dicho Pafnucio, lo trae Tambien Lorenzo Surio, de quien transcribió su *Flos Sanctorum* (que así lo llaman) un autor pio y erudito (1): el cual fuera de la relacion de los muchos años que estuvo san Onofre en el desierto, y á excepcion de su preciosa muerte y de la sepultura que le dió el mismo Pafnucio, apenas nos dice otra cosa más.

2. Con ser esto así, no faltaron quienes refirieron muy á la larga la vida y hechos de san Onofre, entre los cuales parece ser el principal el P. M. Fray Pedro de Arriola de mi sagrada Orden, el cual por ser de un ingenio vivo y estar dotado de una rara elocuencia que tuvo muchas veces pendientes de su boca á muchas ciudades y pueblos de los reinos de Navarra y Aragon, como hubiese empezado á escribir la vida de san Onofre con este epígrafe: *El Anacoreta Rey* (2), en un estilo enteramente panegírico, se desvió del camino y asunto que se habia propuesto, de suerte que leyendo muchas veces su historia, (si se puede llamar tal la que, en lo perteneciente á Historia, Geografía y Cronología, por no decir otra cosa más grave, esparce cosas muy difíciles de creer) de nada habla menos que de san Onofre. Pero baste ya sobre este punto.

3. Por lo que mira ahora á las imágenes de este esclarecido anacoreta (que son muy frecuentes) está bien que al santo viejo se le pinte casi desnudo de todo el cuerpo, á excepcion de lo que pide la decencia que se cubra, y además cerdoso por todas partes y con una barba tan larga que le lle-

(1) P. Pedro de Ribadeneira.
(2) Edic. de Zaragoza, 1675.

gue hasta las rodillas. Mas el que junto á él se le pinten las insignias reales, esto es, el cetro y la corona, yo no me atrevo á condenarlo por error ó fábula, por haberse acaso tomado esto de los monumentos de aquellos que pensaron haber sido este santo rey de los hunos, é hijo de rey; pero la fe de esto dejémosla enhorabuena sobre ellos mismos: que yo, aunque muchas ciudades de Italia y de España le han elegido por patrono, no tengo nada que decir más que lo que llevo dicho.

4. Nadie ignora, y todos encarecen con magníficos elogios á aquel portugués, lumbrera brillante y honor de Lisboa su patria y de toda España: (¿pues á qué fin he de callar tan grande gloria?) nadie hay tampoco que ignore sus hechos, y que no los haya contemplado pintados repetidas veces. Por esto, tengo por más acertado abstenerme de referirlos, temiendo no me dé alguno en cara con aquel adagio latino tan trillado: *Soli lumen mutuas*, que solian aplicar los antiguos al que pretendia demostrar una cosa que de suyo era muy evidente. Adrede le he nombrado portugués y no paduano: porque, si bien Pádua ilustre ciudad de Italia, tiene la gran gloria de dar el nombre á Antonio, ¿por qué he de defraudar de esta alabanza al lugar donde nació el santo? Enhorabuena, y con razon (espontáneamente lo confieso) tiene Pádua por suyo á Antonio, por haber sido Pádua el principal teatro donde obró el santo tantas maravillas, por ser Pádua la que antiguamente debió á Antonio su libertad, y por ser ella en fin la que tiene la dicha de poseer sus sagradas cenizas. Pero ¿quién por esto despojará á Portugal y á España toda de una gloria tan estimable? Y baste ya sobre este particular. En cuanto á sus imágenes (ya que vamos á tratar de ellas) no puedo omitir aquí, el que en esta córte, en la célebre iglesia que está junto á la Real Casa que llaman de san Antonio de los Portugueses, se ven pintados los ilustres hechos de este santo por manos de insignes pintores, deleitando la vista y excitando á devocion á toda la gente pia, y á admiracion á todos los peritos en el arte. Allí se ve como obliga Antonio con su imperio á que un bruto, olvidado del hambre que

padecía, adore al Santísimo Sacramento: como él mismo aparta una furiosa tempestad de la muchedumbre de su auditorio: como en la orilla del mar está predicando á los peces mudos que le oían con mucha atencion: y otros muchos milagros. Con efecto, apenas hay otro santo cuyas imágenes sean más frecuentes y óbvias. Pero entre todas ellas, la más conocida y comun es aquella en que se representa al santo teniendo en su mano ó junto á sí un ramo de cándidas azucenas, y al Niño Jesus ya sentado sobre su libro, ya teniéndole con reverencia en sus purísimas manos, ó bien estando en pié sobre una mesa junto á él; pues es constante, que le vemos pintado de todas estas maneras, segun las varias imaginaciones de los pintores.

5. Dió ocasion á que le pintaran de este modo lo que debemos respetar con humilde veneracion, y lo refiere, además de los antiguos, el ilustrísimo y cultísimo escritor de los Anales de los Padres Franciscos (1), el cual dice así: «Cerca de la ciudad de Podio, en Francia, habiéndose hospedado el santo en la casa de un muy devoto suyo, le dispuso el hospicio en una cuadra separada del comercio de la familia, porque con más quietud y silencio se diese al ejercicio de la oracion. Cuando ya toda la casa estaba recogida, el devoto huésped quiso con piadosa curiosidad ver que hacia en aquellas horas el santo, y acercándose á la cuadra con silencio y cautela, reparó por los resquicios que estaba llena de extraordinarios resplandores: avivóse con esta extrañeza su curiosidad, y vió un niño hermosísimo puesto sobre la mesa del estudio, con quien el santo se regalaba con dulcísimas y amorosas caricias, y que con él en los brazos se quedaba absorto y elevado. Y de aquí tiene orígen, (como poco despues dice el mismo escritor) el pintar á san Antonio con el Niño Dios en los brazos.» Pero no me agrada (cosa que de ningun modo quiero callar ni disimular aquí) el que acostumbrados los pintores á pintar contra la fe del Evangelio, totalmente des-

(1) Ill. D. Fr. Damian Cornejo, Cron., t. 2, l. 3, c. 26, p. 342.

nudo al Divino Niño en el pesebre (conforme advertimos antes), practiquen lo mismo cuando le pintan con san Antonio: lo que ya expresamente arriba y tambien en muchos otros lugares, si no me engaño, hemos hecho ver cuán ajeno es de la gravedad y modestia cristiana. Pero esto es dar, como dicen, música á un sordo.

6. Una de las cosas en que me parece se debe parar más la consideracion, es, en que así en éste como en otros pasos de la vida del santo, le pintan, no de un aspecto varonil (conforme convenia) sino como mozo y áun casi sin barba, encarnado, rubio y muy lleno de cara, cosa que reflexionándola yo dentro de mí mismo, no sé llamarla de otro modo, sino mónstruos de ligereza y de ignorancia. Es cierto que no pasó la vida de san Antonio de 36 años, pues que habiendo nacido el año de Cristo de 1195, murió el año de 1231. Pero esta edad no se representa bien pintando á un mozo sin barbas, sino representando á un hombre de edad verdaderamente varonil: á más de que, fatigado por los muchos trabajos de su predicacion y casi extenuado por los ayunos y áspera penitencia, no es conforme á razon que se le pinte mozo y cual le describimos arriba. Con efecto, el excelentísimo y eruditísimo señor don Manuel Fernandez Pacheco, marqués de Villena y duque de Escalona, de quien hago honrosa mencion, sin que jamás se me borre de la memoria el respeto que le debo, como testigo ocular que era, me contó haber visto él mismo estando en Italia una imágen de san Antonio, que decian ser su verdadera efigie, en la que no se le veía pintado mozo, sino como hombre hecho y no muy blanco de semblante, sino moreno y que aunque macilento, tenia sin embargo un aspecto grave y digno de un varon apostólico.

7. Entre las imágenes de san Antonio, mereceria sin duda pintarse un hecho que hasta ahora nadie creo lo ha visto pintado, por lo menos yo no lo he visto, y seria muy del caso que se representase semejante hecho, porque excitaría más el culto y la piedad para con el glorioso Antonio. El caso pasó así. El año de 1403 que era casi el treinta de la muerte

de este santo, como se hubiesen descubierto sus preciosas reliquias para llevarlas á otra parte, se encontró el venerable cadáver, por lo tocante á sus carnes, reducido enteramente á cenizas. Pero ¡oh admirable testimonio de su santidad! ¡Oh pasmo del poder de Dios! La lengua, la lengua, digo, el más corruptible de todos los miembros, se encontró no sólo entera, sino fresca y encarnada, como sí poco antes se la hubieran cortado. Atónitos, como es justo, refieren el caso los historiadores: y yo añadiré gustoso, que la misma lengua despues de la muerte, es la más verdadera y una no muda, sino elocuentísima imágen de san Antonio. Conoció esto muy bien y lo confesó el Doctor seráfico, que á la sazon era maestro general de la Orden, el cual, habiendo presenciado el lance, tomó en sus manos dicha lengua, más preciosa que el oro, y besándola con reverencia, prorumpió en estas fervorosas palabras: «¡Oh bendita lengua, que siempre alabaste á Dios y que fuiste causa de que tantos le alabaran fervorosamente! Ahora se conoce á la verdad cuánto mereciste para con Dios.» Dicho esto, procuró que se cerrara el precioso tesoro en una cajita de cristal, y que se le diera la debida veneracion. Mucho comprendió san Buenaventura en pocas palabras, pero si el lugar ó las circunstancias le hubieran permitido decir más de dicha bendita lengua, no tiene duda que podia ejecutarlo con muchísima más extension. Porque ella fué la que contuvo á los herejes; la que corrigió y reprehendió con imperio á los tiranos; la que redujo á piedad y penitencia á los pecadores; la que, predicando delante del Sumo Pontífice, le granjeó del mismo Papa el nombre de Arca del Testamento, la que, inspirada y movida por espíritu profético, predijo y vaticinó lo futuro. Ella fué, finalmente, ó por mejor decir, es (pues todavía dicen que existe y que la enseñan) la que refiere y nos recuerda con más primor y elegancia que ninguna otra cosa, no sólo los lineamentos del semblante del santísimo Antonio, sí tambien sus costumbres: por lo que no es de extrañar que san Buenaventura, doctor no mudo, sino sabio y muy elocuente, hable con ella como á la más viva imágen de san Antonio.

8. Sobre lo cual, por más que parezca que me aparto algun tanto de mi asunto, no puedo dejar de poner aquí una cosa muy extraña, desconocida, segun pienso, para muchos, áun de los que han puesto no poco trabajo en observar y leer mucho. Cuéntala un autor muy fidedigno y recomendable, no sólo por su gran doctrina y erudicion, sino especialmente por su singular probidad, pues sin su autoridad y juicio, seria cosa que carecería de toda fe. Estas son sus palabras (1): «En Villacastin lugar bien conocido en Castilla la Vieja, donde yo naci, hubo años ha en tiempo del rey don Enrique el Enfermo, un hombre verdaderamente profeta, que dijo algunos trabajos que vinieron despues á Castilla, y con libertad santa y profética reprehendia al rey hasta venirle á cortar la lengua en Segovia, y habló despues como si la tuviera volviéndose á ella que estaba enclavada en la picota y diciendo: Vos estareis ahí, porque decís las verdades.» Y prosiguiendo el mismo asunto este pio y gravísimo autor, añade: «Y yo siendo muy niño alcancé á una señora de aquel lugar que vivió muchos años, y si bien me acuerdo, decia ella que le habia conocido. Y en aquel lugar contaban esto hombres curiosos de la antigüedad á quien se debia creer.» Esto dice el citado autor: lo que he querido referir aquí con ocasion de la lengua de san Antonio que está todavía fresca é incorrupta, para que cotejando uno y otro suceso, se eche de ver la providencia de Dios, su bondad y benignidad para con aquellos que usan bien y con prudencia de su lengua.

9. Lo que un poeta no despreciable dijo con gracia y agudeza de la pintura del eco, ó de aquella ninfa vocal de quien hacen mencion los poetas; con razon puede aplicarse á san Basilio el Grande. Por lo que, si alguno pintare con colores vivos y propios la misma abstinencia y un ánimo abstraido de todos los deseos terrenos y humanos, éste hará una pintura cabal de san Basilio el grande. Si yo hubiese toma-

(1) P. Franc. Ribera, Vida de santa Teresa, l. 4, c. 5, p. 354.

do á mi cargo un tal empeño, lo que sobrepujaría mis fuerzas, hubiera trasladado aquí á la letra la oracion monódica de su compañero é íntimo amigo san Gregorio Nacianceno, y además las obras del mismo san Basilio principalmente sus cartas; pues de todo, se formaría la historia más verdadera y puntual de sus hechos. Pero esto no es de mi inspeccion: ni quiero adoptar tampoco la historia de san Basilio que vulgarmente se atribuye á Amphiloquio obispo de Jeonio, por reprobarla hombres muy célebres, como Baronio, Belarmino y Antonio Posevino (1). Y san Efren syro, varon muy pio, aunque dice en alabanza de san Basilio muchas cosas dignísimas de leerse; sin embargo apenas dice nada que sea propio de mi intento: y así dejando los hechos de este santo á las voces de la fama, ó cubriéndolos con el velo de un humilde y respetuoso silencio, sólo se me ofrece decir lo siguiente por lo que mira á sus pinturas é imágenes.

10. Porque, el que á este santo se le deba pintar viejo, aunque no decrépito (como, si no me engaño lo han hecho algunos); pero sí de edad de cerca 70 años, pueden persuadírnoslo sus hechos, sus peregrinaciones y viajes que emprendió por devocion, y á fin de aprender la sabiduría. Porque, si bien nada he podido averiguar de cierto del año en que nació, con haber hecho varias diligencias para investigarlo; consta sin embargo haber muerto el año 378, despues de haber cumplido ocho años y medio de obispo. Y por lo que pasó antes de su consagracion, si bien se examinan los monumentos de su historia que hemos insinuado brevemente, se colige haber muerto de la edad que acabamos de decir. Fué la forma y figura del cuerpo de san Basilio (si se puede decir que tenia cuerpo, el que alimentándose sólo de espíritu, no tenia más que piel y huesos) cual nos la refiere un antiguo manuscrito hallado en la biblioteca vaticana que alega el cardenal Baronio (2), el cual dice así: «Por un código anóni-

(1) Baron., t. 4, Annal. ad an. Chr. 363. Belarm. de Scriptor. Eccles. Anton. Posevin., in Apparat. Oper. D. Basilii.

(2) Baron., tom. 4, Annal. ad Ann. Chr. 378.

mo del Vaticano, consta haber sido san Basilio alto y derecho de estatura, seco, delgado, moreno, rostro macilento, proporcionada la nariz, arqueadas y contraidas las cejas en aire de pensativo, pocas arrugas en el semblante y éstas gratas á la vista, largas las mejillas, las sienes algun tanto cóncavas, larga la barba y algun tanto cana. Concuerda con esto (añade el citado cardenal) lo que refiere san Gregorio Nacianceno en la oracion monódica cuando dice de él, que fué pálido, barbudo y pensativo.

11. Es tan cierto y evidente que cada cual alaba sus cosas y las tiene en mucho, que para ello no se necesita de prueba alguna. Voy á decir en pocas palabras lo que me impele á hacer mencion de esto. Venera la Iglesia con rito simple, como decimos, á san Paulino obispo de Nola, hombre que apenas se encuentra con quien cotejarlo, así en un siglo como en otros; no sólo por lo que mira á su doctrina y erudicion, sí tambien (que es lo principal) por lo que respeta á su santidad: pero mi sagrada Orden por concesion apostólica celebra la fiesta de este santo con rito doble. El motivo es el haber sido dicho santo excelente imitador, ó por hablar con más verdad, el primero que en cierto modo abrió el camino á aquel Instituto celestial que todos alaban y admiran con razon, esto es, de estar con una voluntad firme y resuelta de quedarse en rehenes bajo el poder de infieles, siempre que lo requiera la necesidad del prójimo, y del pobre cautivo que gime bajo el pesado yugo de los infieles. Cuenta todo esto más largamente de lo que permite mi asunto referir aquí, aquel pontífice no menos grande por sus hechos, que por renombre, san Gregorio el Magno (1); pero como el rezo de san Paulino lo refiere más breve y sucintamente, me ha parecido poner aquí sus palabras: «Despues (dice su rezo, esto es, despues de la mencionada irrupcion de los godos en las orillas de la Campaña) como los vándalos infestasen aquellas mismas regiones, pidiéndole una viuda que redi-

(1) S. Greg., 3, Dial., c. 1.

miese á su hijo, y habiéndolo ya gastado todo en este oficio de piedad, se quedó esclavo por él. Habiendo, pues, partido á Africa, tomó á su cargo el cuidar del huerto de su amo, que era yerno del rey. Y como dotado de un espíritu profético, hubiese predicho á su amo la muerte del rey, y visto éste en sueños á Paulino sentado en medio de dos jueces, quitándole el azote de sus manos; siendo entonces conocido este varon tan grande, le dejaron ir con el mayor honor, condonándole todos sus conciudadanos que estaban cautivos.

12. No ignoro haber muchos en el dia, que piensan no ser muy verdadera esta narracion: así por no concordar mucho con la cronología de aquellos tiempos, como por referirla solamente san Gregorio, el cual (dicen) pudo engañarse ó ya por el falso rumor que corría, ó acaso tambien por flaqueza de memoria. Cuanto á lo primero, no es aquí lugar de examinar las cuestiones y enredos de cronología, que esto lo han hecho otros, segun pienso (1). Y por lo que mira á lo segundo, es bastante el que refiera semejante hecho un varon tal cual fué san Gregorio, y que vivió en unos tiempos poco distantes de aquel en que esto aconteció: de suerte que cualquiera sóbriamente sabio y pio, debe contentarse con su autoridad. Pero lo que singularmente debe advertirse, es, que no sólo fué san Gregorio el que hizo mencion de dicha historia y narracion, sino otros, y no pocos en número. Con efecto aquel monje eruditísimo, don Lúcas Dacheri (2) tiene un escrito de Atton, obispo Vercelense, en que se dice hablando de san Paulino: «Leemos del bienaventurado Paulino obispo, que habiéndose entregado él por cautivo y áun por esclavo, para libertar al hijo único de una viuda, libertó con esto á muchos cautivos. Por cuyo motivo, no solamente le alabó san Gregorio, sino tambien muchos otros Padres santísimos.» Esta es la causa por que mi órden celebra con más solemnidad la memoria de san Paulino obispo de Nola, pues

(1) V. á Paulino ilustrado por el P. Franc. Chifflet. Divion. 1662. Véase la últ. edic. de este P. que es exactísima en 4, París 1685.

(2) Dach., t. 8, Spicileg., p. 136.

que como ilustre imitador de Cristo y muchos siglos antes que san Pedro Nolasco, ejecutó la nobilísima accion de quedarse en rehenes en poder de los bárbaros. Sería un trabajo supérfluo el contar ahora las debidas alabanzas que han dado á este Padre, los principales padres de la Iglesia, san Agustin, san Gerónimo, san Ambrosio, Sulpicio Severo y otros muchos. Vea quien gustare la edicion que se hizo en Antuerpia de este santo, cuidando de ella los doctísimos Padres Fronton le Duc, y Heriberto Rosweido, que recogerá sin duda más abundante fruto.

13. Finalmente, por lo que toca á mi propósito, esto es, á las imágenes y pinturas de san Paulino, es cierto que si le hubiesen consultado á él cuando aún vivía, no habria ninguna. Es muy célebre la carta del mismo santo que escribió á su íntimo amigo Sulpicio Severo, el cual, como antes le hubiese rogado que (ya que no podia gozar de su presencia) le hiciera el favor de enviarle siquiera un retrato suyo; así le responde el pio y prudente Padre (1): «Qué podré responderte acerca de la peticion que me haces, suplicándome que mande sacar mi retrato y te lo remita? Ruégote por las entrañas de la caridad: ¿qué consuelos de amor verdadero puedes sacar de estas formas vacías? ¿Cuál retrato deseas que te envie; el del hombre terreno ó del celestial? Sé que tú apeteces con ánsia aquella imágen que ha amado en tí el Rey de los Cielos; ni de mí puedes necesitar otra que aquella segun la cual fuiste criado, con que amas al prójimo como á tí mismo, sin querer preferirte á mí en nada, para que no haya cosa alguna desigual entre nosotros. Pero yo, pobre y doliente, estando aún detenido en la hediondez de la imágen terrena, y representando con mis sentidos y acciones terrenas más al primero que al segundo Adan, ¿cómo podré hacerte una pintura de mí, cuando veo que la corrupcion de este mundo ofusca en mí la imágen del hombre celestial? Por todas partes me estrecha el pudor: avergüénzome de pintar lo que

(1) S. Paulin. Nolan., epist. 8 ad Severum.

soy, ni me atrevo á pintar lo que no soy: aborrezco lo que soy, y no soy lo que quiero ser.» La profunda humildad de este santo, hizo que él escribiese elegantemente de sí mismo éstas y otras muchas cosas.

14. Sin embargo, no pudo el santo huir del todo el afectuoso amor de Sulpicio, pues que habiendo éste fabricado un baptisterio en cierta Basílica, puso allí dos imágenes cara á cara: la una de san Martin Turonense, y la otra de Paulino que aún vivía. Así que lo supo Paulino, sintió mucho un tal hecho: pero lo toleró de algun modo, aplicando la significacion de esto á la desemejanza de sí mismo con san Martin, para que así se echase más de ver un santo é inocente en san Martin, y en él un malo y un réprobo. Y habiendo pedido Sulpicio á Paulino que le enviara algunos versos para adornar el Bautisterio, al fin se los envió, pero respirando por todas partes modestia y humildad. Oigamos, que será mejor, al mismo Paulino (1): «Por esta razon (escribe á Sulpicio) te he complacido en enviarte los versos acerca de las pinturas que has colocado en el baptisterio, para que se echara de ver el motivo de tu determinacion, por cuyo medio procurando la instruccion de los hombres nuevos (entiende los que renacieron nuevamente en las aguas del Bautismo) les habias propuesto dos objetos muy diversos entre sí, á fin de que en saliendo de las sagradas fuentes, viesen á un tiempo á quien debian evitar y á quien seguir.» Y por decir esto mismo en verso, pero con más belleza y elegancia (pues estaba acostumbrado el santo en escribir así en prosa como en verso) me ha parecibo bien poner aquí sus mismos versos, que dicen así:

«Abluitis quicumque animas et membra lavacris,
Cernite propositas ad bona facta vias.
Adstat perfectæ Martinus regula vitæ:
Paulinus veniam quo mereare docet.

(1) Idem, Epist. 12 ad Severum.

Hunc peccatores, illum spectate beati:
Exemplar sanctis ille sit, iste reis.»

Lo que de paso he querido referir aquí, para que se vea cuán modesto y humilde fué san Paulino, y cuánto aborreció sus imágenes, de quienes vamos ahora á tocar algo.

15. Que á este santo se le deba pintar viejo y respetable por sus venerandas canas, se convence de sus hechos y escritos, por los cuales examinados con reflexion, consta haber sido coetáneo del grande san Agustin á quien sobrevivió un año sólo, como observaron muy bien los Padres Fronton le Duc y Heriberto, que dieron nuevamente á luz las obras de dicho santo y escribieron su vida. Murió, pues, Paulino el año 431, dia 22 de Junio, de edad de 77 años, por haber nacido, segun parece, el año de 534. Fué, como dicen los mismos escritores, de un semblante lleno de decoro y noble, como parece convenia á un hombre que por la sangre era principalísimo y de una casa muy distinguida, y además (pues no quiero omitirlo) cuando voló al Cielo la dichosa alma de Paulino, su semblante y todo su cuerpo apareció de tal suerte de un candor de nieve, «que todos entre sollozos y lágrimas (son palabras del esclarecido Uranio, que se halló presente á la muerte del santo) (1) alabaron á nuestro Dios y Señor, que engrandece á los santos para manifestar á sus siervos que esta es la gloria destinada á todos ellos.» Ni debo tampoco pasar en silencio el que graciosamente y sin nota de algun error, se puede pintar á san Paulino en figura de hortelano. Pues sobre haber él ejercido este oficio en Africa cuando por el hijo de la viuda se dió allí por esclavo al yerno del rey, como consta de la mencionada narracion y más largamente de las palabras de san Gregorio Magno en el lugar citado; es constante por sus mismos escritos, que entendió muy bien este inocentísimo oficio, y que le ejerció como particular: y

(1) Narration. de obitu S. Paulini apud Surium., tom. 3, die Junii, 22.

aún advirtió frecuentemente á sus amigos dicho varon sobremanera pio, que si se ocupaban alguna vez en labrar la tierra, pensaran incesantemente en cultivar sus almas delante de Jesucristo. A eso se dirige el amigable y oportuno aviso que escribió á uno de ellos (1): «Cuando estás en el campo (le dice) y estás mirando tus campiñas, piensa ser tú tambien campo de Cristo: y mírate á tí mismo como á campo tuyo. Y al modo que pides á tu mayordomo que cultive tus campos, de esta misma manera cultiva tu corazon para tu Dios y Señor, y entiende, que lo que te agrada ó desagrada en tu campo, esto mismo es lo que agrada ó desagrada á Cristo en tu alma.» He dicho esto con ocasion de hablar de cosas de mi intento, en que acaso me he alargado demasiado.

CAPÍTULO XI

Sobre las pinturas é imágenes de la anunciacion que hizo el Angel de la concepcion de san Juan Bautista, ilustre Precursor de Cristo Señor nuestro.

1. Sería un trabajo inmenso, si quisiera seguir con individualidad las muchas cosas que se ofrecen y que son muy propias de mi asunto, acerca de las pinturas é imágenes del esclarecido Precursor de Jesucristo: por lo que escogeré lo más oportuno y principalmente lo que necesita de más correccion y enmienda. Con efecto, habiéndose anunciado por revelacion la natividad del Bautista á Zacarías su padre; y habiendo visto yo muchas veces la pintura de este hecho, no tanto me ha parecido ver pintada una narracion verdadera de lo acontecido, como delirios de quien está soñando. Es muy cierto y no admite duda que la anunciacion de san Juan Bautista la hizo el arcángel san Gabriel dentro lo más sagra-

(1) S. Paulin., ep. 30, ad Aprum., 2.

do del templo, al sacerdote Zacarías, que habia de ser padre de tan ilustre héroe, estando el ángel al lado del altar de los thymiamas ó del incienso. Esto nadie lo ignora ni puede ignorarlo aunque no esté muy instruido: sin embargo nuestros pintores para representar y ponernos á la vista semejante hecho fingieron y pintaron (si puedo explicarme así) un cúmulo de errores. Primeramente suelen pintar un templo, pero no el único que tuvo toda la nacion de los israelitas, como lo demostramos arriba, á saber, el de Jerusalen que primero lo edificó Salomon (1), y despues fué restaurado segun lo permitieaon los tiempos, conforme dijimos allí mismo: no suelen, digo, pintar dicho templo, sino otro muy distinto cuyas ideas se figuraron ellos; esto es, un templo muy parecido á los nuestros, cual es (por usar de un ejemplo ilustre) aquel real y magnífico que el poderosísimo y piadosísimo rey Don Felipe II erigió en el Monasterio de san Lorenzo poco distante del lugar del Escorial. Pintan despues, ó por mejor decir, figuran en lo más retirado del templo la antigua Arca del Testamento medio cubierta con un velo: á sus lados dos querubines, y junto á ella Zacarías en pié ó arrodillado; y (lo que es muy digno de advertirse) nos lo representan adornado con las vestiduras é insignias que sólo correspondian al Sumo Pontífice y llevando en su mano el incensario. ¿Pero qué incensario? no el que usaban los antiguos ó los sacerdotes de la ley antigua, sino como los usamos en nuestros templos y con aquellas cadenillas por donde corre la tapa del braserillo en que se ponen las áscuas. Pintan tambien no muy lejos un altar; pero no cual era el que había antiguamente, y cerca de él á un ángel en pié. En lo restante del templo ó no ponen ningun cuidado, ó no tiene ninguna proporcion con el antiguo. Y para que se vea cuán neciamente fingen todo esto, diré lo más brevemente que pueda, lo que se ofrece que decir sobre este particular.

2. Aquel templo consagrado al Dios Omnipotente Criador

(1) Lib. 3, cap. 4, n. 2, p. 223.

del cielo y de la tierra, que edificó Salomon rey de Israel, y lo que es muy digno de admiracion, en el espacio de solo siete años, con el cual si se quieren cotejar todas las maravillas del arte, que ó bien nos cuentan las historias, ó nos fingieron las fábulas de los griegos, apenas deben reputarse por casillas de pobres ó por chozas de pastores; ora se mire su capacidad, su materia ó el arte: aquel templo, digo, cuanto lo permite la materia de mi asunto, he hecho ver antes cuán desemejante era á los nuestros. Dicho templo, pues, ya desde las mismas puertas se dilataba por una larguísima y espaciosa capacidad, extendiéndose por atrios de los cuales el primero era el de los gentiles ó extranjeros, y el último que se llamaba de los israelitas. Cerraban por todas partes estos grandes espacios, unos pórticos sobremanera magníficos: dentro de ellos habia muchas salas y recámaras destinadas para habitacion de los ministros del templo, las que eran tantas y tan varias, que un diligente escritor apenas puede, no digo explicarlas perfectamente, pero ni aún referirlas en un tomo entero y de mucho volúmen. Y en cuanto á nuestro asunto (lo que ya notamos arriba) no estaban lo atrios cubiertos con algun techo (que esto no podria ser) sino enteramente descubiertos como era preciso para sacrificar y quemar en holocuasto tantas víctimas de animales aún de los mayores. Estos atrios del Señor, que hasta los niños saben lo que eran, se trataban y veneraban con tal respeto y reverencia, que en el que era propio de los Israelitas y donde entraban los hombres y mujeres del pueblo de Israel, con tal que estuviesen purificados segun y como mandaba la ley, nadie podia estar allí sino descalzos los piés. En medio de este segundo atrio, que era de una mole y magnitud extraordinaria, habia un altar de bronce destinado para los sacrificios y holocaustos, y en él conforme estaba mandado por ley, de dia y de noche habia fuego. Además de esto, á su lado estaba colocado aquel vaso, que con razon llamaban «mar de bronce,» pues que en él cabia una cantidad prodigiosa de agua, lo que nadie apenas podria creer si no lo refiriera la misma escritura. Todas estas y otras muchas cosas que omito de propósito, las saben muy bien áun aquellos

que sólo han puesto una mediana diligencia en leer los libros sagrados: pero son enteramente desconocidas á los pintores, aunque por otra parte sean muy peritos en el arte de la pintura, los cuales acomodando muchísimas veces las cosas á sus caprichos y antojos, no tanto refieren los hechos con el pincel, cuanto los fingen y desfiguran.

3. Y supuesto que hemos venido á parar aquí, me parece esta ocasion oportuna para tocar algo ahora, aunque de paso, de las imágenes ó estátuas que colocan frecuentamente los pintores no sólo en los palacios de los reyes de Israel, por ejemplo en el de David y en el de Jerusalen, sino (lo que es peor) en el mismo templo de Jerusalen, que ciertamente no puede darse cosa más absurda. Cómo estuviese pues, prohibido por ley divina á los hebreos el que pudiesen fabricar ningun simulacro ó imágen de hombre ni de ningun animal, y siendo este el primer capítulo de la ley que promulgó Dios, como consta de estas palabras (1): «No te harás ninguna estatua, ni figura de cosa que esté arriba en el cielo ni abajo en la tierra, ni en las aguas debajo de la tierra;» y repitiéndose lo mismo en otros muchísimos lugares (2) los judíos que habian padecido la cautividad de Babilonia por haber tenido consigo simulacros é ídolos á quienes habian tambien tributado culto, conforme á la propension que tenia aquella nacion á este género de maldad: al volver despues á su patria, se abstuvieron tan religiosa y si puede decirse tan supersticiosamente de cualesquiera imágenes, que no las permitieron en ninguna parte. No es menester detenerme mucho en probar esto: basta alegar á uno de ellos mismos bien instruido en sus patrias costumbres, cual es Josefo. Con efecto, por lo que respeta al templo que el mismo escritor describe con la mayor exactitud y diligencia (3) no sólo segun la forma en que Salomon lo habia edificado, si tambien segun es-

(1) Exod., 20, 4.
(2) Lev., 26, 1, Deut 5, 8, et 27, 15, etc.
(3) Antiq, l. 8, c. 2.

taba en su tiempo cuando otros lo habian restaurado y principalmente Herodes llamado el Magno (1): por lo que respeta digo, al templo son muy claras las palabras del mismo Josefo hablando de aquella grande águila de oro que Herodes habia puesto en su fachada, para adular como es creible al imperio de los romanos, que tenian por insignias las águilas como saben áun los mismos muchachos, pues se explica así (2): «Entre otras cosas habia dedicado un don precioso sobre la puerta mayor del templo: á saber una águila de oro de mucho peso, sin embargo de prohibir la ley á nuestra gente el poner imágenes y consagrar efigies de animales.» Y en otro lugar (3): «Los cuales (habla de los principales entre los judíos) como hubiesen oido que el rey se iba consumiendo por la enfermedad y tristeza, hablaban entre sí... para que se destruyese lo que se habia fabricado contra las leyes patrias: por no ser lícito haber en el templo imágenes ni simulacro alguno de ningun aspecto ni de ningun animal.» Pero lo que todavía hace más evidente esto mismo y verdaderamente lo demuestra, es aquel hecho que refiere el mismo Josefo haber sucedido cuando se acercaba Poncio Pilatos á Judea, que por muerte de Argelao habia reducido Tiberio en forma de Provincia: este hecho aunque Josef lo describe largamente, quiero ponerlo todo entero, para que echen de ver los que no reparan en ello, cuán grande horror les causó á los judíos el haberse puesto imágenes no sólo en el templo pero áun en la ciudad; pues dice así (4): «Habiendo Tiberio enviado Pilatos á Judea y tomado éste el mando de aquella region, á deshora de la noche entró en Jerusalen imágenes del César que estaban tapadas, lo que al cabo de tres dias movió un grande tumulto entre los Judíos: pues los que estaban

(1) Ibid., l. 15, c. 14, et de bello Judaic., l. 6, c. 6.
(2) Antiq., l. 17, c. 8.
(3) De bello Jud., l. 1, c. 21.
(4) Ibid., l. 2, c. 8.

presentes quedaron atónitos y pasmados como si viesen ya profanadas sus leyes por no serles permitido colocar ningun simulacro en la ciudad. A las quejas de los judíos que habia en la ciudad, concurrió tambien al instante una gran muchedumbre de los que moraban en los campos: é yéndose de allá á Cesaréa hicieron las mayores súplicas á Pilatos, para que mandara quitar las imágenes de Jerusalen y se les conservaran sus derechos patrios. Pero no condecendiendo Pilatos á sus súplicas, cayeron postrados en tierra junto á su casa y permanecieron inmobles cinco dias y cinco noches contínuos. Subiendo despues Pilatos al tribunal, convocó con mucha diligencia una muchedumbre de judíos como que iba á responderles: cuando de repente habiendo hecho señal á los soldados (que así estaba dispuesto) rodearon armados á los judíos; los cuales como se viesen rodeados por tres escuadrones, estaban llenos de estupor al ver el inesperado semblante de las cosas. Entonces denunciando Pilatos que pasaría á todos á cuchillo si no recibian las imágenes del Cesar, hizo señal á los soldados que desenvainarán la espada. Pero los judíos, como de comun acuerdo, se postraron todos de repente y presentaron desnudas sus cervices para recibir el golpe, dando todos grandes voces, que más querian morir que se profanara la ley. Por lo que admirado Pilatos de ver el afecto del pueblo á su religion, mandó luego quitar las estátuas de Jerusalen.»

4. Podria añadir todavía otras cosas más: principalmente lo que refiere el mismo historiador haber acontecido durante el imperio de Cayo Calígula, en cuyo lugar se dice expresamente (1): «Pero alegando ellos (los judíos) ser esto contra su ley y patrias costumbres; y que lejos de poder colocar alguna estátua de hombre, ni aún les era lícito poner simulacro alguno de Dios, no solamente en el templo, pero ni en ningun lugar profano de toda la region, etc.» Y siendo esto así ¿dónde, pregunto, tienen los sesos los que pintan esta-

(1) Ibid. cap. 9.

tuas, no solo en la ciudad de Jerusalen cuando la habitaban los judíos y en las casas ó palacios de los reyes, sino en el mismo templo? Pero estos son los acostumbrados delirios de los pintores poco sabios: motivo por lo cual me he tomado yo el trabajo de instruirles en este libro. Pero examinemos ya lo restante del templo de Jerusalen, cuanto lo permite el intento que me he propuesto.

5. En la parte superior del atrio de los israelitas, estaba aquella estancia más sagrada, que propiamente llamaban *Casa de Dios*, la que constaba sólo de dos recámaras ó salas, de las cuales, á la primera le daban el nombre de *Sancta*, y á la segunda la apellidaban con el nombre más augusto de *Sancta Sanctorum*. En la primera, no solamente no podian entrar las mujeres, pero nadie del pueblo, sí sólo los sacerdotes, los cuales turnando por semanas, iban ejerciendo su oficio. En esta pieza había principalmente tres cosas: el candelero de oro, la mesa tambien de oro donde se ponian los panes de la proposicion, y el altar; pero no el de las víctimas ó sacrificios, sino el del incienso ó de los thymiamas. Este altar era cóncavo y estaba resguardado con una red ó enrejado de oro, donde se ponian las áscuas que con tenazas tambien de oro las sacaban del grande altar de los sacrificios, que habia en el atrio mayor, para que quemándose allí los sahumerios y demás cosas odoríferas cayeran las cenizas en la parte inferior del altar, las que se quitaban finalmente por ministerio de los sacerdotes. Entre esta pieza y la última y más retirada, que llamaban *Sancta Sanctorum*, mediaba un velo trabajado con mucho primor, dentro del cual á nadie se admitía: pues que solamente podia entrar allí el Sumo Sacerdote, y esto una sola vez al año en la fiesta de la expiacion, que llamaban *Purim*; y entonces no iba vestido con aquella rica vestidura propia del Sumo Sacerdote, sí sólo con una túnica de lino, con el ceñidor, y con el turbante en la cabeza de lino totalmente blanco y muy limpio. Todo esto podia ilustrarse bastantemente con manifiestos lugares de la Sagrada Escritura, y con clarísimos testimonios de los doctores hebreos: mas como los lugares de la Escritura ya en parte los

pusimos arriba, y cualquiera medianamente instruido en las sagradas Letras, fácilmente los podrá ver; y las observaciones que acerca de esto hicieron los rabinos se extienden á cosas más menudas y particulares, lo que no es muy necesario respecto de mi asunto, me ha parecido no dilatarme más, pues de lo dicho se echa de ver cuántos errores cometen los pintores ignorantes en la descripcion de la anunciacion de la natividad del Bautista.

6. Porque, el que el Arca de la Alianza la pinten en el Templo que habia en los tiempos de Cristo y aún despues de la cautividad de Babilonia, es un error craso y disparatado; por cuanto el Arca, ya de muchos tiempos antes estaba escondida de la vista de los hombres. Lo que supuesto que ya lo demostré arriba copiosamente (1), de suerte que no puede quedar áun la menor sombra de duda, por no repetir lo dicho, lo omito. Pero el pintar á Zacarías arrodillado y orando descubierta la cabeza, es una ignorancia; por no decir otra cosa más fuerte. Pues, aunque algunas veces se lee tambien en la Escritura este género de adoracion, es constante que no era frecuente, y que no lo usaban los ministros y sacerdotes, los cuales por lo comun, ó por mejor decir siempre, ejercian su oficio estando en pié, como se convence por algunos lugares de la Escritura, y lo enseña expresamente Maimonides con estas palabras (2): «Estaba en pié el Sacerdote vuelto el semblante hácia el Arca.» Y de los levitas dice el sagrado Texto, que se elegian «para que estuviesen en pié delante de él en su ministerio.» ¿Pero para qué son menester tantas pruebas? Aun los que no eran sacerdotes ni levitas, y que por tanto entraban en el lugar en que se debia celebrar el Sacrificio, acostumbraban orar estando en pié. Por esto leemos en el Evangelio, que el Fariseo y el Publicano oraron en el Templo no arrodillados, sino de pié (3): «El Fariseo (dice san Lú-

(1) Lib. 3, c. 4. n. 5, p, 228 y sig.
(2) Maimon., l. de Vasis, c. 10. Deut., 10.
(3) Luc., 18, 11, 13.

cas) estando en pié oraba dentro de sí... y el Publicano estando en pié y de lejos no osaba levantar sus ojos al Cielo.» En cuyas palabras se demuestra tan claramente el modo cómo solian orar los judíos en el Templo, que no puede decirse cosa más clara.

7. Ni convengo en este particular con la interpretacion que da á este lugar á un autor grave y á quien nombro muchas veces con elogio (1). Sigo yo gustoso, y venero con respeto los hombres grandes: pero no soy tal, que les siga con un obsequio ciego é irracional, ni me dejo llevar tanto de la autoridad de alguno, que la siga sin consultar la razon. Oraban, pues, regularmente los israelitas en pié: lo que omitiendo otros muchos lugares que podria producir á mi favor, se convence bastante por un solo lugar de la Escritura, que dice (2): «Los sacerdotes se aplicaban á sus oficios: y los levitas tañian los órganos de la música del Señor... y los sacerdotes tañian trompetas delante de ellos, y todo Israel estaba en pié.» Imitaron despues este modo de orar los primeros cristianos, los cuales oraban así en los templos, y cuando se celebraba el santo Sacrificio de la Misa: y esto es lo que insinúa bastantemente Tertuliano, autor antiquísimo, el cual despues de haber expresado elegantemente como los cristianos oraban descubierta la cabeza (lo contrario hacian los gentiles cuando rogaban á sus dioses, conforme lo advierte el insigne Brisonio) (3), y levantadas en alto las manos, con estas palabras (4): «Poniendo allí las miras de los cristianos, oran extendidas las manos porque las tienen inocentes, y descubierta la cabeza porque no nos avergonzamos... siempre rogamos por todos los emperadores, etc., añade despues con más elegancia: «Estando pues, nosotros extendidos de este modo, arañen nuestro cuerpo las uñas, tengannos pendien-

(1) Maldonado, sobre este lugar.
(2) 2. Paralip., 7, 6.
(3) Barnab. Brison., de formulis l. 1, pág. 35.
(4) Tert. in Apologet., lib. 2, c. 30.

tes las cruces, rodéennos las llamas, corten las espadas nuestra garganta, asáltennos las bestias: la misma positura del cristiano que está orando, demuestra estar él dispuesto á todo género de suplicio.» De aquí es de creer (pues me parece bien tocar esto, aunque de paso) que dicho modo de estar en pié en las oraciones y preces, pasó á otros hombres pios, y que aún dura hoy en los que asisten á los divinos Oficios que se celebran con solemnidad, como se ve en el clero cuando canta sus Horas, ó (lo que es más) cuando celebra el santo Sacrificio. Del santo abad Pacomio, refiere el docto escritor de su vida (1): «Solía estar en pié en la oracion y extender las manos, sin recogerlas por unas cuantas horas, y persistiendo mucho tiempo en aquella positura, tenía inmoble su cuerpo como si estuviera crucificado.» Y Casiano hablando de los monjes de su tiempo, dice: «Levantándose luego y teniendo abiertas las manos del mismo modo que antes habian orado estando en pié.» Muchas más cosas podia decir que las omito, pues no quiero ni parece bien querer decir todo lo que hay sobre esta materia. Pasemos adelante.

8. Aunque el hacer oracion á Dios descubierta la cabeza, á nosotros que estamos acostumbrados á hacerlo así, nos parece un obsequio religioso y reverente; sin embargo, en ningun modo lo acostumbraron los hebreos, ni tampoco los gentiles, y en especial los romanos, como largamente lo prueba el citado Brisonio (2). Los hebreos, digo, no acostumbraron orar ó rogar á Dios, descubierta la cabeza, pues entre ellos, sólo se permitia esto en los duelos á los sacerdotes particulares, pero al Sumo Sacerdote le estaba siempre prohibido, conforme consta del Levítico (3): «No descubrirá su cabeza, ni romperá sus vestidos.» He dicho, que esto sólo era lícito á los sacerdotes particulares y áun solamente en sus casas y

(1) Dion. Exiguus, como puede verse en el P. Luis de la Cerda in Notis ad l. 2 Apologet., Tert. c. 30, n. 816.

(2) Brison., ubi supra.

(3) Levit., 21, 10 et cap. 10, 6.

fuera de las funciones de su ministerio, pues el hacer semejante demostracion cuando ejercian estas funciones, no decía bien con la gravedad que exigía el respeto con que debian desempeñar su oficio. Uno de los adornos de que usaban en el templo los sacerdotes y tambien el Sumo, era siempre el turbante ó mitra (1), que de tal suerte la ataban á su cabeza, que nunca pudiese venir el caso de que se les cayera en el acto de sacrificar, lo que advirtió expresamente Josefo, diligentísimo observador de estas materias (2). Ni puede convencerse lo contrario por ningun monumento ó autoridad, ya sea hablando generalmente ó en particular del caso de que tratamos.

9. Pero quiero explicarlo todavía un poco más, sin embargo de que omitiré muchas cosas. ¿Cómo es posible, pregunto, pintar al sacerdote Zacarías delante del Arca (que entonces ciertamente no estaba allí) y no delante del altar de los thymiamas ó del incienso? cuando es constante por el mismo Evangelio, que para ejercer Zacarías este ministerio, habia entrado en aquel lugar que llamaban «Sancta.» Oigase el mismo Evangelio: «Sucedió que ejerciendo (Zacarías) delante de Dios su oficio de sacerdote por turno, segun la costumbre del sacerdocio, salió por suerte á poner incienso:» á que se agregan aquellas otras palabras: «Apareciósele el ángel del Señor, que estaba á la derecha del altar del incienso.» Porque, el que le pinten con un incensario de la misma forma que hoy los usamos y como los hemos explicado antes, esto dimana del poco conocimiento y de la ignorancia de las cosas. Pues los incensarios (si así pueden llamarse) de que usaban los sacerdotes hebreos, eran un género de vasos ó navecillas algo anchas, que sólo servian para llevar dentro del altar del incienso las áscuas que sacaban del grande altar que habia en el atrio. Sobre dichas áscuas puestas sobre unas rejillas de oro de este altar, echaban gran cantidad de

(1) Exod., 39, 30.
(2) Antiq., lib. 3, c. 8.

sahumerios y materias odoríferas de que se formaba un humo suavísimo, que á la manera de nube ocupaba todo aquel lugar. Este género de vasos (pues no quiero omitirlo) eran de oro puro y en tan grande número, que apenas se les hará creible á los que no están versados en estas materias: «Los vasos de oro (dice Josefo) (1), en que se llevaba el fuego del altar grande al pequeño, que estaba dentro del templo (esto es, dentro de aquel lugar que llamaban Sancta) eran cincuenta mil:»para que de aquí eche cualquiera de ver con cuánta dignidad y magnificencia se trataba lo que pertenecia al culto de Dios, áun despues de los tiempos opulentos de Salomon.

10. Pero lo que en este lugar es más digno de reparo, pende de la solucion de aquella cuestion: ¿si Zacarías padre del Bautista, fué ó no Sacerdote Sumo? Pues por ahí se verá, si hacen bien los pintores cuando le pintan dentro lo más sagrado, esto es, dentro del «Sancta Sanctorum,» vestido con aquellos adornos magníficos que tan diligentemente nos refiere la Sagrada Escritura. Confieso que muchos de los Santos Padres que acaso fueron menos solícitos en investigar con exactitud esta materia, sintieron que Zacarías fué en su tiempo Sumo Sacerdote de los hebreos (2): pero como este punto lo han examinado despues con mucho más cuidado y diligencia los intérpretes que han sucedido á los antiguos, será muy del caso poner esta materia más en claro, para que no suceda que con ocasion de las pinturas se engañen los imperitos ó que por ignorancia de los hechos, tomen ocasion de pintarlo mal artífices, por otra parte excelentes, pero que ignoran lo mismo que están pintando. Para conseguirlo, es menester tomar el agua de más arriba y subir hasta la misma fuente.

11. La narracion del Evangelista que debemos tener

(1) Joseph., Antiq., l. 8, c. 2.

(2) S. Ambr., Comment. in Luc., c. 1. Aug., t. 49, in Joann. Chrysost., t. 5, hom. de incomprehensibili Dei natura, etc.

siempre presente, dice así (1): «Hubo en los dias de Herodes rey de Judea, un sacerdote llamado Zacarías de la clase de Abías, y su mujer del linaje de las hijas de Aaron, y se llamaba Isabel.» Y despues de haber dicho algunas cosas que por ahora no hacen á mi intento, añade: «Sucedió que ejerciendo (Zacarías) delante de Dios su oficio de sacerdote en el órden de su familia, segun la costumbre del sacerdocio, salió por suerte á poner incienso, entrando en el templo del Señor: y toda la muchedumbre del pueblo estaba orando á fuera en la hora del incienso. Apareciósele el ángel del Señor que estaba á la derecha del altar del incienso. Y al verle, turbóse Zacarías, y el temor se apoderó de él, etc.» Cuyas palabras, si se examinan con reflexion y teniendo noticia de aquellas cosas que están bastante claras por la misma leccion de la Escritura, manifiestan el hecho con la mayor claridad (2). Consta, pues, por las sagradas Letras, haberse encontrado en tiempo del rey David treinta y ocho mil sacerdotes hebreos, de los cuales se separaron veinte y cuatro mil, que se distribuyeron en veinte y cuatro clases ó familias. La octava de éstas era la de Abías, como es constante por la desnuda leccion de la Escritura (3), la que, si bien en este lugar nos dice brevemente y en compendio, en qué consistían los ministerios de dichos sacerdotes, con estas palabras (4): «Estos eran sus turnos segun sus ministerios, á fin de que cada cual pudiese entrar en la casa del Señor, segun su rito debajo de la mano de Aaron su padre, conforme lo habia mandado el Señor Dios de Israel:» en otra parte se explican más por extenso (5). Y por lo que hace á nuestro asunto, en cada semana, esto es, de un sábado á otro, habitaban dentro del mismo templo aquellos á quienes por suerte les habia tocado

(1) Luc., 1, v. 5.
(2) Paralip., 23, v. 3 et 4.
(3) Ibid., 24, 10.
(4) Ibid., v. 19.
(5) 2 Paralip., 23, v. 5.

ejercer su ministerio aquella semana: de los cuales se elegia tambien por suerte el que cada dia, segun lo determinaba la suerte, llevaba en los vasos ó navecillas al lugar que llamaban «Sancta,» las áscuas que habian tomado del grande altar de los sacrificios, y poniéndolas sobre el ara de los thymiamas, echaba allí incienso y materias aromáticas, lo que hacia dos veces al dia, esto es, una vez por la mañana y otra por la tarde. De aquí entenderá el lector que esté medianamente atento, aquellas palabras del Evangelio: «Sucedió que ejerciendo (Zacarías) el oficio de sacerdote en el órden de su familia, (esto es, en aquella semana en que su familia ejercia el ministerio) segun la costumbre del sacerdocio, salió por suerte á poner incienso, etc.» Dícese aquí «entrando en el templo del Señor,» no, porque no se tuviera tambien por templo del Señor, el atrio donde estaba el altar de los holocaustos y sacrificios, sino que aquí por templo se entiende principalmente aquella parte, recámara ó sala que se llamaba «Sancta,» donde estaba el altar de los thymiamas, el candelero y la mesa de los panes: y dicha sala precedia á aquella otra más interior y retirada, que llamaban «Sancta Sanctorum,» la que sólo por el velo se distinguia de la otra pieza, como diremos despues más largamente, y lo hemos dicho ya tratando de la descripcion del templo.

12. Esto sentado y teniéndolo presente, tengo yo por cosa fuera de toda duda y por una sentencia ciertísima, que Zacarías padre de san Juan Bautista, no fué Sumo Sacerdote de los hebreos, sino uno de los muchos que por su órden y turno ejercian su ministerio. Pero antes de citar los autores que defienden esta sentencia, quiero poner aquí los sólidos fundamentos en que se funda. El primero es, que el Evangelista llamó á Zacarías un cierto Sacerdote y sin duda hubiera llamado Pontífice ó Sumo sacerdote, si hubiese sido Sacerdote Sumo ó Pontífice. «Porque no es creible (son palabras de un esclarecido intérprete y segun mi parecer, de un intérprete sobresaliente entre muchos) (1) que si hubiese si-

(1) Maldonado.

do Sacerdote Sumo, lo hubise pasado en silencio el Evangelista, cuando vemos que con tanto cuidado procura elogiar con todo género de alabanza los padres de Juan. Y no es dudable que era una grande alabanza para Juan, el que su padre no sólo fuese Sacerdote, si tambien Sacerdote Sumo.» A que se agrega, aunque se reduce á lo mismo, el que el Evangelista llama sencillamente á Zacarías «ἱερεύς, Sacerdote y no ἀρχιερεύς, Pontífice ó Príncipe de los Sacerdotes;» de cuyo nombre, si no me engaño, han usado los evangelistas siempre que han querido expresar al Pontífice ó Príncipe de los Sacerdotes, sin que pueda alegarse en contrario ni un solo lugar. Mas, si Zacarías hubiese sido Sacerdote Sumo, y hubiese visto al ángel despues de haber entrado en el «Sancta Sanctorum» (como confiesan los que llevan la sentencia contraria) no hubiera dicho el Evangelista que habia entrado para poner incienso, sino para poner allí la sangre, concluido ya el sacrificio que era el oficio propio del Sumo Sacerdote, y esto sola una vez al año, como nos lo dice la Escritura en varias partes (1): «Y orará Aaron sobre sus estremidades una vez al año, derramando la sangre que se ha ofrecido por el pecado, y esta expiacion continuará siempre entre vosotros de generacion en generacion. Este será un culto más santo que tributareis al Señor.» Y en otro lugar (2): «Dí á Aaron tu hermano, que no en todos tiempos se atreva á entrar en el Santuario, á la parte de adentro del velo que está delante del propiciatorio, y cubre el arca, para que no muera.» Todo lo desçribió el Apóstol tan claramente, que quien no lo vea es menester que esté ciego. Estas son sus palabras (3): «Los Sacerdotes entraban á la verdad en todos tiempos en el primer Tabernáculo, durante el ejercicio de sus funciones sacerdotales: pero solamente el Sumo Pontífice entraba en el segundo y esto una vez al año, y no sin

(1) Exod., 30, 10.
(2) Levit., 16, 2.
(3) Hebr., 9, v. 6, 7.

llevar sangre que ofrecia por sus propias ignorancias, y por las del pueblo.» ¡Argumento por cierto de mucho peso! pero otros restan que no son de menor fuerza y valor.

13. Pues afirmando expresamente el Evangelio, que se apareció á Zacarías el ángel «estando á la derecha del altar del incienso,» se convence clarísimamente que Zacarías, ni fué Sacerdote Sumo, ni entró tampoco en aquel lugar que llaman «Sancta Sanctorum.» Por cuanto el poner thymiamas ó aromas, no era oficio del Pontífice Sumo, sino de los sacerdotes ordinarios, que por turno iban sirviendo al altar. A esto se añade, lo que todavía hace más fuerza, que el altar de los thimiamas no estaba dentro, sino fuera del velo, esto es, en el lugar que llamaban «Sancta:» y además, el decir el Evangelista, que Zacarías fué Sacerdote «de la clase de Abías,» que segun hemos visto, era la octava de las familias sacerdotales. Pero el Sumo Sacerdote no se elegia de alguna clase ó familia determinada, sino de cualquiera, con tal que fuese de linaje sacerdotal. Mas, el Evangelio nos dice de Zacarías, que «por suerte salió á poner incienso:» es así que no hablaria de este modo si hubiese sido Sumo Pontífice; pues el Pontífice y Sacerdote Sumo, no se elegia por suerte para ejercer su ministerio, sino que ó bien lo ejercia durante su vida (como se observó antiguamente, no sólo cuando aún permanecia el Templo de Salomon, si tambien despues de su nueva restauracion que hizo Zorobabel, como consta del Libro de los Macabeos, donde se habla de Onías Sacerdote Sumo) ó á lo menos duraba su oficio un año entero: lo que nadie ignora haberse hecho despues así, por ambicion de los mismos judíos, y por el abuso del poder y tiranía de los romanos. De aquí infiere oportunamente un grave y eminentísimo autor (1), que Zacarías fué con efecto Sacerdote, pero no Sacerdote Sumo ó Pontífice del pueblo. Hé aquí sus palabras: «Esta suerte, prueba que Zacarías no fué Sumo Sacerdote, el cual como no fuese entonces más de uno no se elegia por

(1) Card. Franc. de Toledo, in Luc. c. 1, annot. 15.

suerte, y aquí se habla de aquel incienso y thymiama, que los sacerdotes quemaban cada dia, como dijimos en el texto.» Esto dice el citado eminentísimo y doctísimo escritor. Y supuesto que hablamos del ministerio que por suertes ejercian los sacerdotes, no será fuera de propósito poner aquí las palabras y observaciones que hizo un esclarecido intérprete, el cual dice (1): «Repara, que los sacerdotes de cualquiera clase, familia ó semana que servian en el Templo, acostumbraron á repartir por suertes entre sí las funciones sagradas. A uno por suerte le tocaba la oblacion de los thymiamas, al otro componer y encender las lámparas; á éste el ofrecer un género de sacrificio y otro á aquel. Y así se entienden con claridad aquellas palabras de san Lúcas: «Sucedió, que ejerciendo Zacarías el oficio de Sacerdote en el órden de su familia, segun la costumbre del Sacerdocio, salió por suerte á poner incienso, etc.» Pues por suerte le cupo á Zacarías la oblacion del incienso, esto es, del thymiama. Lo mismo se ha de decir de los demás sacerdotes, por haber en todos ellos la misma razon. Léase al Abulense 1, Paralip. 24, q. 26. Hasta aquí este escritor crítico y erudito.

14. Confírmase aún más nuestra principal conclusion. Pues leemos de Zacarías, que habiendo cumplido su ministerio por espacio de una semana, en cuyo tiempo (como insinuamos arriba) no les era lícito á los Sacerdotes salirse del Templo, se volvió á su casa. Hé aquí las palabras del Evangelio (2): «Cumplidos los dias de su oficio se volvió á su casa.» ¿Pero dónde estaba, pregunto yo, la casa de este Sacerdote Zacarías? No es menester intérprete para saberlo, pues nos lo dice el mismo sagrado Evangelio, el cual hablando de la sacratísima Vírgen, despues de la anunciacion que le habia hecho el ángel de que concebiría en sus entrañas al Verbo divino, añade (3): «Saliendo entonces María... se partió á la

(1) P. Sebast. de Barradas, Com. in Evang., t. 2, l. 3, c. 53.
(2) Luc., 1, 23.
(3) Ibid., v. 39.

montaña con priesa á una ciudad de Judá: y entró en la casa de Zacarías, y saludó á Isabel.» La casa, pues, de Zacarías no estaba en Jerusalen, como falsamente se lo persuadió Theophilacto que no examinó bien esta materia, sino en otra ciudad; bien que no es propio de este lugar inquirir aquí cuál era. Luego, no era Zacarías Sacerdote Sumo ó Pontífice. ¡Ilacion, á mi entender muy legítima! Porque al Sumo Sacerdote no le era permitido tener fuera de Jerusalen la casa donde habitase, como enseñan únanimamente los doctores hebreos; y aún puedo citar á mi favor á un autor (1), que dice haber tenido muchas veces el Sacerdote Sumo dentro del mismo Templo su habitacion, que llamaban «Cónclave del Pontífice. «Bien que es innegable, que los Pontífices en la misma ciudad de Jerusalen tuvieron casas y bastante grandes, como consta por la narracion de los evangelistas y por la historia de la Pasion de Cristo. Finalmente, omitiendo otras muchas razones (pues no puedo irlo siguiendo todo con la mayor individualidad) el Pontificado de los judíos no era una dignidad de tan poco aprecio que no se hayan formado índices y catálogos exactísimos de quiénes la obtuvieron, en los cuales no se halla el nombre de Zacarías; y Josefo diligente investigador de estas materias afirma expresamente, que en el tiempo de la Natividad de Cristo, esto es, cuando Cirino presidente de Syria hizo la descripcion (que viene á ser casi el mismo tiempo en que el ángel anunció la Natividad del bautista; pues esto sólo aconteció seis meses antes de la Natividad del Señor) era entonces Pontífice Joazár, como consta por las mismas palabras de Josefo (2): «Pero ellos (esto es, los judíos) aunque á los principios llevaban á mal el que se hiciera mencion de la descripcion, sin embargo no se opusieron pertinazmente, obedeciendo á la autoridad del Pontífice Joazár, que era hijo de Boetho.» Luego no fué Zacarías Pontífice ó Sumo Sacerdote, que es lo que intentaba probar.

(1) Petrus Cuneus, de Repub. Hebr., l. 2, cap. 3.
(2) Antiq., l. 18, cap. 1.

15. Ni me detendré en citar autores que no he podido ver; sin embargo, el padre Juan Maldonado (1), escritor de acendrado juicio, hace mencion de ellos sin nombrarlos: no me detendré, digo, en citar á semejantes autores, los cuales, convencidos por una parte con los argumentos que hemos puesto, y movidos por otra de la autoridad de los Santos Padres, osaron afirmar una cosa que carece de todo fundamento, esto es, que despues del órden de servir al altar que antiguamente habia establecido David, no hubo ningun Sacerdote Sumo que fuese perpétuo, sino que aquel á quien por suerte le hubiese tocado ejercer su oficio en la fiesta de la expiacion (que era el único dia, en que entraba el Sumo Sacerdote en el *Sancta Sanctorum*) hizo por todo aquel año las veces de Sacerdote Sumo. O bien dijeron, que no hubo Sumo Sacerdote que determinadamente lo fuese, sino que aquel que en su semana servía en el Templo, fué en aquella semana Sumo Sacerdote. No creyera yo fácilmente que hubiese algunos que pensasen tan absurdamente sobre un punto gravísimo, á no decírmelo un autor tan grave y circunspecto como es el que he citado, bien que no los nombra. Con efecto, lo que se afirma sin ningun fundamento, se disuelve con facilidad, ó queda destruido por sí mismo. Tales son las opiniones ó delirios que acabo de referir, pues se dicen ó fingen sin ningun testimonio de la Sagrada Escritura, sin ninguna historia que las confirme, y lo que es más, contra la fe de la misma historia y Sagrada Escritura. Quede, pues, sentado, que la dignidad del Sumo Pontificado, fué por lo menos anual en el pueblo hebreo (lo que dijimos haber sucedido por la tiranía de los romanos), y que ésta en ningun modo la obtuvo Zacarías, padre de san Juan Bautista.

16. Por lo que, movidos de la fuerza de nuestros argumentos, abrazaron esta última sentencia (que es mucho más verosímil y aún mejor diré verdadera) autores no muy antiguos á la verdad, pero gravísimos y que examinaron con mucho cui-

(1) Mald., ad 1. Luc., n. 46, pág. 850.

dado todo aquello; á que debe atender en todo caso cualquier escritor. Tales son el grande Abulense (1), Nicolao de Lira, honor y lustre de la Religion Seráfica, el cardenal Francisco Toledo, Juan Maldonado, Sebastian de Barradas y otros que no son, ni pocos ni de poco nombre. A éstos se agrega el P. Cornelio Alápide (2), comentador bastante esclarecido y que en el conocimiento de las cosas pertenecientes á la Sagrada Escritura, pocos hay que se le puedan igualar. De los demás escritores, no he citado más que algunas palabras, pero de éste quiero trasladarlas todas, el cual, despues de otras cosas dignísimas de leerse, dice así: «Por lo que Zacarías no fué Pontífice (que esto no lo hubiera callado aquí el Evangelista) sino un sacerdote particular, conforme lo enseñan Lira, Toledo, Maldonado, Baronio, Salmeron, el Abulense, Jansenio, Cartusiano, Cayetano y Suarez.» Y ya que Alápide cita aquí al P. Francisco Suarez, teólogo de mucho nombre, y como frecuentemente le llaman, Doctor eximio, no puedo dejar de poner tambien aquí sus palabras, en que dice (3): «Sin embargo es lo más verdadero que Zacarías no fué Sumo Sacerdote, pues san Lúcas no le llama Príncipe de los Sacerdotes ó Sacerdote Sumo, sino simplemente Sacerdote, que tenia otros iguales y del mismo órden.» Y poco despues: «Uno de éstos Sacerdotes era Zacarías, y por esto no entró en el Sancta Sanctorum, donde solamente entraba una vez al año el Sumo Sacerdote, sino en otra parte del Templo que se llamaba el primer Tabernáculo, ó Sancta, ad Heb. 9, que estaba despues del primer velo, y en él había el altar del Thymiama y los panes de la proposicion: y en dicho lugar no entraban sino solos los Sacerdotes en el tiempo de su ministerio.» Vea, pues, y examine sériamente el lector docto y erudito, si nuestra sentencia está apoyada con mucho peso de razones y autoridad.

---

(1) Abulens., in Exod., cap. 30, q. 6. Lyra sobre este lugar del Evangelio.

(2) Alap., sobre dicho lugar. del Evang.

(3) Suarez, in 3, p. t. 2, q. 38. art. 4, disp. 24, sect. 3, pág. 218.

17. ¿Pero qué diremos á tantos y tan grandes autores, que son de contrario parecer, como son los Santos Padres, y principalmente san Ambrosio, y lo que á todos debe hacernos mucha fuerza, el gran Padre san Agustin? Responderé lo que realmente es, pero con la reverencia y veneracion que les es muy debida: que no por eso pierden nada de su dignidad y autoridad los Santos Padres, ni tampoco san Agustin, por decir, que á causa de no haber examinado con más cuidado y diligencia esta materia, erraron en alguna cosa particular que no mira á ningun dogma, sino que es un hecho que pende de un conocimiento más esquisito del Templo de Jerusalen, y de una observacion más exacta sobre las ceremonias y ritos hebreos. Pensaron, pues, dichos Santos Padres, que el lugar donde entró Zacarías padre del Bautista, y donde estaba el altar de los thymiamas, era el mismo que solamente se distinguía por el velo, donde antiguamente se guardaba el Arca, y que se llamaba no como quiera *Sancta*, sino *Sancta Sanctorum*, en cuyo lugar sólo podia entrar el Sumo Pontífice, y esto una vez al año. Pero que esto no fué así, sino que fueron diversos lugares aunque seguidos, y únicamente separados y distinguidos por aquel velo grande y magnífico, lo hemos explicado antes con tanta claridad, segun me persuado, que á mi parecer, sería abusar del tiempo y ócio de los lectores el querer repetirlo otra vez. Así entienden y explican á estos Santos Padres, los esclarecidos intérpretes que citamos arriba.

18. Finalmente, son de muy poco peso (por no dejar esto sin tocar) los argumentos que hace Burgense, aunque autor sabio y erudito, para probar que Zacarías fué Sumo Sacerdote ó Pontífice. El primero lo toma de aquellas palabras (1): «Y toda la muchedumbre del pueblo estaba orando afuera en la hora del incienso.» Porque, á no ser Zacarías Sumo Sacerdote (dice este autor) y á no haber entrado en el *Sancta Sanctorum* el dia de la expiacion, en el cual solamen-

(1) Luc., 1, 10.

te le era lícito al Sumo Sacerdote entrar en aquel lugar, no se diria que una muchedumbre de pueblo estuvo orando afuera en la hora del incienso, por no parecer verosímil que dos veces al dia, esto es, á la mañana y por la noche, acostumbrase juntarse la multitud del pueblo é ir al Templo. Luego hemos de decir, que era aquel el celebérrimo dia de la expiacion, y que Zacarías fué Sumo Sacerdote, el cual, segun su oficio, entró aquel mismo dia en el *Sancta Sanctorum*. Ligero argumento: pues antes parece verosímil (á mí por cierto me lo parece más) el que cada dia á la hora del incienso, así por la mañana como por la noche, soliese concurrir al Templo el pueblo, aunque no todo, pero sí muchos, particularmente los que eran más religiosos y devotos en el cumplimiento de las cosas divinas, que es lo suficiente para que se diga con verdad que habia una multitud de gente que estaba orando afuera. El segundo argumento es, que parece haber sido Zacarías Sumo Sacerdote, por haber entrado en el *Sancta Sanctorum*, por cuanto estaba solo cuando se le apareció el Angel: es así, que el Sacerdote Sumo era el que entrando en el *Sancta Sanctorum* ejercia su oficio sólo y sin ningun otro compañero ó ministro, y que de los demás sacerdotes ó del mismo Pontífice, no estaba mandado ni por ley ni por costumbre el que estuviesen solos y sin ningun compañero: luego Zacarías era Sumo Sacerdote. Pero ni este argumento es de mucho mayor peso. Es constante, que á nadie del pueblo sino á los sacerdotes, les era lícito pasar el atrio ó vestíbulo, ni entrar en el lugar, áun el que llamaban *Sancta*. Y aunque cualquiera Sacerdote podia entrar allá, no nos consta, ni por alguna razon ni por testimonio alguno, que hubiese entrado algun otro cuando el ángel se apareció á Zacarías, ni era menester que entrasen siempre, y á cualquiera hora: con efecto, parecía esta una cosa supérflua, para encender y quemar los thymiamas sobre el altar de los inciensos; pues en un ministerio tan fácil, no necesitaba el Sacerdote de compañero ó de ministro. El tercer argumento no quiero proponerlo por no tener sólido fundamento, y porque tiene su orígen en las invenciones y fábulas Rabbínicas, y tambien (que es

lo que hace más fuerza) porque áun cuando se conceda todo lo que pretenden los contrarios, en ninguna manera se infiere, que ó Zacarías fuese Sumo Sacerdote, ó que entrase donde sólo podia entrar el Sacerdote Sumo, como lo observó muy bien un autor á quien hemos citado repetidas veces (1).

19. Y para que los pintores no se opongan en adelante y cesen de porfiar, si acaso hay algunos entre ellos, á quienes les parezca que saben más que los demás, concedámosles espontáneamente lo que hasta aquí hemos disputado y establecido con tanto nervio. Finjamos que Zacarías fué Sumo Sacerdote, lo que con tanta liberalidad le conceden y atribuyen los pintores. Admitámosles que entrase en el «Sancta Sanctorum:» démosles esto de barato, por más que sea falso. ¿Qué? ¿Pensarán acaso que con esto se les ha concedido ya ó se les ha de conceder el pintar á Zacharías vestido con aquellas insignias que con tanta individualidad nos refiere la Sagrada Escritura? No por cierto: pues ella misma nos enseña (por no decir nada de los doctores hebreos) que el Sumo Sacerdote en el dia de la expiacion en que solamente podia entrar en el «Sancta Sanctorum;» no solía, ni le era lícito entrar allí con aquel magnífico aparato que constaba de tantos adornos, sino con otro mucho más sencillo que describe la Escritura cuando habla de la entrada del Sumo Sacerdote en el «Sancta Sanctorum» el dia de la expiacion, conforme lo echará de ver fácilmente el lector, aunque no esté muy atento, leyendo las siguientes palabras del Levítico (2): «Vestirá una túnica de lino y sobre su carne tendrá pañetes de lino: se ceñirá con un cinto de lino: se pondrá en su cabeza una mitra de lino; que son las santas vestiduras, y se vestirá de todas ellas despues de haberse lavado.» Y así, aún concediendo á los pintores (lo que es muy digno de advertirse) que Zacarías padre del Bautista, no fué un sacer-

(1) Mald., ad 1, Luc.
(2) Levit., 16, 4.

dote ordinario, sino el Sumo; vean ellos mismos cuán bien hacen en pintarle adornado con todas aquellas vestiduras cuando se le apareció el ángel. Yo por cierto, para que á lo menos ellos no errasen lo he examinado cuanto me ha sido posible, con el mayor cuidado y diligencia.

20. Por lo que á fin de concluir esta materia, sólo resta que ya que hemos rechazado lo falso, establezcamos aquí brevemente lo verdadero y digamos de qué manera deba representarse á Zacarías en esta descripcion y conforme debe pintarse toda esta historia. Con efecto, si alguno quisiese expresar este suceso como pasó realmente, nadie podria describirlo con el pincel, por haberse ejecutado en aquella grandísima sala que llamaban «Sancta,» y por lo que hace al caso entre los dos velos: pues efectivamente habia dos; uno que ocultaba dicha sala de los ojos y aspecto del pueblo: otro, que separaba la misma pieza de la otra más interior y sagrada, que llamaban «Sancta Sanctorum.» De estos dos velos hacen expresa mencion los escritores hebreos y entre ellos Philon y Josefo, que andan en manos de todos: pero no los hemos menester, pues tenemos un testimonio de mayor autoridad, como es san Pablo, que lo dice con estas palabras (1): «Porque el Tabernáculo se hizo así: en lo primero estaban las lámparas, la mesa y los panes de la proposicion y á esto llamaban Sancto: «despues del segundo velo (examínense con reflexion estas palabras) estaba el tabernáculo, que se llamaba Sancta Sanctorum (lugar santísimo).» Y ya que suponemos que se pinta este hecho y áun que debe pintarse; conviene que se represente quitado el velo de la primera puerta para así poderse ver el ángel y Zacarías. Cuanto al ángel, no cabe duda alguna que debe pintarse en figura de un muchacho ya grande, hermoso y con alas, como dijimos cuando tratamos de los ángeles. Debe tambien representársenos, como nos lo enseña la misma sagrada Historia, no en otra postura sino estando en pie á la derecha del altar del in-

(1) Hebr., 9, 2.

censo, el cual tenia de alto cinco pies geométricos y algo más, ó tres codos, que es lo mismo, como consta tambien por la Escritura (1). Y por este mismo lugar se echa de ver (por notar esto de paso, aunque muy propio del asunto) que Zacarías no puede, ni debe pintarse sino en pie: pues de otra suerte no podian los sacerdotes poner los thymiamas sobre las áscuas de dicho altar ó de otro de igual altura. Debe además estar adornado Zacarías con una cobertura blanca en la cabeza, y esta cuanto sea posible debe representarse de lino, de una más que mediana anchura por todas partes y en la misma forma que las llevan los turcos y que comunmente llamamos Turbantes. Debe representarse tambien vestido de una túnica blanca de lino y con manga, la cual baje desde el cuello hasta los piés (que deberán pintarse enteramente desnudos, pues no podian de otro modo entrar en aquel lugar, aun los mismos Sacerdotes, ni aún el Sumo) y además debe estar ceñido con una faja tambien de lino, bien que hermoseada con algunos colores, cuyas extremidades llegaban hasta casi los piés. En la mano izquierda, se le pintará teniendo aquel vaso de oro (de que hicimos antes mencion) donde se ponian las áscuas que se quitaban de los sacrificios y sobre las cuales se echaban aquellos preciosos tlymiamas, como exactamente lo describimos tambien arriba. Este será el modo más oportuno de pintar á Zacarías padre del santo Precursor cuando el ángel le anunció que Isabel su mujer concebirla y pariría un hijo de un mérito tan grande y tan singular como fué el Bautista. Finalmente, será conveniente que el pintor erudito esté advertido de pintar de uno y otro lado del altar, el candelero de oro y la mesa de los panes de la proposicion, lo que será fácil verlo pintado en alguna de las más exactas ediciones de la Biblia.

(1) Ezech. 41, 22.

CAPÍTULO XII

Sobre las imágenes del mismo Precursor cuando muchacho, mozo ó joven.

1. La pintura de la aparicion del arcángel á Zacarías padre de san Juan, aunque no es muy frecuente, acaso nos tuvo detenidos más de lo justo; bien que, segun pienso, no con un trabajo inútil y por el cual tenga yo que arrepentirme. A la verdad quise tratar este punto con más cuidado, para que los pintores cuya instruccion he tomado á mi cargo (pues yo estoy lejos de pretender instruir á los doctos y eruditos) entiendan sólo por este caso, con cuánta razon me veo precisado á apartarme de algunas opiniones muy recibidas por el vulgo. Esto supuesto, vamos á tratar de las pinturas é imágenes del Bautista, que son mucho más frecuentes que las de otros santos. No me detendré aquí en reprehender la necedad que cometen las mujeres, cuando ridículamente aunque con buena intencion, adornan la imágen del Bautista cuando niño, proponiéndolo casi ó enteramente desnudo, cubierto, no con el pellejo (de que hablaremos despues) sino con una corta piel que apenas le cubre la mitad del cuerpo por las espaldas, calzado con pequeñas sandalias y además adornado con su cabellera rubia peinada y rizada de mil modos, á que se añaden frecuentemente otras muchas tonterías de esta clase. Digo que no quiero detenerme en esto, pues intento reprehender cosas más desconocidas y segun pienso, más dignas de notarse.

2. Nada se ve con más frecuencia, que las pinturas de san Juan cuando niño jugueteando de mil maneras extrañas y ridículas con Cristo Señor nuestro tambien niño: á saber, ora cogiendo con su mano un pajarillo atado con un hilo, ora poniendo al viento para que la mueva, una veleta de papel ó un reilete, ora (cosa verdaderamente ridícula) montado á ca-

ballo sobre un cordero. Todo esto, sobre ser un juguete ridículo y ajeno de la gravedad de las cosas sagradas, es totalmente falso ó representa cosas falsas é improbables: pues conforme demostramos arriba con la mayor claridad (1), jamás se verificó que Cristo en la edad pueril estuviese junto con su primo y Precursor san Juan, el cual nunca conoció de vista á Cristo, ni se vieron mútuamente, hasta que el Señor se fué á él para que le bautizara. Por lo que, ya que no puedan quitarse enteramente ó por la piedad del pensamiento ó por la excelente pericia de los artífices, aquellas pinturas en que se represantan amigablemente juntos la sacratísima Vírgen con Jesus, el Bautista y su madre Isabel, y además José y Zacarías, deberán sin embargo entenderse en algun sentido pío. Pero vamos ya á lo que es cierto.

3. No cabe duda en que san Juan Bautista, cuando aún muchacho, fué educado no con blandura y delicadez, sino en lugares desiertos y en las mismas peñas, conforme convenia al que habia de ser excelente pregonero de la penitencia. Dícelo claramente el Evangelio (2): «Y el niño crecia y era confortado del espíritu, y estuvo en los desiertos hasta que se manifestó á Israel.» Esto es lo que niegan algunos. ¿Pero quiénes son? á saber, aquellos á quienes desagradan las cosas santas y pías y que huelen á rigor, austeridad y á penitencia: señales con que nadie duda que vienen significados los herejes en nuestros tiempos, los cuales afirman que san Juan fué educado en casa de sus padres no sólo cuando niño, pero cuando muchacho y aún siendo jóven. Y lo que dice de él el Evangelio «y estuvo en los desiertos,» pretenden entenderse únicamente por esto que habitó en casa de sus padres que estaba en lugares de la montaña, ó en la region montana de la Judea. Así se burlan del predicador de la penitencia y austeridad, estos hombres entregados á una vida regalona y delicada, y así sienten de la virtud los que la

(1) V. lib. 3, c. 6, n. 2.
(2) Luc., 1, 80.

aborrecen: de que volveremos á hablar despues en su propio lugar; mientras que para los hombres pios y cuerdos, debe ser bastante aquel antiguo y elegante himno, que más de doce siglos ha se canta en la Iglesia, donde se lee aquella sentencia:

«Antra deserti teneris sub annis,
Civium turmas fugiens, petisti,
Ne levi posses maculare vitam
Crimine linguæ.»

Hase pues de pintar al santo Precursor, como que moraba en un vasto y horrible desierto, ya se le pinte varon, ya jóven ó muchacho que aún no ha salido de los años de su infancia. Lo que elegantemente comprendió san Gregorio Nacianceno (omitiendo los muchos testimonios de otros Padres antiguos) en los versos de «præceptis ad Virgines» cuando dijo:

«Melle famem agresti repulit vilique locusta
Zacharia genitore satus, texitque cameli
Membra pilis, habuitque domum, versatile cœlum:
Atque in humo dura corpus dabat ipse sopori.»

4. Pero por lo que respeta al vestido, los pintores sin dar en el blanco, acostumbraron pintar á Juan cuando muchacho vestido con pieles de cabritos ó de corderos; y cuando jóven ó ya varon, con pellejos más groseros como los de camello, y pendiente muchas veces de ellos parte de la cabeza del camello: lo que como observó bien el tantas veces citado Molano (1), no es muy conforme á la historia del Evangelio. Pues no nos dicen los evangelistas, que el vestido de Juan fuese de pellejos de camello sino de pelos de dicho animal, y que su vestido fué rudo, áspero y muy semejante á un ci-

(1) De imág., l. 3, cap. 20.

licio. San Mateo dice así (1): «Juan tenía su vestido de pelos de camellos y un ceñidor de cuero al rededor de sus lomos.» Y san Márcos (2): «Iba vestido Juan de pelos de camello y con un ceñidor de cuero al rededor de sus lomos.» Por lo que en este mismo sentido hablaron los Padres más antiguos, cuyos lugares y palabras traen los intérpretes modernos á quienes puede añadirse san Paulino, el cual como hubiese dicho en un lugar (3): «Los pelos de camellos con sus cerdas ásperas servian de vestido á Juan,» lo expresó más clara y elegantemente en estos versos:

«Vestis erat curvi setis contexta cameli,
Contra luxuriam molles duraret ut artus,
Arceretque graves compuncto corpore somnos.»

Y por tanto nos hemos de reir ó más presto compadecernos con caridad cristiana de lo que dicen del vestido del divino Precursor, los seguidores del quinto y sexto Evangelio, esto es, los secuaces de Lutero y de Calvino, á saber, que su vestido fué á la verdad de lana, pero muy bien tejido y ondeado, como es lo que llamamos en castellano, chamelote de aguas. Así sienten y escriben, y así es preciso que sientan y hablen los que, separados ya del gremio de la Iglesia, desean vestir siempre con delicadez y aborrecen en extremo los vestidos propios de austeridad cristiana. Finalmente, por lo que mira al ceñidor de pellejo, pensaron algunos, que por este cíngulo se denotaba algun género de singular penitencia: pero á mí me parece más sencillamente lo que agradó tambien á san Gregorio Magno y á san Crisóstomo (4), ó al que pasa por el autor «Operis imperfecti,» que por acostumbrar los judíos ceñirse con ceñidores de lana, san Juan, como á hombre que

(1) Mat., 3, 4.
(2) Marc., 1, 6.
(3) Epist 10 ad Severum.
(4) S. Greg., hom. 6, in Evang. Chrys., hom. 3, in Matt.

llevaba un género de vida más severo, usó de un ceñidor de pellejo sobre su rudo vestido. Esto es en suma lo que respeta á los vestidos del Precursor, pues acerca de su comida, que fué miel silvestre y langostas (ora se signifiquen por este nombre, animales ó bien las extremidades de hierbas ó de frutas) no hay necesidad de explicarlo aquí, no concerniendo esto en ningun modo á la pintura. Ambas cosas comprehendió elegantemente el citado himno, que se juzga ser de Pablo diácono de la Iglesia romana, que floreció en el siglo VI:

«Præbuit durum tegumen camelus
Artubus sacris, strophium bidentes:
Cui latex haustum, sociata pastum
Mella locustis.»

5. Ya dijimos antes, que muchos pintan al santo Precursor en su tierna edad vestido con pieles de ovejas ó de cabras: pero advertimos al mismo tiempo, que esto lo hacian ignorantemente, por no poderse probar ninguna de estas cosas, ni por la Escritura ni por los escritores ó Santos Padres. Con todo, es cosa que se puede tolerar, como tambien el que le pinten medio desnudo cuando niño; pero es intolerable el que así lo representen y pongan á la vista cuando ya mozo de alguna edad, conforme he observado muchas veces, aunque nunca lo he podido aprobar. Pero los pintores, no haciendo ningun caso de lo que debieran hacer mucho, sólo parece que se dedican ó á ostentar su pericia en el arte pintando desnudos los cuerpos, ó á pintar segun su capricho. No debe, pues, pintarse san Juan vestido ó medio vestido con alguna piel, sino con una áspera túnica ó cilicio, como es el que se hace de pelos de camello y que le cubra desde los hombros hasta casi los piés, y ceñido con aquel basto ceñidor de pellejo: esto debe observarse principalmente cuando le pintan jóven ó ya varon, pues no es decible cuánto conviene esto á la dignidad y autoridad del Bautista. Mas sobre si el esclarecido Precursor de Cristo usó de algun género de zapatos, aun-

que bastos, ó si anduvo enteramente descalzo, no puedo decir nada de fijo, ni tampoco sobre si llevó cubierta la cabeza (sea cual se fuese esta cobertura). Pero es constante en cuanto yo sepa, que nunca se le ve pintado ni con zapatos, ni cubierta la cabeza.

6. Píntanle finalmente, como que está abrazando algunas veces á un cordero, lo que, si bien los griegos no lo aprueban, como observa Molano (1), es más que recibido entre nosotros semejante modo de pintar al Precursor, singularmente estando recibido por costumbre que al cordero (que sin duda representa al mismo Jesucristo) para distiguirle del cordero irracional, se le pinte adornado con una corona en la cabeza, ó con un resplandeciente círculo, y además una cruz que en algun modo tiene él con su brazo; aunque es verdad que la señal de la cruz formada de dos varas atravesadas, suele atribuirse por lo comun al mismo san Juan, y no al cordero, lo que no sé si se hace igualmente bien. Pero es evidente que por la figura de este cordero, se pretende señalar como con el dedo aquel excelente testimonio que dió el Precursor cuando viendo que Jesus iba hácia él, testificó á alta voz (2): «Hé aquí al cordero de Dios: hé aquí al que quita el pecado del mundo.» Con efecto, para que se haga más caso de la representacion de dicho cordero, no será ocioso advertir que el mismo Sumo Pontífice estima en mucho la imágen del cordero inmaculado, pues que en la bendicion que hace de aquellas pequeñas imágenes que se imprimen en cera blanca, habla de este modo (3): «Rogámoste (Señor) humildemente, que apaciguado por el ministerio de nuestras palabras, te dignes bendecir y santificar por la invocacion de tu santo nombre, estas formas de cera que tienen la imágen del cordero sin mancha, etc. «Esto ha sido lo que me ha parecida más digno de advertir acerca de las pinturas é imáge-

(1) De Imag., l. 3, c. 20.
(2) Joann., 1, 29.
(3) Cærem. Rom., l. 1, sect. 7.

nes del insigne Precursor; si hay más que decir sobre esta materia, lo hemos tratado antes, cuando hablamos del bautismo que recibió el mismo Cristo de manos de san Juan.

CAPÍTULO XIII

Las pinturas é imágenes de los santos mártires san Juan y san Pablo, y las de san Pelayo, muchacho español y esclarecido mártir de Jesucristo.

1. En tiempos de Juliano Apóstata padecieron ilustre martirio por la fe san Juan y san Pablo, cuyos hechos escribieron algunos con exactitud y se insinúan bastantemente en las notas de Baronio sobre el Martirologio Romano al dia 26 de Junio, en que se venera la memoria de estos mártires. Por lo que mira á sus imágenes, sólo dos cosas me parecen dignas en algun modo de notarse. La primera, que no deben pintarse con muchas barbas, pues consta haber sido eunucos y siervos de Constancia, mujer augusta y esclarecida, conforme á la costumbre que tenian los romanos, de que para mayor honestidad sirvieran los eunucos á estas mujeres ilustres, áun dentro de sus mismos cuartos. La segunda, que cualquier pintor obraria neciamente, si representara la pasion y martirio de estos mártires, delante del pueblo y en presencia de gran muchedumbre de ministros ó de soldados, cuando es constante por los mismos monumentos que componen su historia, que el juez Terenciano, recelando que si los hacia morir públicamente, se moveria en el pueblo alguna sedicion, mandó cortarles la cabeza en su misma casa, donde á la sazon se hallaban, procurando que los enterraran secretamente.

2. El mismo dia en que se celebra la memoria de los mencionados mártires, se celebra tambien la fiesta de san Pelayo, muchacho noble y mártir español más ilustre y glo-

rioso de lo que pueda encarecerse con palabras, de suerte que no podria menos de tenerme por muy culpable si siendo yo español, le pasara enteramente en silencio. Y para que el pintor, cualquiera que éste sea, quede instruido más á fondo, si acaso se le ofreciese pintar á este santo (cosa que no será rara en nuestra España, especialmente en la Bética y en otras partes) será muy del caso saber y notar en suma cuál fué su martirio. Escribió la historia de dicho santo un sacerdote testigo ocular llamado Ragüel de quien la copió el célebre Antonio de Morales y á la letra la puso toda á la vista el Ilustrísimo Prelado Fr. Prudencio de Sandoval, «Trat. de las antigüedades de Tuy (1).» Mas, como otro noble escritor (2) no solamente ha tocado muy bien esta materia sino que la ha ilustrado haciendo un breve compendio de ella, he querido poner aquí sus mismas palabras, aunque en ellas se toma la narracion de más arriba. Mariana, pues, al año de Cristo 924, hablando de los reyes D. Garcia y D. Ordoño, dice así: «Dióse la batalla en el Valle Juncaria que hoy se dice Junquera, el año novecientos y veinte y uno, que fué no menos herida y porfiada que la que poco antes se diera en Galicia. Los de Leon y de Navarra peleaban con grande ánimo como vencedores por la patria y por la religion: los Moros no les reconocian en nada ventaja, antes llevaron lo mejor; porque el Conde de Aragon que llaman García Aznar (mejor viniera Fortun Gimeno su hijo) murió en aquella pelea y despues de ella, aquella parte de Vizcaya que se llama Alava, quedó por los Moros. Quedaron otros sí presos en la batalla dos obispos. Dulcidio de Salamanca y Hermogio de Tuy que concertaron su rescate y en tanto que le pagaban dieron rehenes en su lugar: en particular por Hermogio entregaron á un sobrino suyo hijo de su hermana: doncel en la flor de su edad y por nombre Pelayo. Su hermosura y modestia corrieron á las parejas. Por lo uno y por lo otro el rey bárbaro

(1) Ad an Chr. 926, fol. 61.
(2) Mariana, Hist. de Esp., lib. 7, c. 20.

de suyo inclinado á la deshonestidad se encendió grandemente en su amor. Aumentábase con la vista ordinaria la llama del amor torpe y nefando. El mozo de su natural muy modesto y criado en casa llena de sabiduría y santidad, resuelto á defender el homenaje de su limpieza, dado que diversas veces fué requerido, resistió constantemente. Despues como el Rey le hiciese fuerza, dióle con los puños en la cara.» Esto último de que con sus puños diera el jóven en la cara del Rey impurísimo lo calla el citado escritor Ragüel pero añade unas palabras muy dignas de leerse: «Apártate (le dijo) perro ¿piensas por ventura ser yo uno de tus impúdicos y afeminados?» Uno y otro pudo suceder ó con efecto sucedió; y en ambas cosas se portó bella y esforzadamente y como convenia á un santo jóven, cristiano y noble; añado yo y como á español: sin que por esto intente alguno reprehenderme, pues quiero que se entienda sin agravio ni perjuicio de nadie. Pero oigamos otra vez al citado Mariana, que concluye su narracion con la elocuencia que acostumbra: «Esta constancia y celo de castidad (prosigue) le acarreó la muerte por mandato de aquel bárbaro impío y cruel, fué atenaceado y hecho pedazos: los miembros echaron en Guadalquivir. El amor cuanto es mayor tanto se suele mudar en mayor rabia. Sucedió esto Domingo á 26 de Junio del año 925. Diósele honra como á mártir y fué puesto en el número de los santos. Recogieron las partes de su cuerpo y sepultáronlas en san Ginés de Córdoba la cabeza en el cementerio de san Cipriano. Débese tanto estimar la gloria de esta hazaña, que no tenia más de trece años y medio cuando dió tal muestra de su virtud. Rosuíta, doncella de Sajonia, por este mismo tiempo, cantó en verso heróico aunque algo difentementemente la muerte del mártir Pelagio.» Todo esto dice el docto y elocuente Mariana.

3. De lo dicho y de otros monumentos que podrian citarse, se echa de ver con cuánta razon se gloria España de tan ilustre y valeroso mártir. Sin embargo es de sentir (cosa de que se queja agriamente un escritor español (1), recomen-

(1) P. Pedro Abarc., Anal. de Arag. tom. 1, al año de Crist. 920, p. 63.

dable por sus talentos y juicio) que todavía no haya procurado España formar rezo á este esclarecido atleta de Jesucristo y defensor insigne de la pureza y castidad (que con igual motivo y semejante á éste dudo yo si acaso habrá otro entre los que leemos en los fastos de la Iglesia) y colocarle en el catálogo de los santos de España, cuando no le ha faltado lugar en el Martirologio Romano. Pero tal es, no digo la condicion de España sino de la naturaleza humana, que muchas veces nos paramos en lo moderno y no cuidamos ó hacemos poco caso de lo antiguo. Quien desee instruirse más sobre los hechos de este santo y glorioso muchacho, vea á los autores citados y á otros que fácilmente encontrará; ya que el asunto que me he propuesto, no me permite extenderme y dilatarme más en un campo tan fértil de alabanzas.

4. Y así, por lo que respeta á sus imágenes y pinturas, puedo decir que he visto pocas, aunque no tiene duda que hay muchas, como antes he advertido. Una de éstas es la que vemos en la insigne y magnífica capilla del Real Colegio del Espíritu Santo de la ciudad de Salamanca que en la iglesia de Padres Jesuitas, edificaron los piadosísimos Reyes D. Felipe III y doña Margarita: sobre lo cual puede tambien verse el escritor que poco ha citamos con elogio (1): pues allí se ve labrada con mucho primor la imágen hermosísima del santísimo jóven Pelayo; pero tal es la ciencia de los pintores y escultores de imágenes) no con otro vestido, sino á la romana esto es, con corazas, manto militar y con grevas; sin embargo de que debia pintarse á la manera de los árabes, ó (como vulgarmente decimos) de los moros: de suerte que en lugar del calzado militar, debia pintarse con aquel calzado encarnado de que usan los árabes; en lugar del peto, con aquel género de capa, que los moros llaman alquicel, y así de otras cosas: sobre las cuales, si alguno quisiere enterarse más, le aconsejara, que viese la pintura dispuesta por mano é ingenio de mi amigo don Antonio Palomino, que está en

(1) El mismo, en el lugar. citado. antes.

el altar mayor de la catedral de Córdoba, donde se ve observado todo esto con tanta puntualidad, que puede servir á los pintores eruditos ó á lo menos no inhábiles, de exactísimo modelo.

CAPÍTULO XIV

Las imágenes y pinturas de los santos apóstoles y príncipes de la Iglesia san Pedro y san Pablo.

1. Ya de muchos siglos á esta parte se han observado muchas cosas acerca de los maestros de Roma y del Universo, que no es mi ánimo referirlas aquí por menor; contentándome con decir lo principal y que parece más digno de observacion. Es de advertir primeramente que las imágenes de estos príncipes de la Iglesia, han acostumbrado como por tradicion, pintarlas casi uniformemente los pintores. Ni hay que extrañarlo, pues ya desde los primeros siglos de la Iglesia se han venerado con mucho respeto, como podria hacerlo ver muy á la larga: por lo que sólo escogeré lo más selecto. En las actas de los santos mártires Gervasio y Protasio que escribió un cierto Felipe, segun se lee en san Ambrosio, se hace clara mencion de este hecho: allí se dice: «A la tercera noche extenuado el cuerpo por los ayunos, y no estando yo durmiendo, sino atónito, se me aparecieron (Gervasio y Protasio) con otra tercera persona semejante al bienaventurado san Pablo, cuyo semblante ya habia conocido por la pintura.» Sé muy bien que este trato ó epístola no es tal, que pueda atribuirse indubitablemente á san Ambrosio por no, admitirla como á tal, no sólo los sabios modernos, sino por dudar tambien de este monumento el cardenal Baronio (1). Con todo, acerca de la verdad de la historia, sea quien fuere

(1) Bar., in Not. ad Martyrolog., 19 Junii.

el autor de ella, parece se puede afirmar algo de más cierto; pues está clarísimamente á su favor la autoridad del gran Padre san Agustin. Este santo refiere como una cosa bastante famosa y conocida (la que sin embargo omitió por modestia en otros lugares san Ambrosio) que los cuerpos de los santos mártires Gervasio y Protasio que habian estado desconocidos mucho tiempo, fueron revelados en sueños á san Ambrosio. Estas son las palabras de san Agustin (1): «Entonces manifestaste en sueños al mencionado Prelado, dónde estaban escondidos los cuerpos de los mártires Gervasio y Protasio, que por espacio de tantos años permanecian incorruptos, y tenias escondidos en el tesoro de tus arcanos para hacer que sirviesen de oportuno remedio, á fin de refrenar el furor no de una mujer como quiera, sino que tenia autoridad real.» Esto dice san Agustin en este lugar y repite lo mismo en otros (2). Con efecto, por lo que toca á la antigüedad de las imágenes de dichos santos apóstoles, á cuyo fin he traído este lugar de san Ambrosio, ó de cualquiera que sea el verdadero autor de él, apenas podrá dudarlo nadie que tenga noticia, de que Eusebio de Cesaréa hace tambien mencion de lo mismo, cuando escribe (3): «Habiendo visto yo pintadas con variedad de colores, y conservadas las imágenes de los apóstoles Pedro y Pablo.» Y que no solamente en Oriente, sí tambien en el Occidente, y por tanto en la misma ciudad de Roma, haya sido muy frecuente el pintar las imágenes de san Pedro y san Pablo, lo afirma san Agustin hablando de algunos gentiles, con estas palabras: «Saliéronles al encuentro (á saber, á los gentiles) Pedro y Pablo: me persuado que os vieron pintados á un tiempo en muchos lugares, porque los méritos de estos apóstoles los celebra Roma con más frecuencia y solemnidad, por haber padecido tambien en un

(1) Conf., lib. 9, c. 7.
(2) De Civit. lib. 22, cap. 8, Serm. 39, de divers, c. 5.
(3) Lib., 7, Hist., c. 14.

mismo dia.» Hé aquí por donde consta tambien, que antiguamente fueron pintadas imágenes de los príncipes de los apóstoles, de suerte que por diversos artífices, y en diversos lugares se ven uniformes las imágenes de estos apóstoles, sobre lo cual diremos despues algo más. Hablaré primero de cada una de dichas imágenes en particular, lo que me parece que hace al caso, y despues de ambas cuando se representan juntas en una misma tabla.

2. En cuanto á la imágen de san Pedro ya observaron algunos (1), que era error el representar muy viejo al príncipe del apostolado en la historia del Evangelio, y en la pasion de Cristo. Este error (pues confieso ser tal) como yo mismo lo hubiese cometido, no con el pincel por ser ignorante en el arte de la pintura, sino en un sermon; cuando éste se dió despues á luz, procuré enmendarlo poniendo á la márgen (2) esta nota: «No era entonces tan viejo san Pedro, el cual, segun el cálculo más verdadero, apenas pasaba de 45 años; pero ¿quién exigirá de un predicador el averiguar lo que es propio de la crítica más fina?» Así escribí yo en aquel lugar: pero quien no se avergüenza como yo, de confesar que ignora mucho, y que quiere adelantar y aprender más cada dia mientras viva, cuando no para saber mucho, á lo menos por no ignorar tanto; yo mismo no apruebo lo que entonces escribí. Porque, si bien no consta qué edad tenia san Pedro cuando padeció martirio (como notó diligentemente el cardenal Baronio) (3); no faltan razones fundadas para afirmar, que el apóstol san Pedro en tiempo de la Pasion de Cristo, no sólo no pasó de 45 años, sino que apenas pasaba de cuarenta. Lo que dejo á otros que lo examinen.

3. Ni se ha de pensar por esto, que san Pedro no deba representarse viejo, cuando se nos representa que llora amargamente, teniendo junto á sí el gallo, y que abierto su pico

(1) V. And., Gill. Dial. 2, f. 83, pl. 2.
(2) V. t. 2, de nuest. Serm., p. 16.
(3) In Annal. Eccles. ad an. Cris. 69, et in Not. ad Martyrol. 29 Jun.

está cantando: pues consta como por una antigua tradicion que este santísimo apóstol que amaba tanto á Jesucristo, se arrepintió tanto de su pecado en todo el tiempo de su vida, que al resonar en sus oidos el canto del gallo le hacía derramar copiosas y abundantes lágrimas. Así lo dice, movido de la autoridad de san Clemente Romano, el Padre Maldonado, autor verdaderamente grave (1), y que no suele moverse por ligeros rumores: pues concluyendo un lugar de san Ambrosio con estas palabras: «Lloró, pues, amargamente Pedro, para borrar la culpa con las lágrimas:» añade de suyo: «Y como escribió Clemente Romano, se le imprimió tan profundamente en su corazon el dolor de su delito, que en toda su vida cuantas veces oia cantar el gallo, postrándose de rodillas derramaba lágrimas y pedia perdon de su pecado.» Esto dice Maldonado tomándolo de san Clemente Romano ó más bien del autor del librito intitulado «De gestis Beati Petri,» cuyo libro es constante entre gravísimos escritores católicos, y sólidamente eruditos (2) no ser de san Clemente. Pero vamos ya á otra cosa.

4. Nadie ignora, que al apóstol san Pedro se le suele y debe pintar con las llaves; pero se ha advertido, que la una se la pintan de oro, y la otra de plata: pues así se ve, conforme atestigua Molano, en varios templos de Roma y en otros muchos de Italia. Ni se hace sin razon, pues en la de oro se denota la potestad más noble, benigna y excelente de absolver, y por significarse en algun modo en la de plata como de materia inferior, la de ligar y de excomulgar. Mas, lo que sobre la entrega de las llaves que hizo á Pedro Cristo Señor nuestro, notó un varon esclarecido en dignidad y letras (3), por decir la verdad, no me agrada mucho. Pues dice, que yerran los pintores en pintar este hecho como sucedido, ó en la misma ciudad de Jerusalen, ó en algun palacio, ó junto al mar;

(1) Mald., in Matt., c. 27.
(2) V. Bellar., de Scriptor. Eccles.
(3) Card. Gabr. Paleot., l. 2, c. 34, p. 255.

sin embargo de constar por el Evangelio (dice él) que sucedió en Cesaréa de Philipo, como lo dice san Mateo (1): «Vino Jesus á las partes de Cesaréa de Philipo, etc.,» á que se añade: «Y te daré las llaves del reino de los cielos.» Digo que esto no me agrada: porque nunca ni en ningun lugar entregó el Señor á Pedro el Primado de la Iglesia bajo de la figura corporal de las llaves; sino que le promete indubitablemente que se las entregará en el lugar que cita el doctísimo cardenal. El tiempo y el lugar en que Cristo cumplió la promesa, fué cuando despues de resucitado se apareció á Pedro y á los demás discípulos á la orilla del mar de Tiberíades: pues allí se confirmó claramente á Pedro el Sumo Pontificado, y el Primado sobre los demás apóstoles con aquellas palabras (2): «Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas.» Ni afirmo yo esto temerariamente: tengo á mi favor un autor clásico, el cual disputando como suele, con los enemigos del pontificado de san Pedro, Lutero, Calvino y sus secuaces, dice (3): «Añádese, que aquella promesa que le hizo Cristo de que sobre él edificaría su Iglesia (añado yo lo que se dice allí mismo, y que le daria las llaves del reino de los cielos) es necesario que se haya cumplido en alguna parte. ¿Y dónde, sino aquí?» Con lo demás que dice muy al caso como siempre. Por lo que no debe condenarse de error, el que la entrega de las llaves á san Pedro se pinte como hecha no en alguna ciudad, sino junto al mar.

5. Pintan tambien con mucha frecuencia al mismo apóstol cortado el pelo como los romanos, y segun las presentes leyes de la Iglesia, esto es, con corona en la cabeza en memoria de la Pasion de Cristo: así nos lo enseña Beda (4), diligente observador de estas cosas, y, lo que no debe pasarse en silencio, lo mismo se echa de ver por haberse aparecido así

(1) Matt., 16.
(2) Joann., 21, 16, et 18.
(3) Mald. ad c. 21 Joann., n. 64.
(4) Bed., lib. 5. Hist. Anglor., c. 22.

los príncipes de los apóstoles á cierto muchacho, segun refiere el mismo escritor: en cuya aparicion, se manifestó san Pedro cortado el pelo conforme al uso de la Iglesia romana, y san Pablo con pelo y barba larga, como acostumbraron los orientales, de suerte que apenas podria librarse de la nota de error ó á lo menos de novedad, el que representara de otra manera la imágen de san Pedro. Nada digo ahora de las imágenes de este apóstol, cuando pintan otros hechos suyos: por ejemplo, cuando le representan dando la salud á aquel cojo y tullido, (de quien hablamos largamente al principio de esta obra) (1); cuando hace morir á Ananías y á Saphira su mujer; cuando está hablando con el Centurion Cornelio, y otros hechos semejantes: pues por lo dicho se ve con qué semblante y figura deba representarse. Acerca de su martirio (que nadie duda fuese muerte de cruz, por constar esto de los testimonios de Eusebio y demás escritores antiguos) dicen muchos cosas muy diversas, que procuraré resumirlas en pocas palabras. Dos son los principales capítulos que se disputan aquí con los pintores: el primero, si san Pedro fué crucificado con clavos, ó solamente atado con cuerdas en la cruz. Y el segundo, si de tal suerte fué crucificado en la cruz, que fuese puesto en ella cabeza abajo y piés arriba, ó si fué crucificado del modo que crucificaban regularmente á los que padecian muerte de cruz.

6. Sobre lo primero, no faltaron ni faltan hoy pintores que nos representan á san Pedro, no clavado en la cruz, sino atado en ella con cuerdas, á quienes por razones particulares y místicas, intenta excusar en algun modo el principal escritor en estas materias (2), pero, segun á mí me parece, en vano ó con poca utilidad por ser ello tan claro y evidente, que los que quieren defender que san Pedro fué atado con cuerdas en la cruz, se cansan en balde; de suerte que conforme refiere el mismo escritor, el año de 1518, Pedro Richard,

(1) Lib. 1, c. 1, n. 5 y 6.
(2) Molan., lib. 3, cap. 22.

doctor parisiense y canónigo de san Pedro Trecense, compuso un libro contra los pintores, y lo imprimió en París, en el cual por varios capítulos les reprehende sobre este punto, produciendo no sólo monumentos de historias y de pinturas y esculturas antiguas, sino manifestando tambien, que en diversas basílicas del Orbe cristiano estaban los clavos con que fué crucificado san Pedro, lo que no tengo tiempo de referir aquí con más prolijidad. Fué, pues, san Pedro crucificado con clavos que atravesaron sus piés y manos: y esto parece afirmó Tertuliano cuando dijo (1), que Pedro en Roma fué igualado con la Pasion del Señor, lo que Cristiano Lupo ilustra en aquel lugar con muchos argumentos. Y aunque, tratando de la crucifixion de Cristo he dicho mucho sobre esta materia (2), quiero sin embargo añadir aquí el pasaje del Cómico, que Justo Lipsio observó muy bien, el cual dice así (3):

«Dabo ei talentum primus, qui in crucem excurrerit;
Sed ea lege, ut offingantur bis pedes, bis brachia.»

Quien quiera ver más sobre este punto, encontrará no pocas cosas en el lugar de este libro que acabo de citar.

7. En cuanto á lo segundo, es constante por los mismos testimonios y principalmente por los Padres é historiadores, que san Pedro fué crucificado piés arriba, al contrario de Cristo Señor nuestro. Con razon, dirá alguno: pues consta por testimonio de Hegesipo en su libro «De Excidio Hierosolimitano» (cuyo escritor todavía es más antiguo que los Padres que vamos á citar) que san Pedro, en memoria y reverencia de Cristo, quiso ser crucificado así y no de otra manera; y que habiendo pedido esta gracia á los que le habian de crucificar, se la concedieron. Pero, por decir la verdad, no

(1) Tertulian., lib. 1 de Præscrip.
(2) Lib. 3, cap. 17.
(3) Lib. 1, cap. 18. Plaut. Mostellar.

necesita de pruebas dudosas ó falsas una cosa comunmente recibida y bastante cierta. Con efecto, Eusebio lo dice claramente en su historia con estas palabras (1): «Por último, hallándose Pedro en Roma, fué crucificado cabeza abajo como deseaba.» Y san Gerónimo, que por lo comun sigue á Eusebio: «Pedro (dice) fué crucificado y consumó su martirio, vuelta la cabeza hácia abajo, y levantados en alto los piés, afirmando que era indigno de ser crucificado como su Señor.» Casi del mismo modo habla el Padre san Agustin (2). Pero no hemos de omitir aquí á san Asterio Amaseno, metropolitano de Helenoponto, cuyas obras, para utilidad de la república y piedad cristiana, cuidó de dar á luz Teófilo Raynaldo, «in Heptade Præsulum Cristiana,» y de hecho se imprimieron en Leon de Francia en 1652. Este prelado, pues, en la alabanza que hace del príncipe de los apóstoles, dice así (3): «Sin embargo, como á humilde y sabio (san Pedro) en el mismo tiempo del combate y en la pelea y miedo de la muerte, sabiendo muy bien cuánta diferencia habia entre el Señor y el esclavo, pidió por beneficio una cosa á sus enemigos; á saber, que no le crucificaran en la misma positura del Señor, sino vuelta la cabeza hácia abajo: por no ser razon, que áun en la muerte fuesen iguales el esclavo y el Señor. Así les habló, y habiéndole concedido lo que pedia, voló, mediante la cruz, á aquel que resucitó despues de crucificado.» Hasta aquí elegantemente Asterio. Mas aunque los testimonios de tantos Padres convencen sin duda lo que decimos, no quiero pasar en silencio el testimonio de un poeta cristiano y español, el cual con la elegancia propia de un poeta lo confirma con su parecer; este es Prudencio, que dice (4):

«Ille tamen veritus celsæ decus æmulando mortis

(1) Eus., Histor., lib. 3, cap. 1, S. Ger., de Vir illustr. lib. 3, capitulo 1.

(2) S. Augustin., Tract. 123, in Joann., et Ser. 149, cap. 3, et 4.

(3) S. Asterius Amas., in Encom. B. Petri.

(4) De Coronis hymn. 12.

Ambire tanti gloriam Magistri
Exigit, ut pedibus mersum caput imprimant supinis,
Quo spectet imum stipitem cerebro.
Figitur ergo manus subter, etc.»

Por estos y otros esclarecidos testimonios que omito, debe tenerse por cosa cierta, que en el martirio que padeció el apóstol san Pedro se le debe pintar clavado en la cruz, y del modo que comunmente se usa.

8. No he querido valerme del testimonio de Hegesipo aunque es autor (como espontáneamente confieso) más antiguo que los que he citado, porque aquel libro de la Destruccion de Jerusalen de donde se toma el testimonio, no es parto legítimo suyo, sino de otro autor más moderno: sobre lo cual podria decir muchas cosas, si la materia lo pidiese. Sin embargo, porque lo que digo de Hegesipo no parezca á álguien cosa nueva, no pude menos de transcribir aquí por ser del asunto que tratamos, el juicio que hace de él un escritor no menos recomendable por su piedad y erudicion, que por su dignidad; el cual, despues de haber notado algunas cosas sobre Hegesipo, añade (1): «Los libros de la Destruccion de Jerusalen que corren bajo el nombre de Hegesipo, ó son de otro Hegesipo más moderno ó son supuestos. A la verdad, del lib. 3, cap. 5, se colige, que dichos libros se escribieron despues de los tiempos de Constantino.» Lo que he querido referir, para que no pensara alguno que yo queria introducir en el ánimo de los lectores incautos cosas nuevas, y que no las habian escrito antes hombres cuerdos y de mucha autoridad.

9. Pensando en esto, me viene á la memoria otra imágen del príncipe de los apóstoles que yo mismo he visto muchas veces y no quiero dejar de referirla. Pintan pues, á san Pedro arrodillado delante de Cristo con su cruz á cuestas frente de las mismas murallas de Roma. Y ya que un autor de

(1) Bellar., de Script. Eccles., pág. 67.

primera clase describe elegantemente todo el hecho, me ha parecido bien poner aquí sus mismas palabras (1): «Como Pedro despues de haber vencido á Simon Mago, enseñase al pueblo de Dios á guardar castidad y los demás preceptos, conmovió los ánimos de los gentiles, los cuales buscándole para prenderle, algunas almas cristianas le suplicaron que se ausentase ó escondiese por algun tiempo. Y aunque estaba deseoso de padecer, no obstante condescendió por contemplacion del pueblo que le pedía se conservase para instruirle y confirmarle. ¿Qué más? Empezó de noche á salir de las murallas, y viendo que Cristo le salia al encuentro en la puerta y que iba á entrar en la ciudad, le dijo: ¿Señor, dónde vais? Respondió Cristo: Vengo á Roma para ser crucificado otra vez. Entendió entonces Pedro, que la respuesta del Señor se dirigia á su cruz, por cuanto Cristo no podia ser crucificado segunda vez, etc.» Esto me ha parecido ser lo más principal que habia que tratar acerca de las imágenes de san Pedro.

10. Por lo que respeta ahora á las sagradas imágenes y pinturas del doctor de las gentes, san Pablo, poco nos resta que decir, y este poco, antes mira á su forma, figura y estatura (en cuanto podemos conjeturar estas cosas) que á sus hechos y á su sagrada historia. Y en primer lugar, omitiendo lo que áun por la lectura de los gentiles han observado algunos, esto es, que el bienaventurado apóstol tuvo la nariz aguileña y que fué calvo de la parte anterior de la cabeza; lo que puede colegirse con mas verisimilitud, es que no fué muy grande de estatura, como puede confirmarse de que morando en Damasco, le bajaron los fieles por la muralla, como él mismo atestigua, en una espuerta, ó segun á mí me parece mejor, en una canasta, bien que no muy grande, y que con bastante propiedad haya podido llamarla el intérprete, espuerta: lo que todavía puede confirmarse más por lo que refiere él mismo de que sus discípulos le tuvieron por de estatura no alta sino pequeña: «Por cuanto dicen (son pa-

(1) S. Ambros. Serm., de Basilicis non tradendis.

labras suyas) (1) las cartas son graves y fuertes: pero su presencia corporal es flaca: su conversacion despreciable.» Y que san Pablo aunque absolutamente era viejo, pero que respecto de san Pedro, era menor, fácilmente lo conocerá cualquiera que tenga presente que á san Pablo en el apedreamiento de san Estéban (que sucedió el mismo año que subió Cristo á los cielos, mediando el espacio de solos siete meses, como lo prueba muy bien el cardenal Baronio) (2) se le llama mozo: «Y los testigos dejaron sus vestidos junto á los piés de un mozo, que se llamaba Saulo.» Mas, sobre cuántos eran los años que Pedro llevaba á Pablo, para colegirse de ahí el modo más verosímil de pintar á este apóstol, no es fácil de determinarlo. Sin embargo juzgo, que no se apartaría mucho de la verdad el que dijese que san Pedro tenia unos diez y ocho años más que san Pablo, aunque quebrantado por sus grandes é inmensos trabajos, representase acaso más vejez.

11. Píntanle y siempre deben pintarle armado con una espada larga, á saber, con aquel género de espada que los españoles llamamos *montante*, por creerse que no fué otro el instrumento de su martirio; aunque no faltan quienes afirman (acaso con poca reflexion) que murió á golpes de una segur. Fué herido, pues, el santo apóstol con una espada larga y ancha, con cuyo género de suplicio acostumbraban frecuentemente los romanos quitar la vida á las personas de algun carácter; y así lo afirman unánimemente los autores y Padres antiguos y lo confirma la Iglesia con aquellas palabras en que hablando de los dos príncipes de los apóstoles dice:

«Per ensis ille, hic per crucis victor necem
Vitæ senatum laureati possident.»

Lo que quiero se entienda solamente cuando se pinta á san Pablo solo, ó junto con san Pedro: porque si no, no es

(1) 2. ad Cor., 10, 10.
(2) Bar., Anna l, t. 1, et in not. ad Mart., die 26 Decembris.

necesario pintarle con semejante adorno. En efecto, yo mismo he visto con mucho gusto representada toda la historia de san Pablo en estampas de Flandes donde están pintados los hechos de este apóstol ya cuando en Iconio le tenian por Dios, ya cuando estaba predicando en el Areópago de Atenas, ya cuando se sacudió en Malta y echó al fuego la víbora que tenia colgada de la mano: en cuyos hechos nunca le pintan con el adorno de la espada, la que sin duda no vendria al caso para pintar semejantes acontecimientos. Mas, sobre si la espada debe pintarse antes teñida con leche que con sangre ó con sangre mezclada con leche, es cosa que intenta explicar largamente Molano (1) á donde remito gustoso al lector. Suelen tambien y deben pintarle teniendo abierto un libro y con mucha razon: porque (segun habla san Máximo Taurinense) á quien se le confiaron las llaves de la sabiduría como á san Pedro las de abrir y cerrar; no puede haber cosa mas á propósito que el pintarle y representarle con el principal instrumento del doctorado y magisterio. Finalmente ya advertimos antes que le pintan con algun pelo y barba larga.

12. Resta, pues, decir algo de cuándo en una misma tabla se pintan juntos ambos apóstoles: singularmente por tocar esto una cuestion ventilada ya de mucho tiempo atrás, á saber ¿por qué en algunas pinturas en especial en los privilegios pontificios y en la misma capilla del Papa, está colocado san Pablo á la diestra y san Pedro á la izquierda? Es este un punto en que han empleado su trabajo hombres eruditos, así jurisconsultos como teólogos y lo que es más de extrañar, los escolásticos. Pues como el príncipe entre ellos santo Tomás, ha dado sobre esto su dictámen, no debe causarnos admiracion que los demás escolásticos hayan seguido el mismo rumbo. Ni puede evadirse la dificultad con decir que la causa de esto ha sido la incuria é ignorancia de los pintores; por obstar la autoridad inconcusa de la Iglesia ro-

(1) Molan., lib. 3, cap. 28.

mana y su venerable antigüedad, la que examina muy bien un cardenal (gran lustre de la santa Iglesia romana) san Pedro Damiano Obispo de Ostia en la carta que escribió al abad Desiderio (1): «De repente (le dice) me viene ahora á la memoria, lo que repetidas veces me has preguntado: á saber, por qué en las imágenes de las pinturas que vemos en todas las provincias adyacentes á Roma, Pedro que es el primero está á la izquierda y su coapóstol Pablo á la derecha: cuando segun se juzga comunmente, exige el órden de las cosas que Pedro que es el príncipe del senado apostólico esté á la derecha del costado de Cristo, y Pablo, que es más mozo, á su izquierda. Hácese muy duro el pensar que la venerable y religiosa antigüedad haya invertido sin reparo ni consideracion un órden tan ilustre y famoso en la colocacion de los apóstoles. Pues no debemos persuadirnos que el emperador Constantino y áun el papa Silvestre y despues de ellos, los príncipes y sacerdotes muy versados y diligentes en el estudio de la disciplina eclesiástica, mirasen con negligencia y descuido este órden de tan grandes príncipes, si juzgasen que necesitaba algun tanto de correccion.» Hasta aquí san Pedro Damiano. Cuyas palabras he querido poner enteras, para que se eche de ver que no se puede atribuir á incuria é impericia de los pintores el colocar de este modo las imágenes de san Pedro y san Pablo: por lo que quedándonos cerrada esta puerta vamos á indagar otras cosas más verosímiles y más sólidas.

13. Una de ellas puede ser, el decir que antiguamente entre los romanos y particularmente entre eclesiásticos, el estar sentado ó en pié junto á alguno al lado izquierdo era el lugar más honroso y distinguido, y que por esto en los diplomas pontificios, y en otros celebérrimos lugares la imágen de san Pedro, como más excelente, se ve colocada á la izquierda y la de san Pablo á la derecha. Ni faltarán razones y mucho peso de autoridades á los que resuelta y constante-

(1) S. Pedro Damian., opusc. 35, pág. 650.

mente son de este parecer. Algunas de ellas juntó aquel flamenco, lumbrera y sustentáculo de los eruditos, aquel digo, que en tratar semejantes materias apenas tiene otro igual, Justo Lipsio, á quien podrá ver el que quiera instruirse más sobre este punto. Sobre lo cual es muy digno de advertirse lo que en la institucion de Ciro, notó Jenofonte, cuyas son las siguientes palabras (1): «Deleitábase Cyro con la familiaridad de Gadatas, por cuyo motivo le honró con muchos y distinguidos honores y por respeto suyo le honraban tambien los demás. Cuando venian á cenar los convidados, no les colocaba á cada cual segun lo traia la casualidad, sino que al que queria honrar más le ponia á la izquierda. Y da la razon: por estar esta más que la derecha, sujeta á asechanzas. Al que no queria honrar tanto, le ponia á la derecha, luego á otro á la izquierda, al cuarto á la derecha y si habia más, los colocaba del mismo modo: pues pensaba ser cosa útil el que se echára de ver el honor con que queria distinguir á cada uno en particular.» Con efecto, suelen tambien hoy los turcos tener por más digno el lado izquierdo, por estar en aquel lado la espada; lo que en la descripcion del viaje de Constantinopla, notó Augerio Busbek: y esta opinion, lo que es más, parece que siguen dos lumbreras del Colegio cardenalicio, Baronio y Belarmino á quienes podrá ver cualquiera en el lugar que cito abajo (2).

14. Mas como la opinion contraria es mas frecuente, y está recibida con más aplauso la que defiende un diligentísimo investigador de estas materias, el Abad Juan Bautista Pacichelo, alegando á su favor muchas razones y autoridades (3); será lo mejor y más á propósito decir que san Pablo en los diplomas pontificios y en otros famosísimos lugares de Roma, se suele preferir á san Pedro por lo que respeta á este

(1) Xenophon., lib. 8, pág. 220.

(2) Baron., tom. 1, Annal. ad A. C. 213 et 325. Bellarmin, lib. 1 de Summo Pontificatu, cap. 27, et lib. 3, de Incarn., cap. 15.

(3) Chiroliturg., c. 4, p. 19.

puesto de dignidad; no porque fuesen ambos iguales en el pontificado (vayan fuera semejantes blasfemias y absurdos que dicen los herejes, de un obispado con dos cabezas); sino por otras razones que no han dejado de tocarlas los mismos católicos. Francisco Mucancio, jurisconsulto romano y maestro de ceremonias, escribió sobre este particular un librito que dedicó á Gregorio XIII, del cual nuestro Molano (que así quiero llamarle) hace honorífica mencion (1) adonde gustoso remito al lector, si alguno se dignare leer esta mi obra. Dicho autor señala siete razones ó congruencias por las cuales san Pablo es antepuesto en Roma á san Pedro en esta especie de honor. La tercera de ellas, por ser la que señala expresamente un autor de tanta autoridad, como es Santo Tomás (2), no quiero omitirla. Estas son las palabras del santo «Como la vida presente se significa por la izquierda y la futura por la derecha por ser ésta celestial y espiritual y temporal aquélla: por esto á san Pedro, que fué llamado por Cristo cuando el Señor vivia aún en carne mortal, se le pone en las bulas del Papa á la izquierda; y á san Pablo, que fué llamado por Cristo cuando ya glorioso, se le pone á la derecha.» Esto dice santo Tomás. Molano añade otras razones á las que alega Mucancio. Pero no quiero pasar en silencio la que de su fecundísimo ingenio, produjo un predicador muy famoso (3), el cual dice que la razon por qué en Roma y en los diplomas pontificios es colocado san Pablo en lugar más honorífico, es, porque allá se le considera como á huésped; y á san Pedro como á dueño de su casa: y por no haber cosa más conforme á la modestia y urbanidad que colocar al huésped en el puesto más honroso y distinguido, particularmente si ya por otra parte es varon recomendable y de mucha autoridad. Esto dice Vieyra.

15. Pero, si alguno desea aún razones más sólidas, lea al

(1) Mol., lib. 3, c. 24.
(2) S. Thom. in Ep. ad Gal. c. 1, sect. 1.
(3) P. Ant. Vieyr., ser. t. 14, edit, novæ nuperr. 106.

citado Cardenal Belarmino (1) el cual hablando sériamente, dice, que san Pablo aunque inferior y súbdito de san Pedro, se suele poner á su lado derecho por razon de sus mayores prerogativas, en cuanto á sus trabajos apostólicos y á su doctrina. «La Iglesia (añade juiciosamente este escritor) no tanto mira en la veneracion de los santos el grado de honor que tuvieron en la tierra, como la utilidad que de ellos resultó á los descendientes. Pues como ella les venera por causa de agradecimiento, tributa mayor culto á quienes está más obligada. Con efecto, san Estéban y san Lorénzo, fueron solamente Diáconos, de los cuales aquel sirvió en su oficio á Santiago obispo y apóstol, y éste á san Sixto Sumo Pontífice: con todo la Iglesia honra más á san Estéban que á Santiago y á san Lorenzo que á Sixto: por resplandecer admirablemente en toda la Iglesia los insignes martirios de tales Diáconos,» Todo esto dice el Cardenal Belarmino, añadiendo otras cosas muy oportunas.

(1) Lib. 1, de Rom. Pont., c. 27.

LIBRO SEPTIMO

DE LAS PINTURAS É IMÁGENES DE LOS SANTOS CUYAS FESTIVIDADES SE CELEBRAN EN EL TERCER TRIMESTRE DEL AÑO.

CAPÍTULO PRIMERO

Las pinturas é imágenes de san Laureano mártir y arzobispo de Sevilla, de santa Isabel reina de Portugal, de san Juan Gualberto, de san Buenaventura Cardenal, de san Enrique emperador de Roma, y de san Alejo.

1. Cuando no hay cosa alguna que evidentemente repugne á los hechos, hase de apreciar siempre mucho y respetar la antigüedad. Por ella sabemos, como por tradicion, que san Laureano, esclarecido mártir de Cristo, fué prelado de la Iglesia y Metrópoli de Sevilla. Hácese tambien mencion de este santo en el Martirologio Romano el dia 4 de Julio, y las notas que le puso el doctísimo Baronio convencen bastantemente, que el martirio y obispado de san Laureano contienen una historia recibida ya de muchos tiempos y siglos en España. Me era muy fácil recoger de varias partes su martirio y esclarecidos hechos, á no haberme prevenido en este asunto un sabio de bello y exactísimo juicio, el Padre maes-

tro Fray Diego Tello, el cual compuso en español un libro de tamaño regular, sobre la vida, hechos y martirio de san Laureano obispo de Sevilla, y lo imprimió en Roma el año de 1722, á cuya obra dí yo tambien la justa aprobacion que merecia. En esta obra se refieren y se ven tejidos como de un hilo seguido, los hechos de san Laureano sacados de nuestros autores, y lo que es más, del venerable Código de la antigüedad que describió el doctísimo Padre Felipe Labbé, de suerte que no puede desear más el lector prudente en un escrito de tal clase: singularmente yendo añadidas á dicha obra oportunas y no vulgares disertaciones para ilustrar los lugares más difíciles de la historia y cronología. Y así, allá remito al lector deseoso de saber y de enterarse más sobre los esclarecidos hechos de este ilustre prelado y mártir.

2. Por lo que respeta á sus imágenes y pinturas, que son bastante frecuentes en Sevilla, donde hay tambien (por no pasar esto en silencio, lo que sería reprehensible) una célebre escuela de mi Orden, en que laudablemente y con fruto se dedican sus alumnos á la piedad y á los estudios de la sagrada Teología. Por lo que respeta, vuelvo á decir, á sus pinturas, desde luego nada más se me ofrece que decir, sino lo que representa la imágen que está puesta en el principio de dicha obra (1). Vese allá pintado el santo, viejo, ó que tira ya á anciano, y con mucha razon: por haber nacido este santo, segun el cálculo más verosímil del autor, el año 490 ó cerca de él, y muerto el año de 546; de suerte que era entonces de 55 años (2). Píntanle tambien adornado con el palio de arzobispo, lo que tambien es bastante verosímil. Porque, si bien antes de san Gregorio Magno (confesaré ingénuamente lo que ignoro) no es muy frecuente entre los latinos la memoria del palio de los arzobispos: sin embargo enseña claramente el mismo san Gregorio (3), haber dimanado su uso de

(1) V. Disert. 1 del Autor, § 6, n. 14.
(2) Disert. 5, § 2, n. 5.
(3) Lib. 2, epist. 54, et lib. 4, epist. 50.

una antigua costumbre. Píntanle además arrodillado aguardando que sobre él descargara el golpe el verdugo: todo lo cual es muy conforme al martirio que padeció este santo Prelado.

3. Igualmente hacen muy bien en pintarle cortada la cabeza y llevándola en sus propias manos: pues de aquí trae su orígen lo que se refiere en el Código Bituricense, que describió, como dijimos, el Padre Labbé, á saber, que este esforzado atleta de Jesucristo, siguiendo despues de su muerte á los mismos que le habian martirizado y teniendo en sus manos su cabeza, les advirtió que la llevaran luego á Sevilla, donde tenia su Sede, y que así que la entrarían en la ciudad reprimiría Dios el azote de su justo enojo con que castigaba á Sevilla por sus delitos. Pero mejor será poner aquí las Actas del mencionado Código, que dicen así, segun las refiere el escritor de su vida (1): «Amedrentados como locos por un excesivo temor, dejando la cabeza, empezaron á huir. ¡Cosa admirable! El bienaventurado Laureano tomando su cabeza en sus manos, iba tras ellos dando voces como si viviese, y diciendo: esperad, no huyais, tomad esta cabeza, llevadla á Sevilla y entregadla al que por este motivo os ha enviado aquí.» A que añade un esclarecido escritor (2): «Lo que como hubiesen visto los guardias, llenos de miedo, se convirtieron á la fe de Jesucristo, y ungidos con el óleo del Bautismo, llorando, llevaron á Sevilla la cabeza de Laureano.» El citado Código concluye el hecho con estas palabras. «Habiendo tomado la cabeza, besando sus manos y piés, echaron el cuerpo en una cueva y se marcharon (3).» Esto es lo que tenia que decir sobre las imágenes de tan ilustre Prelado y mártir.

4. Apenas habrá alguno que no tenga noticia de la insigne reina de Portugal santa Isabel, hija de don Pedro III rey de Aragon, que fué el vigésimo en el número de

(1) Cap. 13, pág. 127.
(2) Luc. Marineus Siculus, de Reb. Hisp., lib. 5.
(3) V. tambien á Saussai, Martyr. Gallic., t. 1, f. 114.

los reyes de aquel reino, y á quien, por sus gloriosos hechos llaman Magno los mismos aragoneses. Con efecto, yo debo celebrar mucho á esta santa por haber sido dignísima nieta de don Jaime el I, á quien llaman comunmente los historiadores el Vencedor ó el Conquistador, por su pericia militar y memorables hechos contra los sarracenos: á que se añade, la que no es la postrera de sus glorias, el haber sido patrono y fundador insigne de mi Orden. Pero los esclarecidos hechos de santa Isabel, por lo mismo de ser muchos, dejo á los historiadores que los refieran conforme han hecho varios, ya en latin, ya en español, ya en portugués, ya en italiano; y ciñéndome á lo que es de mi inspeccion, advertiré solamente dos cosas. La primera: que á esta santa se la puede pintar, ó antes de casarse, ó cuando casada, ó bien cuando viuda. Y con gran razon, pues leemos en su rezo: «En la tierra, en tres géneros de vida, dejó á los venideros ejemplos de virtudes que imitar.» Y luego: «Corrió sin tropiezo el estado virginal el conyugal, y el de viuda.» En cuyos estados deberá observar siempre el pintor erudito lo que corresponde á la diversidad de edades. Pero no se ha de omitir que esta reina dotada de singular prudencia, vistió cuando casada adornos reales, aunque siempre muy modestos: y así obraría ignorantemente el que la pintase en tal estado con vestido vulgar. Mas cuando la pintan ya en el estado de viuda despues de la muerte de Dionisio rey de Portugal, en ninguna manera se debe pintar con vestido seglar, por ser esto contra la verdad de la historia: pues así que murió el rey, cortándose luego el pelo, vistió intrépida al instante el hábito de la Orden de los Menores ó de las monjas de Santa Clara con su correspondiente velo en la cabeza, y en ese traje asistió constantemente á las honras del rey su marido en Portugal y en Santiago, donde ofreció muchas y preciosas dádivas por el ánima del rey, y en este mismo género de vestido, perseveró hasta el fin de su vida.

5. Pero, aún viviendo su marido, fué muy comun el pintar á esta heróica reina, trayendo rosas en su delantal para significar el singular suceso ó insigne milagro con que Dios

quiso testificar su gran piedad y santidad. El caso lo refieren de este modo. Llevaba la piadosísima reina en su delantal, el dinero que habia recogido para distribuirlo segun su costumbre á los pobres: salióle el rey al encuentro, el cual viendo el hecho, ¿qué es esto (le dijo) que llevas contigo? Rosas, respondió la reina. ¿Cómo rosas? replicó el rey, por estar entonces en invierno. Dicho esto, abrió el delantal y enseñóselas al rey, quedando éste admirado. En pocas palabras comprehendió el rezo este suceso: «Para que el rey no supiera (dice) el dinero que distribuía á los pobres, lo convirtió en rosas en tiempo de invierno.» A este mismo milagro aluden aquellos versos elegantísimos, que se cantan en uno de los himnos del oficio de esta santa, los cuales son tan bellos, que ni aún en el mismo príncipe de los líricos, puede leerse cosa más hermosa ni más poética: dicen así:

«Præi, viamque dux salutis indica:
Sequemur. O sit una mens fidelium,
Odor bonus sit omnis actio; tuis
Id innuit rosis operta charitas.»

Finalmente, cuando se pinta ya viuda y vestida de monja, convendrá pintarla, aunque con el semblante algo hermoso, pero como mujer ya vieja; pues murió el año de Cristo 1336, á los 65 de su edad.

6. Vamos á tratar ahora de san Juan Gualberto, hijo de una de las casas más nobles de Florencia, y fundador de la Orden ó Congregacion de san Benito, que llaman de Vallumbrosa. Fué este santo insigne en méritos y santidad, á quien por su excelente y generosa índole que aumentó y perfeccionó en gran manera con la gracia de Dios, he venerado siempre con mucha particularidad. Pues para ejercitarme algun tanto en la elocuencia en la Real Academia Española de quien soy el miembro más ínfimo, describí en español, no sin aprobacion de los oyentes, su conversion, que sucedió de este modo. Seguia Gualberto, por dar gusto á su padre el estado militar, cuando aconteció, que un pariente suyo mató

á Hugon su único hermano. Ardia Gualberto en vehementes ímpetus de venganza, no omitiendo lugar ni ocasion en que pudiera hacer otro tanto con el homicida. El dia, pues, del Viérnes Santo yendo armado Gualberto y acompañado de soldados, tropezó con el enemigo cuando éste estaba solo, sin armas y en lugar donde el uno no podia escapar del otro, y donde podia Gualberto atravesarle libremente la espada. Rendido entonces el homicida, acordándose de la santidad de aquel dia, puestas las manos en cruz estando ya para morir, le pidió que le perdonara en reverencia del Salvador crucificado. Conmovióse entrañablemente Gualberto con esta accion, y concedió piadoso la vida del enemigo. No quedó sin premio, como veremos luego, un hecho tan heróico; pues que habiendo recibido Gualberto al enemigo como á hermano, y entrádose al templo más cercano que era el de san Miniato, como hiciese fervorosa oracion ante un crucifijo vió, que amoroso inclinaba el Señor su cabeza: y excitado en gran manera por este milagro, renunció la milicia y todas las cosas terrenas, y profesando despues vida monástica, instituyó con mucho fervor la mencionada congregacion, bajo la regla de san Benito, muriendo en fin lleno de dias y de virtudes.

7. Si se hubiese de pintar alguna imágen de este santo, me parece sería lo más á propósito el pintarle de rodillas delante de un crucifico en traje de seglar, por no haber entonces profesado aún vida monástica; y la imágen de Cristo, debiera pintarse en la agonía, y sin la herida en el costado: porque de otra manera no se pudiera percibir bien, el que la imágen del Señor como dándole gracias inclinó su cabeza: constando por otra parte del Evangelio que Jesucristo no espiró, sino inclinando la cabeza conforme á aquellas palabras tan sabidas: «Y inclinada su cabeza espiró.» Mas, si se pintase á san Gualberto sólo, debería pintarse viejo, con hábito benedictino y juntamente con las insignias de Abad, esto es, el báculo y la mitra: pues conforme aprueba ó supone el cardenal Bona (1), ya los Sumos Pontífices de muchos

(1) Rer. Liturg. lib. 1, c. 24, n. 15.

tiempos antes habian concedido á los abades el uso de estos Pontificales. Lo mismo debe observarse cuando se representan los santos abades mucho más antiguos, de suerte que no deberá carecer de semejantes adornos el mismo san Benito, esclarecido Patriarca de los Cenobitas, porque, si bien en los tiempos en que floreció este santo, aún no habian concedido semejante privilegio los Sumos Pontífices, sin embargo no hay inconveniente de que en la pintura tenga lugar aquella figura que los retóricos llaman Prolepsis ó anticipacion: á la manera que dijimos en otra parte más á la larga, que la famosa ciudad de Egipto llamada *No*, uno de los profetas la llama Alejandría; sin embargo de no haber recibido este nombre hasta muchos años despues, cuando Alejandro rey de Macedonia la restauró y amplificó magníficamente. Ni debe servir de impedimento alguno para dejar de practicarlo, el que dos abades santísimos ilustres en santidad y doctrina, san Bernardo y Pedro Blesense (1), parece que abiertamente reprueban el uso de dichos pontificales concedido á los abades. Pues, aunque esto lo hicieron movidos ó de su profundísima humildad ó de otros justos motivos; sin embargo despues de ellos ha sido lo coutrario lo que se ha acostumbrado. Ni debe obstar la autoridad y el juicio particular de estos hombres aunque doctísimos y recomendables en santidad, contra el uso y sentencia comun de los demás.

8. Ni es esta la misma razon por la cual se debe pintar con púrpura cardenalicia y su birrete encarnado, san Buenaventura, General de la Orden de san Francisco, cardenal y obispo de Albano, y lo que es más, varon de insigne doctrina y santidad, á quien Sixto V, el año de 1588, honró con el glorioso título de sexto doctor de la Iglesia. No corre, digo, la misma razon cuando se pinta al Doctor seráfico adornado de la púrpura cardenalicia; pues antes de ser creado cardenal, ha-

(1) Bern. epist. 42, ad Enr. Senonens. Petr. Blesens., ep. 90, ad Fr. Guilliel. Abbat.

bia ya concedido á los cardenales el uso de la púrpura, el Sumo Pontífice Inocencio IV, poco despues de su eleccion que fué el año de 1243. Dejó á los demás, segun mi costumbre, el referir los hechos y virtudes de un varon tan ilustre en doctrina y santidad, advirtiendo solamente una cosa que convence cuán grande era su fama y opinion. Habia tres años que estaba vacante la Silla apostólica, de que, como estuviesen enfadados los cardenales, unánimemente comprometieron sus votos en san Buenaventura, rogándole con las mayores veras que él solo eligiera Sumo Pontífice; que indubitablemente obecerian ellos al que él nombrase aunque se eligiese á sí mismo. Tan alto era el concepto que tenian los cardenales de su probidad é integridad, áun antes de ser cardenal ni obispo. Quedó atónito al punto Buenaventura al oir semejante proposicion, no pudiendo apenas persuadirse que á él se le confiase un encargo de tanto peso. Pero reflexionando sériamente, que todo se obraba por providencia de Dios, hizo lo que le pedian y nombró por Pontífice á Teobaldo, natural de Plasencia, Arcediano de Liege, que entonces estaba ausente del Cónclave, á quien los cardenales todos llamaron Gregorio X, en cuyo tiempo se celebró el Concilio general XIV, que fué el Lugdunense II, el año de 1274, y lo que es más, fué este Pontífice de virtud tan acendrada que poco ha se ha tratado de su canonizacion, la que segun se cree se verificará algun dia. El mismo Gregorio X, creó cardenal y obispo de Albano á san Buenaventura, que murió el mismo año durante el Concilio, cuando ya habia muerto tambien el mismo año en Fosanueva el angélico Doctor santo Tomás, yendo á Leon de Francia para asistir al Concilio, sin tener dignidad alguna eclesiástica, por haberlas siempre rehusado constantemente: poro con tanta opinion de sabiduría y santidad, que ya entonces la admiraba la Iglesia, y la admirará siempre más y más. Quedó, pues, privada la Iglesia católica en un mismo año de dos grandes lumbreras suyas, ó por mejor decir, quedó más adornada con ellas por estar ya colocadas en las moradas celestiales. Murió san Buenaventura de edad de 53 años; por lo que no debe pintarse viejo, sino como que tiraba á esa edad.

9. Despues de haber tratado de la púrpura cardenalicia no será fuera de propósito tratar de la imperial, pues al cabo de dos dias de haberse celebrado la memoria de san Buenaventura, se celebra la festividad de san Enrique emperador Augusto de los romanos, el cual, como de Duque de Baviera fuese elegido emperador, resplandeció como estrella brillante de la Iglesia romana; de suerte que para defenderla y amplificarla obró tantas cosas, así en tiempo de guerra como en el de paz, que apenas bastarian libros enteros para referirlas. Por lo que respeta á sus imágenes, que á la verdad son frecuentes, bastará advertir que hacen muy bien en pintarle como suelen, armado de piés á cabeza y cubierto con un largo manto imperial de púrpura; teniendo en una mano desenvainada la espada y en la otra al mundo en figura de globo: particularmente, porque en un lugar muy trillado y vulgar (1) el emperador de romanos se llama Señor del mundo. Pero dejo á otros el tratar más exactamente sobre este título, contentándome con advertir aquí, que se pintaría no menos bien, si en la misma mano en que trae la espada le pusiesen un ramo de cándidas azucenas en señal de su insigne castidad, por haber juntado (¡cosa rara!) el matrimonio con la virginidad y entregado intacta (como afirman) á Cunegunda su esposa al tiempo de su muerte, á sus parientes y deudos y á los magnates del imperio. ¡Ojalá se movieran con tal ejemplo todos los príncipes cristianos, para que, ya que no aspirasen á la cumbre de una perfeccion tan elevada, (pues no manda tanto el Evangelio y el suave yugo de Jesucristo) se ciñesen á lo menos dentro de los términos y límites de la honestidad, contentándose solamente con sus propias mujeres! Murió san Enrique á 52 años de su edad; por lo que debe pintarse, no enteramente viejo, aunque sí muy quebrantado por otra parte, á causa de las maceraciones de su cuerpo y trabajos de la guerra.

10. Apenas se atreverá nadie á decidir si es mayor méri-

(1) In l. 9, ff. ad L. Rhodiam, de Jactu.

to, pasar vírgen el marido toda la vida con su mujer tambien vírgen; ó bien, en la primera noche de las bodas dejar vírgen á su esposa, renunciar de un golpe las delicias de su casa y las pompas del siglo y quedarse en fin como incógnito y despreciable en la misma casa de sus padres y morir allí santamente. Lo primero hizo el emperador Enrique, de quien acabamos de hablar: lo segundo lo habia hecho muchos tiempos antes san Alejo, hombre nobilísimo, segun dicen entre los romanos. Yo dejo gustoso á otros el examinar y pesar estas dudas, en que se ejercitan y aguzan los ingenios omitiendo tambien el averiguar si esta admirable historia de san Alejo sucedió en Italia y en la misma ciudad de Roma ó en la Thracia y en la real ciudad de Constantinopla que los griegos en los posteriores siglos de su fundacion ó en la magnífica restauracion que de ella hizo Constantino Magno, llamaron á boca llena muchas veces Roma: pues no es este el propio lugar de examinar semejantes cosas. En cuanto á sus imágenes, es lo más recibido pintarle en traje de un pobre peregrino, como hospedado en la misma casa de sus padres y recostado debajo de la escalera; insultando de mil maneras los criados orgullosos de su casa por la parte superior de dicha escalera á este varon santísimo y verdaderamente dueño de aquella casa: pues que de este modo fué tenido y recibido en su casa diez y siete años enteros, perseverando incógnito todo este tiempo, lo afirman cuantos han escrito su vida.

CAPÍTULO II

Las imágenes y pinturas de santa María Magdalena, de Santiago apóstol y de san Cristóbal mártir.

1. Ya arriba manifestamos largamente haber sido una sola aquella mujer excelente en santidad que muchas veces llama el Evangelio María Magdalena, y por tanto que no fue-

ron dos y mucho menos tres, como algunos han pretendido. No intento por esto, que cuanto permite la razon de la historia, lo haya demostrado con la mayor firmeza y claridad. Confieso con ingenuidad, que la sentencia contraria, singularmente la que afirma que María Magdalena hermana de Lázaro, dueña, ó habitante del castillo ó lugar llamado Bethania, fué distinta de la pecadora que regó con lágrimas los piés á Jesucristo y se los enjugó con sus cabellos en casa del Fariseo, donde el Señor estaba convidado; tiene sus graves y buenos fundamentos: pero que no son tales que debiliten la firmeza y autoridad de nuestra sentencia, recibida ya de muchos siglos. Todavía la Iglesia no ha definido expresamente este punto y así tienen plena libertad los católicos de defender y abrazar aquellas sentencias que no son contrarias á sus estatutos y decretos. Abunde, pues, cada cual en su sentir, como dice el Apóstol, quedándonos á nosotros la libertad de seguir lo que parece más recibido. Pero examinemos ya las pinturas é imágenes de santa Magdalena.

2. Advertimos tambien arriba con la mayor diligencia y manifestamos con muchos argumentos, que por tanto no los quiero ahora repetir, de qué manera debia pintarse esta santa, cuando en el convite del Fariseo lavó con lágrimas los piés al Señor, los ungió con ungüentos y se los limpió cuidadosa con sus cabellos. Hase de notar aquí que suelen pintarla quitándose resueltamente el aderezo y demás adornos del cuello y de la cabeza y juntamente sus ricos vestidos y pompas: lo que sin embargo no aprueban hombres de más severa piedad y doctrina (1). «Porque ¿quién dejará de ver (dice un pio escritor, segun lo que él concebía y conciben otros á quienes he citado repetidas veces) que nos es más útil la pintura que nos propone á Magdalena derramando lágrimas á los piés de Cristo que la que nos la representa cuando era esclava y estaba poseida de siete demonios?» Pero todavía es mucho peor lo que hacen otros que la pintan arrodillada de-

(1) Molan., de Imag., lib. 3, c. 25.

lante de Cristo pendiente en la cruz, enjugando con un pañuelo sus lágrimas, y lo que ya hemos reprehendido, adornada con un rico y precioso vestido. Pues consta del Evangelio que en tiempo de la crucifixion del Señor el evangelista san Juan y las santas mujeres, junto con la reina de todos los Santos, estuvieron en pié junto á la cruz, sin ninguna pompa de vestidos, que en ningun modo decia bien con un tal espectáculo. Mas, cuando la pintan llorando junto al sepulcro, la representan algunos tendido el cabello y sueltos de industria los vestidos, acaso más allá de lo que permite la modestia; punto á que debiera atenderse con mucho cuidado y pintarse con más circunspeccion y cautela. Pero omito de propósito el hablar aquí más largamente sobre esta materia, por haberla tratado en sus propios lugares.

3. De dos maneras pintan frecuentemente los pintores al apóstol Santiago hijo del Zebedeo, principal Patron de España, por más que otros hayan fingido lo que se les ha antojado. Píntanle en traje de peregrino afianzado en un grande báculo, de donde está colgando una bolsa y sobre los hombros aquel género de adorno ó vestidura que los españoles llamamos esclavina, y además, con un sombrero bastante grande, adornado de conchas, que fácilmente se encuentran en la orilla del mar. Todo esto, discurro, habrá dimanado de haber corrido este apóstol con mucha presteza y conforme convenía al hijo del trueno, la España, donde fué trasportado su cuerpo desde Jerusalen, y se venera con el debido culto. Otros le pintan con espada y un libro abierto: «Cuya pintura (dice Molano) (1), aunque menos frecuente, se ha de preferir á la primera, por estar tomada de la Sagrada Escritura, y explicar el instrumento de su martirio, pues en ella se dice: Mató (Herodes) á Jacobo el hermano de Juan á cuchillo.» Píntanle tambien muchas veces montado á caballo, armado con la espada, rompiendo por en medio de los escuadrones de los moros, y persiguiéndolos hasta matarlos. Lo que se hace

(1) Molan., lib. 3, c, 26.

muy bien, y con no pequeña gloria del nombre español, por haberse visto muchas veces pelear en el aire á favor de los españoles: de que no podrán dudar los que asistiendo á su Oficio Eclesiástico, hayan oido que se cantaba de él:

«Tu bella cum nos cingerent,
Es visus ipso in prælio,
Equoque et ense acerrimus
Mauros furentes sternere.»

Y en otra parte (1) se repite lo mismo en prosa con estas palabras: «Dicho glorioso apóstol dejándose ver claramente en combates muy peligrosos, ayudó admirablemente á los españoles que peleaban contra los infieles.» Pero no es éste el lugar de tratar estos sucesos, que no lo refieren del mismo modo nuestros historiadores.

4. Más dificultad y trabajo hay, segun parece, en la representacion de un coloso: por lo que no será de extrañar, si me detengo algun tanto en las imágenes y pinturas de san Cristóbal, que ya de muchos siglos á esta parte las extienden los pintores á una mole de magnitud gigantea, haciéndolas tan altas como un coloso, lo que yo permito de buena gana. Porque, si bien este santo mártir se venera en la Iglesia solamente con rito simple ó con simple conmemoracion, y en nuestra España, ni áun esto, por incidir en el mismo dia en que se celebra la memoria del gran Patron Santiago; con todo, muchos, por la piedad y reverencia que tienen á este santo, se glorian del nombre de san Cristóbal, y yo mismo nací de un padre que tuvo este nombre. Pero para proceder con más claridad, hemos de establecer dos ó tres cosas. 1.° Si realmente ha existido un tal mártir de Jesucristo. 2.° Si se pinta bien de magnitud gigantea y si esto es conforme á la verdad de su historia. 3.° Finalmente, qué denota ó significa un tal modo de pintar á dicho mártir, supuesto que esta pintura sea simbólica.

(1) In Festo Translat., ejusdem 30 Decembris.

5. En cuanto á lo primero, los herejes novadores de estos tiempos, como que andan solícitos para combatir y destruir la verdad de las cosas que con unánime consentimiento recibe la Iglesia, niegan abiertamente, que haya habido algun hombre llamado Cristóbal: y de consiguiente dicen no ser éste nombre propio de alguno, sino apelativo, y que se puede atribuir á cualquiera. Como si aquel mártir Ignacio que la antigüedad, á quien no se atreven oponerse, llamó *Teoforo*, esto es, *Deifero*, no hubiese sido un hombre propio y verdadero sino fingido, y no le hubiesen realmente despedazado en Roma los leones, sino que hubiese sido un hombre formado solamente en el cerebro y fantasía de los impíos, de donde luego se hubiese desaparecido. A esta sentencia ó error, suscriben los herejes, á quienes cita é impugna, segun su costumbre, esto es, doctísimamente, un gran teólogo, el Padre Nicolás Serario, en su preciosa obrilla, que intituló *Litaneuticus* (1). De cuyo error (pues no debo disimularlo) no se alejaron mucho algunos doctores pios y católicos, entendiendo en un sentido alegórico y simbólico toda la historia de san Cristóbal representada en la pintura. Uno de ellos es un noble y sabio profesor de la Orden de san Agustin, el cual lo dice bastante claro con estas palabras (2): «En las declamaciones expondremos, qué quieren decir algunas historias y pinturas fingidas, como la de san Cristóbal, que representa al pregonero del Evangelio, el cual, mientras levanta en alto á Cristo y lo lleva por todas partes dándole á ver y conocer de todos, corre peligro en las tormentas y olas de este mundo, y por todos lados se halla infestado de los malos como de mónstruos y bestias marinas: sin embargo, atendiendo continuamente á la antorcha del Verbo divino, que traen y manifiestan encendida los Santos Padres, profetas y apóstoles que salen de la Iglesia, y afianzado además

(1) Lib. 2, qnæst. 20.

(2) Laurent. de Villavicencio, de Ratione studii Theolog., lib. 3, capítulos 6 y 7.

con la esperanza de los gustosísimos frutos que recibirá despues, ó al acabarse la vida (éstos son los que se simbolizan por el báculo verde y florido de arriba) y contentándose con su pobre suerte, á saber, con tener de que vivir y vestir (lo que significa el pan y un despreciable piececillo en su zurron y tambien el vestido corto y sin pliegues) se encamina por fin á la orilla y al paradero, donde gozará de quietud y gloria eterna, con Cristo á quien llevó.» Todo esto dice un varon docto y católico, lo que con efecto puede servir muy bien para explicar algunas pinturas alegóricas de los santos (1). «Pero lo que hemos dicho é inculcado (dice Molano) son cosas que realmente pertenecen al mártir Cristóbal: ni me parece tolerable el que los herejes lo quieran traer para significar al pregonero del Evangelio, como si debiéramos desechar toda la historia de este mártir, como á fábula y ficcion. En el mismo escollo tropezó tambien otro autor católico (2), el cual sigue más todavía la alegoría de san Cristóbal (3): «La trata con más aspereza (son palabras del citado Molano) y parece se inclina demasiado al partido de los contrarios.» Pero, como varios Padres de la Iglesia bastante antiguos (4), y además los martirologios y la tradicion de muchas Iglesias celebran la memoria de san Cristóbal mártir, como la de un hombre verdadero y singular; concluyamos de aquí, que lo que se dice de san Cristóbal, no se dice solamente por alegoría, sino que se refiere con fe verdaderamente histórica, aunque algunas de las cosas que se expresan en sus imágenes ó pinturas sean alegóricas ó simbólicas.

6. Tal es (y es lo segundo que hemos de averiguar) el pintarle de una mole gigantea y cual apenas han tenido los gigantes de quienes se hace mencion en las historias profanas

(1) Molan., lib. 3, cap. 27.

(2) Joann., Hunæus.

(3) Molan., ibid.

(4) Vid. D. Gregor. Magn., lib. 8, Epist. 32. Bed. S. Eulog., aliosq. pass.

ó en las sagradas. Lo que hacen para significar su elevada virtud, santidad y constancia, la que no pudo acaso describirse mejor, sino en la figura y magnitud de un gigante. Añádense tambien otras cosas á su imágen, como el llevar san Cristóbal en sus hombros á Cristo en figura de muchacho, que así va pasando el rio y otras cosas de este tenor. Y ya que todo esto lo comprehendió en un elegante epígrama un autor no solamente católico (1), sí tambien excelente en santidad y doctrina, me ha parecido del caso poner aquí sus mismos versos que dicen así:

«Christophore, infixum quod eum usque in corde gerebas,
Pictores Christum dant tibi ferre humeris:
Quem gestans, quoniam multa es perpessus amara,
Te pedibus faciunt ire per alta mari.
Id quia non poteras nisi vasti corporis usu,
Dant membra immanis quanta gigantis erant,
Ut te non capiant, quamvis ingentia templa,
Cogeris et rigidas sub Jove ferre hiemes.
Omnia quod victor superasti dura, virentem
Dant manibus palmam, qua regis altus iter.
Quod potis ars tibi dat, nequeat cum fingere vera,
Accipe cuncta bono tu bonus ista animo.»

Esta es (y hé aquí lo tercero que quisimos establecer) la verdadera razon y la más congruente, de pintar á san Cristóbal en forma de gigante.

7. Una sola cosa parece nos resta que advertir y aún muy de paso, esto es, que no es para todos el pintar bien y segun reglas un coloso ó estátua grande. Por lo que vemos no pocas imágenes de san Cristóbal en los templos y delante sus puertas, trabajadas con poco primor y sin observar las reglas del arte. Es indecible cuánto se peca en esto que llamamos nosotros proporcion ó conmensuracion de miembros, y los

(1) Hieron., Vidas Episcop. Cremonens., in Epigrammatibus.

griegos simetría. Vense unos piés de gigante y unas espinillas más que de gigante, y sobre esto una cabeza y hombros de la estatura regular de un hombre. Con efecto, los que antiguamente pintaron colosos, ó bien los formasen de metal ó de otra materia, fueron excelentes artífices, á quienes alabó un célebre escritor de la naturaleza y tambien del arte (1): y por lo que nos hace al caso, un esclarecido y elocuente predicador de nuestra España, reprehende el abuso de emprender los pintores vulgares la pintura de san Cristóbal, poniendo todo su conato en pintarle gigante, sin cuidar de las reglas del arte y de la debida proporcion de los miembros.

CAPÍTULO III

Las pinturas de santa Ana, madre de la bienaventurada Vírgen, de san Pantaleon mártir, de santa Marta vírgen y de san Ignacio confesor.

1. Fué muy grave é ingenioso aquel emblema en que, para demostrar la dignidad de la Madre de Dios, pintaron una resplandeciente y preciosa perla junto á la misma concha, de donde se significaba que acababa de salir, con aquel lema de Horacio: «O matre pulchra filia pulchrior.» Pues en realidad fué así: porque, aunque la sagrada Vírgen haya excedido mucho en dignidad y excelencia á cuantas mujeres ha habido, hay y habrá, sin exceptuar á su misma madre; sin embargo nació la Vírgen de una madre tambien hermosísima por la gracia, esto es, de santa Ana, de quien se hacen lenguas los Padres de la Iglesia que tuvieron pleno conocimiento de esto, pues á los más antiguos se les escondió entera-

(1) Plin., Hist. Nat., lib. 34, c. 7.

mente. Véanse san Epifanio y san Damasceno, á quienes despues han seguido otros que encontraron el camino más trillado y que no me parece necesario referirlos aquí prolijamente.

2. En cuanto á su imágen, dos cosas tengo que advertir. La primera, que se la debe pintar sí verdaderamente anciana, no como una vieja disforme y regañona, por persuadirlo sériamente así lo que los autores antiguos y Santos Padres han advertido sobre el matrimonio de santa Ana y de san Joaquin, los cuales dicen expresamente, que fueron estériles muchos años y que no sacudieron de sí aquella nota de esterilidad, sino en una edad muy avanzada, cuando dieron á luz á la que habia de ser madre del Criador. Hase, pues, de pintar como vieja venerable de edad de unos 50 años, á los que, si se añaden quince (por ser creible que viviria hasta que la inmaculada Vírgen parió á Jesucristo) se puede colegir que moriria de edad de sesenta y cinco años: lo que debe tenerse por cosa bastante pia y verosímil.

3. Porque, el que despues de haber dado Ana á luz á la Santísima Vírgen, casase con otro, ó que del mismo san Joaquin tuviese otros hijos llamados por esto hermanos del mismo Cristo, ó lo que parece que hace más fuerza, que tuviese aquellas mujeres, ó á lo menos la una de ellas llamada María Cleofé, como parece ser constante por las palabras de san Juan en que dice, que junto á la cruz de Jesus estuvo en pié la hermana de su madre, María Cleofé; aunque así les haya parecido á algunos Padres antiguos, áun de los de primemera clase: sin embargo ya no se admite una cosa tal, y con mucha razon, ni la tienen por verosímil los que sériamente la examinan. Véanse sobre este punto los intérpretes de los Evangelios, que yo no puedo detenerme en examinarlo largamente, por tener que parar la consideracion en otras cosas.

4. Lo segundo que se ha de advertir (de que ya hemos hablado en su propio lugar) es ser muy absurda la pintura en que suelen representar á la Vírgen de edad de siete ú ocho años, junto á santa Ana su madre, quien en un libro

que trae en sus manos le enseña á deletrear y los primeros rudimentos de las letras: lo cual en ningun modo es conforme á lo que se dice ya con unánime consentimiento, y parece confirmarlo la Iglesia con su dictámen, sobre la presentacion de nuestra Señora en el templo. Pues afirmándose que dicha presentacion se hizo cuando la Vírgen tenia solos tres años ¿como podrá decirse ó pintarse el que á la misma Vírgen cuando de edad de ocho ó aún de cinco años le enseñase á leer su venerable madre, siendo muy difícil de creer que aprendiese las letras en la tierna edad de no más de tres años? Además: no faltan quienes afirman que ni su madre, ni ningun otro maestro se las enseñó, sino que las aprendió del Espíritu Santo. Véase sobre este particular lo que díjimos arriba.

5. Omitiría tratar de san Pantaleon, á no acordarme haber visto pintada alguna vez su imágen, en la que se le representaba como soldado, con escudo y calzado á lo militar, que no puede darse cosa más absurda. Pues el mártir san Pantaleon, ni fué soldado, ni siguió nunca la milicia; sino que fué médico pío, y segun se puede pensar, docto y erudito. Mas, creer que en la ciudad de Nicomedia, llevaban un mismo género de vestidos médicos y soldados, es lo mismo que manifestarse ignorantísimo de las cosas mas triviales. Pero decir é inculcar esto una y muchas veces cuando los que se dedican á la noble y excelente arte de la pintura no tienen deseos de instruirse, es lo mismo que lo que dice el refran, dar música á un sordo.

6. Mucho más molesta é intrincada es aquella cuestion ó disputa que suelen mover los historiadores críticos, sobre el arribo de san Lázaro, santa Marta y santa Magdalena á aquella parte de Francia, que por ser la primera que los romanos redujeron en forma de provincia, fué llamada provincia por antonomasia. Por cuyo motivo dejo á otros que la examinen. Y habiendo ya advertido lo que teníamos que decir sobre la imágen de santa Magdalena, solamente nos restan que advertir algunas cosas acerca de la pintura de su hermana santa Marta que hospedó á Cristo Señor nuestro: lo que

no quiero hacerlo con otras palabras, sino con las del autor que en toda esta obra he tenido casi siempre á la vista. Dice pues: «A la cual (habla de Marta) la pintan con un hisopo y agua bendita. Da la razon de esto Clictovéo (1) diciendo que hallándose aún (Marta) en el territorio Aquense, habia sobre el rio Rone entre Arlés y Aviñon, un dragon de disforme magnitud, el cual escondiéndose á veces debajo de las aguas y á veces caminando por la tierra, hizo naufragar á muchas embarcaciones y mató á muchos pasajeros. Y que habiendo suplicado á este fin á la bienaventurada Marta, lo hizo manso y que no dañara á nadie con manifestarle la señal de la cruz y rociarle con agua bendita. Lo que advirtiéndolo el pueblo, á golpes de lanzas y á pedradas le mataron al instante. Este milagro se representa en la acostumbrada pintura de santa Marta, pintando un dragon á sus piés y un hisopo de agua bendita.

7. Esto dice Molano, á quien tantas veces hemos citado; lo que á mí me excita la curiosidad de indagar el orígen de una cosa que vemos en nuestra España y que no hay otra más sabida y manifiesta. En la solemne pompa y á manera de triunfo, en que segun antigua costumbre y por decreto tambien del santo Concilio de Trento, se lleva el dia del Corpus públicamente y con la debida veneracion por las calles y plazas, el Santísimo Sacramento de la Eucaristía; delante de la procesion donde van gentes de todas clases, se lleva en una máquina cubierta, un mónstruo fingido, que representa á un dragon disforme ó serpiente de la mayor magnitud que sirve de diversion y de gustosísimo espectáculo á los muchachos. A este mónstruo, que le adornan y componen de varias maneras los que corren con ello, lo llaman nuestros españoles con una voz recibida en todas partes la Tarasca, el cual (pues no quiero omitirlo) está trabajado con tal artificio que va caminando abierta la boca y la garganta: juguetones los muchachos como traviesos que son, procuran meterle á

(1) Hom. de Martha apud Molan., lib. 3, cap. 29.

porfía dentro de su boca las monteras y sombrerillos: todo parece tragarselo aquel mónstruo y metérselo en su estómago con tal voracidad, segun parece, que ha dado ocasion á un refran castellano, pues cuando queremos describir un mónstruo de portentosa voracidad, decimos de él, que el presentarle muchas presas menores es lo mismo que *echar caperuzas á la Tarasca*. Sobre que puede verse el diccionario español, que consta ya de algunos tomos, el cual empezó á darse á luz bajo la proteccion del poderosísimo monarca y rey de las Españas Felipe V. Pero volvamos oportunamente al asunto de donde nos habíamos alejado.

8. Con efecto, habia pensado repetidas veces de dónde podia traer su orígen esta costumbre, y á qué se queria aludir con semejante hecho. Pero me pareció haber dado en el blanco cuando, contemplando sériamente la imágen de santa Marta, paré la consideracion en la historia de este dragon muerto y vencido. Juzgo, pues, que por el dragon que va delante se significa el demonio, que es llamado en la Escritura serpiente antigua, pero vencido y manifestado en el triunfo que sobre él consiguió Jesucristo: y esto con evidente alusion á aquel dragon ó serpiente que dicen haber vencido la bienaventurada sierva de Dios, santa Marta. Y para que no parezca que esto se funda sólo en mí fantasía, téngase presente lo que noté antes, esto es, que los españoles llaman vulgarmente á dicho mónstruo la Tarasca. Lo que á mí me parece no indica otra cosa sino que aquel mónstruo fué muerto en Tarasco ó Tarascon, ciudad de la provincia Narbonense, que así la llaman Ptolomeo, Estrabon y otros geógrafos (1): en cuya ciudad ó á lo menos en su territorio, afirma expresamente el Martirologio romano haber sido depositada santa Marta. Sobre lo cual basta haber advertido esto de paso.

9. El último dia de Julio está consagrado á un héroe de mucha santidad y recomendable particularmente por su celestial prudencia, san Ignacio de Loyola, fundador y patriar-

(1) Vide Abr. Hortelium, in Lexico.

ca de la Compañía de Jesus. No es mi ánimo recoger aquí secamente algun poco de la abundante miés y fértil campo de sus alabanzas. Pero por lo que mira á su imágen, me tendria por muy culpable, si omitiese lo que entre muchos historiadores de su vida, notó el elocuentísimo Padre Juan Pedro Maffei (1), hombre recomendable por su pureza en la lengua latina, cuyas palabras por su acostumbrada elegancia en el estilo, quiero ponerlas enteras: «Fué san Ignacio (dice este historiador) de pequeña estatura y de semblante agradable y venerando: su color entre blanco y moreno, ancha y dilatada la frente, los ojos vivos, la nariz larga y encorvada, que es la que tienen por la primera y más cierta señal de prudencia los fisonomistas. Cojeó algun poco de resultas de la herida que recibió en la defensa del Alcázar de Pamplona, pero sin ninguna deformidad, de suerte que nadie lo reparaba sino poniendo en ello mucha atencion. Sus retratos no son muy al vivo, segun afirman los que le trataron familiarmente, por cuanto sólo despues de muerto sacaron su imágen en yeso; pues durante su vida, no permitió que pintaran y esculpieran su efigie, mostrándose en todo despreciador insigne de la gloria mundana.

10. Esto dice con su acostumbradada claridad y elegancia el citado escritor: á que puede añadirse lo que afirma otro esclarecido autor del mismo instituto (2) sobre el modo de pintar á san Ignacio, que ilustra admirablemente lo que dijimos antes: pues citando á los escritores de su vida, dice que jamás permitió que le pintasen; en tanto que hizo no sólo difícil, pero imposible el poderle retratar: convirtiéndose cual otro Prothéo en semblantes (aunque siempre de hombre) pero totalmente diversos; de suerte que al pintor que curioso y diligente queria retratarle, ya le parecia uno ya otro. Lo que bella y elegantemente va siguiendo el mencionado escritor á quien podrá verse en el lugar citado arriba.

---

(1) J. Maffæus, in vita S. Ignat., lib. 3, cap. 15.
(2) V. Ant. de Vieyra, tom. 4, Serm. § 3, pág. 292.

Pintan á este santo patriarca dignísimo de todo alabanza, en hábito clerical, llevando en una mano aquel admirable libro de los ejercicios, aprobado por la Silla apostólica y por la utilidad que todos sacan de él; y en la otra, en medio de los rayos del sol el santísimo nombre de Jesus, cuya gloria con escritos y hechos promovió por todas partes, por sí y por medio de sus hijos. Píntanle tambien con bastante frecuencia vestido con adornos sacerdotales y con mucha razon: por haber sido Ignacio el que procuró con tanto esmero, como dice su rezo, la lipieza en los templos, la enseñanza del catecismo, la frecuencia de la divina palabra y de los sacramentos.

CAPÍTULO IV

Las imágenes de san Pedro in vinculis, *de santo Domingo, de los santos mártires san Justo y san Pastor, de san Cayetano y de san Lorenzo Mártir.*

1. El primer dia de Agosto se hace memoria del príncipe de los apóstoles san Pedro, cuando estaba en prisiones, cosa que suelen tambien representarla los pintores; pero por la ignorancia de la antigüedad no la pintan bien por no decir que la pintan absurdamente: ello es que hacen lo que suelen. Píntanle atado con una cadena que estriba en una pared, columna ó en un palo: sin embargo ello no fué así, como fácilmente lo conocerá cualquiera, que áun sin mucha reflexion haya leido la Historia Sagrada, que dice (1): «En la misma noche estaba Pedro durmiendo entre dos soldados atado con dos cadenas: y los guardias custodiaban la cárcel delante la de puerta.» Hé aquí á Pedro atado no con una sola cadena, sino con dos, y que éstas no estribaban en ninguna

(1) Actor., 12, 6.

pared ni columna. ¿Pues en qué? A saber, en lo que nunca soñarán los pintores, esto es, en los dos soldados que custodiaban á Pedro en medio de los cuales sin temer el santo apóstol la muerte que le amenazaba, y que iba ya á descargar sobre su garganta, estaba él durmiendo á sueño suelto. Y para que se vea esto más claro, conviene saber que los reos, singularmente los que estaban presos por algun motivo más grave, solian atarlos y entregarlos á dos soldados para custodiarlos; de suerte que la una cadena ataba la mano derecha del reo, y la izquierda del soldado, y la otra por el contrario, la derecha del soldado y la izquierda del reo. Podria demostrar esto con muchos documentos; pero basten pocos. Séneca dice expresamente (1): «A la manera que una misma cadena ata al preso y al soldado, al mismo paso andan estas cosas, aunque tan desemejantes.» Lo que ilustra más y con mayor firmeza san Agustin (2): «Están atados dos (dice este santo), y remítense al juez el ladron y el que está atado junto con él: aquél es un malvado, y éste inocente: ambos están atados con una misma cadena, con estar muy distantes entre sí.» Esto supuesto, está clara la inteligencia de la historia apostólica, y el modo de pintar al apóstol con las cadenas: pues son de suyo evidentes aquellas palabras: «Estaba Pedro durmiendo entre dos soldados, atado con dos cadenas.» Ni es menester preguntar ¿por qué motivo harian esto los antiguos romanos áun segun sus leyes? Pues está claro que solian hacerlo, para que los presos á quienes custodiaban no pudiesen escaparse fácilmente: lo que no podia acontecer, aun en el caso de dormirse los guardias, á no ser que los presos atrajesen violentamente consigo á los que los guardaban y custodiaban; lo que con dificultad podia suceder, y de ninguna manera si Dios obrando sobrenaturalmente no manifestaba algun tanto su poderosísima mano, como sucedió cuando Pedro quedó libre y se escapó.

(1) Séneca, Epist. 5.
(2) S. August., in Ps. 118.

2. Y así, para representar con la mayor propiedad este admirable suceso, casi debe ponerse á la vista del modo siguiente. Píntese á san Pedro echado en tierra durmiendo, y atado con cadenas de una y otra parte; y que éstas, colgando de sus manos del modo que hemos dicho antes, atan tambien á ambos soldados. Deberá tambien pintarse el apóstol no enteramente vestido ni desnudo, sino vestido con una sola túnica y quitados sus zapatos ó calzado, para dar así lugar á la advertencia del ángel, el cual resplandeciendo con admirable resplandor (como dice el texto) y hablando con el mismo san Pedro, «Cíñete (le dijo) y ponte tu calzado.» Y luego: «Echate tu ropa y sígueme.» Mas, si se le pintare estribando ya sobre sus piés, en este caso deben representarse rotas por una y otra parte las cadenas, segun afirma la misma Historia Sagrada, la cual despues de haber dicho que el ángel despertó á san Pedro, añade luego: «Y cayeron las cadenas de sus manos.» Describir así esta historia, es pintarla y representarla como se debe: lo contrario, no es más que una locura y seguir su propia y necia fantasía; lo que debe precaverse y evitarse: á este fin se dirige todo mi trabajo y la idea que me he propuesto. Pero parémonos un poco en estas últimas palabras.

3. Digo esto, porque si bien en todo el discurso de mi obra he procurado, como era razon, apartarme lo menos que he podido de mi asunto; no negaré, sin embargo, que, ó ya por causa de diversion ó por el afecto que tenia á lo que iba tratando, me he apartado de él alguna vez, lo que podia sucederme con mucha más frecuencia, si no hubiese procurado estar siempre sobre mis estribos. Para que esto se vea más claro, no es menester ir muy lejos por sus pruebas, pues vamos ya á exponer las pinturas é imágenes del muy esclarecido patriarca santo Domingo, varon superior á toda alabanza, cuyos hechos y virtudes si quisiese referir aquí, sería cosa muy larga y me extenderia más allá de lo que permite mi intento. Por cuyo motivo, así en esto como en lo restante que haya de tratar, dejando á parte lo demás que podia ofrecerse, solamente me pararé en la exposicion de las imágenes

y pinturas. En primer lugar, ningun hombre cuerdo podrá extrañar que al santísimo Patriarca se le pinte con una resplandeciente estrella en la frente, pues luego despues de bautizado, la advirtió en el tierno niño la piadosa y noble mujer que fué su madrina. Ni es tampoco extraño que se le pinte con aquel emblema de un perro teniendo en su boca una antorcha con que abrasa al universo; por no ignorar nadie haber tenido su madre este sueño, cuando estaba preñada de él. Pero sí es cosa desusada el pintarle vestido con sobrepelliz y capa de canónigo, porque, aunque es cierto que fué canónigo de la Iglesia de Osma, sin embargo se demuestra bastante sin estas insignias ó aparato (porque el que algunos pretendan que habiendo vestido la cruz de Santiago, fué uno de los clérigos de esta Orden, no hago de esto tanto aprecio, que quiera ó deba ahora refutarlo: pues, con licencia de los que lo dicen, me parecen estas representaciones de quien está soñando, ó sueños de hombres que están despiertos.) Con todo, como despues en todo el discurso de su vida, empezó á usar de aquel género de bábito q ue traen los religiosos dominicos, y esto no sin inspiracion celestial y áun precepto de la sagrada Vírgen, como afirman los principales escritores de su vida, es justo representarle siempre en un mismo hábito, usando de un modo bastante frecuente, en que valiéndose de anticipacion ó prolepsis, ó lo que se suele decir en griego «Histeronproteron,» mudado algun tanto el órden de las cosas, se refiera como sucedido antes, lo que aconteció despues.

4. Pintan regularmente al santo Patriarca con las insignias que todos saben, esto es, con un libro y un ramo de candidísimas azucenas. Ambas cosas parecen muy bien, por significarse en las azucenas su excelente candor de alma y cuerpo, con que tanto agradó á la Vírgen de las vírgenes, María Santísima, y en el libro, su sabiduría, con la cual, ya por sí mismo y ya por medio de sus hijos y compañeros de esta ilustre y célebre Orden, dignísima de las mayores alabanzas, ilustró con admirables luces á toda la Iglesia católica. Pero referir esta materia con palabras áridas y estériles,

no tanto parece que es alabar á santo Domingo, como oscurecer sus glorias.

5. Mas no se puede pasar en silencio otro modo bastante comun de pintar al santo Patriarca. Todos saben por los historiadores de su vida, que el santo solia disciplinarse cruelmente tres veces al dia. Píntanle, pues, con unos ásperos azotes y puntas en sus extremidades, ó con una cadenilla de hierro, descargando fuertemente sobre sus espaldas delante de un crucifijo, con tales muestras del mayor dolor y conpuncion, que bastaria para ablandar los duros corazones de los que merecerian con mucha más razon experimentar en sí mismos semejantes mortificaciones. Estas pinturas las vemos con mucha frecuencia, pero de cuantas he visto, la más hermosa de todas es la que se ve en el noviciado del gran convento de esta Orden, que hay en la ciudad y universidad de Salamanca, (universidad cuyo nombre solo lleva consigo el elogio) trabajada con mucho primor por un pintor (segun dicen) religioso de la misma Orden. En este convento, digo, se ve dicha imágen, y yo añado, que no está allí ociosa, ni inútilmente, pues suele excitar en gran manera los ánimos de los religiosos jóvenes, que se ejercitan siempre en obras de santidad y de penitencia, como lo demuestran claramente las señales impresas en las paredes.

6. Fué este santo (pues no debo omitir lo que es de mi instituto) fué, digo, de mediana estatura y muy hermoso de semblante: tenia aguileña la nariz, los ojos vivos, algo carilargo, blanco el color, la barba que tiraba á rubia, y nada calvo; pero fué algo más macilento de lo que correspondia á su edad de cincuenta y un años, lo que se ha de atribuir á sus inmensos trabajos y á las austeridades de su vida. Así describió á este santísimo Patriarca un historiador de mucho nombre (1), añadiendo aún otras cosas sacadas de buenos y antiguos escritores de su vida, de que fácilmente puede sacarse el modo de pintar y formar la imágen de dicho santo.

---

(1) Fr. Ferdiná del Castillo, lib. 1, Hist. Ord. S. Domin., c. 36.

7. Apenas tendria yo que hacer mencion aquí de los esclarecidos muchachos superiores á toda alabanza, san Justo y san Pastor, á no haber observado que les pintan, no muchachos, sino mozos algo más grandes. Pero que ello no fué así sino que á la verdad murieron muchachos, lo convence eruditamente, como suele, por el testimonio de san Isidoro, de Prudencio y de otros escritores antiguos, un sabio de muy acendrado juicio, Ambrosio de Morales, singularmente en el libro que dió á luz el año de 1568, pág. 6 de la vida de estos santos mártires, de su martirio y traslacion de sus reliquias. Lo que sin duda engrandece más la gracia de Dios y hace mucho más glorioso el triunfo de dichos santos. Juzga, pues, Morales, que san Pastor no tenia más de nueve años, ni san Justo más de siete, y que de este modo deben absolutamente pintarse, como lo demuestra por extenso el citado autor, en quien pueden verse y observarse oportunamente otras cosas, pues yo debo ya pasar á otro asunto.

8. Acerca de la imágen de san Cayetano de Tiene, esclarecido fundador de la Orden de Clérigos Reglares, cuya gloria casi inmensa, más quiero envolverla en un respetuoso silencio, que tocarla con débiles alabanzas, se me ofrece advertir el que frecuentemente le pintan á la verdad como varon de avanzada edad, pero no viejo, sin embargo de haberlo sido, pues murió de edad de sesenta y siete años, el año de 1547. de la Era Cristiana, molido y quebrantado por los trabajos de su vida penosa y austera, como lo ha observado diligentemente despues de otros, el moderno escritor de su vida, el Padre don Eugenio Calderon de la Barca, lib. 2, cap. 19. Píntanle tambien y muy á menudo, arrodillado y abrazando respetuosamente al Niño Jesus, á que dió motivo el insigne y singular favor que le hizo en Roma la Vírgen Santísima la noche de la Natividad del Señor cuando oraba fervorosamente y se derretía en ardores celestiales en la Basílica de santa María la Mayor, pues convidado entonces una y otra vez por la dulcísima Madre de Dios y de los hombres, recibió en sus brazos al divino Niño, lo que el mismo santo, aunque humildísimo celador y custodio de las divinas gracias, ingénua y

sinceramente lo escribió en un estilo sencillo á Laura Miñana, cuyas palabras refiere el célebre autor que hemos citado (1). Pero por haber sucedido esto antes de fundar su Orden, será del caso que en este lance no se le pinte viejo, ni cerca de esta edad.

9. Muchas cosas habia que decir y casi son infinitas las alabanzas que podian darse al celebérrimo mártir de Cristo san Lorenzo, si me fuera lícito detenerme en lo que han dicho de un tal santo los más esclarecidos Padres de la Iglesia. Bastará advertir el que suelen pintar á este mártir en traje de Levita (que así hablaron los Padres antiguos) ó de Diácono y junto á él unas parrillas de hierro, donde como hubiesen echado al santo y puesto áscuas encendidas debajo; consiguió un tan grande triunfo del tirano perseguidor, que como dice el Padre san Agustin (2) fué tanta la gloria de su martirio, que iluminó con su pasion á todo el universo, y con el fuego que padeció victorioso, enardeció los corazones de todos los cristianos. Pero hase de observar que algunos neciamente figuran estas parrillas tan pequeñas, que apenas podria tostarse en ellas un pez de á dos libras. Deben pues, pintarse más grandes, ya que sobre ellas estuvo el cuerpo no de un niño, sino el de un jóven fuerte y robusto. Desagradó algun tanto á un escritor (3) sobradamente nimio, el que algunos pinten á este santo sobre las parrillas y áscuas encendidas debajo sin estar quemado por ninguna parte su cuerpo, como si estuviera echado no sobre áscuas, sino sobre una cama. Pero esto es cosa muy prolija, ni merecia notarse con tan diligente exámen. Porque primeramente puede significarse, como que acababan de echar sobre las parrillas al esclarecido mártir de Cristo, y sobre esto, nunca debiera pintarse enteramente quemado sino medio asado, si damos fe á Prudencio, que describe elegantemente todo el hecho: el

(1) Lib. 1, c. 7, de la vida del mismo santo.
(2) Serm. 34, de Sanctis.
(3) Gilli, fol. 87.

cual dice en boca del tirano, hablando á los ministros y verdugos (1):

«Sed non volenti impertiam,
Præstetur ut mortis citæ
Compendiosus exitus:
Perire raptim non dabo,
Vitam tenebo, et differam
Pœnis morarum jugibus,
Et mors inextricabilis
Longos dolores protrahet.
Prunas tepentes sternite,
Ne fervor ignitus nimis
Os contumacis occupet,
Et cordis intret abdita.
Vapor senescens langueat:
Qui fusus adflatu levi
Tormenta sensim temperet
Semiustulati corporis.

¿Quién dejará de ver, que esta circunstancia hace subir de punto la gloria y paciencia del esforzado mártir y (lo que no debo callar) de este español?

10. Español, digo, lo que afirmo siempre y constantemente, por más que piensen de otro modo ó quieran delirar los que pretenden decir mal de la gloria de España pretextando erudicion. Los escritores españoles han ilustrado bastante esta materia y á ellos podrian añadirse otros, extranjeros; pero de estos, solamente quiero citar á una lumbrera y columna de Italia y áun de la misma Roma, cuya amenidad de ingenio y erudicion, hizo que Roma cristiana no tuviese nada que envidiar á la antigua Roma gentil. Este es el que antes se llamó Maffeo Barberino, el cual por las singulares prendas y virtudes de su excelente y culto ingenio

(1) Prud. Peristephanon, hymn. 2.

mereció primero ser condecorado con distinguidos honores y empleos, y subiendo finalmente á la cumbre del Pontificado, resplandeció en Roma y en todo el universo como favorecedor y protector insigne de las letras y de los hombres sabios. Un autor, pues, de tanta nota que no solamente entre los grandes negocios y ocupaciones en que se hallaba ilustró la Teología, la Jurisprudencia y la Política, sino que tambien adornado de las amenas flores de la Poesía, reformó los Himnos Eclesiásticos y enseñó á las musas á servir tambien á Jesucristo en sus obras poéticas, que son más hermosas y elegantes de lo que puede decirse, afirmó claramente que san Lorenzo fué español. Y para que no parezca que lo digo sin fundamento, quiero copiar aquí por encima algo de lo que dice en el Himno de san Lorenzo ú Oda, como la llaman los poetas, donde dice así:

«Ibera tellus Austrio
Sub Rege felix, aurifero Tagi
Te dicant alii flumine nobilem,
Te classe, te bello ferocem,
Oceani dominam celebrent, Regnisque potentem:
Hic Peruanis divitem metallis,
Mexici gazis, Arabumque conchis,
Et mercibus Goæ beatam
Te laudet: fera prælia
Extollat alter, et triumphos Caroli,
Ac temperatis vividum
Consiliis animum Philippi.»

Dicho esto en honor de España, añade luego el mismo autor, que por otra parte no era muy español:

«Te concinam Laurentii
Sacro parentem lumine fulgidam.»

Y despues de varias cosas, reprehendiendo á Valeriano, concluye:

«Acres quid iras aggeras Rex barbare?
Impavidas contemnere novit
Hispanus Juvenis Regnum fera jussa.»

Lo que gustoso he querido referir aquí, para que se eche de ver no como cosa decidida por la Silla apostólica, pero sí por quien dignamente la obtuvo, que siempre se ha afirmado y afirmará que san Lorenzo no fué romano ni italiano, sino español.

CAPÍTULO V

De las pinturas é imágenes de santa Clara vírgen, de los santos mártires Hipólito y Casiano, y de las de san Jacinto, san Roque y san Bernardo Abad de Claraval.

1. No solamente los escritores de la Orden Seráfica, si tambien muchos otros que seria ahora supérfluo formar su catálogo, celebran con las mayores alabanzas á la ilustre vírgen santa Clara (que en su mismo nombre dice cuán esclarecida es) fundadora de las monjas Menores, cuya obra emprendió con la ayuda y á instancias del gran Padre san Francisco. Píntanla llevando en sus manos con mucha reverencia la Custodia del Santísimo Sacramento: el orígen de esta pinra, que no hay otra más frecuente, es el que no quiero referir con otras palabras sino con las que usa la Iglesia en suzo, donde se dice: «Sitiando los sarracenos á Asís y pretendiendo asaltar el Monasterio de Clara, quiso que enferma la llevaran á la puerta de él, y juntamente el vaso donde estaba el Santísimo Sacramento de la Eucaristía, y allí hizo oracion.» Mas acerca de este hecho, dejando aparte otras cosas que por ventura podian causar mayor reparo, he oido repetidas veces á hombres doctos, que con ser muy pios y eruditos, llevaban muy á mal el que una mujer, aunque santa

y purísima, llevara en sus manos el Santísimo Sacramento. Pero ellos, movidos de la inviolable costumbre de éstos y de otros tiempos modernos, que dimanó de las nuevas disposiciones de la Iglesia, no hicieron bastante reflexion en que á la santa vírgen inspirada de Dios (como piamente debe creerse) le fué lícito y verdaderamente laudable en tan grave peligro, si no el tocar con sus piadosas manos la misma Eucaristía, á lo menos el vaso que la contenía. Con efecto, antiguamente, no una ú otra vez, sino en todos los cinco primeros siglos de la Iglesia, no se metia la Sagrada Eucaristía en la boca de los que comulgaban (lo que todavía es mucho más moderno, como advirtió muy bien el cardenal Juan de Bona) (1), sino que se ponia en las manos áun de los seglares «A quienes (son palabras de un hombre muy erudito y versadísimo en materias de Disciplina eclesiástica) (2) les era permitido llevarla á su propia casa y guardarla privadamente. S. Cipriano, tract. de Lapsis, junta muchos ejemplos, de aquellos que habiendo recibido con manos indignas este Sacramento y guardádolo en su casa con no menor indignidad, experimentaron su ruina y la divina venganza de su temeridad. Pero que tambien fueron milagrosos los beneficios conferidos á los que recurriendo á este Sacramento que con pia devocion lo guardaban en sus casas particulares, por callar de los demás, lo refirieron san Gregorio Nacianceno, de su hermana Gorgonia, y san Ambrosio de su hermano Satyro, en las oraciones que cada uno de estos santos recitaron en los respectivos funerales de sus hermanos.» A que añade muchas otras cosas el mismo escritor, con quien concuerda el citado cardenal Bona (3). Vea á estos dos escritores y tambien á otros, el que desee imponerse más sobre esta materia.

2. Una sola cosa quiero añadir, y es, que áun en los mismos siglos en que estaba en uso el llevarse cada cual á su

(1) Rer. Liturgic., lib. 2, cap. 17, n. 7.
(2) Juan Cabasucio., Not. Eccless., diss. 5, pág. 29.
(3) Rer. Liturg., lib. 2, c. 17, n. 7.

casa la Eucaristía, estaba en algunos lugares prohibido á las mujeres tocar el Sacramento con sus propias manos, sino que debian tener un lienzo blanco y muy limpio que llamaban *Dominical* para poner la sagrada Eucaristía, como con bastante claridad lo da á entender san Agustin (1), y áun parece que lo manda cuando dice: «Todas las mujeres tengan lienzos limpios para recibir el Cuerpo de Cristo.» Y aún más severamente lo indica el Concilio Antisiodorense celebrado el año 578, Can. 36, con estas palabras: «No le es permitido á la mujer recibir la Eucaristía con la mano desnuda.» Y luego en el Can. 42 manda: «Que cada mujer cuando comulga tenga su *Dominical*, y que si alguna no lo tuviere, no comulgue hasta otro domingo.» Estas, y otras muchas cosas que fácilmente podrian traerse, demuestran claramente que no debia haber movido á hombres doctos el que se pinte á santa Clara teniendo en su mano la Custodia del Santísimo Sacramento. Además, que por un escritor antiguo se echa de ver, sin que se opongan las palabras que se leen en su rezo, que santa Clara no tomó en sus manos la Eucaristía ni el vaso en que ésta se guardaba, sino que mandó que la Eucaristía que estaba en aquel sagrado vaso, precediera á ella y á las demás vírgenes que la acompañaban. Nombré de propósito y he procurado advertir á los doctos, pues cuanto á los demás, áun de los que no quieren que su nombre pase por el del vulgo, diría de ellos más severamente, que llevados de su imaginacion han caido en éstas y otras ridiculeces, que dimanan del poco ó ningun conocimiento de la antigüedad, y de su profunda ignorancia en semejantes materias. Debe tambien pintarse á esta santa (pues me ha desagradado el haber observado más de una vez que no lo hacen) con un hábito pobre y muy raido, como á verdadera hija del Padre san Francisco: ni tampoco se la ha de pintar muy jóven, pues por graves argumentos se infiere, que cuando murió, era de cerca de 60 años.

---

(1) S. Aug., Ser. 252 de tempor.

3. Es bastante célebre, y lo será siempre para nuestra antigua España, y singularmente para aquella region de América á quien los conquistadores dieron nombre de Nueva España, el dia de san Hipólito, de quien se hace larga mencion en las Actas y Martirio de san Lorenzo: pues en este dia, ya hace más de dos siglos, se tomó y subyugó aquella célebre ciudad, que con la misma palabra propia de los indios llamamos Méjico, que fué la capital de toda la América Septentrional, y de todo aquel Nuevo Mundo: ciudad que podria competir con cualesquiera otras de la Asia y de la Europa, á no haberse puesto de por medio las intenciones de hombres codiciosos y que no tienen otras miras que las de su propio interés. Este es tambien el parecer de los escritores extranjeros. Pero baste sobre este punto.

4. Los herejes, como aborrecedores que son de las cosas de la Iglesia, en tanto grado, que como yo he pensado muchas veces á mis solas, hubieran deseado ó querrian, que pocos ó ningunos ejemplos hubiesen quedado en la Iglesia de martirios y de vida penitente: afirman á las claras y sin disfraz alguno, ó por mejor decir desvergonzadamente, que de ninguna manera puede pintarse al mártir san Hipólito: pues se atreven á decir con suma osadía y locura, que no ha habido tal mártir. Omito el hablar de sus jefes cuyo discípulo es un tal Raynoldo, conforme puede verse en un autor pio y erudito (1) habla ó parla así de san Hipólito: «A los papistas, se les representa á la vista descuartizado por los caballos, como regularmente le pintan.» Hasta aquí aún estamos bien: porque á lo menos aún parece admitir otros Hipólitos, de quienes en ninguna parte se lee que fuesen descuartizados y despedazados por los caballos: y uno de éstos puede ser el Presbítero de Antioquía cuya memoria se celebra el dia 29 de Enero, ó el obispo Portuense del cual se hace fiesta el dia 22 de Agosto. Pero ¿por qué, pregunto, no ha de entenderse de este otro, cuya pintura está conforme con su nombre y con su

(1) P. Nicol. Serar., In Litaneutic., pág. 118.

historia? Con efecto, á éste reconocen los autores antiguos, Adon, Usuardo, Beda y no pocos otros. Pero el género de martirio junto con el nombre de Hipólito, no huele, dicen, á otra cosa, sino á la antigua y fingida fábula de Hipólito hijo de Theséo, á quien arrastraron y despedazaron rápidamente los caballos, cuya fábula describió elegantemente Séneca y antes de él Ovidio, y el que es más antiguo que ambos, Eurípides, en su tragedia sobre este argumento. Así sienten de las cosas sagradas y de las pasiones de los mártires los que hacen más caso de los poetas y de las fábulas que de las historias eclesiásticas. Yo, á estos poetas, les opondré otros poetas, pero poetas cristianos y pios. Tal es nuestro Prudencio, que supo bien los hechos de los mártires, y se enteró de ellos con grande cuidado en la misma ciudad de Roma, el cual hizo larga relacion, no sólo de este esclarecido mártir, sino tambien del género de martirio que padeció: aunque en su narracion (lo que espontáneamente confieso) de un Hipólito hizo tres, ó los hechos de tres los confundió en uno, como lo notó muy bien un autor muy principal de la Historia Eclesiástica (1). Y el mismo Prudencio dió el medio tambien, y ofreció el escudo con que pudiese rechazarse el dardo poco agudo y temible á la verdad, que tomaron de la alusion del nombre de Hipólito con respeto al Hipólito fabuloso: porque dice, que el impío juez gentil tomó ocasion para aquel martirio del mismo nombre de Hipólito. Pues el pio y elegante poeta introduce á los jóvenes romanos hablando con grandes clamores al juez, y dice así (2):

«Insolitum leti poscunt genus, et nova pœnæ
Inventa, exemplo quo trepident alii.»

Y prosigue:

«Ille supinata residens cervice: Quis, inquit.
Dicitur? Adfirmant dicier Hippolytum:

(1) Bar., in Not. ad Mart., die 14 August.
(2) Prud. Peristeph., hymn. 11.

Ergo sit Hippolytus: quatiat turbetque jugales,
Intereatque feris dilacoratus equis.»

Quede, pues, sentado ser verdadera la pintura del mártir Hipólito arrastrado por los caballos; cuya pintura me acuerdo haber visto pintada en Salamanca por un excelente pintor.

5. Nada resonaba con más frecuencia en nuestros oidos cuando muchachos ibamos á la escuela del maestro de niños, que el nombre del mártir san Casiano. La esclarecida confesion de este santo es particularmente de mi asunto; la que como el poeta Prudencio hubiese visto pintada en una tablilla admirado y pasmado, paró allí su consideracion, y conforme á ella nos refirió este hecho, más con fe de historiador que con alabanzas de poeta: el cual dice claramente haber visto dicha pintura cuando moraba en una ciudad que los antiguos llamaron el Foro de Cornelio, y hoy se llama Imola; lo que refiere con las siguientes palabras:

«Hic mihi cum peterem te, rerum maxima Roma,
Spes est oborta, prosperum Christum fore.»

Y poco despues añade:

«Erexi ad Cœlum faciem, stetit obvia contra
Fucis colorum picta Imago Martyris:
Plagas mille gerens, totos lacerata per artus,
Ruptam minutis præferens punctis cutem,
Innumeri circum pueri, miserabile visu,
Confossa parvis membra figebant stylis:
Unde, pugillares soliti percurrere ceras,
Scholare murmur adnotantes scripserant:
Ædituus consultus ait: Quod prospicis, hospes,
Non est inanis, aut anilis fabula.
Historiam pictura refert: quæ tradita libris
Veram vetusti temporis monstrat fidem.»

6. Con la misma elegancia va refiriendo luego toda la historia del martirio, que con igual ó mayor gravedad com-

pendió el Martirologio Romano con estas palabras (1): «En la ciudad de Imola en Italia san Casiano mártir, maestro que enseñaba los niños: al cual porque no quiso adorar los ídolos entregó el tirano en poder de los muchachos (de los cuales era aborrecido, porque en la escuela los castigaba) y dióles licencia para que le matasen. Y cuanto más flacas eran las fuerzas de estos verdugos, tanto era mayor el tormento con que le daban espaciosa muerte.» Nadie ignorará, segun pienso, que los muchachos no solían aprender antiguamente los primeros rudimentos de las letras, como ahora: pues no escribian sobre papel con plumas de ganso, sino sobre unas tablillas enceradas, sobre las cuales formaban con estilos ó punzones de hierro, los lineamentos de las letras y abreviaturas. Puede verse sobre esta materia y otras cosas pertenecientes á ella (además de otros, pues la cosa es muy óbvia) un erudito y ameno autor, el Padre Hermanno Hugo (2). Con dichos estilos, que eran muy puntiagudos que usarian los muchachos, mataron á este ilustre mártir de Cristo á quien aborrecian. Ni es de extrañar: puesto que no sólo entre gentiles, pero ni aún entre los cristianos, apenas se encuentra un muchacho de tan buena índole que sufra con paciencia y cariño los golpes de la férula y los azotes: grave martirio por cierto: pero no tan desacostumbrado, que no hayan hecho mencion de él los antiguos. Séneca (3), tratando del suplicio popular que dieron á Erixon, caballero romano, habla de este género de tormento; y fuera de él Suetonio, in Caio, dice: «Deseando que dicho senador fuese despedazado, sobornó gente que al entrar en la Curia lo embistiesen de repente, llamándolo enemigo público, y habiéndole traspasado con punzones le entregaron á los demás que le despedazaran.» Ni solamente se ha dado este género de tormento para causar una muerte más larga, sino que muchas veces

(1) Rom. Martyrolog., 13 August.
(2) De origin. scrib.
(3) Senec., de Clem., ad Neron. l. 1, c. 14.

se ha dado tambien en las torturas para averiguar la verdad. Por eso aquella insigne mujer llamada Porcia, hablando con su marido le dijo entre otras cosas (1): «No soy de una naturaleza tan mujeril, que sean parte para obligarme á revelar el secreto, llamas, azotes ni punzones.»

7. Hase, pues, de pintar á este esclarecido mártir conforme se representaba en aquella tabla que refiere Prudencio haber visto él mismo con mucha edificacion; cuyas palabras puse antes, y pueden leerse enteras en el citado Himno IX. Pero no deberá pintarse segun mi parecer con adornos episcopales, ni semejantes ornamentos junto á él. Porque si bien no faltan quienes digan que este martir fué obispo de Brixia ó de alguna otra ciudad de Alemania ó de los suizos; pero todo esto tiene poco fundamento: prueba de ello es, que algunos que lo dicen, afirman tambien que le ordenó Fortunaciano, obispo de Aquileia; sin embargo de ser constante, que éste (que fué arriano) vivió en los tiempos de Constancio Augusto, y fué mucho más moderno que Casiano. Séase como se fuere, Prudencio en su Himno no hizo mencion de esta dignidad, ni tampoco el Martirologio Romano, y no es verosímil que la omitiese si fuese así.

8. San Jacinto, gloria inmortal de la Orden de predicadores y perfectísimo ejemplar de una vida religiosa, que es el elogio que le da la Iglesia y comprehende no una sola alabanza, sino casi infinitas (2): «No pasó ningun dia en que no diese algunas ilustres pruebas de su fe, piedad é inocencia; y es un santo á quien le dan frecuentes alabanzas.» Muchos han escrito su vida y esclarecidos hechos, entre los cuales un escritor docto y muy pio (3) pone principalmente dos, además de otros bastante conocidos, á saber, á Severo Cracoviense y á Diego Masio, ambos de la Orden de Predicadores, y ambos insignes catedráticos de Teología: los cuales por ha-

(1) Apud Dionem Cass. l. 44.
(2) En su Oficio Eccles., dia 16 Aug.
(3) Ribadeneyra, in Flor. Sanctor., tom. 4, ad diem 16 Aug.

ber tomado de otros muchos, cuentan el prodigioso caso más acomodado á mi intento. Refieren, pues, que viviendo el santo en las partes de la Sarmacia europea, ó segun la llaman sus naturales, de la Rusia Oriental, aconteció que los bárbaros pusieron sitio á la ciudad donde él moraba; y faltando ya poco para que se entrasen vencedores á dicha ciudad y lo pasasen todo a fuego y á cuchillo, estaba á la sazon Jacinto celebrando el santo sacrificio de la misa. Viéndose, pues, en tan apretado conflicto, al acabar la misa determinó apartarse de allí; y como estuviera aún vestido con los adornos sacerdotales, resolvió llevarse consigo el Santísimo Sacramento. Habia tambien en el mismo lugar una imágen de la sacratísima Vírgen bastante grande y de mucho peso (pues era de alabastro) la que sentia mucho el santo verse obligado á dejarla por no poder con tanto peso. Pero avisado por boca de la misma Vírgen, de que en ninguna manera le incomodaría el peso de la sagrada imágen, la tomó intrépido y echó prudentemente á huir, acompañándole algunos compañeros y religiosos de la misma Orden. Este hecho de suyo tan admirable, lo hizo luego Dios más ilustre con un nuevo milagro. Porque habiendo llegado al grande rio, que sus habitantes llaman Nieper, y los griegos y latinos Borysthenes, sobre el cual nota Hortelio varias cosas sacadas de los principales geógrafos Ptolomeo, Estrabon y tambien de Aristóteles: habiendo, digo, llegado el santo con sus compañeros á á este rio tan grande, que despues del Danubio, se tiene por el mayor de la Europa, y viéndose destituido de todo barco; confiado siempre en la divina Providencia y afianzado en su misma inocencia, púsose de pies sobre la corriente del agua, la que sin embargo de su natural fluidez, tributóle el obsequio de mantenerle firme: cosa que san Pedro Crisólogo refiere haber sucedido tambien en otra parte. Mostróse Dios propicio á tan piadoso atrevimiento, y no solamente pasó sin lesion con sus compañeros á la otra parte del rio, sino que por mandato del mismo Dios, erigió despues un monumento inmortal en testimonio de tan gran milagro, dejando además impresas en las aguas sus mismas huellas: pues esto añaden

tambien, y dicen, que en el mismo paraje en que san Jacinto pisó las aguas, se echan de ver aún en el dia de hoy como unas pisadas de hombre. Lo que, por más que parece increible, conforme solemos juzgar de las cosas humanas, pero no se hace totalmente increible á los que consideran el poder de un Dios Omnipotente; y en tanto no contiene esto ninguna ficcion, que es cosa que se propuso en los procesos de canonizacion de dicho santo. Ni debe causarnos admiracion (por preocupar los reparos que acaso podria objetar algun importuno) el que cite yo aquí sus Actas: antes sí debe extrañarse más, el que habiendo sido san Jacinto un tan gran santo y obrado en vida y despues de muerto tan frecuentes milagros y algunos tan prodigiosos y que apenas jamás se habian oido; sin embargo se pasasen 337 años enteros sin darle el honor que tenia bien merecido, de ser puesto en el número de los santos, lo que ejecutó finalmente Clemente VIII, Pontífice Máximo, el dia 17 de Abril de 1594. Todo lo dicho está tan claro, que no necesita de más explicacion para quedar enterado el pintor pio y erudito de qué manera y conforme á la fe de la historia, deba pintar á san Jacinto.

9. Un escritor muy moderno á quien nombro honoríficamente el M. R. P. M. Fr. Benito Feyjoo de la Orden del gran Padre san Benito, pretendió no sin doctrina y nervio convencer de falso lo que vulgar y comunmente se dice que «La voz del pueblo, es voz de Dios.» No quiero ahora entrar en disputa con este erudito, ni quisiera (aún cuando pudiera) hacer ver, como aquel adagio por lo comun es verdadero, por más que parezca quedar convencido de falso y enteramente destruido en fuerza de los argumentos tomados de todas partes, de que se vale el citado autor. Pero sí me atreveré á afirmar sin apartarme de mi intento, que á san Roque por ningun otro título se venera entre los santos, y que no se ha acostumbrado á llamarle santo en la Iglesia católica, sino por la fé, voz y aclamacion del pueblo. Pues que habiendo vivido en aquellos siglos en que ya estaba en uso el que solamente el romano Pontífice canonizaba á los que habian muerto con fama y opinion de santidad; con todo

no hay bula alguna de Sumo Pontífice y aún se dice, que nunca la ha habido, por la cual se haya declarado por santo á san Roque. Y para que esto se haga más evidente, no será fuera de propósito tomar el agua de más arriba. Floreció san Roque en el siglo décimo tercio de la Iglesia, y dicen haber muerto el año de Cristo 1237. Mucho tiempo despues tuvieron noticia de él los Padres del Concilio de Constanza: «Por cuyo decreto (son palabras del doctísimo Baronio) (1) se le tributaron los honores debidos á los santos, para apartar la peste que iba acometiendo; pues con acompañamiento de todo el pueblo llevaron por toda la ciudad con solemne pompa su imágen, y al instante desapareció la peste. De aquí tuvo orígen el que en todas partes se le erigieran imágenes, altares, oratorios y áun templos.

10. Esto supuesto, no faltaron hombres doctos y católicos, que escribieron los hechos y virtudes de tan noble varon y confesor de Cristo. Muchos alega el citado cardenal, entre los cuales no es el de menor autoridad Alberto Krantzio (2) á quien cita, y por lo que dice Baronio le citan tambien otros: pero por decir la verdad, ni en aquel lugar, ni en otros que he mirado con bastante diligencia, he podido encontrar tal cosa. Sea de esto lo que fuere, cuantas imágenes y pinturas he podido ver de este santo, todas le representan del mismo modo. Píntanle en traje de peregrino, levantado algun tanto el vestido y con una llaga en el muslo: junto á él está un perro teniendo en su boca un pequeño pan y como que con reverencia lo está ofreciendo á san Roque. El orígen de pintarle así, lo que parece estar enteramente recibido, se toma de su historia, donde se lee que cuando el santo jóven (pues verdaderamente era jóvan, ni pasaba de 32 años, cuando volvió á la ciudad de Montpeller su patria) cuando jóven, digo, iba siguiendo las ciudades de Italia, por motivo de peregrinacion, sanando á muchos inficicionados de peste con

(1) In Not. ad Martyrolog. Rom.
(2) Albertus Krantzins., lib. 9, hist., cap. 25.

sola la señal de la santa cruz, sucedió que muchos por parecerles que era aquel un hombre desconocido y despreciable, le injuriaron y trataron contumeliosamente, á que se añadió que en una riña ó debate, le hirieron con una flecha en el muslo y que así estuvo echado debajo de un árbol, destituido de todo socorro humano. Pero Dios que tenia cuidado de él, hizo (dicen) que cada dia fuera allá un perro ofreciéndole un pan tomado de la mesa de un rico. Este parece haber sido el orígen de dicha imágen.

11. Sería un trabajo infinito querer representar aquí en una pequeña tabla las muchas cosas que hizo por la gloria de Dios y los milagros que obró aquel primer abad de Claraval, bien conocido por su nombre en todo el orbe y república cristiana, el glorioso san Bernardo. Emprendió este trabajo Guillermo, abad del Instituto Cisterciense, el cual por haber muerto antes, no pudo concluirlo; pero lo perfeccionó despues en cuanto pudo, el abad Gaufrido. Aunque ni éstos ni otros que se encargaron de semejante asunto, pudieron concluirlo todo. Con efecto el abad Guillermo, el cual aún viviendo san Bernardo, empezó á escribir su historia (pues habla de él como que aún vivía); confesó en varios lugares que se veía obligado á omitir muchas cosas, así por la abundancia de la materia,como por la gravedad y modestia del Santo que procuraba en gran manera encubrir y que ignoraran los hombres sus cosas. Y así omitiendo esto ó dejándolo á mayores ingenios y principalmente á hombres fervorosos y de sólida piedad, sigamos nosotros nuestro camino. De tres maneras he observado que suelen pintar á san Bernardo. La primera: puesto de rodillas ante la imágen de un crucifijo y estrechando con sus brazos los instrumentos de la Pasion del Señor, la cruz, la lanza, la esponja, la escalera y otros. El único motivo de esto, es, el que apenas hay otro entre los sagrados doctores y Padres, que haya hablado ó escrito de la Pasion del Señor con tanta elocuencia, piedad y dulzura, y de un modo que parece inspirar piedad, áun á los que no la quieren.

13. La otra manera de pintar á san Bernado, que he ob-

servado en varias partes, es esta. Píntanle estando en pié con mucha reverencia y que Jesucristo pendiente de la cruz le está abrazando con la mano derecha. El orígen de esto, segun yo juzgo, no es incierto por referirlo muchos (1), particularmente los modernos los cuales dicen que de hecho sucedió así al santo, el cual meditando con mucha ternura y lágrimas sobre los dolores y Pasion del Señor, le dió Jesucristo á entender con una mocion indecible y verdaderamente celestial, que se arrimara más: y habiéndolo ejecutado el fervorosísimo amante, la Sabiduría encarnada, que ama á los que la aman, le hizo un favor tan singular, como fué el que soltando la mano derecha que la tenia atada con un clavo, abrazó á san Bernardo, que ya estaba deshaciéndose en fuego de un amor casi divino. Yo no dudo, que aunque no es fácil de saber de dónde se ha tomado semejante modo de pintarle, pero que ello habrá sido de alguna historia antigua que yo no he podido ver, sin embargo de haber leido todo lo que de la vida de este Santo escriben los abades Ruperto, Bernardo de Bonavalle y Gaufrido. Finalmente, suelen pintarle muy á menudo juntas las manos ante el pecho, arrodillado delante de una imágen de la sacratísima Vírgen: lo que dimanó, ó bien de alguna vision interior con que la Santísima Vírgen se manifestó á este su hijo fervorosísimo y obedientísimo, ó de difundirse san Bernardo en alabanzas de esta Señora con tal dulzura y suavidad, que apenas puede darse cosa igual.

14. Mas sobre si debe pintarse con aquellos adornos de mitra y báculo pontifical, que ya en tiempos de san Bernardo por privilegio de los Sumos Pontífices se habian concedido á algunos abades, es cosa que con razon puede dudarse: estando á favor de la parte afirmativa el uso y la costumbre generalmente recibida, á que apenas podrá contradecir, sin nota de temeridad, el pintor pio y erudito. Aunque, si alguno quisiese oponerse á esta costumbre, podría sin duda defenderse con el testimonio de un autor sabio y de mucho

(1) P. Ribadeneyra, en su vida.

nombre. ¿Pero quién es éste? Np otro sino el mismo humildísimo y doctísimo abad de Claraval, cuyas son las siguientes palabras (1): «Algunos de éstos declaran abiertamente cuáles son sus pensamientos, cuando habiendo alcanzado con mucho trabajo y suma de dinero privilegios de la Silla Apostólica, se atribuyen en fuerza de ellos las insignias pontificales, usando como los obispos, de mitra, báculo, sandalias, etc.» Y un poco más abajo se explica con palabras más ágrias que no quiero transcribir. El abad Gaufrido hace una descripcion de su venerable persona y de todas sus facciones, diciendo (2): «Era muy delgado de cuerpo y sin carnes, y tenía algo encarnado el finísimo cútis de sus mejillas. Pues su continua meditacion y su mucha compuncion, habia llamado á aquella parte lo que tenia de calor natural. Su cabellera era de color medio entre rubio y blanco: la barba un tantico roja, y al fin de sus dias con algunas canas. Su estatura fué mediana, y antes alta que baja.»

CAPÍTULO VI

De las pinturas é imágenes de san Felipe Benicio, de san Bartolomé apóstol, de san Luis rey de Francia, y del gran Padre san Agustin.

1. San Felipe Benicio, florentino, de la ilustre familia de los Benicios, fué varon de mérito singular, cuyas alabanzas, hechos y vida han escrito el arcángel Junio Florentino y Felipe Ferrario, ambos de la Orden de Siervos de María, que vulgarmente llaman Servitas. A la verdad, ilustró y propagó en gran manera dicho santo esta religiosísima Orden: pero hablando propiamente, no la instituyó, aunque le atri-

(1) S. Bernard., epist. 42, ad Archiepiscop. Senonens.
(2) En su vida, lib. 3, cap. 1.

buye esta alabanza el Martirologio Romano al dia 23 de Agosto. Pero yo, ciñéndome á lo que es de mi asunto, notaré solamente algunas cosas acerca de sus imágenes y pinturas. La primera: que cuando murió no era viejo, pues no tenia más de cincuenta años cumplidos: y así sería cosa poco conforme á la verdad el pintarle muy viejo como hacen regularmente. Tambien debemos advertir algo por lo que mira al hábito religioso que trajo y en que murió. Porque, si bien en muchas otras partes de la Europa es bastante conocido, pero en nuestra España, á que yo debo mirar principalmente, pocos, á lo que me persuado, tendrán noticia de él. Dicho hábito se compone de una túnica con mangas, de escapulario, capilla y una capa: y para que se perciba más, diré brevemente, que el hábito de los Padres Servitas sería el mismo que el que llevamos los religiosos de la sagrada y militar Orden de nuestra Señora de las Mercedes Redencion de Cautivos, á no mediar la diversidad de color, que es lo principal que les distingue: pues el nuestro es enteramente blanco, y el suyo totalmente negro. Lo que basta, para que en caso de ofrecerse, sepa el pintor discernir uno de otro, y pintarle como es debido. Será tambien muy conforme y puesto en razon á mi entender, que por haber sido Felipe siervo de María, y por lo mismo que fué dignísimo siervo de esta Señora, se le pinte abrazándose con la imágen del Crucifijo, á quien con igual piedad y sabiduría llamaba Benicio su libro: siendo de ello una grande prueba lo que se lee en su rezo, donde se dice: «Finalmente en Todi el año de 1285, partió santamente de esta vida, en el ósculo del Señor, pendiente de la cruz, á quien llamaba su libro.» Pero no quisiera que movido alguno de esta razon, pensase haber estado Felipe destituido de aquella doctrina y sabiduría que se adquiere con trabajo y con el estudio; pues no fué así, antes se dió mucho á las letras: y en París, antes de ser religioso, tomó la borla de doctor en Filosofía y Medicina, lo que dicen haberlo hecho para heredar á su padre, pues era hijo del noble médico Jacobo Benicio. Y sobre esto, despues de haber profesado en la Religion, en donde procuró, aunque en vano, estar escondi-

do, sirviendo de lego ó de donado como llaman, se dedicó cuanto pudo al estudio de las sagradas Letras: en tanto que dos famosísimos maestros de la Orden de Predicadores que casualmente iban de camino con él, le tuvieron por un asombro, y contemplando y como palpando con sus manos los tesoros de profunda y recóndita sabiduría, áun de la Sagrada Escritura, que estaban escondidos en un hombre lego al parecer, aconsejaron al superior de los Servitas, que por más que lo rehusase y resistiese le mandára ordenar. Pero el santo, que no estimaba en mucho los libros de la sabiduría humana, y que más que á ellos se dedicaba á la contemplacion y meditacion de las llagas de Jesucristo, á su imágen llamaba despues con profunda sabiduría su libro.

2. Yo deseara, que cuantas veces se quisiera pintar á este santo, se hiciese tambien mencion de una ilustre accion suya; de suerte que el omitirla, podria atribuirse á negligencia ó impericia. Pues, aunque no renunció Benicio el Sumo Pontificado de la Iglesia, lo que mucho antes habia hecho san Pedro Celestino; sin embargo huyó esta suprema dignidad con tanto esmero, con cuanto acaso otros la han solicitado. Cuenta claramente el hecho la Iglesia en su rezo; y más que con las mias, quiero que se lea con sus mismas palabras. Porque, despues de haber referido el milagro de haber sanado á un leproso vistiéndole con la túnica de que él se desnudó, dice: «Cundiendo por todas partes la fama de este milagro, algunos de los cardenales que se habian juntado en Viterbo para elegir sucesor á Clemente IV, que habia muerto, echaron sus ojos en Felipe, cuya prudencia celestial tenian bien conocida. Lo que habiendo llegado á oidos del siervo de Dios, por no verse acaso precisado á tomar sobre sí la carga del régimen pastoral, se estuvo escondido en el monte Tuniato, hasta que fué elegido Pontífice Gregorio X.» Muchas maneras puede haber para representar de algun modo esta accion de insigne humildad: pero como esto parece exceder los límites de mi intento, déjolo gustoso al juicio del pintor cuerdo y erudito.

3. Como los hombres por lo comun estamos inclinados á

querer saber y divulgar aquellas cosas de que puede haber menos noticia, ya sea por la oscuridad de ellas mismas y por un silencio universal, ó ya por haber querido Dios que nos estuvieran escondidas, de suerte que como hemos dicho muchas veces, son conatos de los que abusan de su propio ócio y del ajeno, querer decir y publicar más cosas de los hechos de los apóstoles: esto puntualmente sucede en la historia, persona, martirio y otras cosas semejantes del apóstol san Bartolomé. Pues no han faltado quienes fingieron acerca de esto varias cosas de las cuales se han introducido algunas en sus pinturas é imágenes. Y para que se vea más claro, será muy del caso saber cuál es la fuente principal de donde se tomaron y fingieron. Dicen que hubo en los tiempos de Cristo un tal Abdías de Babilonia, y que fué uno de sus discípulos, el cual escribió los hechos y martirios de los apóstoles. No quiero yo decir quién haya sido este tal Abdías y su libro; pues claramente lo ha dicho por mí un varon eminentísimo en dignidad y sabiduría (1) con las palabras siguientes: «Dicen que Abdías de Babilonia fué uno de los discípulos del Señor. Pero las vidas de los apóstoles que corren con su nombre son más semejantes á fábulas que á una narracion verdadera. Ni veo que de dicho Abdías, ni de su libro hagan mencion alguna los antiguos.»

4. Esto supuesto, tengo por fábula portentosa y hablilla de viejas, que el apóstol san Bartolomé (ó como otros, para sostener la mentira, quieren escribir su nombre en latin *Barptolomœus*) fuese rey, ni hijo del rey de Egipto que habia en Siria: y por tanto no dudo afirmar, ser una pura mentira el pintarle con vestido de púrpura con que le adorna el fingido Babilonio, como, si fuese menester, podria manifestarlo con testimonios irrefragables. Mas, sobre el género de martirio que padeció, esto es, que por órden del impío rey gentil, fuese enteramente desollado; por ser esta una cosa que la han escrito otros antes de salir á luz el fingido

(1) Bellarm., de Script. Eccles., fol. 62.

Abdías no la contradigo: aunque no por esto afirmo seriamente que se deba pintar como le pintaron algunos, y veremos luego, sin internarme mucho en las demás cosas que suelen acompañar á esta pintura.

5. Y para que no parezca á los imperitos (que acaso habrá algunos) que estas son cosas que yo las finjo en mi propia fantasía, quiero poner aquí casi entera la nota que puso á la imágen de san Bartolomé, un hombre pio y teólogo eruditísimo, el cual dice (1): «A éste (habla de san Bartolomé) algunos le pintan como noble en la cena del Señor y en otras partes. Lo que se ha tomado de las palabras del demonio en el falso Abdías: donde falsamente dice muchas cosas de san Bartolomé, á saber, que los ángeles no permitian que tuviese hambre ni se cansase: y que andaba vestido de púrpura y piedras preciosas. ¿Quién creerá que el apóstol, cuando despues de recibido el Espíritu Santo, estaba ejerciendo el ministerio apóstolico que se le habia confiado, no quisiese por su nobleza dejar el vestido de púrpura? ¿Y que (como añaden algunos con mayor temeridad) por esta causa debió de ser desollado?» Y poco despues sabiamente concluye el mismo autor: «No se haga, pues, ningun aprecio de la oscura ficcion del vestido de púrpura de san Bartolomé en el tiempo de su apostolado. Despreciense tambien los diez libros sobre la historia del combate apostólico, que salieron poco ha de Alemania con el título de Abdías, y se imprimieron en la imprenta de Oporino; á quienes, como á indignos de fe, puso el Papa Paulo IV en el número de los escritos que condenó. En algunas partes le pintan sobrado crasa, y lascivamente, desollado de piés á cabeza, como si fuese un mónstruo y un hombre silvestre, llevando su piel en un báculo, como si así, segun fingen algunos ridículamente, hubiera ido á Roma.» Hasta aquí este docto autor, á quien aunque en esta mi obra no he copiado ni ha sido mi ánimo copiarle; sin embargo no negaré que ha sido el principal autor á quien he seguido.

(1) Juan Molano, de Imag., l. 3, cap. 35.

6. Muchos han escrito la vida y hechos del esclarecido san Luis rey de Francia: pues además del señor de Joinvilla que fué muy familiar suyo, y estuvo sirviéndole á su lado veinte y dos años enteros, y á más de otros que con particularidad trataron esta materia, hablan largamente sobre este punto todos los historiadores franceses, cuyo catálago omito poner aquí, huyendo (de lo que acaso otros no se apartan) de hacer alguna ostentacion de hombre de mucha lectura y erudicion. Acerca de sus imágenes y pinturas, que apenas habrá quien no haya visto muchas, casi no se me ofrece que advertir cosa de alguna importancia: pero no me parece bien el que le pinten con vestidos viejos y casi rotos. Pues el rey san Luis fué tal, que así como nada perdió por sus costumbres de su santidad, tampoco perdió nada de su majestad: antes fué Luis el primero de los reyes de Francia que mandó (pues me acuerdo haberlo leido) que soldados armados y con espada desenvainada, fuesen delante de su real carroza á caballo: por estar bien persuadido, que esto no sólo era conveniente para su mayor seguridad y resguardo, sino tambien muy conforme á su dignidad y majestad. Finalmente (pues es mucha verdad que el que posee perfectamente una virtud dimanada de la Caridad, reina de las virtudes, es preciso que las tenga todas) el insigne san Luis rey de Francia fué igualmente rey que santo: pero prefería aquella santidad que era conforme á un rey, y se portó de tal modo siendo rey como convenia á un santo.

7. Seria intento vano querer hacer aquí algunos elogios del gran Padre y superior á todo encarecimiento, el glorioso san Agustin, despues de las muchas alabanzas que le han tributado los Sumos Pontífices y los Concilios. Ciertamente muchas de éstas son cosa fácil de ver, no en libros raros, sino en los que se encuentran á cada paso, que por tanto no quiero ni ligeramente insinuarlos. En cuanto á sus imágenes y pinturas, podria tambien decirse mucho, pero procuraré decir en pocas palabras lo que se ofrezca. Y primeramente, acerca de aquella larga y molesta cuestion sobre el hábito de san Agustin que se trató antiguamente y que

aún se trata, segun temo, en el dia de hoy, con tanto fervor y empeño entre los canónigos y ermitaños de su instituto, será lo mejor dejarla á ellos mismos que la decidan. Porque ¿qué absurdo hay, qué mentira ó qué error, en los canónigos que miran á san Agustin como á su Padre, le pinten en traje de canónigo y los ermitaños de este instituto con hábito religioso y con cogulla? Vea, ruego yo, el pio y erudito lector al autor que poco ha y muchas veces he citado, por no verme en la precision de trancribir otra vez sus palabras, que son bastante largas. Sin embargo no quiero omitir su conclusion (1): «En las Crónicas (dice) de la Orden de san Agustin, que comenzó Onuphrio y las concluyó José Pámfilo, obispo Siñino, se nota al año 1484, que Sixto IV mandó bajo pena de excomunion «latæ sententiæ,» que no hubiese contiendas ni disputas entre los Padres Agustinos y canónigos Reglares sobre el hábito de san Agustin y sobre el traje en que se le debe pintar. Quede, pues, sentado entre los que son cuerda y prudentemente doctos y sabios, que puede muy bien pintarse á san Agustin ó ya en hábito canonical (si es que puede saberse el vestido que usaban entonces los canónigos), ó ya en hábito religioso y con cogulla negra, que por decir la verdad, es lo más recibido.

8. Otra pintura hay del gran Padre san Agustin, tambien muy frecuente y que todos han visto, y que no faltarán quienes justamente la reprueben (2). Dicha pintura, segun yo la he observado en varios lugares, es ésta. Pintan á san Agustin ya de bastante edad, con ornamentos pontificales y sentado á sus piés á un niño hermosísimo y muy resplandeciete, el cual con nna concha va sacando agua del mar y la va echando con mucho cuidado en un pequeño hoyo á la orilla del mismo mar, y además le representan como que está hablando con san Agustin. Este modo de pintar á este Padre, omitiendo otro mucho más absurdo que refieren otros, dicen

(1) Molan., de Imag., lib. 3, c. 36.
(2) Molan., l. 3, c. 36.

haber dimanado de que meditando el gran Padre sobre el misterio de la Santísima Trinidad, se le apareció el Niño Jesus en la forma que hemos dicho, y como san Agustin le mirase sin conocer quién era, cuentan haberle dicho: Muchacho? ¿qué estás haciendo, ó qué pretendes? Poner (respondió él) el agua del mar en este hoyo que he abierto. A que respondió san Agustin, que aquello era imposible. Más imposible es, dijo entonces el divino Niño, lo que tú intentas y maquinas, de querer encerrar en tu limitado entendimiento el recóndito y vastísimo océano de la Divinidad y Trinidad, y cómo pueda compadecerse este misterio con una suma unidad. Dicho esto, dicen que al punto desapareció. Pero, si puede decirse con libertad y reverencia lo que siente cada uno ingénuamante, ya hace mucho tiempo que me desagrada semejante modo de pintar á san Agustin. Porque dejando aparte el que de esta narracion (ó ella haya sido un hecho que realmente pasase á Augustino estando despierto, ó bien una vision imaginaria, que se representase en la fantasía del santísimo Padre) no hace ninguna mencion Posidio obispo, y otros escritores más antiguos, si es que los hay, de la vida de san Agustin (pues no me paro en lo que dicen los modernos, particularmente algunos de ellos) callan enteramente este hecho: dejando, digo, aparte todo esto; parece que dicha narracion, segun se nos representa en la pintura, se contradice consigo misma, y por tanto, que no podemos darle fe y prudente asenso. Lo que podrá convencerse con el siguiente discurso.

9. Porque una de dos, ¿ó se pretende que esto pasó á san Agustin antes de bautizado, cuando todavía era profesor de una loca sabiduría (pues el que ese gran Padre haya sido en algun tiempo hereje, ni lo confieso, ni lo confesaré jamás, aunque esta expresion se les haya escapado sin advertir á hombres muy sabios) y á favor de esto pueden entenderse aquellas palabras que se leen en su rezo: «Sin embargo, difirió por mucho tiempo la gracia del bautismo, porque hinchado con la vana filosofía, queria comprehender con la razon natural, lo que un ánimo pio intenta conocer con la luz

de la fe:» ó se dice haber acontecido esto despues de bautizado? Si lo primero, se opone á la misma narracion y á la pintura. A la narracion, porque dicen haberlo visto san Agustín, cuando estaba meditando sobre los libros de la Trinidad, que no los escribió sino despues de bautizado y cuando ya sacerdote. Opónese tambien á la pintura, porque le pintan ya bastante entrado en edad y de muchos más años que cuando recibió el bautismo, y lo que es más, le pintan de obispo y con vestiduras pontificales, lo que no fué ni pudo ser antes del bautismo. Sólo resta, pues, que esto lo viese ó experimentase san Agustin cuando ya bautizado y despues de haber hecho muchos servicios á la Iglesia y á la fe católica. Pero he aquí lo que yo nunca podré persuadirme, ¿Que? ¿Por ventura san Agustin, meditando sobre sus libros de la Trinidad, queria comprehender este misterio con la razon humana? ¿Qué? ¿pensaba él, ó discurria encerrar tan vasto océano en el débil conocimiento de sí mismo? ¡¿Podrá decirse jamás una cosa tal de san Agustin, de quien, dejando á parte otras infinitas alabanzas suyas, justamente se dijo no haber habido otro más humilde que él? A la verdad no se compadece esto con lo que dijo el mismo santo al concluir sus libros de la Trinidad: «Señor Dios Uno, Dios Trinidad, cuanto he dicho en estos libros de tí, conózcanlo los tuyos, y si algo he dicho de mi cosecha, perdóname tú y los tuyos. Amen.» Vayan, pues, fuera estas y semejantes pinturas de las imágenes sagradas, que por más que á algunos les parecen cosas pias, son en realidad ficciones disparatadas y ridículas de que no es lícito ni decente imbuir los ojos, principalmente de la gente más ruda.

10. Otra pintura hay todavía más frecuente y celebrada de pintar ó representar á san Agustin, cual vemos en el grande convento de Padres Agustinos de Salamanca en su mismo altar mayor (de cuyo convento como tambien de la santidad y erudicion de sus moradores, no me atrevo á decir nada, sin protestar antes mi profundo respeto y reverencia) esto es, el pintar arrodillado al santo Padre, elevado su pensamiento en Dios, tendidas las manos y contemplando á un

lado á Jesucristo crucificado y al otro á la sacratísima y dulcísima Vírgen alimentando con su sagrada y celestial leche al tierno Niño Jesus, con aquel lema que se ve particularmente en sus estampas: «Puesto en medio, no sé donde volverme. Por la una parte (esto es, en la que se representa á Jesucristo) me alimento de las llagas: y por la otra (esto es, donde está la Santísima Vírgen) me alimento de leche.» Todo me parece muy bien y el que hombres tan grandes lo hayan recibido y expuesto en lugáres tan célebres, es más que bastante para reconocer en dicha pintura mucho peso y autoridad. Sin embargo, no puedo menos de advertir al lector pio y erudito, que dichas palabras no deben tomarse á la letra, como dicen, y que no hay mucha certeza de este acontecimiento, si es que con efecto sucedió. Y por tanto, que esta pintura, como observó el R. P. Fr. Luis de los Angeles (1), aunque bastante comun; pero que hablando con más propiedad, no es literal ó histórica, sino mucho más simbólica y geroglífica. Observólo esto antes que yo, un varon erudito y de ameno ingenio el P. Fr. Manuel de los Santos (2) agustino descalzo, amigo mio en otro tiempo y á quien muchos años hace se lo llevó la muerte en medio de la carrera de sus gravísimos estudios. Este autor, pues, en un sermon bastante docto é ingenioso que predicó en alabanza de san Agustin, dice elegantemente como acostumbra: «Esta fué la mejor librería de Augustino, y lo fué siempre; que aquél *puesto en medio* tan celebrado y pintado, neutral siempre Augustino entre el costado de Cristo y los pechos de Maria, bebiendo de aquí leche, y de allí sangre, sin saber dónde volverse; yo pienso que fué algun lance espiritual símbolo de toda la vida de Augustino. Jamás se apartó de allí, etc.» Y añade despues oportunamente y muy al caso en el márgen: «Cítase á favor de esta sentencia á Valdens. in Teatr. Religios., f. 123 y 338, á Lanciloto lib. 3, de la vida del padre san Agust. Véase al

(1) En la vida y alabanzas de S. August., lib. 6, c. 2.

(2) En sus sermones impresos en Madrid 1724. serm. 1, pág. 18.

M. Aug. sobre su vida y alabanzas en el fólio de mi impresion 209, c. 2. Es ésta una cosa muy frecuente en las crónicas y pinturas mas modernas. Pregúntase ¿si este fué un hecho ó si es un geroglífico?» Y así la imágen de san Agustin celebrada en todas partes y que á mí más me agrada, es en la que se le representa con los ornamentos acostumbrados, llevando en una mano su corazon ardiente, abrasado con muchas llamas y herido tambien con saetas de amor y de caridad, y teniendo en la otra, esto es en la derecha, aquella pluma que á manera de rayo ó de espada, desenvainó contra los herejes, y que al mismo tiempo supo manejar con tanta destreza para amor y gloria de Dios. En dicha imágen, no hay cosa alguna recóndita que necesite de mucha explicacion ó interpretacion: todo está patente á la vista, áun de los menos eruditos.

Esto se me ha ofrecido decir acerca de las imágenes y pinturas de san Agustin: para con el cual como á hijo y alumno que soy de su santa religion, me siento movido con extraños afectos. Porque, el que alguna vez (yo no lo he visto, pero hombres dignísimos de toda fe me han asegurado haberlo visto) el que alguna vez, digo, se haya expuesto en algun lugar bastante famoso la imágen de este gran Padre, varon el más modesto de cuantos ha habido, no sentado ó en pié, sino sobre un águila arrojando rayos á la manera del Júpiter Tonante de los gentiles, aunque no faltarán quienes quieran ensalzar esta pintura como á geroglífico sublime y elegante, pero á mí nunca ha podido ni podrá agradarme una cosa tal; antes siempre la miraré como invencion, no de algun docto, sino de algun artífice que considera con poca gravedad y madurez, una cosa tan séria y grave.

CAPÍTULO VII

Las pinturas é imágenes de la Degollacion del sagrado Precursor y de su cabeza separada de sus hombros, de santa Rosa del Perú, y de san Ramon Nonnato Cardenal.

1. Digo sin recelo alguno, que no seria tan miserable la condicion de los príncipes y de los reyes, si pudieran ó quisieran carecer de aquellas fieras y furias domésticas que bajo el obsequioso nombre de amigos, hacen el papel de sus mayores enemigos. Todo hombre cuerdo echará de ver fácilmente, que he querido significar á los aduladores, por ser éstos los que de dia y de noche no procuran inculcar otra cosa á los oidos de los príncipes sino aquellas palabras lisonjeras: «pasa adelante, obra como quieras: no dudes ser bastante tu voluntad, para que cuanto se te antojare, sea digno de que se ejecute: mandando tú, no tienes que poner duda en nada: te es, y seráte siempre permitido cualquier antojo. Finalmente, sea tu querer la medida de la razon.» Pero muy desemejante á éstos fué el ermitaño áulico, pues uno y otro fué el gran Precursor de Cristo san Juan. Habitó éste los desiertos de los bosques: pero cuando llegó su tiempo, frecuentó el palacio de Herodes Tetrarca, para haber de aprovecharle; repitiendo frecuentemente á los oidos del rey incestuoso aquella suave palabra, como notó san Juan Crisóstomo, aunque al mismo tiempo libre é ingénua: «No te es lícito tener la mujer de tu hermano.» Muy caro le costó al pregonero de la verdad (en cuya alabanza he dicho esto brevemente) su libertad en el hablar, pues lo pagó con su santísima cabeza, que le mandó cortar el injustísimo rey (1), no tanto por el ódio que él le tuviese, como por el que le tenia una mujer.

(1) Marc., 6 17. Luc. 3, 19.

2. Todo lo dicho es sabido por la misma historia del Evangelio, sobre cuyas imágenes tengo que advertir algunas cosas. Paso en silencio el que en la cena de Herodes se representan los convidados no echados ó recostados en sus camas como era debido, sino sentados en sus sillas ó bancos, lo que hizo tambien el excelente pintor Rubens. Pues esto, conforme he notado muchas veces, contiene error en los ritos y costumbres, aunque solamente lo advierten los que han puesto mucho cuidado y diligencia en tener conocimiento de la antigüedad: sin embargo de que todos podian haberlo aprendido de las mismas palabras del Evangelio, donde se dice de la hija saltatriz de Herodías (1): «Y como hubiese entrado la hija de la misma Herodías y hubiese saltado y dado gusto á Herodes y á los que estaban con él á la mesa, etc.» Y un poco más abajo: «Por los que estaban con él á la mesa, no quiso entristecerla.» Paso, digo, todo esto en silencio, y advierto ahora únicamente, que el acto mismo ó la escena funestísima de cortar la cabeza al Bautista, no sucedió, y por tanto que no debe representarse (como lo han practicado alguna vez) en el mismo palacio, ni tampoco en campo descubierto; por decirnos claramente el Evangelio, que el lugar donde por órden de Herodes se cortó la cabeza á san Juan, no fué otro sino la misma cárcel (2): «Y lo degolló en la cárcel.» Tal fué la vilísima accion que cometió el rey impio cegado del torpe amor, por dar gusto á la muchacha saltatriz: accion, que describe san Ambrosio con más fuerza de palabras y mayor elocuencia de la que suele (aunque suele siempre usar mucha) de suerte que parece poner el hecho como que realmente está pasando delante de la vista: cuyo hecho ha dado á los oradores cristianos sobradísima ocasion de detestarlo, de que luego voy á decir algo, aunque con mucha brevedad.

3. Pero entre tanto quiero notar brevemente dos cosas acerca de la misma cabeza del Bautista arrancada ya de sus

(1) Marc., 6. 22 et 26.
(2) Ibid., v. 27.

hombros y puesta en un grande plato, que si bien no perjudican nada á la historia, con todo parece que está cayendo aquí de su peso el hablar de ellas. Lo primero, que algunos para ostentar ó exagerar su habilidad, pintan ó forman extrañamente disforme la cabeza del sagrado Bautista, lo que lejos de representar la santidad y constancia que tuvo en su muerte el gran Precursor, parece nos pone á la vista la ferocidad y áun la embriaguez de algun Holofernes; pintan, digo, la cabeza del Bautista extrañamente disforme, esto es, sin cerrar totalmente los ojos, abierta en gran manera la boca, sacando ferozmente la lengua y otras cosas semejantes: lo que es muy ajeno de una cosa tan sagrada, como es la cabeza del divino Precursor. Lo segundo que debo advertir es, que algunos, sin poner bastante atencion á la naturaleza de las cosas, le pintan con el cuello más largo de lo que corresponde á una cabeza cortada. Sobre que me acuerdo haber leido una historia muy oportuna para lo que vamos tratando. Un emperador de los turcos muy aficionado al arte de la pintura, mandó llamar á un pintor veneciano, que á no engañarme se llamaba Belino. Este, á más de otras cosas que hizo por su órden, le regaló la pintura de la cabeza del Precursor, que á su parecer estaba trabajada con mucho primor. El sultan, alabando no poco en todo lo demás su artificio, solamente advirtió á Belino que aquella cabeza no estaba conforme ni proporcionada á lo que exigía la naturaleza. ¿No ves (le dijo) que ese cuello ha quedado mucho más largo de lo que pide la verdad del hecho y el órden de la naturaleza? ¿No lo confiesas? Callaba el pintor sin atreverse á chistar delante de un señor tan soberbio. Pero el sultan, para que te enteres (prosiguió) por tus propios ojos que es como yo digo, trae, dijo (volviéndose á uno de sus colaterales) cualquiera de los cautivos y preséntalo aquí al instante. Obedeció el otro: traen luego al infeliz, mándanle ponerse de rodillas y en positura de cortarle la cerviz, ejecutó al momento lo que se le mandaba. Entonces el feroz sultan, que casi tiene por cosa agradable y deliciosa jugar impunemente con las vidas y cabezas de los hombres, dijo sin titubear volviéndose al verdugo: Tú, corta luego á

éste la cabeza y sepárasela de sus hombros. Hízolo el verdugo con un fuerte golpe de cuchilla, y al instante presentó al pintor la cabeza cortada, contraidos por todas partes los nervios y muy corto el cuello, para que la examinara con atencion. Miróla el pintor, pero con tanto temor y temblando tanto, que apenas tenia palabras para alabar la pericia del gran emperador. Lo que advirtiéndolo el sultan, vete le dijo, mandaré á mi visir que te despache cuanto antes, para que otra vez no pases en mi presencia igual miedo. He querido referir este caso para que los pintores, áun los más peritos, adviertan de aquí, que las imágenes que no se conforman con la naturaleza y verdad de los hechos, desagradan áun á los que no reparan tratar de bárbaros. Pero éste es un punto muy diverso, y pasa con efecto los límites de mi propósito.

4. Es cosa muy sabida, de suerte que no habrá hombre medianamente docto que la ignore, lo que fingió la antigüedad, esto es, que Venus, tropezando acaso con las espinas de una rosa que le hizo derramar copiosa sangre, manchó las rosas que antes eran blancas; cosa que, dicen, llevaron éstas muy á mal y de que se resintieron en gran manera: de donde fingieron vanamente los poetas haber ellas nacido coloradas ó encarnadas.

El nuevo Mundo, que conquistaron nuestros españoles, en la parte de la América meridional, dió á luz una flor muy suave y de admirable fragancia y hermosura, á santa Rosa, digo, de santa María, de la Orden Tercera de Santo Domingo, á quien, aunque resplandeciente ya con tantas flores de santidad é inocencia, le sirve del mayor lustre y adorno. De las imágenes de esta Santa hemos de tratar ahora, sin desviarnos un punto del intento.

5. A la verdad, que si á esta esclarecida vírgen y Esposa de Jesucristo, se la debiera pintar conforme al ingenio y capacidad humanos, debiera representársenos sin sangre, seca, pálida, casi enteramente extenuada y medio muerta. Porque, aunque esta rosa careció de todas aquellas espinas que pudiesen punzar áun ligeramente á los demás; sin embargo estuvo armada de espinas para atormentarse á sí mis-

ma. Pues entregada sobremanera al ayuno (que son las palabras de su rezo) mortificóse tambien con muchas otras austeridades y tormentos, y se ensangrentó cruelmente á sí misma, en tanto grado, que á no ser la divina gracia que la ayudaba de un modo admirable, no solamente hubiera extenuado su cuerpecito virginal en el espacio de algunos años, sino que hubiera acabado con él en pocos meses ó dias. De aquí es que teniendo presente el pintor esta idea, debiera pintarla totalmente pálida y casi muerta. Pero no es así, ni sucedió de esta manera. Porque Rosa, como vírgen prudente, cautelándose más que de otra cosa, de todo el orin de vanagloria, pidió á su amado Esposo y lo consiguió, que aunque debilitada y quebrantada con tantos trabajos, no apareciese á los que la mirasen, pálida y flaca, sino llena de carnes y sangre, y con semblante robusto aunque modesto. Describe todo el hecho con la elegancia que le es familiar, el M. R. P. Mro. Fr. Leonardo Hansen, que escribió su vida en latin, provincial de Inglaterra, y compañero del R. P. Mtro. General de la Orden de Predicadores, cuyas palabras no puedo menos de trasladarlas, las cuales dicen así (1): «Pero luego que reparó, que gentes curiosas, con estas señales conocian, estimaban y ensalzaban la grande austeridad de sus ayunos, persuadida que más debia temer la vanagloria y la polilla de las alabanzas que su peregrina hermosura; refugióse á su acostumbrado asilo de la oracion y con repetidas súplicas alcanzó de Dios, le diese un semblante tal, que á lo menos no entendiesen los mortales los rigores de su abstinencia y las señales exteriores de tan continuados ayunos. ¡Cosa admirable! Al punto volvió el color natural á sus mejillas consumidas, la carne á su rostro haciéndola más corpulenta, la hermosura á su frente, el vigor á sus ojos, de suerte que casi se hubiera podido jurar, que enteramente ignoraba Rosa lo qué era ayuno.» Logró con esto sus deseos la humilde vírgen, y recibió con creces la recompensa del daño de que se habia cau-

(1) In Rosa Peruana, cap. 5.

telado. Porque, como dice este elocuente escritor, algunas veces y cuando lo merecia menos, tuvo que sufrir las calumnias de impostores, siendo notada y murmurada como que no ayunaba, no sin irrision, cavilaciones y risadas de hombres perdidos y truhanes. Pero vamos al asunto.

6. Pintanla casi siempre con el Niño Jesus ó ya abrazándolo con sus puras y virginales manos, ó ya teniéndole sentado sobre un libro que trae la santa. Esta pintura es tan propia de dicha santa, que á no pintarla así, juzgaría yo no ser perfecta efigie de santa Rosa. Porque aquel Señor, cuyas delicias son estar con los hijos de los hombres, de mil maneras inefables se deleitaba frecuentemente en figura de tierno Niño con su escogida Esposa. No quiero que esto se lea con mis palabras toscas y casi balbucientes: óigase segunda vez al citado maestro, cuya lectura si agradó una vez como me persuado, agradará también otras muchas. Dice pues (1); «El mismo pequeñito Jesus se aparecia muchas veces á la amante Rosa apenas más alto de un dedo, en la misma plana de la página: estaba en pié el pequeño y desnudo amor: ya caminaba á paso muy lento y algunas veces agasajaba á la vírgen con una mirada serena, tierna y suave, y se introducia como á Verbo dignísimo de la atenta lectura de Rosa, en que están todos los tesoros de la ciencia y sabiduría de Dios.» Todo esto dice este elocuente autor: á que añade lo que él llama más familiar, pero que por lo mismo es más admirable é inefable, diciendo: «Mientras Rosa se ocupaba en coser lienzos, he aquí otra vez al amado Jesus que á la manera de niño, aunque con mucha quietud, se sentaba en la almohadilla de la santa: de allí con señales mudas hablaba al corazon de su amada: con ésta se sonreía, á ésta alargaba sus manecitas como que iba á abrazarla, á ésta abrasaba continuamente con sus ardientes ojos, y con todos sus gestos, movimientos y vueltas le protestaba el amor que le tenia.» Deleitábase finalmente el muy tierno Esposo con su queridísima

(1) Idem, ibid., cap. 18.

Rosa, no ya como niño pequeñuelo, sino en traje y figura de muchacho algo más grande. Refiérelo el citado autor, que quiero se vuelva á leer por ser, como pienso, dignísimo siempre de ser leido: «Esta (dice hablando de una niña que apenas tenia siete años) cuando ya habia dejado á Rosa entregada á la meditacion se fué á escondidas á su madre que estaba haciendo labor en la próxima recámara: al cabo de una hora se salió para ver si Rosa se había levantado de la oracion, y he aquí que junto á la vírgen vió al Niño Jesus muy bien vestido con una túnica de color cerúleo y encarnado: al cual así que le vió rodeado con tan gran claridad y resplandeciente por los rayos de luz que despedia por todas partes, no atreviéndose á interrumpir su conversacion, paróse de lejos, contentándose con que se le permitiese gozar de un tal espectáculo, cuyos arcanos no entendia aún por razon de la edad, ni los descubrió mientras vivió Rosa.» Seiscientas otras cosas podrian decirse aquí sobre el mismo asunto; pero baste lo dicho, para que el pintor erudito y cristiano quede instruido de que apenas se puede representar á la vista á santa Rosa sin que de algun modo se pinten tambien los favores y gracias especiales que hizo Dios á su muy amada Esposa, con quien tan familiar y algunas veces tan pueriImente se entretenia.

7. Casi al mismo tiempo que estaba dictando esto al amanuense, contemplé con atencion una lámina de bronce en que estaba esculpida la imágen de santa Rosa: trabajo verdaderamente primoroso, pero en que desde luego advertí dos errores, como suele suceder muy á menudo. El primero, que la santa vírgen estaba pintada con aquel velo negro con que van cubiertas las monjas dedicadas al coro: lo que es enteramente falso y contra la verdad de la historia. Porque, si bien el divino Esposo colmó á Rosa con tantas gracias y favores de su divino amor, sin embargo nunca fué monja, ni vivió en ningun monasterio, sino en casa de sus padres, á excepcion de los tres últimos años de su vida, que los pasó en casa de ciertos nobles y honestos consortes, pero donde no habia clausura alguna, aún mucho tiempo despues del

Sagrado Concilio de Trento: siendo una de las que llaman de la Orden Tercera, y que el vulgo llama beatas. Esta es la causa por que no deben pintarla con velo negro de que usan las monjas, aunque cuando salia al público andaba cubierta de piés á cabeza con una capa ó velo negro, largo y de lana, pero no muy espeso. Veíase tambien pintada con una corona de flores y de fragantes rosas: y aunque esto pueda entenderse en algun sentido simbólico; pero realmente nunca fué así. Llevaba ciertamente Rosa una corona en su cabeza. ¿Pero cuál era esta? ¡Buen Dios! Descríbela largamente el elegante historiador, pero en su lugar bastará referir lo que nos dice su rezo, donde se lee: «Debajo del velo (hase de entender blanco y de lino, de que siempre usó) llevó de dia y de noche una corona con espesas puntas hácia dentro.» Pues con tales puntas debia estar armada una Rosa tan querida del divino Esposo.

8. Tuvo y celebró la antigüedad sus Césares y Cesones, que dicen haber conseguido este nombre por haber nacido no segun la ley comun de los demás hombres, sino de un modo insólito, esto es, abierto el vientre de sus madres. Todo esto es manifiesto; pero igualmente es sabido que tiene tambien la Iglesia en sus Fastos á un insigne héroe condecorado con semejante título ó con otro más expresivo. Este es aquel célebre Ramon por renombre Nonnato: pues contra la ley comun de la naturaleza, salió á luz abierto el costado de su madre difunta, como lo dicen expresamente las palabras de su rezo. Cuyos hechos, virtudes y glorias casi inmensas, si pretendiese yo trasladarlas aquí sería lo mismo que querer encerrar en un pequeño vaso todas las aguas del vasto Océano. Pero no tratamos ahora de esto, sino de sus imágenes ó efigies. Primeramente debe pintarse al esclarecido san Ramon Nonnato vestido con el hábito propio de mi sagrada y militar órden, que á poco de haberse instituido, abrazó el santo, siguiendo las inspiraciones de la sacratísima Vírgen: pues esta Señora le significó que sería muy de su agrado, que se entrase en la religion bajo el título de las Mercedes ó de la Misericordia de redencion de cautivos, que

por su voluntad acababa de fundarse. Con tal aviso, partiéndose luego á Barcelona, tomó allí el hábito de dicho instituto, que es de tan singular amor para con los prójimos. Débesele tambien pintar con insignias purpúreas y cardinalicias: por ser constante, que habiendo trabajado con gran valor y esfuerzo por la gloria de Dios le nombró cardenal el Sumo Pontífice Gregorio IX, como se nota tambien en su rezo, donde se dice: «Por éstos y otros esclarecidos hechos suyos, se extendió en gran manera la fama de su santidad: de que moviao Gregorio IX, lo admitió en el amplísimo colegio de cardenales de la santa Iglesia romana.» He dicho de propósito con insignias purpúreas: porque, aunque no ignoro que en aquellos tiempos la Silla apostólica aun no habia concedido dichos adornos á los señores cardenales, de que he tocado algo arriba y acaso lo trataré en otra parte más largamente, sin embargo, ¿qué otro modo puede haber más propio para dar á entender á los fieles pios y no muy doctos, que san Ramon fué cardenal? En nada se falta aquí á la fe de la historia; sólo se pretende demostrar de algun modo la verdad del hecho. Finalmente, lo que es una gran gloria de este insigne héroe, se le ha de pintar cerrados cruelmente los labios con un candado de hierro, conforme lo demuestra la sucinta série de sus hechos que refiere su rezo con estas palabras: «Pero, como abrasado de un ardentísimo deseo de la salvacion de las almas, convirtiese con sus sermones para Jesucristo á muchos mahometanos, lo pusieron los bárbaros en una estrecha prision, atormentándole con varios suplicios: luego le taladraron los labios, y cerrándoselos con un candado de hierro sufrió por mucho tiempo este cruel martirio.»

9. Ultimamente, es muy comun y recibido el representar á san Ramon Nonnato, ya en sus imágenes pintadas ó en las de bulto, teniendo en su mano derecha el Santísimo Sacramento, encerrado en lo que vulgarmente llamamos Custodia: lo que no se practica sin fundamento ni sin razon; por denotarse de este modo aquel admirable suceso, que no tanto dió fin, cuanto coronó la vida de este esclarecido Confe-

sor y martir de Cristo. Estaba Ramon enfermo en la cama en Cardona en casa de un noble pariente suyo: aumentábasele la calentura, y ya casi iba el santo perdiendo las fuerzas que tenia debilitadas por sus muchas austeridades y trabajos. Pedia con instancia que le dieran la sagrada Eucaristía, por no emprender un tal camino sin tan grande viático. Instaban lo mismo los que asistian: iban una y otra vez los criados á casa del párroco: pero éste, ó porque entonces no estaba en casa ó porque estaba ocupado en otras cosas, se detenia y tardaba mucho, con no poca afliccion del piadosísimo y religioso corazon de san Ramon, el cual callando y triste, pensaba ya irse de esta vida destituido de un tan gran socorro: cuando se vió de repente un raro resplandor en medio de los rayos del sol que deslumbró los sentidos y la vista de cuantos asistian: de suerte que podria decirse, que una numerosa multitud de estrellas acudió con nuevo órden á tributar luces, y obsequio á la Divina Majestad, ó que las mismas estrellas del firmamento habian dejado los palacios del cielo para asistir á una escena tan agradable. Al instante los ángeles de dos en dos, llevando velas hermosísimas en sus manos y vestidos con el hábito blanco de nuestra Señora de las Mercedes, entraron en el palacio del Duque de Cardona que no cabia de gozo, al ver que por el extraordinario honor del nuevo huésped y pariente suyo habia de recibir á tales huéspedes. Cerraba la procesion uno mucho más resplandeciente en majestad y dignidad, que á los circunstantes, á lo menos en la figura y en el resplandor, les pareció ser el mismo Cristo, el cual escondido entonces bajo las especies sacramentales, de un modo admirable é inefable, se llevaba á sí mismo en sus manos. ¿Qué más? Acercóse lleno de majestad á la cama del enfermo, el cual no pudiendo apenas creer lo que estaba viendo, se habia levantado animoso y puéstose de rodillas. Finalmente, hablando y consolando dulcemente al enfermo, llenóle de gozos interiores y le sació con aquel pan, que es el que sólo puede deleitar á los reyes. Desapareció luego el blanco escuadron de cortesanos celestiales, y el mismo Rey de los cielos. Y el santo, habiendo

vivido todavía algun rato y recibido la extrema uncion, no quiso más ser habitante de la tierra, pues ya casi habia experimentado los gozos del Paraíso celestial. Por esta razon y acontecimiento, de que hace tambien mencion ilustre la Iglesia, pintan á san Ramon teniendo en su mano el Santísimo Sacramento. Es tambien frecuente (pues no quiero pasarlo en silencio) pintarle teniendo en la mano izquierda una palma con tres coronas de oro, para denotar que le cuadran muy bien dichas coronas, por confesor, por mártir y por vírgen.

CAPÍTULO VIII

Las imágenes y pinturas de san Gil abad, de san Estéban rey de Hungría, de san Lorenzo Justiniano, de los santos mártires Adriano y Gorgonio y de san Nicolás de Tolentino.

1. Un erudito escritor de estas materias advirtió algunas cosas acerca de las pinturas antiguas de san Gil abad, que reprehende él en varios lugares. Tal es (y ésta es la principal) el que antiguamente le pintaban (pues en el dia de hoy no se ve nada de eso) imponiendo sus manos y dando la absolucion de sus pecados á Carlos Martel rey de Francia, añadiéndole aquel verso rudo y desaliñado y que no concuerda muy bien consigo mismo:

«Ægidii merito Caroli peccata dimitto.»

Pero esto ya lo refuté arriba (1), aunque de paso y justamente lo condena y refuta el mencionado autor. Píntanle

(1) Tom. 1, lib. 1, c. 7, n. 7, p. 60.

tambien orando fervorosamente levantadas las manos al cielo y junto á él una cierva. La razon de esto es la que se lee en su rezo que se celebra con rito simple, donde se dice: «Retiróse al yermo donde vivió mucho tiempo con admirable santidad, sustentándose de las raices de las hierbas y de la leche de una cierva, que todos los dias iba á él á horas determinadas: la cual como un dia se viese perseguida de los perros del rey y refugiándose á la cueva de Gil, fué ocasion de que el rey de Francia le pidiese con sumas instancias, etc.» Pero no por afirmarse que san Gil fué abad, se le ha de pintar con tonsura presbiteral ú otros ornamentos de sacerdote. Porque si bien no faltan quienes afirman (1), que san Gil para ser abad, se ordenó de sacerdote; sin embargo no está claro, ni puede menos de saber cualquier docto y erudito, que fué costumbre muy recibida en la Iglesia en aquellos siglos el ser abades y por tanto Padres de algunos Monasterios, sin ser sacerdotes ni haber recibido ninguna Orden.

2. Celébrase á principios de Setiembre la memoria de san Estéban rey de Hungria, á quien llenan de elogios, no solo los escritores de su vida, sino tambien los que han escrito de las cosas de la Hungría. De este santo apenas yo hubiera hecho mencion aquí á no moverme dos cosas que acaso á algunos parecerán menudencias. La primera es, que á mi parecer, no será una pintura cabal de este santo (que ciertamente fué el primero que introdujo en Hungria la fe cristiana y la dignidad real) si no se le pinta con una cruz: ó ya llevándola en su mano, lo que no sería fuera de próposito; ó á lo menos, levantada cerca de él al modo que precede la cruz en las santas procesiones de los cristianos. Muévenme á esto las gravísimas palabras de su rezo, que dicen: «Llamado verdaderamente apóstol de aquellas gentes por su cuidado en propagar la fe, á quien el romano Pontífice concedió, que él y sus reyes descendientes pudiesen llevar delante la cruz.» La segunda es, que me parece deberse pintar su

(1) P. Rivad., t. 5. Flos Sanct., dia 1 Septemb.

mano derecha brillante y resplandeciente. No que con esto se signifique una historia ó algun hecho, sino por ser esto un símbolo el más á propósito para denotar lo que sucedió. Léanse otra vez las palabras de su rezo, donde despues de haberse referido diligentemente las obras de caridad, de misericordia y de un amor paternal para con todos, se añade muy al caso: «En atencion á estas virtudes, habiéndose consumido todo su cuerpo, permaneció incorrupta su mano derecha.» Lo que, segun á mí me parece, no se puede demostrar de ningun otro modo más conforme y proporcionado, sino pintando resplandeciente su mano derecha que permaneció incorrupta áun en medio de las lobregueces del sepulcro.

3. San Lorenzo primer patriarca de Venecia, fué descendiente de la nobilísima familia de Justiniano, por cuyo motivo le llaman comunmente san Lorenzo Justiniano. Escribió las debidas y justísimas alabanzas de este santo el esclarecido veneciano Bernardo Justiniano su sobrino, hijo de un hermano suyo, el cual tuvo pleno conocimiento de todo, pues casi treinta años enteros vivió muy familiarmente con el Santo. Salió á luz esta vida y púsose á la frente de las obras bastante voluminosas del santo Patriarca que se imprimieron en Basilea el año de 1580, en la imprenta de Froben. De aquí pueden inferirse muchas cosas pertenecientes á las glorias de san Lorenzo: pero no es de mi asunto referir las alabanzas de los santos, sino lo perteneciente á sus imágenes y pinturas. Y así será del caso saber qué semblante y figura exterior tuvo este varon nobilísimo y santísimo. Dícelo con palabras muy selectas el escritor (1) á quien ya hemos citado y elogiado: «Fué (dice) algo más alto de lo regular, delgado, el color blanco, andaba derecho, y en todo su semblante habia decoro y gravedad. Los ojos de tal suerte moderaban todo su cuerpo, que no parecian sino que por todas partes respiraban veneracion y santidad.» Esto dice Bernardo de la figu-

(1) Cap. 7.

ra exterior del cuerpo de este gravísimo y célebre prelado: pues por lo que toca á los gestos de su noble ánimo, los representa con vivos colores dicho escritor refiriendo sus virtudes; pero todavía los pone á la vista con colores más vivos y expresivos el mismo santísimo prelado, como claramente lo verá el que leyere sus obras que no respiran mas que piedad y están escritas con bastante buen estilo. Ofréceseme tambien advertir aquí que habiendo sido san Lorenzo antes de ser elevado á la dignidad patriarcal canónigo regular de la Orden de san Agustin en el monasterio de san Jorge, sin embargo conversó cuanto se lo permitió su dignidad, el hábito ó vestido monacal, lo que no era muy frecuente en aquellos tiempos. Por esta razon se le deberá pintar á lo menos con una túnica de color cerúleo de que usan dichos canónigos. Finalmente, por lo que llevamos dicho aunque de paso, se echa bastante de ver, que se le debe pintar con las insignias esclarecidas de doctor y de maestro, por haber escrito no algunos breves opúsculos ó pequeños libritos, sino obras mayores,como son: «De triumphali Christi agone. De casto connubio animæ et Verbi,» y otras no pequeñas obras.

4. Tengo presente haber advertido muchas veces y nunca lo advertiré bastante, que los pintores, no tanto se acomodan en sus pinturas á la historia cuanto á su propia fantasía, y por tanto suelen pintar las cosas no como ellas fueron en sí, sino, ó ya como pudieron suceder, ó conforme fingen haber sucedido en su errada imaginacion. Tal seria (pues no tengo presente que jamás lo haya visto) si, como ellos hacen frecuentemente, pintasen la gloriosa muerte del esclarecido mártir de Cristo san Adriano, desnuda su cerviz y junto á él al verdugo desenvainada la espada para cortársela al instante. Porque, á más de que este género de suplicio no se usaba sino con la gente más noble, nada de esto hubo en la gloriosa muerte de san Adriano, que murió á fuerza de crueles azotes con que fué herido (causa horror el decirlo) hasta salírsele las entrañas: y por último, le rompieron las piernas y le cortaron manos y piés, acabando de este modo su vida. Todo consta bastante por las notas del Martirologio Romano,

y por su única leccion, que se lee en la fiesta de la Natividad de la Vírgen. De aquí es que pintan con un yunque á este mártir, como lo atestigua un autor (1), cuyas son estas palabras: «Pintanle con un yunque, por haberle cortado sobre él las manos y piés. Y su mujer santa Natalia que le animaba con mucho valor para sufrir el martirio, no solamente quiso asistir al suplicio, sino que ella misma ponia y tenia las manos y piés del santo mártir sobre el yunque.» Esto dice Molano, á que añade no sé qué otra cosa del leon que pintan á este santo, lo que por no ser cosa que tenga yo bastante averiguada ni saber que sea frecuente en sus pinturas, he querido más pasarla en silencio que referirla.

5. El mismo juicio debe hacerse de san Gorgonio mártir de Nicomedia, el cual, aunque nobilísimo, y lo que es más de extrañar, muy querido del mismo Diocleciano, de suerte que era uno de los que le servian con más familiaridad, admitiéndole el emperador áun en su recámara más interior; sin embargo, despues de haberse enfurecido rabiosamente contra él, no le hizo morir como era regular, cortándole la cabeza, sino con una muerte infame, cual es la de la horca. A que pudo dar ocasion el ódio implacable que tenia este príncipe contra la Religion cristiana, por cuyo motivo habia ya mucho antes quitado áun á los cristianos más nobles los privilegios de nobleza y derechos que les eran debidos: lo que significó por el edicto que mandó fijar en Nicomedia, como lo nota y observa muy bien el príncipe de la historia eclesiástica, Eusebio Cesariense (2).

6. Es bastante célebre la ciudad de Tolentino que está situada en aquella parte de Italia que llaman Piceno ó Marca de Ancona, á quien per haber vivido allí mucho tiempo, dió nombre san Nicolás de la Orden de Ermitaños de san Agustin, y se lo dió juntamente á sí mismo. No han faltado quienes han escrito largamente los gloriosos hechos de este

(1) Molano., l. 5, cap. 38.
(2) Euseb. de Cesar., Hist. Ecles.

santo, pero por lo que es de mi inspeccion, poco se ofrece que advertir. Y en primer lugar, se le debe pintar macilento y casi consumido por el ayuno, por haberse entregado admirablemente á la mortificacion y abstinencia, y además á fuertes y crueles disciplinas: cosas, que áun separadas bastaban para reducir á una extremada flaqueza el cuerpecillo de este santo. Suelen tambien pintarle teniendo en su mano una perdiz, ave bien conocida, particularmente de la gente regalona: á que dió ocasion, no su gula, sino la abstinencia, enemiga implacable é irreconciliable de este vicio. Cuentan, pues, que estando el santo gravemente enfermo y no pudiendo recabar de él los que le asistian que áun en aquel lance mitigara algun tanto su acostumbrada austeridad y comiera de carne, acudieron al único remedio que quedaba, que era el de la obediencia. Mandóle el prelado que mitigando por entonces su severidad, comiese luego una perdiz que ya estaba cocida y bien guisada. Obedeció el santo cuanto estuvo de su parte, pues que sabia muy bien ser mejor la obediencia que el sacrificio. Pero ¡oh hecho admirable! cuando va á poner en ejecucion el precepto, apenas hizo sobre el plato la señal de la cruz como era justo, cuando la perdiz, como si ella misma rehusase manchar la boca de un abstinente tan prodigioso, cobró la vida, y reasumiendo toda sus partes y cubierta de plumas echó á volar desde la mesa, por donde encontró abierta la puerta, huyendo muy lejos: con cuyo hecho quiso Dios advertir á los prelados de las congregaciones santas y religiosas, que no deben quebrantar temeraria y fácilmente la voluntad de aquellos hombres muy santos y que han dado pruebas de singular virtud desde que abrazaron un género de vida más austera.

7. Pintan tambien á este santo, adornado con numerosa multitud de estrellas, vestido con su hábito propio de Religion ó con el que fuera de casa ó en los dias más solemnes traen dentro del coro los ermitaños augustinianos. Dicen comunmente ser la causa de esto, el que dicho santo con sus fervorosas súplicas y oraciones, libertó á muchas almas del Purgatorio. Finalmente, he observado que le pintan echado

en una pobre cama, escuchando el dulcísimo y suavísimo canto de los ángeles, lo que no podrán extrañar los que sepan que por espacio de algunos meses oyó san Nicolás todas las noches dicho canto, conforme leemos en su rezo donde se dice: «Al fin, seis meses antes de su muerte, oyó todas las noches el canto armonioso de los ángeles, con cuya suavidad, habiendo ya gustado los gozos del Paraíso, repetia frecuentemente aquello del Apóstol: Deseo ser desatado y estar con Cristo.» Esto es lo que me ha parecido advertir de paso, acerca de las imágenes y pinturas de este varon eminente en santidad.

CAPÍTULO IX

Las imágenes y pinturas de los santos mártires san Protho y san Jacinto, de la exaltacion de la santa Cruz, del mártir san Cipriano de Cartago, de la impresion de las llagas de san Francisco, y de santo Tomás de Villanueva, arzobispo de Valencia.

1. Muchos son los yerros, aunque no de mucha importancia, que se cometen muy á menudo en la materia de que vamos tratando: no obstante apenas pueden libertarse de la nota de error y por tanto deberá evitarlos el pintor sabio y erudito. Tal sería, si á los esclarecidos mártires san Protho y san Jacinto les pintaran de aspecto totalmente varonil y con barba: pues consta que fueron eunucos de la insigne vírgen Eugenia á quien habian servido fielmente y con la cual (vestida ésta en traje monástico y varonil) por mucho tiempo sirvieron juntos á Dios en un monasterio, segun refieren algunos de los historiadores eclesiásticos (1) á quienes no puedo ni es menester copiar aquí.

(1) V. á Baron., in Not. ad Martyr. Roman., die 11 Sept.

2. No juzgo necesario referir ahora la historia de la exaltacion de la Cruz del Señor, que ya muchos saben. Mas, como por otra parte es un hecho muy ilustre, y en que acaso no han reparado bien, áun los que están obligados á las Horas Canónicas; paréceme no será fuera de propósito el referirlo aquí en suma y como en compendio: en cuya suposicion, no puedo hacerlo sino con las palabras que se leen en esta solemnidad; pues confieso ingénuamente no poderlo hacer con otras que sean ó más verdaderas ó más elegantes. Dicen pues: «Chosroas rey de Persia, en los últimos tiempos del imperio de Phocas, habiendo tomado á Egipto y á Africa y apoderádose de Jerusalen, donde habian muerto muchos millares de cristianos, se llevó á Persia la Cruz de Cristo Señor nuestro, que Helena habia colocado en la montaña del Calvario. Heraclio, que habia sucedido á Phocas, cansado por las muchas incomodidades y calamidades de la guerra, pedia la paz que Chosroas, ensoberbecido por las victorias que habia conseguido, no le queria conceder, áun con pactos poco ventajosos á Heraclio. Por lo que, hallándose éste en el mayor peligro, se mortificaba con ayunos y oraciones continuas, pidiendo encarecidamente auxilio á Dios: por cuyo aviso, habiendo juntado su ejército rompió por el del enemigo y venció á los tres caudillos de Choroas y á sus tres ejércitos.» Hasta aquí la historia inserta en el Oficio eclesiástico, que está sacada de los autores más calificados. Acerca de la cual y sobre el modo de hacer una bella descripcion de este hecho en una tabla, habria mucho que decir, si el tiempo me permitiera seguirlo todo con individualidad. Mas como estas cosas versan por lo comun acerca de los adornos que se añaden á la pintura y sobre los acostumbrados anacronismos de los pintores, como son, el que en describir las batallas que se dieron entre los persas y Heraclio se pintan unos géneros de armas y de máquinas que todavía no se conocian en aquellos tiempos y otras cosas semejantes; tengo por mejor omitirlo todo: pues no soy tal que me persuada que con esta mi obrilla se han de borrar y quitar enteramente las inepcias y errores que aún los pintores por otra parte

célebres, aprendieron desde su niñez. Lo que ciertamente, ni aun podria conseguirse con grandes volúmenes llenos de mucha más erudicion y de más largas observaciones. Por lo que, paso á cosas más dignas de notarse y que tienen más relacion con las cosas sagradas y eclesiásticas.

3. Porque como por las victorias que Heraclio consiguió sobre los persas, se viese obligado Siroes, hijo de Chosroas, que le habia sucedido en el imperio á restituir la Cruz del Señor, que habian llevado á Persia; determinó justamente el vencedor Heraclio colocarla en el mismo templo y lugar de donde la habian quitado los persas. Cuyo piadoso hecho demostró el mismo Cristo con un milagro haber sido de su agrado: lo que quiero referir con las mismas palabras de la historia, que dicen así: «Fué, pues, recobrada la Cruz catorce años despues que habia caido en poder de los Persas: la que volviendo Heraclio á Jerusalen, llevó en sus mismos hombros con solemne pompa á aquel monte, en donde la habia llevado el Salvador. Hecho, que fué recomendado por un ilustre milagro. Pues Heraclio, como anduviese adornado de oro, y piedras preciosas, fué obligado á pararse en la puerta que iba á la montaña del Calvario. De suerte que cuanto más queria adelantar el paso, tanto más parecia que le detenian. Por cuyo motivo, como el mismo Heraclio y todos los demás estuviesen atónitos, Zacarías obispo de Jerusalen: Repara oh emparador, le dijo, no sea caso que con estos adornos triunfales con que llevas la Cruz, imites poco la pobreza y humildad de Jesucristo. Al punto quitándose Heraclio su riquísimo vestido y sus zapatos, y tomando otro plebeyo, anduvo con facilidad lo restante del camino y colocó la Cruz en el mismo lugar del Calvario, de donde se la habian llevado los persas.» Acerca de estas palabras, nada de especial se ofrece que advertir, con tal que el pintor atentamente, como es debido, las lea y entienda.

4. Pero yo, considerando el piadoso y solemne triunfo de Heraclio emperador de romanos, no puedo menos de advertir aquí brevemente su éxito y desdichado fin. Este tan grande emperador (tal es la inconstancia de los hombres) en-

vuelto despues en errores y heregías, cuantas pruebas y monumentos ilustres habia erigido antes de su fe y de su virtud, otras tantas dejó despues de haber perdido su piedad y su juicio. Pues engañado con los fraudes de Pirrho Sergio, y con los de otros herejes á quienes por el dogma que establecieron, de que solamente habia en Cristo una voluntad y operacion ó energía, llamaron Monothelitas; promulgó primero aquel decreto, que llamó ἐκτυπῶσις, en que se atrevió á defender un dogma tan impío. Hízose luego caudillo y fautor de dichos herejes, hasta que (pues sucede no raras veces, que al delito de haber violado la fe y la religion se le sigue el debido castigo) perdiendo despues la mayor parte del Imperio romano que habia en el Asia, murió infelizmente en Antioquía en el baño de Daphnis, como afirma un historiador de no poco nombre (1). Ni fué este el único delito que se imputó á Heraclio, si tambien el de haber fomentado y conservado, no tanto por fraude ó maldad, cuanto por cobardía y negligencia á aquella bestia feroz, capital enemiga del nombre cristiano, que fué destruccion, no sólo de los cristianos sino casi de todo el linaje humano, á Mahoma, digo, á quien antes de cobrar mayores fuerzas, con facilidad ó á lo menos con poco trabajo, hubiera podido derrotarle enteramente: en cuya atencion exclamó bien y muy al caso un elocuente historiador (2): «¿Con que lágrimas podrá deplorar la infeliz posteridad la flojedad de Heraclio?» Pero vamos ya á otra cosa, pues nos ha detenido mucho la memoria de este emperador.

5. San Gerónimo, hablando elegantemente como siempre de san Cipriano mártir y obispo de Cartago (3): «Es supérfluo (dice) dar indicios de su ingenio, siendo sus obras más claras que la luz del sol.» Por lo que, nada quiero decir aquí de su doctrina, elocuencia y fortaleza: supuesto que estoy tratando

(1) Georg. Cedr., Compen. Hist., p. 1.
(2) P. Juan Busieres, Historic. Flosc., Areol. 13.
(3) In Catal. Scriptor. Eccles.

una materia que es muy ajena de todo esto. Ni es tampoco mi ánimo manifestar á todas luces ser enteramente falso que la oracion ó sermon de las alabanzas del mártir Cipriano que anda entre las obras de san Gregorio Nacianceno, pueda y deba apropiarse al prelado y mártir africano san Cipriano: esto lo han hecho ya perfectamente hombres muy doctos, no solamente modernos, que acaso los podrian tener por sospechosos algunos doctos de nuestro siglo, sino antiguos y testigos oculares de estas cosas, los cuales juzgan que en dicha oracion, ó se alaba á Cipriano antioqueno y no al africano, ó que aquél se confunde algun poco con éste; lo que fácilmente pudo suceder á san Gregorio Nacianceno, escritor griego, y que no tuvo tanto conocimiento de las cosas de los latinos como de las suyas propias. Produzco por testigo y áun por juez de todo esto al cardenal Baronio: pero véase entre tanto lo que siente sobre esto un varon eruditísimo que se propuso ilustrar particularmente este punto, Jacobo Bilio, abad de san Miguel, traductor de san Gregorio Nacianceno, y el principal anotador de sus obras, el cual, despues de las anotaciones que hace sobre la oracion de las alabanzas de san Cipriano, añade luego prudente y juiciosamente: «Casi todo esto, lo más breve que he podido, lo he sacado de los intérpretes griegos á favor de los estudiosos. Y de lo dicho tengo por bastante dudoso, si este Cipriano es el mismo de quien tenemos excelentes obras en latin, y cuya autoridad es muy grande y de mucho peso en la Iglesia, ó si acaso es algun otro, por constar entre los historiadores que ha habido dos de este nombre.» Pone inmediatamente á la vista de los lectores las razones gravísimas que hay para decir que el santo á quien alaba san Gregorio no es el obispo de Africa, sino otro totalmente diverso y mártir de Antioquía, el cual consumó despues su martirio en Bithinia, cuya memoria celebra la Iglesia á 26 de Setiembre: y dice, que si hay algunas cosas aunque pocas, que no puedan convenir y acomodarse á éste, confundió en esta parte san Gregorio Nacianceno y los demás griegos, al prelado cartaginense con el Cipriano de Antioquía. Esto supuesto, concluye así: «Pero si debemos sentenciar segun

la opinion que es de los más y que tiene más razones á su favor, como siente muy bien en cierto lugar nuestro Gregorio, sería de parecer que en esta oracion no se alaba al Cipriano africano, sino al antioqueno. Por cuanto á éste, se puede referir oportunísimamente casi toda la oracion, junto con la narracion de Nicetas. Dije casi, por aquel lugar en que hace mencion de Cartago y del obispado cartaginense, lo que no puede atribuirse al Cipriano de Antioquía. Pero no es de extrañar, que así como en los hermanos mellizos engañados algunas veces por la semejanza que tienen entre sí, tomamos al uno por el otro, así Gregorío, engañado por tener dos un mismo nombre y ser semejantes entre sí por sus muchas y excelentes virtudes, haya atribuido algunas cosas al Cipriano antioqueno que convenian al africano.»

6. Léase ahora el parecer del grande y doctísimo Baronio (1): «Se introdujo (dice) comunmente entre los griegos, mientras confunden á éste con el que fué obispo de Cartago: los cuales sin embargo se distinguen por muchas particularidades, por su patria, por su jerarquía, por el linaje, por el tiempo en que florecieron, por sus actas y lugar del martirio. Pues este de quien hablamos, fué natural de Antioquía; de mago que era se hizo cristiano, despues fué diácono, y en los tiempos de Diocleciano, siendo presidente Eutholmio, puesto juntamente con Justina en una sarten, consumó su martirio en Nicomedia, de suerte que de todo lo dicho está claro que este santo no tiene otra cosa comun con san Cipriano obispo de Cartago, sino el nombre y título del martirio. Lo que, si bien habia ya resuelto pasarlo en silencio por mis razones, no obstante determiné despues ponerlo y transcribirlo, por haber muchos que cuando leen algunas cosas de diversa manera que las han leido en los libros que casualmente han llegado á sus manos (que no son muchos), como acontecerá muchas veces en esta obra, todo es arrugar la frente,

(1) Bar., in Not. ad Martyr. die 26 Sept., et. tit. 2. Annal. ad A. C. 250 et tit. 3, ad A. C. 311.

arquear las cejas, y persuadirse ó que les están contando fábulas que han fingido gente ociosa, ó lo que es peor, los herejes; y así, á más de otros muchos ejemplos que podria poner, este sólo puede instruirles.

7. Por lo que mira á las imágenes y pinturas de san Cipriano cartaginense, sólo se me ofrece advertir, que he visto la descripcion del martirio de este santo vestido con ornamentos pontificales, y lo que es más de extrañar, estando en pié y aguardando el golpe del verdugo para cortarle la cabeza. Ambas cosas están mal pintadas. Pues cuanto á lo primero, es constante que el santo se quitó todos los ornamentos, quedándose sólo con los de lino, con lo cual se significa por ventura el ornamento que ahora llamamos alba. Las Actas de su martirio sacadas de los manuscritos antiguos, dicen así (1): «Y habiéndose quitado la dalmática y entregádola á los diáconos, se estuvo en pié con la vestidura de lino.» Otras Actas del mismo santo, dicen: «Habiendo llegado el glorioso mártir al lugar destinado, se quitó la capa con que iba vestido, doblándola y poniéndola á sus rodillas. Quitóse despues la túnica, y dióla á los diáconos. Y quedándose con sólo él vestido de lino, estaba aguardando al verdugo.» Mas por lo que respeta á la situacion del cuerpo, esto es, que estando en pié, presentó su garganta al verdugo (conforme se ve pintado en la imágen de que acabo de hacer mencion) por más que esto pareció probable á un varon, cuyo nombre callo por el honor y respeto que le tengo, y aunque esto mismo parece que como quiera lo indican, bien que confusamente, las Actas del martirio que he producido, sin embargo, (por decir la verdad) á mí siempre me ha desagradado infinito. Muévome y me persuado ser así, por tres argumentos tomados ya de las pinturas, ya del órden regular y natural de las cosas, y finalmente de la autoridad de los escritores. Por las pinturas, porque apenas hay una en que aquel á quien se le ha de cortar la cabeza, no se nos represente arrodillado en tierra y

(1) Segun están en la Edic. de Pamelio en las Obr. de S. Ciprian. an. 1568.

desnudo el cuello y la garganta hasta sus mismos hombros. Por el mismo órden de las cosas: porque ¿quién se persuadirá que á un hombre, particularmente si fuese de estatura muy alta ó más alto de lo regular, pudiera cómodamente el verdugo cortarle la cabeza, descargando el golpe sobre su cerviz, estando él en pié? Créalo quien quisiere, que yo apenas puedo entenderlo. Finalmente, describen esto muy bien los escritores antiguos (1). Lo que es tan claro, que me parece seria cosa supérflua y perder el tiempo, si quisiera confirmarlo con otros testimonios. Ni debe hacernos la menor impresion (por quitar áun la más ligera duda que podria quedar sobre esta materia) el que en el martirio de la insigne vírgen santa Inés, segun refiere san Ambrosio, se dice habérsele cortado la cabeza á la tierna vírgen estando ella de pié: «Estuvo de pié, hizo oracion, inclinó la cerviz, etc.» Pues no tengo inconveniente en confesar que pudo suceder, que cuando los verdugos querian cortarla cabeza á los de menor edad, para ejecutar con más destreza la accion, advirtiesen ellos mismos á las niñas y párvulos, que estuviesen en pié. ¿Y quién negará que esto cuadre muy bien á santa Inés, de quien poco antes habia dicho el mismo pio y elegante escritor: «¿Hubo por ventura en aquel cuerpecillo lugar para las heridas? Pero la que no le tuvo para recibir el acero, le tuvo para vencerle.» Pero esto mismo es lo que no puede convenir á san Cipriano, ni á los demás hombres. Por lo que, es mejor y más proporcionado, pintar el martirio de san Cipriano como regularmente se acostumbra.

8. Manifestó Dios una cosa admirable é imperceptible á los sentidos humanos, cuando á su humildísimo y amantísimo siervo san Francisco, le imprimió y renovó las insignias de su pasion y de sus llagas. Describió el hecho con tanta belleza y elegancia san Buenaventura, escritor de la vida de este varon santísimo (á quien despues han seguido muchos otros), que abrió el camino, áun á los pintores poco instrui-

(1) Lucano, l. 5. Phars., v. 359.

dos, para representar este ilustre testimonio de Cristo para con su santo siervo. Por esta misma historia, procuré manifestar antes con bastante solidez, que Cristo Señor nuestro fué crucificado, no con tres, sino con cuatro clavos. Resta pues, advertir aquí de paso lo que mucho tiempo ha he reparado en sus imágenes, no siempre, pero sí bastantes veces, esto es, que al seráfico san Francisco se le debe representar no estando en pié ni puesto en tierra de rodillas, (cosa que con dificultad puede concebirse ó explicarse, pero que la han intentado, aunque con poco acierto, pintores del vulgo) sino en el aire rodeado por todas partes de rayos y resplandores, y levantado en alto con cierto movimiento extático. Lo que, á más de haberlo representado así pintores de más acendrado juicio, lo persuade tambien la misma naturaleza del hecho: porque sino (si pretendiese alguno entenderlo de otro modo) ¿cómo podria concebirse que los rayos de luz pudiesen llegar á los piés de san Francisco estando el santo de rodillas y en tierra? Quede, pues, sentado, que este modo de pintar y representar á san Francisco es mucho más apto y verosímil. Lo que (por no dejar esto sin tocar) nadie debe extrañarlo en este santo, el cual como afirman los escritores de su vida, tenia con tanta frecuencia semejantes raptos y éxtasis, que se le vió repetidas veces teniéndose firme sobre el aire, como si no le embarazara nada la mole de su cuerpo, y tan alto, que excedia la cumbre de los árboles más elevados.

9. Muchos, no sólo de la Orden de san Agustin, si tambien de otras Ordenes, se han empleado en elogiar y ensalzar como era justo al esclarecido prelado y arzobispo de Valencia santo Tomás de Villanueva, lo que todavía hacen varios, pues durarán eternamente los monumentos de su insigne piedad y doctrina: y así, no es menester detenerme mucho en esto, particularmente teniendo presente el intento de mi obra. Pintan, pues, frecuentemente á dicho santo adornado con las insignias pontificales; no hacen en esto mal, aunque consta por otra parte que á excepcion de cuando celebraba los divinos oficios, no solamente acostumbró omitir ó no usar las vestiduras que suelen usar los obispos regulares, contentán-

dose con sólo el pectoral y el anillo, como todavía se ve en una efigie de buena mano; sino que amó siempre en gran manera la humildad manteniéndose en su hábito pobre y humilde de religioso particular. Suelen tambien representarle dando por su propias manos limosna á los pobres. No reprehendo yo semejante accion, aunque apruebo más el que este oficio de piedad y de misericordia, que fué el distintivo de su santidad y virtud, como lo celebra la misma Iglesia con su voto; de suerte que con gran razon se le atribuye á él sólo aquel singular elogio: «Toda la Iglesia de los santos referirá sus limosnas:» apruebo, digo, más el que se represente ejecutanto esta accion por mano de algun familiar suyo, como en efecto solía practicarlo.

10. Pintan tambien con mucha razon y verdad á este varon excelente en santidad, vestido con la beca de colegial del colegio mayor de san Ildefonso de Alcalá: pues fué uno de los primeros que admitió por colegial el cardenal Jimenez arzobispo de Toledo, varon digno de eterna memoria, fundador de aquel colegio mayor, que es domicilio de sabiduría y de nobleza; como lo hicieron ver y lo probaron en Roma los mismos colegiales con monumentos irrefragables de la antigüedad: entre los cuales no obtiene el último lugar la escritura que todavía se conserva de su admision á aquel colegio, hecha por la propia mano de santo Tomás, en la que se nombra el santo, no Tomás de Villanueva, sino Tomás García, tomando el apellido de su padre, á quien mientras vivió le llamaron Alfonso Tomás García, y fué vecino noble de Fuenllana, lugar del arzobispado de Toledo: aunque á su hijo Tomás le llamaron despues de Villanueva, por haber pasado inocentísimamente su puericia en el lugar más noble y famoso que llaman Villanueva de los Infantes: renombre que mantuvo siempre despues de haber abrazado en Salamanca el instituto de Ermitaños de san Agustin.

11. Finalmente, he observado en muchas imágenes de este santo que le pintan de edad robusta, como de un hombre de cuarenta años, sin canas algunas ni otras señales de

vejez: lo que no debiera ser así, segun la regla que pusimos arriba, por haber nacido dicho santo el año de Cristo 1488 y muerto el de 1555, cuya edad, aunque no llega á una vejez decrépita y consumada, sin embargo se acerca mucho á ella.

CAPÍTULO X

Las imágenes y pinturas de san Mateo Apóstol y Evangelista, de nuestra Señora de las Mercedes redencion de cautivos, fundadora é instituidora de la Orden de este nombre, de san Cipriano y santa Justina, de los mártires san Cosme y san Damian y de san Gerónimo Doctor de la Iglesia.

1. Si quisiera referir largamente lo mucho que se ofrece decir de san Mateo, pasaria sin duda los límites de mi asunto, pues habria no poco que tratar sobre materias que versan más particularmente sobre la historia eclesiástica ó sobre la Teología que llaman expositiva. Parémonos, pues, en lo que es peculiar de mi inspeccion. Y por lo que mira á las imágenes y pinturas de este apóstol y evangelista, débese en primer lugar tener presente, que no se le ha de pintar jóven como pensaron algunos, sino verdaderamente viejo, y acaso mayor de setenta años. Pues habiendo muerto el año 70 de la era vulgar cristiana, como lleva la opinion comun; y constando por otra parte que Cristo le llamó al apostolado no jòven, como á san Juan Evangelista, segun afirman comunmente los intérpretes de los Evangelios (de donde se convence que era publicano y tratante, que entendia en negocios del siglo y en las cobranzas de tributos; lo que apenas puede convenir á un mozo) por consiguiente es verosimil, que era la misma edad temporal de Jesucristo, el cual tenia treinta y un años ó poco menos, cuando llamó al apostolado á san Mateo. Y si se admite que tenia entonces

alguna más edad que el Señor, lo que no es verosímil; se colegirá debérsele pintar mayor de setenta años, como insinuábamos poco antes.

2. Y siendo una cosa comunmente recibida en la Iglesia que todos los apóstoles, á excepcion de san Juan Evangelista, acabaron su vida con martirio cruento, bien que no han faltado áun entre los antiguos quienes dudasen de ello; se deberá tambien pintar á san Mateo con las insignias y tormentos del martirio. Mas cuáles sean éstos no será fácil afirmarlo, por ser estas y otras muchas cosas, del número de aquellas que apenas pueden saberse por otra parte, sino por algunos escritos falsos y apócrifos, como son los que llevan el nombre de Abdías Babilonio y otros, si acaso los hay de la misma muestra. Pero comunmente le pintan con una segur, con que le hirieron mortalmente mientras estaba celebrando el santo sacrificio de la misa, conforme dice su rezo. Por lo que, no deben apartarse fácilmente los pintores de este modo de pintar ya introducido.

3. No ignorará áun el pintor poco erudito, que se le debe tambien pintar con un libro: no solamente por ser esta una de las insignias de su doctrina apostólica y de haber propagado la fe, lo que le es comun con los demás apóstoles, conforme lo hemos advertido algunas veces; sino porque san Mateo tuvo tambien el oficio de evangelista. Pues él entre los demás apóstoles y discípulos del Señor, escribió el primero de todos la vida y celestial doctrina de Jesucristo, y fué tambien el primero que la llamó Evangelio; esto es, buena y feliz embajada, por las razones que sabiamente expone san Juan Crisóstomo (1). Añádesele á san Mateo, mientras está escribiendo el Evangelio, un ángel de hermoso semblante; porque entre aquellos cuatro místicos animales que describió Ezequiel tiene el primer lugar san Mateo, ó el semblante de hombre, como además de otros muchos, lo afirman san Agustin y san Gerónimo. Baste haber advertido esto de paso sobre las pinturas de san Mateo.

(1) Homil. 1, in Matth.

4. Llegamos ya, gracias á Dios, al lugar en que debo tratar no cosas ajenas ó que sean comunes con otros, sino totalmente propias y peculiarmente nuestras. Pues (por lo que hace á mi asunto) he de tratar de la revelacion y aparicion de la sacratísima é inmaculada Vírgen, con que se manifestó y dió expresamente á entender la voluntad de su hijo y su piadosísimo afecto para con los afligidos cautivos, á fin de que se erigiese una obra de caridad, nueva, grande, ilustre, excelente y superior á toda alabanza, esto es, la verdaderamente real y militar órden de nuestra Señora de las Mercedes, redencion de cautivos. Porque, como esta augustísima Señora, Reina del mundo y de los cielos, es verdadera Madre de Dios, y madre benignísima de los hombres, particularmente de los cristianos, ha mirado siempre por sus bienes y comodidades, con el más tierno y amoroso cariño, y con ojos llenos de clemencia y de misericordia. ¿Y quién dejará de conocer que entre los hombres es una suerte infeliz y verdaderamente deplorable la de aquellos que siendo cristianos, están gimiendo bajo el yugo de la más dura y pesada esclavitud de los impuros y malvados mahometanos? los cuales tienen á los cautivos atados en prisiones y oscuras cárceles, les maltratan, les dan de palos, y por decirlo de una vez, les tratan sin ninguna humanidad y como bestias. No es mi ánimo (lo que me sería muy fácil) decir, que quiera yo ó que pueda engrandecer y amplificar esto con muchas palabras, y vestirlo con los adornos de que se valen los retóricos; bien que nunca corresponderian las palabras á los hechos: vale más creer á los que lo han experimentado, ó á aquellos que lo han visto, no sin gemidos ni sin lágrimas. Pero gracias á Dios, que la augustísima Madre del Criador teniendo á éstos singularmente presentes «ocurriendo á tantos y tan grandes males, manifestó su excesiva caridad en redimirles. Pues á san Pedro Nolasco (son palabras de que usa la Iglesia, y que dejando otras muchas, he querido transcribir del oficio eclesiástico) que florecia en piedad y en riquezas, el cual ocupado en santas meditaciones, estaba pensando continuamente como se podria socorrer á los trabajos de tantos cristianos

que viven bajo el poder é impiedad de los moros; la misma bienaventurada Vírgen se le apareció con semblante sereno y le dijo, que sería cosa muy agradable á ella y á su unigénito Hijo el que en honor suyo se instituyese una religion, que tuviese el encargo de redimir de la tiranía de los turcos (esto es, de los infieles sarracenos) á los cautivos.» Hasta aquí el rezo de dicha festividad, por lo que hace á mi intento.

5. En esta pintura, pues (que hoy es muy frecuente y lo fué, como veremos, ya desde la primera institucion de dicha órden) no me persuado que haya ningun escrupuloso ó bachiller que quiera notar de error ó atribuir á defecto, el que á la sagrada Vírgen se la pinte con vestidos blancos y resplandecientes y de la misma forma que los traemos nosotros. Porque, á más de que en otras apariciones así de la misma Sacratísima Vírgen, como de los santos ángeles, no hay cosa mas verdadera que el haberse representado á los hombres con vestidos blancos y resplandecientes, como fácilmente podria demostrarlo con testimonios irrefragables, y lo que es de mayor peso, con claras y expresas palabras de la Sagrada Escritura: en representar una tan señalada aparicion y descension de la Vírgen Santísima, no pudo haber cosa más oportuna ni más verdadera que pintar á la soberana Señora con vestidos enteramente blancos y resplandecientes que significasen su régia majestad. Y que adornada y brillante de este modo, se manifestó á su amantísimo Nolasco, que se empleaba en santas meditaciones, pues que habia de ser padre de una descendencia tan cándida y refulgente; es ésta una cosa tan clara, que no son menester razones ni disputas para convencerlo. Por lo que dejando á parte muchas cosas que podrian decirse para ilustrar esta materia, sólo me valdré de dos pruebas, pero no vulgares, ni de fe mala ó dudosa. La primera es el testimonio de un esclarecido y muy antiguo varon de la misma Orden, hombre versado en literatura sagrada y civil y muy dado al estudio de las bellas y amenas letras (pues así le llama don Nicolás Antonio) (1). Este es el

(1) In Bibliot. Vet. Hisp., t. 2., pag. 200., n. 652.

Padre Fr. Pedro de Cixár ó (como otros quieren) Sitjar, el cual floreció por el año de 1422. Dicho autor en la obra que intituló: «Opusculum tantum quinque» impresa en Barcelona en 1481, hablando de la fundacion de la Orden (1), dice: «Una vez, como perseverase orando incesantemente, se le apareció aquella abogada propicia de pecadores adornada con vestiduras admirablemente blancas, llevando en sus brazos á su preciosísimo Hijo, Redentor del linaje humano, y le habló de esta suerte: Carísimo devoto mio, por medio de tus lágrimas y de tu contínua oracion, se ha conmovido mi corazon para compadecerme de los cautivos cristianos, por cuya cautividad estás afligido y atribulado; y así, alégrate ya y déjate de llorar: por cuanto he conseguido de mi amantísimo Hijo, que se instituya una nueva religion en esta ciudad, cuyo fundador será nuestro amado rey de Aragon. El título de ella será el de nuestra Señora de las Mercedes, cuyos relgiosos redimirán y libertarán á los cautivos cristianos del poder tiránico de los enemigos de la fe, por cuyo motivo conseguirán muchas mercedes de mi Hijo.» Hasta aquí son palabras de este esclarecido varon; de suerte que en esto no puede quedar ningun motivo de duda al lector pio y de buena fe.

6. La segunda razon, que ya insinuamos antes, es la antiquísima pintura de esta sacratísima Reina que cerca de cuatro siglos ha se ve en Gerona, en la capilla que ya de tiempos muy antiguos, edificó la piedad y devocion de los fieles al insigne mártir san Serapio, esclarecido lustre de la misma Orden. En dicha capilla está colocada sobre el altar mayor la pintura de nuestra Señora de las Mercedes, del mismo modo y con los mismos adornos con que hoy la veneramos pintada en sus efigies é imágenes: esto es, con vestido blanco y enteramente semejante á los que usan sus hijos y alumnos, adornada además con el blason de la misma religion, tendidos ambos brazos y abrigando con benignidad y protegiendo debajo de su capa ó manto verdaderamente real,

(1) Fol. 16., pag. 1.

así á muchos hijos de su misma Orden, como tambien á otros varones ilustres, que están adornados con las insignias de príncipes y de obispos.

7. De todo lo dicho, examinado con madurez y juicio, se echa de ver claramente, tanto el uso, que ha habido ya desde los principios de la religion, de pintar y esculpir las imágenes ó pinturas de la sacratísima Vírgen de las Mercedes y su aparicion: como tambien cuán conformes á la verdad han obrado en la descripcion de este hecho los pintores exactos y peritos. Pero con ser esto así, no han faltado algunos, y no del vulgo, que no han seguido el mismo rumbo, como me acuerdo haberlo advertido muchas veces en Salamanca y en este convento de Madrid, en una imágen que está bastante á la vista, donde se representa á la soberana Vírgen con majestad ciertamente decente, pero adornada con vestidos de color verde y carmesí: pintura que hizo un excelente artífice por cierto (1), pero en que se alejó demasiado de la verdad. Pues, además de la desproporcion del vestido y del hábito; este buen pintor (pero sobradamente engañado en esta parte) puso en el pecho de la soberana Reina, el blason ó escudo de dicha Orden que todavía no existia, y sobre cuya fundacion representaba á la sagrada Vírgen tratando el asunto con san Pedro Nolasco. Vense finalmente otras imágenes de dicha revelacion y aparicion, en que se describe mejor y más propiamente la verdad del hecho, teniendo en su mano esta piadosísima Madre de Dios y de los hombres, aquella parte del vestido que llamamos escapulario, y como que lo está entregando al gran Patriarca Nolasco: manifestándose así con bastante propiedad, el habérsele demostrado á Nolasco en dicha revelacion y aparicion, la institucion y fundacion de esta sagrada, real y militar Orden, que la fundadora de tan grande obra quiso despues justisímamente, que se llamara de nuestra Señora de las Mercedes, redencion de cautivos.

8. Y ya que hemos parado aquí, no será fuera de propó-

(1) Eugenio Caxés.

sito decir algo por encima del hábito ecuestre y militar de dicha Orden. Porque á más de que la milicia de este instituto ya desde los principios de la Orden, fué bien conocida en todo el orbe cristiano, no sólo por sus gloriosas hazañas y monumentos de la antigüedad, si tambien por sus imágenes que vemos con frecuencia, aunque no pintadas conforme era razon: con todo, en el dia de hoy venlo con tanta claridad los amadores de la verdad, que apenas habrá uno que no confirme esta sentencia con su parecer y su asenso. Yo mismo en la apología que dí á luz para vindicar el estado religioso de san Pedro Pascual valenciano, no tanto procuré juntar, cuanto escoger muchas cosas sobre este asunto; á fin de que todo hombre cuerdo y no preocupado con malas opiniones, consienta gustoso y dé asenso á la Orden militar de nuestra Señora de las Mercedes. Pero, gracias á Dios que esta institucion ya por otra parte tan notoria, la hizo todavía más evidente al orbe religioso y literato un varon muy docto y erudito, y versado como el que más en estos monumentos de antigüedad, el R. P. Mtro. Fr. Manuel Mariano de Ribera, historiador general de la Orden, y que además de otros empleos, ha sido dos veces provincial de la provincia de Aragon: éste, pues, el año de 1727, imprimió en Barcelona su obra inmortal, á la que puso este título: «Centuria primera del real y militar instituto de la ínclita Religion de nuestra Señora de la Merced, redencion de cautivos:» en cuya obra produciendo y examinando con mucho cuidado los reales testimonios de notarios é instrumentos más antiguos, y poniendo á la vista las imágenes esculpidas en bronce de los antiguos caballeros y sacerdotes de dicha Orden, consigue su intento con tal diligencia y felicidad que no cabe más. Remito pues, á dicha obra al lector ó al pintor que quiera instruirse con más exactitud acerca de sus pinturas (1), que yo no puedo detenerme más en esta materia.

9. Así griegos como latinos veneran á los mártires san

(1) V. la Prefac. del mismo libro, y el § 10, pag. 59.

Cipriano y santa Justina. En cuyas imágenes, conforme ya hemos notado tratando de las de san Cipriano mártir y obispo de Cartago, lo que principalmente debe advertirse es, el que no se represente al mártir Cipriano compañero de santa Justina, con insignias pontificales. Porque, si bien los griegos no bastante instruidos en las cosas de los latinos han confundido á este mártir Cipriano con el obispo de Africa, entre los cuales (lo que no debe causar admiracion) tropezó con los demás el gran Padre de la Iglesia san Gregorio Nacianceno; sin embargo, fueron enteramente diversos, como arriba hemos manifestado. No es mi ánimo repetir aquí las evidentes razones que manifiestamente lo convencen, particularmente no gustando yo de repetir lo dicho, ó como dicen los latinos con un proverbio más gracioso: «eamdem crambem recoquere.»

10. Todos tienen noticia de los esclarecidos mártires san Cosme y san Damian, árabes de nacion y de profesion médicos, los cuales, como se refiere en su rezo, curaban enfermedades incurables, no tanto por lo peritos que eran en la medicina, como por la virtud de Jesucristo. Venéranse estos santos con particular devocion, no solamente en la Iglesia, si tambien en varias partes del Orbe cristiano, y lo que no debo omitir, se hace mencion de ellos en el sacrosanto sacrificio de la misa. No es menester decir ahora nada de lo que obraron ó padecieron. Mas por lo que respeta á sus imágenes, justamente sería tenido yo por injuriador y traidor á la verdad, si no hiciera mencion aquí de un absurdo que me acuerdo haber observado ya cuando muchacho. Ví entonces, no en un solo lugar, las pinturas é imágenes de estos insignes mártires del modo siguiente. Tenian cubierta la cabeza con un pequeño sombrerillo adornado con una borla de color de oro ó amarillo, y cubiertos sus hombros con aquel capucho que en castellano llamamos *Capirote*, que era tambien de seda y amarillo: á la manera que en nuestras Universidades los catedráticos y doctores de Medicina llevan las insignias de doctor. No me paro en esto: porque, si bien estas insignias de los doctores son mucho más modernas que la edad en

que florecieron los ilustres mártires san Cosme y san Damian; sin embargo los pintores, particularmente los que no pasan ni por doctos ni por eruditos, no se embarazarán por eso, y fácilmente responderán: que con este modo de pintar, sólo pretenden significar que los santos Cosme y Damian fueron médicos: que en cuanto á lo demás, no les toca á ellos. Pero no para aquí el absurdo. Pues á uno de ellos le pintan llevando en la mano aquel instrumento que los boticarios llaman paleta, ó con una palabra más vulgar espátula, en ademan de hacer una cataplasma para un enfermo. No quiero condenar esto, pues no es cosa indecente, y no ignoro que los antiguos médicos áun en los tiempos heróicos, se dieron más á la cirujía que á la medicina, que los profesores de esta facultad llaman racional.

11. Dice un antiguo refran, que quiere prestar luces al sol el que pretende hacer ver con palabras una cosa de suyo evidentísima. ¿Y qué otra cosa haría, pregunto yo, el que pretendiese encarecer con alabanzas al grande y máximo doctor de la Iglesia san Gerónimo? Ciertamente, no haria éste ni pretendería hacer sino lo que dice aquel refran: y así, voy á decir breve y suscintamente lo que es de mi propósito. Pintan á menudo al doctor máximo san Gerónimo viejo y casi decrépito, y no sin razon: porque si bien no llegó á aquella vejez que quisieron no sólo los pintores si tambien hombres muy sabios y eruditos, esto es, á la edad de noventa y dos años, sin embargo llegó á una edad muy avanzada y que vulgarmente llaman decrépita, viviendo aún en la tierra este santo viejo dignísimo del Cielo. En esta edad de noventa y dos años, dicen haber escrito aquel excelente libro de «Scriptoribus Ecclesiasticis:» de cuya opinion fuí yo tambien en otro tiempo: pero examinándolo despues, como frecuentemente sucede, con más reflexion y madurez, mudé de parecer, segun el aviso del Sabio. Tocando, pues, de paso y por encima estos cálculos de cronología (que no carecen de dificultades en la historia eclesiástica) digo, que san Gerónimo murió el año de Cristo 422, y de edad de 81 años. Sobre lo cual habló gran-

demente como acostumbra el cardenal Baronio (1), y despues de él puede verse á un varon de mucha lectura y erudicion, el R. P. Fr. José Sigüenza, en la vida que escribió de san Gerónimo, en todo el *cap. ultim.* Baste esto, para que se haya razon de la edad en que murió el Doctor máximo, y de cómo deban pintarle los pintores eruditos.

12. En cuanto á lo demás, le pintan como á monge, lo que es más que cierto, si estamos á lo que significa esta palabra, por decirlo el santo de sí mismo en distintos lugares. No que por esto me persuada á que deba pintarse con el hábito que llevan los monges religiosísimos y observantísimos que tienen á grande honra el llamarse monges de san Gerónimo, cuyo hábito consta de una túnica blanca, de capa, capucho y escapulario. Porque, omitiendo otras cosas que son más difíciles de averiguar, no usaron de tal hábito los monges orientales con quienes moró san Gerónimo. ¿Mas á qué fin querer persuadir esto con muchas razones? Píntanle (lo que es más) vestido y adornado con la púrpura de que usan hoy los eminentísimos señores cardenales, por haber sido el santo (dicen) presbítero cardenal gobernando la Iglesia el Papa san Dámaso. ¿Pero quien dejará de ver que se amontonan aquí muchas cosas, que si se ventilaran segun merecen exigirian un exámen más riguroso? Yo no me he tomado el trabajo de querer parecer un crítico rígido, ni el de desechar lo que frecuentemente vemos recibido, áun entre el vulgo de los eruditos. Con efecto, aunque el mencionado autor (2) y escritor de la vida de san Gerónimo que citamos arriba, defienda tenazmente que el santo fué presbítero cardenal de la santa Iglesia romana, no le agradó esto á un escritor eruditísimo de quien nadie duda que fuese cardenal (3). Pero no quiero porfiar obstinadamente, ni tomar de más

(1) Tom, 4. Annal. an 6. Damasi Papæ V, al mismo in not. ad Martir., ad diem 30 Sept.

(2) Lib. 3, cap. 6, en todo el cap.

(3) Baron., Ann., tom. 4, ad an. Chr. 378, et an. 382.

atrás el orígen de esta dignidad. Sea enhorabuena san Gerónimo ó lo haya sido, presbítero cardenal ¿acaso por esto vistió alguna vez púrpura? Como si ignoraran áun los menos instruidos, que el Papa Inocencio IV, por el siglo décimotercio, esto es, el año de 1254, concedió el uso de la púrpura á hombres de un grado tan eminente. Es así: ¿pero qué hace esto para los pintores, dirá alguno, los cuales apenas pueden dar á entender que san Gerónimo fuese cardenal, si no le pintan vestido de grana ó pendiente de la pared el sombrero encarnado? He dicho poco ha y lo vuelvo á repetir, que yo no escribo todo esto por espíritu de partido, ni por gana de disputar: y así, pinten al máximo san Gerónimo como quieran los doctos y pónganle las insignias de esta eminentísima dignidad.

13. Pero ¿por qué se le ha de pintar tan desnudo y algunas veces tan indecente? ¿Por ventura puede esto fundarse en la verdad de su historia, ó en ciertas noticias eclesiásticas más recónditas? Así es, pretenderá alguno: pues el mismo santo Doctor describiéndose á sí mismo cuando habitaba en el desierto de Belen (1): «Mis miembros (dice) flacos y secos, envueltos en un pobre saco, ponian horror y espanto á quien los veía.» Y á fin de que esto se represente á la vista, se le pinta desnudo de medio cuerpo. Excusa vana: como si no pudiese manifestarse bastante la mutacion del color, en el semblante y en el cuello. Pero los pintores sólo han razon de los profesores de su arte y no de los demás que miran sus pinturas. Dirán, que es así: porque de este modo pintaron á san Gerónimo los más famosos pintores de nuestra arte. Con efecto, aquel Jacobo á quienes los italianos llamaron Tintoreto (que ciertamente pintaba con el mayor primor los cuerpos viejos) pintó muchas veces á san Gerónimo; pero siempre con tal desnudez, que no podia convenir á un hombre y doctor gravísimo, y que yo no quiero describir exactamente, por no caer, al paso que no lo apruebo, en el mismo absurdo

(1) Epist. ad Eust. de Custodia virg., t. 1, ep. 22.

que estoy reprehendiendo. Y así, segun mi dictámen, será lo mejor que el pintor modesto y erudito ponga freno á su ingenio y habilidad sobre estas cosas, de que hablamos mucho en su propio lugar (1).

14. Mas el que frecuentemente le pinten arrodillado derramando gran copia de lágrimas é hiriéndose fuertamente el pecho, es cosa que debe aprobarse, por estar tomada del lugar que acabamos de citar, el cual por ser digno de que todos le tengan presente, no será fuera del caso transcribirlo todo entero. En dicho lugar, habla de este modo el santo: «¡O cuántas y cuántas veces estando yo en el yermo y en aquella vasta soledad, que abrasada por los ardores del sol, daba una habitacion horrible á los monges, me imaginaba estar en medio de las delicias de Roma! Sentábame á solas, porque estaba lleno de amargura. Mis miembros flacos y secos envueltos en un pobre saco, ponian horror y espanto á quien los veia; y mi piel áspera y quemada por los ardores del sol, parecia ya la de un etíope. Cada dia estaba llorando y gimiendo, y si alguna vez el sueño (por más que lo resistia) me vencia y oprimia, mi cama era la tierra desnuda, en ella revolcaba mis huesos tan secos que apenas se juntaban unos con otros. Yo mismo, pues, que por huir del infierno me habia condenado á vivir en aquella cárcel, donde sólo tenia por compañeros á los escorpiones y á las fieras, me hallaba muchas veces con el pensamiento en las danzas y compañía de las doncellas: y con tener el rostro amarillo por los ayunos, con todo esto, en el cuerpo frio, hervía el corazon y pensamientos con los malos deseos, y en la carne muerta antes que su mismo hombre, solamente bullian los incendios de la concupiscencia. Y así desamparado de todo socorro, me arrojaba á los piés de Jesucristo, los regaba con lágrimas, los limpiaba con mis cabellos y sujetaba mi carne, que lo contradecia, con ayunos de semanas enteras. No me avergüenzo de confesar la miseria de mi infelicidad:

(1) Lib. 1, cap. 4.

antes lloro y siento mucho no ser ahora tal como entonces. Acuérdome que me sucedia muy á menudo juntar el dia con la noche, dando voces á Dios y pidiéndole misericordia, y que no cesaba de herir réciamente mi pecho hasta que mandándolo el Señor cesaba la tempestad y quedaba con quietud y sosiego.» Hasta aquí este varon santísimo, no menos recomendable por su erudicion y elocuencia que por su piedad y fervorosísimo amor que tenia á Jesucristo. Pero nuestros pintores, como suelen por lo comun exagerar y abultar las cosas, no se contentaron con pintar á san Gerónimo dándose golpes con el puño, sino que le añadieron una dura piedra en las manos, dándose fuertemente con ella en el pecho hasta derramar sangre. Con todo, no me atrevo á reprehenderlo, por temer de que con razon ó sin ella se me critique.

15. Por lo que toca al adorno de sus pinturas, me he reido muchas veces ó deplorado la ignorancia ó estupidez de los pintores, los cuales por haber oido ó leido que el santo murió muy viejo y que fué muy dado á la lectura y al estudio, le pintan con anteojos. Ignoran ellos que esta maquinilla utilísima y casi necesaria para los viejos, á fin de coadyuvarles la vista, es una invencion casi mil años posterior á san Gerónimo. No es este lugar de disputar de semejante menudencia, sobre la que hemos tocado algo arriba: pero constantemente afirmo, que el uso de los anteojos fué enteramente desconocido á los antiguos ó por lo menos no tan conocido como debiera ser, para que se haya de pintar á san Gerónimo con ellos. Es verdad, que el santo, siendo ya muy viejo no tenia la vista tan perspicaz, la que sin duda se le habia acortado mucho, estudiando y revolviendo libros. Sobre lo cual, escribiendo él á la misma vírgen Eustoquia, le dice (1): «Añádese á la dificultad de dictar el que estando yo medio ciego por la vejez y teniendo en parte enferma mi vista como el bienaventurado Isaac, no puedo en ninguna manera volver á leer los códigos hebreos con la luz de la

(1) Præfat. lib. 4, in Ezech.

noche: puesto que áun en medio del dia y de los rayos del sol, no alcanzo á leerlos por la pequeñez de los caractéres.» Todo esto es mucha verdad: pero no por eso (segun mi dictámen) se ha de pintar á san Gerónimo con anteojos; no fuese caso que tropezase en ello la vista de los eruditos: pues no siempre se hacen las pinturas para rústicos é ignorantes. Píntanle tambien una trompeta como que hace un horrendo ruido en sus oidos, y hácia la cual volviendo el rostro, muestra el terror de su ánimo, áun cuando está más embebido en el estudio. No hay en esto cosa que reprehender: por significarse con dicha pintura como cualquier rústico lo conocerá, la trompeta del Juicio final, que conforme dice el mismo vigilantísimo Santo, estaba resonando muy á menudo en sus oidos.

16. Pintan finalmente repetidas veces junto al santo á un fiero leon con su grande melena. Sobre cuyo asunto, un insigne autor (1) habla muchas cosas, y (si me es permitido decirlo) algo ajenas de su objeto. Yo juzgo, que el pintar un leon junto á las imágenes de san Gerónimo, no significa otra cosa, sino que el santo, á lo menos por espacio de muchos años, vivió separado del trato y comercio con los hombres, morando en las vastas soledades del desierto. A que, si se añade la severidad y austeridad de vida que practicó, se echará de ver bastantemente, por qué motivo se le pinta un leon junto á él. Lo dicho me parecia bastante para ilustrar lo que mira á las imágenes del Doctor máximo: pero, como áun los muchachos saben lo que dicen haber acontecido á san Gerónimo, y yo mismo lo he visto pintado alguna vez por un excelente pintor, séame permitido detenerme algun tanto en la narracion de este hecho.

17. Pintan, pues, al santísimo viejo, postrado ante el tribunal de Jesucristo, desnudas sus espaldas y azotándole fuertemente dos ángeles. Rrepreséntase en dicha imágen, lo que el santo refiere de sí mismo con la mayor elegancia que

(1) Mol., lib. 3, c. 24.

cabe. Pues habiéndonos pintado antes su vehemente y extremada pasion para la lectura y estudio de los libros profanos, con estas palabras (1): «Yo, miserable y desventurado, ayunaba para leer á Tulio, y despues de las vigilias ordinarias de las noches y haber derramado muchas lágrimas, las cuales me sacaba de lo íntimo de mis entrañas la memoria de mis pecados pasados, tomaba en las manos á Plauto y leía en él: y si alguna vez volviendo en mí, comenzaba á leer en los profetas, dábame pena su lenguaje desaliñado:» añade despues, que este mal tal cual era, lo pagó bien á su costa, diciendo: «Fuí arrebatado en espíritu y llevado como por fuerza y arrastrado ante el tribunal del Juez, donde habia tanta luz y tanto resplandor de la claridad de los circunstantes, que caido en tierra, no osaba mirar arriba. Preguntáronme ¿qué religion profesaba? Yo respondí que era cristiano, más el Juez que allí presidia, dijo: Mientes, que eres ciceroniano, no cristiano, pues donde está tu tesoro allí está tu corazon. Oyendo yo esto, al punto enmudecí, y entre los azotes (pues me habia mandado azotar) más tormento recibia con el fuego de mi propia conciencia, meditando entre mí mismo aquel versículo que dice: ¿Señor, en el infierno quién os confesará? Entonces comencé á dar voces y á decir llorando: Señor, habed misericordia de mí: Señor, apiadaos de mí. Esta sola voz era la que se oía y resonaba entre los azotes. Finalmente, arrojados á los piés del Presidente los que allí estaban, le suplicaron que perdonase mi culpa, propia de mozo, y me diese lugar para hacer penitencia de mi error, con condicion, que si de allí adelante, en cualquier tiempo leyese los libros de los gentiles, me castigase más ásperamente: y yo, que puesto en tan grande aprieto quisiera prometer áun cosas mayores, comencé á jurar muchas veces y hacer protestaciones, y á poner por testigo su santo Nombre, y decir: Señor, si de aquí adelante yo tuviere libros seglares y los leyere, haced cuenta que os he negado. En haciendo esta promesa, me soltaron,

(1) Tom. 1, epist., 22, de Custodia virginitat.

y volví á esta vida, y con grande admiracion de todos, abrí los ojos tan llenos de lágrimas, que á cualquiera, aunque fuera incrédulo, le hiciera creer el dolor que habia pasado: y no piense nadie que este fué adormecimiento ó sueño vano, con los cuales somos muchas veces engañados. Pongo por testigo á aquel tribunal, ante el cual estuve postrado, y á aquel juicio triste que temí: y así plegue á Dios, que nunca yo me vea en trance semejante, como digo verdad, y así lo confieso, que me hallé las espaldas llenas de cardenales, y que sentí las llagas despues del sueño, y así quedé tan escarmentado, que de allí adelante leí las cosas divinas con tanta diligencia y atencion, con cuanta no habia leido jamás las humanas.» Hasta aquí san Gerónimo, el cual lo pinta tan clara y elegantemente, que apenas podrian hacer otro tanto con su pincel un Apeles ó un Timantes. Sobre lo cual no se ofrece otra cosa que advertir, sino el que los pintores, acostumbrados siempre á pintar viejo á san Gerónimo, le pintan tambien tal en este lance, lo que, por las mismas palabras del santo, puede convencerse de falso y que no viene al caso; pues dice él mismo, que los que estaban á su lado rogaron al Juez que le perdonara por mozo.

18. Y ya que paramos aquí, seria yo insensible si no hablara de un escrúpulo que tienen algunos, el cual es más impertinente de lo que buenamente puede decirse. Muchos hay, que no sin enfado objetan este pasaje á los religiosos que están aprendiendo ó enseñando Teología, si por ventura oyen hablar á algunos de ellos con alguna más propiedad, ya sea en sus disputas ó dictando sus cuadernos. ¿Y qué dirán, si ven que se cita alguna vez, aunque no con frecuencia, algun verso de los antiguos, bien que muy al caso? ¿Qué, si llegan á saber que estos hombres aficionados á las letras, sean los que se fuesen: no ignoran enteramente la poesía ó la retórica? O se enfurecen, ó se rien á carcajadas, diciendo, que esto en ninguna manera dice bien con un teólogo; el cual, con arreglo á la dignidad de su profesion, no debe hacer ningun aprecio de semejantes adornos de palabras, que le tendrán por más profundo, cuanto hable con menos puli-

dez y sin aseo, y que al contrario, por la aficion que tenia san Gerónimo á la elocuencia y á los poetas y oradores, llevó justamente el castigo merecido. Estas, y áun cosas mayores suelen decir algunos contra los teólogos que usan un estilo más culto y aliñado. ¡Pero buen Dios! ¿quiénes y cuáles son éstos? No es mi ánimo nombrar aquí, ni impugnar señaladamente á ninguno, pues que no es lícito ni necesario tampoco, para refutar y desvanecer un absurdo tan ligero. Estos son, digo, no los que usan un estilo humilde y bajo, sino un estilo enteramente tosco y grosero, que tienen por honorífico y acaso por glorioso, el hablar y escribir, pero con mil impropiedades, y muchas veces (por decirlo de una vez) bárbaramente: y que al fin están persuadidos á que no puede ó debe hablarse séria, grave y doctamente, á lo menos segun el genio escolástico, sin echar mil solecismos á cada paso. No fueron tales los que antiguamente admiró respetuosa la escuela, los Victorias, digo, los Melchores Canos, los Medinas, los Basilios, por no decir nada de los más modernos, ni tampoco de aquel Fray Luis Ponce de Leon, porque sólo hago mencion aquí de los teólogos escolásticos, los cuales con sus mismos hechos y ejemplos, manifestaron claramente que la verdadera y sólida Teología, no estaba tan reñida con la erudicion y con el uso moderado de las bellas y amenas letras. Pero ya que esto parece que es dar (como dicen) música á un sordo, dejo á otros el que examinen más esta materia, mientras yo gustoso me vuelvo á san Gerónimo.

19. Casi esto mismo es lo que le habia objetado al Doctor máximo su émulo Rufino de Aquilea. Pero le costó muy caro, porque el venerable viejo escribió contra esta objecion y calumnia una apología tan fuerte y llena de fuego y energía, conforme á la severidad de su genio, que no tiene duda que á Rufino le pesaría de su hecho y atrevimiento. Oigase al mismo santo Doctor, que deshace bellamente dicha cavilacion (1): «Me objeta (Rufino) haber cometido yo un perjurio

(1) Apolog. contr. Ruf. lib. 1.

envuelto en un sacrilegio: por cuanto en el libro en que hablo del modo cómo debe educarse la vírgen cristiana, puesto ante el tribunal del Juez prometí que jamás me aplicaría al estudio de libros seglares, y que sin embargo me acuerdo alguna vez de la erudicion que yo mismo habia condenado.» Y un poquito más abajo dice: «He dicho que en adelante no leería más los libros seglares: es promesa de futuro, pero no ofrecí borrar lo que tenia ya en la memoria.» Hé aquí, lector mio lo mismo que un religioso y un teólogo puede justísimamente responder á sus calumniadores.

LIBRO OCTAVO

LIBRO OCTAVO

DE LAS PINTURAS É IMÁGENES DE LOS SANTOS QUE VENERA LA IGLESIA EN EL ÚLTIMO TRIMESTRE DEL AÑO.

CAPÍTULO PRIMERO

Las imágenes del seráfico Padre san Francisco, de san Bruno, Patriarca de los Padres Cartujos, y de san Dionisio mártir.

1. Ya llevamos dicho muchas cosas en esta obra sobre las imágenes del seráfico Padre san Francisco; pero nunca puede parecer mucho lo que dice relacion con un hombre tan grande y que casi es superior á cuantas alabanzas se le puedan tributar. Afirma Molano (1), que acerca de las pinturas de este santo se ha cometido en algunas partes y áun en nuestra España, un defecto que no solamente es error, sino un delito: á saber, que ha habido algunos, que, ó por ignorancia ó porque no esta-

(1) Mol., lib. 3, c. 43.

ban bien persuadidos (como debian) del grande favor que hizo Dios al santo, le pintaron sin ningun real sello, quiero decir, sin las sagradas llagas. Ha habido, digo, un error ó delito de esta clase. Pero ya nadie hay entre católicos que se atreva impunemente á pintar al seráfico Padre sin estos divinos caracteres, y con mucha razon: pues lo contrario, lo llevaron á mal los mismos Sumos Pontífices, y Alejandro IV, por las cartas que escribió á todos los obispos de Castilla y de Leon (1), reprimió la audacia de los que intentaran una cosa tal.

2. Pero habiendo tocado arriba mucho sobre lo que mira á las sagradas llagas de san Francisco, sólo resta decir ahora, cuál fué el vestido ó hábito que usó: y por tanto, con qué género de vestido se le ha de pintar. En esto está la dificultad, por ser esta materia la que dió un campo ancho y dilatado á hombres pios y doctos para disputar; y áun (permítaseme decirlo) para porfiar: pretendiendo unos que el capucho (pues en esto consiste la principal disputa) debia rematar en punta ó en forma piramidal, y otros al contrario, que el capucho fué en efecto corto y basto, pero que lo usó algo redondo. A que se agregan otras cuestioncillas aún de menor momento. Lo cual, por ser una cosa de suyo bastante indiferente, ¿por qué á los que quieren inculcar esto con tanta ánsia y solicitud, no les inculcaremos una y muchas veces aquello del Apóstol (2): «Abunde cada cual en su sentir?» Pero lo que yo tengo por más cierto y tambien otros de más severo juicio, es, que el santísimo Padre, excelente despreciador de las cosas humanas y terrenas, no retuvo en esto una forma tan firme y constante, que no se apartase de ella alguna vez, segun lo pedia el tiempo y la ocasion. Desnudábase no pocas veces este pobre de Cristo con ardiente caridad para vestir á cualquiera otro pobre, de la túnica y capucho que vestía, el cual, por lo que demuestran pinturas anti-

(1) Está este Decr. in Firmam. Fratr. Minor.
(2) Ad Rom., 14, 5.

guas, estaba cosido alguna vez con la misma túnica: y luego, para cubrir sus carnes, se hacia un hábito de cualquier saco cerdoso ó de cualquiera otra vil materia, sabiendo más de vestir pobres que de cortar y coser ropas. De la misma manera (como solía ceñir sus castísimos riñones) ceñíase despues con cualquier cuerda que encontrase, con tal que por el ardentísimo amor que tenia á la pobreza, fuese vil y despreciable. De aquí es, de donde (á mi entender) tiene su orígen la diferencia de su hábito y de sus imágenes: pero estas menudencias examínenlas otros si quieren. Mas sobre si este varon seráfico llevó la barba larga ó no, no me atrevo á afirmarlo. Ambas cosas, es cierto que las vemos pintadas, y que son verosímiles, aunque le vemos pintado más á menudo (pues siempre debemos anteponer la verdad á cualquier afecto particular) con la barba no muy larga, y sin llegarle al pecho.

3. Son muy diversas las efigies de san Francisco, conforme lo piden los varios sucesos de su vida que no puedo detenerme en referirlos: sólo advertiré brevemente dos cosas. Píntanle algunas veces levantado de la tierra y arrebatado y puesto en medio del aire: y con muchísima razon; pues segun afirman constantemente los escritores de su vida, tenia frecuentísimos raptos, y viéronle no pocas veces elevarse sobre las cimas de los árboles más encumbrados. Por lo que, si alguna vez se ofreciese describir este hecho, advierto al pintor juicioso y erudito que se porte con tal moderacion que nadie eche menos en él, ni aquel decoro que debe siempre acompañar las imágenes de los santos, ni tampoco su pericia en representar el hecho. Pero la pintura más comun del seráfico Padre, es, representarle en pié teniendo en una mano una calavera, y en la otra un crucifijo, ó bien abrazándose con esta imágen y aplicándola á su amante corazon. No hay para qué me canse en explicar la significacion de tal imágen, por ser de suyo bastante evidente. Pero no puedo menos de poner aquí dos epígramas de esta pintura, de los cuales el uno observé yo en Salamanca en otro tiempo, y el otro yo mismo lo compuse muchos años ha; singularmente por parecerme muy del caso poner estas subscripciones ó

epígramas en un libro que trata de imágenes. El primer epígrama, que démuestra bastante el ingenio del autor, dice de este modo:

«In dextra Vitam portas, Mortemque sinistra
Quas Pater Omnipotens solus in arce tenet.
Tunc Deus? Non. In membris pia vulnera Christi
Gestas. Tu Christus? Non: Utriusque typus.»

¡Poema digno á la verdad de un ingenio noble y cultivado! El otro, que como he dicho, compuse yo, dice así:

«Læva tenet cranium, manus altera figit amantem:
Et querulum strictim pectus ad usque premit:
Igne micant oculi, solvuntur frigore membra:
Et livor graciles occupat ore genas.
Quid rear? extinctum monstrant quem vulnera toto
Contendit stabili fixus ad astra gradu.
Ingenio effigiem tantam quis fecerit? ambo
Mors, et Amor certant: jactat uterque suam.»

4. Fué el fino amante de Cristo san Francisco (pues esto es lo que más particularmente mira á sus imágenes y pinturas) de mediana estatura, y áun más baja que alta, algo carilargo, sus ojos tiraban á negros, como tambien el pelo de la cabeza y de la barba, la nariz proporcionada y delgada, las orejas pequeñas y de color que tiraba más á moreno que á blanco: pues todo esto notan y observan los escritores de su vida. Pero lo que ningun pintor ó escritor han podido expresar con el pincel ni con la pluma, son aquellos celestiales dones, gracias y virtudes con que fué tan semejante á Cristo, que es prototipo de toda verdadera hermosura.

5. Era muy justo que el silencio de que san Bruno fué tan amante y admirable maestro, describiera con preferencia á todas voces y colores á este ínclito Patriarca de los Padres Cartujos. Pero, por lo que hace á mi asunto, aunque los monjes de esta esclarecida y santísima religion, habiten regularmente en los desiertos y soledades, y no se los vea sino

muy rara vez en las ciudades y poblaciones; sin embargo, es bien conocido el hábito que visten, y por consiguiente el vestido con que se debe pintar á san Bruno su fundador: esto es, con túnica y escapulario blanco, del cual la parte anterior está atada á la posterior: llevan tambien capucho que remata en punta, y una capa negra con capucho más corto: la capa que les cubre enteramente les llega hasta los piés. Es esta una cosa que todos lo saben. Traen además el pelo tan cortado que sólo un cerquillo muy pequeño, les circuye toda la cabeza. Pintan á san Bruno con el dedo índice junto á la boca, como que está indicando silencio, por haber sido, como insinuamos antes, admirable maestro de él, el que observan religiosamente sus hijos.

6. Cuanto á las pinturas de este patriarca, es muy especial aquella en que se representa la ocasion ó causa de su retiro al desierto, de su abdicacion de las cosas del siglo, y el principio de su vida austera: que por esto se ve frecuentemente en muchos conventos de Padres Cartujos, que vulgarmente llaman Cartujas. Cuentan los historiadores de su vida, que en París donde vivia entonces san Bruno, sucedió esta pasmosa y horrible historia (1). Celebrábanse en la Iglesia en medio de un grande concurso las exequias de un doctor parisiense, hombre segun se pensaba más que medianamente bueno. Así que cantó el coro aquellas palabras de Job: «Responde mihi quantas habeo iniquitates, et peccata, etc,.» en aquel instante (cosa horrible) á vista de toda la gente y llenos todos de pavor, levantóse el frio cadáver que estaba tendido, sentóse en el féretro, y dando una terrible voz, dijo: «Justo Dei judicio, ante ejus accusor tribunal: Por justo juicio de Dios, estoy acusado ante su tribunal.» Con este caso tan extraordinario y espantoso, se difirió para el dia siguiente el funeral, en cuyo dia comenzó con más concurso del pueblo; pero así qre llegó el coro al mismo lugar de Job, dijo así: «Justo judicio Dei, de iniquitatibus, et sceleribus

(1) V. Ribad., en el Flos Sanctor., t. 5, dia 6 de Octubre.

meis judicor: Por justo juicio de Dios, soy juzgado de mis iniquidades y maldades.» Resolvióse finalmente, que al tercero dia se repitiese el funeral, pero al cantarse las referidas palabras, púsose otra vez el cadáver boca arriba, y prorumpiendo en una voz ó trueno más terrible y espantoso que los precedentes, dijo:» Justo judicio Dei damnatus existo: Por justo juicio de Dios, estoy condenado.» En vista de este caso de tanto horror, dicen, que san Bruno (que era tambien segun refieren, doctor de la Universidad de París) amedrentado y conmovido en gran manera resolvió renunciar todas las cosas del mundo y retirarse al desierto. Y de aquí, dicen, tomó san Bruno ocasion para ir á encontrar junto con algunos otros compañeros á san Hugon obispo de Granoble, instituyéndose finalmente en la Iglesia una religion tan famosa como lo es la de los monjes Cartujos.

7. No es de mi cargo ni me he empeñado tampoco en querer decidir cosas de que no tengo bastante conocimiento; sin embargo, no dejaré de advertir á los pintores (pues éstos son con quienes únicamente trato) que en adelante no ejerzan la industria de su noble arte en representar un caso tan espantoso. Dos consideraciones me mueven á hacerles esta advertencia. La primera, que hombres de eminente autoridad y sabiduría, ya tiempo ha han dudado de la verdad de esta historia, ó la han negado abiertamente. La segunda, que es consiguiente á la primera y de mucho peso, es, que hallándose este caso terrible y espantoso en el rezo de la fiesta de este gran Patriarca, como yo mismo puedo asegurarlo, pues tengo muy presente haber leido cuando mozo (lo que advierto tambien en otra parte y no fuera del caso, segun me parece) esta misma historia en los Breviarios de Antuerpia: se mandó borrar, no sin grandes motivos, como es de creer. Y así, lo que la Iglesia con su mismo hecho ha significado que no le agradaba, será tambien lo mejor, segun mi dictámen, que no guste tampoco á los lectores y pintores, que son verdaderamente pios.

8. Podríase finalmente pintar á san Bruno con las insignias de doctor ó de maestro: ya porque así parecen suponer-

lo los escritores antiguos de su vida, ya porque parece que enseñó á algunos, y áun dicen que expuso los Salmos y las Epístolas de san Pablo. Cuanto á lo primero, que concuerda muy bien con la historia que acabamos de referir, bien pudo suceder que el insigne fundador de los Cartujos, estuviese condecorado con el grado de Doctor de la Universidad de París: singularmente, porque aquella célebre Universidad, digna siempre de muchos elogios, florecia en gran manera por aquellos tiempos, como afirma un diligente escritor de las Universidades (1). Mas, por lo que mira al segundo punto, en vista del trabajo y cuidado que han puesto los que se han dedicado á examinar con diligencia y exactitud esta materia, digo, que los mencionados escritos no son del Padre de los Cartujos san Bruno, sino de otro Bruno; porque por aquellos tiempos ó en otros no muy remotos de él, hubo algunos de este nombre, entre los cuales ocupa el primer puesto Bruno obispo de Colonia, hombre de la primera nobleza, pues era hijo de Enrique Emperador de Alemania, llamado el Cazador. Fué este Bruno varon muy docto, y áun más de lo que permitian aquellos tiempos, el cual supo no sólo el latin si tambien el griego, pero dejo á otros que examinen con más cuidado este punto.

9. Segun costumbre recibida, pintan á san Dionisio primer obispo de París y esclarecido mártir de Jesucristo, llevando en sus manos su propia cabeza: lo que debe referirse á la verdad de su misma historia y no solamente á significaciones místicas, sobre las cuales habla largamente un grave y pio autor, á quien hemos citado repetidas veces. Afirman, pues, que este santo obispo, despues de haberle cortado la cabeza junto con sus compañeros, la llevó por espacio de unos dos mil pasos en sus propias manos, y que la puso en las de una pia y devota mujer llamada Cátula, la que burlando á los infieles que tenia hospedados en su casa, cuidó de ponerla y enterrarla en decente lugar. Este mismo hecho

(1) Jacobus Middendorp., de Academiis, lib. 3, pág. 571 et seq.

refieren haber acontecido á otros mártires, como advertimos tratando de san Laureano obispo y mártir. Esto baste en suma, por lo que respeta á las imágenes de san Dionisio: porque otras muchas cosas que no dicen relacion con la pintura sino con la historia, requieren otro exámen más crítico y que tiene más dificultad, lo cual dejo gustoso para otros que tengan tiempo para ello y les esté mejor que á mí en esta obra, de examinar ó indagar estas materias.

CAPÍTULO II

De las imágenes y pinturas de san Francisco de Borja, de san Luis Bertran, de la seráfica santa Teresa de Jesus y de san Pedro de Alcántara.

1. No parece ser fuera del caso, en una obra que tiene por objeto el tratar de imágenes, detenerse algun tanto en las alabanzas de san Francisco de Borja, antes IV duque de Gandía y despues General de la Compañía, de quien fué no pequeño honor y lustre, como tambien de toda España y de la Iglesia. Este santo fué á quien enseñó Dios de un modo admirable cuán verdadero es lo que se lee en un salmo: «In imagine pertransit homo,» y con cuánta tiranía se ceba algunas veces la cruel muerte, áun contra la más brillante hermosura. Hasta el vulgo sabe el caso que aconteció á este ilustre príncipe, cuando aún vivia en el siglo y gozaba de honores muy distinguidos en el palacio del emperador, los cuales, aunque podian atraer á este varon, bien que siempre muy modesto, á seguir las pompas del siglo, le obligaron amigablemente á renunciarlas. Habíale mandado el emperador Cárlos V, que como á mayordomo mayor que era de la emperatriz su amada esposa, ya difunta, llevara á Granada con la debida diligencia y fidelidad el real cuerpo, y lo entregara en manos de los que estaban encargados de enterrar y hacer las debidas honras al augusto cadáver; éstos tenian la órden

de obligar bajo de juramento á Borja, (que todavía no era duque de Gandía, sino marqués de Lombay) á declarar y manifestar ingénuamente que el cadáver que entregaba, no era otro que el de Isabel reina de España, y augusta emperatriz de Alemania. Esto último, dicen, no se atrevió á confirmarlo con juramento el pio y religioso príncipe, afirmando solamente en fe de cristiano y de caballero, que él habia puesto tal cuidado y diligencia continua en llevar el real cadáver, que no podia caber la menor sospecha de que fuese otro, pero que no se atrevia á afirmar que aquellos horribles y feos despojos que veía tan mudados por la cruel catástrofe de la muerte, fuesen el mismísimo cuerpo de la que poco antes habia sido su señora y emperatriz. ¡Tan grande mudanza habia hecho la muerte en un cuerpo y semblante hermosísimo! y en tal grado lo habia afeado y corrompido, que apenas podian discurrir de otro modo los que entonces lo miraban. Pues afirman que la primera vez que en presencia de Borja, que estaba encargado de ello, se abrió la caja donde estaba el cadáver y se corrió el velo que cubria su semblante, se presentó á los que presenciaron el lance (que eran muchos é ilustres en dignidad, así eclesiástica como civil) un espectáculo tan disforme, tan feo y espantoso, que echaron todos á huir, quedándose solamente Borja atónito por mucho tiempo de la novedad y del espanto, de que penetrado el santo, y considerando el suceso con la más madura reflexion, prometió, ayudado de la divina gracia, y aun hizo voto, de no servir en adelante á señor que pudiera morirse, y que si algun dia se lo permitian sus cosas, renunciaria enteramente al siglo y á sus pompas, lo que por fin ejecutó entrándose en la Compañía que entonces principiaba. Cuentan el hecho y casi lo ponen delante de la vista los escritores de la misma Compañía. Pero si alguno quiere leer una cosa la más elegante, la más viva y expresiva, lea (que no se arrepentirá de su trabajo) al doctísimo y elocuentísimo don Alvaro Cardenal Cienfuegos, que cuando catedrático de Prima de Salamanca, escribió la vida de san Francisco de Borja, y ahora es uno de los del Sagrado Colegio Cardenalicio. Este autor, pues, pinta el hecho

con tanta elegancia y hermosura (1), que no tanto parece que la refiere, como que está pasando delante de los ojos de los lectores. De este modo, como yo mismo he visto, se ve pintado dicho santo en varios lugares.

2. Por lo que respeta á sus imágenes, muchas hay, de donde se puede sacar cuál era su semblante y lo restante del cuerpo, y por tanto cuál sea el mejor modo de pintarle, pues dura todavía y durará perpétuamente la memoria de este varon perfectísimo, de suerte que justamente se puede decir de él: «Nondum sua forma recessit. Puédesele tambien pintar con las insignias de doctor en Teología; pues á más de haber escrito muchas cosas que ya mucho tiempo ha andan impresas en un volúmen de tamaño regular, fundó y erigió desde sus cimientos en sus propios estados, la Universidad de Gandía, donde estudió por algunos años Filosofía y Teología, y allí mismo tomó el grado de doctor.

3. Pero yo, que ha más de cincuenta y seis años que visto el hábito de la sagrada, real y militar Orden de nuestra Señora de las Mercedes, aunque soy el más mínimo de todos, sería sin duda un ingrato é injurioso á tan gran Madre, si en este lugar tan cómodo y oportuno, omitiera indicar á mis lectores, quién fué el primer catedrático de Prima de Teología que tuvo la mencionada universidad de Gandía, que fundó y perfeccionó san Francisco de Borja: la primera de las que tuvo en España y casi en toda la Europa, la Compañía. No lo haré con mis palabras, no fuera caso que pensaran mis lectores que les doy á leer cosas inciertas y que se habian fingido en nuestra Casa, sino con las de un insigne escritor de la misma Compañía, que siguió á los antiguos y á testigos los mas irrefragables. Este es el cardenal á quien antes he citado, digno de que se le nombre siempre con distinguido honor. Dice pues: «Pero el que se debió llamar alma de todos, el de más fama, el de más profunda sabiduría, y el que ocupó la cátedra de Prima, fué el insigne maestro Fray Geróni-

(1) En la Vida de S. Franc. de Borja., lib. 1, c. 6.

mo Perez veterano ya en las compañías de Minerva de la siempre real familia tan victoriosa como militar religion de nuestra Señora de la Merced, catedrático de Prima, jubilado en la Universidad de Valencia, comendador de aquel convento y vicario general de todo su escuadron glorioso. Era vasallo del santo Borja, nacido en la misma ciudad de Gandía, que ilustró con su pluma y con su vida. Había escrito ya toda la Teología con feliz pluma, que cortó en las alas de una águila y áun dado á la estampa ilustres comentarios sobre las partes de santo Tomás, añadiendo mucha luz al mismo Sol, como tambien al maestro de las sentencias apurando á la Teología sus mejores máximas, despues de haberle bebido al príncipe de los filósofos los dictámenes más puros y dado felizmente á la estampa varias cuestiones de la filosofía. Y no podrá ser mal escuchada la queja que expresa reverente mi pluma, de que religion tan exacta dejase sepultados en el olvido los vuelos de aquel sabio discurso, que hoy pudieran servir de texto: pues bien merece llamarse sepulcro de la sabiduría, aquella antigua impresion tosca en que es un borron mal articulado cada letra y puede servir de epitafio al mismo libro. Fué este grande ingenio tan laborioso, que habiendo ya leido pasados veinte años en la Universidad de Valencia, desde las cátedras de filosofía hasta las de Prima, perseveraba leyendo despues de jubilado, teteniendo por ocio al estudio y no sabiendo arrimar la pluma mientras durase la vida. Consagró sus dos primeros tomos á san Francisco de Borja, honrando su ejemplo con su pluma y lastimando su humildad con su alabanza en la epístola dedicatoria. Fué la impresion al año de quinientos y cuarenta y ocho, en que mereció raro aplauso de España este gran maestro. Hizo su nombre famoso en la Europa y fué llamado oráculo del reino de Valencia: el que habiendo estudiado Teología en el colegio de la Veracruz de Salamanca, antiguo terreno de hombres sabios, nido fértil de plumas y de ingenios; mereció haber pasado á las márgenes del Turia todas las preciosidades que el Tormes escucha en su ribera. Era hombre de mucho espíritu y á quien el Duque habia tra-

tado, consultándole algunas dudas del suyo. Pidióle ahora que viniese á ilustrar aquella Universidad, para que ella pudiera gloriarse de haber recibido de un planeta su primera luz y de haber empezado por el Zenit: que volviese á dictar lo que había escrito: pues repitiendo siempre unas mismas luces un astro alumbra al mundo, que sabia la desazon que acababa de tener en Valencia, porque su razon persistia en ser antorcha desde la cátedra, no dejando libre el paso á la ambicion y á la impaciencia; y que á veces era discrecion ceder á la envidia, no pudiendo llamarse cobardía la fuga que hace sosegadamente la prudencia. Que aunque la Compañía se honraba ya con tantos varones que ya habian ocupado antes las primeras cátedras en las Universidades más ilustres de la Europa; pero que cada uno de ellos tenia no menos trato que todo el mundo; y no queria aprisionar á una cátedra en Gandía un espíritu destinado por su instituto á las empresas de la mayor gloria, por más que el mismo año en Valencia se habia decretado que se diese el grado y el magisterio en aquella Universidad á la Compañía, sin que pagasen propina ni tuviesen gasto alguno: singularidad que añadía honor al grado. Señaló considerable renta á su cátedra, y aquel ingenio oculto que veneraba el Duque como santo y abrazaba á la Compañía con indecible afecto, rayó en Gandía, derramando esplendor desde la cátedra.» Hasta aquí este sapientísimo doctor y eminentísimo prelado. Estas y otras cosas dignísimas de leerse dice el citado cardenal, grande elogiador nuestro, que omito por no dilatarme más. Pero de ningun modo puedo pasar en silencio una cosa en que él se manifiesta tan agradecido como elegante, pues concluye así el elogio: «No sabemos (dice, hablando del P. M. Fr. Gerónimo Perez) si quiso aposentarse en el palacio, ó si eligió antes honrar nuestro colegio, viviendo en él como jesuita en todo sino en el color del vestido: lo que nunca podrá negar la Compañía, antes lo confiesa agradecida y ufana, es haber bebido el candor á la sabiduría en esta vena pura y caudalosa; y que siendo esta de Gandía la primera Universidad suya que tuvieron los jesuitas en la Europa, debieron la prime-

ra leche de doctrina en ella á esta igualmente sabia, que militar familia, cuyos pechos son fecundos de gloria y sabiduría, pues fueron discípulos de este gran maestro, muchos jesuitas de los más doctos de aquel siglo cuyas obras enriquecen hoy la Teología moral y escolástica y son farol al rumbo de la Sagrada Escritura. El primero debe ser contado san Francisco de Borja, ya entonces profeso en la Compañía.» Hasta aquí son palabras del sabio cardenal, á quien nunca se le puede nombrar sin elogio; las que si acaso pareciesen al lector demasiadamente largas, me perdonará el haberlas puesto aquí, pues me ha llevado el honor grande que hace á mi religion, que por tanto no he podido omitirlas.

4. Así como el que queriendo pintar el valor y la fortaleza del cuerpo y del ánimo, no haria mal en pintar á Hércules; así, el que quisiese pintar una vida rígida y austera, haría muy bien en representar á san Luis Bertran, gloria y honor del reino de Valencia, y de la sagrada Orden de Predicadores, por haber sido este santo el que intimando á su propio cuerpo una guerra implacable, peleó con él por todo el tiempo de su vida, con tal rigor y severidad que rara vez (y aún entonces por precepto de sus superiores) le concedió las más breves treguas, no cesando jamás de pelear y saliendo siempre vencedor y triunfador de sí mismo: el cual meditando dia y noche los ocultos juicios de Dios, andaba continuamente temeroso y repetia á cada paso aquello del gran Padre san Agustin: «Señor, quemad aquí, cortad, no me perdoneis aquí, para que me perdoneis eternamente.»

5. Pintan á dicho santo (pues debo contenerme dentro los límites de mi asunto, aunque alguna vez me veo precisado á pasar algo más allá): píntanle, digo, con un semblante flaco y macilento, extenuadas sus carnes por los ayunos y mortificaciones; fijos sus ojos en el suelo: escondidas dentro del hábito sus manos; y con otras señales, que indican la austeridad de vida que profesaba: de suerte que no debe tenerse por dicho fuera del caso, lo que advertimos antes; esto es, que no haría mal el que debiendo pintar la austeridad, y

mortificacion, que nace de una penitencia cristiana, pintase (sin hablar ahora de los demás santos) á san Luis Bertran. Pero, si no me engaño, le he visto pintado tambien de otros dos modos. El primero es, sacando y levantando algun tanto la mano, en ademan de estar reprehendiendo con blandura y suavidad á un varon noble, pero audaz y sacrílego. Sabido es el caso y por tanto no quiero omitirlo, el cual pasó así. Vivia san Luis en el reino de Valencia y como predicase al pueblo en un lugar bastante grande (que nombran los escritores españoles, pero mejor es pasarlo en silencio (reprehendió desde el púlpito con acrimonia y libertad propia de un predicador cristiano los vicios del siglo, en especial aquel que ha causado tanta ruina en las almas (la lujuria digo y la incontinencia): y aunque el santo lo hizo guardando la debida prudencia, esto es, reprehendiendo á todos sin señalar á nadie; sin embargo un cierto noble, ó ya estimulado por los remordimientos de su conciencia, ó arrebatado de la furia de sus vicios, se persuadió temeraria y maliciosamente, que contra él solo se dirigia la vehemencia del sermon de Luis. Con esto, avisó al santo por un criado, que era parecido á su amo, que si apreciaba su vida, se abstuviera en adelante de semejantes invectivas, singularmente recayendo en un hombre de su esfera, á quien habia tratado sin respeto ni consideracion alguna á su persona Despreció el santo, como era justo, las voces de este loco. El dia siguiente, como el caballero hubiese advertido, que san Luis se volvía desde el lugar á su convento, que no distaba mucho, montando al instante á caballo, le embistió diciéndole: ¿Tú, hombrecillo vil, y frailecillo del todo despreciable, te atreves á hablar con tanta desvergüenza contra un hombre de mis circunstancias? Pero caro (añadió) te ha de costar. Apenas habia dicho esto, cuando sacando una pistola cargada la dirigió contra el pecho del santo. Pero ¡oh admirables beneficios de un Dios Omnipotente! ¡oh fuerza y eficacia de la santa cruz, que los hombres jamás han llegado á comprehender! Apenas advirtió Luis, que se dirigia contra él la pistola, cuando haciendo sobre ella la señal de la cruz, se con-

virtió en admirable imágen de la vida la que era instrumento de la muerte. Porque, transformándose al instante en la efigie de un crucifijo; en lugar de la sangre que debia hacer derramar á aquel contra quien injustísimamente se dirigia, hizo saltar las lágrimas al agresor impío, que á vista de un tan gran milagro, se movió á compuncion y á penitencia. Y desmontando luego del caballo, confesó su delito y pidió perdon al santo con muchos suspiros, el cual se lo concedió facilmente, avisándole con suavidad que el perdon lo pidiera al mismo Dios, contra quien habia pecado con tan atroz y horrible atrevimiento; que se enmendara y procurara mudar de vida, poniéndose en estado de salvacion. De este modo he visto pintada muchas veces la imágen de san Luis Bertran, sobre lo cual tienen los pintores un ancho y espacioso campo en que ejercitar su imaginacion.

6. Como todos tienen en la boca á aquella Madre seráfica, inmortal gloria de España, y singular honor de toda la Iglesia, santa Teresa de Jesus; así andan tambien sus imágenes en manos de todos: pero son muy raras las que áun medianamente la representan bien, de que se queja un escritor (1), el más grave y erudito á mi entender, de cuantos han escrito su vida. Este historiador, conforme puede verse en el lugar que cito abajo, despues de haber representado en su historia con los más vivos colores (cuanto le fué posible) la belleza y hermosura de su cuerpo y de su semblante, y la proporcion de todas sus partes, hasta las más escrupulosas menudencias, añade: «Sacóse estando ella viva un retrato bien, porque la mandó su provincial, que era el Padre maestro Fr. Gerónimo Gracian que se dejase retratar, y sacólo un fraile lego de su Orden, siervo de Dios, que se llamaba Fr. Juan de la Miseria. En esto lo hizo muy bien el Padre Gracian; pero mal en no buscar para ello el mejor pintor de

(1) P. Franc. de Ribera, en la vida de santa Teresa, lib. 4, cap. 1.

España para retratar á persona tan ilustre más al vivo, para consuelo de muchos.

7. Pintanla frecuentemente con un semblante agraciado y hermoso: y con mucha razon, pues así fué, como lo nota, y exactamente lo describe en el citado lugar el mencionado escritor de su vida. Pero además de esto, cuando Dios se entraba dentro de su alma purísima arrebatándola en éxtasis con tal ímpetu algunas veces, que levantaba del suelo su delicado cuerpo y lo sostenia elevado en el aire, como si no constara de cuerpo, de que habla muchas veces la misma santa, instruida en esta materia por su propia experiencia; parecia entonces sobremanera mucho más hermosa y brillante de lo que se pueda humanamente discurrir. Por lo que si bien murió algo vieja (pues vivió sesenta y siete años cumplidos, seis meses y dias en el siglo, ó como dijo mejor la misma santa, en el destierro) hará muy bien el pio y erudito pintor de pintarla siempre hermosa y de buen parecer.

8. Añaden finalmente en sus pinturas al Espíritu Santo en figura de cándida paloma, junto á sus oidos ó sobre su cabeza: no que con esto se pretenda significar que sus escritos, aunque llenos de uncion divina y verdaderamente celestiales, tengan la certeza y autoridad de la Sagrada Escrituras. No es esto lo quo se pretende; ni la misma santa, como á tan amante que era de la modestia y humildad, permitiria, que se le atribuyese una cosa tal: la misma santa, digo, que hablando muchas veces elevadamente de las cosas celestiales teme no decir más que tonterías; y que no dudó de entregar á las llamas aquel sublimísimo y casi divino tratado que habia compuesto sobre los cantares; por habérselo mandado así un confesor acaso pio, pero imprudente é ignorante: cuya pérdida sienten infinito hombres muy célebres en piedad y doctrina, como consta del citado Padre Francisco Ribera en su vida. Pero si con este modo de pintar entendiese alguno que significa cierta dignidad y sublimidad de sus escritos que arrebatan muchas veces al lector, que le conmueven de mil maneras y le levantan casi más alla de lo que puede penetrar el entendimiento humano; tendrá razon

y esto es lo que no podrá juzgar bien, el que lejos de tener el gusto hecho á estas cosas le tiene corrompido. Y si no ¿qué otra cosa es, pregunto, el que prohibiendo el apóstol enseñar las mujeres en la Iglesia, la Iglesia misma, sólo á santa Teresa (lo que de ninguna otra santa se lee) le atribuye el magisterio, y llama celestial su doctrina con estas palabras: «Ita cœlestis ejus doctrinæ pabulo nutriamur, etc.»

9. Fuera de que, este modo de pintar sobre la cabeza de Teresa al Espíritu Santo en forma de purísima paloma, tiene un fundamento sólido y muy firme: y para que se entienda mejor, quiero exponerlo, no con otras palabras que con las de la misma Madre seráfica, la cual despues de otras muchas cosas, dice á la letra: «Estando en esto, veo sobre mi cabeza una paloma bien diferente de las de acá, porque no tenia estas plumas, sino las alas de unas conchicas que echaban de sí gran resplandor. Era grande más que paloma: paréceme que oia el ruido que hacía con las alas: estaria aleando espacio de una Ave María. Ya el alma estaba de tal suerte, que perdiéndose así de sí la perdió de vista. Sosegóse el espíritu con tan buen huésped.» Hasta aquí la Madre seráfica: y de aquí se echa de ver con cuánta razon se acostumbra ó pueda pintarse á la imágen de santa Teresa, el Espíritu Santo en figura de paloma.

10. No corrió la misma fortuna (si es lícito explicarme así) aquel varon admirable que aprobó el instituto y espíritu de la seráfica vírgen, san Pedro de Alcántara: cuyos hechos han escrito ya muchos, y cuya santidad y austeridad de vida nadie podrá bastantemente explicar. Porque este santo (sin hablar ahora de los pintores excelentes) no sólo fué panegirista de las costumbres y virtudes de santa Teresa, sino que tambien delineó de una vez la efigie de casi todo su cuerpo. Véase lo que más largamente en varios lugares escribe la santa de este varon digno de inmortales alabanzas, á quien, aún viviendo, siempre le llamaba santo, y principalmente en el libro de su vida, cap. 22.

11. No debian separarse estos dos sublimes contempladores de las cosas celestiales, san Pedro de Alcántara y san-

ta Teresa de Jesus: porque sino, ya pudiéramos haber dicho algo de un grande y sobresaliente pintor, segun dicen, san Lúcas Evangelista; sobre cuyas imágenes (pues cuanto á lo demás, gustoso dejo á otros que lo traten) sólo se me ofrece advertir de paso dos cosas que todavía debieran examinarse más, si tomara á mi cargo el hacer una más larga descripcion sobre esta materia. Sentado, pues, y puesto como cosa de fe que san Lúcas fué evangelista, y que escribió, no sólo el Evangelio que lleva á la frente su nombre, sí tambien el libro intitulado «Hechos Apostólicos» (porque, sobre si san Lúcas fué uno de los setenta y dos discípulos de Cristo, se controvierte entre doctos historiadores eclesiásticos); es cosa no como quiera cierta, sino con certeza de fe, que fué médico de profesion, como lo dan á entender bastantemente aquellas palabras de san Pablo (1): «Lúcas, el médico amado, os saluda.» Y que además fué pintor bastante bueno, principalmente de imágenes de Cristo y de la Vírgen, se ha recibido con tan general aplauso ya de muchos siglos á esta parte, que apenas puede sentir lo contrario un escritor pio y católico. Porque, el que algunos católicos, libres por cierto de toda nota, parecen haber insinuado lo contrario, diciendo, que solamente una pia persuasion de los fieles hizo creer que san Lúcas habia sido pintor (2), sólo parece que prueba no ser lo último tan cierto como el que fuese médico: por constar esto, como vivos de la Sagrada Escritura, y haber tomado aquello su orígen de la fama y tradicion de muchos siglos.

---

(1) Colos., 4, 14.

(2) V. la continuacion de Bolland. en el mes de Mayo, tom. 1, p. 46.

CAPÍTULO III

De las imágenes de san Hilarion Abad: de santa Ursula y sus compañeras: de san Pedro Pascual, mártir: de san Vicente, santa Sabina y santa Cristeta mártires: de las de los apóstoles san Simon y san Judas, y de san Narciso obispo y mártir.

1. Describió san Gerónimo (1) con elegantes palabras y estilo, la vida de san Hilarion Ermitaño, y últimamente Abad. Mas por lo que respeta á su imágen, baste insinuar, que no sólo se le debe pintar viejo, sino con barba y pelo largo, velloso y sin ningun aseo ni curiosidad, cuales eran aquellos antiguos monjes que procuraban en gran manera agradar á los ojos de Dios y no á los de los hombres y al siglo. Porque, el que se le deba pintar viejo, infiérese claramente por haber servido á Dios setenta años enteros bajo la profesion de ermitaño ó de monje: y por lo que mira á debérsele representar del modo que hemos dicho, velloso, inculto y hórrido, lo convencen bien (omitiendo lo que de él escribe san Gerónimo) las palabras que leemos en su rezo (2): «Jamás lavó ni se mudó el saco que vistió una vez, diciendo que era supérfluo buscar aseos en el cilicio.»

2. Es muy célebre en la Iglesia la memoria de santa Ursula y la de sus compañeras vírgenes y mártires: acerca de cuyos hechos y martirio son tantas y tan varias las cosas que frecuentemente se dicen y divulgan, que seria muy molesto y enfadoso querer referirlas todas aunque muy de paso: por lo que, dijo muy bien un escritor versado en estas materias (3), que hay muchas cosas en las Actas de dichas santas,

(1) Tom. 1, oper., p. 128 et seqq.
(2) Al dia 21 de Octub.
(3) Pedro de Ribad., en el Flos Sanctor., dia 21 de Octub.

que pueden parecer ciertas y verosímiles, pero que hay otras, inciertas, dudosas y verdaderamente apócrifas. Afirma este autor y supone como cierto, que dichas vírgenes fueron no menos que once mil, lo que con dificultad conciben otros, los cuales no dan mucha fe á las historias que afirman un número tan crecido. Acuérdome haber leido en una obrilla de un escritor español (aunque no tengo presente el lugar) intitulada con el especioso nombre de *Hiericonosphalmata*, librito que no me ha sido posible volverle más á ver, que el error nació de que en los antiguos libros se encontró el título en esta forma: XI. M. VV. el cual debiendo leerse simplemente «once mártires vírgenes,» leyóse y entendióse «once mil vírgenes.»

3. San Pedro Pascual de Valencia, obispo de Jaen, varon ilustre y esclarecido honor de mi sagrada, real y militar Orden de nuestra señora de las Mercedes Redencion de cautivos, llamado el valenciano por ser natural de aquella ciudad, y tambien porque en aquellos tiempos habia otro en la Orden del mismo apellido, natural de Cataluña: fué muy célebre y conocido, no solamente por sus hechos méritos y virtudes, y por haber desempeñado con suma alabanza las dignidades que tuvo á su cargo, sino tambien por los elogios que muchos le han dado, entre los cuales no hay por qué deba rehusar poner yo tambien mi nombre. Pues que habiendo dudado un varon muy docto ó negado abiertamente en sus escritos que san Pedro Pascual hubiese sido religioso, movido yo de buen celo como pienso, compuse una Apología y la dí al público con este título: «Exámen de la verdad. Demostracion histórica del estado religioso de san Pedro Pascual de Valencia obispo de Jaen, glorioso mártir de Cristo y Doctor ilustrísimo,» que se imprimió en Madrid el año de 1721, con tan feliz suceso y favoreciéndome tanto la bondad de la causa, que mi buen contrario, como es muy amante y amigo de la verdad, habiendo leido mi Apología se dió por convencido, como consta así de las cartas privadas que me ha escrito despues, llenas de singular amor y benevolencia, que se hallan auténticas en el Archivo General de este Convento,

como tambien del breve prefacio que puso al tomo VIII de su Historia Cronológica.

4. Pero por lo que respeta á sus pinturas y efigies, la más frecuente de todas, es la de pintarle como un viejo anciano (pues pasaba de setenta años cuando padeció martirio por la fe) vestido con las insignias pontificales que usan cuando están en su casa los obispos de nuestra Orden nunca bastántemente alabada, y traspasada una espada por su garganta, pues con estas y otras cosas que por via de adorno añaden los pintores, se significa suficientemente el mérito de su sabiduría y la excelencia de su martirio. Mas como tambien le pintan muy á menudo conversando con un niño de hermosura divina y singular, no será fuera del caso exponer el motivo de esta imágen y pintura, que segun refieren los historiadores de su vida, pasó de este modo. Estando el santo cautivo entonces en Granada, donde quiso más quedarse esclavo que dejar en la vil esclavitud á ciertos muchachos que corrian riesgo de negar la fe ó de perder (lo que causa vergüenza el decirlo) la pureza y castidad, queria el santo celebrar un dia el sacrificio de la misa, á cuyo fin andaba buscando por todas partes á alguno que se la ayudara, conforme á la costumbre de la Iglesia. Cumpliéronsele al punto sus deseos, porque presentándosele delante un muchacho en figura humana, de edad á lo que parecia de unos doce años, pero que segun demostraba resplandecia en él cierta elevada y augusta majestad, mucho más que de hombre. Alegre Pascual por tan oportuno acontecimiento, ¿quieres, buen muchacho le dijo (pues sin duda sabes, segun infiero de tu porte y hermosura) ayudarme la misa? La sé ayudar, Padre (respondió el muchacho), y lo haré con mucho gusto. Celebró al instante el prelado su misa con tal júbilo y alegria de su alma, que fácilmente se dejaba entender, que por un prodigioso milagro estaba presente la Deidad que infundia tanta dulzura y piedad al prelado que estaba celebrando, y que en aquel lugar, aunque lúgubre y angosto, resplandecian las estrellas, y olía allí con singular y más que natural fragancia. Habiendo el prelado concluido su misa y dado

gracias, llamó con cariño al muchacho y le dijo: ¿Tú que sabes ayudar tan bien y con tanta exactitud la misa, sin duda sabrás tambien los dogmas de la fe y la Doctrina cristiana? Es así que la sé, respondió él, y si no, puede usted, Padre, examinarme. ¿Pues cuántas son las Personas Divinas? díjole el prelado. Tres son, Padre, respondió el muchacho: el Padre y el Espíritu Santo. Estas son dos, replicó Pascual. ¿Dónde está el Hijo? El Hijo (¡pásmense los cielos y los hombres!) El Hijo, dijo entonces el muchacho, soy yo mismo, oh Pedro, que por los muchachos que con menoscabo y dispendio de tu libertad, has redimido de la mano y yugo de estos bárbaros, me tienes á mí por cautivo. Y dicho esto, desapareció luego de su vista dejándole lleno de un amor suavísimo, que no podrá fácilmente explicar quien no esté abrasado en las llamas del divino amor. Este es un modo bastante frecuente de pintar á san Pascual, como lo he visto y contemplado muchas veces.

5. Nadie pone duda en que los esclarecidos mártires Vicente, Sabina y Cristeta fuesen españoles, aunque sobre el lugar de su nacimiento hay entre nosotros muchas y piadosas disputas. Unos afirman haber nacido en Evora de Portugal, otros, que nacieron en Talábriga: disension que se originó tambien sobre el lugar de su sepultura, como insinuaremos despues. Con efecto (viniendo ya á mi asunto) cometería un error contra la fe de la historia, el que pintara flechas ó espadas por insignias del martirio de estos santos; puesto que el martirio que les dieron, fué el hacerles poner sus cabezas sobre una dura piedra y luego con otra grande se las golpearon, haciendo mil pedazos de ellas, y esparciendo sus sesos en muchísimas partes. Con tal rabia y crueldad se enfurecian los gentiles contra los esforzados atletas de Jesucristo, siéndoles permitido á aquellos locos cuanto se les antojaba.

6. Por lo que mira á sus pinturas, es muy del caso advertir aquí lo que se refiere por una casi constante tradicion en la ciudad de Avila, donde ciertamente se cree que padecieron martirio. Como los gentiles hubiesen dejado sin en-

terrar los cuerpos de dichos santos, para que las aves ó fieras los despedazaran; providenció Dios que quedasen íntegros é incorruptos: lo que dicen haber pasado de este modo. Estaba escondida cerca de la misma ciudad en sus escondrijos una feroz serpiente, cual la describe el Poeta latino (1): este guardian dió Dios á los cuerpos de los santos mártires; el cual cumplió fielmente sa encargo, de suerte que apenas osó nadie arrimarse á los cuerpos de los muertos, fuera de un hombre rico y opulento, judío de secta y de profesion, el cual habiéndose acercado á ver los sagrados cuerpos con ánimo ó poco medroso ó áun ilusorio (no por desgracia suya, como pensó el entonces, sino por su gran bien, por lo que despues le sucedió): experimentó finalmente que Dios tenia cuidado de los cadáveres de los mártires. Porque aquel dragon, como que tenia muy bien presente su oficio, al judío, que nada pensaba menos (2),

«Corripuit, spirisque ligat heu! ingentibus: et jam
Bis medium amplexus, bis collo squamea circum
Terga dabat, superat capite, et cervicibus altis.»

¿Qué haria entonces el miserable, viéndose en tales angustias y apreturas? ¡Pero dichosa resolucion? ayudado de la gracia de Dios, vínole á la memoria el piadoso y saludable pensamiento de hacer voto, como en efecto lo hizo, de recibir el bautismo, si Dios le libraba de un tan mortal peligro: y además, que enterraría en lugar decente los cuerpos de los santos mártires. No bien habia hecho su voto, cuando viéndose ya libre de un peligro tan manifiesto, no difirió un punto poner en ejecucion lo que habia prometido: y recibiendo luego el bautismo, edificó á expensas suyas una capilla ó templo, que los moradores y ciudadanos de Avila, afirman constantemente ser el mismo que hoy subsiste.

(1) Georg., 3, v. 432.
(2) Æneid., 2, v. 217.

Bajo este fundamento se cree por lo comun que las reliquias de estos santos no están en otro lugar (aunque se controvierte por ambas partes), sino en la misma ciudad de Avila. Todo este suceso presta un espacioso campo en que puede dilatarse cualquier pintor erudito.

7. Como siempre es y ha sido grande el amor y deseo insaciable que tienen los hombres, no solamente de saber, sino tambien de divulgar lo que nunca ha podido saberse con bastante certeza; así ha acontecido en muchos hechos y particularmente en los de los santos apóstoles. Con efecto, los primeros escritores cristianos tuvieron muy poca noticia de los hechos de los santos apóstoles san Simon y san Judas Pero vino en estos últimos tiempos un escritor desconocido á los antiguos llamado Abdías de Babilonia, que salió á luz, no sin aplauso de hombres de comun ó vulgar erudicion. Aunque ya gracias á Dios, que habiéndose conocido la mala fe de este historiador, el Papa Paulo IV declaró ser apócrifo dicho libro y áun lo prohibió, como lo dice Sixto Senense, autor de la Biblioteca. Sobre que, si no me engaño, he tocado algo arriba. Resta pues, que las imágenes de estos apóstoles se pinten con arreglo á las leyes comunes; esto es, que los representen junto con los demás apóstoles, como martirizados, y á cada uno de ellos con su libro: no sólo por habernos dado todos los apóstoles reglas de fe y para vivir bien; sino tambien, porque san Judas Tadeo escribió una Epístola, que es de las Canónicas y que ha recibido la Iglesia Universal en el santo Concilio de Trento; sin que sea ningun obstáculo el que el santo apóstol en dicha Epístola refiera una narracion tomada del libro de Henoc, que es verdaderamente apócrifo. De que se echa de ver que concuerda muy bien, el que con ser apócrifo algun libro, contenga sin embargo alguna verdad.

8. San Narciso obispo de Gerona, es el último de los santos que se celebran en el mes de Octubre. Sabida es su historia y el valor con que predicó en Ausburgo atrayendo á muchos en la misma ciudad á la fe católica y particularmente á los que fueron despues esclarecidos mártires de Cristo; entre los cuales es muy célebre aquella mujer llamada Afra,

que habiendo sido antes una ramera prostituta, dió despues ilustre testimonio de la fe de Jesucristo, á quien amó con intensísimo amor; lo que en tanto es verdad, que un diligentísimo escritor de estas materias (1) pone las actas de este santo entre los hechos más ciertos de los mártires. Por lo que respeta á sus imágenes, débesele pintar con las tres heridas que recibió, una cerca de los hombros, otra junto á su garganta y la tercera, finalmente, en la pierna, hácia el talon. Murió este santo en el ímpetu de un tumulto cuando estaba celebrando el sacrificio de la misa. Esto basta cuanto el pintor. Porque en cuanto al enjambre de moscas vengadoras, que saliendo del sepulcro del santo mártir, causaron gran mortandad en el ejército de Felipe rey de Francia, aunque muchos escritores afirman grave y sériamente haber sucedido así, sin embargo, por ser este un hecho de que dudan no pocos, acaso será mejor pasarlo en silencio.

CAPÍTULO IV

De las pinturas é imágenes de todos los santos, conforme suelen pintarlos comunmente en una misma tabla ó lienzo, de san Cárlos Borromeo, de san Martin obispo de Tours y la de san Diego de Alcalá.

1. Cuando se representa á la vista la pintura de todos los santos de la córte celestial, mucho se me ofrecería que notar y que advertir, á no tener siempre presente el objeto que me propuse en esta obra. Porque, podria tratarse en este lugar, lo que no seria enteramente fuera del caso, de aquel famoso templo, fabricado en tiempo de Octaviano Augusto, que por haberlo erigido y dedicado en honor de todos los dioses,

(1) Theodor. Ruinart., in Act. select. Martyr.

no Domiciano, en que se equivocó el V. Beda (1), sino Marco Agripa en su tercer Consulado, le llamaron Pantheon, podria tambien tocarse algo aquí de la fiesta de todos los Santos, que instituyó el Papa Bonifacio IV, y muchos otros puntos, que cómoda y oportunamente tratan otros sobre esta materia; pero estas y otras cosas semejantes las dejo para los demás escritores, ciñéndome sólo á lo que es de mi intento.

2. Pintan frecuentemente á los santos en la córte celestial, de suerte que de un golpe de vista se vean distribuidos en sus clases, los escuadrones de patriarcas, profetas, apóstoles, mártires, confesores y vírgenes, todos bajo el elevado trono de la Santísima Trinidad, junto al cual representen con muchísima razon á la purísima é inmaculada Vírgen. Lo que por haberse ya introducido felizmente entre los pintores, no hay para qué deba yo detenerme en hacer una descripcion más exacta de semejante pintura. Tal es aquella excelente y proporcionada como la que más, de aquel peritísimo artífice, á quien por ser de Luca, noble ciudad y república de Italia, llamaron comunmente Luqueto. Representa dicha pintura la gloria de los santos, en el real y magnífico Coro del convento de san Lorenzo del Escorial, con tal variedad y hermosura, que apenas se puede figurar cosa más excelente. Refiérense algunos dichos de los que la han visto, que si quisiera ponerlos aquí, acaso se deleitaría el lector, pero no es mi ánimo escribir cosas jocosas ó donaires, sino solamente cosas graves y sérias.

3. Cuán grande haya sido el príncipe san Cárlos Borroméo, cardenal de la santa Iglesia romana, y arzobispo de Milan, ya por la nobleza de su linaje, ya por el celo de la disciplina eclesiástica, y singularmente por la santidad de su vida, lo han tratado otros largamente, á quienes remito gustoso al lector de esta mi obrilla. Mas, por lo que respeta á sus imágenes, hay muy poco que advertir. Porque, cuanto á los adornos cardenalicios y pontificales, los mismos son hoy que

(1) De Gest. Anglor., l. 2, c. 4.

eran en su tiempo, singularmente restándonos aún en el dia retratos muy propios de este santo. Una sola cosa advertiré brevemente, y es, que no se le debe pintar ni muy jóven, como lo he observado algunas veces, ni tampoco muy viejo, por haber muerto el año 1584, cuando apenas habia cumplido los 46 años de su edad, aunque tenia tan extenuado el semblante por los ayunos y mortificaciones, que á muchos les pareceria que no tenia sangre en sus venas. De aquí es, que teniendo este varon santísimo algo más larga la nariz de lo que correspondia á su rostro, algunos pintores se la han alargado demasiado y en extremo, de suerte, que me vienen á la memoria aquellos sales y dichos graciosos, que con aplauso de los eruditos compuso un ingenioso español, contra uno que tenia la nariz muy larga y levantada (1).

4. Si quisiera decir algo, aunque en suma, de los insignes hechos de san Martin obispo de Tours, ejemplar (si me es lícito hablar así) de obispos santos, sin duda me extenderia más allá de lo que permite esta obra, y así me ceñiré sólo á lo que es de mi asunto. Si se pinta á este santo en la edad en que murió, no tiene duda que se le debe pintar enteramente viejo, pues murió á los ochenta y seis años de su edad, como prueba muy bien el cardenal Baronio (2), fundado en el testimonio de Severo Sulpicio, que en este particular debe ser preferido á todos los demás, por haber sido compañero del mismo santo, lo que me ha parecido advertir aquí oportunamente, por cuanto algunos, fundados en otras suputaciones no tan verdaderas, no examinaron esta materia con tanta exactitud y conforme á los cálculos de la Cronología.

5. Mas, como ya de mucho tiempo á esta parte se ha introducido el pintar con más frecuencia á san Martin en el estado en que aún mozo y catecúmeno, partia su capa para

(1) Quevedo, Mus. 6, Sonet. 2.

(2) Baron., in Not. ad Martyrol., sobre este dia y en muchos lugares de los Anal.

cubrir á un hombre muy pobre que estaba medio desnudo, no me opongo á que esta pintura se prefiera á las demás; con todo no puedo menos de advertir algo sobre esta materia. Lo primero, que siempre le pintan á caballo, de que Sulpicio en su vida no hace ninguna mencion, no obstante de haber procurado investigar diligentemente todas las cosas de san Martin. Lo segundo, que le pintan demasiadamente mozo y casi muchacho, sin embargo de que sabemos por el mismo escritor, que tenia diez y ocho años cuando servia aún bajo las banderas del emperador Juliano. No ignoro que hombres eruditísimos, que han puesto mucho cuidado y diligencia en describir las razones de Cronología de la vida del glorioso san Martin y que han hablado con mucho pulso sobre esta materia.

6. Y que sea muy justo creer que este obsequio de su siervo fué muy agradable á Jesucristo, áun cuando no habia entrado san Martin en la Iglesia, lo celebra ella misma con palabras tomadas del mencionado escritor, que me ha parecido trancribirlas, y dicen así (1): «Habiéndose dormido la noche siguiente, vió á Cristo vestido con la parte de la capa con que habia cubierto al pobre. Mándale que mire con mucho cuidado al Señor, y que reconozca el vestido que él habia dado, y luego oye á Jesus que rodeado de una multitud de ángeles, dice con voz clara: Martin siendo catecúmeno, me ha cubierto con este vestido.» Hasta aquí Sulpicio. Por donde puede entenderse fácilmente el sentido de aquellas palabras que se leen tambien en su rezo, que no cuadrarian tan bien, si se entendiesen como dichas por Cristo á san Martin, sin embargo de no haberlas dirigido el Señor al mismo santo, sino á los ángeles, que en aquella vision le acompañaban y le tributaban reverente obsequio.

7. Por lo comun y áun vulgarmente le pintan vestido con cogulla monacal, propia de monjes Benitos. Pero si esto se toma en rigor, es yerro y equivocacion. Porque, sobre no

(1) Sulp., Severo, De Vita B. Martini, cap. 2.

hallarse nada de esto en Sulpicio, escritor diligente de los hechos de san Martin, puede desecharse y contradecirse por otro capítulo. Pues dicha manera de cogulla no se usó antes de la Regla del gran Padre san Benito, como fácilmente puede convencerse, y además es cierto en toda verdadera Cronología, que murió san Martin mucho antes de nacer san Benito. Y así, no usó ni pudo usar el santo un género de hábito que aún no se habia admitido ni introducido en su tiempo. Porque, pensar que san Martin siguió el instituto de san Benito (como yo mismo lo he oido á hombres á quienes no podia sospechar un tal anacronismo) es manifiesto error y crasísima ignorancia.

8. San Diego, á quien con ser andaluz, le llaman de Alcalá por haber vivido allí mucho tiempo y haber tenido allí su sepultura; apenas (por lo que mira á mi propósito) debiera haber entrado en esta mi obra. Es bien sabido, que en todo el tiempo de su vida, vivió en el humilde estado de lego de la Orden del seráfico Padre san Francisco. Por lo que así y no de otro modo se le debe pintar; sin que nadie deba extrañar esto por haber sido este varon humildísimo, prepósito ó guardian de un convento en una de las islas de Canarias, de donde yo soy, porque la santidad y prudencia no necesita de otros adminículos de dignidad: ni áun al mismo Patriarca de los Menores san Francisco, aunque por tantos títulos era hábil y á proposito para el sacerdocio, pudieron jamás obligarle ó persuadirle á que recibiera este órden. Pueden tambien y debe pintarse á san Diego abrazando una cruz de madera tosca y bastante grande; pues que estando para morir la abrazó con ambas manos, saludándola con muy tiernos afectos y valiéndose de aquellas palabras: «Dulce lignum, dulces clavos, dulcia ferens pondera, etc.» Palabras que pronunciadas por su boca, causaron no poca admiracion á los circunstantes, que nunca habian oido proferir palabra alguna latina á este humildísimo lego. Murió este santo, no enteramente viejo, aunque como tenia su cuerpo quebrantado por los muchos ayunos y peregrinaciones, representaba más vejez.

CAPÍTULO V

De las pinturas é imágenes de los santos Acisclo y Victoria, de santa Isabel viuda, de santa Cecilia vírgen y mártir, de san Clemente Papa y mártir, de santa Catalina vírgen y y mártir y de san Andrés apóstol.

1. Con razon venera España, singularmente la Iglesia de Córdoba á los santos hermanos Acisclo y Victoria, como á pimpollos de su suelo patrio; pues refieren haber padecido en Córdoba, aún en tiempo de la gentilidad: bien que las Actas de estos santos que hoy nos restan y se leen, tienen resabios sí de una piedad fervorosa, pero poco instruida y acendrada; por cuya causa mezclaron y aumentaron estas vidas y actas con otras cosas, de que no se tenia bastante noticia y conocimiento. Dicen las Actas: «Bajo de los príncipes romanos presidiendo Dión en Córdoba.» He aquí el primer tropiezo contra la verdad de la historia: ni es ésta cosa nueva ó que deba causarnos admiracion, por haber sido costumbre en aquellos tiempos, que cuando no se sabia el nombre del Prefecto, Presidente ó procónsul, fingia el escritor le que se le antojaba, subrogando tal vez nombres griegos en lugar de romanos, cosa que nunca acostumbraron los romanos, como nadie ignora y áun (lo qué es más de extrañar) en lugar de nombres griegos, subrogaron otros más extraños. Tal es el nombre de Paschasius en las Actas de santa Lucía vírgen y mártir, pues dicho nombre no es latino ni griego; aunque puede numerarse de algun modo entre los griegos por derivarse de aquel nombre Pascha en que mudaron los griegos la voz hebrea Pesach ó Phase, como quieren otros. Pero pasemos adelante. Este pues, sea quien se fuere, como hubiese buscado y encontrado fácilmente á los hermanos Acisclo y Victoria, quiso obligarles á que renunciando la religion cristiana venerasen á sus dioses; pero detestando generosamente dichos

santos un tal hecho, determinó atormentarles con exquisitos suplicios de que saliendo siempre vencedores, acabaron su vida con glorioso martirio. Es muy extraño lo que refieren de las ruedas, por cuyo medio metiendo fuego debajo, revolvian los cuerpos de los santos hermanos, habiéndoles antes untado con aceite y manteca. Con todo, no será fuera de propósito pintar á dichos santos mártires y pios hermanos, como que están padeciendo este acerbísimo tormento, aunque es verdad que Acisclo acabó su vida atravesándole una espada por la garganta, y Victoria, verdaderamente vencedora, atravesado su cuerpo con flechas: fuera de esto no me queda más que advertir.

2. Santa Isabel hija de Andrés rey de Hungria, dió insignes señales de penitencia cristiana y de fervorosa caridad, dejándonos admirables ejemplos que imitar, en los tres estados de su vida, de vírgen, de casada y de viuda. Con efecto, esta santa deseando seguir una senda de vida más pura y estrecha, nunca hubiera consentido en casarse; pero rindiéndose humildemente á la voluntad de sus padres, la casaron con Luis, príncipe de Hesse y de Turingia ó como le llaman los alemanes, Landgrave, hombre cristiano y pio, el cual habiendo muerto al cabo de pocos años, abrazó Isabel la vida de una viuda santa cual la describe el apóstol; de suerte que con razon se puede decir de ella, lo que canta la Iglesia de las santas viudas: «Muchas mujeres juntaron riquezas, mas tú las sobrepujaste á todas.» Cuanto á sus imágenes, no hay para que pasemos de ellas mucho cuidado, por afirmar constantemente los escritores de la Orden de san Francisco, que muerto su marido, vistió el hábito de las penitentes de la Orden Tercera, que es de color pardo y tira á negro. Por lo que, si se la pinta con este hábito y además con velo en la cabeza, no trabajará en vano el pintor sensato y erudito.

3. Representan los pintores á la célebre vírgen y mártir santa Cecilia, sentada y tañendo con sus manos aquella sonora máquina, que por constar de flautas de varia magnitud llenas de aire, casi por antonomasia llamamos órgano. El motivo de esto parece ser, en que en el rezo de esta santa, se

dice expresamente: «Tañendo los órganos, Cecilia cantaba al Señor, etc.» Sé muy bien que no han faltado algunos á quienes no les ha gustado semejante modo de pintar, pensando que el órgano es invencion más moderna y que no es adaptable á los tiempos en que vivió esta santa. Pero engáñanse, porque los órganos, ya sean hidráulicos ó ya pneumáticos, son mucho más antiguos no sólo que los tiempos en que floreció santa Cecilia, sí tambien que otros más remotos: pues de ellos se hace expresa mencion (omitiendo á otros) en Vitrubio y Ateneo. Vea quien gustase á Guidon Pancirolo (1), y allí mismo á Enrique Salmuth: por lo que no es de extrañar, que de los órganos, particularmente de los hidráulicos, haga elegante mencion Claudiano (2).

No que por esto sean reprehensibles otros pintores que pintan á santa Cecilia tocando con los dedos otro instrumento músico, ya sea el que vulgarmente llamamos laud, ya el que en castellano llamamos arpa, instrumento que tocan con mucho primor nuestros españoles, pues todo esto concuerda muy bien con el nombre comun de órgano ó de instrumento músico, como advertirá cualquiera, sin que tenga necesidad para ello de leer á ningun autor.

4. La imágen de san Clemente Papa y mártir parecerá muy bien, si junto á él se le pinta un áncora, con que dicen haberle echado al mar. Porque, si bien algunos dudan mucho de las Actas de este santo ó de la sinceridad de ellas, seria yo muy necio si me detuviera en referirlas, como si fuera una cosa que condujera mucho para lo que mira principalmente á mi asunto.

5. Los hechos é historia de la celebérrima vírgen y mártir santa Catalina, es una de las cosas más oscuras en las narraciones eclesiásticas. Pero no por eso se ha de omitir el modo de pintar ó de esculpir su imágen, debiéndose observar en primer lugar, el pintarla con aquella rueda ó máquina ar-

(1) Rerum memorabil., lib. 1, de Music., lit. 11.
(2) Claudian., in Panegyr. Theodori.

mada con pequeñas navajas, para despedazar cruelmente el cuerpo de la santa vírgen, porque si no, apenas habria quien conociese ser ésta la imágen de santa Catalina, y no pensase que era la de otra santa. Es tambien cosa muy comun y recibida el representar echada á sus piés la cabeza de su mismo padre: no por esto se signifique Majencio emperador romano, como observó muy bien un diligente escritor de estas materias, sino ó ya su propio padre, ó bien Maximino ó cualquier otro tirano.

6. La efigie con que todos los fieles representan singularmente al ilustre apóstol san Andrés (pues cuanto á sus hechos y Actas más quiero no decir nada que hablar algo doterminadamente sobra ellas) es la de pintarle con una cruz, que por ambas partes forma ángulos, parte agudos y parte obtusos. Y así, segun mi dictámen, siempre deberá pintarse de este modo, por más que Molano, á quien tantas veces he ciiado, note y afirme (1), que la cruz de san Andrés en la iglesia de san Víctor de Marsella, tuvo la misma figura que la de Cristo, representando un palo clavado sobre otro, de suerte que de su interseccion resulten ángulos rectos.

CAPÍTULO VI

De las imágenes y pinturas de san Francisco Javier, de santa Bárbara vírgen y mártir, de san Nicolás obispo, y de san Ambrosio tambien obispo.

1. La imágen de san Francisco Javier, á quien sus trabajos apostólicos le dieron el renombre de apóstol de las Indias, es bastante frecuente y recibida en el Orbe cristiano: acerca de la cual apenas se ofrece nada que advertir por haber tratado este punto con tal cuidado y diligencia por los

(1) Lib. 3, cap. 51.

Padres de la Compañía (debiéndose tener por cosa cierta, que fué miembro y gran lumbrera suya, por más que digan y parlen otros con imprudencia ó desvergüenza), que sería un trabajo supérfluo detenerse en este particular. Sólo advertiré una cosa ligera, y es, que más comunmente se le pinta con estola, y además con aquel adorno que usan los predicadores en muchas partes de la Europa, lo que, si bien no está en uso en nuestra España, sin embargo, no debemos apartarnos de este acostumbrado y recibido modo de pintarle.

2. La historia de santa Bárbara vírgen y mártir contiene muchas cosas que necesitarian de exámen entre los críticos. Con todo deberá pintarse como regularmente se acostumbra, esto es, con la torre y demás adornos que por lo comun suelen añadirle.

4. San Nicolás obispo, es uno de aquellos santos á quien Dios singularmente despues de muerto, ha querido ilustrar y engrandecer con muchos y esclarecidos milagros: cosa que celebra la Iglesia como un grande elogio de este santo con las siguientes palabras: «Oh Dios, que honraste con innumerables milagros al bienaventurado obispo Nicolás, etc.,» lo que debe tenerse presente para la pericia y recta inteligencia de las imágenes de tan insigne prelado, por fundarse muchas de ellas y tambien sus adornos en algunos de sus ilustres hechos. Tal es el pintar muchas veces junto á su imágen un hermoso muchacho de diez ó doce años, llevando en una mano un jarro de oro ó dorado, y en la otra una palangana para lavar las manos: lo que nadie duda haberse originado de aquel milagro con que quiso Dios ilustrar á este grande varon: el caso pasó así:» como hubiese sido llevado cautivo un muchacho, el cual por ser hermoso ó de buen parecer paró en servir al rey ó al gran señor de aquellas regiones, advirtió éste un dia (que era aquel en que se celebraba la fiesta de san Nicolás) que su paje estaba más melancólico y postrado de tristeza que lo regular. Preguntó la causa de ello al muchacho, el cual, «no lo extrañes, señor, (le dijo) porque hoy se celebra entre los mios la fiesta de un santo grande amigo de Dios, y de quien se nos refiere haber obrado mu-

chos milagros, y yo sin embargo tengo que estarme aquí esclavo.» Díjole entonces el rey ó aquel dinasta: «Pues si este santo es tan poderoso como dices, veamos á ver si podrá librarte de mis manos y de la esclavitud.» Esto dijo, cuando el muchacho estaba teniendo el jarro lleno de agua con que el rey debia lavarse las manos. Pero no quedó sin castigo la jactancia del bárbaro: pues desapareciéndosele luego de su vista, compareció casi en el mismo instante entre los suyos, llevando en sus manos el jarro y la palangana. Por lo que, con muchísima razon se añade este adorno á la imágen de san Nicolás. Muchas otras cosas de esta clase podian advertirse aquí: pero no debo ir siguiendo por menor cuanto sobre ello podria decirse, no fuera caso que alguno me objetara lo que Apeles echaba á menos en Priógenes, esto es, que no sabia levantar la mano de sus pinturas, como que queria recorrerlo y apurarlo todo en ellas.

5. Pintan á san Nicolás de color muy oscuro y casi negro, lo que creeré haber dimanado, no de que en Lycia donde el santo pasó la mayor parte de su vida nazcan los hombres ó sean negros, sino de que los orientales representan frecuentemente sus imágenes de un color, ó enteramente negro, ó que tira á negro: lo que no sólo se echa de ver en las imágenes de los santos, sino tambien en las del mismo Cristo y en las de su santísima Madre, como aún se ve en el dia de hoy.

6. En cuanto á sus adornos, es ya costumbre muy recibida el pintarle con aquella vestidura sacerdotal que sin impropiedad llamaríamos en latin *colobium*, y que vulgarmente llamamos casulla, por ser esta vestidura muy propia de los sacerdotes, ya sean obispos ó no lo sean. Pero no me acuerdo haberle visto pintado nunca con mitra, y con razon: por cuanto este adorno fué totalmente desconocido en los tiempos antiguos, y sólo se introdujo y lo recibieron los latinos ú occidentales muchos siglos despues de san Nicolás. Lo que conocerá fácilmente cualquiera que esté medianamente instruido en la historia y disciplina eclesiásticas. Esto es lo que me ha parecido advertir de paso acerca de las imágenes y pinturas del esclarecido prelado san Nicolás.

7. Por lo que respeta á las imágenes de san Ambrosio, es necesario advertir que le pintan con una colmena, lo que sin duda se ha tomado de lo que la Iglesia refiere de él en su rezo, como muy digno de observacion, con estas palabras: «En la boca de este niño dicen haberse puesto un enjambre de abejas, lo que daba á entender su divina elocuencia.» Pero no quisiera que esto se entendiese, de suerte que sospechase alguno que san Ambrosio solamente fué suave y melífluo, y en ninguna manera acre y fuerte; lo que manifestó bastante, no sólo con hechos, si tambien con palabras siempre que lo pidió la ocasion. Porque en su tiempo (omitiendo otras cosas) Simaco Romano, hombre elocuente, escribió una larga Apología á favor del Altar de la Victoria, pretendiendo que debia colocársela en el lugar donde antes estaba, y venerarse conforme antes se hacia: á que respondió san Ambrosio con tanto nervio y elegancia, que se llevó tras sí las aclamaciones de los eruditos.

8. Juan Molano, autor siempre digno de alabanza, afirma constantemente ó lo supone, que en algunas partes suelen pintar á san Ambrosio con un azote en la mano (1), de que da varias razones el mismo autor. La primera, por su ingénua libertad en hablar, con que ni áun perdonó él emperador Teodosio: la otra, por haber desterrado enteramente de la Italia á los arrianos; á la manera que Jesucrito habia echado antiguamente del templo á los que compraban y vendian. Y la tercera, que acaso es la más verosímil, en memoria del beneficio que hizo el santo á los milaneses, por la victoria que consiguieron el año de 1338. Pero todo esto no está generalmente recibido: y así no es menester detenernos mucho en confirmarlo. Esto es lo que me ha parecido digno de alguna nota, cuanto á la imágen de san Ambrosio.

Por lo que respeta á la pintura de la Concepcion de la Santísima Vírgen, hemos tratado ya de ella arriba, en el libro 4, cap. 2.

---

(1) De Imagin. lib. 3, cap. 54.

CAPÍTULO VII

De las imágenes y pinturas del Papa san Dámaso, y de santa Lucía virgen y mártir.

1. Si muchos no fuesen tan atrevidos en escribir como los pintores en representar á la vista lo que se les antoja; por cierto que no habria motivo de tocar aquí algo de la pintura de san Dámaso Papa y confesor. Pero muchos hay que que se atreverán tal vez, y pretenderán probar, así por medio de pinturas (en cuanto les sea posible) como por escrito, que el Papa san Dámaso no solamente fué español, á que asiento gustoso, pero que fué natural de Madrid. De esta manera piensan algunos engrandecer la gloria de las villas y de las ciudades, que lejos de ilustrarles con semejantes imposturas y ficciones más presto se disminuye. No fué, pues, madrileño el Papa san Dámaso, ni aún castellano, aunque fué español, sino que nació en aquella provincia de Lusitania, que ahora más rigurosamente llamamos Portugal, en la ciudad de Guimaraens, de la provincia entre Tajo y Miño. Todo esto, con mucha prudencia y elegancia como acostumbra, dice y prueba don Nicolás Antonio, dignísimo siempre de toda alabanza (1). Lo contrario carece de todo fundamento probable, por haberse tomado del fingido Flavio Dextro (¡ilustre orígen por cierto!) que fingió ésta, como otras muchas cosa de su cerebro, y quiso vendérnoslas por verdaderas, sin embargo de que sólo referirlas es evidentemente impugnarlas.

2. Un autor dijo graciosa y prudentemente que hay muchas cosas que las creen los muchachos y despues cuando son hombres, no por otra razon, sino por haberlas oido de

(1) In Bibliot., vesteri lib. 2, c. 6, n. 184.

sus padres (1), lo que se verifica con lo que ahora vamos tratando. Porque pintan y describen los pintores á santa Lucía vírgen de Siracusa, de la manera siguiente. Atribúyenle primeramente la palma y laureola del martirio; en que hacen muy bien, por haber sido en efecto esta santa vírgen y mártir, y tal que por la celebridad de su nombre no necesitaba de que quisiesen hacerla más célebre con ficciones: pero los pintores, como son pródigos en tributar honores que ellos fingen muchas veces, pintan á esta santa teniendo un pequeño plato donde están los ojos que fingen ellos haberse arrancado la misma santa violentamente: pensando ser ésta la vírgen que habiéndose sacado los ojos se los envió al impuro amante. De que están tan persuadidos todos, áun los que no debieran, que ni se atreven á dudar de ello. Pero, que esto sea evidentemente falso, y en realidad erróneo y no conforme ó contra la verdad de la historia, es fácil de demostrar. Lo primero, por el profundo silencio que hay sobre esto en sus Actas y escritos, no sólo de los antiguos pero áun de los que no son tan antiguos, sino modernos, los cuales, todos, sin exceptuar uno sólo, no hacen ni la más ligera mencion de un hecho tan admirable, lo que sin duda hace mucha fuerza. Pues los que pensaron (ciertamente sin hacer bastante exámen sobre ello), que esta razon no pasaba los límites de un argumento meramente negativo; fuera de que le redargüieremos luego con otros argumentos, parece que ignoran ó que quieren desentenderse de la fuerza que tiene en este caso el argumento negativo: lo que se hará más evidente con las razones y autoridades con que probaré y manifestaré luego quién fué esta santa Lucía.

3. Conoció esto muy bien un autor de no poca fama, el Padre Pedro de Ribadeneyra (2), cuyas palabras quiero poner aquí: «Comunmente (dice) pintan á esta preciosa vírgen con sus ojos en un plato que tiene en sus manos. La causa

(1) Juven., sat. 14.

(2) Ribadeneyr., en el Flos Sanctor., 13 Diciembr., tom. 6.

de pintarse así su historia no lo dice, ni tampoco que se haya sacado los ojos por librarse de un hombre lascivo que la perseguia, como algunos escriben. Y el *Prado Espiritual* que es libro antiguo y que tiene autoridad, atribuye este hecho á una doncella de Alejandría.» Y lo que luego añade, de que muchos movidos de una firme fe y devocion, encomendándose á santa Lucía, alcanzaron por su intercesion no pocos beneficios de Dios acerca de la vista corporal, y que esto está confirmado por la experiencia, téngolo por verdadero: pero niego que lo dicho proviniese del mencionado error, sino que dimanó de la fe y devocion que tuvieron á la santa. Pero demos otras pruebas que convenzan lo mismo á los lectores, con tal que no estén ciegos ú obstinados.

4. Y ya que tratamos de imágenes, opongamos á las falsas otras pinturas verdaderas y racionales. En el convento de Madrid que llaman de la Pasion, que sirve de hospedaje á los Padres Dominicos, he contemplado repetidas veces la imágen de una santa monja de dicha Orden, teniendo en un pequeño plato los ojos que ella misma se sacó: asimismo he oido frecuentemente ser esta imágen la de santa Lucía de Bolonia, Monja de la misma Orden de Predicadores, que ejecutó aquella gloriosa hazaña, que por una crasa ignorancia de los hechos se atribuye á santa Lucía mártir. Pero oigamos á otros escritores sobre la misma materia, y defiendan los Padres de la Compañía á los religiosos Dominrcos. El Padre Enrique Engelgrave (1), erudito flamenco, refiriendo este mismo suceso, dice así: «Resplandece aquí Lucía, hija de la Religion de santo Domingo que ejecutó una noble accion, que excede á la condicion de su sexo; ¡solicitándola frecuentemente un varon noble para malos fines ¿qué es lo que hay en mí (le dijo) que tanto amas? Tus ojos, le respondió (2). Enojada entonces consigo misma la casta vírgen, ¿así es (dijo) que yo con mis ojos hago daño en las almas de los mortales

(1) Engelgr., Lux Evangelic., 19, § 6, pág. 182.
(2) Ovid., ep. 19.

y las pierdo? Sigo el consejo de mi Maestro: «Si tu ojo derecho te escandaliza, arráncatelo y arrójalo de tí.» Arrancóse, pues, ambos ojos y enviólos al que torpemente la amaba, el cual con cuatro ojos recibió tanta luz de Lucía, que cerrando los suyos á la vanidad los abrió á la verdad: y despreciando al mundo entregóse á sí y á todas sus cosas á la Religion de santo Domingo, para que allí se guardaran.» Hasta aquí este pio y eruditísimo escritor, el cual no podia decir cosa más expresa ni más elegante. Y en todo suscribe á él Mateo Radero (1), otro erudito autor de la misma Compañía: y así, instruidos con tan claros testimonios aprendan los hombres vulgares y poco entendidos á no vender por verdaderas sus propias imaginaciones y á escribir con más juicio: de este modo quedará sentado entre los doctos que aquella vírgen que se sacó á sí misma los ojos no fué la vírgen y mártir de Siracusa, sino una monja de la Orden de santo Domingo.

CAPÍTULO VIII

Varias cosas acerca de la imágen y pintura de santo Tomás apóstol y una anotacion que no será desagradable.

1. Muchas cosas nada vulgares podrian notarse sobre las imágenes y pinturas de santo Tomás apóstol. Y por cuanto hemos dicho repetidas veces, que no se comparan mal las imágenes con los libros; convendrá advertir aquí primeramente, en qué han faltado los pintores acerca de las imágenes de santo Tomás, los cuales han obrado las más veces ignorantemente, cuyo rumbo han seguido algunos escritores no menos ignorantes. Pintan por lo comun á santo Tomás entre los últimos apóstoles, lo que ciertamente es un absurdo: pues san Márcos, al cap. 3 de su Evangelio le numera en

(1) De Sanctis cæcis cap. 3, § 8.

el octavo lugar: el Evangelio de san Lúcas cap. 6, en el séptimo: los Hechos Apostólicos, cap. 1, en el sexto: y lo que es muy digno de advertirse en el sagrado Cánon de la misa, se le numera tambien en el sexto lugar, como fácilmente lo verá cualquiera que tenga presente los nombres como están allí: «Petri, Pauli, Andreæ, Jacobi, Joannis, Thomæ.» Esta asignacion de lugar, la excusa en cierto modo y al mismo tiempo la reprehende Molano (á quien tantas veces hemos citado) (1), lo que hace con palabras muy terminantes: «No haria (dice) mencion de esta asignacion del puesto que dan á santo Tomás, á no pensar que los pintores, por cierto mal juicio que forman, tienen en menos á este apóstol por haber dudado de la Resurreccion de Jesucristo.»

2. Mas, sobre si este beatísimo apostol, palpó, no sólo la carne impasible de Cristo resucitado, si tambien sus llagas; aunque por lo comun parece cosa fuera de duda á los que leen con reflexion el Evangelio, no faltan, ó á lo menos no faltaron, quienes lo han dudado. Sobre este punto me persuado que será muy del caso referir aquí á mis lectores una narracion, que no les ha de ser ni inútil, ni desagradable. En cierta ciudad dedicada á este santo apóstol, en la isla de Madrastapatán en las Indias orientales, se ve una imágen del apóstol santo Tomás, el cual dicen haber predicado allí; pero no está pintado como le pintan entre nosotros (2) sino de un modo enteramente diverso, esto es, juntas las manos ante el pecho. El orígen de esto, es el haber predicado en la misma ciudad un religioso francés, el cual disputó valientemente sobre que debia pintarse de aquel modo á santo Tomás, por pensar que el mencionado apóstol no tocó jamás la carne impasible ó las llagas del Señor. Tan opuestos como eso son muchas veces los juicios de los hombres, en que caen sin embargo varones de mucho nombre. Y para que

(1) Lib. 3, cap. 56.

(2) V. el Ilustr. y Rev. Navar., tom. 1, de Rebus Sinicis, tract. 6, cap. 20, pág. 379.

todo ello se vea más claro, no será fuera de propósito poner aquí, aunque suscintamente, los pareceres de hombres muy sabios.

3. El cardenal Francisco de Toledo, escritor á la verdad de primer órden, tratando diligentemente esta materia, segun su costumbre (1): «Todos confiesan (dice) que santo Tomás tocó las llagas de Cristo, segun el precepto del Señor; el cual se lo mandó para dejar, no sólo á Tomás, sino á todos los fieles, un argumento eficaz de su Resurreccion.» Del mismo modo lo han entendido, no solamente otros expositores, sino lo que es de mucho peso, toda la sagrada Orden de Predicadores que por lo mismo son expositores tambien: y así leemos en el Oficio eclesiástico que esta Orden tiene para la fiesta de este apóstol: «O Thoma, qui meruisti Christum tangere; Oh Tomás, que mereciste tocar á Cristo.» Lo que es preciso entenderlo de Cristo y de su purísima carne, despues de resucitado; pues que mientras vivió Cristo en esta vida mortal, á todos permitió que le palparan: ¿y qué digo, que le palparan? que le trataran injuriosamente, que le abofetearan y por último, que le crucificaran. Quede pues esta opinion, ó error, entre aquellas paradojas con que se deleitan los que no meditan ni leen las cosas con la debida madurez y juicio. Pero vamos á otra cosa.

4. Los pintores con quienes tengo yo muchas veces mis disputas, conceden con liberalidad varias cosas, sin hacer antes por lo comun un recto y juicioso exámen sobre los asuntos que tratan. Entre ellas debe numerarse el martirio de santo Tomás apóstol, ó por hablar más rigurosamente, el género de muerte que padeció: lo que sin embargo pudieran saberlo áun los más vulgares, por lo que dice de él el Martirologio Romano, el cual (por no dar lugar á ninguna otra excusa) anda traducido y en manos de todos, en idioma español. Las palabras del Martirologio Romano dicen así: «En Calamina se celebra la fiesta del bienaventurado Tomás apóstol, el

(1) Tolet., Comment. in Joan, c. 30.

cual predicó el Evangelio á los partos, á los medos, á los persas y á los hircanos, y llegando finalmente á la India, como hubiese instruido á aquellos pueblos en la Religion cristiana, por órden del rey murió atravesado á lanzadas.» Y para que esto no lo ignoren totalmente los lectores; quiero tocarlo de paso aunque con mucha brevedad. *Calamina*, de quien se habla aquí, es una ciudad de la India, que poco ha la llamaban los geógrafos y sus moradores, *Meliapor:* pero hoy, por el gran número de habitantes y portugueses que concurren allí, la llaman la ciudad de Santo Tomás, donde ciertamente consumó su martirio y gloriosa muerte el bienaventurado apóstol, traspasado no con muchas lanzadas, segun parece, sino con una sola. Lo que, como otras muchas cosas, han notado exactísimamente los escritores de las Indias, á quienes con sólo nombrarles se les elogia: pues nedie puede ignorar que tales son Gerónimo Osorio obispo de Silva, Juan de Barrós (1), y otros que casi tienen igual fama.

5. Mas como el mencionado Osorio, autor á quien nunca se le puede alabar bastantemente, no sólo describió el hecho, sino que lo ilustró en gran manera; séame permitido poner aquí sus palabras como á ejemplar de una narracion histórica; dice pues (2): «El año del nacimiento de Cristo 1562, el obispo de Cochima envió al cardenal Enrique un testimonio auténtico, que contenia una historia digna de conmemoracion. En aquella ciudad, que dijimos llamarse Meliapor, y que desde que los portugueses empezaron á frecuentarla, la llaman la ciudad de Santo Tomás, habia edificada en un collado una capilla, por afirmar sus moradores, que en aquel lugar los enemigos de la religion habian muerto á Santo Tomás. Habia allí la costumbre, que en dicha capilla, ocho dias antes de la Natividad del Señor, se celebraba el santo sacrificio de la Misa, y se juntaban allí todos los cristianos. A mas de esto, catorce años antes, se habia en-

(1) Barrós, Decada 3 Asiæ, lib. 7.
(2) Ossorio, de Rebus gestis Emmanuelis., lib. 3.

contrado en aquel collado una cruz esculpida en una piedra, y en lo más alto de ella habia la figura de una paloma: la basa estaba sentada sobre cierta especie de hierbas, que se extendian muchísimo; y así lo alto de la cruz, como la basa, ó pié de ella, y sus brazos remataban en forma de azucenas; á que se añadia un arco hecho de la misma piedra, que lo resguardaba todo. Habia en el arco letras esculpidas, que nadie podia leer. Toda esta mole entera, que era bastante grande, trabajando para ello mucha gente, la colocaron sobre el altar de la misma capilla. En la cruz se distinguian ilustres señales de sangre. Sucedió, que el dia que los cristianos se juntaban allí, ocho dias antes de la Natividad de Cristo, para celebrar en aquel templo la salutacion que hizo el ángel á María Santísima, comenzando el Evangelio el sacerdote que celebraba la misa, se convirtió la cruz en color negro: y manó de ella un licor, con tanta copia que parece increible: luego, en vez del color negro, tomó el de cerúleo; y en las partes donde estaban las señales de sangre, se echó de ver un resplandor de color de rosa. Los años siguientes sucedia siempre lo mismo en dicho dia: pues en ningun otro (lo que causaba más admiracion) se veia tal cosa en aquella cruz. Sin embargo hubo algun tiempo en que se interrumpió este suceso que á todos parecia admirable. Pero el año de 1561, juntándose los cristianos en dicho lugar con igual pompa y solemnidad, el mismo dia en que la cruz, durante la misa, solia destilar aquel licor; como el sacerdote empezase el Evangelio (pues eso tambien causaba admiracion, que nunca se veia tal mutacion antes que se empezase á leer el Evangelio) se tiñó de repente la cruz con manchas negras, aunque resplandecientes, hasta que añadiéndose otras y otras, se volvió enteramente negra; pero relucia de tal modo, como sí la hubiesen untado con aceite. Entre tanto empezaron á caer gotitas á manera de rocío, las que haciéndose poco á poco mas grandes, llenaron toda la cruz de un humor copiosísimo. Celebró el sacerdote su sacrificio con muchas lágrimas y continuos sollozos: subió luego al altar y limpió la cruz con los lienzos de que solia usar para las cosas sagra-

das, los cuales al instante quedaron teñidos con manchas de sangre. El gobernador de la ciudad, y demás muchedumbre que se habia juntado, comenzaron á levantar las manos al cielo á implorar el auxilio de Jesucristo, á pedir perdon de sus pecados y á excitarse en los más ardientes actos de religion. Pero la cruz despues de haber manado mucho licor, comenzó á resplandecer más claramente y se echó de ver con más distincion el color de sangre. Esta señal estimuló al gobernador de la ciudad y al obispo para indagar con diligencia, si habria alguno que pudiese entender aquellas letras. Dijeron los habitantes que en el reino de Narsinga, habia uno entre los brachmanes, que excedia en literatura y erudicion, el cual sabia varias lenguas. Hácenle venir al instante pregúntanle si conocia aquellas letras. Respondió él, que aquellas eran letras antiguas de que usaban antiguamente los sabios; pero que la negligencia de los hombres habia hecho que no se tuviese ya conocimiento de ellas: dijo tambien que la lengua en que estaban escritas, habia muy pocos que la supiesen. Dícenle al brachman que suba al altar, á que él se resistió diciendo ser un delito execrable poner los piés en el altar donde se celebraba el santo Sacrificio. Subió sin embargo, aunque repugnante, y leyó las letras, cuya fuerza dijo ser tal, que una nota sola podia servir por diez, quince y áun veinte letras, y que el sentido de ellas era en suma: Que Tomás habia sido un varon divino á quien el Hijo de Dios, de quien era discípulo, le habia enviado allí en tiempo del rey Sagamo, para instruir á aquellas gentes en el conocimiento del Dios omnipotente: Que allí habia edificado un templo y obrado cosas admirables: y finalmente que haciendo oracion á Dios puesto de rodillas en aquella cruz, un Brachman habia traspasado su cuerpo con una lanza. Y que aquella cruz teñida con la sangre de dicho varon santísimo habia quedado para eterna memoria de sus virtudes. Este era el sentido que contenian aquellas letras: á que añadió más fe otro varon de la misma secta que hicieron venir de otra parte, el cual interpretó del mismo modo dichas letras. Yo ten-

go en mi poder un ejemplar de dicha cruz esculpido en la misma madera de que dicen haberse edificado aquel templo, juntamente con los papeles auténticos, sellados con las firmas de varios personajes, cuya fe se exploró entonces con tantas razones, que nadie puede dudar de unos monumentos tan claros y auténticos de este varon divino.»

6. Hasta aquí este doctísimo obispo, de donde se puede sacar el modo de pintar exactamente la imágen del apóstol santo Tomás, que en cuanto yo sé y entiendo deberá describirse del modo siguiente. Represéntese al santo arrodillado ante la cruz y junto á él uno de aquellos sacerdotes ó brachmanes, que le traspasa el cuerpo con una aguda lanza. Lo que concuerda admirablemente con el hecho, como echará de ver el que examine con atencion todo lo sucedido y coteje dicha pintura con la mencionada descripcion. Ni pasaria yo á advertir nada más, á no haber habido quienes observaron cosas todavía más menudas. Tales son las que anotó san Antonino, el cual reprehende á los pintores por pintar el cíngulo que dicen haber dejado la sacratísima Vírgen á dicho apóstol cuando fué subida á los cielos, por el motivo de haber dudado el santo de la Resurreccion de su divino maestro. Las palabras de san Antonino son estas (1): «Ni son dignos de alabanza los pintores cuando pintan cosas apócrifas, por ejemplo, cuando en el parto de la Vírgen representan comadres, y ponen á santo Tomás apóstol el cíngulo que dicen haberle dejado la soberana Señora en su Asuncion, por la duda que habia tenido.

(1) S. Antonin., 3, p. c. 4, § 3.

CAPÍTULO IX Y ÚLTIMO

De las imágenes y pinturas de san Estéban protomártir, de san Juan apóstol, y de santo Tomás obispo de Cantorberi.

1. Bien sabida es la historia del insigne y gloriosísimo protomártir san Estéban, la que vemos representada con los más vivos colores en los Hechos Apostólicos, y así no debo detenerme en sus hazañas: teniendo siempre presente, como debo, no ser de mi asunto el referir la série de los hechos ó historias de los santos, sí sólo lo que respeta á sus imágenes y pinturas. Esto supuesto, veamos cómo y de qué manera se deberá representar á este ínclito protomártir, para vindicar su imágen de toda nota de error ó de impericia.

2. Digo, pues, que no se le debe pintar viejo ni tampoco muy mozo, sino como jóven robusto y que podia ejercer muy bien el cargo de diácono para el cual le habian ordenado los apóstoles: cuyo empleo exigía por cierto robustez de fuerzas, como fácilmente verá cualquiera que lea los Hechos Apostólicos. Fuera de esto, debe representarse con semblante modesto, pero muy hermoso, como consta de aquellas palabras (1): «Y mirándole todos los que estaban sentados en el concilio, vieron su semblante como el de un ángel.» Y aunque algunos en el mismo acto de la pedrea ó de su martirio pintan aquella vision en que san Estéban vió abiertos los Cielos, no debería en rigor hacerse así, por haberla visto el sagrado protomártir cuando estaba aún en el concilio de los judíos. Todo se echa de ver por aquellas palabras (2): «Como estuviese lleno del Espíritu Santo, mirando al Cielo, vió la gloria de Dios, y á Jesus que estaba á su derecha.»

(1) Act., 6, 15.
(2) Ibid., 7, 55.

3. Y así, para que no se confundan impropiamente estas cosas que son de mucha importancia, desearia yo que se pintasen así. En el primer lugar podrá permitirse, que en el mismo acto de la pedrea ó de su martirio, se describa la gloria que se le representó, y el premio que ya estaba preparado para este glorioso testigo de la divinidad. Porque, sobre verse esto con mucha frecuencia en sus principales imágenes y pinturas, como se echa de ver en una insigne que hay en el gran Convento de Padres Predicadores de Salamanca (obra de Cláudio Coello pintor del rey), puede unirse con bastante oportunidad con lo que poco antes habia dicho el sagrado historiador, refiriéndonos la historia, pasion y martirio de san Estéban. Mas, aunque el adorno con que regularmente suelen pintarle y hermosearle, es por lo comun, el que hoy usan los diáconos en la misa solemne, quisiera sin embargo, que no fuera con tanta puntualidad como suelen practicarlo algunos, pero de un modo que no fuese muy diverso: pues es constante, que la dalmática, el collar y otras cosas semejantes, solamente se usaron en los siglos posteriores, y que no habia tal cosa en los tiempos en que padeció martirio el beatísimo protomártir. Digo esto, aunque por otra parte no ignoro que el pueblo cristiano y los fieles rudos, en ningun modo pueden comprehender bastantemente ser la pintura de san Estéban, si de alguna manera no se le pinta adornado y vestido como diácono. Cuanto á los que le apedreaban, hacen muy bien los pintores de pintarles hombres robustos y de muchas fuerzas, por concordar esto grandemente con su historia, como tambien el pintar á san Estéban, no en pié sino arrodillado, lo que es de fe, y consta de aquellas palabras (1): «Puesto de rodillas exclamó con voz fuerte.» Si todo esto se observa diligentemente como es razon, en nada será reprehensible la imágen del esclarecido protomártir san Estéban.

4. Ya antes hemos advertido y reprobado, que á san Juan

(1) Ibid., cap. 7, 59.

Evangelista, varon (si así podemos llamarle) superior á todo elogio humano, le pintan frecuentemente los pintores sin barba. Uno de estos es Pedro Sutor Cartujano de París, el cual en un libro verdaderamente erudito, pero en que no defiende buena causa, á saber, la que va notada abajo (1), apoya dicho modo de pintar con las siguientes palabras: «Los mismos pintores (dice) en esta parte más son dignos de alabanza que de vituperio, por pintar prudente, apta y oportunamente á san Juan como mozo y sin barba, ya por su edad, porque era mozo en el tiempo de la cena, ya por su perpétua virginidad, y ya finalmente á fin de proponer á los jóvenes un ejemplar para que á la manera de Juan consagren á Jesucristo la flor de su juventud, y procuren entregarse á sí mismos al servicio divino (2).» Esto dice el referido escritor; pero vea el lector lo que hemos dicho arriba, lib. 4, cap. 6, y lib. 5, cap. 1, n. 8.

5. Pintanle con el cáliz en la mano, así por las palabras que dijo Cristo (3): «De verdad bebereis mi cáliz,» como tambien porque, conforme escribe san Isidoro (4), habiendo bebido veneno no le hizo daño, segun la promesa de Jesucristo: «Si bebieren alguna cosa envenenada no les hará daño.» Añaden además para significar la cualidad de la bebida mortal, á una pequeña serpiente ó víbora saliendo del cáliz. Omito otras cosas que notan muchos acerca de la fiesta principal del apóstol y evangelista san Juan, por no ser tales que en rigor pertenezcan á sus imágenes.

6. Sobre las pinturas del martirio y muerte de los santos Inocentes, ya hemos dicho bastante en sus propios lugares, lo que podrá repasar quien gustase y el que quisiese que una misma cosa se repitiera una y muchas veces hasta causar fastidio. Mas, acerca de las imágenes de santo Tomás

(1) De triplici connubio Annæ., c. 5.
(2) Apud Mol., lib. 3, c. 58.
(3) Matt., 20.
(4) Lib. de Partibus novi Testamenti, cap. 74.

mártir y arzobispo de Cantorberi, bastará advertir únicamente que no se le deberá pintar vestido con los ornamentos solemnes y pontificales de mitra, báculo y otros semejantes: pues vemos suficientemente por su historia, que le mataron cuando iba ó estaba asistiendo á Vísperas. Pero no deberá omitirse la grande llaga que le hicieron en la cabeza, de donde manó con mucha abundancia su gloriosa sangre, saltándole su cerebro, con que quedó rociado el pavimento de la iglesia. Y esto baste por lo que es de mi asunto. Porque, cuanto á los demás santos que se celebran en el mes de Diciembre, no tengo necesidad de decir nada, por no ocurrir en sus imágenes y pinturas cosa alguna especial: y ya he advertido muchas veces, no ser de mi oficio el referir historias de los santos, sino notar solamente lo que es más digno de advertirse acerca de sus imágenes y pinturas.

APÉNDICE

QUE CONTIENE ALGUNAS ADVERTENCIAS SOBRE LAS IMÁGENES SAGRADAS QUE PERTENECEN AL TESTAMENTO VIEJO.

Si fuesen tan comunes las imágenes pertenecientes al Testamento viejo, como lo son las que pertenecen al nuevo y á la historia eclesiástica, habria muchas cosas que advertir y acaso tantas como las que hemos notado hasta aquí. Lo que dejarlo enteramente sin tocar sería á mi parecer un absurdo; singularmente para los que desean un tratado completo sobre este asunto, conforme parece lo pide, no sólo la proximidad de la materia, sino tambien su identidad. Notaré, pues, lo que parece más digno de advertirse, y los errores y extravagancias que se han introducido y se introducen en pintar los hechos del antiguo Testamento. Y para hacerlo con el debido método, dividiré la materia notando primero lo contenido en el primer libro de la Escritura, esto es, en el Génesis, y luego trataré de los demás siguiendo el órden que tienen en la sagrada Biblia.

CAPÍTULO PRIMERO

De los errores cometidos acerca de las pinturas del libro del Génesis.

1. El que haya visto como yo, varias láminas para dar á entender á los ignorantes lo que dice el sagrado Texto, no puede menos de quedar convencido de los muchos errores, é ignorancias que en ellas se han cometido, con tal que coteje lo escrito con lo pintado. Y entrando ya en mi asunto, pintan á nuestros primeros padres arrojados del Paraíso de delicias por ministerio de un ángel, el cual pone por obra la formidable sentencia (1): «Y arrojó á Adan y colocó ante el Paraiso de delicias á un querubin con una espada encendida y versátil para guardar el camino del árbol de la vida.» Pero píntanles desnudos, áun despues de arrojados del Paraíso; lo que sin embargo es falso, como se echa de ver por lo que se dice antes y por las siguientes palabras (2): «Hizo tambien el Señor Dios unas túnicas de pieles á Adan y á su mujer y los vistió.» No fueron, pues, arrojados enteramente desnudos, como los presentan siempre ó á lo menos, por lo comun. Y aunque no deja de tener dificultad el explicar cómo eran y de qué manera dichas « túnicas de pieles,» de que habla el Texto; pero esto toca á los expositores de la sagrada Escritura, siendo sólo propio del pintor el poner las cosas á la vista conforme el Texto simplemente las refiere.

2. Describen los pintores de varias maneras segun su antojo, las señales é indicios de la aceptacion divina en los sacrificios del justo Abel y la reprobacion de los de Cain. Pintan frecuentemente los sacrificios del segundo como que

(1) Gen., 3, 24.
(2) Ibid., v. 21.

sale humo de las cosas puestas sobre el altar y que tira hácia la tierra, y por el contrario, tirando el humo derechamente hácia el cielo en los sacrificios y oblaciones del primero, en las cuales pintan poco humo y muchas llamaradas. El Texto divino expresó todo esto con pocas palabras (1): «Miró Dios (dice) con agrado á Abel y á su presente. Y á Cain y á su presente, no miró.» Dichas señales: del divino agrado, ó de su reprobacion, las representaron los pintores del modo que llevamos dicho; pero esto lo afirman conforme á sus ideas y fantasía, como quiero demostrarlo brevemente. Digo pues, que la señal ó indicio de que Dios aceptaba las víctimas ú oblaciones puestas sobre el altar, era el que bajando fuego del cielo, consumia lo ofrecido: y el no descender fuego en las cosas que se ofrecian, era señal de que no agradaban á Dios. Podria señalar documentos de esto, así en las letras sagradas como en las profanas, como se verá por lo que diremos. Baste entre tanto referir lo que afirman los mismos gentiles, de los cuales léase á Servio, que dice (2): «En tiempo de nuestros mayores no se encendian las aras, sino que á súplicas hacian salir fuego celestial que abrasaba los altares.» Lo mismo confirma admirablemente un autor griego y erudito (3): «Los ministros (dice) del sacrificio amontonan sarmientos sobre las aras sin meter fuego en dicho monton, despues de haber arrojado las entrañas. Si Dios es propicio (esta es la prueba de la aceptacion del sacrificio) los sarmientos aunque verdes, reciben espóntaneamente el fuego y sin que nadie los incendie, los abrasa el Dios á quien se han ofrecido las víctimas.»

3. Y así afirmo con muchísima probabilidad, que esta fué la señal de que aceptaba Dios los sacrificios de Abel; y que acontecia lo contrario en las oblaciones de Cain, convéncese no sólo por la narracion del Texto, sino tambien por ha-

(1) Gen., 4, 41.
(2) Servius, in 12, Æneid.
(3) Pausan., in Eliacis, lib. 1.

ber sido de este sentir los mismos antiguos Padres de la Iglesia, entre los cuales fué comunmente recibida esta sentencia, pues de este parecer fueron san Cirilo (1), san Gerónimo, Procopio y otros muchos que pueden verse en los modernos intérpretes de la Sagrada Escritura, Pereyra y Alápide. Y áun vése esto clarísimamente por la misma narracion de la Escritura en los lugares que cito abajo (2); cuyos textos, que alego con la mayor fidelidad, no los transcribo por ser demasiado molesto para mí: pues cuanto me es posible procuro instruir y ser breve al mismo tiempo. De aquí se echa de ver, que la diferencia entre las oblaciones de Cain y la víctima de Abel, y entre la aceptacion de ésta y la reprobacion de aquellas, puede representarse muy bien, pintando el altar de Caín sin estar abrasado del fuego: y al contrario, la víctima esto es, el cordero del altar de Abel, con fuego bajado del cielo, cuyas llamas suban derechamente á Dios ó á lo alto. Por esta misma razon quedan reprobadas otras imaginaciones ridículas que insinuamos arriba.

4. Y aunque algunos pintan haber muerto Cain á su hermano Abel con una piedra ó bien con un leño, cosa que no puede fácilmente reprobarse, pero lo más comun es pintar muerto á Abel con una quijada de asno: lo que no parece haber tenido otro orígen que el de la historia de Sanson, el cual con una quijada de asno mató mil filisteos: «Y hallando á mano (dice el Texto) (3) una quijada de asno, tomóla y hirió con ella á mil hombres.» Pero no refiriéndose nada de esto en el Génesis, con la facilidad que los pintores han admitido esta imaginacion, con la misma queda desechada.

5. En lo demás, apenas hay nada que notar hasta la descripcion del Arca de Noé, materia que trató muy por extenso N. Pelletier de Rohan, aunque con tal prolijidad, que no

---

(1) Cirill. lib. 2, in Gen. Hier., in qq. Hebraicis. Procop., in Gen.

(2) Levit., 9, 24, 1. Paralip., 21, 26. 2. Paralip., 7, 1. 3. Reg., 18, 24, 38.

(3) Judic., 15, 15.

han faltado quienes han dicho graciosamente haber sido él uno de los habitantes del Arca. Pero en su preciosa obra, solo la describió con palabras, sin poner ninguna lámina á fin de que se representara mejor á la vista. Suplieron otros este defecto, pero no hicieron bien en no pintar el Arca rematando en punta sino casi enteramente llana. Lo que, fuera de ser contra la razon, se opone á aquellas palabras de la Escritura (1): «Harás que su punta remate en la altura de un codo,» lo que debe entenderse de modo que desde las extremidades del Arca, se levantara suavemente un techo puntiagudo de la altura de un codo de los que allí se refieren: lo que era necesario para recibir luz del cielo, que de otro modo no podia entrar fácilmente en el Arca.

6. Sería no solamente prolijo, sino molesto, el que quisiese ir notando cosas de poco momento tomadas del Testamento viejo, que se ven grabadas en varias láminas. Y sino ¿á qué viene, pregunto, el que en las estampas donde se representan los soldados de Abrahan, esto es, aquellos trescientos diez y ocho hombres, nacidos todo en su casa, que esto significa propiamente la palabra (2), *vernaculi*, se pinten tambien bestias militares, esto es, elefantes cargados con castillos y torres sobre sus espaldas? Esto, por decir ingénuamente lo que siento, más es desatinar que pintar. Son semejantes estampas un campo fértil de muchos absurdos, que por tanto no quiero ni puedo referirlos. Y así, omitiendo y dejando esto á parte, vengamos á otras cosas más interesantes, y que más fácil y felizmente pueden refutarse y convencerse de error. Tal es aquel hecho grande que Abrahan casi puso en ejecucion inmolando á su hijo. En muchas de estas tablas y pinturas se nos representa á Isaac, no como varon robusto, y tal vez ni aún como jóven sino como muchacho, lo que en ningun modo se puede tolerar: ni es menester ser hombre de erudicion vasta y profunda, para con-

(1) Gen., 6, 16.
(2) Gen., 14, 14.

vencer de falsa dicha pintura; basta la sencilla narracion del Texto, para que entiendan los pintores que Abrahan tuvo precepto de sacrificar á su hijo, no cuando éste era muchacho, sino siendo ya varon. Porque, primeramente dice la Escritura, que Isaac llevaba en las espaldas la carga de un jumento, á saber, una carga de leña con que habia de ser ofrecido en holocausto, como consta de aquello del Génesis (1): «Tomó tambien la leña del holocausto, y la puso sobre Isaac su hijo; y el mismo (Abrahan) traía en sus manos el fuego y la espada.» ¿Era, pregunto, muchacho ó tierno mozo el que llevaba en sus espaldas la carga de un jumento, á saber tanta leña cuanta era menester para que el ofrecido en holocausto quedase enteramente consumido, pues esto denota la palabra *holocausto*? No lo creo yo ni lo creerá nadie que haga sobre ello un poco de reflexion. Ni son menester en confirmacion de todo esto, suputaciones exactas de Cronología, que si bien no nos faltarian, basta solamente la narracion del hecho. Pero aún se observa mayor absurdo en algunas pinturas: porque muchos pintan á Isaac, cuando su padre iba á sacrificarle en holocausto, no como mozo ó jóven, sino verdaderamente muchacho ó niño, movidos del nombre que en el mismo lugar se da á Isaác: «Ego et puer illuc usque properantes.» En lo cual, cuán absurdamente obren, bastante discurro se puede ver por lo que llevamos dicho. Pues pasando en silencio el que cuando se le mandó á Abrahan sacrificar en holocausto á su hijo, fuese éste tierno mozo ó verdaderamente niño; no se echaba tanto de ver su obediencia para con su padre, y áun para con el mismo Dios: su obediencia, digo, que era símbolo y figura de la que prestó Jesucristo cuando como víctima fué sacrificado en la Cruz. Porque permitió Isaác ser atado, y que cargaran además sobre sus espaldas un haz de leña (2)! Portentosa imágen de la suma obediencia que Cristo habia de tributar á su Eterno Pa-

(1) Genes., 22, 6.
(2) Ibid., 1, 9.

dre! Accion que quiso el mismo Dios quedase aquí encarecida y recomendada. Pinte, pues, á Isaac el que no quiera delirar, no niño, no tierno y delicado jóven, sino ya varon, en quien se represente y figure el sumo obsequio y obediencia para con el Padre Eterno.

7. Los pintores imperitos no en su arte pero sí en los hechos de la historia, pintaron tambien como muchachos y aún los pintan, á Efraím y Manasés, hijos de José y nietos de Jocob, cuando convenia pintarlos hombres robustos. Como estuviese Jacob en Egipto y se viese ya enfermo y en la última vejez, llevóle su hijo José sus dos hijos Efraím y Manasés. Preguntó el santo viejo ¿quiénes eran? A que como respondiese José que no eran otros sino los hijos que Dios le habia dado, con estas palabras (1): «Son mis hijos que me ha dado Dios aquí,» añadió el Patriarca: «Tráemelos para echarles la bendicion.» Sabido es el hecho y su historia, pues me persuado que nadie la ignora, y en tanto lo tengo por cierto, que juzgo no dejan de saberla áun los mismos seglares que poco ó nada han leido la Sagrada Escritura: con efecto lo pueden ver en el libro escrito en lengua vulgar que llamamos en castellano Patriarcas y Profetas. En este hecho se representan en pié Efraím y Manasés junto á la cama de su abuelo conforme á la idea del pintor, que se los figuró muchachos, sin embargo de repugnar esto mucho á la verdad de la historia. Pintanles, digo, en pié, aunque por la reverencia y por otros motivos, debieran más presto pintarles arrodillados; y cuanto á lo que vamos tratando y reprehendiendo, les pintan muchachos, no obstante de ser constante que pasaban ya respectivamente de veinte y cinco ó de veinte y seis años. Propone todo el hecho y lo demuestra con la mayor claridad y exacta cronología, Jacobo Saliano (2) de la Compañía de Jesus, de suerte que no deja la menor duda á los lectores. Pero esto dimana de lo que ya hemos notado repetidas

(1) Gen,. 48, 9.

(2) Salian., Anal. Eccl., t. 1, ad ann. 2343, p. 394.

veces, á saber, que los pintores (y muchas veces los más famosos) tanto como fueron felicísimos en imaginar lo que querian, tanto por la ignorancia de los hechos fueron desgraciadísimos en sus imaginaciones. Y como en esta materia han acostumbrado á figurarse viejo al abuelo, y á sus nietos, no varones aún, sino muchachos; se engañaron en pintar niños á sus nietos cuando se arrimaban al venerable viejo. He dicho todo esto, para que no quede duda de que es error el haber pintado muchachos á Efraím y Manasés, y no varones, como era razon.

CAPÍTULO II

Errores que se han cometido y no se han advertido en las cosas que pertenecen al Pentateuco.

1. Como el blanco á que se dirijen todos mis conatos en este libro, es reprehender los errores que frecuentemente se cometen acerca de las pinturas de las imágenes sagradas, no es mi ánimo detenerme en las cosas de poca monta, sí sólo en aquellas que pueden convencerse y redargüirse de error. No son muchas las que de esta clase se ofrecen prontamente al que está escribiendo ó dictando, sin embargo de que en las otras á cada paso se ofrecen boberías y ridiculeces que notar, de que no debo hacer tanto aprecio que quiera sériamente impugnarlas. Y así omitiendo estas cosas de menor importancia, solo me pararé en las más graves y sérias. En la narracion de lo contenido en el libro del Exodo, advertiré desde luego con mucha oportunidad lo que mira á quella vision que se manifestó á Moisés de la zarza que estaba ardiendo y no se quemaba. Pintan aquí los pintores, no una zarza, sino un árbol encumbrado, séase el que se fuere, con mucho resplandor al rededor, pero sin representar ninguna figura en el fuego. No desatinan ellos en una sola cosa: porque en primer lugar, hace expresa mencion la Escritura, no de al-

gun otro árbol, sino determinadamente de aquella mata que llamamos zarza, diciendo en aquel lugar (1): «Veía (Moisés) que estaba ardiendo la zarza, y no se consumía.» Lo mismo dice el judío Philon que examinó esto con mucho cuidado, y cuyas palabras son muy dignas de ponerse aquí (2): «Vió (dice) una vision espantosa. Habia una zarza, mata por su naturaleza espinosa y endeble, que sin embargo de que nadie le aplicaba fuego, se encendia al instante, y que con haberse apoderado el fuego desde la raíz hasta la cumbre y salir sus llamas como el agua de la fuente, quedaba ella entera y sin lesion alguna, como si no fuera materia de aquel incendio, sino que el mismo fuego le sirviese de alimento.» Concuerda con este otro judío, pero no de tan buena fama, el cual dice (3): «En aquel monte vió (Moisés) un prodigio admirable, pues pareciendo que el fuego consumia la mata de una zarza, no hizo daño á las hojas, á las flores, ni á las ramas, sin embargo que de allí resplandecia una llama muy grande y encendida.» La zarza, pues, y no ningun árbol, era el lugar ó por explicarme así, el teatro de la vision, lo que elegantemente cantó Sedulio. Esto supuesto, como es razon ¿á qué viene pintar no una mata, sino un árbol? No es esto otra cosa, á mi entender, sino confundir de arriba á abajo la Historia Sagrada.

2. Dícese despues haberse aparecido el Señor á Moisés (4) «en la llama del fuego en medio de la zarza.» Lo que no puede concebirse á no representarse alguna forma ó figura visible en medio de ella: éste es puntualmente y no otro el parecer de un hombre grande y bastante perito en estas materias (5): «De en medio (dice) resplandecía una cierta forma hermosísima, que no era parecida á ninguna otra visi-

(1) Exod., 3, 2.
(2) Philo, lib. 1, de vita Mosis.
(3) Exod., 3, 2.
(4) Exod., 3, 2.
(5) Philo, lib. 1, de Vita Mosis.

ble, un divino simulacro resplandeciente con una luz clarísima, de suerte que podria sospecharse ser la imágen de Dios: llamémosla ángel, por cuanto pronosticó lo futuro cuando era más magnífica la vision.» Y así, el que no quiera errar, pinte en medio de las llamas de la zarza, una forma ó figura hermosísima con que se signifique que el mismo Dios ó un ángel resplandeciente se apareció visiblemente á Moisés, y de este modo se hará manifiesto el haberse aparecido Dios á Moisés, y conversado con él de en medio de la zarza que estaba ardiendo, pero sin consumirse.

3. Todavía es mayor absurdo la figura con que pintan á Moisés, á saber, con resplandores que le salen, no del rostro, sino de la parte posterior de la cabeza, dispuestos de tal modo que hacen como unos cuernos: error ciertamente el más absurdo que pueda ofrecerse. Y para que todo se haga más claro, será del caso explicar aquí de una vez todo lo que debe saberse acerca de este modo de pintar á Moisés, proponiendo los pareceres de hombres grandes que observó el sabio Molano (1): «Luis Lipomano obispo eruditísimo, in Catena ad cap. 34, Exodi. No se encuentra (dice) en el texto hebreo que Moisés tuviese el semblante con cuernos, sino que le tenía resplandeciente.» De que infiere el mismo autor: «Se puede enmendar la mala costumbre del vulgo que pinta á Moisés con dos cuernos: pues no es así, sino que ya de la frente, ya de la nariz, ya de la boca, ya de la barba, le salian rayos de luz.» Del mismo modo habla Agustin Stheuco Eugubino (2), el cual añade: «Hacen pues burla de nosotros y nos maldicen los judíos, cuando ven en nuestros templos á Moisés pintado con cuernos en su semblante, como si pensáramos nosotros, segun ellos neciamente interpretan, que Moisés era un diablo.» Baste esto sobre dicha pintura: el que quisiere enterarse más sobre este punto, vea lo que hemos dicho arriba tratando de la Transfiguracion del Señor, lib. 3, cap. 13, n. 4.

(1) Mol., lib. 4, c. 25.

(2) Sobre el mismo lug., c. 34. Exod.

4. Para significar y dar á entender la fertilidad de la tierra de promision, algunos, ó imperitos ó que no son suficientemente fieles (pues tengo de ello alguna sospecha), pintan un racimo, no de aquella magnitud que describe el sagrado Texto, sino mucho menor. Pintan, pues, un racimo pendiente de una percha, pero que no lo llevan dos hombres sino uno solo: sin duda que con mala fe é intencion. Y si no, léanse las palabras de la Escritura (1): «E yendo hasta el arroyo de Escol, cortaron un sarmiento con su racimo que llevaron dos en una percha.» Por lo que, si un hombre solo no pudo con él y fueron menester dos para llevar, no un racimo como quiera, sino colgado del sarmiento en una percha, manifiestamente se convence que el racimo fué muy grande, y mucho mayor que el que pintan los malos pintores. Esto sucedió puntualmente, segun las palabras expresas del Texto: «Que llevaron dos en una percha.» Luego, ó está engañado, ó es un ilusor, el que lo pinta de otro modo. Un insigne intérprete de la Sagrada Escritura (2) tratando diligentemente como suele y refiriendo primero las uvas de mucha magnitud que nacen en varias partes del mundo, propone siempre el hecho como admirable, pero no como increible, segun parece ó parecerá á los incrédulos. Expone despues, clara y cómodamente la narracion del Texto, cuyas palabras transcribiría gustoso, pero son largas, y no es conforme á mi costumbre vaciar á manos llenas los escritos ajenos. Basta lo dicho para convencer de errónea la pintura en que se ve pintado el racimo como que lo lleva un hombre solo y no dos, y sin estar colgado de una percha.

(1) Num. 13, 24.
(2) Corn. Alap., ad hunc. locum.

CAPÍTULO III

Errores poco advertidos en las demás pinturas del Testamento viejo.

1. Lo que llevamos dicho y advertido hasta aquí, podria parecer bastante para hacer ver absolutamente los errores que han cometido los pintores ignorantes ó de mala fe, pero he querido añadir este capítulo para que quede ilustrada más copiosamente la dignidad de la materia. Notaré, pues, primero algunas cosas más particulares, y que parece son más propias de mi asunto. Y para observar algun método, daré donde convenga algunas reglas generales, que atendidas las leyes y costumbres de los israelitas, podrán servir para conocer dónde se habrá cometido error notable, y dónde no.

2. Pintan, pues (comenzando por aquí) arrojada por la muralla de la ciudad de Abela, la cabeza de Seba, conforme se lee en el lib. 2, de los Reyes cap. 20, v. 22, con estas palabras: «Los cuales (esto es los moradores de la ciudad de Abela) arrojaron á Joab la cabeza cortada de Seba, hijo de Bochro y él tocó la trompeta y se apartaron de la ciudad.» No hay aquí error alguno en la descripcion principal del hecho, ni tampoco en la pintura; pero sí lo hay grande en describir la circunstancia de aquél: porque pintan al mismo Joab montado sobre un valeroso y arrogante caballo, lo que nadie dudará ser error, con tal que tenga una ligera tintura de las costumbres, leyes y ceremonias de los antiguos israelitas, aún en tiempo de David. No habia aprobado Dios en su pueblo, en los tiempos en que éste se gobernaba como república, ni aún reinando los primeros reyes, el uso de los caballos, porque no engendrase en cierta manera dicho uso un espíritu de soberbia en aquellos que con tanta particularidad vivian bajo la conducta de un Dios Omnipotente. Sabido es lo del

salmo (1): «Estos en carrozas y aquéllos en caballos; pero nosotros invocaremos el nombre del Señor Dios nuestro.» Ni podrá manifestar nadie, que en tiempo de la república, ni en el de los primeros reyes, se juntara jamás en el pueblo hebreo un ejército de gente de á pié, y de á caballo: de suerte que reinando ya Saul se describe su ejército solamente de tropas de á pié (2); «Juntó Saul el pueblo y pasóles revista como si fuesen corderos: doscientos mil de á pié.» Ni se permitia otra cosa, áun á los mismos reyes: por cuyo motivo no usaban éstos de caballos sino de mulas ó machos. Es constante y tan sabido que el rey David no tuvo caballos sino una mula, que no es menester para ello prueba alguna. Y que sus hijos usaron tambien de mulas, lo conocerá fácilmente el atento lector; constando, que despues de muerto Amnon por mandado de Absalon, volvieron apresuradamente á su padre (3): «Levantándose todos los hijos del Rey, montaron todos en sus mulas y huyeron.» Y lo que parece más digno de admiracion es que los capitanes y áun los mismos reyes se valian de mulas y de machos en el mismo ardor de la batalla, como se manifestó en la pelea del ejército de Absalon contra el de David su padre (4) pues que entonces el mismo Absalon salió al encuentro de los soldados de David, montado en un macho. Tuvo David por sucesor á Salomon, el cual no sólo tomó un rumbo muy diverso, sino enteramente contrario; permitiéndoselo á mi parecer ó condescendiendo en esto el mismo Dios conforme á las promesas que le habia hecho: pues que habiéndose aparecido de noche á Salomon y aprobado el que no hubiese pedido gloria ni riquezas, le dijo (5): «Pero áun esto que no has pedido te lo he concedido: á saber riquezas y gloria, de suerte que en-

(1) 19, 8.
(2) 1, Reg., 15, 4.
(3) 2, Reg., 13, 29.
(4) Ibid., c. 18, 9.
(5) 3, Reg. 3, 13.

tre los reyes ninguno haya habido jamás como tú.» Lo que manifestó despues con las mismas obras; y por lo que mira á lo que vamos tratando, lo testificó con un hecho verdaderamente admirable. Porque tuvo Salomon (sin contar los caballos de montar, sino sólo los que servian para carrozas) (1) «cuarenta mil pesebres de caballos para carrozas;» grandeza, que la flaqueza y debilidad del entendimiento humano apenas puede concebir. Pero dejo ya este asunto, acordándome haber advertido antes muchas cosas sobre este particular, tratando de la Conversion de san Pablo.

3. Consta por el sagrado Texto, que el rey David entregó á los gabaonitas siete de los inmediatos parientes de Saul que refiere la Sagrada Escritura (2), para que hiciesen con ellos lo que quisieran, y que usando los gabaonitas con el mayor rigor de la facultad que se les habia dado, los castigaron con muerte de cruz. Hé aquí las palabras del Texto: «Y los entregó en manos de los gabaonitas, los cuales los crucificaron en el monte delante del Señor.» Este hecho lo describen los pintores malísimamente, pues los pintan, no crucificados, sino ahorcados, lo que es manifiestamente contrario á las palabras de la Sagrada Escritura, conforme á la cual debian pintarles, no ahorcados, sino clavados en sus cruces: ora constasen éstas de dos palos ó de uno sólo, cosa que fué bastantemente usada entre los antiguos, como lo hace ver á la larga el erudito Justo Lipsio (3). Quede, pues, enteramente desterrado este pensamiento inepto y erróneo de que los parientes sucesores de Saul de quienes habla el texto, fuesen ahorcados y no crucificados, como simplemente se dice en dicho lugar. Agrégase á esto, que aquella insigne maldicion que (4) «Es maldito de Dios el que está pendiente en un madero,» la que alega el Apóstol en un lugar célebre y

(1) Ibid., 4, 26.
(2) 2. Reg., 21, 9.
(3) Lips., de Cruce, cap. 5.
(4) Deut., 21, 23.

trillado, diciendo (1): «Cristo nos redimió de la maldicion de la ley, haciéndose maldito por nosotros: porque escrito está: Maldito todo aquel que está pendiente en un madero,» Jesucristo totalmente la borró y la convirtió en gloria, no con otro género de muerte, sino con el de cruz. Pues esta muerte de cruz y no la de horca fué la que aplacó á Dios, reconciliando con él al mundo todo: lo que no necesita de probarse sino de creerse, y de que le demos incesantes é inmortales gracias por tal beneficio. Y así, diciéndose simplemente de éstos, de quienes estamos hablando, que fueron crucificados en el monte delante del Señor, ¿á qué viene pintarlos como que murieron en una horca, y no defender que fueron crucificados como suena á la letra?

4. Esto supuesto, y habiendo advertido ya de paso y de corrida lo que llevamos dicho, pasemos adelante, aunque no me pararé sino en las cosas en que se encuentre manifiesto error, pues no es mi ánimo, ni puedo tampoco detenerme en reprehender las de menos importancia. El que haya leido las palabras de la Sagrada Escritura y visto la pintura de Holofernes y de la santa Judit hablando con él (2), él mismo, á no ser un tronco ó insensato, habrá advertido el error. Pintan á Holofernes en pié junto con los demás capitanes, y á Judit arrodillada y no postrada en el suelo como era regular. Pero cuán grande absurdo sea éste, demuéstranlo las mismas palabras del Texto, que dice (3): «Vió, pues, Judit á Holofernes sentado en su pabellon que era de púrpura, y estaba entretejido de oro, esmeraldas y piedras preciosas: y habiéndole mirado, le adoró postrándose en tierra.» Hé aquí, prudente lector mio, sentado al general del ejército, y á Judit no como quiera de rodillas, sino postrada en el suelo, y tú discernirás por tí mismo la disonancia de la pintura con la narracion del hecho. Error, que como he reprehendido repetidas veces, dimana de las mismas fuentes, esto es, de la ignorancia é inadvertencia de los pintores.

(1) Galat., 3, 13.
(2) Judith., 10, 19.
(3) Ibid., v. 19, 20,

5. Nada hemos notado aún acerca de los adornos y vestidos, que ciertamente es cosa muy vistosa y recomendable en la pintura. Bastará decir, que no es ningun absurdo el pintará los antiguos israelitas del modo que varias veces vemos vestidos á los orientales, á los armenios ó á los turcos, cuando no tengamos otra cosa por más verosímil. Pero ¿quién podrá sufrir el que un pintor de mucha fama, como era Alberto Durero, pintase al rey David con aquellos vestidos apretados que usaban en su tiempo los alemanes, esto es á mediados del siglo XVI en que vivia y pintaba Alberto? Esto, á mi entender, no es pintar, sino chancearse. El mismo juicio debemos hacer de aquel jefe ó caudillo del pueblo hebreo Josué, á quien he visto pintado sobre un fuerte y brioso caballo, enjaezado con admirable variedad. Acerca de los caballos y de su uso, he hablado ya: lo que á algunos, y acaso con razon, parecerá demasiado por lo que mira á mi intento. El adorno del caballo era el siguiente: colgaban de la silla aquellos que en castellano llamamos estribos, y que los latinos modernos llaman «stapedas,» con una voz nueva por no tenerla de la antigüedad. El que esté medianamente instruido, echará de ver luego, cuán grande absurdo sea este: pues dichos estribos no sólo fueron incógnitos y desconocidos á los antiguos israelitas, pero áun á los romanos; cuyas tropas de á caballo, no usaban de tales instrumentos; y lo que es más, iban montados á caballo á la manera de los rústicos, sin exceptuarse los mismos Césares ó Emperadores; como lo demuestran claramente las estátuas ecuestres de bronce ó de piedra que nos han quedado. Estas cosas pues, aunque no puedan redargüirse con testimonios de la sagrada Escritura, facilmente quedan destruidas y reprobadas con tener una mediana tintura de la antigüedad. Por lo que, si el pintor cuerdo y erudito quiere evitar semejantes errores, lo conseguirá á mi parecer, sin dificultad, ó ya leyendo ó bien consultando con los hombres más instruidos en estas materias. Con este prudente aviso doy fin á esta mi obra, que si no logra su provecho y utilidad, ha sido por lo menos larga y trabajosa.

FIN.

ÍNDICE ALFABÉTICO

DE LAS COSAS MAS NOTABLES CONTENIDAS EN LOS TRES TOMOS.

La t. quiere decir tomo, la n. número y la p. página.

A

Abdías de Babilonia, t. 3, n. 3, p. 192 y n. 5, p. 193.

Abel y Cain. Examínanse cuáles eran sus sacrificios. V. el Apénd. t. 3, n. 2, p. 296. V. Sacrificio. La pintura de Abel muerto por su hermano. Ibid. n. 4, p. 298.

Abrahan. Los pintores le pintan mal en el sacrificio de su hijo, t. 1, n. 4, p. 16 y en el Apénd. n. 6, p. 299. Reprehéndese la pintura de los domésticos de Abrahan pintados con escudo, capacete y calzado á lo militar, t. 1, n. 2 p. 73. Le pintan mal vestido con clámide imperial. Ibid.

S. Aquileo. V. S. Nereo.

SS. Acisclo y Victoria. Su martirio é imágenes, t. 3, n. 1, p. 274.

Adan y Eva. Pueden pintarse desnudos, y cómo deba esto practicarse para quitar toda indecencia, t. 1, n. 2 y 3, p. 38 y 39. Si pueden pintarse así, arrojados ya del Paraíso. V. el el Apen. t. 3, n. 1, p. 296, y sig.

S. Adriano Mártir. Su pintura y martirio, t. 3, n. 4, p. 213.
S. Afra Mártir, Su martirio, t. 1, n. 5, p. 43 y 44. Su excelente respuesta delante del Juez. Ibid.
S. Agueda. Repreh éndense sus pinturas, t. 2, n. 6, p. 280.
S. Agustin. Examínanse sus pinturas, t. 2, n. 7, 8, 9 y 10, desde la p. 194.
Alvaro Cienfuegos Cardenal, V. t. 3, n. 1, y 3; p. 252 y sig.
Alcazar (P. Luis). Su sentencia particular sobre la escalera que vió Jacob, t. 1, n. 2, p. 106.
Alejandro Magno. No permitió que nadie le retratara, sino Apeles, ni que fundiera otro su estátua en bronce, sino Lisipo, t. 1, n. 6, p. 25.
S. Alejo. Sus hechos y pinturas, t. 3, n. 10, p. 153.
Alfonso IX rey de Leon, fué el fundador de la Universidad de Salamanca. t. 3, n. 4, p. 67.
Alma racional. Algunos dijeron que tenia algun género de cuerpo, t, 1, n. 1, p. 153.
Almas de los difuntos. ¿Cómo las pintan? Ibidem n. 2, p. 154. Almas de los justos pintadas en figura de niñas. Ibidem, n. 4, p. 154. Se han visto subir al cielo en figura de palomas. Ibid. n. 5, p. 157. De qué manera deban pintarse las almas de los bienaventurados. Ibidem, n. 6, p. 158. Almas del purgatorio. Ibid. Cómo deben pintarse las almas de los condenados. Ibid. n. 7, p. 160 y sig. Pintan tambien con algun emblema al alma que está en gracia, y á la que está en pecado mortal. Ibid.
Alvarez (D. Gabriel) de Toledo, su elogio, t. 1, n. 2, p. 84.
S. Ambrosio Obispo. Sus hechos é imágenes, t. 3, n. 7 y 8, p. 180.
Sta. Ana. Sus pinturas. V. t. 2, n. 4, p. 189, y num. 1, p. 161 y sig.
Anacoretas. ¿De qué manera deben pintarse? t. 1, n. 8 y 9, p. 46 y 47.
Anacronismos. Repreh éndense los que se cometen en las pinturas acerca de los vestidos, armas y otras cosas, t. 1, n. 2 y 3, p. 73 y sig.
S. Anastasio Mártir. Su pintura y martirio, t. 2, n. 9, p. 251.

S. Andres apóstol. Su imágen, t. 3, n. 6, p. 277.
SS. Angeles. Lo que dijo de ellos el Obispo de Tesalónica, t. 1, n. 1, p. 115. Pueden y deben pintarse y por qué. Ibid. n. 4, p. 117. No deben pintarse enteramente desnudos, t. 1, num. 5, p. 118. Pero sí con alas. Ibid. n. 6, p. 120. Reprehéndese la invencion de Miguel Angel en las pinturas de los ángeles. Ibid. Algunos les llaman aves. Ibid. n. 7, p. 122. Algunas veces les pintan llorando. Ibidem, num. 8, p. 123. Condénase de error el pintarles sin resplandores. Ibid. num. 9, p. 124. Pertenece indistintamente á todos los ángeles el llevar á la gloria las almas de los justos, t. 1, n. 4, p. 135, Angeles Custodios, Ibid. n. 1, p. 147 y sig. De que manera los pintan. Ibid. n. 3, p. 149. Si sobre la piedra quitada del monumento de Cristo Señor Nuestro deben pintarse dos ángeles, ó uno solo. t. 2, n. 5, p. 161 y de qué manera. Ibid.
Anteojos. Cuándo comenzaron á usarse, t. 1, n. 4, p. 75.
Antiguos autores no hacian distincion del arte de pintar al de escribir, t. 1, n. 1, p. 27.
S. Antonio Abad. Cómo se debe pintar, t. 2. n. 5, p, 237. Por qué le pintan con una campanilla. Ibid. n. 6, p. 239. Porqué un cerdo? Ibid. n. 6 y 7, p. 239 y 140. ¿Por qué pintan su imágen con fuego? Ibid. n. 8, p. 241. Reprehéndose el representar las tentaciones é insultos que padeció de los demonios, que algunos pintan mal y torpemente. Ibid. n. 9, p. 241.
S. Antonio de Pádua. Sus hechos y elogio, t. 3, n. 4, p. 82. Sus pinturas. Ibid. Lo que en ellas es digno de reprehension. Ibid. n. 5 y 6, p. 83 y 84. Su sagrada lengua está incorrupta. Ibid. n. 7, p. 84.
Anunciacion de la B. V. M. Sus pinturas, t. 2, todo desde la p. 200. Algunos pintaron antiguamente un pequeño niño formado dentro de rayos de luz, y que así bajaba al vientre de la Santísima Vírgen: es cosa errónea y pintura perniciosa de este Misterio, t. 1, n. 3, p. 61 y t. 2, n. 2, p. 201. A qué hora hizo el ángel la Anunciacion. Ibid. n. 5, p. 206.
Anunciacion, que hizo el arcángel S. Gabriel á Zacarías. La

describen ridiculamente los pintores, t. 3, núm. 1, p. 93 y sig.
Sta. Apolonia. Hacen mal en pintarla de pocos años, t, 2. n. 2, p. 281.
Apóstoles. Dudaron de la resurreccion del Señor, t. 1, n. 4, p. 69. De qué color usaron comunmente sus vestidos. Ibid. n. 5, p. 75. Los pintores los pintan malamente. Ibid.
Arbol. Cual fué el fruto del árbol prohibido, t. 1, n. 2, p. 84. Un árbol elevado, al entrar Cristo en Egipto, se inclinó, tributándole reverente obsequio, t. 1, n. 3, p. 226.
Arca de Noé. Reprehéndese el modo como la representan los pintores. V. el Apénd. t. 3, n. 5, p. 298.
Arca del Testamento. Los pintores la colocan dentro del Sancta Sanctorum: es error, t. 1. n. 5, p. 217 y t. 3, n. 6, p. 100. No estuvo en el templo despues de la cautividad de Babilonia, t. 1, n. 5, p. 217. Ni se sabe dónde está. Ibidem.
Arcángeles. Se cuentan cuatro á más de Miguel, Gabriel y Rafael, t. 1, n. 1, p. 142. ¿Cuáles sean sus nombres? Ibid. n. 2, p. 143. Si pueden pintarse? n. 4, p. 145. Templo dedicado en honor suyo en Palermo. Ibid. Los romanos pontífices han fomentado su culto. Ibid. p. 146. Insignias con que deben pintarse. Ibid. n. 5, p. 147.
Architriclino. A quien se da este nombre, t. 2, n. 3, p. 19.
Ascension de Cristo á los cielos. Véanse muchas cosas sobre este Misterio, t. 2, desde el n. 7, p. 164.
Atheneo. Cuenta un caso gracioso sobre las imágenes que mueven á risa, t. 1, n. 5, p. 23.
Azucena blanca, que pintan á nuestra Señora en su Anunciacion, t. 2, n. 5, p. 206.

B

Balanzas. Son geroglífico de la justicia, t. 1, n. 5, p. 137.
Barula, niño cristiano. Lo que Asclepíades hizo con él, t. 1, n. 4, p. 43.

Bautismo de Cristo Señor Nuestro. Errores que han cometido los pintores en su representacion, t. 2, n. 1, p.5, y sig. Dáse una idea de cómo se podria pintar mejor. Ibid. n. 4, p. 10.
S. Benito. Arrojóse desnudo en un espinar, y por qué? t. 1, n. 10, p. 48. Bella y honesta pintura de este Santo, metido desnudo entre espinas. Ibib. Epígrama sobre este asunto, Ibidem, p. 49. Su alma, en el mismo instante que salió del cuerpo, se apareció á dos monjes, t. 1, n. 3, p. 155.
S. Bernabé apóstol. Su martirio y pinturas, t. 3, n. 4 y 5. p. 192 y 193 y t. 3, n. 3 y 4, p. 73 y 74. Por qué se le ha de pintar con un libro? Ibid. n. 5, p. 75.
San Bernardino de Sena. Cuando predicaba traía pintado el nombre de Jêsus en medio de los rayos del sol. t. 1, número 1, p. 194. Defendió con mucho ardor la pintura de este santísimo Nombre. Ibid. Acerca de sus pinturas, t. 3, n. 4, p. 60.
S. Bernardo. Se metió alguna vez en un estanque de aguas heladas, t. 1, n. 10, p. 49. Examínanse sus pinturas. t 3, n. 11, 12, 13 y 14, desde la p. 187.
S. Blas obispo y mártir. Sus pinturas, t. 2, n.5, p. 279.
Bodas celebradas en Caná de Galilea. Es error pintar á Cristo en aquella funcion acompañado de más discípulos de lo que es razon, t. 2, n. 2, p. 17 y sig.
Bofeton que dieron á Cristo. Algunas cosas que deben tener presentes los pintores para representar esta indignísima accion, t. 2, n. 7, p. 77 y sig.
S. Bruno. Su hábito y pinturas, t. 3, n. 5, p. 248. Refiérese y examínase el motivo de su conversion. Ibid. num. 6 y 7 p. 249 y 250. Si se le ha de pintar con insignias de Doctor. Ibid. n. 8, p. 250.
S. Buenaventura. Sus hechos y pinturas, t. 3, n. 8, p. 151.
El buey y la mula. Si está bien el pintarles en el pesebre de Cristo Señor nuestro, t. 1, n. 7, p. 177.

C

El caballo pintado de San Jorge dió un relincho, t. 3, n. 6. p. 18.
Caballos. De su uso entre los israelitas, t. 2, desde el n. 7, p. 261, y en el Apénd. t. 2, n. 3, p. 306 y sig.
Cadáveres. Fué costumbre antiquísima no enterrarlos en las ciudades, t. 2, n. 10, p. 28, Los egipcios y hebreos los envolvian en una sábana sepulcral y los fajaban con cintas de arriba abajo. Ibid. n. 6, p. 62.
Cain. V. Abel.
Calvino. Entendió mal como Cristo habia salido del sepulcro, t. 1, n. 5, p. 70. Es reprehendido. Ibid.
Calzado. Su mencion, t. 1, num. 8, p. 273. Cristo Señor nuestro usó de él. Ibid.
Candidatos. ¿Por qué se llamaban así los que pretendian la Magistratura? t. 1, n. 8, p. 79.
S. Cárlos Borromeo, t. 3, n. 3, p. 270. De qué edad murió. Ibid.
Cárlos Martel pintado recibiendo de S. Gil por imposicion de manos la absolucion de su pecado, t. 1. n. 7, p. 65. Es erroneo. Ibid.
Carvanserais. ¿Qué cosa sea? t. 1, n. 4, p. 174.
Casa de Dios. Qué era lo que se entendia por casa de Dios en el templo de los hebreos, t. 3, n. 5, p. 99.
S. Casiano. Su martirio y pinturas, t, 3, n. 5, p. 181. Si fué Obispo. Ibid. n. 7, p. 183.
Santa Casilda Vírgen. Refiérense sus hechos, t. 3, n. 4 y 5, p. 8. Lago de esta santa. Ibid. n. 6, p. 10.
S. Casimiro. Debe pintársele de mediana edad, t. 2, n. 2, p. 291.
Casulla. Su descripcion, t. 2, n. 3, p. 254.
Santa Catalina vírgen y mártir. Sus hechos é imágenes, t. 3, n. 5, p. 276.

Santa Catalina de Sena vírgen. Su pintura, t. 3, n. 9, p. 32.
Catomis cædi. Qué se significa por estas palabras, t. 1, n. 4, p. 42.
S. Cayetano. Sus pinturas, t. 3, n. 8, p. 172.
Santa Cecilia vírgen y mártir. Examínanse sus imágenes, t. 3, n. 3, p. 275.
S. Celedonio. V. Hemeterio.
Cena del Señor. Los pintores la representan malamente, t. 1, n. 1, p. 53 y t. 2, n. 10, p. 67.
Cenar y comer. Descríbese la costumbre que sobre esto observaron los antiguos, t. 1, n. 9, p. 80 y t. 2, n. 10, p. 67 y sig.
Centurion, pintado á los piés de Cristo, suplicando por la salud de su siervo, t. 2, n. 9, p. 26.
Chinos. Andan siempre cubierta la cabeza, t. 1, n. 6, p. 267. Los plebeyos llevan gorras redondas, y los nobles cuadradas. Ibid.
Cristo Señor Nuestro. Es muy probable que usó del color pardo en sus vestidos. t. 1, n. 78, p. 79. Pinturas de su infancia, t. 1, n. 4, p. 57 y t. 1, num. 2, p. 230. Condénase de error el pintarle resucitando de entre los muertos quitada la piedra del sepulcro, t. 2, n, 5, p. 70. Cómo pintan algunos pintores su flagelacion, t. 1, n. 3, p. 85 y sig. Con qué instrumentos le azotaron. Ibid. Si se le puede pintar azotado en el vientre. Ibid. n. 4, p. 87. Su coronacion de espinas. Ibid. num. 5, p. 88. Cuánto discrepan los pintores en pintar al Señor con la cruz á cuestas. Ibid. n. 6, p. 88. Exámínase cierta pintura de Cristo. Ibid. n. 7, p. 89. Pintura en que se representan los Patriarcas y Profetas delante del Cuerpo de Cristo muerto. Ibid. n. 8, p. 90. Los soldados echaron suertes, no sólo sobre la túnica, si tambien sobre los demás vestidos de Cristo, t. 1, n. 3, p. 260. Su túnica crecía al paso que el Señor iba creciendo. Ibid, n. 4, p. 261. Es erróneo pintarle desnudo en su Natividad, t. 1, n. 6, p. 176. Algunos dijeron que fué de semblante feo, t. 1, n. 1 y 2, p. 246 y 247. Otros, que fué hermoso y de buen parecer. Ibid. p. 248. Algunos le pintaron en su edad varonil como

un atleta robusto y membrudo; otros al contrario muy aliñado y demasiadamente hermoso: ambas cosas se reprehenden. Ibid. ¿Que traje ó vestido usó Jesucristo? V. t. 1. todo el c. 9, desde la p. 256. No llevó nunca lo que llamaban Filacteria. Ibid. n. 5, p. 264. Si usó de alguna cobertura en su cabeza? Ibid. n. 6, p. 266. Si llevó, ó no, algun género de calzado. Ibid. n. 8, desde la p. 273. ¿Cómo se debe pintar á Cristo en el desierto? t. 2, n. 5, p. 11 y sig. Allí fué tentado del demonio. Ibid. Arrojando del templo á los que compraban y vendian. Ibid. n. 4 y 5, p. 21 y 22. Hablando con la Samaritana junto al pozo. Ibid. n. 6, p. 23. Sanando al paralítico, á quien junto con su cama bajaron por el tejado y lo pusieron delante de Jesus. Ibid. n. 7, p. 24. En la resurreccion de la hija del Archisinagogo debe pintarse con solos tres discípulos. Ibid. n. 8, p. 25. Resucitando al hijo de la viuda de Naím. Ibidem, n. 10, p. 28. Hartando á cinco mil hombres con solos cinco panes y dos peces. Ibid. n. 11, p. 30. Caminando sobre las olas del mar. Ibid. num. 12, p. 31. Quitando los demonios á un poseido y echándolos á unos puercos. Ibid. n. 13, p. 32. Ungiéndole la Magdalena en casa del Fariseo. Ibid. n. 1, p. 35. Cómo se hizo esta uncion. Ibidem, n. 8, p. 65. Su entrada en Jerusalen. Ibid. n. 9, p. 66. Oracion que hizo en el huerto de Gethsemaní. Ibid. desde el n. 1, p. 70. ¿De qué manera oró allí Jesucristo? Ibid. desde el num. 2, p. 71. Cómo se le ha de pintar en su prendimiento. Ibid. n. 3, p. 73. Algunas cosas dignas de notarse sobre lo que padeció el Señor en casa de Caifás. Ibid. n. 8, p. 72 y sig. Si en su flagelacion y en los demás tormentos de su pasion sacratísima, estuvo totalmente desnudo. Ibid. n. 3, p. 82 y sig. Se han de advertir muchas cosas acerca de su flagelacion. Ibid. n. 4 y 5, desde la p. 84. ¿Cuántos azotes le dieron? Ibid. num. 6, p. 88. Repruébase el pintarle en este paso vestido con vestiduras moradas. Ibid. n. 1, p. 97. Si con la cruz á cuestas, llevaba la corona de espinas. Ibidem. p. 98. Como le desnudaron antes de crucificacion. Ibid. n. 2, p. 106. Fué crucificado en tierra. Ibid. n. 3, p. 108. No se le debe pintar

enteramente desnudo en la cruz. Ibid. n. 5, p. 110. Si pendiente de la cruz le pusieron la corona de espinas? Ibid. n. 6, p. 111. Error de algunos herejes, que afirman no haber sido el Señor traspasado con clavos en la cruz, sino atado en ella con cuerdas. Ibid. n. 7, p. 112. Fué clavado no con tres, sino con cuatro clavos. Ibid. n. 9, p. 114 y sig. Trátase de aquella peana ó tablilla debajo de sus piés. Ibid. n. 13, p. 121. Reprehándese el error de los pintores que pintan á Cristo en la cruz sin llagas, ni cardenales. Ibid. núm. 16, p. 126. Se le ha de pintar crucificado vueltas las espaldas á la ciudad de Jerusalen. Ibid, n. 7, p. 135. Debe pintarse con la llaga en el costado, cuando se le representa muerto; pero no cuando se le pinta en la agonía. Ibid. num. 8, p. 136. ¿Cuál de sus costados fué traspasado con la lanza? Ibid. p. 137 y sig. El cuerpo de Cristo bajado de la cruz. Ibid. n. 1, p. 149. Reclinado en el seno de su Madre Santísima. Ibid. n. 2, p. 150. Reprehándese la pintura de Miguel Angel acerca de este paso. Ibib. p. 150. Fué ungido y puesto en el sepulcro. Ibid. n. 3 y 4, p. 151 y sig. Muchas cosas sobre su resurreccion gloriosa, todo el c. 20, desde la p. 156. V. Resurreccion. Salió del sepulcro sin moverse la piedra. Ibid. n. 3, p. 158. Si sobre la piedra quitada del sepulcro, se han de pintar dos ángeles, ó uno solo, y de ¿qué manera? Ibid. n. 5, p. 161. Bendijo á sus discípulos, cuando se subió á los cielos y allí mismo dejó impresas sus sacratísimas pisadas: ¿como se le ha de pintar en este lance? Ibid. n. 7, p. 164. No subió á los cielos por ministerio de ángeles, ni se le ha de pintar de esta manera. Ibid. p. 165. Pintado en figura de pastor. Ibid. n. 14, p. 174 y bajo diversas metáforas tomadas de la Sagrada Escritura. Ibid. y n. 15, p. 174 y sig. Puesto de rodillas sobre la cruz orando á su Padre. Ibid. Reprehándese á Molano. Ibid.

Santa Cristeta. V. S. Vicente.

S. Cristóbal. Muchas cosas acerca de sus pinturas giganteas y de su nombre, t. 3, n. 4 y 5 desde la p. 157.

Ciceron. Reprehende la desnudez de las imágenes, t. 1, n. 2. p. 40.

Cienfuegos. V. Alvaro.
S. Cipriano de Cartago. Sus hechos, t. 3, n. 5, p. 219. Muchos le han confundido con el de Antioquía. Ibid. y n. 6, p. 227. Su martirio, n. 7, p. 222.
S. Cipriano de Antioquía. No se le debe pintar con insignias pontificales, ¿y por qué? t. 3, n. 9, p. 232.
Circuncision del Señor. La pintan mal como ejecutada en el templo, t. 1, n. 3, p. 14 y 15. Se ejecutó en el portal de Belen, Ibid. ¿Quién fué su ministro? Ibid. Si puede tolerarse la pintura en que se representa al Señor circuncidado por Simeon, t. 1, n. 3, p. 69. El ministro de ella no fué el sacerdote Sumo, t. 1, n. 4, p. 187. Pensó alguna vez el autor que lo habia sido la Santísima Vírgen, Ibid. n. 5, p. 187. Fundamentos de esta opinion. Ibid. n. 6, p. 188. La ejecutó algun ministro público. Ibid. n. 6, p. 189. Se hizo con cuchillo de hierro ó de acero, t. 1, n. 8, p. 192. ¿Si la que hizo Séfora, fué con cuchillo de piedra? Ibid. n. 7, p. 190. Vuélvese á tratar de la Circuncision del Señor, t. 2, n. 3, p. 214.
Cirineo. V. Simon Cirineo.
Clamide. ¿Qué era? t. 2, n. 8, p. 91.
Santa Clara vírgen. Sus hechos y pinturas, t. 3, n. 1, p. 176.
Claudiniano Mamerto. Refutó el error de Fausto que decia que tenian las almas algun género de cuerpo, t. 1, n. 1, p. 153.
Clavos. ¿Con cuántos fué crucificado Jesucristo? t. 2, desde el n. 7, p. 112 largamente.
S. Clemente papa y mártir. Su imágen, t. 3, n. 4, p. 276.
Cohorte. ¿De cuántos soldados constaba? t. 2, n. 7, p. 89.
Columna en que ataron á Cristo Señor Nuestro en su flagelacion, t. 2, n. 4, p. 84.
Comedias. El estrago que causan sus ficciones en las buenas costumbres, t. 1, n. 3, p. 31 y sig. Reprehéndese el haber introducido los poetas en algunas de sus comedias las vidas de los Santos. Ibid. n. 2, p. 53 y 54.
Comer, V. Cenar.
Concepcion de la Santísima Vírgen. ¿Cómo se deba pintar? t. 2. n. 2, p. 185. Las puntas de la luna que pintan en este

misterio, deben mirar hácia abajo ¿y por qué? Ibid. p. 186.
Concilio. En el supremo de los israelitas, que se llamaba Sanhedrin, habia 72 Jueces, t. 1, n. 3, p. 241.
Contubernio. Es palabra castrense, ¿y qué significa? t. 2, n. 11, p. 30.
Convidados. Antiguamente no se ponian á la mesa sentados en sillas, sino recostados sobre camas, t. 1, n. 9, p. 80. Pruébase con testimonios de la Escritura. Ibid. p. 81 y 82.
Convite de Cristo Señor nuestro en casa de Marta y de María. Represéntanlo ridículamente los pintores, t. 1, n. 2, p. 53. Convites del viejo y nuevo Testamento. Ibid. p. 80 y t. 2, n. 2, p. 36.
Cordero. Pintado junto con el Bautista, t. 3, n. 6, p. 123. Su figura esculpida en cera, y bendita por el romano Pontífice. Ibid.
Coronas de espinas de Cristo Señor Nuestro. Cómo se la pusieron los soldados en su sacratísima cabeza, t. 1, n. 5, p. 88. ¿Qué espinas eran? t. 2, n. 9, p. 92. ¿Qué forma tenia? ¿Si fué esférica ó solamente circular? Ibid. n. 10. p. 93. ¿Si se la pusieron al Señor pendiente de la Cruz? Ibid. n. 6. p. 111.
Santos Cosme y Damian. Sus pinturas, t. 3, n. 10, p. 233. Repreháendense los yerros que se cometen frecuentemente en las pinturas de estos santos. Ibid.
Cojo. El que ponian todos los dias en la puerta del templo de Jerusalén, está pintado contra la verdad de la historia, t. 1, n. 5, p. 16, y por qué. Ibid. n. 6, p. 17.
Cráneo pintado al pié de la cruz de Cristo con otros dos huesos, t. 2, n. 15, p. 147.
Crucificados. Algunos de que habla la Sagrada Escritura, están mal pintados, t. 3, V. el apend. n. 3, p. 308.
Cruz. Los condenados á este género de muerte, la llevaban acuestas al suplicio, t. 2, n. 2, p. 98. A dichos condenados les desnudaban enteramente. Ibid. n. 4, p. 109. Por qué algunos pintan vestidos á los mártires crucificados y tambien á Cristo? Ibid. Alngunos dijeron que la cruz de Cris-

to tuvo la forma de la letra T, tom. 2, n. 1, p. 128. Es mucho más probable que fueron cuatro sus extremidades. Ibid. n. 2, y 3, p. 129. El título de la cruz del Señor estaba escrito en tres idiomas, t. 2, n. 14, p. 145. Historia de la invencion de la santa cruz, t. 3, n. 7, p. 38 y sig. ¿Cómo se ha de pintar? Ibid. n. 9, p. 41. Historia de su exaltacion, t. 3, desde el n. 2, p. 217.

Cuerpo de Cristo Señor nuestro. Fué ungido despues de haberlo bajado de la cruz, t. 2, n. 3, p. 151; Fué envuelto en una sábana y apretado con fajas. Ibid. Puesto en el sepulcro. Ibid. n. 4, p. 153.

D

S. Dámaso papa. Si fué madrileño t. 3, n. 1, p. 281.

S. Damian. V. S. Cosme.

Decretales. V. Epístolas.

Demonios. Pintados en figura de dragones, serpientes, lagartos y sapos, t. 1, n. 1, p. 162. Píntanles tambien en figura de fieras disformes. Ibid. n. 2, p. 163. Algunas veces le representan como etíope de estatura gigantea. Ibid. n. 3, p. 164. Otras, como etíopes pequeños. Ibid. p. 165. Algunas veces les pintan mal, sin cola, ni cuernos. Ibid. n. 4, p. 166. Demonio. ¿Por qué se llama hormiga-leon? t. 1, n. 3, p. 175. Cómo se debe hacer cuando se le pinta en figura de ángel bueno. Ibid. n. 4, p. 167. Cuando le pintan tentando á algun santo, hacen mal en pintarle ejerciendo acciones poco decentes. Ibid. n. 6, p. 169. V. Diablo.

Desnudez. Debe evitarse en las imágenes sagradas, t. 1 n. 1 y 2, p. 33 y 34. Razones que se alegan en su favor. Ibid. n. 1, p. 38. Qué desnudez y en cuánto puede permitirse. Ibid. todo el c. 5. Los pintores suelen afectarla ¿y por qué? Ibid. n. 9, p. 47. Repreh éndese en las pinturas de Cristo puesto en la cruz, aunque fué crucificado enteramente desnudo. t. 2, n. 6, p. 134.

Desposorio de la Santísima Vírgen con san José. V. t. 2, desde el n. 5, p. 197. ¿Como se debe pintar? Ibid. n. 6, p. 199, y sig.

Diablo. No está bien pintado en figura humana á los piés del arcángel san Miguel, t. 1. n. 3, p. 134. Si se le puede pintar con hábito de religioso. Ibid. n. 5, página 168, y t. 2. n. 5, p. 11. ¿Cómo se le debe pintar tentando á Cristo en el desierto? Ibid. Si arrebató al Señor y lo llevó al pináculo del Templo, ó si Cristo fué allá por su pié? Ibid. n. 7, p. 14.

Diaz, (Diego Valentin). Fabricó á su costa una iglesia que dedicó al dulcísimo Nombre de María, t. 2, n. 6, p. 190. Epitafio que se hizo él mismo. Ibid.

San Dimas. Si este nombre es propio del buen ladron ó fingido. t. 2, n. 12, p. 24.

San Dionisio obispo. Su pintura, t. 3, n. 9, p. 251.

Dios. Si puede figurarse de algun modo? t. 1, n. 2, p. 96. Puede pintarse en figura de venerable anciano. Ibid. n. 2, página 102. Está recibido en la Iglesia el representarle así. Ibid. todo el c. 3, p. 104 y sig. Algunos le representan con la palabra hebrea de cuatro letras, que los griegos llaman por esto Tetragramaton. Ibid. p. 103. No era permitido á los hebreos pronunciar su nombre, sino al Sacerdote Sumo Ibid. ¿Cómo debe pintarse en la vision de Jacob? Ibid. n. 3, p. 106. Pintado sobre un trono elevado. Ibid. n. 5, p. 108.

Doctores hebreos. Veinte y tres de ellos estaban sentados en sus Cátedras en las salas del Templo, y los muchachos en bancos más bajos, t. 1, n. 4, p. 243.

Santo Domingo de la Calzada. Sus hechos, t. 3, n. 1, p. 52. ¿Con qué traje se le debe pintar? Ibid. No fué monje Benedictino. Ibid.

Santo Domingo de Guzman. Pintura de este santo disciplinándose, t. 1, n. 11, p. 49. Epígrama en alabanza suya. Ibid. Su elogio y pinturas, t. 3, n. 2, p. 169. Descripcion de su semblante y estatura. Ibid. n. 6, p. 171.

Dominical. ¿Qué entendian por este nombre los fieles antiguos? t. 3. n. 2, p. 178.

Santa Domitila. V. santa Flavia.

E

Egipcios. Reprimieron la nimia licencia de los pintores, t. 1, n. 1, p. 27.
San Elías el mozo. Cruel tormento que le dieron, t. 1, n. 5, pág. 44.
Empalar. ¿Qué cosa es? t. 1, n. 6, p. 45.
Encarnacion del Verbo Divino. Reprehándese la pintura en que dentro de rayos de luz se representaba un cuerpecito que bajaba al vientre de Santísima Vírgen, t. 1, n. 3, p. 61.
San Enrique Emperador. Sus hechos y pinturas, t. 3, n. 9, pág. 153.
Enterrar. Estaba prohibido por las leyes enterrar los cadáveres en las ciudades, t. 2, n. 10, p. 28. Cómo enterraban los judíos á los difuntos? ibid. n. 6, p. 62.
Efraím y Manasés hermanos. Cuando les pintan arrodillados delante de Jacob, les representan sobradamente muchachos, v. t. 3 apénd. n. 7, p. 301.
Epístolas Decretales. Su coleccion atribuida falsamente á san Isidoro de Sevilla, t. 3, n. 3, p. 7.
Epitafios. Solian hablar con los pasajeros, y de dónde procedió esta costumbre, t. 2, n. 10, p. 29.
Errores. Qué se entiende por los que se cometen en pintar y esculpir las imágenes sagradas, t. 1, n. 3, p. 14.
Escalera. ¿Cómo debe pintarse en la vision del Patriarca Jacob? t. 1, n. 4, p. 108.
Santa Escolástica. Vióse subir al cielo en figura de paloma, t. 1, n. 5, p. 158.
Escritores canónicos. No se han de tener por tales, aunque se haya visto sobre ellos el Espíritu Santo en figura de paloma, cuando estaban escribiendo, t. 2, n. 11, p. 297.
Espinas. Qué género de espinas eran las de la corona de Cristo S. N. t. 2, n. 9, p. 92 y sig.
Espíritu Santo. ¿Cómo se le debe pintar? t. 1, n. 7, p. 110. No

se apareció en el Jordan en figura de paloma, ni se habrieron los cielos sino despues de bautizado Cristo S. N. t. 2, n. 3, p. 8, y sig. A los apóstoles y discípulos del Señor no bajó en figura de paloma, sino de lenguas de fuego, t. 2, n. 8, p. 166.

San Estanislao Obispo. Su martirio y advertencias sobre sus pinturas, t. 3, n. 6, p. 47.

San Estéban Protomártir. Examínanse sus imágenes, t. 3, desde el n. 1, p. 291.

San Estéban rey de Hungría. Su pintura, t. 3, n. 2, p. 211.

Estribos. Los griegos y romanos no los usaron, t. 1, n. 2, página 73.

Eucaristía. Los fieles la recibian antiguamente en sus propias manos, y la llevaban á sus casas, t. 3, n. 1, p. 176.

Santa Eulalia de Mérida mártir. Se vió subir al cielo en figura de paloma, t. 1, n. 5, p. 157. Su martirio y pintura, t. 2, n. 3, p. 283.

Santa Eulalia de Barcelona. Su mártirio y pintura. t. 2, n. 3, pág. 283.

Eva, V. Adan.

Excelsa. ¿Qué quiere decir lo que la Escritura llama Excelsa? t. 1, n. 3, p. 213.

F

Facciones de Cristo S. N. Describense cuáles eran, t. 1. n. 4, pág. 252.

San Felipe apóstol. Su pintura, y algunos avisos sobre ella, t. 3, n. 1 y 2, p. 33 y 34.

San Felipe Benicio. Sus pinturas, t. 3, n. 1 y 2, p. 189 y 190.

San Felipe Neri. Sus pinturas, t. 3, n. 1 y 2, p. 65.

Felipe IV rey de España. No permitió que nadie le retratara sino Diego Valazquez, y por qué. t. 1, n. 6, p. 26.

San Fernando III, rey de Castilla y de Leon. Su elogio y esclarecidos hechos, t. 3, n. 3, p. 66. Erigió muchos monasterios. Ibid. n. 6, p. 68. ¿De qué edad se le ha de pintar? Ibid.

n. 7, p. 69. Advertencias sobre sus pinturas. Ibid. Examínase su pintura cuando combatia contra Sevilla, t. 1, n. 3, pág. 74.
Flagelacion de Cristo S. N. Como la pintan algunos, t. 1, número 3, p. 86 Si fué cruel y sangrienta Ibid. n. 4, p. 87.
Flautas. Las tañian antiguamente en los funerales de los antiguos, t. 2, n. 8, p. 25.
Santa Flavia Domitila. Mencion de esta santa, t. 3, n. 7, página 48.
Filósofos gentiles. Sus errores hablando de Dios, t. 1, n. 2, pág. 96.
Fimbria ú orla. La traían los hebreos en sus vestidos, y tambien Cristo en los suyos, t. 1, n. 5, p. 264 y sig. difusamente.
Santa Francisca viuda. Su traje y pinturas, t. 2, n. 8, p. 295.
San Francisco de Asís. Se metió desnudo dentro de la nieve, t. 1, n. 10, p. 49. Su descripcion en la representacion de sus sagradas llagas, t. 3, n. 8. p. 223. Algunos le pintaron antiguamente sin estas insignias, t. 3, n. 1, p. 245. Cuál fué su hábito ó vestido. Ibid. n. 2, p. 246. Las demás pinturasde este santo. Ibid. n. 3, p. 247. Su talle y estatura. Ibid. n. 4, p. 248.
San Francisco de Borja. Sus hechos y elogio, t. 3, n. 1, p. 252. Sus pinturas. Ibid. y n. 2, p. 254.
San Francisco de Paula. Sus pinturas, t. 3, n. 1, p. 5.
San Francisco Javier. V. t. 3, n. 1, p. 277.

G

San Gabriel Arcángel. Un pintor le pintó viejo y con barba larga, y por qué, t. 1, n. 3, p. 55. Cómo le describe Daniel, t. 1, n. 8, p. 140. Es ridículo pintarle en la Anunciacion de nuestra Señora, de edad ó figura pueril, t. 2, n. 3, p. 203. En figura de viejo con barba larga y cana. Ibid. Tambien le han pintado con adornos sacerdotales, de capa pluvial, etc. Ibid. Cómo se le ha de pintar en la representacion de dicho Misterio. Ibid. p. 204.

Gentiles. Enseñan á los pintores cristianos cuánto deben esmerarse en pintar las imágenes sagradas, t. 1, n. 5 y 6, p. 23 y 24. Demuestran los daños que pueden originarse de pinturas obscenas, aunque sean de cosas sagradas. Ibid., n. 3, p. 31. Los más sabios de ellos reprehendieron la desnudez de los cuerpos. Ibid. n. 3, p. 40. La infame pintura que hicieron, de que habla Tertuliano. Ibid. n. 1, p. 50.

San Gerónimo. Su elogio, t. 3, n. 11, p. 234. Si se le debe pintar con el hábito que visten los monjes de san Gerónimo. Ibid. n. 12, p. 235. Si con púrpura cardenalicia. Ibid. Si desnudo. Ibid. n. 13, p. 236. Hiriendo su pecho con una piedra. Ibid. n. 14, p. 237. Es ridículo pintarle con anteojos. Ibid. n. 15, p. 238. Por qué le pintan un leon. Ibid. n. 16, p. 239. Por qué azotándole los ángeles. Ibid. n. 17, p. 239.

Gigantes. Hablan de ellos los poetas, t. 1, n. 3, p. 134.

San Gil. Sus pinturas. V. Cárlos Martel, y t. 3, n. 1, p. 210.

San Gorgonio mártir. Mencion de este santo, t. 3, n. 5, p. 214.

San Gregorio magno. Su pintura, t. 2, n. 9, p. 297. Por qué le pintan celebrando misa. Ibid. Por qué el Espíritu Santo en figura de paloma cuando está escribiendo. Ibid. n. 10, p. 297. Es error pintarle con semblante de eunuco. Ibid. n. 12, p. 298.

Gregorio Lopez: V. Lopez.

Griegos cristianos. Pintan las imágenes sagradas vestidas bien y con mucha decencia, t. 1, n. 2, p. 34. Aborrecen en gran manera su desnudez, ni las pintan sino de medio cuerpo, y por qué Ibid. A los santos que siguieron la milicia, los pintan montados á caballo, t. 3, n. 7, p. 19.

Guardas. Los del sepulcro de Cristo S. N. no se deben pintar dormidos en su resurreccion. Error de algunos pintores que pensaron de este modo, t. 2, n. 4, p. 160.

H

Santos Hemeterio y Celedonio. Pintura de estos santos mártires españoles, t. 2, n. 2, p. 291.

Heraclio emperador de Romanos. Sacó la Cruz de Cristo Señor nuestro del poder de los persas, t. 3, n. 3, p. 218. Despues fué fautor de los herejes monotelitas. Ibid. n. 4. Su infeliz éxito. Ibid.

Herejes. Sus execrables pinturas para hacer mofa de las cosas más sagradas de la religion católica, t. 1, n. 1 y 2, p. 50 y sig.

Herida. Si la que recibió Cristo S. N. en el costado fué en el derecho ó en el izquierdo, t. 2. n. 8, p. 136.

San Hermenegildo. Sus pinturas, t. 3, n. 1, p. 13. Debe pintarse con insignias reales, y por qué Ibid. n. 1 y 2, p. 13 y 14. Cuáles deben ser las insignias de su martirio. Ibid. n. 3, p. 15.

Hidria. Qué cosa es, t. 2, n. 3, p. 19.

Hijo de Dios. Es error pintarle en forma humana á la derecha del Padre en la Anunciacion de la Vírgen, t. 2, n. 5, p. 205.

San Hilarion abad. Sus pinturas, t. 3, n. 1, p. 263.

San Hipólito. Su martirio y pintura, t. 3, n. 3 y 4, p. 179.

Holofernes. Examínase su pintura, t. 3, apénd. n. 4, p. 309.

Hombre. Es la medida de todo lo criado, t. 1, n. 1. p. 100.

Padre Fr. Hortensio Félix Palavicino. Ilustre memoria que se hace de él, t. 1, n. 7, p. 139.

Huida de Cristo á Egipto. V. t. 1, n. 1, p 222, y sig. Apruébase la costumbre comun de representarla. Ibid. n. 2, p. 225. Abuso de algunos pintores en el adorno de dicha pintura. Ibid. n. 3, p. 226, y sig. Al entrar Cristo en Egipto cayeron los Idolos y un árbol muy grande se inclinó. Ibid.

I

Idolos. Cayeron al entrar Cristo en Egipto, t. 1, n. 3, p. 226.

S. Ignacio mártir. Sus pinturas é imágenes, t. 2, núm. 1, p. 272, y sig. Los leones devoraron enteramente su cuerpo. Ibid. Repruébanse algunas cosas falsas acerca de su martirio. Ibid. n. 2, p. 274, y sig. Examínanse las pinturas de

este santo que representan su corazon y en él el nombre de Jesus escrito con letras de oro. Ib. n. 4, p. 278.
S. Ignacio de Loyola. Su elogio y pintura, t. 3, n. 9, y 10, p. 165, 166. Epígrama en alabanza suya. Ibid.
S. Ildefonso prelado de la Iglesia de Toledo. Examínanse sus pinturas, t. 2, n. 1, 2, y 3, desde la p. 252. Si fué monje Benedictino. Ibidem. p. 253. Cuál fué la vestidura que le regaló la Santísima Vírgen? Ibid.
Imágenes. Los hebreos no tenian ningunas en sus casas, ni en el templo, t. 3, n. 3, y 4, desde la p. 96.
Imágenes sagradas. Qué se entiende por ellas en esta obra? t. 1, n. 2, p. 14. Sirven de libros para los rudos. Ibid. n. 3, p. 21. Convendria que á los principiantes se les prohibiera el pintarlas. Ibid. n. 4, p. 22. Sirven de irrision si no están bien pintadas. Ibid. Las imágenes feas deben quitarse de los lugares sagrados. Ibid. n. 7, p. 26. No deben pintarse las que pueden ser ocasion de escándalo. Ibid. n. 1, p. 27, y sig. No se han de permitir enteramente desnudas. Ibid. n. 2, p. 33 y sig. Refiérense ejemplos de algunas. Ibid. n. 4, p. 36. Condénanse de error pernicioso las de las santas hechas á semejanza de alguna ramera. Ibid. n. 5 y 6, p. 57 y sig. Algunas imágenes simbólicas de Cristo, pintadas sin error. Ibid. n. 7, p. 89. Otras imágenes, pias sí, pero erróneas, si se toman materialmente. Ibid. n. 8, p. 90. Las imágenes toman algunas veces los nombres de sus prototipos, t. 1, n. 4, p. 98.
Incensarios. Cuáles eran los de los judíos? t. 3, n. 9, p. 103.
Sta. Inés virgen y mártir. Sus pinturas, t. 2, n. 3, p. 545 y sig.
SS. Inocentes. Su mortandad, t. 1, n. 2, p. 224.
Instrumentos de la flagelacion de Cristo. Cuáles fueron? t. 1, n. 3, p. 86.
Intercesion de los santos. No podrá librar de los suplicios eternos, en el juicio final á los que estarán condenados por última sentencia, t. 1, n. 8, p. 66.
Invencion de la santa Cruz. Véase Cruz.
Isaac. No deben pintarle niño, sino como robusto jóven, cuando Abrahan iba á sacrificarle, t. 1, n. 4, p. 16. Con

todo no debe quitarse dicha pintura. Ibid. n. 3, p. 68. V. tambien, t. 3, Apénd. n. 6, p. 299.
Santa Isabel reina de Portugal. Sus hechos y pinturas, t. 3. n. 4, y 5, p. 147 y 148.
S. Isidoro de Sevilla. Sus pinturas, t. 3, n. 2, p. 6. No es autor de la coleccion de las Decretales de los Pontífices antiguos, que lleva el nombre de Isidoro. Ibid. n. 3, p, 7.
S. Isidro labrador. Sus hechos, t. 3. n. 4, p. 55 y sig. Avisos acerca de sus pinturas. Ibid. n. 6, p. 56.
Islas nadantes. V. t. 3, n. 6, p. 10.
S. Isquirion. Su martirio, t. 1. n. 6, p. 45.
Israelitas. Si les estaba prohibido el uso de los caballos. t. 3, n. 7, p. 261.

J

S. Jacinto. Sus hechos y pinturas, t. 3, n. 8, p. 183.
Jacobo de Voragine. Es reprehendido. Tom. 2, n. 2 y 3, p. 274 y sig. y t. 3, n. 10, p. 23.
Jesus niño. Teniendo atado con un hilo á un pajarillo como suelen hacerlo los muchachos, es pintura ridícula. Tom. 1, n. 4, p. 56 y t. 1, n. 2, p. 230. Montado sobre un cordero es ridículo y pueril. Ibid. largamente. Jugando con el Bautista tambien niño, es erróneo. Ibid. y t. 1, n. 3, p. 231. Ibid. y lo es tambien pintarle aprendiendo las primeras letras de su santísima Madre, t. 1, n. 5. p. 63 y t. 1, n. 5, p. 235. Item t. 2, n. 4, p. 215. Aprendiéndolas de S. José. Ibid. Manejando la sierra ó el barreno, ayudando á S. José en su oficio, es inepto y pueril, t. 1, n. 5, p. 236. Esto parece más conforme en la edad más crecida de Cristo. Ibid. y por qué. n. 5, p. 244. Refiérense otras pinturas de su infancia que son objeto de meditaciones piadosas, t. 1, n. 6. p. 236. Sentado en el templo en medio de los Doctores, por lo comun le pintan imperitamente, t. 1, desde el n. 1, p. 238 y sig. No se le ha de pintar sentado en las Cátedras más altas y por qué. Ibid. n. 3, p. 241 y sig. ¿Cómo se le pintará sabiamente en este caso? Ibid. num. 4, p. 243.

S. Jorge mártir. Sus hechos y pinturas, t. 3, desde el núm. 4. p. 16. Su pintura ecuestre entre los Griegos. Ibid. n. 5, p. 17. Entre los Latinos. Ibid. n. 6, p. 18. ¿Por qué le pintan á caballo? Ibid. n. 8, p. 20. En la batalla de Alcoraz se vió pelear á favor de los aragoneses. Ibid. En la que se dió en el Elba, se mostró propicio á Cárlos V. ibid. n. 9, p. 22. Examínase otra pintura del mismo santo. Ibid. n. 10, p. 22.

S. José. Hacen mal algunos que en la Natividad de Cristo le pintan viejo estribando en un baston, t. 1, n. 11, p. 182 y t. 2, n. 4, p. 304. Es error pintarle hablando con Zacarías en la Visita de santa Isabel, t 2, n. 4, p. 211. Pintarle sobradamente hermoso y aliñado es absurdo, t. 2, n. 3. p. 304. ¿De qué edad debe pintarse? Ibid. n. 8 y 9, p. 307. Cómo se le debe representar en su muerte? Ibid. p. 307. ¿Cómo pintaron algunos el sueño del santo patriarca en que el angel le libró de la congoja. Ibid. n. 11, p. 308. Está bien pintado con una vara llena de flores. Ibid. n. 12, p. 309. Estando en su tienda de artífice. Ibid. n. 13, p. 310.

Josué. Reprehándese una pintura suya, t. 1, n. 2, p. 73.

S. Juan Bautista. Errores y ridiculeces acerca de sus pinturas en la edad pueril, t. 3, n. 1, p. 118. Es error pintarle jugueteando con Cristo tambien niño y por qué. Ibid. n. 2, ¿Cómo anduvo vestido? Ibid. n. 4. p. 120. ¿Qué calzado usó y que cobertura en su cabeza? Ibid. n. 5, p. 122. Pintado con el cordero. Ibid. n. 6, p. 123. No se vieron con Cristo cuando niños, t, 1, n. 3, p. 231 y sig. No se le debe pintar con canas, t. 2, n. 8, p. 234. Pinturas de su martirio y degollacion, t. 3, n. 1, 2, y 3, desde la p. 200.

San Juan apóstol y evangelista, pintado con la Santísima Vírgen junto á la cruz de Cristo, t. 2, n. 5, p. 216. Algunos en este lance le pintan como mozo sin barbas: es error. Ibid. y t. 3. n. 4, p. 292. Muchas cosas sobre su martirio, t. 3. n. 1, 2 y 3, desde la p. 44. Puesto en una caldera de aceite hirviendo, no se le ha de pintar jóven. Ibid. n. 4, p. 46. Píntanle con un cáliz en la mano, y ¿por qué? t. 3, n. 5, p. 293.

San Juan Crisóstomo. Su pintura, t. 2, n. 11, p. 266. Hace una bella descripcion del arte de la pintura, t. 1, n. 2, p. 21.

San Juan Gualberto. Su conversion y pintura, t. 3, n. 6 y 7, p. 149 y 150.
San Juan y san Pablo mártires, t. 3, n. 1, p. 124.
San Juan de Sahagun. Sus hechos, t. 3, n. 6 y 7, p. 76. Sobre sus pinturas. Ibid. n. 8, p. 77. ¿Por qué se le debe pintar teniendo en su mano la sagrada Eucaristía? Ib., n. 9, p. 78. Canonizacion de dicho santo. Ibid. n. 10, p. 79.
Juan Serrano. v. Serrano.
Juana Papisa. Su fábula, t. 1, n. 1, p. 51.
San Júdas apóstol. V. S. Simon.
Judas traidor. Hácese mencion de él, y condénase de error una pintura de su desastrado fin, t. 2, n. 9 10 y 11, p. 288 y siguientes.
Judíos. ¿De qué color usaron los vestidos? t. 1, n. 5, p. 75 y sig. ¿Quiénes ejecutan ahora entre ellos la Circuncision y cómo los llaman? t. 1, n. 4, p. 187.
Judit. Su pintura delante de Holofernes, t. 3, Apénd., n. 4, p. 309.
Juicio final. Alábase y reprehándese al mismo tiempo la pintura que hizo de él Miguel Angel, y por qué, t. 2, n. 9, p. 167. Algunas cosas que deben advertir los pintores. Ibid. n. 10, p. 168. Es error pintar á los santos intercediendo por los réprobos en el juicio final, t. 1, n. 8, p. 66. Abrazan este error los griegos modernos. Ibid.
San Julian obispo de Cuenca. Su pintura, t. 2, n. 2, p. 268 y sig.
Júpiter tonante. Castigo ejemplar que sucedió á un pintor por haber pintado así á Cristo S. N., t. 1, n. 1, p. 52.
San Justo y san Pastor mártires. Pinturas de estos santos, t. 3, n. 7, p. 172.

L

El buen Ladron, pintado separadamente de Cristo, t. 3, n. 11, p. 24. Algunos avisos acerca de esta pintura. Ibid, n. 12.
Ladrones crucificados con Cristo. Es error pintarles atados con cuerdas en sus cruces, y no traspasados con clavos,

t. 1. n, 4, p, 69. Véase tambien t. 2, desde el n. 4, p. 131, difusamente. El bueno fué crucificado á la derecha de Cristo, y el malo á la izquierda. Ibid. n. 10, p. 138. No se han de pintar rotas sus piernas, cuando aún les pintan vivos. Ibid. p. 139. Las cruces en que fueron clavados, tenian la misma forma que la de Cristo, y no la de la letra T, t. 2, n. 3, p. 129 y sig.

San Laureano obispo. Sus hechos martirio y pintura, t. 3, n. 1, 2 y 3, p. 145 y sig.

Lázaro. Pintan malamente su resurreccion, t. 2, n. 5 y 6, páginas 59 y sig.

San Leandro obispo de Sevilla. Su pintura, t. 2, n. 13, p. 299. Se le puede pintar con palio de arzobispo. Ibidem, n. 14, p. 300.

Lengua. La de san Antonio de Pádua se conserva incorrupta, t. 3, n. 7, p. 84. Habiéndosela quitado á un hombre, hablaba sin ella. Ibidem, n. 8, p. 86.

San Leon Magno. Su pintura y algunas advertencias, t. 3, n. 7, p. 11.

Lopez (Gregorio) español. Vivió santamente en las Indias Occidentales y nunca llevó cubierta la cabeza, t. 1, n. 7, p. 272.

San Lorenzo Justiniano. Sus hechos y pintura, t. 3. n. 3, p. 212.

San Lorenzo mártir. Ridícula pregunta que hizo un caballero en el Escorial sobre este santo, t. 1, n. 9, p, 92. Su pintura, t. 3, n. 9, p. 173. Si fué español. Ibid, n. 10, p. 174.

San Lúcas evangelista. Sus pinturas, t. 3, n. 11, p. 261. Si fué pintor. Ibid.

Santa Lucía vírgen y mártir, t. 3, n. 2, p. 281. Muchas cosas sobre su imágen. Ibid. y n. 3 y 4, p. 282 y 283.

San Luis Beltran. Sus hechos y pinturas, t. 3, n. 4 y 5, p. 257.

San Luis rey de Francia. Sus hechos y pinturas, t. 3, n. 6, p. 194.

M

Magdalena ó mujer pecadora. Ungiendo y regando con lágrimas los piés de Cristo, cómo debe pintarse conforme á la verdad del Evangelio, t. 2, n. 1, p. 35 y sig. Quién fué dicha mujer. Ibid. desde el n. 3, p. 38 y sig. difusamente. Si el vaso que derramó sobre la cabeza de Jesus era realmente de alabastro, Ib. n. 7, p. 64.

Magos. Solian confiarse á ellos los mayores imperios, t. 1, n. 6, p. 206.

Magos (reyes). Adoraron á Cristo, t. 1, n. 1, p. 197. Si su adoracion fué el mismo dia en que la celebra la Iglesia. Ibid. y p. 198. Dónde le adoraron. Ibidem, n. 2, p. 199 y sig. Cuántos fueron. Ibidem, n. 4, p. 202. Si uno de ellos fué etíope. Ibid. Si fueron reyes. Ibidem. n. 5, p. 203 y sig.

Manasés. V. Ephraím.

San Márcos evangelista. Pintado con el leon, t. 3, n. 2, p. 26. Necia y tontamente pintan un buey junto á él. Ibid. n. 3.

Santa María de Cervelló ó de Socós. Sus pinturas, t. 3, n. 5, pág. 61.

Santa María Magdalena. Sus hechos y pinturas, t. 3, n. 1 y 2, p. 154 y 155. V. Magdalena.

Santa María Magdalena de Pazzis. Algunas advertencias sobre sus pinturas, t. 3, n. 6 y 7, p. 62 y 63.

Santa Marta. Sus hechos y pinturas, t. 3, n. 6, p. 163.

San Martin obispo. Sus hechos y pinturas, t. 3, n. 4, p. 271. Pintado á caballo. Ibid. n. 5. Está mal pintado con hábito de san Benito. Ibid. n. 7, p. 272.

Santos mártires. De qué manera pueden pintarse desnudos. t. 1, n. 3, p. 40 y sig. Aunque fueron atormentados desnudos, no deben pintarse así. Ibid. A algunas mujeres mártires colgadas por los piés, no les cayeron al rostro sus vestidos. Ibid. p. 41. Padecieron muchos tormentos que no es decente pintarlos. Ibid. n. 4, p. 42. Cuáles sean éstos. Ibid. Historias fabulosas de santos mártires que han fingido los herejes, t. 3, n. 4, p. 16.

San Mateo apóstol y evangelista. Su edad, t. 3. n. 1, p. 226. Cuál fué el género de martirio con que acabó su vida. Ibid. n. 2, p. 227. Se le ha de pintar con un ángel. Ibid. n. 3, página 227.
San Matías apóstol. Su martirio y pinturas, t. 2, n. 6, 7 y 8, desde la p. 285. Está mal pintado el modo cómo fué elegido para el ministerio apostólico. Ibidem. p, 287.
San Miguel Arcángel. Cómo le pintan, t. 1, n. 2, p. 133. La batalla que tuvo con Satanás. Ib. Qué significa su nombre. Ibid. p. 134. Por qué le pintan con balanzas. Ib. desde el n. 4, p. 135. Deséchase por erróneo el pintarle pesando las almas con balanzas. Ibid. n. 7, p. 139.
Miguel Angel, pintor. ¿Cómo pintó á Cristo en la conversion de san Pablo? t. 1, n. 4, p. 55.
Mitra episcopal. ¿Cuándo empezó á usarse en la Iglesia? t. 3, n. 3, p. 59.
Santa Mónica, t. 3, n. 10, p. 42. Sus pinturas. Ibid. n. 11, p. 43.
Moscovitas. Aborrecen sumamente la desnudez en las imágenes sagradas, t. 1, n. 2, p. 34.
Moisés. Los pintores imperitos le pintan con cuernos. V. t. 2, n. 4, p. 58, y t. 3, Apénd. n. 3, p. 304 y sig.
Mujer pecadora, V. Magdalena y María Magdalena.

N

San Narciso obispo, sus hechos, martirio y pinturas, t. 3, n. 8. p. 268.
Natividad de Cristo S. N. Sobre sus pinturas, V. t. 1, todo el c. 1, desde la p. 172. No nació en el portal ó atrio de Belen, como vulgarmente lo representan los pintores. Ibid. n. 2, p. 172, sino en una peña ó roca excavada. Ibid. n. 3, p. 174 y sig. Es error el pintarle desnudo en su Nacimiento y se opone á la fe del Evangelio, Ibid. n. 6, p. 176. Pueden pintarse el buey y el asno. Ibid. n. 7, p. 177, y tambien regalos rústicos y pastoriles. Ibid. n. 11, p. 182. Es error in-

tolerable el pintar allí una comadre, como hacen algunos pintores, t. 1, n. 4, p. 69, y t. 1, n. 10, p. 182. Algunos errores que han cometido los pintores en pintar la Natividad de Jesucristo. V. t. 2, n. 2, p. 214.
Natividad de la Santísima Vírgen, V. t. 2, n. 4, p. 188.
San Nicetas mártir. Descríbese su pasion, t. 2, n. 8, p. 249.
San Nicolás obispo. Examínanse sus imágenes, t. 3, n. 4, p. 278. ¿Por qué le pintan moreno? Ibid. n. 5, p. 279.
San Nicolás de Tolentino. Sus pinturas, t. 3, n. 6, p. 214.
SS. Nombre de Jesus. Pintado en medio de los rayos del sol, t. 1, n. 1, p. 194. Disputas que ha habido sobre representar este Nombre en una tablilla con letras de oro. Ibid. p. 195. Algunos afirmaron falsamente que dicho Nombre estaba escrito en el corazon de san Ignacio mártir, t. 2, n. 3, p. 276.
Nombre de María, pintado en medio de los rayos del sol, t. 2, n. 5, p. 189.
Nombres. En la Sagrada Escritura se toman algunas veces por los mismos significados, t. 1, n. 2, p. 196.
San Norberto. Su elogio, t. 3, n. 1, p. 72.
Numularios. ¿Quiénes eran? t. 2, n. 4, p. 21.

O

Oláo magno. Declama contra las pinturas deshonestas. t. 1, n. 4, p. 37.
Ononychítes. ¿Con qué vestido pintaban á este Dios? t. 1, n. 1, p. 51.
San Onofre anacoreta. T. 3, n. 1 y 2, p. 80 y 81. Si se le debe pintar con insignias reales? Ibíd. n. 3, p. 82.
Oracion. Los judíos solían orar en pié y no de rodillas, t. 3, n. 6 y 7, p. 100 y sig. Lo mismo practicaban los primitivos cristianos. Ibid. No descubrian la cabeza para orar. Ibid. n. 8, p. 102.
Orador. Ciencia y circunstancias que le deben acompañar, t. 1, n. 1, p. 72.

Orden de nuestra Señora de las Mercedes. Su elogio. t. 3, n. 4, p. 228, y t. 3, n. 3, p. 254. Su institucion. Ibid. Su milicia. Ibid. n. 8, p. 231.

P

San Pablo primer ermitaño. Sus pinturas, t. 2, n. 3, p, 236. Reprehéndense algunas de ellas. Ibid. n. 3 y 4. Su alma se apareció al grande Antonio, t. 1, n. 3, p. 155.

San Pablo apóstol. Reprehéndese la pintura que hizo Miguel Angel de su conversion, t. 1, n. 4, p. 55. y t. 2, n. 3, p. 258. Cómo se ha de pintar á Cristo S. N. apareciéndose á san Pablo. Ibid. n. 1. p. 257. Miguel Angel hizo mal en pintar viejo al apòstol en su conversion, y por qué. Ibid. n. 3, p. 258. Es error el representarle vestido al estilo de los romanos. Ibid. n. 4, p. 259. Pensaron algunos que debia representarse en pié. Ibid. n. 5, p. 260. Reprehéndese montado sobre un caballo. Ibid. n. 6, p. 261, y n. 9, p. 264. Andaba montatado no en un caballo, sino sobre una mula, ó más bien sobre un jumento, y así debe pintarse. Ibid. n. 10, p. 265. Su estatura, aspecto y figura, t. 3, n. 10, p. 137. Cortáronle con una espada la cabeza. Ibid. n. 11, p. 138. Sobre la pintura en que se le representa junto con san Pedro y á su derecha. Ibid. desde el n. 12, p. 139.

Padre Eterno. Sosteniendo el cuerpo muerto de Jesucristo, t. 1, n. 10, p. 113. Pintado en la Anunciacion de la SS. Vírgen abierto el cielo y rodeado de multitud de ángeles, etc., t. 2, n. 5, p. 204. V. Santísima Trinidad.

Palavicino. V. Hortensio.

Palio pontifical. Qué cosa sea, t. 2, n. 14, p. 301. Descríbese el palio de los obispos griegos. Ibid. p. 302.

Palomino (D. Antonio). Escribió las vidas de los pintores españoles, t. 1, n. 6, p. 26.

San Pantaleon. Mencion de este santo, t. 3, n. 5, p. 163.

Parmenisco de Metaponte. Recobró la facultad de reir, al ver la fea y tosca estátua de Latona, t. 1, n. 5, p. 24.

San Pastor. V. San Justo.

San Patricio. Su pintura, t. 2, n. 15, p. 302. Por qué le pintan con serpientes. Ibid. n. 302.
San Paulino obispo. Su elogio, t. 3, n. 11. p. 88. Dióse por esclavo por los cautivos. Ibid. y n. 12, p. 89. Acerca de su antigua pintura. Ibid. n. 13 y 14, p. 90 y sig. Su edad y aspecto. Ibid. n. 15, p. 92.
San Pedro apóstol. Algunas cosas que deben advertir los pintores sobre haber negado á Cristo en casa de Caifás, t. 2, n. 6, p. 75. Es error pintarle viejo en tiempo de la Pasion del Señor, t. 3, n. 2, p. 130. Pintado con el gallo. Ibid. n. 3. p. 130. Cómo y en qué ocasion debe pintarse con las llaves. Ibid. n. 4. Sobre su crucifixion. V. el mismo c. n. 5, 6 y 7, desde la p. 132 y sig. Arrodillado delante de Cristo cargado con la cruz. Ibid. n. 9, p. 136. Por qué le pintan á la izquierda cuando le pintan junto con san Pablo. Ibid. n. 12, p. 139. Está mal pintado cuando le pintan atado con cadenas en la cárcel, t. 3, n. 1, p. 167. Cómo se ha de pintar en este lance. Ibid. n. 2, p. 169.
San Pedro Celestino papa. Sus insignes hechos, t. 3, n. 1, p. 58. Su pintura. Ibid. n. 2, p. 58.
San Pedro Pascual obispo y mártir. Sus hechos é imágenes, t. 3, n. 3 y 4, p. 264 y sig.
San Pedro Armengol. Sus hechos, martirio y pinturas, t. 3, n. 7 y 8, p. 30 y 31.
San Pedro Nolasco. Sus pinturas, t. 2, n. 3 y 4, p. 270.
San Pedro, por renombre Regalado. Porqué le apellidan así, t. 3, n. 3, p. 54.
San Pelayo, mártir español. Sus hechos, martirio y pinturas. t. 3, n. 2, 3 y 4, desde la p. 124 y sig.
Persas. Cosa singular que observaban en sus juicios, t. 1, n. 6, p. 138.
Santa Petronila. Mencion de esta santa, t. 3, n. 9, p. 70.
Phylacteria. ¿Qué cosa eran? t. 1, n. 5, p. 263 y sig.
Pignatelli (D. Hector de). Instituyó una hermandad en honor de los siete arcángeles, t. 1, n. 4, p. 145.
Pintores. Deben consultar con los hombres más sabios por no exponerse á errar cuando pintan cosas sagradas, t. 1,

n. 7, p. 18 y 19. Los más famosos faltaron en muchas cosas. Ibid. A los imperitos y principiantes, no se les deberia permitir el pintar imágenes sagradas. Ibid. n. 4, p. 22. Los primeros pintores ponian nombre debajo de las cosas pintadas. Ibid. p. 23. Seria de desear que muchos pintores hicieran lo mismo. Ibid. Los egipcios reprimian la licencia de los pintores en representar las cosas sagradas. Ibid. n. 1, p. 27. Pintores de cosas obscenas. Ibid. p. 28. Deben guardar toda honestidad y decoro en las imágenes sagradas. Ibid. n. 1, p. 34, y poner freno á cierto escandaloso modo de pintar. Ibid. n. 3, p. 35. Algunos pintan mal la última cena del Señor. Ibid. n. 1, p. 53. Detestables excesos que han cometido. Ibid. n. 2, p. 56 y n. 5, p. 57. Ciencia que deben tener. Ibid. n. 1, p. 72.

Pintura. Se compara con la oratoria y poesía, t. 1, n. 2, p. 20. Es lo mismo para los rudos, que los libros para los doctos. Ibid. n. 3, p. 21. No se han de permitir pinturas de cosas obscenas. Ibid. p. 27 y sig. Refiérense algunos ejemplos de éstas. Ibid. n. 1, p. 27. Reprehéndense. Ibid. n. 2 y 3. p. 29 y sig.

Plañideras, Quienes eran, t. 2, n. 8, p. 26.

Platon. Sentimiento suyo sobre el modo con que se debe hablar de Dios, t. 1, n. 1, p. 95.

Plinio. Reprehende fuertemente el pintar ó esculpir figuras deshonestas. t. 1, n. 2, p. 29.

Poesía. Es una pintura que habla, t. 1, n. 2, p. 20.

Poetas cómicos. Abusos detestables que han cometido en las comedias de santos, t. 1, n. 2, p. 53.

Pólvora. Su invencion. t. 1, n. 3, p. 74.

Prendimiento de Cristo Señor nuestro. Como lo presentan algunos, t. 1, n. 3, p. 86. y t. 2, n. 3, p. 73. Quién era aquel mozo que cubierto con la sábana echó á huir cuando prendieron al Señor. Ibid. n. 5, p. 74.

Presentacion de Cristo Señor nuestro en el Templo. T. 1, desde la p. 209. Como se pintará bien. Ibid. n. 7, p. 221.

Presentacion de la SS. Vírgen. T. 2, desde el n. 1, p. 191. Los errores que frecuentemente cometen los pintores en la re-

presentacion de este misterio. Ibid. n. 2, p. 192 y sig. La Iglesia romana quitó esta fiesta del número de sus festividades, y la restauró á instancias del P. Turriano. Ibid.
Pretorio de Pilatos. ¿Cómo se ha de pintar? t. 2, n. 1, p. 80.
Propercio (poeta). Reprehende la desenfrenada licencia de los pintores. t. 1, n. 2, p. 30.
SS. Proto y Jacinto, mártires eunucos. T. 3, n. 1. p. 216.
Purificacion de la santísima Vírgen. ¿Como suelen representar este misterio pintores de mucha fama? t. 1, n. 1, p. 209. Debe representarse como ejecutada en el templo. Ibid. n. 4, p. 214. Pero es error pintarla como hacen algunos dentro lo más sagrado del Templo. Ibid. n. 5, p. 215.

Q

Querubines. Su descripcion, t. 1, n. 4, p. 129. Qué diferencia habia entre los del tabernáculo de Moisés, y los del templo de Salomon, donde se nota un error de Benedicto Arias Montano sobre este particular. Ibid. Cómo se han de pintar. Ibid. n. 5 y 6, p. 130 y 131.

R

Racimo de la tierra de promision. Los pintores lo pintan malamente, t. 3, Apénd. n. 4, p. 305.
S. Rafael arcángel. Su descripcion, t. 1, n. 9, p. 141. Acompañando á Tobías. Ibid. Con un pececillo colgado de la mano, está mal pintado. Ibid. p. 142.
Rafael Urbino. Pintó malamente y contra la fe del Evangelio; al tullido de quien se habla en los hechos apostólicos, t. 1, n. 5 y 6, p. 16 y sig.
S. Ramon Nonnato. Su pintura y elogio, t. 3, n. 8, p. 207.
S. Raymundo de Peñafort. Su elogio, t. 2, n. 4, p. 255. Examínanse sus pinturas y si vistió con sus propias manos el hábito á S. Pedro Nolasco. Ibid. n. 5 y 6, p. 255 y 256.
Resurreccion de Cristo Señor nuestro. Su descripcion, t. 2, n. 1, p. 156. Errores que acerca de ella han cometido los

pintores. Ibid. desde el n. 2, p. 158. Cómo se ha de pintar á Cristo en el acto de resucitar de entre los muertos. Ibid. n. 6, p. 163. Resurreccion. Todos, así electos, como réprobos resucitarán de edad robusta y perfecta. Ibid. n. 10, p. 169. Refútase la opinion de los que juzgan que todos los mortales resucitarán de sexo varonil. Ibid. n. 11, p. 171.

Revelaciones. Las que se hacen á hombres ó mujeres particulares, no nos precisan á que asintamos á ellas. t. 2, n. 6, p. 88.

Reyes Magos. V. Magos.

Ricci (monge Benedictino). Pintó con mucho primor á S. Benito revolviéndose desnudo entre espinas, T. 1, n. 10, p. 48.

Romanos. Azotaban á los esclavos con correas y varas, t. 1, n. 3, p, 86.

S. Romualdo. Examínase su pintura, t. 2, n. 1, p. 281.

S. Roque. Sus hechos y pinturas, t. 3, n. 9, 10 y 11, desde la p. 185.

Santa Rosa del Perú. Sus hechos y pinturas, t. 3, n. 4, y sig. desde la p. 203.

S. Rosendo. Su pintura, t. 2, n. 1, p. 290. Fué muy bajo de estatura. Ibid.

S

S. Sabina. V. S. Vicente.

Sacerdotes hebreos. Iban alternando para ejercer su oficio en el templo, donde estaban una semana entera, t. 1, n. 6, p. 219 y sig. Sus vestiduras, t. 2, n. 4, p. 195, El sumo sacerdote solamente podia entrar una vez al año en el Sancta Sanctorum, t. 1, n. 5, p. 275 y sig.

Sacrificios de Abel y de Cain. T. 3, Apénd. n. 2, p. 296. Señales de haberse aceptado los sacrificios. Ibid. y n. 3, p. 297.

Salas que tenian los hebreos para decidir los pleitos. ¿Dónde estaban? T. 3, n. 3; p. 241 y sig. Habia dos: una á la puerta Occidental del templo y otra á la del atrio de los israelitas. Ibid.

Sancta del Templo de los hebreos. ¿Qué cosa eran? t. 3, n. 5, p. 99.
Sancta Sanctorum del Templo. ¿Qué era? t. 3, n. 5, p. 99. Nadie podia entrar en aquel lugar sino el Sumo Sacerdote, t. 1, n. 5, p. 215.
Sandalias. Significa lo mismo que calzado, t. 1, n. 8, p. 273 y sig.
Santiago apóstol y patron de España. Sus pinturas, t. 3, n. 3, p. 156.
Santiago apóstol y primer obispo de Jerusalen. Sus pinturas y martirio, t. 3, n. 3, 4 y 5, desde la p. 35. Si fué parecido á Jesucristo. Ibid. n. 6, p. 37.
Todos Santos. Pintados en una tabla: examínase dicha pintura, t. 3, n. 1 y 2, p. 269 y 270.
Santuario del templo de Jerusalen, t. 1, n. 4, p. 215. Nadie podia entrar en aquel lugar, sino solos los Sacerdotes. Ibid. n. 5, p. 215 y sig. t. 3, n. 5, p. 99.
S. Sebastian mártir. Es error pintarle atado á un palo y traspasado con flechas, cuando hermoso y jóven, t. 2, n. 1, p. 243. No se le debe pintar en las faldas de la bienaventurada mujer Irene, ¿y por qué? Ibid. n. 2, p. 244. Mandóse quitar de la Iglesia una pintura de este santo, por ser ocasion de ruina espiritual á las mujeres, t. 1, n. 4, p. 37.
Sepulcros. Los judíos los tenian fuera de las ciudades, t. 2, n. 10, p. 28 y n. 5, p. 60. Su descripcion y la del sepulcro de Cristo Señor nuestro. Ibid. p. 61. Lugar donde estuvo el Señor. Ibid. n. 4, p. 153. Cuanto se alejan de la verdad los pintores en su representacion. Ibid. Cuál es el sepulcro que los pintores atribuyen á Cristo al resucitar de entre los muertos. Ibid. n. 2, p. 158.
Serafines. Si deben pintarse con seis ó con cuatro alas, t. 1, n. 2, p. 127. Si demas de las seis alas se les debe pintar con brazos. Ibid. n. 3, p. 128.
Serrano (Juan). Dió nombre á una isla del Océano Meridional, t. 1, n. 8, p. 46. Lo que le sucedió. Ibid. p. 47.
Serpientes. No las hay en Hibernia, ¿y por qué? t. 2, n. 16, p. 303.

Sidonio Apolinar. Alaba su casa de campo por carecer de pinturas obscenas, t. 1, n. 2, p. 30.
S. Simeon. Es error pintarle vestiduras sacerdotales, t. 1. n. 6, p. 218 y sig. No fué sacerdote. Ibid. Trátase este punto difusamente. Ibid. Cómo deben pintarle los pintores cuando le representan estrechando con sus brazos á Jesus. Ibid. n. 7, p. 221.
S. Simeon obispo y mártir. Su pintura, t. 2, n. 5, p. 284.
S. Simon y S. Judas apóstoles. Sus pinturas, t, 3, n. 7, p. 268.
Simon Cirineo. ¿Dónde tomó la cruz de Cristo Señor Nuestro? t. 2, n. 3, p. 101. ¿Cómo se le debe pintar en este lance y de qué manera se debe corregir á los pintores? Ibid. n. 5, p. 104.
S. Sisynio y S. Sinydoro Griegos, t. 3, n. 7, p. 20.
Sobreparto de la Santísima Vírgen. Lo pintaron algunos antiguamente, t. 1, n. 4, p 62. Dicha pintura es errónea y perniciosa. Ibid. La reprehenden S Cipriano y S. Gerónimo. Ibid.
Soldados. Es ridículo pintar fumando tabaco á los que pelearon contra Troya, t. 1, n. 3, p. 74 ,y echando suertes sobre las vestiduras de Cristo, jugando á los dados sobre un tambor, t. 1, n. 13, p. 143.
S. Sinydoro, V. S. Sisynio.

T

Tarasca. ¿Qué significa este nombre entre nosotros y cuál es su etimología? t. 3, n. 7 y 8, p, 164 y sig.
Templo de Salomon. Los pintores lo pintan ridículamente, t. 1, n. 1, p. 209. Habia solamenteuno para toda la nacion de los israelitas. Ibid. n. 2, p. 210. Constaba de tres partes. n. 4, Ibid. p. 215. Pináculo del templo: ¿qué era? t. 2, n. 6, p. 73.
Descríbese cuál era. T. 3, n. 2, p. 94 y n. 5, p. 99.
Templo de Garizim. Era cismático, t. 1, n. 3, p. 214.
Tentaciones. Descríbense las de Cristo Señor nuestro en el desierto, t. 2, todo el c. 10, desde la p. 11.
Santa Teresa de Jesus. La vision que tuvo de un ángel, t. 1,

n. 4, p. 159. Vióse subir al cielo su alma en figura de paloma, Ibid. n. 5, p. 157.
Tabór (Monte). Es muy alto, y cuánta sea su elevacion, t. 2, n. 2, p. 56.
Teófilo. Las cartas que escribió contra los antropomorfitas, t. 1, n. 2, p. 97.
Santo Tomás de Aquino. Sus pinturas, t. 2, n. 3, p. 291. Qué significa la cadena de oro con que regularmente le pintan. Ibid. n. 5, p. 293. Su elogio. Ibid. n. 7, p. 294.
Santo Tomás de Villanueva. Sus hechos y pinturas, t. 3, n. 9 y 10, p. 224 y sig.
Santo Tomás apóstol, t. 3, n. 1, p. 284. Si tocó las llagas de Cristo. Ibid. n. 2 y 3, p. 285 y 286. Muchas cosas sobre su martirio. Ibid. n. 4 y 5, p. 286 y 287 y sig. Cómo se le ha de pintar. Ibid. n, 6, pág. 290.
Santo Tomás de Cantorberi. Su imágen, t. 3, n. 6, p. 293.
Tomás de Contimprato. Refiere una historia agradable, t. 1, n. 7, p. 122.
Tiara. En sus principios fué adorno de mujeres y despues de los reyes, t. 1, n. 6, p. 268. Efigie de Cristo crucificado, cubierto con tiara y túnica talar. Ibid. n. 7, p. 270. Tiara pontificia, cuándo empezó á usarse, t. 3, n. 2, p. 58.
Tiranos. Crueles y feos tormentos que practicaron con los mártires, t. 1, n. 4, p. 42 y sig.
Toro de san Márcos, t. 3, n. 3, p. 26. Historia de su amansamiento. Ibid. n. 4, p. 27. Si éste es supersticioso. Ibid. n. 5, pág. 28.
Torcuato Taso. Su descripcion del arcángel san Gabriel, t. 1, n. 6, p. 121.
Transfiguracion de Cristo S. N. t. 2, desde el n. 2, p. 56.
Tribunales de los hebreos. Estaban á las puertas de las ciudades, t. 1, n. 3, p. 242. Cómo debe representarse el Tribunal de Caifás preguntando á Cristo, t. 2, n. 6. p. 76.
SS. Trinidad. Repreh éndese por absurdo monstruoso el modo como la han representado algunos con una cabeza de tres caras, t. 1, n. 2, p. 60, y t. 1, n. 8, p. 111. Cómo se debe pintar. Ibid., desde el n. 7 y 9. Repreh éndese otro mo-

do de pintar á la Santísima Trinidad. Ibid. n. 8, p. 111. Defiéndese una pintura de este Misterio contra Molano. Ibid. n. 10, p. 113.
Trono de Dios, t. 1, desde el n. 5, p. 108 y sig.
Túnica inconsútil de Cristo S. N. Su mencion, t. 1, n. 4, página 261.
Turcos. Suplicios que usan con los reos, t. 1, n. 5 y 6, páginas 44 y 45.

U

Uncion. La que tributó á Cristo la mujer pecadora, t. 2, desde n. 1, p. 35. Cómo la hizo. Ibid. n. 8, p. 65. De qué manera se ejecutó la del cuerpo de Cristo bajado de la Cruz. Ibid. n. 3, p. 151.
Ungüentos. Su uso entre los antiguos, t. 1, n. 5, p. 75.
San Urbano papa y mártir. Pintado con la vid, t. 3, n. 8, página 64.
Santa Ursula. Trátase de la pintura de esta santa y de sus compañeras mártires, t. 3, n. 2, p. 263.
Uva de la tierra de Promision. V. Racimo.

V

Vascones. Aun en tiempo de guerra traían descubierta la cabeza, t. 1, n. 7, p. 271.
Velazquez (Diego). Fué excelente pintor y sobresalia singularmente en los retratos, t. 1, n. 6, p. 26.
Velo de las vírgenes. En los principios de la Iglesia, lo traían las vírgenes consagradas á Dios, t. 3, n. 7 y 8, p. 48, y sig. Usáronlo tambien las judías y otras naciones. Ibid. n. 9. p. 50.
Verónica. Su mencion y pintura, t. 2, n. 4, p. 103.
Vestidos. Los de algunas santas mártires, no les cayeron á su rostro colgándolas los tiranos por los piés, t. 1, n. 3, p. 41. Los pintores pintan mal los de Cristo y de los após-

toles. Ibid. n. 5, p. 75. ¿De qué color eran? Ibid. n. 5, p. 75 y sig. y t. 1, n. 3, p. 260. ¿Qué género de vestidos usó Jesucristo? Ibid. todo el c. 9. ¿De qué partes constaban? Ibid. n. 4, p. 261. ¿Cómo resplandecieron en su transfiguracion? t. 2. n. 3, p. 57. Vestidos de la Santísima Vírgen. V. T. 2, n. 5, p. 182. Vestidos de los israelitas. V. t. 3, Apénd. n. 5, p. 310.

S. Vicente Levita y mártir español. Examínanse sus pinturas, t. 2, n. 6, 7 y 8 desde la p. 248. ¿Por qué pintan un cuervo junto á él? Ibid. n. 7, p. 248.

SS. Vicente, Sabina y Cristeta. Su martirio y pinturas t. 3, n. 5 y 6, p. 266.

Sta. Victoria. V. S. Acisclo.

Santísima Vírgen María. No dudó de la resurreccion de su Hijo, t. 1, n. 4, p. 70. Pintada con otras mujeres llevando aromas para ungir el cuerpo de Cristo. Ibid. y t. 2, n. 6 p. 163. Algunos se engañaron y cayeron en el error de pintarla postrada y no en pié junto á la cruz, t. 2, n. 11 y 12, p. 140 y sig. ¿En qué puesto se la debe pintar junto á la cruz de Jesus? Ibid. n. 12, p. 149. Es cosa pia y católica pintarla en el Cenáculo de Jerusalen en medio de los apóstoles en la venida del Espíritu Santo. Ibid. n. 8, p. 167. Descríbense y repréhendense sus imágenes sobradamente profanas, t. 2, desde el n. 2, p. 178 y sig. Descríbese su forma, estatura y toda la estructura de su cuerpo. Ibid. n. 4, p. 181. Teniendo á Jesus en sus brazos ó adorándole puesto sobre una almohada. Ibid. n. 6, p. 183. Acerca de las pinturas de su Concepcion Ibid. todo el c. 2. desde la p. 184. Sobre su Anunciacion. Ibid. n. 1, y sig. desde la p. 200. Errores de los herejes sobre el lugar donde el arcángel S. Gabriel hizo la Anunciacion. Ibid. n. 3, p. 202. Cómo se la ha de pintar cuando le habla el arcángel S. Gabriel y cuántos errores han cometido los pintores sobre este particular? Ibid. n. 4, p. 204. Cómo en la visita de Santa Isabel? Ibid. n. 3, p. 209. Otras cosas que fingen y añaden en la representacion de este Misterio. Ibid. n. 4, p. 210. Pintada junto á la cruz con san Juan Evangelista. Ibid. n. 5, p. 216. Si está mal pinta-

da con vestidos de luto por la muerte de su Hijo. Ibidem. n. 6, p. 217. ¿Cómo se pintaria mejor? Ibid. Recibiendo la comunion de san Juan Evangelista. Ibid. n. 7, p. 219. Exámínanse las pinturas de su muerte y Asuncion á los Cielos. Ibid. desde la p. 220. No parece bien pintada echada en la cama. Ibid. n. 3, p. 221. Si salió al encuentro á Jesus cuando el Señor iba al Calvario, t. 2, n. 4, p. 102. No se la debe pintar en este lance arañándose, ni de otros modos indecentes. Ibid. p. 103. Su aparicion para fundar la Orden de nuestra Señora de las Mercedes, t. 3, n. 4, p. 228. Se la ha de pintar en este caso con vestidos blancos. Ibid. n. 5, p. 229. Reprehéndense algunas pinturas sobre este hecho. Ibid. n. 7, p. 231. Algunas cosas del hábito militar de esta Orden. Ibid. n. 8, p. 231.

Visitacion de la Santísima Vírgen á santa Isabel, t. 2, p. 207. Es error pintarla en el campo. Ibid. núm. 2, p. 208. Otras ridiculeces pintadas en la representacion de este misterio. Ibid. n. 4, p. 210 y sig.

Z

Zacarías marido de santa Isabel. Es error pintarle hablando con S. José en la Visitacion de la Virgen, t. 2, n. 4, p. 210. Está mal pintado cuando el ángel le cercioró de la concepcion del Bautista, t. 3, n. 1, p, 93. No se le ha de pintar arrodillado. Ibid. n. 6, p. 100. Tambien está mal pintado delante del Arca de la Alianza y por qué. Ibid. n. 9, p. 103. Es error pintarle con un incensario semejante á los nuestros. Ibid. Si fué Sumo Sacerdote? Ibid. desde el n. 10, p. 104 y sig. difusamente. No se le ha de pintar con adornos y vestiduras propias del Sacerdote Sumo. Ibid. n. 19, p. 115. Descríbese el modo más apto y verdadero de pintarle. Ibid. n. 20. p. 116.

Zarza. La que vió Moisés, ardia sin quemarse. V, t. 3, Apénd. n. 1, y 2, p. 302 y 303.

Zebedeo. Sus hijos, S. Juan y S. Jacobo, no eran muchachos cuando su madre los presentó á Cristo y es error pintarles entonces aun niños ó muchachos, t. 1, n. 6, p. 64.

FE DE ERRATAS

TOMO TERCERO

PÁG.	LÍN.	SE LEE.	DEBE LEERSE.
12	12	tenido	temido
28	29	ha	he
43	11	pertinencia	pertinacia
76	34	hacerle	haberle
101	26	las miras de los cristianos	las miras los cristianos
176	20	pinra	pintura
226	30	era la misma edad	era de la misma edad
262	25	vivos	vimos,
280	22	el	al

ÍNDICE

LIBRO SEXTO.

DE LAS PINTURAS É IMÁGENES DE LOS SANTOS CUYAS FESTIVIDADES SE CELEBRAN EN EL SEGUNDO TRIMESTRE DEL AÑO.

Pág.

Capítulo primero.—De las imágenes de san Francisco de Paula, de las de san Isidoro arzobispo de Sevilla, de santa Casilda vírgen española, y de las del romano Pontífice san Leon Magno. 5

Cap. II.—De las pinturas é imágenes del mártir san Hermenegildo rey de España, de san Jorge tambien mártir y de las del buen ladron. 13

Cap. III.—De las pinturas é imágenes de san Márcos evangelista, de san Pedro Armengol mártir y de santa Catalina de Sena. 25

Cap. IV.—De las pinturas é imágenes de los santos apóstoles san Felipe y Santiago: de la historia de la Invencion de la santa Cruz, y finalmente de santa Mónica madre del grande Augustino. . . 33

Cap. V.—De las pinturas é imágenes del martirio de san Juan evangelista, de san Estanislao mártir, y de los santos Domitila, Nereo y Achileo. . . 44

Cap. VI.—De las pinturas é imágenes de los santos españoles santo Domingo de la Calzada, san Pedro Regalado, y san Isidro Labrador. 52

Cap. VII.—De las pinturas de san Pedro Celestino, de san Bernardino de Sena, de santa María del Socós, vírgen; y de las de santa María Magdalena de Pazzis y de san Urbano Papa y mártir. 58

Cap. VIII.—De las pinturas de san Felipe Neri, de san Fernando rey de España y de santa Petronila vírgen. 65

Cap. IX.—De las imágenes de san Norberto fundador, de san Bernabé apóstol y de san Juan de Sahagun, doctor y catedrático de la Universidad de Salamanca. 72

Pag.

Cap. X.—De las pinturas é imágenes de san Onofre Ermitaño, de san Antonio de Pádua, de san Basilio el Grande, y de san Paulino obispo de Nola. . . 80
Cap. XI.—Sobre las pinturas é imágenes de la anunciacion que hizo el Angel de la concepcion de san Juan Bautista, ilustre Precursor de Cristo Señor nuestro. 93
Cap. XII.—Sobre las imágenes del mismo Precursor cuando muchacho, mozo ó jóven. 118
Cap. XIII.—Las pinturas é imágenes de los santos mártires san Juan y san Pablo, y las de san Pelayo, muchacho español y esclarecido mártir de Jesucristo. 124
Cap. XIV.—Las imágenes y pinturas de los santos apóstoles y príncipes de la Iglesia san Pedro y san Pablo. 128

LIBRO SEPTIMO.

DE LAS PINTURAS É IMÁGENES DE LOS SANTOS CUYAS FESTIVIDADES SE CELEBRAN EN EL TERCER TRIMESTRE DEL AÑO.

Capítulo primero.—Las pinturas é imágenes de san Laureano mártir y arzobispo de Sevilla, de santa Isabel reina de Portugal, de san Juan Gualberto, de san Buenaventura Cardenal, de san Enrique emperador de Roma, y de san Alejo. 145
Cap. II.—Las imágenes y pinturas de santa María Magdalena, de Santiago apóstol y de san Cristóbal mártir. 154
Cap. III.—Las pinturas de santa Ana, madre de la bienaventurada Vírgen, de san Pantaleon mártir, de santa Marta vírgen y de san Ignacio confesor. 161
Cap. IV.—Las imágenes de san Pedro *in vinculis*, de santo Domingo, de los santos mártires san Justo y san Pastor, de san Cayetano y de san Lorenzo mártir. 167
Cap. V.—De las pinturas é imágenes de santa Clara vírgen, de los santos mártires Hipólito y Casiano, y de las de san Jacinto, san Roque y san Bernardo Abad de Claraval. 176
Cap. VI.—De las pinturas é imágenes de san Felipe

Págs.

Benicio, de san Bartolomé apóstol, de san Luis rey de Francia, y del gran Padre san Agustin. . . 189
Cap. VII.—Las pinturas é imágenes de la Degollacion del sagrado Precursor y de su cabeza separada de sus hombros, de santa Rosa del Perú, y de san Ramon Nonnato, Cardenal. 200
Cap. VIII.—Las imágenes y pinturas de san Gil abad, de san Estéban rey de Hungría, de san Lorenzo Justiniano, de los santos mártires Adriano y Gorgonio y de san Nicolás de Tolentino. . . . 210
Cap. IX.—Las imágenes y pinturas de los santos mártires san Proto y san Jacinto, de la exaltacion de la santa Cruz, del mártir san Cipriano de Cartago, de la impresion de las llagas de san Francisco, y de santo Tomás de Villanueva, arzobispo de Valencia. 216
Cap. X.—Las imágenes y pinturas de san Mateo apóstol y evangelista, de nuestra Señora de las Mercedes redencion de cautivos, fundadora é instituidora de la Orden de este nombre, de san Cipriano y santa Justina, de los mártires san Cosme y san Damian y de san Gerónimo Doctor de la Iglesia. 226

LIBRO OCTAVO.

DE LAS PINTURAS É IMÁGENES DE LOS SANTOS QUE VENERA LA IGLESIA EN EL ÚLTIMO TRIMESTRE DEL AÑO.

Capítulo primero.—Las imágenes del seráfico Padre san Francisco, de san Bruno, Patriarca de los Padres Cartujos, y de san Dionisio mártir. . . . 245
Cap. II.—De las imágenes y pinturas de san Francisco de Borja, de san Luis Beltran, de la seráfica santa Teresa de Jesus y de san Pedro de Alcántara. 252
Cap. III.—De las imágenes de san Hilarion Abad: de santa Ursula y sus compañeras: de San Pedro Pascual mártir: de san Vicente, santa Sabina y santa Cristeta mártires: de las de los apóstoles san Simon y san Judas, y de san Narciso obispo y mártir. 262
Cap. IV.—De las pinturas é imágenes de todos los santos, conforme suelen pintarlos comunmente en una misma tabla ó lienzo, de san Cárlos Borromeo,

Pág.

de san Martin obispo de Tours y la de san Diego de Alcalá. 269
Cap. V.—De las pinturas é imágenes de los santos Acisclo y Victoria, de santa Isabel viuda, de santa Cecilia vírgen y mártir, de san Clemente Papa y mártir, de santa Catalina vírgen y mártir y de san Andrés apóstol. 274
Cap. VI.—De las imágenes y pinturas de san Francisco Javier, de santa Bárbara vírgen y mártir, de san Nicolás obispo, y de san Ambrosio tambien Obispo. 277
Cap. VII.—De las imágenes y pinturas del Papa san Dámaso, y de santa Lucía vírgen y mártir. . . 281
Cap. VIII,—Varias cosas acerca de la imágen y pintura de santo Tomás apóstol y una anotacion que no será desagradable. 284
Cap. IX y último.—De las imágenes y pinturas de san Estéban protomártir, de san Juan apóstol, y de santo Tomás obispo de Cantorberi. 291

APENDICE

QUE CONTIENE ALGUNAS ADVERTENCIAS SOBRE LAS IMÁGENES SAGRADAS QUE PERTENECEN AL TESTAMENTO VIEJO.

Capítulo primero. De los errores cometidos acerca del libro del Génesis. 296
Cap. II.—Errores que han cometido y no se han advertido en las cosas que pertenecen al Pentateuco. 302
Cap. III.—Errores poco advertidos en las demás pinturas del Testamento viejo. 306
Indice alfabético de las cosas más notables contenidas en los tres tomos. 311

150.G

EL

PINTOR

CRISTIANO

G 43696